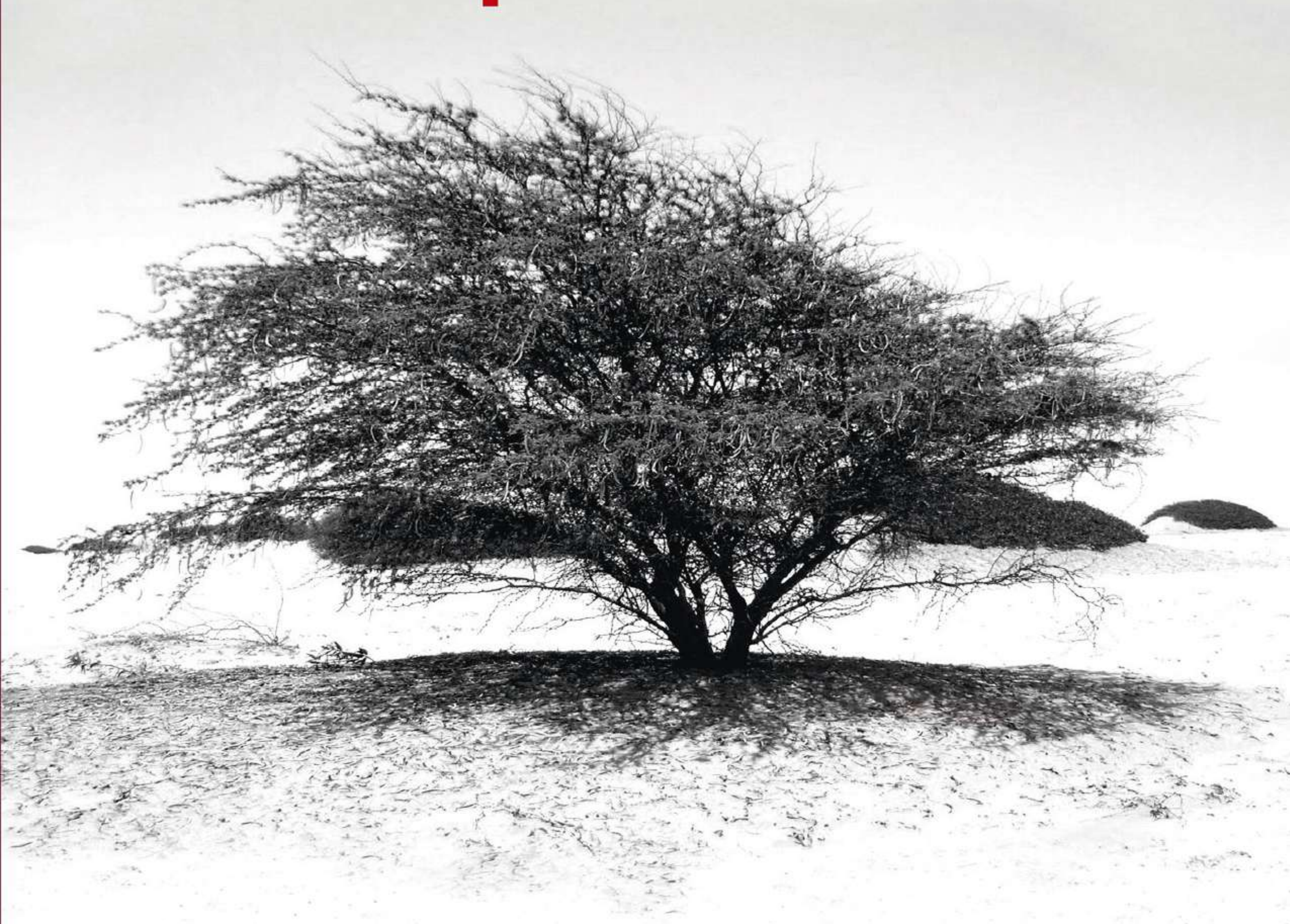
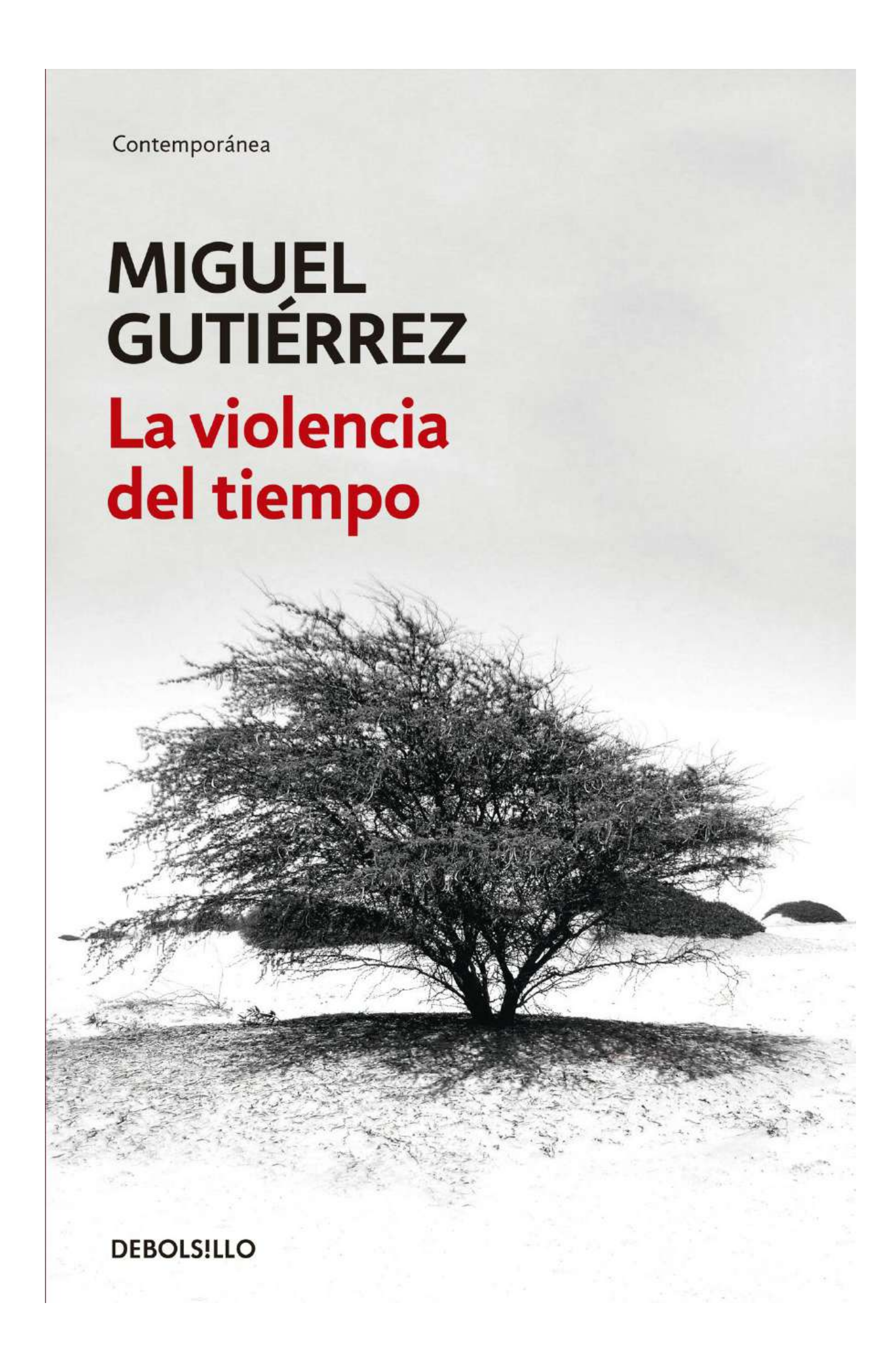
Contemporánea

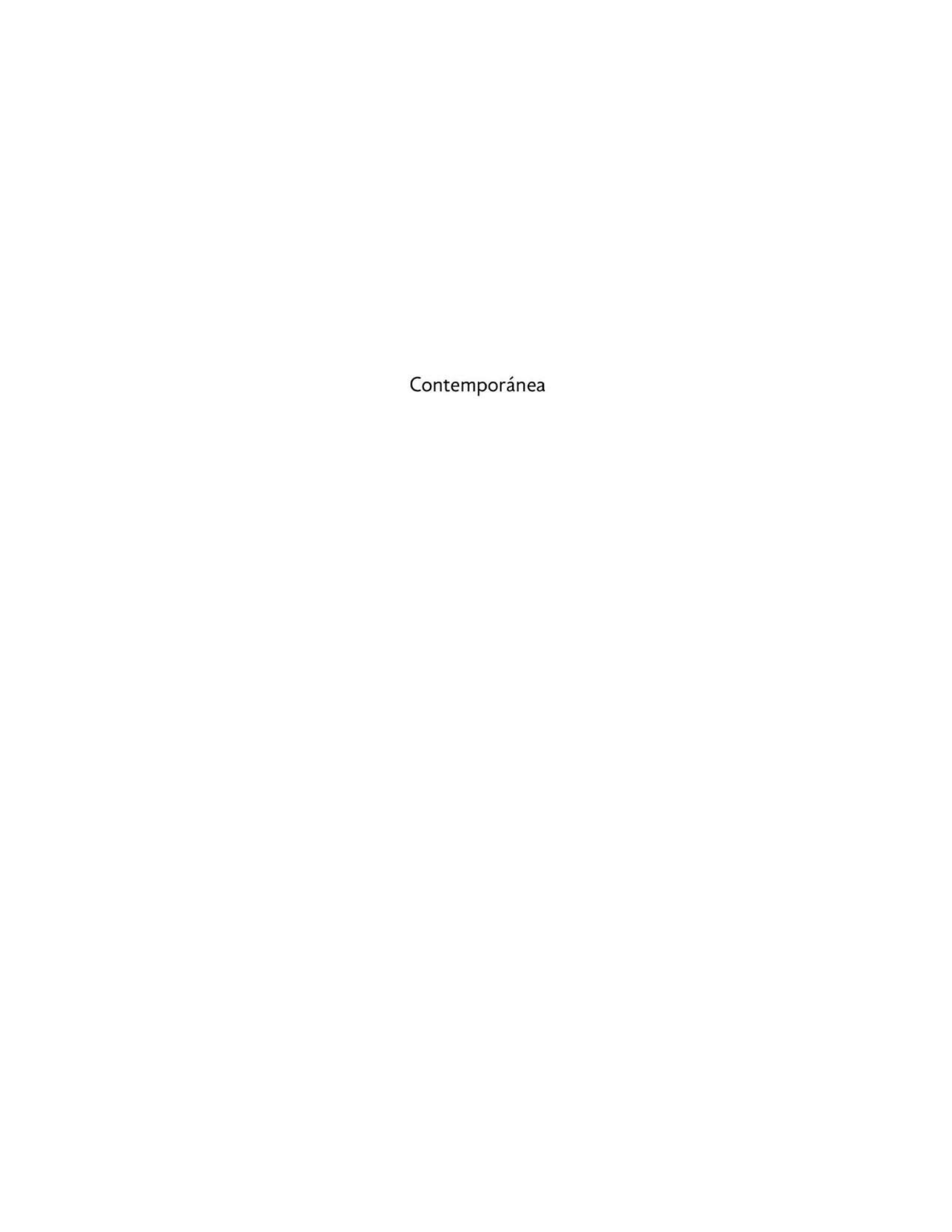
MIGUEL GUTIÉRREZ

La violencia del tiempo



DEBOLS!LLO


Contemporánea
MIGUEL
GUTIÉRREZ
La violencia
del tiempo
DEBOLS!LLO



Contemporánea

Miguel Gutiérrez

La violencia del tiempo

Prólogo de
Ricardo González Vigil

DEBOLS!LLO

SÍGUENOS EN

megustaleer


Me Gusta Leer Perú


@megustaleerpe


@megustaleerpe

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Prólogo

I

En *La novela en dos textos* (2002), Miguel Gutiérrez (Piura, 1940 / Lima, 2016) declaró su comunión (como lector apasionado y lúcido, y como creador multiforme y sin límites temáticos, ni técnicos, ni ideológicos) con la trayectoria de más de dos mil años de la novela. Óptica que sintetizó en una entrevista a Francisco Tumi: «Yo quisiera ser todos los novelistas, escribir todo tipo de novelas» (Cecilia Monteagudo y Víctor Vich, eds., *Del viento, el poder y la memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez*, p. 370).

Efectivamente, las diez novelas que publicó cubren un amplio registro de «formas y tipos de novela». Y la más ambiciosa y múltiple de las diez, su obra capital, la que estamos prologando, *La violencia del tiempo*, brilla como el mayor microcosmos de formas novelescas de la literatura hispanoamericana que conozcamos.

Cuando en 1991 apareció *La violencia del tiempo* no dudé en valorarla, en *El Dominical* de *El Comercio*, como «una de las mejores novelas del idioma» e incluir a Gutiérrez en «la nómina de los novelistas hispanoamericanos de mayor relieve, junto con nuestros compatriotas Ciro Alegría, José María Arguedas y Mario Vargas Llosa».

No constituye una «novela total» (así la califiqué en 1991, acostumbrado al concepto elaborado por Mario Vargas Llosa y el «boom»), según aclaró perspicazmente Horst Nitschack poco después. Dándole la razón, en la primera edición de *Celebración de la novela* (1996), en concordancia con su visión marxista, Gutiérrez formuló una propuesta dinámica (con rasgos dialécticos), diríamos heraclitiana (hegeliano-marxista), opuesta a la poética parmenidea (forma cerrada, esférica) de la novela total:

> La de la novela cerrada, bien hecha, perfectamente construida, en la que no son permisibles historias no funcionales y en la que no deben quedar cabos sueltos. Pero desde mi propia poética, la del perpetuo fluir, la de la novela incesante, de desarrollo continuo, sinuoso y aleatorio tales historias me sirven para captar el movimiento mismo de la vida sin tratar de agotarlo (…) un núcleo generador que se sustenta en el acto de narrar (…) el gran tema de LVT, estructuralmente hablando, es el tema de la narración misma, que no nos remite a una historia única sino a la irradiación y proliferación de historias, lo cual nos libera de la ilusión de una narración totalizante (*Celebración de la novela*).

Optó por calificar a LVT como una *summa* novelística, asumiendo el legado de Miguel de Cervantes: en el *Quijote* acogió todas las formas de novelas anteriores a él y exploró el nivel metaliterario (novela que habla sobre la novela) como nunca se había hecho antes en la literatura universal. Junto con ello, retrató personajes de toda laya, con el lenguaje y la visión del mundo que les corresponde. El realismo de Cervantes se expande poliédrico, relativista, cuestionador de todas las teorizaciones culturales, dialogante entre diversas visiones del mundo. La orientación «problematizadora» (G. Lukács) y «dialógica» (M. Bajtín) del género novelesco, presente desde sus muestras más antiguas, encuentra en el *Quijote* la maduración cabal, en sintonía con los cambios históricos que instauró la Edad Moderna.

Gutiérrez se nutre de esa herencia fundamental: «*La violencia del tiempo* la concebí como una novela *summa* según la tradición cervantina de la novela. Ante todo es una novela *summa* porque es una estructura abierta que contiene varias novelas, las que a su vez generan múltiples, infinitas historias, un bosque de historias. (…) por el uso de las más diversas técnicas también

es una novela *summa* (…) el tiempo se extiende y se ramifica desde el presente hasta diversos pasados y el tiempo sin tiempo de los mitos; asimismo el espacio partiendo de Congará se amplía a Lima, ciertas regiones de los Andes y también a París y España. De otro lado, como novela *summa* integra en el espacio narrativo, lo rural y lo urbano, lo nacional y lo cosmopolita. Desde otra perspectiva LVT es una novela sobre los diversos discursos acerca del Perú —el hispanismo y el indigenismo— (…) por último, como novela cervantina, como novela *summa*, es parte importante de LVT la dimensión metanarrativa en la que el texto reflexiona sobre sí mismo y se establecen relaciones intertextuales con autores y obras» (*La novela y la vida*, 2014, pp. 46-47).

Las formas novelescas principales presentes en LVT son:

1) NOVELA FAMILIAR, en la senda de *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann, y *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. Reconstruye la historia de cuatro generaciones de los Villar, llenas de simbología psicológica e histórica: a) el español Miguel, quien poseyó (y luego abandonó, sin guardar ataduras con su progenie bastarda y mestiza) a la india Sacramento Chira; b) el mestizo Cruz Villar, quien vivió desapegado de su raíz india, en búsqueda del padre español (la comunicación alucinógena del cactus sampedro le reveló que «carecía de poder» para comunicarse con su padre y que dicho poder podían tenerlo hijos suyos, a los cuales engendró con dicho fin), y anheló escalar socialmente entregando de modo deshonroso a su hija Primorosa al gamonal Odar Benalcázar, deshonra a la que se sumaría el agravio de ser azotado y castigado bárbaramente por dicho gamonal; c) los doce hijos que Cruz engendró en las hermanas Trinidad y Lucero Dioses, entre los que destacan Santos (eje de la venganza de la deshonra y el

agravio padecido por su familia), la fatalmente bella Primorosa (también vengativa), el dulce Inocencio, el bandolero Isidoro (protagonista de la novela *Hombres de caminos*, quien con una certera bala volvió paralítico a Benalcázar) y el bolchevique Silvestre; súmese el bastardo Cruz, engendrado por Santos en Isabela Victoriano Nima, salvado de la muerte por el doctor González; y e) finalmente, Martín Villar, único hijo de Cruz Villar Victoriano (muere antes del nacimiento de su hijo), personaje mayúsculo de LVT.

Esta «novela familiar» fue planeada como la columna vertebral de la «saga de los Villar», de la cual ya había publicado *Hombres de caminos* (1988) y tenía escrita (quedó inédita) *El nacimiento de Martín Villar*.

2) NOVELA DE APRENDIZAJE, género mayor de la novela del siglo XX, ejemplificado por *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, y el aprendizaje de Stephen Dedalus en *Retrato del artista adolescente* y *Ulises*, de Joyce. La protagoniza Martín Villar, receptáculo de la «memoria familiar» (luego, en sus estudios históricos y literarios, asumirá la «memoria colectiva» del Perú y, en cierta medida, de las luchas de las clases populares a escala planetaria). Marcado por el estigma de su sangre agraviada, descubrirá su vocación de escritor, pretendiendo en un comienzo olvidarse de sus raíces agraviadas (el «lado Swann», en términos proustianos), en un abortado plan de introducirse al mundo de los blancos y poderosos (el «lado Guermantes», que sedujo unos años al arribista Proust hasta el pronto desengaño de ese mundo elitista, vacuo y lleno de prejuicios clasistas, racistas y religiosos). Plasma recién esa vocación cuando decide reivindicar el linaje Villar, comprometerse con los sufrimientos del pueblo peruano y cincelar una obra en la que la «herida» de nuestro

pueblo (con toda su secuela de marginación, oprobio, resentimiento, venganza, odio, etc.) no se oculta, sino que se muestra abierta, en espera de un cambio revolucionario.

3) NOVELA HISTÓRICA, adoptada con el mirador caudaloso de *Guerra y paz*, de León Tolstoi, ya que no solo narra «episodios nacionales» (para usar el título de Benito Pérez Galdós), sino que contrapone los puntos de vista historiográficos sobre la invasión napoleónica a Rusia y reflexiona sobre temas de filosofía de la historia. Todo lo cual puede detectarse en la contraposición historiográfica (versión de los vencidos frente a la historia del Perú «oficial») que percibe Martín Villar entre los historiadores de la Universidad Católica, el ciego Orejuela (narrador oral de los sucesos piuranos) y el sabio indígena Juan Evangelista Chanduví Mechato (quien conserva la memoria de la colectividad tallán).
Además de esa forma tolstoiana ligada al aprendizaje de Martín Villar y del simbolismo histórico que poseen la violación, la deshonra y el agravio padecidos por los Villar, LVT contiene partes enteras que resultan novelas históricas sobre: a) la guerra con Chile (1879-1883), el mayor agravio y deshonra del Perú republicano; b) la guerra civil entre Cáceres e Iglesias (después de la guerra con Chile); c) la construcción del Canal de Panamá (hasta 1914); d) la Comuna de París (1871) y su repercusión en Piura mediante el personaje de Bauman de Metz (un hecho sorprendente, pero de documentada base histórica; y e) la semana trágica de Barcelona (1909), vinculada al padre Azcárate.

4) NOVELAS DE PERIPECIAS EXISTENCIALES (Gutiérrez las llama así en *La novela y la vida*, p. 46), especie de biografía de personajes que no pertenecen al linaje de los Villar. Destacan las del revolucionario

Bauman de Metz y el decadente (nutrido por los «decadentes» y «malditos» de las letras francesas) François Boulanger, enmarcados bajo una denominación que remite a Plutarco: *Vidas paralelas* (aquí son dos formas de negación de la existencia burguesa), el mayor antecedente en la Antigüedad del gusto contemporáneo por las biografías noveladas. También, el padre Azcárate, cuyo modelo real es el mismo padre García que recuerda *La casa verde* de Vargas Llosa, pero al que Gutiérrez otorga una turbulencia y una religiosidad dignas de Miguel de Unamuno, en la senda de la angustia existencialista explorada por la religiosidad de Kierkegaard y, sobre todo, Dostoievski.

Mención aparte reclama el doctor Augusto González Urrutia, un sabio al que, en diversas declaraciones, Gutiérrez calificó de «santo laico». Confesando que, aunque algunos rasgos autobiográficos le endosó a Martín Villar (infancia y pubertad en Piura, estudios en la Universidad Católica, profesor en una escuela andina, vocación de novelista, etc.), es el doctor González el personaje de LVT con el que más se identifica porque le transfiere varios rasgos suyos, psicológicos y éticos, en especial su compromiso con las mayorías populares. No debe sorprender que lo corone como el mayor protagonista a él, y no a Martín Villar:

> Por las diversas funciones que cumple en la estructuración de LVT, el doctor González es el personaje más importante del libro. En primer lugar, el doctor González es un personaje puente entre los Villar, es decir, entre el mundo popular y el mundo del patriarcado y las clases altas de la sociedad piurana. En segundo lugar, el doctor González hace posible que conozcamos las trayectorias vitales de los supuestos señor de Metz y Boulanger y el padre Azcárate. Asimismo es el

> cronista de los días de la peste de Congará, y al adoptar como hijo a Cruz Villar se vincula con Martín, presunto artífice de «la saga de los Villar» (…). La novela necesitaba también de una determinada perspectiva que, con el máximo posible de conciencia, permitiera una visión reflexiva sobre los acontecimientos (*Celebración de la novela*).

El doctor González escribe una inconclusa *Geografía física* de Piura, lo cual implica un homenaje al sabio geógrafo Antonio Raimondi. A la vez, basándose en una entrevista en la que Albert Einstein declaró que creía en «el Dios de Spinoza», Gutiérrez decidió que el doctor González fuera partidario de la filosofía racionalista de Baruch Spinoza. Cabe agregar la huella de *El médico rural* de Balzac y, en mayor medida, del doctor Rieux (y su noción de «santo sin Dios») de *La peste* de Albert Camus (sintomáticamente, el doctor González escribe los cuadernos del «Diario de la peste» del capítulo XI). De otro lado, cabe conjeturar que, frente al líder senderista Abimael Guzmán (de formación filosófica) que se autoproclamó «Presidente Gonzalo», Gutiérrez prefirió identificarse con un González nada soberbio; y es que discrepaba del maoísmo dogmático y jerárquicamente despótico (esclavo de un conductor «iluminado» y una cúpula privilegiada) de Sendero Luminoso, y profesaba el marxismo crítico, «creación heroica» de José Carlos Mariátegui y César Vallejo.

5) RELATO REAL MARAVILLOSO: la videncia (bajo efectos del sampedro) del «cactus dorado» (capítulo V), además de incluir en la novela la importancia de los brujos y los chamanes en Piura, recrea la visión mítico-mágica de «El Aleph», de Jorge Luis Borges. Se trata de

un texto «central» en la estructura de LVT porque, como el aleph borgiano, «contiene la totalidad de la novela» (*Celebración de la novela*).

6) NARRACIÓN METALITERARIA: el libro habla de la novela que estamos leyendo, de los escritos que van tejiendo Martín Villar y el doctor González, de numerosos libros que comentan los personajes, etc. En la estela del *Quijote* y de Faulkner, actúan diversos narradores (orales y escritos) y un formidable narrador de narradores:

> Si se tiene en cuenta que el tema central de LVT [cuestión resaltada desde 1992 por Roberto Reyes Tarazona] es el acto de narrar, la narración misma, se comprenderá que la razón de ser del epílogo reside en la poética interna del libro (…) además de los diferentes narradores con los que se había familiarizado en el transcurso de la novela, existe una especie de «narrador de narradores» representado por un autor que carece de la facultad de la omnisciencia y que surge como una suerte de comentarista discreto, como un coordinador de voces o como un modesto apuntador de escena. Del mismo modo, la paráfrasis de Martín Villar a la ficticia geografía física del doctor González y al libro perpetuo de la comunidad de Don Juan Evangelista Chanduví Mechato tienen que ver con temas de esta misma naturaleza (*Celebración de la novela).*

II

La composición de LVT tomó algo más de ocho años. Reyes Tarazona (testigo excepcional, en tanto integró el grupo que, bajo la dirección de Gutiérrez, publicó la revista *Narración* en 1966-1974, asunto que consignamos en el prólogo a *El viejo saurio se retira*) informa que inicialmente era una novela «de extensión convencional» y se titulaba *Campanas de Piur*a. Enfocaba «la historia de los Villar y el levantamiento de los comuneros de Chalaco durante los años de la guerra con Chile, al grito de ¡Viva la comuna!» (Monteagudo y Vich, pp. 153-154). Gutiérrez conservará ese título para dar nombre a la primera parte del capítulo VI de LVT. Sospechamos que, además de referirse al alboroto ante los gritos de los comuneros, connotaba el poder de la Iglesia (el tema de la represión religiosa ocupa un lugar relevante en su novela *El viejo saurio se retira*) y, a la vez, las pretensiones raciales y sociales de la clase alta piurana debido a la conexión: campanas-campanudo-campanillas.

El autor fue aumentando la extensión de la novela en la medida que la historia de los Villar lo condujo a «la recreación histórica y el conocimiento territorial de Piura», acogiendo historias de diversos personajes de la región, el país y el extranjero: la multitud más numerosa y variada de la novelística peruana magistralmente retratada con tonos trágicos o burlescos, aventureros o reflexivos.

En lo tocante al territorio recreado, en donde sigue el magisterio del Condado de Yoknapatawpha de Faulkner, y teniendo como centro el pueblo imaginario de Congará, al igual que el Jefferson faulkneriano (modelo adoptado por Juan Carlos Onetti con su Santa María, Juan Rulfo con su Comala y García Márquez con su Macondo), termina surgiendo otro título provisional de LVT, conforme revela Reyes Tarazona:

> El inventario incluye pueblos, caminos, accidentes geográficos, la misma ciudad de Piura, con sus calles y edificios […] con la información ofrecida bien podría elaborarse una monografía regional, o uno de esos antiguos «Almanaques y guías de forasteros». Esto explica en gran medida por qué Gutiérrez en algún momento barajó la posibilidad de titular a su proyecto narrativo como *Debajo de la línea equinoccial*[1] (Monteagudo y Vich, p. 156).

Completando los datos de Reyes Tarazona, señalaré que, al editar *Hombres de caminos* (1988), el título provisional de LVT era otro: *El viento y la memoria* (el autor terminaría denominando así la primera parte del capítulo III). Enlazaba el paso del tiempo y del devenir histórico, con el modo como la memoria personal (Proust) y la colectiva (Faulkner) pretenden fijar y entender lo sucedido.

Hasta que emergió, majestuoso, el título definitivo, *La violencia del tiempo*, como una magnífica resonancia del estampado por Vallejo (el autor peruano más admirado por Gutiérrez) en un poema en prosa: «La violencia de las horas». Si, para los revolucionarios socialistas, la violencia es la partera de la historia, para Gutiérrez, en un nivel más hondo y cósmico, la violencia mayor es la del tiempo mismo, en tanto nos destruye hora a hora, hasta la disolución final cuando morimos. Se trata de una visión que trasciende la Historia (el mirador reducido del marxismo) en una dimensión que retoma a Spinoza (vía el doctor González), la filosofía de la Historia de *Guerra y paz*, de Tolstoi, Proust e inclusive *Ser y tiempo* de Martin Heidegger. Citemos al respecto al propio Gutiérrez:

> La Historia, es decir, el complejo de las acciones humanas, es una realidad omnipotente e ineludible (…) sin embargo, existe otro gran tema que, aunque más oculto y desarrollado en forma no argumental, como una música de fondo, proyecta sobre la Historia un halo de absurdidad y sin sentido. Esta suerte de oposición entre Historia y Metahistoria se manifiesta de forma más explícita en el capítulo «El cactus dorado» y en el «Epílogo» (…) a través de las visiones que suscita «El cactus dorado», Martín (y con él el lector) no solo descubre el pasado familiar, sino que rompiendo todos los límites accede a un tiempo anterior y posterior a la Historia. ¿Qué enseñanza puede obtener el muchacho Villar con esta apertura? La siguiente: que si el tiempo de la Historia es solo un momento, apenas un instante de lo temporal, pierde legitimidad el absoluto de las imposiciones del acontecer histórico (…) en el epílogo, a propósito de la imaginaria geografía del doctor González, nos hallamos ante la plenitud del reposo, en una realidad como sustraída del tiempo, una realidad insensible e indiferente frente a los afanes humanos (…) por eso, al final vemos difuminarse a Martín Villar como si fuera engullido por la nada (*Celebración de la novela*).

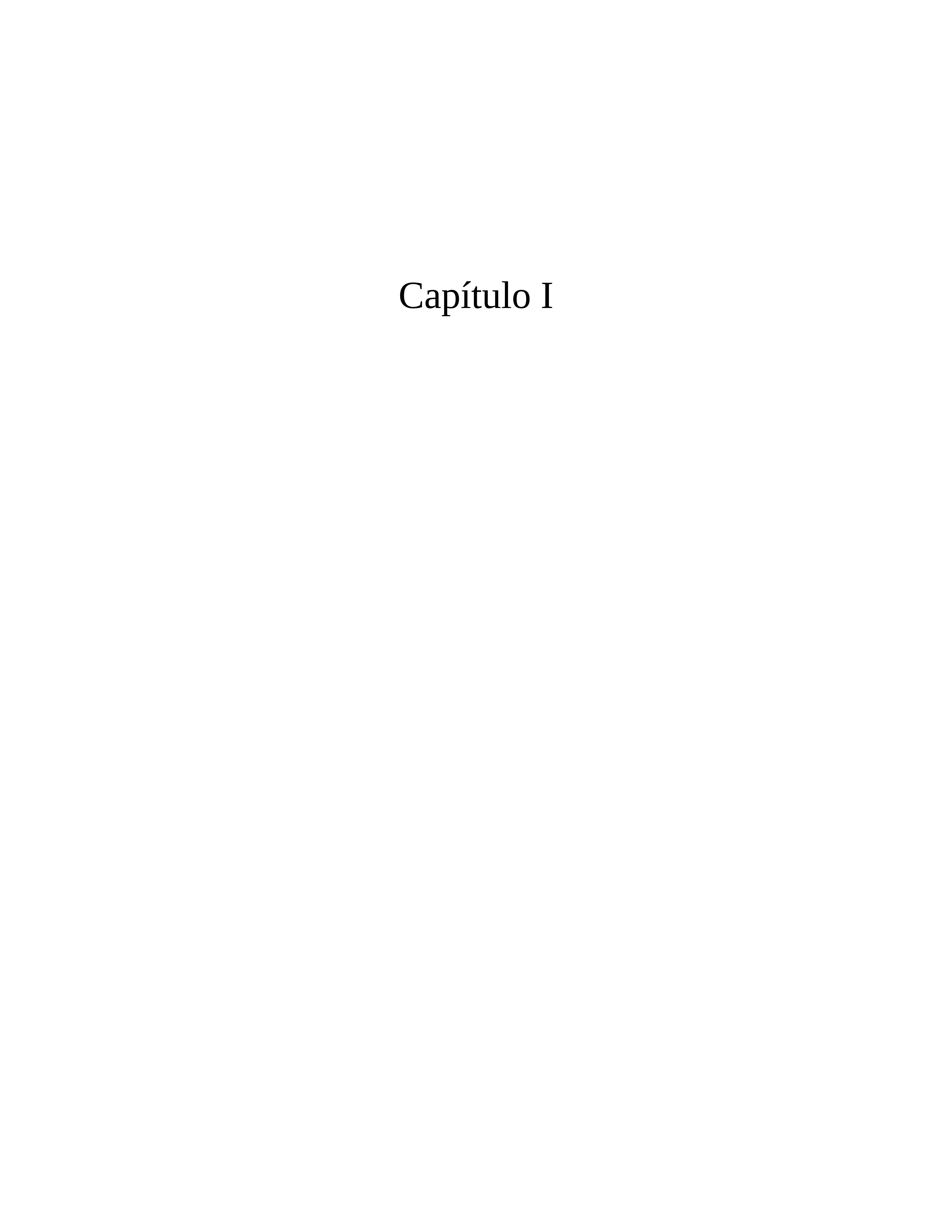
Así, Gutiérrez, en esta obra maestra que es *La violencia del tiempo*, accede a niveles de profundidad, de cuestionamiento de los enigmas de la existencia que apenas han rozado algunos novelistas hispanoamericanos (los citados Onetti y Rulfo, Ernesto Sábato, Manuel Mujica Láinez y Fernando del Paso) y que exploraron soberanamente Proust, Joyce, Kafka, Thomas Mann y Robert Musil.

Ricardo González Vigil

A la memoria de las mujeres del Perú que a través de la historia lucharon por sus ideales de justicia.

«Los pilares que vi me están oyendo».

César Vallejo



Capítulo I

Castrar al gran padrillo

—¿Quién castró al gran padrillo? En lo secreto, en lo oscuro, ¿quién afiló de verdad el cuchillo? ¿Por qué midió fuerzas con el pendenciero animal? ¿Quién tumbó al gran borrego padre, orgullo de nuestra pobreza, para que papá aplicara el tajo que le cercenó sus enormes y pestíferas verijas? ¿Han olvidado el rugido de dolor de la mísera bestia? ¿Que ya no recuerdan el aullido del animalaje de los corrales vecinos como si acompañaran con su lamento la herida padecida por el más valiente de los machos y cabrones del pueblo? ¿Santos alguna vez mostró piedad por nadie? ¡Vamos, díganlo! ¡Desmiéntanme! Tú no, Luis, porque siempre fuiste avariento y, más que avariento, holgazán para las palabras. Tampoco tú, Medina, porque no perteneces a nuestra casta. ¿Pero tú, Silvestre? ¿Tuvo misericordia, ya no con la Primorosa, pero al menos con nuestro pobre Inocencio? ¿No flageló a la Primorosa cuando ella retornó a Congará, y ella en su tormento de rencor escupió sobre la tumba de nuestro padre, don Cruz Villar? ¡Contradíceme, Silvestre! ¿Desde churre acaso Santos no fue distinto a nosotros y después a todos los cristianos de esta tierra? A ver, ¿con qué animales le gustaba hallar esparcimiento? ¿Qué cristiano recto iba a criar culebras, pero él no tenía la manía de criar macanches y colambos solo por la maldad de verlos pelear? ¿No fue él quien, siendo todavía una cagarruta así de chiquita, se trepaba en los árboles al nido de los gavilanes y halcones y les arrebataba las crías para

luego cruzarlas con los gallos y gallinas de pelea? ¿Es decente unir lo que Dios creó por separado? ¡Dímelo, Silvestre, que ya no demora en aparecer la vieja rematada de Primorosa a cumplir con su juramento! Haz memoria si alguna vez papá se atrevió a castigarlo como nos castigaba a todos: a tu madre, doña Lucero, y a la mía, doña Trinidad, y a sus hijos que éramos nosotros, y a los animales. Si no hablo decente, ¡sácame del error! ¡Dale luz a mi corazón, no a la memoria, que la tengo fresquecita y transparente como el amanecer! ¿Acaso cuando nuestro señor padre se amarraba el trapo rojo a la cabeza y todos guardábamos silencio, Santos acataba el imperio de su ley? Aparte de los cuidados que por ambición tenía por la Primorosa, ¿no era solo a Santos al que él quería? Por eso recuerdo el día que padre capó al gran padrillo. No debo recordarlo, ¿eh, Silvestre? ¿Que me calle, dices? ¿Que respete porque ya está muerto? Ah, hermano, ¡si por eso hablo! Porque él ya no puede oírme ni podrá ejercer imperio sobre mí. ¿O me estás escuchando, Santos? Eh, Santos, ¿me escuchas? Entonces muestra tus poderes y sal del cajón y mándame callar. ¡Desmiénteme si no me arrancaste del corazón de mi padre! Y no creas que lo olvidé en toda esta ruma de años. ¿Olvidarlo? ¡Pero si antes parece que ahora mismo te estoy viendo luchar con el animal bravío para que padre pudiera manejar con virtud el cuchillo de castrar! Ah, cómo siento tu acecido y cómo siento y oigo el mugido lastimero del animal, ah, ah, y qué dolor en mis propios y viejos compañones. ¿No sientes lo mismo, Luis, y tú también, Silvestre? ¡Y cómo olvidar la mirada de querencia y orgullo que te echó el señor don Cruz Villar, nuestro padre! Y escuchen esto, ustedes que son más muchachos: yo entendí lo que esa mirada quería decir. ¿Que ya me han escuchado quinchonales de veces? Pues ahora que él ha muerto y esta allí sin ningún poder lo diré y lo repetiré y recontragritaré durante esta noche y mañana y tras mañana, hasta que Dios, no el diablo, me recoja. ¿Sabes por qué te enfrentaste al padrillo indomable y de altiva y pendejísima mirada?

¿Lo has olvidado, eh, Santos?... Pero, ¡miren!, por allí viene la tormentosa de la Primorosa. Ah, Santos, Santos, hasta vendería mi alma al diablo para que vieras el traje y la figura que se trae la trastornada y loquísima de la hermanita que tanto te adora. Deténganla, muchachos. Sosiéguenla. Serénenla; a ti, Luis, te hará caso. ¿Lo ves, Santos? Cada uno de nosotros tiene una cuenta que arreglar contigo. Hasta el finado Isidoro, que por el veneno que sembraste en su corazón murió en la forma que murió. Fusilado y luego colgado. Ah, hermano, hermano, ¿por qué oíste la cruel doctrina de Santos? Por eso no seré yo quien juzgue a Práxedes y Tomás por levantar vuelo y huir de nuestra casa. Por lo que a mí corresponde te diré que hiciste que mi padre me despreciara. Lo leí en su mirada cuando chorreaba la pestilente sangre del animal herido. Capado, humillado, derribado de su alto señorío de macho. Sí, Santos, lo conseguiste. ¡Maldito seas! Me robaste la primogenitura, me arrancaste de raíz del corazón de papá.

Por aquel tiempo, por aquellos años, por esos días, en esa noche y al día siguiente, en estos momentos, en este instante, yo empezaba a saber quién era y tal vez quién sería, luego de haber escuchado durante años de labios de mi mamá, Altemira Flórez, cuáles eran mi nombre y mi apellido, mis dos apellidos, pero entonces lo mismo daba llamarse de este u otro modo y tener esta o cualquier otra filiación. Y en efecto yo me imaginaba con otro nombre, como me soñaba con otro rostro y jugaba a tener otros ojos y deseaba otro cuerpo y otra piel. Sí, me imaginaba con otros nombres, que eran palabras, sonidos, viento insustancial, aire, no fuego, pero ahora comenzaba a adivinar que tener un nombre y un apellido no era cuestión de palabras (aún en esos años no había leído las anotaciones de mi desventurado padre acerca de la naturaleza de las palabras), sino una fatalidad imposible de evadir, del mismo modo como yo no podía despojarme de mi propia sombra aunque me

enloqueciese corriendo en todas direcciones y a diversas velocidades porque mi sombra siempre estaba allí, a mi lado, y yo terminaba tirándome sobre la tierra con los ojos enceguecidos y el corazón alborotado.

¿Por qué, por ejemplo, el padre de mi abuelo Santos, es decir, mi bisabuelo Cruz, a quien durante muchos años llamé «mi primer abuelo», aunque después supe que el primer abuelo, el esencial, es decir, mi tatarabuelo, se llamó Miguel, Miguel Francisco; primero, digo, porque él nos confirió no solo el apellido Villar, sino la sangre y el linaje y un destino; decía entonces, por qué, por ejemplo, mi bisabuelo, que entonces, repito, consideraba como mi primer abuelo, se ataba aquel trapo rojo en la cabeza?

—En eso que el padre se amarraba un trapo rojo a la cabeza —decía el tío Silvestre—, no miente Catalino. Fue verídico. Caracho, qué silencio tan hondo y macizo se hacía y nadie tenía coraje para hablar y menos meter vicio. Nadie, sobrino. Ni los animales.

—¿Tampoco el abuelo Santos?

—¡Pero si Santos era el que tenía en más alto la ley de don Cruz Villar! Él era su respeto y su mando... Bah, pero son vejeces, sobrino. Te diré lo que aprendí cuando nos deslomábamos construyéndole al gringo el Canal de Panamá: hay que mirar el ahora y luchar por lo que vendrá. Solo así se curará la llaga. ¿Para qué entonces remover las cenizas?

No obstante los consejos de mi tío Silvestre, había muchos porqués. Y ahora que por fin terminó de morirse el abuelo Santos habría más y más porqués y la vida sería indagar tantos enigmas y vergüenzas y padecimientos hasta descubrir la herida inicial, el hueso y la caída, el traspié del alma y sus desolladuras iridiscentes, triunfales y rencorosas.

—¿Y dice usted, maestro Martín, que ninguna campana repicó?

No doblaron (recuérdalo) las campanas de Piura cuando murió Santos Villar.

No doblaron las campanas de la iglesia de San Sebastián. Ni las de La Merced. Ni las del Carmen, ni las de la Cruz del Norte ni las de la Cruz del Sur. Tampoco las de la iglesia parroquial de Castilla y menos las de la iglesia matriz. Y silenciosas permanecieron las antiquísimas campanas de la iglesia San Francisco, la más antigua de Piura, donde mi abuelo Santos era tesorero de la Cofradía del Señor de la Agonía.

Las únicas campanadas fueron las del reloj de la estación del tren a Paita (o viceversa), que continuó dando las horas; el tren hizo como todos los días sus cuatro viajes de Piura a Paita y viceversa. No fluía el Piura por tercer año consecutivo y el cauce estaba reseco y cuarteado, apenas algunos charcos de agua verdosa rodeados de chopos y carrizales tiernos; río avariento, caprichoso, cruel, oh, Heráclito, mejor el viento y los torbellinos de arena y las dunas errantes. Y cuánto deseaba ser yo ahora mayor, por tantas razones como, por ejemplo, poder entrar al cine Variedades que proyectó la película *El ocaso de una vida*, y morir abaleado como William Holden por Gloria Swanson, cuya belleza en ruinas y locura delirante representadas en la obra no eran del todo diferentes a las de Primorosa Villar, y también me hubiera gustado ver *Iván, El Terrible*, cinta que pasaron en el Municipal y aburrió al escaso público y la cazuela protestó con sonoros y continuados estallidos de pedos. Empezaba yo a comprender los encalavernados caminos de la vida, pues dejando de lado la chacota y las carcajadas de los espectadores, los pedos, por ejemplo, ¿no constituían las veintitantas salvas sonoras por la muerte de Santos Villar?

—Y la vida proseguía, querida, proseguía.

Los matarifes del camal bebieron la ardiente y ferrosa sangre de las reses sacrificadas, cuyos mugidos no inquietaron a las estrellas. Y aquel día, como cualquier otro, se vocearon por las calles de Piura el *Ecos y Noticias*, *El Tiempo*, *La Industria* y aun el diario socialista *El Pueblo*, mas ninguno de ellos consignó la noticia de la muerte de Santos Villar, y era jueves, además. Y, como todos los jueves, hubo retreta en la Plaza de Armas por la Banda del BI 31 y la muchachada piurana (como lo haría yo mismo años después), según un oculto pero estricto orden jerárquico, ocupó las bancas de la plaza para contemplar a las hembritas doblemente riquísimas, como que eran hijas de los blancos terratenientes, siempre acompañadas de apuestos cadetes u oficiales de la Marina y la Aviación.

—¿Sería yo algún día grande? ¿Moriría?

El Piura no fluía, no así la vida, pues doña Filomena y doña Pascualita, dos de las comadronas de las mujeres pobres de Castilla y Piura, respectivamente, cortaron el cordón umbilical de dos ñañitos separándolos para siempre de la caverna maternal y arrojándolos al mundo. Y el doctor Navarro hacía lo mismo pero con una dama de la alta sociedad a quien en secreto el doctor Navarro había deseado, *oh*, *quién como él que gozó de esta oquedad por donde ahora entre pujos y caca asoma su cabecita y sus ojitos una repulsiva criatura como todos los seres de la especie humana*. En tanto, una estrella cruzó el firmamento y las tres parturientas, cada quien por su lado, pensaron que un destino venturoso esperaba a su hijo engendrado en el amor o la concupiscencia o el dolor o la traición o el hastío. También observaron la estrella errante los jóvenes descendientes de las familias fundadoras que en el Puente Viejo escuchaban de labios del Ciego Orejuela la interminable saga de la tierra piurana. Y la misma estrella la contempló el

doctor Jonjolí, quien después de varios meses de encierro voluntario leyendo enciclopedias, salió a recorrer la avenida Grau y las plazas y plazuelas de Piura para relatar las maravillosas y arriesgadas aventuras de su última travesía alrededor del mundo.

¿Y si la estrella errante anunciaba el advenimiento a mi vida de Deyanira Urribarri?

Ya para entonces los parlantes instalados en la Plaza de Armas habían dejado de propalar noticias sobre los avatares de la Segunda Guerra que había concluido dos años atrás y ahora advertían a la humanidad del peligro que significaría para el porvenir que Stalin poseyera la bomba atómica: este peligro fue conjurado con boleros de Leo Marini y la orquesta de don Américo y sus Caribes, y la voz de Toña La Negra, desde la vitrola del Río Bar, en un extremo del Puente Viejo, entrando a Castilla, estremeció corazones más que cualquier estrella peregrina que rasgara la gran noche piurana.

He aquí el amor y la exultante fornicación y el castigo y el sosiego.

El padre Azcárate, con un habano prendido, hizo como siempre su largo paseo nocturno por los lindes de los arenales que ciñen la ciudad. No es improbable que pensara en Santos Villar, a quien ungiera con el sacramento de la extremaunción; tampoco es improbable que escuchara aquí y allí, por entre los arenales, gemidos de lujuria, pasión desesperada no desconocida por él. El padre Azcárate evitó la cercanía de los prostíbulos cuya algarabía le llegaba a través del ulular del viento; eludió del mismo modo pasar por la Plaza de Armas, donde luego de la retreta se enfrentaban los Chivillos sanchezcerristas de la Mangachería con bandas de apristas comandadas por el búfalo Seminariote, quien años atrás habíase evadido de El Frontón: sonaron tiros de revólver y cachiporrazos y vivas y mueras a Víctor Raúl y a Sánchez Cerro y a Luis A. Flores.

Odría, entre tanto, calentaba motores.

El nuevo obispo de Piura, monseñor Pérez Silva, arrodillado en su reclinatorio de ébano tallado y de terciopelo escarlata el tapiz, y con la esmeralda de su anillo obispal que fulguraba mejor que cualquier estrella, oraba, oraba. Oraba por la memoria del primer obispo de Piura, de prolongada agonía y muerte tan sensible y triste, y mientras elevaba sus plegarias evitó varios eructos que en arcadas llevaban a su paladar el sabor descompuesto y agrio de la cena y el vino.

Siguió orando en combate con el demonio que se le manifestaba a través de su gastritis, dispepsia y aerofagia. El señor lo oyó y dejaron de atormentarlo los gases ventrales y aerófagos, e imploró por la doliente humanidad, por la paz del mundo, por la gloria del Señor y la salud del generalísimo Franco.

Pero Odría seguía calentando motores. Pronto Vishinsky en las Naciones Unidas anunciaría que la Unión Soviética contaba con el tipo de arma que destruyó Hiroshima y Nagasaki.

El señor obispo evitó otro eructo, mas no así el céfiro de una alada ventosidad, *perdón, Señor, por esta irreverencia, perdón, Padre Celestial, perdón por el descontrol de mi voluntad*, y retomó sus oraciones.

Odría, atacado por el mal de piedra, orinó con dolorosa lentitud, mientras el asesor y secretario le leía la proclama que lanzaría a la nación entera.

Nada que hacer, querida mía, el mundo es como es y nada significa la muerte de un hombre, no fluía el Piura, oh, Heráclito, no fluía, de modo que, como me enseñara el maestro Zuriel Mendoza, el planeta, este planeta nuestro, fluyese o no el Piura, caminase o no por sus páramos y dunas Santos Villar, prosiguió girando alrededor de su eje y no tembló la tierra ni se oscureció el cielo, ni conmoción geológica ni eclipse tenebrante, y por tanto

los gallinazos de Piura planearon como de costumbre bajo el limpio y celeste cielo piurano, una chiroca cantó, y algún día yo sería grande para evocar, ¿o imaginar?, esta historia, pero entonces acababa de cumplir ocho años y todavía no conocía a Deyanira Urribarri.

Ni siquiera presentía su existencia.

Y fueron años de orfandad (ahora lo sé) porque no tuve el más ligero, el más remoto pálpito del lugar que Deyanira Urribarri ocuparía en el universo y en mi corazón.

Y habrían de pasar siete años para que, en la cabaña de don Asunción Juares, asistiera a su primera anunciación, fugaz, pero definitiva, perpetua. Y todavía pasarían a partir de aquella medianoche tres, cuatro años y cuántos meses y semanas y días y noches y minutos y segundos para que por fin descubriera su rostro (y sus ojos y su piel) por entre la multitud enardecida, allá en Lima, la ciudad solo conocida de nombre (y al principio odiada, odiada), en los años futuros, inconmensurables e infinitos, Deyanira.

¿Qué sintió el niño cuando le dijeron que su abuelo Santos había muerto? ¿Estaba preparado para recibir la noticia? ¿Tenía ya algún conocimiento de la muerte?

El muchacho (el niño, el churre, el churrito), antes de saber y sentir lo que era la vida, tuvo, si no experiencia de la muerte, lo que, como se sabe, es del todo imposible (¿pero será del todo imposible?), tuvo, decíamos, noticias muy cercanas, muy fuertes y, lo que es más digno de remarcarse, reiterativas (machaconas, obsesivas), hasta casi sentir su olor, la ausencia, el silencio y la podredumbre. Y todo ello lo supo, sin que su memoria pueda discernir desde cuándo, de labios de su madre, Altemira Flórez. Por ella supo que su padre (cuya única herencia material fueron unos cuadernos que años después el muchacho habría de leer, primero con curiosidad y miedo y luego con codicia

y veneración y después con ironía y tanta ternura) había muerto cuatro meses después que lo hubiese engendrado. Y antes de que muriera su padre, le contó mamá Altemira, murieron, uno tras otro, los cuatro, ¿o fueron cinco?, hijos que él engendrara en el vientre de Altemira Flórez. Dos de los hijos, más bien los que iban a ser los hijos, murieron antes de haber nacido, perdidos, abortados, y los restantes, a los siete días de su nacimiento, pero no de muerte natural o llevados a su seno por la misericordia de Dios, sino fulminados por el odio del abuelo Santos y la envidia de la ciega Gertrudis, la perversa mujer de Santos Villar, pues los parvulitos habían sacado la piel de Altemira Flórez, que era blanca, muy blanca, pero blanca pobre bajada de las serranías, y en cambio Cruz Villar, el progenitor, era prieto, acholado, casi indio, pero de manos tan finas y la cabeza poblada de ideales y sueños y quimeras. Y antes de que él mismo naciera, *cuando yo te llevaba en mi vientre*, le decía su madre, el señor obispo agonizaba, con una enfermedad triste y martirizante y fea, por conjura y maldición de los brujos de la región piurana, entre los que se hallaba, si no Santos Villar (¿o acaso también él?), la ciega Gertrudis, a quien apodaban la Verraca por su manía de convertirse en chancha, una chancha furiosa y lasciva y hambrienta de porquería. Por eso uno de los primeros juegos que él recordaba era el de morirse, fingirse muerto e imaginar su propio sepelio, como cuando llevaba flores las muchas veces que moría un parvulito, porque en ese barrio era costumbre que se muriesen los niños como que era uno de los barrios más pobres de Piura, levantado a las afueras, separado de los grandes arenales por un enorme basural.

Que su abuelo iba a morirse le pasó por la mente (fue un aleteo fugaz y viscoso como de ala de murciélago) antes que de verdad empezara a morirse. Fue la tarde en que tres de los socios de la cofradía (eran los hermanos Sebastián, Lisandro y Vicente Cobeñas, a quienes el abuelo apodaba los Palomos) llegaron cargando el ataúd que como socio y tesorero le

correspondía a Santos Villar. El ataúd le pareció enorme (como enormes y desmesurados eran el cuerpo, los humores y el imperio de su abuelo) y años después lo recordaría como de madera humilde, de los que fabricaba el maestro Alcántara para la gente pobre de la ciudad. El féretro, o para decirlo de manera más simple, el cajón del muerto, fue dejado en el que se denominaba «cuarto de en medio», pues había tres cuartos, con la parte superior apoyada en la pared oriental, de modo que formaba ángulo, y él recuerda la mirada fría y poderosa del abuelo, como si dudara de que este cajón, o cualquier cajón del mundo, fuese capaz de contener la inmensidad de su cuerpo, de sus huesos y su furia. Después, del mismo modo como el abuelo había comprado dos nichos (uno junto al otro, para él y la ciega Gertrudis, en el cementerio San Teodoro), encargó al maestro Alcántara la hechura de otro cajón, esta vez para la ciega, y una mañana apareció el maestro Alcántara, gordo, hinchado, coloradote, resollando, casi bufando, y el churre vio al maestro carpintero tomarle las medidas a la ciega Gertrudis y, semanas o meses después, el maestro Alcántara, con dos operarios, volvió a la casa del abuelo a dejar el encargo y el cajón también fue colocado en el cuarto de en medio junto al del abuelo Santos. *Y yo recuerdo a la Gertrudis*, evocaría años después el muchacho, *con su eterno fustán de tocuyo blanco y la larga cabellera canosa llegándole por debajo de la cintura, palpar, oler y medir con sus manos el cajón donde sus huesos*, decía mamá Altemira, *habrían de pudrirse*. Desde entonces el cuarto de en medio fue el preferido del churrito, porque allí se podía jugar de lo más pije al escondido o al juego de la vida y la muerte, y él escogía el ataúd del abuelo Santos y la Mika, su vecinita, con mucho miedo, el ataúd de la ciega Gertrudis, pero después descubrieron que mejor era morir los dos juntos en un mismo cajón y entonces en el cajón del abuelo Santos se tendían los dos, y una vez descubrieron que más bonito aun era morir y ser enterrados como fundidos en

un abrazo, y desde entonces todos los días jugaban el mismo juego, que los llenaba de pena y de goce y de oscuro pánico, pues aprendieron a hacer las cositas que, decían, practicaban los mayores.

Nunca, la verdad, pensó de cierto que Santos Villar, el abuelo tremendo y a sus ojos más omnipotente que el propio Dios, tendría que morir algún día. Antes, pensaba, las polillas se comerían la madera, pese a que de tanto en tanto el abuelo Santos limpiaba cuidadosamente el cajón con algodones untados de trementina. Pero un día, de la noche a la mañana (que era un decir del que se echaba mano cuando no se podía explicar el cómo ni el cuándo ni menos el porqué de un suceso), brotaron en el cuello del abuelo unas hinchazones como los bultos de los enfermos de paperas, solo que no eran paperas, parecidos a los borujos de los atacados de bocio, pero tampoco era bocio, ni tampoco escrófulas por inflamación de los agallones, como pensó al comienzo la ciega Gertrudis, al comprobar que de nada servía que al alba le untase con su saliva en ayunas, pues las protuberancias fueron tornándose cada vez más duras y nudosas. Entonces ella, pensando que don Santos, su marido, había sido víctima de algún daño, por las noches y entre conjuros, empezó a limpiarlo con sus artes malignas. Y cierto día, un día cualquiera, el abuelo estudió con atención los naipes y, al fin cerrándolos, dijo *Ya no hay nada que hacer. Me llegó la hora*. Mamá Altemira pensó que se trataba de tumores malignos, no dijo *cáncer*, pues si este existía como enfermedad todavía no existía como palabra, al menos por esos años y más por estos barrios de pobreza, donde la enfermedad, la muerte y la superstición, para decirlo con palabras del padre del niño, «eran el pan de cada día».

Desde entonces, para el churre los días se tornaron lentos, alargados e interminables, mientras que es de suponer que para el abuelo transcurrieron rápidos, febriles e implacables. No es ocasión ahora de hablar con prolijidad de la agonía (dilatada o rauda, según el punto de vista que se adopte) de

Santos Villar. Pero el chico tomó conciencia de que el abuelo se moriría de verdad desde la mañana en que dejó de levantarse de la gran cama que compartía con la Gertrudis. Los tumores cada día, cada minuto, *lo estrangulan un poquito más*, decía mamá Altemira, *y pronto ya no podrá respirar ni pasar alimento alguno*. Moriría asfixiado, el pobre mayor. Y hambriento, hambriento. ¿No era terrible la justicia de Dios?

Por esos días jugó como nunca con la Mika en el ataúd del abuelo Santos. Quedaban exhaustos, sudorosos; entonces convinieron en que mejor sería morir y ser enterrados desnudos. Comparaban el color de sus cuerpos y se palpaban y se acariciaban las partes en que eran diferentes; luego fingían llorar por la muerte de ambos, pero las lágrimas de la Mika eran de verdad. *Yo no quiero que te mueras*, le decía. *No te morirás nunca, ¿ya, Martín?* Y en una de esas ocasiones —bueno, es tiempo de decir su nombre—, Martín Villar también rompió a llorar. *¿Lloras por mí?* Y Martín Villar mintió: *Sí, sí*, le dijo. Pero no era por ella por quien lloraba; luego recordó cierto juramento que se había hecho meses atrás de nunca más llorar en la vida. Mientras se secaba las lágrimas se preguntó si era por el abuelo Santos que había llorado. No, no era por él. ¿Merecía acaso alguna lágrima Santos Villar, el cruel hermano de su pobre tía Primorosa?

La tía Primorosa. La pobre, la desdichada, la fatal tía Primorosa. Hasta poco tiempo atrás, para el pequeño Martín, la tía Primorosa era la loquita de la ciudad, era la exartista de circo, experta en maromas y juegos de ilusión y danzarina de la jota aragonesa y cantante de canciones en francés, y eraexquisita y delicada, y no la vieja demente y sucia que todo el mundo veía deambular cargando bajo un brazo un bulto inmundo y bajo el otro un gallo viejísimo de espuela descomunal y tras ella, Montubio, el horrible perro viringo que la vieja con artes y mañas de loca había amaestrado, puaf, qué asco, pero el jodido perro había aprendido a ejecutar la mar de cojudeces,

entre ellas pasar el sombrero sostenido entre sus colmillos para que el público depositara alguna moneda luego de que concluía la exhibición que la tía Primorosa efectuaba en el mercado, en la Plaza de Armas, en el Puente Viejo o a la entrada de los dos únicos cine-teatros que por entonces había en Piura. Pero desde la pelea y confrontación que ella tuvo con el abuelo Santos (y al que al churrito por fatalidad y desgracia le tocó asistir), el trastorno y los tormentos parecieron bajársele desde la mente al corazón. Algo pomposamente, años después el muchacho recordaría: *Fue el día o la tarde que terminó mi infancia. Pero solo Dios tiene facultad de juzgar*, decía mamá Altemira, *y cualquier cosa que tu tía haya hecho, recuerda que antes aun de ser mujer se fatalizó su destino*. Y ahora, apenas llegó a oídos de la tía demente que su hermano Santos estaba muriéndose, cada día, siempre con sus cachivaches y el gallo bajo el brazo y Montubio acompañándola, se paraba frente a la casa del abuelo y empezaba a carcajearse y proferir maldiciones e improperios y burlas. *¿Así que te estás muriendo, Santos?*, gritaba. *¡Te estás pudriendo, Santos! Ay, qué risa que me da. ¡Si supieras la alegría que siento! ¿Sabes, Santos, cómo morirás? ¡Igual, pero qué igual, que el hombre degenerado que nos engendró!* Los vecinos y la gente de los alrededores se arremolinaban, algunas mujeres se santiguaban y también algunos hombres maduros o viejos hacían gestos de conmiseración; para la mayoría y para los churres era motivo de risa y jolgorio. Lo mejor de la diversión era cuando, con sus ojos de pescado, la ciega Gertrudis se asomaba a la puerta. Cuando la sentía venir apurada y rabiosa desde el fondo del corral guiándose por las paredes, la Mika abrazaba a Martín y Martín acariciaba el cuerpo desnudo de la Mika y la Mika secaba con su lengua las lágrimas antes de que le brotaran. Y le tapaba con sus manos los oídos para que no oyera, pero Martín ya sabía lo que la ciega Gertrudis le diría a la tía Primorosa. Lo peor no era que la llamase «loca», «vieja sucia», «asquerosa», «culo

pestífero»; lo peor era cuando la llamaba con las mismas palabras que hombres y mujeres usaban para referirse a la Pegada, que era una mujer de la vida. Los sábados, día que daban de alta a los cachaquitos del cuartel Grau, la Pegada, con el cuello envarado, rígido por las repulsivas quemaduras padecidas en circunstancias misteriosas muchos años atrás, llevando un petate enrollado bajo el brazo se dirigía a los arenales y en una hondonada que había no lejos del cuartel, bajo un faique de copa espinuda, extendía el petate y del seno extraía una cajetilla de cigarrillos Nacional y se ponía a fumar esperando la salida de los soldados. Varias veces, junto con otros churres del barrio, Martín había hecho el peregrinaje hasta las cercanías de la hondonada y había visto la larga fila de cachacos esperando su turno. Se divertían y reían mucho escuchando las ocurrencias de los muchachos mayores, los grandes, que, por ejemplo, decían que si se juntaran todas las vergas que le habían metido a la Pegada formarían kilómetros y kilómetros y kilómetros y kilómetros, hasta dar la vuelta al mundo. Y por eso los hombres y las mujeres del barrio decían que la Pegada era meretriz, ramera, mañosa, puta, chuchumeca, y que como no se lavaba ni cuidaba ni se hacía controlar en el dispensario antivenéreo, como lo hacían cada lunes las putas del bulín, debía tener el coño chancroso, el culo ulceriento y las tetas sifilíticas. Y ahora, por más que la Mika le tapase los oídos y cubriera de besos sus ojos y pegara aún más al suyo su cuerpo desnudo, allí en el cajón donde pronto enterrarían al abuelo Santos, Martín sabía que la ciega Gertrudis estaría insultando a la pobre tía Primorosa con parecidas o peores bascosidades que la gente utilizaba para referirse a la Pegada. Y, con todo, Martín tenía esta certeza: que jamás la Gertrudis se atrevería a estigmatizarla con el calificativo de «vieja chancrosa» o «vieja sifilítica». Y este era un saber que el muchacho (el churre, el churrito) había adquirido el día o la tarde en que la reyerta entre la tía Primorosa y el abuelo Santos puso fin a su infancia.

Quedaría aún si sintió pena, tristeza o dolor el pequeño Martín el día que por fin dejó de existir. ¿Lloró? ¿Rompió su juramento de nunca más volver a llorar en su vida? Desde días antes del fallecimiento habían empezado a llegar los hermanos sobrevivientes del abuelo Santos. Pero el primero en hacerse presente no fue ninguno de los hermanos, es decir, los tíos del niño, sino don Domingo Medina que, decía mamá Altemira, había sido el único amigo verdadero que en toda su vida tuvo Santos Villar. Luego, de Paita como don Domingo, vino el tío Silvestre, el más joven de los Villar sobrevivientes varones y también el más alto y fuerte, pero su tamaño y su fuerza, conjeturaba ya el chiquillo, eran distintos a la grandeza y el poder de Santos Villar. El último en presentarse fue el tío Catalino, el mayor de los Villar, pero no el primogénito; *el primogénito no*, se repetiría el muchachito sin poder medir el alcance, la magnitud de la palabra. Llegó la víspera de la muerte del abuelo y vino de Talara con un gallo bajo el brazo, pues apenas terminasen los funerales de su hermano quería jugar al animal en el coliseo de gallos de Castilla. Tres días antes había llegado de Tamarindo, caserío donde residía desde hacía muchos años, el tío Luis, *el único de los Villar*, le contó mamá Altemira, *que no fue a trabajar de peón en Guayaquil y Panamá, por quedarse guardando la casa ancestral y para sepultar a sus hermanos Inocencio e Isidoro*, el primero, como se enteraría durante el velorio del abuelo, hallado muerto casi devorado por las bestias en medio del monte y el segundo colgado (primero había sido fusilado) de una de las ramas del enorme Zapote de Dos Piernas. El tío Miceno, del linaje materno (y junto con el tío Silvestre, el preferido del chico), solo llegó para el entierro, y de su mano fue que Martín acompañó al cementerio San Teodoro el féretro que llevaba los restos mortales de Santos Villar, es decir, del padre de su padre, aquel padre que murió antes que él naciese y que se llamó Cruz Villar, idéntico al nombre de su bisabuelo, el mismo que en los días de mayor

desolación y enojo se amarraba un trapo rojo en la cabeza en señal de que nadie debía dirigirle la palabra.

La vez en que mamá Altemira lo estrechó fuertemente y le dijo que al fin Dios se había compadecido de los horribles padecimientos del abuelo, Martín pensó que ya nunca más podría esconderse con la Mika en el ataúd donde había descubierto una forma amarga, punitiva y desesperada del placer. La noche anterior, o para ser más exactos unos minutos después de que el reloj de la estación hubiera marcado la una y treinta de la madrugada, Martín fue arrebatado de un sueño confuso y desquiciante. Soñaba que continuaba jugando con la Mika, como lo habían hecho por la tarde, el juego de la vida y la muerte en el ataúd del abuelo Santos. Estaban desnudos y él mamaba el botoncito de la Mika, que luego no fue el breve, delicado y tibio broche de la Mika sino el seno opulento de mamá Altemira. Enseguida la Mika le dijo que se pasaran al cajón de la ciega Gertrudis, porque los de la Cofradía del Señor de la Agonía venían a llevarse el ataúd donde estaban ellos para colocar allí el cuerpo del abuelo Santos que acababa de morir; de modo que cambiaron de cajón, pero a la Mika le daba mucho miedo y asco jugar en el cajón de la ciega Gertrudis, que ya no estaba en el cuarto de en medio, que estaba en la sacristía de la iglesia San Francisco, que estaba en el salón de clase del maestro Zuriel Mendoza, que estaba en el cuarto donde venía muriéndose de hambre y de asfixia el abuelo Santos. Después él ya no era él sino Santos Villar con el trapo rojo amarrado a la cabeza y la Mika no era la Mika sino la ciega Gertrudis, que no estaba abrazada al abuelo sino a Martín, y Martín distinguía los ojos de pescado, de culebra, de la ciega, que no estaba desnuda sino en fustán, pero él sabía que la ciega no usaba monillo o corpiño como usaban mamá Altemira y la tía Dioselina y las otras mujeres del barrio y un día, mientras sentada en cuclillas la ciega molía maíz en el batán, Lique, un vecino un poco mayor que él, se arrodilló delante de donde estaba la ciega

moliendo en el batán y, agachándose, se puso a mirar y le hizo una seña a él y Martín lo imitó y vio que la ciega Gertrudis tampoco llevaba nada en esa parte debajo del fustán y lo que vio fue una cosa peluda, de pelos blancos, canosos. Despertó sudoroso, sediento, galopándole el corazón, y sintió mucha vergüenza y creyó hallarse desnudo cuando mamá Altemira, con un candil en la mano, le dijo *pobrecito, ángel mío, has tenido una pesadilla*. Luego de serenarlo, de darle a beber unos sorbos del agua de la tinaja y de consolarlo, le dijo que tenía que levantarse. *El abuelito Santos*, le dijo, reclamaba por él. *Pero tranquilízate, mi amor; hay que resignarse, mi ángel, a todos nos ha de llegar el momento*. Y añadió que su abuelo, don Santos Villar, deseaba, y este era el último deseo de su corazón, echarle su postrera bendición al único heredero directo de su sangre que quedaba. *¿Me escuchaste, Martín?* Todavía desorientado, el niño le dijo que le parecía escuchar música. Música de baile, de fiesta. *Es la orquesta de Mi Juan y Felipillo; están de fiesta en la casa de los Coyuscos, gente ordinaria*, le dijo mamá Altemira, *sin ningún respeto ni consideración por un ser humano que está viviendo sus últimos momentos*.

No entendió las palabras del moribundo, pero le pareció que ahora el abuelo Santos no era el hombre inmenso y excesivo que conoció desde que guardaba memoria. Lo habían arrodillado al pie de la cama y, antes de que le dijeran que debía inclinar la cabeza para recibir la bendición, vio que mamá Altemira tenía que sostener el brazo sin fuerza del abuelo para que trazara en el aire dos, tres veces, la Santísima Cruz del Señor. La voz era grumosa y apagada, y las palabras se estiraban y resbalaban como colgajos pastosos e informes. Por el contrario, la voz de Mi Juan, jocunda y gloriosa, rasgaba los presagios de la noche y estremecía los tumores fibrosos del abuelo que formaban como una argolla alrededor del cuello, una argolla de carne petrificada y febril que estrechaba y comprimía, que estaba por terminar de estrangular la garganta del moribundo. Después, durante semanas y meses,

casi no habría día en que mamá Altemira no le recordara la bendición del abuelo. ¿Quién habló por él? ¿De qué fuente le brotaron palabras tan elevadas? Qué curas, ni qué doctores. Ni siquiera el padre Azcárate, que cuando estaba en paz con Dios hablaba con fundamento y corazón. *Si antes parecían de los filósofos, los sabios con que el iluso de tu padre andaba llenándose la boca. Como cuando naciste y don Santos me ayudó en el parto con doña Betsabé Alburquerque. Levantó tu destino, hijito de mis dolores. Al bendecirte, te pidió que nunca olvidaras la sangre, el linaje al que perteneces. Que jamás renegaras del imperio de la sangre que corre por tus venas*.

Pero ahora él (Martín Villar) no entendía el balbuceo angustioso y conminativo del abuelo. Los ojos de Santos Villar eran pequeños, pero no su mirada, que punzaba y hería y alcanzaba lo oculto y lo innominado. El abuelo se negó siempre a instalar luz eléctrica en la casa, de modo que la poca luz que había en la habitación —una lámpara a querosene, dos velas que ardían en la mesa de los santos (*no eran santos benditos*, decía mamá Altemira, y el Niño Jesús de Praga había sido pervertido por las artes malditas de la ciega Gertrudis)— protegió al niño del filo ardiente de aquella mirada. También lo protegieron el recuerdo de la pesadilla que acababa de tener, el deseo de volver a dormirse y la orden que recibió de mantener inclinada la cabeza, ah, y la rotundidad de la voz de Mi Juan y los acordes de la vihuela de Felipillo. Si no entendía el sentido de las palabras, percibió, en cambio, cuál era el olor de la agonía y la muerte. Olió las excrecencias de la vieja carne moribunda. Olor a orines y sudor y babas y esputos sanguinolentos y excrementos y remedios: este era el olor de la muerte. Tuvo ganas de vomitar y de sentarse en el hueco del cajón astillado que servía de excusado al final del corral. Hacer el cuerpo lo llenaba de temor y fascinación. No era un olor nauseabundo el que ascendía del retrete; era un olor fermentado, acre, como

de inmundicia lavada; al terminar ponía la cara sobre el hueco del cajón y allí, muy al fondo, veía borbotar sobre el mantillo montones de gusanos blancuzcos y gordos (*cuánta mierda acumulada, sobrino*, le decía el tío Miceno, *si su peso valiera oro ya serías el hombre más rico del mundo; ¡bah!, no te ilusiones, sobrino, los pobres cagamos menos; por el lado de la porquería los blancos nos aventajan: ellos son más mierdosos que nosotros*). No queda más remedio que admitir que el pequeño Martín sentía devota fascinación por los excrementos hirvientes de gusanos y por el indecente olor que ascendía del silo. El silo lo había cavado el propio abuelo poco tiempo después de que él viera la luz de este mundo. Supo que hubo, en tiempos más épicos y gloriosos, otro silo mucho más profundo, cavado también por el abuelo con la ayuda del tío Luis, por el cual se hubiera podido descender al infierno o alcanzar la otra parte del mundo, silo y retrete ahora clausurados y cuya huella rastreaba Martín Villar en el corral con la misma codicia con que su infortunado padre buscara el tesoro del triste bandolero Isidoro Villar. Y este fue uno de los juegos preferidos de su primera infancia (cuando no conocía a la Mika), como el correr vesánico para desprenderse de su sombra. Y ahora que el abuelo no había probado yantar sólido desde hacía tantos días tendría las tripas vaciadas, limpias de materias fecales y los extractos alimenticios que le suministraban con lavativas habrían actuado como bálsamos purgativos aniquilando las impurezas y los elementos de corruptibilidad. ¿Por qué, entonces, el persistente olor a caca, a porquería insepulta? «Perplejidad metafísica», así lo llamó risueñamente el muchacho Villar al recordar este momento mientras leía las reflexiones agustinianas sobre las miserias corporales del ser creado a imagen y semejanza de Dios.

La bendición concluyó, pero no la agonía del abuelo ni la fiesta en la casa de los Coyuscos. En la habitación, alrededor de la cama del moribundo, estaban don Domingo Medina, la Gertrudis y mamá Altemira, y el tío Luis,

apocado y hermético, se hallaba sentado en una banqueta en uno de los rincones del cuarto. El tío Silvestre caminaba de un extremo a otro de la sala y la directiva en pleno de la Cofradía del Señor de la Agonía esperaba sentada. El tío Catalino dijo que como hermano mayor le correspondía hablar con los Coyuscos para que, por respeto a la agonía de un cristiano, terminasen su fiesta, pero hacía mucho rato que había ido a cumplir la misión y no regresaba aún y la fiesta parecía animarse cada vez más. Luego el enfermo pidió orinar y mamá Altemira con una mano le puso la bacinica, y con la otra cubierta con un trapo cogió el miembro, y el chico escuchaba el esfuerzo que hacía el abuelo por arrojar la orina.

—Ah, Catalino —dijo tartajosamente—, debes estar valsando en la fiesta celebrando mi muerte. Nunca cambiarás, jodido puñetero.

Martín fue a la sala donde el tío Silvestre discutía con dos de los socios de la cofradía:

—Es que no me gustan los curas; vayan ustedes nomás, don Vilela; los Villar les quedaremos agradecidos.

Luego cogió la mano de Martín y le dijo que lo acompañaría a su cuarto para que terminara de dormir. Cuando volvieron a pasar por la habitación del abuelo, mamá Altemira empezaba a rezarle las oraciones de la buena muerte.

—Cuénteme, tío, cómo murió el tío Isidoro.

—¿Te gusta la historia de Isidoro? Tuvo una muerte gloriosa, sobrino, como mi hermano Román, allá en Panamá.

El tío Silvestre empezó a contarle, una vez más, las aventuras y desventuras del inescrutable bandolero Isidoro Villar, pero al poco rato el chiquillo cayó rendido por el sueño.

Despertó ya muy entrada la mañana y lo primero en que reparó fue en que había cesado la música en la casa de los Coyuscos. Ninguna música, silencio, y el gusanito empezó a roerle las entrañas. Pero lo del silencio era un decir,

porque sintió voces y ajetreos en la cocina. Se puso los zapatos, se levantó y asomó la cabeza: eran las hermanas de la ciega Gertrudis atareadas en la cocina y en el corral de las aves. Había gran matanza de pichones y gallinas. Le temblaron las piernas y ya no un gusanito sino muchos le mordían las tripas cuando caminó hasta el cuarto de en medio y descubrió lo que había imaginado: el ataúd del abuelo Santos no estaba en su lugar, nunca más estaría allí y a la Mika le daba miedo y asco jugar con él en el cajón de la ciega. No se atrevió a entrar al cuarto del abuelo y esperaría a que mamá Altemira o el tío Silvestre viniesen por él. Pero escuchó la voz contenida de la ciega Gertrudis:

—¿Qué les pasa so ociosas de mierda? ¿Por qué han dejado de llorar?

Las mujeres replicaron:

—Gua, doña Gertrudis, déjenos más que sea un respiro; mientras, llore usted que para eso fue su mujer.

—Yo ya terminé de llorarlo —dijo la ciega— y para eso el finado las contrató.

Eran las Peladas Sullón, las más famosas lloronas de las afueras de Piura y Martín recordó que el abuelo, antes de caer tumbado en la cama, separó unas pesetas.

—Esto es para las lloronas porque nadie llorará por Santos Villar. Pero si las viejas no lloran como es debido jálenlas de las mechas y muélanlas a palos —dijo y se echó a reír.

Fue la última vez que vio reír al abuelo.

—¿Qué esperan, carajo? —insistió ahora la Gertrudis.

Entre tanto, alcanzó a escuchar la voz airada e imprecatoria del tío Catalino. Pero no pudo escuchar bien porque las Peladas Sullón retomaron la plañidera. Ahora no eran gusanos, parecía una culebra la que hundía sus colmillos por la boca del estómago. ¿Qué hora sería? El abuelo y el tío Luis

sabían calcular de lo más exacto la hora mirando el cielo. ¿Y a qué hora habría muerto? Entonces se dio cuenta de que estaba conteniendo las ganas de orinar. Dio los buenos días a las mujeres de la cocina y se dirigió al fondo del gran corral. Orinó largo y su orina rutiló en la mañana límpida y transparente. Se sintió aliviado y quiso entrar al corral de los burros, donde solo había una burra y un pollino de ocho meses. Semanas atrás había descubierto que los hijos de los Coyuscos, muchachos más grandes, casi con barba, se pasaban al corral trepando la pared y se montaban a la burra. La primera vez lo amenazaron, lo adularon para que no dijera nada, y luego vio cómo el mayor de ellos se bajaba el pantalón y el calzoncillo y se ponía detrás de la burra, mientras el otro la cogía del pescuezo. La burra arqueó las ancas traseras, corcoveó un poco, luego abrió los belfos, bufó y los ojos se le exorbitaron, pasmados, sorprendidos, indefensos y gozosos. Mejor sería ocuparse en el excusado, pero no tenía deseos; con todo, miró hacia el fondo y vio los gusanos hartándose de la caca y por primera vez se dijo que el abuelo Santos había muerto. Una bandada de negros se posó en las ramas del algarrobo que daba sombra al excusado. Trinaron unos instantes y volvieron a levantar vuelo. En el corral, el corral mayor, había un sampedro rodeado por un cerco de latas oxidadas, un ciruelo macho, estéril, de los que no dan frutos y que por consejo del tío Luis el abuelo regaba con su primer orín matinal hasta que, en efecto, empezó a dar frutos, pero fueron unas ciruelas esmirriadas, ácidas y amargas; había también un papayo, un laurel, una hilera de matas de sábila, plantas de llantén, hinojos, toronjil, menta y flor de reseda, impávidos ante la muerte de quien sembró el huerto, pues el huerto, como este cielo, el canto de la chiroca, los alacranes de los delirios de la tía Primorosa, los recuerdos de Guayaquil y Panamá y la infancia en Congará y el poder en el bien y en el mal y las inundaciones y pestes que se abatieron sobre el pueblo, y las imprecaciones y las furias, habían muerto para las

manos, los ojos, el corazón, la mente y la memoria de Santos Villar, y solo quedaba su cuerpo festinado por la naciente podredumbre y sus excrementos revueltos y confundidos con la caca de Martín Villar y la mierda de la ciega Gertrudis, *y nada había perdido el universo*, pensaría tiempo después, *era nada más que la recuperación de una carne vieja a la implacable sabiduría del humus del ser total*. Sería bueno jugar con la Mika, pero ahora ella estaría en la escuela de las señoritas Morante. Cerró los ojos y con la mente empezó a decirse: *mi abuelo muerto, mi abuelo muerto, mi abuelo muerto*, luego desde adentro la voz le subió sigilosa, *mi abuelo muerto, mi abuelo muerto, mi abuelo muerto*, y después su voz estalló incontenible y elevada, *mi abuelo muerto, mi abuelo muerto, mi abuelo muerto, mi abuelo muerto*, y las palabras fueron despojándose de sentido, *mi abuelo, mi abuelo*, era la sola emisión de sonidos, viento, aire, *muerto, muerto, muerto*, y los gusanos dejaron de roerle las entrañas y la culebra escondió sus colmillos, y un sentimiento desconocido, no de dicha, porque muy al fondo había pena, sino de liberación, como si eliminaran ataduras de sus manos y sus piernas, nunca más la mirada implacable, la voz que todo lo ordenaba habíase callado para siempre, *mi abuelo muerto*, no más servidumbre ni temor ni pánico, *muerto Santos Villar, por fin muerto, tía Primorosa, muerto el padre de mi padre*; se le escaparon algunas lágrimas, pero nunca supo si fueron por el abuelo Santos o por la muerte del padre que no llegó a conocer o porque ya nunca más podría hacer cositas con la Mika en el ataúd donde ahora yacía Santos Villar.

—¡Tú no tienes potestad para hablar, Medina!

—¿Por qué alzas tanto la habladera, viejo?

—¿Viejo? ¿Tú me llamas «viejo»? ¡Pues si mis ojos conservan algo de su virtud, viejos-viejos somos todos, hasta Silvestre, que es el más muchacho!

—Ah, este Catalino: hermano, tú nunca llegarás a viejo, ¿hablo correcto, Luis?

—Qué Luis ni Luis. ¿Acaso alguna vez dio razón de nada? ¡Si hasta me cuesta recordar la sazón de su voz!

—Lo que yo te preguntaba, Catalino...

—¡Pero qué caracho de hombre es este! ¿Cuántas veces tengo que repetirte, Domingo Medina, que no te reconozco imperio para hablar? Esto concierne a los de nuestra sangre y que yo sepa tú eres un Medina, no un Villar. ¿O acaso el canalla de Santos no te dijo qué gran hombre fue el fundador de la casta de los Villar? En cuanto a lo que dijiste antes, Silvestre, adivino que fue por chacota, no por elogio. Viejo en carnes y años lo soy, pero no en corazón ni en agallas. Y si dudas, ponme una mujer por delante, aunque sea una mechosa clinuda pero, eso sí, muchacha, cuarentona, no una vieja de tetas caídas, flacuchas y exprimidas de tanto recontrarrechupárselas.

—Ah, tú y tus mañas, Catalino, como bien decía el finado Santos.

—Lo que quiero que me respondas...

—Qué respondas ni qué nada. ¡Ningún derecho te asiste!...

—¿Catalino?...

—No por fatales perdimos nuestro orgullo. ¡Los Villar somos los Villar, qué caracho!...

—¿Catalino?...

—Medina, ¿sabes quién fue don Miguel Francisco Villar?

—Vejeces, solo vejeces hemos oído. En Panamá, con el finado Román aprendimos...

—¡No me vengan con el cuento de Panamá ni de Guayaquil! ¿Has olvidado que yo fui el primero que marchó a esos mundos a agachar los lomos y padecer privaciones?

—Lo que yo recuerdo, Catalino, es que fuiste el primero en huir de la peste y no esperaste a enterrar a nuestros padres. ¿Miento, Catalino?

—¡Mientes, mientes! Y no imaginaba, Silvestre, que fueras tan bellaco, igual y conforme que el hermano malvado cuya ánima debe estar desgalgándose a los quintos infiernos. ¡Y no hui! ¡No hui, cojones, y lo juraré ante todos los crucifijos de la tierra! Yo, yo... bueno, lo que hice yo fue marchar por orden paterna tras la emputecida hermana que trajo fatalidad a nuestra casa.

—Vamos, ¡sosiégate!, ¡sosiéguense, hombres! No está en mi temple remover llagas. Lo único que quiero es que me saquen de esta duda...

—¡Y vuelves con la cantaleta! ¡Tú aquí no tienes arbitrio!...

—¿Catalino?...

—Pero, ¿no fue verídico lo que dije? Verdad que terminó de mañosa, pero no fue por su voluntad que se entregó al blanco Benalcázar.

—Catalino, olvidemos esa vejez que tanto agrió nuestras vidas.

—No temas, hermano, que no está en mi corazón condenar a don Cruz Villar, nuestro padre. ¡Condeno al invencionero! Ah, Santos, Santos, ¿por qué encendiste esa ilusión fatal en nuestro padre? ¡Cómo te aprovechaste del imperio que ejercías sobre él! ¡Y por oírte el padre fue castigado y humillado dos veces! Dos veces, ¿me oyes, Medina? Primero con el chileno...

—¡Cállate, Catalino!

—Y la segunda vez...

—¿Nunca podrás mantener cerrado el hocico?

—...con el Benalcázar. Ahora, Medina, debiéndolo.

—Espera, Domingo; con tu perdón, cumpita.

—Basta. Que no se hable más del asunto. La afrenta que padecimos ya está lavada.

—¿Lavada? Las heridas no se cierran, Silvestre. Don Cruz no castró al padrillo, ¡me castró a mí! ¡A mí! No se rían porque, si quieren saberlo, los compañones me cuelgan soberbios y pestíferos. Me refiero al ánima, al corazón, y ustedes también padecieron el tajo abusivo.

—Siempre vuelves a tu rencor contra Santos, ¿no te bastó con bailar anoche mientras él agonizaba?

—Silvestre, por favor, deja eso.

—Bah, Domingo, no estoy acusando, si más bien me da risa, porque de sobra conozco el natural de mi hermano.

—Valsé por cortesía, una o dos veces, porque no soy ningún montubio para despreciar al mujerío.

—¿Cantaste también por decencia?

—Es que el nombrado Mi Juan estaba cantando cojudeces y yo quise enseñarle una buena tonada. ¿Te acuerdas, Silvestre, de los cantos y danzas de los morenos allá en Panamá?

—¡Si antes me acordé de Felipe Morán y de Simón Guerra y los mellizos Canterales!

—¡Ah, qué rica vida pasamos por esos mundos! Mundos de infierno y padecimiento donde murió nuestro hermano Román.

—Ahora eres tú el que viene con vejeces.

—¿Vejeces, dices? ¿Nombras así a la muerte gloriosa de Román?

—¡Eres un convenido, Catalino! ¡Nada más que un convenido!

—¡Y tú te estás olvidando que me debes respeto! ¡No olvides que soy tu mayor! ¡El primogénito! Sí, el primogénito, por más que le arda el culo a Santos. Eh, Santos, ¿me escuchas?

—Ya que vuelves a nombrar a Santos, quiero que respondas...

—¡No quiero oír tus preguntas! ¡Tú no tienes arras en nuestra sangre!...

—¿Catalino?...

—¡Ninguna ley te faculta!...

—¿Catalino? ¿Me oirás alguna vez, Catalino? Lo que quiero decir hace rato es que a don Domingo Medina le sobra majestad para decir su doctrina.

—¿Pero quién habló? Por el ánima bendita de nuestra santa madre, doña Trinidad Dioses, te juro que desconocí tu voz, Silvestre.

—Ah, qué jodido pendejo eres, hermano. Toda la puñetera noche te pasaste amonestando a Luis por su avaricia para abrir la boca y ahora que él te habla...

—¿Fuiste tú, Luis, quien habló? ¡¿No les dije?! Y no me culpes si mi retentiva ya olvidó la calidad de...

—No quiero faltarte porque me crie en la ley del respeto a los mayores y yo te reconozco como mi mayor, pero, Catalino, tú embustes y encalavernas la verdad y la justicia.

—¡Miéchica! ¿Lo oíste, Silvestre? ¡El más animal y montubio de los Villar hablando con verbo elevado!

—Catalino, óyeme bien, Catalino, no permitiré que desprecies a Luis.

—Gracias te doy, mi hermano, pero Catalino tiene razón. Me faltan luces y nunca aprendí a labrar las palabras como con virtud antigua labro la tierra. Mi retentiva es humilde y yo no fui por esos mundos. Mi misión fue guardar la casa y enterrar a mis hermanos.

—¡Pero no la guardaste, Luis! Muerto de vergüenza corriste a esconderte en Tamarindo cuando volvió la loca de Primorosa con mal nombre.

—¡No te propases, Catalino! ¿Has olvidado el pacto?

—Te daré gusto, Silvestre, y martirizaré mi boca para que no hable de ese sucedido.

—Les decía que yo la acogí en el hogar y solo me fui cuando sucedió lo que sucedió. Pero siempre volvía, mis hermanos. Verídico que a escondidas. Esperaba las noches más negras como nuestro destino y volvía a echarle una

mirada a la casa y olía el aliento que trascendía y me atorozonaba bebiendo mis lágrimas.

—No me entremeteré en asuntos que no son de mi soberanía... Yo nada más quiero preguntar...

—¡Por la maldita madre con este hombre!

—Cállate, Catalino, y te recuerdo que yo no soy Luis, soy Silvestre. Y ahora di, Domingo, lo que tengas que decir, que de sobra conocemos que fuiste el único amigo verdadero que tuvo el finado; mayor derecho no puede existir.

—Gracias, Silvestre, tus palabras las guardaré en mi pecho en los días que me quedan por vivir.

—Carajo, ¡qué buen par de alcahuetes se han juntado!

—Silencio, Catalino, calma y da tregua a tu rencor. Di, Domingo, aguardamos tu palabra.

—¿Saben ustedes quién ha muerto? Sé que mi pregunta les parecerá peregrina y hasta dirán que...

—Que estás chocho, Medina, carcamán y boludo.

—Domingo, yo te responderé: estamos velando a nuestro hermano Santos.

—Hablaste correcto, Silvestre: ha muerto Santos Villar. Y yo sé quién fue Santos Villar y sin ofender a nadie podría levantar todos los cargos que aquí se le han hecho, desde por qué él, a quien nunca le gustaron los gallos, logró cruzarlos con el gavilán. Pero yo, hermanos, porque por mi amistad con Santos los considero mis hermanos, yo lo que quiero decirles es: ¿saben ustedes quién era Santos Villar? ¿Comprenden quién ha muerto?

—Yo me marcho a estirar las piernas. No aguanto un minuto más escuchando tantas simplonadas.

—Antes de que te vayas, Catalino, oye lo que voy a decir, y tú también, Silvestre.

—Yo se lo diré, don Domingo, con el mismo verbo que usaría nuestro Isidoro de estar con nosotros: ha muerto don Santos Villar. ¡Mi hermano y mi padre! ¡Nuestro padre! ¡El padre de los hombres! ¡Atrévete a negarlo, Catalino!

No tembló la tierra. Ni se oscureció el sol. Lo que tembló fue mi alma. Me tembló desde la raíz de mis cabellos hasta la punta de los pies; me temblaron las manos y el corazón, mis tripas parecieron encabritarse, mi pequeña tripa añoró con desesperación las caricias de la Mika, los gusanos del excusado se refocilaron muchas veces con el maná de mi cuerpo, porque mi temblor, mi estremecimiento, fue al principio del tamaño del cuarto donde estuvo el ataúd del abuelo Santos y enseguida de la casa entera y luego se extendió por la calle, por el barrio, por otros barrios, por todo Piura con su cielo y después abarcó Congará, el pueblo donde nacieron mi padre y el padre de mi padre y mi primer abuelo, y a continuación se propagó por el mar, el mar por el que huyera Primorosa Villar, el mar por el que partieron en su busca, luego de la peste, los hermanos y terminaron por recalar en el infierno de Panamá, el mismo mar, en fin, por el que siglos atrás llegó Miguel Villar y después de la derrota y la deserción galopó por estos parajes de desolación y fue amado y consolado por la india Sacramento Chira, madre de todos nuestros padecimientos.

No se oscureció el sol. Los que se oscurecieron fueron mis ojos para mirar las cosas del mundo. O más bien adquirieron la virtud, la clarividencia e infortunio de descubrir que había dos mundos que giraban en la misma órbita pero de sustancia y tiempos diversos y contradictorios. Y con un ojo (el diestro o el siniestro, según la sazón de mi espíritu) miraba este mundo exterior, inesencial y corruptible, lamido y penetrado por la baba, el sudor, la sangre, los ríos, los vendavales y las virazones y los arenales, con sus

cementerios ocultos, con sus plantas rastreras y sus árboles espinudos, con sus animales de la tierra ardiente, inconmovible y tórrida, y el rencor, no el amor, y la humillación y el enojo, que venían del otro mundo, esencial, omnipotente e irredimible; y así, por ejemplo, cuando yo veía este árbol, digamos, uno de los ficus de la Plazuela Merino, miraba, en realidad, el vichayo sembrado por Sacramento Chira durante sus esponsales gentílicos o los centenarios tamarindos que Simón Rodríguez plantó a su paso por el pueblo o el Zapote de Dos Piernas donde fuera colgado el bandolero Isidoro Villar.

En el reino del tiempo primaba la divergencia, no la sincronía, tampoco la simultaneidad ni la alternancia, porque eran dos órdenes distintos en discordia perpetua; pronto sospeché que a este tiempo (que yo decidí mirar con el ojo siniestro) correspondía un orden sucesivo, inexorable, fatal e irreversible; pájaro de vuelo inverso, el otro tiempo transcurría por ondas azarosas, desencadenadas por los avatares de un pensamiento, una carencia, un torbellino de la sangre, o por un fluir de imágenes que violaban las fronteras de la vigilia y el sueño; era un tiempo maleable y reversible que yo podía prolongar y detener para hacer más intensos la exultación o el oprobio; y así, por ejemplo, si en el reloj de la estación eran las cuatro de la tarde de un día de 1948, es decir, un año después de la muerte de Santos Villar, dentro de mí y en un pálpito de mi corazón y con la misma luminosidad con que vemos las estrellas extinguidas miles de años atrás, yo veía a la abuela Isabela, la madre de mi padre, colocar en un piajeno a su pequeño hijo (fue un día tantos y tantos de 1903, según las anotaciones de mi padre) arrojándolo de su casa, y el burro con el niño atravesaron lentamente el pueblo de un extremo a otro, y años antes por la misma calle montada en una fina yegua fue conducida Primorosa, núbil y esbelta, de lejana e irreprochable belleza, a la gran casona del más poderoso hacendado de la región y, remontando un poco más el

tiempo, el mozo Santos Villar (el que llegaría a ser mi abuelo) combatía con el gran padrillo mientras mi primer abuelo, con el cuchillo de matanza, esperaba para aplicar el tajo infamante. Me limpié las salpicaduras de fétida sangre del animal mutilado, con la otra mano restregué el sudor que discurría por donde se destilan las lágrimas y luego miré el reloj: había pasado un minuto y cuánto duró la turbulencia suscitada en mi corazón por las estrellas extintas.

Pero por esos años (por esos días) reservaba mis ojos para que mirasen adentro, donde residía el mundo esencial, soporte de la tierra que pisaba y de mi cuerpo con sus huesos y misterios. Ya desde antes tenía conocimiento, o más bien un preconocimiento de mi yo, cuya hipóstasis era mi propia sombra con la cual jugaba, disentía, batallaba e intercambiaba roles en la pequeña mascarada que era la vida. Pero era un yo solitario capaz de elevarse entre la tierra, el cielo y el vacío. Ahora, con la agonía y la muerte de Santos Villar en que se desataron tantas pasiones, mi yo, pervertido y ultrajado, perdió su ingravidez y su naturaleza dejó de ser elemental y primaria. Era un espacio bullente e ilimitado arrasado por vientos adversos cuya sustancia eran el rencor, la cólera, la memoria, el olvido y los sueños. Ante todo, mi yo estaba formado por una ausencia: mi padre, tranquilo y agraviado, hermético y visionario; por una nostalgia inasible: la valva uterina donde por siglos Martín Villar se alimentó de los jugos de Altemira Flórez; y por la presencia rotunda y la mirada implacable del abuelo Santos y por la misteriosa ceguera de la Gertrudis, cuyos ojos, decía mamá Altemira, *veían por poder concedido por el demonio*. Y mi yo fue avasallado, fue siendo avasallado, violentado, por densas oscuridades, por súbitas (enceguecedoras) iluminaciones, por voces, por silencios y enigmas, por culpas y por imágenes —espectros, fantasmas—, y por sucesos —pasiones, homicidios, venganzas—, que eran lances de honor y bastardía. De este modo, la pequeña mascarada se fue

transformando en una grande y compleja mascarada de la vida y cuya representación fue variando a medida que mi yo iba descubriendo nombres, que eran nuevos rostros, nuevos espectros, como, por ejemplo, la señorita Domitila Diéguez, el pérfido matarife Clemente Palacios, el papá-doctor González, el padre espiritual del hijo unigénito de Santos Villar, descubiertos, o mejor, re-redescubiertos cuando leí tantas veces los cuadernos que me legara mi infortunado padre; y a estos nombres habrían de irse agregando los de hombres de estirpe altanera y gloriosa que yo fui escuchando a lo largo de los años de los labios del Ciego Orejuela, el bardo de la falaz epopeya de la tierra piurana. Y a esta epopeya pertenecía la historia del linaje de los Benalcázar León y Seminario, historia que comprendía sus grandes señoríos que se extendían por los dos grandes valles de la tierra piurana, con sus mujeres (como Grimanesa León, *una mezcla*, decía el Ciego, *de Mesalina y Clitemnestra*), sus queridas (como Visitación Cabrera), sus cortesanos (como el francés François Denis Boulanger de Choriè), sus socios (como el alemán Hans Albrecht), y a este linaje perteneció Odar Benalcázar León y Seminario, el blanco a quien Cruz Villar, mi bisabuelo Cruz Villar, vendiera a su única hija, Primorosa, engendrada en el vientre de mi bisabuela Trinidad Dioses.

Pero por esos días (los días que precedieron a la muerte del abuelo, durante los funerales y las nueve noches siguientes destinadas al rezo por el alma de Santos Villar, noches en que a la entrada de la casa, enmarcada en una corona de crespones negros, pendía una linterna a querosene en señal de duelo), mi mundo de adentro se convirtió en un recinto cerrado asediado por interrogaciones, dudas, perplejidades y estupor y espanto y fascinación por las primeras revelaciones, y mi yo era este indagar sin sosiego. ¿Cómo sucedió esto? ¿Y cuándo, cuándo? ¿Por qué esto y aquello y lo otro y lo de más allá?

¿Fue verdad, por ejemplo, que mi bisabuelo daba de beber la pócima del sampedro («el cactus dorado», como lo llamaba mi padre en sus anotaciones) y de otras yerbas alucinantes como la simora, la hoja de múltiples formas que crece salvaje y pertinaz sobre la tierra amarga, a todos sus hijos, incluyendo a los menores, Inocencio y Primorosa, apenas unos churritos de este portecito; y que cuando los muchachitos se sentían aterrorizados por el tumulto de visiones y voces que les suscitaba la bebida, mi primer abuelo los amarraba al viejo vichayo que había en el centro del corral y luego procedía a interrogarlos solemnemente sobre el destino de la familia o por asuntos más modestos, como el gallo que saldría ganador en la peleas de las grandes ferias? ¿Sería verdad que fueron estas prácticas con el sampedro lo que perturbó la conciencia y la mente de los muchachos y que por ello adquirieron ese aire sombrío y cerril que sería el indeleble sello de los hermanos Villar; y más aun, que los más afectados resultaron los menores: mi tía Primorosa y mi tío Inocencio, el hermano amado y preferido por ella? ¿No es verdad que por eso Inocencio terminó por convertirse en un animal solitario, medio sonámbulo, medio iluminado, que vivía en el monte y que de cuando en cuando reaparecía por Congará y, con su crecida melena y barbas de Cristo, se apostaba a contemplar durante horas el sediento camino por el cual huyó su hermana Primorosa?

—Positivo, sobrino —dijo mi tío Catalino—. Y tan genuino como que el sol sale por mandato de Dios. Genuino como que descendemos del gran Miguel Villar. Y también verídico es que al que más le pegaba el remedio era a nuestro Inocencio, criatura fatal, desheredado hermano. Qué de semblantes y figuras no vería, que antes el padre tenía que amarrarlo fuerte al vichayo.

—¿Y mi tía Primorosa? ¿También a ella la amarraba?

—De la Primorosa no te daré relleno. Es ley que los hermanos juramos guardar. Pero Dios Nuestro Señor sabrá perdonarme si te digo que fue una

regia hembra. Nunca mis ojos vieron ni verán otra potranca igual. Y fíjate en lo que acabó: con apodo de mujer perdida y loca y vieja. Ah, pero el culpable de nuestra desgracia fue Santos. Él fue el invencionero que llenó la cabeza de don Cruz Villar, nuestro padre, de tantos sueños y ambiciones. Pero si Dios sabe amarrarse los pantalones, a esta hora al viejo de tu abuelo se le deben estar achicharrando las verijas en el infierno.

—¿Fue verdad, don Domingo? Cuénteme, no sea malo. De su boca quiero oírlo, don Domingo. Cuénteme cómo fue que...

—No es por maldad ni avaricia, hijo. Es que me falta ministerio para importunar en sucedidos de vuestra casta. Santos era hombre justo y de doctrina, pero arisco en las fatalidades de la sangre.

—¿Pero nunca, jamás, le contó nada?

—De contarme, me contó. Pero fue parco, muy sucinto. Ahí tienes por qué es que se empeñó en cruzar al gavilán con gallinas de pelea. ¿De dónde le vino esa ciencia? Pero lo logró con calma, con paciencia. Él como que adivinaba que un día llegarían a nuestra tierra los chilenos. Y de la tercera generación de ese cruce fue que salió el gallo indómito con que tu bisabuelo desafió al jefe chileno. Y no es escarnio sino gloria el que después don Cruz Villar fuera colgado y azotado públicamente por el enemigo.

Sentimientos contradictorios me embargaban. Sed de saber, de conocer, perplejidad e insidia, floración amarga del rencor, juramentos de vindicación y todo ello envuelto por un insano y jubiloso sentimiento de libertad por la muerte del abuelo Santos. Y evité y retardé cuanto pude el acercarme al ataúd donde yacía, mientras iba de grupo en grupo (los socios de la Cofradía del Señor de la Agonía, los vecinos, las mujeres, los indios campesinos de los alrededores de Piura a quienes el abuelo había curado de sus males) y de tío en tío y mi mente y mi espíritu se fueron llenando de figuraciones que habrían de acompañarme durante días y noches interminables.

—Y, en esos años, maestro Martín, ¿qué figuraciones tenía?

Me figuraba a mi primer abuelo Cruz con el trapo rojo atado a la cabeza y tirado en la hamaca. Sentía la pesadez del silencio. Ni un mugido, ni un aleteo de pájaros. Y el buen Inocencio amarrado al vichayo tutelar de los Villar atormentado por las visiones. Me figuraba (trataba de figurarme) a la india Sacramento Chira, todavía púber, siendo ungida por las indias viejas con yerbas de amor y flores del diablo, aquellas flores bermejas incitadoras de las pasiones sin reposo, para ir a apaciguar la intemperancia y la ira del soldado godo Miguel Villar, aquel rubio y lujurioso anticristo que como un viento maligno había aparecido por la región y se había entregado a una estrafalaria guerra particular contra los pacíficos habitantes de todos esos contornos. Fue (recuérdalo) una guerra irrisoria, quimérica, sin paz posible, como sentenciaba en sus anotaciones mi desventurado padre, quien, decía mamá Altemira, *hasta el momento de su muerte vivió obsesionado con el fantasma del fundador de la amarga sangre de los Villar*. Pero no podía figurarme la estampa, el porte, los ojos de Miguel Villar y solo lograba escuchar el galope de su corcel y veía sus armas vencidas (aunque no el sable que mi abuelo ofreció a don Rufino Estévez a cambio de sus enseñanzas) y también las laceraciones en sus tobillos que Sacramento Chira curaba con yerbas de la tierra.

Tampoco me fue posible imaginar la belleza de Primorosa.

Me fue imposible (en esos años) imaginar su belleza porque de ella (muy de cerca) solo había visto las ruinas, la locura, la decrepitud y el rencor. Pero sobre todo porque todavía no había descubierto la verdadera belleza.

Y después me olvidé de Primorosa, como me olvidé de la fosa común en que fue arrojada junto a los desamparados de la tierra piurana, del mismo modo que olvidé (clausuré en mi memoria) el entero mundo de los Villar.

Fue el tiempo en que abjuré de mi sangre y abominé de mi cuerpo. El tiempo en que me dejé fascinar por el mundo de los Benalcázar, quiero decir, por el mundo de los blancos de Piura, cuyas historia y leyenda (crueles y bellas, gloriosas y magníficas) escuchara por boca del Ciego Orejuela. Seguiría luego el tiempo de las dudas y arrepentimientos y la búsqueda de un ilusorio camino de perfección que me llevaría a encerrarme en un seminario al reencuentro de la deidad perdida. Es verdad que no encontré a la divinidad, en cambio recuperé la voz de mi padre al leer y releer con nuevos ojos los cuadernos que me legara. Por eso, más adelante, cuando Deyanira Urribarri terminó de contarme la historia de su linaje y me incitó a narrarle la historia del mío, yo ya estaba en condiciones de empezar a fabular esta historia. Recuerdo que evocando cierta imagen que presenciara durante la confrontación entre el abuelo Santos y la tía Primorosa y que reaparecía en mis pesadillas y en las visiones que tuve en la cabaña de don Asunción Juares, le dije *Tendré que empezar por hablarte de los destellos purísimos de un espejo hundiéndose entre los excrementos*.

Pero, en fin, ¿a qué hora murió el abuelo del pequeño Martín?

Nunca se sabrá con exactitud la hora, los minutos y los segundos en que Santos Villar dio el último suspiro porque hubo discordia entre los diversos relojes (o la ausencia de ellos) de quienes asistieron a su agonía. El ordinario reloj de campanilla del viejo Santos colocado en una pequeña urna de madera basta con puertita corrediza de vidrio se había detenido desde quién sabe cuántos días atrás y marcaba las dos y veintiún minutos, sin que se pudiese determinar si se había detenido a las dos y veintiuno de la madrugada o a las dos y veintiuno de la tarde, lo que no impidió que el tiempo siguiera su marcha, mientras el pulso y las palpitaciones del abuelo fueron perdiendo su ritmo normal, menguando, menguando, hasta el reposo y el apaciguamiento

final. El reloj de don Leonidas Vilela (un Omega de quince rubíes y de plata con leontina también de plata), presidente de la Cofradía del Señor de la Agonía, marcaba las cinco y catorce de la madrugada, si bien don Vilela admitía que había consultado su reloj varios minutos después que don Santos Villar expirara. A las cuatro y cincuenta y cinco todavía Santos Villar respiraba, según testimonio de don Domingo Medina, que en ese instante consultó su hermoso reloj Longines con leontina, todo de oro, tres tapas y veintiún rubíes, adquirido en los años en que trabajó en la construcción del Canal de Panamá y que fue el objeto que mayor codicia despertó en la infancia del pequeño y único heredero de la sangre del amigo del alma del señor Medina. Fue don Domingo Medina quien cerró los ojos de Santos Villar, pero no consultó de inmediato la hora. Luego de acomodarlo en posición yaciente en el gran catre se puso de pie y así (con la cabeza gacha) permaneció durante algunos minutos. *Ya no estás, Santos*, dijo, *pero pronto te daré alcance para continuar nuestras pláticas y escuchar tu doctrina*. Después abandonó el cuarto y en la sala se acercó a la lámpara que había sobre la mesa y miró la hora: eran las cinco y dieciocho del amanecer del 17 de octubre de 1947. Enseguida, en un acto reflejo, quiso comparar la hora del reloj de Santos con la del suyo y entonces reparó en que aquel se hallaba detenido. En un primer impulso pretendió darle cuerda y sincronizarlo con la hora estricta e irrebatible de su soberbio Longines. Mas, como si su cerebro agobiado y su corazón envejecido dictaran de súbito una orden perentoria, detuvo su brazo a la mitad de su trayectoria. ¿Qué carajo podían importar ahora el tiempo que marcasen todos los relojes del mundo, fuesen o no Longines, de oro, platino, plata o de ordinario metal, con o sin rubíes o diamantes, con o sin labraduras o cualquier otra vaina que el ingenio y la vanidad humana ha creado, para el ánima de Santos Villar? Símbolo de esta vanidad, de esta obsesión humana por controlar el tiempo, como a su manera

pensó don Domingo Medina, era el gran reloj de la estación instalado medio siglo atrás, *pero nadie pudo escuchar sus campanadas*, dijo uno de los Palomos Cobeñas, *por el descojonante aullido de los perros que se levantó por todos esos contornos y por el canto de las lechuzas, canto jodido, jodidísimo*. El tío Catalino gastaba un moderno reloj de pulsera marca Edox, adquirido entre las mercaderías de contrabando (licores, cigarrillos aromáticos, sedas) que traían los barcos que hacían escala en Talara. Pero el mayor de los Villar no estuvo en condiciones de mirar su reloj: en el momento en que su hermano expiró él dormía su borrachera agraviosa a pierna suelta y roncaba de lo lindo en la perezosa donde Santos Villar solía cada tarde consultar los naipes. Tampoco el tío Silvestre pudo consultar su reloj, adquirido también de contrabando, porque se le había malogrado y lo había dejado arreglando en Paita donde el relojero Benítez. El padre Azcárate, con su viejo sacristán, a quien el abuelo Santos apodaba Macho Cansado, le encargó a don Vilela que le recordase la hora cuando fueran las cuatro y cuarenta, pues a esa hora tendría que marcharse para alcanzar a celebrar la misa de las cinco en la iglesia del Carmen. El padre Jesús Azcárate no usaba reloj, pero todo Piura sabía (y así habría de comprobarlo años después Martín Villar) que poseía un antiguo y valioso reloj de bolsillo de herencia familiar, el cual pendía de una cadena de plata del estante de su biblioteca que daba frente a su abarrotada mesa de trabajo. El reloj marcaba las once y quince, pero era una hora congelada muchísimos años atrás, desde antes de que el padre Azcárate llegara a Piura a perturbar con su vida y sus sermones las conciencias de sus feligreses. Muy puntual, muy comedido, don Leonidas Vilela le recordó la hora al padre Azcárate, quien había venido a imponer los santos óleos a su viejo amigo Santos Villar (siempre había sido un misterio y fuente de especulaciones y habladurías la amistad entre este cura distinto y extraño con el viejo Santos Villar, practicante de la curandería

y de genio irascible y despótico), de modo que el cura Azcárate prendió su segundo habano a las cuatro y cuarenta y se despidió por última vez del moribundo, y faltando cinco minutos para las cinco de la mañana, *por entre el aullido de los perros y el canto de las lechuzas*, contó mamá Altemira, *se escucharon las campanas de la iglesia del Carmen, dobladas por Macho Cansado, pero todavía en esos momentos latía el corazón del abuelo Santos. Lo que es la vida*, dijo también mamá Altemira, *mientras don Domingo Medina junto al catre se hallaba de pie con la cabeza inclinada en señal de respeto y dolor y quizá orando por el viejo amigo recién muerto, asomaron sus narices don Telésforo Chuyes, el panadero, y el zapatero Jacinto Moscol, y le preguntaron a don Juan Saavedra, a quien tu abuelo nombraba Juan Grande y que era el secretario de la cofradía, si el viejo Santos todavía vivía y Juan Grande les respondió que don Santos Villar, tesorero de la Cofradía del Señor de la Agonía, acababa de fallecer*. Los dos hombres se palmearon el vientre y dijeron *a las cinco en punto. Y aseguraron que ellos no necesitaban de reloj para saberlo, pues desde hacía años de años justo a las cinco se levantaban para ir a hacer juntos sus necesidades, allá abajo, en el barranco, mientras miraban el amanecer y escuchaban la reventazón de trinos de los pájaros y conversaban ya de pequeñeces o de cosas de mayor enjundia, pero siempre de la vida, de nuestra vida, o como será el caso ahora, de la muerte, de la tristeza de llegar a viejo y de morirse como había muerto este viejo duro y prepotente. ¿A qué hora murió el abuelo?* Esta pregunta se la hizo al tío Silvestre el muchachito Villar al volver después de tanto rato que permaneció en el corral. Entonces el tío Silvestre le dijo que apenas expiró el abuelo, el tío Luis, el campesino, el chacarero y yanacona Luis, se levantó de su rincón, miró al hermano unos instantes y luego se asomó al patio y auscultó el cielo por el lado donde parpadea el lucero del

alba y enseguida dijo *don Santos Villar Dioses, mi señor hermano, murió a las cinco y tres minutos de este día ingrato y oneroso*.

¿Se cumplió el vaticinio de Santos Villar en el sentido de que nadie lloraría por él? ¿Qué sucesos impresionaron más al único descendiente directo que dejó el viejo Santos?

No se cumplió en relación a las lágrimas vertidas, pero la ironía del anciano moribundo fue certera, pues hubo lágrimas y lágrimas y llantos que eran como para morirse o llorar de la risa. La ciega Gertrudis, la viuda del abuelo, apenas le comunicaron el deceso de su marido, rompió a llorar con inconveniente convicción y fluidez, llanto que incluyó dos o tres alaridos y hasta un lamento sostenido. *Esta primera vez,* decía mamá Altemira, *lo lloró entre veinte y veinticinco minutos, e igual y conforme que en vida siguió tratándolo de usted al abuelo Santos, y entre respiro y respiro ordenaba que fueran a apurar a las lloronas, pues tenía mucho trabajo por delante, un velatorio no era cuestión de juego, tendría que buscar los soles contantes y sonantes y arreglar lo de la matanza de aves, de modo que los hambrientos que se colarían al velorio se llenaran la panza de tanto tragar y no fueran luego a revesear de que aquí no hubo cariño y respeto por el finado*. La segunda vez la ciega Gertrudis lloró entre diez y quince minutos en momentos en que el tío Silvestre y los socios de la cofradía se disponían a cargar el féretro de Santos Villar, pero ahora su llanto, el de la ciega, se perdió entre el llanto y los alaridos de las lloronas y de las indias de los alrededores, como Coscomba, La Legua, Simbilá, Malingas y Malinguitas, y de otras mujeres viejas del vecindario que por costumbre inmemorial y caridad cristiana despidieron con sus lágrimas el cuerpo del difunto. Mamá Altemira lo lloró numerosas veces. *Lo lloré*, le explicó a Martín, *porque tu madre Altemira Flórez es de otra raza, de otra sangre, y en su corazón no tiene cabida el rencor, y lo lloré, ángel mío, porque recordé a Cruz, tu*

atormentado padre que no conociste, y lloré porque viendo el cadáver recordé, ¿cómo es que no iba a recordarlos?, a mis padres, que murieron cuando era una niñita y me quedé en la más triste orfandad, y en fin, corazón, lo lloré pensando que a pesar de sus maldades y despotismo don Santos Villar no dejaba de ser una criatura humana, hijo por tanto de Dios Nuestro Señor. Vestidas de negro y cubiertos sus rostros con pañolones también negros, las lloronas empezaron su trabajo poco antes de las seis de la mañana. El propio Martín recibió el encargo de contratarlas tres días antes de que falleciera el abuelo y el mismo abuelo prescribió que fueran cinco las plañideras, cuatro de las cuales eran las hermanas Sullón, apodadas las Peladas Sullón, unas viejas solteronas de pelo abundantísimo, frente estrecha y bigotes, que vivían por las afueras del barrio de las Gallinaceras, por la salida del camino a Coscomba. La quinta era una vecina de las Peladas, rezadora ella del chucaque y el mal de ojo, conocida como doña Julia Potos. Pero a la hora de la hora solo llegaron las Sullón, pues la Julia Potos les devolvió los cinco reales y les dijo que ni por un sol ni dos soles, por más zamba y negra patas al suelo que fuese, pisaría la perversa casa de la ciega Gertrudis ni ensuciaría sus lágrimas por un viejo tan verdugo y desalmado como había sido el abuelo Santos. En silencio lo lloraron la directiva de la Cofradía del Señor de la Agonía: don Leonidas Vilela, maestro ebanista, Juan Grande, zapatero, los Palomos Cobeñas, herreros, don Pedro Morán, joyero, y el sacristán Macho Cansado, quien no solo lo lloró en silencio. También vertieron algunas lágrimas el maestro Purizaga, el clarinetista Temoche, el trombonista Esquén, el contrabajista Rumiche y el Chiclón Zegarra, el moreno tambor, todos ellos integrantes de la banda que acompañaba la procesión del Señor de la Agonía. Los indios asistentes guardaron un silencio grave (*distinto, como majestuoso*, decía mamá Altemira) y sus ojos, irritados de por sí por el batir del viento y la arena, se tornaron más encarnados por la

sal de las lágrimas domadas con esfuerzo. Don Domingo, que contuvo las lágrimas al cerrarle los ojos al abuelo y permaneció de pie cabizbajo junto a la cabecera de la cama, no pudo impedir una torrentada de lágrimas compulsivas cuando pretendió darle cuerda al detenido reloj de Santos Villar y ponerlo a la par con la hora de su refulgente Longines. Después, en silencio y sosegadamente, lloró mientras rasuraba las barbas blanquísimas del amigo de toda la vida. El tío Silvestre no lloró por convicción asumida muchos años atrás, desde el día en que cayera muerto su hermano Román durante los disturbios que se produjeron a raíz de una huelga de los trabajadores del Canal de Panamá. *Pero grandes esfuerzos le costó reprimir las lágrimas*, le dijo mamá Altemira, *cuando cortaba las uñas de los pies y lavaba y untaba con esencias aromáticas el cuerpo de su hermano, cuya carne, en verdad, empezaba a corromperse*. Mucho lo lloró el tío Luis, pero sus lágrimas, su llanto, eran hacia adentro, por las profundidades en que seguro él vivía. Quien no lo lloró durante todo el velorio fue el tío Catalino, y antes ebrio de anisado y más ebrio aun de odio, rencor y envidia, cubrió al finado de reproches abrumándolo de cargos y gritándole mil bascosidades y cuántas blasfemias. Y no obstante, se desató en llanto (*un llanto impúdico, desmesurado y repulsivo*, pensaría años después Martín Villar) al momento en que introdujeron el cajón en el nicho. *Ah, Santos, maldito, nunca sabrás cuánto te quise, grandísimo puñetero, te cogí afecto y reverencia desde que eras apenas una cagarrutita de este tamaño, ah, cabrón, ¿por qué me hiciste aborrecible al corazón de papá? Ah, ay, pero tus artes no pudieron con la mamita Trinidad, pues que nadie se atreva a afirmar que no fui yo su preferido, ah, mi hermano, gramputa maldecido, ¿tendrás, Santos, los suficientes compañones para perdonarme? Ah, hermano, perdóname por haberte envidiado, perdóname por huir del pueblo, pero es que yo era joven y la vida, fiesta, fiesta y alegría, y no me gusta nadita la muerte y siempre me*

jodieron las lágrimas y los trapos negros, ah, ay, pero te prometo llevar un brazal negro por tu memoria. Ah, y si no te has ido al infierno, usa tus poderes ante Dios y pídele me perdone por no haber dado sepultura a nuestra santa madre, doña Trinidad Dioses, y al cruel padre, don Cruz Villar, que me desterró de su corazón.

La tía Primorosa llegó a cumplir con su juramento poco después del mediodía. Vestía, tal como le hubiese prometido al odiado hermano, un estrafalario y apolillado traje de artista, de encendidas flores rojas sobre un fondo azul añil, pintarrajeada, el cabello suelto, toda ella, con un cigarrillo en larga cachimba y con un quitasol floreado, rotoso y vencido, «semejante», escribiría tiempo después el muchacho Villar, en comparación poco feliz, «a la arriada bandera y las armas vencidas del soldado godo Miguel Villar». Las lloronas interrumpieron su llanto, don Leonidas Vilela y los restantes cofrades bajaron abochornados la cabeza, los yertos ojos de la ciega Gertrudis parecieron cobrar vida, las moscas que revoloteaban sobre las narices y orejas del difunto taponadas con algodones empapados en timolina se espantaron por unos instantes, el nieto del viejo Santos deseó estar en el corral jugando con la Mika, las indias viejas se santiguaron, el tío Silvestre y don Domingo Medina apretaron sus rostros, una luz de perversa alegría oscureció la cara del tío Catalino, otros rostros se encendieron con parecida satisfacción, y mamá Altemira y el tío Luis quedaron atentos para apaciguar a la vesánica Primorosa Villar. Había entrado contoneándose sobre sus altos tacones y fumando ostensiblemente. Pero al hallarse frente al cadáver la mente o el espíritu de la tía Primorosa pareció estremecerse por vientos perniciosos y gratificantes que alcanzaron la raíz de la memoria. Apagó el cigarrillo, cerró el quitasol y de la corona de flores más próxima arrancó pétalos que luego esparció por el rostro del difunto. Llamaradas de lucidez, desorden, olvidada concupiscencia, dicha purísima y punición y dolor

inabarcables y todas las formas del llanto, y un lamento, atravesaron su largo discurrir. *El lamento*, dijo mamá Altemira, *debió ser por su propia vida*. El llanto no fue por Santos, sino por el inolvidable hermano Inocencio, y acaso por el linaje entero de los Villar. Tampoco las maldiciones estuvieron dirigidas al hermano recién muerto. Y de esto no quedó la menor duda, pues cuando escupió sobre el rostro del cadáver se la oyó exclamar *¡Maldición eterna para usted, Odar Benalcázar!*

De manera general puede plantearse la hipótesis de que la mayor impresión que recibió el nieto de Santos Villar fue el descubrimiento, o, más bien, el predescubrimiento, del carácter tragicómico, grotesco, que pueden asumir la agonía y la muerte de una persona. La muerte es, por cierto, un asunto de dolor, llanto, lágrimas, pero también ocasión para la furia y el desencadenamiento de pasiones, de pérdida irreparable en el orden humano y de insignificancia y absurdidad en el vasto orden de las cosas y de la naturaleza; el lucero del alba estaba allí para que el tío Luis calculase la hora exacta del fallecimiento del hermano y allí seguiría cuando muriese el propio tío Luis y sobreviviría a todas las buenas y atroces metáforas que se valieron de la diafanidad de su luz para describir la belleza de unos ojos femeninos (*aunque no los de Deyanira Urribarri*, pensaría años después Martín Villar con juvenil vehemencia y dogmatismo fuera de tono, *para describir cuyos ojos habría que arriesgarse por nuevas y desconocidas regiones de asociaciones más allá del banal encuentro del paraguas, la máquina de coser y la mesa de disecciones, de modo que la imagen asida alcanzara la perennidad de las formas platónicas, el devenir armonioso e inacabable de la música estelar con que soñara Pitágoras y la invulnerable necesidad de una relación matemática*), y este hecho insustancial e irrelevante en la economía del universo que era la muerte de Santos Villar, sin embargo, en el modesto tinglado de la experiencia humana, era un acontecimiento definitivo,

iniciático y perturbador, fuente de revelaciones punibles y gratificantes, grandeza y abyección, reverencia y comicidad, sacralidad y profanación sacrílega, y libertad y destino. Porque, ¿cómo olvidar la violencia de las pasiones desatadas entre los hermanos Villar? No solo en ellos, en el tío Catalino, en la vieja demente Primorosa, ataviada con vetustos trapos de artista; no solo en ellos: también en ti, en tu incontrolado deseo de que de una vez por todas metieran en el nicho al abuelo para así poder disfrutar a plenitud este nuevo sentimiento de libertad y levantar el vuelo desplegando las alas hasta entonces oprimidas. ¿Cómo olvidar la miseria corporal y fisiológica de la muerte: exudaciones, esputos, sangre y excrementos? Nunca podrá olvidar el sueño y la atención sacrílega que puso a la algarabía de la fiesta en la casa de los Coyuscos, mientras el abuelo le impartía la bendición postrera. Y allí, en medio del jolgorio, el tío Catalino sacándole chispas al suelo y enseñando las calenturientas tonadas de los negros caribeños que volaban en pedazos por los dinamitazos durante la construcción del Canal de Panamá. Jolgorio y ebriedad vitales allí. Y más acá, a dos puertas, un anciano excesivo y ahora seco, extenuado, balbuceante pero lúcido, muriéndose estrangulado por protuberancias germinadas y crecidas de su propia carne. Oraciones de la buena muerte e imposición de los santos óleos sobre un festivo fondo musical y el aullido de los perros y el canto lúgubre de las lechuzas. *El padre Azcárate*, le dijo mamá Altemira, *tuvo que interrumpir la ceremonia, y con la casulla y la estola puestas fue a imponer autoridad en la casa de los Coyuscos, pero estos no estaban dispuestos así como así a ser arrebatados de la jarana, que se hallaba en su mejor sazón, y señalando al tío Catalimo se mostraron escépticos, testarudos*. No, no creían en el cuento de la agonía de don Villar, primero se morirían ellos antes que ese viejo de fibra y de reconocidos poderes, de modo que había que ver para creer, *pero, antes, padrecito, acompáñenos con un salud; mire, doctor, aprenda de don*

Catalino Villar; bien, caracho, bien, no le exigirían, pero recuerde, padre, que es feo ser despreciativo; entonces Mi Juan y Felipillo, llevando su vihuela bajo el brazo, entraron en la casa señalada por la muerte y vieron la poca cosa en que se había convertido el viejo Villar y escucharon sus estertores, la respiración cavernosa, acezante, de animal herido de muerte y olieron, *puaf, fo, aaach, se me vienen las cabras, cumpa; los tamalitos estuvieron de primera, ¿y qué me dices del chabelo y las cachemitas y las cabrillas salpresas?, aaach, pero qué jodido y puto olor, la primera chicha estuvo maluca, pero el claro y el anisado y el enyerbado están cachondísimos; viejo huevón, antojársele morirse ahora, ya nos cagó la fiesta, ¿vio usted, cumpa, cómo me movía el culo la Perica?* Por fin el padre Azcárate estuvo en condiciones de retomar la ceremonia y ordenó a todos salir del cuarto del moribundo. Antes de caer tumbado por la enfermedad, el abuelo Santos había dicho que solo aceptaría los auxilios del doctor padre Jesús Azcárate. *Muchos años atrás*, dijo mamá Altemira, *don Santos, con sus artes y sabiduría, confirió sosiego al alma atormentada del cura Azcárate; ahora toca el turno al sacerdote español de devolverle el favor a tu abuelo*. Los dos hombres quedaron a solas y nadie escuchó la confesión, pues Macho Cansado, el sacristán, fue requerido al final para que alcanzase el aceite y el agua bendita para ungir al enfermo con el sacramento de la extremaunción. *Lo absolvió*, le contó mamá Altemira. *El padre Azcárate dijo que no halló en el enfermo pecados de consideración y yo me atreví a preguntarle si el odio, el rencor, la venganza no eran pecados que ofendían la misericordia divina. Mucho y señor, y el padre, sin ningún miramiento por el enfermo, que se asfixiaba, prendió uno de los puros que él sabe fumar y antes me respondió con esta herejía: «Don Santos Villar acaso tenga razón; lo que tú denominas odio, rencor y venganza constituyen las únicas armas que posee el pobre para manifestar el agravio padecido y reclamar su justicia»*. Al niño le

impresionó también el sentimiento de amistad, cuya ley e imperio eran tan poderosos como los de la sangre, pero dudó si se podría volver a dar sobre la tierra una amistad como la que se profesaron don Domingo Medina y el abuelo Santos. *La conducta de don Leonidas Vilela y los restantes socios de la cofradía*, conjeturó años después el muchacho Villar, *más que expresión de amistad era muestra de solidaridad, no tanto por el amigo como por el socio, y reverencia por la majestad de la muerte de un ser humano*. Pero le causaron perplejidad y le dejaron marcas y laceraciones sucesos de otra índole. Después del entierro, don Domingo abandonó la casa del abuelo y le pidió posada a un vecino, don López, por esa noche y las restantes nueve noches que duraría el novenario por el alma del finado y por las benditas almas del purgatorio. Martín paró la oreja: *Es que pedirme tamaña barbaridad, López. Que ya que fui yo el mejor amigo de su marido, y como ella y yo estábamos viudos, bueno sería que nos juntáramos y que, aunque ella era ciega, sabía hacer de todo, hasta coser, y cuidaría de mí como había cuidado de Santos. Fresco está todavía el cuerpo de Santos y la cama empapada con sus sudores y padecimientos, y la corrompida ciega quiere ya marido*. Al día siguiente Martín le contó a la Mika esto que había escuchado, mientras jugaban libre y salvajemente ya no en el cuarto de en medio sino en los corrales. Estaban mordisqueando vainas de algarrobo en el corral de los burros y había un agradable olor a boñiga seca de acémilas. La Mika dijo *por eso le dicen la Verraca*. Entonces Martín le contó otra historia: de cómo los Coyuscos se montaban a la burra. *¿Quieres que juguemos así?*, le preguntó la niña, y él le respondió que sí, que sí, y la Mika se puso en cuatro pies y él empezó a cabalgarla, *arre, burra, arre, arre, burrita*, y la burrita trotaba corcoveando un poco y rebuznando, bufando, y él le castigaba las ancas, y lo fue sobrecogiendo un frenesí, de cabalgar así, por siempre, lejos de la mirada de Santos Villar. Pero cuando terminaba el juego volvía al cuarto, a la sala, y

escuchaba aquí y allá, un día sería grande, ¿pero cuándo? ¿Cuándo? En tanto, se acercaba la noche y luego llegaba cuando prendían el farol en la puerta de entrada en señal de duelo y entonces había que esperar el rezo, las oraciones, los rosarios, guiados por mamá Altemira, que se reveló como una gran rezadora. Después llegaba la hora de dormir, y ahora Martín dormía en un estrecho jergón en el mismo cuarto donde murió el abuelo, pues los otros cuartos estaban ocupados por los hermanos del abuelo y otros huéspedes, no todos de los cuales permanecieron hasta el final del novenario. El tío Catalino se marchó al cuarto día; el tío Luis, al cumplirse la semana; mientras el tío Silvestre se iba a Paita en el primer tren y retornaba en el último, el que llegaba a las siete de la noche. El tío Miceno solo estuvo para los funerales y Martín esperaba con impaciencia la llegada del tío Silvestre, que le contaba de los tiempos en que trabajó en el Canal de Panamá y después navegó por los cinco mares y del tío Isidoro y del luchador social Román Villar y de la gran huelga de la Federación de Estibadores que paralizó todo el litoral del Perú, cuyo secretario a nivel nacional del comité de huelga había sido él. El tío Silvestre asistía al novenario por respeto hacia su hermano Santos, pero no rezaba, permanecía de pie, pues él (como el tío Miceno) se declaraba ateo, y los ateos no creían en Dios ni en curas ni en religiones. Después del rezo conversaba con los vecinos y a las diez y media se iba a acostar en el último de los cuartos, mientras el muchachito tardaba en dormirse y seguía sintiendo el olor de la agonía y de la muerte del abuelo, al mismo tiempo que la respiración de la ciega Gertrudis tendida en la cama que hubiese compartido por cuarenta años con Santos Villar. Pero la madrugada que siguió a la finalización del novenario, el nieto y único heredero directo de la sangre del padre de su padre despertó lleno de temor pánico y pensó que el ánima del abuelo había vuelto, y miró hacia la pequeña ventana pero debía ser una madrugada o noche oscura, muy oscura, y la respiración de la ciega Gertrudis

se hizo más intensa, y no solo era la respiración de la ciega, el ánima del abuelo resollaba también pero con un resuello distinto al de la agonía, cerró los ojos y se encomendó a Dios, enseguida volvió a santiguarse y pidió perdón al Señor, porque los acecidos le hicieron recordar a los hermanos Coyuscos cuando se montaban a la burra, mas luego sobrevino un quejido de arrebato y luego se hizo el silencio, un silencio de una textura hasta entonces desconocida por él. Un rato después distinguió la silueta y la sombra corpulenta del tío Silvestre, que sigilosamente bajó de la cama del abuelo y con extremo cuidado abrió la puerta y salió hacia el patio, en dirección al cuarto donde dormía.

¿Quedaron retratos, óleos o dibujos de Santos Villar? O, en todo caso, ¿qué imágenes perduraron en la memoria de su nieto?

De acuerdo con la posición social y con la época en que le tocó vivir, la iconografía de Santos Villar es pobre, escasa, muy escasa y comprende tres fotografías y un apunte en carboncillo. Desde un tiempo sin memoria, acaso desde que el mundo dejó de ser el pecho materno, percibido por el ñaño con sus cinco sentidos —se prendía al pezón, saboreaba la tibia y generosa leche materna, sus manitas acariciaban la opulencia carnal, nacarada y surcada de venas azules que sus ojos descubrían—, el mundo se convirtió en la casa, un territorio poblado de objetos, de animales y de plantas, que tardó años en explorar y catalogar, mientras por un proceso inconsciente se fueron incorporando a la conciencia y trocándose en fetiches e ídolos que habrían de alimentar sus fantasías y reaparecer como sustancia de sus sueños y pesadillas. Entre estos objetos había dos cuadros colgados en la pared de la sala, cuyo techo era de paja trenzada sin revestimiento de barro y cal, y durante otra porción de tiempo no llegó a establecer relación entre aquellos cuadros y la imagen y presencia concreta del abuelo. Después oyó la historia de cada uno de los cuadros (una foto y un dibujo a lápiz) y así supo que eran

representaciones del rostro del abuelo Santos. Pero había diferencia entre uno y otro de los cuadros y entre ambos y el rostro y la expresión real de Santos Villar. El cuadro de menor dimensión, con marco y vidrio protector, era un retrato fotográfico tomado en el estudio Montero, el único existente en Piura hasta la década de 1920. Databa del año 1922 y *fue sacado*, decía mamá Altemira, *ante los insistentes ruegos de Cruz, tu padre y el único hijo de don Santos*. Era un retrato convencional que poco decía de la personalidad del abuelo y, en él, Santos Villar aparece de medio cuerpo con saco blanco de rayas y corbata y alto el cuello de la camisa, detalles estos que siempre desconcertaron al pequeño Martín. La verdad, en esos años Martín se sentía orgulloso de esta foto porque el abuelo parecía un señor maduro y decente, con poco o nada que envidiar a cualesquiera de los señores futres de la ciudad. Después supo que el maestro Montero le había prestado un saco de lino y que papá le proporcionó la corbata. Sí, era (o es) un convencional rostro de señor, el pelo recién cortado, no a la manera alemana o a cepillo, poblado y algo descuidado el bigote y las cejas espesas. El rostro era del tipo rectangular, pero no estrecho, y podía advertirse cierta desarmonía entre la amplitud de la frente y el mentón poco pronunciado; en cambio, había equilibrio entre la nariz recta y el tamaño de la oreja izquierda, que es la única que aparece en la foto, que es también el lado más iluminado del rostro, pues el otro aparece ligeramente oscurecido, quizá por el efecto de la cortina negra que sirve como fondo. Las dos rayas verticales del ceño confieren tensión a la hermosa frente y los labios aparecen carnosos y bien delineados. Pero la mirada neutra de sus ojos pequeños comunicaba a la fisonomía toda una apariencia relajada y distante, con una levísima e inasible aura de desprecio y burla. Años después, cuando el muchacho Villar obtuvo permiso del señor Montero, hijo del fundador del estudio, para buscar en los archivos el retrato del abuelo (cosa que en realidad él no buscaba), ya había

desaparecido de los álbumes del estudio. O acaso no lo halló porque no puso mayor empeño en la tarea, pues lo que el muchacho quería encontrar eran los retratos de Odar Benalcázar León y Seminario y de Grimanesa León, y a Martín se le alborotaba el corazón observando tantos rostros de hombres y mujeres de todas las edades que conformaban el señorío de la tierra piurana. No encontró ninguna foto de Odar Benalcázar. En cambio, de Grimanesa León había varias, pero todas las fotografías correspondían al tiempo en que la Mesalina, la Clitemnestra, según los epítetos del Ciego Orejuela, se había convertido, primero, en una mujer otoñal de ruinosa belleza que empieza a verse asediada por los laberintos del remordimiento, y luego en la anciana dama que, tras la expiación, ha terminado por convertirse en la reverenciada matrona dedicada a promover la caridad y la filantropía para con los pobres y la devoción entre las mujeres de toda condición social por la Santísima Virgen del Perpetuo Socorro. El muchacho Villar observó una y otra vez los retratos de la mujer, de la dama, de la gran señora que muchísimos años atrás había ordenado quemar el enorme óleo que representaba a Primorosa Villar en la plenitud de su belleza. Cuando abandonó el estudio Montero, al adolescente lo acometió el deseo vehemente de volver a mirar (hacía años que procuraba no pensar ni recordar la imagen del abuelo) el segundo de los retratos de Santos Villar, precisamente el de mayor dimensión, que colgaba en un marco ordinario al lado de la fotografía obtenida por el maestro Montero. Después de la muerte de la ciega Gertrudis (ocurrida seis años después del fallecimiento del abuelo Santos), todas las pertenencias de Santos Villar habían ido a parar a las manos del nieto y estaban guardadas en un baúl de madera de alcanfor que el abuelo trajo de Panamá y que era uno de sus orgullos. El baúl se hallaba ahora en su cuarto, tenía chapa de bronce sin candado y, antes de abrirlo, Martín tuvo que vencer el temblor que lo sobrecogió como si fuese a profanar una tumba o a cometer un robo

sacrílego. Lo aturdió un reconcentrado olor a alcanfor, y allí estaban las viejas y pobres prendas pertenecientes al abuelo (la casa había pasado a manos de los familiares de la ciega Gertrudis) que ahora se prometió catalogar pacientemente durante las vacaciones de medio año. Los dos cuadros se encontraban encima de los restantes objetos y estaban envueltos con papel azul de forrar y amarrados en cruz con sendas pitas. El muchacho cogió la envoltura de mayor tamaño y luego cerró el baúl, aunque la densa vaharada a alcanfor quedó flotando en el aire de su estrecho dormitorio. El temblor, el corazón: todavía la imagen del abuelo era capaz de perturbarlo, de traerse abajo las selladas esclusas de la memoria. Con unas tijeras cortó las pitas y enseguida quitó la envoltura de papel que dejó entre sus dedos unas levísimas capas de polvo. Entonces lo observó: era un apunte en carboncillo hecho por lo menos diez años después de la foto que se dejó tomar en el estudio Montero. Colocó el cuadro en una repisa y luego lo miró desde diferentes perspectivas. El abuelo Santos aparecía allí de perfil y también lucía saco y corbata, no obstante que el artista, un chileno trashumante que un día apareció por Piura y que se ganaba el plato de comida y algunos reales dibujando a las gentes modestas de los barrios pobres, le hizo el apunte *mientras el abuelo Santos*, le contó mamá Altemira, *como todas las tardes, se hallaba descalzo y con el torso desnudo, sentado en la perezosa donde acostumbraba cada atardecer leer los naipes*. Santos Villar había sido el único en la cuadra que accedió a la propuesta del dibujante y, por lo inusual del suceso, el padre del muchacho Villar lo consignó con alguna minuciosidad en sus cuadernos. «Mi padre observó el dibujo», dice en sus anotaciones Cruz Villar, «con la mirada que solo él tiene para encontrar la veta del alma. No hizo ningún comentario, se levantó de la perezosa y se dirigió a su cuarto. Al rato retornó y puso en la mano del artista un sol de nueve décimos de plata y aun lo invitó a compartir la cena. El chileno comió

con voracidad y aceptó repetir, y luego bebió un pocillo grande de café, que era una mezcla de café y garbanzos tostados, endulzado con chancaca. Cuando mi padre se dio cuenta de que el chileno había quedado satisfecho comentó el apunte que le había hecho. Le dijo que el dibujo estaba bien, que se le parecía y que se veía idéntico a como era él por fuera. El chileno», continuaba el padre del muchacho Villar, «pareció desconcertarse con la observación de mi papá: “¿Qué quiere decir usted, don Santos?”. Pero mi padre no le respondió de frente, sino que le contó de cierto franchute que conoció en sus años mozos (mi padre no pronunció el nombre, pero yo sabía que se estaba refiriendo a François Boulanger de Choriè, cuyo recuerdo perduraba en el pueblo cuando yo todavía era un niño). Le contó mi padre que también a este artista franchute, que era todo un hombre por lo honrado y valiente, pero al que por sus gestos tan finos y delicados se le tomaba por maricueca, le gustaba dibujar y pintar a gente ordinaria y pobre, fuesen mestizos, cholos, indios o morenos. “Y era cosa de admirar su arte, porque lograba reflejar tanto el parecido del pellejo y la carne, como revelar el temple del ánima y la calidad del corazón de los cristianos”». Y ahora el muchacho Villar, mirando con atención el carboncillo desde diferentes ángulos, entendió lo que había querido decir el abuelo, pues al artista se le habían escapado el temple, el poder, el despotismo, la cólera, el rencor y la enfermedad que habían labrado el rostro tiránico y justiciero de Santos Villar. La segunda fotografía, que él había visto en varias oportunidades años atrás, la conservaba don Leonidas Vilela, y había sido obra del maestro Carmen, un fotógrafo ambulante que trabajaba en la Plaza de Armas. Para el muchacho esta foto tenía un doble interés: había sido tomada en 1945, es decir, dos años antes de la muerte del abuelo, y, además, era la única foto donde Santos Villar aparecía en compañía de otros seres humanos. La foto había sido tomada por el maestro Carmen en el pequeño atrio de la iglesia San

Francisco, a cuya puerta de entrada se hallaba el anda del Señor de la Agonía, de modo que la directiva de la cofradía se había distribuido a ambos flancos de la venerada imagen y, en el centro, el padre Azcárate. Es una foto rudimentaria y tampoco sobresale por su nitidez; en cambio, tiene la virtud de reflejar el rostro del abuelo, que en la foto aparece al lado de don Leonidas Vilela y de los Palomos Cobeñas, el que tuvo antes de que la enfermedad lo postrara y su cuerpo y su rostro fuesen trabajados por la agonía y por la muerte. Por desgracia, don Vilela había fallecido dos años atrás y el muchacho tuvo que resistir ahora el deseo compulsivo de volver a ver aquella foto que conservaba el rostro del hombre que mayor temor y respeto le había despertado en la vida. Pero entonces, de súbito, recordó las palabras de don Domingo Medina al despedirse de él luego de que concluyera el novenario por el alma del abuelo. El viejo amigo del abuelo Santos le había dicho que tenía en su poder un recuerdo de Santos Villar que a él como nieto y único descendiente le tocaba guardar y aun custodiar. ¿Cómo había podido olvidarse de las palabras del anciano? ¿Pero acaso al irse a vivir a otro barrio lejos de este mundo elemental y sombrío no había luchado por olvidar todo lo que le hiciese recordar la sangre de los Villar? ¿No había empezado poco después de la muerte de Santos Villar el lento, el viscoso envilecimiento de Martín Villar que lo llevó, por ejemplo, a negar una, dos, tres, muchas veces, que aquella vieja loca, maloliente y llena de colorines que se paseaba por las calles de Piura perteneciese a su misma sangre? Antes de que fuera demasiado tarde decidió viajar al día siguiente en el primer tren a Paita, pues por el tío Silvestre (ya por estos años el muchacho Villar tenía el suficiente conocimiento del mundo como para abstenerse de condenar el ayuntamiento del tío con la viuda ciega sobre la gran cama que contenía los sudores de la agonía de un hombre revestido de mando y poder) se había enterado semanas atrás, en una de sus visitas a Piura, de que Medina, el viejo amigo de Santos,

estaba muriéndose. De modo que, al día, sacó un pasaje de segunda para el primer tren, rogando durante todo el monótono trayecto encontrar aún con vida al anciano que poseía aquel Longines de oro que deslumbrara su infancia. Por suerte, la casa de don Domingo estaba a dos cuadras de la estación del tren y respiró con alivio cuando no vio ninguna corona mortuoria en la puerta y por los informes que le dieron los vecinos; en efecto, don Domingo había estado grave y probablemente nunca más se levantaría de la cama, pero estaba mejorcito y más que todo con la mente lúcida. Una de las hijas o nietas lo hizo entrar apenas le dio su nombre, pero, eso sí, le advirtió, había que hablarle fuerte, casi gritarle, porque la enfermedad lo había dejado medio sordo. Y el muchacho lo saludó gritándole y a una seña del enfermo le gritó por el otro oído quién era, cuál era su filiación y el objeto de su visita, de manera brutal y salvaje, sin cumplir las reglas de urbanidad, de la cortesía para preguntarle, primero, por el estado de su salud y por el tiempo que llevaba postrado. *No hay duda de que eres nieto de Santos*, le dijo sonriendo con los ojos humedecidos. *Menos mal que la sangre te empujó*, continuó, *pues uno de estos días iba a mandar a llamar a Silvestre para entregarle lo que a ti por derecho te corresponde*. Tiempo después el muchacho Villar recordó su absoluto egoísmo y su indiferencia por la salud y el destino del entrañable amigo del abuelo Santos que estaba viviendo los últimos meses de su vida. No aceptó el desayuno que le ofreció la hija o nieta ni tomó asunto a las remembranzas a las que se entregó el anciano, de modo que, apenas tuvo entre sus manos la libreta (porque debía ser una libreta), envuelta en periódico deseó estar solo para disfrutar o sufrir o decepcionarse con su contenido. Minutos después, el reloj de la iglesia de La Merced dio diez campanadas y el muchacho se dijo que tenía suficiente tiempo para tomar el tren de las diez y treinta que lo llevaría de regreso a Piura. Sin embargo, prefirió caminar por la playa y encontrar un sitio donde abrir y mirar con

atención el contenido de la libreta. ¿Un mensaje? ¿Palabras dictadas por el abuelo para el último heredero de su sangre? Había dos barcos anclados al fondo y el mar estaba en plena resaca. Vio que en el Toril, un muelle abandonado que culminaba en una rotonda, no había gente alguna, de modo que subió y caminó por el piso de vigas húmedas, desniveladas y carcomidas. Cuando llegó a la rotonda se dispuso a examinar lo que con tanta reverencia le hubiera entregado don Domingo Medina. Arrojó al mar la envoltura de periódicos amarillentos y llenos de polvo y se quedó con una vieja libreta con pasta de cartón. Pero nada había escrito en ella, ningún mensaje, ninguna palabra y solo halló lo que parecía ser una cédula de identidad doblada cuidadosamente. En efecto, se trataba de un documento de identidad emitido por la Capitanía de Guayaquil donde se consignaba que Santos Villar, natural del Perú, de veinticuatro años de edad, trabajaba en calidad de peón en los muelles del Guayas y del puerto. Como el susodicho Santos Villar Dioses no sabía leer ni escribir ponía una cruz, más la firma garante de Domingo Medina Farfán, natural también del Perú y paisano suyo. La cédula consignaba la raza del peón: mestizo claro, ojos castaños, un metro ochenta y uno de estatura y ciento cincuenta libras de peso. Pero estos datos Martín Villar habría de leerlos (y releerlos) después, cuando ya en el tren de la una y treinta retornaba a Piura. Lo que ahora en el Toril usurpaba su entera curiosidad era la fotografía del abuelo tomada no mucho después, calculó Martín, de haber engendrado al que sería su único hijo, ordenando expresamente a la abuela Isabela, decía papá en sus anotaciones, se le bautizara con el nombre del progenitor de los hermanos Villar, don Cruz Villar. Se trataba de una simple y vulgar foto tamaño pasaporte. El color era sepia, desvaído por los muchísimos años transcurridos. Sintió que se asfixiaba allí, en medio de la agradable brisa de la tranquila bahía de Paita, los gusanos corroían sus entrañas y el colmillo de la culebra avanzaba hasta

el lugar del corazón. Se apoyó en los barandales y quiso recuperar la calma contemplando el panorama. Por las noches, desde el Toril se alcanzaban a ver las luces de Colán y La Esmeralda, donde veraneaban las familias blancas de Piura desde que empezó la decadencia de Paita con el paulatino auge de Talara. Ahora surcaban el cielo patillos y gaviotas que luego se precipitaban al mar para emerger con un pequeño pez en el pico. Las olas morían apaciblemente en la playa. A su derecha había dos grandes lanchones y uno de ellos estaba siendo calafateado; también a su derecha se hallaba el muelle del ferrocarril, y hacia su izquierda, el muelle principal. Más a la izquierda, siguiendo el malecón Hermanos Cárcamo, se llegaba al barrio donde antaño los blancos habían levantado sus casas de veraneo que remataban pequeños andenes que se adentraban en el mar. Luego se llegaba a La Punta, barrio de pescadores con sus lanchas y chalanas y atarrayas y cordeles. Desde uno de los barcos anclados bajaban por una escalinata los estibadores para tomar las lanchas que los transportarían hasta el muelle central. Quizá entre esos trabajadores estuviera el tío Silvestre. Pero no tenía deseos de hablar con él ni con el tío Miceno, que vivía en la zona de los canchones, la parte más pobre de Paita, limitada por una suerte de cerco de cerros amarillentos y gredosos. Miró de nuevo la foto y comparó la imagen con todas las del abuelo Santos que ahora emergían avasallantes desde el fondo de su memoria. La mirada, la voz, el cabestro de cuero de macanche con ocho lenguas terminadas en punta de cobre del abuelo Santos. Con ese cabestro había castigado a la tía Primorosa, a la ciega Gertrudis, y con ese mismo cabestro en Panamá, le contó el tío Silvestre, le vació el ojo a un capataz gringo que abofeteó al tío Catalino por un lío mientras jugaban al póquer. Las imágenes directas del abuelo Santos se superponían a sus propias figuraciones fraguadas a partir de sucedidos que le habían contado o escuchado durante el velorio o las impresiones dejadas por papá en los cuadernos que le dejara como toda

herencia. El abuelo Santos acompañado por don Leonidas Vilela en la Plaza de Armas de Piura para escuchar a través de los parlantes el avance de la guerra. El abuelo Santos poniendo orden en la feligresía durante la procesión del Señor de la Agonía. El abuelo con la casa atestada de enfermos venidos del campo para que les devolviera la salud y levantara su destino con sus artes poderosas. El abuelo y la llaga chancrosa que le brotaba de su pantorrilla izquierda y la sífilis contraída en el puerto de San Buenaventura, un árido lugar de negros, verdadero leprosorio natural donde, sin embargo, lo esperaba el gran curandero, artesano de artesanos, don Rufino Estévez, para enseñarle todos los secretos de su ciencia y artes a cambio del sable guerrero dejado por el soldado godo fundador de los Villar, y la expiación por la contaminación venérea como canon por haber tenido tratos con el enemigo para vengar la afrenta sufrida por su padre, Cruz Villar. Y allí estaba, reiterativa, la imagen del mozo Santos luchando con el gran padrillo y los ojos extasiados del bisabuelo Cruz pensando que este era el hijo que merecía la primogenitura. El abuelo Santos, el que llegaría a ser su abuelo, joven aún, maldiciendo el linaje de los Benalcázar León y Seminario y a todo el pueblo de Congará por haber gozado con el castigo y el sufrimiento y la humillación a que fue sometido su padre (de lo cual se enteraría por primera vez el muchacho Villar cuando huyó del seminario y fue a conocer el pueblo de sus antepasados), Cruz Villar, por el blanco que compró la potranca de belleza jamás soñada y de apellido Villar. ¿Fue verdad que maldijo a ese linaje y al pueblo entero de Congará? ¿No fue verdad? ¿Conquistó para Satanás el alma del mozo Villar el pérfido matarife Clemente Palacios? ¿Reconquistó para las fuerzas del bien el alma de Santos Villar don Rufino Estévez? *Nunca se podrá comprobar estas habladurías de aldea*, pensó Martín Villar, pero, de haberlo hecho, el rostro del abuelo sería semejante al que mostraba la foto que ahora tenía en sus manos. Era un rostro hermoso, varonil, recio y salvaje.

La melena crecida (no tenía barba ni bigote) le daba la apariencia de una fiera contenida y segura del poder de sus zarpas y colmillos. Los ojos eran pequeños pero no la mirada, ilimitada y taladrante y capaz de leer en lo más escondido y secreto del corazón de un cristiano. Y así debió de ser su rostro, conjeturó el muchacho Villar, cuando apenas salido de la infancia dormía en su petate en el cobertizo de los animales, al lado de los colambos, que velaban su sueño. Y no muy distinto debió ser el rostro del mozo que bajo las ramas del vichayo repartía la pócima sagrada a sus padres y hermanos para propiciar la revelación del fatal destino de la sangre de los Villar.

—¿Seguimos llorando?

—¿Y por qué preguntas?

—Es que ya me falta el resuello, Benedicta.

—Y a mí, hermana, se me acabaron las alabanzas por el difunto.

—Hablen, pero no dejen de llorar. Tú, Guadalupe, gime e implora como que bien sabes hacerlo.

—Ay, ay, ay, cuánto dolor. Ay, ay, ay, don Santos, ¿quién velará ahora por los suyos? Usted, que cuando sembraba el temporal tenía corazón para repartir entre los vecinos los frutos de la cosecha.

—¿No ven, holgazanas?

—¿Y tú? ¿Por qué no lloras? ¿Es que tienes corona, Benedicta?

—Es que lo que quiero es escuchar los tormentos de la loca de la hermana.

—También nosotras.

—Pues por eso mismo, lloren, lloren como la Guadalupe, pero con llanto bajito para poder oír, y luego luego les voy contando.

—Ay, ay, ay, ¿por qué tuvo que dejarnos, don Santos? ¿Ahora quién curará a los pobres y desvalidos? Usted alivió a don Melchor Pacherres, que por tullido no podía caminar y se arrastraba de rodillas. Ay, ay, ay.

—Así, así, pero más bajito.

—Ay, ay, ay, usted que anduvo por mares y tierras desconocidas, cuánto habrá trajinado su ánima para recoger sus pasos, y por donde los llevó el destino siempre hizo el bien.

—Qué coraje me da, Benedicta. Como si no supiéramos de sobra lo que este viejo verdugo hizo.

—Ay, ay, ay. ¿Has escuchado algo, Benedicta? ¿Y tú, Rosario, que tienes mejores orejas? ¿Qué dice, por Dios? ¿Qué dice doña Tormentos?

—Ay, ay, ay.

—Más quedo, hermana, más quedito.

—Dice trastornos esa Tormentos. ¿Tú, Rosario, entiendes?

—Dice... antes dice que el finado no es don Santos.

—¿Cómo? ¡Pero si oímos que venía a cantarle las verdades!

—Ay, ay, ay, don Santos, usted trabajó como el que más. Cargó sobre sus lomos tantos bultos en Guayaquil y más allá de Guayaquil.

—Pero cuenten, mujeres, cuenten.

—Le está echando pétalos de flores y le dice «Inocencio, mi Inocencio».

—¿Inocencio? ¿Estás segura?

—Ay, ay, ay, cómo lo llorarán don Tume, don Vílchez, don Puescas, a los que usted les hizo botar el daño que les hicieron. Botaron por el curso unas alimañas, y a don Tume se le murieron los gusanos que le martirizaban el padre.

—Ya entiendo, ya estoy entendiendo.

—Cuenta, pues, Rosario. Y tú, Guadalupe, sigue con tus plañidos, que ahorita te doy una mano en el llanto.

—Este Inocencio del que habla parece que fue un hermano orate como ella.

—¿Loco, mal de mate?

—Habla de los juegos que jugaban. Habla de un circo. No, ahora se refiere a un bosque que el malvado hombre mandó quemar.

—¿Malvado hombre? ¿Y quién era ese cristiano?

—Ay, ay, ay, usted que tuvo poderes nunca los usó para el mal, todo fue para servir a Dios en esta tierra.

—Ahora remplázame tú, Rosario, que ya no puedo seguir mintiendo. Tú, Benedicta, pídele al churre, que es el nieto, que nos alcance una copita.

—Ven, ñaño, pobrecito, tu abuelo era tan bueno, igual que su nombre. ¿Puedes traernos unas copitas de anisado o, más que sea, de aguardiente?

—Ay, ay, ay, don Santos, ¿qué será de este pobre churre que quedará sin su apoyo ni consejo? Ay, ay, ay, cuántas llagas sanó, cuántos corazones hallaron querencia, cuántas lágrimas convirtió en alegría.

—Nunca he visto una vieja tan loca como esta. Fíjate en el vestido y cómo entró fumando y moviendo el rabo, más que la misma Pegada o la remañosa de la Figurilla.

—Ay, ay, ay.

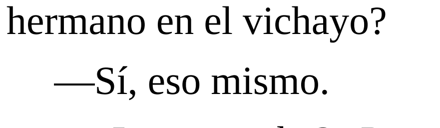
—Descansen un rato que aquí viene el churre con la botella. Gracias, criatura, que Dios te lo pague. ¿Dices que te llamas Martín? Martín Villar. Tienes la estampa de tu abuelo. Serás como él.

—¿Terminaron? Ahora pásenme la botella. Aj, aj, aj. Gracias otra vez, niño, anda ahora donde tus mayores. Por estar con la botella y estar conversando con este demonio de nieto de don Santos se me pasó lo mejor. ¿Sigo llorando?

—¿Acaso quieres que venga la Verraca a decirnos sus lisuronones?

—Ay, ay, ay, Señor, recibe en tu seno a don Santos, nada malo sino todo bueno hizo en este valle de aflicción.

—Sigue hablando de Inocencio, que parece que era el hermano menor. ¿Oigo bien? ¿Escuchaste lo que escuché, Benedicta? ¿Eso de que amarraba al



hermano en el vichayo?

—Sí, eso mismo.

—¿Lo amarraba? ¿Por quién? ¿Quién?

—Tú sigue llorando.

—Pero es que yo también quiero saber.

—Sí, después te contamos en la casa.

—No es lo mismo, pero no importa. Ay, ay, ay, fue el hermano más querido, el de más respeto, y cuidaba de ellos cuando trabajaban en Guayaquil, en Panamá. Y nadie lo quería más que su hermano que se hizo...

—¡Cállate! ¿Estás loca? De eso no hables, vayan a venir los hermanos y nos boten a patadas.

—¿Qué diré, entonces?

—Habla del Señor de la Agonía.

—Ah, sí, verdad, me olvidé por estar con la curiosidad. A propósito, ¿qué está diciendo?

—¿Entendí bien? ¿No entendí? Ave María Purísima, qué sangre para malvada.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Figúrate que dice que su papá, pero no lo llama así, dice «el malvado hombre que nos engendró». Dice que este señor la vendió.

—¿La vendió?

—Como lo oyes.

—La vendió, vendida. Pero tú sigue con los lamentos, niña.

—Ay, ay, ay, cuánto empeño ponía usted para que saliera de lo más bonito el Señor de la Agonía. ¡Cómo trabajaba! ¡La mejor banda, la del maestro Purizaga! ¡Y los adornos del anda y el castillo de tres cuerpos! Ahora ya no habrá nadie que saque en procesión a este Cristo Nuestro Señor.

—Dice y repite y jura que el degenerado hombre que la engendró la vendió.

—¿Dice por cuánto? Buenos reales habrá sacado el viejo.

—Me vendió como se vende una potranca. Una bella potranca.

—No, no dice por cuánto la vendió. Y ahora anda por otras regiones. Habla del circo, de que fue una gran artista.

—¿Artista? ¿Así les dicen ahora a las mañosas?

—Dice que visitó muchos países del norte, como ninguno de los hermanos que fueron a trabajar fuera del pueblo cuando cayó la maldición a Congará.

—¿Maldición?

—Sí, así dice: «maldición, maldición».

—¿Fue ella la que maldijo al pueblo?

—Pero caracho, mujer, no dejes de llorar.

—Ay, ay, ay, don Santos, el Señor de la Agonía intercederá por usted ante Dios Nuestro Señor.

—Habla ahora de unos gallos de pelea, de los más finos gallos de pelea. Dice que la vendió por unos miserables gallos.

—¿Nada más que por los gallos? ¿Y en contante y sonante?

—Naranjas. De eso se acuerda.

—Ay, ay, ay, don Santos, que desde que era un churrito ayudaba a su padre en la chacra. Ay, ay, ay, pero su padre debe estar contento en el cielo.

—No digas «cielo», mujer, tampoco hay que exagerar.

—¿Entonces en el infierno?

—¿Qué? ¿Te has vuelto síncera, mujer? ¿Quieres que nos agarren de las mechas que Dios nos dio hasta por vicio y nos pongan de patitas en la calle?

—Ay, ay, ay, ahí en el purgatorio se encontrarán y muy pronto, Dios Nuestro Señor los perdonará por nuestras oraciones y las oraciones y misas que le mandarán celebrar sus hermanos y la leal viuda, doña Gertrudis.

—Ja, «viuda leal».

—Oye, Benedicta, ¿estás en tus cabales o te estás volviendo cojudona?

—Nada de lisuras, niña, de sobra sabes que tengo que decir estas mentiras, que para eso nos pagan. Si no, mejor no viniéramos, como la Julia Potos. ¿Qué dice la Tormentos ahora?

—Es lo que estoy tratando de entender. Es que pasa de un asunto a otro. Ahoritita dice que traicionó a su hermano Inocencio.

—Perdóname, hermano. Perdón, perdón, perdón por huir y no llevarte conmigo.

—¿Huyó, dice?

—Eso afirma. Dice que escapó. Dice también que cobró venganza. Dios de los cielos, que en un velorio tengan que oírse tamañas herejías.

—Ay, ay, ay, don Santos, qué tristes quedamos los que lo queríamos, qué abismo de dolor.

—Pero dice que en el fondo de su corazón nunca dejó de amarlo. Y nada pudo hacer para evitar que la entregaran al blanco.

—¿O sea que el viejo del padre la vendió a un blanco lleno de tierras y poder?

—Son delirios, puras figuraciones de su mente. ¿Quién la iba a querer con esa estampa que tiene?

—Pero ten en cuenta que ahora es vieja y pobre.

—Ay, ay, ay, don Santos, también vuestra buena madre, doña Trinidad, debe estar rezando por usted para que su temporada en el purgatorio dure un abrir y cerrar de ojos.

—Pero fíjate que, a pesar de la vejez, de la locura y de todas las porquerías que se ha puesto en la cara, es fina, perfilada, bien labradita. De joven debió provocar mirarla. Y mírale la cintura de muchacha, de mujer no parida.

—Espera, espera... Justo está hablando de eso.

—¿Qué dice?

—Habla de «la semilla maldita».

—Ay, ay, ay.

—¡Cállate, zonzonaza!

—¿«Maldita semilla» dijiste?

—Habla de la mala sangre. Dice que por eso arrancó de raíz la semilla nefanda.

—Milagros, Milagros, llora, grita un poco...

—Ay, ay, ay.

—Y que no se avergüenza ni se arrepiente. Dice que no teme a Dios.

—¿Eso dice? Mejor vámonos de esta casa.

—Espera, no seas apurada, que al fin y al cabo deben ser invenciones de su seso enfermo. Una pobre de espíritu. ¿No dijo Nuestro Señor que el reino de los cielos será para los pobres de espíritu?

—Pero, hija, los pobres de espíritu no blasfeman ni cometen herejías.

—Bueno, pero yo les advertí. Y ahora, santígüense, hermanas. Habla de ese Dios cruel e injusto, como el hombre que la engendró, como el blanco pestífero que la compró.

—Ay, ay, ay, don Santos Villar, nadie olvidará sus obras, como cuando con su ejemplo y mando los vecinos terraplenaron esta cuadra que era un basural. Ay, ay, ay, ¿quién será ahora nuestro respeto? ¿Qué no harán de nosotros los blancos ambiciosos que todo lo quieren para ellos?

—¿Benedicta? ¿Oyes lo que estoy oyendo?

—Sí, sí, sí, pero cómo quisiera ser sorda para no oír.

—No se hagan las cargamelaspuertas que bien que les gusta oír las cosas sucias.

—Cuidadito, Milagros, con decir malas palabras. Yo soy la mayor, niñas. Recuerden lo que dijo nuestra santa madre al morir.

—Ya, ya, ya. Pero entonces digan, si no, yo ya no lloro aunque nos boten.

—Te lo diremos.

—Ay, ay, ay, don Santos, que no tuvo temor a la peste que asoló a su pueblo y se quedó hasta lo último para dar cristiana sepultura a sus santos padres.

—Está diciendo porquerías. Se me sube el rubor a la cara. Mejor dilo tú, Rosario.

—No, tú, Benedicta, que para eso eres la mayor.

—Habla de porquerías. Suciedades. De lo que hacen el hombre y la mujer. ¿Y qué sabemos de eso nosotras que nos mantenemos puras y castas?

—Benedicta, Benedicta, no me hagas hablar. Y tú, Rosario, ¿acaso hemos olvidado, ay, ay, ay, que aguaitabas por las rendijas del postigo a los hombres cuando orinaban?

—Ay, ay, ay, don Santos, todos sus amigos y enfermos lloran inconsolables. Nunca habrá otro como Santos Villar. Eso dicen. Ay, ay, ay.

—¿Cuentas o no cuentas, Benedicta?

—Pero si les repito que son porquerías. De las cosas que hacía con el blanco.

—¿Pero qué hacían, por Dios, dinos lo que hacían?

—Como los animales, oh, perdón, qué vergüenza, solo de oírlo.

—Esta Benedicta, y bien que te gusta ver a los perros, y más todavía a los burros.

—¡Cállense, niñas!

—Ay, ay, ay, don Santos, ay, ay, ay, usted que nunca bajó la mirada ante los poderosos, que supo hablar con ciencia por más que le faltaban las letras y los números. Ay, ay, ay.

—Ahora conversa con el finado, pero que en su quimera no es don Santos sino el tal Inocencio. Dice que lo encontraron muerto en el campo. Que

estaba medio comido por los animales del monte. Perdón, le pide, perdón por no haberle dado entierro.

—Ay, ay, ay, don Santos, don Santos, que sufrió tanto y tanto en su agonía. Usted que era hombre de entendimiento.

—Ahora habla de los chilalos.

—¿Los chilalos? Esta sí que está recontra rematada.

—¿Chilalos?

—Eso repite. Repite que los chilalos solo cantan al morir.

—Bueno, yo también he oído eso.

—Tú no hables, sigue llorando.

—Ay, ay, ay, don Santos, que sabía leer el destino, que fue atormentado por sus llagas, como las cinco llagas del Señor.

—Pero, ¿estás mema? ¿Cómo se te ocurre comparar las pústulas de este viejo de mierda, que eran como lepras sucias, de vicios inmundos, con las santísimas llagas de Nuestro Señor Jesucristo?

—Cómo jugaban, dice. Jugaban como los animalitos del Señor. Ella era la colamba, la pacasa, y él, el colambo macho, el pacaso macho, y se amaban y tenían crías. Pero fíjate qué costumbres.

—Puercos desde que eran churres.

—Ay, ay, ay, que siempre daba posada al peregrino, que sabía las oraciones más milagrosas de la tierra, el Credo, el Yo Pecador y la bendita oración del Justo Juez.

—Y ella le daba de mamar.

—¿De mamar? ¿A quién?

—¿A quién va a ser, boba? Al churre de su hermano. «Ven, dulce Inocencio, ven». Así, dice. «Toma de mis pechos la dulce leche de las chivas».

—Dios Todopoderoso, ¿esto existió jamás en el mundo?

—Es que dice que eran juegos inocentes, juegos de niños.

—¿Inocentes?

—Eso dice y dice que desnudos se bañaban en los jagüeyes que hay por su pueblo. Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, perdónanos por escuchar estos vicios y pecados.

—Ay, ay, ay, con usted, don Santos, murió la justicia, el mando. Recíbelo, Señor, en tu seno purísimo. Que no padezca demasiado ni mucho en el purgatorio.

—Caracho, de nuevo vuelve con la cantaleta de los chilalos. Dice que venían bandadas de pericos enormes, de esos de cabezas rojas, y despojaban a los chilalos de sus bellos nidos hechos de barro bien labraditos, y los picoteaban, picotazos y más picotazos, y herían sus corazones, de los padres y de sus hijuelos. «Banda homicida». Así dice: «homicida». Y así ella quedó también con el corazón destrozado.

—Ay, ay, ay, don Santos, que fue un segundo padre para sus hermanos. Que fue...

—¡Espera, espera! Está hablando del blanco.

—¿Dice cómo se llamaba?

—No, no lo nombra al malvado ese, el hijo no parido por mujer. Lo insulta como insulta a su padre. Y dice que el pérfido ese le puso de todo, de todo lo que mujer ordinaria puede desear. La llevó a vivir a su casona, que era como un palacio. Mármoles, estatuas y otros adefesios que no entiendo. Sueños, delirios, pobre alma atormentada.

—Pero sigue oyendo.

—No le entiendo bien esta parte. ¿Entiendes tú, Rosario?

—Habla que el blanco la llevó allí no como concubina sino como mujer principal. Principal, cáiganse de susto.

—¿Principal?

—Dice no sé qué nombres raros. Uno de estos dice que la retrató.

—¿La retrató?

—Sí, pero no con máquina como la del maestro Carmen, que nos dio ganas de llorar y tanta rabia por lo bigotudas que salimos. No, no era esta laya de retrato. Mejor dicho, la pintó. «Era», sentencia, «un gran cuadro». Oigan, ¿y ustedes por qué dejan de llorar?

—Ay, ay, ay, es que quiero saber, ay, ay, ay, tú sigue, Guadalupe, ay, ay, ay, don Santos, se nos fue, se nos murió, ay, ay, ay, ¿qué más delira?, ay, ay, ay, y nos dejó en la orfandad.

—Dice que ese retrato lo quemó por celos la verdadera mujer del blanco. Por celos y venganza, la muy perra, puta blanca. Machaca que el blanco nunca llegó a conquistar su corazón, por más que la llenó de lujos y perfumes y trajes de seda y tules y zapatos finos. Y ahora repite «nunca, nunca, nunca, nunca, Inocencio». Pero se ha callado como quien toma aliento y piensa y dice.

—¿Nunca? ¿Nunca?

—Ah, ah, ah, dulce Inocencio.

—Ay, ay, ay, don Santos, ¿cuántos años tendrán que pasar para que vuelva a aparecer otro hombre con sus virtudes sobre la tierra, con el perdón de ustedes?

—¿Puta? ¿Ramera? ¿A quién se refiere?

—No dirás que se está nombrando a sí misma.

—Pero eso parece, si no, ¿a quién?, ¿a quién si acaba de referirse a la blanca?

—Emputecida, dice, por el malvado hombre que la engendró y la hizo bañar con flores y yerbas de amor. «Viejo puerco», dice. «¿Por qué?».

—¿Pregunta por qué?

—Habla enredado, ¿estaré oyendo bien?

—Gua, antes dice que el malvado hombre con un trapo rojo atado a la cabeza la veía bañarse.

—Santo cielo. Divino corazón.

—Él fue el primero en emputecerla y el blanco tirano que la compró y gozó de su cuerpo la emputeció aun más.

—¿Dice eso la muy yegua?

—Pero vean la cara de los hermanos.

—Ay, ay, ay, Santos Villar, descansa. El más viejo de todos antes parece divertido.

—En paz descansa.

—El más indio de todos como que estuviera llorando para adentro.

—Descansa, pero nuestro corazón...

—Y el más joven y grandotote como que lucha con sus manos para no estrangularla.

—...nuestro corazón quedará por siempre afligido.

—Miren, escuchen: se ha acercado más al cajón y mira con altivos y fieros ojos el rostro del finado.

—¿Y la ciega Gertrudis?

—Calladitita; nunca antes la vi así, como con miedo, como con espanto.

—Ay, ay, ay, don Santos, justo entre los justos.

—Está emitiendo sentencia.

—Tú eres el malvado hombre que me engendró. Tú eres el que nos amarrabas en el vichayo. Tú eres el que nos daba esa bebida que trastornaba el sentido.

—Ay, ay, ay, don Santos...

—¡Cállate, bolsuda, que está en lo mejor! Dice, ¿entiendes tú, Benedicta?

—No muy bien, creo que ahora confunde el cadáver del hermano no ya con el padre, sino con el hombre que la compró. Dice que ella se vengó. Dice

que en su corazón se le quedaron grabadas las palabras de una Domitila Diéguez, que le enseñó las letras y las maneras y la ciencia del corazón humano.

—¿Domitila Diéguez? Uy, de qué tiempos estará hablando.

—Ay, ay, ay, don Villar, ay, ay, ay.

—«Por eso me corté el cabello que tanto me alababa»; esto dice. Parece que al tal blanco se le encendía la sangre viendo su cabellera. Y se lo cortó. Esto afirma: se lo cortó como castigo, como cuando la señorita Diéguez con otras mujeres le cortaron las mechas a una Visitación Cabrera en tiempos del chileno.

—Ay, ay, ay, don Santos, que no gustaba de la bebida ni de los juegos ni de las peleas de gallos, ejemplo fue usted para todos los cristianos. Ay, ay, ay, qué hombre tan austero hemos perdido.

—Y por eso lo traicionó; eso dice.

—¿Lo traicionó? ¿A quién traicionó?

—¿A quién va a ser, zonza? Al blanco, al blanco que la compró y la llevó a vivir en la misma mansión donde vivía su hija, la hija del blanco.

—«¿Señorita Domitila? ¿Señorita Diéguez, maestra mía? ¿Me escucha?». Así la está llamando, con el corazón sangrando como los chilalos. Y ella cantó también antes de morir. Por eso huyó con el circo. Por eso se entregó a ese hombre ordinario y sin patria, para no seguirse entregando.

—Ay, ay, ay, don Santos, cómo lo recordamos en la misa del Señor de la Agonía. Cómo olvidar su devoción y su piedad. ¿Tengo que seguir mintiendo sobre la sustancia de este viejo verdugo?

—Llora nomás, niña, este es nuestro oficio: llorar, lamentar, gritar, derramar lágrimas, si no, ¿de qué viviríamos, solas, sin marido, sin hijos, solo nuestro llanto para dolores ajenos?

—Ay, ay, ay, don Santos, ya no camina por el mundo, ay, ay, ay.

—Pero oigan, oigan esto: volvió, dice, para honrar la tumba de su dulce Inocencio. Volvió y entonces supo que el hermano Isidoro había vengado a los de su sangre y el blanco estaba paralítico, en silla de ruedas.

—¿Qué sangre es esta la de los Villar, hermanas?

—Y ahora qué silencio se ha hecho. Toditos han parado las orejas. Y todavía dice que eso no bastaba para su odio y su rencor y por eso hizo lo que hizo.

—Ay, ay, ay, don Santos, usted...

—Espera, espera, espera. Está llamando al hermano muerto con el nombre del blanco.

—¿Y cómo se llamaba?

—Un Benalcázar León y Seminario. Gente de altura, de casta elevada. Y ahora al cadáver que toma por el del blanco lo está insultando, diciéndole las peores barbaridades. Ah, perdónala, Señor, por su trastorno. Santígüense, hermanas, está escupiendo el rostro de su hermano. Lo escupe una y otra vez por más que los hermanos quieren detenerla.

—Ay, ay, ay, usted, don Santos...

—Qué Santos ni qué niño muerto, deja escuchar. Don Luis y don Silvestre casi la están arrastrando, pero la vieja Primorosa se suelta y, pese a los ruegos de la Altemira, vuelve a escupir el cadáver diciendo «¡Maldición eterna para usted, don Odar Benalcázar León y Seminario!».

El canto mortal de los chilalos. La bandada homicida de los grandes pericos de cabeza roja expulsando a los chilalos de sus bellísimos nidos de barro. Y los implacables picotazos destrozando el corazón de los chilalos padres y de sus hijuelos. *Así y sin fin sangra mi corazón*, había dicho la tía Primorosa. Y yo durante semanas y meses, mientras me llegaba el sueño, allí en el cuarto y la cama del abuelo, rememoraba y repetía para mí el

enrevesado soliloquio de la tía demente ante el cadáver del hermano odiado. Porque mamá Altemira —después de guardarle luto durante cinco años a mi desventurado padre había contraído un nuevo compromiso con otro hombre —, cediendo a los ruegos de la ciega Gertrudis, admitió que yo la acompañase durante los primeros meses de la muerte del abuelo Santos. Fueron (ahora puedo afirmarlo) meses, semanas, días y noches irredimibles y funestos que afianzaron el sentimiento de orfandad que me acompañaba (es lícito suponer) desde que doña Betsabé Alburquerque, criadora de cabras y puercos, con ayuda y protección de mi propio abuelo Santos, me extrajo del vientre de mamá, antes que por una nada el cordón umbilical enredado en mi cuello me asfixiara como los tumores que ahorcaron a Santos Villar o (en comparación más pertinente) como sucedió con quien debió ser el verdadero primogénito de Cruz Villar, que nació ahorcado con el cordón umbilical materno y a quien así y todo mi bisabuelo puso por nombre Miguel, Miguel Francisco, en homenaje al fundador de nuestra sangre.

Ella, la ciega, dormía en el gran catre que compartiera con el abuelo y donde el abuelo agonizó y murió, y yo dormía en un estrecho catre de tijeras colocado en la pared opuesta. Pero lo que quiero contar es que tanto ella como yo nos moríamos de miedo por temor a que regresara el ánima enojada y vindicativa de Santos Villar y, entonces, para conjurar el miedo hablábamos de lecho a lecho con la lámpara prendida pero con la mecha muy corta, atentos los dos al menor ruido que viniese del corral o del patio o de los cuartos, en uno de los cuales (el cuarto de en medio, como se le conocía) había estado por años el ataúd del abuelo Santos. Pero grande e ilimitado era el espanto, y el sueño y el reposo llegaban cuando la claridad se recortaba por la estrecha ventana, de modo que cuando en una de esas noches atroces pobladas de ruidos la Gertrudis me dijo que era mejor que durmiéramos juntos, yo, tembloroso y con miedo pánico, sin pensarlo, salté a la gran cama

desde la que Santos Villar me echó su última bendición y la misma que la ciega y el tío Silvestre (hasta entonces el más alto paradigma, según el cual enrumbaría yo mi vida) profanaron, ruinmente profanaron, copulando apenas terminó el novenario dedicado al alma del abuelo.

¿Profané también yo el lecho de agonía donde expiró el poderoso Santos Villar? Más adelante, tal vez, habré de referirme con alguna prolijidad a estas largas noches que compartí con la ciega Gertrudis. Entre tanto, no puedo dejar de revelar que, durante este largo periodo —porque lento, vasto e infinito es el tiempo de la infancia—, la ciega tentó mi alma para incorporarme a las huestes que adoraban y rendían culto al sublime enemigo. Por ahora solo diré que no resistí del todo a la tentación, pero el ángel caído por su bella rebeldía permaneció sordo a mi invocación, de igual manera que había dejado de manifestárseme el Dios venerado por mamá Altemira, con su corte de ángeles y santos, y en el centro la resplandeciente y purísima figura de la Madre del Salvador. Por eso en esas noches procuraba febrilmente establecer el orden y la coherencia —secreta y arcana— debía subyacer por debajo del laberíntico monólogo de la desdichada tía Primorosa, que fue a la vez lamento e impugnación, dicha y execración, invicto rencor y locura gloriosa.

Prolongado, escabroso, revelador, por momentos obsceno y siempre perturbador había sido el alegato de la tía Primorosa ante el cadáver de Santos Villar, que dejó de ser él para trocarse sucesiva, alternativa y aun simultáneamente, en el hermano Inocencio, en el progenitor infame, otra vez Inocencio, por brevísimos instantes en el odiado Santos y de nuevo en el vil engendrador de la fatalidad y, en algún momento, en la aborrecible imagen de la vida misma y, por fin, en el nefando no parido por mujer, en el blanco perverso Odar Benalcázar, que compró y gozó su cuerpo, núbil e intocado por varón que no fuese el hermano Inocencio durante el perdido paraíso de la

infancia. Por eso, afirmó, ella había dejado de creer en Dios y en su justicia desde el día que su padre la vendiera al poderoso amo de la región. Dios había permitido que la vendiera como se vende una yegua o una chiva o un trasto cualquiera. Y tampoco la Virgen había mostrado piedad ni misericordia, no obstante que ella se lo había implorado cuando a los quince años (y ya para entonces el malvado hombre que la engendró la había hecho bañar y ungir con flores y yerbas de amor) portaba el estandarte de las mocitas núbiles durante la procesión de la Virgen del Carmen.

Y yo allí, en la antigua cama del abuelo y al lado de la ciega Gertrudis, siempre con su fustán blanco, que era, decía mamá Altemira, *el pervertido sudario de Cristo*, evocaba, evocaba, procurando grabar en mi memoria las delirantes palabras e imágenes de Primorosa Villar. *El salvaje y purísimo candor. Oh, dulce Inocencio. El bosque amado y el jagüey de aguas diáfanas en un claro*. Y allí, desnudos, se bañaban. *También las tiernas culebritas del Señor podían amarse sobre la tierra. Pero el perverso hombre ordenó quemar el bosque, nuestro bosque. El bosque en llamas ardiendo durante semanas. La densa oscuridad de la noche ahora resplandecía con todos los colores del arco iris*. Y el menor de los Villar, Inocencio, desde la cima más alta de las dunas contemplaba el espectáculo sin igual de la nocturnidad incendiada. Pero al fin cesó el fuego y todo quedó ennegrecido: muñones de árboles centenarios, sierpes y saurios, tigrillos y zorros y aun pájaros y aves quedaron carbonizados. Y entonces los vendavales de arena reanudaron su combate inmemorial y no muchos meses después Inocencio contemplaba el espacio del amor cubierto de arena y la lenta pero segura travesía de los médanos errantes de arena de inmaculada blancura.

Y luego me imaginaba a Cruz Villar, mi primer abuelo, tocando la puerta de la señorita Domitila Diéguez para que le enseñara a la churre las letras y los números y la historia de Nuestro Dios Padre y las maneras y modales de

las señoritas decentes. Y la chiquilla, según la vio la austera y enlutada maestra, era bella y tímida como una tórtola, pero al mirar era graciosa y altiva como un bellísimo e indómito animalito felino cuyo fuego de rebeldía era necesario preservar. Hasta aquí llegaban mis fantasías, pues aún no había llegado el tiempo de imaginar la prodigiosa belleza de Primorosa Villar. Me entregaba luego a pensar (a tratar de pensar) en el sucio asunto de su venta, en su entrega a Benalcázar, en su venganza y huida y posterior retorno a Congará para honrar la tumba de su hermano Inocencio y escupir sobre la de su progenitor, e invocar maldición eterna para el linaje de los Benalcázar León y Seminario.

Y después surgían los porqués, los muchos porqués de aquel oprobioso suceso que estigmatizó para siempre nuestra sangre. ¿Cuánto fue el precio pagado por aquella potranca de apellido Villar y de hermosura jamás contemplada por las generaciones pasadas y futuras de la vasta región ubicada debajo de la línea equinoccial? ¿Solo recibió a cambio mi bisabuelo los diez más finos gallos de razas extranjeras del galpón de Odar Benalcázar? La ciega Gertrudis hablaba de águilas de oro, de tierras, de animales nobles, pero yo desconfiaba de su testimonio, como de la versión que me dio de la huida de Primorosa. Por otras razones confería poco crédito al relato de mamá Altemira: por bondad ella procuraba mitigar la vergüenza. Mis tíos, a quienes también pregunté, guardaron un mutismo casi total. El tío Catalino cogió su sombrero y salió, dijo, *a estirar un poco las piernas por la ciudad*. El tío Luis, sentado en un rincón de la sala, agachó la cabeza y se encerró en un mutismo aun más hondo, pero sus ojos se humedecieron. *Vejeces, cenizas*, dijo el tío Silvestre, mientras daba grandes trancadas por la sala, mas vi apretarse sus enormes puños y encenderse su rostro, y con los ojos enfurecidos escupió con gesto de rabia y vergüenza. Y debieron pasar algunos años antes de que yo leyera y releyera con nuevos ojos y con nuevos

sentimientos las anotaciones que me legara mi padre. Su rememoración de aquel baldón que cayó sobre nuestra sangre la hacía, de acuerdo con su estilo preferido, de manera elusiva, y culminaba en reflexiones resumidas en forma de aforismos o sentencias. Por ejemplo, el azar. El espléndido y majestuoso mulo que Benalcázar entregó como parte de la compra y que encandiló desde el primer momento los ojos del mozo Isidoro habría de convertirse en instrumento del destino para el desagravio y la restauración del honor perdido por nuestra familia. «¿Qué Dios, qué Divinidad», escribió mi padre en otra página, «podrá condenar a nuestras mujeres que arrancaron de su vientre la semilla dejada por el invasor chileno?». Y en otro acápite, citando la doctrina de Santos Villar, decía «La aborrecible semilla fruto del estupro merece la destrucción, el fuego. No, no seré yo quien condene a Primorosa Villar». Y en un cuaderno diferente, en el cual transcribía las impresiones de su padre espiritual, el doctor González, sobre los días de la peste, como si de pronto lo asaltase una imagen desmesurada y bárbara, escribió con letras de imprenta: «No acepto por principio la venganza, pero la furia del hombre poderoso era inevitable. Y según esta lógica, el anciano debía ser castigado. Comprendo (con dolor) que degollaran en su presencia todos sus gallos y la matanza de los otros animales y hasta el fuego que destruyó la chacra. Pero no el látigo ni la bofetada ni el escarnio público. El látigo, el vejamen, no, nunca, jamás, pues como diría el papá-doctor, esto rebasa los límites tolerables de barbarie que aún arrastra el ser humano». Recuerdo que la lectura de estas frases, escritas fuera del contexto que se refería en los *Diarios de la peste* llevados por el doctor González y que yo leía con gran interés, me llenaron de perplejidad y aumentaron mi confusión y avivaron la necesidad de saber la verdad sobre aquel acontecimiento que de una u otra manera cambió el destino de los hijos de mi primer abuelo, Cruz Villar. Dejé para otra ocasión la lectura de los *Diarios* del doctor González en torno a la peste (o a las

pestes) que se abatió sobre Congará y me entregué a escarbar en mi memoria minuciosamente la expresión de agravios que hizo la tía Primorosa delante del cadáver de Santos Villar.

—¿Es verdad que los chilalos solo cantan al morir?

—Eso oí, maestro Martín, de unos mayores que eran de Simbilá. Pero más parece un cuento.

—¿Un cuento?

—Sí. Un cuento triste.

—Entonces también será cuento que las bandadas de pericos atacan a los chilalos para arrebatarles sus nidos.

—No, no, eso sí es verdad. Se lo puedo jurar porque yo lo he visto con mis propios ojos. Son esos pericos grandes de cabezas rojas y picos duros como el fierro que llegan cuando el maíz madura y atacan a los chilalos para robarles sus nidos. Y por más que escapan de los picotazos de los pericos, los chilalos mueren de pena y son tragados por el macanche.

Nunca olvidaré la sorpresa escandalizada, la pasmosa incredulidad que se reflejaba en el rostro de Deyanira Urribarri (ahora yo ya conocía la verdadera belleza) ante el mundo que yo empezaba a mostrarle, preguntándose (como me lo confesaría luego) si sería posible que este amigo recién conocido, fortuitamente conocido durante una manifestación estudiantil, hubiera nacido y vivido en medio de esta miseria primitiva y sombría que desde siempre los de su sangre, dueños de un pueblo, con sus indios siervos y montañas y ríos, le habían enseñado a ignorar y despreciar. Después me confesaría también que al comienzo no entendía en absoluto lo que le estaba contando (el espejo hundiéndose entre los excrementos poseía la virtud de contener las imágenes de todo un linaje, de todo un orbe), pues sin orden ni concierto yo pasaba de una generación a otra, hablándole ya del fundador Miguel Villar y de la india

Sacramento Chira, ya del bandolero Isidoro Villar o de los poderes de Santos Villar y aun de los años, o más bien de los siglos, que Martín Villar pasó en el vientre de Altemira Flórez.

Y de la misma forma como mezclaba generaciones y tiempos, los escenarios fueron variando. Le hablé (largamente) de las pasiones desatadas entre los Villar sobrevivientes durante los funerales de mi abuelo Santos; le hablé de Congará, de la calle de la deshonra, de la casa de los Villar, de la ostentosa mansión de Odar Benalcázar, el más poderoso de los terratenientes de esa vasta región; le hablé de Guayaquil, del infierno de Panamá, de los leprosos del puerto de San Buenaventura, puerto al que arribó Santos Villar para aprender la ciencia y las artes de don Rufino Estévez y donde fue sacramentado por la sífilis que habría de extenuar sus jugos vitales; le hablé de los médanos errantes, del viento sedicioso de los atardeceres, de los mares surcados por los de mi sangre; le describí sitios y le referí hechos que yo conocía por los relatos oídos en mi infancia (Inocencio casi devorado por las bestias del campo, la vindicativa castración del gran padrillo) o a través de los soliloquios delirantes de Primorosa Villar (Primorosa Villar portando el estandarte de la inocencia, Primorosa Villar pervertida, encanallada, Primorosa Villar ruinosa y estrafalaria ante el cadáver de Santos Villar) o que yo conocía mediante las visiones que me prodigara el sampedro la noche en que visité a don Asunción Juares (y donde me fue anunciado tu advenimiento a mi vida, Deyanira) para que me revelara las raíces mismas de mi vida y me ungiera de sabiduría y fortaleza para seguir viviendo. Porque (ahora comenzaba a comprenderlo) el cantar, la saga (que versaba sobre el odio y el rencor antiguos), arrancaba con contiendas pretéritas, primigenias, de modo que ahora, revistiéndome del cuero centenario del Ciego Orejuela, establecía el ordenamiento de las cosas, el mar se retiraba y dejaba un tumulto fatigado de médanos y dunas blancuzcas como polvo de osamentas, y así mi voz hizo

brotar de la tierra estéril matas espinosas y árboles de corteza como pellejo de lagarto y cactus de savias alucinantes contra el sopor y el hastío, y una noche, una medianoche, Deyanira, yo bebí el cactus dorado, la pócima sagrada, y entonces escuché el graznar de los choquecos y vi deslizarse al macanche entre la arena, y había calcinadas quijadas de asnos sobre las dunas, en la dorada mortaja de las dunas, y el rencor, Deyanira, oh, paisanos, crecía, crecía, y lo anegaba todo, y entonces fue que el sampedro me sopló al oído: sobre esta tierra hubo vida, vida destruida, extinta, cabalgata de jinetes sembrando la desolación y la muerte, y de la muerte, generación de nueva vida, pero ya vida degradada, degradada, Deyanira.

Pero esto último no se lo dije, pues debo aclarar que durante esa noche y esa madrugada (y la noche y la madrugada siguientes) que pasamos en mi cuarto de la calle Matavilela había dos relatos; había el relato un tanto convencional, aunque caótico y encalavernado, que yo le hacía a Deyanira Urribarri, y el otro, arcano y apologético, que iba creciendo dentro de mí, el que nunca (ahora lo sabía) había dejado de contarme desde los años de la infancia e irrumpía en mis sueños y terrores nocturnos, aquel, paisanos, que se interponía en el camino de perfección emprendido por Martín Villar para comunicarse con la deidad perdida. Pero aún ambos relatos (las dos versiones de la misma historia) marchaban por páramos enmarañados, laberínticos, negándose a fusionarse en un mismo cauce para formar el río de la vida de los Villar. Y esto porque la atribulada, la confusa y humillada conciencia de Martín Villar se resistía a aceptar a plenitud su filiación y en cambio seguía fascinado, como creo haberlo dicho ya, por la vida y leyenda de los grandes clanes piuranos, aunque él se amparase en la legitimidad del rencor y la necesidad de denuncia vindicativa para escribir la historia de linajes como el de los Benalcázar León y Seminario o el de los progenitores y antepasados de la propia Deyanira Urribarri Osejo.

¿Aquel sentimiento de indefinible liberación, casi exultante y jubiloso, que experimentó el pequeño Martín perduró y aun se enriqueció con el paso de los años?

Puede afirmarse sin ningún margen de duda que durante los funerales del abuelo el churre avanzó algo en el conocimiento del linaje del cual procedía y asistió a las primeras y dolorosas revelaciones acerca de la conducta de los hombres. El chico, con las razones del corazón, había creído en la perfecta armonía entre el ser y el pensar. El tío Silvestre, por ejemplo, dejó de ser paradigma de una existencia ennoblecida por el coraje y el fuego de la rebeldía, y durante una buena porción de tiempo, mientras el tío Silvestre le hablaba de los levantamientos obreros durante la construcción del Canal de Panamá (donde muriera el hermano Román), o de la formación en Paita primero del sindicato de estibadores y luego de la primera célula comunista (a la que perteneció también el tío Miceno) cierta noche de fines de 1928 en la escondida playa de Tierra Colorada en los años de Leguía, o de la lucha a puño limpio con el amarillaje de los socialistas de Luciano Castillo o los esquiroles apristas, o de los bolcheviques y de Stalin, quien había hecho inclinar la cabeza a todos los ricos del mundo y derrotado a los nazis en la Batalla de Stalingrado y triunfado en las conferencias de Yalta y Potsdam sobre los grandísimos zorros de la burguesía mundial como eran Churchill, Roosevelt y Truman, mientras le contaba estas historias, repetimos, que tanto lo fascinaban, el muchachito no podía dejar de imaginárselo fornicando con la ciega Gertrudis en la cama impregnada aún de los humores agónicos y mortales del abuelo Santos. ¿Eran posibles la autenticidad y la coherencia plenas y absolutas? Caída, perplejidad y desilusión, y sin embargo no dejaba de pensar, siempre con esta lógica del corazón, en términos de lo absoluto, que lo llevó a emprender el ilusorio camino de perfección interior encerrándose en un seminario. En sus cuadernos y diarios y cartas (jamás

enviadas) a Deyanira Urribarri, el muchacho Villar relata su experiencia en este recinto de abominación de la carne y de concupiscencia sublimada. Pero fue el radical examen de su propia y breve experiencia de la vida lo que lo llevó a comprender y a aceptar que más importantes y significativas que las pasiones y secretas fantasías de los hombres eran su relación y conducta frente a lo comunitario y su intervención en el nudo de conflictos con que se teje el devenir de la historia.

Era verdad: nunca le quitarían «el dolorido sentir», humus y sedimento del ser, de la conciencia, pues, por ejemplo, siempre perduraría el precoz y necrofílico descubrimiento del sexo de la Mika y por siempre habría de cargar con el recuerdo de las tenebrosas, endemoniadas y aun lascivas noches pasadas junto a la ciega Gertrudis. Dejó, entonces, de juzgar y condenar, entre otros, al tío Silvestre, pues la insobornable persistencia de sus luchas sindicales, que le valieron cárcel y persecución, era infinitamente más importante que la intemperancia sacrílega, profanadora, de su sexualidad. Entre los muros del seminario, donde leyó con avidez y pasión las *Confesiones* agustinianas, para las que ciertamente nada de lo humano fue desconocido, a menudo pensó en el abuelo Santos después de años de ¿inconsciente?, ¿oscuro?, tenaz olvido. Y descubrió que su memoria mantenía intacta y fresca la atmósfera que suscitaron la muerte y los funerales del abuelo. *¡Al fin!*, se había dicho cuando le comunicaron la muerte de Santos Villar. *¡Al fin! ¡Al fin!*, se dijo el niño experimentando por primera vez un desconocido sentimiento de liberación, como si le cortaran las ataduras que lo mantenían subyugado y confinado a este espacio atrozmente terrenal. Con ingenuidad y candor, el niño creyó que con la muerte de Santos Villar expiraban no solo el despotismo que había ejercido sobre él y los suyos, sino también el entero mundo, sombrío, rudimentario y cruel, del linaje paterno. Pobre Martín Villar, poco habría de durarle esta ilusión, pues

no transcurrió mucho tiempo para que tuviera la evidencia de que, en realidad, Santos Villar no había muerto sino accedido a un nuevo orden de existencia desde el cual seguiría ejerciendo su dominio y perturbando sus sueños, e imponiéndole el juramento de permanecer fiel a su sangre, sustancia cargada de caídas y humillaciones, pero también indomable y sediciosa.

Una familia extinguida

Yo descubrí que en Piura existían mundos diferentes al del abuelo Santos el día en que mamá Altemira me cambió de la escuela fiscal del maestro Zuriel Mendoza a la escuela de los catetos de monseñor Castro, que era una escuela particular a donde asistían no los niños ricos, sino los hijos de las familias decentes cuyos padres, en realidad, eran empleados de oficina y se vestían con saco y corbata. Sin asfaltar, la calle Apurímac tenía la forma de una suave colina en cuya cima estaba la casa de mi abuelo. Si se bajaba en dirección oeste, culminaba en grandes barrancos llenos de inmundicia donde, sin embargo, en una casucha cercada por un corralón, vivía doña Betsabé Alburquerque sola con su único hijo, un retardado mental que tenía, además, un brazo casi seco y una pierna algo más corta que la otra. Doña Betsabé era una mujer imponente y hombruna que vivía de la venta de leche de cabra y de la crianza de puercos. Atravesando el barranco, que era, en verdad, el cagadero del barrio, se llegaba a una casa de mujeres de la vida a la que los mayores llamaban «bulín», «burdel», «buque» o «chongo». La casa era regentada por una mujer ya entrada en años, muy pintarrajeada y apodada la Sanchezcerro. Por la noche, en la puerta se encendía un foco rojo y había música alegre, de baile, ejecutada por la orquesta de Mi Juan y Felipillo. El bulín de la Sanchezcerro se hallaba en plena esquina de lo que ahora es la calle Sullana y al frente se encontraba el estadio municipal, un gran

cuadrilátero cercado con calaminas que servía de separación entre el núcleo de la ciudad y el barrio de Buenos Aires, formado para los damnificados de los diluvios del año 1925. Hacia la izquierda del chongo empezaba una zona de médanos y allí se había levantado un racimo de casuchas conocido como el Barrio de las Latas, habitado por los pobres entre los pobres de la ciudad.

Pero si desde la casa del abuelo se tomaba la dirección contraria, caminando unas cinco cuadras, se llegaba al río, al frente del cual se encontraba el distrito de Castilla, cuyo nombre tallán era Tacalá. En la cuadra donde se hallaba la casa del abuelo vivía gente muy pobre ocupada en oficios eventuales y, en cambio, había hasta cinco chicheríos y varios o varias rezadoras del mal de ojo, el susto y el chucaque. Había, asimismo, dos brujas: una de ellas era la ciega Gertrudis y la otra, doña Felipa, una señora zamba que de día vendía gallinas en el mercado. Según decía mamá Altemira (y no solo ella), las dos mujeres se odiaban a muerte y a partir de la medianoche libraban grandes combates, doña Felipa convertida en perra viringa y la Gertrudis, en chancha. Mi abuelo, en cambio, era curandero y yo todavía alcancé a verlo atender a enfermos provenientes del campo, aunque él se había retirado del oficio años atrás, por la década de 1930, por los años en que, a causa de las prédicas del primer obispo de Piura, monseñor Chirichigno, empezó una persecución contra los practicantes de la curandería y la hechicería, así como una cruzada emprendida personalmente por el obispo en su recorrido pastoral por los pueblos del interior, extirpando los cultos heréticos e incautando y quemando cruces que venían siendo veneradas desde tiempo inmemorial, como la reverenciada (y milagrosa) Cruz de Campanas. Poco después de esta persecución de brujos y de la extirpación de idolatrías, el obispo cayó enfermo: el cuerpo se le despintó y se le cubrió de llagas y pústulas, terminando por morir después de una inacabable y dolorosa agonía, con la mente trastornada y senil. Siempre se

afirmó que por única vez todos los brujos de la región juntaron sus artes malignas para vengarse del obispo postrándolo con una enfermedad que fuera al mismo tiempo repulsiva y dolorosa, y que le perturbara el sentido. Esto ocurrió mientras yo estaba en el vientre de mamá y mamá Altemira solía contarme del padecimiento y el castigo de que fue víctima el señor obispo, en cuyo daño, me aseguró, *participó con todo el imperio de su depravación la ciega Gertrudis*.

En esta cuadra eran frecuentes las enfermedades y la muerte. Numerosos niños morían a la semana de nacer atacados por el mal de los siete días, y otra porción moría antes de cumplir el primer año de vida. Los adultos (hombres y mujeres) morían principalmente de tisis o de fiebres infecciosas, porque esto que estoy contando sucedía antes de que el doctor Cabrejos introdujera en Piura el uso de la penicilina, con lo que logró efectuar curaciones tenidas por milagrosas y su casa llegó a convertirse en una suerte de clínica con camas y todo, pues pronto la fama del doctor Cabrejos trascendió los linderos de Piura y le llovían, literalmente, enfermos desde los sitios más apartados de la región. En uno de los chicheríos, creo que en el de las Parchadas, trabajaba Gilberto, un maricón declarado que se pintaba las uñas de los pies y que (aseguraban) cada fin de mes devoraba un kilo de betarragas para así, defecando rojo, obtener su menstruación. Guanábana era el único loco de la cuadra, y pienso que debía ser del tipo maniaco-depresivo, aunque tenía súbitas temporadas de misticismo y religiosidad apocalíptica. No me despertaba curiosidad ni espanto Guanábana, acaso porque me hallaba familiarizado con la locura por mi relación con la tía Primorosa. En cambio, me causaban fascinación y temor pánico los tres enfermos de alferecía que había en la cuadra, y numerosas veces los vi desplomarse con un alarido seguido de convulsiones y espumarajos que salían por la boca. Mamá Altemira, o cualquier vecino adulto, me decía que no mirase el cuerpo

convulso porque a los niños se les podía pegar la epilepsia con solo mirar a los atacados por este mal durante la apoteosis de sus crisis. Pero yo no podía apartar la mirada, estaba allí como petrificado, como en un estado de sonambulismo, de modo que mamá Altemira me tapaba los ojos para que no viese, cosa que hacían también los vecinos mayores por ruego expreso de mamá. Cuando los enfermos volvían en sí (o, más bien, retornaban al mundo, a esta vida) me impresionaban la palidez de sus rostros y su mirada de lejanía y ausencia, como si perdurasen en sus ojos las imágenes de la otra orilla del mundo que habían alcanzado a percibir por el encanto y la magia de esta enfermedad reputada todavía entonces, según el carácter del enfermo, como de origen divino o endemoniado.

En dirección al río, la cuadra cuyo centro gravitacional era la casa de Santos Villar terminaba en la esquina de Junín, jirón transversal en relación con Apurímac, y entre Junín y su paralela, Cusco, se extendía la calle ligeramente en bajada que para mí constituía el espacio limítrofe entre el mundo de mi abuelo y el mundo o los mundos restantes de Piura. Era una cuadra empedrada donde las casas eran de mejor calidad, con fronteras enlucidas, cielo rasos revestidos con yeso y pisos de ladrillos y cemento. Los moradores eran gente de oficios definidos y prósperos: había un maestro sastre, un dueño de panadería, un famoso maestro joyero, un maestro mecánico y un dueño de taxis, más algunos empleados subalternos de sólidas casas importadoras, como la Duncan Fox, la Milne y Compañía, la Mercantil del Norte, o dependientes de grandes almacenes y tiendas, como la de los Romero, los Gaspar Augusto o los de Balmaceda y Larizbeascoa. En esta cuadra no había ya chicheríos, pero sí una pulpería y una pequeña fonda.

En mi cuadra yo era muy hostilizado por los churres de mi edad por ser nieto de Santos Villar y de la temible ciega Gertrudis, y además por ser mi madre blanca, pobre y serrana, y porque ella, cumpliendo la voluntad de mi

difunto padre, me había puesto en una escuela de mayor categoría, pues mi padre, en la gran biblioteca del doctor González, había leído la vida de los grandes hombres que destacaron en las ciencias y las artes, y deseaba que el heredero de su sangre se elevara por regiones altas, no solo del mundo de los Villar, sino del mundo de la gente vulgar y ordinaria aunque poseyesen tierras y grandes riquezas. Para eludir la hostilidad de que era víctima aprendí el arte de la anonimia y de pasar desapercibido, y cuando salía de la casa del abuelo caminando con lentitud pero con el corazón alborotado contaba la cantidad de pasos que necesitaba para alcanzar la cuadra empedrada, limbo y purgatorio, donde los vejámenes podían ser tolerables. Amaba esta calle donde las personas mayores, como el sastre Morán por ejemplo, me brindaban su afecto y me contaban cosas buenas de mi padre, *un hombre callado*, decían, *pero lleno de saber, con letra de doctor y la mente poblada de sueños y de grandes ideales sobre el porvenir de la humanidad*.

Las calles asfaltadas empezaban a partir de la cuadra siguiente y se prolongaban hasta el mercado levantado a orillas del río. Las casas comprendidas entre Cusco y Arequipa, bastante mejores que las de la calle del Limbo, en su mayoría eran propiedad de medianos terratenientes, y los hijos tenían apellido paterno vasco, polaco, ruso o checoslovaco, mientras que sus apellidos maternos eran de origen indio, catacaos y sechuras, pues sus antepasados habían sido caciques y, por tanto, poseedores de grandes extensiones de tierra —en realidad, eran vastos arenales— que, de pronto, en el último tercio del siglo anterior, con la introducción del cultivo del algodón Pima, se hicieron codiciables. De este modo, mediante el matrimonio o el concubinato con estas nietas y bisnietas de caciques (o también por la usurpación directa), estos extranjeros se apoderaron de tierras que según la ley eran inenajenables por ser del común, y el resultado de este proceso fue que más de cincuenta mil indios del Bajo Piura quedaron sin tierras.

En esta cuadra se hallaba el Hotel Mantaro, hospedaje para viajantes de recursos modestos cuyo propietario era don Rodriche, natural de Estambul, un anciano alto y robusto, algo encorvado por la edad, cara pequeña, escaso pelo y saltones ojos azules, bonachón de carácter y con una hija idiota a la que llevaba a todas partes. Me conmovía mucho, recuerdo, esta relación. La muchacha había pasado ya los veinte años, era blanca, rubia y de ojos azules, pero su pensamiento correspondía a una ñaña de cinco años. La otra persona que despertaba mi curiosidad y afecto era don Jiménez, un señor altísimo, de grandes palancas y cuero negro, muy negro. Don Jiménez era zapatero y, por estos tiempos que refiero, la gente mayor aseguraba que tenía más de cien años, pero causaban admiración la lucidez de su mente y el empeño con que seguía trabajando en su oficio de zapatero. Nos hicimos muy amigos. Él me invitaba a sentarme en un pequeño taburete y, sin dejar de usar la lezna y el martillo y en medio de un intenso olor a suelas, cuero y herramientas, me contaba muchas historias de la entrada de los chilenos en la región piurana y aun de épocas más antiguas. Él, me confió, fue engendrado en un sitio llamado el Empreñadero, donde los blancos poseedores de esclavos llevaban a las negras para que fueran fecundadas por los sementales, que eran negros de fuerte complexión y sanos de salud, por fuera y por dentro, desde los dientes hasta el pellejo entero. Me contó que cuando su mamita quedó preñada regresó a Yapatera, propiedad de su amo. A medida que se estrechaba nuestra amistad sus historias eran más apasionantes y cierta vez me contó, con gestos conspirativos y confidenciales, de la gran rebelión de esclavos que destruyeron e incendiaron los trapiches y alambiques y aun las casas del blanco. Él era una nadita así de chiquita, pero conservaba el recuerdo de los incendios y del olor a chamusquina. Los negros líderes del levantamiento se volvieron cimarrones y luego devinieron bandoleros despiadados para cobrar venganza de los padecimientos y la explotación de

sus madres y de los padres que nunca conocieron. Una mañana pasé apurado y vi como siempre a don Jiménez ya sentado en su banqueta. Le dije *buenos días de Dios tenga usted*, y él me dijo que después de que regresara de la escuela tenía otra historia que contarme para que nunca me olvidara de la memoria de los hombres. Recuerdo que no pude prestar atención a la clase de la señorita Medio Beso, hermana solterona de monseñor Castro, pues hubiera dado cualquier cosa por no perderme la historia que don Jiménez quería referirme. Por fin terminaron las clases y yo volví corriendo, pero al llegar al taller de mi anciano amigo vi gente amontonada frente a la puerta y entonces me dijeron que acababan de encontrar muerto a don Jiménez, así, sentado, mientras apaciblemente trabajaba.

De la cuadra siguiente, ubicada entre Arequipa y Tacna, me atraían dos grandes casas levantadas en aceras opuestas. A excepción del Club Liberal que hacía esquina con Arequipa y Apurímac y cuyos socios pertenecían al artesanado o eran obreros, pequeños empleados o comerciantes minoristas, esta cuadra era ya territorio de las viejas y linajudas familias piuranas, aunque algunas se hallaban en proceso de declinación o en la ruina y la decadencia. Una de las casonas que me despertaba curiosidad se hallaba a mitad de calle y en la acera izquierda avanzando en dirección al río. Una placa conmemorativa decía que allí había nacido Grau, el más grande orgullo de la historia ciudadana, aunque mi tío Miceno, no sé si en serio o en broma, me había asegurado que Grau nació en realidad en Panamá y era fruto de los amores ilícitos entre un militar colombiano y una piurana de las ramas pobres de la familia Seminario. La puerta permanecía cerrada, pero había un gran ventanal protegido por barrotes de hierro forjado por donde se podía ver el interior de la pieza. Según se decía había sido la sala de trabajo y estudio de Grau, y en un gran escritorio se conservaban los útiles de escribir, como dos grandes tinteros y plumas y lápices, pero mi tío Miceno me aseguraba que

estos eran infundios tejidos por la parentela sedienta de la gloria ajena, pues, como bastardo repudiado, Grau nunca tuvo cabida en el hogar, de ahí que se viera obligado a huir a Paita desde donde se embarcó siendo todavía un niño. La habitación era oscura, polvorienta y sombría aunque, como supe tiempo después, se trataba de una gran propiedad, profunda y en forma de L, cuya puerta principal, un gran portón por esos años en ruinas, daba a la calle Tacna a pocos pasos de la Plaza de Armas. A pesar de que el sombrío estudio me producía sentimientos de tristeza y vagas y aun inasibles sensaciones de inutilidad y absurdidad de aquello que pomposamente se llamaba «gloria» y «heroísmo», a pesar de ello, repito, no desperdiciaba oportunidad, cuando tenía que cruzar esta calle, de treparme a los barrotes, y me imaginaba este polvo devastador flotando, pertinaz y corrosivo, sobre la gran estatua de Miguel Grau inaugurada pocos años atrás.

La otra casa que me atraía era una de las más hermosas de Piura, y sus propietarios, los Sousa Arrese, atravesaban por una de sus etapas de mayor prosperidad. Debo confesar que esta casona me despertaba sentimientos adversos de admiración, codicia y repulsión. Admiraba la casa misma, con su bella escalera de caracol (la única de Piura), el gran patio delantero de hermosos mosaicos, siempre limpios y relucientes. La frontera, muy amplia, la constituía un enrejado de hierro labrado que se levantaba desde un zócalo de un metro de alto; la puerta era también de barrotes ornamentales. Entrando por esa puerta, hacia la izquierda, se hallaba la escalera de caracol que conducía a los aposentos de la planta alta. El gran salón de recepciones estaba en el primer piso de la entrada fronteriza con el largo y anchuroso patio y separado de este por tres escalinatas de mármol a través de las que se accedía a una suerte de atrio enmarcado por cuatro columnas revestidas de mármol, dos de las cuales servían como pórtico al gran salón. Los Sousa Arrese solo efectuaban una celebración anual, pero esta era la más fastuosa de Piura, cuya

lista de invitados destacaba por ser la más estricta, y la inclusión o exclusión de una persona o familia constituía el termómetro de la ubicación y jerarquía de los blancos en el cerrado señorío piurano. Durante la fiesta se abría el gran salón y los transeúntes, gente pobre, se apostaban detrás del enrejado y estiraban el cuello o se paraban de puntillas para admirar la fastuosidad de ese espacio iluminado por tres grandes arañas de cristal de bohemia bajo las cuales danzaban las mujeres más hermosas de Piura. La codicia a la que aludí antes —y después supe que no solo yo sufrí esta pasión— se debía a que a menudo los blanquitos (hijos y nietos, primos y sobrinos, o amiguitos del mismo nivel social de los Sousa Arrese) luego de jugar hasta el aburrimiento dejaban olvidados o abandonados innumerables juguetes exclusivos, comprados en Lima en la famosa Casa Montori, de los cuales yo nunca hubiera podido disfrutar. Siempre he sido malo para robar por las muchas coerciones que subyugaban mi espíritu, pero aquella vez vi tan al alcance de mis manos una muñequita como jamás la viera, y la mamá de la Mika, doña Paula Albines, era tan pobre y la Mika me daba tanto afecto y placer en el ataúd del abuelo, que, pasando por encima de la mirada de Dios, aquella que en la historia sagrada perseguía a Caín después de matar a su hermano, y de esquivar a toda la policía del mundo, temblándome todo el cuerpo y sintiendo el corazón como un animal desbocado, entré y hurté la muñeca, la puse en el bolsón de mis libros y corrí con una mezcla de júbilo y terror hasta la casa del abuelo. La Mika me besó la frente, los ojos, los labios y luego estrechó su cuerpo al mío y después, poniendo la muñequita entre los dos, me dijo que el hijo de nuestro amor había sido una hermosa mujercita.

La repulsión, el odio y el rencor que esta mansión me inspiraba estaban relacionados con el recuerdo de la tía Dioselina, hermana menor de mamá. Mis recuerdos más alegres y dichosos y el descubrimiento de la imaginación como una facultad para crear mundos de perpetua felicidad están ligados con

la inolvidable tía Dioselina. No era bella ni tampoco fea, por lo menos para mí, pero en cambio todos la hallaban encantadora y habría hecho feliz a cualquier hombre que poseyese alguna finura de espíritu. Ah, la tía Dioselina, dicharachera, optimista, imaginativa y solidaria. Por eso aun ahora no estoy seguro de comprender las razones que la llevaron a ahorcarse de aquella viga de un cuartucho del enorme y erosionado caserón de la calle Matavilela de Lima. Esta no es la historia de la tía Dioselina, pero debo adelantar que cuando fui a Lima para estudiar, llevando el viejo recorte de periódico con la noticia de su suicidio, llegué al caserón y no me fue difícil alquilar la habitación con la que había soñado por años, pues desde hacía mucho tiempo nadie quería vivir en el tétrico cuartucho donde una mujer todavía joven se había suicidado. De modo que arrendé con el asombro de la casera aquella habitación prácticamente clausurada. Y fue en este lúgubre espacio donde pasé dos días y dos noches con Deyanira Urribarri.

Mamá Altemira y la tía Dioselina quedaron huérfanas de padre y de madre cuando tenían respectivamente once y nueve años. Los parientes vendieron las pertenencias de mis abuelos maternos e hicieron, además, una bolsa común para enviarlas desde Sícchez, distrito de Ayabaca, hacia Piura, donde vivía una tía carnal de las niñas que gozaba de una próspera situación económica porque tenía una surtida tienda de telas y mercería, una dulcería y una casa de hospedaje y pensión, de modo que se hallaba en condiciones de hacerse cargo de las hijas de su hermano. Por oscuras razones la tía Rosa Elvira no las aceptó. O, para ser más justos, las acogió por unos pocos meses y luego las colocó en casas en calidad de sirvientas. Mamá Altemira tuvo suerte porque fue recibida por unos parientes lejanos que le dieron trato de hija o de sobrina y la hacían sentar a la mesa familiar. La suerte de la tía Dioselina fue de signo contrario y pasó a formar parte de la gran servidumbre de los Sousa Arrese. Muchas eran las tareas que tenía que cumplir la querida

tía Dioselina, pero la que le resultaba más pesada y luego intolerable era la de lavarle los pies antes de acostarse al cabeza de familia, que ya debía bordear los setenta años. Yo todavía alcancé a conocerlo y lo recuerdo como un anciano blanco, alto y de ojos azules tras unos lentes de montura de oro, con impecables ternos de lino blanco, chistera y bastón con contera en forma de báculo que colgaba de su brazo derecho. En las anotaciones de mi padre hay varias referencias a don Salustio Sousa Arrese correspondientes a las décadas de 1920 y 1930. Mi padre, tras la trágica muerte del doctor González en 1919, entró a trabajar en el Centro Piurano, primero como ayudante de barman y luego como administrador, de modo que en sus cuadernos abundan las referencias, retratos y descripciones de los socios de aquel centro fundado en 1876. Entrar a aquel centro, escribía mi padre, era muy difícil ya que se tenía en cuenta tanto la fortuna como el color de la piel. Por la década de 1930, inmediatamente después de la caída de Leguía, don Salustio Sousa Arrese fue nombrado presidente de la Comisión de Admisión y una de las primeras medidas que tomó fue expulsar a algunos socios aceptados durante el oncenio, los mismos que se habían enriquecido con el régimen leguiísta. Don Salustio, por su línea materna, la de los Arrese, era el único socio que descendía de un auténtico marqués español, cuyos restos reposaban en el mausoleo erigido en el sótano de la capilla del cementerio San Teodoro y en el gran salón de la mansión de los Sousa Arrese destacaba el escudo de armas de la familia. Don Salustio bebía whisky escocés, brandy inglés, jerez de Jerez de la Frontera y coñac, vino y champaña franceses, y diversos y refinados cócteles que mi padre sabía preparar. En las mesas donde se jugaba al póquer o el rocambor, en el salón de fumar y en la biblioteca, don Salustio ocupaba siempre el lugar preferencial pues en él confluían el prestigio de su sangre (la genealogía era uno de sus entretenimientos favoritos), sus grandes haciendas, una fábrica de gaseosas y hielo, los paquetes accionarios en

bancos y compañías de seguros y el hecho de haber sido senador, prefecto y alcalde hasta antes del golpe de Leguía. Y a este anciano opulento la tía Dioselina debía lavarle los pies cada noche. El anciano con elegante bata y pijama se sentaba en un gran sillón tapizado con raso y, mientras leía el periódico o una novela, pues los Sousa Arrese pertenecían al tipo de los terratenientes y hombres de negocios cultos, como los Eguiguren, los Helguero o los Escudero, la tía cumplía su trabajo provista de jofainas de agua tibia, un gran lavatorio para los pies, y jabones y talco y toallas que cada día cambiaba. La tía Dioselina, muchacha práctica, procuraba fantasear con hechos y cosas bonitas y graciosas para amainar el asco y la humillación. Pero la situación empezó a tornarse mórbida desde la noche en que el anciano, con *La leyenda de los siglos* de Victor Hugo entre las manos, le ordenó que le lavara también las piernas hasta cerca de las rodillas. La tía Dioselina hizo lo que se le pedía y solo cuando fue a botar el agua del lavatorio y de las jofainas reparó que esta vez el anciano había estado sin pijama, solo con la bata puesta. Las noches siguientes la tía Dioselina continuó lavándole pies y piernas (el anciano era canilludo y de vellosidad profusa), hasta la noche en que (ahora era *El genio del cristianismo* de Chateaubriand lo que tenía el viejo entre las manos) abriéndose súbitamente la bata le pidió que le cogiera y le practicara cierto acto en el miembro marchito. La tía Dioselina huyó esa misma noche de la mansión y fue adonde vivía mamá Altemira, y entre sollozos le contó lo sucedido. Mamá Altemira fue al día siguiente con la tía Dioselina a sentar la denuncia ante el juez de paz, pero el juez, que miraba de manera rara a la agraviada, con diferentes argumentos se negó a estampar la denuncia, pues todo Piura sabía que don Salustio Sousa Arrese era no solo un señor noble sino un caballero de conducta intachable y que practicaba la filantropía en favor de los pobres.

La siguiente cuadra también era territorio blanco, pero aquí eran más acentuados la decadencia y el hundimiento de las viejas familias. La calle se hallaba entre Tacna y Libertad y marcaba un límite, pues, siguiendo la dirección del río, las casas adquirían la apariencia de viviendas de familias pertenecientes a los estratos más modestos de la clase media. En esta cuadra se encontraban la iglesia de La Merced y, a continuación, el cuartel del mismo nombre; más allá empezaban la parada y el mercado que concluían a las orillas del río. Me gustaba mucho el mundo del mercado, pero no es esto lo que quiero contar. Lo que en verdad me fascinaba era el enorme caserón de dos pisos que hacía esquina con la Apurímac y Libertad y les voy a decir por qué. La conocían con el nombre de la Casa Quemada, y a partir de las diez de la noche, los transeúntes preferían dar un rodeo antes de tener que pasar por allí porque se decía que se escuchaban toda suerte de imprecaciones y gritos y ayes de dolor de las almas ofendidas y vindicativas de los serranos del pueblo de Chalaco, que en los días de la ocupación chilena tomaron Piura, mas luego fueron vencidos, fusilados y pasados por la bayoneta los prisioneros, y quemados vivos los que, tomando como fuerte aquella casona, resistieron hasta el final. Me es imposible fijar la fecha en que escuché por primera vez la historia de la Casa Quemada (o una de sus numerosas versiones), pero el relato de aquel acontecimiento está asociado en mi memoria con el zapatero Moscol, lector desordenado de libros que iban desde Bakunin y Kropotkin a los francmasones y los rosacruces, la vida de Lincoln y *El judío internacional* de Ford, y con don Manuel Farfán, maestro albañil que había recibido un balazo en la pierna derecha mientras curioseaba en la Plaza de Armas durante uno de los tantos enfrentamientos entre urristas y apristas. Por alguna razón (la bala no le comprometió el hueso) se le formó, al empezar el muslo, una llaga que nunca pudo cicatrizar, de modo que don Farfán vivía torturado por el escozor hasta que descubrió la manera de

alcanzar alivio. Don Farfán era un conversador formidable, pero mi memoria siempre lo evoca rodeado de perros callejeros que, pacientemente, esperaban turno para lamerle la herida. Y don Farfán, mientras los perros le lamían la herida aderezándola cada vez más, me contaba los pormenores de aquella insurrección comunera que terminó con la quemazón de la casa y el achicharramiento de los comuneros chalacos que se negaron a rendirse.

La Casa Quemada ahora era un caserón de dos pisos, vetusto y ruinoso, habitado solamente por dos hermanas ancianas que carecían de descendencia directa. La parte delantera de la construcción daba al jirón Libertad y un ala de la misma había sido alquilada para instalar el dispensario antivenéreo. Por cierto, mi interés principal apuntaba a la historia y leyenda de la Casa Quemada, pero no sería sincero si dijese que permanecía indiferente a la curiosidad que despertaba entre adultos, jóvenes y mozos el dispensario que cada lunes se trocaba en una suerte de lugar de peregrinación, pues era el día en que todas las mujeres de la vida de los burdeles piuranos se presentaban para ser sometidas a examen y, según el resultado, se les extendía (o se les suspendía) el certificado que les permitía seguir ejerciendo su oficio. El médico encargado del dispensario antivenéreo era el doctor Navarro, a quien los espectadores ponían un sinnúmero de apodos, como por ejemplo el de Inspector de Chuchas, o bien se entretenían sacándole cachitos, como, por ejemplo, el de tener una colección de fundas de goma para el dedo cordial, que introducía en la vagina de las prostitutas mucho más allá del tiempo que la ciencia médica prescribía.

Con el tiempo comprendí, sobre todo después de la muerte del abuelo Santos y cuando con mamá Altemira, que estaba gestando de su nuevo esposo, nos fuimos a vivir a otro barrio, no lejos de donde vivían los medianos y grandes blancos, comprendí, repito, o si se quiere intuí, que la historia leyenda de la Casa Quemada era uno de los momentos más

dramáticos y épicos de la clase señorial piurana. El mayor apologista de esta gesta era el Ciego Orejuela, a quien sin ninguna ironía los articulistas de *El Tiempo*, *La Industria* y *Ecos y Noticias* calificaban como «el verdadero bardo de la tierra piurana». Por línea materna, el Ciego descendía (por lo menos esto era lo que afirmaba) de un héroe que combatió en Junín y Ayacucho y que murió después peleando a las órdenes del general Gamarra. Años después, durante mi adolescencia y luego de escaparme del seminario, leí con avidez en la Biblioteca Municipal los folletos y artículos escritos o dictados por el Ciego Orejuela, la mayoría de ellos genealogías cargadas de hazañas de los más rancios linajes de la región piurana. Pero de toda esa folletería me interesaron una crónica de la invasión de los chalacos a Piura y un opúsculo titulado *Amores célebres*. Curiosamente, en la mayoría de sus escritos polemizaba con Sansón Carrasco, quien a comienzos del siglo había dirigido el hebdomadario *El Amigo del Pueblo*, inspirado en el espíritu de González Prada y, por tanto, la publicación asumía una posición de denuncia o por lo menos de crítica de los terratenientes y de las instituciones piuranas. El Ciego le salía al frente exponiendo su propia versión e interpretación de los hechos, insinuando que Sansón Carrasco se dejaba llevar por su apasionamiento, lo que no era aconsejable para el historiador que debe ceñirse a la objetividad de los hechos y a la autenticidad de las fuentes. Sin embargo, en las tertulias, el Ciego Orejuela dejaba de lado toda diplomacia y emprendía venenosos ataques contra Sansón Carrasco. *No, de ninguna manera*, aseguraba el Ciego con voz tronante, *no es esa vaina del amor al pueblo, ni el anhelo de justicia, ni cojudeces éticas y políticas lo que guía la pluma y el verbo de Sansón Carrasco*. Esto Sansón podía decírselo a los jóvenes de ahora o nacidos ayer, pero la gente antigua sabía muy bien que eran el resentimiento social y el complejo y la envidia raciales los que inspiraban sus escritos y relatos. ¿No era acaso Sansón Carrasco un mulato de pellejo más que crepuscular?

¿Pensaba que con semejante pigmentación las altas damas de la sociedad le iban a entregar en matrimonio a alguna de sus bellas hijas, herederas de extensas haciendas? ¿Creía el muy calzonudo que con semejante facha de negro lo iban a admitir como socio del exclusivo Centro Piurano?

La primera vez que yo reparé en el Ciego Orejuela (a quien desde ahora solo llamaré Ciego) fue luego de la pequeña pascana que hice frente a la Casa Quemada en mi trayecto a la escuela de los catetos de monseñor Castro. Se hallaba sentado en una banca de la Plaza de Armas frente al Hotel de Turistas y, antes de verlo a él, escuché su voz en verdad tronante. A pesar de lo temprano de la mañana estaba rodeado por un grupo de jóvenes que, después supe, eran universitarios, vástagos de viejas familias piuranas, que se hallaban de vacaciones en la ciudad. Fingí amarrarme los zapatos y entonces pude darme cuenta de que el dueño de la voz era un anciano ciego cuyas manos reposaban firmemente en un cayado. Era blanco, recia la osamenta, bella y plateada la cabellera, y su figura toda irradiaba cierta majestuosidad. Ya para entonces yo dominaba a la perfección el arte de pasar desapercibido, de modo que no me resultó difícil sentarme sobre mi bolsón de libros, a un costado de la banca, en tanto los cinco jóvenes permanecían de pie formando un semicírculo en torno al anciano invidente. La ceguera y la epilepsia son males que me fascinaban y aterrorizaban al mismo tiempo, y secretamente las consideraba sagradas, tanto si habían sido enviadas por Dios como por el diablo. En especial me impresionaba la ceguera, quizá porque mamá Altemira me había contado que yo había nacido con los ojos llagados, casi ciego, y que de seguro me habría quedado invidente si no me hubieran curado doña Filomena y protegido don Asunción Juares. El Ciego no tenía los ojos yertos, como de pescado o de culebra, como la ciega Gertrudis, ni se veían irritados y cubiertos de nubes y carnosidades, como los de los ciegos mendigos que recorrían la ciudad los sábados. Ni la más leve nube empañaba los ojos del

Ciego, que admiraban por su limpidez imperturbable, de modo que la causa de su ceguera debía de ser de otra índole, de carácter interno, acaso una lesión de los nervios ópticos. No entendí el tema de la conversación (o, más bien, del monólogo del Ciego), pero varias veces aludió el anciano a las montoneras de Teodoro Seminario y a la entrada del Califa Piérola por la portada de Cocharcas.

Si bien no entendí el sentido de la exposición del Ciego, en cambio quedé deslumbrado por su arte de narrar, que combinaba lo dramático con lo épico y todo atravesado por ráfagas de humor y comicidad, donde no faltaban lo escabroso y lo obsceno, con alguna que otra vulgaridad. La ceguera, la avanzada edad y la calidad de su voz (de barítono, pero raspante, erizada y rica en inflexiones) hacían del Ciego el mejor narrador oral de Piura. Y esto que yo, pese a mis pocos años, era un veterano escuchador de historias. Fíjense: lo he calificado como el mejor narrador oral, y esto porque sus escritos, que leí después, como dije líneas arriba (y pasando por alto los datos que contenían), eran ampulosos y aldeanos en cuanto al estilo, y atrozmente banales en cuanto a sus juicios y reflexiones. Pero por estos años que estoy refiriendo yo estaba fascinado, o mejor subyugado, por sus relatos y me convertí en el más asiduo, discreto y fiel de sus oyentes. Esto era, pues, Piura, su historia y su leyenda, y fui enterándome de la existencia de grandes clanes, de la trayectoria de los linajes más antiguos, cuyas acciones llenaron de gloria a nuestra santa tierra, o de los linajes condenados a la degeneración como expiación por los desenfrenos venéreos de algún prominente antepasado que dejó como herencia una sangre impura y maldita. Y fue por esta época que empecé a olvidarme, y aun avergonzarme, del mundo de los Villar, y a negar, no una sino dos, tres, muchas veces, que aquella vieja loca pintarrajeada con un inmundo bulto bajo un brazo y un gallo bajo el otro y seguida por

Montubio (siempre andaba atento para evitarla y no cruzarme con ella) fuera mi tía y que su sangre circulara por mis venas.

No está demás recalcar que durante años me limité a ser oyente tímido y discreto de las historias contadas por el Ciego sin siquiera atreverme a trabar amistad con los numerosos jóvenes hijos de familias pudientes que de tanto en tanto se acercaban al anciano para que les revelase algún aspecto oscuro de familias que se hallaban en pleno ascenso pero que carecían de un pasado decente y honorable, como los Romero, convertidos en potentados y en razón social, con inversiones en la agricultura, el comercio, la industria y las finanzas, y cuyos miembros de la tercera generación, es decir, los nietos del español fundador del linaje que se inició vendiendo de puerta en puerta sombreros de paja de los indios catacaos, con una de cuyas mujeres, por lo demás, se amancebó y tuvo descendencia, ahora se educaban en exclusivos colegios y universidades ingleses. Así, escuchando a jóvenes de este tipo, fueron pasando los años, en tanto yo ingresaba a ese periodo confuso de la pubertad que habría de llevarme a buscar refugio en el seminario. Pero fue durante este periodo que conocí a Lama y Sarango, que también acudieron al Ciego para que les revelase algunos episodios de sus familias. Lama, Arturo Lama Olavarría, era uno de los últimos descendientes que quedaban de los conquistadores que fundaron el primigenio San Miguel de Piura en Tangarará. Pero ahora los Lama habían tenido que hipotecar y alquilar la mitad de la antigua casona para poder sobrevivir. Sarango, Daniel Sarango Sarango, era un joven cuatro o cinco años mayor que nosotros y trabajaba en una notaría, ahorrando con verdadera avaricia centavo a centavo para viajar a Lima, estudiar en la universidad y continuar su carrera de escritor, pues Sarango escribía versos que *La Industria* y *El Tiempo* le publicaban firmados con distintos seudónimos. Lama, con nostalgia y estoicismo, había terminado por aceptar la cruda realidad y por el momento su mayor ambición era

terminar sus estudios para trabajar como cualquier persona común; en cambio, Sarango, bastardo no reconocido de un Seminario Echeandía, soñaba con hacer reconocer su derecho a usar aquel apellido y ser admitido algún día, cuando triunfase como escritor, en la gran casa solariega que esta rama de los Seminario poseía en el jirón Libertad. Por distintas razones, los tres estábamos interesados en la historia de la Casa Quemada, Lama porque trataba de desentrañar las razones (o sinrazones) del inesperado y brutal comportamiento de su abuelo durante la insurrección y Sarango porque se sentía nieto del prefecto Seminario Echeandía, quien dio las órdenes de fusilamiento y de prender fuego a la casona (propiedad de un linaje enemigo) para acabar con los últimos rebeldes chalacos. En cuanto a mí, mi interés fue variando con los años o, mejor aun, siguió el tortuoso camino de mi relación con el mundo de los Villar.

Ya he dicho que frente a las historias del Ciego yo era solo oyente, nada más que oreja, silencio y memoria. Pero cierta noche por primera vez me atreví a preguntar y desde entonces cambió el sentido de mi relación con el bardo de la tierra piurana. Aquella vez no estaban ni Sarango ni Lama y rodeaban al anciano los hermanos Cortez, altos y blancos, el mayor de ellos de ojos azules, y de apellido Seminario por el lado materno, y los mellizos Temple, de ascendencia irlandesa, pero también con Seminario como segundo apellido, aunque de una rama distinta a la de los hermanos Cortez. Estos últimos eran jóvenes cultos y de finos modales y además destacaban por su conocimiento de la región piurana. El tema había comenzado con la rivalidad entre Cáceres y Piérola y la forma que dicha rivalidad adquirió en Piura, pues se convirtió en una confrontación de clanes y familias y enfrentó a padres e hijos, hermanos contra hermanos, y aun esposos contra esposas. El tema me era ya bastante conocido y no le prestaba demasiada atención y me entretenía comiendo los frutos de los centenarios tamarindos que por el

impacto del viento caían cerca de donde nos hallábamos sentados. De pronto sentí como una puñalada en los riñones y en el corazón, y durante un largo momento perdí noción de dónde estaba porque de mi memoria resurgían sucesos, nombres y situaciones que yo había creído sepultados para siempre. Cuando volví en mí o recobré el equilibrio, el mayor de los Cortez estaba haciéndose una serie de interrogaciones y reflexiones, mientras el Ciego escuchaba y guardaba un silencio enigmático.

—Sé —decía el mayor de los Cortez— lo que todo el mundo sabe: que Odar Benalcázar y su esposa y prima Grimanesa León pelearon en bandos contrarios, que una bala redujo a la invalidez a Benalcázar, que Congará fue casi quemada para detener la peste y que el propio Odar Benalcázar mandó incendiar sus inmensos bosques que eran una muralla para contener el avance de los arenales, y esto es todo. ¿Pero qué fue de él? ¿Dejó descendencia? ¿Qué se hicieron sus propiedades que abarcaban los valles del Chira y del Alto y el Bajo Piura? En cambio, de doña Grimanesa León lo sabemos todo, de la mujer piadosa en que se convirtió después de su confesión y amistad con el padre Azcárate. ¿Pero sabe usted, don Orejuela, cuál fue el destino de Benalcázar, de Odar Benalcázar León y Seminario?...

Yo recuerdo dos cosas: que los mellizos Temple, visiblemente aburridos, dieron las buenas noches y se despidieron, y que el Ciego meditó mucho antes de hablar.

—Ah —dijo—, no fue una simple casa hacienda, fue un verdadero palacio, y no tuvo igual en toda la tierra piurana —y luego sentenció—: Los Benalcázar León y Seminario fueron una familia señalada por un destino fatal y con Odar se extinguió el linaje.

Paladeé el sabor dulce y amargo de la frase *un linaje extinguido*. Y volví a sumergirme en el vértigo de mi memoria. No sé cuánto tiempo permanecí en esta confusa rememoración, pero cuando volví al presente ya no estaban los

hermanos Cortez, solo el Ciego y yo. Y eran ya más de las diez de la noche. Permanecí en silencio todavía y al fin me armé de coraje y le ofrecí conducirlo o guiarlo hasta su vivienda, ubicada en una trasversal de la Plazuela Salaverry, por la antigua zona mangache de la ciudad. El anciano aceptó, pero antes quiso saber mi apellido y filiación.

—Hace años que siento tu presencia —me dijo el Ciego—, pero nunca me hablaste ni me dijiste tu apellido.

—Soy Flórez por parte de mi madre.

—¿De los Flórez de Ayabaca? Sí, pero del distrito de Sícchez.

—¿Y tu apellido paterno?

Demoré en responder, en tanto lo ayudaba a levantarse.

—¿Por qué temes decirme tu apellido paterno? ¿Tienes temor o vergüenza?

Sentí una marejada de sangre que venía de muy atrás.

—Me apellido Villar —le dije—. Martín Villar, hijo de Cruz Villar, a quien no conocí, nieto de Santos Villar y bisnieto de Cruz Villar, cuyo padre fue un soldado español de nombre Miguel, Miguel Francisco, quien en buena o mala hora, todavía no lo sé, llegó a Congará.

—¿Congará? Es un pueblo muerto.

—Quizá, no lo conozco aún. Pero lo que le he dicho es toda mi ascendencia.

—No toda —me atajó—, no toda; por ejemplo, no me has dicho que eres sobrino nieto del bandolero Isidoro Villar, tan puesto por las nubes por Sansón Carrasco, quien disparó la bala que redujo a la invalidez a Odar Benalcázar y después, por sus muchos crímenes y robos, fue ahorcado en el Zapote de Dos Piernas.

—Pero esa no es toda la verdad —le repliqué enojado—, porque primero lo fusilaron y después, ya muerto, lo colgaron.

El Ciego rio y me dijo que lo condujera por el jirón Lima, *antes llamado*, me explicó, *calle San Francisco y mucho antes la calle de La Florida*.

—¿Por qué por el jirón Lima si más cerca es por Tacna?

Mi voz, reconozco, era desafiante y descortés, pero el Ciego fingió no darse cuenta de mi actitud.

—Todo se pierde y olvida —dijo—. El jirón Tacna se llamó Mercaderes por los años que siguieron a la Independencia, pero hasta fines del siglo pasado todavía se la conocía como siglos atrás: la calle El Cuerno.

En este lapso me había serenado y aun estuve a punto de pedirle disculpas por mi tono grosero. Pero, como si me adivinara el pensamiento, me dijo:

—¿No te interesa acaso conocer la historia de los Benalcázar León y Seminario?

Sí, sí, claro, pero me faltaba el valor para pedírselo. El anciano no hizo ningún comentario y empecé a guiarlo por el jirón Huancavelica.

—¿Sabías que por esta calle pasaba el tranvía jalado por caballos?

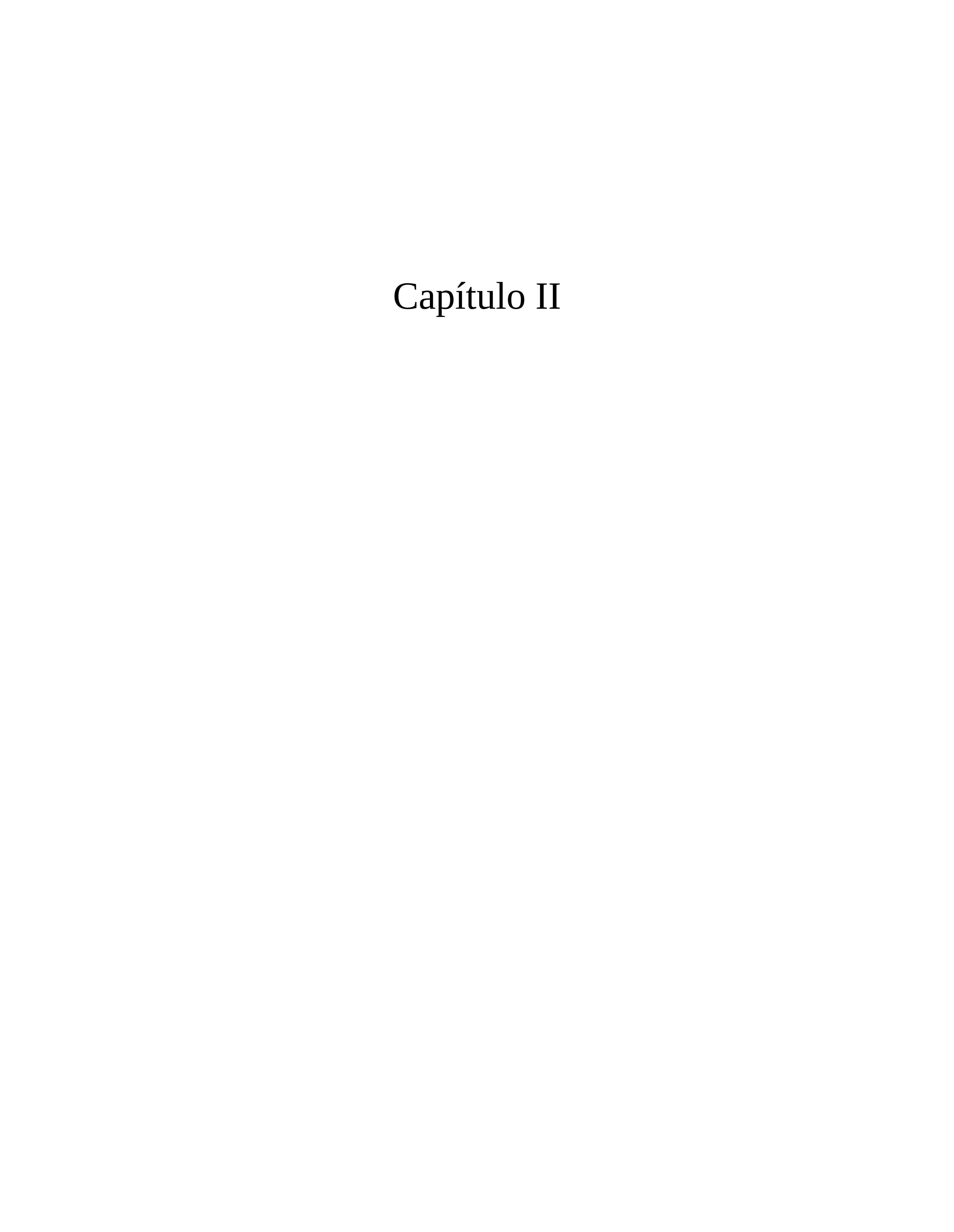
Algo de eso había escuchado yo, pero le dije, para halagarlo, que era la primera vez que me lo decían. Al llegar a la esquina volteamos por la antigua calle San Francisco, donde vivían las más tradicionales y linajudas familias de Piura y donde Jerónimo Seminario y Jaime juró la Independencia.

—Antes de contarte la historia de los Benalcázar León y Seminario, quiero mostrarte primero la mansión que fue propiedad de la familia y que a la muerte de Odar heredó Grimanesa León. Una Mesalina. ¿Conoces a los clásicos? Léelos. Una verdadera Clitemnestra, pero absuelta por el cabrón del cura Azcárate a cambio de la hacienda La Vega del Caballo.

Comencé a aturdirme pero no hice ningún comentario.

—Queda a la mitad de la cuadra siguiente y es la más grande de todas, donde hay una placa conmemorativa en memoria de José Ignacio, hermano

menor de Odar que murió en la Batalla de Tarapacá. Avísame cuando lleguemos.



Capítulo II

Lances de honor y bastardía

Cierta mañana, yo, Martín Villar, después de haberme escapado la noche anterior del seminario donde me hallaba recluido a la espera de no sé qué revelación, descendí del tren en la estación de El Arenal, caminé alrededor de dos horas hundiéndome entre los ardientes arenales y penetré al ruinoso poblado del cual huyera Primorosa Villar tres generaciones antes. Creo que ahora me será permitida esta infidencia: el muchacho en el penoso desorden de la adolescencia andaba, iluso, a la búsqueda de los fundamentos de su vida. Mi padre, que creció entre esta desolación, no se había equivocado: solo permanecían el viento, el berrido de los chivos y la inmutable tristeza. Martín Villar buscó la ancha, polvorienta, antigua Calle Real y marchó por el medio de la vía sin cuidarse del sol irascible que fustigaba por igual a los buenos y a los malos. A poco empezaron a asomar por las destartaladas puertas, ventanas y miradores carcomidos, rostros indolentes y huraños. Y entonces, sintiendo la callada hostilidad, pudo imaginar el oprobioso mediodía de sesentaitantos años atrás cuando Primorosa Villar en la fina yegua mora jalada por un peón atravesó la calle de la deshonra, como ella la llamaba en sus pláticas demenciales, rumbo a la ostentosa mansión de Odar Benalcázar, el más poderoso hacendado de la región y amo de Congará.

De modo que Primorosa Villar había montado la yegua ricamente enjaezada y, conducida por el peón, había abandonado sin lágrimas el hogar.

Sé que los muchachos Villar, apenas amaneció, tomaron su pocillo de toronjil con camotes sancochados, escupieron espesos gargajos sobre los becerros llegados el día anterior, rivalizaron entre sí (menos Isidoro, que miraba fascinado al animal) gramputeando al mulo bayo, llamaron «mariconazos» a los diez gallos que se alborotaban en las jabas y finalmente montaron de dos en dos en sus burros para dirigirse a la nueva chacra. Por eso, a la hora de la partida de la hija solo quedaban en casa mi bisabuelo, la madre, Santos e Inocencio, el hijo menor. Cuentan que Inocencio siguió a cierta distancia a su hermana y que cuando desembocó a la Calle Real pudo ver a las mujeres. Eran las queridas, amantes o mujeres de una noche del rijoso padrote, quienes, considerándose ahora desplazadas y dejadas de lado, flanqueaban las dos aceras levantando en sus brazos a los bastardos del blanco, a la vez que injuriaban a Primorosa llamándola «descocada», «mañosa», «potranca arrecha», y mancillaban su cuerpo arrojándole cagarrutas de chivo y boñiga seca de burro.

Es una trivial patraña aquella sentencia que afirma que la muchacha se convierte en mujer, en hembra, al ser desflorada por el macho. Esto es por lo menos lo que alcancé a entender de los enrevesados soliloquios de mi tía, pues, según machacaba sin tregua, su niñez había terminado en lo que duró el recorrido por la larga Calle Real. *Camino real de la deshonra, de la infamia, de la vergüenza*. Pobre tía, así se refería a ese trance. Y en lo que duró el trote (un trote remolón, impuesto adrede por ella) se mantuvo rígida, la mirada al frente y con un sobrio desdén en sus labios, mientras que la porquería que jubilosamente le arrojaban desde ambas aceras castigaba su rostro. Con ello (trato de explicarme) aspiraba a cierta envilecida apoteosis de sí misma o a poner a prueba el temple de la sangre de los Villar que corría por sus venas, pero, sobre todo, a proyectar su propia afrenta sobre el hombre que tendría acceso a su alcoba.

Pero si, como no me canso de repetirme, lo que pretendo es descubrir la verdad, resulta legítimo presumir que también la potranca de apellido Villar en algún momento sucumbió a la vanidad y al altanero orgullo. La vida, la gente, las cosas, los animales, el pueblo, adquirieron, ahora que iba montada en una yegua de soberbia alzada, un aspecto que había permanecido velado para sus ojos de muchacha. Controversialmente, mientras le iban lloviendo los proyectiles infamantes, sus pechos se erectaron al reclamo de la alegría de vivir. Congará, recuperado ya de los estragos de la guerra con el chileno, había alcanzado por entonces su mayor esplendor, y el señorío se obstinaba en hacer de la vida una permanente francachela. Solo las montoneras que empezaban a formarse y que dividirían a los hacendados en bandos irreconciliables, más que por motivos políticos por ancestrales rivalidades de familia, presagiaban «el inminente desencadenamiento de las siete plagas», como sé que gustaba decir en lenguaje demasiado vehemente mi desventurado padre, que habrían de convertir al próspero pueblo en un lugar ruinoso y semisepultado por la arena, el mismo que encontraría Primorosa Villar más de veinte años después cuando volvió para escupir sobre la tumba de su progenitor y honrar el túmulo mortuorio de su hermano Inocencio, y para afrenta de los Villar sobrevivientes.

Entre tanto, Santos, el segundo hijo de mi bisabuelo pero primero en su corazón, impasible, había visto partir a su hermana y tampoco hizo ningún ademán para impedir que Inocencio corriera ansioso tras la yegua mora. Parado delante de la puerta observaba imperturbable el lento trote de la bestia por la extensa, árida, polvorienta pampa. Y todavía permaneció allí con el rostro inescrutable cuando el peón condujo a la yegua por el Pasaje del Brujo que desembocaba en la Calle Real. Si el viento arremolinado que se levantó llevó hasta sus oídos el eco de las injurias que las mujeres dirigían contra su

hermana difícilmente podrá saberse, pero, en todo caso, Santos Villar no acudió en su ayuda.

Según escuché tantas veces, Santos, el que sería padre de mi padre y abuelo y mentor de mi vida, tenía por esa época la apariencia de un animal alzado, salvaje. Siendo aún niño había abandonado la habitación donde dormían hacinadamente todos los hermanos y había llevado su petate al corral de los burros para pernoctar allí, salvo aquellas noches que pasaba en la chacra. Mi segundo abuelo tenía otra singularidad: de todos los Villar era el único que encontraba pueriles las peleas de gallos. Mi madre solía contarme, y lo mismo escuché a mi tío Catalino durante el velorio de mi abuelo Santos, que solo lo exaltaba el duelo macabro y ceremonial entre el macanche y el colambo, los dos ofidios más grandes de la región y que, según su doctrina particular, habían sido creados por Dios para combatir eternamente sobre la tierra. Y solo una vez, siendo todavía un churre, se había interesado en los gallos con fines misteriosos, pues cierto día se apareció con un polluelo de gavilán que más tarde logró cruzar con una gallina de pelea y, forzando a la naturaleza, obtuvo un animal réprobo, carnívoro, asesino y estéril que habría de convertirse en instrumento de desagravio, compensación y venganza cuando ocupó Congará un numeroso destacamento del ejército chileno.

De modo que seguía allí parado a la puerta cuando volvió corriendo su hermano Inocencio. Conteniendo las lágrimas, el muchacho le rogó que fuera a proteger a la hermana de la furia homicida de las mujeres. Mi abuelo (supongo) lo observaría con la castradora mirada que era la virtud de sus ojos, lo haría a un lado con un manotazo y entraría a la casa. Cruzó el cuarto ignorando los apagados sollozos de doña Trinidad Dioses, la madre, atravesó el patio y llegó al corral. Lentamente se sacó la camisa y el pantalón y por primera vez miró con desprecio a su padre, don Cruz Villar, que, absorto y

abstraído del mundo, chocheaba ante las jabas de sus diez finísimos gallos de peregrinas razas extranjeras. Cogió enseguida la terrible nicula de palo de algarrobo y, pasando por delante de su progenitor, empujó la puerta del corral donde olisqueaba el viento el mulo dado por el amo de Congará como parte de pago. Luego, en calzoncillos y descalzo, empezó a castigar al animal con saña controlada y certera. Sé que estuvo martirizando al mulo sin sosiego y que mi bisabuelo, repuesto de la sorpresa, sintió que una oleada de dulcísima ternura y orgullo jubiloso lo invadía por este hijo que debió ser su primogénito.

Al caer la tarde, la familia parecía haber olvidado el día oprobioso. Ya todos los hijos habían vuelto de la chacra y, según el rito establecido por mi bisabuelo, se habían sentado en los troncos que, tendidos alrededor de la cocina, servían como asiento. Salvo al que le tocaba el turno de quedarse al cuidado de la chacra, nadie debía faltar a la hora de la cena. Mi bisabuela Trinidad repartió el mate de zarandajas con trozos de hedionda cecina de chivo que era el condumio habitual de los Villar. Mi bisabuelo empezó a rezar y bendecir los alimentos que Dios les había dado, cuando la madre reparó en la ausencia de Inocencio. Pretendió mandar a los otros hermanos a buscarlo, pero don Cruz Villar, mi primer abuelo, se opuso con gesto inapelable y enseguida cogió el mate y arrojó su contenido al chiquero de los chanchos. *Que esto sirva de lección*, dijo con sencillez. Pero el hijo menor no regresaría esa noche ni las tres noches siguientes. Si no yerro, fue la primera vez que huyó al monte y después se supo que anduvo encalavernado por los sitios más recónditos y secretos del inmenso algarrobal, bosque y paraíso de la infancia, llorando la pérdida definitiva de Primorosa.

La memoria familiar, por imposición de mi abuelo Santos, guardó un cerrado hermetismo sobre la subastación de Primorosa Villar (y, por

desgracia, durante los días que permanecí en Congará, habría de enterarme de un suceso aun más deshonroso para nuestro linaje), pero, como ya he adelantado, por las pasiones desencadenadas entre los hermanos Villar durante los funerales de Santos Villar, por los monólogos extraviados de mi tía Primorosa, por las murmuraciones insidiosas de la ciega Gertrudis, por lo ilimitado (reiterativo, como las ondas que se forman al arrojar una piedra sobre el agua) del relato de Altemira Flórez y por las alusiones crípticas, figuradas, simbólicas, de los cuadernos que me legara mi padre pude reconstruir (¿imaginar?, ¿inventar?) desde sus orígenes el acontecimiento que fue uno de los baldones que cayó sobre los descendientes del exgaleote de padres desconocidos Miguel Villar (enviado por Fernando VII entre la tripulación formada por una gavilla de parias, canallas y asesinos de la nave *Venganza* para aplastar la revolución americana) y de la india Sacramento Chira, de padres y abuelos de la reducción de indios de La Huaca, a su vez descendientes endogámicos y espurios del curaca de Tangarará.

La profecía del espíritu del cactus fue conjetural, sibilina, y solo Santos, por entonces un churre de diez años, tuvo la clarividencia de percibir el aspecto funesto y fatal que encerraba el oráculo. Pero mi primer abuelo, Cruz Villar, se obstinó en considerar de manera plena, en una sola faz, unívoco, el vaticinio según el cual su única hija Primorosa elevaría y cambiaría el destino de los Villar. Mi bisabuelo nunca había ocultado su desprecio por las hembras de la horda humana, a las que consideraba seres inferiores, vasallas, buenas para el reposo del macho, meros receptáculos de la simiente masculina. Y, sin embargo, invirtió sus escasos bienes (sus animales y las tres águilas de oro que don Jerónimo Benalcázar pagó por el rico fardo funerario de algún rey o sacerdote antiguo cuyo entierro le fuera revelado a su hijo Isidoro) para que su única hija recibiera la educación propia de una niña blanca. Pero Domitila Diéguez (quien fuera también maestra de la ñaña

Paulina hasta la llegada de las tropas chilenas a Congará, hecho que determinó la renuncia irrevocable de la joven y estricta maestra a aquel magisterio junto con la promesa de no volver a poner sus pies en el palacio) hizo mucho más que solo enseñarle a Primorosa los conocimientos escolares de la época: inculcó en su discípula ciertos principios básicos y atizó la brasa de la rebeldía, gema que llevaba *dentro de sí*, pensaba Domitila Diéguez, inmensamente más preciosa que la belleza silvestre, desconcertante, prodigiosa, de la niña entregada a su tutoría. Y mi bisabuelo, con creciente orgullo, iba viendo el cambio de modales en su hija, a quien calzaba para que ni la arena candente ni los abrojos o las espinas estropeasen los pies y para quien mandaba a coser trajes decentes y recatados propios de una niña de la jerarquía social de la señorita Diéguez. Pero cuando Primorosa cumplió los catorce años y el viejo Cruz Villar, en un deslumbramiento, contempló la perturbadora belleza de su hija, entendió (creyó al fin entender) en toda su plenitud la voz sacramental del cactus dorado durante la decisiva ceremonia de medianoche celebrada doce años atrás.

Hasta que no apareció por Congará aquel circo fatal, todo se desenvolvió de acuerdo con los preceptos de San Pedro. Concertada por mi bisabuelo (esto creí yo hasta mis indagaciones en el pueblo), una curandera emparentada con los Villar por la rama materna sometió a Primorosa a escrupulosos y detenidos baños con yerbas de amor. *Con ello*, pensé, *mi bisabuelo rindió tributo a la memoria de su propia madre, quien hubiese logrado apaciguar la intemperancia y la ira de Miguel Villar*. Porque Sacramento Chira era casi una niña cuando se propuso salvar a las indias núbiles como ella del terror que había despertado en la comarca la aparición de aquel viento maligno, que despechado por la derrota o la deserción o la miseria de su destino, con pistolón y sable en manos, asaltaba y vejaba a los caminantes y estupraba a las mujeres, más que por sensualidad, por odio, por

venganza, por desesperación. De modo que ella era casi una niña cuando decidió inmolarse, pero no salió desamparada: antes de partir, las indias viejas la bañaron y ungieron con yerbas de amor y bálsamo de flores rojas de la pasión. A su manera, esta historia se la fue refiriendo la curandera a Primorosa, mientras que sus manos sabias y escabrosas iban untando, con secretas yerbas silvestres que crecían al borde de las lagunas encantadas de las serranías de la región piurana, sus partes más íntimas y delicadas. Al fin, palmeándole la grupa, la vieja le reveló el hombre que sería amo y esclavo de ese cuerpo.

La entrega de Primorosa a Odar Benalcázar, pues este era el hombre para quien mi bisabuelo había destinado a su hija, estuvo precedida de conversaciones en las cuales los dos hombres, señor y chacarero, compitieron en un lenguaje simulado y oblicuo, admirable en circunloquios y sobreentendidos. Tal como había esperado Cruz Villar, el hálito y la belleza de Primorosa hirieron sin misericordia al todopoderoso hacendado durante la procesión de la Virgen del Carmen, mientras la muchacha, que había sido elegida por las viejas de la cofradía, portaba el estandarte carmelita de las mocitas cuyas carnes aún no habían conocido varón. Desde dos o tres siglos atrás, los señores de la tierra (como en su tiempo Carlos V y su rival Francisco I gozaban del altísimo honor de entrar a la iglesia y escuchar la misa montados a caballo y sin descubrirse la regia cabeza) tenían el privilegio de ver el paso de una procesión sin descabalgarse y más bien la procesión debía hacer alto para rendirles homenaje y merecer su generosidad. Por eso causó asombro cuando, por primera vez desde que se guardaba memoria en el pueblo, el patrón se dignó descender de su caballo color del alba para ofrendar una sombrerada de monedas de plata que un propio depositó ante las andas de la Virgen. En cuanto a Benalcázar mismo, un hombre próximo ya a los cincuenta años y con una experiencia de ocho años en París, cometió la

muchachada aldeana de inclinarse y besar el estandarte que conducía la bellísima y apetecible pollita que antes jamás había visto. De modo que, hasta donde me es lícito suponer, allí el turbulento hombre fue alcanzado por las mórbidas exhalaciones del invicto y frutescente cuerpo de Primorosa Villar.

Muchas vueltas le he dado a esta parte de la historia que por razones comprensibles la memoria familiar prefirió omitir y sepultar en el olvido. De Odar Benalcázar sé que cayó durante esa temporada en una inaudita abulia sexual de la que no lograban rescatarlo ni el relincho de amor de su ávida yeguada ni las indiecitas que antes gustaba tanto desflorar a la vera de los caminos, ni las muchachas agraciadas que buscaba para él Visitación Cabrera, la querida de su padre y que muchos años atrás, antes de partir hacia París y por disposición paterna, lo había sosegado del dolor que le produjo la muerte de Eleonor Acevedo León, prima hermana y primera esposa. Emprendía de claro a claro cabalgatas por sus extensos dominios y concertaba a los vihuelistas de los alrededores para que lo torturasen con los más desesperanzados tristes y los pasillos más luctuosos. Boulanger, François Denis Boulanger de Choriè, pensaba con ironía que su amigo y protector había padecido una regresión a la barbarie o, lo que era más plausible, que la civilización, incluida la civilización erótica, era una delgadísima pátina que no había penetrado en los primeros estratos de su ser más interno. En cuanto al alemán Hans Albrecht, que despreciaba a mestizos, cholos, indios, pardos y negros (e, incluso, a los propios hacendados blancos), le dijo que se portara como un señor, como su padre, don Jerónimo, y que simplemente raptara a la india. Distraído como estaba no reparó en el calificativo infamante dicho por Albrecht, pero él, Odar Benalcázar León y Seminario, sabía que se trataba de una muchacha distinta, extraña, inclasificable, *una especie de consubstanciación, créeme, Boulanger, de Venus, Atenea y Antígona*. Boulanger contuvo la risa, *mi Dios, pobre Grecia, perdónalo, padre Homero*,

se dijo, mientras escuchaba el berrido de los chivos y sentía el polvo malsano flotando en la atmósfera. Sin embargo, durante los más de tres años que Primorosa Villar pasó en el palacio y mientras la pintaba y escuchaba sus razones durante las lecciones y lecturas, y sobre todo después de la huida, reconoció que, aparte de su arrebatadora belleza, la joven tenía una inteligencia nada desdeñable, poseía una innata sabiduría popular y era rebelde, vindicativa y justiciera. Decíamos cómo ni Boulanger ni Albrecht pudieron conferirle ningún consuelo, por lo que acudió donde un brujo, compadre de su progenitor y artesano de alcahueterías y cabronadas, quien, para serenarlo de vez en vez, le aplicaba en el padre mascados de llantén, malva, piri-piri y flores del amor seco. En una de estas sesiones para el sosiego de su calentura de compañones, tomó conciencia de lo bajo que había caído y al fin Odar Benalcázar León y Seminario comprendió que solo abordando el asunto directamente con el viejo Villar podría conseguir la posesión de quien sabía de sobra era la causante de sus penas y quebrantos.

Escondiendo las garras y revistiéndose de la mítica campechanería de los blancos de la región, Odar Benalcázar interpeló a mi bisabuelo en la pelea de gallos durante la feria de la Bajada de los Reyes Magos. En tono jocoso y levantando la voz para que lo escuchara todo el mundo, dijo que lo vieran bien, que allí frente a ellos tenían al gran don Cruz Villar, el hombre más orgulloso y mísero de Congará. *Orgulloso*, explicó, *porque tiene a mal quitarse el sombrero mientras habla con la gente decente*, *y mísero, paisanos*, *porque en la burrada de veces que he pasado delante de su casa, fatigado de tanto cabalgar bajo el sol inclemente, nunca ha tenido la piedad de ofrecerme aunque sea una chicula de agua para mitigar la sed*. Don Cruz Villar (mi primer abuelo) terminó de escupir un buche de aguardiente de caña al ajiseco amarillo que estaba lidiando y, luego, sin aludir al asunto de su orgullo, le dijo que si nunca lo convidó ni le ofreció hospitalidad fue por

temor a sufrir un jodido desaire, pero que si el patrón no tenía a menos compartir la mesa de los pobres, desde ya lo invitaba a su humilde morada para el día que su hija cumpliese quince años. Besó al ajiseco antes de devolverlo al ruedo y agregó que ese día desenterraría la botija de chicha que había enterrado quince años atrás, justo el día del nacimiento de la única hija hembra con que Dios lo había bendecido.

De la celebración de aquel convite tuve diferentes versiones parciales de labios de mi madre que, por decirlo así, me amamantó contándome la historia de la bárbara tribu de los Villar. Pero fue durante el sepelio de mi abuelo Santos, al cual me he referido acaso en exceso, que oí hablar a mi tío Catalino de manera casi directa del oprobioso asunto, entre tanto en el ataúd el anciano tremendo y excelso que en mis pesadillas asumía la apariencia de un Padre Eterno inclemente, caprichoso hasta en la magnanimidad, estaba allí, yacente y rígido, desvalido, indigno, meritorio de una lágrima.

No he podido olvidarme del llanto indecoroso de mi tío Catalino, pues indecoroso me pareció en mi niñez el lloriqueo de un anciano de ochentaitantos años. Pasaré por alto los improperios que mi anciano tío lanzara contra el hermano muerto. Lo que me interesa recalcar es que, luego de desahogarse con el cadáver de mi abuelo, y yo sospecho que por única vez en su vida, atacó la temida memoria de mi bisabuelo. Entre sollozos, moqueaderas y esputos de viejo, muchas fueron las recriminaciones que hizo a Cruz Villar, pero aquí solo se impone evocar sus alusiones a la malhadada comilona. Aún me parece escucharlo incriminar a su progenitor de haber compartido *con aquel blanco pestífero, flagelo de nuestro pueblo,* los mejores potajes de su mesa y la preciosa y añeja chicha, pobre tesoro de la familia. En cambio ellos, su madre, hermanos y el desdichado Inocencio, que pasó todo el maldecido día amarrado al vichayo, tuvieron que comerse la

sabrosa mierda en el corral de los animales, *sin siquiera probar una ñizca de la chicha hija de una grandísima puta*.

Una precisión necesitan las aseveraciones de mi tío Catalino: la mesa (que en efecto solo compartieron Benalcázar y mi bisabuelo) fue servida por una Primorosa que lució deliciosa y trivial con el traje de señorita que le había hilvanado la más reputada costurera de Congará. Por lo que sé, el viejo se negó hoscamente a que el rijoso hacendado brindase con ella. El amo de la región alabó la calidad de las viandas, cargoseó con la bendita chicha, a la que llamó «néctar de los incas» (*Ah, Boulanger*, comentaría después con el francés, *qué poder el de su majestad el pájaro, cuántas cojudeces y vulgaridades te obliga a decir*), y prometió vagamente corresponder al espléndido festín de don Cruz Villar. Hicieron nuevos brindis. El hacendado le ofreció cigarrillos aromáticos. Luego decidió encarar el negocio. *Al fin, verraco, al fin*, parecía decir la mirada irónica y escrutadora de mi primer abuelo. ¡Pero lo que era tener plata! Los mariconazos cigarros sabían a gloria. Le dijo que hablara, que lo escuchaba.

El burro hechor, como dirían después los hermanos Villar, empezó haciendo consideraciones acerca del mundo, de la vida, de la ley impuesta por Dios para que el cristiano nunca alcanzase la felicidad (*¿Te imaginas, Boulanger? Yo, un libertino, teniendo que meter a Dios para gratificar al pájaro insaciable, el único Dios en el que creo*). Él, continuó, que tantos bastardos había echado al mundo, no tenía ningún hijo varón legítimo ni ilegítimo reconocido, de modo que su apellido se extinguiría y sus extensas propiedades irían a la ruina. *Tiemblo de solo pensar en esto, don Cruz. Y usted mejor que nadie sabe los trabajos que pasamos mi padre y yo para volver a levantar la heredad arrasada por los chilenos* (*¡Qué mentira, Boulanger, fue el viejo quien se desvivió por esto!*). *¿Y todo para qué? ¡Para qué!* (*¡La puta que me parió, qué histrión, Boulanger, qué farsante!*).

Eleonor, su primera esposa (*¡Ni siquiera respeté la memoria de lo único puro que hubo en mi vida!*), la única mujer que había amado en su vida, murió siendo muy joven al dar a luz a su única hija, que, para mayor desgracia, un mal viento había reducido a la invalidez cuando apenas tenía siete años. Y en cuanto a Grimanesa León, su segunda esposa, que mejor debió llamarse Mesalina o Clitemnestra (*¿Te imaginas, Boulanger, pronunciar esos nombres al viejo ignorante de Villar?*), era una víbora con la cual mantenía desde hacía años un litigio por cuestiones de tierras. *A usted, don Cruz, puedo hacerle esta confidencia: tanto nos amábamos que, antes de que se separasen nuestros cuerpos, ella y yo dormíamos con un revólver bajo la almohada*.

Pero era de su ñaña Paulina, luz de sus ojos, de quien quería hablarle. (*Luz de mis ojos, qué hijo de puta, Boulanger, cuánto rogué para que muriera; verla me jode y deprime y el pájaro del amor me castiga negándose a desplegar las alas y emprender el vuelo vertiginoso*). *¿Sabía*, prosiguió, *que la pobre niña languidece de tristeza? ¿Que se marchita de aburrimiento? ¿Que detesta Piura donde podría hallar más esparcimiento?* (*Es lo que yo le pedía, Boulanger, para librarme de sus ojos acusadores*). Y nada podían hacer por ella la partida de indias y negras ignorantes que estaban a su servicio. *Diecinueve años, imagínese, en la flor de la edad, apenas cuatro años mayor que su hijita Primorosa* (*¡Para qué pronuncié su nombre, Boulanger, el pájaro divino me recordó con ímpetu atroz que su naturaleza era el fuego!*). Precisamente de ella quería hablarle, si se lo permitía. Había oído que leía, que escribía con caligrafía de filigrana y que tenía modales de señorita (*¿De señorita, Boulanger? De reina cruel, indómita y salvaje, como escribiste en uno de tus poemas*). Que lo entendiera desde un principio: no la quería de sirvienta, ni siquiera de dama de compañía, sino de amiga, digamos, de una pariente querida. Compartiría la mesa con su hija, gozaría de

un dormitorio para ella sola (*El pájaro omnipotente arrojó sus efluvios de fuego; fue un problema, Boulanger*). Por cierto, se beneficiaría de las lecciones que profesores especialmente contratados dictaban a su hija. También usufructuaría de los más elegantes trajes de la ñaña Paulina, los cuales, con lo caprichosa que era la pobrecita, desahuciaba luego de una primera puesta (*¿Caprichosa? ¡Jodida, mezquina! Prefería quemar los trajes antes que regalarlos*). *Sin considerar, desde luego,* agregó, *los que yo mismo le compraré.*

Mi bisabuelo escuchó la propuesta con desapacible cortesía. Sé con certeza que rehusó un segundo cigarrillo: eran, se excusó, demasiado delicados para el paladar de lagarto que se manejaba. Bebieron, desaguaron y estuvieron un rato escuchando el relincho sedicioso del viento. La habitación parecía haberse impregnado con el perturbador hálito de Primorosa. Y en el fondo del corral de los burros, amarrado al vichayo, Inocencio seguía escuchando la voz arcana del sampedro que su padre le diera a beber la noche anterior. Muchísimos años después, mi tía Primorosa, en sus enardecidas y alucinadas pláticas (no con el viento, no con la nada), aseguraba seguir escuchando a su dulce Inocencio anunciándole su deshonra.

Una fugaz aparición de Primorosa con la cabellera alborotada por el viento decidió al hombre todopoderoso a exponer por medio de tediosos circunloquios el precio que estaba dispuesto a pagar para cargarse a la torcaza. Es ley familiar que el rostro del viejo Cruz Villar permaneció inmutable, ajeno y veladamente despectivo mientras escuchaba las propuestas que le hacía. Primero se trató de la niña. Le donaría un pequeño cofre en el cual, de tanto en tanto, iría depositando quintos de oro y plata, en cantidades determinadas por el corazón y comportamiento de la criatura. Añadió que, cuando ella llegara a establecerse con un hombre de rango social honorable (él se encargaría de esto), la dotaría, como que era un Benalcázar León y

Seminario, con un ajuar digno de una señorita de la más alta alcurnia el día de su boda.

Después pasó a referirse a los intereses directos de mi bisabuelo. Primero le habló de monedas contantes y sonantes en número que no llegó a precisar. Luego le ofreció un mulo fino, muy fino, pues era ya tiempo de que un hombre de su temple, descendiente de buena raza, dejase de estar yendo por allí montado en lerdos y brutísimos piajenos. Le dijo, además, que si su reconocida debilidad por los chivos se lo permitía él estaba dispuesto a poner en su corral una pareja de becerros para que se iniciara en la crianza de ganado noble. Aquí Odar Benalcázar calló a la espera de la opinión de la otra parte.

Según se cuenta, mi bisabuelo, tras llenar de nuevo los cojuditos con la añeja chicha, agradeció a su huésped tanta generosidad. Pero agregó que el patrón debía comprender que Primorosa era la única hija que el cielo había querido darle para alegría y cuidado de su vejez (*Cabrón y zamarro el viejo, Boulanger. ¡No tenía ni un pelo de cojudo!*). Luego, Cruz Villar se encerró en un mutismo altanero y hosco. Entonces Benalcázar se vio obligado a jugar sus dos últimas cartas.

Si no me han mentido, la siguiente propuesta del señor de Congará relajó el rostro arisco del viejo y al último logró que la codicia iluminara turbiamente sus ojos. Por la primera, Benalcázar se comprometía a transferirle en propiedad debidamente legalizada un lotecito que ensanchara generosamente la ínfima chacra familiar, de modo que él y sus hijos no tendrían que ser más yanaconas ni peones. La última tenía que ver con los gallos de pelea. Le dijo que sabiendo la pasión que sentía por los gallos de pelea estaba decidido a poner a su disposición su gallera para que escogiera los diez gallos más finos de razas extranjeras (españoles, ingleses, chilenos, malayos, calcutas, cuántos más) con las respectivas gallinas, de modo que

con la experiencia que tenía obtendría en poco tiempo los mejores cruces que, no dudaba, se convertirían en los campeones de las ferias de la región. *Usted habla en oro,* dicen que dijo mi abuelo por toda respuesta. Luego llamó a Primorosa para que brindase con el gran padrillo de todos esos andurriales. Pero Primorosa había desaparecido.

La llegada de aquel circo fatal (o «circo de la desgracia», como dicen las anotaciones de mi futuro padre) fue, por paradoja, patrocinada por el mismo Benalcázar en los días en que su poder personal y el auge de Congará alcanzaron el esplendor que las extenuadas generaciones siguientes habrían de evocar con rencorosa nostalgia y orgullo aldeano. Jactándose en la tertulia con los señores de su calaña, dijo que no sería su adorable hija quien tuviese que emprender el fatigoso viaje al puerto para poder ver el circo que tanto estaba dando que hablar en la región, sino que él haría venir hasta aquí a la *troupe* de payasos y artistas. Apuró el vaso de whisky con agua de coco y, delante de la blancada, empeñó su palabra asegurando que muy pronto los congareños verían entrar triunfalmente por la Calle Real a la caravana circense de los gemelos Poggi.

Pero lo que el opulento terrateniente omitió decir, pues desde muy niño había aprendido que nunca se dice toda la verdad y que es ley humana ocultar los reales motivos que impulsan nuestras acciones, fue que en el fondo le importaba un carajo el esparcimiento de su hija: lo que ansiaba de verdad era ver el ingrato rostro de Primorosa iluminado por la risa y en el abandono y relajo de la alegría. Esto le dijo él mismo a la Villar cuando esa noche irrumpió en su alcoba y, como tantas otras veces, la poseyó con la urgencia elemental con que los animales cubren a sus hembras.

Martín Villar intuía, influido por las deplorables novelas que leía en los excusados del colegio, pero también por las anotaciones de su difunto padre,

que ella habría descubierto desde el principio («desde el holocausto mismo de su inocencia», como sentenciaba al padre del muchacho Villar) el medio de menoscabar y envilecer el goce del hombre. Nunca, por lo que sé, opuso resistencia a las solicitaciones del macho (salvo cierta noche en que, por un estado de conciencia especial, se negó a abrirle la puerta), y recuerdo que en sus rememoraciones intrincadas mi pobre tía aludía a cierto flagelamiento que en la desnudez de su cuerpo soportó sin una queja de manos del gran semental, al sentirse ultrajado este por la frigidez que hubo mostrado ella a su furiosa acometida. Y, sin embargo, esta misma entrega pasiva y estoica y el perfume omnipresente que como el circuito de su sangre lo perseguía dondequiera que marchase hacían más insufrible y angustioso su deseo.

Por entonces se estaban formando las montoneras que en el recuerdo de los sobrevivientes fueron la primera de las siete plagas que poco después devastarían la región. Según atestigua la crónica señorial, Odar Benalcázar, que meses después habría de convertirse en el cabecilla del bando que enfrentó a las montoneras de Teodoro Seminario, andaba en los trajines de reclutar gente en sus vastas propiedades y en las de los gamonales compinches suyos. Se cuenta que muchas veces, sin ton ni son, sin ninguna necesidad de tipo militar o guerrillero, mandaba acampar a sus hombres, mientras él volvía grupas y, fustigando a su cabalgadura e inmune a los ramalazos del viento, devoraba las leguas que lo separaban de Congará y por la avenida de los cocoteros llegaba hasta el pórtico de oriente y entraba a la mansión sudoroso y polvoriento sin cuidarse de la mirada azorada de su hija inválida que desde la soledad de la silla de ruedas se entregaba, entre el horror y la fascinación, a fantasías eróticas que no por anodinas dejaban de causarle zozobra y de llenarla de sentimientos de punición y condena. Y, en tanto, por todo recibimiento, impávida y lejana, Primorosa Villar se tendía en el lecho, levantaba su traje hasta dejar desnudo su pubis, soltaba su corpiño

para que el hombre mordisqueara sus senos y aun aflojaba los labios de modo que, como una víbora lujuriosa, la lengua del hombre pudiera penetrar en su boca. «Con todo», escribía el buen Martín Villar, «las agresiones sexuales dejarían en ansiosa tensión la carne de la joven que solo alcanzaría sosiego en los éxtasis que pronto aprendió a procurarse solitariamente».

El espíritu forjado por la señorita Diéguez ayudó a Primorosa a controlar el grito de admiración que estuvo a punto de desbordarla al entrar por el pórtico de occidente a la mansión de Benalcázar. Hasta entonces no se había acercado al palacio sino a unos quinientos metros, o lo había contemplado en su niñez junto con su hermano Inocencio desde el Alto del Gavilán, a poco más de un kilómetro de distancia, irguiéndose como un encanto en medio del encandilamiento del verano inexpugnable de la región. Cinco años después de concluida la guerra con el chileno, bajo el diseño y dirección del francés Boulanger, se habían iniciado los trabajos de restauración, ampliación y, sobre todo, de remodelación (su estilo era un pastiche del renacimiento francés), después de que, bajo los planos del mismo François Denis Boulanger, se hubiera hecho realidad el sueño del viejo don Jerónimo, varias veces infructuosamente emprendido, de construir el gran canal derivado del Chira que hizo posible la irrigación de quinientas hectáreas de arenales que se convirtieron en feraces campos de cultivo de algodón Pima y en verdadero vergel los alrededores del palacio. A partir de entonces, muerto ya el viejo Jerónimo, Odar Benalcázar rehizo y quintuplicó la fortuna familiar, y se convirtió en el más poderoso terrateniente de la región y en uno de los más ricos de la tierra piurana. Entonces dio carta libre a Boulanger para que hiciera de su mansión un verdadero palacio, imponente por fuera y decorado con arte y sobriedad por dentro, para envidia de todos los terratenientes vecinos y, en particular, de su segunda esposa, Grimanesa León, de la que se

había separado meses después de celebrarse con pompa la boda a la que asistió lo más selecto de la clase señorial piurana en la casona sevillana que don Jerónimo había heredado de su padre en la exclusiva calle San Francisco de Piura. Por último, sabiéndose en lo más íntimo un hombre sensual y no muy hábil para los negocios, contrató al alemán Hans Albrecht como administrador general de sus propiedades y le dio amplias facultades para reinvertir el capital creando nuevas fuentes de lucro. Y, así, Hans Albrecht edificó a la salida de Congará la primera desmotadora de algodón de ambas riberas del Chira, una fábrica de aceite y jabón de pepita, y convirtió las propiedades de Benalcázar del Alto Piura en haciendas ganaderas, pero con ganado fino importado desde Suiza y Holanda.

Primorosa Villar fue recibida por el propio Odar Benalcázar, quien la esperaba en el portal de occidente, cuyas escalinatas y pilares estaban revestidos de mármol y cuyo suelo era de baldosas pulidas, inmaculadas y relucientes. Según la orden impartida por el propio hacendado, *la jovencita no lleva ningún equipaje, pues*, dijo Benalcázar, *encontrará de todo lo que necesite en la recámara que le ha sido destinada*. Con los días y semanas, los congareños recibieron diversas versiones de la servidumbre y los huéspedes menores del blanco (había envidia en ello y maledicencia, aunque también sorpresa por la conducta recatada y aun orgullosa de la hija del viejo Villar) acerca de la entrada de Primorosa al palacio. La hija de campesino y yanacona, huérfano de letras y de zapatos, que agachaba el lomo cargando atados de leña o rumas de algodón o pesados costales de panllevar, no solo no se había quedado extasiada, patitiesa, turulata, ante tanta belleza y lujo, sino que no había emitido la más leve exclamación y apenas con sus ojos había hecho un fugaz reconocimiento de la gran sala donde, por orden del amo, los empleados de mayor rango (el maestro Atabaliba Atarama, la institutriz inglesa, el ama de llaves y la costurera) y la servidumbre en pleno (el moreno

mayordomo, la cocinera y su ayudanta, las tres zambitas de la limpieza y la negrita de los mandados) la esperaban en fila en el gran salón bajo la notable claraboya de azulejos en forma de estrella y con los colores del arco iris. Conforme con su rango, la ñaña Paulina la esperaba en su amplia alcoba, hecha especialmente para ella en la planta baja debido a su invalidez. En cuanto a Hans Albrecht, se había marchado a su casona de la plaza de Congará (propiedad de Benalcázar) sin ocultar su desprecio. En cambio se hallaba presente el francesito Boulanger, a quien muchos años después mi tía Primorosa evocaba con afecto en sus laberínticos soliloquios. Al ser presentada por Benalcázar en forma muy breve y con voz de amo y, de manera inapelable, dejando establecido el trato que debía dispensársele, el que correspondía a un huésped mayor, como que su recámara estaba en el segundo piso, Primorosa pudo observar el desdén que mostraba el rostro de la institutriz inglesa y el ceño fruncido y los ojos feroces del ama de llaves. Terminada la presentación de rigor, Odar Benalcázar encomió en un aparte a Denis Boulanger, amigo y maestro en tantas cosas, a quien había conocido, le confió a Primorosa, *en forma providencial, azarosa, novelesca, en París, casi veinte años atrás*. *Las damas de esta tierra son, en verdad, de gran belleza*, declaró Boulanger, *pero la suya, Primorosa, rosa primera, es absolutamente prodigiosa*. Por la noche, cuando en su alcoba Primorosa esperaba la inevitable entrada del blanco poderoso que la había comprado, se dijo que la señorita Diéguez no le había enseñado a comportarse frente a los halagos que los hombres hacían a su belleza. Eran las once de la noche cuando Odar Benalcázar, vistiendo una elegante bata de seda china, penetró en su alcoba y lo último que Primorosa recordó fueron los ardientes ojos y el pálido rostro de la ñaña Paulina, quien a través del gran ventanal contemplaba la caída de la tarde cuando su padre entró para presentarle a Primorosa. De súbito, dio vuelta a la silla de ruedas y la miró escrutadoramente. Benalcázar la llamó

«hija mía» y le dijo que esperaba que en adelante tuviera una verdadera amiga, una hermana, una confidente. Primorosa se sentía sofocada por la intensidad de la mirada de la única hija legítima y reconocida por Benalcázar. *Descuide, padre,* dijo, *tengo la seguridad que seremos grandes amigas*.

Martín Villar tacha el párrafo dedicado a la descripción de la primera noche pasada por Primorosa con Benalcázar por considerarlo innecesario y morboso, como sus fantasías sacrílegas del seminario. Luego, acentuando el control sobre sí mismo, prosigue la escritura.

Desde el día siguiente Odar Benalcázar no ocultó, aunque sin dar explicación alguna, el tipo de relación que había entre él y Primorosa, y durante el primer año observó una conducta paciente, de moderada solicitud y con la dignidad que correspondía a un hombre de su fortuna y jerarquía social, pero había mañanas en que sus ojos revelaban la turbulencia de la noche pasada y las primeras señales del nacimiento de una pasión indecente e incontrolable. Y en esas ocasiones, sin tomar desayuno, montaba en Expedicionario, su corcel color del alba, y galopaba durante varias horas tierra adentro cruzando el Chira, de modo que al retornar a la mansión había recuperado la templanza y el dominio de las apetencias desencadenadas por el alado pájaro de fuego. Una semana después de su llegada, Primorosa, por mandato de Benalcázar, fue incorporada a las lecciones particulares que recibía la ñaña Paulina.

Boulanger, que era en verdad el profesor principal, enseñaba francés, matemáticas, historia natural y arte, pero había rehusado dictar clases de historia universal por cuestión de principios: *el fin de la historia*, afirmaba, *es la conquista del poder, y la búsqueda del poder, con su secuela de odio, de violencia, de venganza, de desesperación y de muerte, es causa del milenario sufrimiento de la humanidad*. *Detesto la historia, Odar*, concluía, *porque es la maldición que pesa sobre el hombre*. Benalcázar, considerando importante

el curso de historia, no obstante la opinión de Boulanger, hacía venir desde Piura, una vez por semana en el primer tren, al reputado profesor Ginocchio, hijo de italiano con una dama decente de Paita, latinista y gran conocedor de los clásicos grecolatinos y perteneciente a la plana de profesores del colegio San Miguel, aunque también pequeño terrateniente, para que dictase el curso de historia universal y peruana. Las lecciones del profesor Ginocchio resultaban tan apasionantes que el propio Benalcázar, cuando sosegada y gratificante había sido la noche pasada, se incorporaba como oyente y se extasiaba (embargado de nostalgia y remordimiento, y sintiendo la presencia de su hermano José Agustín, muerto en Tarapacá) escuchando al profesor Ginocchio referirse con solvencia y familiaridad a historiadores que iban desde Tucídides, Jenofonte, Polibio, Julio César, Tito Livio y Tácito, hasta otros más modernos, como Gibbon, Michelet, Taine y Ranke. Como el profesor pasaba la noche en la mansión, Benalcázar gustaba de reunirse con él, Hans Albrecht, Atarama, Boulanger (que permanecía silencioso y distraído) en torno a una garrafa de whisky escocés para discutir sobre la Revolución Francesa o hechos más recientes como la lucha por la unión nacional italiana, la Guerra Civil norteamericana o la Guerra Franco-Prusiana. Solo un tema había vedado Benalcázar, el de la Guerra con Chile, pues, aducía, era inútil echar sal y vinagre sobre la herida abierta, por ahora era necesario prosperar, sacar al país del atraso, antes de soñar con la venganza y la recuperación de los territorios perdidos. En las discusiones primaba el nacionalismo. El profesor Ginocchio, tan ecuánime cuando disertaba sobre la Antigüedad clásica, al hablar de Garibaldi, la unidad italiana y el destino glorioso que le esperaba a Italia en el nuevo siglo que se avecinaba, se tornaba dogmático e iracundo. Albrecht admiraba a Bismarck, hablaba de razas inferiores y se enorgullecía de haber participado en la Guerra Franco-Prusiana. Como para incitar a Boulanger, hablaba de la

decadencia moral de los franceses y se mofaba de Napoleón III. Boulanger callaba y la expresión de su rostro semejaba a la de un músico que desarrollase mentalmente un tema. Albrecht, enrojecido, se sentía afrentado por la indiferencia de Boulanger y apuraba el vaso de whisky. Cierta noche afirmó que solo en un pueblo sensual, que vivía únicamente para el lujo, la molicie y la satisfacción de los sentidos, pudo ocurrir esa aberración de la historia que fue la Comuna de París. Boulanger interrumpió su concierto mental: *¿Aberración ha dicho usted, Albrecht? ¡No pensarán así los historiadores del futuro que escriban la historia de este siglo que se acaba! En cuanto a la cultura alemana, permítame recordarle, Albrecht, que lo mejor que hay en ella es obra de los semitas judíos, raza que usted desprecia*.

Las clases de castellano y literatura corrían a cargo del poeta Atabaliba Atarama y la institutriz enseñaba (aparte de los buenos modales que debían observarse en la mesa) rudimentos de inglés. Finalmente, bajo la guía de Boulanger, la ñaña Paulina y Primorosa, más el poeta Atarama, hacían lecturas de novelas que, empezando por Alejandro Dumas padre, habían seguido con Victor Hugo, Benjamin Constant, Eugéne Sue, Balzac y autores más recientes, como Flaubert, Maupassant y Émile Zola. Primorosa hallaba incitantes estas sesiones de lectura por las aclaraciones y comentarios que hacía Boulanger a propósito de la descripción, por ejemplo, de la catedral gótica de Nuestra Señora de París o de un café-restaurante que él había conocido personalmente o del significado de las descripciones balzacianas. A veces interrumpía la lectura (llevada de manera alternada por la ñaña Paulina y Primorosa, o por Atarama) para comentar algún pasaje que hallaba particularmente interesante. Primero pedía la opinión de Atarama, luego la de las dos jovencitas, antes de exponer su propia interpretación, en la cual añadía consideraciones que ya no pertenecían al autor que estaban leyendo, sino que expresaban sus propios puntos de vista acerca de la sociedad y la

compleja conducta del ser humano. Poco antes de cumplirse un año de lecturas nocturnas, Boulanger, alegre y con todo algo solemne, declaró que creía que las dos jovencitas estaban espiritualmente preparadas para comprender la poesía de un autor considerado maldito, fallecido por causa de la sífilis y de una vida intemperante y desordenada, cuyo libro, *Las flores del mal*, fue tomado como una suerte de biblia por la joven generación de entonces, a la cual él, François Denis Boulanger de Choriè, pertenecía.

—Presten mucha atención, por favor —dijo.

Y enseguida, con voz pausada, bella y modulada, leyó tres veces el poema en francés y después la traducción al español que torpemente, aseguró, él se había permitido hacer.

—¡A esto llama usted poesía? —dijo el poeta Atabaliba Ataruma—. ¡Es la profanación de las sublimes musas! ¡Es la decadencia de la poesía, Boulanger! Y perdóname, Denis, pero estos versos le dan la razón a Albrecht acerca de la decadencia moral de Francia.

—¿Y usted qué piensa, señorita Paulina? —dijo sin inmutarse por las exclamaciones de Atarama, como si ya de antemano hubiera sabido la respuesta que él iba a dar.

—No sé qué decirle, Denis. Me parece cruel y vulgar. Creo que la poesía debe ocuparse de cosas bellas, gloriosas y edificantes.

—¿Y usted, Primera Rosa, también halla repugnante el poema?

Primorosa Villar tenía los ojos humedecidos. El poema le había hecho recordar ciertas visiones pavorosas que en su infancia le había suscitado el cactus amargo.

—La vida no es dichosa —dijo—. Más bien es cruel. Y al final, la belleza y el cuerpo de la amada quedan convertidos en carroña, como dice el poema... Además, además, quiero decir, oh, perdón... —y abandonó la terraza y se dirigió corriendo a su alcoba.

Aquella noche aseguró por dentro la puerta de su recámara, de modo que por primera vez Odar Benalcázar no tuvo acceso al dormitorio de su querida. Con voz que pretendía ser persuasiva, le pidió que abriese, pero, al no recibir respuesta de la joven, comenzó a golpear la puerta, primero en forma relativamente discreta; luego los golpes se tornaron en puñadas, seguidas de amenazas y juramentos. Toda la servidumbre y los empleados y los huéspedes menores se despertaron y entreabrieron sus puertas, lo que ponía fin al hipócrita idilio y dejaba al descubierto el carácter mercenario de aquella relación. Las amenazas y los golpes se tornaban más violentos y Benalcázar juró por la memoria de su finado padre que si Primorosa no abría la puerta, la derribaría a golpes o haría saltar la chapa con su revólver. Entonces Primorosa abrió y, a partir de esa noche, Benalcázar fue presa de una pasión desenfrenada, sádica y aberrante que fue alcanzando dimensiones de locura, tanto más que Primorosa adoptaba una actitud pasiva, estoica y como ajena al placer.

La institutriz inglesa se marchó al día siguiente de ese primer escándalo, y la vida en la mansión se tornó desordenada y escabrosa, y la atmósfera trascendía a corrupción y lujuria. Para recuperar la estabilidad, el amo de Congará se propuso iniciar un largo recorrido por todas sus propiedades, que abarcaban los dos valles de la región piurana, pero fue en vano: no podía soportar más allá de dos días sin ver y poseer a la indómita potranca que había comprado y retornaba a revientacaballos hacia Congará. La colmó de regalos (trajes, perfumes, joyas) y un día, luego de poner sobre su cuerpo desnudo pendientes, espesos collares y muñequeras cuajadas de turquesas y esmeraldas pertenecientes a una antigua cultura india, la hizo mirarse en el espejo antes de decirle que a partir de ese momento esas joyas labradas por expertos orfebres gentiles le pertenecían. Pero lo único que obtuvo Odar Benalcázar, a manera de agradecimiento, fue una leve inclinación de cabeza

por parte de Primorosa. ¿Qué hacer para someter, primero, y luego conquistar el afecto de su concubina? Y la gran ironía era que su poderío económico se hallaba en el punto más alto, próximo a un despegue que podría convertirlo en el terrateniente industrial más rico de todo Piura.

Odar Benalcázar empezó a invitar a gamonales y compinches suyos a beber a su palacio, pero mientras contaba sus aventuras venéreas en París o celebraba algún cachito o los chistes verdes de sus amigotes, no dejaba de pensar ni un instante que se quedaría solo y no resistiría la tentación de acudir a la alcoba de su concubina que en las últimas semanas parecía sumida en una tristeza meditativa de alcances ilimitados. Fue entonces que Benalcázar oyó de la llegada de aquel circo y decidió contratarlo con dinero de sus propias arcas. Y un día, por primera vez, los congañeros vieron desfilar con fanfarria y atuendos vistosos a los artistas y payasos del circo de los gemelos Poggi, que luego de estudiar el terreno decidieron levantar la carpa un poco fuera de los lindes de Congará, en el Alto del Gavilán.

Pero no sería la primera vez que Primorosa Villar gozase del espectáculo de un circo. Siendo muy churres, mi bisabuelo, por precepto del sampedro, había llevado al puerto a Inocencio y a Primorosa para que le sirvieran como amuletos en las peleas de gallos que se celebraban durante la fiesta de Nuestra Señora de la Merced. Contaba mi tío Catalino que uno de los momentos de mayor orgullo que en su vida tuvo mi bisabuelo Cruz (además del memorable desafío gallístico que hiciera al jefe del destacamento de los chilenos durante la ocupación) ocurrió justamente en aquella festividad en que su gallo, un cenizo con cola llameante y apariencia de gallineta, hizo enterrar el pico en una misma tarde a tres campeones invictos de varias ferias locales. De modo que al salir del coliseo, quebrantando un viejo juramento de no pisar jamás ni él ni los de su sangre un jodido y puñetero circo, guarida de vagabundos sin patria y trapecistas de ilusiones y pendejadas, compró dos

entradas para sorpresa y alborozo de sus churres. Pero mi primer abuelo mantuvo para sí su promesa y encargó las criaturas a un paisano suyo mientras él, con el calenturiento animal bajo el brazo, aprovechó para ir a prenderle una vela en acción de gracias por el magno triunfo de esa tarde a la milagrosa virgen cuyo *pecho purísimo*, como había oído desde el púlpito a los curas, fuese mancillado siglos atrás por la espada del cabrón hijo de puta del pirata Anson.

El espectáculo deslumbró a los chicos y les revelaría, con el sencillo y clarividente saber que antecede al imperio de la razón, la existencia de otras formas jubilosas de vida. Su ausencia había durado apenas tres días, pero ahora que retornaban Congará les pareció un paraje desolado y la casa paterna, donde estaba prohibido cantar, el sitio de la tristeza y un lugar donde no se amaba. Entonces, antes de sospechar siquiera esta dimensión del espíritu, fueron alcanzados por el soplo de la fantasía y empezaron a edificar, entre la armonía y las gozosas batallas de la infancia, el paraíso secreto que yo, Martín Villar, convocaba infructuosamente para mí.

Durante meses, a escondidas de su padre y hermanos, y con la callada complicidad de su madre, ensayaron maromas, juegos de ilusión, amaestramientos de animales y payasadas que vieran bajo la carpa maravillosa del Circo Osambela. El corral de los animales se transformó a sus ojos en un recinto inviolable y he oído que Inocencio abrazaba al más martirizado de los burros y llorando le pedía perdón por el bárbaro castigo que cotidianamente, con o sin trapo rojo atado a la cabeza, le propinaba su padre con puntual regocijo. Por las noches, en tanto los hermanos mayores dormían con sueño agitado, ellos, en el petate que compartían y abrazándose para protegerse de los terrores de la noche, imaginaban la ingenua y rústica velada («el espectáculo» lo llamaban ellos, imitando el lenguaje circense) que estaban preparando en secreto para exhibirlo ante la madre y los otros

hermanos cualquier tarde que por una u otra razón se ausentasen el padre temible y Santos, el hermano enigmático cuya mirada era mejor no resistir. Pero, sobre todo, escuchando el bramido del viento y el sigiloso hervor de los médanos («deleznables y eternos», como escribiera mi padre), soñaban con el día en que se unirían a la caravana artística con la cual recorrerían el ilimitado mundo que también, sin que ellos lo entendieran, les había revelado en prodigiosas imágenes el cactus dorado mientras yacían amarrados al vichayo.

Todos estos recuerdos acudían a la memoria de la Villar ahora que, parada tras la celosía de su ventana, alcanzó a ver que por la prolongación de la rúa central venía en dirección al palacio la caravana de artistas a rendir honores, pensó, al poderoso hacendado que los contrató. Entre tanto, las acémilas y el peonaje (también contribución del hombre poderoso) cargaban con los cachivaches y la utilería con que habría de erigirse y dar vida al ilusorio mundo del circo. Era la hora de la siesta, pero desentumecidos por la algarabía del tatachín de la orquesta-banda, hombres y mujeres, viejos y churres —el pueblo entero, menos los Villar, salvo Catalino— se habían agolpado a ambas aceras y saludaban a la cuadrilla que presidían dos lamentables payasos que trajinaban con dificultad sobre dos altos zancos, seguidos por un enano que volatineaba y por trechos caminaba apoyándose en las manos. Pero lo que más llamaba la atención era un hombretón con atuendo de tártaro y rostro altanero que comía y arrojaba fuego. Por lo que sé, también la hija inválida sucumbió a la novelería, de modo que junto con la servidumbre saludó alborozada cuando artistas y músicos llegaron cerca del pórtico de occidente del palacio, donde los gemelos Poggi improvisaron un número de gimnasia ornamental y rítmica guiados por golpes de redobles y platillos. La gente aplaudía a rabiar, y luego hubo exclamaciones de admiración y miedo cuando el hombretón dejó de tragar fuego y en cambio arrojó sobre el tronco de un cocotero certeros y afilados puñales que

formaron un círculo y, en el centro del círculo así delimitado, arrojó una bella daga que dio justo en el centro. Al parecer, solo la joven Villar, que convalecía de una crisis que había puesto en peligro su vida, no reveló ningún signo de alegría. Permaneció allí, mustia y pálida (solo el último puñal arrojado por el hombrón le produjo un leve estremecimiento), pero me resisto a creer que sus ojos estuviesen ensombrecidos, como pretendían las mujeres del pueblo, por la culpa o el remordimiento.

Será necesario, por ello, que Martín Villar invoque a los venerados e inexistentes dioses de su infancia para que le confieran la inocencia y la memoria. Que prometa jamás volver a renegar del amargo, desgarrado y ofendido linaje paterno. Que pida perdón a los huesos purísimos de Primorosa Villar que reposan al lado de la tumba de su hermano Inocencio. Que execre (con piedad) la memoria de su desventurado padre cuyas anotaciones, que le legara, omiten con vacuo pudor esta parte de la historia, declarada de odiosa memoria por el implacable abuelo Santos. Y aun no deberá dudar en beber el amargo jugo del cactus e interrogar a su espíritu si fue verdad que la Villar (como entonces empezó a llamársele) cometió el horrendo crimen que se le atribuía.

Porque de esto se seguía murmurando mientras el peonaje iba apuntalando sobre la arena del Alto del Gavilán el palo mayor y los pilotes que sostendrían la andrajosa carpa del circo. Y las murmuraciones habrían de trocarse en clamorosas inculpaciones lanzadas a los cuatro vientos cuando tres semanas después (y, según los cálculos hechos posteriormente, el mismo día que Benalcázar obtuviera un considerable triunfo en Anchalay frente a la montonera contraria, integrada en parte por hombres pertenecientes a las propiedades de su esposa, la aborrecible Grimanesa León) huyera la Villar con la partida de artistas desarrapados, no sin antes haber dejado en la alcoba, en la cama, en los enseres, en el aire mismo, incontrovertibles y vindicativas

huellas de la ritual entrega que hizo de su cuerpo encanallado y espléndido al pobre diablo de artista una de cuyas habilidades consistía en arrojar afilados puñales en torno al cuerpo rígido de una mujer insignificante vestida con colorines y pintarrajeada en exceso para ocultar y hacer más grotesca su prematura vejez.

Cinco meses atrás, la suspensión del flujo menstrual había perturbado el espíritu de Primorosa, tanto que la ñaña Paulina tuvo que llamarle la atención varias veces (a ella que leía con tanta fluidez y pulcritud) por las frecuentes distracciones que cometía durante la lectura que, bajo el magisterio de Boulanger y con la presencia del poeta Atabaliba Atarama, hacían por las noches, a la luz de un quinqué, de la novela *El lirio en el valle*. Pero ella, me refiero a mi pobre tía, siempre hallaba la disculpa pertinente pues, según se revelaría más adelante, la hija del viejo Villar había logrado ocultar primero y negar después el hecho de haber sido hasta recontrapreñada por el tremendo padrote que era el patrón de Congará.

Y, en efecto, por lo que he averiguado, la muchacha mantuvo un obstinado silencio sobre su estado de gestación. Y antes que a nadie se lo ocultó al blanco desbordante, semidesquiciado de lascivia, quien, entre respiro y respiro de las primeras escaramuzas de la guerra civil a punto de desencadenarse, seguía poseyéndola con perturbadora salacidad, si bien sus emisiones seminales causaban cada vez mayor repulsión a la Villar. Solo la más cazurra entre las mujeres de servicio, observándola como se observa a las yeguas o a las chivas, malició todo el asunto y aun pretendió enseñarle una oración de San Ramón, el santito mentiroso patrono de las mujeres preñadas. Con tono cómplice y lenguaje descarnadamente procaz le dijo que, por lo enchuchado que tenía al verraco y por lo medio huera que era su leche para engendrar machos, podía jurarle por la Santísima Trinidad que si lo que paría era un potro, el padrillo blanco lo reconocería a ojos cerrados como hijo

suyo y así, el día en que un mal viento o la tanta culiandera lo hicieran estirar la pata, el hijo de ella y nieto de don Cruz Villar quedaría como el único patrón de sus inmensas propiedades, pues la niña no contaba: la pobre era tullida, una lisiada condenada a mirar la vida desde una ventana.

Pero a Primorosa Villar, que siendo aún niña «fuera tocada por el fuego del espíritu», según la candorosa metáfora de mi infortunado padre, le había sido permitido el acceso a la sagrada región desde donde perpetuamente se discurre (y no solo con el pensamiento y la razón) sobre la naturaleza de las cosas o sobre hechos tan simples como el de vivir o el de respirar. Con ojos nuevos, entonces, evocó a las mujeres que, envilecidas por el concubinato, la injuriaron mostrándole los bastardos de Odar Benalcázar León y Seminario, amo de la comarca, parásito entregado en París a una vida licenciosa mientras la patria sangraba, pero, con todo, macho y semental de enormes cojones, emblema de una tradición secular a quien el resto del señorío imitaba con fidelidad desenfrenada. Sé que desde la terraza de oriente, mientras con los prismáticos de Benalcázar intentaba abarcar el encantado bosque de la infancia, Primorosa volvió a recordar a la señorita Domitila Diéguez (en realidad nunca había dejado de tener presente a quien fuera su maestra en letras y modales y de un severo código de moral política frente a la colectividad y a la cosa pública, cuando en las horas vacías recorría el amplio salón, el corredor de las estatuas, las terrazas de oriente y occidente, el huerto, los establos, la avenida de los cocoteros), mujer austera de indoblegable y acaso rudimentario patriotismo que había estremecido su corazón con luctuosas historias de la época de la invasión chilena. Dejó los prismáticos. Tenía los ojos humedecidos, pues sabía que ahora Inocencio se internaba en el enorme algarrobal donde permanecía días enteros. La dogmática voz de la señorita Diéguez resonaba en sus oídos, en su corazón, con mayor imperio que otros días. *Cuántas mujeres honestas*, exclamaba la

rigurosa maestra, *tuvieron que casarse con trajes de novia enteramente negros como símbolo del duelo que vivía la patria. Cuántas mujeres del pueblo fueron simplemente violadas al amparo de las bayonetas. Cuántas mujeres, indias sobre todo, desafiando la ira de Dios, se provocaron abortos y aun ahogaron o quemaron a sus hijos nacidos del estupro. Pero también*, solía puntualizar, *hubo quienes, aduciendo peregrinas razones de amor, se entregaron libremente nada más que para usufructuar el goce y los degradados placeres del momento*. Y, ya ganada por la pasión, añadía que el extremo de la abyección estuvo a cargo de ciertos blancos poderosos de la región piurana (y la maestra mencionó algunos de los nombres) que abrieron las alcobas de sus hijas y esposas para librar sus propiedades del enojo y la represalia del chileno.

Las suyas, admirable y patética mujer, eran historias truculentas y tediosas, en las que competían el heroísmo y la dignidad con la vileza, la traición y la pura cobardía, y todo ello narrado, según el sentir de esos años, con tono perentorio y apologético, pero que, imagino, la niña (o cualquier niño) hubiera preferido no escuchar, o que aquello nunca hubiese sucedido. Fueron muchas las historias que le contó la maestra, incluyendo aquella en que fuera ultrajado mi bisabuelo, pero ahora (ahora que recordaba la Villar), todas ellas parecían resumirse en una imagen que a Primorosa se le presentaba con una diafanidad perturbadora. Era la visión de un coro de mujeres que, levantando en alto a sus bastardos, lanzaban al viento marino sus maldiciones y lamentos, mientras que los barcos enemigos se alejaban triunfalmente de la costa después de firmarse el Tratado de Ancón.

Éramos, pues, un pueblo de bastardos, frutos de la violencia, la derrota y el engaño, como cierta tarde sostuviera con adolescente vehemencia Martín Villar tras leer las anotaciones y recordar los últimos años de vida de la tía demente, ante su profesor de historia, un hombre doblemente escarnecido en

Piura por su dipsomanía y por su vago y confuso socialismo. El profesor, con los ojos enrojecidos y recargado aliento a licor barato, tomando las palabras de aquel alumno demasiado sombrío para su edad y en quien por primera vez reparaba, había dado, si bien con lamentable elocuencia, acaso su mejor lección de historia que el salón entero había escuchado con temor y respeto. Recuerdo que, mientras duró la exposición, el pobre hombre pareció resarcirse del hundimiento de sus ideales y de las claudicaciones cotidianas que constituían el sustrato de una vida sin derrotero ni esperanza. *Sí*, había finalizado, *la historia del Perú, tal como está escrita, no es más que la degradada crónica de los infinitos lances de honor y bastardía protagonizados por la cabalgata de fantasmas magníficos y despreciables que siguen oprimiendo nuestra conciencia*.

Y un año después, ya matriculado por imposición familiar en la Pontificia Universidad Católica del Perú, Martín Villar, en el curso sobre historia de la conquista y la colonia, pudo comprobar que, tal como hubiese afirmado aquel desesperanzado profesor de historia del colegio, la historia peruana continuaba siendo el relato de las hazañas, los lances de honor, de fantasmas crueles, soberbios y excelsos quienes (advertí) contaban con no pocos descendientes, por sucesión directa o colateral, aquí en esta misma aula. Martín Villar recordó con afecto al maestro Morán, el sastre familiar que al saber que viajaría a Lima a estudiar nada menos que a la Universidad Católica, luego de estudiar los figurines que databan de diez o quince años atrás, le tomó las medidas, le hizo varias y estrictas pruebas y le aseguró que le haría un terno que no tendría nada que envidiar al del mejor sastre inglés. Ahora el jovencito Villar se sintió ruborizar al comparar su terno de casimir ordinario y de inconfundible confección aldeana con los elegantes y sobrios trajes de auténtico paño inglés cortados y acabados por auténticas y afamadas sastrerías londinenses, llevados por apuestos y atléticos jóvenes rubios, en

todo caso blancos o levemente trigueños con una sutil pátina de bronce encendido, distintivo de buena casta y señorío, con apellidos como Ponce de León, Fernández de Córdoba y Ribera Verdugo, Ladrón de Guevara, Ribera y Dávila Cabeza de Vaca, Osma y Almenara y Dávalos Lisson o Pardo y Unanue, Prado y Bravo de Laguna, De la Peña Prado, Ortiz de Zevallos y Piérola, Químper y Vigil, De Gamarra y Candamo, Alvarado Berckemeyer, Leguía García Calderón o Duthurburu Paz Soldán Moreyra, que era como se apellidaba el profesor de historia, discípulo predilecto del doctor Ventura Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila, decano este de la Facultad de Letras, principal benefactor de la Universidad Católica y decidido continuador del espíritu y la obra de don José de la Riva-Agüero. Y la mayoría de los jóvenes (y los retratos al óleo y daguerrotipos y fotografías de sus antepasados ilustraban los textos de historia) hablaba con acento extranjero, pues había estudiado en exclusivos colegios ingleses y suizos. Y bellas eran también las muchachas que llevaban apellidos similares, amigas de la infancia, hermanas, primas o con algún parentesco, presentadas en sociedad en el Club Nacional en el baile de las debutantes, que veraneaban en Ancón o en playas de Europa meridional y latina.

En sus clases, el joven profesor Eric Duthurburu Paz Soldán Moreyra, un hombre de gestos extravagantes, eufórico ejecutante de timbales y platillos, y arrogante admirador de la esvástica, no ocultaba su debilidad por Carlos V, cuyo saqueo de Roma relataba con profusión de detalles y con tono homérico, como si en sus oídos retumbaran miles de timbales y el rugir de clarines y cornos. Como su maestro, el austero doctor Candamo de la Romaña (vestido siempre de negro a semejanza del piadoso y cruel Felipe II), compartía la opinión de don José de la Riva-Agüero según la cual la decadencia de España y del gran virreinato del Perú provenía del cambio de dinastía de la casa de Austria por la dinastía borbónica. También de acuerdo

con la enseñanza de Riva-Agüero, el doctor Duthurburu abundaba en intrincadas genealogías para demostrar la pureza de sangre de los conquistadores, castellanos viejos de la época de la Reconquista y cuyos descendientes, antes de pasar a la Conquista de las Indias, habían servido en Italia bajo las órdenes del gran capitán Fernández de Córdoba, y en Flandes habían pertenecido a la caballería del excelentísimo duque de Alba, de modo que los conquistadores (los que poseían caballos, criados, esclavos y jaurías de perros) eran castellanos viejos, sin gota de sangre hebrea o morisca, a cuyas estampas imponentes, en especial la del artillero Pedro de Candia, habían sucumbido las capullanas de Amotape, en las que procrearon los primeros bastardos y mestizos del Perú.

Martín Villar, que nunca intervenía en las clases y, según hábito que se remontaba a su infancia, procuraba pasar desapercibido, mientras escuchaba al profesor se sentía ultrajado, no de manera abstracta sino visceralmente, en su carne y su sangre, y por unos instantes se imaginó a la india Sacramento Chira encendida en su carne púber por el impresionante porte de Miguel Villar, con el traje hecho jirones pero de ojos azules y crecida y dorada barba. *Mi deber para con los míos*, se dijo, *es salirme de clase*, pero por entonces aún padecía de inasibles coerciones espirituales como para abandonar el aula en señal de protesta.

Desde otra perspectiva, sin embargo, descubrió que este tipo de historia era sentido no sin agonía por los alumnos de procedencia aristocrática, para quienes, por ejemplo, la rivalidad entre Pizarro y Almagro continuaba siendo un hecho decisivo para la comprensión del Perú. Martín Villar sonrió y con atención irónica siguió el exaltado debate, que no era solo una cuestión académica, sino asunto de vida o muerte entre los alumnos de más alta jerarquía social. *De modo, pues*, se dijo el muchacho Villar, *que todavía existen aquí, en esta aula, pizarristas y almagristas*. Después de una

documentada pero a la vez apasionada defensa de Almagro por parte de Ponce de León, replicó Ribera y Dávila Cabeza de Vaca, quien luego de rebatir los argumentos de su condiscípulo se entregó a infamar moralmente a Almagro, el Tuerto, a quien atribuyó toda suerte de instintos, excesos y aberraciones sexuales. Las alumnas exclamaron horrorizadas, en tanto Martín Villar pensó en la deshonra de Primorosa Villar y el castigo que padeciera su bisabuelo.

Con sensación de vértigo y temblándole las piernas, levantó las manos para intervenir. El impetuoso profesor Duthurburu no advirtió el pedido de la palabra de aquel ínfimo alumno que no pertenecía a su mismo mundo. Entonces Martín Villar intentó ponerse de pie (Cabeza de Vaca continuaba perorando en torno a la catadura moral de Almagro) y le dijo al profesor que hacía más de diez minutos que estaba solicitando intervenir. Pero los timbales percutían con furia, estallaban los platillos, bronces y cobres: ahí estaba el viejo Marqués de Cañete batiéndose con los conjurados, se sentía la sequedad de la boca del viejo conquistador, que acezaba y chasqueaba la lengua, el bombeo del corazón, las pobres barbas y por fin la estocada, la cruz trazada con su propia sangre, cuando creyó hallarse en la pocilga de la infancia y sintió la vieja añoranza por las tetas de la amorosa cerda que lo amamantó.

Había lágrimas de furia en los ojos del doctor Eric Duthurburu Paz Soldán Moreyra. ¿Quién era aquel imposible mestizo que ahora levantaba la voz exigiendo se le concediera la palabra? ¿Cómo se atrevía el muy guanaco a interrumpir la magia de aquella trágica evocación? El redoble de los timbales se fue extinguiendo, solo el prolongado lamento del clarín, la sangre lustral de Pizarro anegaba el pupitre, en el entarimado yacían los cadáveres de Pizarro, de su hermano uterino Martín de Alcántara, de los dos pajes. Ordenó a Lister, el conserje, que retirase los cadáveres, insistía el atroz cholito en pedir la palabra, con qué placer le soltaría la jauría de cerberos que gustaban

tanto de la carne de bellacos, la carne india de los antepasados del insolente espurio, *ah, pero algún día brillará la esvástica sobre el orbe entero*.

Se había hecho el silencio y todas las miradas convergieron en Martín Villar: un becario seguramente, un «amorfo», como denominaban los retoños de la vieja aristocracia y los advenedizos y nuevos ricos a los alumnos de piel modesta, la mayoría exseminaristas pero ligados a la iglesia que subvencionaba sus estudios, e hicieron un gran esfuerzo para no soltar la carcajada por aquel terno de confección silvestre e inevitable color azul fúnebre y por la corbata ordinaria que desarmonizaba de manera intolerable con el color del traje. Sintió un vacío en la mente, la desgarradora sospecha de la vacuidad de su ser: tartamudeó (veía a su padre y a Primorosa Villar atravesando el infinito camino de la deshonra) en tanto el doctor Duthurburu, sosteniendo con una mano a la manada de canes y con la otra blandiendo una oriflama con la esvástica, lo conminaba a que hablara *más alto, más alto, que no se escucha ni entiende nada, aprenda de los timbales y los platillos y de mis perros alimentados con carne de bellacos*.

Hice un esfuerzo por calmarme, mi yo se había difuminado, sentía mi voz ajena, entonces me dije que mi voz no me pertenecía, yo era un conglomerado de voces y por primera vez me consideré parte de una comunidad. Me esforcé por hablar alto: había que atacar, nunca ofrecer la otra mejilla como sentenciaba mi tío Miceno Flórez.

—Solo dos cosas, doctor.

—¡No se escucha, profesor! ¡Que hable más alto!

El juvenil doctor Duthurburu empuñó los dos platillos y los hizo estallar con fiera exultación.

—La primera es que me parece ridículo e insustancial...

Nuevo golpe de platillos. Los perros de la guerra mostraron los colmillos.

—Sí, insustancial ocuparse tanto tiempo en supuestas purezas de sangre.

—¿Purezas de qué?

—¡Oye, habla más alto!

—Concedo que esto tendría sentido si lo que se discutiera aquí fuera, digamos, un asunto relativo a las carreras de caballos.

—¿Sabes tú, Ponce de León, cómo se apellida?

—¡Sin duda un apellido totémico!

—Por lo demás, usted, doctor, lo sabe mejor que yo, los más crueles inquisidores de la Iglesia Católica eran apóstatas hebreos...

Algunas alumnas vencieron su recato, unas protestando por la impiedad, otras riendo de la enfermiza y crepuscular apariencia del alumno.

—Es decir, cristianos nuevos, y hay estudios serios que sostienen que en místicos como San Juan de la Cruz y Teresa de Jesús corría la antigua sangre judía...

El doctor Duthurburu le arrojó uno de los platillos, luego el otro.

—Es lo que dice mi padre: hay demasiada democracia.

—¿Dónde estoy? ¿Debo continuar?...

—La segunda cuestión...

—¿Segunda? ¿Y cuál ha sido la primera, eh, tú, mentecato?

—La segunda cuestión, profesor, es que, en efecto, somos un país de bastardos...

—Habla por ti, mequetrefe, y te daré la razón.

¡Los timbales! ¡Los perros!

—Como bastardos fueron un buen número de conquistadores, y tanta fue esta condición que el primer gobernador del Perú, Almagro, el Mozo...

—¿Así que eras almagrista? ¿Lo oye, doctor Duthurburu?

El doctor Eric Duthurburu Paz Soldán Moreyra dio un puñetazo en los timbales y sacó el registro y ordenó al ancestral alumno que le dijera su apellido.

—Fue un bastardo engendrado por el Tuerto Almagro en una salvaje india panameña, con lo cual quiero decir, doctor...

—Con lo cual te jodiste, ¡descendiente de indios!

—Quiero decir, profesor, que más decisivo para comprender el Perú...

—¿Lo oyes, Cabeza de Vaca?

—Lo oigo, me divierte, es folclórico.

—No es examinar fraguadas genealogías ni concederles tanta importancia a ese par de analfabetos que fueron Pizarro y Almagro...

—No le hagas caso al cholito, Milagros. ¿Salimos esta noche?

—Sino estudiar el destino que siguieron la casta bastarda y mestiza, porque no todas las indias...

—¿No te dije? Ahora va a hablar de sus antepasados.

—Porque no todas las indias sucumbieron al hechizo de Pedro de Candia, que por lo demás era griego, pues numerosas fueron las indias...

—¡Te repito: son los que consideran la gran efeméride el Día de la Raza!

—Que preferían embadurnarse rostro y cuerpo con excrementos...

—Ay, fo, qué indias para cochinas.

—Con porquería, doctor, con mierda.

—¡Basta, carajo! ¡No se admiten malas palabras en clase!

—Con mierda, además, además...

Pero ya no pude terminar, creo que perdí el conocimiento, o acaso lo perdí antes de empezar a hablar o, más bien, no alcancé a articular palabras y no hice más que emitir una torrentada de chillidos ininteligibles, absurdos y desgarrados, como aquel infeliz que cierta mañana amaneció convertido en un horripilante insecto.

¿Pero qué importaba no haberse podido expresar?, se seguiría machacando tantas noches más en su cuartucho de Matavilela. ¿Temor de haber hecho un papelón? ¡Pero si había tenido el valor de ponerse de pie y de vencer el temblor de piernas y manos y de erguirse sobre las más ominosas ataduras! En cualquier forma, sin embargo, ahora él existía como individuo, como persona; para los jovencitos y jovencitas de antigua prosapia había dejado de ser un «amorfo», y el odio y fingido desprecio con que lo miraban probaba que habían detectado en él a un auténtico enemigo de clase, un pobre diablo, verdad, pero rebelde e irreverente en relación con los fundamentos mismos del orden. *Y todo esto*, pensaría dos años después cuando ensayaba el desagravio mediante una monografía sobre los Benalcázar León y Seminario, *se debía en buena parte a aquel profesor marginado y alcohólico sin redención* (había sabido que acababa de ser expulsado del colegio por considerar que su conducta era incompatible con el estatus de un profesor), quien luego de su apasionada, aunque ingenua requisitoria a partir de la afirmación del muchacho Villar sobre la bastardía, aquella fractura primigenia de la desgarrada conciencia peruana, al salir de clase invitó al alumno debilucho y sin alegría en el rostro a que lo acompañara a su cuarto, pues, le dijo, deseaba obsequiarle algunos libros que lo ayudarían a comprender los problemas que parecían agobiarlo.

El profesor vivía en el extremo norte de la calle Cusco, en pleno territorio mangache. Con pulso errático, el profesor abrió la puerta de un cuarto ubicado en el interior de un callejón. Y Martín Villar penetró no en un cuarto, sino en una sórdida, desordenada y mugrienta cueva olorosa a licor, vómitos y borracheras solitarias, pero dignificada por una sorprendente cantidad de libros (los había por todas partes: en dos estanterías, apilados en el suelo sobre periódicos, en la mesa de trabajo, en la banqueta que le servía como mesa de noche, en el camastro con sábanas y cobijas revueltas). El profesor

dio una mirada al conjunto de libros y luego le regaló dos de González Prada, tres ejemplares de la revista *Amauta*, un volumen con una selección de cronistas indios y mestizos, y, después de pensarlo un poco, le alcanzó *Noticias secretas de América*, una joya bibliográfica, todo esto mientras se servía medio vaso de pisco de la más baja calidad. El pisco le dio lucidez y locuacidad y comenzó a hablarle de su versión particular de la historia peruana, de su credo socialista en contienda insalvable con un sentimiento pesimista acerca de la naturaleza humana que por temporadas lo precipitaba al abismo nihilista, y, zampándose otro medio vaso, le habló de la claudicación de sus ideales. *¿Sabes cuál era mi gran sueño juvenil? Ser no un historiador, sino un gran historiador que haría un replanteamiento general de nuestra historia a partir de unas tesis de Mariátegui. ¿Por qué abdicamos de los ardientes ideales de la juventud? No me ampararé en la hostilidad del Estado y de la sociedad peruana contra el saber y la ciencia, ni menos caeré en la vulgaridad de echarle la culpa a mi mujer. Hizo bien en marcharse con mis dos hijos y dejarme solo entre mis libros y mis botellas y el esplendor de la mugre*. Pero a medida que bebía vaso tras vaso fue cayendo en confusiones y delirios acerca de las razones que lo empujaron a beber; al fin se quedó dormido con los brazos y la cabeza sobre la mesa-escritorio-comedor. Yo, aquella vez, lo llevé hasta su catre, y lo mismo hice diez o doce veces más (y, claro, no siempre podía rehusarme a acompañarlo con los brindis) en que no solo me suministró información sino que me enseñó a sentir la historia como un destino aciago que era preciso redimir.

Y fue a partir de las enseñanzas de aquel profesor dipsómano, una ruina humana que sin embargo batallaba por defender los últimos restos de alma o espíritu que lo protegían de la fascinación que el abismo ejerce sobre los seres derrotados, fue, repito, con estas enseñanzas y porque tampoco había olvidado las afrentas, los baldones recibidos por los míos, que mientras

pugnaba por exponer mis puntos de vista ante la mirada sarcástica de mis linajudos condiscípulos y la impaciencia, desdén y furia del doctor Duthurburu, que tuve la certeza (la vez que visité Congará fue un deseo, una intuición, una conjetura) que Primorosa Villar, hija de Cruz Villar y nieta de Miguel Villar, el primer violador, hallándose en el trance en que se hallaba, no reflexionaría en este o aquel bastardo, sino, aunque oscura e inextricablemente, en el hecho de la bastardía como fundamento y sustancia de nuestra sangre. Entonces, se me da por pensar, tomaría la decisión de visitar a la misma curandera que ungiera sus senos, su sexo, toda su piel, con las yerbas del amor lujurioso que ya por siempre habría de agitar su sangre.

De modo que debe tenerse por cierto el rumor popular de acuerdo con el cual la Villar acudió a la curandera y consumió las más nauseabundas pócimas de «su farmacopea pestilencial» (así la llamaba mi padre) hasta dar con el vomitivo que, con riesgo de su vida, le arrancó de cuajo aquello que crecía como una sabandija adherida a su matriz. A los cuatro meses el feto era una cosa sanguinolenta, peluda y excrementicia que la curandera pretendía un machito ya formado, blanco y con los ojos azules y dominantes del poderoso hacendado.

Esto se dijo y yo, en lo fundamental, lo creo. Pero luego viene la parte controversial de la historia, la que, verdadera o falsa, horrorizó al pueblo y a la que la generación siguiente (a la que perteneciera mi padre) juzgó como la avanzada de la fatalidad que, al cabo de pocos años, terminó por devastar la región y convirtió a Congará, hoy semisepultada por la arena, en el lugar ruinoso que yo encontrara muchos años después, habitado por seres espectrales que parecían haber olvidado la alegría y cuyos ojos encenagados y apáticos, a juicio de Martín Villar, solo cobraban alguna vida cuando el rencor y el odio irredento excitaban su memoria.

Se había dicho, para empezar, que la Villar se opuso de manera drástica e inapelable a que la curandera rociara siquiera con agua bendita al engendro y lo sepultara en la clandestinidad de la noche en el cementerio del pueblo. De ahí, sobre todo por obra de las antiguas concubinas, las habladurías avanzaron irrefrenables y tortuosas, pretendiendo basarse en el testimonio de la vieja curandera, quien (así también juraban haberla oído) abominaba de la parte de sangre de los Villar que corría por sus venas. Según ese clamor, la desnaturalizada madre, sin ninguna vacilación ni estremecimiento ni gesto patético, como si no hiciera más que llevar a efecto una decisión tomada con antelación, le habría prendido fuego y, con la mirada inescrutable y fría de los Villar, habría permanecido de pie contemplando la llamarada perniciosa hasta que aquello quedara reducido a un puñado de cenizas pestilentes.

Los Benalcázar León y Seminario

¡Las doce de la noche!

¡Las doce campanadas opacas, frías, categóricas, desplomándose, expandiéndose sobre Lima amortajada por la garúa de un invierno innoble! ¡Las doce sobre el vetusto y erosionado caserón de la calle Matavilela! ¡Las cero horas, fin y principio de un nuevo día de 1958! ¡Las doce de la noche sobre mi corazón y mis dedos que aplastan las teclas de mi vieja máquina Royal modelo 1917! ¡Las doce de la noche sobre este húmedo cuartucho con las perversas imágenes que viera la tía Dioselina ocho años atrás antes de colgarse de aquella viga! ¡Las doce de la noche de un día más sobre los huesos, las calaveras y el polvo de los Benalcázar León y Seminario depositados en cementerios de la región piurana y la montaña santanderina de España y en el mar Cantábrico y otros mares del mundo donde naufragaron representantes de ese linaje apócrifo!

Martín Villar simuló bostezar porque las doce de la noche era una hora decente para bostezar y con el fin, además, de conjurar el insomnio que lo atormentaba desde la pubertad.

Quince minutos antes había puesto punto final a la monografía *Los Benalcázar León y Seminario* que tenía que entregar al día siguiente para el curso de Preseminario de Historia del Perú cuyo titular era el doctor Ventura Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila. Escuchó, en el hondo silencio, las

doce campanadas de la catedral y se dijo que era una hora decorosa para meterse a seguir tiritando en su catre paticojo, pero un minuto después, o sea al día siguiente, que era ya el día de hoy, se le ocurrió que algo faltaba a su trabajo. De momento la memoria permaneció bloqueada, lo que sería un pretexto para la prolongación del insomnio.

No pensar. Métete a la cama, divaga, ora, pajéate.

Esta era una contienda con la memoria que el jovencito Villar había aprendido para convocarla: no darle importancia, enrumbarla por otros derroteros, entregarse a altas digresiones y a figuraciones inmundas.

¡Humíllala! ¡Sácale ronchas!

Pero esta vez la memoria se adelantó al juego nueve minutos después, cuando salió al baño común y echaba la última meada de la noche (recordaba lo que contaban los alumnos pitucos de la Católica acerca de los hábitos urinarios del cucufato doctor Candamo de la Romaña: que para no caer en táctiles tentaciones se sacaba el parvo mirlo de Catulo con un pañuelo albo asperjado de agua bendita y renovado cada día, y otros que no, que no era así, que el doctor Candamo se valía de un delgado cordón franciscano atado al apéndice saliente y de este modo, manipulando este trencillo purificado, sus castas manos permanecían impolutas, alejadas de aquel diabólico y pestilencial cilindro carnal). Su orina (la de Martín Villar, no la del doctor Candamo) fluía rauda y victoriosa al compás de estas candorosas cavilaciones, con el alivio y la fruición consabidos, pero, de pronto, los conductos mingitoriales padecieron un repentino bloqueo, mientras su memoria liberaba la esclusa tapiada.

¡Faltaba el epígrafe!

Cometió la imprudencia de pretender elaborar, de cranear, el epígrafe allí mismo, entre densas emanaciones y regüeldos, y solo logró una dolorosa retención de orina como un precoz enfermo de la próstata. *¿Qué relación*

existe, se preguntó, *entre los procesos mentales y los procesos fisiobioquímicos?*

No hagas preguntas idiotas.

Poner la mente en blanco.

El vacío y la nada. No: esto ya es un pensamiento, un plagio sartreano. Relajó sus músculos y botó a patadas a los más elementales de los pensamientos, los prepensamientos. Pero había que deshacerse de los viscosos prefijos y quedarse con una ilimitada extensión incolora. Le temblaron las piernas de terror.

¡Pero el milagro se produjo!

Como de un caño limeño cayó una gotita, luego otra gotita, dos, tres, más gotitas, hasta que fluyó, con impromptu heracliteano, el líquido amarillo y tibio, cargado de urea y de consuelo.

Martín Villar se sentó de nuevo frente a su Royal, pensó, bostezó (esta vez de verdad) y, poco antes de que el reloj señalase la primera media hora del día de hoy, escribió el inconveniente epígrafe compuesto por la retahíla de las exclamaciones siguientes:

«¡Oh, memoria! ¡Oh, historia! ¡Oh, noble e inmaculado útero jamás mancillado por falos sin prepucio e inexpugnable a la morisma! ¡Oh, milenaria matriz germinadora de nobles e intrépidos guerreros o de bastardos de vieja, robusta y limpia sangre!

»Sin ti, ¿habría sido posible la gesta de la Reconquista del territorio de la sagrada España? ¿La lucha contra la sublime puerta? ¿Las gloriosas campañas de Italia y Flandes? ¿La defensa de Trento y la propagación de las esplendentes tinieblas de la Contrarreforma?

»Y en otra dimensión:

»¿Y el descubrimiento del Nuevo Mundo? ¿La conquista y destrucción del antiguo Perú? ¿La fundación de la primera ciudad española en el riquísimo

reino del Perú, es decir, San Miguel de Piura, la primigenia, en Tangarará?

»Y, en consecuencia:

»¿La destrucción del señorío tallán? ¿Y la venida a la región piurana de los Benalcázar (sin parentesco probado con Sebastián Benalcázar, también uno de los fundadores de la susodicha ciudad), cuyo verdadero linaje, desde su establecimiento en Piura, pertenecía a la rama bastarda de los Ontaneda y Gándara y Osma y Agüero de Mendoza? ¿Así como el mayorazgo de la casa Ontaneda y Gándara fuese un bastardo del excaballero Benalcázar?

»¡Ah, vulva omnipotente y venerable! ¡Ah, Madre Patria!

»¡Ah, sangre inmemorial! ¡Ah, pasiones! ¡Ah, secretos!».

Tiritaba Martín Villar metido en el tálamo cojitranco entre cobijas miserables y olorosas a berrinche, las medias tejidas amorosamente por mamá lucían dos blasones: los clásicos agujeros, uno en el talón y el otro en el dedo gordo, por donde dos pulgas aleves y vampirescas le chupaban su mestiza, chola, plebeya y villaresca sangre. El mejor abrigo se lo ofrecían una ruda camiseta de mangas largas y un pijama de franela comprados en el Mercado Central.

Me cago de frío, luego soy, dijo, castañeteándole los dientes.

Y para exorcizarlo pensaba en rescoldos urentes, en piras, en hachones, en braseros y samovares de plata como los descritos en las novelas rusas, en aromáticos leños de encino chisporroteando en una bruñida estufa de bronce y, por ejemplo, se imaginaba a Jennifer Jones contemplando las llamaradas pasionales como aparecía en las películas en technicolor de la Metro o la Columbia o la Warner.

Pero *brrrrrrr*.

El frío seguía calándole los huesos y el alma, y solo alcanzaba a ver, a través de la macilenta luz que proyectaba el foco del pasadizo, el derrengado sillón Luis XVI en un ángulo insuperablemente becqueriano, el ropero de

caoba con la huella del azogado espejo que cubrió una de las portezuelas en alguna centuria pasada, una hornilla eléctrica con su obvio cordón edípico, sobre ella la tetera, tan estoica, tan de aluminio, a continuación (con nostalgia) distinguía la ausencia de una improbable vajilla, luego había varias rumas de libros (¡sus libros!) asentadas en el piso de ladrillos alfombrado con *Comercios*, ninguna iconografía salvo la de la imaginación y la soledad, la mesa-escritorio-comedor, encima el papelerío, un vaso de basto vidrio con dos dedos de agua, un pan francés a medias dentellado, el milagro de una mandarina revestida por completo con su piel color mandarina y, en el centro del proteico cachivache, su rocinante, la Royal, esquelética y ferrosa y traqueteante.

No vio (no quiso ver) las vigas apolilladas del cielorraso, en cambio se había sometido por decenas de veces al *test* de Rorschach descifrando (interpretando) las figuras movedizas, nunca estáticas (¡una indetenible metamorfosis!), de las macizas paredes ulcerientas, escrofulosas, psoriáceas, formadas por la humedad, las bromas del tiempo y las vertientes del agua del insomnio y los sueños.

Escuchó las dos campanadas, ¿o quizá soñaría que escuchó? Morfeo le abría sus múltiples brazos. Vio en una de las paredes a una mujer pendiendo de una viga, que luego se trocó en jorobas de colinas mugrientas, en el profeta que conducía a su pueblo a la tierra prometida a través del desierto, en multitud de ciegos caminantes que acompañaban el cadáver de Isidoro Villar, en la oreja mutilada de Van Gogh escuchando el cantar de los ciegos mendicantes, en la luna mirando por un ojo tasajeado por la navaja de barbero de Buñuel, en ojos desnudos, en ojos ciegos, en cuencas vacías, en ojos que ya se le cerraban, pero de pronto, canallesca, la memoria le recordó: *¡La bibliografía!*

Se había olvidado de pasar a máquina la bibliografía, las fuentes bibliográficas, ¡y en un trabajo de historia! ¡Lo que habría dicho el doctor Baüer, cuyo libro *Introducción a la investigación histórica* era la biblia del curso!

El frío había arreciado. ¿Y si tecleara el trabajito al levantarse, digamos, a las seis o siete de la mañana? Pero si no lo hacía ahora irrumpiría, tiránico, el insomnio desalmado.

¿Qué otra cosa le faltaba tipear?

Recordó concienzudamente: sí, sí, fuera de la bibliografía ya no le faltaba nada. El prólogo, de dos apretadas carillas y media, estaba al comienzo y el índice, al final. El primer capítulo tenía por título «El gran secreto» y el último «La extinción de un linaje apócrifo».

Se escabulló de las cobijas, metió los pies enfundados en los zapatos, prendió el foco de cincuenta bujías que había colocado justo en el centro de la mesa y tomó asiento en la silla interdicta para traseros obispales. Mientras revisaba las fichas sintió inmoderado y abusivo el frío y tuvo que recurrir a una de las delgadas colchas con la que, plegándola en dos, se abrigó las extremidades inferiores, y metió la cabeza por la abertura de la chompa tejida también por mamá Altemira. Volvió a sentarse frente a la Royal, ordenó las fichas y por fin escribió en el espacio adecuado de la hoja en blanco:

«Fuentes bibliográficas».

Después de darle muchas vueltas, Martín Villar estableció el siguiente ordenamiento:

I. Bibliografía general.

II. Bibliografía regional.

III. Visitas e informes.

IV. Documentos.

V. Testimonios orales.

VI. Numismática.

VII. Iconografía.

El aprendiz de historiador se sintió embargado de fatuo orgullo al ver que las fuentes ocupaban exactamente tres carillas. En relación con los cuatro primeros puntos, fiel a una secular tradición, el estudiante Villar había leído con cierto detenimiento un veinte por ciento del material y hojeado a la ligera otro treinta por ciento, mientras el cincuenta por ciento restante le era por entero desconocido, pero había aprovechado las menciones y referencias bibliográficas de los autores leídos.

Vanidad, júbilo y maligna alegría sentía Martín Villar al meterse en el lecho del ocio, la desolación y las gratificaciones poco después de las tres de la madrugada. En la bibliografía general figuraban nombres canónicos como el de Fernández de Béthencourt con su *Historia genealógica de los grandes de España*, Mateo Escogedo con su *Cien montañeses ilustres*, Jiménez de la Espada con su *Relaciones geográficas de Indias* y, como perla, la Duquesa de Alba con su *Nuevos autógrafos de Cristóbal Colón y relaciones de ultramar*.

En la relación de cronistas, historiadores y genealogistas españoles radicados en el Perú o descendientes de españoles, en todo caso criollos nobles o ilustres, figuraban Mugaburo, el padre Calancha, Torres Saldamundo, González de la Rosa, Mendiburu y, por cierto, el genealogista mayor, don José de la Riva-Agüero y su más ilustre continuador, Guillermo Lohmann Villena, sin pasar por alto a don José Gálvez, Porras, Basadre, el jesuita Vargas Ugarte... y don Ventura Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila, más conocido en los pasillos de la Católica como Tintín Candamo.

De menor empaque, de menor lustre *o, mejor, sin ningún lustre*, pensaba Martín Villar con la cabeza apoyada en las manos entrelazadas, desconocidos, don nadies, anónimos para la historia aristocrática y señorial vigente entonces, eran nombres como el de Sansón Carrasco, Vicente

Orejuela (el ciego bardo de la tierra piurana), Néstor Martos, Josefina Ramos, Beanira Velázquez, Vega García, no así Ricardo García Rusell, Ella Dunbar Temple y, en especial, Germán Leguía y Martínez con su fundamental *Diccionario geográfico, histórico, estadístico del departamento de Piura*.

Pero la heterodoxia (y esto era lo que le producía la taimada, viciosa alegría al universitario Villar) eran los puntos IV y V de las fuentes, dedicados a los documentos y testimonios orales. Porque, por ejemplo, junto a las actas y ponencias del *Primer Congreso de Genealogía y Heráldica* de 1929, celebrado en Madrid (y al que asistió don José de la Riva-Agüero con el título de Marqués de Montealegre de Aulestia), o frente al *Libro de Cabildos de la ciudad de San Miguel de Piura*, correspondiente a los años de 1737 a 1748, incluía los *Diarios* manuscritos del doctor Augusto González o los cuadernos de Cruz Villar, padre del pichón de historiador.

Y en cuanto a los testimonios orales, la heterodoxia adquiría la dimensión de verdadero escándalo hermenéutico, pues incorporaba la comunicación que le concedió la acreditada (y piurana) historiadora, doctora Ella Dunbar Temple, gran conocedora de los linajes patricios de la región de Piura, junto a los monólogos delirantes, llenos de ruido y furia de Primorosa Villar, más la rescatada voz, por la memoria y la invención, de los fantasmales habitantes de Congará. ¿Pero acaso no había sentenciado para siempre Aristóteles que la poesía es más filosófica que la historia?

¿Y qué pensaría el doctor Candamo de la Romaña de los apartados dedicados a la numismática y la iconografía? Con toda su erudición de contumaz genealogista, el doctor Candamo, ¿habría siquiera escuchado el nombre de los Benalcázar León y Seminario?

Sí, tiene razón Esteban Dédalus: «La historia es una pesadilla de la cual quisiera despertar». Y diciendo esto, después de muchas semanas, Martín Villar se quedó dulcemente dormido.

El doctor Ventura Candamo de la Romaña era uno de los hombres más ricos del Perú y principal benefactor de la Pontificia Universidad Católica del Perú. En la universidad ocupaba un cargo en la Facultad de Pre-Letras y, como director del Instituto Riva-Agüero (era al mismo tiempo, sobrino nieto, tío y primo, en distintos grados de parentesco, tanto por vía varonil como femenina, por los laberínticos senderos genealógicos, del marqués don José), el doctor Candamo, decíamos, se había impuesto la misión de mantener vivo el espíritu del gran historiador, bisnieto del primer presidente del Perú y descendiente directo del conquistador Diego de Agüero y, por línea femenina y colateral, de los dos conquistadores Nicolás de Ribera, el Viejo y el Mozo. El doctor Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila pertenecía a varias academias de Historia y Geografía del Perú, de Hispanoamérica y de España, a instituciones patrióticas de carácter honorífico, como la Sociedad Próceres de la Independencia y a instituciones benéficas y filantrópicas ligadas a la Iglesia. En la actualidad ejercía la presidencia de la estricta Comisión de Admisión al Club Nacional.

Aquel año, el doctor Ventura Candamo de la Romaña acababa de cumplir cuarenta y cinco años y, desde la muerte de su señor padre, ocurrida diez años atrás, vestía de riguroso luto que habría de llevar hasta el fin de su vida, de acuerdo con quien constituía su paradigma humano en esta tierra: el devoto y cruel Felipe II. Célibe, monje seglar (según se rumoreaba), el doctor Candamo era el soltero más codiciado de la Católica (¡y de toda la alta sociedad limeña!), y el alumno Sotomayor, un renegado, según confesión propia, de una linajuda, arruinada y podrida familia, que era una especie de pregonero mayor por las aulas, patios y pasillos de los locales de la Universidad Católica en la Plaza Francia, este Sotomayor, decíamos, afirmaba que existía una guerra a muerte entre las bellas y ricas herederas para conquistar al apetecido solterón.

Pero no solo por cuestión de dinero y linaje, decía Sotomayor, *sino de atracción místico-carnal*, pues el doctor Candamo de la Romaña, con su figura entre tímida y hierática, su metro setentitantos de estatura, el cabello castaño con algunas entradas que le ampliaban la frente, sus sonrojadas mejillas, como las de un niño púdico, y ese continuo restregarse las manos mientras a propósito, por ejemplo, de la inminente emancipación del Perú de la sagrada España, hablaba de *la angustia, de la fidelidad, de la atormentada conciencia dividida entre dos fidelidades*, de gentes como, entre otras, el Conde de la Vega del Ren, el Conde de San Isidro o los marqueses de la Riva-Agüero o Torre Tagle. *Ah, esta angustia terrible, este desamparado Getsemaní o, siguiendo a Jaspers, esta situación límite, inapelable y sin escapatoria, con todas las puertas condenadas*. Oyéndolo se dijera que revivía en carne propia aquella angustia pánica sufrida por los lejanos abuelos, y entonces *las bellas alumnas*, aseguraba Sotomayor, *no solo suspiran sino que padecen de vibraciones útero-vaginales que las ponen al borde de la histeria, del llanto e incluso más de una ha caído desmayada*.

De esta guerra crudelísima (caramba, como la de las Dos Rosas), en la que se derramó tanta sangre (*sangre femenina*, puntualizaba Sotomayor, *íntima, secreta*, *menstrual*), salió victoriosa una alumna hija de padre alemán, descendiente de príncipes germanos, casado con una dama de la rancia aristocracia limeña. *El doctor Candamo y su joven y bella esposa*, contó Sotomayor, *empezaron su luna de miel en Jerusalén*. Allí el esposo cuarentón y la juvenil consorte visitaron los lugares santos y oraron y comulgaron en el pequeño santuario levantado en el Huerto de los Olivos. En Roma fueron recibidos en audiencia privada por el flamante papa Juan XXIII, cuyas reformas el doctor Candamo hallaría, poco después, heréticas y abominables.

Luego la pareja viajó a España (Madrid, Toledo, las montañas de Burgos y Ávila, Extremadura y la Andalucía), donde el doctor Ventura Candamo de la

Romaña y Sancho-Dávila fue en busca de sus ancestros y presentó a su consorte a sus parientes no empobrecidos (los linajes arruinados eran incontinentemente pedigüeños y miraban desde la copa de sus árboles genealógicos a los degradados parientes indianos), que ahora ocupaban altos cargos en el gobierno del generalísimo Franco. La luna de miel culminó con un recorrido por las provincias renanas, origen del linaje de la esposa, que se remontaba a la época de Carlos III, el Gordo. *Bueno*, pensaba el malicioso e impenitente Martín Villar, mientras escuchaba estos cotilleos, *¿habrá usado el doctor de la Romaña el albo pañuelo asperjado de agua bendita o el cordoncillo franciscano en su noche de bodas?*

En esta cruzada por *la tradición*, *la verdad y la patria*, el doctor Candamo (amante, en verdad, de una vida apartada y recoleta) celebraba tres tipos diferentes de reuniones. El primero, decía Sotomayor, consistía en un almuerzo los días jueves en el Club Nacional con alumnos de su mismo rango social o ligeramente inferiores, existiendo, por tanto, dos grupos que se alternaban entre jueves y jueves. El más reducido (cinco en total) era el de los alumnos descendientes de la primera nobleza, la que procedía de la época de los conquistadores y el reinado de la dinastía de la casa de Austria; y el segundo, algo más numeroso, el de la segunda nobleza virreinal, advenediza, que comprara en metálico hidalguía y aristocracia hacia fines del siglo XVII con la llegada de los Borbones; esta compra-venta de títulos de Castilla (tan fustigada por el Marqués de Montealegre de Aulestia) había empezado con Felipe V y alcanzado su apoteosis con Carlos III, el responsable del desmembramiento del otrora poderoso virreinato del Perú, y continuó hasta Fernando VI.

El doctor Candamo, austero y mesurado, se sentía afligido por la precoz gastronomía de sus alumnos (aunque manejaban de manera impecable los cubiertos), quienes rociaban el almuerzo con vinos franceses y españoles, en

tanto él bebía a sorbos una botella de agua mineral. Pero lo que más oprimía el corazón del doctor Candamo era la superficialidad con que estos jóvenes acogían la historia; es verdad, no carecían de información, pero no la sentían como sustancia de su sangre, como un alto don que había que preservar en sus almas. Y en los diez años que llevaba ejerciendo este ritual no había encontrado a ninguno con auténtica vocación de historiador, capaz de continuar la obra del maestro. *¿No les parece una situación trágica?*, decía Sotomayor, entre irónico y grave.

Los jóvenes, los de las dos noblezas, se enrumbaban por la carrera diplomática y política, o mostraban una perniciosa urgencia por heredar los estudios jurídicos de sus progenitores que llevaban los asuntos legales y administrativos de las grandes empresas monopolistas, o bien manifestaban una intemperancia más bien gruesa por entregarse al mundo de los negocios: de las finanzas, de las compañías inmobiliarias y de seguros, o a la explotación de los grandes complejos agroindustriales o al ramo de la minería en calidad de socios menores de los poderosos consorcios extranjeros, como lo hacía el propio doctor Candamo de la Romaña, solo que él lo consideraba una pesada carga, castigo y expiación, a cambio del mantenimiento del orden establecido por sus antepasados.

El tercer tipo de reunión era realizado una vez al mes en su propia mansión de Magdalena. En su fuero interno, el doctor Candamo la consideraba un acto de caridad y a ella asistían una decena de becarios y exseminaristas, disciplinados, respetuosos, de inteligencia precaria pero obstinados y cumplidores de las tareas que se les encomendaba. Eran, los pobres, acentuadamente mestizos, provincianos, la mayoría de la sierra, y el doctor Candamo los recibía en el comedor de menor jerarquía y les brindaba una taza de chocolate con cantidades generosas de pastelillos y dulces, obra de las manos primorosas de las canonesas de la Encarnación.

El doctor Candamo sentía piedad, no burla ni desprecio, al ver a estos jóvenes con ternos y rostros imposibles (había oído que los llamaban «los amorfos») devorar casi arrebatándose las fuentes de la alta repostería que tenía dispuesto renovar. Todos aceptaban el pedido cortés y diplomático del doctor Candamo de una segunda y aun tercera taza del exquisito chocolate preparado según receta heredada de generación en generación por más de cien años. El doctor Candamo los trataba con gentileza y les había conseguido trabajos rentados en la biblioteca de la Católica y del Instituto Riva-Agüero y en la suya propia y se encargaban de catalogar viejos libros y de confeccionar fichas de acuerdo con la investigación que estuviera llevando a cabo o dirigiendo el doctor Candamo de la Romaña.

Pero, a veces, entre estos jóvenes, emergía un rostro que iba adquiriendo un contorno definido y al descubrir en él una auténtica vocación por la historia, y con el olfato y el instinto de los historiadores, el doctor Candamo sentía una perturbadora mezcla de alegría y desazón; alegría porque había hallado un discípulo de la historia tradicionalista, desazón porque el tesoro de archivos de las instituciones tutelares, familiares y privadas serían profanados y estudiados con quién sabe qué rencorosos sentimientos por alguien que, en el fondo, era un adversario de clase y de sangre.

De los tres tipos de reuniones-tertulia, el más deleitable para el espíritu y la inteligencia era el segundo, al que el doctor Candamo, hombre sin humor, denominaba, siguiendo a don Marcelino Menéndez y Pelayo, «mi tertulia heterodoxa». Estas tertulias se celebraban dos veces al mes, los días miércoles a partir de las cinco de la tarde, y se llevaban a cabo en el segundo lugar más querido de la hermosa mansión: la amplia y rica biblioteca (poseía incunables, ejemplares únicos y el archivo de varias antiguas familias arruinadas o extinguidas por falta de sucesión, como, por ejemplo, la de los condes de San Isidro, cuya última representante, la condesa Eugenia de la

Puente, enloqueció a raíz del desastre de las Filipinas y la Independencia del Perú).

Bajo el aroma de los artesonados y las estanterías de maderas nobles curadas y el olor picante y ácido de vetustas ediciones y bajo la mirada de los antepasados del doctor Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila, Bravo de Lagunas, Dávalos y Avendaño, Aliaga y Alcochel, retratados al óleo, y daguerrotipos y fotografías ampliadas de los ascendientes más cercanos, la tertulia se desarrollaba alegre y polémica, mundana y grave, entre tazas de café, copas de auténtico oporto lusitano, más fuentes de bizcotelas, piononos limeños y pasteles de delicados hojaldres. Cuando la tertulia se prolongaba y era particularmente incitante para el espíritu, el doctor Candamo agasajaba a los jóvenes con una cena fría en el segundo comedor, para los huéspedes de cierta categoría. Sotomayor había participado en estas tertulias, pero, de manera discreta, el doctor Candamo le había suspendido la invitación porque Sotomayor llegó a confundir heterodoxia con irreverencia y bromas que rayaban en la vulgaridad.

Los invitados a esta tertulia pertenecían a familias aristocráticas venidas a menos o representantes de una burguesía en ascenso cuyos padres tuvieron el acierto de entroncarse con linajudas familias al borde de la ruina. Pero el doctor Candamo hacía una selección rigurosa: solo invitaba a aquellos jóvenes que a través de sus exámenes y trabajos monográficos revelaban inteligencia, un correcto manejo del español y vocación para la investigación historiográfica. Para el efecto, sus auxiliares le separaban las pruebas o trabajos que estaban por encima de la medianía y además revelaban audacia de pensamiento y pasión, sobre todo pasión.

De esta preselección, el doctor Candamo, luego de varias lecturas, escogía a los mejores o a aquellos que trasuntaban un espíritu que era necesario encaminar por el derrotero de la tradición y el conservadurismo, tanto en

historia como en política y en las relaciones sociales. El doctor Candamo de la Romaña, encomendándose a sus manes tutelares, que lo observaban e iluminaban desde las paredes y repisas, daba una última leída al trabajo y entonces, al final, con su puño y letra hacía un elogio del trabajo o del examen y concluía que le gustaría intercambiar ideas y discutir alguno de los planteamientos de manera personal: ¿le haría el honor de visitarlo en su residencia ubicada en la dirección tal, el martes de tal fecha? «¿Le parece bien a las 5 p.m.?». Lo esperaba. «Felicitaciones y gracias». Estas líneas rubricadas por el doctor Candamo valían oro y el alumno merecedor de las mismas era objeto de curiosidad y envidia. Pues relacionarse con el discípulo más fiel de Riva-Agüero significaba la apertura de muchas ignoradas puertas que, de otra manera, permanecerían cerradas o desconocidas para siempre. Era, en verdad, la Gran Tentación.

Como le contaría dos años después Martín Villar en el mismo cuartucho del caserón de Matavilela a Deyanira Urribarri, aquella gran tentación (que tanto asombro, fingida indiferencia y desprecio, comentarios y envidias suscitó entre «los nobles», «los heterodoxos» y «los amorfos») empezaría por ser un viaje al pasado, a la colonia, al mundo medieval.

El viaje al pasado

no lo realizó Martín Villar en ninguna máquina del tiempo, sofisticada y conjetural, sino en un modesto tranvía que cubría la ruta La Colmena-San Miguel, vehículo obsoleto si se quiere, pero con todo producto del siglo XX que chirriaba de manera infernal por el tendido de rieles, no a la inversa ni al revés, lo que, en la más extrema de las hipótesis, lo devolvería no al pasado sino al paradero inicial, *lo cual, Deyanira, habría sido un problema*, pues ya no habría tenido para comprar un nuevo boleto y el reloj del cine Metro

marcaba las cuatro y diez de la tarde, o sea, el tiempo justo, según indicación y carta de navegación que le entregara J. L. Díaz, el único amigo auténtico que tenía en la Católica, para bajarse del paradero desde donde había que caminar seis cuadras para llegar al señorial descampado, *aunque en parte*, le explicó J. L., *todavía sembrado por manos plebeyas*, desde el que avistaría un muro nada sartreano, más bien ordinario, pero sólido y de dos metros y medio de altura. *Y en efecto*, le dijo el jovencito Villar a la adolescente Deyanira Urribarri, *penetré por un caminillo entre sembríos de hortalizas que me condujo hacia una calzada paralela al dilatado muro por el cual no vi transitar carruajes ni calesas ni tílburis jalados por trancos de caballos ingleses y conducidos por cocheros de cabellera empolvada, más bien vi un Cadillac de la gramputa (oh, discúlpame, Deyanira, esta boca sucia de piurano) y al dar con el portón me desilusionó que no tuviera el puente levadizo ni el consabido pozo y que el muro careciera de erizadas almenas y torrecillas de vigilancia y (¡sobre todo!) que al abrirme el portón un anciano moreno no escuchara los clarines anunciando mi llegada como en las películas de Errol Flynn*.

—PERO ANTES —QUISO SABER DEYANIRA—, ¿QUÉ PENSASTE EN LO QUE DURÓ EL TRAYECTO DEL TRANVÍA?

Martín Villar contuvo a tiempo una exclamación-pregunta de lo más vulgar y se esforzó por recordar (se esforzó, porque por primera vez reparó en la extraña belleza de los ojos de su fortuita amiga) las preguntas, las dudas, los temores que lo asediaron en lo que duró el traqueteante viaje. *Pensé*, le dijo, *en el verso de Vallejo sobre lo del terno azul, en la seráfica calidad del casimir, en toda la sapiencia y arte puestos por el maestro Morán para su confección con resultado desastroso, en mi camisa blanca con viles hilachas en los puños y en el cuello, en mi corbata, su color inconveniente, el*

nudo imposible, en los agujeros de mis calcetines, en mis calzados fúnebres y gastados, menos mal que recubiertos con una mano de pomada negra, en mis uñas que conservaban escorias del betún, en mis antepasados cuyas uñas envidié por estar libres de cenefas de Nugget por la simple razón de que no usaron en la juventud esas prendas tan innecesarias y semejantes a ataúdes que eran los zapatos. La verdad, le confesó con un rostro demasiado grave para ser sincero, *que estas pequeñas fatuidades me preocupaban más que las líneas ambiguas, es decir, elogiosas, cuestionadoras y hasta escandalizadas y amenazantes, escritas por mi aristocrático profesor en la página final de mi monografía*.

Lo que decían las líneas escritas con su puño y letra por el doctor Candamo luego de la palabra fin de la monografía Los Benalcázar León y Seminario

Martín Villar buscó entre los restos del naufragio de sus tres años de estudios universitarios la mencionada monografía (y mientras demoraba la búsqueda se repetía *qué hermosos ojos, qué hermosos ojos, qué hermosos ojos*), hasta que la encontró, amarillenta, mordida por las polillas y mohosa por el manoseo de dedos humanos y por la metafísica suciedad del tiempo (y ahora se decía *y qué extraños, qué extraños, qué extraños*), y se acercó a ella para mostrarle las carillas (*¡¿y de qué color son, por Dios, de qué color?!*) y las fue pasando ante sus ojos (ante el oscilante e indeterminado fulgor de los ojos de Deyanira Urribarri, qué vacuo le pareció el tornasol pernicioso de los ojos de Lina) hasta llegar a la última página. Entonces el jovencito Villar leyó las líneas escritas por el doctor Ventura Candamo con bella y heráldica caligrafía:

«Trabajo meritorio, señor Martín Villar. Manejo nada ortodoxo de las fuentes de la ciencia historiográfica. Audacia y apresuramiento en los juicios.

En historia, señor Villar, hay que saber controlar la sensualidad de la imaginación. Estilo churrigueresco. Conozco el noble y limpio linaje de la casa Ontaneda y Gándara y por eso me parece inaceptable la tesis central de la monografía. Epígrafe irrelevante. Confusión de espíritu e irreverencia frente a la tradición, fundamento de la patria. Estos defectos rebajan la indudable calidad del trabajo. Me gustaría felicitarlo personalmente luego de intercambiar puntos de vista con usted y plantearle algunas cuestiones. ¿Me haría el honor, señor Villar, de venir a mi domicilio a tomar una taza de café? Lo esperaré el segundo martes de noviembre a las cinco de la tarde».

Seguían luego el nombre y los apellidos completos del doctor Candamo con una rúbrica que a Martín Villar le hizo recordar a la usada por los nobles del siglo XVI, que él había visto en documentos de la época. En la posdata, el doctor Candamo, de manera discreta, le indicaba la dirección de su residencia en la tierra de la Magdalena.

¡SEÑOR MARTÍN VILLAR!

exclamó Martín Villar cuando la mamacita que era la ayudante del curso le entregó el trabajo con el preciado don de las líneas que se había dignado escribir con sus augustas manos el doctor Candamo. *¡Señor Martín Villar!*, volvió a exclamar Martín Villar delante de su pequeño espejo enmarcado en latón con su soporte de alambre. ¡Y pensar (pero esto no se lo contaría a su providencial amiguita) que a este señor Martín Villar lo había botado casi a patadas el zambo portero de uno de los corralones prostibularios de prolongación México! Pero minutos después, esta alegría trivial e intemperante y asimismo este orgullo francamente indecoroso, empezaron a enturbiarse porque ahora el espejo le mostraba un rostro parecido al suyo pero requemado por el sol, la melena salvaje, las barbas de un Cristo miserable que desde la cima de una duna contemplara, ora un largo y

polvoriento camino, ora el bosque incendiado iluminando el cielo de Congará. Martín Villar releyó por centésima vez las palabras tentadoras, dejó en la mesa la monografía y se tiró en el crujiente catre indigno de todo un señor Villar. Y allí, echado con la cabeza reposando sobre sus manos entrelazadas, dejó vagar su vista por todos los rincones del cuartucho oloroso a roñosa humedad. Luego detuvo la mirada en la viga del cielorraso que tanto lo obsesionaba y entonces el orgullo y la euforia terminaron de desaparecer para dar paso a lo que con el tiempo habría de recordar como el momento de

La tentación y la duda

Sí, es la tentación a San Antonio Villar, de Mefistófeles a Fausto Villar. Y la duda, mi hermano, la angustia lacerante de Martín Villar, como diría el doctor Candamo, entre dos fidelidades: la debida a la memoria de los míos, a los descendientes de Sacramento Chira, y la tentación y oferta de mi alma a los Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila, o sea la aceptación de la afrenta padecida por mi bisabuelo Cruz Villar por parte de Odar Benalcázar. ¡Una insoslayable y agónica situación límite, para decirlo con las palabras del binomio Unamuno-Jaspers!

—¡No exageres, Martín! —le dijo J. L.—. ¿Por qué no lo tomas desde otra perspectiva?

—A ver, explícame —le pidió Martín.

—En primer lugar deja de lado eso de «tentación y duda». Esto, viejo, y discúlpame, son huevadas, escrúpulos cojudos. Y tómalo, más bien, como una oportunidad para conocer por dentro la casa del enemigo y observar todo minuciosamente: cómo hablan, cómo comen, cómo se tiran pedos. ¿No me has dicho que quieres ser novelista? ¿Crees que el gordo Balzac habría desperdiciado la oportunidad que se le ofrecía de ingresar a un mundo social que él desconocía? Y no te pongas en plan de gallito con el baboso de Tintín.

Escúchalo, hazte el cojudo, el ejemplar pelótidas. ¡Cinismo, hermano! ¿Acaso tu monografía no es una tomadura de pelo al mundo podrido del doctor Candamo? Viejo: deja de lado el orgullo y acude a la cita, porque si no acudes, él no se va a morir, ni siquiera imaginará que lo has desairado, pensará que eres un mestizo o un cholo acomplejado que tuvo temor de exhibir su timidez, su carencia de buenos modales, su temor al ridículo. ¿Por qué no lees a Maquiavelo? Te infundirá coraje e hipocresía.

Dos años después, luego de contarle (por cierto, expurgadas de toda palabra vulgar) a Deyanira las opiniones de J. L., ella le dijo que hizo bien en escuchar los consejos de su amigo. Y así nuestro buen Martín, menos atribulado y fortalecido por la lectura de *El Príncipe*, golpeó la aldaba de aquel portón construido justo a la mitad del excesivo muro, nada notable y decepcionante, la verdad, como obra de arquitectura y símbolo de aristocracia. Pero, he aquí que al atravesar el umbral Martín Villar se encontró

EN EL PASADO, EN EL CORAZÓN DEL MUNDO COLONIAL, EN UNA MICRO Y EXACTA REPRODUCCIÓN DE LA SOCIEDAD VIRREINAL PERUANA

aunque los habitantes de aquel mundo congelado, pero en manera alguna extinto, estuvieran disfrazados exteriormente de hombres y mujeres de mitad del siglo XX. *Lo primero que me impresionó,* le dijo Martín a su divinal amiguita, *fue la textura del silencio, la quietud, qué calma, Deyanira, qué música callada la de los pajarillos, la del temblor del follaje y del rumor de las hojas de los robles, ficus, anacuarias y hatos de cañeras gigantescos, que formaban un tupido bosque a ambos flancos de la avenida de grava limitada por dos hileras de álamos estirados y esbeltos*.

Al oír el nombre de Martín Villar, el anciano esclavo que hacía de portero le dijo que el doctor lo esperaba y le indicó que siguiera por la avenida de

álamos. Y, en efecto, los gastados zapatos del joven y modesto universitario profanaron la grava y le hicieron maldecir por no haber mandado ponerles media suela a esos calzados que empezaron a llenársele de piedrecillas que influirían de manera negativa en la entrevista (¿contienda?) con el doctor Candamo de la Romaña. La calzada de grava debía de ser tan extensa (o poco menos) como el muro, *construido de manera vil*, se le ocurrió pensar a Martín Villar, *para no despertar la curiosidad de la gente ordinaria y hacer más hermético el aislamiento de la casa Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila, Bravo de Lagunas, Dávalos y Avendaño, Aliaga y Alconchel, del resto de la plebeya humanidad*.

Por fin, a mitad del camino recorrido, el estudiante Villar divisó la mansión del austero profesor Candamo, cercada por un zócalo enrejado de hierros ornamentales cuya extensión no pudo calcular de momento por impedírselo el boscaje. Unos treinta o cincuenta pasos más adelante alcanzó la hermosa puerta también de hierro con arco y molduras de bronce reluciente. El discurrir de la acequia que había escuchado durante el trayecto por la avenida de álamos fue acallado ahora por el flujo de su propia sangre y el golpeteo de su corazón. Al acercarse a la entrada, la verdadera entrada, se secó las manos humedecidas en la caída del saco y pudo hacerse una idea de la dispendiosa extensión del zócalo. ¿Qué hacer? ¿Cómo tocar la puerta? *La verdad*, le contó a Deyanira, *perdí el sentido de la orientación. Quizá padeciese un vahído. En vano invoqué a Maquiavelo*. Las piernas eran una desgracia y como el enamorado tímido que una vez llegado a la puerta de la amada (que nada sabe o finge no saber acerca de los sentimientos que despierta en el furtivo admirador) quiso dar media vuelta y echar a correr por la senda de grava, pero entonces un segundo portero, notoriamente más joven y de piel menos notoriamente oscura que la del portero número uno y con impecable traje de lacayo, abrió una de las pesadas hojas de la puerta y luego

de preguntarle si era el señor Martín Villar y el señor Martín Villar luego de dudar si era el señor Martín Villar con la lengua traposa y voz nada señorial le dijo que sí, que en efecto, que era el señor Martín Villar, le pidió por favor que pasara, que el doctor Ventura lo esperaba, y de esta manera el tataranieto natural del soldado godo Miguel Villar y legítimo de la india Sacramento Chira ingresó a la

ANTESALA —AMPLÍSIMA— DE LA MANSIÓN DEL UNIGÉNITO Y MAYORAZGO DE LA CASA CANDAMO DE LA ROMAÑA Y SANCHO-DÁVILA

pues para llegar al noble anteporche sobre las columnas de la portada había que cruzar, o bordearla por una de las dos calzadas que arrancaban de la gran puerta de hierro y bronce ornamentales, una encantadora plazoleta que al desconcertado estudiante le hizo evocar la Plazuela de San Marcelo. A ambos extremos de esta área había dos pérgolas y en una de ellas alcanzó a ver a una hermosa anciana de porte digno sentada en una de las bancas con el superior (se enteraría después) del Seminario de Santo Toribio de Mogrovejo, del cual la familia del doctor Candamo era desde hace más de medio siglo la principal benefactora. Mientras cruzaba la plazoleta, Martín Villar pudo observar que, aparte de la gran mansión, existían otras edificaciones encerradas en el área que cubría el zócalo que daba acceso a la antesala, y si no habían anunciado su entrada con clarines, ahora creyó percibir las voces de un coro de niños (después se enteraría que era un coro formado por los acólitos, ahijados o hijos de la servidumbre de la casa, que ayudaban en los servicios religiosos que se celebraban siguiendo estrictamente el santoral en la capilla de la mansión) que lo recibían con angelicales cantos, entre cuyas voces (se enteraría más adelante) sobresalía la del niño-tenor y futuro fraile Eduardo Aguirre, hijo del maestro de obras don Eduardo Aguirre, el más apreciado de los servidores de la casa porque, aparte de restaurador de viejas

pinturas, era herrero, ebanista, fontanero y electricista, señor y hombre de confianza ligado a través de varias generaciones a la familia de los Candamo de la Romaña, y en cuyo hijo, de prodigiosa y cristalina voz, parecían confluir todas las sangres, como pudo comprobar al ser conducido, por especial deferencia de la madre del doctor Candamo, a escuchar el ensayo de los niños acólitos cantores que realizaban bajo la batuta de un sacerdote para los santos oficios del domingo en la hermosa capilla cuyos altares reverberaban de oro.

Antes de llegar a las columnas del pórtico, Martín Villar detuvo su marcha por un momento tratando de observar, estudiar y guardar en su memoria toda la fachada de la gran residencia. Luego, acomodándose la corbata, intentó desempolvarse los zapatos con un discreto zapateo andaluz, pero las piedrecitas que se le habían colado por los agujeros de las suelas lo aguijaron con su malvada naturaleza de guijarros. El jovencito estuvo a punto de lanzar unas justificables gramputeadas, pero se contuvo a tiempo, *vamos, serénate, respira hondo*, como en efecto hizo y, luego de pedir perdón de sus manes familiares e invocando el espíritu de Maquiavelo, se encaminó resueltamente hacia el pórtico, subió tres escalinatas de hermosos bloques de una piedra blanca y porosa que lo pusieron delante del portón de madera noble y enchapados de bronce de forma cónica, mamaria y, sobre todo, maciza e impenetrable, que trasuntaba el señorío y el despotismo de un linaje establecido en el Perú desde los años de la Conquista, pero cuya hidalguía y nobleza, si bien con la pérdida intermitente de la varonía, a través de los siglos se remontaba, como lo hubiese indagado el pichón de historiador, hasta la época del Cid. Tampoco esta vez tuvo que golpear ninguna aldaba porque se abrió una puerta menor enclavada y perfectamente camuflada en el portón por obra de un tercer portero, por cuyos gestos, vestimenta y color de piel, correspondiente al de un mulato claro, el jovencito Villar conjeturó (con

acierto) que se trataba del mayordomo. De modo que el modesto invitado se vio dentro de la mansión misma, donde al cabo

De los tres arcos sucesivos del hondo zaguán lo esperaba el enlutado doctor Candamo, como el pastiche de un Felipe II esperando a un Duque de Alba imposible y caído en la más baja mendicidad

o quizá el mayorazgo de la casa Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila abrigaba la esperanza de que el alumno Martín Villar, le dijo pedantescamente Martín Villar a Deyanira Urribarri, *fuese descendiente del virrey don Fernando de Torres y Portugal, noble con grandeza de la afamada casa de los Villar Don Pardo, pero le bastó echar una mirada a mi traje color azul vallejiano confeccionado con toda su experiencia y sensibilidad artística por mi inolvidable maestro Morán, de cuya existencia jamás llegaría a enterarse el doctor Candamo, y, en especial, al observar mi color trigueño-mestizo, es decir un trigueño cholo sin esa pátina encarnada-señorial como, por ejemplo, la de don Pedro Beltrán, al que yo he visto caminar por Baquíjano en el Jirón de la Unión, para que se extinguiera esta esperanza en el melancólico corazón del obstinado pero discreto continuador de la obra del marqués José de la Riva-Agüero*.

En honor a la verdad, continuó el joven Villar, *esta desilusión, si es que la hubo, no se tradujo en el rostro de don Ventura, que conservó su aire de hombre piadoso, austero y cortés. Me estrechó la mano, Deyanira, que debió sentirla húmeda y repugnante, y me agradeció con estricta cortesía el haber aceptado la invitación. Luego me condujo por uno de los corredores del gran patio central, con sus andaluces balaustres y arquería lobulada de estuco, hacia el segundo patio, cuyas amplias cámaras laterales, enjalbegadas con frisos de azulejos y cielorrasos artesonados estaban destinadas a bibliotecas,*

a repositorio de documentos y a museo donde se exhibían los tesoros artísticos y reliquias de la casa Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila.

Reinaba allí un silencio benedictino y Martín Villar alcanzó a ver a empleados con guardapolvos encargados de tareas de fichaje, catalogación y restauración (y entre estos empleados había varios de los llamados «amorfos» de la Católica, como su amigo Indalecio Cámac, exseminarista del convento de Ocopa y a quien, en sucesivas borracheras, le arrancaría confidencias sobre la vida, los hábitos, chismorreos y secretos y, en general, sobre el funcionamiento interno de aquella casa herméticamente cerrada al mundo exterior). El doctor Candamo se mantuvo reservado en relación con la labor que desempeñaban los empleados de guardapolvos plomizos mientras lo conducía a la estancia central del patio, el sitio más caro al corazón de don Ventura, como que era el gabinete de estudio e investigación donde redactaba sus documentados artículos, ensayos y libros de historia en defensa de *la verdad, la tradición y la patria*. Además de las estanterías y de una espesa alfombra de color cardenalicio que cubría toda la habitación —dividida en dos ambientes por una mampara, uno ocupado por el gran escritorio de ébano y cedro donde trabajaba aislado el doctor Candamo y el otro acondicionado para la tertulia culta y erudita—, la pieza estaba blasonada por óleos de los antepasados más lejanos y los retratos de los dos abuelos, uno paterno y otro materno, que fueron presidentes de la República, y el retrato debido al pincel de Baca Flor de una bella jovencita antes de que se convirtiera en la madre del historiador. En su escritorio solo tenía las fotografías ampliadas y enmarcadas en madera tallada de sus dos padres (de matrimonio tardío), tomadas en el umbral de la vejez, y de una imagen en bulto de un Cristo Crucificado con la corona de espinas y el rostro sangrante y torturado, según el paradigma impuesto en la época de la Contrarreforma y el Barroco.

Pero apenas tomó asiento, Martín Villar reveló su condición plebeya al romper la norma aristocrática elogiando de manera arrobada y tropical la belleza de la mansión de la casa Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila

y se encarnó de rubor el ruboroso rostro del infante don Ventura por este laudatorio carente de orgullo que revelaba una condición propia de las clases inferiores. Sin embargo, nuestro héroe atemperó esta impresión asumiendo una actitud erudita y crítica en torno al estilo arquitectónico de la construcción.

—Este palacio —le dijo Martín Villar— es la más hermosa muestra de la arquitectura civil del siglo XVIII. Al contemplar la parte fronteriza, y créame que no es por halagarlo, doctor Candamo, sentí palidecer la belleza del palacio de Torre Tagle de la calle San Pedro. He visitado en plan de estudio la casona de los Aliaga, descendientes, como nos lo recordó alguna vez usted en clase, del conquistador Jerónimo de Aliaga, que pese a los injertos rococós, debidos sin duda a los sucesivos terremotos, conserva todavía su aire del siglo XVI, como demuestra la escalera de entrada (como la llamada casa de Pilatos, por fortuna en proceso de restauración), que fue privilegio otorgado a los primeros conquistadores del Perú...

El rubor languideció en el rostro de Tintín Candamo, perdón, del doctor Ventura Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila, quedándole únicamente el sonrosado natural de sus mejillas de niño.

—Sí —continuó el estudiante Villar con la audacia de los tímidos—, es una espléndida e invalorable reliquia de la mejor arquitectura de aquel siglo abominable y tan nefasto para los intereses del virreinato del Perú y en particular para el futuro Perú.

Los ojos del gran historiador tradicionalista escrutaban el rostro, el corazón, el alma de su mestizo alumno que (¿con sutileza?, ¿con ironía?) le

estaba diciendo que era un noble tardío de aquel, en verdad, nefasto siglo, ¡y cuánto había envidiado aquella escalera símbolo del linaje de los conquistadores para su propio palacio! Martín Villar, además, tuvo la inspiración de declinar, de la forma más cortés, el oporto que le ofrecía el doctor Candamo (declinación que le costó un esfuerzo heroico, pues, recordando los chismorreos de Sotomayor, sentía deseos de paladearlo, de gozar del aroma) y en cambio aceptó una taza de café. Instantes después entraba una sirvienta pulcramente uniformada, incluyendo una cofia algo monjil, con la vajilla de porcelana sobre un azafate de plata espejeante que colocó sobre la mesa en torno a la cual estaban sentados el catedrático y el universitario. Con pasos alados, la sirvienta, una mestiza clara, abandonó la estancia y, de manera aún más alada, retornó con una fuente generosamente surtida de pastas.

Y ENTONCES EL GRAN MARTÍN VILLAR VIVIÓ LOS MOMENTOS MÁS DRAMÁTICOS DE LA ENTREVISTA CON SU PROFESOR.

—¿Por qué? —quiso saber Deyanira Urribarri.

—¡Mis manos, querida! —exclamó el joven Villar, llamando por primera vez «querida» a su fortuita aunque largamente esperada amiga—. Padezco de temblor crónico de manos. Y temí, Deyanira, derramar el café, el azúcar, quebrar alguna de las piezas de porcelana, que se me cayera la cucharilla, qué miércoles hago aquí, maldije a J. L. y añoré esta cueva húmeda y siniestra —pero pensando: *y que tú iluminas, que tú iluminas, nunca sabrás toda la luz que tus ojos derraman*—. Pero no fue Maquiavelo —prosiguió— quien acudió en mi ayuda, sino la voz de mi tío Silvestre contándome cómo se había sentado de igual a igual, durante la famosa huelga de estibadores que paralizó todos los puertos de la costa peruana, con el ministro de Marina, en su calidad de presidente del comité de huelga, subiéndole el tono de voz

cuando el ministro pretendió atarantarlo con sus galones de contralmirante, sus ojos azules y el despotismo de su verbo.

De modo que Martín Villar pudo manipular con pulso firme todo aquel complicado ritual que exige tomar una simple taza de café.

Como si lo sometiera a un examen, el historiador, el catedrático, el mayorazgo de una casa noble, los tres al mismo tiempo, le preguntaron acerca de las particularidades del estilo de la construcción

a lo que respondió el interpelado:

—Claramente sevillano, doctor. Y fíjese usted —añadió luego de terminar el café y de dejar intacta, incólume, la taza de delicada porcelana inglesa—, he creído advertir churriguerismo con algunos rezagos de influencia mudéjar. Me ha impresionado el noble antepecho sobre las columnas de la portada. Y qué decirle, doctor, de los ricos y cerrados balcones salientes, sin duda de cedro, profusamente tallados, con curvas y floridas zapatas y caladas de rejillas. En fin, doctor, si usted me lo permite, cuando el mayordomo me hizo pasar y lo vi a usted, que tan gentilmente me esperaba al cabo de los tres arcos del zaguán, me pareció que accedía como por arte de encantamiento (disculpe esta palabra que a mí mismo me desagrada) al pasado colonial, pero no al siglo XVIII, sino al místico y austero siglo XVII —y tras estas palabras, Martín Villar creyó oportuno callar, guardar silencio y esperar, como le sugiriera J. L., con respeto y digna humildad, las palabras del maestro.

Y, en efecto, don Ventura Candamo empezó a restregarse las manos y, luego de beber unos tragos de agua purísima extraída, según afirmaba Sotomayor, del pozo artesiano, profundísimo, de la misma propiedad, y luego de cavilar y de mirar la venerable iconografía, habló, dejó escuchar su augusta palabra.

Le dijo, para empezar:

—Creo, señor Villar Flórez, que no me equivoqué al detectar en su interesante aunque impugnable monografía una innata vocación e instinto, vamos, y olfato de historiador. Naturalmente, Martín, me ratifico tanto en mis elogios como en mis reparos, salvo, quizá, en la calificación del estilo. Con más propiedad se le puede tipificar de estilo barroco. Pero dejemos de lado las cuestiones formales. También seré breve —prosiguió el doctor Candamo— en relación con los aspectos nada ortodoxos (esta, si mal no recuerdo, es la expresión que utilicé, ¿no es cierto, Villar?) de las fuentes históricas empleadas por usted con indudable audacia; en contra de ciertas corrientes que empiezan a manifestarse, las fuentes orales no son relevantes para la ciencia histórica; sí, desde luego, para la etnología que investiga a las agrupaciones humanas ágrafas. Pero aun si yo fuera partidario de las corrientes a las que acabo de aludir, no aceptaría la manera en que hace usted uso de los testimonios orales. Lo felicito, créame, Martín, por la iniciativa de solicitar y obtener una entrevista con mi amiga, la doctora Ella Dunbar Temple, una historiadora seria y de reconocido prestigio. Pero dudo, y disculpe mi franqueza, Martín, que a Ella, casada con el Conde de Radicatti, profesor, como usted sabe, de nuestra universidad, que a Ella Dunbar Temple de Radicatti, le agrade que su valioso y a todas luces erudito testimonio ocupe la misma jerarquía, no solo con los fantasmales pobladores del fantasmal (y estoy repitiendo sus palabras) pueblo de Congará, sino con los delirios de un demente, con las alucinaciones de un pobre de espíritu o con las confidencias de un bandolero (fusilado por sus múltiples crímenes, latrocinios y otras barbaries), recogidas por el escritor Sansón Carrasco, típico escritor que encubre su mediocridad con la ferocidad del iconoclasta, espíritu extraviado por la prédica mal entendida de don Manuel González Prada, anticlerical, antihispanista (me sigo refiriendo a Carrasco) y apologista

de aquella aberración que él denomina, de manera infeliz, «hibridismo racial». En cuanto a la utilización de documentos, su interesante monografía adolece también de una adecuada jerarquización de la misma y del empleo de otros documentos de dudosa validez si pretendemos hacer historiografía seria y científica. Es digno de elogio, Martín, que usted haya consultado el *Libro de Cabildos de la ciudad de Piura* y del informe que hiciera sobre el partido de Piura el ilustrísimo señor don Baltasar Jaime Martínez de Compañón en 1755. Pero, ¡por favor!, conferirles valor probatorio a los manuscritos de un oscuro médico de aldea y del todavía más oscuro Cruz Villar Victoriano (y no quiero creer que usted tenga algún parentesco con esta persona que contiende duramente con la sintaxis) me parece una agresión a la ciencia de la historia. Singular, por no decir asombroso, me parece que haya incluido entre las fuentes una numismática y una iconografía (en sí legítimas como fuentes auxiliares) en la genealogía de un linaje sin mayor influencia en nuestra historia nacional y que, por lo demás, usted tipifica de apócrifo.

AHORA, ESCÚCHEME BIEN, SEÑOR VILLAR, ANTES DE SEGUIR ADELANTE

—dijo el doctor Candamo luego de una descalabrante pausa; no había levantado la voz, hieratismo y timidez reflejaban su rostro, pero ahora sus ojos celestes detrás de los lentes con montura de platino se tornaron graves y dejaron entrever la vocación inquisitorial que abrasaba su corazón—. Acepto la ironía; la ironía, Martín, puede revelar un espíritu superior, aunque yo particularmente creo que la gravedad, y aun el tono trágico, es el pertinente a esta ciencia y maestra de la vida que es la historia. Perdone, Villar, mi brusquedad, pero no es ironía lo que trasunta su monografía, sino burla, humor, broma, propios de un espíritu superficial, mas impropios e inaceptables en un joven de talento como es usted. Existe, sin duda, la aristocracia de la sangre, pero hay una aristocracia superior, tal como

enseñaron don Marcelino Menéndez y Pelayo, Ortega y Gasset y el tan incomprendido don José de la Riva-Agüero, me refiero a la aristocracia del espíritu. Y de esta misma concepción participan el insigne doctor Porras y don Jorge Basadre, quien ha profundizado en el asunto en su bello y penetrante ensayo en torno a nuestras élites. Me gustaría su opinión, Martín, sobre lo que acabo de expresar.

—Y tú, ¿qué le respondiste? —quiso saber Deyanira Urribarri.

—Curiosamente —dijo Martín Villar— pude contener sin esfuerzo el salvaje y demencial aullido de mis antepasados. Es verdad que recordé los consejos de J. L., también me amparó Maquiavelo, pero no tanto con *El Príncipe*, sino con su divertida e irreverente comedia *La Mandrágora*; sin embargo, lo que más me ayudó a mantener la serenidad fueron las propias palabras, los propios gestos, que me parecieron tan anacrónicos y chistosos, que no me demandó demasiado esfuerzo asumir una actitud respetuosa y casi humilde y responderle de la manera más hipócrita.

—Completamente de acuerdo con usted, don Ventura,

en efecto, Ortega y Gasset hace toda una fundamentación de esta acepción de la aristocracia, a partir, creo recordar, de la etimología misma de la palabra. Y el ensayo de don Jorge Basadre (y me alegro que haya aludido a él) me ha ayudado mucho a despejar ciertas dudas que me perturbaban. Poco he leído, en cambio, a don Marcelino Menéndez y Pelayo, pero sus palabras, doctor Candamo, constituyen una incitación para iniciar una lectura sistemática y me permito pedirle que, cuando usted disponga de tiempo, me indique las obras que me resultan indispensables de leer del gran polígrafo español. También encuentro justas sus palabras en torno a don José de la Riva-Agüero, y me pregunto si ya ha llegado el tiempo de emprender una reevaluación de su legado en la formación y profundización del concepto

(que es también vivencia, pasión) de la peruanidad. En cuanto a mi monografía, no me han animado ni la ironía ni mucho menos la burla, aunque sí acepto su crítica relativa al manejo inconveniente de las fuentes consultadas y también creo que usted ha acertado en que no he sabido controlar mi imaginación. Por último, debo confesarle que el estilo que usted ha calificado ahora de barroco es el resultado de la lectura inmoderada y, según lo siento ahora, perniciosa, de un novelista norteamericano del cual reniego.

Qué tal hijo de puta resultaste ser, Martín Villar; y todavía tuviste la desvergüenza de suplicarle:

—Le ruego, doctor Candamo, que continúe con sus valiosas observaciones críticas. Por favor, don Ventura, lo escucho.

—¿Dudó de la sinceridad de mis palabras? Esto temí —le dijo a Deyanira — cuando, tras escucharme, bebió otros sorbos de la purísima agua del pozo señorial y luego permaneció en silencio un tiempo que me pareció interminable. Introduje mi mano en el bolsillo de mi saco, donde tenía el sol exacto para mi pasaje de regreso. Estaba allí, Deyanira, sólido, y ahora pensaba en la conducta que debía adoptar cuando Tintín Candamo se pusiera de pie y, de la manera más cortés, me arrojara del palacio cuyo elogio hiciera plagiando sin remordimiento a cierto autor muy poco conocido de fines del siglo pasado que yo había encontrado en una librería de viejo. Para mi sorpresa, el doctor Candamo de la Romaña rompió el silencio para decirme:

—El segundo tema al que me referiré es a la tesis que sostiene en su trabajo y que se halla expuesta en los capítulos con los sugestivos títulos (aunque más propios de una novela) de «El gran secreto» y «La extinción de un linaje apócrifo».

Para empezar, le dijo que había estudiado con suficiente detenimiento la genealogía de la familia Seminario, un linaje de orígenes oscuros, sin duda villanos.

—En el sentido, Martín, de habitantes de una villa, por tanto gente honrada, pero que, por carecer de hidalguía, había trabajado con sus propias manos desempeñando diferentes oficios, incluidos, es de suponer, los llamados por los estrictos códigos de la sociedad de entonces «oficios viles»; pero he aquí —continuó el doctor Candamo de la Romaña— que en el siglo XVI ingresa a formar parte de la servidumbre de la afamada casa de los condes de Andalucía, Ureña y Salinas, en calidad de maestro de obras, el que sería tronco de los Seminario de Piura y, no hay que olvidarlo, de Guayaquil; por su fidelidad y servicios meritorios prestados a la casa que los acogiera, estas gentes fueron ascendiendo a través de los dos siglos siguientes, y por merced otorgada por el mayorazgo de la casa obtienen estatus de hidalgos y, con ello, el derecho de seguir la carrera de las armas o de convertirse en funcionarios del reino de España. Es así que llega al Perú el primer Seminario, a quien ya podemos llamar, sin infringir las juiciosas reglas de la genealogía y la heráldica, don Cipriano Seminario Calderón. No hay fecha registrada de su llegada a tierras nuestras —don Ventura bebió otro sorbito de agua, suspiró, su semblante adquirió un aire de resignación estoica—, no, Martín, discúlpeme, si quiero ser veraz debo admitir que yo no he podido detectar aquella llegada... Bien... Don Cipriano es hijo de Martín Seminario Gonzaga y de Ignacia Calderón. Contrae matrimonio (según consta en los libros de la parroquia de Santo Domingo, el 10 de mayo) con doña Isabel Saldívar Soto, hija del contador Juan de Saldívar y de Eugenia Soto Fernández, quienes fueron padres del capitán Manuel Seminario Saldívar, el mismo que pasó a principios del siglo XVIII a Piura al servicio del rey de España como alcalde de Ayabaca y después alcalde y regidor del

ayuntamiento de Piura. Durante este periodo adquiere la hacienda Somate y luego enlaza con doña Isabel Jaime de los Ríos Rodríguez Taboada, la que aporta como dote la extensa hacienda Pabur (la forma como adquirieron y extendieron su patrimonio, la carga que pesa sobre los varones acerca de su caudalosa erotía, la atroz leyenda de las rivalidades entre las ramas principales del linaje, las acusaciones de crueldad ejercida contra los indios y campesinos sometidos a su dominio y, en fin, todo aquello que tiene que ver con la imperfección humana, son por entero ajenos a la ciencia genealógica). El resto de la trayectoria de esta meritoria familia es ya bastante conocido, pues, a partir de don Jerónimo Seminario y Jaime, quien siendo sargento mayor del rey de España proclamó la independencia de Piura con el apoyo, y esto es importante recalcarlo, de la clase artesanal, los Seminario, además de convertirse en la más poderosa de las familias de Piura, gravitarán en la historia nacional, ya con Cáceres o con las montoneras de don Nicolás de Piérola, como, por lo demás, alude usted en su monografía, revelando un apreciable conocimiento en torno a los avatares de esta pujante e influyente familia. Pero usted, Martín, se preguntará el porqué de este exordio sobre los Seminario —dijo el doctor Ventura Candamo, mientras su vista recorría los anaqueles de la amplia cámara y lejana se escuchaba la exquisita voz del coro de niños—. Sí, ¿por qué este introito si la investigación estudia a los Benalcázar, luego Benalcázar León y muy colateralmente a los Seminario, a propósito de la alianza matrimonial de los Benalcázar León con una Seminario, perteneciente a una de las ramas secundarias de ese prolífico linaje, alianza, por último, que se extinguió sin sucesión?

—Yo ni siquiera hice el intento de responder —le dijo el joven Villar a la jovencita de los (así le parecieron ahora) ojos dorados— y aguardé, respetuoso, la explicación del propio doctor Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila.

—O sea, continuaste con tu papel —dijo Deyanira.

—Exacto —respondió Martín—, proseguí en mi papel de humildoso, como el más sumiso e infeliz de «los amorfos» y recordé a mi modesto amigo Indalecio Cámac.

Por fin, el fiel discípulo y defensor de la obra y el espíritu del marqués don José de la Riva-Agüero le dijo:

—Vea, Martín, me habría parecido justificable, interesante y aun de cierta importancia, si no para la historia nacional sí, en cambio (y sin la menor duda) para una historiografía regional del Perú, todavía inexistente por desgracia, pues una investigación de esta naturaleza (desde luego, llevada a cabo con el mayor rigor hermenéutico) habría significado un trabajo pionero y un aporte para la comprensión de la formación de las clases dirigentes regionales. ¿No encuentra apasionante, señor Villar, comprobar cómo una familia de origen tan brumoso, villana y servil, adquiere hidalguía (no importa que del grado más penitente) por gracia de sus amos y señores, empieza a alcanzar notoriedad en el corto lapso de un siglo y que le basta otro escaso siglo para convertirse en la familia influyente y poderosa que es en la actualidad? Escúcheme, Martín, usted perdió una gran oportunidad al no elegir a los Seminario como materia de su monografía, pues la mayoría de las familias pudientes provincianas que fungen de aristócratas y nobles tienen una historia no demasiado diferente a la de sus paisanos Seminario.

—Pero, por lo que me has contado —dijo Deyanira—, es el mismo caso de los Benalcázar.

—En efecto —asintió Martín—, y el doctor Candamo debió observar alguna expresión de extrañeza en mi rostro porque se adelantó para decirme:

—En contra de lo que usted está suponiendo, el caso de los Benalcázar es sustancialmente distinto

y aunque no me es grato este patronímico, ¡y debo admitir que en buena parte por influencia de su trabajo, señor Martín Villar Flórez!, le expondré de la manera más concisa mis razones. Pero antes —dijo el unigénito y mayorazgo de la casa Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila con austera fruición que apaciguó el hieratismo de su rostro—, permítame felicitarlo, Martín, por dejar claramente establecida la carencia de todo vínculo entre estos vitandos Benalcázar (no me parece pertinente el calificativo, tan borgeano por lo demás, de *conjeturable* que emplea usted para referirse a este linaje) y el gran Sebastián de Benalcázar, nacido cerca de Trujillo de Extremadura, cuna de tantos conquistadores, compañero de Pizarro, uno de los fundadores de San Miguel de Piura en Tangarará y, luego de tan relevante gesta, en tierras del actual Ecuador y Colombia. Me es odioso este apellido porque, además de su ordinario origen de caballerizos, infama el preclaro linaje de la casa Ontaneda y Gándara y Osma y Agüero de Mendoza. No miente usted, Villar, al afirmar que estos Ontaneda y Gándara que llegaron en el último tercio del siglo XVII a tierras del Perú a servir al rey, el primero de los cuales ocupó el cargo de corregidor en varios partidos, además del de Piura, no miente, repito, es usted veraz al sostener que pertenecían a una rama bastarda de esa insigne casa; pero la bastardía entre linajes nobles, con o sin grandeza, en los severos requerimientos de la genealogía y la heráldica, no constituían baldón y, es más, podían conseguir licencia de su condición bastarda y hacerse merecedores de obtener los hábitos de caballeros de Santiago o de Calatrava y aun acceder a las más altas jerarquías de nuestra pontificia y romana Iglesia Católica. Me es muy conocido —continuó el doctor Ventura Candamo— el pasado glorioso de esta casa no exenta de episodios luctuosos y sucesos trágicos, pero que los Ontaneda y Gándara supieron asumir con estoicismo senequista, que, como sostiene don Ramón Menéndez Pidal y reafirma Vossler, es la filosofía hecha virtud de los linajes

más nobles de España. La información que usted logró acumular sobre los avatares de esta casa es meritoria, aunque por cierto incompleta, dado que a usted le fue imposible tener acceso a la riquísima información existente en España, en especial en la montaña santanderina, lugar de origen de este antiguo linaje del cual se hace mención, si bien marginal, en *La España del Cid*, el bello y erudito libro de Menéndez Pidal. Ahora bien, en ninguno de los archivos de esta casa, tanto en la rama legítima como en la bastarda, figura el nombre de Benalcázar en la relación, siempre tan minuciosa, de los servidores de los marqueses de la casa de Ontaneda y Gándara, como sí aparecen los Seminario, por lo menos desde principios del siglo XV, en los libros de la casa de los condes de Ureña y Salinas. Muchas hipótesis se pueden formular acerca de la ausencia de noticias sobre esta familia, pero todas tendrán este elemento común: se trata de una sangre manchada de infamia, tanto por actos criminales, dignos de un Guzmán de Alfarache, como por ser apellido fraguado para esconder su hebraísmo o su morisma. Es sintomático, por ejemplo, que en Portugal, refugio de tanta judería, exista un apellido que parece una adaptación al idioma portugués de Benalcázar. Por otro lado, resulta de lo más revelador que un Benalcázar llevara los negocios y practicara la usura (sin duda por cuenta propia) del corregidor Ontaneda y Gándara y Osma y Agüero de Mendoza. Por último, el que el primogénito de la tercera generación de Benalcázares formara alianza con los León, fusionando ambos apellidos, podría confirmar esta hipótesis del origen judío sefardí, pues el patronímico de los León de Piura (lo he investigado) no se debe a que fueran originarios del antiguo reino leonés, de la Legio romana transformada después en León, sino que pertenecían a una de las aljamas hebreas expulsadas durante el reinado de los Reyes Católicos. En suma, Martín, se trata de un linaje aberrante e inmoral, aunque después se enriquecieran, virtud por lo demás muy marrana. Y la baja catadura moral de

esta sangre —sentenció el doctor Candamo con incontrolable énfasis— lo demuestra la vida licenciosa en París de Odar Benalcázar y su innoble pasión por la nieta de una india y de un exgaleote, desertor cobarde del ejército de La Serna.

El doctor Candamo de la Romaña hizo una pausa. De una cantarilla de cristal de roca vertió agua en su vaso de cristal de roca, bebió sin deleite tres sorbos y luego prosiguió:

—En cuanto a lo que usted denomina «El gran secreto», me niego siquiera a considerarlo como una hipótesis. Un hecho como el que usted relata (basado exclusivamente en fuentes orales o, más bien, con su perdón, en chismorreos de aldea) sería por completo indigno de un descendiente de la encomiable casa Ontaneda y Gándara y Osma y Agüero de Mendoza. No, Martín, el título en apariencia duro pero en esencia justo del capítulo final de su trabajo debió ser «La extinción de un linaje infame».

—Y con estas palabras —le dijo Martín a Deyanira— el piadoso Tintín Candamo cerró la discusión a este tema, olvidándose de aludir, ¡él, que posee tan portentosa memoria!, nada menos que a José Agustín, muerto heroicamente después de la Batalla de Tarapacá.

Deyanira Urribarri, pensativa, le dijo al joven Villar que las palabras del doctor Ventura Candamo de la Romaña le hacían recordar los principios y códigos que practicaba e imponía su abuelo paterno en sus enormes pueblos andinos. Un aura de tristeza y melancolía hizo cambiar el color de sus ojos y encarrujó su ceño (y que, a la vez que desgarraron el alma del buen Martín Villar, le permitieron descubrir otra hondura de la extraña belleza de su amiga), de modo que para liberarla de ese estado el descendiente del cobarde desertor Miguel Francisco Villar y de la india Sacramento Chira le contó

Acerca de la gran tentación que debió enfrentar el alma del mestizo y plebeyo Martín Villar al ofrecerle su profesor un futuro codiciable como servidor de la casa Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila.

—¿Creerás —le dijo Martín a Deyanira— que no tuve necesidad de gastar el único sol que me quedaba en el pasaje de regreso del tranvía San Miguel-La Colmena, ni tuve que martirizar de nuevo mis pies de vuelta por el camino de grava (no pude evitar que algunas piedrecitas deslizadas por los agujeros de las suelas de mis zapatos mancillaran la alfombra púrpura de la biblioteca-estudio de mi profesor), ni atravesar el muro al ser arrojado de retorno al presente y a la noche me viera forzado a cruzar el extenso y oscuro campo de hortalizas custodiado por feroces canes y, en el supuesto caso de no ser despedazado y de llegar con vida a la zona urbanizada, tuviera aún que caminar seis cuadras hasta la avenida Brasil para tomar el tranvía? ¿Creerás —continuó— que al dar por concluida nuestra primera entrevista, según la denominó don Ventura, este me concediera el privilegio de presentarme a su señora madre, una anciana y bella dama que me saludó con exquisita y distante cortesía y tuvo a bien mostrarme la hermosa capilla del palacio, donde, después de un descanso y de tomar un sustancioso chocolate, bajo la exigente dirección de un sacerdote, hacían el último ensayo los niños acólitos cantores (volví a escuchar la voz límpida y celestial del futuro monje Eduardo Aguirre), que por un instante me hicieron sentir nostalgia por mi fe perdida en el Dios uno y trino? ¿Creerás, querida Deyanira, que al acompañarme el doctor Candamo de la Romaña hasta la puerta, que me abrió el mayordomo, me esperaba en la calzada un majestuoso Cadillac de noble color funerario y, está demás que te lo diga, bruñido, reluciente, y que el chofer, del tipo cholo y uniformado, con quepí y guantes y todo, me abriera la puerta de detrás del timón, mientras desde el pórtico me despedía con medido gesto el infante don Ventura? ¡Nunca lo hubiera imaginado, Deyanira! ¡Ni siquiera se me ocurrió

fantasear con esta posibilidad, cuando caminaba por el sendero abierto por entre el sembrío de hortalizas y divisaba el espeso muro entre conventual y carcelario tras el cual un mundo parecía haber derrotado la lenta voracidad del tiempo!

Y he aquí que el gran Martín Villar, sentado en el mismo sitio en que colocaban sus linajudos traseros los Candamo de la Romaña, sin salir de su asombro pero luchando bizarramente para que no lo desbordara, vio abrirse de par en par la pesada puerta de hierro y bronce, y luego el Cadillac, lento y señorial, rodaba por la avenida de grava flanqueado por el bosque oscurecido, en tanto atrás quedaban las luces que iluminaban la plazoleta, las pérgolas y el pórtico y los balcones salientes del palacio. Al llegar a la entrada (o salida) ya se había adelantado a abrir las grandes puertas el anciano vigía, de quien, con actitud regia, el futuro historiador y doctor Martín Villar, Conde de Pedohermoso, se despidió con una ligerísima inclinación de testa, y cinco minutos después, siguiendo el ancho camino afirmado, el Cadillac, conducido sin prisa por el chofer-lacayo, alcanzaba la avenida Brasil, poblada de opacos chalés y modernos y deslucidos edificios que albergaban a familias de las clases mesocráticas, carentes de auténticos ideales, abrumadas por intereses y aspiraciones mezquinos y atrapadas por amores convencionales y pasiones sin grandeza. Y es que, exclamó nuestro conocido amigo:

—¡La vida, la realidad, el mundo, Deyanira, se ven distintos desde el asiento posterior y único de un Cadillac último modelo!

Como, aunque vendida, degradada, debió ver la vida y al pueblo de Congará la núbil Primorosa Villar, mientras en una soberbia yegua ricamente enjaezada recorría la ilimitada calle de la deshonra. Porque había quedado entendido, sobreentendido y archientendido, que yo, cediendo a la gran

tentación, accedí venderle y entregarle el alma al doctor Candamo de la Romaña.

—Claro que todo fue una comedia —dijo Deyanira.

—Exacto, Deyanira, una comedia, una farsa, una broma reivindicativa, y yo escuchaba, durante la mascarada, la táctica envolvente que utilizaba mi anfitrión.

¡Todo un futuro brillante y un panorama ilimitado se le abría al oscuro descendiente de gentes villanas que labraron la tierra ajena con sus manos y desempeñaron trabajos viles en la construcción del Canal de Panamá y cargando bultos y fardos en los muelles de Guayaquil y Paita! Y ningún genealogista de los descendientes de la cuarta o quinta generaciones de Martín Villar registraría sus tenebrantes orígenes, pues él sería el fundador de un nuevo linaje. El doctor Candamo dejó de restregarse las manos, bebió otro sorbo de agua y auscultó el semblante mestizo aceptablemente claro del estudiante donde, ¡por fortuna!, predominaban los rasgos hispánicos sobre los indígenas, para determinar el efecto que la promesa indirecta había causado en el hostil e irreverente espíritu del jovencito, atravesado de confusión, resentimiento y humor desgarrado que se trasuntaban en la monografía, donde, a través de la genealogía de los Benalcázar León y Seminario, que sin duda habían agraviado a los antepasados del pobre muchacho Villar, pretendía arreglar cuentas con las clases superiores y dirigentes del Perú. Y había sido una jugada maestra del en apariencia tímido historiador empezar por menoscabar el orgullo de los Seminario revelándole la procedencia villana de la estirpe y por hacer recaer sobre los Benalcázar todo el desprecio de un linaje incontaminado como el suyo, lanzándoles las más inapelables execraciones: *gente oscura y marginal, engendros de la germanía con deudas inveteradas con la justicia por bandidos y asesinos, los varones, y las mujeres, por barraganas y maritornes*. Y lo que era aun más intolerable:

familia de sangre impura, conversos de la judería o la morisma. Y no había pasado inadvertida a los ojos perspicaces del doctor Ventura Candamo la alegría que se reflejó en el rostro del alumno, como si lo estuviera liberando o acudiendo en su ayuda para vencer a los fantasmas que atormentaban su corazón y alimentaban sus fantasías vindicativas.

—Sí, Martín —prosiguió el doctor Candamo tras calibrarle el rostro—, son dos vastos proyectos que nuestro instituto se ha propuesto llevar adelante con una duración mínima de diez años. No tenemos, providencialmente, ningún problema de financiación para ambos proyectos, contamos con generosos donativos de ilustres familias limeñas ligadas a nuestra universidad, con el aporte de la Iglesia y el Estado, del gobierno español y de varias universidades afines a la nuestra de Hispanoamérica y Europa. El más ambicioso y completo —dijo con meditado orgullo don Ventura— es el primero y consiste en la elaboración de un monumental diccionario biográfico de todos los conquistadores y españoles eminentes venidos y afincados en el Perú hasta el tiempo de la gestión del gran virrey Toledo. Por cierto, ya hemos avanzado algo, pero no basta con la consulta del centenar de cronistas y el estudio de los libros de cabildos y de las parroquias del Perú. Necesitamos saber los antecedentes, la investigación minuciosa de los linajes de los cuales proceden y para esto es imprescindible consultar no solo el Archivo de Indias de España, sino archivos familiares, libros de cabildos y testamenterías desperdigados por todo el territorio español, además de la documentación existente en la biblioteca del Vaticano y, en general, de los países donde España tuvo presencia y ejerció dominio. Una de las misiones menos impugnables de las universidades —sentenció con gravedad el historiador y decano— es la investigación. Y con la ejecución de este proyecto, la Pontificia Universidad Católica del Perú, a través del Instituto Riva-Agüero, hará un valioso aporte para indagar la génesis y desarrollo de

nuestra peruanidad. Y es más, será una contribución a la historiografía española que, por desgracia, ha descuidado este aspecto que marcó el cenit de la grandeza de España. El segundo proyecto, fundamental también, es, sin embargo, comparativamente, menos complejo. Me refiero, Martín, a preparar y editar las obras completas del padre de la historiografía moderna del Perú, me refiero, está demás decirlo, a las obras de don José de la Riva-Agüero. Ahora bien, contamos ya con el núcleo de historiadores, que me honro en presidir, que dirigirá los dos proyectos, pero nos falta completar el equipo de investigadores, que deben ser necesariamente jóvenes, para que bajo la asesoría de nuestros historiadores empiecen el rastreo y acopio de datos, lo cual supondrá viajes de duración, por lo menos, de dos años a España y otros países de Europa. Quiero que escuche bien esto, Martín: he leído varias veces con suma atención la monografía sobre aquel ominoso linaje; las críticas que me he creído en la obligación de hacerle no desmerecen la excelencia de su trabajo. Se lo diré una vez más, estimado Martín Villar: posee usted un talento nato de historiador, puede usted, se lo aseguro, llegar a ser un historiador importante en el Perú y hacer aportes decisivos para el mejor conocimiento de nuestro pasado. Pero es preciso que tengamos dos o tres charlas antes de incorporarlo a nuestros dos proyectos y de presentarlo a los integrantes del equipo de investigación, jóvenes cultos pero sin la pasión que usted pone en los trabajos que realiza. Le ruego, Martín, que no me diga nada en cuanto a su aceptación o no a la propuesta que le estoy haciendo. Piénselo. Como le repito, todavía necesitamos conversar más. Ahora, permítame presentarle a mi señora madre, una gran aficionada a la historia y a quien debo el inicio de mi vocación.

—Todo esto —le dijo Martín a su amiga— constituyó la representación, la comedia o farsa, como muy bien dijiste. Pero, ahora, mientras el Cadillac me conducía por la avenida Brasil, sentí la verdadera tentación. Muy astuto fue

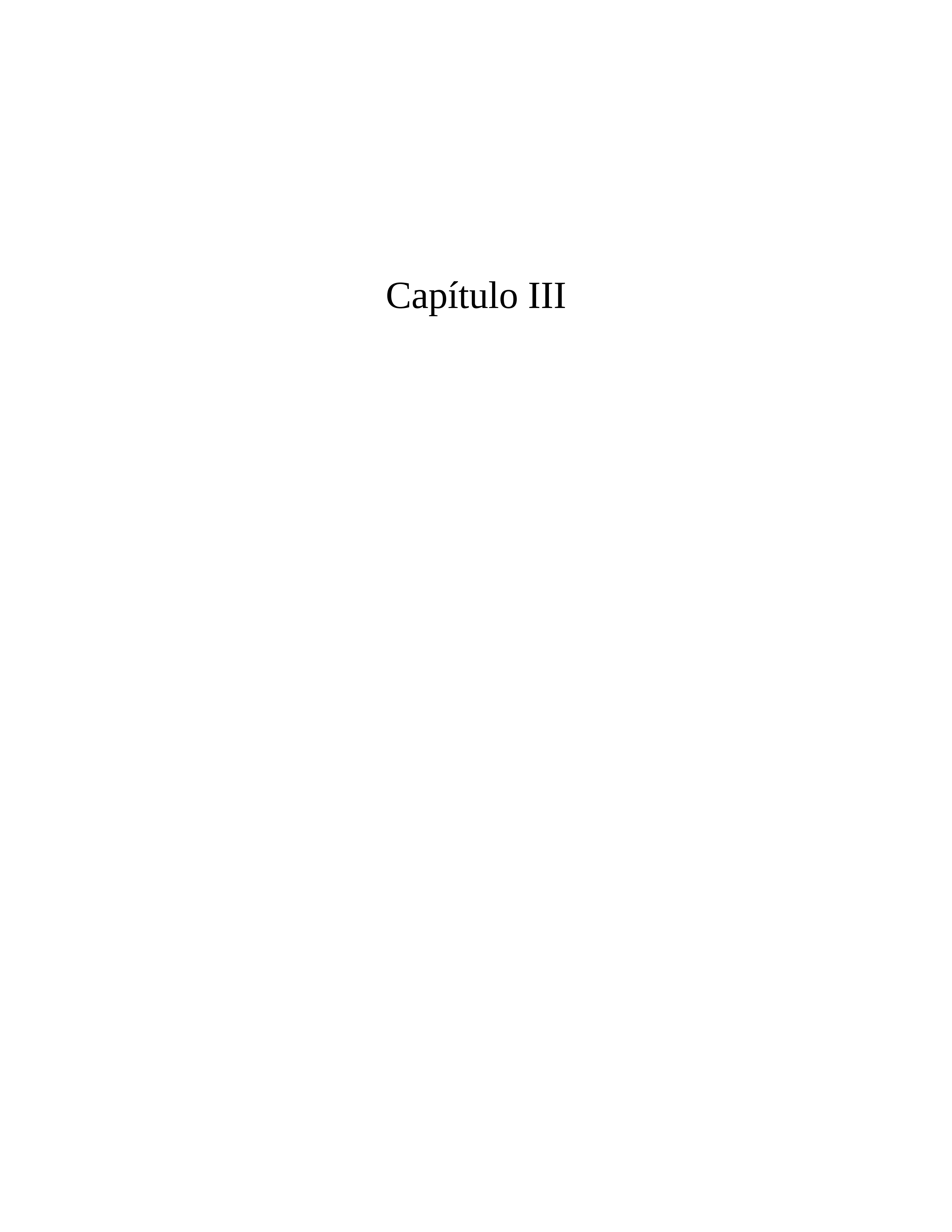
Tintín Candamo. Sabía que este viaje en el mejor de sus coches y guiado por su chofer particular me ayudaría a imaginar la magnitud de su propuesta. ¿Te imaginas? ¡Dos años por lo menos en España! ¿No era esta también una forma de vengar a los míos? ¿No sería, además, una ocasión para rastrear el origen innoble y acaso vil de muchas familias piuranas que vivían en la antigua calle San Francisco?

Eran las ocho y treinta y cinco en el reloj de la iglesia María Auxiliadora de los curas salesianos, en cuyo colegio de Piura había estudiado a partir del quinto de primaria.

—El chofer no necesitó que yo le indicara por dónde debía guiar al automóvil. El doctor Ventura Candamo había cuidado todos los detalles y le había proporcionado mi dirección entresacada de mis datos personales, entregados al iniciarse el curso de Preseminario de Historia del Perú. El Cadillac se desplazaba majestuoso y después de bordear la Plaza Bolognesi siguió por el Paseo Colón y luego giró a la avenida Wilson. No había ya demasiado tránsito y los ómnibus y autos modestos y viejos parecían abrirle paso al largo, ancho y macizo Cadillac. El chofer detuvo el vehículo en el cruce de La Colmena mientras cambiaba la luz roja. A pesar de que estábamos en noviembre, una menuda y pertinaz garúa caía por el centro de Lima. Poco después el conductor reiniciaba la marcha, que continuó por Tacna, volteó por Huancavelica y luego por Lártiga, y vi las puertas cerradas de la que hubiera sido mansión de Riva-Agüero, donde tenían ahora su sede el rectorado de la Católica, la Facultad de Derecho y el instituto al que pronto yo pertenecería. ¡Los Benalcázar León y Seminario me abrían un porvenir venturoso! Ahora el Cadillac volteó a la izquierda por Santo Domingo y Conde de Superunda y, segundos después, como si el chofer me hubiese conducido muchas veces hasta donde yo vivía, frenó con exactitud frente al caserón destartalado de Matavilela. En la puerta había unos muchachos que

emitieron silbidos de admiración al ver el imponente Cadillac. Preparándome para mi nuevo estilo de vida esperé que el chofer bajara del timón a abrirme la puerta y le di las gracias de manera cortés y sin ningún efluvio plebeyo. Los muchachos, con alguno de los cuales me saludaba, me miraron asombrados y luego fingieron ignorarme, en tanto el Cadillac se alejaba. Entré al caserón y tomé conciencia de la miseria en que vivía. Atravesé el primer patio y el segundo y llegué al tercero, el más sórdido y deprimente, y abrí con la pesada llave mi cuarto. En mi mesa estaba mi monografía, que me había abierto la posibilidad de un destino más alto. Entonces recordé que no había cenado y que, por guardar las maneras, apenas si había probado un par de bizcotelas y un piononо. No sería la primera vez que me tendería a dormir con el estómago vacío. Me puse mi pijama y las medias de lana y me zambullí en el lecho con las carillas de *Los Benalcázar León y Seminario*. Con fatuo orgullo empecé a leerlas y mientras las iba leyendo comencé a sentir vergüenza por los sentimientos que me habían embargado al viajar en el Cadillac y por el interés que puse al escuchar la oferta que me hiciera el doctor Candamo de la Romaña por la compra de mi alma. ¿En cuánto la cotizaba? ¿En un viaje a España, en una cátedra después de que me doctorase, en nuevas relaciones que me permitirían un buen matrimonio de interés que me ayudaría a ascender socialmente y a tener hijos de piel más clara que su progenitor? Dejé las hojas en la silla que me sirve como mesa de noche, apagué el foco y, en la penumbra, fijé la vista en la viga donde se hubiera colgado la tía Dioselina, y entonces al ruido que hacían mis tripas por el hambre se sumó el salvaje aullido de los fantasmas de mis antepasados y, nombrándolos a cada uno, como lo hiciera cierta tarde en el hogar primordial, les prometí que no volvería a acudir al palacio de la casa Candamo de la Romaña y Sancho-Dávila y, por primera vez, Deyanira, sentí el imperativo de retornar a Congará, lo cual supondría abandonar la universidad y apartar de

mi porvenir todo aquello (¡todas las tentaciones, Deyanira!) que se opusiera a la realización del destino que ahora había elegido de manera definitiva.



Capítulo III

El viento y la memoria

Yo había crecido, lo he dicho ya, oyendo la historia de los míos, pero mis fuentes de conocimiento hasta la vez de mi visita a Congará solo provenían de mi propia familia. Sin embargo, en relación con la vida de Primorosa Villar, cuya historia avasalló mi conciencia durante la temporada que permanecí enclaustrado en el seminario, descubrí que había lagunas, silencios, contradicciones, demasiados cabos sueltos y predios clausurados. Y la incesante lectura de los cuadernos que me legara mi padre (escritos, Dios me perdone, con pródiga y provinciana elocuencia) me hizo sospechar la existencia de un agravio aun mayor que había deshonrado para siempre a nuestro linaje. ¿Existió este oprobio? ¿En qué había consistido? ¿Por qué la memoria familiar lo había sepultado? De modo que en las horas de silencio absoluto, dedicadas a la meditación y al venturoso diálogo con Dios sapiente y punitivo, fue creciendo en Martín Villar el deseo de evadirse de los claustros y viajar al pueblo. Y esto mientras se entregaba con bíblico frenesí a sus ágapes solitarios y a fantasías sacrílegas y perversas, como, llegado el tiempo, el muchacho Villar habrá de consignar en sus cuadernos secretos.

Sí, yo deseaba, yo necesitaba recoger todos los testimonios posibles sobre cuántas cosas; por ejemplo, sobre el asunto del rapto, la desaparición o la huida de Primorosa. Altemira Flórez, mi madre, que nunca me habló con franqueza de la venta ni de la relación de la tía Primorosa con Odar

Benalcázar León, el amo de Congará, solía decirme que ella se unió a la caravana circense para escapar del despotismo de mi primer abuelo, Cruz Villar. Y me digo que quizá sea ineludible referir las confidencias delirantes, por momentos intolerables por su impudicia, y tan cargadas de enigmas, de mi pobre tía. Solo el recuerdo de su hermano Inocencio confería sosiego a sus palabras, abriendo su memoria al paraíso de la infancia. Paraíso secreto y prohibido (me cuesta decirlo) que en sus últimos años evocaba en toda su cruda belleza. *Inocencio, dulce Inocencio, llévame al bosque. Pero no, hermanito, el bosque solo existe en mi corazón, y tú lo viste arder... ¡Maldito, degenerado hombre! ¡Que también los arenales se traguen el palacio! ¡Que no haya salvación para Congará!...* Después estaba la brusca (la cruel, la obscena) confrontación entre ella y mi abuelo Santos, en quien, pienso ahora, veía la prolongación de la odiada imagen paterna. Y a todo esto habría que agregar las depravadas insinuaciones de la ciega Gertrudis, que aumentaron mi confusión y sembraron en mi conciencia sentimientos de culpa. ¿Sería verdad que, al huir, Primorosa Villar saqueó las joyas familiares que estaban en poder de la inválida Paulina Benalcázar, además de cargar con los considerables regalos (alhajas, quintos de oro y plata, trajes) con que su dueño había intentado usurpar su afecto?...

Pero ahora que hago el recuento de aquella jornada sé que no fueron únicamente estas razones las que determinaron mi huida del seminario y mi peregrinaje hacia Congará, mas dejaré de lado por el momento la experiencia que viví entre esos muros de expiación y de fervorosa abominación de la carne. Fascinado, diré, por las anotaciones de mi padre, pretendía sentir el empuje tendencioso del viento amortajando con arena al pueblo y la memoria rencorosa y pertinaz resistiéndose a morir. *Necesitaba sumergirme en esa atmósfera*, le confié a Deyanira Urribarri, le contaría después a mi pequeña Zoila, *donde mi padre en su primera infancia viviera el hecho crucial que*

hizo de él un hombre taciturno y soñador, nostálgico de mundos imposibles. Ansiaba conocer la casa (el hogar primordial tantas veces soñado por mí) del viejo Cruz Villar. Y asimismo juzgaba imperioso asomarme aunque fuera a las ruinas de la mansión (que los lugareños, mi propio padre, denominaban «el palacio») de Odar Benalcázar, el hombre poderoso que compró a la hermosa potranca sobre la cual cabalgó y sobre cuyas esbeltas y lujuriosas ancas, fuete en mano, hundió sus espuelas de oro.

—Una potranca. Un potro. El caballo —suspiró Deyanira en el húmedo y sombrío cuartucho de Matavilela— es el animal más bello. Pero la primera vez que con mi hermano Adrián me atreví a subir a la puna, intuí, por la mirada de Pedro Asto y de los demás indios e indias, lo que esta noble bestia simbolizaba. Y también mi corazón me reveló lo distintos que éramos Adrián y yo. Oh, perdón, Martín. No me hagas caso. Por favor, continúa, continúa.

De modo que Martín Villar había escalado los muros conventuales (llevaba con impía ostentación el negro hábito de seminarista, del cual no se despojaría hasta el amanecer) y después de una larga noche en la que deambuló por los más sigilosos rincones de Piura (su antiguo barrio, la ruta atormentada de las caminatas nocturnas del padre Azcárate, los bulines de donde fue arrojado por los porteros cafichos, el Puente Viejo, donde se sentó frente al Ciego pero sin decirle una sola palabra, la calle San Francisco, en una de cuyas mansiones ruinosas escupió la placa de bronce que perennizaba la muerte gloriosa de José Agustín Benalcázar León y Seminario en la Batalla de Tarapacá) tomó el tren que lo dejó en la estación de El Arenal, cerca, muy cerca, de la tierra de los de su sangre. Y ahora, aturdido por el relumbrón de la canícula y el bramido del viento, contempló desde la lejanía, como si estuviera a punto de ser engullido por las arenas, un pueblo espectral

asediado por sus cuatro costados por un osario de médanos. *Y esto es lo que queda del antiguo esplendor de Congará*, se dijo Martín Villar recordando una frase de las anotaciones de su difunto padre. Aunque, la verdad, era difícil imaginarse ningún esplendor en esta olvidada villa, chamuscada y terrosa, como difícil me era todavía imaginar a Primorosa Villar en la plenitud de su belleza. Mi padre, infausto (ay, y rezagado) lector de los Amado Nervo de su tiempo, había anotado «Miré a mi tía y lloré. Fue como contemplar la vejez de las rosas». De manera similar, al referirse a la decadencia de su pueblo abundaba en imágenes de devastación, de hundimiento, de vida descarnada hasta el puro hueserío, de osatura de bestias innobles calcinándose bajo el rescoldo del desierto, que avanzaba tranquilo y victorioso, mientras el tío Inocencio, desde las dunas del Alto del Gavilán, observaba durante largas horas el camino por donde huyera Primorosa o, desde otro extremo, por los médanos de El Almendro, miraba impenitente el implacable viento cargado de turbonadas de arena que iban cubriendo el bosque que Benalcázar hiciera incendiar.

¡Ah, las exultaciones y amargas hipérboles de mi infortunado padre! Y, sin embargo, luego de que atravesé el gran arenal e ingresé al pueblo y, escuchando la ignorada voz de mi progenitor, empecé a recorrer sus calles y fui a dar a la plaza, me dije que tal vez no fuera pura jactancia aldeana aquello de la existencia de una época de oro. He recorrido con los años numerosos pueblos de los dos grandes valles de la tierra piurana y si en todos ellos me encontré con el unánime rostro de la desolación, ninguno como este pueblo conservaba alguna huella de una época de florecimiento y aun de vida dispendiosa. Sé (y este era uno de los mayores orgullos de mi tío Silvestre) que por estas mismas calles por donde yo ahora iba laboriosamente caminó Simón Rodríguez rodeado de jóvenes estremecidos por su locura magnífica. Que su palabra no cayó del todo en el vacío me lo revelaron (además de la

propia vida de mi tío Silvestre, además de los ilusorios sueños de mi desventurado padre) alguna lápida del cementerio cuyo epitafio aludía a una vida entregada a la búsqueda de justicia y a la defensa de los indios, así como la tumba de la señorita Domitila Diéguez, la maestra de Primorosa Villar, que imponía a las generaciones venideras el deber de no olvidar los días de la ocupación chilena.

—La primera vez que usted, maestro Martín, me llevó a Congará, visitamos el cementerio. No comprendí lo que quería decir la lápida, pero me dije que en vida la señorita Diéguez debió odiar y sufrir muchísimo. Y calladito, para que usted no se diera cuenta, recé por el alma afligida de la maestra.

—¿Qué decía exactamente la lápida, Martín?

Con mano torpe, Martín Villar dibujó una lápida y el epitafio. Deyanira Urribarri se acercó a la mesa y vio lo siguiente:

«Domitila Diéguez Saldarriaga
(1856-1897)
Su alma, y la de su novio,
Lizandro Ordinola, muerto
en la Batalla de San Juan,
no hallarán reposo hasta que
las generaciones venideras
venguen la deshonra
que padeció la patria
por la cruel invasión

de los chilenos».

Congará, el pueblo de los míos, condenado quizá a desaparecer de la faz de la región piurana. Pero sí, estas mismas ruinas que ahora tenía ante mis ojos daban testimonio de su antigua prestancia y jerarquía.

«Mi inolvidable tía», escribió mi padre, «en su estulticia, agravada por el rencor, infamaba a nuestro pueblo llamándolo “este corral de chivos”. No niego esta impresión, pero años después, cuando he superado tantas tristezas, lo que mi corazón ve son los despojos de un pueblo que con orgullo afirmo que fue la pepa de oro de la región». Estas palabras se impusieron en mi memoria al acercarme a las primeras casas y entonces me dije que las imprecaciones de mi pobre tía, que se remontaban a la época de su retorno a Congará, se ajustaban más a la realidad que las ensoñaciones de mi padre, pues aquí no había ninguna pepa de oro, solo cagarrutas de chivo, remolinos de arena hedionda, la sombra de algún gallinazo que planeaba bajo un cielo injuriosamente azul y el sol rabioso y los rugideros de cobertizos que adensaban el silencio. Pero ahí estaba la estricta voz de mi padre obligándome a descubrir esto y lo otro y aquello por detrás de las ruinas y por detrás también de la distanciada hostilidad de los rostros que ahora, asomados a puertas y ventanas, contemplaban mi ardua marcha sobre las riadas de arena.

Recuerdo que antes de dar con la Calle Real (en mis oídos resonaban nombres de lugares y barrios) caminé al azar extraviándome por callejas y recodos y vías, hasta que obtuve una primera visión de Congará. Sé que un pueblo (o un paisaje) puede ser un estado del espíritu, un espacio condicionado por la imaginación, y por esos días no había mucha cabida en mí para aquello que no fueran imágenes de desamparo, ruina y vida extinguida. Vi varias casas reducidas a escombros; otras tenían los techos

hundidos; otras, las fachadas agrietadas; otras se hallaban precariamente apuntaladas por horcones y no pocas (ennegrecidas, semicarbonizadas) conservaban las huellas del fuego profiláctico del joven doctor González. Visiones de los meses de la peste, que yo había leído en el *Diario* que llevó el papá del doctor, se impusieron a mis ojos y emergió la voz delirante de mi tía Primorosa: *Lo único que te perdono, Santos, es que vendieras tu alma al diablo para que la maldición cayera sobre Congará*. Pero enseguida escuché la voz de mamá Altemira, de la tía Dioselina, diciéndome que no asuntara los desvaríos de una mente trastornada.

Después (pero no sé en qué momento) accedí a la plaza, un cuadrilátero que juzgué ampuloso para el desvalimiento que imperaba por todos los rincones. En el centro (como recordaba mi padre) perduraba una glorieta, pero los pilares estaban astillados y la techumbre, con sus restos entramados de ramas y pámpanos, era un puro cernidero. Ahora recordé una anotación hecha al paso por mi padre: «Y este era el reino del Atormentado Trelles». También perduraban (no había otros árboles ni plantas) dos tamarindos que, según ley, en Congará habían sido plantados por Simón Rodríguez en recordación de su paso por esta tierra. Bajo uno de ellos dormitaba un hombre junto a lo que supuse era su acémila, mientras cabras ariscas merodeaban en torno a la glorieta, fustigadas por unos cuantos churres (los primeros que vi) desarrapados y descalzos.

Creo que fue la visión de la plaza (en ella el sol parecía arrojar su fuego más compacto, en ella los vientos colisionaban levantando altos torbellinos de arena) la que me reveló el auge que debió imperar en el pueblo tres o cuatro generaciones antes. La iglesia me hizo recordar a la de San Francisco de Piura, pero en esta que tenía ante mi vista, una de las torres se había desplomado tiempo atrás y el atrio había sido ganado por el arenal. ¿Por qué en este momento mi memoria mantuvo sepultado el nombre y la figura de

Petronila Jaramillo? ¿Fue por la humildad de su destino? Pero, en cambio, mi mente (con cierta ansiedad que no llegaba a ser remordimiento) se pobló de imágenes sacrílegas y blasfematorias vividas en el seminario y aun de ceremonias pervertidas de los más desamparados años de mi pubertad.

Del antiguo edificio municipal solo quedaban los muros y el solar se había convertido en cagadero público festinado por gallinazos y cerdos. *Estercolero, guano y mármol*, deliraba la tía Primorosa, *perra, loba en celo, esto es Congará, pero la perra devoró a sus críos, las tetas rebosaban de leche asesina y el degenerado hombre mamó hasta hartarse con la leche de su cachorro arrojado a la inmundicia*. Al escuchar esta voz, que yo creí olvidada, adiviné su sentido y por unos instantes quedé aturdido.

—Devoró a sus críos, Deyanira, ¿entiendes?

—Si fue verdad, hizo bien, Martín —respondió ella—. Las mujeres no deben parir. Antes de quedar preñada, me haría extirpar los ovarios.

—¿En tan poca cosa me tiene, maestro Martín, que no me deja parir de usted?

Medio sonámbulo aún di varias vueltas a la plaza. Cuando recuperé la calma advertí que terminaba de ceñir la plaza, las casonas donde habrían residido los blancos principales, sin contar la mansión de los Benalcázar León y Seminario que, pese a la decrepitud, todavía se mantenía en pie, solitaria, a un par de kilómetros del pueblo. La mayoría de las casonas se hallaban clausuradas o semiderruidas, pero altas, anchas, de grandes portones y (por lo que pude atisbar) pródigas en aposentos y patios.

Ya más sosegado consideré la plaza desde diferentes ángulos y la compulsé con las evocaciones de mi padre:

«Verás las ruinas de lo que fue la más hermosa plaza de armas de la región, mejor (los mismos porteños lo admitían) que la de Paita. Sentí como si me laceraran el corazón cuando supe ahora poco que se había venido abajo la torre del campanario. Pero yo todavía alcancé a oír sus campanas cuyo tañido se dilataba a veinte kilómetros por entre arenales y dunas. Prueba, si aún existen, los dulces copos de las guabas, los mangos frescos y jugosos y los tamarindos de fibras carnosas. Todavía verás (ellos nos han de sobrevivir) los verdes pacasos que desde no sé qué tiempos vivían y crecían entre los árboles de la plaza, y yo no puedo rememorar mi infancia sin la mirada yerta de esos pacientes lagartos contemplando los juegos de los niños (a mí me estaba prohibido jugar) en torno a la glorieta, esa gema engastada en el corazón de la plaza. Las casonas que verás (aunque nunca hubiera existido el palacio de don Odar Benalcázar, ¡y Dios hubiera querido que nunca existiese!) te hablarán del antiguo esplendor de mi pueblo. Y recuerda que un día (en los viejos tiempos, me dije, en el antiguo dolor) esos portones se abrieron para recibir en sus salones a mi tía Primorosa...».

La que fuera mansión de los Benalcázar León y Seminario se levantaba sobre una lomada y se hallaba apartada del perímetro del pueblo, siguiendo la prolongación de la calle de Los Arrieros (como, según las anotaciones de mi padre, se nombraba antiguamente a la parte este de la Calle Real), pero preferí dejar para después mi visita. *Habrá tiempo*, me dije, *habrá tiempo*, repetí, pues como una lumbrarada tuve la certeza de que algún día vendría a vivir a esta región. Y así opté por proseguir mi recorrido por Congará, mientras me iba diciendo *por estos mismos terrales caminaron los de mi sangre*. Sin embargo, ahora traté de orientarme y dar con las calles, parajes y barrios que yo había aprendido de memoria de los cuadernos de mi padre. *¿Por dónde empezar?*, me pregunté, segundos antes de quedar envuelto por un denso torbellino de arena. Tosí, tragué tierra y quedé medio enceguecido,

mientras el vendaval arremolinado se alejaba. Con los párpados inflamados distinguí algunos rostros de mujeres en las primeras cuadras de la Calle Real, pero al acercarme a ellas se metieron en sus casas cerrándome la puerta. Solo dos de las mujeres (preñadas, rostros pálidos y marchitos, mirada fría y neutra) esperaron a que me acercara. *¿La Polvareda? ¿El pasaje del Brujo? ¿El Almendro? ¿El Arrabal?*, repitieron. *Nada de eso existe, joven; todo se destruyó con la maldición que cayó sobre este pueblo*. Quise insistir, pero rápidamente entraron a sus casas, aunque detrás de sus puertas oí que me decían *pregúnteles a los mayores, si todavía viven o no se les ha pasmado el seso*.

No me quedó otro camino que apelar a mi memoria y trazar una improbable geografía, mi propia carta de travesía. El río. Ordené a mis pasos buscar su dirección, pues el pueblo estaba levantado paralelo al Chira y si dirigía mis pasos hacia la ribera me encontraría con el barrio de El Almendro. Casi al cabo de la Calle Real tomé por un atajo transversal y agucé el oído esperando percibir el rumor inconfundible de la corriente de un río. Pero no escuché sino el chivateo del animalaje en los corrales y tuve la sensación de ser espiado a través de las quinchas de pájaro bobo. Tres cuadras después el pueblo terminaba abruptamente por las ondulaciones de arena parda que penetraban en las calles estrechas. Aquí y allá se erguían estoicamente algunos algarrobos, zapotes y faiques, los cuales, dentro de no muchos años, terminarían devorados por el avance de los arenales. Conjeturé que por este espacio debió levantarse antaño el barrio de El Almendro, habitado sobre todo por indios sechuras. Me interné en los arenales y a la mano izquierda empezaban el lomerío y los primeros médanos. Seguí este rumbo, el sol me castigaba y tenía la boca seca, pero aún podía resistir las fogaradas y la sed. Entonces distinguí un enorme médano hacia el cual me encaminé. Iguanas y lagartijas parecían contemplar mi penosa marcha y atrás habían quedado los

últimos pájaros (negros, luisas, soñas, chilalos) entre los algarrobos, vichayos y oberales que se levantaban en los corrales de las rancherías. No vi ningún macanche, ninguna cascabel, pero antes de emprender la subida hacia el espinazo del médano, sobre unas matas espinudas, distinguí huevos de culebras. Al rematar la cima me faltaba el aliento y la sed comenzó a apretar. Mi cabeza ardía y al principio todo lo vi como si fuera un espejismo. De buena gana me hubiera tendido para descansar, pero la arena hervía y el sol infernal lo incendiaba todo. No obstante, me senté, respiré profundo y cerré los ojos para descansar la vista del encandilamiento de todo ese paraje de dunas. Un soplo de viento ardiente me despertó del letargo y mi memoria se abrió a otros tiempos y a todas las voces. Y fue así que caí en la cuenta de que me hallaba en uno de los médanos donde solía sentarse el buen Inocencio, primero a ver arder el gran bosque y luego, a través de los años, a contemplar las pacientes e imperturbables riadas de arena que, empujadas por vientos de diferentes intensidades y texturas, iban cubriendo el antiguo espacio de la dicha.

—¿Y no se le apareció el lagarto de oro, maestro Martín? Ay, pero que zonzonaza soy. El lagarto de oro nada más que sale a la medianoche para cuidar las tumbas de nuestros antepasados gentiles.

—Tú amas el desierto, Martín. Y yo extraño las grandes montañas y precipicios de mi tierra.

Pero entonces, la verdad, no amaba el desierto: solo lo había imaginado y soñado en relación con los míos, en relación con los grandes espacios que veían los ojos alucinados de Inocencio Villar. Entonces, sin poder discernir por dónde había llegado, escuché una voz de los ancianos.

—¿Qué miras, muchacho? ¿Qué deseas encontrar?

En efecto, era un anciano, mestizo claro, casi blanco, de rostro muy arrugado, magro de carnes y curtido por el sol. Llevaba un viejo sombrero de paja y portaba sobre el hombro un hacha. Un leñador, pero el anciano poseía cierta majestad que no correspondía con un leñador común.

—Trataba de imaginarme —le respondí— cómo sería este lugar cuando en vez de estos arenales se extendía el inmenso bosque.

—¿El bosque? ¿Pero el bosque dices? Eres demasiado pichón para que sepas nada del inmenso algarrobal que muchos años atrás nos daba fresco y protegía nuestro pueblo. Jagüeyes, pájaros y animales de caza había como una bendición. Y hasta el jaguar señoreaba. Mírame: consumido y reducido a cenizas, me parezco a lo que quedó del bosque antes que las arenas comenzaran a tenderle su mortaja... ¿Ves esta hacha?

—Sí, señor. La veo —me invadía un malestar, casi un temor.

—Con esta me traeré abajo las casas que fueron de los principales. Mira el filo que tiene. Todos los días al alba la afilo en la piedra del batán mientras digo mis oraciones. Ah, eso sí: empezaré por el palacio de Benalcázar, que fue el más cruel de los blancos —se interrumpió y me miró con sus ojos zarcos, perdidos entre millones de arrugas—. Juro que te conozco, muchacho. En las noches veías arder el bosque y durante el día, desde el Alto del Gavilán, te la pasabas mirando el camino por donde huyó tu hermana. ¿No te acuerdas, Inocencio, que cuando eras churre y yo todavía un mozo volví a poner en su sitio el hueso del hombro que te habías dislocado? Te trajo tu mamita, Trinidad Dioses. La finada lloraba más que tú, pero con la virtud que Dios me dio, en un abrir y cerrar de ojos puse el hueso en el lugar que le correspondía en la osamenta... Ponte de pie, Inocencio —me dijo con voz que no admitía réplica, así que obedecí, mientras el anciano ponía el hacha en la arena, cuyo filo agudísimo destellaba hasta lacerar la vista—. Veamos —

empezó a examinar del antebrazo al hombro—. Hmmm, bien, correcto, has quedado como Dios te trajo al mundo. También Primorosa... Pero siéntate, Inocencio, siéntate... También ella padeció zafadura. El blanco Odar me mandó llamar. Nunca había puesto los pies en el palacio. Parecía una figuración. Tu hermana dio un mal paso al bajar las escaleras de mármol. Primorosa tenía pie de niña, de blanca. Muchos hombres hasta habrían vendido su alma para estar en mi lugar. El blanco, celoso a lo mejor, no me quitaba el ojo. Pero era hombre austero, de virtud, y mi único pensamiento mientras tenía la pierna desnuda de ella era aliviarla poniendo el hueso en su lugar. Benalcázar puso un águila de oro en mis manos. Pero no acepté. «Es demasiado pago para tan poco trabajo», le dije. Como hombre de virtud antigua acepté una peseta, que era lo justo. Y Primorosa quedó como nueva, lista para hacer maromas en el circo y huir —recogió el hacha y volvió a ponérsela sobre uno de los hombros—. La alegría que me has dado, Inocencio. Pensaba que ya no te vería sino en la otra vida. ¿O es que acaso ya estamos en la otra vida?

El anciano enmudeció y un viento de aflicción ensombreció su faz. Con el hacha sobre el hombro comenzó a descender por donde yo había subido.

—¡Señor, espere! —le grité—. ¿Cómo se llama, señor? Dígame, por favor.

—Si tú no me reconoces, Inocencio, es que ya no soy nadie —me dijo volviendo apenas la cara—. Desde que abandoné mi virtud no soy ni siquiera la sombra de quien fui.

Con el corazón dándome tumbos seguí con la vista al anciano, pero lo que mi corazón y mi mente me decían era que me había confundido con el hermano amado de Primorosa Villar. La memoria conserva no solo las imágenes, también guarda las sensaciones, pues sentí que una mano fría pero delicada, pese a la edad, me palpaba el rostro. *Martín, ah, Martincito, te*

pareces..., decía la tía Primorosa, *no, no, perdóname, nadie se parecerá a mi dulce Inocencio*.

Pero otro recuerdo se abría paso. «Don Leal Saldarriaga», escribió mi padre, «orgullo de Congará. Remplazó a su finado padre en transportar la balsa de ribera a ribera, pero su virtud era la compostura de los huesos. Descoyuntaba las trabazones de los huesos de animales y aves para descubrir el secreto, el orden del hueserío. Los animales quedaban tullidos, pero después con arte y ciencia les volvía los huesos a su exacto lugar y quedaban libres para la carrera y el vuelo. Yo lo conocí cuando volvió de Panamá. El río Chira había cambiado de cauce alejándose más del pueblo y ya había otro balsero. Entonces llegaban de todas partes tullidos y con los huesos fracturados o maltrechos y don Leal les daba albergue en su casa. Me gustaba pasar por la casa de don Saldarriaga, mientras corría detrás de algún perro negro para recoger su caca fresca».

Mi padre, mi infortunado padre. Me puse de pie. El anciano había llegado hasta los lindes de los arenales; instantes después se internó por una de las calles y lo perdí de vista. Sentía la boca reseca, pero había olvidado la sed; en cambio, el sentido, el cerebro, parecía bullir como si estuviera a punto de estallarme. Pero antes de emprender el descenso miré los cuatro costados que ceñían Congará. Muy a lo lejos, por donde debía correr el Chira, se adivinaba algún verdor. *Si aquí donde yo estaba era El Almendro*, reflexioné, *entonces El Arrabal de los indios catacaos debió estar a la salida del pueblo, como quien se va a la mansión de los Benalcázar*. La mansión. Desde aquí podía verse sus ruinas resistiendo al tiempo. Enseguida dirigí mi vista por el lado sur. *Sí*, me dije poniendo las palmas de la mano como visera, *ese racimo de casas y chozas debe ser la Polvareda, el barrio donde la india Sacramento Chira levantó el hogar de los Villar y sembró el vichayo, al cual mi bisabuelo Cruz amarraba a sus hijos para castigarlos*. Luego, con el cerebro febril, me

acosaron tantas figuraciones, como las visiones y voces que yo vería en la cabaña de don Asunción Juares. Pero en una ráfaga de lucidez me dije que era preciso bajar antes de que el sol perturbara mi mente, pues por algo me parecía al buen Inocencio Villar.

Hice la bajada corriendo hasta meterme en una estrecha calleja donde podía protegerme del sol. Me senté junto a una pared cubierta con barro. Creo que hablé, que deliré, que pedí agua, porque se abrió un postigo y, con una seña, una mujer me invitó a pasar. Sin decirme una palabra sacó del tinajón una chicula llena de agua fresca. Como un animal en el abrevadero, así bebí. *Ahora, agáchese,* me ordenó. Volvió a llenar la calabaza y luego la vertió sobre mi cráneo. Fresca, el agua se escurría por mi cara y mi cuello. Me señaló el algarrobo del corral y me dijo *Descanse un rato y después márchese*. La mujer, sin regresar a mirarme, cerró la puerta del corral y ya no la volví a ver más. Sentado bajo el algarrobo puse la mente en blanco, indiferente al canto de las luisas y a las hormigas que trepaban por mis piernas. Debí dormir algo, porque por unos instantes no supe dónde estaba y creí haber soñado que una mujer con rostro hostil me daba de beber y luego vertía agua fría sobre mi cabeza. Momentos después me incorporé, me sacudí las hormigas y el canto de las luisas y soñas hicieron más intenso el sentimiento de orfandad que como un ciempiés llevaba adherido a mi alma. El alma. *¿Podría decirme qué es el alma, padre director?* Así, pues, me había escapado del seminario, había llegado a la tierra de los míos y me sentía más solo que nunca. Reparé en que había algunos chivos, un cerdo, unas gallinas. Era inútil dar las gracias y despedirme, de modo que abrí el postigo y me hallé de nuevo en la calle.

Mi cerebro (esto creí) había recobrado su estado natural y solo la frente y las mejillas me escocían un tanto. Deseaba alcanzar de nuevo la Calle Real. Volteé hacia una calle más ancha y ahora me di cuenta de que las vías que

flanqueaban la Calle Real, arteria de Congará y ahora un erial borbollante, tenían el empaque de una verdadera avenida. «Corral de chivos», «lugar de expiación», «barranco inmundo», «páramo de amargura», eran algunos de los numerosos epítetos que utilizaba mi tía Primorosa en sus soliloquios demenciales para referirse al pueblo en que nació y donde se torció su destino. Era verdad: Congará era un pueblo castigado y espectral, pero con una nueva visión. Mientras caminaba por en medio de la vía y me acercaba otra vez a la plaza comprendí (como afirmaba mi padre) que me hallaba ante las ruinas de un pueblo que alguna vez poseyó grandeza, como que había merecido ser saqueado por las tropas chilenas.

Martín Villar había, pues, alcanzado otra vez la antigua Calle Real y, en medio de una atmósfera opresiva y con el cerebro aún calenturiento, había evocado (había tratado de reconstruir, de imaginar, con la urdimbre de voces que resonaban en su cerebro) uno de los momentos cruciales de la vida de Primorosa Villar. Después, mientras proseguía su marcha, conjeturó que en la historia de las familias existían episodios arquetípicos, situaciones paralelas que se repetían incesantes, ya que también su infortunado padre (y esta era otra de las historias que compulsivamente le hubiera contado Altemira Flórez), siendo apenas un churrito, fue arrojado por su madre, la abuela Isabela, y puesto en un burro había atravesado el pueblo de un extremo a otro, hasta la casa de don Clemente Palacios, el maestro en artes malignas del excesivo Santos Villar. Luego, rendido por estos recuerdos, el buen Martín (con solemnidad acaso inexcusable) se dijo que su vida (y sus pesadillas) era una angustiosa travesía ante la mirada incriminante de la gente por una inconcebible calle (que era un páramo, que era un yermo) al cabo de la cual no había ningún dios, ninguna felicidad, pues solo existía el instante de dicha, el éxtasis glorioso tras el cual sobrevenía la caída, el desgalgadero de la

soledad. Entonces, al agacharse para anudar los cordones de sus zapatos y luego de coger un puñado de arena ardiente mezclada con estiércol de animales y caracoles y conchas marinas, había sentido la urgencia de confrontar las voces con que estaba tejida su memoria, con el testimonio de hombres y mujeres que pertenecieron a la generación de Santos Villar y sus hermanos.

Caminó un trecho más por en medio de la vía y al fin, a pocos trancos de la plaza, divisó lo que parecía ser una tienda. Años después, al hacerle a Deyanira Urribarri el primer esbozo de la historia de los Villar, recordará que era una tenducha miserable donde se vendía querosene, velas de sebo, panes, enlatados de atún, confites ordinarios, fósforos, cigarros Nacional, colas García. Las paredes y un tabique divisorio estaban tapizados con periódicos viejos y polvorientos, y unos cajones de madera servían como mostrador. Recordará las veces que tuvo que golpear con una peseta la madera antes de que apareciera aquella mujer de aspecto ultrajado, con su desmedida flacura y sus ojos enormes de mirada opaca y desconfiada. No ahora sino después, en el recuerdo, se repetirá aquel rostro pálido, apático y mancillado por la indolencia, que en algún tiempo indeterminado debió ser bello. Y recordará la absurda sensación de repulsión que le produjo constatar (como si descubriera una realidad obscena) su avanzado estado de preñez, como el de tantas otras mujeres del pueblo que ahora evocaba paradas a sus puertas mirando (impávidas, hostiles) su paso por las terrosas calles del pueblo.

—Desde niña consideré como un ultraje la preñez de la mujer —dijo Deyanira—. Fue una de las causas de que a los catorce años quisiera enclaustrarme de por vida en el convento de Santa Ana, convento de clausura erigido por el fundador de mi familia.

Desde hace muchísimos años el viento y la arena vienen sepultando a Congará, pero la memoria persiste. Martín Villar pidió una cola, dio el primer sorbo a pico de botella (el líquido era rojo, caldeado, demasiado dulce, viscoso) y, sin mediar ningún preámbulo, preguntó a la mujer por el más anciano del lugar. Años después deplorará su torpeza, la absoluta carencia de tacto con que pretendió conducir la conversación. La mujer no respondió, ni siquiera parecía haberlo escuchado. Recordará que el silencio que siguió se tornó receloso, aprensivo. Pero reunió fuerzas y añadió:

—Se lo pregunto porque me gustaría hablar con él.

Entonces del otro lado del tabique le llegó la voz de un viejo. Solo tiempo después se dirá *Era una voz socarrona y gastada*.

—¿Tiene antojo de hablar con el más viejo de nosotros? En ese caso, jovencito (porque la sazón de su voz me dice que es apenas un maltoncito), moléstese en ir al cementerio. Vaya y de mi parte le dice a Eules, que es el encargado de enterrarnos, que le haga el servicio de mostrarle el nicho de don Felipe Morán...

—¿Muerto? ¿Don Felipe Morán?

Don Felipe Morán muerto, repitió para sí, como embobado, maldiciendo su mala estrella. Era uno de los nombres que figuraba en las anotaciones de su padre. «Del tiempo de mi papá y mis tíos son don Felipe Morán, don Domingo Medina, don Leal Saldarriaga, don Simón Guerra, don Jacinto Castillo, don Felipe Farfán, los tres hermanos Cobeñas, los mellizos Canterales y otros que se dispersaron por el mundo, cuando fueron a trabajar a Guayaquil y Panamá. Don Domingo, que es el mejor amigo de mi padre, ahora radica en Paita. Don Castillo y don Farfán trabajan con mi tío Catalino en los campamentos petroleros de Talara. Los Cobeñas se establecieron aquí, en Piura, como herreros, los restantes siguen viviendo en Congará. Pero, ¡cuántos habrán muerto cuando tú leas estas memorias! También de edades

con mi padre es don Clemente Palacios, pero cuando vayas al terruño no preguntes por él; nunca lo hagas. Y ojalá que él muriese antes de que tú veas la luz de este mundo».

—¿Le parece raro o no ha oído bien? —estaba diciendo la voz—. ¿No es ley del cristiano morirse?

—Es que yo quería hablar...

—Oígame, muchacho, si de eso se trata, como reciencito lo enterramos ayer, a lo mejor Felipe anda con ganas de hablar. Porque nadie lo ganaba en eso de la conversadera —el viejo levantó la voz—. ¿Miento, eh, Felipe, o hablo decente?

Tampoco esta vez Martín tomó asunto a la garrulería del viejo. Terminó de beber la cola, que no mitigó su sed, y se asomó a la puerta. Durante muchos años evocará la visión que tuvo entonces: por el camino que se extendía al final de la prolongación de la Calle Real, destacándose por detrás de las casonas destartaladas, encandilada y fantasmal y aborrecible, se mantenía aún en pie la que fuera mansión de Odar Benalcázar León y Seminario. Sesenta, setenta años atrás, por aquella misma calle, sobre una yegua ricamente aperada, había marchado Primorosa Villar, y él, imaginándose en el pellejo de Inocencio, siguiéndola de lejos, perdiéndola para siempre. Y junto a esta visión evocará la otra que había emergido, fugaz, instantánea, pero a la vez perpetua: le pareció ver a su padre aún niño, arrojado del hogar y colocado en un burro, atravesando el pueblo de un extremo a otro con destino a la ambigua casa de don Clemente Palacios.

—Perdone la cargosería, ¿como qué edad deben tener? Me refiero a los viejos.

Y, de nuevo, la torpe obstinación del muchacho:

—¿Quién le sigue a don Felipe Morán?

—Al panteón los primeros en seguirle seremos mi compadre Saldarriaga y yo.

—¿Don Saldarriaga? ¿Por qué me dijo que había perdido su virtud?

¡Y me confundió con mi tío Inocencio!, reflexioné mientras la voz vieja de una mujer dijo del otro lado del tabique:

—Calle, santo señor, que Dios lo puede castigar.

¿Castigarme? ¿No me ha castigado hasta por vicio con esto de cargar con tu deshonra?

Tiempo después recordará que fue en este momento que empezó a sentir, espeso, inconoso, ese rencor, esos viejos odios a los cuales insistente, obsesiva y monótonamente aludía su padre en los cuadernos que le legara. Y recordará que se había dicho *Esta es, pues, la tierra de los Villar*.

La mujer embarazada y cuyo pellejo cubría magramente el esqueleto, en tanto, permanecía impasible mirando la calle con sus enormes ojos apagados, como si no escuchara nada de lo que se hablaba allí adentro. El viejo volvió a dirigirse al muchacho Villar:

—Si gusta, intente hablar con mi compadre. Pero no le aconsejo, porque la vejez le ha trastornado la sesera. Ah, destino. ¡Nada menos que él, que era el mejor artesano de huesos de todos estos rumbos!

—Lo he oído mentar —dijo el muchacho.

«Visita cuando vayas a Congará a don Saldarriaga», escribió en otro lugar el padre del muchacho, «bendición y orgullo de todos los congareños. Aparte su natural bondad, Dios (me refiero al Dios en que yo creo) le donó la virtud de componer huesos por más quebrantados que estuviesen. Yo ya no lo conocí en este oficio, pero antaño era también el balsero del pueblo y, mientras se asoleaba como un lagarto en la orilla del río, los churres de entonces lo veían descoyuntarle los huesos a cuanto animal caía en sus trampas. Creo ya haberte contado esto. Pero si lo recuerdo tanto es porque yo

admiraba su arte y en secreto me figuraba que él era mi padre. ¿Me perdona papá-doctor este secreto anhelo? Nunca me atreví a confesárselo, pero usted como filósofo y esperantista me hubiese comprendido. Además, según me reveló, del maestro Saldarriaga aprendió el secreto de la anatomía de los huesos más que en la misma escuela de la medicina de París. El hombre de ciencia, me enseñó, es observador y curioso por naturaleza. Y debe buscar la oculta causa de los fenómenos naturales, humanos y sociales, por esta doctrina, me explico ahora, es que se interesaba tanto en conversar con don Clemente Palacios, aunque como criatura humana le produjese asco moral».

—No crea que me sorprende lo que dice, joven. Raro me parecería que nunca oyera hablar del gran Saldarriaga. Con decirle que hasta de Lima venían a este pueblo de muerte solo para que mi compadre les pusiera los huesos en el orden que Dios dispuso para la calavera. Pero allí lo ve ahora al pobre, con un hacha al hombro, queriendo traerse abajo lo que queda de las casas que fueron de los blancos. A propósito, ¿ha divisado desde el tren el enorme caserón que está a la salida del pueblo?

—Sí, señor. Lo alcancé a ver.

—Bueno, sepa, si no lo sabe, que fue el gran palacio de don Odar, un blanco de lo más putañero como jamás existió otro...

—¿Por qué no deja en paz a las almas benditas, don Simón? Duro fue su calvario en los últimos años de su vida.

—¿Alma bendita? ¿De quién hablas, vieja?

—Del niño Odar, que murió después de recibir los santísimos sacramentos.

—Cállate mejor, vieja, y no me hagas hablar...

—No me callaré. El niño Odar recibió los sacramentos y expiró repitiendo las oraciones de la buena muerte de la señorita Petronila Jaramillo.

¿Petronila Jaramillo? Me suena el nombre, recordó. *Aparecía en las pláticas demenciales de mi pobre tía. Como el de la señorita Domitila Diéguez. O el de...*

—Que es curioso el destino, lo es. Siempre lo he dicho. ¿Sabía, joven, que a esa misma Petronila la forzó el «niñito» a poco de volver de Europa?

—No infame, don Simón. No infame. Que la boca se le llenará de gusanos.

—Créame, muchacho: la forzó. Recuerdo que la gente todavía años después comentaba: que cómo fue posible, con toda la ricura de mujeres que conoció por esos mundos... «Pues por lo mismo», les respondía yo, porque, aunque fea, la Petronila gozaba de la fama de santa por todos estos lados. Eso lo encendió al verraco.

—¿También tiene que blasfemar, santo señor?

—Bueno, eso no se lo reprocho —rio, malicioso, el viejo—. Fue un acto de caridad para que, aunque fuera una vez, la infeliz conociera lo que son las cosas ricas de la vida.

—¡Cuántas calumnias he tenido que oír en esta mísera tierra!

—Te repito que te sosiegues, vieja, de lo contrario me veré obligado a hablar... Joven, ¿de modo que ha divisado usted el palacio?

Le respondió que sí, que lo había alcanzado a ver desde que el tren diera la curva y que luego lo había seguido divisando desde la plaza y luego aún mientras venía por la Calle Real. Pero no le dijo (recordará años después) que antes de verlo lo había imaginado, lo había construido pieza por pieza, y que por él se había paseado escuchando los soliloquios enajenados de su pobre tía.

Mármol por fuera y por dentro inmundicia. Como el corazón humano. Ah, pero no tú, Inocencio. Los animalitos silvestres son puros. También las culebras. Te hice llorar, Inocencio, la vez que rompí con asco los huevos del

macanche, abandonados en la arena... Quebrar los grandes espejos de marcos dorados que me mostraban la desnudez de mi cuerpo. ¡Otro, Otro!, gritaba el público. ¡Aplausos para la estrella, aplausos!. La seguí en todas las lecciones, señorita Domitila, pero no pude con la vanidad. Yo misma debí prenderle fuego. Destrúyelo, haz que arda. Pero no pude, le juro por la maldición de mi vida que no pude. Denis Boulanger acertó con mi piel, el dibujo de mi rostro era como para besarle las manos, pero aun mejor pintó lo que había en lo más escondido de mí. ¿Sabrán que el hombre no parido por mujer se pasaba horas contemplando el regio óleo? ¡Pero no fueron mis manos las que le prendieron fuego! ¿Cuadro de burdel, de puerca indecencia? Ja, Ja. La institutriz inglesa se mandó a mudar porque, ay, fo, sus narices no podían soportar el hedor del pecado. ¿Y su trasero de gringa no apestaba? El ama de llaves me miraba con asco y delante del gran cuadro volteaba la cara y se santiguaba, pero yo la sorprendí mirando, mirando. Qué calenturas sentiría en sus partes. La teta de la perra, Virgen de la Leche. Leche homicida. Los huevos de la víbora destruidos, quemados. Las dos escaleras altísimas con escalones de mármol y alfombras. Nunca terminaré de subir el último peldaño. ¡Ah, cuánto nos habríamos divertido, Inocencio, deslizándonos por los barandales de caoba reluciente! ¿Debo de sentir piedad por la envidia de Paulina? Cómo me devoraba la inválida con los ojos cuando el nefasto hombre abandonaba mi alcoba. Ja, ja, pero ni él ni ella sabían de mi amor secreto con mi propio cuerpo... Estatuas y perdición. Jarrones finos de porcelana para el llanto. Para el llanto. ¿Quién se atreve a jurar que lloré? Maldije, sí, y me carcajeaba. ¡Aplausos, aplausos, señoras y señores! Arañas de cristal legítimo y alacranes con aguijones de oro que atormentaban mis sueños. Y la luz derramándose por la gran claraboya de azulejos en forma de estrella. Pero cierto, cierto, me derrotó la vanidad, señorita Diéguez. Y en castigo me corté mi larga

cabellera, como usted hizo con doña Visitación. ¡Vamos, aplausos, más aplausos! Puñales y aplausos para mi maldita vida.

Mientras resonaban en sus oídos las desquiciadas palabras de la tía Primorosa, el viejo parloteaba poniendo por las nubes la mansión de Benalcázar. Cuando el muchacho volvió a prestar atención el viejo estaba diciendo:

—...Ahora es una ruina, una pura ruina, como toda la gente de este pueblo. Ah, pero si usted hubiera nacido en mis tiempos...

«Me subleva tener que admitirlo, pero como el palacio de don Odar Benálcazar León y Seminario no hubo otro en todo la región. Y todavía suelen hablar de ese monumento de vanidad humana (reconozco que es el rencor el que me dicta estas palabras) los blancos a quienes yo preparo exquisitos cócteles desde mi puesto de barman del Centro Piurano».

—...Lo construyó el padre de don Odar, el viejo don Jerónimo Benalcázar, Benalcázar León, el blanco más principal y tirano de todos estos rumbos. Pero todo ha de decirse, y fue don Odar quien le encomendó a un francés de lo más raro, que era hombre de muchas artes y entendimiento, que lo hiciera más grande, lo labrara bonito y lo revistiera de las cojudeces que a uno le hacen quitarse el sombrero. Esto sucedió después de que el chileno con un par de granadas se trajera abajo las habitaciones de entrada y luego convirtiera el palacio, que ya no era palacio, en caballeriza... ¿Sabe usted por qué el invasor no le prendió fuego?

—Don Simón, don Simón, deje de remover las cenizas. Y no infame más.

—¿Temes que hable de Visitación Cabrera? Está bien, Fara, no hablaré de ella.

La casa en llamas de Visitación Cabrera y la señorita Domitila Diéguez junto a otras mujeres del pueblo rapándole la cabellera, recordó el muchacho. *¡Cómo aparecían estas imágenes en los delirios de mi tía!*

—No tiene por qué hacerlo. Nada malo le hizo doña Visitación a usted.

—Vieja, si empiezas a defenderla me veré obligado a contarle aquí al joven toda la verdad. ¿Prefieres que suelte la lengua?

La anciana no respondió, pero se sentía su agitación, su cólera. El viejo volvió a dirigirse al muchacho:

—Bueno, le decía que esto de hacer astillas con su hacha la casa de don Odar es la idea que tiraniza la cabeza de mi compadre. Yo cavilo a veces y me digo que tal vez su locura es el sueño gustoso de todos nosotros. Y para sosegarlo yo le digo «No ensucie, cumpa, sus manos con esta casa maldecida y deje que este viento de castigo termine de enterrarla».

—¿Nunca, Simón, te cansarás de maldecir? ¡Dios!

—Lo único que sé, Faraona, es que pronto irás a hacerle compañía allí donde debe estar la alcahueta de Visitación Cabrera. No te creas que así como así Dios Nuestro Señor se dejará engatusar con tus oraciones de vieja arrepentida... Aunque la Visitación no hizo más que sacrificarse por el viejo don Jerónimo, él y su hijo Odar deben estar en el infierno.

—¿Y usted, don Simón Guerra, adónde irá a parar?

—Al purgatorio, Faraona Cherres. Ese será mi lugar, pero ni lo sentiré porque no puede ser peor que esta mala vida que llevamos.

Faraona Cherres, Simón Guerra, le dije a Deyanira, a mi pequeña Zoila, *viejos fantasmas que fueron testigos de la humillación de los de mi sangre*.

Recordará también que por unos momentos dejó de escuchar la querella de los ancianos, porque en su memoria se había impuesto la feroz contienda que sostuvieran Primorosa y Santos Villar el día en que terminó su infancia.

La voz de don Simón Guerra lo devolvió a este día, a este lugar:

—Eh, joven, ¿me está oyendo?

—Sí, sí, lo escucho, señor.

—Le estaba diciendo, si no es molestia, ¿viejos como de qué edad anda buscando?

Y él, ingenuo, muy puntual y explícito, levantando la voz, declaró:

—Por lo menos de ochenta años.

—Se me hace que tal vez yo le pueda servir de algo... Faraona, tú que tienes la cabeza más fresca, ¿cuántos años voy a cumplir?

—Nunca se cansará de bromear, don Simón. De vicio sabe que usted es mi mayor en seis años.

—¿Ha oído, muchacho, la necedad que yo acabo de oír? Pero, caracho, si lo que yo te pregunto es cuántos puñeteros años tengo.

—Acaso no recuerda que era dos años menor que el finado Felipe Morán y de edades con don Saldarriaga?

—Con su perdón, jovencito, pero qué vieja para jodida y amiga de enredarlo todo eres. Lo que yo te estoy preguntando...

—Como si ya se hubiese olvidado que tenía usted veinticuatro años cuando me dejó preñada de mi finado Nemesio.

—Preñada como preñada estabas, Fara. Pero lo que siempre se te olvida mencionar es que yo no fui el padrillo.

—Esa fue la calumnia que ustedes los hombres levantaron a las muchachas de ese tiempo...

—Pero tienes razón, vieja: don Odar estaba ya muerto para la generación antes aún de que la bala de Isidoro Villar lo dejara inválido.

—¡Cállese, viejo lengua de víbora! ¿Por qué mejor no recuerda que usted me abandonó para irse de novelero detrás de los Villar cuando después de la peste se marcharon siguiéndole los pasos a la puta mañosa de su hermana?

Por fin surgió su recuerdo, se dijo el muchacho. Miró con ansiedad a la mujer flaca y preñada, pero esta no reveló ningún ademán de haber escuchado. Martín Villar se sintió desvalido, indefenso, como los animales de

huesos descoyuntados de don Leal Saldarriaga. «También necesitarás fortaleza de espíritu si te atreves a ir a Congará, pues escucharás cosas amargas acerca de nuestro linaje».

—¡Cómo te amañas, vieja, para cambiar de conversación! Pero no te dejaré salirte con la tuya. Machaco lo dicho: muerto para la generación estaba tu niño Odar. Y tú, Fara, lo sabes mejor que yo.

—¿No existe un Dios a quien usted tema?

El anciano levantó la voz:

—Jodido, acabado para la gula de preñar que tenía. ¿Sabe qué, joven?

—¡No te atrevas, Simón! ¿No respetarás la inocencia?

—¿Inocencia?... Ey, muchacho, ¿es usted inocente? ¿Era yo inocente? ¿Qué significa ser inocente? Yo y la gallada de Catalino nos metíamos a los corrales para asaltar a las burras...

—¡Silencio, viejo indecente! ¡Y todavía le merecen orgullo las suciedades que cometía!

Al anciano lo acometió un acceso de risa, seguido de una tos grumosa.

—Esto sí que está bueno —terminó de toser, arrojando la flema espesa—. ¿Y tú, Fara, fuiste inocente cuando te recogió la Chilena?

—¡No infame así a mi madrina!

—Aceptado. La llamaré «la Borrada Cabrera» como empezamos a nombrarla después de los tiempos de la peste. ¿Contenta?

—¡Contenta, contenta! Todo es burla y ponzoña para usted.

—¿Ve, joven, lo caprichosa que es esta vieja? Ah, y astuta. Pero no dejaré que encalavernes mi memoria. Vuelvo a lo dicho. ¿Crees que he olvidado lo que tú misma me contaste? ¡Eso era pasión nefanda, peor que montarse a las burras!

Por un momento la vieja guardó silencio. El muchacho Villar intuyó que la había perturbado la revelación de su marido. Pero luego suavizó algo el

tono dirigiéndose al jovencito.

—Le pregunté, joven, si usted es inocente.

Martín Villar titubeó antes de declarar:

—No puedo responder a su pregunta, señor.

—¿Lo oíste, Simón? Es un joven decente. Será un caballero.

—Perdido para la generación —reiteró el viejo, pero con tono reflexivo—. Su semilla estropeada, joven. Pero no para la fornicación... Aunque...

—¡Silencio! ¡Basta ya, so viejo corrupto!

—Se lo diré, joven. Sufría con la culeandera. Bañaba de sangre a las mujeres. Sí, sangre en vez de la leche que arrojamos los cristianos con un puñado de semillas repletitas de vida.

—¿Sangre? ¿Eyaculaba sangre?

—No le preste oídos, joven. Es usted una criatura, váyase, se lo ruego. Que su espíritu no se emponzoñe.

—¿Eyacular, le dicen? Es lo que digo: que uno nunca deja de aprender. Bien, así fue, joven. Sangraba al darlas, perdón, al eyacular, y las mujeres ni tiempo tenían de ponerse el calzón. Claro que es un decir, porque la mayoría no usaba calzón. Salían despavoridas como si hubieran estado retozando con el diablo. ¿No es así, vieja?

La anciana respondió con tono sereno y sentencioso:

—Si fue como usted dice sería por la maldición de Santos Villar. ¿No andaba ese mozo cruel de aprendiz de las perversidades de don Clemente Palacios?

—Tonteras, joven. Fue castigo de la providencia por ser tan, pero tan, fornicario. Cierto que el castigo le vino después. No cuando gozaba a la Villar.

—¡No vuelva a mencionar ese nombre!

—Ah, Faraona, ni los años te han hecho olvidar a esa pobre desdichada.

—Me moriré sin perdonarla.

—Comprendí ese odio, Deyanira. Es de la misma sustancia que el que sentía mi pobre tía contra su progenitor, contra mi abuelo, contra el pueblo entero.

—¿Los celos son también odio, maestro Martín? ¿Sí? Entonces yo odié a mi madre, a la que nunca quise, cuando me di cuenta de que a la medianoche abandonaba su tarima para ir a la cama suya, maestro. Y usted dejaba la puerta junta para que ella pudiera entrar.

—Pedro Asto y las indias me cargaban en sus brazos cuando era guagua. Pero odiaban con ferocidad —que ellos disimulaban mediante la sumisión— a mi abuelo y a mi hermano Adrián, que aprendió a sentir placer azotándolos y manejándolos a patadas. Y me arde el alma con solo pensar que en el fondo Pedro Asto y su gente pudiesen también odiarme.

—¡Aprende de mí, Faraona! Si yo hasta sentí lástima por el blanco Odar.

—¿Lástima? Además de sucio eres un viejo hipócrita. Pero yo no tengo nada que ocultar. ¡Te repito que me moriré sin perdonarla!

—¿Oyó eso, joven? Pero no le tome asunto. Mejor escuche la bravazón del viento, que él dará cuenta de todo este rencor.

Recordará que en este momento de la querella de los ancianos, como impelido por una oscura urgencia, volvió a asomarse a la puerta, diciéndose que el recuerdo ominoso de Primorosa Villar perduraría mientras se mantuviesen en pie las ruinas de aquella mansión que divisaba a lo lejos. *O aun más*, agregó, si es que él, Martín Villar, pudiera alguna vez escribir esta

historia que torpemente, sin orden y con tantas omisiones y olvidos, le contó a Deyanira, y tiempo después, como en un ensayo general, le fue contando una y otra vez a la pequeña Zoila, quien de este modo, oyéndolo, empezó a entender, a madurar y a acceder a una vida más consciente y libre.

Afuera el viento comenzaba a arreciar, las cabras mordisqueaban las cortezas de los tamarindos de la plaza, desastillaban los restos de la glorieta y las puertas carcomidas de las casonas clausuradas. La mujer flaquísima y encinta continuaba sumida en su impasibilidad y el muchacho imaginó pérfidamente el feto que se agitaría en sus entrañas como siglos atrás Martín Villar zangoloteaba en el ardiente caldo de la matriz de Altemira Flórez. Dos años después, ya en la universidad (en las aulas, en su cuarto de pensión, en calles y cantinas de Lima), se repetiría *Y yo que había ido a la búsqueda de la verdad, empecé a desazonarme, a sentir miedo o pudor por las revelaciones que podían hacerme gentes extrañas*. Y admitirá que por un momento (por un breve momento) pensó huir, salir corriendo y regresar al seminario y encerrarse en él de por vida. Los del seminario, Martín Villar, como la oquedad subterránea del vientre de Altemira Flórez... Y pensar que también Deyanira Urribarri... pero ella, le contó, fue raptada por su abuelo y su hermano Adrián, quienes con sus lacayos profanaron los claustros que en bastante más de un siglo ningún hombre, ni siquiera los curas, habían visto con sus propios ojos.

Todo esto pensó, todos estos anhelos lo acogotaron. Pero más había podido la curiosidad del muchacho por seguir la contienda que allí adentro libraban los dos ancianos unidos por el indestructible vínculo del rencor.

Ahora la anciana acusaba a su marido y a todos los hombres de Congará de alcahuetes y putañeros: todos habían deseado y olido el culo de esa mala

hembra que había sido la Villar. El viejo le ordenaba callarse, amenazándola con usar el cabestro. Martín Villar, oh, paisanos, sintió un estremecimiento. Jamás olvidará que entre los enseres más preciados de su abuelo Santos estaba un cabestro de cuero de macanche con lenguas terminadas en punta de cobre. Recordará que siempre lo había considerado símbolo y emblema del poder de Santos Villar, como antaño la inquietante bigama, hecha de verga de toro, lo fuera de Odar Benalcázar y de todos los señores de la tierra piurana. Y recordará, asimismo, que en cuanto a él, el cabestro nunca dejó de representar una amenaza latente, aun durante la larga agonía de su abuelo Santos. Pero nunca restalló en tu lomo, como demostrara Santos Villar su despiadada virtud sobre el lomo, los flancos y aun el rostro de la ciega Gertrudis y de su hermana Primorosa, a esta en dos oportunidades: la primera, la vez que la trajo a Piura muchos meses después de que ella retornara a Congará, y la segunda, el día o la tarde, Martín, que terminó tu infancia. Al otro lado del tabique, el anciano seguía ordenando a su mujer que se callara.

—Vieja condenada, te digo que cierres el pico.

—...Sí, porque tú nunca aceptarás que la mañosa esa...

—¡Faraona! Como te oí antes, ¿para qué seguir escarbando entre las cenizas? ¿Acaso no se vengó el blanco?

—¡Pero no de ella! Ella, la muy taimada y viciosa, por qué mares ya andaría.

—Peor que peor, vieja. Porque, valgan verdades, don Cruz Villar no mereció la humillación, aquel castigo. Todavía a tanta distancia me dura el remordimiento, y no es consuelo decir que éramos pichones de hombres.

¿Humillación? ¿Castigo?, se dijo el muchacho. *¡Entonces, de verdad existió aquel baldón!* Sintió una irreprimible curiosidad, pero también temor;

le temblaron las piernas, las manos se le llenaron de sudor frío, por sus venas circulaba una vieja sangre impura y mancillada.

Titubeante articuló una pregunta con voz que pretendía ser moderada, pero del otro lado del tabique el anciano le dijo que la alzara porque no había entendido.

—¿Puede repetir? —respiró hondo, casi gritó—. Le pido, señor, que repita lo que acaba de decir.

—¿Para qué, jovencito? Son antiguallas de este pueblo que, con su perdón, no le incumben.

—¿Dijo usted que Benalcázar castigó a don Cruz Villar? ¿Qué ejerció venganza?

—¡Sanción más que merecida! Fue justicia —afirmó la anciana.

—¿Justicia? ¡Qué sabes tú, vieja ignorante, lo que significa la palabra *justicia*!

—¡Pero no con ella! —repitió—. Pues cuando el niño Odar llegó, la muy zorra ya se había embarcado con esos hijos del viento que son la gente del circo.

—Faraona, escúchame, Faraona Cherres, por última vez te ordeno callarte.

—¡Claro, qué va! Ella sigue reinando en su recuerdo: la putita que no mataba una mosca, la cándida torcaza. Por eso tú nunca aceptarás que la muy chuchumeca, no contenta de putear con los del circo, cargó con las joyas que el bueno de don Odar le regaló, caliente como andaba con ese amor loco. Pero allí no paró su ambición, no. ¡Qué caracho! ¡Tuvo que alzar también con las joyas de la pobre ñaña Paulina!

¿No eran, entonces, habladurías, caviló el muchacho, *lo que me contara la ciega Gertrudis mientras nos protegíamos de los terrores de la noche en la misma cama en que agonizara y muriera Santos Villar?*

—¿Crees, Faraona, que ya no me quedan fuerzas para recordarte para qué diantre sirve el cabestro?

—Está bien, Simón, me callaré. Pero me reiré de ti cuando te vea achicharrándote en el infierno.

Se hizo el silencio, pero el muchacho siguió oyendo la furiosa respiración de los viejos. Luego el anciano, alzando la voz pero con tono conciliador, volvió a hablarle:

—No nos haga caso, joven. Es este pueblo de muerte el que nos agita la sangre. ¿Verdad, Faraona?

—Es usted quien lo dice, don Simón.

—Ah, qué recontrarrencorosa es esta mujer. Mejor anda al corral a echarles una mirada a los chivos... ¿Felícita?

—Mande usted, papá.

—¿Qué hora será?

La mujer preñada y cadavérica salió con parsimonia del mostrador, se acomodó a la puerta y con las manos como visera auscultó el sol. Luego, con igual parsimonia, volvió al mismo sitio.

—Van a ser las dos de la tarde —declaró.

«A las dos de la tarde el sol vierte su fuego más inclemente y la arena arde y refulge como astillas de vidrio incandescentes. Lo recuerdo porque era la hora en que yo iba recogiendo la caca de los perros negros de Congará para los filtros maléficos de Clemente Palacios».

—Todavía las dos. ¡Cuántas horas faltan, mi Dios, para que termine este día! Bueno, para usted, que apenas está emplumando, el tiempo debe correr de otra laya.

Recordará que pensó en las largas noches pasadas en el seminario y en la oleada de pensamientos que lo acometieron. Había pensado en la profundidad inacabable de su infancia, en la larga agonía de su abuelo, en la muerte de su

padre antes de que él naciera. De modo que se había dicho que, también para él, el tiempo se arrastraba con lentitud agobiante.

—El tiempo es igual para todos, señor.

—Yo no pensaba igual cuando tenía su edad. Verdad que el chileno pisoteó nuestra tierra, pero de todas maneras la vida era distinta... Y, a todo esto, ¿qué es lo que usted desea saber?

—Cosas que sucedieron en este pueblo hace muchos años.

—Valga la curiosidad, ¿como qué laya de cosas?

—Justo como de las que usted hablaba hace un momento con su señora.

Recién pasado algún tiempo se dirá *fuiste torpe, lo dijiste de manera demasiado directa; ah, tu vehemencia y ansiedad, Martín Villar*.

Ahora, atrás del tabique, el muchacho intuyó que los viejos sopesaban sus palabras. Y era como si los ancianos hubieran acordado una tregua.

—Si no es demasiada impertinencia, ¿cuál es su gracia, joven?

Esta vez dudó. Por unos instantes dudó: *¿Lo diré? ¿No lo diré?*

—Quiero decir que cómo se llama. Me refiero a...

—Mi nombre es Martín Villar.

Por primera vez la mujer preñada le clavó la mirada con sus enormes ojos que, raudos, se llenaron de vida. Pero recordará: *Fue una mirada cenagosa, quemante y condenatoria*. En el otro lado sospechó que los viejos se hacían señas.

Por fin el viejo salió, arrastrando los pasos cruzó el dintel y el mostrador, y llevó al muchacho hasta la puerta para verlo a la luz de la tarde. Ahí estudió minuciosamente su rostro, palpándolo con sus manos agarrotadas y frías. Todavía años después dirá *Manos que me hicieron recordar las de Santos Villar cuando la víspera de su muerte me ordenó arrodillarme para darme su última bendición*. Y, según le hubiese contado Altemira Flórez, había existido

otra bendición que el abuelo, tremendo y enigmático se la había conferido cuando él viera por primera vez la luz de este mundo.

—Sí, eres de la sangre de los Villar —sentenció el anciano—. Pero no te pareces a Santos ni a don Cruz Villar. ¡Vaya misterios de la sangre! Te estoy viendo y me parece estar delante del desdichado Inocencio. ¿Es que nunca terminará este rencor?

EL GRAN SECRETO

—Me gustaría que me leyeras tu monografía —me dijo Deyanira.

—Te aburriría, palabra, y no lo tomes como falsa modestia —le respondí.

—¿Cómo sabes que me aburriría? Además quiero escuchar para darme cuenta de por qué le molestaron al doctor Candamo (qué gracioso, ¿por qué le dicen Tintín?) las páginas de una monografía que consideraba meritoria.

—Está bien, Deyanira, pero solo te leeré algunos pasajes del primer capítulo. ¿Estás de acuerdo?

—Completamente de acuerdo, señor Martín Villar Flórez.

Y el señor Martín Villar Flórez, imponiendo una modulación grave y solemne al título arriba transcrito, empezó a leer:

«La campana mayor de la catedral de Secadura de Trasmiera, como todas las campanas célebres de la cristiandad, tiene su leyenda, que es parte de su historia. Se dice, ah, ¡cómo este "se dice" resume la índole conjetural de la historia, porque nunca se sabrá la verdad de los hechos si la simple fundición de esta campana estuvo rodeada de tanto misterio: de pavor, que cada generación fue tornando espantoso con la proyección de las atrocidades que las generaciones (aun las menos infernales, las más tediosas) aportan a la memoria del mundo, si es que se puede hablar de memoria o razón del mundo, que son palabras mayores que suenan (al fin y al cabo estamos hablando de una campana o de las campanas en general, cristianas o no) a

trascendentalismo metafísico, salvo que todos nuestros actos, ansiedades o sueños sean energía, es decir, materia conflagrada, fundida, ondulando o, más bien, errando en razón de su ingravidez por los infinitos espacios siderales al compás, no, no ¡¿qué va a ser al compás?!, porque todos los tañidos de todas las campanas del mundo se han integrado en la materia sonorizada trashumante y sin reposo y sin meta, consustanciada de endemoniadas disonancias, pobres tímpanos pitagóricos, a la cual materia energética se ha doblado el doblar durante siglos de la campana mayor de Secadura de Trasmiera, cuya fundición, decíamos, estuvo rodeada de hermetismo, no revelado, ni siquiera registrado, por los documentos, que apenas mencionan la donación, exceptuando, claro, lo que transmitió a la estirpe quien la hiciera fundir no tanto para doblar por la gloria de Dios, como para hacer saber a aquella comarca de la montaña santanderina del poder y la gloria alcanzados por la casa Ontaneda y Gándara y Osma y Agüero de Mendoza, cuyo blasón (el grifo coronado de oro en campo de gules, al que habrían de agregarse, con el correr del tiempo, otros cuarteles) daba testimonio de su aporte en la lucha por la Reconquista, gesta que significó campañas y batallas en regla e incursiones más bien bandidescas en plazas musulmanas (sin contar las banderías contra linajes cristianos) que terminaban en saqueo y depredación de arcas sarracenas y que incluían la reducción a condición de esclavos de los moros hechos prisioneros.

»Y fue justamente un famosísimo alarife y herrero mudéjar devenido esclavo quien fundió la campana no para la gloria de Alá sino para el abominable Dios cristiano. Pero alguna maldición coránica debió lanzar el maestro artesano porque apenas doscientos años después, víctima de su propia apetencia destructiva, empezó la declinación que precedió a la sangrienta ruina de las dos ramas legítimas de aquella casa.

»Como buen artista, este orfebre y herrero y alarife era celoso de los secretos de su arte y el desafío que para él significaba (según el deseo del amo, infiel devorador de carnes inmundas) vaciar en la matriz la mejor campana (no solo de aquella región sino de toda España) pudo más que sus escrúpulos confesionales, como los grandes científicos de la primera mitad del siglo XX no tuvieron reparos morales en fabricar las primeras bombas atómicas de la historia de la humanidad, cuyas detonaciones significaron la colosal parrillada de ciento y tantos miles de japoneses, aunque en descargo de Oppenheimer y su macanudo equipo de cerebros, entre los que sobresalía el poderoso cráneo del venerable Einstein, cuenta el haber enriquecido la realidad, el universo, con una nueva imagen: la del hongo gigantesco de portentosa belleza... si se lo observa desde una prudencial distancia o, mejor aun, desde la butaca de una tenebrante sala de cine a donde se ha ido a matar el tiempo y la soledad o a explorar las rodillas y muslos de la amada. Cuánto menos tratándose de una simple campana, por más grande y canora que esta fuera.

»No quiso compartir el secreto de su arte, ¡y menos con un cerdo cristiano!, de modo que se encerró en la fragua solo, pero no pudo evitar el veleteo del amo y señor, don Faldrique, el primogénito de la casa Ontaneda y Gándara, quien le proporcionó los materiales necesarios: cobre de Huelva, hierro de vetas asturleonesas, estaño galaico, oro y plata, y la sangre (indispensable para una campana decente) fue aportada por el propio maestro sarraceno. Terminada la fundición, no se le volvió a ver por los reinos de este mundo: ni el de los cristianos ni el de los musulmanes.

»El oro (refulgente u opaco) era de distinta procedencia, con una base del reparto del fabuloso tesoro de los visigodos (porque los Ontaneda y Gándara se consideraban de esta estirpe y tributaban memoria a Leovigildo, el auténtico fundador del reino visigodo en las tierras de Iberia, y reclamaban

parentesco con el rey Pelayo), producto del saqueo de Roma por Alarico, consistente en dracmas griegos, denarios romanos e hispanorromanos, más trípodes, vasijas, jarrones, copas, brazaletes, collares, medallones, coronas y cálices, copones, custodias, incensarios de la liturgia católica, pues no debe olvidarse que por entonces los visigodos eran adeptos de la nauseabunda herejía arriana. Don Faldrique le preguntó al artífice si era suficiente. El maestro mudéjar (recitando mentalmente versículos coránicos) miró con desprecio al amo: era suficiente, ¡sí; pero no para la mejor campana de la España reconquistada! De modo que don Faldrique Ontaneda y Gándara organizó banderías para hacerse de las arcas de otros linajes cristianos de la montaña y nuevas avanzadas en territorio árabe, más allá de las riberas del Duero. Don Faldrique depositó en el taller oro bizantino, vieja plata cartaginesa, sueldos carolingios, dinares de oro y dírhams de plata almorávides y cequíes de finísimo oro berberisco, arrebatados a los mercaderes judíos. El ferrón orfebre calculó con indiferencia el centelleante botín de corrosivas y viciosas emanaciones, y sin dignarse abrir la boca dio el visto bueno con su silencio. "¡Ah, moro sin prepucio!", exclamaría don Faldrique, "¡fijo de mala madre!". Pero lo que no entendió el señor cristiano era que el mudéjar, con la esclavitud y la pérdida de toda esperanza, había alcanzado el más alto don concedido a los seres humanos: el de la libertad absoluta.

»Esto ocurrió un año antes del fin del siglo XI y la campana mayor fue colocada en la torre inconclusa de la iglesia empezada según diseño románico y terminada tres siglos después con radicales innovaciones góticas, en los trágicos años en que se producía la bancarrota y hundimiento de la casa Ontaneda y Gándara, cuyos descendientes legítimos tuvieron que emigrar a tierras de Extremadura, huyendo de la fatalidad y de la intolerable afrenta. Pero al ser emplazada la gran campana en la torre a medias levantada, los

habitantes de la noble villa de Secadura escucharon el cristalino y dilatado sonido jamás antes escuchado, que se propagaba por toda la Trasmiera, Galicia, Castilla, Extremadura y por los mares Cantábrico y Mediterráneo. Y cuando Colón abrió la ruta hacia las Indias, el poderoso, límpido y maldito tañido de la campana, que llevaban en sus oídos, corazones y sangre los Ontaneda y Gándara, atravesó el Atlántico y alcanzó el Pacífico y siguió escuchándose en la región piurana del Chira durante los placeres y los días y los sueños y las pesadillas de los Ontaneda y Gándara que ahora llevaban el apellido Benalcázar, transformado con el correr de los años en apellido compuesto, es decir, Benalcázar León, hasta que fue extinguiéndose con repique fúnebre durante la larga agonía de Odar Benalcázar León y Seminario, muerto en Congará sin sucesión reconocida el año 1918, pues los Ontaneda y Gándara que proliferaron en la región de Charcas y Potosí eran, en realidad, descendientes de Benalcázar, el criado y testaferro del corregidor Faldrique Ontaneda y Gándara y Osma y Agüero de Mendoza, pero de la rama bastarda que heredó los apellidos, títulos y razón al extinguirse la rama legítima por vía varonil y la legítima secundaria por sucesión femenina.

»Los orígenes de la casa Ontaneda y Gándara, caballeros que fueron de las órdenes militares de Calatrava y Alcántara, y marqueses... pero al diablo con todo esto, saltémonos unas cuantas (brumosas) centurias, hagamos nuestra la maldición coránica, mas será preciso reconocer (como lo atestiguan numerosos y adobados pergaminos y, sobre todo, los tañidos de la campana mayor de la iglesia de Secadura, que fueron de victoria, conquista y apoteosis) que el siglo XII y la primera mitad del XIII marcaron la etapa de poderío y esplendor de los Ontaneda y Gándara y Osma y Agüero de Mendoza, que a su condición de hijosdalgos o nobles de sangre (“Puede el rey hacer caballeros, menos hijosdalgos”, era el emblema de la casa), tuvieron durante este periodo la categoría de ricos hombres por servicios

prestados a los reyes, y cuyos hijos varones llamáronse Faldriques, Ramiros, Nuños y Ruyes, mientras las hembras (ricas hembras, en uno u otro sentido) fueron bautizadas como Briandas, Margaritas, Sanchas y Jordanas.

»Pero, ¡de pronto! (claro, entiéndase este "de pronto" en el tiempo de la historia, o sea, como mínimo, entre cincuenta a cien años), el din don de la maldecida campana cambió de tonalidad, de textura, de vibraciones: quienes mucho persiguen el poder y la gloria (como sentenció dos siglos después un miembro sensato de aquella estirpe sangrienta) cortejan a la fatalidad y a los demonios de la destrucción. Y así la campana dobló por la derrota y muerte de los Faldriques, Ramiros, etcétera, no siempre caídos en contiendas gloriosas, como por ejemplo en las Navas de Tolosa, sino en banderías contra linajes adversos o por tomar partido por reyes o reinas codiciosos, violentos y despóticos, como doña Urraca o Pedro, el Cruel, cuya derrota determinó el ascenso a la realeza de los Trastámara, acontecimiento que resultó nefasto para el porvenir de la rama legítima de la casa. Es justo consignar este dato: varios de estos Faldriques o Nuños, de acuerdo con la prosapia del linaje, merecieron la muerte por decapitación.

»Estaríamos dispuestos a exclamar "¡Ah, qué bella muerte!" si no fuera por este asuntito: los Nuños, Ruyes, etcétera, empezaron a escasear, pues a las mujeres de los Ontaneda y Gándara, por misteriosas (y desalmadas) leyes genéticas, se les dio por empollar más hembras que varones en la alarmante proporción de cinco a uno. Y fue precisamente la deshonra padecida por una de las Briandas o Jordanas lo que determinó la verecunda salida de Secadura de toda la tribu legítima con destino a Plasencia de Extremadura, donde desde antaño, por gracia del homicida apóstol Santiago, poseía tierra y señorío.

»La historia es cruel, no importa repetirlo. La afrenta sufrida por doña Brianda (llamémosla así) ocurrió en la misma iglesia románico-gótica en cuya torre, por entonces ya concluida, estaba la gran campana que fuera

donada por el viejo Faldrique, el de la larga barba y espada blasonada de sangre mora, hebrea y cristiana, cuyos restos, ¡ah, historia, macabra, truculenta!, reposaban a pocos metros de donde tuvo lugar el ultraje. Los Ontaneda y Gándara, desde tres siglos atrás, tenían derecho a ocupar los tres reclinatorios principales, es decir, a punta de mandobles habían adquirido el palco más cercano a Dios. Pero he aquí que cierto domingo de 1420, doña Brianda encontró que la mujer del primogénito de los Alvarado de Osorio (que con los Navamorcuenda y Cardiel eran ahora los linajes más poderosos de Secadura de Trasmiera) se hallaba de lo más estirada, aunque de rodillas, nada menos que en su reclinatorio. Sintiendo rebullirle la violencia de la antigua sangre, doña Brianda quiso hacer respetar el secular derecho con las razones de sus manos, pero doña Alonsa de Alvarado (la misa acababa de empezar), como por arte de magia egipcia y con inusitada rapidez, de entre un precioso estuche que llevaba camuflado por un pesado y ostentoso rosario, sacó una breve daga toledana de impar estilo mudéjar, imponiéndole a la desventurada doña Brianda dos gravosas marcas en razón de una por mejilla. Con las arcas exhaustas y con un primogénito aun más exhausto (el segundogénito era monje de clausura), el clan entero se vio obligado a huir aquella misma noche hacia las tierras de Extremadura, qué destino. Repetimos: la historia es cruel, una locura.

»Nunca este linaje logró recuperar el poder y esplendor de los buenos siglos, pero los primogénitos y segundogénitos de las cuatro generaciones siguientes (con algunas ominosas excepciones) murieron gloriosamente: unos en las huestes del gran capitán Fernández de Córdoba en la conquista de Nápoles, otros en las campañas de Flandes y la conquista de Portugal, conducidas por el Duque de Alba, y en otras empresas guerreras de Felipe II. Precisamente el último representante legítimo de la casa Ondaneda y Gándara pereció durante el hundimiento de la Armada Invencible, pero quién le

mandó aceptar la capitanía de uno de los pesados galeones, leviatanes abortados por la Contrarreforma y abrumados de desconsuelo y decadencia. Muertes gloriosas estas de una estirpe que no sintió atracción por la gran aventura de las Indias, porque el juego predilecto de los varones de la casa acaso fuese el de matamoros, que no el de mataindios, o bien porque el único Gándara y Ontaneda que vino al Perú tuviera un fin nada estimulante: como segundo que era, era fraile y, como tal, acompañó a Fray Valverde (sí, sí, el mismo de la treta sangrienta a Atahualpa) en su viaje de retorno a España, viaje que (como lo atestigua medio centenar de cronistas: de Jerez al padre Acosta, incluido el preclaro Cieza, flor de cronistas) no pudo culminar, al caer presos en una guasábara Fray Valverde y Fray Nuño Ontaneda y Gándara por los indios de la isla de Puná, esos locos que, entre la variedad de carnes (potenciales y reales) ofrecidas por madre natura, sentían debilidad por la carne humana. La culinaria, grave omisión, no la consignaron los relatores, ni siquiera el príncipe de los cronistas. Tal vez (los indios) conociesen el arte de las salazones: las vísceras como hecatombe a los dioses y festín para fieras y aves de presa; los corazones (todavía latentes) para el cacique y el sucesor; los genitales al viento y el resto... bueno, este es el problema: ¿un gran y escueto y, obviamente, sustancioso puchero?, ¿o un deleitable y bárbaro asado?, ¿y las testas tonsuradas?, ¿las enterrarían en el rescoldo de la ceniza como en el famoso *copuz* de la culinaria tallán? Lo menos improbable son los tambores, las danzas propiciatorias de la sagrada apetencia de la consustanciación humana, la explicable y homérica glotonería: dentelladas codiciosas, desgarramientos y trituración de tendones y cartílagos; descarnadura de costillares; apaciguada dentición de las pulpas tiernas: del pecho, de los cuartos traseros, de los muslos de piernas y antebrazos; chupar de huesos de los dedos de pies y manos, tan ricos en carnaciones gelatinosas; y succionar de tuétanos. Y así este Fray Nuño y su superior y otros hermanos

pasaron a la panza de estos indios, donde la maquinaria precisa los trocó en bolos alimenticios: las mejores sustancias fueron absorbidas por un sistema circulatorio en nada diferente a los sistemas circulatorios de seres altamente civilizados como era el caso de los que habían ofrendado sus carnes, no importa que mortecinamente blancas y cargadas de humores diabólicos, para el ritual y más báquico que platónico banquete, mientras los bagazos fueron excretados al gran ovario de la tierra, eternidad de la materia, ah, ah, y la de la otra inmortalidad, la de las almas que volaron a los cielos. Cuánta gloria habrán alcanzado en los reinos del Señor oyendo los réquiems que los piadosos indios tributaban con el órfico ritmo de los tambores hechos con la propia piel de los mártires cristianos.

»Ahora bien...».

—¿Sí? —dijo Deyanira Urribarri—. Continúa. Te escucho.

Pero Martín Villar le dijo con delicado autoritarismo que como muestra del carácter de la monografía era suficiente. Pensativa, Deyanira encarrujó el ceño: ceño adorable, divisa de misterios, de reconditeces y vetas del alma, cuya cristalización sublimada era el dorado reverbero de sus ojos, gemas bullentes, agitadas, rebeldes, victoriosas y en discordia con el dolor y el sufrimiento, pero asimismo en pugna con la quietud y el desbordamiento de la ternura y el amor y la piedad y el perdón. Cómo no temblar ante esa visión.

Villar dejó las cuartillas en el escritorio y enseguida, disimulando el estremecimiento, le propuso un café. Enchufó la hornilla. Todavía quedaban agua en la tetera y unas cuatro o cinco cucharillas de Nescafé en la lata y otras tantas de azúcar en el frasco de vidrio. Salió al patio a lavar el único jarro de loza que poseía. Se demoró en este acto banal para recuperar la serenidad y pensó que él se serviría el café en el vaso, con la cucharilla dentro, que era un secreto familiar para que no se quebrara el vidrio con el

agua hirviente. Al regresar vio la enrojecida hornilla y oyó el rebullir del agua y el vapor que presionaba la tapa de la pequeña tetera.

Y Deyanira leía de aquí y de allí las páginas del trabajo.

Martín vertió el agua en el jarro y en el vaso, los colocó sobre la mesa-escritorio-comedor. Su amiga hizo a un lado las carillas mecanografiadas, se echó cucharilla y media de café y dos de azúcar. En rápido cálculo, Martín se echó las medidas suficientes, de modo que alcanzara para una última ronda.

—Me has dejado con la curiosidad —dijo Deyanira— acerca de lo que tú llamas «el gran secreto». ¿Podrías explicármelo?

—¡Cómo no!, dijo Martín Villar, primero terminemos el café.

—Está bien —dijo su amiga y lo miró sonriente—. ¿Pero es verdad lo que has escrito?

El vaso le quemaba los finos dedos y bebía el café ardiente entre soplidos. Dejó el vaso en la mesa.

—¿Dudas de mi veracidad de historiador? —con la otra mano volvió a coger el vaso—. Todo es rigurosamente cierto, querida Deyanira, salvo la maldición del orífice mudéjar. Es razonable que dudes de ella, pero no de la maldición de Martín Villar. No, no existe un documento probatorio —prosiguió Martín Villar—, me refiero a documentos del tipo que veneran historiadores como Tintín Candamo, es decir: partidas parroquiales, títulos de propiedad, testamentos, etcétera, etcétera, pero el secreto familiar se transmitió por vía femenina y el rumor persistió a través de los siglos y salía a relucir en las contiendas familiares, entre los que usufructuaban el apellido compuesto de Benalcázar León y los León auténticos, una de cuyas hijas fuera deshonrada o seducida por el corregidor Faldrique Ontaneda y Gándara, como, por ejemplo, lo hiciera Grimanesa León cuando visitó a Sansón Carrasco en la redacción de *El Amigo del Pueblo*. También encontré una velada alusión en uno de los numerosos *Diarios* del doctor González, uno que

se remontaba a los años de la Guerra con Chile, después de que José Agustín de Benalcázar León se lo confesara en una tregua de los delirios en que se había precipitado después de la amputación en el desierto de Tarapacá. Volviendo a Tintín Candamo, ¿te parece graciosa la chapa? No, no sé por qué le pusieron el apodo, tal vez por su cucufatería, pero debía remontarse a los años de la adolescencia. Te decía que el doctor Candamo de la Romaña conocía, sin duda a fondo, el linaje de los Ontaneda y Gándara y Osma y Agüero de Mendoza, pero de las ramas legítimas, y aunque no ignoraba la existencia de la rama bastarda, que permaneció en Secadura y ocupó el solar de los Ontaneda y Gándara, se cuidó de rastrear los avatares de los descendientes ilegítimos y espurios de aquella antigua estirpe.

La inevitable pausa. Cómo no mirar esos ojos. *Respira hondo*, se dijo el estudiante Villar; luego continuó:

—No les fue nada fácil la vida a estos Ontaneda bastardos, irónicamente prolíficos en varones, y con el *handicap* de la bastardía las pasaron negras como todos los infanzones e hidalgos caídos en la ruina, como se puede colegir leyendo las *Estampas de la vida de León hace mil años*, del reputado medievalista español Sánchez Albornoz. En los trescientos años que siguieron a la huida vergonzante de los parientes legítimos, numerosos varones tuvieron que meterse a frailes para ganarse el pan y no todos resistieron la clausura, por más relajada que fuera la vida en los monasterios, donde los monjes podían vivir con sus barraganas, y se echaron a los caminos incrementando el contingente de clérigos y vagabundos ansiosos de fandango y armadores de grescas, amantes de tabernas, garitos, chirlotes y lenocinios, en fin, de la promiscuidad y la vida disipada. ¿Resulta inverosímil que estos Guzmanes de Alfarache, para usar el término aplicado por don Ventura para infamar a los Benalcázar, devinieran bandoleros apostados en torno a las rutas del oro de las Indias, desembarcado en Cádiz o Sevilla y trasladado a la

corte madrileña o a Génova? Y en cuanto a los que permanecieron en la Trasmiera nativa, aparte de los primogénitos, muchos varones tuvieron que renunciar a la hidalguía para contraer matrimonio con hijas de campesinos acomodados, y lo mismo aconteció con las hembras que prefirieron la villanía casándose con tenderos o campesinos ricos a la clausura de por vida (camino escogido por no pocos) en las numerosas órdenes de religiosas existentes en la época. Y ya te puedes imaginar el estado de desesperación en que se hallaban o el coraje que tuvieron para dar este paso, pues estas bodas, de acuerdo con las rígidas normas señoriales, exigían una ceremonia pública y humillante en la cual renunciaban a su condición de hidalgos o caballeros. Pero con tenacidad y heroísmo dignos de mejor causa —dijo Villar, cuántos cigarros fumados, ora se sentaba en el catre, ora caminaba por la pieza—, los primogénitos (o los segundogénitos en caso de muerte prematura de aquellos) lograron mantener la nobleza de la casa Ontaneda y Gándara mediante uniones matrimoniales con familias mesocráticas enriquecidas con el comercio y que, aprovechando las sucesivas bancarrotas del Estado español durante el reinado de los últimos Austrias, en particular en el reinado de Carlos II, el Hechizado, y los primeros Borbones, compraron patentes de hidalguía y títulos nobiliarios. Y así Faldrique Ontaneda y Gándara y Osma y Agüero de Mendoza estuvo en condiciones de reivindicar, previa abolición por cédula real de la bastardía, los títulos (uno de ellos era el de Marqués de Puñoenrrostro), el blasón, las prerrogativas de la casa y, por lo tanto, cruzarse caballero de las órdenes de Calatrava y Alcántara, de modo que la campana mayor de la iglesia de Secadura, mandada refundir por el remoto abuelo Faldrique, sonó diferente, vindicativa, triunfal, al casarse nada menos que con doña Inés Alvarado de Osorio y Calier, descendiente de los linajes que determinaron la ruina y afrenta de la rama legítima de la casa, pero ahora con el viejo poder perdido y a un tris de desbarrancarse en la ruina. Esto ocurrió a

finales del siglo XVII y al alborear el siglo XVIII llegaba a Piura don Faldrique, convertido ya en servidor de los reyes de España, en calidad de corregidor, con un hambre de enriquecerse, un hambre de siglos, Deyanira. Al hacerse cargo del corregimiento (y esto consta en los libros de cabildo de San Miguel de Piura), don Faldrique Ontaneda tenía cincuenta y ocho años y doña Inés, que hasta entonces solo le había parido tres hembras, estaba por cumplir veintiocho años. Y entre el aceptable número de sirvientes —dijo Martín Villar luego de una pausa truculenta— venía un Benalcázar, Juan o Pedro, en calidad de caballerizo. Era un mozo de veinticinco años, tan apuesto y sensual, como astuto, codicioso y pragmático.

—Hambre de siglos —dijo, ensimismada, como para sí, Deyanira Urribarri.

—Sí, querida, hambre de siglos en relación con Faldrique. Y nueva, voraz y sin escrúpulos para este Benalcázar. Es decir, la persona adecuada para hacerle los trabajos sucios al corregidor. Ahora bien, es verdad lo que me dijo don Ventura Candamo. Hasta la aparición de este Benalcázar, no figura en la nómina de sirvientes de la casa Ontaneda y Gándara ningún otro servidor o lacayo con este patronímico, aunque la descendencia apócrifa fraguara un aristocrático árbol genealógico, que empezó con la fusión de los apellidos del quimérico Benalcázar con el de los León asentados desde más de cien años atrás en la región piurana y convertidos en clase propietaria de haciendas, beneficiada por sucesivas composiciones de tierras. No puedo, eso sí, ni afirmar ni desmentir la ascendencia hebrea del primer Benalcázar y de los León. ¿Abominaban la carne de puerco? ¿Abofeteaban el crucifijo al levantarse y acostarse? He aquí un problema digno de una investigación historiográfica. Claro que nadie, salvo los Riva-Agüero del Perú y España, cree en el mito de la pureza de sangre no solo del bajo pueblo español sino también del patriciado (este en especial) y de la propia nobleza, con o sin

grandeza. Perdóname la vulgaridad: falos sin prepucio penetraron innumerables vulvas cristianas, así como señores visigodos, hispanorromanos o simplemente ibéricos sucumbieron ante la grave belleza de las judías y la sensualidad y la sabiduría del arte amatorio de las moras. Pero, de otro modo, ¿Cervantes habría podido escribir *El Quijote*?

¿Se ruborizó con estas palabras Deyanira Urribarri? Quizá, porque por primera vez Martín Villar la escuchó reír nerviosamente, tapándose con la mano los dientes, rehuyendo la mirada. Luego dijo:

—Me muero porque me expliques lo del linaje apócrifo de los Benalcázar.

—Enseguida, a eso voy —dijo el estudiante Villar, con la afectada suficiencia del futuro doctor—. Pronto el corregidor descubrió las habilidades fenicias, o si tú quieres, judías, del caballerizo Benalcázar. De modo que lo promovió a recaudador de impuestos y tributos: no perdonaba ni un maravedí, a la vez que imponía la compra forzosa de mercancías inútiles de la metrópoli. Fue en estas andanzas que descubrió el negocio de la brea de Amotape y del arrieraje que de allí partía a tres rutas diferentes: a Paita, a Loja y a Lambayeque. La brea la utilizaban para barnizar o calafatear las botijas salidas de los hornos de Simbilá, de modo que los preciados piscos, aguardientes y vinos podían ser transportados sin que se disiparan por los poros de los cerámicos el espíritu, el aroma, la majestad de los zumos y mostos añejos. El corregidor, que vio cómo se llenaban sus arcas, lo liberó de la tarea de recaudación de tributos para que se concentrara en la explotación de la veta recién descubierta. Benalcázar, entonces, se estableció en Amotape, y al cabo de tres años monopolizaba la industria de la brea, poseía las mejores recuas de mulas para el arrieraje y su siguiente paso fue incursionar en la crianza de ganado mular del que, con los años, mediante sabios cruces, logró obtener los mejores especímenes de la región. No te será difícil imaginar —continuó Martín Villar— el tren de vida que el corregidor Ontaneda impuso

en su mansión de la Plaza de Armas. Por fin, como diría algún autor, después de trescientos años en que sus antepasados se alimentaron de pan negro a la sombra de su árbol genealógico, este Faldrique se comportó a la altura del viejo Faldrique, el de luenga barba, pues además de llevar una vida suntuosa donó pinturas quiteñas para las iglesias del Carmen y San Francisco y hasta fundó un hospital que entregó a la orden de los padres betlemitas. Lo que aconteció luego —dijo Martín, que ahora había adoptado un ridículo aire mundano— era previsible, vulgar, ordinario, aunque algo escabroso. El corregidor Ontaneda, no sé si la amaba, pero se sentía orgulloso de la belleza y más aun de la prestancia de doña Inés. Era un cuerpo joven, pero ya no tenía la frescura de los dieciocho años cuando la desposó, no obstante (o por eso mismo) que él tuviera sesenta y dos años. En sus viajes por el interior, en su calidad de corregidor, ¿me perdonarás la crudeza?, había degustado el cuerpo juvenil de criollas y mestizas claras, en verdad (y disculpa mi tonto orgullo), bellas y gloriosamente sensuales —nueva risita nerviosa de Deyanira, *¿por qué ese pudoroso cubrimiento de dientes?*—. Pero don Faldrique saboreaba estos frutos que pendían del dorado árbol de la vida —aquí al jovencito Villar se le quebró la voz; carraspeó—. Don Faldrique, te decía, saboreaba estos frutos sin comprometer sus sentimientos y hasta olvidaba el rostro de las muchachas y retornaba sin remordimiento ni temor al regazo de doña Inés. Pero un día, ¡sí!, ¡un día! —exclamó Martín Villar, pensando en los desconsolados años futuros cuando, evocando a Deyanira Urribarri, diría también *hasta que un día, un atardecer, una noche la encontré por entre una multitud enardecida, tal y conforme el espíritu del cactus me la hubiese mostrado como una aparición fugitiva y perpetua*—, en una de las haciendas de la familia León, con solar bien puesto en la calle la Florida de Piura, conoció a Cipriana León. La hacienda se llamaba Afueras de la Horca, y el viejo corregidor Ontaneda sintió el nacimiento de una

pasión desconocida. Desconocida —aclaró Martín— porque, según he oído, solo se desencadenan al principio de la senectud y de cara a la muerte. No te doy los pormenores de esta pasión que, si no logró abrasar con el mismo fuego a la pequeña Cipriana, que todavía no había cumplido los diecisiete años, sí despertó lo suficiente su interés como para que accediera a los requerimientos del otoñal amante. Pero cuando Cipriana le confesó aterrorizada que estaba encinta, el corregidor, que respetaba y temía a doña Inés, fue poco menos que presa de pánico. Entonces, después de darle mil vueltas al problema (espera: mil vueltas como mínimo), mandó llamar a Benalcázar. Ya te puedes imaginar la propuesta que le hizo a su excaballerizo. A ver —dijo Villar mirando a su amiga—, dime cuál fue la propuesta que le hizo el corregidor a este Pedro o Juan Benalcázar.

—No puedo imaginar pasiones de este tipo —dijo, severa, su amiga—. Recuerda cómo detestaba las historias que se contaban en mi familia acerca de las hazañas amatorias de los viejos abuelos. Discúlpame, estoy hablando como una novicia.

—Bueno, me contaste que te recluiste en un convento de clausura del cual te arrebataron tu abuelo y tu hermano al mando de una mesnada.

—¡Pero fue por otras razones! —replicó furiosa, resentida—. Y tú lo sabes, Martín.

Años después Martín Villar, mientras batallaba por urdir esta historia, seguía lamentando, avergonzándose de esta perfidia, que en todo le había permitido descubrir otra dimensión de la belleza de los ojos de Deyanira Urribarri: cuando los abrasaba el fuego de la ira.

—Te pido que me disculpes —le dijo él sintiendo cómo se le aflojaban todas las coyunturas de los huesos—. No tienes que imaginar ni adivinar nada. El corregidor le hizo una propuesta inmunda al más apreciado de sus servidores que, por méritos propios, era casi ya su socio. Benalcázar, según

sus principios, puso entre paréntesis sus sentimientos y, en cuanto a la honra, ni siquiera la consideró porque la desconocía, de modo que escuchó la propuesta de don Faldrique con pragmatismo, como un negocio. Y, como negocio que era, impuso a su señor ciertas condiciones, una de las cuales implicaba la ruptura del lazo de dependencia. El corregidor Ontaneda aceptó, le dijo que era razonable, que en realidad ya no lo consideraba criado suyo sino socio. Le dijo, además, que él, y como una suerte de padrino y tutor, pediría la mano de Cipriana a sus padres y obtendría para él una buena dote, cierta hacienda que los León poseían, de nombre Chapica, por la zona de Chulucanas.

—Espera —dijo Deyanira—. ¿Pero ella aceptó? ¿Fue consultada por el viejo?

—¿Acaso le quedaba otra alternativa? Y tú lo has dicho muy bien: «el viejo». Y Faldrique, con todo el cargamento de título y, aparte de hombre casado, era un vejete barrigudo, gotoso; en cambio, Benalcázar, a los treinta años, estaba en la plenitud de la vida y las mujeres se lo comían con los ojos. Era alto, blanco y rubio, de recia osatura y con el sentimiento de que, a partir de él, empezaba la vida. Por su parte, Benalcázar aceptó la única condición que le impuso don Faldrique Ontaneda y Gándara y Osma y Agüero de Mendoza, Marqués de Puñoenrrostro: que no tocaría a Cipriana sino hasta después del parto. Esa noche, mientras el corregidor roncaba profundamente después de las últimas semanas, doña Inés, que desde hacía meses recibía en su alcoba a Benalcázar, le preguntó «¿Y tú aceptaste?», y Benalcázar, besándole el vientre, le respondió «Fue un intercambio. Y ahora prométeme que no permitirás que el viejo te toque hasta el nacimiento de nuestro hijo». Luego de pensar unos instantes le aconsejó: «Pero antes, incítalo una vez, cuanto antes mejor; si fuera mañana en la noche, tanto mejor». El corregidor, acompañado de doña Inés, fue el padrino de los apurados esponsales de Juan

o Pedro Benalcázar con la bella damita Cipriana León Valdiviezo. Siete meses después, ya como corregidor de Huánuco, don Faldrique tuvo la dicha de que al fin su mujer le diera un varón para que perennizara el apellido. En tanto, en Piura, Benalcázar tenía a su primogénito en la bella y juvenil criolla Cipriana León. Lo que no puedo afirmar (ni tampoco descartar) es que las dos mujeres, la una en Huánuco y la otra en Piura, tuvieran simultáneamente los dolores del parto. El hijo (el auténtico) de Benalcázar fue bautizado con el nombre de Ramiro Nuño y el hijo apócrifo (aunque legítimo por el matrimonio) recibió las aguas bautismales en la iglesia matriz de Piura con el nombre de Jerónimo. De este Jerónimo seudo-Benalcázar se originó un linaje que tuvo una efímera duración, un poquito más de doscientos años, cuyo último representante, como ya te lo he dicho, fue Odar Benalcázar León y Seminario, un crápula insaciable de alimentos terrestres, que tuvo la fatal dicha de comprar y gozar a cierta potranca de apellido Villar que terminó por convertirse en el instrumento de su deshonra y ruina.

—Pero, dime —declaró Deyanira tras meditar un momento—, el Benalcázar aquel, ¿no tuvo descendencia propia en Cipriana León?

—Al respecto corrieron ciertos rumores —dijo Martín, con la fingida indiferencia de los reveseros—, pero antes debo decirte que Pedro o Juan Benalcázar engendró dos mujeres y un machito que, por desgracia, murió a los pocos años de nacido. El mayor de los apetitos de este Benalcázar no fue el carnal sino el de incrementar riquezas y con las riquezas conseguir poder para luego reclamar el derecho a ser admitido en el orgulloso señorío piurano, que no olvidaba su primigenia condición de caballerizo y criado de una casa noble. Diez años después de su enlace con Cipriana León, y en su calidad de incipiente hacendado, se dio cuenta del deplorable estado por el que atravesaban los grandes propietarios por falta de mano de obra. En una decisión audaz nombró un administrador para la industria y los negocios que

le proporcionaron la base de su fortuna y, en sociedad con los Lama Farfán de los Godos, se dedicó al arriesgado tráfico de de negros, actividad que por entonces había sido abolida por la corona española, quedando en mano de ingleses y aventureros holandeses y franceses. Y así Benalcázar empezó una serie de travesías hacia las Antillas, donde se encontraban los grandes mercados de negros. A Benalcázar —continuó el estudiante Villar— le sobraba ingenio para burlar puertos y hallar bahías escondidas y, sobre todo, para sobornar funcionarios. Con este negocio triplicó sus ganancias y, además, logró hacer de Chapica, en verdad una hacienda pequeña, una estancia productiva, mientras Empreñadero, de los Lama Farfán de los Godos, se convirtió en una especie de establo o potrero para la crianza de negros y, en especial, de sementales. En los últimos cinco años que duró su ejercicio de traficante de negros, los viajes de retorno a Piura se hacían cada vez más espaciados, valiéndose de un empleado suyo para la entrega de los bárbaros cargamentos de ébano cautivo.

—¡No los llames así! —protestó Deyanira Urribarri, frunciendo el adorable ceño—. Pero dime —añadió—: ¿Qué cantidad de negros llegó a traer?

—En la sección «Documentos» —respondió con petulancia el pichón de historiador— podrás encontrar las listas contables que, aunque parciales, te darán una idea de la envergadura de este tráfico y de las cotizaciones según edad y sexo y lugar de procedencia. Menos mal que sobre los tuyos no pesa este estigma de negreros, pues contaban con los pongos indios, con los chutos de las alturas. No, no, Deyanira, no te estoy acusando, constato simplemente un hecho. ¿No me has dicho, además, que has roto con tu familia?

—Sabes herir, Martín —declaró, triste, Deyanira.

Y Martín Villar se maldijo a sí mismo porque no había podido controlar el rencor y había querido castigar de algún modo el origen social de Deyanira

Urribarri Osejo. Por toda disculpa le alcanzó otro cigarrillo y le ofreció fuego, pálido ante el encendido fuego de los ojos de su amiga.

—Sí, la duración de los viajes de Benalcázar —dijo Martín tratando de ocultar su turbación— se hizo cada vez mayor. Por eso, cuando en su último viaje de retorno a Piura Benalcázar llegó con una hermosa jovencita (pues a partir de entonces se retiró de este negocio), los principales de la región supieron la razón de sus largas ausencias. Había estado viajando a España en busca de aquella mujer, muy bella, muy blanca y rubia, y con un asombroso parecido a Benalcázar. Entonces corrió el rumor de que Elvira, a quien presentó como sobrina suya, era, en realidad, su hija, tenida poco antes de que viniera al Perú como caballerizo del corregidor Ontaneda. De ahí el escándalo que suscitó cuando casó a Jerónimo, su seudo primogénito, con Elvira. Pero, una vez más, Pedro o Juan Benalcázar hizo gala de pragmatismo, de hombre de negocios y carente de escrúpulos (ten en cuenta que este Juan o Pedro, además, monopolizaba el comercio de cascarilla, cacao y tabaco traído de Jaén de Bracamoros y Maynas por la ruta Olmos-Piura-Paita), ya que su seudo hijo tenía apenas dieciocho años y María Elvira (¿su hija auténtica?) debía haber transpuesto con generosidad el cuarto de siglo. ¿Pero acaso Balzac no escribió que solo el último amor de una mujer puede satisfacer el primer amor de un hombre? ¡Ah, gordo puñetero!, como habría exclamado Santos Villar viéndolo devorar ostras y beber vinos y echarse al gaznate decenas de tazas de café tinto por las noches. Un monstruo de la naturaleza. ¿Sabías que existe una escultura de Rodin que representa al poderoso gordo en pelotas? Caracho, Deyanira, discúlpame otra vez mi boca sucia. Pero volvamos a mi historia —dijo Martín examinando en el rostro de su amiga el efecto de sus últimas frases—. El último acto de Juan o Pedro Benalcázar fue lograr la fusión de los dos apellidos, el de Benalcázar y el de León, en el más aristocrático, de acuerdo con la usanza de esos años, ¡pero no

solo de esos años!, de Benalcázar León. El seudo hijo y real sucesor de los bienes resultó obtuso y sin fibra para incrementar la heredad, que logró sostenerse por la férrea voluntad y capacidad mercantil de doña Elvira. Sin embargo, el hijo de esta unión, nieto o sobrino nieto de Pedro o Juan Benalcázar, criado de acuerdo con los códigos y ambiciones benalcazarianos de doña Elvira, y llamado Cristóbal, heredó los arrestos de la sangre del antiguo caballerizo del corregidor Ontaneda y Gándara, quizá castellano nuevo y de sangre impura, como afirmó Tintín Candamo, y sin dejar la actividad mercantil y la usura incrementó su patrimonio territorial a costa de las tierras de las comunidades de Colán y Amotape, que hizo pasar por tierras realengas. Pero el gran golpe de este Cristóbal Benalcázar fue lograr la mano de la única hija del orgulloso don Martín Bruno de Sojo y Olavarrieta, a cambio de saldar las cuantiosas deudas que había contraído y que lo hubieran llevado a la bancarrota y la deshonra. Albina, la hija del señor de Sojo y Olavarrieta, solterona feúca, de mal aliento y pies fríos, le aportó dos dotes al afortunado Cristóbal Benalcázar León: la gran hacienda de Congará y el morir sin descendencia año y medio después de los esponsales. Cristóbal —continuó el desalmado Martín Villar— la lloró con lágrimas de alegría y le guardó luto tres meses, al cabo de los cuales contrajo matrimonio con una joven y bella del prolífero reservorio de los León de la región piurana. ¡La vida puede ser tan bella, Deyanira!

Cubriéndose los dientes, Deyanira Urribarri rió con su peculiar risita nerviosa.

—Me encanta tu crueldad, Martín —le dijo.

—Ponla a cuenta de mi resentimiento. Soy un resentido social, Deyanira. Pero si te parece desagradable, no diré una palabra más.

—No, no, continúa; continúe usted, doctor Martín Villar.

Y, recordando el soberbio Cadillac de la gran tentación, el doctor Martín Villar Flórez continuó paseándose por el enladrillado del aposento para evitar los ojos inconcebibles de su amiga.

—Dos de los hijos de Cristóbal Benalcázar León resultaron una nulidad y debieron heredar la sangre de horchata de los Ontaneda y Gándara, pero el último, engendrado en el umbral de la vejez, fue un auténtico Benalcázar y fue bautizado con el nombre de Cristóbal, como su progenitor. Los pasos de Cristóbal Benalcázar León, el Mozo, estuvieron encaminados a ser aceptado por la clase señorial piurana haciendo borrar de la memoria los orígenes serviles de su estirpe. Poco a poco este Cristóbal fue traspasando sus negocios mercantiles y centró su interés en la adquisición de nuevas propiedades en el Medio y el Alto Piura y (suceso importante) pasó a formar parte de los servidores del rey con el grado de capitán de milicias. También en esta nueva condición lo acompañó la buena estrella, porque en 1805 fue enviado a Trujillo para aplastar una revuelta de indios. Al retornar a Piura traía el grado de comandante de dragones. Sin embargo, Cristóbal, el mozo, tuvo que dar otro tipo de batalla al ser nombrado alcalde del Partido de Piura en 1812, durante las Cortes Generales. ¿Te figuras, querida, mayor atrevimiento? ¡El descendiente de un caballerizo nombrado alcalde del honorable cabildo de Piura! ¿Creía tan frágil la memoria del señorío piurano? Hubo impugnaciones ante la intendencia de Trujillo, ante el virrey y, finalmente, ante el rey, pero no pudieron revocar el nombramiento y Cristóbal Benalcázar León, ya nada mozo, pues bordeaba la cincuentena, para celebrar su encumbramiento, construyó la hermosa casona donde muchos años después tuvieron lugar los esponsales de venganza y odio de Grimanesa León con su primo, el libertino Odar Benalcázar León y Seminario.

—Esponsales de odio —repitió Deyanira—. Yo nunca me casaré ni tendré hijos. La maternidad es el peor agravio que se le ha infligido a la mujer como

ser humano.

El detestable Martín Villar estuvo a punto de repetir la sentencia bíblica *Parirás con dolor*, pero logró controlar la lengua y, en cambio, permaneció en silencio unos instantes, gratificándose con la faz grave y honda de la belleza de su amiga. Se atolondró, se sintió perdido, ahora escuchaba la voz de mamá Altemira relatándole sin término las circunstancias de su propio nacimiento. Por fin atinó a decir:

—Así fue, Deyanira. Si dejamos de lado a José Agustín, creo que este segundo Cristóbal fue el más notable de los representantes de los Benalcázar León, quien, por cierto, estuvo de lado de Jerónimo Seminario y Jaime, señor de Pabur y de media docena más de haciendas, cuando juró en el atrio de la iglesia san Francisco la emancipación de Piura del poder de España. Ahora bien —dijo Martín, dejó de pasearse y se sentó en el canto de su camastro; un halo de luz opaca y turbia bañaba el rostro de Deyanira—, los hijos de Cristóbal II se volvieron cada vez más terratenientes, es decir, brutales, machotes, patriarcales, campechanos y malditos. Del primogénito se cuenta que se enroló en las huestes de Castilla que combatían a Vivanco, pero que renegó del caudillo cuando durante su segundo gobierno declaró la libertad de los negros. Jerónimo, o don Jerónimo (que así se llamaba el primogénito de Cristóbal Benalcázar León, el Mozo), estaba en Congará al recibir la noticia de la manumisión de los morenos. Y te equivocarías, Deyanira, si pensaras que el ya más poderoso terrateniente de esa región se opuso a la medida del caudillo. Nada de eso, nada de eso. En cambio, recordando un hábito caro a don Ramón Castilla, se dirigió al galpón de los esclavos (aunque el mayor número le trabajaba las haciendas del Medio y el Alto Piura) y escogió a diez de los negros más fornidos y los hizo amarrar en unos horcones. Para esto había convocado al hermano menor y a su primogénito y al peonaje y a la servidumbre en pleno de la hacienda, y también a los

huéspedes y viajeros que gozaban de su regia hospitalidad. Enseguida se sacó la levita e hizo leer a su tenedor de libros el decreto que abolía la esclavitud. No, no soñaban, les dijo a los congregados y para que no cupiera duda ordenó al amanuense que diera una vez más lectura al edicto. Luego, desenrollando el látigo que llevaba en la cintura, gritó a los negros que les iba a hacer un presente, una ofrenda, para que recordaran por siempre el primer día de sus vidas en calidad de hombres libres. Pero no es necesario —dijo el estudiante Villar, afectando un tono mundano para disimular la emoción y los impulsos sádicos— que te describa la flagelación cargada de juramentos que con sus propias manos e inocultable deleite llevó a cabo el amo de Congará. Es necesario, sí, que sepas que este don Jerónimo no era en absoluto avaro con sus placeres, y concedió el privilegio de desahogar la justa cólera y la santa ira sobre los lomos desollados de los negros manumitidos a su hermano menor y a su primogénito, de nombre también Jerónimo. Es tradición que el hermano rehusó compartir este goce, pero no, digamos, por piedad humanitaria, sino porque, mientras escuchaba el restallar del látigo, renació en él el comerciante, el aventurero, talante tan propio de este linaje, de modo que cedió el fuete a su sobrino Jerónimo y quince días después fletaba un barco con rumbo a Macao, ganando por puesta de mano a todos los terratenientes y grandes comerciantes de la región en el tráfico de culis chinos, aquellos desventurados que con estatus de siervos empezaron a trabajar las haciendas diseminadas en el curso medio y alto del valle de Piura. En cuanto a Jerónimo (el padre de Odar y de José Agustín), no defraudó a su progenitor, solo que en vez de usar el látigo (tal vez para hacer ostensibles el asco, el desprecio que suscitaba la actitud impropia y nada señorial de su tío), utilizó la bigama.

—¿La bigama? —preguntó Deyanira.

—Sí, la bigama, un curioso objeto —dijo Martín Villar algo azorado— hecho con el miembro viril de los toros y que era un símbolo de poder y dominio de los grandes señores de la tierra piurana. Claro que el entonces adolescente Jerónimo no utilizó el vergajo contra los lomos de los exesclavos, sino que cruzó los rostros de los negros dejándoles marcas que habrían de durar más allá de lo que dura una vida humana. Creo que esto es lo más importante —concluyó el joven Villar con antipática suficiencia de historiador— acerca de los Benalcázar León y Seminario, quienes, con más propiedad, debieran apellidarse Ontaneda y Gándara y Benalcázar León y Seminario. Ahora que si quieres saber los pormenores y las líneas de sucesión de esta estirpe apócrifa te puedo obsequiar la copia mecanografiada de esta monografía que me costó tanto trabajo, diversión y cólera. ¿Te interesa?

Deyanira no dijo que le interesara, pero empezó a leer de aquí y de allá bajo la sucia luz de la bujía que caía vertical sobre las páginas de la monografía. Desde un extremo del aposento, contemplando a su amiga, Martín se dijo que la habitación había dejado de ser el lugar húmedo y siniestro donde se ahorcara la pobre tía Dioselina para convertirse en el espacio más luminoso del universo. Había que guardar en la memoria esta visión, este instante. La joven dejó a un lado las carillas, hurgó entre los libros y el papelerío y por fin se detuvo en uno de los cuadernos destinados en principio a tomar apuntes de clases.

—¿Nos tomamos el último café —preguntó Villar— o prefieres ya descansar?

Luego de leer al azar y en silencio varias páginas, la chica Urribarri dijo en voz alta:

—¿*Dos vidas paralelas* es también un trabajo de historia? —y enseguida añadió que prefería otro café.

—Tú mandas, querida —dijo el afortunado estudiante—. En cuanto a tu pregunta: no, no es un trabajo de historia, es memoria e invención contra el hastío.

Hice los preparativos para el café (echar agua a la tetera, lavar la seudo vajilla, verter el agua hirviente en el jarro y el vaso, las cucharillas de Nescafé, el azúcar) y, mientras bebíamos, Deyanira siguió leyendo en silencio los apuntes que yo borroneaba durante las clases de Derecho para conjurar el tedio y patentizar de alguna manera mi indiferencia y desprecio a la vida universitaria que ya había resuelto abandonar.

—Un ángel del mal —dijo mi amiga—. ¿De verdad existió este François Denis Boulanger de Choriè?

Le respondí que sí.

—Ah, no sabes cómo reaparecía el nombre de Denis Boulanger en los monólogos delirantes de Primorosa Villar. Sí —repetí—, Boulanger de Choriè había existido y por intermedio del padre Azcárate yo había logrado ubicar el nicho en el cuartel San Umberto del cementerio San Teodoro de Piura, donde reposaban sus restos. ¿Sabías que Sansón Carrasco le dedicó una crónica y hasta publicó unos textos suyos en *El Amigo del Pueblo*?

Pero ella pareció no oírme y continuó leyendo y por momentos reía con la risita nerviosa que yo le había descubierto. Creí percibir, también, cierto temblor de manos. Después, en voz alta, leyó este pasaje que me hizo enrojecer de vergüenza:

«... Boulanger tenía razón: la única realidad es este yo rebosante de instintos, anhelos y deseos ignorados y magníficos, pero interdictos por una moral de siervos y además hipócrita y con olor a incienso. Porque no existe otra realidad que la de este cuerpo bello, corruptible y perecedero, como el de

la buena tía Dioselina colgando de la viga y bañado por la luz húmeda y sucia del invierno limeño».

Abochornado, le dije que se trataba de un simple entretenimiento y además era un borrador. Y enseguida, de manera disimulada, quise arrebatarle el cuaderno. Severa y dogmática, Deyanira declaró que, aunque no fuera más que producto del ocio, yo lo había pensado.

—¿Es que acaso —dijo reteniendo el cuaderno— no existen otras formas posibles de vida?

—Bueno —le repliqué un tanto picado—, tendrías que leer lo que sigue a continuación.

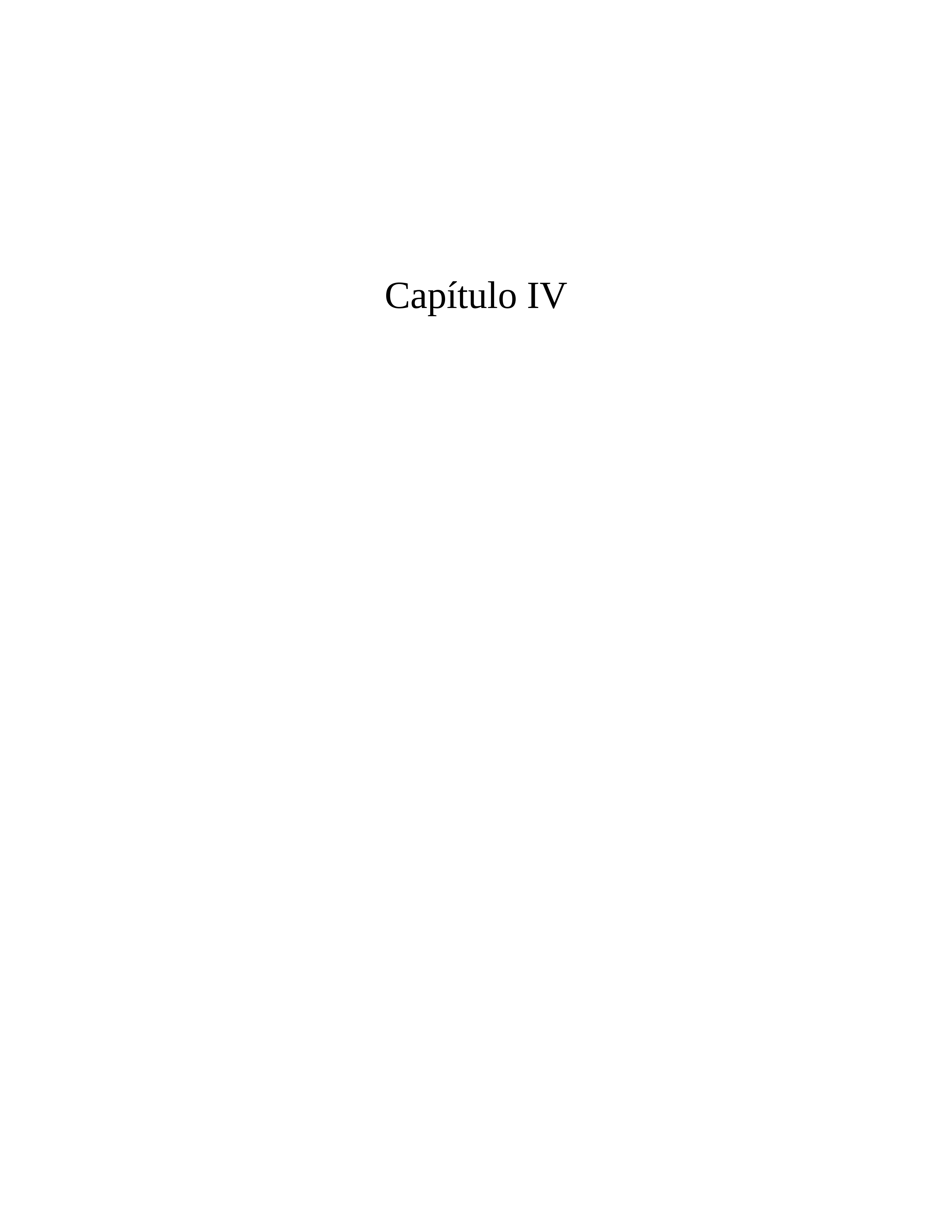
Fue lo que hizo. Pasó algunas páginas y luego leyó:

«Las aventuras del señor de Metz». Mientras leía, sin ocultar su avidez, vi relajarse su rostro: aunque severo, alegre o tierno, el suyo era un rostro adorable.

—Todavía me falta mucho por investigar —dije—, y me propongo revisar pacientemente los archivos de todos los cementerios de Lima —me interrumpí y guardé silencio: tan concentrada se hallaba Deyanira en la lectura.

Por fin dejó el cuaderno y, en medio del silencio, me sentí como el acusado a la espera del veredicto. Toda la arrogancia me había abandonado y me sentí indefenso ante esta chiquilla nacida bajo el signo de la rebeldía. Pensativa, más como para sí, declaró: *Es interesante la vida del señor de Metz*. Instantes después, mirándome seria pero sin severidad, me dijo: *¿Por qué escribes estas cosas, Martín? Tal vez sea bastante cucufata, pero no es por moralidad que te digo esto. Me faltan las palabras, y discúlpame el tono de sermón. Querido Martín, aunque te parezca ridícula, te diré lo que pienso. No, no te estoy juzgando. ¿Cómo podría juzgarte yo, una descendiente de gamonales, explotadores y crueles, y educada además en un exclusivo*

colegio de monjas? Pero, Martín, ¿no te parece más importante escribir sobre nuestra realidad social? ¿No sientes lo terrible y dolorosa que es esta tierra nuestra? ¿No es tiempo ya de que te olvides de los Benalcázar León? ¿Por qué insistir en lo decadente? Amigo, amigo: escribe sobre tu propia gente, pues tú sabes mejor que yo que este es el mundo al que perteneces. ¿Por qué no escribes sobre Primorosa Villar? ¿Has pensado en los trabajos de tus abuelos allá en Guayaquil y Panamá? Para mí, la vida de los descendientes de la india Sacramento Chira vale más que la de cualquiera de los Benalcázar León. Reivindícalos, Martín, dignifícalos, que de esta manera reivindicarás y dignificarás a todo nuestro pueblo. Prométeme, por lo menos, que tendrás en cuenta mis palabras. Y así sabré que el azar me hizo encontrar un amigo no ocasional ni de circunstancia, sino un amigo verdadero, y aunque nunca más nos volvamos a ver estaremos unidos por un sentimiento que va más allá de nuestro pequeños y mezquinos yos. Entre Boulanger y Bauman de Metz te suplico que optes por este último, ya que simboliza el futuro, mientras aquel es el pasado, la decadencia, el nihilismo, la destrucción, el hundimiento. ¡Fíjate que ya empiezo a hablar a tu manera!



Capítulo IV

El hogar primordial

Lo primero que le pedí a don Simón Guerra fue que me mostrase la casa de mi bisabuelo Cruz Villar.

—Arruinada y todo, la casa como casa existe —me dijo el anciano—, pero ya no la habita ningún hombre ni mujer de esa sangre. Aparte del pobre Inocencio, que murió como usted seguramente ya sabe, y de Isidoro, que tuvo la muerte que tuvo, el único que se quedó a vivir en ella fue Luis, un hombre (con su perdón) de lo más mísero y de mollera peor que la del burro. El resto se fue por esos mundos, según dicen, siguiéndole el rastro a la hermana, en cumplimiento de la última voluntad de don Cruz, pero aquí entre los dos, por huir de las siete plagas con que Dios agració a este pueblo sin hacer distingos de ninguna laya, como si la maldad de unos cuantos fuera la maldad de todos. También yo con mi cumpa Leal Saldarriaga y otros muchachos de ese tiempo nos fuimos, porque usted que fuera, ¿soportaría tamaña vergüenza? Y no es consuelo la venganza de Isidoro Villar. Él vengó a su padre y a los de su sangre. Y lo mismo hizo tu abuelo Santos con los poderes que Dios o el diablo le donaron. ¿Pero nosotros? Ah, nosotros volvimos para recoger las sobras que el blanco nos había dejado... Pero le estaba hablando del último de los Villar que permaneció en el pueblo. Ya le he dicho lo brutísimo y animal que es, y esto siempre es una ayuda. Y ahí tiene lo que son las cosas, porque, años después, él también tuvo que marcharse cuando el escándalo que armó

la hermana a su retorno a Congará. Cerró la casa y se fue arreando a toda su familia, pero no lejos, sino a Tamarindo, que queda aquí al otro lado del río. He oído que todavía vive por las afueras del pueblo, igual y conforme que un montubio. Ahora, yo no le aconsejo que se tome la molestia de ir a visitarlo, porque, con lo mísero que es, no le arrancará una palabra ni le ofrecerá su techo Y ni siquiera se le pasará por la mollera brindarle aunque sea una limeta de agua.

Esto me dijo, al empezar, el marido de Faraona Cherres. Luego, temblando, le pregunté si la casa permanecía cerrada. Me respondió que había estado cerrada durante muchos años y que solo para las velaciones aparecía uno que otro de los Villar sobrevivientes y entonces la abrían y dejaban que por uno o dos días el viento la refrescara y espantara un poco los malos humores que quedaron amasijados durante el largo imperio de don Cruz Villar. Así anduvieron las cosas hasta que de un día para otro (hará cosa de veinte o treinta años) aparecieron unos sechuras de apellido Timaná que, tomando el nombre de tu abuelo Santos, muchos y señores, se pusieron a vivir allí.

¿Tenía antojo de visitar la casa? ¿Me atraía acaso el olor de las verijas de chivato? Por unos instantes Martín Villar rememoró la castración del fétido padrillo y aun le pareció escuchar el aullido lastimero del animalaje de los corrales vecinos. Y la hazaña del mozo Santos Villar conquistando la primogenitura en el corazón de mi bisabuelo. De modo que le rogué que, estuviera en el estado en que estuviera, me llevara a conocer la casa donde mi primer abuelo, Cruz, había engendrado a su numerosa progenie y a la bella y funesta Primorosa Villar.

Así, pues, vamos: don Simón Guerra, algo encorvado y rengueando de la pierna derecha por el reumatismo y con sus ochentaitantos años a cuestas, y yo, un adolescente de dieciséis años, tataranieto del fantasmal Miguel

Francisco Villar y de la india Sacramento Chira, escapado anoche del seminario, pero con la sensación que entre anoche y este día han transcurrido centenares de años. Mientras trato de acompasarme a sus pasos, lo miro de reojo y me pregunto cuál de los dos, él o yo, tiene mayor antigüedad en esta tierra. Es ya la hora de los vendavales y por la Calle Real flota una permanente capa de arena parda. Las mujeres preñadas o con sus críos observan nuestro paso desde las puertas o ventanas.

—¿Para qué malgastó palabras con estas mechosas? —me dice—. Si hasta tienen flojera de abrir la boca, tanto que hay que aprovechar cuando bostezan para arrancarles una palabra. También es verdad que ya no saben nada de nada. Y por más voluntad que tengan, ni se imaginan lo que era Congará antes de la maldición que cayera sobre nosotros.

A la altura de la segunda cuadra de la Calle Real observo que don Simón Guerra se quita el sombrero en señal de saludo reverente. Pero no veo a ninguna persona, ni tampoco estamos pasando por ninguna capilla o por delante de una cruz. Nada de particular, solo una de las tantas casas clausuradas, apuntaladas con horcones, techo desfondado y puerta con un enorme candado oxidado.

—¿A quién saludó, señor? —me atrevo a preguntarle.

—No fue saludo, muchacho. Me quité el sombrero en señal de respeto. Ahora usted tendrá curiosidad por saber quién merece mi reverencia.

—Quisiera saberlo, señor, si no es impertinencia.

El anciano detiene su marcha y, cogiéndome del brazo, dice:

—Allí vivió la señorita Domitila Diéguez, mujer de mucho recato y de cuánto coraje. Si va al cementerio pregúntele a Eules por su tumba. Le hará a usted mucho bien leer la lápida. Como si presintiera que iba a morir joventona todavía, ella, con la letra labrada que tenía, escribió por adelantado

eso que llaman... ¿cómo le llaman? Bah, se me fue de la mollera la palabra futre.

—¿Epitafio? —digo yo.

—¡École! Epitafio. Bonita palabra, ¿verdad, muchacho?

Reemprendemos la caminata y, al llegar a la esquina, mi viejo guía señala la calle transversal:

—La casa a mitad de esta calle fue de la Borrada Cabrera. Perdón, joven, de doña Visitación Cabrera. Nunca deja de pasmarme lo jodida y enrevesada que es la vida. Fíjese: casi frente a frente y destinos tan desemejantes. Ah, y cuánto me hizo sufrir, ¡pero no solo a mí, créame! Esta casa, desde que doña Visitación recogió a la Farita, que era como llamábamos a Faraona Cherres, mi mujer. Simón, El Enamorado, me pusieron, y ya ve, usted acaba de ser testigo de «cuánto» nos queremos.

El viejo se abisma en el silencio y durante una cuadra me siento incómodo a su lado. Una ráfaga de remolinos nos arremete y escucho a don Simón injuriar, gramputear, pero no sé si a los vendavales o a algún recuerdo de su vida. Al llegar al final de la Calle Real, pues más allá las casas se hallan espaciadas y semihundidas por los arenales, don Simón Guerra me dice que hay que voltear hacia la izquierda.

—A este callejón, los congareños de mi tiempo y de mucho antes lo llamaban «el Pasaje del Brujo». Había una historia que ya he olvidado. Ah, joven, he olvidado tantas cosas, menos, claro, lo que debía olvidar. Pero cuando éramos churres y maltoncitos teníamos miedo de pasar por aquí apenas cerraba la noche.

Ya no es, en propiedad, un callejón. La mayoría de las casas de ambas aceras son escombros llenos de basura e inmundicia. Luego desembocamos en una pampa muy extensa, pero la tierra, veo, es de diferente textura a la de la Calle Real y diferente, asimismo, a los arenales y médanos. Al comienzo

del descampado hay un sarmentoso zapote y flota un polvo insano que confiere sensación de esterilidad y agrura. Pero al final de la explanada se divisan racimos de casas y chozas.

—Esa es La Polvareda —me dice señalando el pequeño barrio—. Y allí se encuentra la casa de sus antepasados. Ahora deténgase un rato. Quisiera saber, muchacho, cuál es la calidad de su corazón. Vea bien este yermo amargo y consérvelo en su memoria. Pero, mejor, en otra ocasión le contaré una historia tan lastimosa y ofensiva como esta misma tierra.

—¿Por qué no me la cuenta ahora? —preguntó con cierta urgencia—. ¿Qué tiene que ver mi corazón?

—Corazón o compañones; es un decir. Pero tenga paciencia. Todo a su tiempo.

El viejo me mira al fondo de los ojos y luego desvía la mirada y comienza a hablarme de los tiempos de esplendor de Congará. Siento que me gana la ansiedad y no puedo evitar la irritación. Pero me esfuerzo por contenerme y con tono sereno y persuasivo (o así me pareció) le digo:

—Tengo el corazón en su sitio, señor.

El viejo me mira con picardía:

—¿Y los compañones?

Maldito sea. Me ruborizo, aunque por respeto a la edad de mi acompañante. Don Simón Guerra ríe con risa cargada de flema, tose, tose, hasta escupir un denso gargajo; luego, declara:

—Si le digo, ¿me promete no hacerme más preguntas por ahora?

Sin meditarlo, le doy mi palabra.

—Mire, hijo. En este terral ocurrió un hecho muy afligido para los de su sangre —me mira otra vez a lo profundo de mis ojos—. Aquí fue que el blanco Benalcázar castigó sin consideración a sus canas a don Cruz Villar, padre de Santos y bisabuelo suyo.

Un chiflón de sangre me sube a la cara, pero esta vez no de rubor. Le quiero hacer otras preguntas, pero el anciano traza una cruz sobre sus labios antes de sentenciar:

—Me dio su palabra. Y no insista porque le diré que nones. Espere, aguarde, que no faltará ocasión para contarle esta historia. Ahora atravesemos el terral.

Soy yo quien ahora se hunde en un silencio huraño. Polvo hostil, memoria desgarrada. Ah, si yo pudiera condensar en una sola imagen los cuadernos de mi padre. Con él continuó la existencia agraviada de los de mi sangre. Preparar exquisitos cócteles para gentes de la calaña de los Benalcázar, de los Souza Arrese o de los ascendientes de mi amigo Arturo, los Lama Farfán de los Godos. Anoche, en un acto que prolongaba el rencor de Primorosa Villar, escupí sobre la placa recordatoria del héroe y orgullo de la extinguida familia Benalcázar León y Seminario. Acto pueril, irrisorio, que no me confirió sosiego sino que me invitó a indagar la verdad, no importaba que el escarnio fuese atroz, intolerable. El relato inacabable de Altemira Flórez, las pasiones desatadas de los Villar ante el cadáver del abuelo Santos. *Mitiga tu aflicción, Martín Villar*. Recordar, por ejemplo, los candorosos sueños de mi padre. Sus ansias de conocimiento. El pequeño laboratorio de química y el mini gabinete de física comprados a plazos por correspondencia. Fueron los juguetes que no tuvo en su más tierna infancia. Ah, y el violín, con lecciones venidas también por correspondencia. Aprendiz de cosas inútiles. El único esperantista de Piura desde la trágica muerte del papá-doctor.

Me he serenado un poco. Durante todo este trayecto por el erial, el viejo Simón Guerra no ha dejado de hablar. Vagamente he entendido que me hablaba de los años de trabajo en Panamá junto con su cumpa Leal Saldarriaga y el resto de la gallada congareña. De mi memoria surge el

nombre de un lugar: Buenaventura. El chancro. La sífilis de Santos Villar. Ahora el anciano me zamaquea del brazo.

—Despierte, muchacho. ¿Por qué mundos andaba? Mire: aquella es la casa de los de su sangre.

Un estremecimiento desde la raíz de mi ser es lo último que recuerdo.

Como si penetrara en un territorio que le perteneciera por un derecho inalienable, mayor que el que se funda en la posesión de un contingente título de propiedad (derecho cimentado, más bien, en la potestad que confieren el dolor, la memoria y el sueño, como decían las anotaciones de su desventurado padre), Martín Villar ingresó en el vetusto solar cuyas primeras quinchas fueron levantadas con sus propias manos por la venerable Sacramento Chira, bajo la mirada inquisitorial (y no obstante despectiva y lejana) de Miguel Villar, el fundador. Vagamente escuchó a Simón Guerra explicarles a los viejos Timaná la filiación de aquel muchacho de aspecto enfermizo y semblante tristón que, ensimismado, cruzaba con seguridad (como si desde siempre hubiera vivido bajo este techo) la sala, las habitaciones penumbrosas, la ramada filtrada a raudales por el sol y que servía de cocina y comedor (o de *comedero*, como decía Santos Villar), y por fin abrir la portezuela enclenque que daba acceso al corral. Por unos instantes vieron al joven (*todavía un maltoncito*, pensó el viejo Timaná) recorrer con la mirada el corral amplio y terroso que trascendía, como una bendición, a verijas de chivo y boñiga de burro. Luego, indiferente y como ido ante la inquietud que su presencia despertaba entre el animalaje, se dirigió hacia el fondo donde, resistente al tiempo, se mantenía el vichayo que (ahora lo recordaba el viejo don Timaná) don Santos Villar le había prohibido talar, y esto como condición para instalarse en la casa donde nació su finado padre Cruz Villar.

—Vea usted las rarezas que uno tiene que ver en la vida —dijo don Timaná a Simón Guerra.

Porque el muchacho, comentaría después el sechura, *estuvo a un tris de caer de rodillas, igual y conforme que esas gentes míseras, lisiadas y sin esperanza que se abren paso con sus rodillas laceradas, para tocar las milagrosas reliquias que portan en sus urnas los ciegos caminantes al tam tam del tambor y el lamento de la flauta y el desgarro de antiquísimas oraciones que añaden una mano de aflicción a estos páramos de desolación y pobreza*. De modo que, ¡al fin!, Martín estaba ante el árbol que según tradición familiar fuese plantado más de cien años atrás por Sacramento Chira en secreta celebración de sus esponsales gentílicos con aquel desconocido soldado mil veces derrotado, más que en los campos de batalla, en los avatares propios de la vida de los comemierda del mundo y que conservaba en sus carnes la mordedura de los grilletes que sobrellevó en su prolongado cautiverio en las canteras de la prisión de Ceuta.

Era, hermanos de mi corazón, el centenario árbol de los Villar, ni verde ni dorado en medio del jardín de las delicias, sino el áspero, llagado y polvoriento leño en que fueron martirizados los descendientes de Miguel Villar y Sacramento Chira. Floración del desierto, (laboriosa, tenaz) era, con todo, el viejo árbol de la vida, desde el cual (amarrados, maniatados) Inocencio y Primorosa comunicaban al padre implacable y supersticioso (y que, sin embargo, no ansiaba otra cosa que el bien de su tribu) el delirante tumulto de imágenes y voces herméticas y deslumbrantes que resonaban en sus oídos y encandilaban sus vistas por virtud del cactus dorado, o balbuceaban aterrados bajo los efectos de la simora negra, propiciadora de viciosas figuraciones que revelaban los instintos del mal que subyacen en el alma de los hombres.

Los viejos que los observaban creyeron que el muchacho padecía del mal tan triste de la alferecía porque lo vieron trastabillar y abrazarse al carachento tronco acometido de fuertes temblores. Hubo un espanto de pájaros que alzaron el vuelo por entre las ramas del vichayo y entonces escucharon los sollozos del nieto de Santos Villar destacándose sobre el berrido de los chivos y el canto de la chiroca. Martín Villar había jurado no llorar nunca más desde el día en que terminó su infancia. Y desde entonces había cumplido su juramento como si por ensalmo, diría Altemira Flórez, se hubiese extinguido en su churrito el manantial creado por Dios para mitigar las penas de sus criaturitas.

Y el buen Martín apenas había derramado unas pocas y oscuras lágrimas cuando murió el abuelo Santos, y secos permanecieron sus ojos cuando, ataviado con su traje de artista, encontraron medio pudriéndose el cadáver de Primorosa Villar. Y corriendo los años había revalidado su juramento en los meses que pasó en el seminario cuando descubriera el definitivo silencio de la divinidad que había pretendido reencontrar. Pero ahí, en medio del silencio absoluto, el conturbado seminarista había recordado los remotos años de su primera infancia cuando por las noches lloraba inconsolable por la maldad que iba descubriendo en el mundo, en los viejos años cuando aún vivía en uno de los barrios más pobres de Piura, y al acompañar al cementerio a los parvulitos en sus breves ataúdes blancos le rogaba a Dios que le concediera el supremo milagro de morirse. O cuando en sus juegos solitarios se imaginaba muerto y alzaba su lamento ante su propio cadáver.

De modo que se había prometido con firmeza mantener su juramento al visitar el viejo y arruinado lar de los de su sangre. De ahí la frialdad con que atravesó la sala, las habitaciones, la ramada-cocina, pero, de pronto, al entrar en el corral y hallarse ante el totémico, y sagrado vichayo, sus piernas habían comenzado a flaquear, mientras sentía que algo como un desbordamiento

cargado de imágenes y reminiscencias subía mostrándole ora a Primorosa en la doble plenitud de su belleza y su locura, ora a Inocencio llorando encalavernado por el bosque la pérdida irremediable de la hermana amada, ora el ultraje padecido por su primer abuelo Cruz Villar, ora a su desventurado padre dejando su amarga semilla en lo más profundamente genital de Altemira Flórez.

Martín Villar admite, pues, que rompió sin pudor y sin límites el solemne juramento de su infancia. Confusamente recuerda que doña Lupe Timaná puso entre sus labios una chicula de agua fresca que bebió a sorbos, convulsivamente. El agua sacada de la tinaja, según le explicaron después, estaba preparada con flores blancas serenadas, raíz de valeriana, pétalos de flores de azahar, más el acre fruto del vichayo con que en la región curaban a los enfermos de alferecía. Una chiroca cantaba, silbaba. Y su silbo tenía el mismo sabor que el agua fresca que ahora bebía con mayor sosiego. Un remolino de arena que se levantó no le impidió reparar en la nitidez purísima del cielo. Era el mismo cielo bajo el cual Sacramento Chira apaciguó la furia indomable de Miguel Villar. El cantar bronco de una bandada de choquecos avasalló por unos instantes el canto de la chiroca, que emergió luego victorioso. Martín Villar volvió a ver el perfil y la silueta precisa de las cosas. Como a un lisiado, don Timaná (que le hacía oler un frasquito de timolina) lo condujo para que se sentara sobre un tronco que había en el corral. Entonces sintió la vaharada de humores del cobertizo de los chivos e imaginó al mozo Santos Villar pernoctando allí entre los animales, bajo la vigilancia de sus colambos amaestrados, lejos del cuarto donde hacinadamente dormían sus otros hermanos y se abrazaban soñando en otros mundos los pequeños Inocencio y Primorosa.

—Venga, muchacho, mejor recuéstese un rato. Pronto la bebida le hará coger sueño —dice don Timaná.

Otra vez, dócil, medio aletargado, el muchacho Villar sigue al hombre que parece bordear la vejez. Una nada más alto que él, magro de carnes, nudoso, el pellejo prieto, *como chamiza de zapote*, recordaría tiempo después Martín Villar, don Timaná tiene el rostro afilado y el pelo clinudo salpicado de canas y va descalzo, patas al suelo, como los hijos de su abuelo Cruz Villar. «Pero menos que tus pies, tía, tus bellos pies de tobillos delicados, pies y piernas y muslos y senos trabajados para la venta con leche de chiva blanca y zumo de flores de esta tierra», como escribiera mi padre, «avara de flores». El sechura lo ha conducido delante de una puerta desgonzada, llena de rajaduras y cerrada con un alambre herrumbroso. No presta asunto a lo que le viene refiriendo (y, sin embargo, entiende que le habla de su amistad con Santos Villar), pues su corazón ha empezado a latir aceleradamente al darse cuenta de que se halla delante del cuarto donde dormían los once hijos engendrados por Cruz Villar casi simultáneamente en los vientres de Trinidad y Lucero Dioses. *Doce*, se corrige, *si se cuenta a Miguel, el verdadero primogénito, pero muerto al nacer, ahorcado con el cordón umbilical, como dicen las anotaciones de mi padre*. Martín Villar siente un sacudón: ha recordado el interminable relato de Altemira Flórez acerca de los trabajos que pasó ella para traerlo al mundo y su nacimiento no distinto de aquel que debió llevar el nombre del fundador del linaje. *Pero yo sobreviví, fui rescatado de las aguas ardientes por doña Betsabé Alburquerque y por mi abuelo Santos, no para la vida, sino para que perdurase el invicto rencor de los Villar*. Entre tanto, don Timaná ha terminado de abrir la puerta y lo invita a pasar, y él entra y camina unos pasos y ve una habitación penumbrosa y respira un vaho oscuro y cizañoso.

—Perdone la pobreza —le dice el sechura, desenrollando un petate—, pero siempre es mejor que el suelo duro.

Poco después entra la mujer de don Timaná y le coloca en torno a la frente y las sienes un paño humedecido con aguardiente de caña.

—¡Pobrecito! Si tiene el sentido, haz de cuenta que es una brasa —dice, y empieza a estirarle con cuidado y firmeza los dedos del corazón, de una y otra mano.

—Por un poquito le da el ataque —dice el sechura, que ha transpuesto ahora el marco de la puerta.

—¿Ataque? Raro... ¡pero qué raro! —Martín reconoce la voz del viejo Simón Guerra—. Que yo recuerde ninguno de los Villar padeció de alferecía. De locura sí. Y también de maldad.

—¿Quién no padece de maldad, don Simón? Pero no es por nuestra voluntad. Es por esta vida de pobreza.

—Dirá usted que soy un terco, pero yo que soy de Congará le aseguro que ninguno de los Villar...

—Entonces será que tiene que cargar con los espesos humores del finado don Santos.

—Más bien en esto sí le doy razón. Ah, Santos, Santos. ¿Sabía usted que en este pueblo no hubo hombre, blanco o indio, capaz de guapearle la mirada?

La mujer, en tanto, termina de prestarle auxilio y se dirige a la puerta donde conversan su marido y don Simón Guerra.

—Gua, hombres, que no pueden callarse en consideración al enfermo —dice doña Lupe Timaná.

—¡Caracho! —dice el sechura y observa al muchacho que yace tendido en el petate.

Entonces junta la puerta y Martín Villar siente pasos que se alejan en dirección a la sala.

Tendido en el petate permanecerá una, dos horas. Quizá siglos. El fruto del vichayo produce letargo, como su hoja mezclada con la chicha: embriaguez exultante o cachonda o colérica, según el natural de cada quien. El suelo duro de tierra apisonada y el techo de paja podrida por donde penetran rayos de luz polvorienta. Había alacranes de fuego y arañas lascivas que caían de claraboyas de azulejos agrietados y anidaban en los ojos de las estatuas en los delirios de mi infortunada tía. Palpa, rasguña la tierra endurecida, yerta y cálida y olorosa a moho y a yerbas curativas, olor este último que volvería a reencontrar, pero de manera avasallante, ubicua, en la choza de don Asunción Juares. Y el petate y los trastos arrumados en los rincones se hallan patinados (además de la luz opaca, mortecina) por capas de polvo impalpable, como el polvo acumulado en las hornacinas y los sótanos de iglesia, y en los nichos y las lápidas.

Con los párpados laxos, pugnando por no dormirse, pero tal vez durmiéndose por momentos, Martín Villar mira, observa, guarda en su memoria y rastrea las huellas de una vida extinta. *No extinta*, piensa, *no extinta. Ella vive en mi cuerpo, en mis huesos, en el flujo de mi sangre y es propiedad de mi corazón*. En la pared opuesta de donde él se halla tendido —las paredes son de barro y guardan algunas escorias de un antiguo revestimiento de cal— ve un montículo de algarrobas, una romana de pesar, sacos de yute repletos de yerbas asentados sobre costales de crin, dos lampas herrumbrosas (una sin cabo). De unas especies de garfios penden cabestros y niculas, y en la pared que da frente a la puerta se apilan varengas, horcones y cañas de Guayaquil resecas y astilladas. A su izquierda —el petate se encuentra casi en medio de esta pared y vertical a ella— alcanza a distinguir ollas, tinajas, callanas y cántaros de barro cocido y toda suerte de calabazas: mates, potos, cojuditos, chiculas, limetas. A su derecha percibe, haciendo ángulo, una ruma de bultos cubiertos con periódicos, hules desgastados y

papel acartonado de bolsas de cemento. Finalmente queda un gran espacio en el centro de la habitación: arriba los agujeros del techo, semihundido en esta parte, son más abundantes y la luz del sol se cierne profusa y en el suelo, sobre costales, se secan pallares, zarandajas, frejoles de palo en sus vainas y ajíes girasoles. *Y esto eran los bienes del viejo Timaná*, se dice, preguntándose si alguno de estos enseres habría pertenecido al hogar de su primer abuelo, Cruz Villar. *Quizá los cabestros y las niculas*, piensa, *para el ejercicio de su potestad sobre hijos y animales y sobre mi bisabuela, Trinidad Dioses*.

Y desde esta semiconciencia ve (vuelve a ver, a mirar) la habitación lamida por la luz polvorienta y caliginosa filtrada por las aberturas de la techumbre. *Conque aquí estamos*, se dice. *Conque este era...*, mientras escucha un revoltijo de voces. Y de esas voces emergen retazos de historias, injurias, el llanto indecoroso de su tío Catalino, la maldición (el escupitajo) de una vieja desquiciada sobre el cadáver de su hermano, que era a la vez el de su padre y a la vez el de Odar Benalcázar, el poderoso hacendado que la compró.

Y el tío Silvestre diciéndole *Vejeces, hijo, vejeces, lo importante es lo que nosotros, los trabajadores, vamos a construir. Sí, sí, Román murió en la gran huelga de Panamá y fue verdad que Santos le vació el ojo al capataz, con el perdón de tu niñez, un irlandés hijo de puta que se atrevió a cachetear a Catalino... Tuvo que huir Santos, pero nadie como él para la pelea a látigo. Román era temible con la cabeza y las patadas. Yo, no es jactancia, no le iba muy detrás, solo que yo me vi obligado a usar la cuchilla. ¡Qué caracho! Hay que hacerse respetar en la vida, sobrino*.

«¿Malvado? Para mí el delito mayor de mi abuelo, cuyo nombre llevo con más tristeza que orgullo, fue su pobreza y la ambición de legar a cada uno de

sus hijos más que fuera un pedazo de arenal inclemente». Esto, Martín, era el decir de tu padre acerca de tu bisabuelo, Cruz Villar...

—De ser jodido, lo era. Y hasta un recontrajodido jijuna, diría yo, con el perdón de Dios. ¿Qué? ¿Hablar mal del padre no lo perdona Dios? ¡Pero si yo no estoy hablando mal de mi señor padre! Porque aunque me despojó manaturalosamente de la primogenitura y me arrojó de su corazón (eh, Santos, ¿me oyes?) no fue un malandrín cobarde, si no que te lo cuente el chileno. ¿Ves que antes lo estoy poniendo en alto pedestal? Lo que pasa es que yo no le gustaba. Por la puta madre, ni le gustaba la risa que me provocaba la vida. ¿Ahora también me vas a decir que Dios castiga al que habla así de la vida? Vaya, mejor tendré que meterme la lengua al rabo...

—¿Escuchas el galope de ese mulo fino? Es Isidoro cabalgando en busca de su destino fatal.

—¿Fatal, has dicho? Qué burro, Luis, ni una ñizca de luz en tu mollera. ¡Glorioso es lo que fue su destino!

—¡Qué Dios lo haya perdonado por negarse a recibir la bendición de mi padre! A mí, a tu hermano Santos, me pidió que lo bendijera porque juró que iba a volverse malo. Y yo lo bendije, diciéndole «Ve y cumple tu destino, que yo cumpliré el mío». ¿Sigues escuchando el galope de Isidoro en su mulo altanero?

—¡Nunca te cansarás de preguntar por tu tío Isidoro! Era, te diré, un churre de lo más reconcentrado, pero no montubio ni bruto como el animal de Luis, y Dios le concedió la virtud de ver con el sampedro las huacas, que son los cementerios de nuestros antepasados gentiles. Tenía instinto y olfato para eso, y desenterraba qué de cosas, huacos de las más peregrinas formas. Ah, y

en cuestiones de connubio tenía para enseñarnos, me perdonarás, sobrino, pero hasta nos causaba envidia por lo pingones que fueron, y una vez siendo muy churrito Isidoro vio un lugar y mi padre encontró no solo huacos sino pendientes, collares, brazaletes, puñales, todo de oro; una mascarilla también de oro de alta ley, cuajada de piedras, serían de gentiles ricos, dijo papá, no como los Villar, y papá fue con todo eso donde don Jerónimo Benalcázar, el padre de don Odar, y el viejo Jerónimo, al que le gustaba coleccionar los bienes de los indios antiguos, le cambió el entierro por cinco águilas de oro, y con esas águilas padre pagó las letras y las maneras que le enseñaron a Primorosa... Lo que yo recuerdo clarito es la vez que vino cargando una momia enfardelada. Se me revolvió el estómago. Conservaba todavía el pellejo, pero lo que me puso los pelos de punta fue la mueca de terror que tenía en la cara, como si lo mataran de una puñalada por la espalda. Me fui al corral a vomitar y a hacer del cuerpo. Por consejo de Santos, Isidoro se la regaló a don Clemente Palacios para sus cochinadas, y dicen que don Palacios descoyuntó las canillas, el espinazo, la calavera, convirtiendo ese hueserío de quién sabe cuántas centenas de años, parte en artes invencibles y guerreras, otra parte en polvos de locura rabiosa y otra en polvos de amor loco y un tantito más en polvos de muerte. Don Clemente Palacios, el maestro en el mal de tu abuelo Santos, hijo, como del bien lo fue don Rufino Estévez, artesano de artesanos, el más sabio, y a quien Santos buscó en Buenaventura, aunque el desdichado tuvo que pagar por la virtud recibida con la sífilis que extenuó sus jugos fecundos... De tu tía Primorosa no preguntes, niño, no preguntes, sobrino, no preguntes, no preguntes y guarda silencio, no hables, calla... ¿Inocencio? Él, la verdad, la verdad, murió antes de que Isidoro lo encontrara medio devorado por las bestias del campo. ¿Me dejo entender? Murió un poco cuando la vio abandonar el hogar subida sobre la yegua mora del patrón y otro poco cuando, sin decirle adiós, huyó

Primorosa, y otro poco aun cuando el manaturaloso del blanco Benalcázar mandó a quemar el bosque que nos daba fresco y nos protegía de los vendavales de arena y de las avenidas del río y de las pestes, y alegraba como un sueño la vista. Pero qué adversativo es este mundo. Me atormenta decirlo, pero jamás he visto mayor hermosura que la ardedera del bosque por la noche. Verlo te hacía parecer triviales las estrellas. Respondo de lo que vieron mis ojos. ¿Cómo vieron ese inmenso resplandor rojo los ojos de Inocencio? Quizá como el infierno. O como una tentación de arrojarse a las llamas. Te digo, por eso, que lo que murió fue el cadáver de Inocencio y este (el cadáver), no Inocencio, era el que atravesaba como un sonámbulo el pueblo y caminaba descalzo por dunas y páramos y montes, tumbando a las chivas para mamar su leche y devorando carne cruda o apenas cocida de iguanas y víboras (los únicos animales que mataba), y, como golosina, los frutos del zapote y ciruelas y cerezas silvestres y los amargos limones de la tierra. E igual y conforme que al muerto le siguen creciendo las uñas y el pelo, le crecieron las uñas, el pelo y las barbas de chivo. Un Jesucristo, pero loco de amor. Este fue el moñón Inocencio, mi hermano y tío de tu padre y tío abuelo tuyo. Inocencio Villar, de alma purísima y blanca como las dunas blancas bañadas por la luna...

—Pero lo que seguro no recuerdan es el día que nuestro papá Cruz nos obligó a castigarlo. Inocencio, como era su tormento, estuvo huido por el monte una barbaridad de días hasta que por fin Isidoro dio con él. Ah, este Isidoro, tan duro de corazón como parecía, amaba y protegía a Inocencio. Bueno, les sigo contando. No le dijo nada a él, pero nos llamó a todos, Inocencio en el centro y nosotros rodeándolo. Entonces padre nos pidió eso: que nosotros, sus hermanos, nos encargáramos de castigarlo. Clarito recuerdo cuando el padre extendió el cabestro para pulsar nuestro corazón. Rápido

malicié las ganas de Santos y entonces yo tomé el cabestro, pero solo fue para salvarlo de las crueles manos de Santos...

—Embustes, Catalino. Tú cogiste el cabestro porque querías demostrarle a nuestro padre que podías ser más duro de corazón y ganarte su sentimiento, pues no te tomaba en cuenta por esa jodida manera de ser tuya. Y empezaste a vetearlo, Catalino. Lo veteaste primero como en broma, con peladera de muelas según era tu natural, pero pronto, como que le agarraste el gusto al látigo, empezaste a romperle el pellejo a mi pobre hermanito y así hubieras seguido si antes Santos no te acogota del pescuezo y te tumba, y con el mismo cabestro empezó a darte, hasta que el buen Isidoro, y también el finado Román y Silvestre, que no me dejará mentir, cogieron a Santos, diciéndole «basta, hombre, gua, Santos, ¿qué pasa?». Y nuestra mamita Trinidad lloraba y el mísero Inocencio seguía con sus tormentos, pues nuestro padre, don Cruz Villar, antes de amarrarlo al vichayo le dio de beber simora, diciendo que era para que escarmentara y no volviera nunca más a escaparse de la casa, pero todos sabíamos que fue para obligar a nuestra hermanita a que se comportara como era debido con el patrón, no fuera que el blanco se vengase y le quitase los gallos de pelea y el terrenito y todo lo que pagó el blanco para que Primorosa fuera su mujer, la querida principal, con ley para emputecerla y hacer de ella una mañosa, como fue el caso. Y nuestra mamita Trinidad lloraba, y el afligido Inocencio, ya con el seso marchito, seguía amarrado al vichayo, y así nuestra hermanita se emputeció, Dios la perdone...

—Inocencio y Primorosa formaban pareja, porque los hermanos, seamos machos o hembras, por decirte, nacemos de a dos, haciendo yunta contra el destino. No lloré a Inocencio, como tampoco lloramos a Jacinto, Práxedes y Tomás. De ellos, que rompieron con el hogar y la tierra aún antes de que muriesen nuestra santa madre, Trinidad Dioses, y nuestro señor padre, don

Cruz Villar, de ellos, te digo, el único que te puede dar razón es tu abuelo Santos, pero ahora también su boca se cerró para siempre...

—¿Jacinto has dicho? Hablas mal. No, él no huyó. ¿Has olvidado que murió con la peste? Como la mamita Trinidad.

—No, no, hombre, a ella no le dio la bubónica. Lo que le pegó fue la viruela. Pero, para mí, no la mató la viruela, sino el vicio de sufrimientos que padeció. Recuerdo que cuando murió tu madre, doña Lucero, que también fue la madre de Jacinto, la mamita Trinidad decía «¿Por qué no morí yo? ¿Por qué Dios no nos recogió juntas?». Es que se habían criado desde la cuna y a las dos las tiranizó don Cruz Villar, nuestro padre y señor. Bueno, él sí que fue alcanzado por la peste negra. Y Santos, no es que quiera hablar mal de él, tendido en la hamaca como que esperaba que los viejos terminasen de morir...

—Ahora que lo dices, lo recuerdo. Quiero decir, que no huyó con Tomás y Práxedes, después de que Catalino se mandó mudar. Pero fíjate la rareza: por más que me desvele no puedo dar con su dibujo. A veces se me figura con la estampa de Isidoro, por lo reconcentrado que era. Otras veces lo veo salir del último cuarto pero como bañado de oscuridad con el pellejo y el rostro tuyo, Luis, con tu perdón, aindiado, clinudo, igualito a ti, menos los ojos, que no eran humildes, tampoco feroces, no sé, no doy con el verbo. A ver si tú, con tu paciencia, me ayudas a labrarle bonito su figura y su sombra, quiero decir su ánima. Así que fue el primero en írsenos. ¿Lo lloramos? Pero qué bolsudo soy, como si los Villar fuéramos gente de lloraderas y lágrimas.

—La peste. El castigo. Qué de días y semanas y noches vivimos. Lo peor eran las noches y las oraciones y alaridos de las mujeres, les tapaban la boca a los ventarrones. Y Santos tendido en la hamaca, vigilándonos. Era como si nos advirtiera «De aquí no se me mueve nadie mientras alienten vida nuestros padres». La verdad verdadera es que a Santos solo le faltaba amarrarse el

trapo rojo para que pareciera nuestro padre. Bueno, en lo secreto, queriéndolo o no, ya lo considerábamos con estatuto de padre, lo veíamos varios peldaños más arriba que nosotros, de mayor jerarquía que nosotros. Y, para ser verídico, Dios me perdone, de más rango y majestad que nuestro mismo señor, don Cruz Villar...

—¿Que si pactó con el diablo? Fue mucho antes de unirnos. Yo todavía tenía luz en los ojos y lo escuchaba decir sus oraciones. Se persignaba de manera recta y también las oraciones las decía en el orden natural. Pero yo era joven y de carne y no de palo, y una noche le exigí que fuera mi marido de verdad. ¿Crees que se acomidió viendo en los apuros que estaba? Ni me escuchó, ni una palabra cariñosa. La sangre se me subió al cerebro y le aventé todo lo que tenía adentro acerca de su hombría. Con tranquilidad y traspasándome con la mirada, me dijo «Tengo un remedio que calma a la zorra». Y fue al último cuarto y del último cuarto volvió con el más terrible de sus látigos y me flageló como solo él sabía hacerlo. Entonces, sin encalavernarse, en un arranque dijo el Credo y tantas otras oraciones al revés que yo le agarré ley. Y luego me lo contó todito. Pactó, Martín, vendió su alma al señor de los once mil cuernos que dona al que tiene coraje los más altos poderes. Don Clemente Palacios, en los años en que me enseñaba sus artes de perdición, me aseguró que él puso en contacto a Santos con «el enemigo», como lo llama la gente ilusa y ordinaria. Y usó los poderes que recibió para maldecir a Congará y al linaje entero de los Benalcázar. Después le cogió el arrepentimiento y el sampedro le dijo que solo un hombre que vivía en un puerto lleno de negros leprosos lo podía ayudar a romper el pacto y volver a ser hombre de bien. Me cago en los hombres de bien. Rufino Estévez se llamaba el cabrón artesano, hijo de la más puta, que lo ayudó a cortar las cadenas. Pero, ¡bien hecho!, porque dura fue la expiación y una

chuchumeca de coño chancroso le emponzoñó la sangre y la verga le quedó de adorno y para la orinadera. Y yo no tuve marido ni hombre de verdad. Pero él necesitaba de mis poderes y yo de los suyos. Así sellamos alianza y durante cuarenta años compartimos esta misma cama...

«Escribo lo que oí, hijo, porque esto sucedió antes de que doña Isabela Victoriano Nima me tuviera. Siempre escuché esto: que Práxedes y Tomás, mis tíos, vivían como apartados del resto de los hermanos. No eran habladores ni amigos de risa ni de juegos. Pero unos más, otros menos, si exceptuamos a mi tío Catalino, ¿no era este el modo y el talante de todos los hermanos Villar? Lo que los distinguía era el mantenerse a distancia de los restantes hermanos. Pero lo que me contaron también es que desde que murió la mamita de ellos, doña Lucero Dioses, secreteaban entre los dos y sus ojos no ocultaban el odio que sentían por su padre, mi abuelo Cruz. Cuando tu bisabuelo andaba enlunado recibían el castigo fiero sin un gemido, sin un *ay*, pero, al darles las espaldas, los mocitos escupían. Escupían con desprecio. Es verdad que huyeron, pero no de la misma forma fregada como lo hizo mi tío Catalino. Lo que no acabo de explicarme es por qué mi papá, que, según me revelaron, adivinó el deseo que tenían, los dejó huir. ¿Respetó la determinación que tomaron de romper de raíz con la familia? Una vez me atreví a preguntarle mientras leía los naipes por qué él, que penetró en lo más recóndito de ellos, no impuso la potestad de padre que había adquirido. Mi papá es hombre de mil rarezas y misterios. “Me gustaban esos muchachos por su rebeldía”, me dijo. “Y los vi desde la hamaca abrir el postigo en lo más oscuro de la noche. Congará era un solo lamento por tanta muerte que cobró la peste. Muy bien, largo, fuera”, me dije, y “vayan por el mundo a regar nuestra amarga sangre”».

—Y yo recuerdo que en el cuarto de en medio, encima de una repisa, había un santo, no recuerdo su nombre, pero que mi abuelo decía que era el patrono de los caminantes, y mi abuelo siempre tenía prendidas dos velas y, por las tardes, consultaba los naipes y mi mamá Altemira me decía «Está tras el rastro de sus dos hermanos, los hijos de doña Lucero Dioses». Y una de esas tardes mi abuelo Santos cerró la baraja y fue al altar y apagó una de las dos velas.

—¿Estás seguro que apagó una de las velas?

—Sí, tío, por esta luz que me alumbra.

—Entonces sería que había muerto uno de ellos: ¿Práxedes? ¿Tomás?...

—Como la vez que allá en Panamá, guardando los naipes va y le dice a Román (Román, el rebelde; Román, el que me dijo «Silvestre, la vida del pobre tiene que cambiar»), entonces Santos le dice: «Román, anda y busca y tráete a Catalino». Y Román, bien mandado, fue a buscarlo al puterío en que andaba y todavía después de un tremendo rato los sentimos llegar, Catalino cantando pendejadas de burdel y feliz de la vida, y Santos que le clava esa mirada que era como para enterrar a cualquiera, injuriándolo: «Puñetero, vergüenza de nuestra sangre», y luego, a todos nos ordenó: «Arrodíllense y recemos: Isidoro ha sido ahorcado por los blancos. Por los blancos. Ah, blancos, ah, ricos». Y Román y yo, que nos estábamos volviendo medio incrédulos, caímos de rodillas y rezamos por Isidoro Villar, el bandolero, el que de churre tuvo virtud para descubrir reliquias de nuestros padres gentiles y que torció su destino por vengar la afrenta que cayó sobre nuestra sangre...

—Y tú, Gertrudis, ¿sigues venerando al diablo? ¿Cierto que para recibir los poderes del enemigo tuviste que matar a tu padre? Dicen que le agusanaste todo el bajo vientre. Dicen también que los compañones eran un

hervidero de gusanos. Doña Beneda, tu hermana, cuenta que antes de expirar tu padre te dijo «¿Por qué me matas, Gertrudis?»...

—Escucha, mocoso: elegí el mal porque es más poderoso y por eso me sobran poderes. Mi soberano es el que reina en el mundo. ¿Para qué sirve el Dios de los curas? ¿Un Dios que se deja clavar en un madero? El Dios verdadero es poder y odio. Y yo odié desde que fui niña por razones que no te daré para relleno...

—Pero, ¿por qué ese dios siendo tan poderoso no te devuelve la vista?

—¡Pero yo veo, Martín! ¡Yo veo! Solo que de otro modo.

—¿Don Clemente Palacios te ayudó a vender tu alma?

—Sí, él fue mi maestro; por él supe lo que la hembra siente cuando la cubre el macho. Fue a los dieciséis años que llegué a tocarle la puerta. «¿Quién te engañó que eras fea?», me dijo. Esa noche me hizo suya tantas veces que ni recuerdo, pese al dolor, porque don Clemente rompió por primera vez mi carne. Tenía otras mujeres, pero no me importaba porque me hacía rico y le sobraba energía y jamás me descuidó mientras me enseñaba la ciencia del mal. Entonces conocí a tu abuelo cuando volvió de Panamá y Buenaventura. Don Clemente nos juntó. «El bien necesita del mal y el mal del bien». Así nos dijo... ¿Y tú, Martín, no quieres adquirir poderes? Anímate, yo te ayudaré y rézale al Niño Jesús de Praga que está en la mesa de los santos. Rézale, invócalo, porque es la imagen del verdadero soberano del mundo.

—Ah, Román, Román, nunca me resignaré a tu muerte. ¿Fue necesario tu sacrificio? ¡Pero qué caracho estoy diciendo! Si me oyera Román te aseguro, sobrino, que montaría en cólera y hasta me despreciaría. Nos creían mellizos. Los dos carecíamos de letras en esos años, pero él tenía un verbo que era una brasa viva. Estudiaba, es decir, asistía a las charlas que daban un Pignatelli,

que era italiano, y un Oller, que era español, pero que se molestaba si le decían «¡Hola, español!», porque él no se cansaba de explicarnos que era catalán. Cuando Román me llevó a escucharlos y oí a este Oller, ¿qué te digo?, antes medio que se me bajó el odio que sentía por los españoles que vinieron a robarnos nuestras tierras y a ultrajar a nuestras abuelas. Pero lo mejor fue que me quedé maravillado. Se hizo la luz en esta cabeza dura de campesino, y cuánto, y cuánto habría dado para que todos mis hermanos sintieran lo mismo. ¡Ah, con que este era el secreto del padecimiento del humano! A partir de entonces miré al peonaje, incluyendo a los morenos que se mantenían aparte y que volaban cada día en mil pedazos por los dinamitazos, cuánta sangre, sobrino, cuánta sangre derramada, pero a lo que iba: sentí al peonaje entero como a mis prójimos hermanados por la pobreza y la humillación. Y nos fuimos a la huelga y luchamos no solo por el jornal, sino por un trato digno de un hombre. Sí, nos levantamos. Nos faltó experiencia de verdad. ¿Pero es que hay otro modo de coger experiencia si no es luchando? Qué emoción la que se siente, sobrino; como estar con una real hembra; pero miento, es mejor, más intenso y de otra sazón, como una fiesta de la sangre y uno se siente de verdad hombre. Nos esperaban los capataces gringos armados hasta por vicio. Y Román, que encabezaba la marcha, cayó el primero, ah, pero tuve la suerte de ver la cara del gringo hijo de perra que le disparó. Román murió en mis brazos. Qué dolor, sobrino, qué dolor. Santos había huido por causa de la pelea y Catalino quién sabe en qué chongo andaría. Supe, entonces, lo que es estar solo. Pero también mi vida tuvo un destino más alto, más elevado. Yo, al enterrar a Román, hice un juramento. Esperé que bajaran los ánimos y domé mi cólera. La paciencia puede ser virtud o defecto. En mi caso fue virtud. Vigilé los pasos del gringo y supe hasta las horas en que iba a pujar su mierda. Partía un barco para Asia. Fue un regalo porque necesitaban tripulación. Me aceptaron y la embarcación

partía a la madrugada. Entonces esperé al gringo por donde debía pasar. Olí la fetidez de las marismas. Me fijé en las luciérnagas. Dejé que los zancudos se banquetearan por última vez con mi sangre. Era un gringo jugador y borracho. El muy cabrón venía cantando sus cantos desabridos. «Ya vas a seguir cantando por toda la eternidad, coño de tu madre». Yo había aprendido a usar bien la chaveta y el cuchillo. Escogí el cuchillo. La mano me obedeció. Ningún temblor. Procuré no matarlo de inmediato. Y así pudo verme la cara y escucharme por qué iba a morir. Me miraba incrédulo, aterrorizado, imploraba piedad. «¿La tuviste tú con mi hermano, gringo maricón concha de tu madre?». Cuando me aseguré que entendió mis razones, le corté la yugular. El barco partió poco después de la medianoche. Y me hizo bien respirar la brisa.

—¿Cuándo conoció usted a mi tío Silvestre?

—Tarde o temprano, sobrino, nos hubiéramos conocido aquí, en Paita, desde que me vine a establecer en el puerto. Pero tocó la coincidencia que en Baltimore me aceptaron en la tripulación como carpintero, que es uno de mis mil oficios, en el mismo vapor en que andaba embarcado Silvestre. Yo estaba nostalgioso, triste, la verdad, ofendido por cuestión de faldas; no, no, Kathy Jacobich no era una falda, era una mujer como jamás vi otra. Yo soy mujeriego, me gustan las mujeres, sé lo que son las mujeres, pero como Kathy Jacobich, si las hay en el mundo, sobran los dedos de la mano para contarlas. Tu tío Miceno, sobrino, es alegre, jodedor, y me gusta gozar la vida, porque la pobreza no es razón para andar triste y lloriqueando. Eso sí: hay que luchar, ser rebelde, no poner la otra mejilla si alguien se atreve a ponerte las manos. Apenas nos vimos con Silvestre, simpatizamos. Me abrí con él y le conté del desengaño, que la verdad no era desengaño, solo que Kathy (que era pintora y tuvo el antojo de pintarme y yo le dije, «*okay*», pero

ni se me pasó por la mente que me quería pintar calatito, y como la palabra es palabra tuve que dejarme pintar en pelotas y con mi culo negro), solo que ella, te decía, era mujer de otras ideas. En correspondencia con mi sinceridad, Silvestre me confió la razón por la que tuvo que salir de Panamá y ya iba para cinco años que andaba embarcado, pero siempre cambiaba de barco, porque no resistía la tentación de buscarle lío a cualquier gringo que estuviera entre los tripulantes. Bueno, simpatizamos, Martín, fraternizamos. Yo no creo en Dios, pero me gusta saber de todas las religiones y por un tiempo fui vendedor de Biblias, también en Baltimore. También yo había escuchado a socialistas y anarquistas y me atraían sus ideas. Esto estrechó más mi amistad con Silvestre. Y con la Biblia y los folletos de Malatesta le enseñé un poco de letras. Yo le decía «¿No piensas, Silvestre, que de vivir Cristo en nuestros días sería socialista? Cornudo y todo», le seguía diciendo, «José pertenecería al gremio de carpinteros y, como trabajadores que eran, los apóstoles serían proletarios». Con estas bromas Silvestre ponía más interés en el estudio de las letras. Ya en Paita, trabajando como estibadores, fundamos el Sindicato de Estibadores. De vez en vez hacían escala en Paita compañeros de diferentes partes del mundo y los teníamos en nuestras casas y por la noche nos daban charlas. Así fue hasta que recaló en Paita Robetta, un uruguayo que se decía bolchevique. Nos gustaron sus razones. Fíjate lo que son las cosas: fue Robetta el que nos habló y nos leyó escritos de Mariátegui, a quien conoció y trató con frecuencia en Lima. ¡Cómo le gustó a Silvestre la palabra *bolchevique*! ¡Si antes parecía un churre con su golosina! La paladeaba, la saboreaba con gusto, la garabateaba en la arena y en el viento. No te mintió tu tío Silvestre: de verdad fundamos la primera célula comunista-bolchevique en Paita. Eran los últimos años de Leguía y teníamos que reunirnos en los cerros por las noches. Silvestre fue nombrado responsable. Fuimos en total cinco: Silvestre, el Ojón Garcés, Cocada Ubillús, mi primo Calero, que después por

la traición de su mujer se ahorcó, y yo, Miceno Flórez. Ah, todo lo que vivimos es como para escribir un libro. Un libro de aventuras y de enseñanza. Obligado: inculcar el odio y el desprecio a los ricos, sean burgueses o hacendados. Otro capítulo: cómo cojudear a la policía y cómo bajarle la moral cuando te está torturando. ¡Qué rico libro sería! Seriedad y pendejada y alegría y optimismo. Bueno, en tiempos de huelga teníamos que mecharnos con los esquiroles apristas y los socialistas de Luciano Castillo. Pero tanto a mí como a Silvestre nos gustaba la pelea: los puñetazos, cachetear con las patas, meter la cabeza en el preciso instante y, ¿por qué no?, la cuchilla, si los amarillos venían armados. A propósito, una vez discutimos agriamente con Silvestre y los dos nos ofendimos de palabra, pero él me ofendió más porque me llamó «vendido». ¿Yo, sobrino, un vendido? Lo esperé a la salida del sindicato y le dije que por nuestro honor de proletarios debíamos trompearnos. Pero los dos solos. Choloque, que así nombran a Silvestre, me dijo que muy bien y convenimos a las cinco de la mañana en Tierra Colorada. Los dos llegamos puntuales. Nada de chavetas, establecimos. A puño limpio y patadas y cabezazos. ¿Quién ganó? ¿Silvestre? ¿Yo? ¿Empatamos? Los dos sangrábamos y nos dábamos y recibíamos. Dejando el orgullo de lado, el vencedor (eso sí, no por muchos puntos) fue Silvestre. Un parpadeo mío y lo aprovechó. Bondongón, la cagada, y vino el famoso contrasuelazo de Silvestre. No sé cuánto duró la pelea. Pero hacía rato que había salido el sol. A pesar del cansancio, los golpes y la sangre, el día era una fiesta. Como si nos pusiéramos de acuerdo nos metimos en el mar y estuvimos nadando un buen rato. Flotando de espaldas mirábamos el cielo, el punto de oro que era el sol a esa hora, las gaviotas, los patillos, las toninas, que sacaban las cabezas para respirar y luego se zambullían y nadaban hasta muy cerca de nosotros, como jugando. Al volver a la playa se nos había quitado el resentimiento. Silvestre me extendió la mano. Y yo le propuse este juramento por nuestra fe

en el socialismo: que al que le tocase morir primero asistiría al otro hasta que expirara. Con esta promesa retornamos a Paita.

—...La idea de tener un panteón particular para los de su sangre fue de don Cruz Villar y no de don Santos. Por el contrario, a tu abuelo le repugnaba la idea, por considerar que Congará era una tierra maldita. Aunque sin entusiasmo, me decía tu padre, su papá cumplió la voluntad de su progenitor. Y no olvides, ángel mío, que por esos días el cementerio del pueblo estaba totalmente copado y a los apestados empezaron a enterrarlos en fosas comunes. Pero a quien más le gustó la idea de un panteón para las tumbas de los Villar fue a tu tío Luis. Él, decía Cruz, me refiero a tu padre, fue el que se encargó de ubicar el lugar varios kilómetros al sur de Congará, en una zona fronteriza donde terminan los médanos y empieza el tablazo. Además de don Cruz Villar y doña Trinidad y doña Lucero Dioses (a la que tu tío Luis, con el permiso de don Silvestre, trasladó de su nicho al nuevo panteón), allí están enterrados Inocencio e Isidoro y también tu tío Jacinto, que murió por los días de la peste. Fue tu tío Luis quien erigió un túmulo recordatorio a doña Sacramento Chira y quiso hacer lo mismo con don Miguel Villar, pero tu abuelo, enfurecido, destruyó «el cenotafio», como lo llamaba el palangana de tu padre. Tu tío Luis fue también el que enterró a don Inocencio, encontrado muerto y semidevorado por los animales del monte; asimismo, me seguía contando tu padre, el tío Luis enterró a don Isidoro después de que lo colgaron. Nunca supo Cruz cómo el tío Luis llegó hasta el Zapote de Dos Piernas. Lo habían ya descolgado y enterrado cuando llegó don Luis. Como por encanto. Como enviado por Dios. Entonces lo desenterró, lo enfardeló en unos costales que llevó consigo y lo puso en el lomo de las acémilas con que llegó para ese propósito. Hedía ya el cadáver, pero, decía tu padre, «¡Cómo lo lloraban!», sobre todo las mujeres. Y fue cosa de admiración ver a los ciegos

caminantes acompañar el cortejo al son de sus tambores y flautas y entonando sus salmodias más antiguas. Ahora, con lo anciano que está don Luis quizá ya la arena habrá cubierto las tumbas. Pero lo que yo te quería contar es que cuando retornó a Congará doña Primorosa, lo primero que hizo fue visitar el panteón de los suyos. Unos churres y ya no tan churres siguieron a aquella mujer como jamás vieron y fueron ellos los que contaron después que escupió entre maldiciones la tumba de su progenitor. Después que descargó ese veneno, acostumbraba llegarse a la tumba de su hermano Inocencio. Y seguro tú, corazón, recordarás los delirios de la infortunada mayor, que platicaba horas como si de verdad estuviera delante de la tumba de su hermano amado.

—Hoy desperté otra vez rodeada de alacranes. Tú nunca les tuviste miedo a los alacranes y sabías cogerlos pero qué bien, y nunca dejaste que te clavaran el aguijón. Pero los empezaste a odiar y a matarlos, tú que padecías tanto con la muerte de cualquier animalito, desde la vez que un alacrán de fuego y aguijón de oro me lanceó en el muslo. Tú llorabas más que yo, y me chupaste la sangre emponzoñada de la herida y luego estuviste todo el santo día lamiendo la llaga, y yo sentía tu saliva y las lágrimas que caían de tus ojos. Pero dije mal. Me desperté, es verdad, pero para entrar en otros sueños. Mi larga cabellera estaba enredada en las telarañas y los alacranes hacían sonar el oro de sus aguijones. Me olvidé de decirte. Yo estaba desnuda con la cabellera aprisionada en la telaraña que alcanzaba el borde de los luceros. Cabellos impuros, rosa cruel, se me vino a la memoria. Y ahí fue que la víbora entró, los alacranes huyeron y la peluda araña del amor se posó entre mis piernas. La víbora blanca mamó mis senos que manaban leche como un río. La leche que tú mamabas de mis limoncitos tenía gusto a miel silvestre. Esta leche de mi sueño era salobre, con su punto de amargura. Mame, chupe,

hártese con la leche de su crío. La víbora se puso de pie y me miró con pavor. Ja, ja. Le mostré la peluda araña del amor. ¿Mataste a mi hijo? Lo quemé, ardió. En esto desperté de este sueño para entrar en otro, pero lloré porque tú llorabas viendo la candela del bosque. De aquí todo fue confusión. El verdugo hombre que me engendró viéndome bañar. Yo atravesaba qué de mares. Carpas y teatros repletos de público. Querían verme morir. Aplausos y desesperación. Nunca quise a otro hombre que no fueras tú, Inocencio. Y yo sabía que el blanco no parido por madre me miraba desde la terraza con sus catalejos y toda clase de lentes. Yo lo hacía adrede, en el lugar exacto para que me contemplara. Los muchachos se sentían atemorizados. No hables, calla, y los acariciaba, y les decía, he vuelto a ti, dulce Inocencio, pero yo los recibía una sola vez para no encariñarme, y las lentes de los prismáticos destellaban. Mientras voy con mi gallo y mi perro por las calles de Piura no dejo de estar sentada aquí, al pie de tu tumba. Arrímate, Inocencio, hazme campo, como yo te hacía lugar y tú trepabas a mi cama. Sé que estarás arrimado a un costado cuando me traigan a enterrar y tendré tantas cosas que platicarte que ni sentiremos la eternidad. ¿Me oíste, Inocencio? Cuida que no haya alacranes, destruye los huevecillos de las arañas. Así, con la blanca y suavísima arena cubriéndonos, platicaremos, tú me contarás cuánto sufriste con mi huida y tu corazón limpio y tierno me perdonará por haberte traicionado y por no llevarte conmigo a través de tantos mares y mundos. Cuento con tu perdón, Inocencio. Y no olvides mi encargo de tener limpia la sepultura de alacranes y de arañas y de sus huevecillos.

Tendido en el petate, Martín Villar parece desentumecerse. Aspira profundamente el paño humedecido con aguardiente de caña y luego se refresca y limpia la cara y el cuello. Los rayos de sol han cambiado de dirección iluminando nuevas superficies de los objetos y dejando otras en la

penumbra. Afuera ha empezado la furia de los vendavales de arena y los pájaros del desierto buscan refugio en los espinudos árboles de la tierra calcinada. El mozo se incorpora un tanto y apoya la cabeza en la pared de barro. De nuevo escarba el suelo duro hasta que le duelen las uñas y se lleva a la boca una corteza de tierra. De niño le gustaba el sabor del barro y del yeso de las paredes y el día o la tarde en que terminó su infancia corrió al corral de la casa de su abuelo Santos y se echó de bruces y se llenó la boca de boñiga seca de burro jurando y prometiendo a Dios no volver a llorar nunca más en su vida.

Ahora, reclinado sobre la pared, vuelve a observar minuciosamente y bajo una nueva luz la habitación. Ahí, inquietantes y soberbios, estaban los cabestros y las niculas nimbadas por una luz rencorosa. Repara en que la habitación carece de ventana o tragaluz, de modo que por la noche, al apagarse el cabo de vela, se abatiría sobre ella la oscuridad más espesa. *Como la vida de mi viejo abuelo Cruz y su trapo rojo de la humillación atado a la cabeza*. Hay otros olores y, amazacotado con el polvo invisible, parece perdurar el aliento extenuado y cargado de agrura de los once hijos de Cruz Villar en Trinidad y Lucero Dioses. *Con que aquí estás, Martín. Con que este era...* E imagina a los hermanos durmiendo de dos en dos o de tres en tres, disputándose los petates y los cueros de chivo. Solo Primorosa, la elegida, gozaba del privilegio de un colchón de algodón de ceibo sobre tablas sostenidas por dos burros de madera. Y cuando los hermanos mayores empezaban a resollar agobiados por la jornada del día, Inocencio, como un colambo tierno en busca de la colamba madre, se deslizaba furtivamente hasta trepar a la cama donde lo esperaba el calor del regazo maternal de Primorosa. Pero había noches en que Primorosa sentía nostalgia del petate, y entonces era ella la colamba ávida que reptaba al encuentro de su hermano para soñar juntos. Mientras tanto, allá en el cobertizo, el mozo Santos ponía a

prueba su cuerpo y en cueros resistía el empuje belicoso del viento y aprendía a distinguir los ruidos y silencios de la noche, y a descifrar el lenguaje de las estrellas, asistiendo, de esta manera, a la paulatina revelación del infinito poder que confiere la soledad.

Vuelve a tenderse cuan largo es sobre el petate y cierra los ojos, y con los ojos cerrados evoca sus solitarios juegos de su niñez solitaria. Creo ya haberme referido a estos juegos o rituales o celebraciones secretas del buen Martín Villar. Dejemos de lado ciertos ceremoniales que le producían éxtasis carnales y sentimientos punitivos en el corazón. Estos juegos eran misas, procesiones, cortejos fúnebres, escenificaciones de los relatos que escuchaba y reproducción (o recreación) de los seres y cosas del mundo, que luego condenaba a la destrucción. Esto lo había aprendido observando clandestinamente a la ciega Gertrudis. Con prendas íntimas y pelos hurtados de sus víctimas, la mujer de Santos Villar iba armando, entre conjuros, los monigotes sustitutos a los que amarraba de piernas y brazos o por el cuello, o bien atravesaba con alfileres por el lugar donde latía el corazón. Del mismo modo, pero utilizando barro gredoso y mientras los churritos vecinos se entretenían fabricando tortas de barro, el pequeño Martín se entregaba a la modelación de figuras, fetiches o ídolos. Esta faena, que empezaba con la búsqueda y preparación de la masa arcillosa, le usurpaba buena parte del día, y poco a poco los burdos fantoches que salían de sus manos dieron paso a figurillas mejor labradas que lo colmaban de orgullo, de exaltación y de júbilo. No pasó mucho tiempo para que el gran Martín adquiriese una envidiable pericia y sus muñecos puestos a secar al sol alcanzaran la fina textura de los bellísimos nidos de barro de la avispa negra cuyo minucioso modelaje él había observado con delectación obsesiva. Luego ordenaba sus maniquíes o tanagras o ídolos (o simplemente figuras, pues por entonces desconocía aquellas otras palabras) y, en ritual heterodoxo (en el que

combinaba elementos de las celebraciones sacras con los de las ceremonias perversas a que se entregaba la ciega Gertrudis), les insuflaba el espíritu y los dotaba de nombres y, de esta manera, el último de los Villar por línea de su abuelo lograba construir verdaderos simulacros de la vida.

Elegía los nombres de sus dos linajes, pero mostraba preferencia por patronímicos de abuelos y tíos del linaje paterno, e incontables veces modeló la imagen vicaria de su padre, Cruz Villar, muerto tres o cuatro meses después de que evacuase su atormentada semilla en la matriz de Altemira Flórez. Pero Martín no solo convocaba a sus manes familiares, sino que representaba los monigotes de niños y adultos que lo hostilizaban por ser nieto de Santos Villar y de la ciega Gertrudis, esta última acusada, entre otras innumerables maldades, de ser la causante (participando del gran cónclave de seres entregados al demonio) de la dolorosa y repulsiva muerte del señor obispo de Piura. Y esto sin contar la estigmatización que hacían caer sobre él por su orfandad y por ser hijo de una blanca pobre, bajada quién sabe de qué salvajes serranías. Ah, Martín Villar, artesano, pequeño dios bondadoso, colérico y vindicativo. Vindicativo porque cuando lo acogotaba la desesperación por los enigmas que iba descubriendo cada día y por las vejaciones cotidianas, la emprendía a pedradas indistintamente contra todos los fetiches de su altar privado y, ya liberados sus instintos destructivos y lleno de furia (una furia elemental, sagrada), aplastaba con saña los restos de su laboriosa creación, hasta que aquello quedaba reducido a polvo, a nada.

Estaba, repito, tendido en el petate, el paño ahora seco cubriéndome la frente y saboreaba la corteza del suelo que fuera mil veces hollado por los pies descalzos de los mozos Villar. Escupí un espeso grumo pardusco y me dije que la mayoría de ellos estaría convertida en polvo, como esas figurillas que tantas veces yo aniquilara en momentos de desolación y encono. Pero

ahora en esta habitación, otras tantas veces imaginada y construida como en su tiempo lo hiciera Sacramento Chira, y palpando la tierra y respirando el vaho ponzoñoso y mirando los rústicos enseres que eran emblema de la existencia de todos los Villar del mundo, sentí el imperativo de congregar a los fundadores de mi sangre con una materia menos deleznable que la arcilla o la piedra.

Pensé, entonces, en las anotaciones de mi padre entresacadas de no sé qué libros de la biblioteca del doctor González que aludían al arcano poder de la palabra, «entidad sonora», decía, «de naturaleza múltiple, ambigua y maleable, pero con una maleabilidad infinitamente mayor, por ejemplo, que el aire y el fuego». Con ellas se podía jugar, imprecar, exorcizar, seducir, esclavizar, aniquilar, y no siempre la palabra verdadera resultaba victoriosa, ni su mensaje entendido; y juntándolas y sabiéndolas combinar se podía crear mundos de belleza falaz o auténtica, o de execración verdadera. Las palabras, una vez dichas, una vez proferidas, eran irreparables, e integradas al soplo del viento y al río del tiempo eran inextinguibles y perpetuas. Los hombres morían definitivamente en cuerpo y alma, pero sobrevivían sus palabras, sustancias de su ser, que, empujadas y arrastradas por vientos sediciosos y contrarios, atravesaban desiertos, piélagos, montañas y selvas y ciudades y pueblos y caseríos, conformando la vasta y feraz memoria de la tierra. *Pobre padre mío, cándido y desventurado*, me dije sonriendo con ternura. Y, sin embargo, aquí en esta habitación, aquellas ingenuas disquisiciones adquirieron las dimensiones de esos imperativos solo comprensibles para el corazón de quienes están destinados. Entonces evoqué, recordé, viejas y olvidadas palabras y voces en medio de las cuales había crecido y se había forjado mi vida y que de alguna manera me habían traído hasta este pueblo, hasta esta tarde, hasta esta habitación...

De modo que pensé en las plegarias de Altemira Flórez. Pensé en las injurias de Santos Villar y en las invocaciones maldicientes y obscenas de la ciega Gertrudis. Pensé en los soliloquios demenciales de la vieja Primorosa Villar. Pensé en las adivinanzas y trabalenguas que me enseñara mi tía Dioselina y en la carta que enviara a mi madre pocos días antes de colgarse de una viga. Pensé en las impugnaciones de Catalino Villar ante el cadáver de Santos Villar. Pensé en la gran aventura de mi tío Miceno, del linaje materno, con la improbable Kathy Jacobich. Pensé en el verbo bolchevique de mi tío Silvestre profetizando el advenimiento del gran día. Una vez más pensé en los apuntes, en las memorias de mi desventurado padre, «único legado que te dejo, hijo, aparte del cuerpo y la sangre y los humores que has de sobrellevar con amarga dignidad». En todo esto pensé con la hondura inabarcable que posee el tiempo del alma, del corazón, de la memoria. Pero sobre todo pensé (con un estremecimiento, con una sacudida del alma) en el conjuro que Martín Villar hiciera cierta vez al demonio, ante el tenaz silencio de la divinidad.

Sin poder evitarlo, Martín Villar se encontró en cuerpo y espíritu en la gran cama donde agonizara y muriera su abuelo Santos al lado de la ciega Gertrudis. Podía cerrar los ojos y ver con precisión el cuarto cuyo rincón más temido era la mesa de los santos y la puerta que daba acceso a la sala en la que ardía, con la mecha baja, una lámpara a querosene. La puerta estaba abierta de tal modo que formaba una suerte de cancel que ocultaba a ojos extraños la mesa destinada al culto doméstico. Al lado de la pared medianera entre la sala y el dormitorio y haciendo ángulo con la hoja de la puerta, en una urna, había una Santa Lucía, patrona de los ciegos, que en un pequeño plato o bandeja mostraba un par de ojos. En el centro, recostado en la pared paralela al catre del abuelo, había un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús

que al pequeño Martín no le parecía Jesucristo porque no estaba representado como era habitual, con el rostro perfilado y un aura de ascetismo y bondad, sino que más bien lucía algo robusto, casi rechoncho. Flanqueando este cuadro se hallaban, a la derecha del orante, la hermosa imagen tallada en madera de la Virgen de Guadalupe, cuyo delicado rostro por donde discurría una lágrima estaba mellado por un tajo, y, a la izquierda, también en una urna, al Niño Dios en el pesebre rodeado por José y María. Distintas estampas, como la de San Judas Tadeo o la de Fray Martín de Porres, y reliquias y milagros estaban puestos en el extremo del cuadro del Sagrado Corazón y en el vidrio de las urnas, o pendían del cuello y brazos de las imágenes modeladas. No había ningún crucifijo y presidía la mesa un Niño Jesús de Praga vaciado en bronce, de unos veinte o veinticinco centímetros de altura. Entre la mesa y la puerta había una caja no muy grande de madera ordinaria, que siempre permanecía cerrada con candado. Detrás de la hoja de la puerta, incrustados en el travesaño, había tres sables, uno grande y dos más pequeños, pero mamá Altemira le reveló que en el baúl había otros sables más poderosos, que custodiaban a todos los muñecos de personas a las que la ciega Gertrudis había hecho daño y mantenía amarradas para que nunca arribaran en la vida o no se curasen de sus enfermedades y padecimientos. Esta revelación se la hizo cuando el pequeño Martín, poco antes de acostarse, rezaba de rodillas las oraciones de las buenas noches a todos los santos y con más intensa devoción al Niño Jesús de Praga. Fue entonces que Altemira Flórez le dijo que nunca más se arrodillase ante aquel altar maldito y que el Niño Jesús de Praga no era el verdadero Niño Jesús de Praga sino la imagen misma del enemigo, de Satanás. Y cogiendo con repulsión y miedo la estatuilla le hizo olerla, y olía a remedios inmundos y, al cogerla, las manos quedaban pegoteadas, viscosas y corrosivas. Mamá Altemira insistió, le rogó creerle, pues Cruz, su propio padre, atormentado por la pérdida y muerte de

todos los hijos que engendrara, le había revelado este secreto. *Pero la malvada y perversa es ella, la Gertrudis*, añadió*, pues don Santos trabaja por el bien, aunque he oído que la ciega lo tiene vencido, amarrado y desea su muerte*.

La revelación de Altemira Flórez aterrorizó al niño, cuyo camastro, pegado a la pared lateral, se hallaba a continuación del altar pervertido. De esos años datan los insomnios que empezó a padecer y que en los años de la pubertad lo pusieron al borde de la histeria y la demencia. En las semanas que siguieron a la muerte de su abuelo, Martín puso la cabecera del camastro a espaldas del rincón siniestro y aprovechó la ceguera de la Gertrudis para dejar la lámpara con la mecha alta. El ancho catre de metal ornamentado, donde ahora dormía sola la ciega Gertrudis, estaba en el extremo opuesto a su cama, y la cabecera se hallaba en dirección a la sala. A la altura de la mitad del amplio lecho había una minúscula ventana, y la puerta por la que se salía al patio, frente a donde se desvelaba ahora el niño, se atrancaba a partir de las nueve de la noche, de modo que cuando tenía ganas de orinar debía hacerlo en la bacinica de losa, grande y de boca ancha, donde con terrible dificultad y dolor había visto arrojar por gotas sus últimos orines a su abuelo. Y ahora los dos, la Gertrudis y el niño, compartían el mismo orinal, que a Martín le producía un asco nauseabundo.

Pocas noches después de que concluyó el novenario por el alma de Santos Villar, al dar las doce campanadas el reloj de la estación del tren, el niño oyó la voz de la ciega Gertrudis: *¿Martín? ¿Duermes?* El niño, que permanecía rígido en su estrecho catre, no respondió de inmediato, fingiéndose dormido. La ciega insistió: *¿Escuchaste, Martín?* Debía ser el viento, el batir de las hojas de los maceteros del patio y el golpe de la tierra en el corral y el ladrido lejano de los perros vagabundos de las afueras de la ciudad. Pero esto se lo diría tiempo después, porque ahora sintió el golpeteo de su corazón y el

temblor de sus piernas. *Sí, Gertrudis, debe ser el viento. Conozco el ruido que hace el viento. Es el ánima de tu abuelo que quiere entrar en el cuarto y demostrarme que el odio que sintió por mí le durará por siempre*. Desde entonces, para conjurar los fantasmas de la noche, hablaban de cama a cama hasta que la primera claridad del alba se recortaba en el marco de la pequeña ventana. Pero una de las noches arreció espantosamente lo que el niño creía la furia vindicativa del ánima del abuelo Santos y no dudó en saltar al pernicioso tálamo de la ciega cuando ella se lo propuso, de modo que así, juntos, tendrían más valor para no sucumbir al terror.

Y ahora, tendido en el petate en la habitación de sus antepasados, Martín Villar recuerda que aquella medianoche o madrugada en que saltó al lecho de la malvada mujer de su abuelo Santos, se inició, entre él y la ciega Gertrudis, una tortuosa y ambigua relación cargada de tácita complicidad y que habría de prolongarse hasta que su madre, un año después de contraer un nuevo compromiso, por imposición de doña Betsabé Alburquerque lo sustrajo de ese mundo. Tendido allí en el petate y oliendo por ratos el paño empapado de aguardiente de caña, ahora caliente y vaporoso, aparta de su mente todo lo que hubo de ambigua concupiscencia en aquella relación, para concentrarse en el paciente y tentador trabajo de persuasión de la ciega Gertrudis para convertirlo a las huestes del demonio. *Lo tendrás todo*, le decía, *dinero, las mujeres que más te gusten vendrán de rodillas a ti, y tus poderes serán tan grandes que te harás temible porque tendrás potestad e imperio para hundir y aniquilar a tus enemigos y a aquellos, sean machos o hembras, que no te muestren respeto y osen mirarte sin tener en cuenta la alta jerarquía que el gran soberano te donará*.

Alcanzar y tener poder. Martín Villar admite que se sentía fascinado y codicioso por los ofrecimientos de la ciega Gertrudis, mucho más ahora que encontraba (así lo creía él entonces) hostilidad y burla a cada paso y, en

cambio, en el mundo eran tan precarios el bien, la bondad y el amor. *¿Acaso*, según se decía, *Santos Villar después de pactar con el enemigo no conquistó un desmesurado poder como para castigar a Congará y causar la ruina y destrucción de todo un linaje?* Entre tanto, la ciega empezó a enseñarle los primeros conjuros y oraciones. Guio su mano para que se persignara al revés, le dijo de memoria y sin equivocarse el Credo y el Yo Pecador a la inversa, le reveló que el fustán blanco que llevaba puesto era el sudario de Cristo hervido con agua maldita y letanías de condenación. Y para demostrarle el respaldo que sentía por el ser a quien había entregado su alma, de manera puerca y con obscenidades que Martín nunca más llegaría a escuchar, mentó a Cristo, a la Virgen y a «la punta de rosquetes», así llamó a los ángeles, que formaban la corte celestial. Luego se arrodilló ante Satanás, es decir, ante el transustanciado contra natura Niño Jesús de Praga, travesti del demonio, a quien escupió con yerbas inmundas mascadas con aguardiente curado con pestíferas excrecencias. Apenas amanecía, y luego de tomar un tazón de leche de cabra con camotes, Martín corría hasta la iglesia de San Sebastián, caía de rodillas ante la sagrada forma, oraba, no solo pidiendo perdón sino invocando ayuda, y que Nuestro Señor y la Santísima Virgen del Perpetuo Socorro le enviaran alguna señal de que sus ruegos eran oídos y que en ellos residía el verdadero poder que gobierna el mundo. Pero después de una noche de intenso magisterio de depravación por parte de la ciega Gertrudis, en que le dijo que muy pronto estaría preparado para besar e inclinarse ante la poderosa y ardiente imagen del espíritu del mal, mientras corría hacia la iglesia de San Sebastián, escuchó que todas las campanas de Piura doblaban con tañidos de alarma. Muchas otras personas corrían también como él, hombres y mujeres de todas las edades, y durante esta loca, pavorosa correría oyó que se había incendiado la iglesia de San Sebastián. Martín Villar recuerda que por un momento se quedó pasmado, estático, en tanto la gente lo hacía a un lado. Y

de allí se hizo un vacío en su memoria y solo volvió a la conciencia cuando se halló ante las llamaradas que consumían la iglesia.

Por la noche, acostados en la misma cama, la ciega Gertrudis celebraba con grandes risotadas el incendio de la iglesia de San Sebastián, la iglesia preferida de Altemira Flórez, que llevaba el hábito de la Virgen del Perpetuo Socorro. *¿Viste cómo ardió? Y el espíritu al que yo venero me escuchó para que tú vieras una prueba patente de su infinito poder*. El muchachito no respondió nada y en sus ojos perduraban las devoradoras lenguas de fuego que arrasaron con la iglesia entera, pues el incendio había durado hasta las ocho de la noche y para dominarlo fue preciso pedir ayuda a los bomberos de Paita y Sullana. La ciega Gertrudis continuaba parloteando llena de endemoniado júbilo y hacía mofa de los curas y de la orfandad de las fuerzas del Crucificado y de la Virgen del Perpetuo Socorro, a los que cubrió de injurias blasfematorias. Entonces el pequeño Martín recordó una experiencia vivida unos meses antes del fallecimiento de su abuelo Santos. La pandilla de churres del vecindario, bajo la jefatura de Tetas, un churre un poco mayor que los otros integrantes de la banda, le tendió una trampa, lo maniató, le tapó la boca y lo llevó a rastras hasta un gran corralón vacío en la esquina de la cuadra, más allá del cual empezaban los basurales. Fue amarrado al tronco de un árbol y con el rostro embetunado y, con una especie de vincha que sostenía plumas de gallinazos, esos churres comenzaron a danzar en torno a él como pieles rojas delirantes, mientras le arrojaban boñiga de burro y escupitajos, y le daban bofetadas y puñetazos. El providencial paso de don Chuyes, el maestro panadero, lo salvó de mayores violencias: lo desató y luego lo llevó a su casa para que se lavara el rostro y contenerle la hemorragia de la nariz y curarle el labio roto.

¿Se había cerrado la herida?, se preguntó ahora sentado en el petate. *¿Se lavan las afrentas?* Pero aquella noche al lado de la ciega Gertrudis no se

había formulado estas preguntas, sino que pensaba en la carencia de poder del Dios de los curas y de la debilidad del bien. De súbito preguntó a la ciega: *¿Qué debo hacer para que el demonio me brinde sus poderes?* La Gertrudis interrumpió su cháchara y sus risotadas acompañadas de mil bascosidades y quedó en silencio, sorprendida, pensaría años después el mocito Villar, por la decidida interpelación del nieto de don Santos. El niño percibió la agitación de la sangre y del corazón de la Gertrudis por el movimiento vertiginoso de la bola de sus ojos de pescado y culebra. Al rato le preguntó *¿A quién amas más en la vida?* El pequeño Martín sentía resentimiento contra su madre, sin embargo, respondió sin titubear: *A mi mamita Altemira*. Luego oyó la terrible respuesta de la ciega Gertrudis: *Si quieres que Luzbel te conceda todo su poder tendrás que matarla*. El chico sintió asco de sí mismo y asistió a la germinación de un desgarrado sentimiento de culpa que habría de acompañarlo en los días futuros y que ahora, aquí en el petate y en la habitación de los de su sangre que también golpeasen puertas prohibidas, volvió a experimentar con renovada intensidad. Y recordaba las palabras de la que fuera mujer de su abuelo con todo el odio que albergaba contra su madre. *Tiene el pellejo blanco*, decía, *pellejo igual que el de todos los blancos, cuero sucio, con humores fétidos brotándole por tododitos los poros, y esta puerca pestilencia trastornó a Cruz, tu padre, y lo empujó a la muerte*. ¿No debía vengar él el destino desgraciado de su progenitor? *¿Y acaso no te ha abandonado para que el nuevo marido la monte a su regalado gusto?* La ciega continuó expresando su odio, pero el niño, aturdido, dejó de entender el sentido de las frases y juramentos, y solo recuerda que en un momento abandonó la cama de la ciega, cogió la frazada de su camastro, fue hacia la sala y se acurrucó en la perezosa con respaldar de lona que conservaba el estampado aún fresco de los sudores de su abuelo, pues cada atardecer Santos Villar se sentaba allí a leer y consultar los naipes.

Empezaba a amanecer cuando Martín Villar abrió la puerta de entrada y salió a la calle. ¿Adónde ir? Sabía que ninguna iglesia lo protegería ni mitigaría su pavor. Instintivamente enrumbó sus pasos hacia los basurales al cabo de los cuales tenía su cabaña doña Betsabé Alburquerque, que, desde la muerte de su único hijo, un retardado mental, vivía sola entre chivos y cerdos y aves de corral. La puerta del corralón estaba abierta y hacia el fondo distinguió a doña Betsabé, que ordeñaba sus cabras y vertía la leche en los porongos. Al notar su presencia la mujer exclamó *¡Jesús!* El pequeño Martín no podía articular palabra alguna. *¡Estás temblando! ¿Quién te ha asustado? Ah, ya sé, debe ser obra de la perversa verraca*. Enseguida entró a su cuarto y un rato después trajo un jarro de agua azucarada donde había vertido gotas de agua de azahar y de agua carmelitana. *Bebe, hijo, bebe. Ahora siéntate en ese banco y reposa. Tranquilízate, mientras termino de ordeñar*. Al concluir su faena y poner los porongos sobre el lomo de dos burros, le dijo *Vamos en una carrerita donde Altemira. Le exigiré que ahora mismo te saque de esa casa maldita. Y si su nuevo marido se opone, te traeré a vivir conmigo. Yo, hijo, me siento responsable de tu vida, pues fui yo la que te ayudó a nacer y tuve el tino de desenredar el cordón umbilical que te estaba estrangulando. Pero es justo que sepas que don Santos, tu abuelo, me prestó su ayuda espantando con sus artes los malos espíritus que querían tu muerte*.

Doña Betsabé Alburquerque, protectora y madre mía, se dijo ahora Martín Villar con los ojos humedecidos. Pero recordó que había sido él quien se había negado a ir a vivir al nuevo hogar, porque se sentía celoso, ultrajado, traicionado. Altemira Flórez, que estaba en meses avanzados de embarazo, lo abrazó, y su nuevo marido le dijo *¡Hola, Martín! ¡Por fin vienes al hogar que te pertenece!* Durante semanas permaneció apartado y huraño, seguía escuchando la voz de la ciega Gertrudis y no se atrevía a mirar a los ojos a su madre. Fue entonces que apareció su tío Miceno, moreno y alegre. *Sobrino*,

le dijo por todo saludo, *alista tus cosas porque te voy a llevar a Paita, te enseñaré a nadar, comerás pescado fresco del bueno, yodo y fósforo y aire limpio, huevos de angelote para tus huesos. Ah, y lo mejor de todo, te contaré las aventuras de cuando anduve embarcado, y te enseñaré la alegría y la inmerecida dicha que es la vida*.

Esto sucedió en mi infancia, en las semanas que siguieran a la muerte de mi abuelo. La segunda vez, estando en el seminario y ante el silencio definitivo de la divinidad, fui yo quien invocó al enemigo o Luzbel o espíritu del mal. Pero no hablaré de esta experiencia, de la que, por lo demás, he dejado un minucioso relato, día por día, y que es parte de mis cuadernos secretos. Solo diré que tampoco Luzbel o el demonio, o cualquiera sea su nombre, respondió a mi llamado, y quedé como suspendido en medio de una caída. Aunque me había vuelto un descreído y me entregaba a prácticas irreverentes, sacrílegas y blasfematorias, sentía la necesidad de confesarme, no en cumplimiento de un sacramento, sino por la necesidad de una comunicación humana. Esperé que se celebraran los ejercicios espirituales, que pasé indiferente, hundido en un silencio hosco y escuchando con desdén, con desprecio, los sermones de los dos predicadores, quienes, luego de envilecer el cuerpo y los sentidos y sermonear sobre irrisorios infiernos y tediosos paraísos, exaltaban a los que, oyendo el llamado de Dios, hubieran escogido el camino difícil pero sublime de la vocación sacerdotal. El día de la confesión general llegaron cinco sacerdotes para sesenta seminaristas. Uno de los confesores era el padre Azcárate, a cuyo confesionario no acudió ningún novicio. El padre Azcárate era un hombre viejo, pero todavía no había caído sobre él la ancianidad y seguía siendo robusto y conservaba la mente lúcida. El seminarista Martín Villar, pues, se arrodilló en este confesionario y lo primero que percibió fue un intenso olor a tabaco fuerte y creyó observar

sorpresa en el viejo sacerdote por el hecho de que por lo menos un aspirante al magisterio sacerdotal lo hubiese elegido como confesor.

Volvió a tenderse sobre el petate, cerró los ojos. Berreaban los chivos y los carneros. En un inusitado contrapunto escuchó el cantar ronco y destemplado de los chokekos y el silbo de las luisas. Luego pensó en el abuelo Santos, aún mozo, concurriendo a la cita de medianoche con don Clemente Palacios para venderle el alma al diablo para que le concediera el poder de hacer caer el castigo sobre su pueblo y la maldición de un linaje, aunque en el castigo (¿este había sido el pago que le exigió el demonio?) hubieran muerto sus padres y su hermano Jacinto. E imaginándose revestidos con el pellejo el ánima, el temple y el furor del mozo Santos Villar, evocó el diálogo, no la confesión, que sostuviera apenas seis meses atrás con el padre Azcárate.

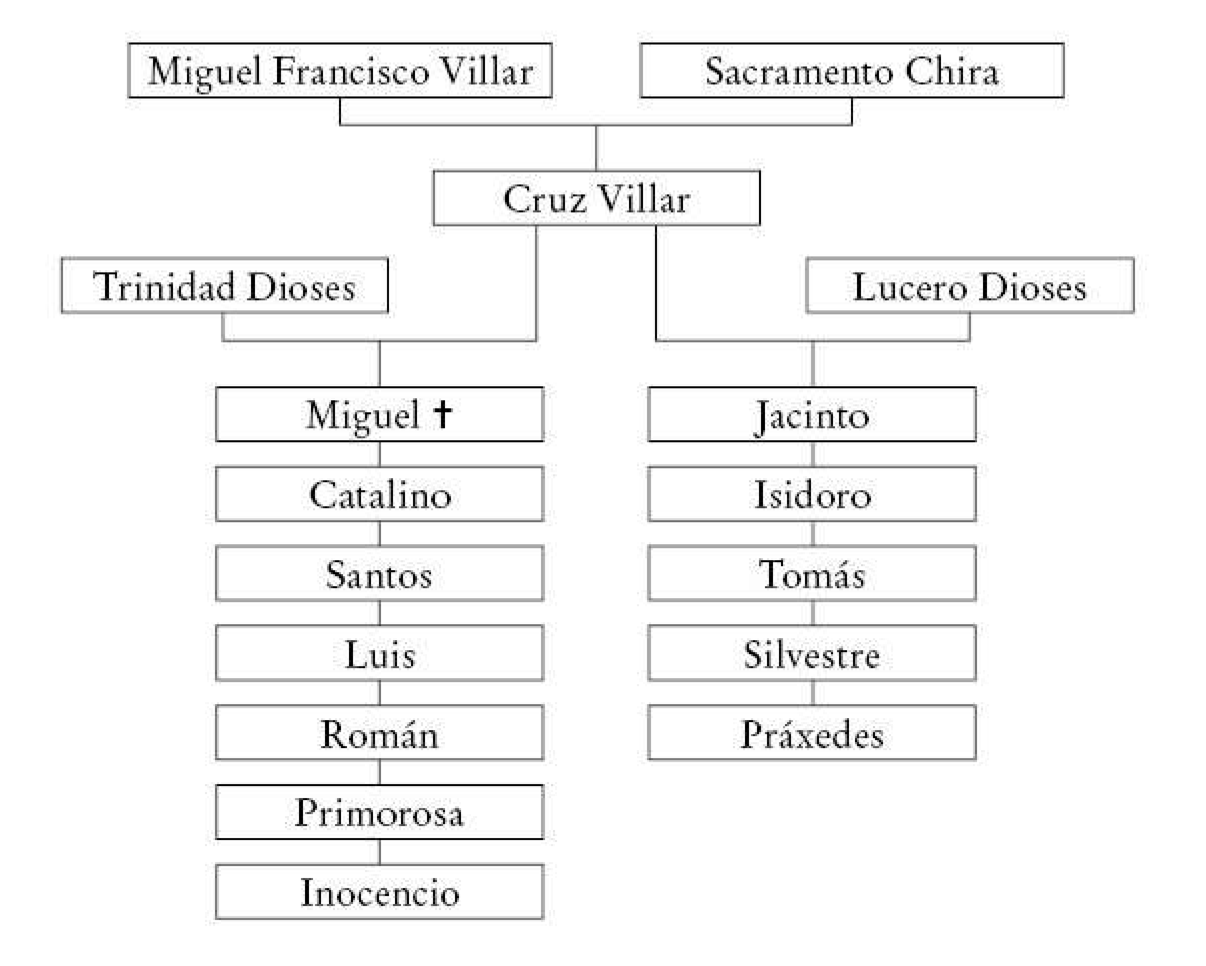
Había dejado de creer en el pecado; por eso no le habló de los placeres solitarios, ni de las fantasías o los actos sacrílegos a los que se venía entregando de manera frenética desde que se había internado en el seminario. Le habló del silencio definitivo de la divinidad exaltada por la Iglesia Católica. Luego, en forma minuciosa y con una serenidad que después habría de asombrarlo, le reveló los intentos de convocar al demonio. Pero también se había encontrado con el silencio y ahora en torno a él reinaba el vacío y lo embargaba el sentimiento de estar de más en el mundo, sentimiento que acaso también tuviera cierta tía que terminó ahorcándose. El padre Azcárate lo escuchó sin interrumpirlo con preguntas, pero, al concluir su confesión, el adolescente Martín Villar creyó escuchar que el viejo padre Azcárate sollozaba dentro del confesionario. *El suicidio*, dijo luego de una dilatada meditación. *¿Qué hombre o qué mujer que busque a Dios y aspire al bien no ha sentido la tentación de suicidarse? Dios parece haber enmudecido, pero*

el diablo se manifiesta a través del mal que impera en el mundo. Pero el mal es obra de los hombres, por lo tanto, el diablo no existe y solo es símbolo de las apetencias malignas de la naturaleza humana. Pero, ¿y Dios? ¿También es símbolo y proyección de la fuerza que contiende con los instintos ignominiosos del alma humana? La fe es una débil llamita que la gracia no logra inflamar y la razón es impotente para comprender la existencia de Dios. Pero quien busca al diablo, en realidad busca a Dios por la vía negativa. Y Dios es el bien y buscar el bien es el gran reto para el ser humano. Pero el bien no es pasividad ni bondad farisea. El bien es, debe ser, una fuerza activa, cuya búsqueda y realización implique la lucha y, por tanto, la violencia no es en sí misma mala, y la sustancia del bien es la justicia y, para alcanzarla, Cristo predicó también la violencia. Lo único que puede dar sentido a la existencia es luchar por la justicia, y la justicia es el bien y la verdad, aunque no exista ninguna divinidad y esta tierra no sea más que una esfera errante y perdida en el universo y esté destinada a la destrucción. Como sacerdote, sentenció el padre Azcárate, *te absuelvo, y como hombre, un hombre viejo que ha conocido todas las angustias, te ofrezco mi amor fraternal. Y la única penitencia que te impongo es que sigas buscando la verdad, porque fue este anhelo el que te llevó a invocar el espíritu del mal, y la verdad, te repito, es la justicia, y la justicia es el bien, y toda esta aspiración está reñida con las vanidades humanas y con el podrido mundo de los poderosos que imperan en la tierra y que, vencidos por la lujuria del mal que subyace en el corazón del hombre, son causantes de la oscuridad y del sufrimiento humano*.

Confieso que no llegué a comprender el alcance de las palabras del padre Azcárate, que había tenido una extraña relación de amistad y respeto con mi abuelo Santos, pero mi instinto me dijo que debía empezar por arreglar cuentas con el mundo de los míos, de cuya herencia yo había renegado.

Entonces empecé a leer con ansiedad y codicia los cuadernos que me legara mi padre, y mientras leía esas páginas escritas con bella caligrafía estalló mi memoria y emergieron los recuerdos, voces, nombres y hechos que yo voluntariamente había pretendido sepultar, o, mejor, expulsar de mi memoria y de mi vida.

De este modo volví a sentirme en cuerpo y alma en mi hogar primordial. Si de niño en mis juegos y ceremonias solitarios yo había modelado con greda las figurillas de los descendientes de Sacramento Chira y Miguel Villar, ahora me prometí que algún día les insuflaría vida mediante esta sustancia incorpórea que eran las palabras y cuyo poder me fuera revelado por primera vez en las ingenuas anotaciones de mi padre. Y pensando en todas las palabras que formaban la sustancia de mi memoria, de mis fantasías (años después habrían de trocarse en invención, en memoria e invención), y mientras en la habitación se debilitaban los rayos de luz, empecé a nombrar con una voz nueva, como recién descubierta, a los hijos de Cruz Villar tenidos en las hermanas Trinidad y Lucero Dioses, herederos del linaje mestizo fruto de la unión entre el derrotado o desertor soldado godo Miguel Villar y la india Sacramento Chira, descendiente ella del clan del cacique La Chira, reyezuelo y posiblemente déspota de Tangarará. Cogí un clavo herrumbroso que hallé al alcance de mi mano y sobre la tierra apisonada que guardaban las huellas de mis bisabuelos y de sus hijos, hice el siguiente diagrama:



Terminado este árbol de amargura, locura y rebelión leí los nombres, los repetí de memoria y los seguía nombrando cuando don Timaná abrió la puerta y me preguntó si me sentía mejor y yo le dije que sí (empezaba a embargarme cierta euforia) y el sechura dijo *¡Qué bien, pero qué bien! Y ahora venga conmigo a servirse más que sea una pobreza*. Y yo me incorporé, di una última mirada a la habitación y lo seguí distraído hasta la cocina y me senté en uno de los troncos como antaño lo hicieran los muchachos Villar en torno al fuego del hogar, y los nombres de mis antepasados y de los hijos de mi bisabuelo Cruz seguían resonando en mis oídos (continuarían resonando al borde de la noche, cuando atravesaba las dunas en busca de don Asunción Juares), mientras doña Timaná sacaba de

entre las cenizas del fogón unos camotes asados que exhalaban un delicioso aroma y que luego me brindó con un pocillo de agua de toronjil endulzada con chancaca, y yo sorbí la bebida y comí, casi devorándolos, los dulces camotes de esta tierra, en tanto sentía el peso del antiguo lar de los míos, con sus altas e inextinguibles sombras.

Los antepasados de Sacramento Chira

Pero no hubiera podido escribir una monografía o tratado o lo que fuese sobre los padres y abuelos recientes y antiguos de Sacramento Chira. *No hubiera podido, no hubiera podido*, se había repetido con énfasis leyendo por centésima, por milésima vez la breve nota de despedida que le dejara la bella e imperiosa Deyanira Urribarri. Y mientras esto se decía, reparaba en que su cuarto de Matavilela había vuelto a ser la covacha roñosa, húmeda y siniestra en la que años atrás se ahorcó la tía Dioselina. El tiempo, es verdad, había resultado insuficiente para que él venciera el pudor o pudiera romper con ataduras que le impedían referirse a altares y tumbas que en lo más secreto de sí mismo reputaba sagrados. Por pudor, por ejemplo, Martín no le contó a su amiga la gesta sangrienta del bandolero Isidoro Villar, pero en relación con Sacramento Chira se había tratado de una coerción de naturaleza diferente, parecida a un supersticioso temor a la profanación, aunque años después, al decidirse a escribir sobre el linaje de los Villar, saboreó a cada paso el desolado (el amargo) placer de la violación sacrílega. Pero el mundo de Sacramento Chira constituía un espacio sagrado, un santuario inviolable, como lo hubiese sido para el hombre de caminos Isidoro Villar. De ahí que, al referirle a Deyanira la historia de los suyos, apenas si aludió a la núbil Sacramento Chira, y esto para revelar la figura del soldado godo Miguel Francisco Villar. Sin embargo, aún antes de la requisitoria de su amiga,

Martín había incursionado por las aulas de San Marcos para escuchar las lecciones de historiadores antihispanistas o simplemente no hispanistas, y los había escuchado y luego hablado con ellos y, bajo su guía, consultó crónicas y legajos, y aun (aburriéndose, aburriéndose) visitó ruinas y museos, y lo único que reunió fueron noticias y datos fragmentarios, conjeturables y contradictorios que poco le dijeron sobre la vieja sangre que en un arrebato de ira su abuelo Santos Villar había repudiado, como complemento a la abjuración que tiempo atrás hiciera del linaje paterno.

Y después de que ella (Deyanira) se marchó y desapareció para siempre de su vida, como parte del apasionado culto estatuido solitariamente por él hacia su amiga (aunque, como contumaz irreverente que era, algunas veces se burlase perversamente de esta demencial adoración), Martín Villar, en contrapartida a su cronicón sobre los Benalcázar León y Seminario, escribió una serie de horrendos pastiches que pomposamente tituló, siguiendo una moda por entonces imperante, *Verdadera relación de la caída y destrucción del Antiguo Perú*. Imitando más a Brecht que a Carpentier (aunque de este plagiaba el tono erudito o, más bien, seudo erudito, el estilo ornamental recargado de arcaísmos tomados de los cronistas, la profusión de menajes refulgentes de oro y plata y turquesas y esmeraldas, de cuchillos de obsidiana para el sacrificio a los dioses vencidos y la utilización de elementos maravillosamente truculentos y salvajemente reales, como la presencia de los perros de la conquista, bestias espurias de dogos y mastines, gustadores de la carne de indios, el festín violatorio de los negros guineos, las secretas hecatombes antropológicas de los indios nicaraguas, los tambores incas hechos con pieles humanas, el inevitable vaso de Atabaliba, que era el cráneo de uno de sus hermanos, aunque primorosamente revestido con oro e incrustado de piedras preciosas...), sí, tomando como paradigma a Brecht e

imbuido de exaltados sentimientos vindicativos (y para conjurar el hastío y la ausencia de amor en su vida), el jovencito aprendiz de escritor (¿el pichón de cóndor abatido por latino arcabuz?) compuso una serie de cinco historias que, por fortuna, destruyó pocos meses antes de retornar para siempre a la tierra de sus antepasados.

J. L. Díaz, el único amigo a quien le dio a leer los relatos, se carcajeó hasta las lágrimas. Bebían cerveza en la trastienda de la bodega de la esquina de Amargura con Plaza Francia.

—¡Salud, hermano, por los engendros que has perpetrado! ¡Te juro que son insuperables en su género! ¡Choca ese vaso, mi viejo!

Y Martín Villar chocó el vaso y bebió. Y para esconder el intenso rubor rió y luego apuró otro vaso amargo y luego intentó derivar la conversación por otros cauces, hacia la gila (una pituca) de la cual J. L. estaba secretamente templado. Pero todo el interés de J. L. estaba puesto en las narraciones que en mala hora se le ocurrió escribir.

—Dado el trabajo que te has tomado merece la pena que analicemos bodrio por bodrio —empezó J. L.—. Mírame, hermano de mi alma: te juro que son excelsos ejemplos de lo que jamás debiera hacerse. Ah, la historia, los grandes temas: no eres modesto, Martín. Tomemos el primer cuento (lo llamo así para abreviar) que con obvia maldad has titulado «El héroe». No está mal elegido el nombre de Antón Cuadrado para un patético, o más bien repulsivo, mutilado sin extremidades, ¡un puro tronco solo con los orificios indispensables! Y lo pones en un escenario grandioso. ¡Nada menos que en el Coricancha convertido ahora en templo católico! ¿Qué has pretendido decirnos? Porque tú, pata, no te limitas a referir las aventuras y desventuras de Antón Cuadrado, sino que te lanzas un rollo sobre algo que ya nadie ignora: que el probablemente judío Gaspar de Espinoza fue el que puso los chivilines, y que Pizarro y Almagro fueron un buen par de cabrones. Y, por si

esto fuera poco, nos abrumas con un sermón seudo filosófico acerca de la inutilidad de la historia y la vanidad de todas las empresas humanas. Y te sirves de Antón Cuadrado (¡y cómo grita!, ¡qué manera de levantar la voz!), un paria reclutado por Almagro en Castilla del Oro para servir en las mesnadas como infante, como peón, y cuyos únicos bienes son los dos terribles cerberos ganados en el juego de dados, en una taberna de Panamá. Y llega tarde al reparto de Cajamarca (en realidad llega tarde a todo), y en el Cusco, en otro juego de azar (¿naipes?, ¿tejos?), pierde a uno de los canes y diez kilogramos de oro y dieciocho de plata fruto del saqueo del Coricancha. ¡Pobre Antón Cuadrado! ¡Pero no escarmienta! ¡Qué hombre más terco! ¿Cuestión de la época? No, no escarmienta, porque después lo vemos integrando la expedición de Gonzalo Pizarro en busca de El Dorado. Y el muy salado (más bien habría que decir, con tu perdón, el muy cojudo) se pierde en la selva y él y su perro pasan hambre y luego es flechado por los chunchos calatos, y Solimán (¿no se te ocurrió otro nombre?, ¿acaso no se llama así el negro de Carpentier que le aplica masajes a la ricura de Paulina Bonaparte?), desmintiendo aquello de que el perro es el mejor amigo del hombre, hambriento como estaba, ¡guuuaaauuu!, le devora el brazo izquierdo; y es por esto, pendejo, que impediste que Cuadrado perdiera a Solimán en las apuestas del Cusco, pues lo necesitabas para que dentellara y triturara aquel brazo homicida y pecador. Y luego, y contra toda lógica (¿o es que encontró alguna yerba milagrosa para combatir la gangrena?), vemos a Antón formando parte (¡siempre como infante!, ¡siempre un peón, aunque ahora sin sus cánidos!) del ejército del visitador La Gasca, y en la Batalla de Jaquijahuana cae hecho papilla por el fuego de la artillería pizarrista. Pero Antón Cuadrado no muere. No, no muere, como si hubiera bebido del río de la inmortalidad de Borges. Y sanan y cicatrizan sus heridas y emerge de los delirios de la fiebre convertido en un paradigma de la mutilación. Eres un

desalmado, Villar. Y ahora el buen Antón Cuadrado, que se embarcó a las Indias en busca de fortuna, es nada más que un tronco sin brazos ni piernas, y si no le arrancaste la lengua fue para que se convirtiera en una especie de pregonero y rapsoda que a cambio de unos maravedíes contaba a la nueva ralea venida de España (funcionarios y cortesanos y curas, ¡cuántos curas por Dios!, y blancos pobres) la verdadera y real historia de la conquista del riquísimo reino del Perú. Salud, sádico miserable.

—Salud —dijo Martín Villar, y quiso cambiar de tema—: A propósito...

—¡Nada de «a propósito»! Todavía tengo que comentar los restantes abortos. ¿Por qué te interesó la figura de Almagro, el Mozo? —continuó despiadadamente J. L., luego de ordenar un par de heladas más y zamparse otro vaso—. ¿Por qué, Martín? ¿Porque los héroes (¡tenía veinte años!) deben morir jóvenes? ¿Un Aquiles parido por una Tetis india? A propósito de Tetis, las indias panameñas andaban, las muy descaradas, con los frutos nutricios al aire, ¿por qué, entonces, morboso del carajo, nos ahorraste el placer de imaginar un buen par de glándulas mamarias... «indoamericanas», como diría el demagogo de Haya? ¡Debes tener un poco más de consideración, Villar, para con tus abyectos lectores! Pero, volviendo al Mozo Almagro, ¿viste en él un símbolo del nuevo hombre americano? ¿O lo elegiste por el discursillo del preclaro don Jorge (me refiero, por supuesto a Basadre y no al coletón Puccinelli) en el sentido de que el primer gobernador general que tuvo el Perú fue un mestizo? ¿O por hacer rabiar un poco a hispanistas como Tintín Candamo o a ese loco pizarrista (¿de verdad, Martín, que el padre Calancha sostuvo que el Perú debió llamarse «Pizarrina»?), ese pizarrista extravagante, te decía, y medio fascista además, que es nuestro profesor Duthurburu Paz Soldán Moreyra? ¿Fue por esto, Martín? ¿O fue por algo más sencillamente humano, y perdóname la franqueza, viejo, en homenaje a la vieja sangre india que, según me revelaste en una memorable borrachera, corre por tus venas y

agita tus sueños? Si fue así, le hiciste un flaco favor a esa riada de sediciosa sangre, porque el bastardo murió miserablemente, tanto, como dices en tu relato, que tuvieron que hacer una colecta para enterrarlo. Pero, en fin, esto pasa, puedo aceptarlo y aun comprenderlo. Pero lo que me parece imperdonable es que hayas cometido la burrada (¡ah, y también la petulancia!) de pretender juntar al celta Joyce con un bárbaro mestizo de Panamá. Todo tiene su límite, Martín. Hasta la literatura, si es que benévolamente le conferimos el estatuto de literatura a tu engendro. Que Tolstoi haga beber ponches calientes a Napoleón para combatir el resfriado antes de la Batalla de Borodino no te da ningún derecho a emplear el recurso joyceano. Porque, discúlpame, flaco, Tolstoi es Tolstoi y tú solo eres (o empiezas a ser) Martín Villar, y Napoleón es Napoleón y, en cambio, el Mozo Almagro no era más que el hijo bastardo de otro bastardo, conocido en los mares del sur como Almagro, el Tuerto, y al que, para mayor afrenta, según afirma el profesor Duthurburu, le faltaban las pelotas, infamia que tú repites, sicalíptico desgraciado. ¿Pero cómo mierda se te ocurrió emplear nada menos que el monólogo interior para adentrarte en el río de la conciencia de un tortuoso y semianalfabeto personaje del siglo XVI? Y para mayor desatino, el monólogo (lo que pretendes que sea un monólogo) tiene lugar justo antes de la Batalla de Chupas, donde el triste expósito hallará la muerte. Perdóname, hermano, pero la embarraste. Salud, y van dos. Ahora bien... —dijo J. L.—. Pero antes voy a tirar una achicada.

Martín Villar respiró con alivio y bebió melancólicamente un par de vasos más, mientras recordaba las noches en vela pasadas escribiendo estas historias. Y todo para que un hijo de la guayaba, aunque este fuera su mejor amigo, las destrozara de cabo a rabo. Había una larga cola haciendo turno para entrar en el estrecho y apestoso urinario. Cuando volvió J. L., nuestro vapuleado héroe dijo que ahora le tocaba su turno de mear y se puso en la

fila, y caballerosamente cedió dos o tres veces su lugar a borrachines urgidos por desaguar la vejiga, con la esperanza de que, a su retorno a la mesa, la cerveza hubiera hecho olvidar a su amigo el enojoso tema de su *Verdadera relación*... La servidumbre de amor, Deyanira. Y era a la madrecita Sacramento Chira a quien Martín Villar evocaba revestido con el pellejo del Mozo Almagro. Qué caída y destrucción de tus sueños de escritor.

—Ahora bien... —repitió J. L., apenas Villar volvió a la mesa—. No niego (para que veas que soy imparcial) que la idea es interesante. Garcilaso (y, aquí entre nos, te confieso que no me resulta simpático el Inca, aunque solo sea porque mereció el elogio del Marqués de Aulestia), el aristócrata Garcilaso, envía una carta a sus aristocráticos parientes cusqueños solicitándoles información para escribir sus *Comentarios Reales*, libro que, si no fuera por su excelente prosa, yo habría ordenado quemar, como destruían los incas toda memoria que resultara perniciosa. Así no habría hecho cojudo al Perú presentándonos a unos incas magnánimos y justicieros, cuando la verdad es que fueron unos explotadores y déspotas de marca mayor, además de fornicarios insaciables que no respetaban ni a sus propias hermanas. A propósito, Martín, ¿no te parece macanudo eso del incesto real? Ah, esto vale un salud. ¡Salud, flaco, salud! De modo que los parientes reciben la carta y la panaca en pleno le responde a aquel sobrino Yupanqui que ya no vive en el ombligo del mundo sino en su parte más remota y posterior. Y la carta de respuesta es el cuento «Memorias del Cusco». Esto es un acierto y un acierto todavía mayor constituye que la epístola, para decirlo en forma elegante, esté escrita por un yo colectivo, por un nosotros que vive en un mundo despedazado. Pero, un momentito, todavía no saques pecho —dijo J. L. pidiendo al mozo, a quien llamó «Almagro», otra dupla de Cristales—. ¡Reprime tu vanidad, hombre de Dios, chupa y escribe! Pero mejor no escribas y solo chupa.

Ambos bebieron; con placer J. L., Villar con amargura.

—¡No hay como la cerveza! —exclamó ahora J. L.—. A propósito, tú eres norteño y como experto en la materia, ¿no te parece horrible el verso de Vallejo «la eucaristía de una chicha de oro»? Pero Vallejo es Vallejo y se le puede tolerar una buena porción de metáforas infelices. ¡Pero no a un infeliz como tú! Porque después del acierto a que he hecho mención la malogras criminalmente. Los orejones (porque supongo que eran orejones) viven, como dije en frase espléndida, en un mundo despedazado: no tienen cabida en este nuevo ordenamiento. Me refiero, claro, a los sobrevivientes y a los traidores, porque la mayoría murió combatiendo entre 1532 y 1544. Despreciados y vejados por los españoles, odiados por los indios que sufrieron su despotismo, hazmerreír de mestizos y negros, sobre todo de los zambos, tan cachacientos los putas, sin dioses o con dioses destronados carentes de todo poder. ¡Qué orfandad! Y lo que es peor: sin tierras ni siervos que las trabajasen. Se hallan reducidos a la mendicidad. Y los que no se suicidan o se dejan morir por orgullo, tienen que extender la mano para recibir limosna y alimentarse con la sopa boba que reparten los frailes que ahora habitan en lo que apenas unos años atrás fueron sus palacios. Esto es lo que tú mismo cuentas (o lo que cuenta el narrador colectivo) y el asunto resulta trágico. Sí, humanamente trágico. Y aquí es donde la cagas, compadre, y todo por tu maldito rencor. ¡Y no te ampares en Brecht ni en el marxismo ni en esa cosa llamada «posición de clase»! Brecht, es verdad, desprecia la tragedia, pero, a propósito de esos ídolos caídos, él se habría ocupado de los nuevos expoliadores (encomenderos, curas y funcionarios) que ahora usufructúan tierras y templos mediante el sudor de tus antepasados indígenas. Pero tú pareces complacerte en la miseria de esos desgraciados, como si estuvieran expiando antiguas culpas, como si este fuera el infierno al que los ha confinado un Dios justo y omnipotente (¿cuándo librarás tu

conciencia de la escoria católica?), y te olvidas de quiénes son ahora los principales enemigos. Y así, en lo que pudo ser no un gran relato (porque para ello tienes todavía mucho que aprender) pero sí una historia aceptable, con un lenguaje noble, sereno, dramático, solo has conseguido urdir una farsa cruel, irreal y torpe. No mereces que te diga «¡Salud!». Pero con todo y como prueba de amistad, ¡salud, carajo!

Martín Villar apuró su vaso. Se sentía tímido, cohibido, y la cerveza no le confería el poder contestatario del que hacía gala otras veces. Llenó de nuevo el vaso, bebió y, sacando fuerzas, dijo:

—Bueno, J. L., ya dijiste lo que tenías que decir. ¿Total? Escribí esas historias para matar el tiempo. ¿Qué te parece si hablamos de la gilita? La he sorprendido mirándote y creo que con un buen trabajo le podrías caer.

—¿Palabra, Martín?

—Palabra, viejo.

—Qué maldito hipócrita eres. ¡Y todo para que me olvide de tus bodrios! Pero tendrás que escucharme, porque todavía no he terminado.

De modo que Martín se resignó a seguir bebiendo el cáliz hasta las heces.

—Sin embargo, seré misericordioso —dijo J. L.— y pasaré por alto el soliloquio de ese viejo indio lunático, desquiciado, con un revuelto en la cabeza y en el corazón, sintiendo las cuatro partes del universo sagrado profanadas por falsos viracochas, peregrinando por los cuatro *suyos* con tremendos pergaminos y tomando nota, para informarle al rey de todas las iniquidades que ve a cada paso: la explotación de los indios en minas y obrajes, los curas cargados de barraganas y bastardos, las indias convertidas en putas, ah, y ese odio salvaje contra los incas y los cusqueños, teniendo que dormir a la intemperie, pues ni siquiera los conventos o iglesias le dan albergue. ¡Qué indio para pesado! Te diré que yo hubiera hecho lo mismo, como con esos evangelistas o mormones que golpean conchudamente la

puerta de tu casa para explicarte la Biblia. Y qué interminables noches de frío y alucinación le haces padecer sin otra compañía que sus dos perros, a los que, significativamente, llama Amigo y Lautaro. Eres un sujeto sin corazón, Villar. Se supone que este indio de marras es nada menos que Guamán Poma, ¿no es así? Pero juro, Martín, que tú lo superas largamente. Me refiero al lenguaje. ¿Qué dialecto o qué revuelto de bárbaros dialectos empleas? ¡Se necesita poco menos que ser un paleógrafo para descifrar tu texto! Mira, escúchame, compadre: al lado de la prosa que utilizas, si es que a ese mazacote se le puede llamar «prosa», Guamán Poma es un Cervantes. ¡Menos mal que no se te ocurrió hacer los dibujitos! ¡Es tu único acierto! Pero te he dicho que seré magnánimo. Y no diré más... Oye, Martín, ¡cuántos borrachos hay en Lima! ¿Por qué chupan? ¿Qué les sucede? ¿O quieren olvidar lo que les sucede? Es un misterio. ¡Salud, hermano del alma!... Ahora ocupémonos de tu «Reivindicación de Felipillo»...

—Bueno, J. L., ¡basta ya! —dijo Martín Villar, pues era el relato que más lo avergonzaba—. Me has jodido toda la noche. ¿No te parece suficiente?

Pero J. L. no era de la misma opinión.

—¡Caramba, Martín! ¿Cómo crees que voy a dejar de comentar lo que considero el más apasionante de tus esperpentos? Pero necesitaré de tu colaboración —demandó J. L.—. Dime, Martín. No jodas, hombre. ¡Pero, carajo, escúchame, primero!

—Está bien, J. L., pero espero que algún día me toque a mí el turno.

—Pasaré por alto tu sucio corazón vengativo. Ahora escucha y responde. ¿Te has basado en algunas fuentes documentales o todo es invención?

—Existen documentos, J. L. Xerez, Pedro Pizarro, entre otros, puedes consultar a Porras.

—Entiendo. La balsa de los tumbesinos y todo eso... Aunque, espera, no sé dónde he leído que la balsa fue de la isla de Puná y, según otros, de indios

guancavilcas del sur de Guayaquil. Pero atengámonos a la versión tradicional que, para el cuento, da lo mismo. Ahora, ¿por qué elegiste a Felipillo? ¿A quién pretendes reivindicar? ¿A Felipillo o a los indios colaboracionistas de la sagrada tierra piurana, en la que da la casualidad que naciste?

—También me refiero, si a eso llegamos, a Martinillo de Poechos, que es el anti-Felipillo.

—¿El anti-Felipillo? A ver, explícate, porque en tu bodoque no queda claro.

—¿Pedimos dos más? —dijo Martín, que empezaba a animarse.

—Eres un borracho perdido, Villar. Eh, mozo, ¡dos más! que nos morimos de sed. Entre tanto, bebamos, por la vieja sangre. Me rectifico: ¡por tu vieja sangre! ¡Y por Yma Súmac!... Gracias, hermano, pero cuidado con aumentar la cuenta de las botellas. Oye, espera, ¿sabías que Almagro, el Mozo, fue el fundador de tu gremio? ¿Has visto, Martín, cómo se ha ofendido el puta? Qué falta de humor. ¡Y yo que solo trato de darle un sitial en nuestra historia! Bueno, Martinillo, me estabas hablando de Martín de Poechos.

—Si sigues haciéndote el pendejo, me callo —dijo Martín Villar, sintiéndose francamente ridículo.

—Te prometo llamarte, desde este momento, Villar a secas, para no confundirte con tu tocayo. Y ahora, habla, hombre, habla.

—Lo que quiero decirte es que si queremos buscar la perfecta imagen del colaboracionista y, si tú quieres, del traidor, este se halla encarnado en Martinillo, natural de Poechos, aunque según algunos historiadores era de Chincha, como que era sobrino de Maizavilca, curaca impuesto por Atahualpa, o Atabaliba, en Poechos, que era la capital política del Señorío Tallán. Ahora, en cuanto al colaboracionismo de los tallanes —prosiguió bizarramente el universitario Villar—, eso está por verse, pues no olvides que varios caciques fueron quemados vivos por las huestes de Pizarro, como, por

ejemplo, el curaca La Chira, señor de lo que hoy es el pueblo de La Huaca, cerca de Tangarará.

—¿La Chira? ¿No se apellidaba así la vieja de Mariátegui?

—Sí, en efecto, Mariátegui La Chira eran los apellidos completos de José Carlos.

—Ahora me explico que llamara *Amauta* a su revista y defendiera el indigenismo: cumplía con el mandato de la sangre.

—Ya, mierda, déjate de irreverencias. ¡Pero si es la verdad, flaco! Indios, indios, por todas partes indios. ¡Qué país en el que nos ha tocado vivir! Pero prosigue con tu verdadera relación de Martinillo de Poechos.

—Pues bien: este Martinillo se convirtió en el intérprete, en «el lengua» preferido de los Pizarro, tanto que, según el profesor Duthurburu Paz Soldán Moreyra, despertó los celos del pérfido Felipillo. Y pronto se ganó la protección del más barbudo de los Pizarro, que había dejado de ser porquerizo, pero no analfabeto, para convertirse en potentado (pues no olvides que, entre otras verduras, en el rescate le tocaron las andas de oro macizo en que los pobres pongos transportaban a Atabaliba), es decir, en el hombre más rico de Nueva Castilla, como nombraban todavía al Perú, y que luego fue honrado con el título de marqués, lo que no impidió la estocada final de las envidiosas espadas almagristas.

—Puta, Martín, perdón, Villar, ¡concéntrate en la historia! ¿O crees que no he leído a Palma?

—Paciencia, J. L., que a eso voy. Lo que te decía: Pizarro, medio chocho ya, le toma cariño a Martinillo y lo mima, como se hace con los perros chuscos, callejeros y sin dueño. Pero no creas que se limita a rascarle el cogote, sino que, en recompensa por los servicios prestados, le da en encomienda Huaura, que poco antes fuera de Nicolás de Ribera, el Joven.

—¿Martinillo encomendero de Huaura?

—Sí, como lo oyes, solo que ahora ya no es Martinillo de Poechos, sino don Martín Lengua o don Martín Pizarro, con indios a su servicio y con derecho a poseer esclavos.

—¿Tuvo esclavos negros?

—Los tuvo.

—¿Crolos de verdad?

—Negros auténticos, puros y retintos.

—¡Cómo se habrán tripeado a las indias esos negros libidinosos!

—¡Amarra el macho, J. L., que esto no es todo!

—Pero previo trago, Villar.

—Tienes razón, previo trago... Ahora escucha: tantos debieron ser su riqueza y poder que hasta fue propietario de una isla, bautizada, precisamente, con el nombre de Martín, donde se veneraba al milagroso dios del guano.

—¡No me la peles, Villar! ¡Dios del guano!

—Caracho, J. L., por mi madre, te puedo mostrar documentos.

—¿Y dices que era milagroso?

—¡Milagrosísimo! Aunque, naturalmente, apestaba a mierda. Pero, además, y ten bien presente esto, J. L., los privilegios de don Martín Lengua no terminan aquí sino que, caso excepcional, se le permitió contraer matrimonio con una española, doña Luisa de Medina, aunque no sé si fue el único caso, porque más comunes fueron los matrimonios (¡y no te estoy hablando de amancebamientos!) de los primeros conquistadores con las indias pertenecientes a los ayllus reales del Cusco. Ahora, don Martín Lengua no se mostró desleal con sus benefactores, pues en las guerras civiles adoptó el partido de los pizarristas, suministrando a las tropas rebeldes indios cargadores, esclavos, vituallas, y oro y plata contantes y sonantes, lo que le valió la deportación a España, pero con rango de señor, como el antipático y

cruel Hernando Pizarro. ¿No crees, ahora, que el verdadero Felipillo fue este Martinillo de Poechos? ¿No constituye este Martín Lengua el paradigma del indio descastado, el colaboracionista por excelencia, sin cuyo concurso (y el de otros que siguieron su ejemplo, como buena parte de los curacas), los españoles no hubieran podido explotar a la enorme masa de indios sin tierra, a los *hatun runa* de ayer y de siempre?

—Bueno, lo acepto —dijo J. L.—, pero de allí a pretender hacer de Felipillo un héroe, ya es exagerar la nota. No acepto tu tesis. Recordemos tu cuento, que para mí no deja de ser un disparate, histórica y literariamente hablando. Empecemos por el viaje a España. ¿Cómo se llamaron los otros indios de la balsa?

—Fernandillo y Francisquillo.

—Bueno, olvidémonos de ellos, que la tenebrosa historia los devore por siempre, y centrémonos en Felipillo, como, dicho sea de paso, tú debiste hacer en tu mal hilvanada fábula. Y aquí tenemos a Felipillo nada menos que en la corte real de Toledo, con la risa a flor de labios, la misma que los cortesanos y hombres doctos toman por una risa ingenua, cándida, boba, cuando en realidad (según sugieres) es una risa solapada, astuta, pendeja, y cuyo atavío (túnica finamente tejida con hilos de colores, diadema de oro en la cabeza, collar de chaquiras, brazaletes de plata, tobilleras de cobre, sandalias de piel de venado) despierta la admiración y, sobre todo, la codicia del séquito de la reina, doña Isabel de Portugal, esposa de Carlos, quien a la sazón se hallaba camino a Roma para que el Papa le colocase sobre la mitra la corona imperial. ¿Qué piensa el lenguaraz Felipillo al contemplar a tan imponente reina? Las compara con las capullanas de su nación, insaciables en su apetito de varones, cada cual mejor dotado que el anterior en cuanto al calibre del venablo carnal. Si las capullanas, siendo señoras menores, gozan de este privilegio, Felipillo se pregunta (haces que se pregunte, mal pensado

desgraciado) «¿Cuántos maridos tendrá doña Isabel? ¿Y el emperador Carlos tendrá más mujeres que las que tuvo el finado Huayna Cápac? ¿O don Carlos y doña Isabel son hermanos?». Después lo haces pasear (sintiéndose el indio zamarro el centro del mundo) por el Alcázar, por el Tajo de las *Églogas* de Garcilaso y, sobre todo, por la catedral católica y las antiguas sinagoga y mezquita de judíos y árabes, a las que Felipillo compara con el adoratorio de Nariguallá y con el templo de Pachacámac. Por esos días, los teólogos, según refieres, andaban discutiendo si los indios tenían alma o no y, por lo tanto, si se podía considerarlos integrantes de la raza humana. Por eso los frailes ponen especial atención en someter a prueba la capacidad de raciocinio de tan peregrina criatura. A Felipillo le encantan las cuestiones teológicas y la doctrina católica, pero el muy ladino se cuida de expresar sus pensamientos y, más bien, asiente frente a todos los ergoticismos escolásticos. En su intimidad, Felipillo desprecia a Cristo. «¡Cómo, caracoles, un dios va a dejarse crucificar!». El boato de una misa obispal en la Catedral de Toledo lo deslumbra, pero cuando le dicen que el vino se transforma en la sangre de Cristo y aquella galleta en su cuerpo (en el cuerpo de Jesucristo, quiero decir), concluye que los sacerdotes son una sacrílega partida de caníbales que se alimentan de la sangre y la carne de ese dios debilucho y sin poderes. Sin embargo, lo que le resulta más peliagudo (y también entretenido) es el misterio de la Santísima Trinidad. «¿Tres en uno? Hmmm. ¿No será», se pregunta, «3 + 1? ¿El hijo igual que el padre?». Otro «hmmm», con una «m» más si así lo prefieres. Atabaliba es el hijo del Sol, pero no es el Sol, carajo. Pero lo que más lo escandaliza es que la cucula tenga la misma jerarquía que el padre y el hijo. Por lo tanto es - 1. Y si al hijo se le quita la mitad de su valor, tenemos: 1 - 1/2 - 0 = 1,5, es decir, uno y medio. Y además haces que siga preguntándose «¿Por qué la cucula, que aquí llaman “paloma”, tiene que ser el Espíritu Santo? ¿No hubiera sido más pertinente un halcón o, mejor

aun, el gran buitre que señorea en las montañas de su tierra?». Por cierto, como Jesús ante los doctores de la ley, Felipillo, usando el arma de la argucia y el doblez, recibe de los teólogos la patente de humanidad, casi de Humanidades, y, como prueba de sinceridad y firmeza de convicciones, accede a participar en aquel rito de canibalismo sagrado, aunque la verdad, la verdad, aquella galletita insustancial y volátil le hace añorar las generosas tronchas de carne humana, pues en sus andanzas de mercader, Felipillo ha tenido que compartir en más de una oportunidad la mesa de los indios antropófagos del norte. Te juro Villar que tienes una imaginación perversa.

—Muy bien, J. L. —dijo Villar, procurando guardar la compostura—. Acepto la caricatura. Pero por lo menos debes tener en cuenta el sentido de...

—¿Me crees tan tarado como para que no haya percibido lo que idiotamente pretendes decir? —lo interrumpió J. L.—. ¿O crees que eres sutil y profundo? Pero primero déjame remojar la garganta y te sugiero que hagas lo mismo: así endulzarás la amarga bilis. Bebe, flaco, bebe... Entre paréntesis: ¿qué te parece si pedimos un par de sánguches de jamón? ¡Hey, mosaico! ¡Dos sánguches de jamón del país! ¡Pero rápido, que la solitaria está hambrienta! ¿De modo, Martín, que consideras a tu hermanón, a J. L. Díaz, un pobre sujeto carente de imaginación o de lucidez, incapaz de entender la hondura de tu mensaje?

—Yo no he dicho eso, pero...

—¡No me interrumpas, Villar, que estoy en el uso de la palabra! ¡Claro que entendí! El choque de culturas, la aculturación, la perturbación de una conciencia primitiva y todas esas vainas... ¡Oye, carajo! ¿Por qué tiras los sánguches! Este debe ser descendiente en línea directa de tu Felipillo. ¡País de acomplejados! Y mira la telita de jamón que ha puesto este ponja ratero. Y después se quejan de lo de Hiroshima. Y te equivocas si piensas que no me he dado cuenta de los truquitos que empleas, aprendidos en las clases de

literatura de Ratto, como empezar la historia por la mitad y el empleo de eso que llaman «*racconto*», porque tu engendro empieza cuando Fray Valverde, acompañado de Felipillo (¿estás seguro de que fue Felipillo?), se acerca a Atabaliba a explicarle, con la Biblia en la mano, la verdad de la doctrina cristiana. Y Felipillo ríe y, mientras ríe, tú retrocedes en el tiempo hasta el manido episodio de la balsa tumbesina (sigámosla considerando tumbesina) y después el viaje a Tierra Firme y después a España (no perdonas al lector ninguna ciudad: Sevilla, Toledo, Trujillo de Extremadura), periodo durante el cual se le va retorciendo el alma al indígena o, mejor, empieza a emponzoñársele el alma, y poco a poco su conciencia y su espíritu se van convirtiendo en una ciénaga de rencor y lo va acometiendo un salvaje deseo de venganza, sin que por ello deje de sonreír cándida y bonachonamente. Pero ahora, frente a Atabaliba, que llama «perros» a los tallanes y ha asolado y reducido a cenizas pueblos enteros, como el curacazgo de Pabur, llegándole a las pelotas el estatuto de inca, de hijo del Sol, Felipillo lo mira de frente, sí, ¡de frente!, sin ninguna carga al hombro en señal de respeto y sumisión, como poco después lo hará el infortunado y gran general Calcuchímac, de modo que le planta la mirada y le sonríe, pero no con una risa boba, ingenua, sino con una sonrisa de burla asesina. Pero eso no es todo... —continuó J. L., terminando de dar cuenta del sánguche.

—No, no es todo —dijo Villar, con aire ausente.

No había probado el pan con jamón y se había tirado vaso tras vaso de cerveza.

—A propósito, ¿puedo comer tu sánguche?

—Puedes, muchacho, puedes, que yo jamás como cuando chupo. Cuestión de principios, J. L. Pero tú lo has dicho: eso no es todo. El rencor es un abismo sin fondo. O un ardiente páramo sin fronteras.

—Martín, ¿te sientes bien?

—¡Perfectamente, J. L.! ¿No ves cómo me río?

—Sí, carajo, pero te ríes como si yo fuera Atabaliba. ¿Qué te parece si cambiamos de tema?

—¡De ninguna manera! Quiero que me cuentes cómo termina mi engendro.

—Bueno, pero antes déjame que me ponga a tu tono —dijo J. L., vaciando dos vasos al hilo—. ¿Dijiste abismo?

—¡Exacto! Abismo y caída, desgalgadero, despeñamiento del naciente hombre peruano, cuyo precursor es Felipillo.

—¿Por qué, mejor, no pensar en términos de una perversión sicológica y moral?

—Me defraudas, J. L. hablas como los Riva-Agüero, los Candamo de la Romaña y los Duthurburu Paz Soldán Moreyra. Eres un cagón, J. L.

—¿Solo porque no acepto la tesis que planteas en tu mamarracho?

—Acepto que sea un mamarracho, acepto que esté mal escrito, torpe y atrozmente escrito, pero lo que ahora discutimos...

—Es que, además, es irreal, Martín, exagerado, admítelo.

—Es histórico, J. L.

—¿Me vas a decir que es histórico que Felipillo, siendo un indio de la plebe, escoja como concubina nada menos que a una de las hermanas de Atabaliba, infligiéndole la mayor afrenta que se le podía infligir al inca cautivo? ¿Es histórico, Villar?

—Ciento por ciento histórico.

—¿Y es también histórico que torturase a Fray Valverde, primero, hablándole de lo que hacía por las noches Atabaliba con sus numerosas hermanas y luego tentándolo con las indias doncellas y más riquitas, y que, luego de sucumbir a la tentación, Fray Valverde le rogara a su mismo

tentador, es decir, al perverso de Felipillo, que lo azotara en el torso desnudo para expiar el pecado de lujuria? Dime, Martín, ¿es también histórico?

—Histórico en el ochenta por ciento y en el cien por ciento, J. L., en que flagelaba el mantecoso y blanco lomo de Fray Valverde (¿sabías que, tiempo después, los indios de Puná se lo comieron sazonado con ají?) con una saña que hubiera hecho morir de envidia a cierto Cruz Villar, parido por una india en la tierra donde siglos atrás nació nuestro tortuoso héroe. Y te diré más, J. L. —continuó el universitario Villar, poseído de súbita y malsana euforia—: Felipillo no solo odia a Atabaliba y al imperio, odia igualmente a los españoles y quizá odia al universo entero y abjura de todos los dioses, de los vencidos, que fueron los suyos, y de los vencedores, que son los traídos por los barbudos extranjeros.

—¿*Dioses* has dicho?

—Sí, dioses, J. L., politeísmo puro, pues esto es lo que piensa Felipillo del cristianismo. Porque él (Felipillo), que se considera a sí mismo un docto en teología y a quien se le ha conferido casi el rango de catequista, ha meditado mucho en ello y secretamente, por lo bajo, ha sacado su propia cuenta, contando, claro, por dieces, de acuerdo con la aritmética india y valiéndose, además, de piedrecillas, ya que obviamente le resultan limitados los dedos de las manos. «Tenemos», piensa Felipillo, «a la Santísima Trinidad» (no importa, concede, que sean cuatro, dos o una y media piedrecillas), «tenemos a Jehová» (el único dios que, dicho sea de paso, le inspira respeto por su crueldad y despotismo, pues exige sacrificios humanos, como en el caso de Abraham y su primogénito, y envía diluvios, destruye ciudades como Sodoma y Gomorra o se ensaña de puro manatural con sus criaturas, como ese pobre infeliz de Job...), «tenemos», sigue haciendo cuentas Felipillo, «al Niño Jesús y a Jesucristo» (porque sin duda son dioses distintos, de lo contrario frailes y soldados no se encomendarían a ellos por separado),

«tenemos a la Virgen María» (y lo de la virginidad de la virgen le ha hecho perder muchas noches de sueño tratando de explicarse el misterio, hasta que de tanto escuchar las palabrotas de los conquistadores concluye que quizá por eso los teólogos representan al Espíritu Santo con la paloma), y, «además», se dice, «la Virgen, con típica coquetería femenina, adopta diferentes nombres y usa diferentes atuendos y afeites, de modo que los cristianos se enamoran y la veneran según la imagen y el nombre y hasta» (como ha constatado más de una vez) «apuestan y disputan por dirimir cuál de entre las numerosas vírgenes es la más milagrosa». «Tenemos, luego, a los arcángeles, como Gabriel, Miguel y Rafael, y luego tenemos...».

—¿Martín?

—...A los millares de dieces de ángeles y querubines, «y por último», se dice (y para entonces, como comprenderás, ya le faltan las piedrecillas), «a los centenares de dieces de santos».

—¿Martín?

—No, J. L., en el siglo de que hablamos todavía no figuraba Martín de Porres en el santoral. Sí, tenemos al chuchonal de santos (aunque, desde luego, no fue esta la palabra que empleó Felipillo), empezando por el papanatas de San José y terminando con el homicida Santiago. ¿Me hablabas, J. L.?

—Ya nada, cabrón del carajo. Pero chupa y sigue payaseando.

—Sí —dijo Martín Villar, luego de beber un sorbo de su vaso, pero ahora no parecía dirigirse a su amigo J. L., sino a las múltiples voces y visiones que lo asediaron en la cabaña de don Asunción Juares, como hablaría años después ante el cenotafio de Sacramento Chira erigido entre los médanos o ante las ruinas del santuario de Narigualá, acompañado de don Juan Evangelista Chanduví Mechato, descendiente de gentiles, puro e incontaminado—. Y en esto reside el secreto de lo que los historiadores

hispanistas (¡y no solo hispanistas!) llaman «la perversión y la maldad de Felipillo». Porque lo que no comprenden es que, surgido de un caos infernal, ha nacido un nuevo hombre cuya sustancia es el odio absoluto, de ahí que la candorosa risa de Felipillo se trueque en risa cruel, sarcástica, despectiva y diabólica. Un oscuro azar lo sustrajo del destino signado para los indios de abajo, los *hatun runa*: ya no vivirá con el temor de ser deportado en calidad de *mitimae*, ni tendrá que cultivar las tierras del pequeño reyezuelo ni del gran déspota ni de ningún dios, ni se verá obligado a cargar las literas de los señores, ni será reducido a la condición de *yana*, de perro sirviente, la última escala en la humillada raza de los hombres de abajo. A cambio de ello...

—Oye, Martín.

—...ha perdido la tierra y lo que, al principio, consideró una elevación de su destino, no ha sido otra cosa que una vertiginosa caída hacia la nada y el vacío.

—¡Hey, Martín! Baja un poco la voz, hombre. ¿Qué bicho te ha picado?

—¡Ninguno, J. L., estoy perfectamente! Hablaré más bajo —dijo Martín Villar, subiendo aun más el tono de voz—. Pero si ha abjurado de los dioses, de todos los dioses, repito, no ha abjurado de la sangre de su nación, que siente fluir ardiente y agraviada y conminatoria. Y el que se acostase con la hermana de Atabaliba no solo constituyó un acto de venganza, J. L.: fue un acto de profanación, la apostasía total, el más horrendo e imperdonable de los delitos. Pero su odio contra el inca, auténtico o usurpador, le da lo mismo, no se sacia con esta misa negra fornicaria.

—Sí, sí, hermano, lo dices en tu relato: cómo pérfidamente Felipillo traduce impropiamente el diálogo final entre Fray Valverde y Atabaliba, del cual depende (por lo menos hipotéticamente) la vida del inca cautivo.

—Y, además, J. L., asiste con petrificado desdén a la ejecución del tirano y, durante la noche entera en que en la plaza yace el cadáver de Atabaliba

horriblemente desfigurado por la pena del garrote, y mientras los miembros de la panaca real, hombres y mujeres, lloran delirantes, y se suicidan muchas de sus mujeres, entre las que se encontraba su hermana profanada por Felipillo, Felipillo de Tumbes y de los desiertos y médanos escupe en dirección de los cuatro *suyos* del mundo, y yoga en ese lupanar naciente traído por los españoles.

—¿Y toda esa depravación te parece digna de un héroe? Tienes una mente enferma, Villar.

—Te estoy hablando del odio primigenio, del fundamento de nuestro rencor —dijo Martín Villar, tras la pausa que debe existir en todo auténtico diálogo, y lo dijo con tonillo sentencioso, casi apocalíptico.

—Aguanta, flaco, aguanta —lo interrumpió J. L.—. Habla por ti y no me incluyas en tus complejos. Y por más jijunagramputa que haya sido Atabaliba o Atahualpa, con todo pertenecía a los habitantes, a la humanidad de nuestras tierras. Te repito que no me gusta ese indígena traidor. ¿Pero, qué te parece si dejamos el tema? ¡Olvídate, compadre! ¡Y salud, salud! En prueba de amistad estoy dispuesto a desdecirme: no son engendros tus relatos; por lo menos, no totalmente.

—¿Puedes imaginar lo que es el odio absoluto? —prosiguió tercamente el universitario Villar—. Piensa en lo que es sentirse un desarraigado, un marginado en la propia tierra. Por eso desprecia (y no por celos, como afirma un historiador idiota) a Martinillo de Poechos en su papel de perrillo faldero de los Pizarro. Porque no es verdad lo que acabas de decir, J. L. Felipillo no solo odia a Atabaliba y a su corte, sean cusqueños o quiteños, odia igualmente a los españoles. Por eso difunde rumores de una inminente y terrible sublevación indígena, lo cual, como sabes, determinó la tortura y muerte de Calcuchímac. Intriga y siembra cizaña entre Almagro y su gente, que han llegado después de la toma de Cajamarca, contra la engreída ralea de

Pizarro. Busca la amistad y la compañía de la hez de Panamá, sujetos al margen de la ley y, de hecho, apátridas. Incita a los negros guineos a la violación y participa en los ritos salvajes de los indios nicaraguas. Y tiene un sueño, un gran delirio: preparar una degollina, un holocausto general, de los falsos viracochas, gente ordinaria, cruel y codiciosa, empezando por los Pizarro y los mendaces predicadores de la doctrina del amor.

—Bueno, Martín...

—Espera, que ya termino. Y se halla tan poseído, te decía, de la pasión del odio y de ansias de sedición, que al enterarse de la inminente venida de Pedro de Alvarado, el conquistador de Guatemala, legendario por su inclemencia y sed de sangre, marcha a darle encuentro en el reino de Quito con las huestes de Benalcázar, para de allí pasarse al bando de Alvarado y ofrecerle sus servicios y proponerle asesinar o arrojar del Perú a las mesnadas de Pizarro y Almagro. No, no he querido (no he pretendido) hacer de Felipillo un héroe, aunque no olvides que después, superando su odio a los quechuas, se suma a la rebelión de Manco Inca, quien le da el rango de gran consejero (destino único para un indio *hatun runa*), y que en calidad de tal muere descuartizado por el capitán almagrista Martín Monje en el río Mapocho, mientras trataba de ganar a los indomables araucanos para la causa de la gran resistencia indígena contra los extranjeros invasores. No, lo que he intentado es presentar la imagen del primer indio desarraigado, forastero en su propia tierra, a la vez apóstata y apátrida y fundador de la gran soledad y rencor que grava la conciencia del hombre peruano.

Y dicho esto Martín Villar guardó silencio, bebieron una cerveza más.

—Como idea, como intención —dijo J. L.—, no está mal. ¿Pero no ha dicho Gide, y con razón, que con buenas intenciones se hace mala literatura?

—¡Es una frase de marica! —dijo perramente Martín Villar, plagiando al poeta Jorge Guillén en una entrevista reciente.

Fue el doctor Pascual Silupú (pues ahora había dejado de ser el modesto profesor de Historia del Perú de primero y segundo de media para convertirse en el abogado, en el doctor Silupú, con bufete en la céntrica calle Libertad de Piura) quien le habló a Martín Villar de la existencia de don Juan Evangelista Chanduví Mechato. El doctor Silupú usaba prolijamente la navaja de barbero para despejar un tanto la estrecha frente, tenía el color de las aceitunas claronas parduscas y se había casado con una blanca pobre, descendiente de terratenientes arruinados, pero en cuyo vientre las semillas narigualenses del doctor Silupú habían sido victoriosamente derrotadas o por lo menos injertadas de savias albinas, de modo que la prole del connubio podía educarse sin menoscabo de consideración en el exclusivo colegio jesuita San Ignacio de Loyola, los varones, y en Nuestra Señora de Lourdes, las mujeres. Y así el doctor Silupú había recorrido un buen tramo en dirección opuesta a la gentilidad, como en el tiempo y el espacio y en el no olvido lo había hecho el descendiente de Sacramento Chira.

—¿Villar? ¿Villar Flórez? —dijo el doctor Silupú, que acababa de regresar de la Corte Superior, donde había obtenido otro de sus triunfos forenses—. Has cambiado, has echado cuerpo y estás tostado por el sol. Entonces eras un chiquillo debilucho, pálido, tímido, y yo jamás hubiera reparado en ti de no ser por la forma un poco fregada que tenías de mirar. Te gustaba la historia, según recuerdo. Y lo último que supe de ti es que ingresaste a la Católica —el doctor Silupú miraba la vestimenta de su antiguo discípulo: el pantalón caqui, la camisa de popelina celeste, ambas prendas aceptablemente limpias aunque ajadas, y el rostro del joven, curtido y recién afeitado—. Pero, ¿de dónde sales? ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Cómo así te has acordado de tu viejo profesor? ¿Algún problema, Villar? Habla con confianza. Y para que lo sepas, he divorciado a varios de mis exalumnos.

Martín evitaba mirar la frente afeitada y la chillona corbata del doctor Silupú, y paseaba la mirada por los numerosos diplomas que acreditaban la alta jerarquía profesional del propietario del estudio jurídico. Por fin, dijo: —¡Muchos problemas, profesor! Nunca he olvidado sus clases de historia: los huacos y las necrópolis indios que subyacen en el fondo de los médanos, la fortaleza y adoratorio de Narigualá. Sí, profesor Silupú: necesito su ayuda, porque, ¿sabe?, ando a la búsqueda de los antepasados de Sacramento Chira.

Luego empezó a hablar, y mientras hablaba (y lo hacía con claridad, controlando la pasión que amenazaba desbordarlo), el rostro del doctor Silupú fue perdiendo jovialidad y alegría, después se tornó serio, adusto y, enseguida, sombrío. Entonces se levantó de su sillón giratorio de cuero. Miró su reloj y comenzó a buscar entre los legajos de su escritorio.

—Tendrás que disculparme, Villar, pero tengo una diligencia urgente que hacer. Lo siento, Martín. No soy la persona que puede ayudarte. O, para ser más sincero, ya no soy el profesor que conociste —había escogido uno de los expedientes y empezó a hojearlo—. Pero no quiero que te vayas con las manos vacías —agregó a continuación—. Busca a don Juan Chanduví, don Juan Evangelista Chanduví Mechato. Todavía vive. Es un anciano medio tronado, cascarrabias y sordo como una tapia de uno de sus oídos. Es la memoria viviente de lo que él llama «nuestra raza». Fue mi maestro en primero de primaria y con sus historias me llenó la cabeza de ilusiones. Me eligió y preparó para ser su sucesor, y me iba a legar sus papeles y documentos, y yo, cuando era muchacho, soñaba en convertirme en una especie de Garcilaso de nuestro pueblo, aunque don Juan Evangelista tiene más del indio Guamán Poma. Pero yo lo defraudé. Es la vida, ¿me entiendes Villar?

Sin embargo, ahora a Martín Villar no le interesaba entender al doctor Silupú, toda su mente estaba puesta en ese ser que de pronto había surgido.

Le preguntó dónde podía ubicarlo.

—Ese es el problema —dijo el doctor Silupú —. No tiene domicilio fijo. O, más bien, dispone de muchos domicilios a lo largo del Piura y del Chira, que suele recorrer de tiempo en tiempo. ¿Por qué no empiezas por Coscomba, La Legua, Palo Parado? Alguien te dará razón. O, si no, anda a Catacaos. Con seguridad que en el local de la comunidad te dirán en qué pueblo se encuentra ahora. Una recomendación: si das con él no le hables de mí. Me detesta y desprecia. Para don Juan Evangelista (¡imagínate!, ¡como si no hubieran transcurrido siglos!) soy un indio descastado. ¡Adiós, Villar!

Martín Villar había llegado la noche anterior a Piura, luego de un viaje (o más bien de un peregrinaje) que, desde Tumbes y la zona de Talara, continuó por toda la banda derecha del Chira, hasta Pilares y la frontera ecuatoriana, e incursionó luego por el Medio y el Alto Piura, no solo en busca del derrotero del bandolero Isidoro Villar, sino en reconocimiento de la tierra en que habitaron los antepasados de la madrecita Sacramento Chira. Tomó alojamiento en el Hotel Atenas, un hospedaje nada helénico sino un hotelucho enclavado en territorio tacaleño, donde recalaban las gentes modestas de las alturas, mercachifles e ilusionistas de plazuela, o realizaban el tráfico carnal las prostitutas envejecidas o las tiernas pamperitas de los barrios pobres, o vivían por módicas mensualidades ancianos solitarios o blancos caídos en la ruina, dipsómanos y generalmente depravados. No visitó a su familia, evitó encontrarse con sus amigos de la adolescencia, incluso con Arturo Lima, y tomó sus alimentos en una fonda para viajeros de la sierra. Después de su entrevista con el doctor Silupú volvió a su hotel y durmió con sueños pesados (caminaba por entre arenales acompañado de ciegos caminantes, guiado por don Asunción Juares, quien aseguraba ser el apóstol Juan Evangelista) hasta la caída de la noche. Entonces salió y, eludiendo las calles muy transitadas, se encaminó al barrio donde vivió hasta los doce años.

Deseaba mirar la que fuera la casa de su abuelo Santos y visitar a doña Betsabé Alburquerque. Pero se encontró con una calle Apurímac distinta, perfectamente nivelada y asfaltada y dotada de alumbrado y de agua y desagüe. Se habían levantado nuevas casas, construidas con material noble, y algunas eran de dos pisos y de tipo chalé. Le costó trabajo ubicar el lugar donde estuvo la casa de Santos Villar y por los nuevos vecinos se enteró que doña Betsabé (así como los Chuyes, los Garridos, los Alama, los Albines, o los «Guyuscos», los «Parchados», los «Mogollón», los «Pijitas», toda la gente de antes) había emigrado a la barriada de San José, que se levantaba y crecía por detrás del cuartel Grau, zona que fuera de arenales y dunas por donde, de pequeño, Martín, acompañado de sus perros Duque (Duque I y Duque II, de pelambres pardo rojizas y franja blanca en el cuello), se internaba para cazar lagartijas y pájaros y para refugiarse de la opresiva mirada de su abuelo Santos. Cuánto había amado, odiado y temido a este barrio, pero ahora, frente a este mundo que ya no era el suyo, se sintió forastero y lo fue avasallando el viejo sentimiento de orfandad, la misma amarga y abismal orfandad que lo había llevado a visitar el hogar primordial y a beber el cactus dorado en la cabaña de don Asunción Juares, pócima («pócima sagrada», como la nombraba su padre) que, entre el tumulto de visiones y voces arcanas (herméticas, la mayoría), le había hecho sentir con mayor imperio la necesidad de ir tras las huellas de la antigua sangre de los Chira, fundamento y sustancia del agraviado linaje de los Villar.

Recorrió dos, tres veces la cuadra y, de pronto, mientras fumaba un cigarrillo, bajo uno de los postes de alumbrado, distinguió, como una anomalía, como un reducto contra la modernidad y vejamen a la vida nueva, una casa rústica, casi una cabaña de quincha, con el barro caído por pedazos que dejaba al descubierto las cañas de pájaro bobo. Una imagen emergió de la memoria de Martín Villar: una hilera de perros lamía la llaga viva de un

hombre algo entrado en años, que cautivaba al pequeño Martín con sus historias. Sí, era la casa de don Manuel Farfán, muerto muchos años atrás. Todavía no eran las nueve de la noche, de modo que Martín Villar, sin dudarlo, sin pensar siquiera en que podía ser impertinente, golpeó una y otra vez la derrengada puerta. Desde el fondo escuchó un *¿Quién es?* y luego, acercándose, la voz, una voz de mujer, de mujer vieja, dijo *Ya voy. Espere. Ya voy*.

Entreabriendo la puerta, asomó el rostro de una anciana. Era doña Juana Farfán.

—¿Qué desea, caballero? —dijo—. Usted debe haberse equivocado de puerta. ¡Solo las ánimas se acuerdan a esta hora de la Juana Farfán!

Y él:

—¿No me recuerda, doña Juana? Soy Martín Villar, el hijo de la señora Altemira Flórez.

—¿El hijo de Altemira? ¿Martincito? ¿Al que le gustaba escuchar los adefesios de mi finado hermano Manuel? —dijo y rompió a llorar.

Después, bendiciéndole en la frente con su vieja mano de rezadora de mal de ojo y de chucaque, lo invitó a entrar. Pero al entrar en esta casa de piso de tierra apisonada y todavía iluminada por un candil, Martín Villar ingresó a un vasto territorio que habría de preparar su memoria, su conciencia y su espíritu para ir al encuentro y escuchar las palabras de don Juan Evangelista Chanduví Mechato.

Y, empezando por el camino de Coscomba, tardó diecisiete días en dar con el paradero de don Juan Evangelista: recorrido que hizo a pie o subido en carretones jalados por viejos caballos percherones o mulas o machos o piajenos y, a trechos (luego de cruzar en bote a la altura de Paredones el crecido río Piura, «el Lengash», como gustaba todavía llamarlo don Chanduví Mechato), en la carrocería de camiones o camionetas, sin sentir

cansancio y en estado de euforia y teniendo siempre un techo bajo el cual dormir, pues si el doctor Silupú le había proporcionado el nombre de la persona que debía buscar, doña Juana Farfán le había dotado de un precioso salvoconducto para tener acceso y ser admitido en los hogares indios del recóndito y misterioso mundo del Bajo Piura. Porque doña Juana Farfán, con la hospitalidad que le brindó y unas pocas frases que le dijo (que eran remembranzas y lamentos y testimonios de resistencia contra el dolor, la pobreza y la adversidad), consiguió lo que semanas, meses y años de fatigosas investigaciones en crónicas, documentos y archivos (y que cinco años atrás le sirvieron para componer su deplorable, ¡y por ventura destruido!, libro *Verdadera relación de la caída y destrucción del Antiguo Perú*) no consiguieron hacerle comprender: la sencilla verdad de que para acceder a la historia de los antepasados de la madre original de su linaje no bastaba el conocimiento intelectivo, sino que le era indispensable, prioritaria, esencial e imperiosa, la legitimación de la búsqueda mediante el vínculo de la sangre, vital y fervorosamente sentido. Por eso, mientras duró la travesía por entre arenales, vegas y riberas (en Coscomba se entrevistó con los Pulache; en La Legua, con los Ancajima; en Palo Parado, con los Timaná; en Cumbibira, con los Changanaqué; en Paredones, con los Namuche; en Monte Sullón, con los Yamunaqué... y así, hasta llegar a Casaraná, donde ubicó y fue huésped de don Juan Evangelista Chanduví Mechato), el ahora joven maestro Villar del caserío El Conchal fue simultáneamente el pequeño Martín corriendo por los arenales y dunas con sus perros Duque, el desamparado adolescente que había repudiado el linaje de los Villar, el mismo adolescente que en viaje expiatorio había ido a conocer el hogar primordial en Congará y visitado a don Asunción Juares, y también el pedantuelo, tumultuoso e irreverente universitario, y siempre, y a toda hora, el solitario oficiante de un culto de amor hacia una imagen cuyos ojos habían iluminado su vida.

Y cuando por fin llegó a Casaraná y golpeó la puerta de la casa de don Juan Evangelista Chanduví Mechato, era los múltiples Villar que confluían en su sangre y carne y espíritu, solo que ahora la memoria comenzaba a remontarse (ahondándose) más allá del momento en que la india Sacramento Chira, apenas salida de la pubertad y bañada con las flores rojas de la pasión, fue al encuentro del desertor o en cualquier caso soldado Miguel Francisco Villar.

Todavía no había empezado la inflamada canícula del Bajo Piura y la casa de don Juan Evangelista se levantaba en la parte extrema de la calle central del caserío. Era de quincha enlucida con cal y con la puerta y una gran ventana pintadas de azul celeste encendido; la frontera era generosa, con vereda de cemento; y el techo de tejas rojizas. Enfrente y a ambos lados de la puerta había un guabo tierno y una planta de papelillos violetas cercados con varas de oberal. Villar empezó a golpear la puerta, pero el muchachito que lo había conducido le dijo que tenía que golpear más fuerte.

—Mire —le dijo—, así hay que golpear —y acto seguido aporreó la puerta con el puño a manera de comba—. Y háblele como gritando, pues don Chanduví, por lo mayorcito que es, ya ni oye, y cuando se le sube la sangre de la cólera, peor de sordo se pone —le siguió aconsejando el mocito en tránsito a la pubertad sin dejar de golpear.

Pero al sentir pasos que se acercaban detuvo en seco su jubilosa demostración de aporreamiento y, como si temiera la rabieta del dueño, salió como disparado haciéndole adiós con la mano, y no dejó de correr.

Cuando semanas después Martín Villar intentó reconstruir los primeros cinco o diez minutos de su encuentro con don Juan Evangelista le resultó imposible recordar la presentación que hizo de sí mismo, las razones que le dio de su visita o las palabras y el tono de voz empleados. *Fue*, se le ocurrió pensar, *como si me sintiera un inconcebible súbdito ante un estrafalario*

monarca destronado siglos atrás, pero venerable por su orgullo de seguir viviendo dentro de sus dominios profanados. ¿Oyó? ¿Entendió el anciano sus razones al invitarlo a pasar a la sala? Villar prefirió pensar que este era el gesto habitual de un hombre cargado de experiencias y conocimientos, para quien no resulta ninguna novedad el que acudieran a él foráneos de las más diversas condiciones a solicitarle consejo o ayuda o información sobre los avatares de la gentilidad. Luego que lo hizo pasar se iban perfilando en la mente de Martín las imágenes y aclarando las sensaciones y sentimientos que lo embargaron. La sala era amplia, de piso de ladrillos y cielorraso de paja bellamente trenzada, y dos puertas conducían al patio y a las habitaciones interiores. Presidían la sala los retratos, ampliados y coloreados y enmarcados en vidrio (los marcos eran amplios, sólidos y con labraduras y revestidos de un barniz fúnebre) del abuelo y la madre (según se enteró después) del dueño de la casa: don Domingo Cielo Chanduví y doña María Esposaria Mechato. Los retratos estaban colgados en la pared opuesta a la entrada. En cambio, el estandarte de la Cofradía Jurada del Santísimo Sacramento, hecho de seda con flecos y bordaduras doradas, reposaba sobre la pared lateral derecha, delante de la cual, y recibiendo la luz de la ventana, estaba una gran mesa cubierta de hule, atestada de libros y papeles, donde trabajaba don Juan Evangelista. Había, además, dos estantes, uno alto, que exhibía con algún desorden una profusa colección de huacos, y el otro, alargado, destinado a librero y a archivero de viejos documentos. Completaban el mobiliario siete sillas, dos butacas y una poltrona dispuestas en hilera a lo largo de las paredes; las butacas flanqueaban a la poltrona colocada debajo de los retratos. El anfitrión invitó a tomar asiento a Martín Villar, pero cuando este iba a hacerlo el anciano lo detuvo.

—Siéntese en la butaca de este lado —le ordenó con voz áspera, borrascosa—. Lo escucharé con mi mejor oído.

Y esta fue la primera frase que recordó Villar, aunque es probable que antes pronunciase otras. Y a partir de esta frase, que era un mandato, una orden, dicha con voz restallante, con algo de borrasca o ventisca de arena, y profunda, como emitida desde el fondo de un laberinto de dunas para indicar el derrotero a seguir a un caminante extraviado, Martín Villar pudo evocar con claridad el aspecto y la figura de don Juan Evangelista Chanduví Mechato. Era un anciano más bien bajo, de ancha cintura y piernas cortas, pero sin ser adiposo, sino de contextura recia y maciza, como el charán, ese árbol de madera resistente a las mordeduras del tiempo y que por ello fuera escogido por los maestros artistas de la región para tallar las imágenes en bulto de los venerados cristos, vírgenes y santos de las innumerables cofradías existentes desde siglos atrás en villas, pueblos y caseríos del Bajo Piura. La piel, ajada, con los pliegues y surcos de la vejez, era del color de la arcilla tostada, como el de las vasijas salidas de los hornos de Simbilá. En esa cara ancha, la nariz ligeramente aplanada y los labios pronunciados y caídos conferían al rostro del anciano un aire de soberbia, de orgulloso fatalismo y de terca seguridad y confianza, gestos y actitud remarcados por los pequeños ojos que miraban alucinados y clarividentes y alejados detrás de los anteojos con montura de carey. Como otra señal de su estirpe y linaje, tenía la frente calzada, estrecha y el pelo tupido, de fibras recias, salpicado de canas. Don Juan Chanduví vestía una camisa blanca de mangas largas arremangadas por encima de los codos, pantalón de paño oscuro y zapatos de confección rústica y poderosas suelas para emprender grandes caminatas.

—Hable, joven. Eso sí: hábleme alto —dijo—. Lo escucho; lo escucharé.

¿Cómo y por dónde empezar? Empezar diciéndole que en el principio fueron la injuria y el desprecio o la falsa conmiseración y la burla verdadera, contenidos en el lenguaje que él (sucesivamente el ñaño, la criaturita, el churrito) comenzaba a balbucear. ¿Decirle que, aun antes de conocerlos ni

poder distinguirlos del resto de cristianos que lo rodeaban, aprendió por las palabras, como se aprende que la candela quema y la espina pincha, que los indios habitaban como una maldición nuestra tierra? ¿Acaso mamá Altemira no le dijo tantas veces, refiriéndose a la crueldad de su abuelo Santos, *Viejo perverso por esa mala sangre de indios que corre por sus venas*? ¿Y decirle que luego fueron la duda y el pánico porque quizá él estuviera manchado por esa sangre perniciosa? Sí, ¿por dónde empezar?, ¿qué decirle?, ¿a qué voz acudir de entre las múltiples voces que lo asediaban? Entonces se le presentó la imagen de doña Juana Farfán trayéndole desde el fondo de la casa, como prueba de hospitalidad, un pocillo con una infusión de cáscaras secas de naranja.

Y él, mientras bebía a sorbos el delicioso mate con aroma a naranjas amargas, no dejaba de escuchar lo que le contaba doña Juana Farfán a la luz del mechero y oliendo el vaho del piso de tierra regado al atardecer.

—...Infortunio tras infortunio, Martín. Primero mataron a golpes a Torrelis, como seguramente te has enterado, en una pelea de borrachos, después de que al pobre le comieron media oreja. Y ahora poco, para el mes de junio de hará cinco años, murió Ciro, mi otro sobrino, que era mi único sostén, con la tisis, enfermedad del albañil y del pobre. Dios no me permitió tener hijos, y por eso Meche, que era mi marido, se buscó a otra, que le dio descendencia. Y esos hijos que yo no pude darle le encienden una vela y colocan en su nicho más que sea un ramo de flores por las velaciones de noviembre. Y así, te decía, me he quedado sola en el mundo. Pero, caracho, no venderé. Los de *El Tiempo* me ofrecen una fortuna, miles que yo jamás tuve, pues recordarás que esta casa es inmensa y atrás hace frontera con *El Tiempo*. ¿Pero vender esta casa que nos dio en herencia mi abuelita Balta Marcela, que fue la que nos crio cuando quedamos huérfanos? No venderé, Martín. Que se jodan, con el perdón de la palabra, aunque me muera de

hambre. Y seguiré cuidando la casa de doña Balta Marcela, cuya ánima me acompaña y hace que gentes caritativas, como tu mamita Altemira, me den de cuando en cuando más que sea un real, que no es mucho lo que necesita el cristiano para vivir. No, no venderé, Martincito, lo repito y lo juro, y solo muerta sacarán a la Juana Farfán de esta casa, pero entonces mi ánima seguirá cuidando de ella por siempre...

Sí; es honda, profunda; la recuerdo, se decía Villar mientras paladeaba con avaricia cada sorbo del agua de cáscaras de naranja. Había un huerto que cuidaba don Manuel Farfán y crecían la manzanilla, la menta, el toronjil y el hinojo y también el llantén y el paico. ¿Cuántos años hará que se secaron los ciruelos y el mango-ciruelo? Eran ciruelas amarillas y, en tiempo de cosecha, doña Juana hacía dulce de ciruela que vendía por el vecindario. Y los mango-ciruelos eran ácidos, pero jugosos y frescos. En cambio, el algarrobo todavía debe estar allí, al fondo del corral, a un paso de donde está ahora el edificio de *El Tiempo*. No alcancé a conocer a doña Balta Marcela. Pero don Ciro habrá sido de la generación de mi padre. Y el buen Torrelis era el más joven y belicoso de los borrachitos de la calle, eterno aprendiz de sastre en el taller del maestro Morán. Ya haría años que don Meche se había separado de doña Juana. Y era peón de albañil. ¡Don Meche, el único entre los viejos de la cuadra que sabía leer! Y por las noches, como obligación, le leía el *Ecos y Noticias* o *El Pueblo* o *La Industria* a mi abuelo, pues el gran Santos Villar era huérfano de letras y números y, no obstante, cuando don Meche demoraba o se equivocaba en la lectura, mi abuelo, con vileza y prepotencia cómicas, lo carajeaba como si don Meche fuese un muchacho o su peón o su siervo, gritándole *¡So bruto! ¡So animal de mierda!* Retenía Martín Villar los últimos sorbos del exquisito mate, cuando las palabras que estaba diciendo doña Juana Farfán lo hicieron estremecerse.

—...Y a punta de lisuras y amenazándolo con el látigo fue que tu abuelo le enseñó a cultivar el huerto (por el que te gustaba corretear) al pacienzudo de Manuel, que si por él fuera antes se hubiera pasado la vida en el ocio y el vicio de la conversadera. No estoy invencionando, Martín, pero don Santos era un viejo tirano y cruel y mirarlo afligía y daba chucaque y ganas de esconderse en el último rincón de la tierra. Y la peor curiosidad era, como me decía Meche en tiempos de nuestra unión, que en lo hondo don Santos era hombre recto, justo y de corazón abierto para aliviar los padecimientos que los cristianos pobres cargamos como una cruz. Porque tu abuelo, Martín, y no lo digo porque estés presente, usaba su arte de curar y los poderes de que estaba dotado en beneficio y ofrenda a los pobres, y más todavía, a los pobres entre los pobres, como son los indios, de linaje castigado, y don Santos los prefería a todos y con ellos era recatado y como que les guardaba respeto y veneración. La pobre cabeza de la Juana Farfán nunca entendió este misterio. Porque tu abuelo Santos era de buena sangre, más y más despercudido que tú, casi blanco, como un señor, y mi pellejo y el pellejo de Meche, que era más humilde que el mío, como que se avergonzaban al atravesarse por donde él caminaba. Y tu abuelo los prefería y curaba sus llagas y pasmos y tullideras. Y antes de que el manaturaloso del señor obispo quemase la milagrosa Cruz de Campanas y predicara sin hacer distinción contra los curanderos y brujos, la casa de don Santos se llenaba de indios, que venían desde Coscomba y Tacalá adentro y de la parte de arriba, Ñomala, Talandracas, Malingas, todos esos sitios, y él los alojaba y curaba por las noches y no les cobraba un real, y se contentaba con cualquier animalito, aunque sea un pacaso o un huerequeque o una cucula, o huacas y reliquias de indios. Y por eso cuando murió lo lloraron como solo los indios saben llorar. Tú debes acordarte. Vinieron como en procesión de todos los pueblos de indios y lo lloraron como si se les hubiera muerto el Padre o el Santísimo Sacramento, porque, en

su humildad, los indios son orgullosos y no derraman sus lágrimas así como así...

Y ahora, frente al anciano descendiente por vía directa de curacas desposeídos de sus dominios, ofendido pero orgulloso de la gentilidad a la que se mantenía fiel defendiendo los antiguos derechos y las prerrogativas y la memoria, él, Martín Villar, apeló a este salvoconducto azarosamente proporcionado por una anciana solitaria, abandonada antes de ser viuda, y sin hijos, y la última de una familia ancestralmente pobre y de espléndida casta chola. De modo que Villar echó mano una vez más de esta patente que legitimaba su vínculo con el antiguo señorío que pobló todas estas comarcas.

—Porque ha de saber, don Chanduví, que yo soy nieto de don Santos Villar Dioses. Y Santos Villar hizo esto y lo otro y cuando murió... ¿Cómo olvidarme del coro de mujeres indias encabezado por doña Elisa Ancajima, de la parcialidad de La Legua, llorándolo? Aunque a mí, don Juan Evangelista, la muerte de mi señor abuelo me produjo, si no alegría, un pervertido sentimiento de soberanía.

De esta manera empezó a hablarle, subiendo torpemente el registro de su voz, por momentos levantándose de la butaca para en el acto volver a sentarse y acercando aun más su boca al oído indicado por el anciano.

—Pero el misterio mayor, don Chanduví, es que, según he averiguado, mi abuelo Santos en sus mocedades repudió la memoria de Sacramento Chira, matriz de los Villar. No así Isidoro Villar. Por el contrario, mi tío Isidoro (me refiero, señor, al bandolero Isidoro Villar, fusilado y después colgado de un zapote en el año de 1910)...

Era un relato sinuoso, recurrente, encalavernado, que avanzaba como esos torbellinos de arena que se forman durante los ventarrones del atardecer, sin importarle al narrador la impasibilidad, la casi desdeñosa indiferencia del anciano de respiración cavernosa que, de tanto en tanto, como entre gruñidos,

se mecía en la poltrona y miraba hacia la amplia calle de arena, como si vigilara la textura de las fogaradas que el Sol arrojaba.

Y continuó hablándole. Volvió a referirse a Isidoro Villar y a la veneración que este sentía por las huacas y cementerios indios.

—Y yo pude ubicar, don Chanduví, una caverna entre Cabo Blanco y Restín, en Máncora, que fue uno de los escondites preferidos de este tío abuelo. Y descubrí que era una vieja tumba de gentiles, pues hallé esparcidos, medio enterrados, pedazos de vasijas y otras utilerías indias.

Le habló de cada uno de los hijos de Cruz Villar, tenidos en las hermanas Trinidad y Lucero Dioses, casi indias, apenas cholas. Omitió contarle, por no considerarlo pertinente, la historia de Primorosa Villar y, venciendo la interdicción impuesta por Santos Villar, le contó del agravio padecido por su bisabuelo Cruz de parte del más poderoso de los terratenientes de Congará, suceso que él había indagado entre los ancianos de ese pueblo fantasmal.

—Y este agravio y vejamen inferido públicamente a mi primer abuelo, señor Chanduví, es como el blasón, el escudo de armas humillado de los de mi sangre.

Y le habló, enseguida, de la confesión pública del viejo Cruz Villar hecha ante el pueblo setenta años atrás.

—Porque mi bisabuelo, don Juan Evangelista, vivió obsesionado con la imagen paterna, y en cambio olvidó (había pretendido olvidar o clausurar) a la madre, la india Sacramento Chira. Y así fuimos criados recibiendo en herencia, por lo menos mi padre, la nostalgia por el soldado español Miguel Francisco Villar. Y hasta allí llegaba la memoria familiar, nuestra memoria, mi memoria, y más allá era no la oscuridad, sino la nada, como decir, el no ser. Y para penetrar —le dijo— en ese mundo velado por espesas brumas acudí también donde el maestro artesano don Asunción Juares, donde vi esto y aquello y lo otro. Pero tengo que confesarle, don Juan Evangelista, que

tuvieron que pasar algunos años (y esto por imposición y requisitoria de una persona que entró providencialmente en mi vida) antes de que yo centrase mi atención en aquella india, la Sacramento, la que renunció a la gentilidad para apaciguar la carne y la violencia de un derrotado soldado, que era blanco, de la casta que oprimió a nuestro pueblo, preguntándome sobre su linaje: ¿quiénes fueron sus padres y abuelos?, ¿de dónde surgió?

Y para ello consultó libros y documentos y visitó museos y ruinas, y fue como visitar tumbas y ruinas sin nombre, sobre las que habían caído la oscuridad y el silencio.

—Pero después he seguido buscando, señor Chanduví, he seguido las huellas, los rastros, hasta que... alguien me dio su nombre y así he venido a golpear su puerta, interrumpiendo su trabajo, un trabajo, lo sé, de tantos años, porque ha de saber usted, don Juan Evangelista...

—Ya es mediodía —dijo el anciano, no interrumpiendo un relato, sino hablando como alguien que hubiese permanecido ajeno al mismo—. Es hora de almorzar. Hoy es viernes, así que iremos donde las Sernaqué, que tienen bandera. Almorzaremos y beberemos chicha y claro. Después haré la siesta. En el fondo tengo una hamaca: puede usted echar allí una pestañeada. Y cuando refresque me volverá a contar de nuevo todo lo que me ha dicho. Porque me ha hablado por el oído sordo, que es el que utilizo para la gente importuna, curiosa y antagónica. Pero por su semblante y sus maneras atolondradas han llegado a mi magín algunos murmullos que trascienden a sangre cautiva y errante. De modo que lo escucharé con mi oreja viva, pues con esta otra oigo a los muertos que me hablan desde los médanos celosos e intransigentes. Y si lo que me dice no son cosas triviales y efímeras, mañana en la primera madrugada iremos a Narigualá, donde le contaré la historia y vicisitudes de nuestro antiguo señorío.

Semanas después, ya en El Conchal, Martín Villar, después de describir en otro de sus cuadernos los vestigios de la antigua fortaleza y adoratorio de Narigualá (habían llegado al Alto de Vílchez antes de las tres de la madrugada y desde allí él había podido contemplar, bajo la guía de su anciano acompañante, las extrañas fosforescencias, las intermitentes candeladas que parecían emerger del fondo del espacio que ocupaban las ruinas), trató de evocar, lo más fielmente que le fue posible, por lo menos algunos retazos del relato (alocución, oratorio, protesta y requisitoria) de don Juan Evangelista Chanduví Mechato mientras se paseaban entre los despojos, desde lo alto de la capilla del Santísimo Sacramento, y que, desde que salió el sol, continuó después hasta mediodía en la casa de una de las ramas de la familia Yarlequé, con la cual entroncaba el linaje del anciano, que le aseguró descender del rey Mec Non, el primer fundador del Señorío Tallán.

—...Y en El Libro, pues es uno solo el libro que empezó a escribirse desde mucho antes de que naciera mi señor abuelo don Domingo Cielo Chanduví Poicón, y que yo recibí en herencia de parte de mi tío el doctor don Juan de Dios Yarlequé Achútiga hace cincuenta años, y en El Libro dejé registrado y rubricado que cuando el 23 de octubre de 1948 finó don Santos Villar Dioses fue llorado por una peregrinación de indios que habitamos en el bajo Lengash por ser hombre de bien, sabio en su arte y sin codicia, pues aunque yo no creo en curanderismos, hechicerías ni esoterismos de ninguna laya, gentes de mi gleba, entre muchos otros mi propia señora madre, doña María Esposaria Mechato, recibieron atención suya, y en gratitud a ello y respondiendo a su sentimiento anímico, le ofrendaron, sin avaricia ni egoísmo ni hipocresía, sus lágrimas. Yo me he criado entre llantos, porque mi pueblo sabe llorar y vive en luto eterno, no por la muerte del inca, como gente ignara y descastada afirma, sino por sentimiento cósmico ancestral que fermentó desde que nuestro pueblo fuera despojado y ultrajado y oprimido, primero por el Chimú

y el Gran Pachacútec, después por el inmundo Pizarro, amamantado por una cerda, quien nos sometió al vasallaje de un rey extranjero, y pasando los siglos y todavía hasta ahora, por los gamonales, piara de individuos ambiciosos, prepotentes y depravados, entes humanos de sangre prestada, pues aunque tienen la palanganería de llamarse «blancos», por su sangre corre la atravesada casta de mestizos y mulatos. Por eso llevamos luto en el corazón. Por eso nuestras prendas de vestir están hechas de paños y telas negras. Por eso somos los devotos, dolientes y depositarios del drama del Calvario. Porque desde el comienzo de nuestra nueva aflicción entendimos mejor que los frailes y curas, esos seres exóticos y prolijos, acostumbrados a la gula, la fornicación y la pedigüeñería, y siempre compinches de los poderosos, entendimos mejor que los propios doctrineros, le decía, el hondo mensaje que encerraba el drama universal del Gólgota. ¿Quién mejor que nuestro pueblo venera y llora a Cristo, diariamente crucificado, durante la Semana Santa? Y al llorar por el mártir de la cruz lloramos también por nuestros antepasados, sobre todo por nuestros antepasados. Y nuestros antepasados gentiles escuchan, desde sus tumbas ocultas, nuestro lamento y, por ello, estremecidos y apiadados, como seguramente no ignoraba vuestro tío, el noble bandolero Isidoro Villar, el Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección se abren las huacas y encantos y nuestro pueblo puede entrar sin menoscabo en los recintos sacros, recatados y sutiles, y recoger las reliquias labradas en arcilla y oro y plata y piedras preciosas que en su fabulosa y telúrica creatividad nos dejaron como herencia y orgullo nuestros primeros padres, para envidia y escarnio de la horda escéptica y forastera y profana. Pero nuestro llanto no solo es de aflicción, es también de cólera y de alzamientos felinos y recalcitrantes, como ocurrió, y para contarle un solo caso, en tiempos de mis mocedades, el Viernes Santo de 1910, cuando murió envenenado el abogado defensor de indios, el doctor Natividad Villegas

Lalupú, de linajes narigualenses, mientras saboreaba uno de los siete potajes (preparados todos a base de pescado, dada la efeméride, en su propia casa, ya que ese año le había tocado ser el señor doliente de la Cofradía de Santo Cristo y en calidad de tal le habían colocado en su pecho la insignia de duelo por la muerte de Nuestro Señor Jesucristo), al ser acometido por un terrible cólico, seguido de vómitos y espumarajos, antes de caer derribado y expirar alcanzó a decir: «Hay aquí un Judas». Era la hora más taciturna de la tarde: acababa de morir Cristo, no se veía un alma por la calle, nadie hablaba ni murmuraba, ni menos se escuchaba música y las banderas de los chicheríos estaban atadas con una cinta negra y solo el demonio reía por el martirio consumado. Y en la casa del doliente acababa de fenecer, víctima de un inclemente veneno colocado por manos arteras, el muy querido por el pueblo indio don Natividad Villegas Lalupú. Antes ha de saber que si don Natividad se había hecho merecedor del amor de los comuneros indígenas de este valle y de los comuneros y campesinos cholos de otros rumbos, igualmente se había ganado la hiel del aborrecimiento y despertado la malevolencia y la sed de venganza de los socios de la Compañía Irrigadora Hilbeck y Helguero, de los sátrapas de la Sociedad Comercial Mendoza Hermanos y de los gamonales y gamonalillos que desde antes de la guerra con el chileno habían puesto sus zarpas sobre las tierras de las comunidades de San Juan de Catacaos y de San Martín de Sechura, óptimas para el cultivo del algodón Pima, mediante la compra ilícita, la usurpación directa o por connubios adulterinos y abominables. Y contra esta humanidad foránea y espuria, infectada hasta el tuétano del morbo egoísta occidentalizado, se enfrentó el joven Natividad Villegas desde que se recibió de abogado en la Universidad Mayor de San Marcos, pues él no renegó de su linaje como otros, como Pascual Silupú Chiroque, indio por los cuatro costados, de linaje menón, a quien preparé y en quien puse todas mis esperanzas para darle en herencia El

Libro, pero que ha fugado de nuestra heredad y mezclado su sangre y, para mayor ignominia, según me han venido a decir, se afeita la frente, desvergüenza y estulticia que no le hará borrar la mancha mongólica que llevamos los indios tallanes como seña y monograma de la albura de nuestro origen. No así el doctor Villegas Lalupú (doctor auténtico, de verdad, graduado en la más antigua universidad de América, y no como este Silupú, que sacó su cartón aquí nomás en Trujillo), quien, poseído de mística dominante y de la cibernética enigmática que recibió en herencia de nuestra nación y en defensa de los fueros de nuestra comunidad, litigó sin amedrentamientos ni bajezas y sin perseguir lucro ni créditos pretenciosos, y fue indócil al soborno y renuente a todas las mañas, como los deleites y la promiscuidad de que hacen gala los poderosos, enfrentándose de este modo a los blancos más pintados, como ocurrió tres años antes de su asesinato, cuando el gamonal Hilarión Helguero invitó a la hacienda San Juan de Pedregal, que él llamaba «suya», al presidente de la República don José Pardo. De los Tres Altos que hay cerca de Cucungará, el trapacista Helguero ya se había apoderado del Alto de La Presenta y estaba en litigio con la comunidad alegando títulos sobre el Alto Severino y, antes de llevar el asunto a la corte, que bien sabía don Natividad Villegas que era como ir de Herodes a Pilatos, intentó hacer entrar en razón al pérfido terrateniente mostrándole nuestros títulos que datan del siglo XVI, recibiendo nuestro comunero y doctor por toda respuesta balazos y amenazas de muerte. En ese estado de quemazón y resentimiento se produjo la visita del presidente Pardo. Para mayor escarnio, este Hilarión Helguero, con la complicidad del vicario, las autoridades y el apoyo de los otros blancos de la zona, y obligando a asistir bajo multa a los indios más humildes, aquellos que no tienen ni el más mísero pedazo de arenal, hizo conducir bajo palio obispal al presidente, como si fueran los tiempos del inca o de los virreyes chapetones. Pero a mitad de la

candente trocha abierta entre las dunas, el doctor Natividad Villegas, al frente de miles de indios comuneros, convocados desde todas las parcialidades, descalzos, como surgidos de los cuatro costados del desierto, cerró el paso a aquella procesión ofensiva y vilipendiosa, y sin rebajarse y solo dirigiéndose a don José Pardo con el respeto de su investidura, denunció los abusos que cometían contra los campesinos los gamonales y, en especial, la Compañía Irrigadora, de la cual era consorcio el oferente Hilarión Helguero. Y por todas estas razones fue condenado a muerte el defensor de indios doctor Natividad Villegas Lalupú, y para mayor perversidad y burla de toda moral se eligió el Viernes Santo como día del martirio. El aciago crimen está registrado en El Libro, pero yo lo supe de labios de mi señor abuelo, don Domingo Cielo Chanduví, que asistió al atribulado ágape. Todos los cofrades quedaron pasmados, estupefactos, y rompieron en llantos y lamentos. Pero don Domingo Cielo no olvidaba la última frase proferida por el ya finado don Natividad. «Hay aquí un Judas», dijo también mi señor abuelo y recorrió con la mirada a todos los que estuvieron sentados a la mesa. Ordenó llamar en pleno a las mujeres y hombres que se habían encargado de preparar los siete potajes. Luego demandó que cada uno de los presentes jurase en voz alta estas palabras: «Juro por Nuestro Señor Jesucristo que acaba de morir en la cruz y por las ánimas benditas de nuestros antepasados que yo no he vertido veneno ni ponzoña ni brebaje alguno sobre los alimentos o bebidas de don Natividad Villegas Lalupú, amado por la comunidad de San Juan de Catacaos y otros pueblos de indios». Y, para dar ejemplo, don Domingo Cielo Chanduví Poicón levantó el estandarte de la Cofradía de Santo Cristo y con voz majestuosa y decente pronunció el juramento. Luego lo hizo, uno por uno, el personal que trabajó en la cocina. Y todos juraron con desgarradoras lágrimas, pero con limpieza explícita y fidedigna. Enseguida les tocó el turno a los comensales que habían rodeado al difunto, empezando por la mano

derecha de donde se sentó el occiso. Juraron dos, tres, cinco, siete, ocho, mientras don Domingo Cielo mantenía en alto el estandarte y miraba hacia el fondo de los ojos de los juramentados. Entonces Manuel Mena Vitoneda, un indio amestizado que comenzaba a prosperar en los negocios, rompió a gritar: «Yo fui el Judas, yo fui el traidor, yo envenené a don Natividad». La idea de mi señor abuelo fue entregarlo a las autoridades, pero los restantes cofrades se opusieron. Para esto ya había cundido la noticia por toda la villa y pronto apareció una soga. A rastras sacaron al apóstata hacia la calle, y en la esquina del jirón Comercio, donde vivía el capitán Cox, un tirano de nuestro pueblo y lacayo de las autoridades y gamonales, se detuvo el gentío. El nefario homicida confesó que había recibido los dineros de Judas de manos de Francisco Olazábal Copis, un mestizo cholo de Olmos quien a su vez recibió los fétidos dineros de una bolsa reunida por una recua de gamonales cuyos nombres Mena Vitoneda juró y rejuró desconocer. «La única clemencia que podemos tener en vos, hombre descastado y maldito, es que vos mismo te ahorques de este árbol», dijo don José del Carmen Yamunaqué Namuche, un anciano de más edad que mi señor abuelo. Pero Mena Vitoneda era un sujeto cobarde, además de traidor y réprobo, y cayó de rodillas pidiendo perdón e invocando el sagrado nombre del Crucificado. «Tú has asesinado a Cristo», dijo una de las mujeres, mientras otras empezaron a rociarlo con querosene. «Primero la horca», ordenó don José del Carmen, e instantes después le pasaron la soga por el cuello, que ya pendía de un algarrobo. Fue cuestión de segundos. Después prendieron fuego al cadáver para que así «su espíritu», como decían nuestros antepasados, «jamás hallase reposo ni sosiego». Pero volvamos a vuestro asunto, joven Villar Flórez, pues bien sé que aconteceres de esta sazón afiebran el magín y al corazón afligen. Yo también soy La Chira, ya que el nombre completo de mi finado señor padre era Custodio Encarnación Chanduví La Chira. Y desde ahora sepa que La Chira y Chira

fueron en un comienzo el mismo apellido y de este modo, en lo más remoto, nuestras dos sangres se alimentaron del mismo manantial, aunque la sangre suya padezca el escarnio del mestizaje, que alimenta quimeras y soberbias y pretensiones insignificantes y utópicas, pero que deja en el alma las cenizas de la orfandad y la sal y el vinagre del destierro, y no hay abrevadero para esta sed. Por razones que luego le referiré, Chira y La Chira abundan, como usted debe haber comprobado en esta romería que ha hecho por las tierras que fueron de nuestro señorío, y si usted alargara su peregrinaje, apenas atravesando la pampa de Olmos, hasta el menos figurativo y desmemoriado rincón de nuestra patria mayor, grande y bendita y también lastimada, encontrará moradas, la mayoría de techo humilde (y cuanto más humilde, más cálido es el fogón), habitadas por familias de este linaje. De muchacho y en mis años juveniles, cuando me dedicaba al arrieraje y al noble comercio de sombreros de paja, pues mis abuelos y mi señora madre eran expertos tejedores, muchas veces hallé cobijo en hogares de apellido Chira, como en Jequetepeque, en Jaén, en Balsas, un pueblo que queda bajando de Celendín, y también más al sur, como en Huacho, Lima, Ica, Camaná. Y tengo que decirle que mi señor padre fundó otra familia en un pueblo de las alturas de Canta llamado Lachaqui: durante veintisiete años perdimos todo rastro de mi progenitor, que nos dejó cuando yo era un churrito de tres años, ya que soy el menor y el único varón que él engendró y, en cambio, mi señora madre le había dado siete mujeres antes de tenerme a mí. No me crie en la orfandad porque mi abuelo, don Domingo Cielo, fue un verdadero padre para mí y mis hermanas, pero cómo desbrozar del alma la nostalgia y la añoranza. Y para esto mi señor abuelo y María Esposaria, mi señora madre, nunca se rindieron a la desesperanza ni cayeron en la impaciencia ni en la ingratitud o la reprobación, por eso, dos veces al año, en ocasión del natalicio de Custodio Encarnación Chanduví La Chira y de sus esponsales con María Esposaría

Mechato Yarlequé, don Domingo Cielo mandaba oficiar sendas misas de salud y después, durante el ágape, al que asistía toda la parentela y los amigos cercanos de Custodio Encarnación, y mientras paladeábamos la sopa de bodas y los platos que más le gustaban, como el *cupush* y el pepián de maíz con seco de pacaso criado en el corral, y bebíamos la chicha del recuerdo, cada quien traía a la memoria cachitos y sucedidos de Custodio Encarnación, pero no como se hace con los difuntos, sino como de quien anda trajinando todavía por el mundo con sus pasmos, dichas y atolondramientos. Transcurrieron así, como le refiero, veintisiete años hasta que llegó a la casa matriz de la comunidad, que está en Catacaos, una carta de mi señor padre dirigida a don Domingo Cielo. En ella, después de demandarle perdón por tan larga ausencia y silencio, y de comunicarle que había fundado otra familia, le decía que estaba por finar y que no podría morir en paz ni su alma conseguir reposo si no alcanzaba a merecer la benevolencia de María Esposaria y a bendecir por última vez a sus hijos, que siempre estuvieron presentes en su mente y su corazón. Partimos mi señora madre, cinco de mis hermanas, cada cual con uno de sus hijos, y yo, y para agenciarnos los gastos del viaje llevamos harta mercadería de sombreros. Lachaqui está en las alturas frígidas y el cielo, ah, mi Señor Cristo, ánimas de mis antepasados, es de una trascendencia, un pulimentado esmalte azul, escarmentado de nubes y sin oprobios. Nos recibió la señora Agripina Cataño Cajahuaringa, la nueva mujer de mi señor padre, una mestiza aindiada, de amplias polleras violetas y de buen ver y muy recatada. No quiero hablarle de emociones, joven Martín Villar Flórez, no vaya a ser que caiga en incurias y desaliños irrazonados, y por no afligirlo a usted con pesadumbres ajenas. Rodeado de su otra señora y de tres de mis medios hermanos (dos mujeres, ya en edad de contraer compromisos, y un varón, todavía un maltoncito; de los otros dos, el mayor trabajaba en las minas de la Cerro y el que le seguía prestaba su servicio

militar en una zona muy apartada), don Custodio Encarnación Chanduví La Chira, con los trabajos de la agonía, nos explicó las razones de habernos abandonado. Él llegó allí con su mercadería, enfermó gravemente y fue acogido y atendido y cuidado por la familia de la señora Agripina, y así nació el afecto y la ciencia del amor. Mi señora madre, comprendiendo estos fundamentos, lo perdonó. Le dijo «Cuidé su casa, don Custodio Encarnación, y siempre mantuve listo un mate por si usted volvía». Yo, como varón, le dije «No hay ofensa, mi señor padre, repose en paz y sin amarguras». El duelo se hizo según nuestras costumbres, y lo lloramos larga y merecidamente. Antes de retornar le pedí a doña Agripina Cataño que permitiese venir con nosotros a mi hermanito menor, pues ya como que presentía el destino que me esperaba con mi descendencia. Doña Agripina accedió y se vino con nosotros mi hermanito Domingo de Ramos Chanduví Cataño, que arraigó en la comunidad madre y así nuestro apellido no se extinguirá. Por eso, joven Villar Flórez, le digo que gentes de nuestra sangre y linaje las hay por todas las vastedades y honduras más obstinadas y cautelosas de la gleba grande. Pero no todos los La Chira se aquerenciaron en lugares apartados por avatares y reclamos como el de mi señor padre. Entre los asombros, le contaré el mayor. Yo, por mandato de mi señor abuelo, quien continuaba siendo presidente de la comunidad de San Juan de Catacaos tras cuarenta años de honrado ejercicio, y del doctor don Juan de Dios Yarlequé Achútiga, me uní a una caravana de comuneros propios y extraños, a los que, como seguramente usted no ignora, llamamos «los golondrinos» y que son los indios más pobres y desposeídos de nuestras parcialidades, sin otra propiedad que sus brazos y la lampa. Ellos, como las golondrinas, van detrás de las cosechas de las grandes haciendas que se extienden a lo largo de toda la costa. Don Domingo Cielo me advirtió antes de partir: «No vayas como palangana, aunque tengas unos reales. Quiero que trabajes igual que ellos,

que para eso te enseñé desde pequeño a usar la palana». Yo nunca le hui al trabajo fuerte: vea mis viejas manos, joven Villar Flórez. Y me uní a mis hermanos de sangre y de pobrezas y adversidades durante meses, hasta que llegamos a Camaná para la cosecha del arroz. Nos enganchamos para laborar en el fundo Molino Viejo, de una señora Carmina Salazar de Souza, viuda de Gibson, por un sol por jornada de doce horas, más el techo, que estaba en unos galpones donde dormíamos sobre costales de brin, y el yantar, que era a base de arroz y menestras con la yapa, a veces, de un trozo de charqui de auquénido o de pescado. Los catacaos éramos quince, pues los restantes hermanos se fueron quedando rezagados a lo largo del camino, así que el grueso de peones lo conformaban indios bajados de las desconsoladas y rígidas pampas de Puno. Por mis andanzas y correrías no me eran extraños los indígenas de la gleba andina, de destino más castigado que el nuestro, es una aflicción decirlo. No hablaban el idioma que fue del inca, cuyas sonoridades onomatopéyicas mi oreja había aprendido a distinguir, sino un dialecto más enigmático y solapado y ríspido, el aimara que llaman y que es la lengua natural de los indios collas, descendientes del majestuoso Tiahuanaco. Mi oficio y compromiso y devoción es observar y escuchar a la dolida y errante y voluntariosa raza nativa, emparentada por los lazos del sufrimiento y la esperanza con los descendientes de nuestro antiguo y cósmico señorío. Esta es mi virtud, no tengo otra. El aimara, lo he dicho, era el lenguaje madre con que se entendían y pocos de ellos mascaban el idioma que nos impusieron con despotismo y altanería los chapetones. Y yo los observaba, los medía, los escuchaba. Antes de la semana de laborar juntos reparé que entre esos collas había un grupo de tres, un joven por encima de los veinte y los otros más muchachos, que se mantenían aparte y eran más ensimismados y abruptos. Empecé a mirarlos. No se diferenciaban de los otros indios del Altiplano por la indumentaria, trabajaban del mismo modo y

mascaban la coca y trascendían el mismo olor fuerte del infortunio. A mis paisanos les pedí lo mismo que yo hacía, pero, sea por cansancio del trabajo o por pereza o por cerradura del magín, no descubrieron nada de particular en estos indios. «No friegues, Juan Evangelista, con tus figuraciones y déjanos dormir», me dijeron. Al día siguiente, al empezar la jornada me acerqué al mayor, que parlaba un poco de castellano en razón de haber servido en el ejército, y le pregunté por su nombre. Tardó casi media jornada para responderme: «Chiraqe». Y fue entonces que sentí el golpe de la sangre y las palpitaciones del corazón y el sentido queriéndoseme trastornar. Fue poco lo que pude sonsacarle, pero yo tenía dudas y al terminar el enganche me despedí de mis paisanos. «¿Y qué razón le daremos a don Domingo Cielo?». Yo avancé a gritarles: «¡Díganle que me fui tras el lagarto de oro!». No le hablaré de las fatigas, dolores y alborozos de la caminata, pero quiero que tenga presente que esto que le cuento ocurrió por 1915. Pudimos ahorrarnos una porción de días y mis martirios durante las noches gélidas hubiesen sido menores si es que un trecho del viaje lo hiciéramos en el tren, pero harto comprendí que los jóvenes indios no quisieron gastar un centavo en futilezas que les hubieran significado un débito en los víveres y cosas de sustancia que debían llevar a la gleba. Arriba de los quince días no duró el trajín y yo siempre fui el rezagado, y por las noches me helara la frigidez si ellos, que tardaron en darse cuenta que iba en su detrás y que no era jactancia ni fingimiento y que de verdad quería conocer su pueblo, no me arroparan con sus pesados y cálidos ponchos y no encendieran fogatas con la boñiga de las llamas. El pueblo: un caserío, pongamos, para no ser mezquinos, un centenar de bohíos desperdigados en el pampón del castigo. Pedí hablar con el común, y recelosos acudieron al frente de la capilla. Yo, precavido y por las experiencias de la vida y la enseñanza de mis mayores, traía en mis alforjas unas botellas de caña, una gruesa de cigarros Nacional y unos atados de

chancaca. El más anciano recibió los presentes, libamos luego una copa y fumamos un cigarro. El mayor de mis acompañantes le tradujo mi curiosidad y la razón de haber llegado hasta la tundra arisca y envolvente. Tenían el pellejo renegrido y cortado por los vientos helados. Cuando el anciano dijo apellidarse Lalupuqe, que conformaban un ayllu de forasteros, que por lo que les había contado el abuelo de sus abuelos procedían del norte y que habían sido trasladados a este paraje por castigo del inca, mi corazón no resistió más y rompí a llorar como jamás he llorado en mi vida, y cuando ellos entendieron las razones de mi llanto también dieron rienda suelta a las lágrimas, y escuchándonos llorar ellos y yo ya no tuvimos más duda de que procedíamos de la misma tierra, pues la forma y las nervaduras y espinas del llanto eran las mismas. «Has cumplido», me dijo mi señor abuelo, al referirle meses después este acontecido. Estábamos en la casa-estudio de don Juan de Dios Yarlequé Achútiga, ubicada en la calle Tres Cruces, llamada después Ayacucho y hoy San Francisco. «Indios forasteros», exclamó mi señor tío Juan de Dios. «Pero no olvides, Juan Evangelista, que después del inca, en tiempo de los chapetones, hermanos de nuestra heredad fueron arrancados de la gleba para ir a trabajar a las minas de Huancavelica y de Potosí, y otros tuvieron que huir para no pagar los tributos y ya no retornaron a las tierras que fueron de nuestro señorío». Don Domingo Cielo volvió a hablar: «Y ahora que has cumplido todas las pruebas a que te hemos sometido te diremos el alto destino que habrás de cumplir en la vida». Antes quiero que sepa, joven Villar Flórez, que yo había estudiado en el Colegio San Miguel hasta el cuarto de instrucción media, pero las fatalidades y, más que todo, la pobreza me impidieron terminar la enseñanza secundaria. ¡Qué tristeza! Con lo que a mí me gustaba el estudio, tanto las ciencias como las letras y las artes y los sueños que alborotaban mi magín, pues yo anhelaba seguir los pasos de nuestros coterráneos don Cayetano Heredia, el ilustre médico, o don

Natividad Villegas, el abogado y mártir defensor de las comunidades indias y cholas que pueblan estos valles. Pero ahora, entrado en la vejez, cuando sereno espero la muerte, en mi corazón no hay lugar para la amargura, y el dolor que me aflige no es por mí (ni siquiera me acongoja no haber tenido hijos), sino porque no he hallado al discípulo válido y recatado para que continúe escribiendo el libro que contiene la memoria y los fueros de nuestro antiguo señorío. Entonces, le decía, don Domingo Cielo Chanduví Poicón, con la tolerancia y permisión de don Juan de Dios Yarlequé Achútiga, me reveló el alto deber que sería mi vida. Con los ojos humedecidos, con la cálida sangre fluyéndome, reverente y agradecido y temeroso, lo escuché, los escuché. A partir de ese mismo día entré a trabajar como secretario de don Juan de Dios. Y don Juan de Dios con los días me fue enseñando los libros que yo debía leer y estudiar y examinar, y don Domingo Cielo, mi señor abuelo, puso en mis manos el archivo entero de la comunidad, y luego me presentaron y recomendaron a los últimos *mecca achec* sobrevivientes en las parcialidades del Bajo Lengash y del Chira y que son (¡ay!, o fueron) como los *quipucamayoc* y los amautas del gran pueblo tallán. Y por estos ancianos *mecca achec* supe que en mí confluían, sin mezcla ni menoscabo, la sangre de los Mec Nóm y la de los Ñari Walác, que son los linajes que fundaron el Señorío Tallán, que se extendía desde Tumbes a Olmos y subía hasta las alturas de Morropón. Y al cabo de tantísimos años recuerdo las esclarecidas y graves palabras de don Domingo Cielo Chanduví Poicón con ocasión de emprender mi primer recorrido por cada una de las parcialidades de ese territorio: «Y por eso, cuando vos naciste, demandé que te bautizaran con el nombre de Juan Evangelista, con la esperanza de que tuvieras virtud para recibir, conservar y divulgar las palabras verdaderas y clarividentes de nuestros últimos y sabios *mecca achec*, que cuentan la grandeza y desventura de nuestro pueblo. Juan Evangelista Chanduví Mechato, de los linajes menón

y narigualense, ve y recorre la Betania, maldice a la higuera infructuosa y rescata y loa lo que hay de noble y sagrado en nuestra intransigente y recelosa raza nativa». Recuerdo que un arriero sechura conocido como don Garubitas, en una de nuestras travesías por el desierto, me dijo: «Ustedes los descendientes del tallán son netamente agricultores, alfareros, caminantes, esotéricos y vanidosos». No desmiento, joven Martín Villar, las tres primeras afirmaciones, pero las dos últimas, sin encerrar del todo falsedad, requieren algunas glosas descollantes y precavidas. Es ley y ciencia que nuestro pueblo ama el misterio y reverencia a las ánimas, y yo mismo, como ya le tengo dicho, con esta oreja sorda escucho el profundo hervor de los médanos y hallo gozo y aflicción oyendo la música avasallante y soberana de los vientos. Pero, propiamente, solo los Pariñas eran seres enigmáticos, ensimismados y diestros en las artes de la hechicería y la magia, y amantes de danzas quiméricas y peregrinas. En el antiguo idioma tallán, *Pari Ñác* significa «caverna, escondite, ocultamiento», léxico que define la idiosincrasia anímica cabalística del curaca Pari Ñác y de su grey. Usted, joven Villar Flórez, debe saber que el bastardo Atabaliba odió y despreció a nuestro pueblo, pero fueron los Pari Ñác y Pabur quienes más padecieron la arrogancia y crueldad retrógrada de Atabaliba. Por haberle vaticinado al usurpador la derrota y ruina del imperio, el curaca Parí Ñác vio devastado su pueblo y exterminada a su prole, aunque él, valiéndose de sus artes más latentes y sofisticadas, logró huir transformado en macanche, y encontró refugio en Catacaos donde, vuelto al natural humano y siendo anciano, engendró a doña Isabel Mariñas, quien después, ya en tiempos del rey chapetón, contrajo nupcias con el curaca de Paita, don Bartolomé de Paita, y la descendencia habida de esta unión entroncó con los Colán y Macharé, del curacazgo de Colán, porque ha de saber que fue costumbre que perduró hasta el levantamiento del gran Túpac Amaru que las familias de curacas se casaran entre sí para mantener el linaje,

la propiedad de la tierra y el vasallaje de los indios tributarios, y muchos de estos curacas, para conservar privilegios y obtener granjerías, se convirtieron en azotes de la gleba y en adulones de los godos extranjeros, razón por la cual yo en El Libro he demandado para ellos maldición eterna. Y ahora pasaré a hacer el escolio de la otra interesada recriminación. ¿Somos, de verdad, amigo Martín Villar Flórez, gente vanidosa los descendientes del Señorío Tallán? El glosario enseña que el vanidoso es individuo fútil, engreído, palangana y egoísta. En tiempos remotos, los Ñari Walác padecieron de esta trivialidad por considerarse descendientes del dios Walác, que en lengua tallán significa «Ojo Grande que Avizora la Lejanía». De allí les nació la ventolera y se sentían tan ufanos de pertenecer a un linaje divino que practicaban una celosa y reincidente endogamia, hasta el extremo que los que transgredían edicto tan hipotético como arrogante eran quemados vivos con sus parejas, carbonizadas sus viviendas y sembradas con sal maldita las tierras que les pertenecieran, y después las cenizas de esos desdichados amantes eran esparcidas a los cuatro vientos para que jamás sus ánimas hallasen reposo. Así fueron los Ñari Walác en sus orígenes. Pero con el tiempo y, sobre todo, bajo la influencia de los «Pájaros Errantes de Canto Estruendoso», que esto quiere decir *Mec Nóm* en el idioma gentil, los Ñari Walác aprendieron la sensatez, la modestia y el noble orgullo. Porque es el orgullo, no la vanidad, joven Villar Flórez, lo que caracteriza a nuestro pueblo. Pulcro y recatado y sin estigmas es nuestro origen: nunca fuimos caníbales y menos sodomitas, vicio que, al decir de Fray Lizárraga, tenían los yungas del sur. A nosotros no nos hubiera podido imputar el soberbio Inca Garcilaso de la Vega, con el acíbar natural del mestizo, como lo hizo con las huancas, de ser comedores de perros, pues nuestros alimentos siempre fueron selectos y decentes, amén de sabrosos. Tampoco fuimos un pueblo guerrero y nuestros antepasados desconocieron la pasión de la conquista ni buscaron

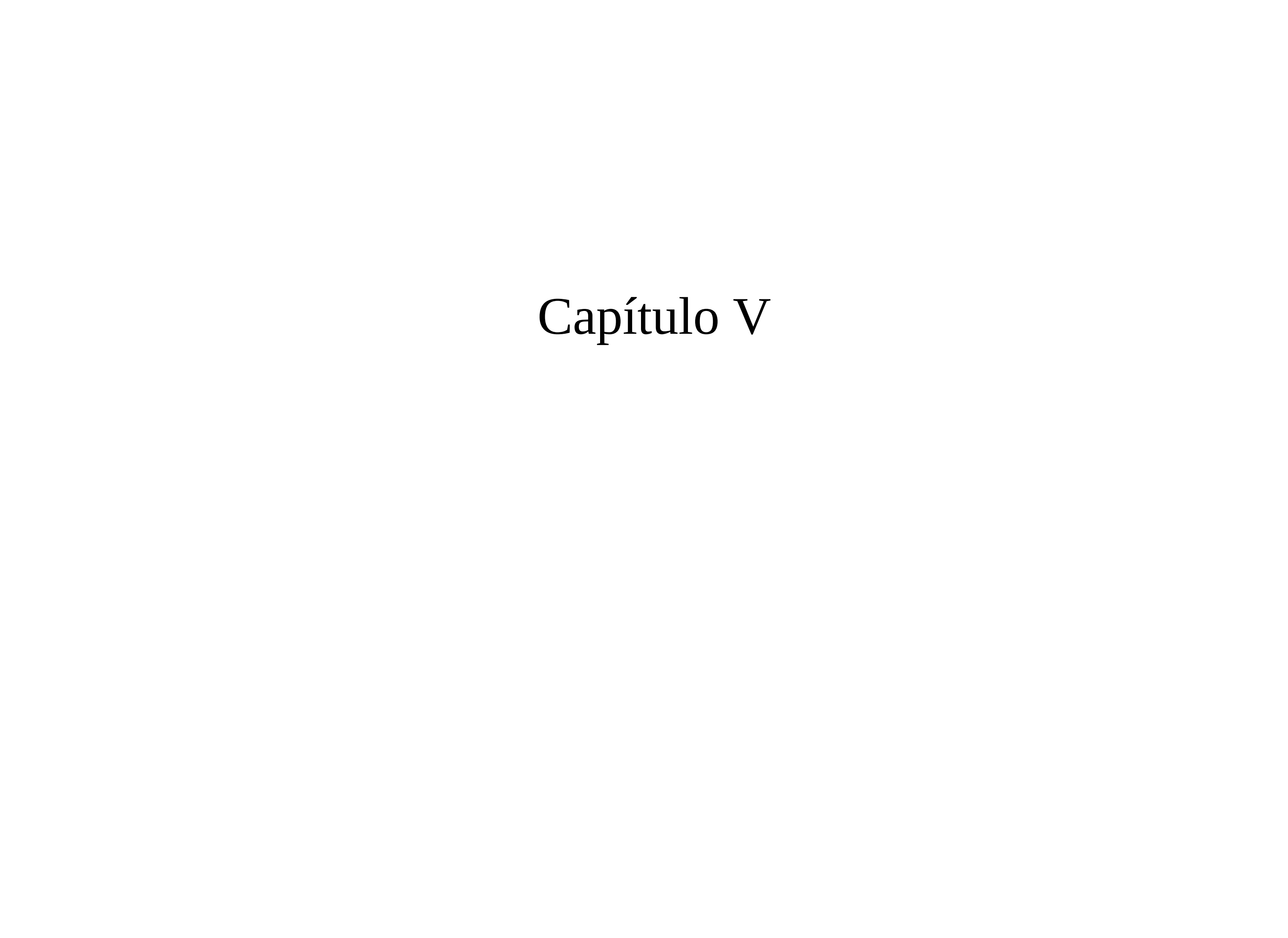
solaz con la sumisión y el exterminio de las tribus de sangre distinta y antagónica. Nuestro pendón son el trabajo y la habilidad de nuestras manos para labrar cosas de utilidad y de bonito mirar, y a esto añádale un calenturiento magín para invencionar sueños y encalavernamientos y utopías recalcitrantes. Y por ser de entraña pacífica, cayó una y otra vez y sin término la fatalidad adversativa, y fuimos despojados y sometidos, y para peor, por obra y gracia de virreyes y frailes chapetones, y por la tanta mortandad, mortandad debida no solo a asquerosas enfermedades traídas por el conquistador foráneo, sino a la gran tristeza y dolor que anidó en el corazón de hombres y mujeres que acabaron con la ilusión de vivir y no ansiaban más que hallar reposo entre dunas y médanos errantes junto a nuestros primeros padres, y de este modo, le decía, perdimos jirones preciosos de nuestra alma al olvidar nuestro sonoro y noble idioma y ya no nos quedó más que la brasa del orgullo, brasa que mantuvimos ardiente a través de los siglos para defender la sangre y el linaje de nuestra gentilidad. Por interdicción antigua, hasta hace dos o tres generaciones, no nos mezclábamos con los sechuras, pues ellos son mochicas y se establecieron en tierras que eran de nuestro señorío por imposición de los crueles y pretenciosos reyes del Gran Chimú. Y si nos negamos a unirnos con estos hermanos de raza nativa, más remisos e indóciles fuimos en mezclar nuestra sangre con la sangre chapetona y con la menguada sangre de las castas mestizas y mulatas. Por eso, antes de acceder a que se fundara el 20 de setiembre de 1588, por cuarta y definitiva vez, la ciudad de San Miguel de Piura en el Chilcal, que era tierra de nuestra comunidad, exigimos de la autoridad don Juan de Cadalso y Salazar que emitiera la Ordenanza N.° 21, que en forma expresa, clara y obligatoria dice «...ordeno que por ninguna vía ni manera los dichos vecinos encomenderos ni otro ningún español, mestizo, zambaigo, mulato, tabernero ni panadero, ni de otra ralea, así hombres como mujeres que no sean indios, puedan dormir ni

hacer noche en el pueblo de San Juan de Catacaos, ellos ni criados ni esclavos suyos...». Y de este modo, Catacaos, que fue la capital del Señorío Tallán, y no Poechos, como gente írrita y mendaz afirma, se convirtió en el reducto de la memorable raza tallán. Pero no todas las parcialidades de nuestra gentilidad tuvieron el mismo espíritu indomable y renuente de la parcialidad matriz. Lejos de mí está, joven Martín Villar Flórez, el emitir condena. Sea porque la crueldad y el despotismo de la ralea chapetona fue más sañuda o porque la mortandad fue menos claudicante y sin tregua, los nativos de Tumbes, de Marcavel y el Alto y Medio Lengash sucumbieron al sofisma de la mezcla de sangres que conduce a la descastación y después al repudio y la apostasía del viejo y puro linaje indio. Suerte aciaga. Orfandad de orfandades. Y este fue el destino de los antepasados de vuestra tatarabuela Sacramento Chira, quienes tomaron el nombre del curaca La Chira o Lachira, quemado vivo junto con sus principales por las huestes de Pizarro que quedaron afincadas en San Miguel de Tangarará, como nos lo dice el cronista Francisco de Xerez en su *Verdadera relación de la conquista del Perú* y quedó registrado en la memoria de los sabios *mecca achec* y en El Libro de nuestra comunidad. Porque, como usted no debe ignorar, el curaca La Chira, acusado de conjurar contra Pizarro y su gente junto con los curacas de Amotape y Tangarará, después de padecer tormento, fue librado de la hoguera, no así los otros dos curacas con sus cortes, que fueron ultrajados por las llamas. La Chira fue encargado del curacazgo de Amotape hasta que los descendientes directos del curaca inmolado alcanzasen la mayoría, pero la fatalidad había caído ya sobre este curaca y no pudo cumplir con el deber, pues fue nuevamente acusado de insurrecto y arrojado a la hoguera mientras Pizarro esperaba el rescate del bastardo Atabaliba. Como sucedió con los Pariña, los Pabur, los Poechos, los Amotape, los Tangarará, los Marcavel y otros, la reducida prole engendrada por el curaca La Chira halló amparo y

hospitalidad en la capital Catacaos, cediéndosele después tierras en la margen derecha del Lengash, hasta terminar incorporándose a las parcialidades de Catacaos, de acuerdo con sus estirpes menón y narigualense. Así, para ponerle un sentido ejemplo, mi difunta esposa, doña Luz Benigna Ñapique, de linaje narigualense, procedía del curacazgo Marcavel o Marcahuilca, que fue el nombre ancestral del llamado después por los españoles «río Chira», y no río Turicará o Turicama, como sostienen con crasa ignorancia y prepotencia geógrafos e historiadores advenedizos. Y ahora ya puedo responder en forma precisa y destacada a la curiosidad que lo aflige y que lo ha hecho recorrer todos estos pueblos perdidos entre los atormentados y augustos arenales antes de venir a tocar a mi puerta. Usted me ha revelado, joven Martín Villar Flórez, que vuestro abuelo, don Santos Villar Dioses, amado por nuestro pueblo, repudió la memoria de la que fue matriz india de la casta mestiza de los Villar. No lo recrimino, porque de sobra conozco las agruras y odios y desatinos de los que llevan en sus venas una sangre revuelta y cautiva, pero yo afirmo y sostengo, aquí al frente de la antigua fortaleza y adoratorio de Narigualá, que no había fundamento legítimo para tan cruenta aberración. Los padres y abuelos de Sacramento Chira tomaron el nombre del curaca La Chira y como gente de la plebe, indios *hatun runa*, fueron reducidos al pueblo de La Huaca, vecino a Congará, en calidad de tributarios y sometidos por tanto a inhumano vasallaje, con nefanda obligación de ir a las mitas mineras de Huancavelica y del lejano Potosí, e innumerables de ellos no pudieron regresar a la gleba, muriendo o afincando en tierras forasteras, y otros emprendieron el camino de la huida y del amargo destierro internándose en las salvajes tierras de la montaña, y tampoco regresaron: y así los padres inmediatos de la india Sacramento Chira, que huérfana y avasallada, y casi niña y sin guía preclara y honesta fue empujada a juntar su sangre con la sangre forastera de un chapetón, de quien quedó seducida más

que por la estampa y el color de piel por la orfandad y desamparo en que vivía, puesto que este Miguel Francisco Villar no pertenecía a la ralea de blancos encumbrados, sino a la plebe expósita condenada también por la pobreza...

Capítulo V



El cactus dorado

Estábamos aún sentados en torno al fogón cuando escuché el pitazo del último tren que regresaba a Piura. *No se preocupe*, dijo don Timaná, *puede pasar la noche en esta casa*. Terminé de beber el mate de toronjil, di las gracias, pero dije que pensaba visitar a don Asunción Juares. Los dos sechuras intercambiaron miradas, pues don Asunción era un hombre demasiado conocido por todos los pueblos y caseríos de la región. Porque no he dicho hasta ahora, me parece, que también vine a Congará en busca del anciano a quien, según la conmovedora simplicidad de mi madre, debo el hecho de haber nacido, pues, de acuerdo con el veredicto de don Asunción Juares (este era el nombre del anciano), poderes adversos intentaban aniquilar la simiente dejada por mi padre en la matriz de mamá Altemira, poco antes de que él muriera en un accidente. Yo, me permito repetir, había crecido escuchando de labios de mi madre las vicisitudes que pasó ella protegiéndome del mal que señoreaba en el mundo mientras, aferrado a su vientre, chupaba de sus jugos. Lo que relataba mi madre, y que yo seguía repitiéndome a solas o conversando con mi sombra y en mis sueños, me instruía en buena cuenta acerca del linaje de mi infortunado padre, un Villar de la cuarta generación. Por eso, quizá, causó confusión a mi perturbado espíritu la parte de la historia de mi tía Primorosa que he referido antes y no he olvidado que en mis pesadillas de esa época (en las que, conjeturo, se

fusionaba atrozmente el interminable monólogo de Altemira Flórez con la ominosa leyenda de la Villar) era a mí, Martín Villar, aún nonato, al que rociaban con querosene lustral y estallaba en una luminiscente y pestilencial llamarada. Pero con ser horrorosa esta historia, ahora mi imaginación se hallaba dolorosamente fascinada por el castigo de Cruz Villar en manos de Benalcázar y sus lacayos. No solo me sentí agraviado, mancillado, ultrajado, sino degradado en mi condición de individuo de la especie humana. Y sentí la urgencia de llegar a la querencia de don Asunción Juares, pues tal vez de él podría recibir sosiego y fortaleza para seguir viviendo.

Don Timaná preparaba dos burros para acompañarme. Pero le dije que no era necesario que se molestara. *Gracias don Timaná, gracias doña Lupe*; no, no me perdería. Pero sí con gusto, encantado, acepté una limeta de agua y una caballa salpresada de muy buen volumen para que se la ofreciese a don Asunción en prueba de afecto. *Gracias de nuevo, adiós, volveré, aún tengo muchas cosas que averiguar*, tantos enigmas, tantas llagas y caídas.

Don Asunción Juares vivía alejado de Congará y casi en el linde con el nuevo El Conchal, el caserío vecino. Para llegar hasta allí había que atravesar varios cordones de bellísimas dunas, un paraje en el cual se levantaban vientos atorbellinados. El recibimiento que me brindó el hermoso y sabio anciano es uno de los mejores recuerdos de mi vida: me llamó «hijo mío», y añadió «te esperaba, sabía que vendrías». Me hizo pasar a su cabaña con quincha de pájaro bobo y techumbre de calcinadas ramas de faiques, y mitigó mi sed ofreciéndome una calabaza de deliciosa y aromática agua de arrayán con pétalos de flores blancas y cáscaras de lima. Mientras bebía se me humedecieron los ojos y solo atiné a extenderle el presente que el cariño de los viejos Timaná hizo posible. *Gracias, hijo, gracias, con lo que me gusta la caballa salpresada pasada por agua caliente, con su zarza de cebolla y su buen puñado de zarandajas*. Entonces creí necesario decirle que el presente

no me correspondía, sino que se debió a la delicadeza de don Guadalupe y doña Lupe Timaná. Mientras prendía el mechero, el anciano me miró con picardía a los ojos: *Eres honrado, hijo, hasta en las pequeñeces, y esta es una gran virtud, aunque tengas el corazón atormentado*.

A pesar de que acababa de permanecer un año entero en el seminario de Piura, Dios (¡pero también el diablo!) era ya una definitiva ausencia y aún no existía ningún amor capaz de colmar ese vacío y era una gran desolación que lo único que me sostuviera en el mundo fuera el rencor, el odio vindicativo. Por eso, cuando a la medianoche don Juares me dio a beber la pócima amarga que contenía el espíritu del cactus, lo hice con la misma unción que apenas unos años atrás ponía al recibir el anhelado cuerpo de Cristo. Pobre Martín Villar, cuántas cosas cambiaron en el desamparo de la adolescencia. Pronto, bajo la protección del anciano sentado a mi lado, amurallado de chontas, sables y las más diversas artes, acudió un tumulto de visiones y de voces que me llenó de espanto y de exaltación jubilosa. Pero antes de evocar la turbulencia de imágenes que se impuso a mi vista y de escuchar la voz sacramental del cactus dorado, diré que me fue revelado todo lo que atañe a las razones que llevaron a Primorosa Villar a practicar aquella execrable inmolación, porque, en efecto, el sampedro me mostró la veracidad del pavoroso rumor del pueblo.

¿Fue un ascenso o un descenso? Horizontalidad-verticalidad. ¿Dónde era arriba? ¿Dónde abajo? ¿Fue el sueño, consanguíneo de la muerte? Intolerable pesadez: las piernas, los pies firmes apoyándose sobre la vieja tierra, pero la tierra carecía de consistencia uniforme, pues ella no conocía ni la quietud ni el reposo, vida y muerte deparaba a los hombres, que la martirizaban y ultrajaban sin fin. De pronto una grieta, un precipicio, una caída. Lo salvaba la ingravidez vertiginosa, que lo rescataba de los abismos, de los

desgalgaderos. La elevación era una caída invertida. Lo propio del hombre es la tierra, no obstante su periodo de anfibio en la fuente materna. Ascender o descender sin término era anhelo (¿y vanidad?) humano de remoto origen. Arriesgarse más allá de los lindes del mundo y alcanzar la otra orilla. Muchos de los cuentos y fábulas que le contara la tía Dioselina versaban sobre esta rebelión humana contra la estrechez del mundo. Y el orgullo del hombre era este caminar erguido, mas en su marcha surgían escarpaduras, despeñaderos y atajos comprimidos que lo obligaban a ponerse en cuatro pies o rampar como un lagarto o arrastrarse como un ofidio. Intuyó que esta cabaña era el mundo, la totalidad del universo. Y era como remontar todas las edades: escamas, aletas, caparazones, alas membranosas, colmillos, garras, y bramar y rugir antes del canto y la voz.

El anciano le dio de beber otra medida de la pócima amarga extraída de «el cactus dorado de sus antepasados», como escribiera su padre; luego, en una pequeña concha nacarada, le hizo sorber por cada orificio de la nariz tabaco mascado con aguardiente. El tiempo es como una flecha arrojada al vacío de trayectoria recta e infinita. Las contiendas de la memoria y la invención para recuperar los instantes perdidos. Pero aquí el tiempo era reversible: círculos concéntricos, espiral, simultaneidad, fusión, congelamiento, abolición. Leyes similares regían el espacio. Tenía dieciséis años y abría una puerta, la del cuarto de en medio de la casa que fuera de su abuelo: ahí estaban los ataúdes, pero él ahora tenía seis o siete años y dentro del ataúd se abrazaba al cuerpo de la Mika, su vecinita, y los dos estaban desnudos, o, sin edad, caminando por una ciudad grande, húmeda, gris, siniestra, pero iluminada por el resplandor de unos ojos que él no llegaba a descubrir, o caminaba en sentido inverso, como quien desenrolla un petate y una mujer todavía joven colocaba a un churrito (que es su hijo) sobre el lomo de un piajeno al que la misma mujer castiga duramente en las ancas; el niño

nunca habría de olvidar este momento de duración interminable. Años después, y mientras le dure la vida, hará el amor con los ojos cerrados y volverá a verse infinitas veces arrojado del hogar materno. Y el animal sobre el que ha sido colocado marcha con pasos cansinos, ya no de un extremo a otro del pueblo, sino por una pampa ilimitada de tierra polvorienta y estéril, y él se esforzará por extender la dimensión de la pampa humillante y odiosa, pues cuanto más dure la marcha, más copioso, placentero y amargo será su desbordamiento. Pero este es un tiempo reciente que solo se remonta a los años en que el muchacho fuera engendrado. Sin embargo, podrá acceder a tiempos antiguos y remotos, hasta los orígenes mismos, por ejemplo, hasta cuando el mar abarcaba estos páramos y aún no existían los dilatados cordones de dunas. Y habrá bruscas interrupciones. Cambios de rumbo. Y momentos de desorden, de intolerable caos. Había que atravesar un inmenso basural, inmundo y esplendoroso, y él caminaba por aquella superficie fofa, entre vidrios, latas oxidadas, papeles, trapos y algodones envilecidos de suciedad, comidas descompuestas y otras escorias y excrementos.

Del caos y la noche apareció una jauría de chanchos hambrientos y ojos de candela. Un desconocido pájaro de la noche silbó, graznó largamente. ¿Quién querrá destruir este recinto consagrado? Ve a la ciega Gertrudis en camisón blanco armada con dos sables, uno largo y el otro más pequeño y agudo, que arroja como venablos incandescentes y se transforman en macanche y víbora de cascabel. El anciano lucha, blande sus artes más poderosas. Los cerdos huyen, pero para volver en mayor número, y más voraces y malignos, y con sus hocicos repugnantes arremeten entre gruñidos feroces contra la quincha de pájaro bobo. Las culebras se deslizan dentro de la cabaña, pero se detienen ante la muralla de sables, chontas, cruces y fetiches del tiempo de los gentiles con que el anciano delimita el espacio sagrado e invulnerable. Por fin los puercos huyen despavoridos y las sierpes se tornan en sables en manos de la

ciega Gertrudis, que emprende la retirada chillando y gritando por los mandobles punitivos del anciano, pero antes de que se desvanezca se escuchan las últimas imprecaciones de la ciega: *morirás, morirás viejo, prepárate a morir viejo, hijo de la más perra de las perras*.

Y entonces a Martín Villar se le presenta esta visión: se ve y se escucha invocando y rezando el Credo en sentido inverso ante un pequeño Niño Jesús de Praga vaciado en bronce y de olor corrosivo que preside la mesa de los santos del cuarto de la ciega Gertrudis. El muchacho se avergüenza, baja los ojos, le ruedan unas lágrimas. Pero no hay condenación en las palabras del anciano, como si esta imagen no le fuera desconocida. *¿Sabías ante quién te inclinabas? Sí, maestro*, le responde el muchacho. *Me lo había advertido mi madre: que aquel no era el Niño Jesús de Praga sino el demonio y que el fustán blanco de la ciega Gertrudis era el sudario pervertido de Cristo Nuestro Señor*. Ve a su madre, Altemira Flórez, cargando en sus brazos a un ñaño en medio de las fogaradas de los arenales y dunas en busca de la cabaña de don Asunción Juares. *¿Reconoces a esa mujer? ¿Sabes a quién trae en sus brazos? Sí, sí*, le responde el muchacho, *es mi madre y el ñaño que lleva en sus brazos soy yo. Sí, eres vos y tienes los ojos llagados, por eso tu mamita Altemira ha cubierto tus ojos con una venda oscura para protegerte de este sol de infierno. Te ayudé a nacer y salvé la luz de tus ojos. Porque si la malvada mujer no pudo aniquilar la semilla dejada en el vientre de Altemira por tu padre antes de morir, echó mano de su ciencia más negra para arrancarte de cuajo la visión y hacerte como ella, un ciego que viviera en tinieblas espesas, para así apoderarse de tu alma y entregarla a la corte maldita*. Martín Villar, pero con menos años, se ve tendido al lado de la ciega en el catre de Santos Villar. *Pero durante todos estos años*, continúa el anciano, *seguí paso a paso tu destino y te protegí del demonio al que por aflicción de tu alma invocabas con las oraciones y conjuros que la Gertrudis*

en medio de gracias te fue enseñando en las noches sin sueño que pasabas junto a ella. Tu madre, hijo, fue verídica: es el demonio el que reina en el altar de los santos donde viste agonizar a tu abuelo. Todos los santos de ese altar condenado son ángeles perversos, adorados del enemigo que para mayor burla y blasfemia se reviste de la forma del milagroso Niño Jesús de Praga. Hoy he vencido a tus demonios y adversarios, pero quedaré enfermo y estoy herido de muerte, pero ya no sentirás más atracción por lo perverso y maldito y he de rezar por ti hasta el último aliento de mi vida.

El anciano, jadeante, bebió una copa de aguardiente y luego agua destilada con flores blancas serenadas. Enseguida dio al muchacho otra medida del espíritu del cactus y después de unos momentos le hizo sorber por la nariz más mezcla de tabaco y aguardiente. *Y ahora, hijo, ve y escucha. Verás lo que tu corazón, no la curiosidad trivial, desea ver y saber. No todo lo comprenderás esta noche ni esta madrugada, y a mí me faltarán las luces y la virtud para explicarte. Pero, con los años, tú mismo descubrirás su secreto. Martín Villar, hijo de Cruz Villar y de Altemira Flórez, engendrado en el dolor y el desconsuelo y heredero de una sangre atormentada, repite conmigo estas invocaciones a San Ignacio de Loyola y a los cerros y a los ojos de agua y a las yerbas que conceden virtud y sabiduría, y permiten curar a los que sufren enfermedades nefandas y sosiegan las aflicciones del ánima y alivian a los que padecen extravíos del corazón y locura, como un viento maligno que los quiere arrastrar hasta la región de la quimera, de donde ya no se puede retornar*.

—No, no eres tú el que está amarrado al vichayo, el vichayo ante el cual esta tarde te arrodillaste y vertiste lágrimas, rompiendo un viejo juramento. Pero son muchas las lágrimas que han fortalecido sus raíces. No te engaña la visión: es Sacramento Chira sembrando el árbol como protección y símbolo

de unión hasta la muerte. De esta venerable tatarabuela tuya fueron las primeras, las más abundantes y desconsoladas lágrimas que alimentaron al vichayo. ¿El vichayo sagrado? Oye la voz de tu corazón. Óyelo, óyelo. ¿Por qué llora la desventurada india? Copiosas, incontenibles son sus lágrimas: ha partido Miguel Villar, cuya estampa te mostraré después. Pero ahorita ha partido para nunca más volver, y así surgieron la nostalgia y el dolor entre los de tu sangre. Oigo lo que te están diciendo. Dices esto: que el muchacho (tiene doce años) te hace recordar a tu propia figura. No solo la figura: el pellejo, el rostro, también la amargura, pero tú ya vienes sintiendo la fuerza que brota de lo más hondo de tus adentros. No, no habrías reunido coraje para escaparte de ese encierro que añadió más aflicción a tu alma, y viste suciedades que ofenden a Dios Nuestro Señor. Cristo por siempre estará crucificado. Hiciste bien en lo que hiciste... ¿Eh?, Inocencio, Inocencio, ¿qué ves? ¿Qué figuraciones te acosan? ¿Quieres saberlo, Martín? Escucha y nunca lo olvides: «Yo y la simora (¡y no solo la simora negra!) somos espíritus contrarios. ¿Pueden acaso unirse el vinagre y el aceite? ¿El agua y el fuego?». En el corazón del cristiano existen el bien y el mal, pero uno de los dos resulta vencedor. ¡No hay hombre de bien que no haya paladeado el mal! Pero el mal atrae más con su ciencia y sus engaños. Y en el espíritu de Inocencio, amarrado como está al viejo árbol, batallan estas dos fuerzas. Lo que la hoja maligna quiere mostrarle, yo lo disipo con mi canto y con mi silbo. Las tentaciones que yo quiero ocultarle, la viciosa hoja se las muestra con sus más engañosos colores. También el que estás viendo en este soplo es Inocencio. Mírale al infortunado su melena crecida, sus barbas, el pellejo curtido pegado a la osamenta, los ojos amarillentos. Y desde esa alta duna mira el sediento camino por donde huyó la hermana Primorosa. Y, en el desarreglo de su mente, recuerda. ¿Quieres ver sus recuerdos? En el paraíso. ¿También tú tuviste un paraíso? No, solo altares y tumbas. Y hasta el gozo, la

amarga dicha la descubriste en un ataúd. Este es el ataúd: míralo si lo has olvidado. En él yace tu abuelo Santos. Lo que tus ojos ahora ven son los jagüeyes, como decir lagunas pequeñas de agua clarita como el amanecer. Y los dos niños que desnudos e inocentes se bañan y acarician son Inocencio y Primorosa, pero Primorosa como que se niega a mostrarte su rostro. ¿Desapareció la figuración? Muchas veces, fugaz, reaparecerá en tus sueños. ¡Las llamaradas! ¡Las llamaradas! Ah, y con qué desgarro llora el desdichado Inocencio, que si por su carne y osamenta es un hombre mayor, por su corazón sigue siendo un niño arrojado a la orfandad. ¿Qué es lo que arde? Es el bosque mandado incendiar por el blanco Benalcázar y pronto así arderán las casas de Congará, cuando sobre ellas se precipite la pestilencia negra. ¿Hermoso, dices, es el fuego rasgando la oscuridad de la noche? Ardió cuarenta días con sus noches hasta que Dios se apiadó y envió lluvias y más lluvias seguidas. No, no quieras entender las visiones que pasan ante tus ojos como vendavales. Cierra los ojos. Contén el vértigo. El maestro artesano ya las espantó. Abre los ojos de nuevo, respira, bebe el agua curada que pone en tu boca el maestro Asunción Juares, elegido de Dios. Fíjate en las lluvias sostenidas que caen sobre el bosque. Ahora que ha cesado la lluvia comprueba lo que ha quedado: solo el olor, los esqueletos y los muñones ennegrecidos de árboles y animales, y fieras y víboras y alimañas y pájaros del día y de la noche carbonizados. Pronto te haré ver otros fuegos, otros incendios nacidos de otras pasiones. ¿Sabes que todos los hermanos Villar gustaron del monte? ¡Pero nadie como Inocencio! ¡Nadie, muchacho! Ni siquiera Isidoro Villar, que por el rumbo que tomó su destino cabalgó o trotó por tantas tierras. Inocencio se internaba en el tremendo algarrobal (que es un decir, pues había toda laya de árboles) y allí permanecía días y semanas antes de volver al pueblo y, más que al pueblo, a la alta duna donde esperaba el regreso de Primorosa. ¿Estás sereno? ¿De veras? Te mostraré su yantar: ha

tumbado a una chiva de monte y fíjate cómo mama su tibia y sabrosa leche. Ninguno como él para encontrar yucas de caballo, como les dicen, y para coger los panales repletos de miel. Y lo que lo ves recoger son guayabas, limones, guabas, cocos, ciruelas silvestres. ¿Lo has visto? ¿Lo ves? Así se alimentaba: no probaba carne porque no tenía corazón para matar animales y prefería mascar las vainas de algarroba cuando los otros frutos escaseaban. ¡Nunca manchó sus manos con sangre de animales! Ni tampoco tuvo connubio con ninguna bestia hembra y a las mujeres ni las miraba. Mujer, mujer, solo Primorosa Villar. Y ahora ya ni siquiera existe el algarrobal. Lo que en este momento observa es el palpitar ardiente de las arenas que, empujadas por los vientos y vendavales, van cubriendo el antiguo espacio del amor. ¿Tenía alguna razón para vivir? No existía más el bosque de la infancia y nunca más retornaría a Congará (así pensaba en el desconsuelo de su locura) la también desdichada Primorosa.

Espera, ahora. Date un respiro, agárrate el alma, fortalece tu corazón, que te mostraré la muerte de Inocencio que tanto te angustiaba y deseabas saber. ¿Tendrás coraje? Sí, sí, pues veo en ti algo del espíritu que ardía en la sangre de tu abuelo Santos. No te distraigas con esas sombras que pasan delante de tus ojos. Ahí lo tienes de nuevo, niño y demente, y sin ninguna ilusión que le despierte codicia para seguir viviendo. Por eso, míralo, contempla, ha perdido hasta el instinto que empuja al animal a defender su vida. Era diversión de los mozos de esos años internarse en el monte de cacería y buscar al Moñón Inocencio para martirizarlo con bromas y pendejadas. Pero, hoy, de las burlas han pasado a los golpes y el pobre Inocencio ni siquiera atina a defenderse. En el trastorno de su mente el tiempo no transcurría, como si un río detuviera su corriente. Y siente el mísero que ya vivió demasiado. La razón que nunca quiso entender Isidoro es que los muchachos no querían matarlo. Solo era una buena golpiza a palos. El corazón necesita regocijo y deshacerse de los malos

humores. Y además, así, a punta de palos y baños de agua frígida, se domaba el furor de los locos furiosos, que no era el caso de Inocencio. ¿Sabes lo que es el frenesí? Una fuerza oscura, asesina, que, quien más, quien menos, todos los humanos llevan refundida en la entraña. Y este hervor es lo que va acogotando a los jóvenes que (tú mismo lo ves con tus ojos) con garrote y niculas lo apalean. ¡Pon, chas, plaf! Primero en el cuerpo. ¡Zuácate, zuácate, loco huevón! En la cara, en el sentido, en la cabeza. Míralos ahora: caen en la cuenta de que el pobre atormentado sangra hasta por vicio, ni se queja ya, casi ni respira. ¿Observas cómo miran de un lado a otro como Caínes? ¿No? ¡Qué suerte! Nadie vio la crueldad asesina que, como por hechizo, les hizo arder la sangre. Ríen y tiemblan. Míralos huir en direcciones contrarias para entrar al pueblo cuando ya oscurezca. ¡Ilusos! ¿Acaso Caín pudo escapar de la mirada de Dios Todopoderoso? ¡Tampoco ellos escaparán de la venganza de Isidoro Villar! Hiede. ¿Hueles a sangre? ¿Te alcanza el olor de la carne moribunda? Pronto la carne corrompida arrojará fetidez. ¿También el hedor te lastima? ¡Tienes virtud, muchacho! Pero buscarás más alto destino. La carne del humano es festín para fieras y aves de presa. Conserva el ánimo. Yo te sostendré para que no te desgalgues, pero deberás seguir mirando. Lo que ves es la jauría atraída por la carne inocente. Perros, zorros, añases, tigrillos y aves de presa, pero así no pueden devorar la carne y no está en su natural compartir la mesa, y por eso pelean fieramente entre ellos, pero algunos colmillos (¿lo estás viendo, verdad?) desgarran pedazos de la mandíbula en medio de rugidos, dentelladas y voracidad. Las aves picotean por el vientre y el corazón. Mira esos cuervos que en caída vertical apuntan a los ojos, pero solo uno alcanza su objetivo; el otro cae fulminado; y el otro que levanta vuelo cae al ratito también, pero con uno de los ojos de Inocencio en el buche. ¿Escuchas los disparos? ¿Los oyes? Los animales huyen despavoridos, algunos caen y aúllan lastimeramente, los restantes están

heridos y serán atacados y devorados por otras fieras. Es la primera vez que Isidoro Villar dispara con odio contra los animales. También las fieras son inocentes, pero no el humano. ¡No el humano! No, muchacho, no te haré ver la venganza de Isidoro Villar, el bandolero. Te amonesto: ¡no quiero que sientas solaz en la venganza! Pero sí de palabra te lo haré saber. Escucha. Isidoro fue donde un artesano amigo suyo para que el remedio, mi espíritu, le revelara la traza de los asesinos de su hermano. Y la pócima sutil se los mostró y le hizo esta súplica: eran solo mozos de dieciocho años que sintieron el arrebato oscuro. Isidoro, con justicia paciente, esperó a que los mozos fueran ya hombres después de cumplir más de veinte años. Y a uno por uno los ajustició sin buscar placer perverso en la crueldad. Le bastó una sola bala con pulso firme en el lugar exacto que hace reventar el seso. Ningún hombre de su banda lo acompañaba. Después, él mismo sepultó en cada turno a los asesinos, para que las bestias del campo no ofendieran sus cuerpos. Y esto solo tú lo sabes. Ah, Isidoro Villar, hombre de corazón noble que por vengar padecimientos de los de su sangre torció su destino. ¿Quieres asomarte un poco a su corazón? Como lo estás viendo ahora, el bandolero Isidoro Villar suele, de tanto en tanto, recorrer estos montes para echar una mirada al hermano demente. Y, ahora que lo ha ubicado, Isidoro ordena a sus hombres que lo esperen lejos, lejos. Como puedes comprobar, no se abrazan ni hablan. «Inocencio, hermanito», le dice por todo saludo, y de la alforja le va entregando fiambre, las golosinas y los potajes que tanto le gustan; luego le entrega una muda de ropa para que se despoje de los andrajos. Enseguida, hermandad y silencio, fumando uno al lado del otro. Pero toda ternura y sosiego es breve. Lo has entendido bien: ha llegado la hora de partir. Inocencio no le dice adiós: solo le brotan unas lágrimas de los ojos. Lo que has visto sucedió antes. Pero, ahora, mira Martín, es el bandolero Isidoro Villar quien llora ante el cuerpo yerto y semidevorado por las bestias de su

desventurado hermano Inocencio. El pequeño Inocencio. «Pobre hermanito mío». Y con cuidado coloca el cadáver en el lomo del Colorado y se arriesga a entrar en Congará para que el hermano Luis lo sepulte en el cementerio que los Villar tienen por las afueras del pueblo.

El muchacho, viendo lo que ve, se recuerda a sí mismo cuando en día funesto acompañó al tío Luis con el ataúd de la tía Primorosa sobre el lomo de dos burros a enterrarla en el panteón de los Villar, más allá del tumulto de dunas, en el espacio que separa los grandes arenales del tablazo. Pero ahora, aturdido, triste, resignado, le parece que el tío Luis no lleva a enterrar al tío Inocencio, sino al propio Martín Villar. Inquiere a la voz, pero la voz no responde. Y es como un gran vacío y un enigma, porque junto al tío Luis forman cortejo una mujer todavía muchachona y una buena cantidad de paisanos campesinos. Don Asunción Juares con un sable pequeño, más bien una daga, le limpia el sentido de la vista. La visión se ha desvanecido. Y la voz le pregunta:

—Dime lo que ves y oyes en este instante.

El muchacho le responde que ve un pueblo que parece ser la viva imagen de la miseria, el espanto y la enfermedad.

—¿Es todo lo que ves?

—También veo a un hombretón todavía no adulto que mira los naipes dentro de una choza de cañas y, luego de estudiarlos, los cierra con rabia y con dolor hondo y frío que no se refleja en el semblante ni los ojos.

La voz le explica que es su abuelo Santos cuando todavía no había cumplido los treinta años y el naipe acaba de mostrarle la muerte del hermano menor recién muerto.

—Espere —dice con ansiedad el muchacho—, espere, por favor. Veo a una mujer, cuyo rostro no alcanzo a distinguir, despertar gritando como quien ha tenido una espantosa pesadilla. ¿Quién es, dígame?

—Es la hermana amada de Inocencio que en sueños ha visto a tu tío Luis cavar la fosa donde colocará el féretro del querido hermano del cual fue separada por su progenitor: es aquel que ves tendido en una hamaca con un trapo rojo amarrado a la cabeza.

—¿Entonces fue verdad? ¡Entonces no desvariaba la tía Primorosa cuando escupió sobre el cadáver de mi abuelo Santos! ¡Vendida por su propio padre!

Las imágenes se suceden rápidas, galopantes, tumultuosas, como en tropel. La voz le ordena que mire, que retenga en su mente las figuraciones

—Pero no preguntes. Mira, escucha, contempla, pues todavía es tierna la noche.

—¿Es Primorosa Villar aquella joven que prende fuego al sanguinolento pedazo de carne que se ha hecho arrancar de la raíz de su vientre? ¿Quién es el anciano que es martirizado y humillado por aquel blanco altanero? ¿Es Isidoro Villar, el bandolero, quien cuelga de ese enorme zapote? ¿Estos son el sable, las botas, las charreteras de Miguel Villar? Pero, ¿y su caballo?, ¿y su figura? ¿Es la india Sacramento Chira, núbil todavía, a quien las indias viejas untan con la roja flor del misturí y las yerbas del amor loco? ¿Es Cruz Villar, mi padre, quien después de meses ha penetrado a Altemira Flórez? ¿Fue así como fui engendrado? ¿Y esta ciudad gris y húmeda y fétida es Lima, donde habré de marchar? Y esta jovencita, ¿a quién espera? ¿De qué color son sus ojos? ¿Iluminará algún día mi vida?

—Te repito —dijo la voz— que apenas si está empezando la noche. Todo lo que has visto y aún verás tiene su sentido y su verdad. Pero, ¡mira!, ¡mira!, ese es el potro de Miguel Francisco Villar, el fundador de tu amargo linaje.

—Pero, ¿y él? Invoco su virtud y su sabiduría: ¡muéstreme su estampa, el porte y la casta! «Raza perversa» la nombró Santos Villar.

—¿Raza perversa? Nada más diré: descansa, sosiégate, guarda fuerzas para la larga noche que te espera.

Calló la voz y se desvanecieron las visiones. Don Asunción Juares, con la cabeza gacha, como hundida, parecía dormir. No había ninguna lumbre. Esto era lo que diferenciaba una mesa de Dios. Las mesas de los hechiceros, maleros y brujos se celebran entre luces, un fogón de brasas vivas y rojas, de leños con llamaradas chisporroteantes y numerosas velas encendidas, porque el fuego es el elemento natural del demonio. Pero aquí, en la cabaña del anciano, la oscuridad no era total: por entre las rajaduras de la quincha y las rendijas de las puertas se filtraba la plateada y serena luz de la luna en cuarto creciente. Debía ser la primera madrugada y empezaba a correr un viento frígido que mordía la carne. El anciano, de súbito, irguió la cabeza y, acto seguido, se puso de pie. Caminó hacia la tarima donde dormía y de la cabecera cogió un poncho y se lo colocó al muchacho, que tiritaba. Enseguida le dio de beber de la misma botella un sorbo grande de aguardiente. Le dijo:

—¿Te acosan malos pensamientos?

El muchacho, en la penumbra, sintió que la sangre le afluía rauda a la cara. Del seminario ya habrían notificado a su madre la huida del seminarista Martín Villar. Pensó: *¿Yo, seminarista?* No podía discernir muy bien por qué había entrado al seminario. Su padrastro había tratado de disuadirlo: *¿Por qué lo haces, Martín? ¡Por vocación! ¡Siento el llamado de Dios! No solo mientes, muchacho, sino que te burlas y blasfemas*. Y Altemira, su madre, le repitió lo de siempre: *Lo haces para huir de mí y castigarme. ¿Nunca me perdonarás por haberme vuelto a casar? ¿Acaso no guardé ocho largos años de luto a tu padre?* Pero Martín Villar no la escuchaba y ponía la mente en blanco. Y no se dignó responderle, pues ya lo había hecho una vez y una vez bastaba: *No, madre, no le guardo rencor, usted hizo bien en casarse, tenía todo el derecho y, además, mi padrastro es un buen hombre que la ama y respeta*. Pero no le creyó, y con el paso de las semanas, los meses y los años,

se fueron enfriando las relaciones y él procuraba dirigirle la palabra solo en los momentos estrictamente necesarios.

Y ahora el anciano había penetrado en su interior. Sí, por primera vez desde su huida había pensado en las razones que lo llevaron a internarse en el seminario. Su padrastro tenía razón: carecía de vocación y la fe casi la había perdido. Burla y blasfemia. ¿Por qué, entonces, había golpeado las puertas del seminario? Para huir y hallar refugio, pero no de su afligida madre, sino del mundo, de la vida, de la realidad. Necesitaba reflexionar a solas y hacer un último esfuerzo por comunicarse con la divinidad. Procuró no hacer amigos entre los otros novicios, por quienes sentía un oscuro desprecio. Lo peor no fueron los ayunos, las oraciones, las confesiones y la abominación de la carne. En realidad, la carne era el reino. En el colegio, los seminaristas se masturbaban en los retretes, pues en las estrechas camas quedaban las pestilentes pruebas del pecado contra la carne y el cuerpo. Cierta tarde sorprendió a dos seminaristas acariciándose y estrujándose ansiosamente. Los jóvenes, un par de años mayores que él, no se dieron cuenta de su presencia, pero a él lo invadió una tristeza crepuscular. Prestó más oídos a las conversaciones de sus compañeros de encierro y entonces se enteró lo que todos sabían: aquellos dos seminaristas habían sido iniciados por el cura ecónomo, un pederasta activo-pasivo que fornicaba a los jóvenes y al que los jóvenes fornicaban. Pero quienes lo contaban no eran mucho mejores que aquel trío maldito. Soñaban con viajar a Roma, escalar las altas jerarquías de la Iglesia, conquistar parroquias ricas en feligreses y, en su condición de sacerdotes, seducir a las mujeres más bellas. Pero, ¿sería posible que existieran jóvenes novicios con auténtica vocación? Dejando de lado el desprecio y otros prejuicios descubrió tres o quizá cinco de estos jóvenes: conversó con ellos y luego se apartó. Le importaban un carajo la crisis vocacional y el destino de la Iglesia. A partir de entonces se paseaba a solas

por los claustros. Y para no pensar en cosas piadosas ni en Cristo ni en ángeles decidió no mortificar más su carne. En acto y fantasía retomó sus hábitos onanistas. Le excitaba el peligro y le atraía lo sacrílego. Se masturbaba en la sacristía, ante la mirada de los cristos, vírgenes y santos abandonados, y recibía sus eyaculaciones en los atuendos litúrgicos: casullas, estolas, dalmáticas. Esto lo ejecutaba en acto. Pero su fantasía lo empujaba más allá, más allá. ¿Por qué no recoger el semen en el cáliz sagrado? Se imaginaba celebrando una misa pomposa, con los atuendos litúrgicos recamados en oro, el báculo y la tiara obispal y la música sacra del melodio y el coro de los seminaristas. Por fin llegaba el momento crucial: mujeres y hombres se acercaban de rodillas al altar para recibir la sagrada forma y él, flanqueado por dos presbíteros que llevaban la patena, llegaba ante los fieles portando el bello y dorado copón, pero, en vez de colocar en sus bocas el cuerpo de Cristo, les ponía el miembro enhiesto y ardiente, con gran regocijo de los comulgantes. Demencia. Locura. Estas fantasías constituían una huida. Ahora era necesario huir de estas fantasías que lo podían arrojar no al fuego del infierno, pero sí al reino en que vivieron la tía Primorosa y el tío Inocencio. Y, al recordar estos nombres, la memoria pareció abrir todas sus esclusas, que por varios años habían permanecido herméticamente cerradas, salvo en los sueños y pesadillas que Martín Villar trataba de no recordar en la vigilia. Y fue así que mandó pedir a su madre que le llevase los cuadernos que le legara su infortunado padre. Y el seminario dejó de existir y ya no le importó más el silencio de la divinidad. Ahora pensaba en los suyos, en la sangre violenta y humillada de los Villar, y pensó en Congará y en su infancia y en la muerte de su abuelo Santos y en la muerte de la tía Primorosa. Atroz y fascinante, la memoria es un recinto sin linderos poblado de recuerdos, de rostros y de voces, y enriquecida por los sueños y las

pesadillas y las desoladas figuraciones de la fantasía y los extravíos de la mente y el corazón.

—Ponte de pie, hijo —le dice el anciano—, te haré la primera limpia para espantar los malos humores y las figuraciones descarriadas.

Martín Villar le dice que había enmudecido la voz y se habían desvanecido las visiones, y que en ese aturdidor silencio y vacío había recordado los meses pasados en el seminario a cuyos claustros ingresó sin tener vocación y con la duda de la fe y el creciente silencio de la divinidad.

—Después de esta limpia volverás a escuchar la voz, y nuevas visiones se presentarán a tus ojos.

El anciano había escogido una chonta y la fue pasando por todo el cuerpo del muchacho, desde la cabeza hasta los pies. Y mientras lo limpiaba, cantaba sus oraciones:

—Protege, oh, Dios Todopoderoso, el destino de esta tu criatura. Oh, padres gentiles, disipen la aflicción que tempranamente marchita el corazón de este su hijo, descendiente de la matriz de la madrecita Sacramento Chira.

Luego, don Asunción Juares devolvió a su lugar la chonta y escogió un sable, y blandiéndolo por los cuatro puntos cardinales espantó con voz imperiosa a los malos humores y espíritus. Al terminar esta ceremonia, y devuelto el sable al lugar de donde lo había cogido, cayó de rodillas delante de objetos y fetiches consagrados en cuyo centro destacaba la imagen de San Ignacio de Loyola, un santo guerrero, conocedor de la sangre derramada y de la euforia de la contienda entre adversarios que culminaba con el triunfo de uno de los combatientes y la irredimible muerte del vencido. El anciano, con la cabeza inclinada y reverente, rezaba en voz baja, pero el muchacho percibía los sollozos y la profunda tristeza del maestro artesano. Después de un largo momento, don Asunción Juares le dio a beber otra medida de la esencia del cactus dorado. Esperó unos instantes y en otra concha aun más

nacarada le volvió a hacer sorber por la nariz el mascado de aguardiente y tabaco, en tanto él bebió otra medida de la pócima amarga mientras masticaba unas yerbas que extrajo de una cajita de alcanfor.

¿Cómo asir el flujo incesante y fugaz de las imágenes? ¿Qué mensajes, qué revelaciones contenían? Algunas, muchas, irrumpían entre el torbellino de imágenes y figuraciones que pertenecían a otro tiempo, a otras edades, a otros órdenes de la vida, de la realidad. No era (todavía no lo era) como una composición musical donde, sobre un tema central, reaparecen transformados unos pocos motivos que el oído logra percibir y reconocer. Un anciano con un trapo rojo en la cabeza tendido sobre una hamaca. Una casa en llamas. Agravios y furores y nuevos agravios y nuevos furores. Se asomó al horror, a lo secreto y a lo prohibido y al descubrimiento huidizo y efímero, y no obstante definitivo y perpetuo, de la verdadera belleza. *Oh, háblame, espíritu de mis antepasados*. Vio a un mocetón luchando con el gran padrillo. *Ve, mira, contempla, no todo podrás comprenderlo*. El mozo ha logrado vencer al animal y el padre con el enorme cuchillo de matanza aplica el tajo de la humillación. Sigue el prolongado bramido. Imágenes de lujuria más depravadas aun que las fantasías sacrílegas con que se solazaba amarga y perversamente en el seminario. Escuchaba la voz, pero muchas de sus palabras eran dichas de manera sibilina Y el sentido de las mismas permanecía hermético, impenetrable. Pero aprendió a distinguir los rostros, pues la voz le iba diciendo *este se llama así; este otro de este modo*. O, por ejemplo, *esta es Sacramento Chira; el que galopa en ese potro espléndido es Miguel Villar, ¿escuchas?, ¡Miguel Villar, el fundador de tu linaje!* Y otra vez la casa en llamas: la dueña es a quien están cortando la cabellera y su nombre es Visitación Cabrera. Mas entonces lo acometía otro vertiginoso tumulto de visiones. Quizá el tema musical era la búsqueda de los fundamentos de su existencia y los motivos de imágenes y gritos y bramidos

que conturbaban todos sus sentidos. El luto, las flores funerarias, el color negro, lo negro, lo nocturno, el esplendor de la oscuridad rasgada por relámpagos constituían acaso un motivo cuyo sentido o sinsentido permanecerían hundidos por siempre en el oscuro borbotar de sus apetencias más secretas e inconscientes. ¿Por qué se impuso a su visión aquel lapidario de profusas gemas negras, azabaches, fuliginosas? Vio cristalizaciones de oscura roca, canterías de basalto veteadas de malignos fulgores. Cómo lo aturdía el misterio de las piedras imantadas. Vio no uno, sino numerosos bosques carbonizados como ébanos gloriosos, como mástiles y arboladuras combustionados. Vio (¿pensó?, ¿creyó ver?) pájaros nocturnos y aves de rapiña de metálico plumaje. La noche impenetrable y maciza estaba allí como realidad absoluta. Pensó *¿era un símbolo de la vida?* Pero al instante vio relámpagos, fosforescencias como las que emiten los ojos del venado, suntuosos insectos de carapachos tornasolados horadaban el muro de la noche. En sus conversaciones con Lama y Sarango soñaban cómo encontrar prostitutas negras, pero negras de verdad, en los burdeles de Lima. Y ahora vio a una puta negra retinta y esbelta poseída con hastiado sadismo por Odar Benalcázar en un burdel de París. Vio a sementales negros preñando a las negras esclavas en la hacienda Empreñadero y a su anciano amigo don Jiménez diciéndole *allí mi mamita fue empreñada de mí*. La voz le dijo *ese es François Denis Boulanger de Choriè, ¿no ansiabas tanto conocer su estampa?* Y vio, mientras Boulanger se la mostraba a Primorosa Villar, una colección de grabados licenciosos, pero, más allá de lo licencioso, era también el descubrimiento de otra forma de belleza. Y admiró la majestad de la tinta china y del carboncillo silueteando figuras viciosas, y vio y oyó a Boulanger, exquisito y depravado, rogándole al blanco Benalcázar que le otorgase la merced de mirar sus agresiones fálicas a Primorosa Villar, a cambio de hacerle a ella un grande y hermoso óleo que colmaría de envidia a

Grimanesa León y a todas las mujeres blancas de esta región de calor infernal.

Ah, Benalcázar, dijo con rencor, *Odar Benalcázar, que compró una potranca de apellido Villar*. *¿Los Benalcázar León y Seminario?*, preguntó el Ciego Orejuela. *Sí, sí*, le dijo el muchacho con la voz quebrada de la pubertad. *Ah*, respondió el Ciego, *los Benalcázar León y Seminario son un linaje extinguido. Y Odar Benalcázar fue el último; con él terminó aquella vieja sangre. ¿Cuántos años hace que murió Benalcázar?* Vio a Petronila Jaramillo elevando sus plegarias a Dios Todopoderoso por esta insondable dicha esperada pacientemente a lo largo de tantos años: por fin tenía para sí el cuerpo yerto y desnudo de quien fuera el perturbador de su carne y ahora, entre cánticos y maldiciones, lavaba y amortajaba el cuerpo de Odar Benalcázar. Benalcázar era otro motivo que a cada paso imponía su presencia entre el cortejo de espectros y fantasmas que se sucedían delante de sus ojos. Escuchó la intolerable revelación que Grimanesa León le hiciera a Benalcázar durante esas nupcias de vindicta. *Esponsales de odio, noche de bodas sin himeneo, Boulanger*. *La Clitemnestra, la Mesalina*, le decía el Ciego. Y la voz sacramental del cactus dorado: *ella le pagaba con moneda de más ley la traición de Odar de romper un compromiso sellado desde la infancia para casarse con Eleonor Acevedo León, prima hermana de Grimanesa y de Odar*. Todavía él escucha: *¿Con quién? ¡Dímelo! ¿Quién fue?* De nuevo oyó la revelación excesiva, espantosa. *¿José Agustín?*, dice Benalcázar, *pero, ¿con mi hermano? Sí*, le responde la Mesalina, la Clitemnestra, *con José Agustín, que murió como un héroe en Tarapacá mientras tú te revolcabas en el estiércol con las zorras francesas*. Nuevas imágenes irredimibles avasallan y ocultan las que hasta ese instante usurpaban la atención del muchacho. La voz le pregunta *¿Sabes quién es? Sí. O, mejor dicho, lo intuyo: es Altemira Flórez ajustando una muesca más del cilicio que martiriza su cuerpo y yo,*

como un ciempiés, me aferro a su vientre chupando sus jugos. Y esa es Sacramento Chira curando con yerbas de la tierra las llagas de expresidiario de Miguel Villar. Y aquellas llagas son el chancro y la sífilis que fue el canon que pagó Santos Villar para purificarse, y aquel es el sable marcial que donó a don Rufino Estévez para que le transmitiera los secretos de su arte y acrecentara sus poderes. Toda virtud tiene su precio. Todo poder. La voz se escucha ahora lejana, ensordecida y luego acallada por un cúmulo de figuraciones que se imponen a sus ojos como reflejadas por un espejo hecho añicos, en mil pedazos. El muchacho pone toda su mente, todos sus sentidos para aprisionarlas en su memoria, quizá con los años descifrar los mensajes o lo que quisieron revelarle, o descubrir y establecer su secreto orden.

El cuerpo y el espíritu. La ancestral contienda entre el amo y el esclavo. ¿Qué estatuto correspondió a Miguel Villar? Ah, por su cuna pertenecía a los de abajo, a los miserables de España, pero aquí fue amo y señor de la india Sacramento Chira, y fue después un fantasma que oprimió el corazón y los sueños de los herederos de su sangre. El muchacho reconoció la voz de Santos Villar: es la semilla errante y abominable y nefanda que habrá que destruir. Vio a los abuelos de sus amigos Arturo Lama y Daniel Sarango: Rodolfo Lama Farfán de los Godos y el prefecto Jerónimo Seminario Echeandía, y los actos que los vio ejecutar lo llenaron de pavor. ¿Raza perversa? ¿Justifica la destrucción total de la semilla errante y abominable? Vio, años después, a Rodolfo Lama Farfán de los Godos convertido en prefecto, limpiando de bandoleros la santa tierra piurana. *¿Sabías, Arturo, que tu abuelo fusiló y luego colgó del Zapote de Dos Piernas a mi tío abuelo Isidoro Villar?*

Reapareció ante sus ojos Benalcázar, señor de Congará, dueño de Primorosa Villar y verdugo del viejo Cruz Villar, el bisabuelo del muchacho. Vio las vastas propiedades de Odar Benalcázar heredadas de sus dos linajes,

y la herencia de odio transferida de generación en generación, precisamente por la posesión y usufructo de las tierras agrias y fecundas. ¿Qué fue la guerra civil sino una nueva apoteosis del odio fundado en inexorables discordias de familias por la propiedad de las tierras? Por primera vez emergió la figura del caballero Bauman de Metz que afirmaba *la propiedad es la maldición de la especie humana*. Escucha a la voz. ¿Una maldición? ¡Pero no para Benalcázar, que aun en la invalidez y en la ruina defendía la propiedad sobre la cual reposaba el derecho señorial! Al muchacho le fue concedida la virtud de leer la mente y el corazón de Benalcázar. En su silla de ruedas y con los potentes prismáticos contemplaba con amargo deslumbramiento la puesta del sol por el mar de Paita y Colán. Y mientras contemplaba, cambiando de tanto en tanto de lentes, no dejaba de pensar. Pensaba en el innominado derecho señorial serenamente aprendido en la ternura del pezón materno; pensaba en el bárbaro deleite (y este era uno de los más altos privilegios que confería el señorío) de la desfloración de las indias y mestizas núbiles asentadas en sus propiedades, *goce salvaje, fresco y primitivo, Boulanger, y sin ese sabor crepuscular que dejan los placeres malditos*; pensaba en la invasión y en el despojo, por leyes falaces, el engaño o la violencia, de las comunidades, y en la resistencia y el éxodo de la indiada rencorosa; pensaba (no sin horror) en el desenfreno de los furores indígenas; pensaba en la expedición punitiva emprendida (pocos meses después de que retornara al Perú) al lado de su padre, el prefecto, y otros hombres de su misma casta contra las comunidades de las alturas, luego de la derrota de los comuneros chalacos; procuraba no pensar en la casa en llamas de Visitación Cabrera, porque el estigma de la favorita de su padre fue para salvar del escarnio al viejo Jerónimo Benalcázar León sospechoso (y para Domitila Diéguez constituía certeza probada) de mantener secretas relaciones con el chileno. Pensaba (¡pero también el muchacho Villar!) en las visiones

infernales de su infancia; pensaba en los hábitos mortuorios de los monjes (pero ahora solo era el muchacho el que pensaba) y en las iglesias revestidas de negro litúrgico en la Semana Santa. Pensaba (Benalcázar) en ataúdes, en criptas y catacumbas, y el muchacho en el cementerio particular de los Villar, entre los arenales ardientes. Pero Benalcázar pensaba, sobre todo y con rencor, en el cenotafio erigido para honrar la muerte heroica de su hermano José Agustín; pensaba (con regocijo) en los estragos de la peste negra sobre Congará, pensaba en los cadáveres apestados arrojados a las tumbas comunes y, con el mismo júbilo, pensaba en el bosque sepultado después de tantos años por los vendavales de arena y el paso de los médanos errantes; pensaba (sin alegría, con furia y con dolor) en las velaciones de noviembre, mes de los muertos, y no podía dejar de pensar en los funerales de su padre, que lo había arrojado al desgalgadero sin fondo de la sensualidad concupiscente. El muchacho veía al inválido impulsar nerviosamente de un extremo a otro de la terraza la silla de ruedas para no pensar en Primorosa Villar, cuyo cuerpo veía dibujarse, terso y dorado, entre las dunas. Entonces, para conjurar este recuerdo cargado de odio y deseo y amor pensaba en Eleonor Acevedo, repetía su nombre: *Eleonor Acevedo, Eleonor, mi pequeña, soy yo, Benalcázar*. Pero se engañaba: él ya no era él, era otro; y era así como terminaba pensando en su juventud disipada y en el castigo (en el desgarramiento) de las pasiones impías...

Lo que sobrevino luego fue el desorden, el caos, pavor y prodigio: asistía a la germinación de la vida en esta tierra virgen aún de desastres por la ausencia del hombre, hondos silencios, el silbido del viento o de los pájaros, el cascabeleo de las culebras, el impetuoso Chira, no existían las palabras que forman y aniquilan el universo, *fue así*, le decía el Ciego, de pellejo centenario, mostrándole con el báculo la vastedad de la región, el tiempo era señalado por el derrotero lento y prolongado de los médanos errantes. Vio y

oyó a los antepasados de Sacramento Chira, el restallar de un látigo (era de Santos Villar) vació uno de los ojos azules del capataz blanco y rubio durante la construcción del Canal de Panamá, una mujer colgaba (ahorcada) de la viga de un cuartucho húmedo y siniestro (y, sin embargo, allí mismo conocerás la dicha, el breve júbilo que te ayudará a vivir y recordar). Desenfrenadas se sucedieron imágenes de desolación (la cabeza del doctor González, padre espiritual del padre del muchacho, con una bala en la sien reposaba sobre la mesa de estudio y ensangrentaba los versos de Leopardi). Ahora era el reino de los hombres, eran el odio y el rencor los que nacían. Fue testigo del intolerable deseo y la lujuria estableció su imperio, perversión y obscenidad, la dicha solitaria y los recintos de las gratificaciones sacrílegas y blasfematorias. Las ratas del tiempo roían las esferas de los relojes. Vio a la vesánica Primorosa Villar contemplando con júbilo la iglesia de San Sebastián en llamas. El rencor crecía. Cabalgata de jinetes, sables desenvainados en el desierto ardoroso. El futuro doctor González disparaba por única vez en Tarapacá sobre la sien de su mejor amigo.

—¡Basta, basta! Es demasiado —dijo el maestro artesano.

Acto seguido, don Asunción Juares escupió sobre el sentido del muchacho secretas yerbas con aguardiente. Luego, con sus más poderosas artes limpió el cerebro, el torso, los brazos y las piernas, y después le dio a beber agua de lima aromatizada con flores de azahar y brotes tiernos de yerbas recogidas de lagunas encantadas. Pero aún las codiciosas imágenes atormentaban al muchacho que, murmurando las palabras herméticas que la pócima sagrada le soplaba a los oídos, abandonó el recinto sagrado del anciano que con lágrimas en los ojos lo dejó salir y con los ojos cerrados fue siguiendo sus pasos por entre la cadena de dunas lamidas por la luz de la luna.

¿Cuál fue el tema de esta composición musical profusa en disonancias intolerables? ¿Fue la revelación de las agrias raíces de su existencia y del desolado derrotero de su destino? ¿Fue un descenso o una caída a los torrentes de fuego y sangre de las pasiones humanas? ¿O fue una elevación a los ilusorios reinos de la demencia? Durante meses y años fatigó a su memoria para descubrir si las visiones obedecían a un secreto orden y sentido, pero solo cuando las palabras ya no importaron más que los hechos, ni la forma de la composición musical más que su improbable sentido, pudo establecer órdenes precarios y conjeturables de las visiones que lo acosaron en la cabaña de don Asunción Juares que fue, más que nunca, la imagen del mundo suspendida entre la nada y el vacío.

Visión de los suicidas

La voz. ¿Te atrae la muerte como la mirada del macanche atrae hasta sus fauces a los pajaritos con virtud para el trino y el canto? Apenas esta tarde en el hogar de tus antepasados recordabas tus juegos funerarios. Ahí estás. Mírate. En ese nicho construido por ti en el corral te figuras que eres el padre Azcárate y recitas un responso antes de acomodar en el nicho el ataúd donde yace tu cadáver. ¿Te reconoces?

El muchacho. Sí, me veo; soy yo. ¡Era uno de mis juegos favoritos!

La voz. Sábelo, no soy de los que acusan de cobardes a los suicidas. Hasta el criminal más despiadado o el traidor más despreciable en algo se rediment quitándose la vida. ¿No merecen nuestra compasión con mayor razón los que atentan contra sí mismos siendo personas benignas y probas, pero víctimas de

un destino hostil y desgraciado? Antes de mostrarte lo que te mostraré, te pido que tiemples tu espíritu y aflore la fortaleza que tienes dentro de ti.

EL MUCHACHO. ¡Pobre tía Dioselina! Guardo el recorte de periódico que, con la foto de ella colgando de la viga, daba la noticia de su suicidio. Y juro de nuevo que cuando viaje a Lima para estudiar alquilaré la pieza donde pasó los últimos meses de su vida mi inolvidable tía Dioselina. Y allí viviré hasta que pueda describir con minuciosidad y con toda su tristeza la habitación...

LA VOZ. Naturaleza muerta con mujer ahorcada. ¿Sabes lo que es una naturaleza muerta?

EL MUCHACHO. He leído que es el nombre que los pintores ponen a ciertos cuadros. ¡Pero yo no tengo virtud para la pintura!

LA VOZ. Las palabras serán la materia con que describas estas visiones y lo que la memoria y los sueños y tus secretas fantasías te permitan inventar... Pero, ¡mira!, ¡mira! Es el virtuoso doctor González. El hombre que adoptó a tu padre y lo rescató del mundo perverso en que fue obligado a vivir.

EL MUCHACHO. ¡El padre espiritual de mi padre que no llegué a conocer! Es como si ya lo hubiera visto. Se disparó un tiro en la sien. Mi padre, que en los dos últimos años de vida del papá-doctor (así nombraba él al doctor González) le inyectaba las dosis de morfina, escribió en los cuadernos que me dejó como herencia que el doctor González consideraba el suicidio como el más inalienable y justo de los derechos humanos. ¿Es factible alcanzar una santidad enteramente laica? Es decir, sin creer en Dios, siendo un ateo.

LA VOZ. Sería la más alta y preciosa de las santidades. Ahora, dime lo que estás viendo.

EL MUCHACHO. Veo a un anciano. Es un señor blanco en una habitación amplia y lujosa, como para un hombre de su rango. Viste una bata de seda y lustra una escopeta de caza. Limpia con paciencia y concentración el arma. El acero del cañón y las molduras de la culata relucen, brillan. Ha dejado el arma sobre la consola y ahora se asoma sobre un gran ventanal y mira la calle y el rostro de la gente. No parece conocer la calle San Francisco de Piura. Oh, Dios mío, voy entendiendo. Sé que luego cerrará la cortina y caminará en dirección a la consola y cogerá la escopeta...

LA VOZ. Es suficiente. No es necesario que veas lo demás. Pero escucha el estampido de la escopeta. Fue hombre indigno y por entero opuesto al honrado doctor González. Y se suicidó por razones ordinarias, pero este fue el único acto de valor que ejecutó en su vida. ¿Es necesario que te diga su nombre?

EL MUCHACHO. No, no es necesario. Es, fue, el padre de mi amigo Arturo Lama. Me confesó que despreciaba a su padre hasta el momento en que escuchó el disparo. Fue el primero en ver el rostro destrozado y sangrante de su padre. Creo que uno de los fundamentos de nuestra amistad fue este hecho, el que nuestras dos familias (tan distintas en condición social) compartieran el honor atroz de contar con suicidas en su seno. ¿Es la iglesia de San Sebastián la que arde?

LA VOZ. Tú fuiste testigo.

El muchacho. Sí. Fue poco después de la muerte de mi abuelo Santos. Hasta que no vi el bosque (¿pero cuándo fue: antes o después de ahora?) que mandó incendiar Benalcázar, nunca vi fogaradas de tanta magnitud y cómo crepitaban los altares y las columnas que caían devoradas por el fuego. Numerosas mujeres y hombres querían arrojarse a las llamas como pago por sus culpas. Y el padre Alfonso se había encerrado en una de las torres y se negaba a salir. Decía que quería morir quemado con su iglesia, pues el incendio había sido enviado por Dios como castigo por la vida de pecado que llevaba. Contra su voluntad, fue rescatado, cuando ya el fuego abrasaba la torre, por la arriesgada labor del alemán Dienstmayer, capitán de los bomberos. Me impresionó mucho ver salvar al padre Alfonso, que gozaba de fama de santo y de sacerdote piadoso. Pero lo que más recuerdo es a mi tía Primorosa, vieja y loca, que parecía contemplar con júbilo la iglesia en llamas. Ah, y la risa perversa y maligna de la ciega Gertrudis, burlándose de Dios y exaltando el poder del demonio.

La voz. ¿Viste con qué frenesí aquellas desdichadas y desdichados querían arrojarse a las llamas atormentados por el remordimiento? Pero el destino no les permitió la dádiva del martirio ni alcanzar después de muertos el sosiego que concede el perdón. El más infortunado fue el padre Alfonso al ser rescatado de las llamas. El padre Alfonso era cura de corazón noble, pero no pudo vencer al demonio de la carne. ¿Había potestad para impedir que se sacrificara en la hoguera? Pero el desdichado quedó con el espíritu humillado, contrito y entristecido, y ahora se halla enclaustrado en un convento de Lima, pero todavía tiene muchos años por delante para que lo visite la muerte. Quise que vieras esto antes de mostrarte el suicidio por el fuego de una mujer que estuvo ligada a la juventud de tu abuelo Santos. Pero, eh, eh, ¿qué pasa?

Bueno, es lo que tanto querías saber cuando eras niño. ¿Qué ves? ¿La reconoces?

EL MUCHACHO. No, no sé quién es. Pero veo a una mujer joven que se ha prendido fuego y hombres y mujeres le arrojan arena y agua y ella grita que la dejen morir. Es joven y agraciada. ¿Dice que es lo que ansiaba saber de niño?

LA VOZ. Se quiso quemar viva (que es el modo más frecuente de suicidio entre las mujeres pobres) por pasión de amor no correspondida. ¡Fue engañada y traicionada! Las quemaduras le malograron el cuello, un poco de la cara y los brazos. Con el tiempo abandonó La Huaca, donde ella nació, y fue primero hacia Sullana y después hacia Piura, pero ya convertida en ramera. Vivía por tu barrio cuando eras niño...

EL MUCHACHO. Es la mujer a la que le decían la Pegada. Mi tía Dioselina le cosía los vestidos de tal modo que le ocultaran las repugnantes quemaduras del cuello y los brazos. Y también me impresionaba lo bien que se entendían la Pegada y la delirante tía Primorosa, y mi tía Dioselina decía que las hermanaba la común fatalidad de sus vidas... ¡Cuántas veces he visto aparecer ante mis ojos este pueblo! Pobreza, enfermedad y desconsuelo que ni siquiera mitiga el mar. Parece un lugar de expiación. ¡Tantos tullidos! Y esos espectros de carne hedionda y de horrendas mutilaciones deben ser los leprosos. Sí, puedo adivinarlo. Es el puerto de Buenaventura, adonde mi abuelo Santos fue en busca del maestro mayor de los artesanos curanderos, don Rufino Estévez, para que le transmitiese su sabiduría y fortaleciera sus poderes. Y como presente le llevó el sable guerrero del soldado godo Miguel Villar. ¿Quién es el hombre que lleva esa cruz? Lo veo caminando por los

más intrincados caminos y los más apartados puebluchos con el pesado madero a cuestas. Y en cada pueblo se hace azotar, pero no se atreve a entrar en las iglesias porque se siente indigno y porque los curas muchas veces lo han arrojado. ¿Quién es? ¿Cuál fue su pecado?

LA VOZ. Es don Rufino Estévez y cometió incesto, con su hija. La engendró cuando era un mocito justo como vos. La niña nació bella como una gatita silvestre y, al cumplir ella quince años, en un arrebato de pasión de lujuria, la ultrajó, y durante unas semanas la tomó con nefanda codicia como mujer. Pero un día, como si despertase de una pesadilla, se horrorizó de su pecado y estuvo tentado de ahorcarse. Pero pensó que eso era poco castigo para el tamaño de su culpa. Mandó a la muchacha adonde una hermana que él tenía, mientras, cargando una cruz, empezó su larga expiación. En cada recodo de los caminos y en las plazas de los pueblos, o a la entrada de las iglesias y de las capillas, hacía pública confesión del agravio cometido contra su hija, y luego se quitaba la andrajosa y polvorienta y sudada camisa e imploraba que lo flagelasen. Pero el señor Estévez poseía poderes que fue descubriendo en los años de su expiación. Al quinto año de andar peregrinando con la cruz sobre los hombros llegó a la cabaña de un maestro curandero, y en la mesa que el artesano celebró le dijo que ya había sido perdonado de su culpa, pero que en adelante debía dedicar su vida a curar a los enfermos y menesterosos, y entonces le reveló los poderes con que fue dotado por el Espíritu Santo. Don Rufino Estévez permaneció un año con el sabio artesano para aprender su ciencia. Un espíritu como el mío le ordenó que se estableciera en el insano puerto de Buenaventura, donde su hija, Flor de María, se había entregado a la mala vida. Cuando Santos Villar llegó a Buenaventura, hacía cinco años que don Rufino Estévez practicaba su arte y su fama llegaba hasta las más remotas comarcas. Don Rufino había recogido

a su hija, pero Flor de María, por rencor y venganza, ejercía el meretricio con los forasteros que llegaban a Buenaventura. No te extrañe que en el fondo de su corazón odiase a todos los hombres. Pero cuando vio a Santos Villar en la casa de su padre, su cuerpo tembló como un bambú tierno batido por el viento y su corazón retumbó en su pecho. Por primera vez Flor de María supo lo que era el amor. Pero se juró no compartir jamás el lecho con este forastero, pues ella sabía que estaba contagiada de sífilis.

EL MUCHACHO. ¿Entonces no fue ella quien contagió a mi abuelo?

LA VOZ. ¡Nunca se llegará a conocer del todo las hondonadas del corazón humano! ¿Ves cómo mira Santos Villar a Flor de María? ¿Qué lees en el ánima del que llegaría a ser tu abuelo?

EL MUCHACHO. Veo que la desea y aun que la ama. Es la primera vez, también, que él se siente enamorado de una mujer. Lo que no ocurrió con mi abuela Isabela Victoriano Nima, a quien poseyó como un tirano en los días de la peste que asoló a Congará. Sí, la ama, la quisiera hacer suya, pero por respeto a don Rufino Estévez, que acepta revelarle su ciencia y dotarlo de más poderes, se hace la promesa de no mirarla, y para conjurar la tentación decide buscar a otra mujer, y poco después la encuentra. ¡Era un hombre hermoso mi abuelo!

LA VOZ. Sí, sí, míralo. En esos años no había mujer que se resistiese a sus requerimientos. Y esto no lo pudo soportar Flor de María. Entonces, como una hermosa tigrilla, comenzó a tentarlo. Santos olvida rápido a la mujer y, rompiendo el juramento, logra hacerla su amante. Se amaron con furia. Y ahora mira a don Rufino Estévez, que era capaz de mirar hasta lo más oculto.

No, no es lo que piensas. No siente celos, y ya es un hombre purificado y limpio. Medita y siente gran tristeza, porque descubre la enfermedad ya avanzada de su hija. Pero se dice que esta es la expiación que tiene que pagar Santos Villar por haber invocado al demonio y maldecido a su pueblo. A los tres meses, Santos se da cuenta de la llaga chancrosa que tiene en el empeine del pie y empieza a salir un agua sucia y pestilente de su miembro. No le increpa a Flor de María, solo la mira con esa mirada tan suya. ¿Ves, ahora, a la mujer?

El muchacho. Sí, la veo salir huyendo de su casa, presa de remordimiento. Y ahora... Pero, ¿qué es lo que pretende hacer? ¡Pero si se está rociando con querosene por las afueras del pueblo! ¿Es que quiere quemarse viva?

La voz. Mira, mira.

El muchacho. Oh, ¡cómo arde su cuerpo y grita pidiéndole perdón al hombre de su vida! Pero ahora es una tea, una hoguera, y cae desplomada como un árbol. Hiede a chamusquina, pero ahora no es nada más que un puñado de cenizas. ¿Mi abuelo nunca reveló a nadie esa historia?

La voz. Solo a su amigo Domingo Medina, pero en forma muy parca. Y don Domingo le supo guardar el secreto. ¿Te ha estremecido esta visión? ¿Opinas que es la forma más terrible de suicidarse? Tal vez sea como tú piensas, pues no solo se busca quitarse la vida, sino el dolor, el suplicio, el tormento de la carne. Enseguida te mostraré otras formas de suicidarse. Pero no hables. Solo mira, observa, escucha. Aquella usó el veneno, esta otra se lanza al abismo con su ñaño, esa se cortó las venas, este hombre con la navaja de barbero está a punto de cortarse la vena grande del cuello. Pero basta, solo

recuerda que hombres y mujeres de otras tierras usan otros modos, quizá más dolorosos y extraños de los que has visto. Ahora descansa. Cierra los ojos. Y respira hondo, así, muy hondo. De la crueldad tienes algunas experiencias que te han marcado para siempre, pero aún necesitas completar el aprendizaje con algunas visiones crueles relacionadas con los de tu linaje, y bastará con que me escuches.

Visiones crueles

Sacramento Chira, dice la voz, fue ultrajada por Miguel Villar con crueldad no muy diversa a la que padecieron sus antepasados, que son también los tuyos. Hoy desahogaste una aflicción que venía muy de atrás y caíste de rodillas frente al vichayo ancestral. Pero no fue Inocencio el único que recibió castigo allí. La primera fue la madrecita Sacramento, por despotismo de Miguel Villar. Está amarrada allí, medio desnuda, y la flagela y la amenaza con matarla con la espada, mientras la hinca y la hace sangrar y la llama «india» y desfoga con ella no la derrota, sino los años que estuvo prisionero y el haber sido sacado de su cárcel no para alcanzar la libertad sino para ser enviado, junto con otros canallas, a combatir, según les explicaron, a la indiada de estas comarcas que pretendía desobedecer y alzarse contra la ley, que era delito nefando, como amotinarse contra Dios. Y allí la dejaba amarrada todo el día y la noche, y después, como si eso le encendiera la sangre, la desataba para gozarla con furia y desprecio. Tu bisabuelo, Cruz Villar, y todavía más su hijo Santos, heredaron esa sangre brutal y desalmada. Ahí tienes a tu abuelo viejo con el trapo rojo atado a la cabeza después de haber castigado a sus dos mujeres, a sus hijos y a los animales. Cuando se sentía más desdichado castraba a los animales y un día, este que estás viendo, quiso probar el corazón de sus hijos pidiendo a un voluntario para que

castigase a Inocencio que, amarrado al vichayo, no terminaba de delirar por la bebida maligna que lo obligó a beber. Y el único que aceptó castigar al desventurado muchachito fue tu tío Catalino. Sí, él es el que con el látigo está fueteando a su hermano.

¿Ya sabes que ese niño que es arrojado del hogar materno fue el que llegará a ser tu padre? Te lo contó muchas veces tu mamita Altemira, pero es la primera vez que puedes comprobarlo con tus propios ojos. También es tu padre el que corre tras ese perro negro para recoger su mierda. Con esa inmundicia, el brujo Clemente Palacios hacía sus filtros malignos. Ahora le está embadurnando la boca porque, por su olor, Palacios descubre que no es excremento de perro negro, lo que se dice negro. De esos años proviene la melancolía que fue el natural de tu padre, Cruz. Ahí lo ves, de nuevo corriendo tras otro perro negro. ¿Sabes cuál era el mayor sueño de la mísera criatura? No ser niño humano. Envidiaba la condición animal. *Ah, si yo fuera el perro que estoy persiguiendo*, pensaba.

Estas otras visiones son crueles, pero responden a la venganza justiciera. Isidoro apuntó a Benalcázar no para matarlo, sino para que quedase inválido. Te haré ver por el mismo lente que está usando Benalcázar desde su silla de ruedas. ¿Te entristece lo que estás mirando? Ah, comprendo, no por Benalcázar, sino por Primorosa. Y ahora es ella la que es castigada. Así, a punta de latigazos y arrastrándola por la cabellera se la llevó de Congará tu abuelo Santos. No te mostraré, por el momento, las crueldades de los blancos. Las verás cuando te ilustre sobre su violencia y sobre su imperio y sobre la desolación que sembraron por toda esa región. Ah, esto que es producto de la explotación y la crueldad te lo debí mostrar mientras puse delante de tus ojos a los suicidas. Estos desgraciados son chinos que trabajaban en una de las haciendas de los Benalcázar León en el Alto Piura. Como muda protesta, los chinos se han encerrado en el galpón donde duermen como bestias y, después

de regar petróleo crudo, prenden fuego y, sin una queja, son devorados por las llamas. Pero hay muchas otras formas de crueldad que apuntan al alma y al corazón. Y tú fuiste herido desde muy tierno por este tipo de crueldad por tu abuelo Santos, la ciega Gertrudis y aun por tu propia mamita Altemira Flórez, que sin querer te hacía sufrir contándote las vicisitudes que ella pasó mientras estabas en su vientre, y al referirte demasiado tempranamente la historia cargada de odio y rencor de tu linaje paterno. Y si el sueño de tu padre cuando era niño era convertirse en perro, el tuyo era morir como si fueras una momia de tus antepasados gentiles, y hubieras muerto asfixiado si los vecinos mayores no te desentierran a tiempo, y, durante días, el terror quedó marcado en tu rostro y te escondías en el ropero y te acurrucabas como si estuvieras en el vientre de tu madre, y te negabas a nacer. Distintas son las pasiones que atormentan a los seres humanos. ¿Por qué tu bisabuelo Cruz Villar se ponía aquel trapo rojo en la cabeza y durante días permanecía meditabundo y rabioso? Pensaba en su progenitor y me fatigaba para que yo le revelase la figura y el destino de Miguel Villar. Él no llegó a verlo como vos. Pero, por mediación de Santos, que tenía virtud para convocar mi espíritu, le mostré la verdadera índole del fundador de su linaje. Como te lo he mostrado en un vendaval de imágenes que algún día reconstruirás con la virtud de las palabras, ese día en que al fin tuvo la revelación que durante tantos años indagó, ese día, repito, vio destruida y pisoteada su vida. Para Cruz Villar esa fue la obsesión, la única pasión que contó en su vida. Pero otros, como el doctor González, no tenían pasiones impuras, sucias, sino pasiones nobles en beneficio del prójimo. O como el padre Azcárate, que vivió en un tormento perpetuo en que la razón y el corazón contendían sobre la existencia de Dios, que siempre permaneció mudo para él. Pero una de las pasiones más torturantes es la de las apetencias carnales, más allá del amor y del arrebato placentero que lleva a la fecundación y la vida. ¡No te ruborices!

Lo que quiero es conjurar esta atracción que hay en ti para que alcances el sosiego y la paz. Te ordeno que tú mismo me digas las visiones de lujuria, de lujuria perversa, que pondré ante tus ojos. Y así verás, de paso, a Primorosa Villar en la plenitud de su belleza.

En el reino de la lujuria

El hermoso exceso llameante como el solo en el corazón de la noche. ¿Es esta mi voz? ¡¿Quién habla por mí?!, dice el muchacho. Ah, es mi propia voz que viene del futuro. Repetiré lo que oigo: la carne, el cuerpo perecedero y corruptible es el reino de la lujuria e insaciable reclama su derecho del nacimiento a la tumba y abarca la vigilia y el sueño e impregna los trabajos más altos de la razón y los sentimientos más sublimes dirigidos a Dios. Me veo en el ataúd abrazado a la Mika y los dos somos niños y estamos desnudos. La ciega Gertrudis, vieja y todo, copula con mi tío Silvestre en la misma cama donde agonizó y murió mi abuelo apenas nueve días atrás. En el jardín del Edén, dos culebritas del Señor se aman. No son culebritas, sino pacasos. *Yo soy el pacaso macho y tú la pacasa*, le dice Inocencio a su hermanita, y desnudos se bañan en el jagüey de aguas cristalinas, y Dios sonríe benigno y no los expulsa del Paraíso, que ahora empieza a arder y enrojece el cielo nocturno de Congará. La mujer, que lacta a una ñañita de seis meses, abre la puerta en la profunda noche y el mocetón entra. En el aire se respira un olor pestilencial y en la habitación de la mujer llamea la luz del candil. El mocetón de rostro furioso le arrebata a la ñañita, que coloca en la hamaca, y, sin una palabra amorosa, la va desnudando, la arroja a la tarima y la penetra y chupa sus senos ahítos de leche materna y ruge largamente. La sigue poseyendo en silencio, un silencio que es roto por el llanto con que el viento y el eco rasgan dolorosamente la noche congareña. Al fin, el mozo

Santos Villar se coloca el pantalón y le dice a Isabela Victoriano Nima que volverá en las noches siguientes. *Pero ahora,* declara*, tengo que ir a enterrar a mi señor padre, que murió alcanzado por la peste al caer la noche*.

No hay llanto ni dolor ahora, sino bullicio, algarabía. Se bebe whisky con agua de coco y los blancos están reunidos en la mansión de don Jerónimo Benalcázar, quien está celebrando los quince años del hijo primogénito, Odar, entrañable a su corazón y a su orgullo. *Bebe, hijo,* le dice al adolescente alto, fuerte y blanco de azules ojos. *Ya eres hombre y tienes potestad absoluta en mis inmensas propiedades, las que tú heredarás, y extenderás aun más sus fronteras*. Tambaleante, el viejo Jerónimo Benalcázar entra a su sala de trabajo e instantes después retorna portando en su mano una enorme bigama hecha con la verga de un legendario semental taurino de la época de su abuelo y la cuelga sobre el cuello del adolescente Odar como un emblema entre justiciero y místico. La aterradora bigama, a partir de ese instante, confiere el derecho señorial de Odar Benalcázar León y Seminario a ejercer justicia y prevenir desórdenes castigando con aquel falo litúrgico el rostro de los cholos remisos al trabajo o de mirada insolente y rebelde. Veo el rostro ensangrentado de mi bisabuelo Cruz Villar por los bigamazos cruzados por Odar Benalcázar. Pero antes, enfurecido por la indiferencia de la potranca que compró al viejo Villar, desnudo se levanta de la gran cuja y camina hasta la percha donde penden crueles cabestros, majestuosos bastones guarnecidos de oro y plata, que al oprimir un disimulado aditamento se transforman en agudos sables, y coge la bigama y regresa a la cama donde, fría y distante, lo espera desnuda Primorosa Villar. Benalcázar intenta castigarle el cuerpo y el rostro, pero un deseo insano lo lleva a penetrarla, y la enorme bigama horada la carne de la joven, que se siente alcanzada hasta el fondo de sus entrañas. ¿Es Boulanger el que mira por el ojo de la cerradura la violación infame? ¿No es suficiente lo que he visto? Todavía no, no todavía. Esta agresión con el

falo bestial hace arder aun más de concupiscencia a Benalcázar, que, con el miembro erecto y tenso, se pone a horcajadas sobre el torso de la joven y quiere penetrarla por la boca, mas la joven se resiste, y entonces la obliga a cogerle el pene ansioso con las manos y le ordena masturbarlo, y la muchacha obedece y minutos después, sintiendo abajo la bigama penetrada a medias dentro de su vagina, una lava ardiente y viscosa se derrama por su cara y por sus senos. Y ahora no es la joven la que aúlla y brama como una zorra o cualquier hembra animal, sino Visitación Cabrera que, puesta en la posición de las perras, siente el miembro debilitado de su viejo amante. Afuera en la plaza se halla colgado, esperando el fusilamiento, Cruz Villar, y después de haber gozado por primera vez con el jefe chileno, acepta ser poseída por diez oficiales subalternos restantes, y su carne, ansiosa por tantos años, vuelve a sentir el goce, aunque también siente nacer por primera vez en toda aquella jornada el asco contra sí misma y la necesidad de expiación que pronto hará realidad la señorita Domitila Diéguez al frente de otras mujeres de Congará. ¿Es que estas visiones nunca terminarán?

Oh, espíritu del cactus, muéstrame a cambio de todo este padecimiento voluptuoso a Primorosa Villar en el esplendor de su belleza. Ah, al fin, gracias te doy, cactus sagrado de mis antepasados. ¿Es ella? La veo desnuda y grave y, no obstante, se diría que maliciosa y cáustica ante la mirada de Benalcázar, pero sospecho que es la de mi propio bisabuelo, Cruz Villar, viéndola bañarse desde su hamaca, pero también reconozco mi propia mirada edificando con esta visión, en los ardorosos años que seguirán, el paradigma de mujer que solo creeré hallar en mis sueños. ¿Por qué ahora se muestra delicada y lasciva con el blanco que la compró como se compra una yegua? ¿Finge? ¿Planea su huida? Es ella la que lo incita, la que parece gozar, la que accede a todas las apetencias de su señor. ¿Fue capaz ella de esta obscenidad? Venciendo las coerciones espirituales impuestas desde su pubertad por la

doctrina erótica de su padre, don Jerónimo, quien le dijo que jamás permitiese que la hembra cabalgara sobre él, pues, cuando eso sucede, el varón abjura de su condición de macho de la especie humana, esta vez permite que su concubina se ponga encima de él (Benalcázar se ha acostado de espaldas), pero en vez de introducirse el miembro, lo acomoda por los bordes exteriores de la vagina, como si allí reiteradas prácticas secretas hubieran construido el espacio hermético de su lubricidad. Y poco después le llega el placer desbordante y prolongado. Las visiones se suceden ahora desordenadas y se mezclan los tiempos. La veo en un momento de arrebato en que el hombre que la comprara está a punto de ahorcarla usando su larga, negrísima y lujuriosa cabellera. La veo en la arena del circo haciendo juegos de ilusión con las manos. La veo de pie, imperturbable, mientras un hombre de traje estrafalario y bigotes a lo rey de Italia arroja puñales en torno a su cuerpo. La veo seccionada en dos mitades por un mago, en el esplendor de la tarde. La veo con un quitasol de lujo rodeada de admiradores por el malecón de una gran ciudad. Y la veo zarpar del puerto de Paita huyendo de Congará y del amor y el deseo y el despotismo de Odar Benalcázar. Todavía se me imponen nuevas visiones, pero mi mente y fantasía siguen viendo las imágenes de Primorosa Villar bella, lasciva, obscena y vindicativa. Y ahora soy yo el que me veo, cargado de dudas, confuso, mordido por apetencias y fantasías sacrílegas y blasfematorias. Una espesa ráfaga de olores me asedia. Son los olores litúrgicos de mi infancia, el olor del pellejo caduco de Santos Villar durante su larga agonía, el perfume corrompido de la pobre tía Primorosa. El verano perpetuo de Piura disipa y envilece las imágenes que acabo de tener de su carnalidad espléndida, pecaminosa e incorruptible. Abrumado, fatigado y triste cierro los ojos y no sé si evoco, imagino o veo con luz interior a Santos Villar, mi implacable abuelo, campesino sin letras ni números, cerril y analfabeto, emprendiendo su propia travesía para que don

Rufino Estévez lo devuelva al camino del bien, aunque a cambio de esta merced, Flor de María le contagie la sífilis, el chancro canónico, que secará para siempre sus jugos fecundantes, de modo que yo, Martín Villar, hijo de su único hijo, engendrado sin amor en las noches eternas en la matriz de Isabela Victoriano Nima poco antes de que emprendiera su viaje iniciático, y aún antes de que Cruz Villar, el padre que no conocí, dejara su amarga semilla en el vientre de Altemira Flórez, estaba condenado a ser el último heredero de la sangre, el rencor, la voluptuosidad furiosa y el enojo de Santos Villar. ¿Me puede mostrar alguna visión que me haga soportable la vida y me incite a reconciliarme con los míos y a escribir la historia de la errante y abominable semilla que dejó por toda herencia el soldado godo Miguel Villar?

La corte perversa condena al señor obispo

—Lo veo, es un anciano desnudo... Espere. Tiene el cuerpo manchado de caracha, llagado. Una enfermera entra. Detrás de ella está una monja. Bueno, el anciano le hace propuestas obscenas, me parece. Sí, le muestra el pene, fláccido y pequeño. La mujer sale santiguándose y horrorizada. También el anciano llora, más bien berrea, «mamá, mamita, no tengo pipí». Y entre las piernas no tiene nada, solo una rajadura, una vulva.

—¿Reconoces al anciano? ¿No? Te lo mostraré en otro tiempo. ¿Puedes decirme lo que ves?

—¡Pero no puede ser! ¡Es el obispo! Viste sus mejores galas, que refulgen. El anillo de esmeralda, el báculo, la tiara, ahora porta la sagrada custodia... ¿Qué ocurre? Ah, está de nuevo en el hospital. Desnudo, llagado y berreando por la desaparición de su pene. Horrorizado, se abre los labios sanguinolentos de su vagina. Ahora caigo: ¡lo castigaron con este daño terrible!

—Prohibió cultos heréticos, incautó reliquias y quemó cruces. Mira, lo que arde es la Cruz de Campanas, tan venerada por todos los pueblos de esta región.

—También oí que persiguió a brujos y curanderos. Se decían muchas cosas, como que castró, en el monumento a Grau, a la alegoría de Neptuno, que emergía desnudo y victorioso del océano. Pero no sé por qué el pueblo le puso el nombre de Cahuide. Esto sucedió antes de que yo naciera y por eso siempre lo vi mutilado, totalmente mutilado, ni pene ni testículos. Malnaturaloso, decía la gente, dejar así al hombre sin su hombría. Y riendo afirmaban que eso nunca se lo perdonarían al señor obispo. Ahora el anciano se tapa los oídos. Oigo risas, carcajadas, injurias, obscenidades.

—Dime, ¿qué ves ahora?

—Una jauría de perros negros y de cerdos de hocicos inmundos. Ladran, aúllan, gruñen. Reconozco el lugar. Es el palacio del señor obispo. Los perros, ¿cuántos?, le lamen las llagas, la vagina. Un puerco duerme a su lado, su hocico, untado de excrementos, muy cerca de la boca del enfermo. Un ratito, espere. Los animales se transforman en seres humanos, hombres y mujeres, los veo por distintas partes, arenales, sierras y jalcas. Pero a la vez los veo juntos y cada quien porta sus armas más poderosas. Y ahí está, ¿era cierto entonces?, la ciega Gertrudis.

—Escucha bien. Juntarán sus voces para maldecir al gallo más pintado de la iglesia de Piura.

—Y la corte perversa eleva y dispersa por los cuatro vientos sus maldiciones: «¡¿Conque quemando nuestras cruces?! ¡Jódete! ¡¿Conque persiguiéndonos?! ¡Rejódete! ¡Que se despinte tu cuerpo! ¡Que hieda tu puerco pellejo blanco! ¡Que te vuelvas cojudo, síncero! ¡Que te queme el padre! ¡Que la ardencia de los compañones te quite la paz! ¡Que ninguna hembra calme tus ganas de hembra! ¡Que en lugar de verga tengas chucha!

¡Que vieja y todo seas la mujer que la puta de tu madre quiso tener cuando te tuvo! ¡Que te duela la sangre! ¡Que te duelan los huesos! ¡Que te duela el corazón! ¡Que las carachas te martiricen día y noche! ¡Que se te caigan las babas y los mocos! ¡Que no puedas mear, pero que la mierda te salga como una bendición! ¡Que todos los dolores juntos te hagan maldecir a tus padres, a Dios y el día en que naciste! ¡Que después de muerto tu cuerpo hieda a burro muerto! ¡Pero sufre antes de morir! ¡Sufre! ¡Sufre! ¡Sufre, hijo de la más grandísima puta de tu madre!».

¿Cuál es el lugar exacto de esta visión?

—Si todo tiene un orden, su jerarquía, su espacio, ¿cuál es el lugar de esta figuración? No hablo del basural. ¿Sueñas mucho con este basural que en tus sueños es infinito, esplendoroso e inmundo? Entonces reconocerás la casa aquella. Una cabaña, un palomar o un corralón. Sí, allí vive doña Betsabé Alburquerque. ¡Vamos! ¡Olvidas que te ayudó a nacer! Mujer hombruna, no machona, corajuda sí. Y vive tal cual se crio, entre chivos y puercos. Prefiere esta compañía a la de los prójimos humanos. Rebelde, libre, desde churre no soportó el despotismo ni la tiranía ni del padre ni de la madre ni de los abuelos. Sí, sí, es ella de doce años, huida de su casa, caminando a pie por caminos polvorientos. Con el tiempo se estableció en Piura con el negocio que le gustaba: venta de leche de cabras y puercos gordos para el mercado. Así era feliz. Conocía el instinto de los animales. Tenía también piaras de burros para transportar los porongos de leches, y cantidades de perros. Aprendió a patear atendiendo a sus animales. Y una vez, justo en estas circunstancias, sintió nostalgia. Le dolían las entrañas, tenía ya treinta y cinco años y anheló la maternidad. No marido, entiende bien esto. ¡Y pensar que sentía desprecio por los varones! Muchas veces tuvo que pelear para imponer

su respeto. Por fin, los hombres empezaron a temerle y la saludaban con decencia. Pensó días y noches, y fumaba cigarros fuertes y miraba el basural. Ella era así: pensaba mucho antes de tomar una resolución, pero una vez tomada la llevaba a cabo aunque se cayera el cielo. Pensaba en un hombre como para ella, para que la fecundara. Ella, en razón de su trabajo, andaba por todo Piura y Tacalá. Y ahora tasaba a los hombres. ¡Un hombre como para ella! Lo encontró, pero Betsabé Alburquerque no era hembra de coqueterías, de modo que lo abordó y le dijo que necesitaba de él. Su manera de ser no ocultaba su atractivo, así que el elegido, muy orgulloso, le dijo que bueno, que encantado, que no faltaba más. Betsabé Alburquerque le puso una sola condición: podía disponer de ella cuantas veces quisiese solo hasta que resultara preñada. ¿La ves? Al hombre le decían «el Guasarpón Boza» por la fama de su virilidad. Trabajó bastante la primera vez, porque Betsabé, a los treinta y cinco años, era virgen. Después de cada sesión, Betsabé alimentaba bien a su hombre y el Guasarpón Boza solo rogaba a Dios que no saliera preñada, que tardase la fecundación, porque una mujer de esta ley nunca ni jamás tendría. El vecindario dijo que al fin la Betsabé había escogido marido. Dos meses después quedó embarazada, pero, por si acaso, esperó un mes más. Sí, ya no había duda. Así, antes de revelarle la verdad, preparó una comida especial y compró una botella de buen pisco para celebrarlo. El Guasarpón bebió, tomó, y, como el licor enciende la sangre, la quiso llevar de nuevo a la tarima. «¡Basta, Guasarpón!», le dijo. «Esta es la despedida y te doy las gracias por lo que has hecho por mí. Pero nunca más te asomes por aquí. ¡Tú ya me conoces!». El Guasarpón entendió, y en lo secreto le tenía un miedo terrible. Así que no volvió a rondarla y cuando retornó a su casucha de la Mangachería creyó que lo que sucedió había sido un sueño, que no había sucedido, aunque estaba agotado y durante seis meses el tremendo animal permaneció dormido.

—Lástima que tuviera mala suerte doña Betsabé con el hijo.

—¿Mala suerte?

—¿No es una tristeza o una fatalidad tener un hijo pobre de espíritu? Extenuado el cerebro, un brazo seco y una pierna algo más corta que la otra.

—¿Mala suerte?

—Bueno, es lo que decía la gente, es lo que decía mi madre.

—¡Pues Betsabé Alburquerque no lo consideró así! Para ella fue fiesta tener una criatura deforme y de seso por entero marchito. Lo llamó Saturnino, «mi Satuco, pobre animalito lindo». Ella en ocasiones había tenido que darles el pecho a puerquitos, chivitos o perros para salvarles la vida. ¡Cuánto más iba a hacer por su cría tenida por su libre voluntad!

—Quizá tenga razón, porque también oí que mimaba a su Satuco, ¡y pobre de aquel que se metiera a hacerle una burla o una maldad a su churre!

—Mírala, mírala. Fíjate cómo lleva a Satuco de la mano y qué limpio se le ve. Y ella, obsérvala, qué alta su mirada por las calles de Piura.

—La veo, sí. Y yo recuerdo.

—Ahora, escucha y sigue viendo lo que te voy a mostrar. Satuco tiene ya quince años y, si el cerebro le falta, el instinto le sobra y, como los animales, entra en celo y el celo de los animales es más fuerte y descontrolado que el de los machos y hembras del estatuto humano. Y doña Betsabé Alburquerque, criada entre puercos, chivos, borregos, burros y perros, sabía de este arrebato entre los animales. ¿Aparearlo con una pollina o una chiva? Betsabé Alburquerque tenía reglas morales muy estrictas. Y hacer esto (como tantos muchachos normales lo hacían) le pareció una afrenta tanto para su hijo como para, digamos, la pollina o la chiva. La verdad, ella desde meses atrás empezó a angustiarse por su Saturnino, porque al bañarlo descubrió que su churre había cruzado de manera tremenda la frontera de la niñez. No cabía la menor duda, era hijo del Guasarpón Boza. ¿Te admira el hecho de que lo bañara?

Ella lo seguía bañando igual que desde que nació, pues ni siquiera la higiene estaba al alcance de la inocente criatura. Entonces la invadió por primera vez la rabia contra su destino, adelantándose con ojo sabio a los tormentos que padecería su crianza.

—¿Adónde se dirige con Satuco? La veo caminar llevándolo de la mano por una tierra polvorienta, como de yucún.

—Va en peregrinación, después de tantos años, a Campanas, pueblo donde ella nació, pero no por nostalgia del hogar o la tierra, sino para encomendarse a la Cruz de Campanas (que era la única imagen divina en la que creía) y pedirle inspiración, consejo y, sobre todo, temple.

—La veo postrada delante de la venerada Cruz, antes de que el obispo la quemara.

—¿La oyes rezar?

—No, no la oigo ni la veo rezar ni implorar. ¡Ni habla!

—Es que para ella bastaba estar de rodillas y en silencio para que la Cruz la escuchara.

—Y veo cómo a su lado Satuco llora, ríe y grita, y vuelve a reír y a llorar, y de nuevo grita. Bueno, me parece verla en Piura. Sí. Ha vuelto a Piura y está en su casa. Creo que se dispone a bañar a Satuco.

—Ella en Campanas tomó una decisión. Sigue viendo.

—¡¿Pero qué hace?! ¡Lo está masturbando! ¡Lo masturba! Y Satuco delira, delira, aúlla, ruge de placer.

—¿Te repugna mirar? Fue así como empezó esta relación. ¿La llamarías «lujuria»? Y lo que a continuación te revelaré, ¿lo nombrarías «incesto»? Al muchacho, como a la mayoría de los hombres, no le bastaba la masturbación. Era un sosiego efímero.

—De la mano lo lleva a dormir a su tarima. Ella está en fustán y comienza a desnudarlo...

—Prosigue.

—Bueno, termina de desnudarlo, ella se quita el fustán y lo atrae a la tarima. Empieza a acariciarlo. Parece que doña Betsabé llorara, pero no distingo bien.

—Tienes razón. Lo acaricia y lo mima como al ñaño que seguía siendo, y guía a su pequeño Satuco para que se ponga encima y ella abre las piernas y lo ayuda para que la penetre.

—¡Menos mal que Satuco murió! Me acuerdo vagamente. Mi mamá decía que la criatura estaba por cumplir veinte años. Era una cruz que doña Betsabé Alburquerque había cargado cerca de veinte años. Eso decía mi mamá Altemira.

—¿Menos mal? ¿Satuco, una cruz? ¡Pues no lo sintió así doña Betsabé Alburquerque! Ella, que no sabía de llantos, lloró. Y todos los viernes va al cementerio a ponerle flores, y su nicho tiene una buena lápida de mármol. Y nunca, luego de que se arrodilló ante la Cruz de Campanas, tuvo remordimientos ni consideró pecado lo que por necesidad se vio obligada a hacer. ¿Acaso no había querido tener por su propia voluntad un hijo? Bien. ¿Te atreves a condenarla?

Primera visión de Deyanira Urribarri

—¿Todavía reclamas razones para vivir? ¡Eres afortunado, muchacho! ¡Y tu aflicción es una cagarruta en comparación con el sufrimiento de los de tu linaje y más allá de tu linaje! Te he mostrado de dónde procede la amargura de los Villar. Conservar la memoria del destino de los tuyos y lavar y defender su honra, ¿no es suficiente mando para vivir? Pero, te repito, eres afortunado y una dicha no lejana te espera... Observa bien ahora.

El muchacho ve una multitud enojada y rebelde en esa ciudad grande pero huera y fatua que es Lima. El muchacho dice que reconoce la ciudad y recuerda la multitud enardecida. En efecto, viajó con su madre poco después de cumplir los catorce años. Atravesaba por días y noches de espanto luego de que sufriera un desmayo en nada desemejante de los producidos por la alferecía. Cayó derrumbado como un castillo de arena y sintió que quedaba convertido en un puñado de cenizas. Fue sometido a horribles suplicios antes de que le dijeran que no había sido un ataque de epilepsia, y ahora la voz que hablaba dentro de él le dice «También te lo digo yo ante la presencia del artesano don Asunción Juares, caro a mi espíritu». El muchacho, aunque por instantes lo acomete el miedo pánico, respira con alivio, y los días que todavía permanece, recorre las calles de Lima y ve muchedumbres coléricas dispersas por la guardia montada, los vergajos y los gases. Lima le parece una ciudad siniestra.

—Bien, muy bien. He aquí lo que te espera. La dicha fugaz que iluminará para siempre tu vida.

Otra vez Lima, gris, húmeda y maloliente. Son poco más de las siete de la mañana. Visiones ignominiosas. Un cuervo lleva en su buche un ojo del tío demente. El viejo Cruz Villar ve degollar a sus finos gallos de pelea. La ciega Gertrudis y él en la gran cama donde murió Santos Villar. Oh, lascivia. Pretende enseñarle oraciones y conjuros malditos. ¡Fuera de aquí! ¡Largo, conviértanse en viento! Las visiones se van disipando. Más que como si estuviera viendo por primera vez, le parece recordar.

—Apenas bajaste del ómnibus de la línea Mora, con tu modesta maleta de cartón prensado y con el recorte de periódico en la mano, indagaste a cuanto transeúnte y policía hallabas a tu paso para dar con aquel enorme y erosionado caserón de la calle Matavilela. Y llevabas mi protección y por eso

lograste alquilar la estrecha cueva donde tu tía Dioselina Flórez pasó los últimos meses de su vida.

—Y al fin me quedo solo en la buhardilla. Me tiendo sobre el camastro oloroso a berrinche y empiezo a observar minuciosamente (oliendo, sintiendo) el pobre mobiliario que armoniza lúgubremente con los muros, gruesos muros, desconchados y rezumantes a podrida humedad y decrepitud irredimible. ¿Cuántos años viviré en este maloliente cuartucho? Ah, sí. He de permanecer aquí hasta que logre dar término a la morosa, o más bien tediosa, descripción de una naturaleza muerta con mujer ahorcada.

—No, no, permanecerás todavía un poco más, hasta que encuentres lo que yo vaticino encontrarás. Vivirás días de soledad que no quebrarán tu espíritu. Mira la de libros que leerás con la misma avidez (ahí tienes a tu padre) con que tu progenitor leía los libros de la biblioteca del honrado doctor González. Pero respirarás el aire húmedo de Lima y verás muchedumbres en lucha, gente de trabajo, obreros, empleados y estudiantes como tú. Y tú también serás parte de las masas, cantarás, imprecarás como ellas, y serás golpeado y mojado, y te echarán gases asfixiantes, y, sin embargo, ahí encontrarás la dicha, la alegría de ser joven.

—Son mítines y los veo sucederse, uno tras otro. Nos dispersamos para volvernos a reunir en otro punto del centro de la ciudad, pero me acorralan dos policías que empiezan a castigarme, caigo doblado, vienen compañeros en mi ayuda y los policías huyen. Me prestan auxilio. Y entonces la veo.

—¿La ves? ¿La contemplaste?

—No puedo escuchar su nombre, peregrino como el resplandor de sus ojos.

—Y ahora está en tu cuarto, lavado de toda miseria y tristeza.

—¡Ya se desvaneció su figura!

—Pero la tuviste ante tus ojos, gozaste de su vista y oíste su voz tan delgada. No desesperes. Paciencia, controla tu sed de belleza. Te repito que se encontrarán y descubrirás el color de sus ojos y ella te contará de su vida y linaje. Te dirá con decencia que procede de una tierra lejana y todavía más torturada que la nuestra, y después te preguntará por los tuyos. Y tu memoria y lo que has visto y aun verás inflamarán tu espíritu y le contarás con verdad y recato la vida de los de tu sangre, desde que la india Sacramento Chira se impuso el deber de sosegar el corazón rencoroso y martirizado de Miguel Francisco Villar, fundador altanero y rebelde y cruel del linaje amargo de los Villar.

La guerra y la otra violencia

En la mente del muchacho perduró esta primera visión de Deyanira Urribarri, como le dijo que se llamaba la joven al producirse, tres años después, el encuentro tal y como se lo vaticinara la pócima sagrada. Pero el cactus dorado dijo la verdad: todavía le mostró otra aglomeración de imágenes de naturaleza distinta que lo exaltaron y aterraron. Porque, de pronto, como si ocurriera un brusco cambio de escena, vio irrumpir por las polvorientas calles de Piura una cabalgata de indios de piel clara (los «serranos», como los llamaban despectivamente en la ciudad) con ponchos color de vino oscuro, blandiendo machetes y disparando al aire, a cuya cabeza galopaba un jinete que portaba una bandera ondeante cuyo color y simbolismo por el momento no alcanzó a distinguir ni comprender.

Entraron por la parte norte de la ciudad dando mueras a los chilenos, a quienes, lo sabría después, habían derrotado meses atrás en la llamada Quebrada de la Guerra. La voz que hablaba dentro de él le ordenó que atendiera. *Atiende, escucha, Martín Villar, y escribe y defiende tu testimonio*

cuando estés preparado acerca de lo que has de ver y oír, y que tanta curiosidad te despertó en tu niñez. Sí, eres vos, de churre, parado ante la Casa Quemada, cuya historia tanto te desvelaba, pero habrás de estudiar, leer los viejos papeles y, de este modo, restablecerás la verdad, pues lo que te contaba el Ciego solo contenía una pizca de lo que realmente sucedió, y todo lo que se ha escrito y aún se escribirá es mentira y ultraja la memoria de los que lucharon y murieron sin rendirse. Fascinado, pues, prestó atención, y pudo darse cuenta de que, además de lanzar invectivas contra el chileno, maldecían desafiantes y agitaban consignas que solo después empezará a comprender, contra los blancos de toda esa inmensa región, que en la confusión de la guerra y la ocupación chilena habían usurpado, al amparo del poder vigente, las tierras comunales de la parte alta del valle de Piura.

Dos vidas paralelas. Las aventuras del señor Bauman de Metz (1)

Años después, ya en El Conchal, con disfuerzo romántico, Martín Villar habría de decir *Debo admitir, Deyanira, que fue cierto doctor Ferrero quien me impulsó a rastrear las huellas del señor De Metz y así he podido cumplir la promesa que te hiciera*. Porque durante aquella prolongada velada (por lo demás, tan traída y llevada a lo largo de este relato), mientras el jovencito Villar palanganeaba desenredando la nudosa madeja de la historia de los suyos y en uno de los innumerables meandros aludió, de paso, al caballero De Metz, la divinal Deyanira Urribarri lo había interrumpido: *¿Bauman de Metz?* Oh, fulgor sideral bajo el frontal encarrujado. *¿Por qué no se te ocurrió hablarme antes del señor De Metz? Y, en cambio, ¡cuánto te regodeaste contándome las hazañas de ese individuo detestable que supones se llamó François Boulanger! ¿A qué se debe esa malsana preferencia?* A Martín Villar le pareció hallarse en los años que cursaba la primaria, cuando el maestro Jañape Pinto castigaba a los alumnos haciéndolos arrodillar sobre montoncitos de guijarros o ponerse con los brazos extendidos en cruz y con las palmas hacia arriba para colocarles un ladrillo en cada una de las manos. Y ahora, transformada en Hécate, Deyanira, con la palmeta del juicio, le zarandeaba el corazón. Y el muy masoquista se decía *Castígame, pero no*

dejes de mirarme; castígame, que así tus ojos me quemarán con fuegos que aún desconozco. Sí, ¿por qué, Martín? Perséfone se consumía entre las llamas, desenfurruñó el ceñó, los cuarcitos imantados se fundieron en un sosegado manantial dorado, y Deyanira le regaló una media sonrisa (media, porque se cubrió con la mano la desnudez de sus dientes) y repitió *¿Me lo puedes decir, Martín?* Como si quisiera cobrarse la revancha (o quizá porque ansiaba reavivar la flama que abrasaba alumbrando), Martín Villar respondió perramente: *¿Te interesa la vida de un desertor? Es cierto que el señor De Metz prendió la chispa de la rebelión, pero después huyó, ¿entiendes?, huyó, capituló y los comuneros chalacos fueron quemados vivos*. Pensativa, Deyanira Urribarri suspiró: *¿Pero fue así? ¿Estás seguro? ¿Qué pruebas tienes? ¿Tú mismo acaso no has calificado de mendaz el testimonio del Ciego? Júrame, Martín, júrame, que investigarás el suceso y restablecerás la verdad. ¿Lo harás, Martín?*

Pero, ¿por qué no se retractó ya que había lanzado la ominosa acusación basándose exclusivamente en las patrañas del Ciego cuando en el Puente Viejo lo ilustraba (junto a Arturo Lama y Daniel Sarango) en su falaz epopeya de la tierra piurana? ¿Por qué? Por una mezcla de soberbia y perversidad, pero también por estrategia amatoria, pues con ello el nada santo Martín Villar pretendió dejar abierta la posibilidad de un reencuentro o el establecimiento de una correspondencia infinita en la que, de manera dosificada, avara, él le iría informando los avances de su investigación y entre tanto... Ah, pero Deyanira Urribarri había desaparecido para siempre sin que pudiese levantar los temerarios cargos con que había gravado la memoria del errabundo Bauman de Metz.

Melancolía y arrepentimiento y enojo y ausencia.

¡El detestable François Boulanger! ¿Era verdad que sentía una malsana preferencia por este pajarraco del mal? Tirado en su camastro del hediondo

cuartucho de Matavilela, el jovencito Villar se dijo *¿La única patria del hombre es su propio cuerpo?* Cuántas veces, rodeado de libros y agobiado por el ocio y el sublime tedio, se había dicho, como el presunto Boulanger, *la única realidad es este yo rebosante de instintos, anhelos y deseos ignorados y magníficos pero interdictos por una moral de siervos, hipócrita y con olor a incienso*. No existía, se dijo ahora aviesamente, otra realidad que la de este cuerpo bello, corruptible y perecedero, como el de la buena tía Dioselina colgando de la viga y bañada por la luz húmeda y roñosa del invierno limeño. Y, en cambio, añadió con rencor, Deyanira había escuchado, como quien dice, los requerimientos del señor De Metz acudiendo a las serranías donde los suyos habían asesinado a Pedro Asto, no sin que antes el indio, encabezando una rebelión de comuneros y siervos, hubiera sembrado el terror entre los mistis propietarios de la región y aun, en acto desenfrenado y de bárbaro simbolismo, hubiera hecho volar en la misma iglesia la tumba sacralizada del cura fundador del linaje de los Urribarri Lazón y Osejo, el más poderoso y cruel de los linajes de esas serranías en que Deyanira Urribarri había nacido. Pensó: *dos vidas, dos destinos*. Boulanger de Choriè había vivido en la esfera de lo individual y postulado la autarquía del yo; por el contrario, Bauman de Metz había actuado en el campo de lo social o colectivo y, al arribar a Piura, había encendido el fuego de la rebelión, avivando la inmemorial contienda entre los ricos y los pobres. ¿Pero quién fue, después de todo, François Boulanger? ¿Y si, como había algún fundamento para sostenerlo, Boulanger y Lemesle (André Lemesle) fueron la misma persona? Tampoco sabía gran cosa acerca del enigmático señor De Metz, pero comprendió que la vida de este, su destino, estaba ligado por infinitos y ocultos lazos al destino de los Villar, al de todos los Villar que pueblan la Tierra.

Sin embargo, pasaron algunos meses antes de que Martín Villar se decidiera a ir tras las huellas del caballero De Metz. Por entonces, el Gran Acontecimiento (el Gran Despelote, como decía J. L. Díaz) era el triunfo de los barbudos de Fidel Castro. Y fue a propósito de cierto psicoanálisis de las barbas de Fidel que tuvo lugar en la Facultad de Derecho de la Católica, que el jovencito Villar, despojándose de la máscara del ironista, se vio en la necesidad de dilucidar el problema que en alguna forma habría de determinar sus pasos a seguir. Eran días de gloriosa euforia y optimismo, y las sublimes borracheras juveniles, pasado el momento de la (¿desgarrada?, ¿fingida?) autocrítica inculpatoria, concluían entonando coplas de la Guerra Civil Española y, con voz aun más elevada, el himno que empieza *Soy comunista, toda la vida/oh, bella, chau, bella, chau, chau...* Los menos de sus compañeros ansiaban seguir de inmediato el ejemplo de los revolucionarios de la Sierra Maestra, los más se sentían poseídos por la musa y escribían larguísimas odas a Fidel, al Che Guevara, a Camilo Cienfuegos. A estos últimos, el jovencito Villar les temía como a una plaga, pues lo arrinconaban despiadadamente para leerle con voz tronante la última composición de su estro. Una compañera le quitó el habla porque, al pedirle su opinión sobre un afiche del Che Guevara en el que sin duda ella había puesto todo el corazón, Villar le dijo que la boina del Che le había quedado pero qué bien, de lo más bonita. De este modo, Martín Villar (merecidamente) fue ganando fama entre los alumnos de la Católica y de San Marcos (pues hasta este añosísimo predio extendía sus peregrinaciones) de antipático, petulante, irreverente y, en suma, de individualista intratable. *Ah, pero si supieran lo que hay en mi corazón*, se decía con insoportable hipocresía, mientras levantaba su solitario vaso de cerveza. Pero, entonces, en una de las clases de Derecho Constitucional, el doctor Benito Ferrero empezó a explicar el simbolismo de las barbas de Fidel Castro.

Desde que pasase su etapa de cachimbo, Villar había encontrado el modo de conjurar el irredimible sopor que le producía la mayoría de las clases. Ubicado en el sitio estratégico de los tímidos, en tanto el catedrático le daba a la labia, el beatífico (el oscuro, el inexistente) universitario Villar llenaba página tras página de un cuaderno escolar, febril tarea que lo transportaba a otros ámbitos y otros tiempos. Empezó por describir (acaso antes de tiempo) la sórdida habitación en que él vivía y donde años atrás se ahorcara la querida tía Dioselina. Nunca imaginó que la simple descripción de aquella covacha le resultaría labor tan dolorosa y difícil. Y, por el contrario, describió con relativa facilidad el erosionado caserón de la calle Matavilela, en cuyo pasaje más remoto, más hondo, atravesando el segundo gran patio, se hallaba enclavado el pozo de la expiación. Esto lo llevó a evocar de manera minuciosa el recorrido que solía hacer en su niñez desde la casa de su abuelo Santos hasta la escuela de los catetos que le hubiese permitido descubrir que en Piura, aparte del mundo del abuelo Santos y la ciega Gertrudis, existían otros mundos. Sintiéndose investido de ciertos poderes se aventuró a escribir sus primeros cuentos, entre los cuales gustaba recordar uno que tituló «Fin de la infancia». Por desgracia, abandonó esta buena conducta, y quizá influido por las crepusculares lecturas en las que se había precipitado, se afanó por dar corporeidad al esquivo fantasma de François Boulanger, tipejo que habría de merecer el desprecio de la adorable Deyanira. Y justamente cuando se disponía a plasmar las visiones que le prodigara el cactus dorado en la cabaña de don Asunción Juares (y durante las cuales el espíritu del vegetal le anunciara el advenimiento a su vida de la sin par Deyanira Urribarri Lazón y Osejo) fue que tomó conciencia de las canalladas que estaba diciendo el elegante y agresivo Benito Ferrero Malatesta.

El doctor Ferrero gastaba una estampa que parecía arrancada de un figurín de modas para caballeros de edad madura pero que en su juventud hubiesen

practicado las artes marciales. Todo en él era afilado: la estatura, los huesos, el mentón, la nariz, la montura de oro de los lentes, y las palabras salían de su boca como esquirlas incendiarias y purgativas, casi tetánicas. Sus trajes, de excelente paño, armonizaban con sus ojos grises y sus latinas greñas las llevaba oprimidas hacia atrás, sin copete, como casco de centurión. Revestía el marmóreo esqueleto un cuero trigueño con pátinas rosáceas, como las famosas auroras de Homero, a quien, dicho sea de paso, el doctor Ferrero anteponía (no sin sentimiento de culpa) al imperial y no obstante dulce y mórbido Virgilio. Como tenía un hermano mellizo llamado Remo, el doctor Ferrero, tal vez por influencia paterna, había terminado por considerarse descendiente de los míticos fundadores de Roma, y una de las dudas metafísicas que perturbó su juventud fue saber si Hitler lo hubiera incluido entre los representantes de la raza superior. Porque por la década de 1930 el joven Benito Ferrero había sido un decidido fascista que despreciaba un poco a su maestro don José de la Riva-Agüero, por el doctrinarismo de que hacía gala cuando los mejores argumentos los constituían la cachiporra y el aceite de ricino. Ahora vestía elegantes camisas de seda con gemelos de ágata engastados en oro, pero la camisa parda la seguía llevando en el corazón, en la mirada, en la mente, en los delgados labios despóticos cuando exaltaban la teoría fascista del Estado.

Para los alumnos de más alta prosapia, aquellos cuyos apellidos usurpaban las páginas de la historia patria, los nombres de las calles, de las avenidas, de las plazas, de los monumentos, de las instituciones cívicas y militares, el doctor Benito Ferrero era el paradigma que las clases propietarias debían seguir si querían preservar sus privilegios, de modo que al asistir a las clases de Derecho Constitucional los mozos aristócratas adquirían sapiencia, fortalecían el espíritu, aprendían a utilizar la lengua como escalpelo descalabrador y estigmatizante. Los alumnos hijos de familias decentes

venidas a menos que abrigaban ideas progresistas y socializantes no eran inmunes a su hechizo, mientras que los jóvenes de origen y color modestos temblaban ante el terrorismo verbal del doctor Benito Ferrero. Era sarcástico y hacía gala de un humor finamente indecente que enrojecía a las alumnas fuera cual fuese su condición social. A propósito de un canciller peruano que se había mostrado inepto y débil en un diferendo internacional, el doctor Ferrero concluía *Y así nuestro brillante canciller retornó a Lima con el tubérculo adentro*. Al referirse al doctor Quispe Ayala que dictaba el curso de Derecho Constitucional en San Marcos, en el cual defendía el modelo de Estado demo-liberal, el doctor Ferrero decía *A diferencia de lo que postula cierto profesor de apellido totémico, el Estado que más se aproxima a un orden establecido por una inteligencia superior es el Estado corporativo*. Pero desde su rincón estratégico Martín Villar no hacía demasiado caso de las chanzas del doctor Benito Ferrero Malatesta y proseguía escribiendo en su cuaderno escolar, e incluso más adelante debió agradecerle aquello del «apellido totémico» porque por primera vez pensó con profundidad en la madrecita Sacramento Chira y en su homenaje ensayó una primera descripción del vichayo tutelar de los Villar.

Pero ahora, mientras trataba de convocar las visiones que le prodigara el sampedro en la cabaña de don Asunción Juares, de pronto, el salón estalló en carcajadas e instantes después una voz lejanamente conocida le dijo al oído *Llevaban una gran bandera roja y entraron a Piura gritando «¡Viva la Comuna!»*. A partir de este momento, Martín Villar pudo escuchar con simultánea nitidez los innobles sarcasmos y aseveraciones del doctor Benito Ferrero y la voz sacramental del cactus de sus antepasados. *Intentemos hacer*, decía el *condottiero, ya que la ocasión es propicia, un psicoanálisis del rencor. Todos lo conocemos; la democracia nos viene imponiendo desde hace semanas su imagen. Es un sujeto alto, corpulento, de aspecto occidental*

pero con inocultables efluvios de la jungla africana y el tam tam de los tambores resuena en sus esperpénticas vociferaciones. ¿Han pensado ustedes en el porqué de las barbas? Bueno, según fuentes seguras, este sujeto padeció cierta mutilación orgánica siendo todavía casi un adolescente. Esta emasculación es tanto más condenable porque debido a ella el pobre muchacho agarró un rencor a la sociedad, de la cual juró vengarse destruyéndola. Pero para liderar una horda de apaches hay que mostrarse viril, feral, inclemente y estrepitoso, atributos que para los facinerosos son consustanciales a aquellos que poseen soberbios y caprinos dicotiledones. Y, así, Fidel Castro, pues este es el nombre del muchacho de nuestra historia, tras abjurar de la higiene, se dejó crecer la tumultuaria barba con que nos lo muestran las fotografías, y se revistió con atavío sarraceno que hiciese olvidar la carencia de aquellos carnales dídimos que tanto amamos los hombres. Repito: aquel tajo fue un acto bárbaro, cruel y yo lo condeno, pero, ¡consolémonos! Pues el rencor ya no podrá engendrar rencor. Y esta es una esperanza para Cuba, la bella isla hasta ayer nomás feliz.

Una risa contenida pero orgullosa lucían los rostros de los tiernos delfines. Los radicales fluctuaban entre el desdén irónico y el asombro. Encarnadas, las jovencitas estaban cabizbajas. Y la mayoría de «los amorfos», temerosos de las represalias del doctor Benito Ferrero Malatesta, se esforzaban por mostrar los dientes. Un joven de exigua talla y de grandes orejas se había puesto de pie en actitud beligerante. Penosamente luchaba con las palabras y tartamudeaba. Le dijo que era del todo indigno que en un aula universitaria se echara mano de los infundios propalados por la CIA para denigrar una revolución que abría una nueva era en la historia de Latinoamérica. *¡Joven!*, lo interrumpió el catedrático, *¡tiene usted las orejas (igual, supongo, que el corazón) por entero rojas! Y, por lo que veo, usted habría pertenecido a cierta capa privilegiada de sus antepasados los incas. ¿Por qué tartamudea?*

Mire, como profesor, como abogado, le recomiendo que se ejercite como el ilustre tartamudo Demóstenes, antes de venir a echarnos discursillos de plazuela.

¿Sabe lo que es usted, doctor Ferrero Malatesta? ¡Nada más que un miserable fascista! Así debí decirle, se repetía por la noche en su cuarto el jovencito Villar, y se culpaba por no haber tenido coraje para unirse a la protesta de su reducido condiscípulo y, en cambio, haberse entregado a la lujuria de imaginarse allí, en el salón, pulverizando con su verbo al infatuado catedrático, mientras el hembraje soltaba *ohs* de admiración y solidaridad. Pero Martín Villar, por temor al ridículo, no se atrevió a denunciar al Gran Camisa Parda y solo atinó a salir del aula pisando fuerte el entarimado en medio del silencio de la clase y el desconcierto del doctor Benito Ferrero Malatesta, quien (era lo más probable) por primera vez reparaba en aquel alumno debilucho y de faz amarillenta.

Desde meses atrás Villar había decidido abandonar no solo los estudios de Derecho, sino también la vida universitaria, pero por uno u otro pretexto (porque eran pretextos el miedo animal de incursionar en una región desconocida) había venido postergando la determinación que de manera bizarra le anunciara a su providencial amiguita. Y he aquí que un incidente azaroso (¿pero hasta qué punto sería azaroso?) lo había puesto en trance de dar cumplimiento a la palabra empeñada. Porque ahora sabía que ya no volvería a poner el trasero sobre ninguna pontifical carpeta de la Católica. Tenía las rodillas descoyuntadas, las manos húmedas, amelcochadas, y le faltaba el aire. Un vértigo lo llevó a apoyarse sobre una columna de madera. *Y fueron fusilados, y los que resistieron hasta el final fueron quemados vivos, y entre las llamas seguían gritando «¡Viva la Comuna!»*. Era hora de clases y los patios y pasillos se veían desiertos. El pulso y el ritmo del corazón recuperaron el latido normal. Desde el segundo piso, Martín Villar

contemplaba por última vez la mansión refaccionada y pintada de marrón excrementicio donde naciera Riva-Agüero, hijo único, infante nacido viejo y criado por tías solteronas, tan aristocráticas como recoletas. Bajó al primer piso, atravesó el pasaje que conducía hacia el segundo patio, al final del cual se hallaba la estancia donde funcionaba el Instituto Riva-Agüero y cuyas puertas se le habrían abierto de haber sucumbido a la gran tentación del doctor Ventura Candamo de la Romaña.

Volvió sobre sus pasos. Dividía el primer y el segundo patio un gran aposento convertido en Salón de Actos que solo era utilizado para las actividades académicas más solemnes. Los conserjes estaban haciendo limpieza general, de modo que Villar se asomó para echarle una postrera mirada. Aquí, pocos meses después de que ingresara a la universidad, había escuchado, en medio del más severo y funeral esplendor, a don Víctor Andrés Belaunde, a quien veintitantos años atrás los alumnos sanmarquinos habían arrojado tomates por fascista y cucufato. Desde aquella vez, a Martín Villar le había nacido el imperioso deseo de sentarse en el ornamental sillón tapizado con terciopelo escarlata que ocupara el rector, monseñor Tubino, y deflagrar un gregoriano pedo. Mucho había fantaseado con la ejecución de este acto. Para propiciar a los céfiros recordó las canalladas del doctor Benito Ferrero y avanzó entre un triunfal coro de *aleluyas* sobre la espesa y vinosa alfombra. Pero los dioses le fueron adversos, pues cuando apenas le faltaban unos pasos para alcanzar el trono cardenalicio, se silenciaron el órgano y las sacras voces y apareció el fantasma de Riva-Agüero en la persona del obeso secretario de la facultad, y Martín Villar debió fingir que contemplaba los vetustos óleos que enaltecían el recinto. Años después le diría a Zoila Chira *Y fue así, China querida, como viví una de las más dolorosas frustraciones de mi vida*.

Al salir a Lártiga respiró un aire de libertad. *Después de todo*, se dijo, *es natural que gentes como el doctor Benito Ferrero escarnezcan a Fidel y a*

sus barbudos revolucionarios. Caminaba distraído por Camaná. También los blancos de Piura habían denigrado a los comuneros chalacos y el Ciego, en su tremebunda epopeya, declaraba odiosa la memoria del caballero De Metz. *¡Júrame, Martín, que restablecerás la verdad!* Llegó a la Plaza Francia, huroneó por los patios de la Facultad de Letras, conversó unos momentos con Lister, el portero, miró a las nuevas ricuras que habían ingresado ese año, luego enrumbó por Tambo de Belén, continuó por Pachitea y volteó por Azángaro en dirección al Patio de Letras de San Marcos. Escuchó que lo llamaban desde El Pacharaco y La Tiendecita Blanca, pero el gran Martín Villar saludó con el brazo en alto y prosiguió su marcha y, al transponer el portón, escuchó que los parlantes transmitían canciones revolucionarias que interrumpían de rato en rato para anunciar la próxima llegada de Raúl, hermano de Fidel Castro y compañero de armas del Che Guevara.

En las siguientes semanas (las últimas que pasaría en Lima, antes de emprender un largo viaje por los Andes y la selva para terminar anclado en El Conchal), Villar, como en los primeros años de universitario, vivió recluido en la biblioteca. Era verdad que los mayores problemas que había dilucidado pertenecían a la esfera de su propia conciencia, sin embargo, exageró para escandalizar y merecer la condena de Deyanira al decirle que él había decidido considerarse por encima de la contienda social. Aunque blindado por la ironía y el fingido escepticismo, el antipático jovencito había emprendido algunas búsquedas. Con admirable coraje se había chupado los coloquios de Haya de la Torre en los que el jefe aprista expuso un revuelto puchero que tituló, con modestia criolla, *Teoría del espacio-tiempo histórico*. Después integró un círculo socialcristiano para hacer trabajo en las barriadas, pero se sintió abyecto al descubrir que detrás de los jovencitos organizadores estaban los bonetes y las sotanas. Figueroa, un paisano suyo, le dijo que era ya tiempo de que se dejara de huevear y asumiera el compromiso que la

sociedad imponía a los jóvenes. Divertido, Villar hizo su *mea culpa* y le pidió que lo pusiera en contacto con gente que le explicara las raíces de la desdicha humana. El círculo pertenecía a la Juventud Comunista y tenía carácter de premilitancia, donde se separaba el grano de la paja. Távara, el responsable de la célula, era un alumno del último año de Derecho de San Marcos, bajo, robusto, cholo, de cabello muy corto y voz gruesa, y cuyo nombre de combate era Calcuchímac. Por desgracia, Villar acudió a la primera reunión con un libro de Kafka en las manos y, sabiendo que este era judío, Calcuchímac lo calificó de «sionista al servicio del imperialismo yanqui». La reunión versó sobre el último congreso del PCUS, al cual había asistido, dentro del espíritu del internacionalismo proletario, el secretario general del Partido Comunista Peruano. Al levantarse la reunión, el camarada Calcuchímac le dijo al flamante premilitante Villar *¿Por qué te pajeas leyendo cojudeces? ¿No sabes que todos los poetas y artistas son una partida de rosquetes?* Martín Villar dejó de ir a las reuniones, pero Figueroa lo convenció para que asistiera a una charla que daría a un grupo de simpatizantes el secretario general del PCP, camarada Jorge del Prado, quien semanas atrás había retornado de Moscú.

Del Prado era un hombre que se acercaba a la vejez, blanco, colorado, casi calvo, con algo de asceta y de mártir. Pero lo que impresionó a Villar fue la modestia que emanaba de todos sus gestos. Con voz baja y pausada alabó a Kruschev, que había tenido el coraje de denunciar los crímenes de Stalin. Martín Villar sintió un vuelco en el corazón porque de pronto recordó a sus tíos Silvestre y Miceno, a quienes había visto llorar el día en que los periódicos divulgaron la noticia de la muerte de Stalin, lo cual le causó estupor, miedo y remordimiento, pues por la mañana, en la misa dirigida por los curas salesianos, había dado gracias a Dios por librar a la Tierra de un tirano. *Ha muerto un gran bolchevique,* le dijeron; *y nunca olvides, sobrino,*

que con su puño Stalin venció al fascismo y obligó a agachar la cabeza a los capitalistas. Ahora, el camarada secretario general hablaba de la coexistencia pacífica y de lo desastroso que sería para la humanidad una guerra nuclear, por eso había que aprovechar la legalidad burguesa para organizar a las masas y precaverse del radicalismo pequeño burgués y del aventurerismo trotskista, pues, en realidad, los trotskistas eran agentes secretos del imperialismo yanqui.

¿Por qué ese malestar, esa como vergüenza, esa como baba repulsiva que le subía desde dentro? *Tuviste la experiencia de la náusea sartreana viejo*, le dijo J. L., cuando le contó el suceso.

Antes de que empezaran los aplausos y el coro de consignas, Villar se escabulló del local. A la salida se encontró con un joven unos años mayor que él. *¿Te impresionó el aire de santidad que emana Del Prado? ¡Tremendo degenerado! ¿Sabías que los peruanos de la Universidad Patricio Lumumba de Moscú le escupieron en plena cara por alinearse con los revisionistas kruschevistas? Mira, pata, no te dejes embaucar. Conversa con los jóvenes del PC que salieron desterrados a Bolivia durante el ochenio. Te contarán cosas que te pondrán los pelos de punta*. Desde entonces, Martín Villar se replegó sobre sí mismo, pero secretamente intuía que la verdad estaba en hombres como los tíos Silvestre Villar y Miceno Flórez, y abrigaba la esperanza de que sujetos como Del Prado y Távara no fueran sino caricaturas, esperpentos que tarde o temprano habrían de ser desenmascarados.

Y de súbito había aparecido en su vida la juvenil Deyanira Urribarri, con su fresca y pura fe en el socialismo, mientras en Cuba triunfaban los guerrilleros de la Sierra Maestra. Después del incidente con el doctor Benito Ferrero pensó que algo bueno debía de haber en la Revolución Cubana para que mereciera el odio feroz del Gran Camisa Parda. No lo impresionó demasiado Raúl Castro, pero se propuso entender racionalmente el problema

de las revoluciones que ahora agitaban las zonas atrasadas de la Tierra. Tenía veintiún años cuando leyó de un solo tirón el *Manifiesto Comunista*. No lo comentó con nadie, pero se dijo que él también, a su manera, libraría su propia lucha. Y fue con este espíritu que ingresó a la Biblioteca Nacional por si descubría la más leve huella dejada por Bauman de Metz, aquel aventurero que recalara en Piura llevando consigo la gran idea de la Comuna de París.

Dos semanas después reparó en él. Era un individuo de unos treinta y cinco años, de mediana estatura y magro de carnes, trigueño claro como Villar, con entradas en la frente, y usaba lentes. Pero lo que llamaba la atención eran su nerviosismo, las manos siempre inquietas y los ojos fisgones. Martín Villar, que había convertido la hemeroteca en su cuartel general, notó que, cada vez que llenaba una ficha, el hombre se las ingeniaba para leer el título del periódico o revista que solicitaba. Después, mientras tomaba apuntes, el extraño pasaba detrás de su butaca, estiraba el cuello sin ningún recato y miraba las anotaciones que Martín estaba efectuando. Este había revisado ya *El Amigo del Pueblo* que dirigiera Sansón Carrasco a principios de siglo; la lectura del hebdomadario le resultó apasionante, aunque las pocas alusiones que encontró sobre el levantamiento de los comuneros de San Femando de Chalaco no hacían mención alguna de la presencia del señor De Metz. En *El Tiempo*, diario fundado en 1917, leyó con consternación la necrología dedicada a la memoria del doctor Augusto González Urrutia, quien (ahora lo leyó en letras impresas) se suicidara en noviembre de 1918. Las indagaciones en el *Ecos y Noticias*, fundado por Hipólito Estrada, le depararon algunas interesantes sorpresas; en la incompleta colección de este diario existente en la hemeroteca leyó seis de las diez entregas de un olvidado texto de Sansón Carrasco que era una mezcla de crónica, reportaje y novela con el título de *Un pájaro del mal*. ¡El detestable

fantasma de François Boulanger pretendía apartarlo de los rastros del señor De Metz! *Pero, ¿debo llamarlo François Boulanger o André Lemesle? Vamos, Martín, ¡no dejes que el perverso eunuco te aparte de tu búsqueda!* De modo que continuó revisando el *Ecos y Noticias*, que abundaba en datos sobre las condiciones de vida de los campesinos yanaconas de los valles de Piura y del Chira, y en la sección «Catilinarias», firmada con el seudónimo de Cicerón, se hacía denuncias contra las malas autoridades y los abusos de los terratenientes.

Pero el hallazgo más importante (y que lo colmó de ternura) fue una serie de crónicas (por desgracia también incompletas) que publicó el *Ecos y Noticias* entre julio y agosto de 1939 con el título general de «Piura durante la ocupación chilena», firmada, según decía la nota de redacción, por el joven historiador Zuriel Mendoza, que fuera el maestro de primero de primaria de Martín Villar. El estilo era enfático y recargado de galanuras provinciales, y le hizo recordar los cuadernos que le legara su padre, pero las crónicas contenían inquietantes informaciones y algunas familias patricias de la ciudad no quedaban muy bien paradas por su comportamiento conciliador frente a las tropas chilenas. Y esto le llevó a evocar a la señorita Domitila Diéguez y la casa en llamas de Visitación Cabrera y a su viejo abuelo Cruz Villar colgado en la plaza de Congará por el jefe del destacamento chileno. En la crónica que dedicó al levantamiento de los comuneros chalacos ocurrido en las postrimerías de la ocupación chilena, el joven Zuriel Mendoza, pese a declararse enemigo de la violencia, no ocultaba su simpatía por los comuneros insurrectos y recordaba que los bravos chalacos infligieron una derrota a la expedición chilena en la llamada desde entonces Quebrada de la Guerra. De paso, el maestro Zuriel, sin revelar el nombre, aludía al importante rol que había desempeñado en la gestación del movimiento cierto extranjero, probablemente de nacionalidad francesa, que había aparecido por

Piura unos meses antes de que estallase la Guerra del Pacífico. Eufórico, Villar copió el texto en su integridad, pues no dudó que aquel extranjero fuera el señor De Metz, cuyo nombre había escuchado por primera vez de labios del Ciego en los ardientes años de la adolescencia.

En *La Industria* acapararon su atención los artículos del profesor Néstor Martos, aunque le interesaron menos sus escritos sobre los historiadores griegos y latinos y sobre la *Historia de Roma* de Mommsen, que los dedicados a la historia de la región piurana. No obstante, encontró el dato más valioso en uno de los artículos de la serie que el profesor Martos denominó «Remembranzas sanmiguelinas». El artículo llevaba por título «Una extraña clase sobre la Guerra Franco-Prusiana», dada por un excombatiente de dicha guerra, decía, que sufrió el sitio de la ciudad de Metz, la fortaleza que los franceses tenían en el condado de Lorena. La remembranza se centraba en la polémica que se suscitó entre el expositor y el doctor Cárcamo, quien por entonces era el profesor de historia universal del colegio San Miguel. «Pero el debate», aseveraba el articulista, «se vio interrumpido por una especie de desvanecimiento que padeció el excombatiente del ejército de Napoleón III». Después de terminar de revisar la colección existente de *La Industria*, Villar creyó cumplida su tarea; pero entonces se le acercó el desconocido de ademanes nerviosos y le dijo *Pero usted no ha revisado* El Pueblo*, el diario socialista de don Jaime Benítez. ¡Vamos, muchacho, no sea flojo y revíselo! Ah, y cuando termine, vaya a la Sala Perú y consulte a León Zaldívar y, sobre todo, a Bruno Rosselli. No se olvide, ¿entiende? No se olvide, que quizá encontrará más datos sobre lo que usted está buscando*.

Martín Villar continuó diez días más con sus pesquisas. Pensaba en el texto que acababa de leer y releer en torno al nunca esclarecido asesinato del exprefecto de Piura Rodolfo Lama Farfán de los Godos, contenido en el libro

Estampas piuranas, cuando sonó el primer timbrazo que anunciaba el fin de atención de la Biblioteca Nacional. Faltaban quince minutos para las once de la noche y el pichón de ¿escritor?, ¿memorialista? (*¿o qué diablos seré, Deyanira?*), dio por concluida la investigación que ahora le parecía algo esquizofrénica y absurda. Permaneció todavía unos minutos en la butaca y se dijo que acaso su amigo Arturo Lama, albacea del archivo familiar de los Lama Farfán de los Godos, poseyese algún documento relativo al señor De Metz, quien, al decir de León Zaldívar, había aparecido como un ángel malo en la vida del adolescente Rodolfo Lama. Curiosamente, en una de las evocaciones de la vida social de las familias notables de Piura en los meses que precedieron a la Guerra con Chile se hacía referencia a un pintoresco personajillo natural de Alsacia que enseñaba a las damitas los bailes entonces de moda en París.

Había sonado el segundo timbrazo y los conserjes empezaban a apagar las luces; *pero más desconcertante aun*, se dijo mientras iba a devolver el libro, *es que este mismo personajillo*, como había leído en *El Pueblo* en un conjunto de crónicas sobre los antecedentes del movimiento obrero artesanal de Piura, *estuviese ligado a hombres como el zapatero Moscol, el herrero Atoche, el panadero Cotos y el ebanista Vilela, que fundaron a comienzos de siglo la Confederación Obrera de Piura y el Club Estrella Roja, que antes de convertirse solo en un equipo de fútbol había tenido un carácter de divulgación del sindicalismo y de la cultura obrera mundial*. ¿Y qué hacia este ubicuo caballero De Metz en la residencia de don Máximo González, padre del doctor González, con ocasión de su nombramiento como vocal de la Corte Superior de Piura? Ahora había bajado las frías escalinatas de mármol jaspeado y entró al baño para echar la última meada en la Biblioteca Nacional. Al salir, lo esperaba el desconocido, cuya presencia había sentido

en todo momento mientras leía, y hablándole de *tú* (*pues soy tu mayor*, según afirmó), le dijo:

—Te faltó leer el artículo «El primer levantamiento socialista en el Perú» del paisano Hildebrando Castro Pozo. Pero, ¿qué te parece si nos tomamos un café?

Lo condujo a una chingana del jirón Puno y en el trayecto le declaró sus señas de identidad. Típico linaje piurano. Hubiera bastado con el nombre y los apellidos: Emilio Merino Estrada, mas Emilio Merino Estrada no era individuo avaro y no le ahorró detalles: había nacido en el barrio de las Gallinaceras, antaño barrio de artesanos cholos, como de negros y zambos lo fuera la Mangachería y de indios, Tacalá, en la otra ribera del río. Cuando Merino Estrada le informó que había sido bautizado en la antigua iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, nuestro atrevido héroe sintió el irrefrenable impulso de decirle *¿Y a mí qué? Oh, Martín, contente, contente; ¡¿es que nunca aprenderás las buenas maneras de la vida?!* En cambio, le interesó saber que fuese descendiente de los Merino de Ayabaca y creció en estatura a los ojos de Villar cuando le reveló que su abuelo paterno fue asesinado por Carmen Domador.

—Para ser justo —puntualizó Merino Estrada entre raudas bocanadas de tabaco—, se trató de un duelo.

Por el lado materno predominaba en él la sangre india de estirpe sechura. Cuando escuchó el nombre de Mendis Chapelliquén, la abuela mítica (atravesaban la enfangada pista de la avenida Abancay), el truculento Martín Villar pensó *Ah, los indios, siempre la vieja sangre*.

—¿Supongo que sabes quién fue Hipólito Estrada? —le dijo mientras ingresaban a la bulliciosa chingana—. Es mi tío carnal.

Tomaron asiento en un extremo oscuro del bar, muy cerca del urinario. La última tristeza de aquel invierno y del final de su vida universitaria. Bacán en

su soledad, se dijo *Así está perfecto, Deyanira: olor a urea y música de rocola*.

—Los Estrada —le decía ahora Merino— fueron hombres de letras; como pequeños gamonales —añadió— fueron los Merino.

El gallito Villar erizó todas sus plumas.

—Gamonales mestizos, algo oscuros, ¿entiendes?, por las travesuras con las negras.

Se le pasmó el kokorokó en el güergüero. *¡Vaya, menos mal, menos mal!* El mozo que parecía conocer de tiempos a Merino Estrada lo llamó «doctor». Puliéndose, y para aplacar el torrente de lágrimas que amenazaba con anegarle los ojos, Martín Villar exclamó hacia adentro *Ah, ssschusssha, ¡doctor!*

—¿Por qué no te tomas una cerveza? Yo soy abstemio y beberé café. Castillo, una cerveza y, para mí, uno pero bien cargado. Y ahora, Villar, cuéntame cómo fue que te interesaste por Bauman de Metz.

Si había descubierto que rastreaba los pasos dejados por el señor De Metz, no le causó asombro que supiera que se apellidaba Villar, de modo que Martín Villar, sin aludir a sus ocultas motivaciones, le habló de la Casa Quemada y de las historias que contaba el Ciego. *Ni una palabra sobre ti, Deyanira; ninguna mención sobre las visiones en la cabaña de don Asunción Juares*, aunque no pudo evitar referirse al doctor Benito Ferrero. Ahora, viéndolo fumar cigarro tras cigarro, que arrojaba a medio consumir, Villar se explicó aquella inquietud de las manos y el nerviosismo de todos los gestos que le hubiera observado dentro de la biblioteca. Bebió con lentitud la cerveza y después pidió una taza de café, en tanto Merino Estrada ordenaba su tercera taza.

—Padezco de insomnio crónico y las noches me resultarían insoportables sin el café. Te seré franco: si fueras historiador no te daría ningún dato, pues

entre los del gremio nos saqueamos los unos a los otros. ¡Qué jungla! El asunto es el siguiente: de la historia del Perú me interesan los primeros cincuenta años del siglo XVI y los años del reinado de Carlos III. He pasado ocho años en España metido en el Archivo de Indias. Ocho años. Te diré algo: el reinado de mi maestro Porras ha terminado. Sí, sí, como lo oyes: ha terminado. De modo que ocuparme del granuja Bauman de Metz... A propósito: he descubierto su tumba, si acaso es la de él, y mañana mismo te llevaré a conocerla al cementerio Baquíjano de Bellavista. Y antes de que me olvide: este fulano dejó descendencia, gente extraña, como anacoreta y altiva; conozco su mansión, aunque se ha negado a recibirme. En realidad, aquí entre nos, me han mandado al carajo. Pero lo que te decía, investigar a este aventurero (parece que después de lo de Chalaco anduvo de aquí para allá hasta establecerse en el Callao como comerciante de ultramarinos) me sacaría de mis cotos de caza, y (por lo que sé) Araníbar, como si no tuviera suficiente con el Incanato, también husmea en los años de la Conquista, ¡esa pasión humana de querer abarcarlo todo nunca podré entenderla! Y, en cuanto a Macera, se ha pasado del siglo XVII al XVIII. Además, Vélez y los pitucos del Instituto Riva-Agüero, con el doctor Candamo de la Romaña al frente, trabajan en la época del despotismo ilustrado para hallar los antecedentes de la emancipación, asunto que les angustia en el alma. Como ves, mucha, demasiada competencia. Claro que yo los aventajo a todos y te diré por qué: porque no puedo dormir, dos, tres, cuatro días sin pegar los ojos; mi récord es de siete días, una semana limpia. Un privilegio si le quitas el aspecto fastidioso, lo cual no quiere decir que me descuide. Pero, además, con Bauman de Metz existe otro problema. ¿Te has dado cuenta con qué facilidad le abrieron sus puertas los blancos de Piura? He logrado observar a algunos parientes (ni te imaginas las horas que tuve que montar guardia por los alrededores de la mansión): son rubios, altos. Bueno, los habitantes de Lorena

de habla alemana descienden de Lotario II del siglo VIII, de ahí el nombre, pues durante siglos Lorena fue reino independiente... Te decía que no se sienten franceses ni alemanes... Bien, el problema es que este varón (¿o sería barón?, hipótesis que no se puede desechar así como así) fue socialista, o quizá comunista (la otra posibilidad es que fuese anarquista, aunque contra esta conjetura obra el que los comuneros chalacos entrasen con una gran bandera roja), y esto para mí es un problema peliagudo. Te diré por qué. Yo no soy comunista. Ni siquiera socialista. Dios me libre. ¿Que qué soy? Mira, yo detesto el desorden, el anarquismo, la politiquería de la democracia. Ahora ya no se puede entrar en San Marcos. ¡Cuánta fanfarria con esa cosa de la Revolución Cubana! ¿Fascista? No, Villar, te equivocas, soy hombre pacífico, sería incapaz de levantar la mano a nadie. A propósito, Ferrero viene de *herrero*, *fierrero, chancafierros*, en una palabra, linaje villano salido de la fragua. Esto debería responderle el doctor Quispe, en verdad apellido totémico. Bueno. Yo creo que se ha hecho escarnio de la monarquía. Para mí, San Martín no estuvo descaminado cuando se propuso la búsqueda de un rey para el Perú. Entiéndelo, Villar, tienes que admitirlo. Cuando se prolonga el insomnio me entrego a fantasear sobre cómo habría sido el desarrollo del Perú si se hubiese instaurado la monarquía. ¡Qué ceremoniales! Me gustan las ceremonias. Y la monarquía es orden, paz, mesura, respeto humano. ¡Créeme, Villar! Carlos III fue un gran rey, estoy de acuerdo con que fue hombre culto, pero disiento de los que lo tipifican de déspota ilustrado. En fin, no se vería bien que un monárquico convencido como yo se ocupase de un individuo que intentó repetir la experiencia de la Comuna de París. ¡Ni hablar! ¿Con qué cara retornaría a España? Además me vería obligado a zambullirme en la historia del socialismo, en las cosas esas de las Internacionales Comunistas, por lo menos de la Primera, ¡cuántos enredos! Y no tendría más remedio que meter el diente a las obras del semita Marx. A

propósito, he oído que un individuo llamado Engels sabía veinte lenguas. Exageran, sin duda. ¿Veinte lenguas? Exageraciones de fanáticos. No, no, esto no es para mí. Pero la historia es la historia y hay que investigarla. De modo que tú, Villar, me librarás de esta responsabilidad. Te proporcionaré todos los datos, pero desde ahora te digo que tendrás que investigar en archivos familiares, por ejemplo entre los papeles que dejó el doctor González. Conocí su biblioteca. Estupenda. Cuántas cosas se podrían averiguar sobre Piura estudiando con métodos científicos la papelería que dejó. Tendrías que husmear también en los archivos de los Lama Farfán de los Godos, de los Seminario Echeandía, de los Eguiguren y de los Escudero, y luego en las actas de fundación de la Confederación Obrera de Piura. Tal vez guarden algunas hojas impresas del siglo pasado. Habría que tirarle más de la lengua a don Zuriel Mendoza y, por último, sería indispensable que hagas un recorrido por los pueblos de las alturas de Morropón. Claro, en Chalaco deberás quedarte por lo menos un par de semanas. Pidamos el último café antes de que cierren; pero no te preocupes, después iremos a un barcito de Cailloma que amanece. Y ahora intercambiemos ideas. Yo tengo algunas hipótesis. Pero antes me gustaría saber la visión que te has formado de este corsario que se hacía llamar Bauman de Metz. Eh, Castillo, rápido, pero sobre el pucho, el último café.

Con la cara bobalicona que ya le conocemos, y después de referirle todo lo anterior, aunque para no abrumar al hipotético (¿e hipócrita?) lector del futuro hemos suprimido algunos pasajes, por redundantes o por demasiado detallistas o porque simplemente no vienen al caso (además, hasta donde nos ha sido posible, hemos tarjado una considerable porción de *ohs* y otras pintorescas exclamaciones), el buen Martín Villar concluía su misiva, que,

como tantas otras, jamás enviaría a su divinal amiguita, de la manera siguiente:

«...J. L. me ha dicho que, aunque achacoso, el doctor Benito Ferrero (el Gran Camisa Parda de otrora) todavía sigue dictando la teoría de Estado corporativo-fascista, pero hace algunos días supe lo de la muerte del Che en Bolivia. Me entristeció, Deyanira, porque era como el final de mi juventud. Y volví a recordar los borrascosos días de la Católica y San Marcos. Recordé las conferencias, los caldeados debates, los mítines espléndidos, las alegres y tumultuosas manifestaciones (de las cuales se valió el azar para que yo te encontrara) y, sobre todo, recordé los recitales de poesía y, de entre estos, surgió el limpio rostro de Javier Heraud, un hermoso muchacho al que para mi vergüenza (por mi viejo rencor, por mi redomada irreverencia) no supe apreciar, y ahora es ya demasiado tarde. Sin embargo, en su última carta, J. L. me asegura que ahora un fuego más poderoso inflama el corazón de los jóvenes, y en estas últimas semanas he tenido la convicción de que esta era la luz que tú esperabas, pues si la burguesía desata tanto odio (como ves, los doctores Ferrero vivirán mucho tiempo sobre la Tierra) es porque considera a la Revolución Cultural Proletaria como un faro más potente y yo, desde la honda noche de Congará y al pie de los médanos donde yacen los antepasados de la madrecita Sacramento Chira, la intuyo como la luz inextinguible. Y es que el señor De Metz después de muerto (aunque su muerte no fuera estrictamente gloriosa) sigue librando batalla tras batalla y debemos tener fe en que la Idea que encarnó en él habrá de triunfar bajo todos los cielos del mundo.

»Trabajé mucho, ensayé diversas posibilidades, pero he terminado por admitir (lo cual lacera mi vanidad) que resultan más elocuentes y veraces las cartas y documentos que el propio señor De Metz escribió. ¿Por qué no pude escribir la vida de un héroe? ¿Se debe a que el señor De Metz (como te

enterarás luego, existen algunos problemas en relación con su identidad) fue, después de todo, un aventurero? ¿O se debe a que me faltaron corazón y fe para entender en qué consiste una vida heroica? Pero será mejor que tú misma saques las conclusiones después de que leas los textos que siguen a continuación. A propósito, dos de las cartas proceden del archivo de los Lama Farfán de los Godos y me las proporcionó mi buen y triste amigo Arturo Lama. Con la tercera carta y los fragmentos de unos *Diarios* me sucedió como en aquel cuento de *Las mil y una noches*. Un hombre obtiene el anuncio de la existencia de un tesoro fabuloso y parte en su búsqueda. Durante veinte años (no estoy seguro del tiempo exacto) recorre países y atraviesa mares y desiertos, y sube y baja escarpadas montañas. En un remoto país, cierta noche, pobre, cansado y hambriento se queda dormido y tiene un sueño. Apenas despierta emprende el largo retorno al hogar. Finalmente llega y en el patio de su casa halla la alberca y la palmera que había visto en su sueño: empieza a excavar y encuentra el tesoro. Yo también tuve que deambular aquí y allá antes de armarme de coraje y ponerme a escudriñar entre los numerosos cuadernos y papeles que le legara el doctor González a mi desventurado padre para descubrir tantos tesoros. Me llenó de melancolía saber que cuando, treinta y cinco años después, encontró la carta y los fragmentos de los *Diarios*, el honrado doctor González fuera ya un hombre arruinado. Ah, Deyanira, es como si a la vida le faltara imaginación y se viese en la necesidad de imitar a la novela. ¿He cumplido con el requerimiento que tan dulce e imperiosamente me hiciste? No lo sé. Pero me he esforzado, Deyanira, me he esforzado».

Carta a Rodolfo Lama Farfán de los Godos

Yo amé a mi padre y veneraba a mi madre y fui un niño feliz, felicidad que se vio turbada por la discordia de hallarse entre la hoguera de dos fidelidades. Quiero ser justo: ninguno de los dos se disputaba mi afecto; mi padre, porque poseía un ángel que despertaba de manera espontánea simpatía y calor humanos, como una copa de generoso vino, como esos vinos que él mismo adquiría por el Mosela y el Rin y que luego vendía a los trabajadores de las zonas hulleras y fabriles de Alsacia y Lorena; para mi madre, aquel ángel era el demonio de papá y representaba la parte nefanda de su alma bondadosa; en secreto (o de manera abierta durante sus largas ausencias), mi madre me hacía rezar junto con ella para librar a papá de aquel demonio y para preservarme a mí de su maligna influencia; cuando papá acogía como huéspedes a hombres extraños que hablaban lenguas extrañas (en casa discurríamos en francés y alemán), mi madre redoblaba sus plegarias, pero se mostraba cortés con los visitantes y, a pedido de papá, tocaba el piano para ellos; sola, ya en su cuarto, me abrazaba y lloraba quedamente.

En 1848, papá fue hecho prisionero en la ciudad de Mulhouse por razones que mi madre se negó a revelarme; meses después (no puedo precisar cuántos pero corría el año 1850), papá quedó en libertad y volvió a casa enfermo, aunque no había perdido su alegría y tomaba a broma su encarcelamiento; afirmaba que todo fue consecuencia de una jocosa confusión, pues la policía lo había tomado por cierto caballero Bauman de Metz que en las jornadas de junio de 1848 escribió panfletos que incitaban a la destrucción de la sociedad civil. Esta temporada la recuerdo como la más feliz de mi infancia; mucho platicó conmigo en aquellos días mi padre, pero de esto, Rodolfo, te hablaré más adelante; papá murió el 3 de diciembre de 1851 y por única vez mi madre desacató su voluntad y no ejecutó los funerales que él de manera expresa y reiterada le había pedido; recuerdo que, antes de sepultarlo en la fosa cavada bajo la nieve, un señor con la misma apariencia de los hombres

extraños que mi padre albergaba en nuestra casa (también hombres extraños eran los que conformaban el cortejo) pronunció en francés la oración de despedida. He escrito *oración* porque de esta manera la nombré entonces, y aun cuando no la entendí (¡era tan distinta a las invocadas por mi madre!) me estremeció como el furioso cierzo estremecía (hasta quebrarlas) las desnudas ramas de las hayas; debo añadir que yo también fui infiel a la promesa que papá me arrancó de no llorarlo el día en que él muriese.

A partir de entonces mi vida dio un giro radical. Para empezar, abandonamos nuestro hogar de Metz (por muchos años habría de perdurar en mis oídos el tañido de la Mutte, la campana de la Catedral de Saint-Étienne, tan ligada a mi destino) y nos trasladamos a la casa de mis abuelos maternos en Tréveris, una pequeña ciudad de las provincias renanas de Alemania. Una de las primeras cosas que le escuché decir a mi tío Friedrich, el hermano preferido de mi madre, un hombre algo avaro, pero justo, fue que el vino arruinó a papá, pues no solo comerciaba con él, sino que lo bebía con jovialidad pródiga y desconsiderada; luego de pensarlo un instante se rectificó: no únicamente el vino, también las ideas, que mezclados conformaban un brebaje digno de Satán. Cuando tío Friedrich aludió a la ruina de papá, creí entender que se refería a lo que suele denominarse «ruina moral»; al cumplir los doce años, mi madre, entre lágrimas y como humillada, me explicó que la ruina también era económica; papá, dijo, había dilapidado la pequeña fortuna familiar, incluyendo la dote al contrato matrimonial que aportó ella. Lo que me dijo a continuación me llenó de un hasta entonces desconocido arrobo: en adelante, nuestro pan y mi educación dependerían de la magnanimidad de mi parentela materna. Creo que ese día dejé de ser niño, creo que ese día (¡que su espíritu me haya perdonado!) desprecié un poco a papá, y ese albor de perfidia precipitó la consumación del olvido.

Mi madre se llamó Lisa Presburg y descendía (me es ineludible decirlo para que puedas entender mi existencia de esos años) de una familia hebrea que había renegado del judaísmo. En Glewitz, villa silesiana de la Prusia oriental, donde una rama de los Presburg se había asentado a fines del siglo XVII, la vida de los judíos se venía tornando cada vez más intolerable. En 1806, bajo el Protectorado de Napoleón, se creó la Alianza del Rin y se impuso el Código Civil napoleónico, que otorgaba ciudadanía e igualdad jurídica ante la ley a los perseguidos (o marginados) hijos de Sion. Mi bisabuelo, como otros judíos, entendió el llamado y trasladó a su familia a Tréveris. Como tú no ignoras, en 1815 se extinguió la rutilante estela de Napoleón y otra vez la atmósfera se tornó pululante, insidiosa y amenazadora para los judíos. Mi bisabuelo, entre tanto, había absorbido las ideas racionalistas de la Revolución Francesa y, por ello, cuando, como consecuencia del predominio de la Santa Alianza, recrudeció el antisemitismo y se prescribió la cristianización como condición para que los judíos siguieran viviendo en paz en los pequeños principados y reinos que conformaban Alemania, mitad por convicción, mitad por pragmatismo, mi bisabuelo, te decía, abjuró del judaísmo y en 1820 se bautizó con su mujer e hijos y abrazó esa mezcla de catolicismo y luteranismo que era la religión nacional que propugnaba Prusia.

Como no es infrecuente en los hogares conversos, mi madre fue criada con rigor, más bien con fanatismo, en los misterios doctrinales y en las ceremonias y prácticas de la nueva fe. Yo recuerdo que en Metz asistía a misa con mi madre y comulgaba con ella, y ambos nos encomendábamos a la protección de Saint-Livier, uno de los santos más venerados de Lorena. En casa, mi madre me hablaba de Jesús, de su doctrina fundada en el amor; era una religión sencilla, algo triste, y era como si una tierna luz alumbrara el mundo y el corazón de los seres humanos. En Tréveris, la pasión religiosa de

mi madre alcanzó una suerte de apoteosis. Sin que yo pudiera notarlo (debieron pasar años para que ello sucediera), la asistencia a las misas fue espaciándose y la lectura de los *Evangelios* empezó a ser sustituida por la de historias terribles como las de Abraham, de los profetas, de Job; en vez del amor, la caridad y la misericordia, las partes del *Libro* que ahora me leía mi madre demandaban la sumisión y la obediencia a un dios oculto pero siempre presente, implacable y vengativo en sus cóleras e insaciable en someter a las más duras pruebas a sus criaturas. El rostro de mi madre, tan bello antes, se tornó severo, y sus ojos eran dos ascuas que me abrasaban vigilantes.

Yo me volví un muchacho reconcentrado, en pugna con un cuerpo acosado por los impulsos de la naturaleza que reclamaba sus secretos fueros. Una madrugada desperté aterrorizado por un desbordamiento que me produjo un placer pánico, salvaje y desconocido. Recuerdo que mi madre entró con una palmatoria y me obligó a bañarme con agua helada y a entregarle mi camisón de dormir; después, arrodillada conmigo, me hizo repetir unas exasperadas letanías invocando perdón a Dios y reclamando castigo para que se aplacara su enojo. Por la mañana me sentí indigno de pisar la tierra que tenía bajo mis plantas; yo deliraba, había subido las gradas de la iglesia y tanta repugnancia sentía por mí, que decidí confesar públicamente mi pecado y reclamar la lapidación; por fortuna, el tío Friedrich, que me había seguido los pasos, me rescató de esa vehemencia autopunitiva.

Fue tío Friedrich quien intercedió ante mi madre para que me enviase a estudiar en la universidad de la ciudad sajona de Brema, en la parte noroccidental de Alemania; allí, en Brema, entraría a trabajar en la casa de ultramarinos que ciertos parientes Presburg poseían, de modo que me ayudaría a disciplinarme y a ganarme el pan y a costearme los estudios. Mi madre accedió luego de arrancarme la promesa de escribirle dos veces por semana dándole cuenta detallada de todos mis actos. La despedida fue

dolorosa, pero mientras me abrazaba y besaba mi frente, el rostro de mi madre se dulcificó, se remansaron sus ojos que derramaban cálidas lágrimas, y musitó después de tantos años el nombre de papá, y esta es la imagen que me gusta evocar de mi madre, la bella Lisa Presburg.

Tío Friedrich era un jurista de sólida formación clásica, de moderado liberalismo, que escondía su francofilia ante el avance impetuoso del hegemonismo prusiano. Pensando en mi futuro me dijo que era necesario que me sumergiese de lleno en la cultura germánica, pero me precavió de caer en los excesos juveniles, pues las universidades alemanas eran verdaderas tabernas donde a la orden teutónica se ingresaba bebiendo directamente de los barriles la fuerte cerveza sajona. Los jóvenes, en efecto, bebían, cantaban, vociferaban, mientras discutían el destino de la joven Alemania. Pero mi corazón, modelado por mi madre, consideraba la alegría como una perversión del espíritu. También sentía prevención hacia la literatura de los modernos. El viejo Goethe me parecía demasiado inquietante y hasta consideré inmerecido y pernicioso el placer que la música me deparaba. Por fortuna (eso creí entonces) encontré almas afines a la mía entre algunos condiscípulos que asistían a las clases libres que dictaba, recuerdo, el teólogo Krummacher, uno de los más reverenciados propugnadores del pietismo, un movimiento dentro del protestantismo que abogaba por el ascetismo más extremado y riguroso. Ese ascetismo que yo exacerbé (me alimentaba frugalmente; leche, pan de centeno y alguna fruta constituían para mí todo un banquete) me bastó para controlar los demonios soliviantados de mi carne, que a veces me empujaban a merodear cierta taberna para atisbar desde el ventanal a Gretna, una de las bellas meseras; sin embargo, como doctrina, el pietismo me resultaba una débil fortaleza para defenderme del prusianismo nacionalista y guerrero que, como la música de Wagner, comenzaba a subyugar el corazón de los jóvenes. En este estado de contienda espiritual hallé remedio en la filosofía de

Schopenhauer, que me mostró la irrealidad, la inanidad del mundo, y me abismé en la quietud y la pura contemplación.

Yo venía cumpliendo de manera escrupulosa la promesa que hice a mi madre de escribirle informándole sobre mi vida, mis amigos, mis estudios y la soledad de mi alma; mis cartas eran largas, minuciosas, y lo que había comenzado como un deber se fue trocando en un ejercicio que me proporcionaba placer y consuelo; ahora, en el recuerdo, aquella correspondencia que sostuvimos mi madre y yo se me antoja como las cartas intercambiadas por dos castos amantes unidos ante la pecaminosidad consumada del mundo. En las últimas cartas que recibí de Lisa Presburg, me hablaba de sus antepasados, que habían sido rabinos, destacados talmudistas y doctos filósofos. De pronto recibí una comunicación de tío Friedrich urgiéndome a volver, pues mi madre había caído gravemente enferma. Yo tenía que rendir un examen de una materia que me era muy querida, pero logré que se me adelantara la fecha; cinco días después llegaba a Tréveris. Mi madre había muerto en la madrugada y me extrañó que los vecinos me dijesen que acababa de partir el cortejo. En el cementerio me esperaba otra sorpresa: los restos mortales de mi madre iban a ser inhumados en la parte dedicada a los judíos; llegué cuando el rabino leía un pasaje del Antiguo Testamento; comprendí, entonces, que mi madre se había reconvertido al judaísmo y que, según el rito hebreo, el funeral debía ser rápido y expeditivo. De haberla visto agonizar, de haber recibido su última bendición, yo no hubiera podido contener las lágrimas, pero me mantuve sereno y, mientras la parentela y los amigos de la sinagoga me daban el pésame, pude advertir que había reconvención en sus ojos.

Permanecí tres días en casa y una noche entera me pasé sentado en el aposento donde mi madre pasara los diez últimos años de su vida. Escribí una breve carta al tío Friedrich y al tercer día, antes de que amaneciese y sin

despedirme de nadie, emprendí el viaje de retorno a Brema. No volví a la casa de mis tíos, sino que alquilé un estrecho cuarto en una posada para estudiantes. Dormí quince horas seguidas y cuando desperté había ya anochecido. Salí a la calle y deambulé a la deriva, y al llegar a las antiguas murallas de occidente, más allá de las cuales se presentía el Mar del Norte, rompí a llorar. Lloré mucho, mi querido Rodolfo, y obtuve la revelación de que yo detestaba a mi madre, que yo oscuramente había deseado su muerte (de ahí el sentido de tantas de mis pesadillas), que yo aborrecía su imagen y por eso había retardado mi partida para no encontrarla viva. Después de llorar recuperé la lucidez y experimenté un sentimiento de plena orfandad y de nacimiento y anunciación. Sin darme cuenta, mis pasos me habían llevado a la legendaria taberna del Conejo, donde trabajaba Gretna. Como siempre, reinaban allí dentro el bullicio y la desordenada alegría; en coro, un grupo de estudiantes cantaba la canción de los tejedores de Heine. Entré sin vacilar, busqué un rincón alejado, y cuando Gretna acudió a atenderme le pedí una copa de vino del Rin.

El vino me trajo el olvidado sabor de mi primera infancia, la Mutte resonó en mis oídos y enseguida escuché la voz de papá: *Prosper*, así me llamaba él, *desconfía siempre de los hombres que no gustan del vino*. Al empezar esta carta te dije que después de ser puesto en libertad (más adelante supe que había otros encarcelamientos), papá estrechó su relación conmigo y conversó como si yo fuera un camarada suyo a la par que su único hijo varón. Ahora, el cálido vino de la infancia me restituía su imagen, que yo había sepultado y arrojado de mi corazón. Papá era un hombre algo extravagante, teatral, pero a menudo con una risotada rompía la solemnidad con que me estaba hablando. Un día (¿pero cómo había podido olvidarlo todos estos años?) me llevó a conocer la torre de la Mutte. Papá, recuerdo, se fatigaba al subir y de tanto en tanto hacía un alto para respirar. Cuando al fin alcanzamos el campanario,

papá extrajo del gabán una botella de vino; tenía la boca seca y la faz lívida; bebió un largo trago y luego me pasó la botella. No era la primera vez que yo probaba el vino, pero por primera vez sentí su espíritu benéfico; papá bebió otro trago y observé que su rostro había recuperado sus colores y sus ojos se encendieron, joviales y batalladores. Era una clara mañana de otoño y desde la torre se obtenía un espléndido panorama. Abajo, por el mirador del oeste, sereno, fluía el Mosela, y por la arcada del este, hacia el sur, destacaba maciza la mole del fuerte de los alemanes, y las hojas de los árboles lucían rojizas, otras patinadas de oro opaco y otras de bronce bruñido. Papá era un gran conocedor de la historia de Metz; los Zinzel, nuestro tronco, se habían establecido en la ciudad en el siglo XV, procedentes de los Vosgos del Norte de la región de Alsacia, y una de las historias que le gustaba contar era el sitio implacable a que sometió Carlos V a Metz, en cuya defensa sobresalió un antepasado nuestro, Godofredo Zinzel, quien luchó bajo el mando del barón Bauman de Metz.

Te he dicho que papá gustaba de los efectos escénicos, por ello las palabras que conservo de él, que acaso me las dijo en el transcurso de diferentes pláticas, mi memoria las asocia con aquella mañana de otoño en que subimos a la más querida de las torres de la Catedral de Saint-Étienne. Papá se echó al coleto otra generosa medida de vino y me dijo *¿Sabes, Prosper, cuál es la maldición que pesa sobre el género humano? Es la propiedad, hijo; la maldita propiedad. Por ello, la única herencia que te dejaré son el gusto por este sabor del vino y unas pocas obras de hombres ilustres. Prosper, por esos hombres (algunos de esos hombres felices, que son como grandes estrellas rojas en el firmamento y que, tú lo has visto, aceptando mi hospitalidad enaltecieron nuestro hogar), por esos hombres, te decía, comprendí que se necesitaba ser un gran buey para dar la espalda a los dolores de la humanidad*. Luego mencionó algunos nombres, que ya

suenan, Rodolfo, que sonarán aun más en la futura historia del mundo. Yo solo te mencionaré a uno de ellos, porque fue el que inició a papá en el fragoso camino de la verdad y porque Proudhon (tal es el nombre que yo quisiera que retengas) fue el que ejerció la mayor influencia sobre él. Proudhon sostenía que con el establecimiento de una lengua universal, tras la eliminación de la propiedad privada y la liberación de la conciencia del despotismo de las religiones, reinaría sobre la Tierra la fraternidad humana.

Antes de emprender el descenso, papá me habló de mi madre. Me dijo que la única mujer que había amado en la vida era a Lisa y que nunca le había sido infiel. *La belleza de Lisa Presburg ha sido mi más secreto orgullo, recuérdalo siempre, Prosper*. Con un sollozo me dijo que él la había defraudado, pero agregó *fueron esos comerciantes del espíritu que son los curas los que marchitaron su belleza*. Cuando estuvimos en el atrio, regresó a mirar la imponente iglesia: *Qué terrible absurdo: superstición y belleza*. Mientras atravesábamos la plaza de la catedral me hizo esta revelación: había hecho prometer a mi madre que cuando él muriese haría incinerar su cadáver y después esparciría las cenizas en el Mosela. *Y tú, Prosper*, dijo con tono de broma, *no hagas el ridículo llorándome cuando te digan que he muerto. Serán unos necios y bribones los que te digan eso, porque la muerte es imposible y el nacimiento sin término lo es todo*. Creo haberte dicho ya que mi madre y yo lo defraudamos, que no tuvimos el coraje de ser fieles a su última voluntad.

Yo había perdido la cuenta de las copas de vino que había bebido; recuerdo que durante un buen rato permanecí abstraído y ajeno a todo lo que me rodeaba, como si me hallase solo en el universo dialogando con el espíritu de mi padre; no recuerdo, en cambio, el momento en que los jóvenes estudiantes me invitaron a compartir su mesa; de pronto, entre las brumas del espíritu del vino, tomé conciencia de que me había unido a la vocinglería

juvenil; para no ser distinto a ellos, cambié el vino por la fuerte cerveza sajona; los muchachos bromeaban con las meseras, guiñándoles los ojos y palmeándoles la grupa, y pude darme cuenta de que yo no le era indiferente a la rubia Gretna. Empezaron a cantar canciones jocosas, algo sucias, algo libertinas; con discretas lágrimas me sumé al coro y era como si tardíamente rindiera homenaje a la tumba de mi padre. En las siguientes semanas continué frecuentando aquella taberna de altas bóvedas y de paredes revestidas con madera de pino. Una noche, Gretna, tan fresca y sensual, cedió a mis requerimientos y yo, que era virgen, conocí el anhelado vértigo del placer carnal y dichoso me precipité en el purísimo manantial de Eros. No era el amor todavía, pero a través de los años he guardado gratitud a la rubia Gretna porque aplacó el ardor de mis sentidos y me ayudó a comprender y a reconciliarme con el recuerdo de mi madre, la torturada Lisa Presburg.

No llamo «aventura» a mi relación con Gretna, porque la verdadera aventura, la primera, fue una experiencia interior que significó anunciación y nacimiento. Todavía tendría que someter a crítica (sin que ello maculase mi amor) las ideas de mi padre. Y para eso tendría que abrirme al mundo, pues tampoco yo sería lo suficientemente buey para ponerme al margen de las desdichas que pesaban sobre los desamparados de la Tierra. He sido, querido Rodolfo, un hombre feliz y las pequeñas desventuras que padecí no fueron sino los factores negativos que con su carga de destrucción me impulsaron a continuar con mi pequeña aventura, que ya no fue individual sino parte de la gran aventura humana. Dos meses después me despedí de Gretna, pues había llegado el momento de iniciar mi búsqueda y me dije que, aun cuando cayera en el desaliento y errara el camino, aquellas grandes estrellas rojas del firmamento de las que hablaba mi padre habrían de acudir en mi ayuda señalándome el derrotero justo. Y es así como llegué a Piura, tu tierra y tierra de los hombres, tras un largo peregrinaje que sospecho aún no ha terminado.

Prosper

Carta a José Agustín Benalcázar

El 27 de octubre de 1870, el general Bazaine, defensor de la ciudadela de Metz, capituló ante el I y II ejércitos de Alemania. La caída de Metz o, para ser más preciso, la rendición de Bazaine significaba (además de la humillación para los corazones patriotas) que el general prusiano Helmuth von Moltke, comandante en jefe de las tropas de Bismarck, tenía el camino despejado para marchar sobre París y, de hecho, sobre Francia entera. Al mediodía, cuando el inepto (el cobarde) militar preferido del derrotado Napoleón III iba a hacer entrega de las armas, la bala de un francotirador apostado en la torre de Carlomagno abatió a uno de los oficiales prusianos que, junto con una compacta guardia, protegía a Bazaine de la furia popular, que codiciaba lincharlo a la vez que clamaba por la continuación de la resistencia. La detonación (presumiblemente el francotirador había apuntado a Bazaine) fue ahogada por el lúgubre tañido de la Mutte, la histórica campana de la Catedral de Saint-Étienne, que interminable, desgarradora, sombría y condenatoria doblaba desde que supo de la Francia del Segundo Imperio.

Yo formaba parte de los ciento setenta mil hombres de la tropa francesa, mandada por sesenta generales (algunos, muy pocos, se habían opuesto a la determinación del jefe del Estado Mayor), quienes hicieron entrega de las cincuenta y ocho banderas francesas (que no eran del color de la bandera en que yo creo) del parque de artillería que contaba con mil quinientos setenta cañones y doscientos sesenta mil fusiles.

El deber de todo prisionero de guerra es evadirse para continuar combatiendo. La segunda vez que lo intenté (estaba recluido en uno de los

cuarteles de Metz), me conmutaron la pena de fusilamiento por el traslado a la fortaleza de Magdeburgo, en territorio alemán, pero no hay fortaleza inexpugnable, no hay prisión que no sea para el combatiente nueva trinchera de lucha.

Tuve la fortuna (y también el honor) de que se me destinase la celda de rigor, que era una profunda y estrecha cueva adonde no llegaba la luz del sol, cuyos viejos muros rezumaban humedad fétida y donde las ratas (con las cuales aprendí a convivir) eran mi única compañía; en ese pozo permanecí dos (¿o acaso tres?) meses, incomunicado de los restantes prisioneros de guerra, y esto resultó venturoso por las razones que luego te diré. En las primeras semanas de encierro escruté minuciosamente el rostro de los diez soldados que se turnaban para vigilarme. Un día (supongo que era de día) que uno de estos soldados, el que se había mostrado menos severo conmigo, el que tenía el rostro menos brutal, entró en mi celda para darme mi ración de pan negro y botar el cubo con mis deyecciones, pronuncié ante él un nombre inmenso. El soldado degradado a función de carcelero me miró con ferocidad y salió sin decirme una palabra, pero en su siguiente turno me dijo: *El camarada Bebel fue acusado de alta traición por haberse opuesto a esta maldita guerra*; le respondí que yo también, antes de que se iniciaran las hostilidades, había firmado cierto manifiesto en que se denunciaba la inminente conflagración en la cual se matarían entre sí las clases trabajadoras de Francia y Alemania para saciar las apetencias de Napoleón III y de Bismarck. A partir de entonces logré dos cosas: mejoró mi dieta y, lo que es más importante, restablecí mi comunicación con el mundo.

Por Ogger (tal era el nombre del camarada carcelero que jamás volví a ver) me enteré de que el sitio de París por las tropas prusianas duraba ya más de tres meses y, tras caer derribado el Segundo Imperio (Badinguet, como se le apodaba a Napoleón III, se hallaba, me dijo, confortablemente retenido en

el castillo de los reyes de Prusia cerca de Kassel), se había elegido un gobierno provisorio de defensa nacional. La primera semana de febrero, Ogger me comunicó una noticia desconsoladora: el 28 de enero este gobierno había firmado un Tratado de Paz preliminar en Versalles en el que se cedía a Bismarck Alsacia y Lorena con inclusión de Metz, mi ciudad natal; en cambio, cuando me informó que el 18 de marzo la guardia nacional y el pueblo trabajador de París habían proclamado la Comuna, viví momentos de euforia, aunque por primera vez lamenté mi condición de prisionero; el Comité Central de París, me dijo el camarada Ogger, había desconocido el tratado y demandaba una paz honrosa sin cesión territorial; pocos días después me sentí desdichado, impotente, insignificante, al saber que el señor Thiers, junto con su pandilla de burgueses y aristócratas capitulacionistas, se había establecido como gobierno paralelo en Versalles y que desde ahí bombardeaba París; con ello se había desencadenado la guerra civil.

Desde que supe la proclamación de la Comuna de París yo le manifesté a mi buen camarada mi deseo ferviente de ser trasladado con los restantes prisioneros. Ogger era un hombre cauto y de palabras concisas. No me prometió nada. Las noches (lo que yo confundía con las noches) se tornaron insufribles y descargué mi furia (de la que me arrepiento) contra las ratas que habían aprendido a conocerme y respetaban las fronteras que tácitamente ellas y yo habíamos establecido, de modo que se abstenían de incursionar en el hato de paja podrida que me servía como lecho. Después te hablaré del recuento que hice de mi vida en lo que duró mi cautiverio, en relación con los problemas que a ti te preocupan, pues quizá te sirva de alguna ayuda. Pero antes tengo que relatarte cómo se operó mi salida de la celda de castigo y las circunstancias que me llevaron de retorno a Francia y luego a París.

Un día, Ogger, con el rostro imperturbable de siempre, abrió la puerta de mi celda, entró y me dijo *Bien, camarada Zimsel* (este era el nombre que

usaba entonces), *tenemos que despedirnos. Con otros camaradas hemos logrado que usted sea trasladado junto con los restantes prisioneros franceses. El camarada Eccarius lo mantendrá informado. Un solo consejo, camarada: no se fíe de sus conciudadanos, todos han sido ganados por los bandidos versalleses*. No era la primera prisión que yo vivía ni sería la última: en un futuro no lejano me esperaba Cayena, pero de esto no te hablaré. El hombre, querido José Agustín, es una criatura extraña y termina por guardar afecto a todas sus moradas. De modo que eché un último vistazo a la galera y dije *Bueno, amigas, ya no hay fronteras y ahora les cedo mi lecho*. Con otro soldado más, mi amigo me hizo subir y bajar y nuevamente subir escalones. Al llegar a un pasillo (el aire se había tornado menos pesado, una paulatina pero avasallante claridad laceraba mis pupilas), sin despedirse de mí, el camarada Ogger me entregó a la custodia de otros dos soldados; poco después, uno de estos me dijo *Protege tus ojos, maldito bastardo, si no quieres que te los fría el sol*. Era el camarada Eccarius.

Ogger había tenido razón: los prisioneros eran en su mayoría campesinos subyugados por la imagen de Bonaparte y por la chusma desclasada de las grandes ciudades francesas. Yo estaba seguro de que hubiera podido ganarme a un sector de ellos, pero no había tiempo y seguí los consejos del camarada Eccarius. De modo que, aunque interiormente me sentí abyecto, me sumé a las maldiciones que lanzaban contra «la canalla comunera sedienta de sangre». Un día de mediados de abril, uno de los que lideraba a los prisioneros (se llamaba Chabert, nunca lo olvidaré) me alcanzó un manifiesto contra la Comuna de París que en su parte final decía más o menos lo siguiente: «¡Ay de vosotros, albañal del pueblo! ¡Temblad, bandidos!». Nunca me he sentido tan infame como el día en que se me alcanzó ese libelo para que lo firmase. Dudé; me dije que sería mejor que me mataran antes de firmar. Entonces Eccarius acudió en mi ayuda: *Maldito idiota, fírmalo. ¿O es*

que quieres morir inútilmente? Me duele aún lo que me vi obligado a hacer; pero los hechos le dieron la razón poco después al camarada Eccarius. Hacia fines de abril, los prisioneros de Sedan, de Estrasburgo y de Metz éramos trasladados a Versalles para ponernos a las órdenes del general MacMahon, el general que fuera deshonrosamente derrotado por Moltke en Sedan, nombrado por Thiers para aplastar a la Comuna. El día 7 de mayo entré en combate y entonces tomé una decisión que me permitió vivir el hecho capital de mi vida.

Pero no fue una determinación súbita ni producto de un rapto emocional ni un hecho instintivo, sino, por el contrario, la culminación de una larga búsqueda que había empezado diez años atrás, poco después de la muerte de mi madre. La otra noche, durante uno de nuestros paseos peripatéticos junto con el excelente Augusto y el hermético Rodolfo (¡ah, muchacho de alma perturbada por fantasmas despiadados!), me sentí conmovido por tu fervor patriótico. Es hermoso, José Agustín, que ames a tu patria, y honra a tu juventud el que te angustie el destino que le espera al Perú ante la eventualidad (muy real, a mi entender) de una próxima guerra con Chile. Antes afirmé que las prisiones son trincheras de combate, también son como ermitas si se desea ejecutar un examen a fondo de nuestra propia vida. Mucho medité en la sentina del fuerte de Magdeburgo, pero aquí solo me referiré a aquello que tiene que ver con la pasión que abrasa tu juvenil espíritu henchido de idealismo.

A ver, recuerdo que me interrogué, *¿quién soy?, ¿qué soy a fin de cuentas?* O, planteado en la forma convencional, *¿cuál es mi patria?, ¿soy francés o alemán?, ¿o acaso lorenés?, ¿qué soy?, ¿judío, tal vez?, ¿quién sabe si un apátrida, puesto que profeso el internacionalismo?, ¿o mi patria es mi propia conciencia cargando a cuestas este cuerpo?* Preguntas de este tipo me visitaban mientras me desplazaba entre los estrechos muros,

procurando respetar los dominios de mis amigas las ratas, que chillaban acechantes, listas para saltarme al cuello si yo transgredía nuestro pacto. *¡Tantas preguntas!*, me dirás tú, *cuando el asunto es para mí sencillo y transparente*. ¡Cuánto me alegro de que no tengas dudas, apreciado José Agustín! Mas me temo que todavía tendrás que andar un gran trecho para descubrir cuál es en verdad tu patria. Pero te expondré las razones que me llevaron a formularme esas preguntas.

Mi padre procedía de una familia alsaciana que se estableció en Metz a fines del siglo XV. Metz pertenece a Lorena, un pequeño reino que por las particularidades de su formación histórica luchó a través de los siglos por defender su soberanía contra las apetencias anexionistas de reyes poderosos. Por uno de esos absurdos propios de las sucesiones dinásticas (por ventura ustedes los americanos no han vivido esta experiencia), en el siglo XVIII, Stanislas Leszczynski, el anciano rey de Polonia y abuelo de Luis XV (en Europa todos los reyes están emparentados), se convierte en Duque de Lorena, y a su muerte, el ducado pasa en herencia al rey de Francia. Esto ocurrió hacia 1766 y, desde entonces, Lorena pasó definitivamente a formar parte de Francia (no definitivamente, pues por el momento pertenece a Alemania). ¿No te parece explicable que, por encima de todo, los loreneses consideren a Lorena como su auténtica patria? Como todos los ciudadanos de Metz, mi padre hablaba de manera corriente el alemán y el francés, aunque yo recuerdo que prefería expresarse en esta última lengua. Mi padre fue un socialista que creía que la Tierra debía formar una única patria para la humanidad; sin embargo, tengo la convicción de que hubiera sufrido mucho con la anexión de Lorena y Alsacia al flamante Imperio Alemán. Yo, que nací en Metz, ¿debo considerarme francés simplemente?, ¿o más bien lorenés?

Yo viví en Metz hasta los diez años. Al morir papá, mi madre se trasladó al hogar de sus padres en Tréveris, una pequeña ciudad alemana de la margen izquierda del Rin. Como hablaba con fluidez el alemán (me es imposible decir cuál lengua aprendí primero, si el alemán o el francés), no me fue difícil absorber la cultura alemana durante los doce años siguientes, en que viví de manera permanente en Alemania. Si la patria del hombre es, como se sostiene, la lengua (y durante todos estos años casi me olvidé del francés), ¿podía considerarme, entonces, alemán? Y debo decirte que en estos años de que te hablo se vivía una agresiva atmósfera de nacionalismo germánico. ¿Era, soy, alemán? No, nunca pude considerarme alemán. Y no solo por el recuerdo de mi progenitor (en verdad, en estos tristes años yo había expulsado de mi memoria y de mi corazón a mi hermoso padre), sino porque por mis venas corría la vieja y errante sangre judía, ya que Lisa Presburg, mi madre, provenía de un antiguo tronco hebreo.

Tú sabes la maldición que pesa sobre la raza judía; tú no ignoras que los judíos se consideran a sí mismos el pueblo elegido por Dios. Los Presburg pertenecían a una de las ramas más aborrecidas del pueblo hebreo: los asquenazís, que desde principios de la diáspora emprendieron un largo peregrinaje hasta más allá de los confines de Europa oriental. Al cabo de muchos siglos, mis antepasados Presburg iniciaron un lento retorno a occidente, y en tiempos de Napoleón mi bisabuelo se trasladó a Tréveris en busca de condiciones mejores de vida. Allí contrajo matrimonio con una judía sefardita (no son muy frecuentes las uniones entre sefarditas y asquenazís, pues los separan remotas rivalidades tribales y la manera de interpretar el Antiguo Testamento). Los antepasados de mi bisabuelo vivieron durante siglos en España, pero fueron expulsados hacia Portugal a fines del siglo XV, cuando reinaban los Reyes Católicos. No duró mucho la estancia en Portugal de aquellos abuelos sefarditas que se negaron a abjurar de su

religión y que, sin embargo, conservaron la lengua española que transmitieron a sus descendientes, como sucedió con mi madre. Para preservar su fe, los Levy Spinoza (tal es el patronímico de estos ascendientes míos) se establecieron en Holanda, donde los judíos eran mejor tolerados. En los últimos años de su vida, mi madre sentía especial orgullo por esta parte de su linaje, en la que destacó un cierto pulimentador de cristales para lentes y que, además, fue un gran sabio y acaso un santo laico, la única santidad posible entre los hombres. Mis bisabuelos, por diferentes razones, se convirtieron al cristianismo y criaron a sus hijos y nietos en la religión católica; hasta la muerte de papá, Lisa Presburg fue una ardorosa católica y me ocultó su ascendencia judía, pero desde que nos trasladamos a Tréveris, sin darme yo cuenta, mi madre fue transmitiéndome el espíritu judío y murió y fue enterrada según el rito judío sefardita. ¿Era yo, entonces, un judío? ¿Pero, cuál es la patria de los judíos? ¿Debía retornar a Sion, como predicaba un naciente movimiento nacionalista hebreo?

Al morir mi madre me dije *al fin soy libre*; pero esto era ilusorio: mi conciencia cargaba con el peso de numerosos ídolos. Recordé un verso del *Prometeo* de Esquilo, que mi padre, con su forma algo teatral de ser, solía recitar: *Dicho en pocas palabras, odio a los dioses*. ¿Cómo elegir patria, morada del hombre, sin antes librar a la conciencia de los fantasmas que la oprimen? Nunca sucumbí a las tentaciones del libertinaje, pero por un tiempo me entregué a los legítimos goces de aquel «dorado árbol de la vida» del que habla el Mefistófeles de Goethe. Me decía *olvida, sé indiferente*. Pero los fetiches no reposan y reclaman las hecatombes que consideran merecer. Me entregué a batallar contra ellos y, para empezar, me enfrenté con cierto filósofo que me había deparado un falaz consuelo. *Una vida de Jesús*, libro que todavía en mis años juveniles desencadenaba encontradas pasiones, me hizo comprender la figura de Jesús en términos históricos y humanos; luego

otro filósofo (pasaré por alto su nombre para no abrumarte) me enseñó que esos seres superiores que llamamos «dioses», creaciones de nuestra fantasía, no son más que las proyecciones mitificadas de nuestro propio ser; después ya no me fue difícil desembarazarme del judaísmo, pues este no había arraigado en mi corazón, ya que había sido un transplante tardío operado por una conciencia confusa como la de mi madre. ¿Había emancipado mi conciencia? Y si esto era así, ¿la única patria del hombre es su propia conciencia? ¿Por qué, entonces, mi felicidad (lo que yo creía que era felicidad) no me confería plenitud ni sosiego? Y si era un hombre libre, ¿para qué me servía esta libertad? Retorné a Metz en busca de los extraños amigos que, según mi madre, habían sido los causantes de la ruina económica y de la degradación moral de mi padre.

Metz era mi padre y era mi primera infancia, que fue feliz. Mientras en la rue Haute-Pierre buscaba la imprenta La Universal, donde trabajaba como cajista el señor Kleber, pensé *¿El vasto territorio de la infancia es la única patria del hombre?* El señor Kleber, tras la muerte del patrón, acababa de convertirse en el propietario de la pequeña imprenta. Lo primero que me dijo, luego de decirle mi nombre, fue *Me siento un poco canalla, ¿sabes? ¡Cómo olvidar que el gran Proudhon dijo que la propiedad privada es un robo! Pero le cambiaré de nombre: se llamará La Estrella Roja*. Me llevó a una taberna, pidió una botella de Riesling alsaciano y me propuso brindar por la memoria de Godofredo (este fue el nombre de mi padre), pero luego de pensarlo, se rectificó: *No, muchacho, brindaremos por la memoria del camarada Bauman de Metz. ¿Sabías que este era uno de los seudónimos favoritos con que Godofredo firmaba sus artículos?* El señor Kleber (todavía pasaría un tiempo antes de que me atreviera a llamarlo «camarada») bordeaba los sesenta años y gozaba del vino de una manera que me hizo recordar a mi padre. Me escuchó atentamente, luego empezó a evocar las jornadas de lucha de los trabajadores

del 48, después sentí que detrás de los quevedos sus ojos me escrutaban. De pronto me dijo que le mostrara mis manos y, al hacerlo, sentí que enrojecía. *El cerebro es insuficiente para hallar la verdad,* declaró. *A propósito, necesito un cajista, ¿quieres aprender el oficio? Si no temes ensuciarte las manos, el puesto es tuyo.*

Mi vida cambió, se enriqueció; pero descubrí que mi conciencia no había terminado de emanciparse. Al comienzo tuve dificultad de compartir mi vida cotidiana con hombres que eran zapateros, albañiles, cinceladores, plateros, fundidores, sastres, cerrajeros, ebanistas, hojalateros (y tantos más), y más difícil aun me resultó participar en las querellas de carácter político con la misma pasión con que los nacidos obreros participaban en las asambleas gremiales y en los clubes sociales y políticos. Pero cuando empecé a viajar (ya podía ganarme la vida como cajista y, a falta de este trabajo, dando lecciones a niños de familias ricas), primero por las grandes ciudades de Francia, luego por Bélgica y Suiza, y después por Alemania, y siempre encontraba un techo donde cobijarme (a veces compartíamos la misma cama tres camaradas), entonces, te decía, empecé a sentirme como un ciudadano del mundo. Por esos años fue que entré en contacto con la Asociación Internacional de Trabajadores, cuyo lema es «¡Proletarios del mundo entero, uníos!». A partir de entonces comencé a intervenir con la misma pasión que mis camaradas en las cuestiones doctrinarias y políticas. Pero esta es otra historia de la cual quizá te hablaré más adelante.

Te he dicho que yo me sentía ciudadano del mundo, pero los gobiernos no me consideraban conciudadano suyo, sino un vagabundo, uno de esos asesinos (como los denominaban) internacionalistas, seres sin madre ni patria. Mi documentación era alemana. Yo justamente me hallaba en Berlín cuando estalló en 1866 la guerra entre Prusia y Austria para disputarse la hegemonía alemana. Yo tenía veinticinco años, de modo que debía enrolarme

en el ejército confederado alemán. Me negué a hacerlo y me recluyeron en prisión (fue el primer encarcelamiento de cierta duración que sufrí), y después fui expulsado por indeseable de los Estados que integraban la Confederación Alemana del Norte. Cuatro años después, ante la inminencia de una guerra entre Francia y Prusia, me hallé, ¡pero no era yo el único!, frente a un dilema que remeció exultaciones que yo creía superadas de manera definitiva.

De desencadenarse el conflicto, ¿de qué lado combatiría yo? Y resurgió la vieja pregunta: ¿soy francés o alemán? Esta contradicción se tornó angustiante, tanto más porque considerables sectores comenzaban a sucumbir a los nacionalismos bélicos que propalaban Bonaparte y Bismarck. Una luz brilló: desde Londres, centro de la Asociación Internacional de Trabajadores, esta expandió un pronunciamiento y nunca me sentí más orgulloso de mi condición de cajista. Compuse el texto que demandaba que las clases trabajadoras de Alemania y Francia denunciaran la guerra y lucharan por la paz entre ambos Estados gobernados por capitalistas, príncipes feudales y burócratas parasitarios; semanas después de lanzada la consigna, organizaciones obreras de Alemania y Francia divulgaron sendos manifiestos en que denunciaban a sus respectivos gobiernos reaccionarios y se extendían las manos fraternales por encima de las fronteras; yo había firmado el manifiesto de la sección francesa y respiré con alivio y me sentí orgulloso de estar vivo.

Pero las clases explotadoras poseen una mente diabólica. Badinguet y su corte, además de corruptos, eran gente obtusa, y Bismarck, que deseaba ardientemente la guerra, maniobró para aparecer como el cordero acechado por el lobo feroz. En París, la chusma burguesa gritaba: *¡Berlín! ¡A castigar a Guillermo y Bismarck!* El llamado Napoleón III mordió el anzuelo y, con la soberbia de los imbéciles, desplegó sus tropas a lo largo de las fronteras del

Rin. Yo no quería ser cómplice de la agresión (que intuía desastrosa para Francia) y me trasladé a un territorio neutral, pero que me permitiese volver a Francia si fuera menester. Escogí Suiza, escogí la ciudad de Basilea. Días antes de que Bonaparte traspasara la frontera, la central de Londres impartió la directiva que el pueblo trabajador alemán interviniese en la contienda mientras esta fuese una guerra de defensa nacional y que se opusiera a todo intento de convertirla en guerra de conquista.

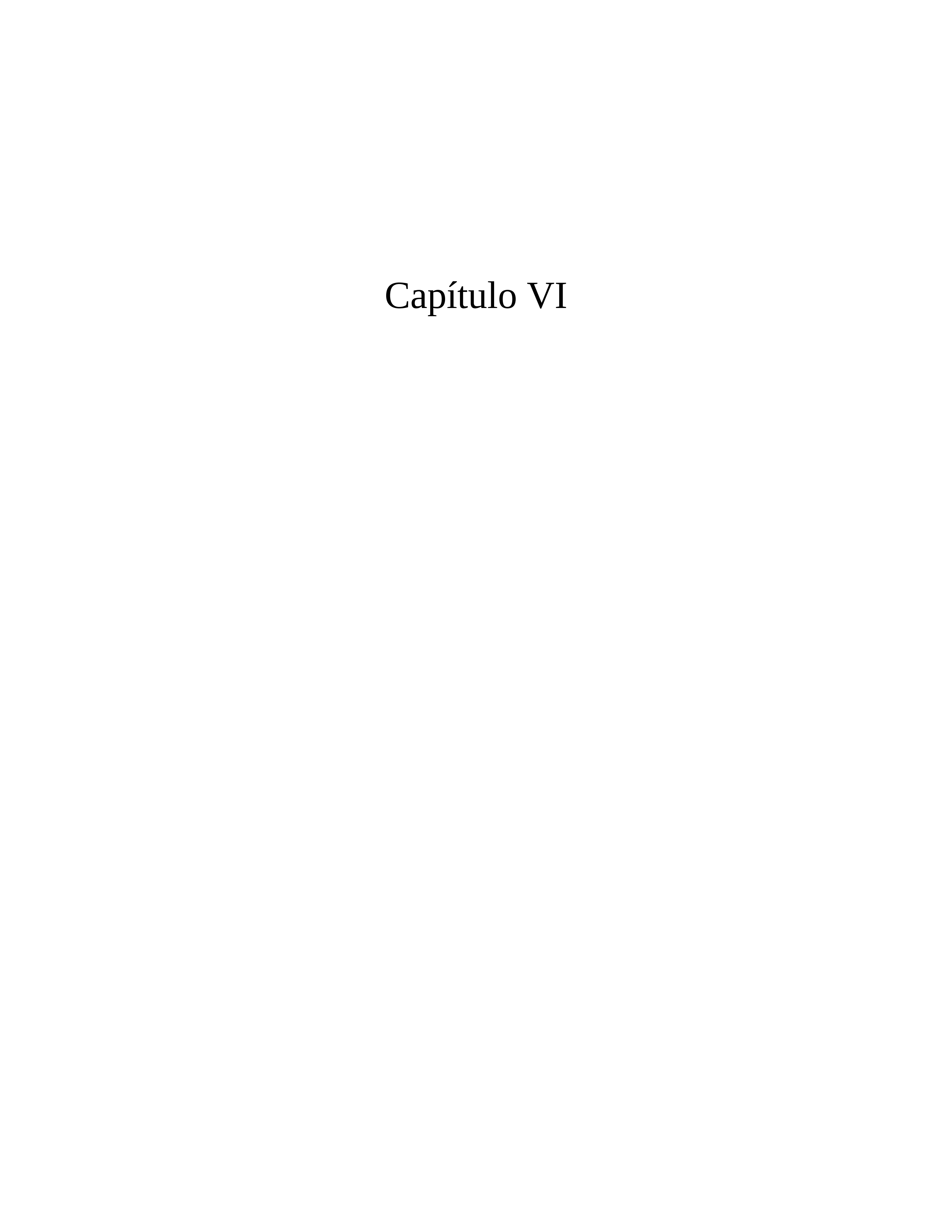
Pronto, el general Moltke demostró la superioridad armamentista y estratégica del ejército prusiano. Cuando el 2 de septiembre las tropas del general MacMahon cayeron abatidas en el hoyo de Sedan, me pregunté si yo debía continuar en territorio neutral. Días después quedó claro para todos que lo que Bismarck aspiraba era conquistar territorio francés. ¿Debía acudir yo en defensa de la patria? ¿Era Francia, entonces, mi patria? Por el momento no era importante la respuesta; lo urgente era unirme contra la voracidad expansionista de los prusianos. Alcancé a alistarme y participé en la Batalla de Saint-Privat, donde fuimos desastrosamente derrotados. Después vino el sitio de Metz, y hubiéramos podido resistir más de los sesenta y nueve días de no ser por la capitulación de Bazaine.

Y he aquí, José Agustín, que comprobaba en la práctica lo que ya me habían enseñado en la teoría los camaradas de la Asociación Internacional de Trabajadores: que los gobiernos de los Estados reaccionarios en guerra pactan y se ayudan entre ellos para aplastar a las revoluciones populares. Bismarck le prestaba un servicio a su compinche Thiers poniendo a su disposición los prisioneros que les había hecho a MacMahon y Bazaine en Sedan y Metz; mi convoy, atravesando las líneas prusianas, llegó a Versalles el 5 de mayo; París era bombardeada por los obuses y cañones versalleses y vi cómo imperaba la bárbara consigna de «guerra sin prisioneros».

El día 7 entré en combate; todavía no había amanecido cuando las baterías del Mont-Valerian, por el extremo noroeste y al sur desde el recién conquistado fuerte de Issy, empezaron a bombardear París en una maniobra conjunta de distracción de los defensores de la Comuna; por la noche anterior habíamos sido trasladados a las puertas norte y este que controlaban las tropas prusianas. En contra del acuerdo de no intervención del ejército alemán, este permitió la entrada de los versalleses por las mencionadas puertas. A las cinco de la mañana recibimos la orden de avanzar; yo formaba parte de una avanzada de exploración, pues conocía lo suficiente París como para orientarme; conforme a las órdenes impartidas, nos desplazábamos sigilosamente, mientras hacia los extremos rugían los cañones. Ya había tomado mi decisión. Reconocí la rue Magenta, quise adelantarme, pero Chabert, que me odiaba y desconfiaba de mí desde nuestro cautiverio en la fortaleza de Magdeburgo, se me unió en actitud vigilante, de modo que debí extremar los gestos propios de quien cumple una misión de avanzadilla; le propuse voltear hacia una calle lateral y Chabert accedió con un gruñido. La calle, recuerdo, estaba silenciosa y vacía, y los primeros rayos de sol iluminaban los ventanales desde donde podían estar acechándonos tiradores emboscados. Me dije que la peor (la más absurda, la más triste) de las muertes sería caer abatido por una bala comunera. Pensé que no tendría otra oportunidad, pensé que un disparo alertaría a los soldados que venían detrás de nosotros; Chabert era un sujeto brutal, pero no me inspiraba odio y si usé contra él la bayoneta fue porque no tenía alternativa; fascinado por sus maldiciones de moribundo demoré en emprender la carrera; por fin empecé a hacerlo y, cuando remontaba la empinada calle, sentí los disparos a mis espaldas; por fortuna, la siguiente calle era en declive, lo que me permitió apurar la zigzagueante carrera. Ya desde el día anterior me había agenciado un trapo rojo, de modo que, al acercarme a una de las barricadas, agité mi

improvisada bandera roja y grité *¡Viva la Comuna!*, soltando mi fusil con la bayoneta ensangrentada. Los de la barricada entendieron y empezaron a cubrirme de mis perseguidores. Al transponer el improvisado baluarte dije al jefe quién era yo y pedí un puesto en la defensa, pero antes acepté ser investigado y, bajo la vigilancia de cinco comuneros (recuerdo que había un niño entre ellos), fui conducido a la prisión de Mazas para ser interrogado por el Comité de Salvación de la Comuna.

Tres horas después fui conducido al Hotel de Ville, donde flameaba la bandera roja. La interrogación fue breve. El comité estaba presidido por Ranvier y reconocí a Vermorel, cuyos artículos yo había leído. Ahora tenía la seguridad de haber encontrado mi patria, una patria que era defendida por internacionalistas y combatientes sociales que provenían de todas partes de Europa. Vermorel, serio y parco, me invitó a contarles mi vida y las razones que me llevaron a desertar de las tropas versallesas. Entonces empecé por relatarles mi intento fallido de matar desde la torre de Carlomagno al capitulacionista general Bazaine. Mientras les hacía un somero recuento de los pasos dados en mi propia búsqueda, entró Vallés que, al terminar mi relato, me dijo que el día anterior había muerto en una barricada el cajista que componía su periódico, *Le Cri du Peuple*, y me ofreció sustituirlo, mientras todos los allí reunidos me abrazaban dándome la bienvenida como un nuevo combatiente de la Comuna.



Capítulo VI

Campanas de Piura

¿Recuerdas, mi hermano, las noches que pasábamos al lado del Ciego en el Puente Viejo escuchándolo contar viejas historias de Piura? Acodados en los barandales olíamos el vaho ácido que ascendía del cauce reseco del río y oíamos el barullo que armaban los cololos y los insectos de la noche, y el cielo era rasgado por pálidos relámpagos que anunciaban una lluvia que no terminaba por desencadenarse. El Ciego se había hecho merecedor del epíteto de «bardo de la tierra piurana» desde mucho antes de que naciéramos, pero nosotros (es decir, tú, Arturo, Sarango y yo) lo llamábamos «nuestro Homero cagón» por los formidables pedos con que matizaba sus historias, que soltaba por ráfagas que cubrían todos los registros de la escala musical, y él nos decía, feliz de la vida el muy puta, *chúpense esos huevos muchachos*, y nosotros teníamos que chuparnos sus efluvios tronantes del mismo modo que nos chupábamos sus historias, pues nos mordía la ansiedad por saber el pasado de nuestra tierra que, en la interpretación (iba a escribir «en la visión») del Ciego, era la historia de los linajes más encumbrados del mundo señorial de la vasta región piurana. Yo (no quiero jactarme) fui el primero de los tres en descubrir a nuestro falaz Homero desde los remotos años de mi niñez, digo *remotos* porque así es el tiempo de la infancia, y en el caso mío (aun ahora que te escribo me produce vértigo el evocarlo) tuvo una duración ilimitada, lenta y opresiva, tan distinta a la brevedad de los días que ahora

transcurren acelerados y fugaces, sobre todo desde que supe el destino que me espera.

Creo ya haberte contado cómo conocí al Ciego, pero lo que me interesa recordar es que fue escuchándolo como trabé amistad con ustedes, aunque me es imposible recordar si fue a ti o a Sarango a quien conocí primero. Ah, noches ardientes, noches jodidísimas, tan cargadas de confusión, de desgarramientos y de exultaciones de la adolescencia, esto en relación a ti y a mí, porque Daniel Sarango nos aventajaba unos cinco años por lo menos y estaba ya haciéndose un hombre, o más bien otro hombre (recordarás cómo detestaba los apellidos que llevaba), en el mundo de las letras, de la poesía, donde daba rienda suelta a la voluptuosidad del lamento. Pero no quiero ser injusto con Sarango, pues a fin de cuentas su falta de decoro era muestra de sinceridad, en tanto que nosotros (yo más que tú) éramos más filisteos en eso de ocultar nuestro rechazo general a la vida. Porque lo que nos unía (he meditado mucho en ello) era la común inconformidad con la herencia que nos había tocado en el reparto de los dones de la vida y cada quien, según los mandatos de su sangre y la calidad de su corazón y de sus sueños, ansiábamos (¡nada menos!) que el mundo retrocediera al preciso instante en que se había producido el error fatal que nos había arrojado a la soledad en que vivíamos. O también, en momentos de mayor desamparo, aprendimos a construir (con palabras) candorosos y risueños apocalipsis que arrasaban desde sus cimientos a esta mierda de vida. Y todo ello mientras oíamos, entre los secretos rumores de la noche piurana, las patrañas del Ciego (esta es una de las razones que me han llevado a escribirte esta soberbia epístola a la luz de mi exclusiva Petromax), quien, entre la diapasón de sus pedorreos de anciano casi centenario, evocaba la edad dorada de los más poderosos clanes de la región, la gran épica bastarda con su cabalgata de jinetes sembrando la

desolación y la muerte y, desde la muerte, la generación de nueva vida, pero nacida del estupro y la violencia, vida ultrajada, degradada.

Antes de zamparme a fondo en el asunto de esta carta, permíteme un par de palabras acerca de ti y de Sarango. Tú, Arturo Lama Olavarría, vivías aplastado por el hundimiento de tu familia y el recuerdo de un esplendor que tú ya no llegaste a disfrutar. Ahora que he alcanzado la perfección espiritual mediante el cinismo te haré esta confesión: en uno de mis cuadernos, escritos durante mi temporada en el seminario y continuados después de ingresar a la Universidad Católica (acaso con excesiva prolijidad), acerca de la amistad que nos unía, a ti, un descendiente directo de los Lama Farfán de los Godos, asentados en Piura desde los primeros años de la Conquista, y a mí, un oscuro Villar de la quinta generación, escribiendo en tercera persona hablaba, te decía, de esta ejemplar amistad, por ejemplo, en los siguientes términos: «Arturo Lama, descendiente de blancos venidos a menos, que vestía los pantalones de paño inglés y de lino que usara por las décadas de 1920, 1930 y los primeros años de la de 1940 su difunto padre y que al educado y correcto adolescente le conferían ese aspecto de risible abandono y de muchacho prematuramente envejecido. Evocando los años cenitales de su propia familia, Lama (sin saberlo) instruía al nieto de Santos Villar en el cerrado mundo del señorío de la región, aquella carta que había vapuleado el orgullo de Cruz Villar (me refiero a mi bisabuelo), y a cuyos descendientes (para hacer más perdurable el escarnio), el desventurado padre de Martín Villar tenía que prepararles sus más exquisitos cócteles desde su puesto de barman del exclusivo Centro Piurano». Y yo, mi hermano, que te escuchaba entre fascinado y rencoroso, no podía menos que contrastar mentalmente los sucesos que me ibas narrando con las anotaciones que me legara mi padre, al que no conocí, pues (¡y grábate bien esto, Arturo!) desde la cantina del club había estado en condiciones de escuchar y observar las conversaciones y los

gestos de los más copetudos habitantes de las mansiones de la antigua calle San Francisco. Olvidaré algún día el maligno regocijo que sentí la noche en que me hiciste entrar a hurtadillas en la descalabrada residencia de los Lama Farfán de los Godos (y yo durante todo este tiempo estuve escuchando el ahogado resuello de los sobrevivientes de la familia, que parecían dormir con la pesadez de animales de otra época) para mostrarme uno de los más preciosos tesoros de la biblioteca familiar, ya en gran parte desmantelada.

Quizá tú, mi hermano, hayas olvidado el episodio, pero yo no, yo no. Era, recuerdo, un ejemplar de *Alma América* autografiado de puño y letra por José Santos Chocano, y las crónicas a propósito de la visita que hiciera a nuestra tierra el famoso poeta. Y por solo esta vez tu sobriedad se fue al carajo porque no pudiste ocultar tu orgullo (y aun se te quebró la mesurada y hermosa voz que todos admirábamos) cuando, al mostrarme los recortes de *El Tiempo*, el *Ecos y Noticias* y *La Industria* cuidadosamente pegados en uno de los heráldicos álbumes de la familia, me confiaste que tu padre, don Rodolfo Lama, elegido por aclamación para el concejo municipal de la ciudad, tuvo a su cargo el panegírico del aeda, «el rapsoda», así calificaba tu padre a Chocano, quien hizo su triunfal ingreso en el Centro Piurano (y este hecho era resaltado por todas las crónicas) con la corona de laureles que ciñera sobre su testa el propio dictador Leguía. Y entonces, sin poder evitarlo, me sentí invadido por una oleada de turbación y dicha al recordar las anotaciones de mi padre que aludían al aire displicente, aburrido y sarcástico con que el vate de América había soportado el interminable ditirambo de tu padre. Ah, mi hermano, pero después de la miel viene la hiel, pues, como si de pronto te sintieras ridículo y fatuo o porque hubieras maliciado mi perverso regocijo, o bien, porque todo esto era el preámbulo escénico para la revelación que te habías propuesto hacerme aquella noche, dejaste el libro en el anaquel, tomaste asiento en la alta silla, labrada con espaldar y asiento de

felpa, del gran escritorio (también ornamentado, pero todo, escritorio, silla, sillones, anaqueles, desprovisto de la nobleza que confiere la antigüedad celosamente cuidada, preservada, y que más bien había adquirido la dimensión de símbolo con su aura crepuscular de abandono, ruina y caducidad), de modo que sentado donde otrora habían apoyado sus aristocráticos traseros sabe Dios cuántos Lama Farfán de los Godos, empezaste a hablar de tu viejo (*viejo*, me aclaraste, *no en el sentido afectuoso como los hijos denominan a sus padres, sino porque es viejo de verdad*, te había engendrado bordeando los sesenta años), por quien habías sentido odio, desprecio y celos. Odio, me dijiste, por haber dilapidado una fortuna amenazada por la ruina desde comienzos de siglo; desprecio por su superficialidad, histrionismo y elocuencia; y celos por haberse casado con tu madre, Carolina Olavarría, una jovencita de diecinueve años, bella y de salud precaria, perteneciente a una familia decente pero pobre (y yo, mi hermano, pensé en la venta de Primorosa Villar, solo que en el caso de tu madre, aparte de un estatus social más elevado, la compraventa se hizo ante la ley civil y contó con la bendición de la Iglesia). Luego, sin perder la urbanidad y con palabras escogidas y cultas, empezaste a injuriar a tu anciano padre (en esos años, tú habrías sido incapaz de decir, por ejemplo, *viejo chuchasumadre*, mientras yo había descubierto ya las delicias de la procacidad). Después he pensado que estas denostaciones formaban parte del tinglado que habías preparado para soltarme la revelación que me hiciste. Porque de pronto te levantaste del sillón, te acercaste a lo que fuera la panoplia (uno de los tesoros de los Lama Farfán de los Godos, valiosa colección de armas que databan de tres siglos atrás, e infamemente rematadas, me aseguraste) y sacaste una hermosa escopeta de caza de mediados del siglo pasado, la pusiste en mis manos para que la palpara y sopesara: el acero del cañón de fulgor homicida y mortecina frialdad, las molduras de plata maciza y

tenebrante, la culata de madera suavísima, como de un Stradivarius letal; y luego me enseñaste su manejo. Era ya más de medianoche en Piura y yo sentía el silencio aplastante y opresivo por la pesadez de la gran casa en ruinas y los ronquidos desesperanzados de tu parentela, cuando me dijiste: *Con esta escopeta se suicidó el viejo. Se puso el cañón en la boca y aplastó el gatillo. La bala le hizo estallar el cerebro y yo fui el primero en entrar en esta pieza al escuchar el estampido y lo vi allí tendido con el rostro ensangrentado, desfigurado, pobre payaso*. Me quedé mudo, fascinado, compadecido, y dos años después, ya en Lima, en el cuartucho que arrendaba en un caserón en Matavilela, rememoraba esta confidencia que me hicieras con la vista fija en la viga de la cual se colgó mi tía Dioselina, y evocaba las visiones que tuve en la cabaña de Asunción Juares (de las cuales te hablaré luego), y me decía que aquella escopeta que me mostraste fue la misma que yo vi en manos de tu abuelo Lama Farfán de los Godos, solo que la usó no para suicidarse, sino para una cacería humana.

Sarango, Daniel Sarango Sarango, era por lo menos cinco años mayor que nosotros, y hacía tres que trabajaba en la más antigua notaría de Piura, la Notaría Condemarín, y desde entonces (como él mismo nos confió) venía ahorrando centavo a centavo con el fin de reunir el dinero necesario para costearse los estudios en la Universidad de San Marcos. Sarango nos leía los versos que publicaba bajo seudónimo y era, por línea paterna, un bastardo no reconocido de los Seminario y Echeandía Váscones, una de las más poderosas familias de la ciudad. Y tanto tú como yo conjeturábamos, o, mejor, teníamos la certeza de que su sueño más secreto era obtener el reconocimiento legal del apellido paterno. Ser bastardo del rey, como explicó en una de sus lecciones magistrales mi profesor de historia de la universidad, el doctor Candamo de la Romaña, una especie de monje seglar, vestido de negro cual un Felipe II redivivo, constituía un don providencial, y en la santa

tierra, mi hermano, he llegado a conocer a numerosos bastardos que, por decirlo así, rendían loas a Dios de los cielos por haber propiciado la incursión nocturna del padre blanco en el cuartito de la oscura mamá (hubiese sido o no la sirvienta de la casa), dignificándolos por el lado del pellejo y del apellido que podían usufructuar con orgullo, con podrido orgullo.

Durante los años que pasé en Lima seguí con interés la carrera literaria de Daniel Sarango, solo que si preguntas en los ambientes universitarios, culturales y periodísticos por este nombre, nadie te dará razón, pues ahora ha adoptado el nombre literario de Orlando Váscones. Con su primer libro, *Expulsión del Edén*, Sarango-Váscones, ¿o Váscones-Sarango?, alcanzó una promisoria mención honrosa en el Premio Nacional de Poesía José Santos Chocano. Y con su tercer poemario, *El castigo de Edipo*, obtuvo, compartiendo con otro poeta, el segundo puesto del mismo premio. He leído con detenimiento estos dos libros y algunos poemas sueltos aparecidos en las revistas *Letras Peruanas*, *Mar del Sur* e *Idea*, así como en los suplementos literarios de *La Prensa* y *El Comercio*, y lo primero que se impone al lector es el contraste entre los títulos tan explícitos de sus dos libros, con un contenido simbólico, casi hermético, en los que alternan poemas muy breves en versos de arte menor, como los haikus del último Tablada, y sonetos (¿o antisonetos?), en los que se nota el magisterio de Martín Adán. El castigo del inocente y la oscura fatalidad de la sangre parecen ser los temas recurrentes no solo de estos dos libros sino de toda la poesía de Sarango, quiero decir, de Váscones. Ahora bien, no es la ilegitimidad en sí la causa de su desgarramiento, del permanente vértigo de la caída o de su condición de exiliado. Yo creo que a Sarango no lo habría perturbado de manera intolerable su condición de bastardo si le hubiese sido permitido disfrutar legalmente del linajudo patronímico (al que se sentía con derecho) eximiéndolo de cargar con el horrendo apellido de indios serranos que

llevaba. Pero, además (¡infortunado amigo!), él siente que la fatalidad lo ha afrentado sin ningún paliativo compensatorio: la ardorosa simiente evacuada en el útero materno por el potro blanco (un adolescente impetuoso y bello, según la fotografía que él sustrajera y que guardaba celosamente) había cristalizado en un ejemplar que, al mirarse en el espejo, le desencadenaba un intolerable odio hacia la vida. Y fíjate, mi hermano, concentró todo este odio contra su madre, a quien declaró muerta sin estarlo, tú lo sabes, en su ficha de matrícula al ingresar a la universidad y, por supuesto, ante sus nuevos amigos intelectuales y escritores, con los cuales pudo introducirse en el círculo de discípulos de viejos catedráticos (en realidad, verdaderos patriarcas de la cultura oficial peruana) que pertenecían a la antigua aristocracia limeña. Esto, mi hermano, le insufló fuerza, temple y seguridad a Daniel para iniciar una correspondencia con el padre que nunca llegó a conocer y quien desde muy joven ingresó a la carrera diplomática. El padre, ¿podía ser de otra manera?, ya había olvidado aquel lejanísimo polvo y sus progenitores jamás le informaron que hubiera engendrado un hijo en una de las numerosas sirvientas que él gozó desde los catorce años (en esto, Arturo, tu vida no ha sido muy distinta de la del padre de Sarango, ¿no es así?), de modo que no respondió a las cartas que empezaron a llegarle con puntual impertinencia, junto con los ejemplares de sus poemarios dedicados en forma críptica a él, embajador primero de países latinoamericanos, luego asiáticos y después europeos como Dinamarca, Noruega e Islandia (brrr, brrr, cómo se le habrán congelado las pelotas al embajador). Después, por intrigas en Lima de algún diplomático pederasta, lo rebajaron a Sudán y enseguida a Etiopía (pero aquí la compensación eran las hembras, morenas y esbeltas y con perrito en el coño, ujuy) y, por fin, a Egipto. Y fue allí, en el Egipto de Nasser, que el embajador Orlando Seminario y Echeandía Schaeffer recibió la carta de su anciana madre (el padre había muerto años atrás) en la que le revelaba la

existencia de este hijo espurio que acababa de ganar un concurso convocado por la municipalidad de Piura con una monografía de carácter histórico en torno a la figura legendaria del genera Orlando Seminario y Echeandía Váscones que, entre otras hazañas, salvó a Piura de la destrucción, el saqueo y el estupro al debelar la rebelión de los comuneros de San Fernando de Chalaco, durante los tristes días de la ocupación chilena. La madre del embajador le informaba que, al ser invitado por los organizadores del concurso a venir a Piura para recibir el premio, ella y los demás familiares creyeron que había llegado el momento de reparar la injusticia cometida con aquel pobre muchacho, quien, pese a su modesta apariencia, era todo un talento, un poeta y un historiador que con su investigación había reverdecido la gloria de la casa de los Seminario y Echeandía Váscones, «nada más oportuno y justo», continuaba la madre del embajador, «en este tiempo de tanta democracia y vulgaridad, donde empiezan a borrarse las jerarquías y se menoscaba la antigua sangre de los fundadores y próceres de la primera ciudad levantada por los conquistadores». La madre comunicaba al hijo, que al recibir la misiva maternal se hallaba en Alejandría, capital del placer y de la nostalgia apátrida, que el joven, pero, ¿cómo nombrarlo, Dios santo?, se había portado con aceptable urbanidad y conmovedor respeto, y terminaba pidiéndole que lo reconociera como hijo liberándolo del baldón que significaba cargar con ese horrendo apellido de indios de esa zona cruel y rencorosa de Chalaco, Santo Domingo y Frías, Dios lo amparase. Sé que ya están avanzando los trámites para el reconocimiento legal, pero en estas semanas me he enterado, mi hermano, que nuestro viejo amigo Daniel Sarango ya está haciendo uso del aristocrático patronímico, aunque en gesto democrático y como un medio de hacer sentir su singularidad, su personalidad y su prestancia, ha eliminado la heráldica *y*, presentándose como Daniel Seminario Echeandía.

A estas alturas de la carta tú te estarás preguntando *pero, bueno, ¿qué mierda* (ahora ya has aprendido a usar palabras groseras, ¡la vida te ha golpeado, Arturo Lama!)*, qué carajo, qué chucha tiene que ver todo esto con la evocación que hiciste de nuestro pedorriento Homero al comienzo de tu cojonuda epístola?* Paciencia, mi hermano. Es indispensable este preámbulo para abordar (y hacer comprensible) el asunto que me ha determinado a escribirte. Tengo un pata del alma en Lima (fuimos condiscípulos en la Católica) con quien nos carteamos un par de veces al año y él aprovecha entonces para hacerme un envío con las novedades literarias que a su juicio necesito leer. Yo le había encargado con cierta urgencia que me consiguiese la monografía histórica escrita por Orlando Váscones (desde luego, a este amigo no le he revelado el verdadero nombre del autor), editada con el título de *El general Fernando Seminario y Echeandía Váscones, salvador de Piura*. J. L. Díaz (este es el nombre de mi buen amigo) me respondió a las pocas semanas diciéndome que no había encontrado el libro ni en librerías ni en la Biblioteca Nacional. «¡Pero no puede ser!», le respondí de inmediato, y le dije que yo tenía la seguridad de que la obra, ganadora de un concurso convocado por la municipalidad de Piura en torno a las grandes figuras de la historia familiar, política y cultural de nuestra tierra, había sido editada en 1962. J. L. Díaz es periodista y ha recorrido todas las secciones de un diario, de modo que él, excronista estrella de la sección policial, lo tomó como un desafío y se propuso hacer todas las pesquisas hasta dar con el jodido libro. Bajo el pretexto de hacerle un reportaje se entrevistó con el presidente del Club Piura del Paseo Colón (cuyo apellido materno es Seminario). Después de dejar que se lanzase su rollo sobre el Club Piura y sobre la historia y la leyenda de Piura (y, por cierto, el presidente se explayó sobre la singular belleza y encanto de la mujer piurana), le preguntó su opinión sobre el libro *El general Fernando Seminario y Echeandía Váscones, salvador de Piura*.

Ah, mi tío abuelo, suspiró con orgullo el presidente, pero a continuación le dijo que no sabía que se hubiera editado aquel libro, aunque sí, sí, recordaba que había resultado ganador en el concurso convocado por la municipalidad de Piura con motivo de la celebración de la semana de la santa tierra. J. L. insistió en que aquel libro se había editado. *¡Imposible!*, reiteró con énfasis el presidente, *pues de haberse editado el libro se hallaría en la biblioteca del club, donde se atesoran todas las obras escritas por los hijos dilectos de Piura*. Y para corroborar su afirmación lo hizo pasar a la biblioteca («tan magra y provinciana que deprimía», me escribió J. L.), y en efecto comprobó la ausencia del misterioso libro. El siguiente paso que dio J. L. en su investigación le resultó frustrante y en particular desagradable. Decidió abordar directamente a Orlando Váscones, cuyo nombre le resultaba familiar por haber leído «dos o tres poemas de los cuales», me escribió, «no entendí ni mojones». En los ambientes literarios le dijeron que a Váscones lo podía ubicar tal y cual día en San Marcos, donde acababa de ser promovido a tiempo parcial en una cátedra de filosofía, o bien, diariamente en el museo de la misma universidad del jirón Cusco (este es el empleo que le proporciona el pan de cada día), pues también había estudiado historia y preparaba su tesis de bachillerato. «Discúlpame», me escribió J. L., «no me gustó el tipo. Rezumaba petulancia y me miraba desde arriba y de inmediato me dijo que Orlando Váscones era su nombre literario (acababa, afirmó, de ocupar el segundo lugar en un concurso latinoamericano de poesía), pero que era mejor que lo llamara por su verdadero nombre: Daniel Seminario Echeandía». J. L. le dijo que el objeto de su visita era conseguir un ejemplar de su obra *El general Fernando Seminario y Echeandía Váscones, salvador de Piura*, libro que venía buscando desde hacía varios meses a pedido de un paisano suyo, *que tal vez usted conozca, Martín Villar*. J. L. me decía «¿Qué problema o rencilla has tenido con ese energúmeno? Porque apenas escuchó tu nombre

palideció y, brillándole los ojos de furia y con total descortesía, se puso de pie y me dijo que tenía mucho que hacer, pero mientras me abría la puerta de su oficina me dijo que aquella monografía no la había llegado a editar». Bueno, mi hermano, tengo que decirte que esta «rencilla» de Sarango-Seminario Echeandía se remontaba al último año que estuvo en Piura antes de viajar a Lima para estudiar y tú recordarás cómo nos eludía cuando caminábamos juntos, pero procuraba conservar tu amistad, porque, aunque un pobretón (perdón, mi hermano), no dejabas de ser un blanco con un apellido mucho más antiguo que el de los Seminario y Echeandía Váscones. En Lima lo encontré dos veces y lo busqué expresamente una tercera vez la víspera de abandonar la universidad y de venirme a radicar aquí en El Conchal. La primera vez fue un encuentro casual en la Sala Perú de la Biblioteca Nacional y compartíamos la misma mesa y estábamos frente a frente en los extremos opuestos. Fui yo el primero en descubrir su presencia y, al instante, recordé el rechazo súbito que experimentó hacia mí allá en Piura y la causa de ese sentimiento. Imprimí a mi rostro un aire de amistad (por lo menos esto fue lo que me propuse) y me dediqué a observarlo mientras leía y tomaba notas de un grueso volumen de historia probablemente de comienzos del siglo pasado. En algún momento debió sentir el peso de mi mirada porque levantó sus ojos (¿te acuerdas, mi hermano, de sus ojos saltones?), que, al descubrirme, fingieron desconocerme y más bien adquirieron el aire de estar mirando al vacío o imaginando el tiempo al que lo había transportado la lectura. Enseguida bajó los ojos como quien retoma la lectura, pero yo seguía auscultando sus gestos y, por su indumentaria, conjeturé que debía pasar por gran estrechez económica. Quince minutos después, sin mirar el lugar que yo ocupaba, Sarango se levantó y fue a devolver el libro. Yo seguía con atención los movimientos culturales y literarios (te estoy hablando de fines de la década de 1950), pero no era muy aficionado a los recitales que por esos

meses abundaban. Sin embargo, al enterarme que Daniel, cuyo nombre literario ya me era conocido, participaría en la lectura de los nuevos poetas peruanos a llevarse a cabo en el Salón de Actos de San Marcos, decidí asistir. No te hablaré de los versos, que se los llevó el viento. Lo que quiero contarte es que después del recital me acerqué para felicitar a Orlando Váscones, pero este, al reconocerme y ver que me acercaba hacia donde él estaba, me dio la espalda de la manera más ostensible. Como ya te he dicho, la tercera vez lo busqué yo mismo, pues quería sacarme la espina antes de mandar al carajo mis estudios y venir a trabajar como maestro rural en este caserío. Según me enteré, nadie sabía dónde vivía Sarango-Váscones y esto era poco menos que un misterio, casi una leyenda. Yo había averiguado los lugares que frecuentaba, la vida bohemia que llevaba y la hora a la que solía desaparecer sin despedirse de sus colegas. Estuve montando guardia en su bar preferido desde las once de la noche hasta la una y media, y hacía frío y caía esa jodida garúa limeña que sin embargo le confiere, en las noches, cierta belleza a esta ciudad gris, chata y maloliente. Entonces lo vi salir del bar (eran, te repito, la una y media de la madrugada). Estaba solo y una cuadra después se paró y regresó para mirar (sospeché) por si alguno de sus amigos lo seguía. Afortunadamente no me descubrió porque yo lo seguía desde la acera de enfrente y a prudencial distancia. No viene al caso que te cuente minuciosamente mi persecución, que culminó con éxito, aunque me dejó un sabor amargo en la boca. Pensé que no era el momento de abordarlo sino hasta el día siguiente, que era domingo y, por lo tanto, se quedaría durmiendo o leyendo sin salir a vagabundear. Por mi parte, regresé a mi cuartucho de la calle Matavilela y me entretuve en alistar mis pocas pertenencias y encajonar la treintena de libros que había decidido traer conmigo. Pensé que allí había vivido cuatro años de mi vida, que por un momento dejé de imaginar la tristeza y la soledad que llevaron a colgarse a la querida tía Dioselina, que

también viví la euforia y la exaltación que me produjeron mis renovadas lecturas literarias y que fue allí, en ese húmedo y sombrío cuartucho, donde pasé los dos días más felices de mi vida al lado de Deyanira Urribarri. A las ocho de la mañana puse el candado a mi puerta y me dirigí al Rímac atravesando el puente Balta y, a la altura de San Lázaro, volteé a la mano izquierda y luego a la mano derecha hasta ubicar el callejón donde vivía Orlando Váscones. Me estaba, por cierto, cobrando una venganza al humillar de esa manera a Sarango, pero también apuntaba a sacarlo de la impostura, del engaño en que vivía, que debía asumir en toda su plenitud las condiciones en que le había tocado estar y que era lamentable que se avergonzara de vivir donde vivía, del mismo modo que se avergonzaba de su sangre materna. Sarango permaneció con los ojos gachos mientras le hablaba. Terminé de decirle lo que creí mi deber decirle, siguieron unos minutos de silencio tenso; luego, se puso de pie, me abrió la puerta de su cuchitril y me dijo *Por favor, Martín. Adiós*. Pero todo esto lo había olvidado hasta hace una semana en que J. L., eufórico y a la vez desconcertado (porque el texto le parecía un bodrio), me enviaba el folleto (porque se trata nada más que de un folleto de noventa páginas) *El general Fernando Seminario y Echeandía Váscones, salvador de Piura*, para lo cual había tenido que acudir a un vendedor especializado en rarezas bibliográficas (a quien en la redacción de los periódicos conocían con el mote de Sobaco Ilustrado, pues toda su mercancía la llevaba bajo sus brazos). J. L. me decía que según el vendedor se había tratado de una edición pagada por su propio autor, pero de un tiraje limitado de cien ejemplares, que se había cuidado de no enviar a ninguna biblioteca del país, incluyendo a la de Piura, y los había obsequiado entre las principales familias de esta ciudad. Cuando leía el folleto, mi hermano, descubrí todo el misterio. El texto constituía un repulsivo panegírico de los Seminario y Echeandía Váscones, a través de la figura del general, y una calumnia a un movimiento popular.

Desde el punto de vista histórico no se diferenciaba de las patrañas del Ciego, aunque estuviera escrito con decencia y falaz erudición, muy en la línea de su maestro Porras, aunque no ciertamente por lo falaz.

¿Dije bien, mi hermano, al afirmar que lo que nos unía a Sarango (así lo llamaré por comodidad desde ahora) a ti y a mí era nuestro común rechazo a la vida? Creo que esto fue sucediendo poco a poco con el paso de las semanas, los meses, los años, porque lo que en verdad propició nuestro encuentro en la tertulia del Ciego era el interés que por diversas razones teníamos acerca de la historia de la Casa Quemada. Para mí, la Casa Quemada estaba ligada a los recuerdos de mi infancia y simbolizaba el poder, el esplendor y la crueldad magnífica del mundo señorial piurano. Y yo, mi hermano, odiaba ese mundo porque había agraviado para siempre a los de mi sangre. Y si alguna noche (esto ocurrió después de la visita que le hiciera a don Asunción Juares) de embriaguez y exceso, yo, Martín Villar, pude decirle a Sarango (y de este suceso, creo sospechar, provino la desconfianza y luego el rencor hacia mí por parte suya) *Vida confusa, extraña, Sarango, de qué jugos está hecha tu vida, nuestra vida*, fue porque también yo, tu hermano, como habré de testimoniar cuando evoque la muerte de Primorosa Villar, al trasladarme a otro barrio y establecer relaciones de amistad con mocitos que me abrumaron con una condición social infinitamente mejor que la mía (nunca imaginé que una residencia pudiera tener dos salas de recibo o dos comedores, y cómo me deslumbraron la cristalería, las arañas ornamentales de quién sabe cuántas bujías cada una, los grandes espejos de marcos dorados, los muebles vieneses, el piano, los óleos, los retratos), viví una etapa de torturado envilecimiento que me llevó a ocultar el linaje del cual procedía, e incluso a avergonzarme de él. Y yo, que por circunstancias familiares conocía el origen de Sarango y por la vehemencia y la falta de tacto que nunca he podido superar, le dije que no había de qué avergonzarse,

que había que mandar al carajo al mundo de los blancos y retornar al seno de nuestra gente. *No, no es verdad*, continué, *que la belleza, el esplendor, los valores magníficos y el poder solo sean patrimonio de esos descendientes de quienes agraviaron a nuestras remotas abuelas gentiles*. Y añadí, de manera sibilina, que poseía testimonios irrefutables de que la historia que nos contaba el Ciego sobre la Casa Quemada eran patrañas y que no hubo nada de heroico en el frente que formaron los terratenientes al mando del general Seminario y Echeandía Váscones para desplegar su ferocidad contra los comuneros chalacos, *como no lo hicieron*, le dije, *como debieron hacerlo*, sentencié, *con las tropas chilenas, a quienes algunos de los blancos abrieron sus puertas y entregaron sus hijas y aun sus mujeres como botín de guerra*. Yo estaba borracho, es verdad, mi hermano, pero era consciente de lo que decía. Sarango se limitó a escucharme de manera glacial, pero la noche siguiente no se reunió con nosotros como de costumbre en el Puente Viejo, y cuando en uno de esos días me encontré con él, desvió la mirada y desde entonces me quitó el habla. ¿Es mejor hacer de nuestra vida un perpetuo engaño? ¿Es que la sustancia de una conciencia enajenada la constituye la ilusión que sepulta al yo real por un yo ficticio, aunque esto comporte la degradación del individuo? Reconozco, mi hermano, que fui impertinente, que a fin de cuentas se es libre de vivir en la inautenticidad, pero mi conducta respondía a un sentimiento de amistad, de solidaridad. Y yo, mi hermano, sabía de lo que hablaba, pues las imágenes que me acosaron no hicieron más que reafirmar lo que en el seno de mi familia había escuchado hablar acerca del porqué de la conciencia vergonzante de Sarango. Por eso es que aquella noche en la cabaña de don Asunción Juares (que era el centro del universo) yo me hallaba preparado para recibir las revelaciones de la bebida sacramental y descifrar las visiones que me mostraban a Sarango ora fatigando los vetustos expedientes de la Notaría Condemarín, en los cuales con demencial avidez

rastreaba las ramificaciones encalavernadas de la sangre paterna, ora escuchando, mientras le servía de lazarillo (ah, cuántas veces yo también le serví de lazarillo), el inagotable cantar del Ciego, aquella mendaz epopeya en la que los antepasados de Daniel Sarango (que, de haberlo conocido entonces, créeme, mi hermano, se habrían ventoseado sobre su rostro) adquirían dimensiones de héroes desmesurados de infamia y odio.

También a ti, mi hermano, te hablé de manera enigmática sobre las revelaciones que me prodigara el sampedro en la cabaña de don Asunción Juares. Mi visión de la rebelión de los comuneros chalacos que culminó con el episodio de la Casa Quemada había variado de manera sustancial, pero necesitaba aún investigar, hurgar entre los documentos si quería restablecer la verdad y demostrar, por ejemplo, que el papel que jugó tu abuelo, Rodolfo Lama Farfán de los Godos, era diametralmente distinto a lo que conservaba la memoria familiar de la cual se nutría el cantar del Ciego. Por eso fue que te pregunté una de esas noches si el nombre de Bauman de Metz te decía algo. Tú pensaste un largo rato antes de responderme que creías haberlo escuchado en alguna de las sobremesas antes de que tu viejo se pegara el tiro que le quitó la vida. Y era comprensible, mi hermano, porque tú tenías apenas nueve años cuando se suicidó tu padre con quien, dicho sea de paso, no habías tenido mayor comunicación en razón de sus extravagancias y de su avanzada edad. *¿Por qué no hurgas*, te dije, *entre los papeles que dejó tu abuelo? Mi abuelo*, repetiste, con una voz afligida y el rostro sombrío. Y estuve a punto de decirte *¿Sabías que tu abuelo, don Rodolfo Lama Farfán de lo Godos, fue el prefecto que fusiló primero y luego colgó al bandolero Isidoro Villar, tío abuelo mío?* Pero me contuve a duras penas, pues todavía no consideraba llegado el momento de contarte la historia de los míos. Y solo fui veraz a medias cuando le dije a Sarango que la belleza, el esplendor y la leyenda no eran atributos exclusivos de los señores de la tierra de la región piurana.

Emergiendo de tu cavilación, dijiste *¿Hurgar? ¿Acaso hay algo que debo buscar? Una carta,* te dije, *una carta que le escribió el señor Bauman de Metz unos meses antes de la rebelión de los chalacos. Antes, de niño, me llenaba de orgullo saber la antigüedad de mi linaje; pero después, y sobre todo ahora, ese pasado me abruma*. Esto dijiste. Y añadiste luego *Desciendo por línea prácticamente directa del señor de Tangarará, Alonso Farfán de los Godos y Lama*. Recuerdo que yo no pude evitar la sorpresa: *¿Tangarará, mi hermano? ¿Compañero, entonces, de Pizarro? ¡Miéchica!* Entonces tú, viejo, temeroso de mi sorna, fingiendo indiferencia y cinismo, agregaste que era la verdad, que tenías documentos, que aquel remoto abuelo había estado entre la decena de lisiados y cobardes que temieron ir a inscribir sus nombres en la gesta de Cajamarca, mientras yo pensaba para mí que siglos después poco importaba la felonía de cualquier abuelo si este nos había legado hacienda, pellejo y nombre con que señorear sobre nuestra tierra. Y el rencor (el rencor viejo, el omnipotente rencor) fue creciendo en el alma, convirtiéndose en la sustancia de mi ser: ¿cuál era, por ventura, el blasón de los Villar? Ah, mierda de vida.

Aquella noche estábamos sentados en la Plaza de Armas, frente al Hotel de Turistas y al palacete de los Del Campo, pero, a diferencia de otras noches, no mirábamos los culos de las hembritas ni sus provocativos cruces de piernas, ni discutíamos asuntos metafísicos como, por ejemplo, cuáles eran las mejores tetas de Piura, sino que yo rememoraba mi viaje a Congará, la noche que pasé en la cabaña de don Asunción Juares y mis vagabundeos de los días siguientes por Congará y otros pueblos vecinos, y mi primera visita, un poco allende los dunales, al cementerio particular de los Villar, mientras tú (así me lo revelaste) tratabas de recordar todo lo que habías escuchado en tu niñez de aquel abuelo extraño, misógino, que vivió sus últimos años en Piedras Blancas, la más alejada de las haciendas de los Lama Farfán de los

Godos, en los límites con el Ecuador. Un poco antes de la diez de la noche me propusiste ir al Puente Viejo a preguntarle al Ciego por el señor De Metz. *Sé lo que responderá*, te dije, *pero está bien, vamos*. Había empezado la música en el Río Bar, los candiles titilaban por el lado de Montero y Monte Sullón de Tacalá, y ya empezaba a correr la brisa que iba apagando el ardor de la noche y de la calenturienta tierra. Nuestro Homero nos recibió con una marcial ráfaga de pedos, *chúpense esos huevos, muchachos*, pero esta vez no nos hizo ni pizca de gracia y de sopetón le preguntaste por el fantasmal y enigmático caballero Bauman de Metz. *¿Que si he oído hablar de Bauman?* Soltó otra seguidilla de pedos, *en castigo*, dijo, *por tenerme en tan poca cosa*. ¿Acaso no era él el depositario de la historia de la sagrada región piurana? Como si sus ojos quisieran horadar la luz y olfateara no sé qué perniciosa atmósfera, dijo *¿Bauman? ¡Eh, Bauman! ¿Me escuchas?* Y minutos después se desató con la historia que yo ya le había escuchado y que escarnecía la memoria de Bauman de Metz. Lo llamó «felón», «hipócrita», «espía del chileno», «embustero», *engañó a las decentes y honorables familias de Piura que le abrieron sus puertas para después clavarles la artera puñalada soliviantando a la indiada serrana y queriendo trastocar el orden social establecido por Dios*. Al despedirnos, ¿recuerdas, mi hermano?, me prometiste meter las narices entre la papelería inútil y seguramente falaz de tu linaje y, en especial, buscarías entre la correspondencia, si es que esta existía, de tu abuelo Rodolfo Lama Farfán de los Godos muerto (no sabías por el momento la fecha exacta) hacia finales de la década de 1920, en circunstancias misteriosas.

Ya sabes lo jodidos que son los sentimientos del hombre. Mientras te veía bajar las escalinatas del malecón y luego, cuando caminaste de manera lenta por en medio de la vía, como quien va ensimismado, comprendí que siempre serías mi mejor amigo, mi hermano, mi parcero, mi pata del alma, mi causa

(pronto también seríamos hermanos de leche), pero asimismo comprendí cuánto detestabas al mundo señorial piurano al cual, pese a la bancarrota familiar, seguías perteneciendo. Mi permanencia en el seminario, mi huida, mi viaje a Congará, mi peregrinación a la cabaña de don Asunción Juares, mi errar por los pueblos y caseríos vecinos me hicieron comprender en su real magnitud mi propia bajeza al haber pretendido, durante esos años, renegar de mi sangre y cerrar mi memoria a todo lo que me recordara el mundo de los Villar. Y, en cambio, oyendo a nuestro pedorriento Homero y escuchándote a ti y a Sarango, cuánta energía había prodigado en pensar, en imaginar, en recrear la vida de los blancos de Piura, la vida parasitaria, complaciente, de las grandes familias patricias por delante de cuyas casonas me había paseado con fascinación nauseabunda. Tú no volteaste de inmediato hacia la calle Lima (la antigua calle San Francisco), donde se hallaba tu ruinosa mansión de estilo sevillano, sino que te detuviste en el borde del río y, apoyado en el pretil, permaneciste allí un buen rato hasta que arrojaste al barranco el cigarro que fumaste. Y fue entonces que, como un raudo flujo de sangre, sentí germinar la idea de escribir sobre estos linajes, pero tomando las vicisitudes de los Lama Farfán de los Godos como paradigma, y de forma larvaria se fue abriendo paso con obsesión enfermiza este ideal que en las monótonas clases de la universidad hallaría (así lo creí entonces) su definitiva formulación: yo, mi hermano, procuraría convertir la escritura en un acto de vindicación y denigraría a una clase y a una tierra, aunque, advertían los poetas del día (lo cual, viejo, me llegaba a las pelotas), solo las obras iluminadas por el amor resultan perdurables.

Abundaban en las anotaciones de mi padre y en los recuerdos de Altemira Flórez deliciosos relatos sobre los más poderosos clanes de la santa tierra, los que (¿te pareceré, mi hermano, demasiado sedicioso?) habían contribuido a forjar con su aura de perversión y belleza la gran leyenda piurana, leyenda

que nuestro alcahuete Homero perennizaba entre las nuevas generaciones en las ardientes noches de la adolescencia. *¡Chúpense esos huevos, muchachos, que fue así como el prefecto Orlando Seminario y Echeandía Váscones salvó a Piura de la destrucción y a sus abuelos de los cojones, sin cuya bendita leche ustedes no hubieran nacido!* En las últimas semanas que precedieron a mi partida hacia Lima (pensando, craneando, soñando despierto), yo ya había esbozado el argumento y elegido los escenarios (tu casona de la calle San Francisco, Piura polvorienta y ardiendo de concupiscencia y sopor, las grandes haciendas patrimoniales en los valles del Chira y del Alto y el Bajo Piura), y había conferido al odiado linaje la herencia fatal del mal gálico, y esto como compensación a la iniciática contraída por Santos Villar con Flor de María en el puerto de Buenaventura, donde, por mandato del sampedro, había ido en peregrinaje para adquirir del magisterio de don Rufino Estévez los poderes que le permitirían dispensar el bien entre los pobres de estos rumbos. Por cierto, la novela (pues se trataría de una novela, género que yo había empezado a leer desde los catorce años en la Biblioteca Municipal, además de las que tú me prestabas) abundaría en usurpaciones de tierras y flagelamientos y cepos y cacerías no solo de venados, pumas y tigrillos, y violaciones y extravagancias como aquellas apuestas entre terratenientes en el tiro al blanco entre los limoncitos que empezaban a brotar en el cuerpo de las chinitas. Ah, y rivalidades y traiciones entre esposos y hermanos por cuestiones de herencias y adulterios, y los inevitables incestos y la vida fastuosa y espléndida y el humor y la campechanería, virtudes estas con que (según se afirmaba) el Dios de los cielos había premiado a los blancos de nuestra región. Todo esto, todo esto, mi hermano, historias, paisano, hermano de mi corazón, leídas en la anotaciones de mi desventurado padre y escuchadas aquí y allá en mi infancia, o plagiadas del interminable manantial de rencor y tristeza y desdicha que por entonces era la sustancia de mi vida.

Y todo este horrendo folletín (lo había considerado detenidamente) empezaría con el suicidio de tu padre, Arturo Lama, padre, digo, por razones de fornicación, pero abuelo (o más que abuelo) por la edad. Y yo, en la cabaña de don Asunción Juares, te vi, clarito (y no sin pena y estremecimiento), te vi asistiendo al sepelio vergonzante de tu padre-abuelo, hijo del torturado, místico, concupiscente Rodolfo Lama Farfán de los Godos, quien durante la debelación del levantamiento de los comuneros chalacos, con pistola al cincho y escopeta en mano, había sentido brotarle jubiloso ese fondo de barbarie y crueldad, herencia de la vieja sangre que él pretendía abominar, matando él solo, luego de haberlos reducido y desarmado, a dieciocho comuneros mientras ardía la casona donde se hospedara Bauman de Metz, y todas las campanas de Piura doblaban celebrando la victoria y la salvación de la ciudad. Y fue por esto que te seguí urgiendo para que indagaras la correspondencia entre tu abuelo y el señor De Metz, porque mi proyecto de novela terminaría con la toma de Piura por los comuneros de San Fernando de Chalaco y su posterior derrota por la alianza de los grandes señores de la tierra (entre los cuales se encontraban don Jerónimo Benalcázar León y su hijo Odar recién llegado de París), comandados por el prefecto Seminario y Echeandía Váscones, pero cuyo más tenebroso héroe fuera el joven hasta entonces beato, místico, músico sensible y virtuoso del piano Rodolfo Lama Farfán de los Godos, de cuya correspondencia con Bauman de Metz lograste encontrar dos cartas de este enigmático personaje y una respuesta del joven Lama, carta que presumiblemente no llegó a remitir. Y tú, mi hermano, tuviste la fineza de enviármelas a Lima, aunque por razones que después entendí (o sospeché entender), tú no me dirigiste ni siquiera unas líneas de saludo. ¡Te repito, mi hermano, qué jodido es el corazón el hombre!

No falto a la verdad, mi hermano, si digo que en aquel tiempo eras tú, Arturo Lama, quien tenía la palabra, el verbo sagrado y propiciatorio. Y es

que por esos años, ¡no me queda más remedio que reiterarlo!, me gustaba escucharte contar la historia de tu familia y de otras familias patricias de la región (como por razones que me concernían más de cerca hubiese escuchado por boca del Ciego las falaces genealogía e historia de los Benalcázar León y Seminario, hoy linaje extinguido), pues, como descendiente de campesinos yanaconas y de peones en los muelles de Guayaquil y en la construcción del Canal de Panamá, consideraba que la poesía solo era posible entre las altas clases sociales detentadoras del bien y del mal y capaces de alcanzar por los más extremados y opuestos caminos la plenitud de la vida. Y yo, fascinado, rencoroso, te escuchaba, te escuchaba sintiéndome cada vez más afrentado por la vida ofendida y humillada y carente de leyenda de los Villar. Pero todo esto empezó a cambiar a partir de mi huida del seminario y de mi viaje a Congará y de mi visita al venerable don Asunción Juares, y de ahí mi confidencia a Sarango, ay, tan retorcidamente recibida por él. Es verdad que todavía te seguí escuchando, es más, te acosaba con preguntas, pero esto lo hacía en función del proyecto que había germinado en mi mente y más allá de mi mente. Por eso, la víspera de mi triunfal partida hacia Lima, adonde viajaría en pos del futuro y la celebridad, para sellar nuestra amistad eterna me propusiste hacernos hermanos de leche, invitándome a compartir a la más deliciosa de las sirvientas de tu casa, de las cuales tú eras amo y señor, y yo, Martín Villar, lleno de urgente lascivia y de sublime espiritualidad, separé con fiereza animal los abrasados muslos de la muchacha y, como otrora el infame Odar Benalcázar, penetré la carne de Primorosa Villar; por eso, te decía, después de conseguir el abyecto placer (antes hiciste beber a la muchacha un vaso entero de una luciferina mezcla de licores fuertes), te pedí que me mostraras una vez más tu mansión para, en medio de las ruinas, poderla imaginar más adelante en su etapa de esplendor. Y tú, puntual, nostálgico, me fuiste mostrando las diversas estancias. El primero y el

segundo patio, el comedor ordinario, el gran comedor de las antiguas y fastuosas recepciones impuestas por tu padre en contra de la austeridad de tu abuelo, que vivía refundido en Piedras Blancas, y la sala central, donde estaba el piano de cola y tú, mi hermano, abriste la tapa, hiciste acordes disonantes y volviste a cerrar la tapa con discreta prontitud. *De niño podía ejecutar a mi Mozart, a mi Chopin, mis «Claros de Luna»*, dijiste. Recorrimos en puntillas las habitaciones de la planta derecha (¿cómo puedes soportar la respiración cansada y trabajosa de tu parentela?) y luego atravesamos el corredor que conducía a la otra ala, destinada a los huéspedes. Te confesaré que el corazón de tu flamante hermano de leche demostró demasiado obviamente su excitación: nos acercábamos al espacioso gabinete que ocupaba la parte fronteriza de la propiedad y donde diez años atrás había ocurrido el drama que habría de marcar para siempre tu vida, y entonces volví a ver (peor, con los ojos de la imaginación) el escenario, los espejos, los cortinajes de raso, los sillones forrados de damasco y cuero, la estantería con viejas y exclusivas ediciones, la extravagante colección de pipas y, sobre todo, la panoplia, la armería, que vi (que imaginé) íntegra, con piezas que databan del siglo XVII y entre las que destacaba la preciosa Remington con labraduras de plata usada por tu abuelo y por tu padre con fines opuestos. Insististe en acompañarme a mi casa. Hicimos un trecho de la calle Lima en silencio, pero, de pronto, te volviste a mí y me dijiste que habías estado pensando en estas últimas semanas en que, desde que nos conocimos, solo tú habías hablado y me habías confiado los más estrictos secretos y que, en cambio, yo (fuera de la revelación del suicidio de mi tía Dioselina) me había mostrado evasivo y reacio a las confidencias acerca de la historia de mi familia. ¿Me parecía esto justo, equitativo? La amistad, tal como la entendías, debía basarse en la mutua confianza. ¿Desconfiaba de ti? ¿O es que me avergonzaba de mi sangre? Si era así, bueno, que te perdonara, pero no era

muy distinto a Daniel Sarango. Y cambiando de tono dijiste *Vamos, viejo, cuéntame, que al fin y al cabo somos hermanos de leche*.

Consulté, pues, el reloj: era la una y diez de la madrugada y soplaba ya el viento más delicioso que existe sobre la faz de la Tierra. El alcohol (porque habíamos bebido antes de la ceremonia sexual con la sirvienta) parecía haberse disipado de mi sangre y, como en las novelas de Balzac, nada mejor que poner ante los ojos del lector (en este caso el oyente) el escenario donde Martín Villar vino al mundo ya hecho, viejo y cargado de culpas. De modo que te conduje, nada menos que a ti, ¡todo un descendiente de los Lama Farfán de los Godos, señores de Tangarará!, hacia el Piura hermético y profundo, por allí, mi hermano, por donde los blancos temían incursionar solos por el miedo al rencor y la violación. Y aunque la profecía de mi desventurado padre se había cumplido («Altemira, no temas, algún día la luz eléctrica espantará a los demonios», esta era una de sus sentencias favoritas), aún permanecía latente en el viento que barría las calles que empezaban a ser asfaltadas el viejo espíritu cargado de humillación y odio. Y así te fui diciendo *En esa casa, Altemira Flórez, asistida por Santos Villar y por doña Betsabé Alburquerque, criadora de chanchos, dio a luz trabajosamente a Martín Villar, Doña Betsabé es una mujer ahombrada que, por nostalgia de la maternidad, pidió a un hombre como para ella que le humedeciera el útero con sus efluvios de semen hasta que quedara preñada, y en efecto quedó preñada y parió a un hijo (el único que tendría) retardado y, cuando creció, irrefrenablemente arrecho, como un animal. Tenía una pinga descomunal y el deseo de hembra lo hacía aullar por las noches. Y por piedad, mi hermano, doña Betsabé se la corría, se la corría, pero como esto al pobre huevas lo aquietaba solo a medias, doña Betsabé, compadecida por este hijo querido y que ella por su libre voluntad quiso tener, decidió recibirlo en su regazo, Ahora caminemos hasta allí... Esta fue la casa de*

Santos Villar, hombre cargado de poderes y despótico y abuelo mío. Aquí padeció su larga agonía acompañado por el buen samaritano Martín Villar. Y aquí, recuérdalo, mi hermano, pasé yo las desamparadas noches de la infancia al lado de la ciega Gertrudis, mujer de mi abuelo y apodada la Verraca por su manía de convertirse en cerda, una cerda, ¿sabes?, lujuriosa y malvada. ¿Sabes que la sorpresa escandalizada, la pasmosa incredulidad que se reflejaba en tu rostro por este mundo que yo te iba mostrando se reflejaría también tres años después en Deyanira Urribarri Lazón y Osejo, perteneciente, como tú, a un linaje encumbrado pero de una región andina? Tú, mi hermano, te avergonzaste un poco, pero me rogaste que siguiera contándote, y quizá entonces por primera vez intuí que también el mundo de los Villar tenía su secreta, su borrascosa y desgarrada poesía.

Ahora nos alejábamos del barrio por donde aún, créeme viejo, yo sentía la presencia del fantasma irredento de Santos Villar y el hálito lujurioso y maligno de la ciega Gertrudis. Seguimos hasta el final de la calle Apurímac, donde estaba el cauce seco del río. El mugido de los toros esperando el sacrificio en el camal vecino silenciaba el bullicio de los cololos, chicharras y grillos, hendía el ruido de los generadores de la planta eléctrica y el de las maquinarias de la fábrica de hielo y colas García, y acaso perturbase el goce de las parejas furtivas que se amaban en la madrugada refrescada por la brisa. Recordarás que atravesamos el cauce abriéndonos paso entre chopos espinudos. Tú, Arturo, fumabas. No puedo afirmar si alguna estrella errante cruzó el firmamento, pues yo, eufórico, contaba cierto episodio ocurrido en Panamá entre mi tío Catalino y unos negros caribeños, mientras dentro de mí, pero esto todavía no te lo dije, empezaba a emerger una olvidada escena que poco a poco terminaría por usurpar mi memoria y habría de convertirse en el recuerdo propiciatorio de la historia que erráticamente trataba de contarte. *Esa tarde terminó mi infancia*, te dije después. Habíamos llegado al otro lado

del río y entonces el mugido de los toros fue remplazado por el ladrido de los perros vagabundos de Tacalá. *Una perra loba en celo, esto es Congará*, dije, recordando los soliloquios demenciales de mi tía Primorosa. Rechacé el cigarrillo que me ofreciste (te refería, de un lado, el flagelamiento de mi bisabuelo Cruz Villar y, del otro, veía la llegada a Congará de una extraña mujer de declinante belleza a la que apodaban la Churupaca), nos metimos por unas callejuelas estrechas, un torbellino de arena nos envolvió por unos instantes, pero luego divisamos la Plaza Montero, lugar donde, desde el principio de nuestra amistad, culminaban nuestros largos paseos nocturnos. Bajo los ficus nos sentamos en una de las bancas desastilladas y entonces empecé a hablar y a hablar, ¡cuánto hablé, mi hermano!, pero observé que me escuchabas con reconcentrada atención (¿o fue solo una ilusión mía?) y de pronto se derramó la claridad y la gente empezó a transitar. Te propuse tomar un café en las vivanderas que amanecían al costado de la estación del tren a Paita, y durante el camino seguí con mi historia. Al llegar, en una de las mesas vimos al anciano padre Azcárate bebiendo pocillos de café con su habano entre los dedos. Era hermosa la mañana y sabroso el café. Yo me había quedado callado y entonces tú me dijiste *bien, te entiendo, pero ahora cuéntame las imágenes que viste en la cabaña de don Asunción Juares*. *Ah, no, me es imposible. Eso tiene que contarse en el corazón de la noche, pero ya llegará el momento de contarte aquello*.

Y ahora (¿cuántos años después?, ¿seis, siete?, ¿cuántos?) creo llegado el momento de evocar para ti las imágenes que me asediaron vertiginosamente en la cabaña de don Asunción Juares, derrotado y asesinado (no me cabe la menor duda) en una batalla desigual contra seres malignos, como la ciega Gertrudis, un par de años antes de que yo llegase a establecerme en este caserío. Te escribo, mi hermano, desde el corazón de la noche. Encima de mi mesa de trabajo pende mi Petromax y en la tarima que compartimos duerme

(y siento su apacible respiración) la pequeña Zoila Chira, mi discípula y conviviente. Las cucambas se dan de cabezadas sobre el faro de luz potentísima y afuera silban los médanos. De tiempo en tiempo, violentas turbonadas de arena arremeten las quinchas, pero no inquietan ni perturban mi corazón. No la felicidad, sino el sosiego y una modesta sapiencia es lo que busco. Y si todavía tengo por delante un largo trecho para acceder a la sabiduría, mis sentidos, gracias a mi pequeña, han alcanzado la serenidad como para resistir los aletazos de cualquier nostalgia. El silbido de los médanos y el esplendor del desierto, tan distinto del de Tarapacá, aquel páramo martirizado, estéril y despiadado donde vi a José Ignacio Benalcázar perseguir con su potro negro y la espada manchada de sangre a las tropas chilenas en retirada. ¿Pero cómo reproducir para ti el torbellino de figuraciones y voces que me avasallaron en el recinto consagrado por don Asunción Juares? Mejor es que te adjunte con esta carta las páginas que he titulado «El cactus dorado». Léelas con precaución, pues son pálidas, torpes e insuficientes sobre lo que de verdad oí y vi acuciado por el espíritu del cactus y la protección del sabio anciano. Un gran espejo cae hecho trizas en mil pedazos: por ventura, ¿cómo podré reproducir las infinitas imágenes que en tiempos y espacios distintos reflejaban el universo entero? Por ejemplo: estoy viendo y oyendo a Sarango, a ti y a mí caminando por las ardientes calles de Piura, pero simultáneamente veo y escucho a otros tres jóvenes (que son Augusto González, José Agustín Benalcázar y el torturado Rodolfo Lama Farfán de los Godos) setenta años atrás por las mismas calles, pero acompañados por el caballero Bauman de Metz, que les expone ideas verdaderas y por tanto perniciosas para su corazón inocente. En Lima visité a cierto doctor Oscar Ríos que experimentaba con el ayahuasca y la mezcalina como terapia para la histeria y algunas formas de esquizofrenia. Me explicó con precisión la estructura del cerebro y me habló de las zonas oscuras

colmadas de neuronas ávidas de estímulos para revelarle al sujeto otras dimensiones del yo y de la realidad. Acepté someterme al experimento con el ayahuasca (dos años después, antes de venirme a establecer a El Conchal, viajé hacia la selva para experimentar de nuevo con aquella suerte de soga vegetal que pende de ciertos árboles) y lo único que vi fue la imagen más terrible de la soledad que jamás haya tenido: debía tratarse de un día muy especial para la tribu y todos (hombres y mujeres, ancianos y niños) rodeaban al sacerdote que, en un cuenco de arcilla, se disponía a repartir la bebida sagrada. Hay una larga, ansiosa, dolorida, desconsolada espera. El brujo ausculta con temor la sazón de la luna, pero el jefe de la tribu le ruega un rato más de espera. Entiendo que aguardan a un miembro joven y querido de la tribu, acaso extraviado en los menesteres de la cacería. El tiempo concedido con generosidad finaliza y entonces el sacerdote-brujo procede a iniciar el ritual colectivo, reparte la bebida y, después de unas danzas y cantos propiciatorios, todo el espacio ocupado por la tribu, con sus cabañas, su río, sus árboles y sus pájaros, empieza a elevarse, a elevarse. Y es entonces que el joven indio, abriéndose paso por entre las lianas, llega a las fronteras del lugar, pero ya es demasiado tarde: el dominio territorial de los suyos remonta el espacio iluminado por el congelado fuego de la luna y con lágrimas en los ojos le dicen adiós, *adiós, nieto, hijo, sobrino, novio o prometido, glorioso iba a ser tu destino; oh, qué perdida para ti y para nosotros; adiós*, y el joven, con lágrimas de sangre, llora desesperado, pues ahora toda la selva, es decir, el mundo, el universo, sería para él un paraje desconocido, temible y extraño. Entonces, mi hermano, entendí (creí entender) el mensaje: la soledad más terrible es vivir fuera de la comunidad de los suyos o romper con ella. Y esta experiencia que tanto me hizo recordar la larga noche que pasara con el piadoso don Asunción Juares acrecentó mi fuerza para venir a este caserío e intentar ser admitido por los campesinos. Y la soledad, paisano, es más

soportable y no puedes imaginar, Arturo, hasta qué medida lo es, y si me abriese más a lo comunitario profanando los sucesivos estratos de mi yo colmado de apetencias, pulsiones homicidas y autodestructivas, aunque no avaro en gratificaciones exultantes y perversas, sí, si yo fuera capaz de esta apertura, entonces, quizá... Pero dejemos esto, mi hermano, y presumo que ya has leído las páginas que te adjunto.

Te repetiré: de pronto, como si ocurriera un brusco cambio de escena, vi irrumpir por las polvorientas calles de Piura una cabalgata de indios de piel clara, aquellos que despectivamente, ¿te acuerdas?, llamaban «serranos» en la ciudad, con ponchos color vino oscuro, blandiendo machetes y disparando al aire y a cuya cabeza galopaba un jinete que portaba una bandera (ahora lo sé) de color rojo, símbolo de los comuneros y de los trabajadores y de los parias del mundo.

De modo que vi a la indiada serrana entrar y cabalgar por calles que me resultaban desconocidas; el Ciego, conducido del brazo por Sarango (y otras veces por ti y otras por mí), le mostraba con su cayado el escenario de lo que parecía ser uno de los episodios culminantes de su saga interminable. Pero no escuché, oh, mi hermano, sus épicos y marciales pedorreos. Los jinetes patas al suelo, divididos en columnas, recorrían las principales calles, y el jinete que portaba la bandera, seguido por sus hombres, escarnecía con galope sostenido la misma calle San Francisco, corazón del señorío piurano (creerás que vi la mansión de tus antepasados en todo su esplendor, antes de la ruina y el hundimiento) y donde, sesenta años atrás, Jerónimo Seminario y Jaime había proclamado la independencia de la ciudad del poder del rey de España. Las calles abandonadas. El vaho ardiente de las calzadas empedradas. El bronce de las aldabas de los portones parecía a punto de fundirse. Las puertas reciamente atrancadas por dentro. Ojos llenos de pánico mirando por entre las rendijas y miradores secretos el paso arisco de los serranos, *apestosos y de*

aviesa mirada, como decía el cantar del Ciego. ¡Qué ricas han sido siempre las hembras blancas de nuestra santa tierra! Las vi con sus hijas y sus negritas de servicio encerradas en una iglesia que yo ya no llegué a conocer, pero donde oía misa diariamente Rodolfo Lamas Farfán de los Godos, el que con el tiempo llegará a ser tu abuelo. Guiadas por monjas y curas, rosario tras rosario, de plata y oro, mi hermano, con cuentas de piedras de calidad (rubíes, esmeraldas, brillantes), que herían con su resplandor al Crucificado. Oí sus plegarias elevadas a la Santísima Cruz y a la Virgen del Carmen para que las salvase del estupro, de la violación. Y todas sus oraciones imploraban monótonamente al Señor (y yo aún ahora podría transcribir sus clamores) que preservase sus carnes de señoras, de niñas, de damas patricias, de cualquier contacto con la carne inferior y rencorosa de la indiada. Esto vi, Lama, hermano.

Y vi (mientras a la vez los veía apoderarse de Piura) la partida triunfal de los jinetes emponchados desde su comunidad de San Fernando. Imágenes reiterativas e insidiosas desfilaron ante mi vista: Miguel Francisco Villar desertaba de las tropas realistas antes de la Batalla de Ayacucho, José Ignacio hincaba con sus espuelas al potro negro y con el sable ensangrentado se disponía a perseguir a las tropas chilenas en retirada, mi bisabuelo Cruz Villar era azotado y colgado por el chileno en la plaza de Congará, después de leer una carta del señor De Metz, el adolescente Rodolfo Lama Farfán de los Godos caía de rodillas ante el confesionario, Daniel Sarango Sarango buscaba entre viejos folios el encalavernado derrotero de los Seminario y Echeandía Váscones. Pero allí estaba, de nuevo, la partida triunfal de los temibles comuneros chalacos. Partida y despedida triunfales que les tributaban entre el jubiloso doblar de campanas sus mujeres, los ancianos, los tullidos, los niños. De entre sus pechos, las mujeres (¿sabías que de estas mismas alturas procedía el linaje de la madre de Sarango?) se sacaron astas y

puñales para conferir valor a sus hombres, y oí extasiados mugidos de toros (que eran, me explicó la voz que hablaba dentro de mí, el grito de contienda de esa vasta zona torturada por el odio) retumbar poderosos y embravecidos por todas las montañas protectoras de la comunidad. Durante la cabalgata se unieron hombres de otras comunidades y bastardos no reconocidos de grandes hacendados y aun pequeños señores blancos rivales de los linajes contra quienes combatían los comuneros de San Fernando. Y vi, brumoso y fantasmal, a Bauman de Metz, que había sembrado la chispa de la rebelión por todas esas montañas y jalcas, y, a la vez, tú, Sarango y yo escuchábamos del Ciego la historia de esta rebelión que infamaba y hacía odiosa la memoria del señor De Metz.

Imagina ahora el avance tumultuoso de esa caballería de desarrapados por la tierra áspera, cómo prenden fuego a las casas hacienda, llamas devoran cárceles y cepos (los Lama Farfán de los Godos tuvieron esclavos y plantaciones de azúcar); los ingenios quedan convertidos en ascuas; figúrate (con la vista, con el oído, con tu alma desolada por la ruina) el estallido de los alambiques; enseguida arderán potreros e invernas y sobrevendrá la desbandada del caballaje y del ganado noble; también caen algunos abatidos por virtud de las carabinas, las picas, los machetes, visión bárbara, mi hermano, pero son la cólera, el odio y el rencor acumulados por siglos; por eso huyen los señores propietarios, acometidos de pavor repentino y abyecto. Y vi, veo, al fin, ajusticiar con armas de filo a un poderoso hacendado legendario por su maldad y su lujuria. ¿Seré capaz de poner ante tus ojos esta visión? Rastrean sus huellas, persiguen su olor. El aire seco trasciende un hálito que deja el espanto, el terror, y en una escarpadura descubren la cueva donde, como un animal de monte, creyó encontrar refugio. De aquí todo pareciera más sencillo y previsible: arrancado de la guarida será llevado a rastras entre pencales y cactus. Veo y oigo (vi y oí) el juicio sumario a que lo

someten los comuneros, razonable es que lo obliguen a arrodillarse, y yo cierro los ojos: no quiero ver (¡pero me es imposible dejar de escuchar!) cómo caen los fuertes garrotazos sobre la cabeza y los brazos, preparando el cuerpo para los certeros machetazos. Pero, de pronto, dejo de escuchar el castigo y se hace el silencio. Abro de nuevo los ojos. Veo hacerse espacio por entre la turba a una mujer reclamando propia venganza. ¿Sabes, mi hermano, qué es la expresión de agravios entre los campesinos? Es la acusación, el recuento minucioso, estricto, inmemorial, que hace la víctima para reclamar no la justicia, sino la venganza. Entendí (entiendo) que la expresión de agravios no la hace solo a su nombre, sino también por otras campesinas, contra el blanco que ahora parecía a punto de morir. Vi el rostro sombrío de los comuneros y, tras escucharla, dos de los hombres, aún con los garrotes ensangrentados, lo despojan de sus vestimentas y la mujer hunde el puñal en el corazón y los campesinos descargan sus machetes sobre el cuerpo ya sin vida. Y vi a la mujer con el puñal aún ensangrentado mutilarle los genitales, y vi y oí, mi hermano, el alarido de la mujer al levantar y mostrar los testes arrancados, y vi y oí el aullido de jubiloso dolor cuando colocó la virilidad mutilada (y ahora inocente) en la propia boca de quien hubiera sembrado la desolación por esos páramos de amargura.

Un respiro, hijo. Descansa. Bebe este jugo de lima con flores blancas de azahar, me dijo don Asunción Juares.

¿Por qué un respiro? El anciano debió ver, mi hermano, el hierro fundido de mi excitación y mi codicia demencial por aprisionar todas las figuraciones. La bebida fresca y perfumada me sosegó y me ofrendó instantes después la visión fugaz y definitiva de Deyanira Urribarri. Ah, mi viejo, cómo cambió el ritmo de los latidos de mi corazón. La revelación de la verdadera belleza y la posibilidad del amor. La temporalidad suspendida en ese instante perpetuo. No puedo dar cuenta del momento en que las anteriores visiones suplantaron

la prefiguración de este don que me sería otorgado para iluminar mi incierto futuro. Ahora la cabalgata proseguía. Cantaban sus propias tonadas cargadas de tristeza y exaltación guerrera. Agucé mi vista y mi oído y comprendí: una nueva veta de encono se desbordaba y acrecía el odio secular; era el odio al chileno y la abominación sin fronteras contra el sector colaboracionista con las tropas invasoras. Mi infancia (nuestra infancia) estaba cargada de historias de esos años y recordé a los compañeros del colegio con sus vanos sueños de seguir la carrera de las armas para vengar aquella intolerable derrota. Don Asunción Juares bebió una copita de cañazo y lo vi limpiarse lágrimas de sus ojos. *Prepara tu corazón, hijo, que verás cómo fue nuestra tierra*, me alertó. *Ahí los tienes: esos son*, escuché, sin poder discernir si sería la voz del sampedro, la del anciano o mi propia voz, la que me hablaba en mis sueños o la que escuchaba dentro de mí cuando deambulaba medio perdido por las solitarias calles de Piura.

Y la voz decía: *míralos saquear nuestras iglesias, míralos pisotear nuestras moradas y desgarrar nuestros claveles; míralos infamarnos con el fusil, el látigo y las manos*. Porque vi fusilamientos, Arturo. Cómo se estremecía el cuerpo de los patriotas surgidos del pueblo ante el impacto de la fusilería. Tus antepasados tuvieron el privilegio de abofetear y flagelar. ¡Pero ver manos enemigas cruzar el rostro de hombres de nuestra patria! Los lomos de nuestros padres y abuelos rajados por la virtud del látigo, manejado por el invasor (debo admitirlo) con impecable destreza y exuberante y razonable alegría. Y otra vez ante mis ojos mi bisabuelo Cruz Villar amarrado a un horcón con el cuerpo lacerado, descalzo y sediento bajo el sol, y el ulular del viento y la arena. Así, pues, había sido la afrenta padecida por Cruz Villar por intentar dirimir la guerra mediante una pelea de gallos. Y Matancero, engendro descarriado y cruel de la naturaleza, picoteaba el corazón y los ojos de los adversarios... Cruz Villar, hijo natural del soldado desertor Miguel

Villar y de cierta india llamada Sacramento Chira, progenitor, entre nueve vástagos más, de Santos y de Primorosa Villar, abuelo del infortunado Cruz Villar y bisabuelo de Martín Villar, tu servidor.

Luego (¿o fue antes?) me vi a mí mismo mirando la Casa Quemada, y también los vi a ti y a Sarango contemplando aquella casona donde hubiera vivido Bauman de Metz, ardiendo ahora en enero del año del Señor de 1883. Luego observé sorprendido: la que yo tenía ante mis ojos no era la ruinosa mansión que yo años atrás mirase fascinado y lleno de temor; ahora era una espléndida mansión de la antigua calle llamada El Playón, abierta a una recepción fastuosa, y las imágenes que me acosaban persistían en mostrarme al dueño entregando a una de sus hijas (casi una niña, constaté) en posesión a un oficial que (pude advertirlo) no vestía el uniforme del ejército peruano. Escuché: *esta casa es la que debió ser quemada, la casa en llamas de Visitación Cabrera*. La señorita Domitila Diéguez, enlutada y grave, se abría paso por un tumulto de gentes que velaban al viejo Cruz Villar caído sobre la tierra yerma con el rostro sangrante y con una soga enlazada al cuello. Odar Benalcázar, desde su caballo color del alba, ordenaba el castigo al padre de la funesta Primorosa Villar. La voz sacramental del cactus me ordenó escuchar, pero reapareció la incendiada casa de la Cabrera. *No fue la casa de esta infeliz*, dijo la señorita Diéguez, dirigiéndose al amo de Congará, *la que mereció arder*.

De modo que ahora me hallaba mejor preparado para comprender o intuir la dimensión del odio de la cabalgata de emponchados que incursionó en una de las más grandes haciendas de la zona, cuyo propietario había sido uno de los más obsecuentes colaboracionistas. Llameaba la casa hacienda. Vi inflamarse sus potreros e invernas. El fuego devoraba el ingenio y el mismo peonaje propagaba el incendio para que la destrucción fuera perfecta y total. Mas no pude distinguir al propietario y oí decir a don Asunción Juares: *Ha*

huido el indigno, pero no escapará de las brasas del infierno. Enseguida oí al jefe de la expedición ordenar a un destacamento perseguir al traidor y acosarlo por todos los recodos de esa zona empinada y agreste. Supe que la persecución sería infructuosa, supe que el hacendado viviría muchos años antes de que (y en este trance me lo mostró el remedio) acabara ahorcándose, impotente ante las solicitaciones de una pasión tardía y senil.

Y de nuevo, Arturo, vi entrar por la parte norte de nuestra venerada ciudad a la cabalgata de indios serranos, mientras nuestros abuelos, madres, tías y hermanas encerrados en la iglesia imploraban a la Santísima Cruz para que sus carnes no fueran profanadas. Vi cómo ahora la turba (liberada, intuí, de las inasibles ataduras que constreñían sus vidas) se apostaba en torno a la Plaza de Armas y penetraba con sus cabalgaduras en la iglesia matriz. Otros escalaban las torres y echaban a volar sus campanas fundidas dos siglos atrás por herreros y orfebres de la reducción de indios de la parte baja del valle. Campanas de Piura. Sí, mi hermano, campanas de Piura, porque momentos después que empezaron a repicar los bronces con aleaciones de oro y plata de la matriz, doblaron, formando como un carrillón, las restantes campanas de Piura y Tacalá. Y oí (y vi), sin dejar de escuchar la algarabía de los badajos, mugir a los serranos como toros desafiando a la blancada a que salieran a combatir como hacían entre ellos por el solo júbilo y exaltación de la pelea: a machete limpio, teniendo como brocal el poncho enrollado en el otro brazo. Como los vendavales de arena que al atardecer asedian la aletargada ciudad, así los mugidos purificadores del odio oprimían nuestra venerada tierra desde sus cuatro costados, y don Asunción Juares me dio a sorber una vez más otra medida de aguardiente y tabaco por las narices para hacer más intensas mis visiones, al mismo tiempo que invocaba al cactus dorado, a los cerros preñados de cementerios de gentiles y a San Ignacio de Loyola, el santo con el cual trabajaba el anciano, para que me revelasen todo lo que debía serme

revelado y me fuese permitido alcanzar la plenitud de la soledad y la aceptación del dolor como fundamentos de mi vida.

Las visiones que siguieron a la toma de la ciudad por los comuneros fueron (ahora que lo pienso, mi hermano) lo que me decidió a sincerarme con Daniel Sarango, y por eso me quitó su amistad y me hice merecedor por siempre de su odio. ¡Vida extraña, paisano! Tú, Arturo, te comías las uñas mirando hacia el fondo el titilar de los candiles de Tacalá y yo, tendido en una de las bancas, contemplaba la misma Vía Láctea que (conjeturé) había iluminado las densas, las interminables noches pasadas en el monte por mi más viejo abuelo Miguel Villar. Empezaba a entender esta enseñanza que el sampedro había procurado impartirme: que uno nunca es uno mismo ni se tiene la edad que se pone: yo era (yo soy) Miguel Villar, yo seguía siendo mi bisabuelo Cruz Villar, yo, como Inocencio Villar, continuaría por siempre amarrado al vichayo escuchando el lenguaje hermético del cactus dorado, yo era el implacable, el enigmático Santos Villar, y era el triste bandolero Isidoro Villar y todos los hermanos Villar que huyeron de la peste y los que después partieron en la busca de Primorosa Villar y terminaron trabajando como peones en Guayaquil y en el tenebroso Panamá. *Hey, Moñón, Moñón*, me gritan los churres a la salida de Congará, *Moñón, barbas de Cristo, apestas a chivato, Martín, hey, adónde vas, huevón caído de la burra*, pero los gritos se van alejando, *Martíííín, Moñóóón, hey, ñóóón*, mientras voy subiendo la duna con la boca apestosa y las tripas retorciéndose de hambre, y el sol achicharra mi pellejo y mis pies curtidos como cascos de animal, *ah, ah, por fin la cima, hermanita, y me siento a esperar tu regreso, Primorosa*. No, caballero, no me arrepiento de mis crímenes. ¿No oyó al cura forastero decir que no tiene nada que perdonarme? Pero no hablo verídico, caballero, no es que me arrepienta por los hombres y blancos que maté ni por el oro y la plata que les robé. ¡No hay culpa! ¡No hay delito! ¡Se lo dice el bandolero

Martín Villar! Pero sí me duele el ánima cuando recuerdo el cuchillo y la bala con que maté al ganado de los blancos. ¡Los animales son inocentes!, y de este pecado feo me arrepiento y sufre mi ánima. ¿Por qué lloras, Flor de María? ¿De qué te arrepientes? ¿Por qué te acusas? ¡Silencio, mujer! ¿Crees que yo, Martín Villar, no sabía que tenías la sangre podrida? El chancro y la sífilis era el canon que debía pagar a cambio de limpiar mis poderes del vasallaje del demonio. Sí, yo era, pues, todos ellos y, asimismo, era (sigo siendo) mi padre, el desventurado Cruz Villar, muerto antes de que yo naciera. Mi mamita Isabela Victoriano Nima me sube al piajeno y el piajeno, con pasos cansinos, atraviesa el pueblo de un extremo a otro, y un prójimo caritativo me coloca en la cabeza un viejo y sudado sombrero de paja, y el piajeno, deteniéndose aquí y allá, demora su marcha hacia la casa maligna de don Clemente Palacios. Le brillaban con fulgor ansioso los ojos al papá-doctor. El sudor empapaba su frente y espasmos acometían sus extremidades. Le desanudé la corbata y se incorporó para vomitar, pero no vomitó, y las arcadas se hacían más intensas y las pupilas alcanzaron el límite de la dilatación y el brillo que irradiaban era la medida de su sufrimiento. Corrí al gabinete y preparé la ampolleta. Al retornar a su alcoba lo hallé tendido sobre el piso, retorciéndose el vientre y con un trapo entre los dientes para no gritar. Levanté la camisa de su brazo izquierdo amoratado por los pinchazos y gracias a Dios pude alcanzar la vena. Aplasté el inyector y segundos después desaparecieron los espasmos y el brillo de sus ojos se fue elevando. *Gracias, Martín*, me dijo el doctor González. Yo estaba a un extremo de la cama, pero olía la fetidez de su carne blanca y serrana. Inmóvil, Altemira rezaba, lloraba. Como todas las noches, se había bañado y lavado con jaboncillo Reuter. Pero, por debajo de la fragancia dejada por el jaboncillo, yo seguía percibiendo el hedor de su cuerpo. ¿Desde cuándo comencé a sentir este asco que se interpone entre ella y mi deseo? Me parecían remotos los días en que yo me

sentía orgulloso de mi pequeña mujer blanca y de cabellos dorados. Soy cruel, soy cruel, soy cruel, y me digo que el papá-doctor, de vivir, se avergonzaría de mí. ¡Pero es que está más allá de mi voluntad, papá-doctor! Y no es que no sienta deseo, lo siento, lo siento, pero el vicioso olor me detiene. Cierro los ojos y recuerdo la primera noche, casi una niña, pero sus pechos ya crecidos. Contengo la respiración y la busco en la otra orilla de la cama. ¿Rezas, Altemira? La desnudo. *Sí, Martín, rezo, lloro por el asco que sientes por mí*. *Calla, calla*. Y me subo encima de ella, yo también quisiera llorar. Me figuro arrojado por mi mamita Isabela, *Martín, Martín,* dice Altemira Flórez, *te llamarás Martín,* y se coloca el cilicio, *te llamarás Martín*. Ahora estoy acuclillado en la tibieza del claustro maternal, comienza a pujar y retorcerse de dolor y voy siendo extraído cuidadosamente por doña Betsabé Alburquerque, y mi abuelo Santos ayuda a la criadora de chivos a desenredar de mi cuello el cordón umbilical que me estaba asfixiando. Me incorporé: tú, mi hermano, seguías comiéndote las uñas, Sarango (¿en qué momento se había unido a nosotros?) contaba una vez más la gesta de su presunto abuelo, el prefecto Orlando Seminario y Echeandía Váscones. Oscuras arcadas estremecían mis vísceras. Olía a ignición, a carne chamuscada, a germinación incinerada y la Villar aprestándose a rociar con querosene aquello que se había arrancado de la matriz. Comprendí y me dije (¡oigan bien esto, Arturo Lama, Sarango!) que las heridas y las afrentas padecidas por los fundadores de mi sangre permanecerían sin cerrarse y, abyectas, como escupitajos, me escocerían mientras viviese.

Me duele verte sufrir, hijo. Pero es necesario, me dijo don Asunción Juares, escupiéndome aguardiente de caña en el sentido y limpiándome la cabeza, el rostro, el cuerpo con una daga.

Me fue invadiendo una apacible modorra. Quieto, vacía mi mente de pensamientos y de memoria, me sentía en el centro del mundo bañado por la

serena luz de la luna. Pero breves son, mi hermano, la dicha y el reposo. La voz que hablaba dentro de mí sentenció: *No reclames para ti la inocencia, Martín Villar*. Me esforcé por comprender e intentar escarbar en lo más crepuscular de mí mismo. *No reclames para ti la inocencia*. ¿No sería yo también, cavilé, responsable de la venta de cierta potranca de apellido Villar, cotizada en diez finos gallos de pelea, una chacra considerable, un mulo bayo, dos becerros y algunos quintos de oro y plata de Benalcázar que empezó a depositar desde la primera noche en que transpuso la puerta de la alcoba de la hermana amada de Inocencio Villar? Y ahora, mientras te escribía, volví a recitar: *No reclames para ti la inocencia*. Ah, el corazón, el flujo ardiente de la sangre, Arturo. Me levanté de la mesa de trabajo y con un cigarrillo prendido me asomé a la puerta. El vendaval había cesado. Frío pero apacible era el viento, y el caserío dormía bajo la discreta luz de la luna. Terminé de fumar y arrojé la colilla a la arena y luego retorné a seguir escribiendo esta carta que seguramente no te enviaré. ¿Por qué avergonzarme de poner al desnudo las apetencias de mi carne y de mi espíritu? Y es que Martín Villar, tu pata del alma, al llegar al recinto consagrado de don Asunción Juares, había caído en el más desolado onanismo, y recuerdo que, cubierto con la piel de mi alucinado tío Inocencio, importuné demasiado al remedio para que me permitiese sorprender el momento mismo en que Odar Benalcázar penetraba por primera vez la virginal carne de Primorosa Villar. Qué de turbios deseos, pensé, no sin una ñizca de cinismo, pueden anidar en el corazón de un jodido seminarista buscador de Dios. Luego (pero, ¿cuándo?, ¿en qué noche?, ¡tanto charlábamos en esas noches febriles!) fui recuperando el sentido de la realidad. Sarango y tú se hallaban embobados escuchando las patrañas del Ciego, chupándose sus pedorreos, y paulatinamente volví a oír a los insectos de la noche y el soplo del viento y el hervor de la arena y el eco lejano del chongo de la otra ribera del río.

De modo, mi hermano, que traté de retomar el hilo del relato del Ciego y enseguida fui contrastando su versión con las visiones que me había inspirado el espíritu del cactus bajo la protección de don Asunción Juares. ¿Recuerdas que en el cantar del Ciego abundaban un galope de caballos, un entrechocar de sables, disparos y gritos de victoria? Cabalgata de jinetes, reí ahora, sembrando la desolación y la muerte. Y, en tanto, Cruz Villar, descalzo y con el cuerpo lacerado (¿después o antes?, lo vi arrastrado como una bestia laceada bajo la mirada y el mando iracundos de Odar Benalcázar), estaba amarrado a un horcón, sediento y bajo un sol sin misericordia. Entendí que un antepasado tuyo (¿un bisabuelo?, ¿tío bisabuelo?, el mismo, explicó el Ciego, que había integrado la comitiva de residentes extranjeros que intercedió ante el ejército chileno para salvar a Piura de la destrucción) se había ofrecido a persuadir a los chalacos (que habían sido empujados a parapetarse en la casona) de que se rindieran. Y ahora presta atención, mi hermano. El combate en las calles había concluido. Desde las iglesias y casas, las mujeres escuchaban las descargas de fusilería sobre los comuneros que habían sido reducidos por falta de munición, pero no distinguieron los veintitantos disparos de una preciosa Remington con labraduras de plata, manejada con frenesí por un adolescente de diecinueve años, quien después de años de angustia y expiación por los crímenes cometidos por sus antepasados, y que había decidido recluirse de por vida en un claustro de monjes como única vía de merecer el perdón, este muchacho heredero del viejo linaje de los Lama Farfán de los Godos y de nombre Rodolfo, en esta cacería humana, en medio del éxtasis y de la furia homicida, descubrió por fin la verdadera naturaleza de su alma, por lo cual las mocitas decentes y aristocráticas que antes de este suceso jamás le dirigieron la palabra y aun cotilleaban entre ellas sobre el alma torturada de Rodolfo Lama Farfán de los Godos, que permanecía horas y horas de rodillas ante el altar de la iglesia de Belén, estas mocitas, te repito,

mi hermano, incorporaron al joven de rostro pálido y ojos quemantes a sus fantasías eróticas, pues con todo ese fuego y esa crueldad sería un marido o amante espléndido como para morir víctimas de su furor homicida, demencial y magnífico. Esto vi, Arturo, hermano. Pero, en tanto, el prefecto (gestor de la celada y presunto abuelo de Sarango) ordenaba perentoriamente preparar el combustible y los hachones (ya habían sacado a la fuerza a las dueñas de la casona, las gemelas y señoritas Coloma) para quemar vivos a los rebeldes y arrasar aquel lugar donde se había hospedado el traidor de la clase señorial y espía de los chilenos, Bauman de Metz.

Y ahora te diré lo que he estado craneando en estas últimas semanas: ¿por qué he tenido que esperar todos estos años para decidirme a escribirte (el que te envíe o no la carta carece de importancia) sobre aquella experiencia decisiva de mi adolescencia? No fue por delicadeza ni por temor a herirte acerca del rol bárbaro y sanguinario que cumplió tu abuelo, pues sospecho, en el fondo, que lo habías escuchado en las sobremesas y en los juegos de canasta y póquer de tu parentela. El Ciego solo había dicho parcialmente la verdad al resaltar el papel pacificador de tu bisabuelo o tío bisabuelo (en el que también intervino don Máximo González, presidente de la corte de justicia y padre del encomiable doctor González) para impedir el holocausto de los chalacos, pero en cambio ocultó la increíble crueldad mística y devota del adolescente Rodolfo Lama Farfán de los Godos, que en ese suceso descubrió la raíz de su alma y optó de manera definitiva por la defensa de su raza y de los señores de la tierra. Bien. Pero, ¿por qué he esperado tanto tiempo para comunicarte esta revelación y en cambio me sinceré con Sarango? Sí, ¿por qué, si tú eras mi mejor amigo, mi hermano, etcétera? Te diré la conclusión a que he llegado. Es verdad que eras mi mejor amigo, pero instintivamente sentía que, más allá de la amistad, con Sarango me unían vínculos basados en pertenecer a linajes humillados por la secular afrenta de

los blancos dueños de la tierra y usufructuarios de los mejores dones de la vida, de los cuales tú eras un descendiente, Sí, esta fue la razón, debes creerme, mi hermano. Y yo pretendía, iluso, liberar la conciencia avasallada de Daniel Sarango revelándole mi saber, aunque al principio me cuidé bien de confiarle cuáles eran mis fuentes.

Pero el alma de este infortunado amigo estaba definitivamente sojuzgada por el poder y el esplendor del mundo señorial, a los cuales quería acceder. De modo que me escuchó sin entusiasmo, primero, luego con frialdad y, después, con creciente aversión. No me decía ni replicaba nada, pero sus ojos saltones (su rostro tiene algo de batracio, algo de reptil) me miraban con furia. Sin embargo, yo continuaba cada vez con más vehemencia. *Porque, créeme, Daniel, hubo fusilamientos y la casona donde transcurrió tu primera infancia* (*lo sé, lo sé, Daniel*, le dije, pues, luego de quedar preñada del niño Orlando Seminario y Echeandía Schaeffer, su madre fue a trabajar a aquella ruinosa casa) *comenzó a arder cuando ya caía la noche sobre la ciudad y el olor de la carne chamuscada siguió percibiéndose todavía durante muchos años* (*¿no sientes ese olor, eh, Sarango?*) *y perturbó el sueño de las generaciones siguientes (¿no te despiertas de vez en cuando con esas imágenes de pesadilla?*), recordando que ellos y sus padres y sus abuelos poco o nada hicieron para detener la venganza y, por el contrario, despidieron alborozados al prefecto cuando días después comandó la expedición punitiva contra San Fernando de Chalaco y otras comunidades vecinas. Y todo ello (*repara en esto, Sarango; repara, por favor*) mientras dos buques chilenos se hallaban anclados en Paita. ¿Cómo, paisano, vivir con honor después de todo esto?

Aquella noche, mi hermano, tú te habías recogido temprano a tu casa y el Ciego por centésima vez nos había narrado (siempre con algún detalle novedoso que magnificaba la acción de los blancos terratenientes) la toma de

Piura por los chalacos y se había hecho conducir frente a la Casa Quemada para cargar de épica y pedorreo su gran epopeya. Luego acompañé a Sarango a dejar al Ciego en su casa, ubicada en el extremo norte de la ciudad. De regreso (caminábamos sin dirección determinada), mi amigo, haciéndose eco de la apología trazada por el Ciego, habló sin demasiado recato sobre el prefecto. Él, reiteró, había sido el autor de la celada contra los chalacos que, cargados de resentimiento, sembraron el terror al apoderarse de la ciudad. Me describió la estratagema, la entrada subrepticia de la tropa en Piura, la distribución de los hombres, los combates. Habíamos dado ya varias vueltas por calles y plazas y, sin ponernos de acuerdo, llegamos otra vez ante la puerta de la Casa Quemada. *Nos guste o no*, me dijo, *fue el prefecto quien salvó a Piura, Martín; sin su acción, tal vez ni tú ni yo existiríamos*. Yo, mi hermano, reflexioné un momento. Pensé en los míos, pensé en el acto ejecutado por Primorosa Villar luego de que extirpara el embrión, pensé en las anotaciones de mi desventurado padre. Y también pensé en la voz y en las visiones que me había suscitado el sampedro y en las últimas revelaciones que don Asunción Juares había hecho más intensas con sus conjuros y admoniciones. Entonces decidí contarle esto que llevo consignado, diciéndole (en broma) si, después de todo, no hubiera sido mejor el fuego, la destrucción.

Había comenzado por preguntarle si sabía la verdadera historia de la Casa Quemada. *Averígualo, investígalo, Sarango. ¿Sabías que aquí entre nosotros hubo gente decente colaboracionista que tomó el partido de Iglesias?* Daniel Sarango, viejo, me replicó al instante que el prefecto (y yo intuí que quiso decir *mi bisabuelo, el prefecto*) no había sido iglesista sino del partido de Montero. *Sí*, dije yo, *no estuvo ni con Iglesias ni con Cáceres. Es decir, Daniel, fue de los que optaron por la resistencia pasiva, esa forma velada, ¿entiendes?, hipócrita, de colaboracionismo*. Y si bien él no agasajó a los

vencedores como hicieron otros blancos terratenientes, recibió en su mansión a los altos oficiales bajo el pretexto de negociar los cupos de guerra que los chilenos querían imponer en un monto desmesurado, y para salvaguardar a la ciudad de los latrocinios y excesos del ejército vencedor. *Y escucha todavía esto que te voy a decir*, agregué con el ardor de esos años, *los únicos que siguieron el camino de la resistencia activa señalada por Cáceres, aunque nunca lo hubieran visto ni oído, fueron los pobres, los comemierda como los Villar o los Sarango* (en este instante me di cuenta de que me oía con furia: ¡qué carajo, él no era ningún Sarango sino un Seminario y Echeandía Váscones!). *Ellos,* continué luego de un brevísimo respiro, *nos salvaron de la vergüenza, por ellos es posible la redención... ¿Sabías que los chalacos derrotaron a los chilenos en la conocida ahora como Quebrada de la Guerra? Sí, Daniel, justamente los serranos apestosos...* Pero me interrumpí de pronto, mi hermano. Y agregué una torpeza de la que nunca me cansaré de arrepentirme: *tu madre, tu mamá, creo, es originaria de esas alturas. Escucha esto, Villar*, afirmó, *yo no tengo madre, murió y nunca la conocí*. Sé lo que pensarás, Arturo: que debí callarme, que debía esperar otro momento para continuar con estas revelaciones. Yo también, créeme, lo pensé, pero rápido intuí que ya no habría una segunda oportunidad. *Digo «apestosos» utilizando las palabras del Ciego, no porque yo lo crea, Daniel; en fin, justamente estos chalacos que vencieron a los chilenos fueron los que entraron a Piura gritando «¡Viva la Comuna!» y a quienes el prefecto y los blancos compinches suyos, entre quienes se encontraban don Jerónimo Benalcázar León y su hijo recién llegado de París, Odar Benalcázar, maldecido linaje que humilló a los de mi sangre, quemaron vivos en esta casona donde se había hospedado Bauman de Metz, acusado de traidor y espía de los chilenos. ¿No te parece cojonudo, Sarango?*

Luego, pasando por alto su actitud glacial, su contenida furia, le describí la entrada triunfal de los comuneros chalacos y el final bárbaro de este acto de rebeldía. Porque, en medio de los poderosos mugidos de contienda que parecían anticipar la victoria, la voz sapiente del cactus me había profetizado la derrota de los comuneros. Ahora fue Sarango quien me interrumpió: *¿Voz sapiente del cactus? ¿De qué carajo estás hablando?* Mi vehemencia, mi hermano, echó a perder esto que no quería que supiera. *¿Cactus?*, repitió. *¿Así que andas metido en cojudeces de brujos? Más adelante te hablaré de esto, Sarango. Te ruego que me dejes concluir*. Recuerdo que mientras veía la ciudad tomada y oía, en confusa y delirante mezcla, ora a los chalacos desbordantes de odio victorioso y de vieja lujuria (constaté que acababan de hallar los depósitos de licores de la ciudad y desventraban a machetazos las pipas y despescuezaban los garrafones y toda suerte de recipientes y tomaban, intemperantes, las finas bebidas de los blancos de la región), ora a las viejas matronas y damas y damitas del patriarcado piurano sumidas en el pánico y clamando protección al cielo y castigo para la indiada serrana (temiendo la violación y no obstante, pensé, fascinadas por esta misma posibilidad, preguntándome, además, cuántas jovencitas de aquella generación habrían descubierto las solicitaciones de su carne púber, como meses atrás lo hubieran hecho, a no dudarlo, con la entrada de las tropas chilenas), mientras veía y oía todo esto, repito, vi (al mismo tiempo) el avance, entre nubarrones de arena, de la tropa encabezada por el prefecto. Y comprendí (me ilustré, mejor) en qué había consistido aquel caballo de Troya, que abarcaba buena parte de la estridente epopeya del Ciego: el prefecto, al fingir huir y dejar desamparada la ciudad, había previsto que la desorganización, la urgencia de cobrarse venganza y la embriaguez a la que se entregarían (y que despertaría el inmemorial y oscuro deseo que desde siempre despertaba en los de abajo la belleza de la carne de las blancas de la

ciudad) terminarían por perder a los chalacos, que caerían en la ratonera que había preparado.

Ahora, escucha, Daniel, escucha y procura entenderme (y entonces pude percibir que la furia de sus ojos había dado paso a un aire irónico y cachaciento y despectivo), *¿por qué no escribes esto que vi en vez de andar lloriqueando con tus versos como si tú fueras el único jodido que existe sobre la tierra?* (sus ojos, mi hermano, volvieron a llenarse de furia). *Deja de estar oliéndole los pedos a nuestro Homero cagón, indaga en los archivos, recoge testimonios y escribe un relato veraz y emocionante sobre este suceso que tanto te enorgullece en la falaz versión del Ciego. Usa tu talento, busca fuerza en tu sangre agraviada y escribe, Sarango, escribe, narra y restablece la verdad, y devuélveles la dignidad a los comuneros chalacos y rescata del oprobio a Bauman de Metz. Porque si tú no lo haces,* continué levantando la voz y con excesivo énfasis, *ten la seguridad de que lo hará algún otro, pues bien sabes que nadie inventa las historias, simplemente las recuerda. Y las mismas afrentas que tú o yo hemos padecido, es decir, los mismos rencores, perturban también la vida de numerosos jóvenes, tan desdichados y sin alegría como nosotros, y este sentimiento de vejación y orfandad hará que alguno de ellos escriba una historia que revele la trama oculta de la vida y la naturaleza de esta tierra. De modo que vi esto y lo otro y aquello. Pero lo que me hizo comprender el remedio, sí, el remedio, la pócima sagrada, el espíritu del cactus, Sarango, es que de estos levantamientos de comuneros, cuya debelación me era mostrada crudamente y sin paliativos, hubo muchos más en nuestra tierra. Vi, siglos atrás, varios estallidos de furor popular por las alturas de Huarmaca y por los agrestes peñoleríos donde vivían, amurallados por el rencor, los feroces habitantes de Culebreros y Confesionarios. ¿Sabías que los esclavos negros de la hacienda Yapatera se sublevaron (era, presumo, la época del primer gobierno de Castilla) y, tras*

reducir a escombros el ingenio, emprendieron el largo destierro del cimarronaje y de la vida azarosa de los caminos? ¿Te asombraría, Daniel, si te dijera que vi a los culis chinos traídos en galeras encerrarse en un inmundo galpón de una hacienda del Alto Piura y suicidarse colectivamente prendiéndose fuego? Y siempre, siempre, no lo olvides, Daniel Sarango, estos estallidos culminaban con su aplastamiento por parte de los señores de la tierra. Comprendí, así me lo hizo saber el cactus dorado, que el pueblo nunca es definitivamente derrotado; comprendí que cada derrota profundizaba la dimensión del odio, del rencor, pues la guerra continuaba, disfrazada, en la vida cotidiana, degradando desde sus raíces relaciones como las del amor y la amistad, y comprendí que solo la realización del viejo sueño de justicia nos liberará del legítimo resentimiento que enturbia la totalidad de nuestra vida. Por eso aparté las lágrimas cuando al fin, con nitidez purísima, vi a Primorosa Villar ejecutar aquel acto que yo hubiera conjeturado execrable y condenatorio, y cuando me fue mostrada la segunda gran humillación que padeció mi bisabuelo Cruz. Y vi el fusilamiento del bandolero Isidoro Villar, ordenado por el prefecto Rodolfo Lama Farfán de los Godos y, si no me fue permitido ver a Santos Villar vender su alma al diablo para que cayera la maldición sobre Congará, yo, en mi fuero interno y con todo el odio que corría por mi sangre, ocupé el lugar de mi abuelo Santos para que la maldición cayera sobre la vida toda.

Pero esto último, todo lo relativo a los míos, no se lo conté a Daniel Sarango, quien, sin despedirse, me había dejado solo frente a la Casa Quemada. Me hallaba de nuevo en la choza de don Asunción Juares, mi hermano. Después de no sé cuantas horas en que por momentos creí hallarme irremediablemente encalavernado, había encontrado la respuesta (aunque en imágenes herméticas que aún tendría que descifrar) a esta y a otras interrogaciones que me acosaban sin que los muros del seminario lograran

protegerme. Ahora, de pronto, sentí deseos de salir de la choza y dirigirme hacia el cementerio particular de los Villar. Don Asunción Juares debió leer en mí, porque no se opuso, pero antes de que abandonase la protección del recinto sagrado me dio una bebida hecha a base de jugos de lima y de caña dulce. Me bendijo, amparó mi suerte con chontas y sables, y me aseguró que poco a poco se irían silenciando las imágenes y la voz del sampedro.

Recuerdo, mi hermano, la claridad de la madrugada. Los reflejos del cielo patinaban las dunas y me pregunté si serían las dunas o médanos errantes que sirvieron como derrotero al bandolero Isidoro Villar para que enterrase su cuantioso botín. Ahora podía casi palpar el rasqueteo del viento entre las espinas de los faiques y el agradable escozor de la arena golpeando mi rostro. Sé que caminé a la deriva guiado por mi instinto. Recuerdo el deslizarse de algún macanche entre la arena, recuerdo también que esto me hizo pensar en la soledad de Santos Villar, así como el graznido de los últimos pájaros de la noche me llevó a evocar su larga agonía. Al fin, el ladrido de los perros me anunció la cercanía de Congará. Reflexioné y decidí no entrar allí, de modo que di un rodeo hasta orientarme por la ruta a seguir en busca del cementerio de los míos, que yo había conocido el día que con mi tío Luis y su hijo transportamos el ataúd de Primorosa Villar. Hundiéndome en la arena recorrí un buen trecho. Pero me sentía fatigado, exhausto. Así, pensé, debía sentirse mi más viejo abuelo Miguel Villar cuando salió a su encuentro la india Sacramento Chira. Creí divisar un vichayo semisepultado por la arena. Me encaminé hasta allí, Arturo, hermano, y me tendí de espaldas. Quise descubrir el lucero que llaman «del Alba», pero la claridad había apagado las últimas estrellas. Me hallaba solo en el mundo, a un par de kilómetros de las tumbas olvidadas de los Villar. Hundí mi cara en la arena helada por el viento nocturno que había soplado sin sosiego desde el mar. Volví a oír la voz del sampedro: me dijo que así como yo estaba ahora, de la misma manera

encontró muchísimos años atrás Isidoro Villar el cuerpo de su hermano Inocencio, medio devorado por las bestias del monte. Conmovido, pretendí incorporarme, pero el espíritu del cactus me ordenó que escuchara. *Escucha, muchacho, Martín, la voz de los tuyos y de los antepasados, de los tuyos que yacen esperando en el fondo de los médanos*. Y yo, mi hermano, acaté la conminación del bebedizo sapiente y escuché, ¡cuánto escuché! Eran voces antiguas y voces menos antiguas y voces recientes medidas en la escala del presuroso tiempo humano. Y eran voces de los antepasados de Sacramento Chira y la voz de la propia Sacramento, ora núbil, ora convertida en madre original, primigenia. Y luego y después y antes oí la voz de mi bisabuelo Cruz y también la voz despótica de Santos Villar y la de la fatalizada Primorosa y la del infortunado Cruz Villar, mi padre. No sé cuánto tiempo estuve escuchando hasta que las voces se fueron apagando, diluyendo, perdiéndose entre el suave viento del amanecer. Y cuando creí que ya toda palabra y todo precepto me habían sido dichos, el cactus dorado me hizo una última revelación. Y fue así como oí el vaticinio de mi muerte temprana.

Dos vidas paralelas. Las aventuras del señor Bauman de Metz (2)

Carta a Augusto González Urrutia

...pero de los combates de la Comuna (de los últimos combates) te hablarán mejor los fragmentos de unos *Diarios*, unos pocos, muy pocos, documentos que he logrado conservar a lo largo de estos últimos años no carentes de vicisitudes. Te los adjunto al final de esta carta. Volviendo al tema del diálogo que sostuvimos bajo los tamarindos de la plaza, creo recordar que convenimos en que el humanismo no puede (no debe) confundirse con el vulgar filantropismo; tampoco con el estado de beatitud, de reposo y de contemplación (estados que yo anhelé en mi adolescencia) que, al centrarse en la conciencia, en la vertiginosa interioridad, constituyen la negación del humanismo que, entiéndaselo como se lo entienda, implica el mundo y la comunidad de los hombres. No tengo una respuesta cabal, pero conjeturo que si hemos de hablar de humanismo, este debe ser activo, incesante y necesario, cuya fuerza generadora proviene del deseo, ese gran principio dialéctico del que habla Spinoza, el filósofo preferido (según me dijiste) del admirable señor Raimondi. Quiero decir que el humanismo no excluye la violencia

(agente de la necesidad) para su realización paulatina y cada vez más generosa.

Como no tengo una respuesta de validez general, universal (y es probable que jamás alcance una respuesta con este carácter), me referiré a mi propia experiencia y me centraré en un único hecho, pues la intervención del azar me llevó a extender mi acción, la que determinó la eliminación de un inocente. Cuando por unos milímetros erré el tiro destinado al corazón de Bazaine (quería castigar no solo su inepcia y su cobardía al capitular en Metz, sino ejecutar una justicia en memoria de las víctimas de sus atrocidades cometidas en Argelia y, tres años atrás, en la aventura mexicana de Napoleón III) y cayó abatido en su lugar uno de los oficiales prusianos que lo escoltaba, yo no sentí remordimiento por el caído, pues a fin de cuentas era parte de un ejército de ocupación. Lo que sentí fue cólera, frustración, impotencia, y hasta llegué a pensar (absurdamente) que secretas fuerzas del universo habían protegido a ese ser infame. Como ves, en el fondo de mi conciencia seguían reinando los viejos dioses. Tampoco consideré el acto sumario que tuve que ejecutar (el uso del arma blanca me fue impuesto por la circunstancia) el amanecer en que hallé la anhelada ocasión para pasarme al campo de la Comuna. Pero, al dar remate a aquella acción de la cual te hablaré, me sentí como un ángel exterminador, cruel y arbitrario; mas, afuera, por todos lados, rugían el cañón, la metralla y la fusilería, y yo debí apresurarme y salí a unirme a mi barricada, a mi puesto de combate. Años después, este hecho mínimo en relación con la magnitud de aquel gran acontecimiento que significó (pese a su bárbaro aplastamiento) un avance en la marcha del humanismo activo (sigamos llamándolo así), este suceso, sin embargo, es el que me ha sumido en las mayores cavilaciones y nunca he podido dejar de sentirme mancillado.

El hecho ocurrió el 21 de mayo de 1871. Recuerdo la fecha con nitidez, porque dos días después tuvo lugar la gran ofensiva de las tropas versallesas. Yo, que me había incorporado a la defensa de París el día 7 de mayo, tenía (¡triste privilegio!) una visión más distanciada, más objetiva de la real situación, y (secretamente) ya no me cabía la menor duda de que los días de la Comuna estaban contados. Aparte de las fuerzas del señor Thiers, que comandaba el general MacMahon, y de las líneas formadas por el ejército prusiano a lo largo de los extremos norte y sureste, destinadas a impedir la retirada de los comuneros, París contaba con otro enemigo sumamente artero, que se hallaba enclavado dentro de la ciudad misma y desempeñaba labores de espionaje, de sabotaje y de crear confusión y discordia entre los dirigentes de la Comuna y entre los mismos combatientes. Varias de las puertas por donde habían penetrado los versalleses eran obra de espías y saboteadores, papel desempeñado por gendarmes, por curas, por antiguos funcionarios del Segundo Imperio y de la mendaz Asamblea Nacional de Defensa, y por sujetos mercenarios y bandidos comunes. Precisamente ahora en el Hotel de Ville, sede del Comité Central de la Comuna, donde yo había ido en busca de Vallés para que le diera el visto bueno a las pruebas de *Le Cri du Peuple* (yo ocupaba el puesto de cajista, pues mi predecesor había muerto en una de las barricadas), me encontré con el cadáver del general Dombrowski, el bravo, el eficiente general polaco, al cual se le estaban rindiendo los últimos honores. Precisamente, te decía, Dombrowski había sido una de las víctimas de la labor de los espías y los saboteadores, que habían propalado el rumor de que el general polaco estaba negociando la entrega de París a cambio de una elevada suma y de un salvoconducto para huir. A Dombrowski no le quedó otra forma de demostrar su lealtad que arremeter temerariamente contra una columna versallesa buscando la muerte.

En uno de los despachos encontré a Vallés que discutía con otros miembros del comité, entre los que se hallaban Delescluze, Leó Frankel y Varlin. Yo me había ganado la confianza (no sé si también el aprecio) del director de *Le Cri du Peuple* y me había convertido en persona familiar en la sede del gobierno donde seguía flameando la bandera roja. Ante la amenaza de fusilamiento, cierto sospechoso recluido en la prisión de Mazas había admitido su condición de espía y, a cambio del perdón, confesado la existencia de toda una red de agentes al servicio del gobierno de Versalles. Había dicho que el jefe de la red era un individuo conocido con el nombre de Júpiter, pero juró y lloró afirmando que nunca lo había visto personalmente, pues él era solo un enlace de segundo orden. En cambio reveló el nombre de la cervecería en la cual se tomaba contacto. Presionando un poco más (era un canalla bastante cobarde) dio la dirección exacta de la Cervecería Leynes y la contraseña que debía utilizarse para contactar con Júpiter. Por último, reveló el día y la hora del próximo contacto.

Al entrar yo en el despacho, discutían la estratagema que debía seguirse. Delescluze y Vallés eran del criterio de que dada la situación de emergencia había que proceder expeditivamente con una acción rápida. Bastaban diez hombres decididos de la guardia nacional para allanar el local y, en caso de resistencia, estar dispuestos a disparar a matar. Varlin, recuerdo, parecía pensar en otra cosa, impaciente porque se tomase una medida, fuera cual fuere, pero de manera rápida, pues le urgía integrarse a su distrito, que había repelido varias veces el asalto de los versalleses. Entonces habló Leó Frankel. Hablaba de manera corriente el francés, pero su acento revelaba su procedencia extranjera. Dijo que lo importante era desbaratar la red y una acción como la que proponían sus camaradas acaso permitiría la huida de Júpiter.

—¿Desbaratar la red? —dijo, sombrío, Delescluze—. ¿Impediría eso la caída de París? Por lo menos no seamos ilusos, compañeros.

—Tiene usted razón, camarada Delescluze —respondió Frankel—. La suerte de París está echada. Pero una acción como la que propongo nos ayudará a resistir una semana más. O tres, o dos, o un día más.

—¡Un día más! —exclamó con ironía Vallés.

—Sí, un día, una hora más, camarada.

—Pero, aparte de aumentar la sed de venganza de Thiers —dijo un delegado cuyo nombre desconocía—, ¿qué ganaremos?

Varlin intervino:

—Es honroso que los bandidos burgueses acrecienten su odio contra nosotros.

—Como individuos, nuestro destino no interesa —declaró Frankel—, pero la luz de la Comuna debe tornarse poderosa. ¿No les debemos este pequeño sacrificio a los proletarios del mundo?

Leó Frankel era un obrero húngaro de habla alemana y ocupaba el cargo de ministro de Trabajo como delegado de la Asociación Internacional de Trabajadores. Más joven que yo en dos o tres años, contrastaba en su figura el cuerpo desmedrado con la mirada inquebrantable, y sus actos e ideas (presumo que como a tantos otros) me habían llevado a replantearme algunas de mis concepciones, que yo creía correctas y definitivas. Delescluze, hombre probo y valiente, muy enfermo y que bordeaba la ancianidad, le extendió la mano, como un discípulo que recibe una lección, pero también como un padre (Delescluze era soltero y carecía de familia) que se siente orgulloso de su hijo.

Frankel estrechó con respeto (con veneración) la mano del viejo luchador jacobino cuya vida era una larga cadena de reclusiones en las más sórdidas prisiones de Francia. De modo que el joven ministro retomó al hilo de sus

argumentaciones, había que proceder con audacia e introducir un hombre de nuestras filas en el seno de los quintacolumnistas. De inmediato sentí que yo era el hombre indicado; yo, que por mi apariencia podía ser tomado por alemán, había estado en campo versallés y conocía la atmósfera homicida y la jerga prostibularia que imperaban allí. Además, querido Augusto, había otro motivo de carácter personal: me sentía culpable por haberme incorporado demasiado tarde en las filas de la Comuna. En vano me decía que ello no había dependido de mi voluntad, en vano los camaradas me habían dado su confianza después de escuchar mi testimonio, en vano me decía que yo estaba cumpliendo como trabajador y combatiente: el desasosiego, el vacío, el mal sabor de la boca estaban allí.

Me ofrecí para cumplir esta misión. Escucharon mi plan, solicitaron la opinión de Frankel, este lo perfeccionó con algunas sugerencias y enseguida todos se manifestaron conformes y aceptaron. Luego me dieron un poder por escrito y al salir me estrecharon la mano, salvo Varlin que, distraído, me palmeó el hombro. Antes de abandonar el local fui a mirar el cadáver de Dombrowski: ya habían cerrado el ataúd envuelto en una bandera roja y Vermorel (recuerdo) presidía el comité de honras fúnebres. Al bajar del pórtico vi al joven general Wroblewski que, sudoroso y salpicado de sangre y barro, desmontaba de su caballo y llegaba a tributarle honores y decirle adiós a su compatriota, con quien antes había luchado por la libertad de Polonia del yugo zarista.

La Cervecería Leynes quedaba en la Rue de Helder, una pequeña calle transversal del bulevar Hausmann, en el distrito II. Bajando por la Rue de Martyr, un majestuoso torrente de voces me hizo entrar en la Catedral de Notre Dame de Lorette: desde el púlpito, un orador laico acababa de concluir un desusado sermón y ahora una comitiva de mujeres comuneras condecoraban con emblemas de la Comuna a un Cristo apostado bajo un arco

de la nave principal iluminada por bujías color rojo. Enseguida se hizo el silencio, y del antiguo y afamado órgano emergieron las notas de un himno compuesto en estas últimas semanas de lucha por Potiers, entonado por una voz femenina, juvenil y ardiente, que me pareció conocida. En un susurro pregunté a uno de los concurrentes por el nombre de la cantante. *Coral Lebrun*, me dijo. Pero, urgido por la misión que tenía que cumplir, salí cuando la multitud se sumó a la voz de la cantante. Nada, en verdad, Augusto, era insólito por esos días; pero al salir me sentí reconfortado, alegre, divertido, casi risueño, no obstante que por la mañana había constatado el daño que las baterías versallesas habían causado en el rectángulo formado por las avenidas de la Grande-Armée, de Ternes y de Wagram, donde prácticamente no quedaba ningún edificio en pie. Mas uno llega a acostumbrarse al fragor de la guerra, aunque el fuego, el humo y el polvo que se levantaban de las construcciones alcanzadas por el trabajo de los cañones y obuses manchasen el cielo de aquella infausta (ah, pero también gloriosa) primavera. Apresuré el paso por entre el pulular de oradores callejeros, de espectáculos propios de circos y ferias, del ir y venir de grupos de federados que, portando cartelones y banderolas, marchaban a sus puestos de combate, y del vocerío de niños y muchachos que vendían las decenas de periódicos y revistas que se publicaban desde la proclamación de la Comuna.

Al empujar la puerta de la cervecería me pregunté por el número de días que el distrito II lograría contener el asedio enemigo. No había tiempo que perder, pero aún faltaban veinte minutos para la hora convenida. Hice un nuevo reconocimiento de la calzada y observé que los diez comuneros elegidos por mí se hallaban convenientemente ubicados. Avancé hasta el Teatro de la Ópera, donde por la noche actuarían el cantante Michot y la declamadora *madame* Agar. Por las inmediaciones de la plaza, centenares de mujeres cosían los sacos con tierra para las barricadas de la Plaza Vendôme,

la Concordia y la Rue Royale. Más allá, en las Tullerías, como había leído en el programa publicado en *Le Cri du Peuple*, una orquesta sinfónica debería estar interpretando a Mozart y a Meyerbeer, pese a que, desde el extremo noroccidental, los cañones de Mont-Valérien y Courbevoie arreciaron los bombardeos. ¿Podría resistir un día más el fortín de Montmartre? Por fin dieron las cuatro de la tarde y entré en el local de Leynes.

Los salones de la primera y segunda plantas estaban vacíos; las mesas y las sillas se hallaban arrumadas contra las paredes del fondo; la cristalería resquebrajada fragmentaba en escorzos inabarcables mi imagen. Mentalmente la recompuse: parecía la de un extranjero (acaso un suizo alemán) de aire mundano, cuyo semblante reflejaba contrariedad (mezcla de impaciencia y aburrimiento) por verse atrapado en medio de una guerra del todo ajena que interrumpía los placeres y los días. Un mozo me indicó que la cervecería funcionaba en el sótano. Por la dirección y densidad de las deflagraciones deduje que los federados se batían defendiendo las fortificaciones del cerro de Montmartre. Comprobé que mi revólver permanecía en su lugar, y con trazas de hombre hastiado, bajé al subsuelo. Aun en las guerras más cruentas los hombres no pueden renunciar a ínfimos placeres como los de la charla y la bebida. Predominaba entre los parroquianos gente extranjera. Me desagradó encontrar un rostro conocido, un cierto Dollfus, un suizo de ascendencia alemana, vagamente periodista, pero sobre todo aventurero, espectador y juerguista empedernido (así se definió él mismo), a quien conociera días atrás en el local de *Le Cri du Peuple*. Le respondí el saludo sin mucha cordialidad, mientras observaba a los restantes clientes. Entre las densas nubaradas de tabaco pude distinguir a hombres con el uniforme de la guardia nacional y combatientes de alguna barricada que habían venido a darse un respiro y acaso a fumar el último cigarro y a brindar por última vez. Pero el ambiente no era sombrío, alguien (en el piano desafinado) tocaba con

ritmo galopante la parte coral de una opereta de Brochard, mediocre compositor entonces en boga. Me acerqué al mostrador y en alemán ordené un jarrón de cerveza al patrón, un hombre de mediana edad, grueso y jovial, cuyos ojos saltaban de mesa en mesa. Bebí un buen sorbo y quise entablar conversación, pero me dijo que desconocía el alemán. Me preguntó en francés de qué parte de Alemania era. Afecté no entenderle y le hice repetir la pregunta por medio de señas. Por fin simulé caer en la cuenta y le respondí (luego de meditarlo) que era austriaco, de Viena. Fue a atender una mesa y yo bebí otro sorbo. Cuando volvió al mostrador, esta vez en francés, le dije:

—Quiero vino de calidad, como para Júpiter.

Me observó serio y, desconfiado, miró el salón de un extremo a otro.

—¿De qué marca? —me preguntó.

—Preferiría que fuera El Olímpico.

Yo estaba sereno, pero temía que la contraseña no fuera exacta. Conforme a lo convenido, dos de mis hombres habían entrado al sótano y de la manera más natural se habían sentado en una mesa al lado de otros comuneros y coreaban al que tocaba el piano. El rostro del patrón seguía serio, pero había desaparecido la desconfianza.

—Venga, sígame —me dijo.

Detrás de la trastienda había un oscuro pasaje oloroso a cerveza rancia. Amortiguados, como si procedieran de un lugar remoto, se escuchaban los ruidos del múltiple combate. Subimos por unos escalones, mi guía abrió una pesada puerta y accedimos a un corredor con muros revestidos con papel ornamental e iluminado por dos tragaluces; un cañonazo que debió impactar muy cerca estremeció el lugar y entonces se me impuso el rostro del camarada Varlin, impaciente por volver a su puesto de combate. Me dije que acaso Delescluze y Vallés tuvieran razón. El patrón marchaba delante de mí: ¿por qué no acabar de una vez con el miserable espía? Pero, ¿si no fuera

Júpiter, sino un intermediario de rango inferior? Ahora Leynes (¿sería Leynes?) abrió una puerta y me hizo pasar hacia un pequeño patio medianero con otra propiedad. Recuerdo haber recorrido dos o tres pasillos, atravesado dos habitaciones y un gran salón, y subido una escalinata de mármol con una alfombra azul, antes de que mi acompañante me hiciera entrar en un confortable recibidor. La estancia revelaba bonanza, revelaba también un lujo vulgar, y observé que toda la cristalería y la porcelana, enfundadas con tarlatán, habían sido cuidadosamente puestas en tres grandes y sólidos baúles. El patrón me dijo que Júpiter no tardaría en llegar y, tras indicarme por dónde debía salir, se despidió de mí, como de compinche a compinche, diciendo una obscenidad contra la chusma comunera.

Cinco días atrás yo había cumplido treinta años, pero apenas si había recordado mi aniversario, atareado como estuve entre la imprenta y la barricada. Ahora allí, solo, emergió el recuerdo del niño que abatió de un tiro al versallés que se disponía a acabar conmigo mientras yo me afanaba por remplazar con la ametralladora al comunero que había sido alcanzado por la fusilería enemiga. Me dije que si lograba sobrevivir, aquel sería el cumpleaños más memorable de mi vida. Para conjurar este recuerdo que terminaría por hundirme en el pasado removiendo olvidadas nostalgias, me concentré en la acción que yo mismo me había ofrecido a llevar a efecto. No se puede odiar de manera abstracta: pensé en los combatientes que vi caer a mi lado, pensé en los degüellos del general Dombrowski. Me asombró (me escandalizó) la frialdad con que me representaba estas imágenes.

Ensayé otro recurso. Imaginé, me esforcé por imaginar a Júpiter. Tomé como referencia los rostros de Thiers y de Jules Favre y luego el de Louis Blanc, el traidor (el renegado) del movimiento obrero; después los enriquecí con todos los atributos de la infamia. La pasión del odio ha sido infrecuente en mi vida, como la vocación por la violencia; pero ahora lo sentía subir,

brusco y raudo, y percibí el revólver como una presencia viva, casi carnal. Había entrado al salón una joven portando una bandeja con una garrafa de cristal de roca y dos copas; me saludó, se quejó de que la servidumbre había abandonado la casa. Era una mujer de una belleza limpia, como no alcanzada por pasiones vehementes. La serenidad que revelaba toda su presencia, aplacó mi odio. No recuerdo las frases que intercambiamos, pero mientras brindábamos comencé a impacientarme. Una poderosa descarga de obuses estalló por la Plaza de la Ópera, a dos pasos de la Rue de Helder. Apuramos la copa y, levantando la voz para dejarme oír en medio de las detonaciones, le dije que me urgía entrevistarme con Júpiter.

—Yo soy Júpiter —declaró en el brevísimo silencio que siguió.

Debo al violento cañoneo que se desencadenó instantes después por el lado de las Tullerías el que la sorpresa no traicionara mi rostro. En Versalles había visto mujeres de la nobleza y de la alta burguesía unirse con las elegantes *cocottes* del París prostibulario para incitar la venganza contra los prisioneros de la Comuna; en las barricadas había descubierto el nuevo rostro de las mujeres combatientes, hijas de obreros, de la clase media y emigradas de Rusia y Polonia (todas de familias acaudaladas, incluso de la nobleza) que habían elegido el camino de la revolución popular. ¿Qué razones, me pregunté ahora, llevaron a esta mujer de tranquila belleza a desempeñar el rol que tanto daño había causado en nuestras filas? Cuando amainó el cañoneo, Júpiter me propuso un brindis. ¿Acaso los defensores de París le habían matado al marido, al hermano, al amante? Volvió a llenar las copas, sonrió. ¿Lo hacía por convicción política? ¿Temía ser despojada de sus bienes? ¿Le habían ofrecido una tentadora recompensa por sus servicios? Escuché el *¡salud!* que me proponía. ¿Me hallaba frente a una anomalía de la naturaleza, ante un ser de espíritu envilecido? Es tolerable que la maldad encarne en un rostro feo y abyecto; en cambio, la inocencia persistía en su sonrisa, y

ninguna sombra enturbió su mirada cuando Júpiter entrechocó su copa con la mía, haciendo votos por la próxima caída de los sucios parias, de la canalla roja. Brindé.

—No próxima, Júpiter —le dije—: inminente, en cuestión de horas.

Justamente (continué) preparábamos el asalto final para el día 23, que no podría llevarse a efecto sin el apoyo de nuestros hombres que operaban dentro de París. Por eso (argüí) necesitaban los contactos, los nombres de combate de nuestros agentes, pues yo servía como enlace entre el alto mando del gobierno legítimo y el comando de las tropas alemanas: estas les cerrarían el paso a los forajidos y entonces les daríamos caza como a las ratas. Con la misma inocencia de Júpiter agregué unas cuantas cosas viles contra la Comuna y, para vergüenza mía, fui convincente. Júpiter me dio el santo y seña para el importante funcionario que trabajaba en la sede misma del gobierno de la Comuna y que constituía la más importante fuente de información. Me dio también otros nombres cifrados que actuaban en los tres frentes por donde los versalleses asediaban a los comuneros. Mientras bebíamos una tercera copa recordé, de pronto, una observación de Frankel la primera vez que lo conocí. Le dije a Júpiter: *Creí que Dollfus trabajaba con nosotros*. Júpiter rio. ¡Claro que lo conocía! *Pero, ¿quién,* agregó, *del París elegante no conoce a Dollfus?* Luego dijo que, en efecto, Dollfus hubiera prestado grandes servicios al gobierno legítimo, pero que había rehusado colaborar aduciendo que él en esta contienda era un espectador neutral. *Ah, pero lo que no se puede negar es que es un joven delicioso*. Entonces arriesgué una jugada que pudo echar a perder el operativo. *Entiendo,* dije. *Pertenece a la otra red*. Por unos brevísimos instantes, los ojos verdes de Júpiter me miraron escrutadores; mas luego volvió a sonreír: *¡La famosa red del almirante La Mer de Beauford! Pero, querido, ¡si nunca llegó a funcionar!* Retuve el nombre del almirante y comenté: *Sin embargo, el*

general Dombrowski está muerto. Júpiter apuró la copa y enseguida, con orgullo homicida, afirmó: *Ese ha sido mi mejor trabajo*. Logré contener mi emoción. La felicité y le dije que el vino era excelente. Volvió a llenar las copas y, para centrarme exclusivamente en mi misión, encaucé la conversación por otros rumbos. Me dijo que había estado esperando con impaciencia, pues se disponía a cruzar la línea esa misma noche. Sonó un campanillazo y me pidió que esperara unos minutos: el agente que recibía los datos de toda la red debía traerle las últimas informaciones. Salió, el reloj de pared marcaba las cuatro y treinta de la tarde y tuve que admitir que fueran cuales fueren las circunstancias era placentera la compañía de una mujer hermosa.

De pronto, una nueva descarga de artillería pesada me recordó la misión que me había sido encomendada. Si, como era razonable conjeturar, yo me hallaba en posesión de las claves suficientes para desbaratar el circuito de espías, ¿cómo debía proceder? ¿Arrestarla? Sin duda era lo más adecuado. Pero, ¿y si esta adorable mujer contaba con ayuda de alguna guardia instalada en quién sabe cuáles recintos de la enorme mansión? ¿Dejarla atravesar la línea? Minutos después retornó al salón y con odiosa alegría me dijo que, hacía menos de una hora, los versalleses habían logrado transponer la Puerta de Saint-Cloud, y me reveló otro dato que aumentó mi zozobra: los versalleses contaban con que a la medianoche *nuestra gente* les abriría las puertas de Passy, Auteuil, Sèvres y Versalles. ¿Debía ejecutarla? Esto, que respondía a un imperativo moral o a algo más elementalmente humano como la merecida venganza, ¿convenía a nuestra lucha? Pero si la caída de la Comuna era inevitable, ¿por qué entrar en consideraciones de carácter táctico? Pensé en las palabras de Frankel, pensé que me hallaba ante una nueva situación. Concluí en que fuera de la ejecución inmediata, sumaria,

cualquier otra medida sería negligencia o piedad y, en suma, complicidad con el enemigo disfrazado con el rostro de la belleza.

Hasta entonces, el azar había estado de mi parte. Sin embargo, estalló una duda. La mansión de Júpiter, ¿se encontraba ubicada en la Rue de Helder? De no ser así, yo estaba aislado de mis hombres y la honorable dama podría escapar sin ser vista. Percibí otra vez la presencia del revólver, con algún alivio recordé que el tambor tenía las seis balas completas. Júpiter terminaba de suministrarme los informes recibidos (la intensidad de su voz se adecuaba a la frecuencia de los bombarderos), cuando, sin anunciarse, abrió la puerta Leynes y llamó con gesto nervioso a Júpiter, solo que no la nombró de este modo, sino, recuerdo, señora de Vadly. Entonces me dije que el azar empezaba a serme adverso. También me dije que no había tiempo que perder: por los gestos, por el tono perentorio con que el patrón de la cervecería hablaba al oído de Júpiter, entendí que le estaba comunicando que yo era un impostor. Sin pensarlo, sin que me temblara el pulso, disparé sobre el vientre de Leynes. Ni el disparo ni el gemido del hombre, que se encorvó antes de caer, se escucharon por el retumbar de los cañones. La exquisita señora de Vadly me lanzó una delicada obscenidad en tanto corría hasta el cordón de la campanilla. En el momento en que accionó el cordón logré asirla por la cabellera y, con la otra mano, la encañoné en la sien.

Yo, caro Augusto, conocía la violencia, la conocía como víctima y como victimario, y desde muy temprano (por experiencias padecidas) intuí que la violencia, en sus diferentes formas, se encuentra en la raíz de la vida, o que quizá constituye el principio mismo de lo vital. Pero aquí solo habré de referirme a la violencia social y política, que es la que se ejerció y estuvo en disputa durante los días de la Comuna.

Thiers y MacMahon (para no hablar del general Galliffet, ese chulo con alma de chacal) aventajaban al gobierno de la Comuna en un factor esencial:

ellos creían en la legitimidad de su propia violencia o, más bien, fingían creer, y para el efecto disponían de un acabado sistema de principios y leyes (fraguados por esos *cenobitas del concepto*, como decía Bebel repitiendo al hombre inmenso que desde Londres dirigía la Asociación Internacional de Trabajadores) que les servía de cobertura para disfrazar su odio de clase y dar rienda suelta a sus instintos más crueles y salvajes. No hacía muchas décadas que los Danton, los Marat, los Robespierre, valiéndose de una máquina de geométrica precisión, habían hecho rodar muchas testas ilustres, incluidas las de reyes, aquellos parásitos considerados hasta entonces personas sagradas. Y no tengo que recordarte, mi querido Augusto, los centenares de miles de cadáveres con que Napoleón sembró los campos y las ciudades de Europa. Pero, ¿qué ocurrió con los parias desde que empezaron a luchar por sus propias reivindicaciones? El nuevo frente de expoliadores los masacró despiadadamente, como en 1830, 1848 y 1852, para no referirme a otras numerosas carnicerías. Y todo esto bajo la divisa de un humanismo que condenaba cualquier violencia que viniera desde abajo, pues, según *los nuevos y podridos brahmanes de la lógica*, como decía también Bebel, ya la sociedad civil había alcanzado racionalidad y justicia.

Pero no he sido veraz al afirmar que el gobierno de la Comuna negaba la necesidad (la legitimidad) de la violencia. Por lo menos, no he sido exacto. Dirigía la Comuna un conjunto heterogéneo de hombres (una parte era de burgueses radicales y demócratas, como los blanquistas y los jacobinos; la otra la conformaban internacionalistas, con predominio de proudhonistas), hombres nobles, combativos, heroicos, brillantes, ardientes y exaltados. A ellos se unieron no pocos sujetos aventureros, arribistas y fanfarrones, inevitables estos últimos en todo proceso revolucionario, pues, para decirlo hegelianamente, en su avance y realización, la Idea no puede prescindir del concurso de seres indignos, alguno de los cuales, sin embargo, iluminados

por el ejemplo de los mejores y de las masas, logran elevarse de su degradación y su defectividad humanas. Pero aquí solo me referiré al primer conjunto de hombres maravillosos, a los auténticos héroes: en ellos, excelente Augusto, cristalizó, en la situación más dramática imaginable, lo más elevado que potencialmente lleva dentro de sí el género humano, pero también, y he pensado mucho en ello, durante estos años de mi errar por el mundo, cuánta confusión y desorden arrastraban en sus mentes y corazones como herencia de la propia sociedad clasista que los había generado. Yo, por ejemplo, me inclino ante la memoria del egregio Delescluze, pero me temo que era una especie de Saint-Just envejecido y nacido tardíamente. Y, asimismo, me asisten fundadas razones para afirmar que estos hombres radicales y aun ciertos sectores internacionalistas creían en la necesidad de la violencia, no como consecuencia de la lucha de clases ni por razones sociales y económicas, sino como un imperativo moral para regenerar a la humanidad de sus extravíos.

Con toda justicia, tú, joven e inteligente amigo, me preguntarás: ¿y cuál era su posición, señor De Metz, dentro de este conjunto heterogéneo de fuerzas? Yo, para decirlo en forma simbólica, llegué al socialismo (me acerqué al socialismo) por razones del corazón, no por el conocimiento ni por los avatares de la guerra de clases, que vendrían después, y esto, de manera lenta, paulatina, en un proceso no carente de dudas, angustias y perplejidades. Al morir mi madre, yo estaba enfermo de misticismo y me asistía la convicción de que la humanidad se hallaba definitivamente condenada. De esta parte sombría de mi vida le he escrito al conturbado Rodolfo. Habla, conversa con él, entrañable Augusto.

Ahora bien, contra todos los fueros del pensamiento crítico, fui cerradamente proudhonista hasta el Segundo Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores, celebrado en Lausana en los primeros meses

de 1867. Digo que contra toda razón crítica, porque durante estos años yo había leído no pocos libros, folletos y artículos que cuestionaban las tesis de Proudhon. Solo te mencionaré la principal y más sólida de estas obras: *Miseria de la filosofía*, cuyo autor, Carlos Marx (¡pronto el mundo entero hablará de él!), había fundado y dirigía la Organización del Proletariado Internacional. ¡Nunca he leído un libro con tanta zozobra, fascinación, temor y rechazo! El libro constituye una refutación sistemática, llevada a cabo con una lógica implacable (¡y cuánta irreverencia en el estilo, Augusto, qué abrumador despliegue de malvada ironía!), de todas las teorías y líneas de acción propuestas por Proudhon para alcanzar la fraternidad («la llamada “fraternidad”», escribía Marx) universal del género humano. Es preciso que te lo confiese, mi buen Augusto: muchas veces arrojé el libro y detesté a su autor, que era el mismo que en sus años mozos, junto con otro joven brillante, había lanzado cierto *Manifiesto* (el ejemplar que yo leí lo tomé de la biblioteca de mi padre), que empieza con esta frase memorable: «Un fantasma recorre Europa...». Pese a todo, logré superar mis constricciones y concluí *Miseria de la filosofía*, y entonces se entabló una contienda entre mi cerebro, que le daba la razón a Marx, y mi corazón, que se aferraba a Proudhon. Y detrás de Proudhon, ¡no lo olvides, Augusto!, se hallaba el limpio espíritu de mi padre. Me hallaba en esta discordia conmigo mismo, cuando se celebró en Lausana el Segundo Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores.

Bebel, un joven dirigente de la sección alemana de la Asociación Internacional de Trabajadores, se hallaba en gira por la región de Alsacia para difundir los acuerdos del congreso de Lausana. No voy a referirte el contenido de la conferencia del camarada Bebel ni los debates y acuerdos de aquel histórico congreso, en los cuales se rebatieron las ideas y métodos proudhonistas (Proudhon había muerto dos años atrás, en 1865) y se tomaron

medidas contra los intentos de Bakunin de crear una organización paralela de los trabajadores. Tampoco habré de ocuparme del curso general que siguieron mis ideas, asunto demasiado complejo que demandará varias y extensas comunicaciones; no, me limitaré al problema de la relación entre el humanismo y la violencia, tema de nuestras apasionadas pláticas mientras gozábamos del delicioso fresco de la avanzada noche piurana y que me ha impelido (abusando de tu generosidad, mi excelente Augusto) a escribirte sobre el momento más crucial de mi vida.

Bebel poseía una cualidad poco común entre los dirigentes jóvenes: sabía escuchar. No hacía ostentación de dureza, tampoco de fraternidad, pero firmeza y camaradería definían en él un semblante de indomables ojos grises y mentón afilado por la piocha, descuidada y rubia. Me escuchó sin interrumpirme, mientras recorríamos el suburbio obrero de la ciudad de Mulhouse. Los relaves de curtiembres y textilerías corroían la noche de una primavera que languidecía. Al terminar mi larga (mi confusa) exposición, habíamos llegado al puente de Altkirch; Bebel, recuerdo, estuvo contemplando a la luz de los faroles el discurrir de las cenagosas aguas del Canal del Rhone. Por fin, me miró de frente:

—Escúcheme, camarada Presburg —este es el nombre que figuraba en mi documentación—, ¿usted ha pensado alguna vez que de no haber muerto vuestro padre, habría, tal vez, terminado por cuestionar las concepciones de Proudhon? ¿No lo cree probable? Pues le aseguro que numerosos camaradas de la generación de su padre empiezan a distanciarse del proudhonismo; incluso el mesurado Varlin, poniendo el corazón bajo el mando del cerebro, ha aceptado la tesis de la colectivización de los medios de producción... ¡Lengua universal! ¡Fraternidad entre todos los hombres! ¿No lo dijeron ya los filósofos burgueses del siglo XVIII? Solo que con esta diferencia, Presburg: aquello entonces era progresista.

Le dije (sin mucha convicción) que había diferencias, matices, entre las tesis de los Gassendi, de los Diderot. *¡Exacto, Presburg!*, dijo Bebel, *hay matices*. Y me hizo un recuento irónico de los matices a los que yo aludiera.

—Y ahora —continuó—, veamos la otra de las grandes prédicas de Proudhon. Y recuerde, Presburg, nadie desconoce el importante papel que desempeñó Proudhon en los inicios del socialismo francés. Su otra prédica era la desaparición del Estado. Pero, ¿acaso no revelaba confianza en el Estado reaccionario, abogando, dentro del orden vigente, por la creación de bancos de crédito popular? En realidad, él deseaba que los pobres fueran perfectos, que demostrasen con el sufrimiento y la miseria su superioridad moral frente a los opresores. ¿No cree que esto encanta a la pandilla de burgueses expropiadores de la riqueza que con su sudor generan las clases trabajadoras?

—Pero Bakunin —me atreví a interrumpirlo— propicia la violencia como único medio de destruir el Estado.

Bebel sonrió, sonrió con desprecio. Luego dijo:

—Ese fanfarrón, siempre cargado de palabrería huera. Espere. Recuerdo una de sus frases: «El placer de la destrucción es un placer constructivo». ¿Comprende, Presburg? Los comunistas no ejercemos la violencia por placer, sino por necesidad, vamos, por necesidad del propio devenir histórico, pues justamente hemos recibido en herencia un mundo basado en la violencia, y quienes la ejercen, incluso con medios legales, son nuestros enemigos de clase, unos enemigos sumamente feroces, arteros y poderosos. Y no basta, Presburg, luchar para defenderse, hay que ejercer la violencia de manera ofensiva y organizada. ¿Y la humanidad?, me preguntará usted. Le diré esto, camarada: ¡nadie que viva de la explotación y del trabajo ajeno pertenece a la humanidad! ¡Ellos se han separado de la humanidad! ¡Son, Presburg, la negación de lo humano! Y si a usted le gustan estas palabras pomposas, le

diré que los únicos agentes de un humanismo en marcha, en proceso de realización, son los obreros, la clase obrera...

—¿Sí, camarada?

—...Aunque, hablando con precisión, el proletariado no lucha por realizar ninguna utopía, sino por liberar a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno, una sociedad cualitativamente superior, que irá elevando en medio de grandes escollos su racionalidad, atributo de lo humano, Presburg, si no me equivoco.

Me tomó del brazo y continuamos a lo largo del canal que vierte sus aguas al Rin, y en el trayecto me hizo más preguntas sobre mi padre. No fui parco, Augusto, y le hablé con el corazón. Y me temo que se me rajó la voz cuando le confié que entre los numerosos huéspedes que acogió mi padre en nuestra antigua casa de la ciudad de Metz estuvieron Proudhon y Bakunin.

Bebel habló de nuevo:

—Reconozco, Presburg, disculpe, reconozco, camarada Presburg, que usted ha dado un hermoso y valiente paso al ejercer un oficio manual, pero me temo que su corazón y su mente permanecen cautivos del ser burgués y de las tinieblas del misticismo clerical. Proletarícese, camarada, estudiando el socialismo, que es, ¡recuérdelo!, ciencia, filosofía, y no un devocionario de lamentaciones ni un misal de perfeccionamiento moral. Y, sobre todo, profundice su vínculo con la clase obrera.

Por unos instantes calló, tal vez sonriera, pero yo recuerdo que eran ardientes y fraternales los ojos del joven revolucionario.

—Le ruego —dijo, como sopesando cada una de sus palabras— que reflexione en lo que voy a decir: no es por lealtad a Proudhon ni a la memoria de su padre que usted no acepta lo que el pensamiento dialéctico le demuestra como verdadero, sino por no vulnerar su propia conciencia, que usted considera superior, bella y limpia, aun en medio de sus tormentos. Si me

permite decírselo de esta manera: ¿qué haría yo en su lugar? Sí, ¿qué haría? Pues bien, sometería a mi mente, a mi corazón, a mi conciencia, a una crítica racional y despiadada, justamente como hizo el camarada Marx con las ideas de Proudhon. Y esta, créame, sería la mejor manera de honrar la memoria de su padre. Ah, y en cuanto a Bakunin, nunca olvide la carta que le dirigió al zar abjurando, a cambio de su libertad, de su pasado revolucionario y ofreciendo su concurso para los planes zaristas de hegemonismo paneslavista.

No me sentí molesto ni mancillado por las palabras del camarada Bebel, pero sí me sentí triste y dudé de mi capacidad para alcanzar mi condición de proletario. Pero dejemos esto. En las siguientes semanas analicé con espíritu crítico las aseveraciones de Bebel, relacionadas con mi actuación en el movimiento obrero. Me martilleaban algunas frases: *Proudhon quiere que los pobres sean perfectos, no basta luchar para defenderse*. Y también pensé en Bakunin, aquel hombre gigante y de gestos desmesurados que había fascinado mi infancia: ¿era verdad que este hombre de fuerza descomunal había dirigido al zar aquella carta ominosa? Por esos años, el pequeño Bonaparte había desatado una escandalosa campaña de persecución y difamación contra los internacionalistas, e intrigaba y presionaba a los restantes gobiernos reaccionarios para emprender una perversa cruzada contra (así los presentaba) esos enemigos de la sociedad y la civilización, seres sin madre ni patria que, en las profundidades de la noche y en tenebrosos cónclaves, fraguaban los más horrendos y demenciales crímenes. Acaso tú, Augusto, cuando vayas a París todavía alcances a hojear algunos de los numerosos periódicos y revistas de la derecha donde los mercenarios de la pluma y el lápiz, seguramente basándose en las novelas de Zola, presentan a los obreros como sujetos alcohólicos, promiscuos, incestuosos y degenerados. Por esa época (y me temo que hasta este momento), los poetas hacían elogios de ilusorios infiernos, mientras las cárceles se llenaban con los mejores hijos

de la clase obrera, y honestas trabajadoras y aguerridas luchadoras sociales, madres de familia, la mayoría tras ser rapadas, eran recluidas en la prisión de Saint-Lazare, bajo la acusación de meretricio.

Yo, como tantos obreros y combatientes por el socialismo, había sido víctima de la represión de varios gobiernos. Pero no quiero magnificar estas experiencias, y si he de referirme a estos incidentes de mi vida es porque tienen que ver con la conversación que tuve con el camarada Bebel y con mi lento avance en la comprensión de la violencia y el humanismo. Antes ya había sufrido algunas detenciones y recibido pequeñas golpizas al ser allanadas por los polizontes las imprentas donde armábamos nuestras hojas y folletos clasistas. Pero la primera prisión de rigor que viví fue en Berlín, cuando me negué a enrolarme en el ejército prusiano para su guerra contra Austria. No fui el único. Y, acusados de alta traición, fuimos exhibidos ante el populacho cargados de cadenas, antes de ser encerrados en una fortaleza. Solo te referiré lo concerniente a mí. No permanecí, en realidad, mucho tiempo encarcelado. ¿Cuatro, cinco meses? No te lo podría decir con exactitud. Pero un día entraron en mi celda dos soldados. Los recuerdo: uno alto y otro casi bajo, pero ambos macizos y felices. Cerraron con ojos de complicidad la puerta y me dijeron que traían una noticia estupenda. Empezaron (con cuidada lentitud) a quitarse el capote, la guerrera, el cincho con el revólver, el quepí, y luego, sin perder la alegría, uno de ellos (no recuerdo si el alto o el bajo) me dijo: *¡Muy bien, traidor hijo de perra, estás libre! ¡Pero antes nos han sugerido que te despidamos como te mereces!* El otro dijo: *¿Conque Presburg, no? ¿Así que eres del gueto? ¿No te digo que todos los cerdos judíos son traidores?* Entonces comenzaron su trabajo. Reconozco que no se mostraron incompetentes. Además, mientras me pateaban y me estrellaban contra los muros, no dejaban de gritarme *¡Judío! ¡Judío! ¡Puerco judío comunista!* En Lyon no me golpearon, pero me

tuvieron varios días con las manos y los pies engrilletados hacia atrás, de modo que la bazofia que me daban como alimento en cazuelas inmundas tenía que tragarla como animal, con mi boca convertida en hocico. Y en una prisión de Ginebra (y esta es la última experiencia a la que aludiré), después de patearme y mearme, me arrojaron en el rostro el cubo con mis propias deyecciones.

Las prisiones fortalecen o quiebran a los combatientes; yo resistí, Augusto. Al recuperar la libertad quedaba con los huesos maltrechos, el cuerpo magullado, tumefacto el rostro, ensordecido, muchas veces hambriento, los labios agrietados y mi piel torturada por la roña, de modo que no eran mis pobres piernas las que me mantenían en pie sino mi espíritu. Arrojado como un paria de las fronteras, no me sentía solo, sin embargo; yo dialogaba, jubiloso, con el espíritu protector de mi padre. Le musitaba: *No te he defraudado, padre; nunca te defraudaré*. Y esperaba casi con ansiedad mi próximo martirio. Pero ahora, al recordar las severas palabras del camarada Bebel, veía con otra luz y desde otra perspectiva este secreto anhelo de sacrificio. Yo, con cada prisión, me estaba convirtiendo en un ser perfecto. Yo, mediante el martirio, me estaba elevando moralmente sobre mis opresores. Yo era, en realidad, un elegido; yo, con mi sufrimiento estoico, noble, sereno, estaba lavando las culpas de la humanidad extraviada. *No basta luchar para defenderse*. Era verdad: la clase obrera había tenido grandes (y épicas) jornadas de lucha, pero hasta entonces no se había propuesto tomar el poder para ella misma. Me puse a estudiar minuciosamente los documentos de la Internacional, releí el *Manifiesto*. Empezaba a librar una inflexible lucha con mi conciencia inficionada de tartufismo burgués, cuando estalló la guerra entre Bonaparte y Bismarck.

Cuando Bismarck invadió Lorena y Alsacia, abandoné mi neutralidad y me enrolé en el ejército francés. El único acto violento cometido por mí había

sido contra un guardia montado que, sable en mano, me perseguía después de romper nuestra improvisada barricada. Ya casi debajo de las patas del caballo, arrojé el adoquinazo, que abrumó de sangre el rostro del gendarme y lo hizo rodar al suelo al no poder controlar el encabritamiento de su animal. Pero ahora, con un fusil entre mis manos, me hallaba en una de las trincheras de Saint-Privat esperando el ataque de la infantería prusiana. La cuidadosa labor de la artillería pesada no me había aturdido ni causado pavor o miedo, pues yo no temía morir; pero ahora que los infantes venían al asalto me sentí paralizado, como fuera de la realidad, sin atinar a jalar el gatillo de mi fusil. Por fin reparé en las maldiciones de mis compañeros: *¡Maldito, despierta! ¡Dispara, cobarde hijo de puta!* Oprimí el gatillo una, dos, tres veces, pero sin apuntar a un cuerpo definido. Numerosos soldados prusianos cayeron derribados. Absurdamente me decía: *No han sido mis balas las que los han matado*. Mas, de pronto, entre el humo y la confusión del ataque vi a un prusiano que se disponía a saltar sobre nuestro reducto. Sereno, fríamente, apunté y vi la fragilidad de un cuerpo humano ante el impacto del plomo fundido. En los minutos siguientes perdí la facultad de pensar. Sé que quemé decenas de cápsulas letales y recuerdo muchos cuerpos tendidos. Después tuvimos que replegarnos y, apenas disfrutamos de un respiro, lo primero que me dije fue que yo había matado, que había sido capaz de segar vidas humanas, y recordé que, al derribar con mi proyectil a aquel soldado, había experimentado una suerte de éxtasis, solo comparable con el primer vértigo de placer ante la carne femenina penetrada. Yo había acabado con la terca piedad; sin embargo, no había hecho otra cosa que defenderme, y no odiaba a los prusianos, a quienes seguía considerando mis semejantes, pues habían sido empujados a esta guerra por la voracidad de Bismarck y su pandilla de *junkers*. De modo, me dije, que era necesario ponerme a prueba con un enemigo de clase, cruel y de rostro definido. Entonces me propuse ejercer, en

nombre del pueblo, mi justicia contra el general Bazaine, el capitulacionista de Metz y verdugo de los patriotas mexicanos. Fue una empresa que juzgué heroica, pero que en la fortaleza de Magdeburgo, donde fui recluido, recordando al camarada Bebel, consideré insensata. *El placer de la destrucción es un placer constructivo*. Sí, más que instrumento de la justicia popular, yo había perseguido una solitaria apoteosis de mí mismo.

Apenas me incorporé a las filas de la Comuna me vi en el estrépito de una violencia de naturaleza diferente. He aquí dos fuerzas en contienda. ¿Ambas pertenecían a la humanidad? No, mi joven amigo. Thiers y sus huestes se habían marginado de la humanidad, cuyas armas depuestas frente al enemigo nacional eran ahora enfiladas (con la complicidad del ejército invasor) contra el pueblo trabajador que se había levantado para defender la patria. Pero los versalleses no solo se apartaron de la humanidad, sino que, con su atroz sevicia, eran la negación de lo humano. ¿Quiénes, entonces, representaban a la humanidad? La humanidad naciente la formaban los comuneros, los niños que combatían y morían en las barricadas, las humildes cantineras, las mujeres comuneras y revolucionarias, muchas de las cuales luchaban y morían en avanzado estado de gravidez. Esta era, Augusto, la humanidad, recién descubierta por mí. En tiempos de guerra, la generosidad es improbable y puede resultar peligrosa. Uno de los atributos de los defensores de París fue su generosidad: los heridos eran trasladados a nuestros improvisados hospitales donde, sin ser vejados, eran atendidos al lado de los comuneros, y a los que caían heridos sin esperanza se les daba el tiro de gracia para evitarles la dolorosa agonía, y los cadáveres nunca fueron escarnecidos. Sé que en algunos (no muchos) casos, enloquecidos de dolor por el exterminio completo de familias enteras por obra de obuses versalleses, se descendió al castigo vindicativo. En una de las barricadas de las Batignolles fui testigo de un acto que me estremeció, aunque me abstuve

de emitir condena. Un soldado versallés soltó el arma en señal de rendición, pero antes de que pudiera ser conducido a prisión, un comunero (pudiendo, en todo caso, usar el fusil) extrajo el acero y lo acuchilló con desaforada saña; después volvió a la barricada (habíamos, por el momento, repelido el ataque versallés, pero a un alto costo), y mientras se empezaba a retirar a nuestros muertos, en un rincón, con las manos aún ensangrentadas, el comunero sacó una pipa y se puso a fumar. Recuerdo su respiración honda, recuerdo que apartó de mala manera a un amigo suyo que quiso mostrarse solidario (alguien me contó que el comunero había reconocido en el prisionero al sujeto que tiempo atrás lo había deshonrado como marido) y continuó fumando. Lo veo allí, apartado y hermético, como si tratase de recuperar la capacidad de discernir. Dos horas después, los versalleses, con fuerzas duplicadas, iniciaron un nuevo ataque; entonces el comunero apagó tranquilamente su pipa, se la arrojó al amigo, se miró las manos y, antes de que pudiéramos hacer nada, con el fusil rastrillado, se abrió paso por una brecha y saltó disparando a la busca de las balas versallesas, como si con el sacrificio de su vida quisiera recuperar el honor comunero, que (presumo) él juzgó haber perdido por una pasión individual.

En medio de estos combates, querido Augusto, no me quedaba tiempo para pensar en mí. Con el fusil al alcance de la mano y con la imprenta custodiada por un destacamento de la guardia nacional, componía las hojas de *Le Cri du Peuple*, luego cumplía mi turno de vigilancia y de refuerzo en una u otra barricada de mi sector. Dos o tres días después de la caída del fuerte de Issy, acompañé a Vallés a aquel pequeño poblado convertido en ruinas y al fuerte Vanves todavía defendido por los comuneros. Vallés, luego de recibir el informe del valeroso general Brunel (ambos eran blanquistas), empezó a dictarme ahí mismo, entre los escombros y la hedentina de los cadáveres, el artículo sobre el estado de nuestras fuerzas en el frente sur que

debía salir en la edición del día siguiente de nuestro periódico. De esta manera pude visitar numerosos fortines y barricadas del París combatiente y, en algunos casos, tuve que oficiar de redactor. De las crónicas que me encomendaron escribir (ah, y no pude dejar de firmarlas con el seudónimo de Bauman de Metz), la que más recuerdo es la relativa al derribamiento de la Columna Vendôme; pero si la recuerdo no es por la crónica (que fue revisada y prácticamente rescrita por Vallés), sino porque aquella tarde del 16 de mayo conocí a Leó Frankel.

Llegué a la plaza a las dos menos veinte (la demolición estaba programada para las dos en punto de la tarde) y en uno de los ángulos, recuerdo, me encontré con Dollfus en compañía de los redactores del *Mot d'Ordre*, del *Père-Duchesne* y de *Commune*. Cuando hacia el atardecer, y luego de varios intentos fallidos, aquel grosero símbolo de opresión y de indecente jactancia se vino abajo, todos nos sumamos a la explosión de júbilo de la multitud y hasta entonamos «La marsellesa», siguiendo los acordes de una impresionante banda de músicos, aunque advertí un énfasis irónico en la voz de Dollfus. Apenas concluyó el himno, Dollfus nos invitó a celebrar el *magno acontecimiento*, esta fue la expresión que utilizó, en el Café de Peter, Rue Dauphine, pasando el Pont Neuf. Yo rehusé la invitación, pero el compañero de *Commune* prometió unírseles luego, apenas cumpliese cierta diligencia que debía realizar de inmediato. Al parecer había distinguido a una persona importante que deseaba que yo conociera, de modo que, cogiéndome del brazo, se abrió paso entre el gentío y a unos pocos metros nos hallamos ante un joven vestido como obrero, delgado, algo pálido, de cabellos negros y una barba de tres o cuatro días. Era el juvenil ministro de Trabajo y miembro de la Internacional, camarada Leó Frankel.

Te seré franco, Augusto: no me resultó simpático Frankel. O, más bien, me desagradó la serenidad, casi frialdad, que mostraba ante la ejecución

exitosa de aquella simbólica demolición (¡no son gratas las personas que no comparten un momento de legítima exultación!). El compañero de *Commune* se despidió de nosotros, lo cual aumentó mi malestar. Frankel, creo, percibió la antipatía que me despertaba en ese instante. *Ciudadano Presburg*, me dijo, *he oído excelentes referencias de usted. Y, aunque tardíamente, permítame darle la bienvenida al seno de la Comuna*. Enseguida consultó su reloj y me preguntó si disponía de unos minutos para tomar una copa. Entramos a una de las numerosas tabernas que lucían grandes banderas rojas, en cuyo tabladillo una bella joven, criolla al parecer, acompañada por un acordeonista, interpretaba una canción satírica contra Thiers y los ricachones de Versalles. *Se llama Coral Lebrun*, dijo Frankel, *y pertenece al equipo de recreación formado por la ciudadana Louise Michel*.

Sumergido como se hallaba en el vértigo de los acontecimientos, no había pensado en la Comuna de París como proyecto revolucionario y, tal vez inconscientemente, había eludido pensar en el futuro que le esperaba. Sin perderse en detalles abordó lo esencial, de forma escueta y con descarnada objetividad. El ministro (¡veintiséis años, caro Augusto!) me puso en el fragoroso centro de una realidad amenazada por el exterminio. Aunque de modales menos definidos y duros, Frankel pertenecía a la misma estirpe de hombres como el camarada Bebel. Me bastó escucharle unas pocas razones para sucumbir a su influjo.

Al referirse a la demolición de la Columna Vendôme me dijo: *Ha sido una hermosa medida, justa y romántica, como la del 6 de abril, en que se quemó públicamente la guillotina, y la del 5 de mayo, en que demolimos la oprobiosa capilla expiatoria levantada, con el vergonzante apoyo de los burgueses, para que los franceses se purificaran por la ejecución de Luis XVI. Entiéndame, Presburg, no condeno estas medidas cargadas de simbolismo. Pero yo hubiera preferido acciones estratégicas y más*

pragmáticas. Le dije: *¿Cómo cuáles, camarada?* Frankel, que apenas había probado el vino, hizo a un lado la copa. Sin énfasis ni amargura declaró: *Debimos impedir que Thiers y su pandilla se trasladaran a Versalles, debimos desarmar a sus tropas, debimos expropiar el Banco Nacional; en suma, Presburg, debimos, desde el comienzo, pasar a la ofensiva; pero la falaz tonada burguesa de la fraternidad y el aristocrático sentimiento de caballerosidad que como mugre llevamos en la conciencia hizo que nos comportáramos en forma magnánima y, sobre todo, civilizada, olvidando que la de la burguesía y de todos los reaccionarios es una civilización de la barbarie*.

¿No bebe, camarada?, esto lo dije para ocultar el efecto demoledor que me habían producido las palabras de Frankel. Ante mí se abría ahora un mundo de problemas.

Frankel se disculpó. Hubo un principio de sonrisa en su faz, me dijo *¡salud!*, bebió.

Me habló, luego, de los difíciles problemas que afrontaba la Comuna, empezando por la anarquía que imperaba en la dirección. Frankel procuraba expresarse en forma impersonal, pero algo del domado enojo se tradujo al referirse a las medidas de seguridad. París, sitiado, estrangulado por los versalleses y por el ejército prusiano, era prácticamente una ciudad abierta. Bastaba, dijo, que cualquier hombre o mujer con disfraz de elegante extranjero dijese que había viajado expresamente para constatar el maravilloso ejemplo que la Comuna estaba dando al mundo, para que, llenos de cándida urbanidad, se le permitiese transitar libremente (*como aquel individuo*, se refería a Dollfus, *que lo acompañaba a usted y a los otros ciudadanos periodistas; ¿quién, es?, ¿qué hace?, ¿de qué vive?*) por nuestras fortificaciones y barricadas, y aun husmear en la sede del gobierno central. París pululaba de espías y saboteadores. *Mire, Presburg*, recalcó, *no me cabe*

la menor duda de que los versalleses han montado una tupida red de espionaje. ¿Ha pensado en la cantidad de bajas que la labor de estos malvados ha producido en nuestras filas?

A pedido de un público que deliraba de entusiasmo, Coral Lebrun acababa de cantar un himno de Gossec. Luego subieron al entarimado cinco muchachas ceñidas con bandas rojas y con gorro frigio en la cabeza y, tras arengar a los ciudadanos a seguir combatiendo, solicitaron ayuda pecuniaria para las viudas y huérfanos.

—Pero, con todo, Frankel, qué distinto el ambiente nauseabundo que se respira en Versalles.

Leó Frankel pareció no escucharme. Con gesto fraternal saludó a las muchachas, pagó la consumición del vino y dejó su óbolo de colaboración, miró un reloj y me invitó a salir. Ya estaba oscuro, pero habían encendido grandes hogueras que iluminaban los escombros de la derribada columna y proyectaban un halo de mayor beligerancia sobre las proclamas inscritas en inmensos cartelones. Desde atrás del Point-du-Jour y de la puerta de Maillot, las baterías versallesas lanzaban intermitentes cañonazos. *Naturalmente,* dijo de pronto Frankel, *nada de lo que le he dicho desmerece esta experiencia fundadora y ciertamente auroral que es la Comuna de París. Se ha dictado leyes y tomado medidas que servirán de inspiración a la futura sociedad socialista. Fíjese, por ejemplo, lo que dice aquel cartel: «¡Todo el poder para el pueblo! ¡Todo el poder para la Comuna!»... No me vaya a interpretar mal, Presburg. No transigiré jamás con las ideas erróneas, pero como individuos (le hablo de los honestos, de los mejores) tengo en alta estima a los blanquistas, a los jacobinos, a los hombres y mujeres de bien que, sin ideario definido, se han sumado a la lucha, y a aquellos internacionalistas que, como Varlin y Longuet, no se han sacudido del todo del proudhonismo. Me cabe la convicción de que lucharán, hasta la propia inmolación si es*

preciso. También debo reconocer que nosotros los comunistas no estábamos preparados; los acontecimientos se nos adelantaron. Por eso nuestro deber es estar hasta el final con las masas, emulando su heroísmo, porque no es justo que solo ellas paguen por los errores que nuestra deficiente dirección les ha hecho cometer. Por favor, Presburg, tenga en cuenta lo que le he dicho. Redoble la vigilancia y, llegado el caso, no se rebaje a la piedad con el enemigo de clase.

Es sorprendente, mi buen Augusto, la cantidad de vivencias y pensamientos que la mente del hombre puede evocar en unos pocos instantes. Asida por mí de la cabellera y con el impaciente cañón de mi revólver cerca de la sien, la señora de Vadly (había dejado ya de ser Júpiter) abandonó la impúdica execración por la impudicia de la sumisión y el ruego; después, por la lisonja; después descendió a la futilidad, ofreciéndome sexo, deleites, riquezas, dominios, los altos privilegios de la opresión. Recordé el cuerpo despedazado por una bomba versallesa de una cantinera en la Plaza de Ternes; en el hospital de Lariboisière, un joven de diecinueve años con un brazo amputado, abrasado por la fiebre, imprecaba al médico para que le dejase retornar a su barricada y continuar combatiendo con la mano que aún tenía intacta; desde el ático de una mansión de la Rue Jacob, en el corazón del barrio de Saint-German-des-Prés, ese enclave versallés, una bala había destrozado el cráneo de un humilde trabajador encargado de recoger cadáveres de los comuneros caídos; seis altas teas, sostenidas por manos comuneras que se alternaban de tanto en tanto en beligerante capilla ardiente, habían honrado toda la noche anterior el cadáver del general Dombrowski. Estas fueron las últimas imágenes que, sobreponiéndose unas a otras, acudieron a mis ojos, antes de que apretara el gatillo sobre la sien de Júpiter, de la señora de Vadly, que se desplomó pulcramente. Solo un postrer ímpetu de caduca sangre la desbordó por la boca.

Me es imperioso, Augusto, reconocer ahora que por un segundo (tal vez por unos milésimos de segundo) olvidé las palabras de Frankel y vi el rostro de un ser humano antes que el de una pérfida, inclemente espía que yo debía aniquilar. Me prometí (frente al cadáver de la mujer) corregir en adelante este fervor. Leynes, con el hígado perforado, se debatía en una pantanosa agonía; no dudé en aliviarlo del estéril tormento. Fue al coger el revólver que escondía Leynes en la levita cuando escuché movimientos, voces de alarma, carreras; entonces recordé que la señora de Vadly había tenido tiempo de alertar con los campanillazos a la banda de saboteadores que debía de tener como cubil esta mansión. Yo estaba aislado de mis hombres, pero ahora poseía dos armas con que liquidar a unos cuantos soplones antes de ser abatido. Pensé que solo había un acceso a través de un largo corredor cuya puerta estaba cerrada. Salí de la recámara y, con la rodilla sobre el alfombrado, alisté el arma. Ninguna nostalgia me importunó, tampoco la euforia ni la vanagloria, nada más que el deseo de ser eficiente, certero. Un molesto sudor amenazaba con empañar mi visión. No tuve tiempo de limpiarme porque la puerta se abrió. Un mozo presidía el ataque; la bala colisionó en su pecho y el joven dio unos pasos antes de derrumbarse; no seguí disparando, pues había que ahorrar munición. Transcurrieron uno, dos minutos; las carreras se reanudaron, pero antes de que percutiera de nuevo el disparador distinguí el uniforme y las voces de mis hombres. Entonces me puse de pie, me acerqué al cuerpo yaciente y descubrí que el mozo era apenas un niño de doce o trece años: el óvalo de su rostro y el color de sus ojos me restituían la bella imagen de la señora de Vadly en la edad núbil.

Creo que logré controlar (esto he llegado a pensar) el atroz espanto que la vista del niño con el pecho destrozado me produjo; sé que subí en la estima de mis hombres por la triple ejecución, pero no me pasó inadvertido que eludieron mirarme a los ojos. Al día siguiente, 22 de mayo, el *Journal*

Officiel, el *Père-Duchesne* y *Le Cri du Peuple* dieron cuenta del operativo. Publicaron la lista de los trece responsables de los sectores de la tupida red tejida por Júpiter (la lista consignaba los nombres reales y sus nominaciones en clave) e instruían a la población para redoblar la vigilancia, pues no se descartaba la existencia de otra cadena de espías y conspiradores. Los hombres de Ferré y Rigault, estos eran los encargados del Ministerio de Seguridad, lograron apresar a nueve de la lista, entre los cuales figuraban un sacerdote y un seminarista; cinco merecieron sentencia de fusilamiento; tres fueron pasados por las armas sumariamente, mientras se convino dejar en suspenso la ejecución del padre Verdier y del seminarista Verox, que proclamaron con tono apocalíptico que *el día de la venganza divina estaba cerca*. Pero cuando en la primera madrugada del 24 fueron ejecutados monseñor Darboy, arzobispo de París, y cinco rehenes más, entre los cuales hubo cuatro curas, tres de ellos jesuitas (no descarto, mi buen Augusto, que en alguna forma influyó en esta medida extrema, desesperada, nuestro operativo contra Júpiter), el padre Verdier, a cambio de su vida, delató a Ferré los nombres de seis saboteadores más, de cierta jerarquía. Ferré me contó que el seminarista Verox, que parecía hallarse en un estado de delirio místico, le gritó a su superior: *¡Cura renegado! ¡Que en lo profundo del infierno, Ugolino te roa la nuca por toda la eternidad!* El padre Verdier fue internado en la prisión de La Roquette. En cuanto a Verox, se le conmutó la pena de muerte por intervención de Vermorel, quien puso en manos del seminarista un fusil para que ganara su derecho a la vida combatiendo en la línea que desde la Butte-aux-Cailles defendía el aguerrido general Wroblewski.

Debo agregar que por iniciativa propia había hecho detener a Dollfus, al que se ubicó en el Café de Peter. Antes de dar la orden pensé de esta manera: *¿Y si, después de todo, el almirante La Mer de Beauford* (averigüé que había

sido gobernador de Cayena) *hubiese logrado montar su propio entramado?* Y no quise ser culpable de negligencia, de desidia, ni de complicidad por sentimiento de amistad. Rigault, un hombre duro, que lo interrogó, no solo halló inocente a Dollfus, sino que le pareció un joven sumamente divertido. Pero antes de dejarlo en libertad me permitió interrogarlo. Reconozco que muy pronto el interrogatorio se trocó en conversación, en un prolongado y absurdo diálogo. Me perturbaba, me escandalizaba este hombre. ¿Con qué derecho, en las circunstancias en que estábamos viviendo, un hombre podía erigirse por encima de la contienda, transitando por uno y otro frente de lucha? Cuando estuvimos fuera de la prisión le dije que no tomar partido era más reprobable que pertenecer a la pandilla de Thiers. *Pero, mi Dios*, dijo, *yo no inicié esta matanza*. Le hice un gesto de desprecio y me retiré en dirección contraria a la suya. Después de unos pasos escuché que me gritaba: *¡Todavía nos volveremos a ver, Presburg!*

No te hablaré (como dije al empezar esta carta) de los últimos días de la Comuna de París: la indigencia de mis palabras menoscabaría la dignidad de aquella trágica epopeya. El 24 de mayo salió por última vez *Le Cri du Peuple*. El 25, toda la orilla izquierda del Sena cayó en poder de los versalleses. El 26, las fuerzas combinadas de los generales Douai, Clinchat, Vinoy y Ladmirault bombardearon los distritos XI, XIX y XX, donde se habían replegado los comuneros. En la noche del 27 sucumbieron los defensores del Cementerio de Père-Lachaise y el 28 de mayo, todos los cuerpos del ejército versallés invadieron el distrito XX, último reducto de los combatientes de la Comuna. Pero antes, cerca de la medianoche del 24 (desde hacía tres días, París era una inconcebible hoguera) me entrevisté con Leó Frankel, que combatía en la barricadas en torno a La Bastilla. Acababa de ser alcanzado por una bala en uno de los hombros y era atendido por Dimitrieff, una excepcional mujer de la nobleza rusa, que luchó desde el comienzo en el

frente comunero. Me abrí paso entre la pila de cadáveres (muchos despedazados por los cañones y obuses versalleses) de hombres, mujeres y de algunos niños. *Tómelo*, me dijo Frankel, sin soltar el fusil con su brazo sano, *como el primer ensayo de la revolución socialista que haremos en el siglo XX*. Una incesante batería comunera interponía una muralla de fuego entre nosotros y las tropas versallesas. Mientras fumábamos de un mismo tabaco, Frankel me felicitó por la misión que había cumplido. Yo guardé silencio. Hasta entonces no había hablado con nadie sobre los pormenores del operativo, pero ahora sentía una irrefrenable necesidad de contarle a Frankel la experiencia que aún me trastornaba, aunque resultara mezquino hablar de ello a la vista de los cadáveres de niños del pueblo. Siempre agradeceré que Leó Frankel no apelara a este fáctico argumento: ¿qué peso tiene la muerte de un solo niño burgués, rico y mimado, ante la sangre vertida por las decenas de niños de la clase obrera que combatieron al lado de sus padres por la Comuna y el socialismo? En cambio me dijo: *No me alegra la muerte de ese niño; la lamento. ¿Pero usted de verdad lo mató? Piense, reflexione en ello. No, Presburg, usted no fue más que el ejecutor azaroso (ah, e infortunado) de todo un conjunto de causas y fuerzas desencadenadas por los opresores. Le diré esto, Presburg: Thiers asesinó a ese niño, como asesinó al arzobispo Darboy y a los restantes rehenes al negarse a canjearlos por Blanqui*. Instantes después, los versalleses urdieron un nuevo ataque. *¿Qué piensa hacer, Presburg?*, me gritó entre el estampido de los morteros y obuses enemigos. Le respondí: *Procuraré llegar al cerro Chaumont y ponerme a las órdenes de Ranvier*. A manera de despedida, de adiós, Frankel me dijo: *Recuerde, camarada Presburg, que si sobrevivimos tendremos el deber de seguir luchando, estemos donde estemos, por la revolución y el socialismo*. Desde el cerro Chaumont, Ranvier castigaba con sus baterías duramente a las huestes de Thiers y MacMahon, y me alegré de tener como compañeros de

combate (me destinaron a las trincheras del Templo de Sybila) a un niño de doce a trece años, ayudante de artillero, y a una bella muchacha diestra en el manejo de la ametralladora. ¿Por qué habíamos tomado las armas? ¿Por qué ahora yo apuntaba con mi fusil? La furia versallesa se había desatado insaciable de sangre. Entonces, apretando el gatillo, me dije que también debíamos matar a nuestros verdugos para que por lo menos en la muerte recuperasen su perfil humano.

Desde las barricadas
(Fragmentos)

Los sobrevivientes de la Comuna y los futuros historiadores (no los arqueólogos porque, es razonable suponer, los sucesivos gobiernos de Francia se encargarán de eliminar todo vestigio, levantando nuevas edificaciones, construyendo hermosos parques y jardines, y abriendo amplias y espléndidas avenidas) indicarán con exactitud cuál fue la última barricada que resistió a las tropas del señor Thiers y del mariscal MacMahon. Por el momento (debido al terror imperante), los informantes mejor dispuestos (y explicablemente los más orgullosos y soberbios) son los propios soldados que participaron en el aplastamiento de los defensores de París.

Cinco soldados que beben en una taberna de la Rue Saint-Maur (pues la vida, ya se sabe, debe continuar) nos aseguran que la última barricada en sucumbir fue la levantada entre las calles del Faubourg-du-Temple y de la Fontaine-au-Roi; cuatro de los cinco pertenecen al cuerpo del ejército del general Ladmirault. Muy diligentes, salen de la taberna y, señalando escombros, nos explican cómo se produjo la acometida final por tres flancos: desde el Hospital de Saint-Louis, por esta calle de Saint-Maur y la de Bichat. Uno dice: *Los asesinos resistieron hasta las diez de la mañana del domingo*

28. Otro asegura: *Yo destripé con mi bayoneta a un garibaldino feroz, un italiano enorme, un gigante, créame, que, herido y todo, no se dejaba arrebatar una gran bandera roja. Nuestro emperador tuvo de rodillas a Italia y yo soy patriota, ¿iba a permitir esas bravatas? Ni recuerdo la de veces que le hundí mi bayoneta en su asquerosa tripa*. Otro me cuenta de la cantidad de obuses y granadas que arrojaron sobre el reducto antes de preparar el asalto. Pero el más orgulloso de todos es el que asegura, incluso jura, logró capturar, todavía con vida, al mentado Varlin. Como si reviviera la escena, nos explica su hazaña y, llamándolo comunista, lo cubre de improperios que solo se aprenden en los cuarteles. El soldado que hasta entonces ha permanecido en silencio deja escuchar su voz: *La verdad es la verdad*, declara. *La última, pero la última en caer (eran las once de la mañana) estaba un poco más arriba, en la Rue Ramponneau. Mis compañeros y yo la tomamos*. Los cuatro soldados hacen burla de él y nos dicen que no le creamos, pues pretende cubrir de gloria al general Vinoy, a cuyo cuerpo del ejército pertenece. Retornamos a la taberna, convidamos una nueva ronda de sidra y, luego de escucharlos cerca de una hora más, nos despedimos y nos dirigimos hacia las inextricables calles de Ménilmontant, donde fueron levantadas numerosas barricadas para ser defendidas (*porfiada, tercamente*, nos dice un soldado) hasta muy avanzada la noche del sábado 27.

Hacia el atardecer nos hallamos por los alrededores de La Bastilla mientras una compañía de zapadores trabaja febrilmente. Ya ha sido retirada la gran masa de cadáveres, pero entre los escombros de las casas, completamente demolidas por los bombarderos, en las esquinas de los bulevares Beaumarchais y Richard Lenoir y de los extremos izquierdos de las calles de La Roquette y de Charenton encuentran algunos cadáveres, cuerpos despedazados o miembros mutilados, pues La Bastilla resistió apoyada por las barricadas y por legiones de fusileros desde lo alto de las casas y edificios.

Las barricadas de las calles Aligre, Lacuée y Crozatier fueron las últimas en caer, probablemente, según nos dicen, hacia las dos de la madrugada del 27 de mayo. No hubo sobrevivientes, nos informan también, y si los hubo fueron fusilados o degollados en las mismas trincheras. Conversamos con el sargento de zapadores en lo que fue la barricada de Crozatier. Nos habla en su jerga y nosotros, para estar a su altura, le hablamos en la jerga de la gente elegante de Versalles, de los señores Thiers y Jules Favre. De esta manera logramos la confianza del sargento, quien, *para que nos divirtamos un poco con esta basura*, nos permite leer en restos de carteles y en adoquines de piedra, inscripciones trazadas con tizas, carbones y pintura, o grabadas con la punta de puñales y bayonetas. Se necesitaría disponer de mayor tiempo y tranquilidad para reconstruir el sentido de muchas de las frases, octavillas, proclamas y emblemas; algunas, sin embargo, no son difíciles de entender. Conseguimos apuntar las siguientes:

Humanidad, morimos por ti.
Madre, perdóname por dejarte abandonada. Tu hijo J...
¡Viva la República universal de...!
Coral, te amamos, gracias por tus canciones.
Thiers vendepatria y verdugo del pueblo.
La luz de la Comuna nunca se apagará.
Burgueses, os haremos desaparecer de la t...
Proletarios del mundo, la próxima vez será.

...Clerc acaba de ser alcanzado por una bala. Yo ocupo su puesto, ciudadano Lisbonne. Sus órdenes serán cumplidas. El enemigo ya tomó la alcaldía del distrito VI. La ciudadana Retiffe me dice que ellos han dispuesto sus baterías en la Plaza de Saint-Sulpice. En las torres del palacio tenemos un

cañón de 7,5 y dos ametralladoras pesadas. Benoît dice que pronto tendremos todo listo. Los versalleses comienzan a bombardearnos. Apuntan a nuestra pieza de artillería. *¡Hurra!*, grita la ciudadana Retiffe. Nuestro cañón responde; las ametralladoras les escupen fuego seguido. Esto les impide iniciar el ataque, pero llegan más versalleses. Más y más. Esto me dice la ciudadana Retiffe. Parece que intentarán envolvernos por las calles de Saint-Sulpice y Vaugirard. *¿Qué pasa con nuestro cañón?*, pregunto. *Ha sido abatido por obuses enemigos*. La ciudadana sale a reforzar nuestras trincheras. Es difícil escribir, por el estruendo de la artillería enemiga. Esta ya no cesa de acribillarnos con sus proyectiles. Nos caen pedazos de ladrillos, trozos de madera y de yeso, astillas de mármol y piedras. No sé si nuestras ametralladoras siguen disparando. Hay un sofocante olor a pólvora. Duclos me dice que recibimos hasta diez obuses por minuto. Me dice también que tendremos que evacuar. Desde la esquina de Saint-Sulpice y Vaugirard, los enemigos del pueblo esperan la orden para el asalto. *Ciudadano Lisbonne, mi nombre es Martelet, del distrito XIX*. Duclos me repite que hay orden de evacuar. Los versalleses están a unos sesenta metros de la frontera noreste. *Soy pintor de porcelanas, mi hijo mayor murió defendiendo el puente de Neuilly*. Oigo que un escuadrón de ciudadanas amuralla las rejas con sus cuerpos. Duclos insiste en que ya quedó todo preparado. Le pregunto si se ha despejado el lugar. Me responde que sí. *¿Estás seguro? Sí, hombre, sí*. *Entonces un minuto más, Benoît*. Le pido que me brinde su tabaco. Ha cesado la artillería, solo el estampido graneado de la fusilería se escucha. Pronto empezará el asalto. Ya empieza, ya empezó. Arremeten contra las rejas de hierro. Las están rompiendo y pasan por encima de los cadáveres de las ciudadanas. Le digo a Benoît que me deje lista la mecha, que yo la prenderé. *Te daré alcance luego*, le digo. Quiero que se acerquen más los versalleses, tenerlos encima. *Ciudadano Lisbonne, Benoît le entregará el parte si es que*

me envuelve la explosión. ¡No les dejaremos nuestro arsenal de municiones y pólvora! Tengo listo el tabaco encendido para hacerlo estallar. *En caso de morir, comuniquen a mi familia que fue por la Comuna. Voy a cumplir sus órdenes, ciudadano Lisbonne*.

...¡Pero esto es magnífico! ¡Qué esplendor! ¡Qué maravillosa combinación de colores produce el fuego!, exclama, acometido de euforia piromaniaca, el articulista de *Opinion Nationale*. Y señala, entusiasta, la fulgurante línea que, empezando en la Place de l'Etoile sigue por los Campos Elíseos, se extiende por las Tullerías y continúa en forma quebrada hasta llegar al Hotel de Ville, donde resisten los comuneros. *Es obra de los bárbaros*, repite el anciano profesor de historia. *Lo que yo quisiera saber*, declara el marqués, *es el nombre del Atila, del escita que dio la orden de prender el fuego*. *Pero, querido*, le reprocha una de las damas, *si fue ese hombre horrible de apellido Brunel. Todo el mundo lo sabe*. *¿Brunel?*, dice el marqués, *¿qué esperan, entonces, para darle caza? ¡Pero que no escape! ¡Que lo persigan por las cloacas, que son las madrigueras de los animales inmundos!* La voz del abate Regnard se deja oír: *Aunque tampoco debe olvidarse a esas, ¿cómo llamarlas?, las magdalenas aquellas*. Con fervorosa ironía la otra dama interviene: *Si son magdalenas merecen el perdón*. *La Magdalena que perdonó Cristo*, replica, enojado, el abate Regnard, *no asesinó a nadie y menos regó con petróleo la propiedad ajena para incendiarla*. Aluden, claro está, a las denominadas «petroleras», las incendiarias, esas «furias de arrabal», como las ha bautizado la prensa de Versalles. A diferencia de su colega, el redactor del *Journal de Debats*, con la soberbia pipa de espuma que sostiene entre sus dientes, contempla en silencio la ciudad incendiada, como si meditara sobre algo profundo y definitivo. Pero un observador imparcial empezaría por preguntarse cuál de las fuerzas en

contienda inició los incendios con sus bombardeos, sin importarle las venerables piedras de París. Recorremos con la mirada a los que conformamos esta hermandad, ahora reparamos en un individuo calvo y robusto, al parecer un rico comerciante o industrial, poseído de una especie de rabieta infantil, y, salvo el sacristán, un viejecillo enjuto con una gorra de plato en la cabeza, todos son rostros hostiles, en los cuales ha desaparecido toda huella de ecuanimidad. De modo que consideramos prudente callar y preferimos enfocar los impertinentes hacia la zona de los incendios más compactos y fogosos.

El colega de *Opinion Nationale* ha sido veraz. Existe, en efecto, una línea, un cercado llameante que, con breves trochas oscuras, se extiende, ora recto, ora zigzagueante, ora sinuoso, desde la Place de l'Etoile hasta el Hotel de Ville, en buena parte abrasado ya por intensas fogaradas. Más a la derecha, flanqueada por las baterías ubicadas entre el Puente Sully y el extremo de la Rue de Rívoli, los alrededores de La Bastilla conforman una suerte de arco combustionado, del cual se elevan cimeras rutilantes por las persistentes deflagraciones de la artillería pesada. Entre la Place de l'Etoile y el Hotel de Ville destacan algunos espacios por la consistencia de las masas ardientes; a su vez, estas se distinguen entre sí por la amplitud y por la variedad de coloraciones violentas que, arrancando de las rojas ascuas, ascienden transformadas en follajes encarnados y trocados enseguida en lenguas ondulantes o en agudas espadas de un amarillo punzante y amenazador. Las Tullerías refulgen, en comparación con los jirones de fuego (ahora menguados) de la Concorde, la Rue Royale y la Plaza Vendôme, pero palidecen frente a las torrentadas de candela viva que avanzan por la Rue de Rívoli del Hotel de Ville. De tanto en tanto, el cruce de los vientos y las explosiones que se producen en las matrices de los espacios incendiados generan fragorosas candelas que proyectan una claridad cegadora, y entonces

el Sena se ve como anegado por una lava ardorosa, a trechos rojiza, a trechos púrpura, y bruñida por los resplandores de los incendios de la ribera opuesta o de las propias islas. Porque el Sena, tal como lo podemos recorrer con nuestros pequeños pero potentes prismáticos, es también zona de combate. De diferentes puntos del Palacio de Justicia emergen espesas volutas de humo; la prefectura ya es pasto de las llamas; y el atrio y el ábside de Notre Dame se hallan tachonados de fogatas, algunas de los cuales semejan erguidas antorchas. Más a la derecha, la Íle de Saint-Louis, todavía en poder de la Comuna y cuyas baterías (al parecer) tienen la misión de impedir el asalto al Hotel de Ville, es atormentada por el fuego cruzado de los cañones y obuses versalleses parapetados en ambas riberas del Sena. Pero la batalla no solo se despliega desde las islas, sino también mediante lanchas cañoneras o barcas especialmente blindadas que surcan las aguas y barren con ametralladoras y granadas los muelles convertidos en trincheras. En el momento en que hemos enfocado con nuestros lentes el Sena, dos cañoneras que han sido averiadas por el fuego enemigo enfilan la proa río abajo para escapar de la línea de beligerancia; otra está terminando de hundirse a la altura del muelle de Louvre; otra acaba de ser alcanzada por la artillería del puente de Austerlitz, en poder de los federados de la Comuna. Detenemos la visión en este punto. La embarcación... ¿una draga?... sí, una draga convenientemente preparada para combatir, ha empezado a encenderse por el lado de la proa y ahora la tripulación libra un doble combate: por repeler, por un lado, la artillería adversaria que sigue fustigando a la barca con granadas y municiones de grueso calibre y, por otro, por sofocar las llamas que avanzan y crecen por los impactos de los proyectiles; de pronto, como si las fogaradas hubieran penetrado a un depósito de sustancias inflamables, la draga es conmocionada por sucesivas explosiones hasta quedar convertida en un armazón ardiente, mientras por las superficies del Sena se expanden regueros

de llamas azuladas y crepitantes por donde yacen cuerpos despedazados y se ven hombres que luchan desesperadamente por no ser engullidos por las convulsionadas corrientes del río.

...¡Ni Roma ni Moscú ardieron como arde ahora París!, comenta, aun más enardecido, el articulista amante de los espectáculos pirotécnicos, cuando se escucha un profundo, sordo y pavoroso estruendo que parece provenir de los fuertes del sur. *Oh, Dios*, exclamamos hombres y mujeres, e instantes después, en forma eslabonada, oímos hasta cinco explosiones de no muy diversa amplitud y profundidad, seguidas de una cascada de deflagraciones menores. Los que logramos superar el terror paralizante (entre los que no se halla el reprimido incendiario, el apasionado de los fuegos de artificio) nos precipitamos a los otros ventanales del campanario y hacia el extremo suroriental de París divisamos a simple vista macizos de fuego con núcleos rojos, estriados de vetas azulencas y verdes trocadas casi verticales, coronadas de negros e inmensos crespones de humo. Permanecemos un rato en silencio mientras vamos serenándonos a medida que se alejan y apaciguan los bramidos de las explosiones, aunque aumenta el ruido de los estampidos de los combates. *Ha sido el fuerte de Ivry*, dice el viejo profesor de La Sorbona. *Los bárbaros lo han dinamitado*. Como si solo se hubiera esperado esta voz, hay un prorrumpir de lamentos, denuestos, amenazas y clamores de venganza contra los defensores de la Comuna. Entonces el redactor del *Journal de Debats*, que ha renovado el tabaco de la cazoleta y vuelto a encender su soberbia pipa de espuma, comenta con grave lucidez: *¿Por qué lamentarse por la destrucción de aquel fuerte? Construiremos otro, mejor fortificado. Más bien, ¡alegrémonos!, ¡aplaudamos! ¿Por qué, me preguntaréis? Pues porque indica que la pandilla de republicanos y socialistas se encuentran cercados por nuestros heroicos soldados*. Y sin esperar respuesta, sosteniendo la pipa entre los dientes, extrae de uno de los

bolsillos de su saco un largavista y se pone a estudiar el desarrollo de los combates por ese sector.

Por cierto, nosotros lo imitamos. Este ventanal constituye también un mirador estupendo, incluso podría afirmarse que óptimo, pero por la relativa cercanía del ámbito de las hostilidades no resulta invulnerable. Y creo que todos pensamos en la posibilidad (remota, es verdad, pero posibilidad al fin y al cabo) de que una granada de cañón disparada a la deriva y en el ardor y desesperación del combate pudiese impactar en esta torre. Solo el redactor del *Journal de Debats*, que hace gala de sangre fría, el viejo sacristán y quien (algo replegado para ser veraces) toma estos apuntes, permanecemos de cara a un panorama más sobrecogedor por la exuberancia del tronar de las armas que por el resplandor y colorido de los incendios. Por unos momentos nos trasladamos al ventanal que da a la parte suroeste de la ribera izquierda del Sena, donde se ha ubicado el articulista de *Opinion Nationale* (el abate Regnard, con el resto de la «hermandad», ha vuelto a la atalaya del norte). Acaso por un efecto de acústica propio de estas hermosas construcciones góticas (es lo primero en que reparamos), desde aquí se escuchan, asordinados y opacos, el retumbar de los cañones y obuses y el traqueteo y los estampidos de las ametralladoras y la fusilería. El cuadro que se ofrece a nuestra vista no debe colmar (presumimos) las apetencias y refinamientos pirotécnicos de nuestro buen amigo. Si descartamos las irradiaciones rojizas que sigue emitiendo el dinamitado fuerte de Ivry en este sector, caído desde hace dos días en poder de las tropas versallesas, no existen ya incendios ni fuegos de consideración. Los numerosos infiernillos que rutilan aquí y allí y más allá son de los vivaques levantados en la retaguardia y defensa contra posibles francotiradores. Pero persisten las fumarolas de los rescoldos y de los escombros de vigas y columnas carbonizadas, de modo que la atmósfera está impregnada de ceniza, de hollín, de azufre, de pólvora, de escombros y

de carne incinerados. *Venga*, le decimos al colega de *Opinion Nationale, desde la otra ojiva podrá contemplar un panorama insuperable*.

Pero no accede a nuestra invitación, en tanto el redactor del *Journal de Debats*, la pipa entre los dientes, continúa observando con sus prismáticos el desarrollo de las operaciones; el lugar del sacristán lo ocupa ahora el campanero, quien anteriormente nos guiara por las escalinatas de la torre. Es un hombre de edad indefinida, de rostro ancho y grueso y cierto aire patibulario. Tenaces, algunos jirones de fuego arrojan una lumbre de pira sobre los muros y columnas de Luxemburgo, cuyo depósito de pólvora fue detonado esta tarde por los combatientes de la Comuna. El retumbar de los cañones ha arreciado y estremece las piedras y hace crujir los rosetones y vitrales y vibrar los bronces de las campanas; nos lleva a enfocar los binoculares hacia los frentes de batalla. El cielo relampaguea por los fogonazos de las baterías; por la cantidad y la dirección de las centellas que hienden el espacio (algunas con un silbido siseante y rápido, y otras con un silbido prolongado antes del estallido) se puede advertir que las bocas de fuego del campo versallés triplican (¿o quintuplican?) las de los reductos comuneros. Hablándonos a gritos para dejarse oír, el redactor del *Journal de Debats* nos indica que el distrito V está a punto de ser tomado por los soldados del gobierno ilegítimo, pues los incendios que se están produciendo por el Panteón y las inmediaciones del Jardín de Plantas prueban que la pandilla de bandidos republicanos y socialistas han comenzado a desbandarse. Es verdad: debemos admitir que los federados de la Comuna no podrán resistir mucho tiempo en el distrito V. Con nuestros lentes recorremos detenidamente aquella zona. No, no se trata de una desbandada, por lo menos no en este momento. Pensamos que los federados se han replegado y se disponen a concentrar sus fuerzas en el distrito XIII. En efecto, poco a poco (y las bombas luminarias que intermitentemente lanzan las baterías

versallesas lo confirman), comienza a evidenciarse una línea fortificada que, teniendo como eje las prominencias del Butte-aux-Cailles, forma una especie de curva que desde el Puente de Austerlitz avanza por el bulevar Saint-Marcel, sigue por los Gobelinos, se abre en torno a la Place d'Italie y más adelante se quiebra hasta alcanzar la Place Jeanne d'Arc. *¡Maldito polaco!*, ruge el redactor del *Journal de Debats*. Se refiere al general Wroblewski, el defensor de este aguerrido bastión, quien con sus baterías, mejor emplazadas, y la arremetida de sus legiones de infantes, repele al ataque adversario y castiga y aniquila a la retaguardia. *Wroblewski, creo que se llama*, dice nuestro acompañante. *Debe ser un circunciso, como los tantos que abundan en ese tenebroso país*. Sonreímos sin hacer ningún comentario y seguimos observando el Butte-aux-Cailles, cuya artillería, por el momento, mantiene a raya a un cuerpo del ejército que comienza a incrementar febrilmente sus efectivos.

...Mientras vamos bajando los escalones escuchamos que la campana mayor comienza a repicar. Lo hace con un tañido grave, bronco, funeral y vindicativo. Por fin ubicamos a nuestros cofrades en el baptisterio, pero ahora es un grupo más numeroso formado por clérigos, hermanos legos y seminaristas. Al acercarnos al grupo advertimos la presencia de un renombrado columnista de *Le Figaro*. Es muy pequeño de estatura, pero su cólera es enorme. Destacan sus mostachos, la frente amplia y unos espejuelos que acrecientan la solemne crueldad de sus ojos. En sorda disputa con el redactor del *Journal de Debats*, durante estos dos meses se ha erigido en el más encarnizado enemigo de la Comuna y en nombre de la civilización no ha dejado de instigar su aplastamiento. En el momento en que nos hemos acercado está diciendo *Debe tratárselos como asesinos, como los más espantosos monstruos que se haya visto en la historia de la humanidad*. Con un susurro le preguntamos al columnista de *Opinion Nationale* (los tres

periodistas, nos hemos enterado, fueron discípulos del abate Regnard) sobre lo que ha sucedido y este, haciendo un gesto de decapitación, nos dice que han ejecutado al arzobispo de París, monseñor Darboy, y a muchos sacerdotes más. Y guiñándonos un ojo agrega: *Claro, que la mayoría son, perdón, eran jesuitas*. El abate Regnard y los restantes clérigos se muestran estoicos ante el dolor, oran cabizbajos, como seres que han sido preparados para el martirio y la muerte, que conducen a la gloria. Solo el anciano sacristán no puede contener las lágrimas y, mientras llora, exclama: *¡Pensar que son cristianos! ¡Cristianos extraviados, pero cristianos y prójimos nuestros!* Como si hubiera escuchado palabras satánicas, el abate Regnard parece emerger de las profundidades del resignado dolor en que se halla, mira primero con incredulidad, luego con espanto y después con furia al viejecillo que continúa llorando. El redactor del *Journal de Debats* se apresura a hablar, antes de que lo haga su colega de *Le Figaro*: *¿Qué ha dicho, buen hombre? Le diré qué son aquellos a los que usted en su lamentable ignorancia ha llamado «prójimos nuestros». ¿Qué es un republicano? Una bestia feroz. ¿Qué es un socialista? Una bestia feroz hambrienta. ¿Y qué son esas horribles petroleras? Las hembras de las bestias*. Inspirado probablemente por las palabras de este colega, el articulista de *Opinion Nationale* interviene: *¡Estupendo! Mañana mismo empezaré a escribir una «Zoología del incendiario». Y pediré que a los cadáveres se les practique una vivisección en el cerebro*. El abate Regnard, como si recordara su condición de cristiano, llamando «hijo mío» al sacristán, lo reprende con palabras moderadas. Luego dice: *No seríamos cristianos si reclamáramos venganza. Pero la doctrina cristiana nos enseña también que quien peca debe expiar su pecado*. *Descuide, abate Regnard*, dice, al fin, el pequeño columnista de *Le Figaro*, *yo demandaré que la expiación sea completa*.

París, Place du Chateau-d'Eau, 25 de mayo de 1871

Ciudadana Simone Morrissot.

Mi querida y muy respetada hermana: aprovecho que acabamos de darles una zurra a los versalleses (¡mueran los explotadores sirvientes de Bismarck!) y la bondad del ciudadano-profesor S., que lucha con nosotros en esta barricada, para enviarle la presente. Nos han sucedido tantas cosas en estas semanas que nos parece que recién hemos nacido y lo anterior ha sido nada más que un mal sueño. Digo *nosotros* porque hablo en mi nombre y en el de Blondine, que aquí a mi lado, junto al ciudadano-artillero Floguel, me ayuda a hilvanar estas palabras. Y si no fuera por ella y el tío Floguel y el compañero profesor y las muchachas comuneras, yo me echaría a llorar mismamente que un niño moquiento. Mi buena Simone: quiero que sepa que yo la considero mi madre, porque después de enviudar no volvió a casarse y sacrificó su vida (¡y bien que me acuerdo que nunca le faltaron pretendientes!) por cuidar de mí, que era apenas un crío cuando nos abandonó mamá. Rapidito le diré, ahora que Floguel ha ido a escupirles un poco de fuego a los bribones de Versalles, que yo le he platicado mucho de usted al tío Floguel, que, como usted, es viudo sin hijos. Y el tío Floguel, entre respiro y respiro (¿creerá, Simone, que es capaz de manejar dos cañones a la vez?), no hace otra cosa que preguntarme por usted y yo le he enseñado su retrato y mi mayor deseo es que si salimos con vida ustedes se conozcan. También quiero decirle, Simone, que ya no soy la mala semilla que tanto la hizo sufrir y avergonzarse y que Blondine ha dejado de ser la pécora callejera que solo pensaba en divertirse bailando el *chahut*. Para ser justo, más bien tengo que reconocer que si ahora me estoy batiendo contra los explotadores y traidores de la patria francesa se lo debo a mi pequeña Blondine. Ella, después de escuchar los discursos de las ciudadanas Marie Leroy y Louise Michel (¡cómo me recuerdan a usted esas ciudadanas!) y después de oírla cantar en la

barricada de la Rue Chapelle a Coral Lebrun (flor, como ella, nacida en el arrabal) y de ver a tantas muchachas obreras con el fusil en las manos, me propuso unirnos a la lucha. Aunque me avergüenza decirlo, le seré sincero, Simone: yo me opuse diciéndole que esta guerra no tenía que ver con nosotros, que nuestro amor estaba mismamente en la flor del amor y que solo una vez se es joven en la vida. Me dijo que, entonces, escogiera. ¿Pero qué iba a ser mi vida sin Blondine? Me vine, pues, tras ella, pero viendo mi mala cara me dijo: *¡Pero no seas bobo, si vamos a seguir divirtiéndonos!* Y es verdad, mi buena Simone, cuán dichosos hemos sido en medio de los combates, pese a lo horrible que es la muerte.

Pero la principal razón de escribirle la presente es para comunicarle que desde las diez de la mañana del día de hoy jueves 25 de mayo la señora Blondine Pobéguin y el señor Pierre Morrissot son marido y mujer, esposos ante la ley, y que nuestro hijo no nacerá como los animalitos de la naturaleza. Todo se lo debemos al tío Floguel, que se portó como un padre y hermano, pues Blondine y yo pensábamos que sería una falta de consideración distraer con un hecho tan insignificante al ciudadano-alcalde de este distrito XI de las tantas responsabilidades que el pobre carga consigo, sobre todo en estos momentos en que los bandidos versalleses se han vuelto más soberbios y nos asedian por todos los flancos. Pero esta mañana, muy temprano, Floguel le expuso el problema al ciudadano Vermoreal y este, que es un caballero tan valiente como bondadoso (Blondine dice que es un joven tímido y un poco triste), tuvo a bien interceder por nosotros cuando poco después el ciudadano-alcalde vino a inspeccionar las barricadas de este sector. Nuestros padrinos fueron Floguel y Matilde Kovanda, una dama polaca de alta alcurnia, pero que ha estado combatiendo al lado de los pobres hasta hace como dos horas, en que cayó gravemente herida. Las muchachas comuneras de esta barricada emperifollaron a Blondine y la coronaron de azahares y pétalos rojos, y fue

muy emocionante cuando el anciano alcalde, el ciudadano Delescluze, con su banda roja en la cintura, nos declaró marido y mujer en nombre de la Comuna y de la humanidad.

Cuántas cosas más quisiera escribirle, Simone, pero los bribones empiezan a cañonearnos de nuevo y seguro que intentarán otro asalto, pero antes tendrán que pasar por nuestros cadáveres. Me he enterado de que usted viene auxiliando a nuestros heridos en el Hospital de Saint-Antoine, lo cual es un motivo más de orgullo y de afecto hacia usted. Jean, uno de los niños que sirve al lado de los cañones del tío Floguel, se ha ofrecido a llevarle allí esta carta, y con la carta reciba un abrazo de sus hermanos Blondine y Pierre y saludos fraternales del artillero Floguel, que desea conocerla, del profesor S., de las muchachas comuneras y de todos los combatientes de esta trinchera, que, como el tío Floguel, nos han estado cubriendo con sus armas para que pudiéramos terminar estas líneas.

¡Por la Comuna! ¡Hasta la victoria o hasta siempre!

Su hijo y hermano,

Pierre

—¿Quiere decir, Floguel, que la señora Morrissot no recibió la carta?

—No, no pudo recibirla. Al pequeño Jean lo alcanzó una bala perdida a cinco metros de la barricada. Después que se recuperó el cuerpo del niño, Pierre, desesperado, quiso destruir la carta, pero yo se lo impedí. Blondine murió al día siguiente, durante el primer ataque versallés. Una granada casi la partió en dos. Pierre le sobrevivió algunas horas más. Pero cayó acribillado por ráfagas de metralla al saltar de la trinchera para rescatar el cadáver del ciudadano Delescluze, que un minuto antes había caído abatido por las balas versallesas. Y yo no pude entregar la carta a su destinatario porque, según logré averiguar, el mismo 25 de mayo, más o menos a la misma hora en que

Pierre dictaba las palabras para su hermana, el Hospital de Saint-Antoine fue aplastado por las tropas del general Douai. Fusilaron al médico, remataron a los heridos y con las mujeres que sirvieron como enfermeras utilizaron la bayoneta. Pero a Simone Morrissot la degollaron. La degollaron porque salió en defensa del médico y de los heridos. Bien, usted deseaba recoger historias de esos días. Pues ahí le doy esta, aunque sea una historia pequeña y de poca monta.

—Permítame una sola pregunta más. ¿Retornaría a Francia si promulgasen una ley de amnistía?

—¿Para qué habría de volver? Todo lo perdí y no tengo a nadie. No, no volveré. Ya rompí con Francia. Seguiré viviendo en Ginebra o en cualquier otra parte, pero menos en Francia. Soy un buen ebanista, como usted puede ver... Claro, salvo que...

—¿Salvo qué, Floguel?

—...Salvo que los trabajadores proclamen una nueva Comuna y necesiten artilleros. Entonces tenga la seguridad que no dudaré en retornar.

Presburg —Prosper Zimzel Presburg— fue ajusticiado en el cuartel Lobau el 4 de junio de 1871. Había sido hecho prisionero el 29 de mayo cuando intentaba atravesar la puerta de Les Lilas, ocupada por las tropas prusianas. Fue conducido de inmediato al Châtelet, donde se apilaban centenares de detenidos. El día 30, por una delación (tan frecuentes en esos días), bajo el absurdo cargo de haber sido espía de la Comuna, fui arrestado mientras tomaba notas por la desvastada Rue de Rívoli, a unos pasos del bulevar Sebastopol. No opuse ninguna resistencia a mis captores y me alegré de haberme puesto el más elegante y preferido de mis trajes. No se debe descuidar la propia figura, sobre todo en medio de los desastres, la hediondez y la barbarie. No era ya un secreto para nadie la existencia de cortes

prebostales ungidas de poderes absolutos. Me dije que el destino, siempre aliado mío, me brindaba la inesperada oportunidad para conocer desde adentro estas exactas réplicas del infierno. Fui destinado al Châtelet y mis guardianes, ganados (presumo) por mi jovial prodigalidad, no se negaron a decirme el nombre del jefe supremo del tribunal del Châtelet. No me era desconocido el coronel Louis Vabre. Alguna vez habíamos coincidido en las juergas de Versalles, acompañados de las suntuosas cortesanas que la Comuna espantó de París. De modo que no había razón para temer ni desesperarse.

No es mi intención, sin embargo, narrar lo que vi dentro del Châtelet, sino referir mi encuentro con Presburg. Bastará decir que había centenares de presos entre hombres, mujeres y niños, en inaceptable y desconsiderado hacinamiento. Pasaron dos o tres horas antes de que lo reconociera en medio de esa humanidad condenada. Siempre resulta grato descubrir un rostro conocido, aunque Presburg no hubiera sido particularmente amable conmigo. Contraviniendo mis hábitos tuve que ser algo rudo para llegar hasta él. *¡Presburg!*, le grité. Este regresó a mirarme, incrédulo, sorprendido. *¿Usted aquí, Dollfus?* Con exagerado énfasis, le dije: *¿No le parece un escándalo que encierren a un hombre por completo inocente? ¡Si usted sabe que yo estuve por encima de la contienda!* Presburg sonrió. Estaba sereno, más bien indiferente. Yo procuraba mostrarme optimista, risueño. *¿Sabe que lo pueden ejecutar?* Le respondí que ni remotamente pensaba en esa posibilidad. *Como aventurero que soy*, añadí, *confío en el destino*. Después de un rato le dije: *Presburg, hábleme un poco de usted; me interesa la especie de hombres que usted representa*. Según creí entender, Presburg me quiso imponer como condición cierta frase que le había dicho Leó Frankel en su última entrevista. No quise comprometerme y superé el escollo con una declaración vaga y abstracta. Recuerdo que le dije: *Mire, Presburg, si una idea es verdadera y*

justa, siempre encontrará hombres que entreguen su vida para su realización. Luego, para animarlo, le conté algo de mi vida, de las divertidas minucias que formaban la trama de mi vida. Entonces, Presburg (nos habíamos parapetado en un rincón) me habló. Primero me habló reticente, irónico, pero poco a poco su relato se fue tornando espontáneo, fluido, delicado y fervoroso.

En la madrugada del día 2 de junio empezó la clasificación de los prisioneros para someterlos a esos simulacros de juicios en que consistían las cortes prebostales. Se formaban filas de cincuenta en cincuenta y el juicio duraba entre dos y cinco minutos. Empecé a preocuparme cuando un sargento (a quien yo había sobornado) vino a decirme que el coronel Louis Vabre negaba tener amistad con ningún individuo que se llamase J. J. Dollfus. Acomodándome el traje y buscando mi mejor ángulo le dije a Presburg: *No está mal mi rostro, ¿verdad? ¡No permitiré que las balas lo estropeen! En nombre de la humanidad reclamaré que me disparen al pecho. Ah, y exigiré que se me permita llevar mi sombrero puesto*. Payaseaba un poco, pero la verdad es que debía estar pálido, algo trémulo. Por cierto, todavía no perdía la esperanza, canturreaba, flexionaba mis piernas y manos, y a los vigilantes les ofrecía una fortuna si me conseguían un espejo y mi espléndida navaja de afeitar. Con Presburg habíamos pasado dos días y dos noches juntos y yo había decidido ir ante el tribunal de guerra en compañía suya. No recuerdo cómo sucedió, pero de pronto fuimos separados y me pareció intolerablemente injusto que, llegado el caso, yo muriera antes que Presburg. *Aún no está todo perdido, Presburg*, le dije, mientras me empujaban a otra columna de prisioneros. Antes de despedirnos, Presburg me puso en la mano un objeto metálico envuelto en un papel. *Es la llave de mi casa de Metz. Por si el destino no le suspende sus favores*. Estas fueron las últimas palabras que me dijo.

Poco después me abochorné por el miedo que tuve y por haber dudado de mi buena estrella de jugador y aventurero. Por esos días, las ejecuciones y los linchamientos en masa eran el espectáculo favorito de los hombres y mujeres elegantes que se habían marchado a Versalles detrás de Thiers. Por deferencia del coronel Vabre se había permitido el ingreso de un conjunto de mujeres exquisitas, vamos, cortesanas, *cocottes* de alto rango, a espectar los juicios sumarios. Entonces, bajo aquella luz de cadalso distinguí a mi buena amiga Josephine Legros, hermosa *cocotte*, muy deseada por Vabre y que, tenía entendido, había cumplido durante el cerco de París algunas tareas menores de soplonaje en favor de Versalles. Nos abrazamos, me cubrió de besos, me llamó «pichoncito mío» y, enseguida, haciendo pucheros, reprendió con dulzura a Vabre. El coronel Vabre se disculpó, habló de su deber y, para guardar las formalidades, me hizo mostrar mis credenciales, y luego de hacerme un deplorable interrogatorio ordenó mi libertad, con una sonrisa que me hizo reparar por primera vez en la memorable ferocidad de sus ojos.

Esto ocurrió en la mañana del 3 de junio. Comí algo por los alrededores, me aseé un poco el rostro y, como mucha gente, monté guardia a la salida del Châtelet. Aquella apreciable concurrencia la formaban dos conjuntos diferentes de personas. El primer conjunto, acaso menor en número, lo integraban hombres y mujeres del alto mundo parisino, presentes allí para gozar de un espectáculo no siempre posible de ver; cuando aparecía una nueva hilera de condenados a muerte, prorrumpían en exclamaciones de aprobación y de respaldo al tribunal militar, y escarnecían y aun agredían (les gritaban *¡asesinos!*, *¡ladrones!*, *¡incendiarios!*, *¡hez de París!*, *¡vergüenza de Francia!*) a lo largo de la distancia que media entre el Châtelet y el cuartel Lobau. El otro conjunto, al parecer más numeroso, lo constituían personas de mediana, modesta o muy humilde condición, que, ansiosas pero en grave silencio, esperaban descubrir entre los sentenciados a padres, hijos, amantes o

amigos que, sin haber muerto en los combates, no habían retornado a sus hogares. Algo de la malvada curiosidad del primer grupo de gentes había en mí, pero, por las experiencias vividas en las últimas semanas y en particular por mi amistad con Presburg, me sentía más cercano a esta última legión de personas.

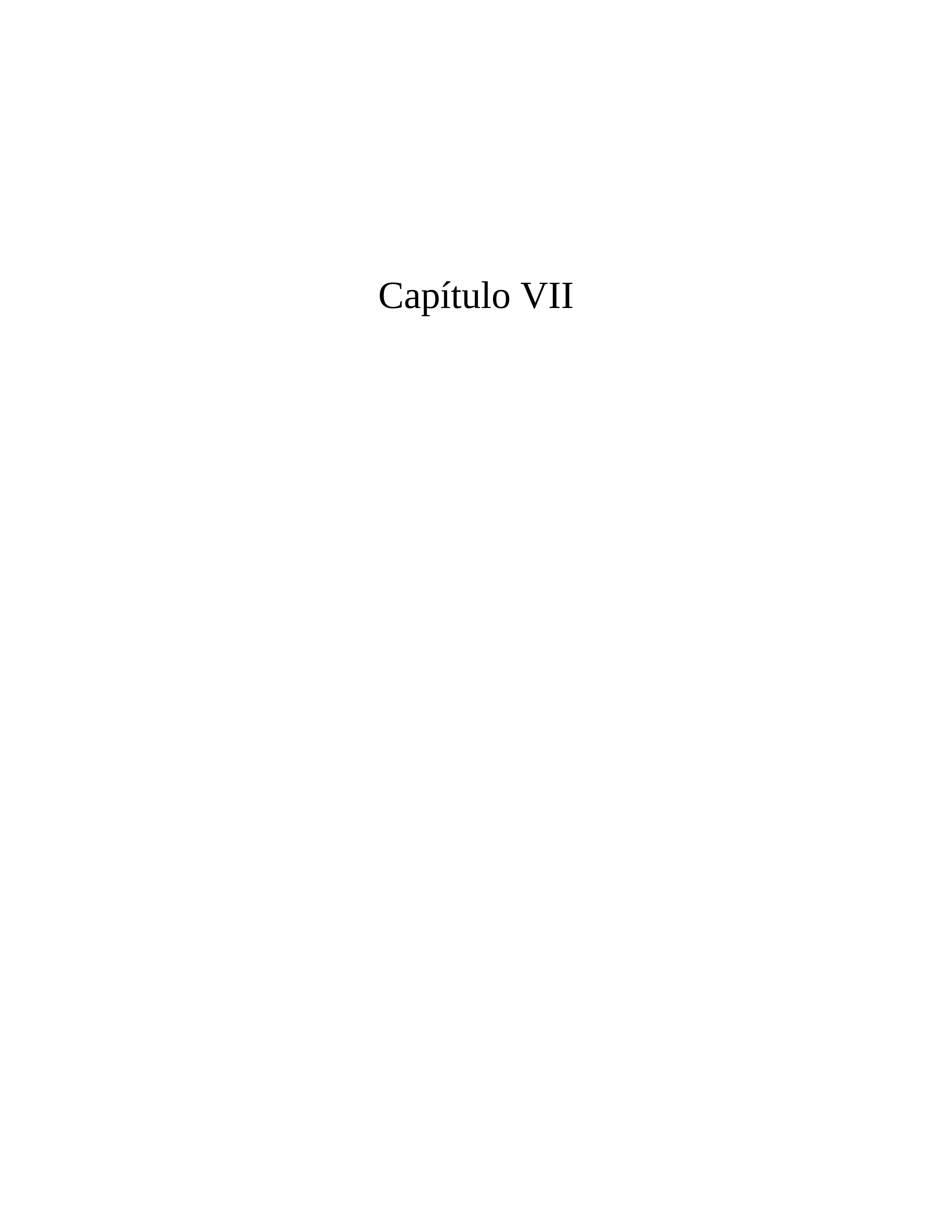
A partir del mediodía vi salir del Châtelet rumbo al cuartel Lobau a interminables columnas de sentenciados, hombres, mujeres y algunos muchachos de entre quince y diecisiete años, en todo caso menores de veinte. A pesar de la posición estratégica en que me había ubicado, no vi salir a Presburg. A las nueve de la noche, el tribunal suspendió los juicios para tomarse un merecido descanso. A las tres de la madrugada del día 4, el coronel Vabre reanudó sus funciones. A las cuatro y treinta, bajo la macilenta luz de los faroles de gas, distinguí a Presburg. Vestía el traje característico de los intelectuales socialistas y renqueaba algo al caminar, a causa de la leve herida de bala en el muslo izquierdo. Presburg no me vio (yo procuré que no me viera) y marchaba sin mirar a nadie, y si algo dejaba traslucir era una como impaciencia para que terminase de una vez todo aquello. Como los condenados eran demasiados se utilizaba la ametralladora, y a los que quedaban con vida, para ahorrar munición, se los remataba con el agudo y eficiente acero. Cinco minutos después, la ametralladora empezó su trabajo.

Yo había cumplido la promesa que de manera enérgica y hasta ruda me arrancó Presburg de no hacer ninguna gestión en favor suyo en caso de que se me presentara la posibilidad de efectuarla. Pero me había prometido a mí mismo rescatar el cadáver de Presburg y para ello había cebado con generosidad las manos de soldados claves, destacados en el Châtelet y en el cuartel Lobau. Poco después de las cinco de la mañana, el sargento en quien yo había cifrado mis mayores esperanzas para recuperar el cuerpo de mi amigo me dijo, sin ninguna cortesía, con indiferencia, más bien con tono

insolente, que había órdenes superiores, muy estrictas, de no entregar los cadáveres de los asesinos. Le pedí que por lo menos me dijera dónde lo iban a sepultar. *¿Sepultar?*, dijo. *¿Qué? ¿No tiene narices para oler cómo apesta París?* Entonces entendí. Las fosas comunes del Père-Lachaise, y de Montmartre y Montparnasse, estaban repletas, y lo mismo las zanjas de los fuertes del sur y de otros lugares donde habían sido cavadas trincheras, lugares en que fueron arrojados y medio enterrados los primeros miles de muertos luego de que concluyeron los combates. Puse un reluciente napoleón en la mano del sargento y entonces me reveló que desde el día anterior estaban cremando el cuerpo de los ejecutados. En esos momentos salió un convoy atestado de cadáveres mal cubiertos con toldos ensangrentados. *Vaya al cerro Chaumont. Allí los están quemando*.

Tardé un tanto en conseguir un coche, y cuando llegué a las estribaciones del cerro me encontré con poco menos que una muchedumbre. Ya se había corrido la voz de que allí estaban siendo cremados los cadáveres y, en efecto, se respiraba una vaharada de carne, grasa y huevos chamuscados por el fuego, un olor que laceraba no solo los sentidos. Pregunté, indagué, soborné a los soldados que hacían guardia y así pude enterarme del lugar donde se ultimaban los preparativos para inflamar la pira con los cadáveres llegados en el último convoy. Amanecía ya y el crepitante fuego de altas llamas era rojizo y luego amarillo y luego pálido; y denso y untuoso el humo que un débil viento esparcía torpemente. La hoguera en que se consumía el noble cuerpo de Presburg no estaba lejos del Templo de Sybila, lugar donde mi amigo había librado sus últimos combates. Mirando aquella hecatombe lancé una ironía que después he juzgado grosera: *Después de todo, Prosper, fuiste más afortunado que tu padre el buen Godofredo Zimzel, a quien no se le permitió ser incinerado*.

El resto es simple de contar. Dos meses después viajé a la ciudad de Metz (ya se había firmado la paz entre Francia y Alemania: ahora Lorena y Alsacia eran parte del naciente imperio alemán) y me instalé por unas semanas en la casa de Prosper Zimzel. Escudriñé entre sus papeles, hojeé sus libros; después conversé con el viejo Kleber y con otros obreros, quienes completaron la imagen que me había formado de mi amigo Presburg. Recorrí luego la Alsacia ocupada, tierra de los antepasados de mi madre; me dirigí a Tréveris; comuniqué al tío (ahora muy anciano) Friedrich Presburg la muerte de su sobrino, que recibió con serenidad, como si se hubiera cumplido el destino que él augurase a aquel muchacho querido y de ideas imprudentes. Con toda esta información me dije que algún día estaría en condiciones de escribir la vida de Prosper Zimzel Presburg, aunque seguramente yo acentuaría las dudas que él tuviera o, más bien, reflejaría a cuenta suya mis propias dudas y perplejidades. A fines de 1871 visité por última vez a mis afables y un tanto distraídos progenitores, y recibí con ellos el nuevo año. No se sorprendieron demasiado cuando les dije que me embarcaría para América, pues les encantaba mi vida errante y aventurera. Pero no les dije el nuevo tipo de aventuras que yo me proponía vivir. Acababa de cumplir veintinueve años y, como iba a iniciar una nueva vida, me dije que para que este cambio fuese total debía adoptar otro nombre que marcara mi ruptura con el pasado. Entonces me acordé del seudónimo tan querido por los Zimzel, padre e hijo, diciéndome que solo era cuestión de tiempo el que me acostumbrase a ser llamado Bauman de Metz.



Capítulo VII

La huida de Primorosa

Al despertar bajo el oberal semisepultado por la arena recordé el vaticinio que me hiciera la voz del espíritu del cactus antes de que cayese rendido por el sueño. *Morirás temprano, Martín Villar*, me dije, *pero te será concedido el porvenir codiciable para que en la gran ciudad que aún desconoces busques y encuentres, entre una multitud enardecida, el luminoso rostro de Deyanira Urribarri. Y para ella (bastaría con que solo fuese para ella) habrás de rescatar y reivindicar la memoria de los tuyos y el victorioso rencor de Primorosa Villar*. Ahora que trato de convocar estos recuerdos (me he radicado al fin en este caserío desde el cual puedo divisar fogoso y atormentado el pueblo de mis antepasados), pienso que en aquella temprana mañana en que desperté a la sombra de un oberal y sobre la arena («sobre la arena elemental», como escribiera mi padre) y después de un sueño conciso y hondo y por primera vez redimido de imágenes execrables y de encalavernadas pesadillas, fue que consideré mi viejo sentimiento de orfandad no como una carencia ni como una circunstancia de oprobio, sino como una fatalidad venturosa, como una exultación que me libraría de los repudiables esplendores de una vida intachable, pomposa y banal. Intuí el dolor, intuí la soledad, intuí el desorden y la dicha y la lucidez que habrían de marcar el breve paso de Martín Villar sobre la tierra. Creo que fue entonces (como le conté años después a Deyanira la misma noche en que surgió ante

mí como una aparición fugitiva y perpetua) que empecé a comprender o, mejor, que empezaron a revelárseme el sentido de la huida de Primorosa Villar y el sentido también de su posterior retorno al pueblo para consumar su caída y hacer más intenso e irredimible el escarnio.

Por los testimonios recogidos (y no solo de Faraona Cherres, no solo de Simón Guerra; apelo a otras voces: pongo en alto y muestro al mundo epitafios e inscripciones que recogí en nichos y tumbas del deprimido cementerio del pueblo) conjeturo que la nieta de Sacramento Chira y discípula de la señorita Domitila Diéguez preparó su huida, que fue también su exaltada y tal vez aborrecible vindicación, con lucidez, con rigor, con paciencia, pero asimismo con alevosía y depravación. No ignoro que las revelaciones que me prodigara el sampedro en la choza de don Asunción Juares estaban entretejidas con mis más secretas apetencias, pues yo amaba (yo deseaba) la evanescente imagen de Primorosa Villar en la plenitud de su belleza, y yo todavía no había penetrado cuerpo de mujer. Pero también sé que aquel flujo incesante de visiones (íntimas, obscenas) constituyó la transmutación en imágenes de los relatos que, de manera directa o elusiva, yo hubiese recogido por la tarde en el pueblo, es verdad que mezclados pérfidamente con retazos de conversaciones, frases y dicterios que yo escuchara en mi infancia. Porque, para alcanzar su redención (así la llamaba ella en sus soliloquios demenciales), Primorosa Villar debió emprender un tortuoso camino de degradación que la convirtió en la más codiciada y envidiada de las mujeres, y en el sueño atroz e inalcanzable (por el momento inalcanzable) de los hombres del pueblo.

Sé que muchos años después (ya había muerto su hija Paulina; el alemán Albrecht había cuidado de borrar su nombre de la gran empresa, además de haberse apoderado de las mejores propiedades y, aun para mayor agravio, vivía amancebado sin demasiado pudor con Grimanesa León), Odar

Benalcázar León y Seminario, desde la soledad de su silla de ruedas y en la soledad del enorme caserón ya en proceso irremediable de hundimiento, rememoraba los días, las pocas semanas en que creyó encontrar el goce absoluto, tantas veces buscado y que, como le confió a la misma Primorosa y como le diría después a su yerno, el poeta Atabaliba Atarama, era la legítima coronación del señorial derecho de propiedad. Y así, a las violaciones cotidianas en que él agredía un cuerpo inerte, duro, encerrado en sí mismo y como ajeno, habían seguido la entrega voluntaria y el éxtasis compartido y siempre renovado, pero que, con todo (lo comprendería tiempo después), no había sido más que el preludio a la búsqueda de mayores goces. «Y la desquiciante floración carnal que era Primorosa Villar», escribía el buen Martín, «había quedado como una región apenas entrevista, como una tierra cargada de esencias y jugos y piel y oquedades y vellos y cabelleras y uñas y ojos y excrementos que definitivamente permanecerían ignotos y clausurados para él». Porque, entonces, la maravillosa potranca que Odar Benálcazar comprara para su goce y potestad había huido con sus ardorosas crines al viento y, si la desmesura del enojo del poderoso hacendado había hallado sosiego con la razonable venganza que ejerció contra la familia de Cruz Villar, nadie lo podría librar (así se lo confesaría a Atabaliba Atarama) del dolor ni del angustioso deseo que aún suscitaba en él Primorosa, cuando recordaba su voz diciéndole *patrón, mi señor, amo, haga de mí la hembra del animal que más desee*.

De modo que Primorosa Villar, que, sospecho, jamás había sido ajena al sueño de evasión, se sintió sobrecogida cuando, parada detrás de la celosía, vio irrumpir a la esmirriada caravana circense. Estaba mustia y pálida y, por lo que sé, ningún gesto reveló en su rostro la agitación que experimentaba dentro de sí. Asistiría a la germinación de un pensamiento que, en su violenta inmediatez, le causó miedo pánico: la huida implicaba la definitiva

separación de su hermano Inocencio. Entiendo que, para no sentirse traicionada por esta oleada de sensaciones y sentimientos, se sumó a los comentarios que hacía la ñaña Paulina acerca del circo con el poeta Atabaliba Atarama, y aun disfrutó de un delicioso fresco de guanábanas que le alcanzó una de las morenitas del servicio. Después pidió excusas y subió a su alcoba. Desde allí volvió a asomarse a la ventana y entre las fogaradas de la tarde vio a la banda de artistas y escuchó las últimas notas festivas que ejecutaba la fanfarria. Luego empezó a desnudarse.

Creo haber indicado en alguna página que Boulanger de Chorié, después de una serie de apuntes que le hizo a Primorosa, pintó un óleo inspirado, según he sabido, en el tema de la Virgen de la Leche. Yo, que de Primorosa Villar solo conocí las ruinas, la devastación, he imaginado durante años aquella pintura. Ignoraré por siempre los colores, el trabajo de las luces y las sombras, pero puedo explicarme el sentimiento de vejación que suscitó entre las blancas del lugar, y las razones que tuvo Grimanesa León para hacerle prender fuego. Ya de por sí las dimensiones del cuadro resultaban ofensivas, y en él, con un traje vaporoso que dejaba traslucir una carnación mórbida, se veía a Primorosa Villar mostrando uno de los senos. Pero lo más inquietante de la composición, por lo que tuvo de premonitorio, eran la cabellera suelta, cerril, y la mirada indomable o quizá perversa de la nieta de Miguel Villar y Sacramento Chira. Si mis fuentes son veraces, ella se había negado durante meses a posar para el pincel indecoroso de François Boulanger al enterarse de que era Odar Benalcázar quien lo urgía a la ejecución de la pintura. De modo que es presumible que fuese en esta tarde en que la Villar empezaba a avizorar el plan de huida, que decidió satisfacer el capricho de su poderoso señor. Encerrada en su alcoba (por primera vez ante el espejo había estudiado con prolijidad su pasmosa desnudez), se prometió superar todas las

coerciones morales y servirle como modelo a aquel francés extravagante y algo ambiguo que solía emitir juicios tan perturbadores acerca de la vida.

Por la noche, después de la cena, se unió a la lectura que hacía Boulanger de Choriè de una de las novelas que le había llegado con el último pedido que hiciera a París. No he logrado averiguar el título del libro, pero sé que abundaba en pasajes que encendían el rubor de la ñaña Paulina y que el poeta Atabaliba Atarama calificaba como «licenciosos y obscenos». Primorosa escuchaba en silencio la lectura, pero por momentos se distraía con los rumores de conversación que llegaban desde la biblioteca, donde Odar Benalcázar discutía con el alemán Albrecht y dos terratenientes más de la región acerca de la inminencia de la guerra civil. La velada se prolongó hasta pasadas las diez de la noche y Primorosa subió a su dormitorio, no sin antes haber ayudado a la doncella a acostar a Paulina, la pobre inválida. Boulanger y Atarama salieron a la terraza y allí continuaron disintiendo. He leído algunos versos de Atabaliba Atarama y yo me atrevería a tildarlo de mal poeta. Era, claro, un romántico tardío y admirador de González Prada, pero sobre todo era un poeta de insuperable espíritu aldeano. Cuando se les unió Odar Benalcázar, los dos hombres dejaron de discutir. Benalcázar, que acababa de despedir a sus invitados, llamó a Albrecht «teutón hijo de perra», y luego se sumió en un silencio hosco. Me han dicho que esta era la señal que él utilizaba cuando deseaba que lo dejaran solo, señal más simple que la de mi primer abuelo, Cruz Villar, con su trapo rojo atado a la cabeza. Tampoco Martín Villar apelaba a medio tan agresivo, pues le bastaba encerrarse dentro de sí como un erizo para que el mundo dejara de existir.

Supongamos, entonces, que Odar Benalcázar se quedó solo. El viento («los corceles del viento», como escribía mi padre) soplaba desaforado, pero era un viento caliente que no mitigaba el calor. Las pocas luces del pueblo que aún permanecían encendidas tornaban más maciza la noche y el rumor de

los insectos era acallado por el ladrido de los perros. Una perra loba en celo: esto era el pueblo, como diría muchísimos años después Primorosa Villar en sus divagaciones demenciales. Como amo, Benalcázar tenía libre acceso a la alcoba de su concubina, pero cada noche le resultaba más violento el ejercicio de su potestad. En cuanto a ella, siempre se había negado a acudir a la recámara del patrón. Él, ahora, recordó un verso que con falaz ironía solía recitar Boulanger: «Rosa cruel de cabellos impuros». Luego se prometió no visitarla; pasaría la noche solo, soportando la tortura del deseo. Después abandonó la terraza y lentamente caminó hacia su dormitorio y entonces, al abrir la puerta, vio a primorosa Villar con un exquisito camisón de dormir acostada en su enorme y mullida cuja.

—Me ha tenido usted olvidada, don Odar —le dijo la joven, por primera vez sonriente—. ¿Es que tan pronto ha dejado de amarme?

Según pude averiguar, en la memoria colectiva (no en las evocaciones atormentadas de mi pobre tía), esta suerte de esponsales de lupanar, tardíos, insólitos, concupiscentes, marcaron la etapa de esplendor y gloria y dominio de Primorosa Villar. Sé que los hombres (adultos, jóvenes, viejos) rondaban sin recato los alrededores de la casona y es presumible que en algún momento vieran a través del amplio ventanal el desnudo cuerpo de Primorosa, y que luego, acuciados por el anisado y la chicha y el dolor y el deseo sin esperanza, aun cubrieran de injurias la casa de los Villar acusando a mi bisabuelo poco menos que de alcahuete y cabrón de su propia hija. Por lo menos así lo conjeturaba la salvaje y desolada fantasía de Martín Villar, incitado por el relato que escuchara de viejos y, sobre todo, viejas del pueblo, así como por las púdicas alusiones que logró detectar entre las anotaciones legadas por su difunto padre. De modo que todo el pueblo vivió o participó de alguna manera en aquellas jornadas de escándalo, durante las cuales Primorosa Villar asistió, en el éxtasis glorioso, a la germinación misma del

deseo vindicativo, y Odar Benalcázar creyó alcanzar el goce absoluto sin el cual su condición de señor le resultaba vana e ilusoria, e Inocencio, el buen Inocencio Villar, redimido de la descalabrada sucesión de los días, penetraba en la inexpugnable región de la nostalgia donde la vida era un presente perpetuo, vasto y sin límites como el bosque soñado o como los encalavernados páramos de la muerte.

Sesenta, setenta años después todavía perduraba en el pueblo el recuerdo de los días de esplendor y reinado de Primorosa Villar. Es verdad que antes de ella, Visitación Cabrera había desencadenado entre los pobladores pasiones enconadas, pero con el peso de los años el pueblo había apaciguado su odio e incluso se había mostrado clemente y dispuesto al perdón al descubrir que la concubina predilecta del viejo Jerónimo Benalcázar actuó como actuó para salvar a su amante y señor del enojo y represalias del chileno. Por eso, diez años después, por la época en que mi bisabuelo vendió a Primorosa al hijo de don Jerónimo Benalcázar León, los hombres empezaban a quitarse el sombrero en señal de saludo cuando Visitación Cabrera, tocada siempre por un turbante negro, se cruzaba con ellos. Pero no solo los hombres, también las mujeres (las mismas que habían ayudado a la señorita Domitila Diéguez a prenderle fuego a su casa y a raparle la cabellera) dieron el primer paso hacia la reconciliación permitiéndole el libre ingreso a la iglesia durante los días de las grandes festividades. Solo la maestra Domitila Diéguez, «cuya vida», al decir de mi padre, «se había quebrado en el momento mismo en que supo de la muerte de su novio en la Batalla de San Juan», habría de conservar su odio purísimo hasta que la última de las plagas (la peste negra, la bubónica) se abatiera sobre Congará. Controversialmente, sea porque ya nada de los trabajos de este mundo le importase, sea porque intuyó el sentido oculto de sus actos, fue la austera y fanática maestra la única entre las mujeres del pueblo que se abstuvo de

condenar a Primorosa Villar al huir esta en compañía de aquel vulgar ganapán que se hacía pasar por artista.

Tengo por cierto que nunca antes mujer alguna del lugar había despertado pasiones tan desmesuradas como las que provocó Primorosa Villar en las semanas que precedieron a su fuga. Porque «el suyo», como escribiera con enternecedora elocuencia mi buen padre, «fue un breve reinado exaltado por celos y apetencias mortales». Se refería, como dije antes, a ese odio y esa envidia que suscitó entre las hembras, y al intolerable deseo masculino, listo a entregar el alma al diablo y aun al crimen (como, según se contaron, fue el caso de don Clemente Palacios, el maestro en artes malignas de Santos Villar), con tal de poseer, aunque solo fuera una vez, esa carne espléndida que cada atardecer se ofrecía a la avidez de sus ojos cuando, al lado de Odar Benalcázar y con aderezos dignos de una Grimanesa León o de cualquiera de las blancas más empingorotadas, la veían cabalgar en su noble yegua en dirección a las invernas del patrón. O, más aun (esta vez ante el estupor, la incredulidad y el escándalo), cuando en días sucesivos la vieron ser recibida en las casonas principales del pueblo.

Mi padre, pues, no me había mentido ni exagerado, como me lo confirmó, aunque llena de reticencias y envidia, la propia Faraona Cherres. Lo que no he podido determinar es si la idea de realizar aquellas visitas respondió a un capricho de la joven al que no pudo sustraerse su otoñal amante, o si fue el mismo Odar Benalcázar quien, ejerciendo toda suerte de presiones, obligó a las señoras a invitar a su concubina, en parte para vengarse por el partido que ellas habían tomado tiempo atrás en favor de Grimanesa León y en parte para humillar a los maridos (aquellos pequeños terratenientes que conspiraban en secreto a la espera del desembarco de Piérola) y a los demás hombres del pueblo que le envidiaban (deseándola, deseándola) la potranca de briosa piel que él cabalgaba intemperante y que, enajenado por la dicha y ciego ante

cualquier advertencia de la razón, ahora presentaba como su amante y mujer, y con prerrogativas de esposa.

Sea como hubiese sido, nunca los blancos del lugar perdonaron a Benalcázar la afrenta que les infligiese, y él pudo medir el alcance del odio que le guardaban al mirar sus ojos la primera vez que fueron a visitarlo en su residencia después de que la bala de Isidoro Villar lo redujera a la invalidez.

Al parecer, solo una de las familias, antigua rival del linaje de los Benalcázar León y Seminario y que hubiese sido la segunda en riqueza y poderío de la región y venida a menos desde los días de la ocupación chilena (los chilenos habían destruido sus propiedades, incitados, según se afirmaba, por el viejo Jerónimo Benalcázar), se atrevió a desairar a Odar Benalcázar pretextando un viaje de urgencia a Piura. Por su parte, Primorosa (sabía ya que en el pueblo la llamaban «la Villar») supo disimular lo que constituía para ella su secreto triunfo y un avance en el camino de su propio desagravio. Recordaría la casa paterna, las lecciones de la señorita Diéguez, las historias que esta le contaba acerca de los blancos cuyas casonas le habían parecido mundos inaccesibles. Apenas Benalcázar era llevado aparte por los maridos, las señoras, las blancas (algunas de ellas habían sido antiguas amantes de Odar) sometían a la Villar a un examen implacable que empezaba por su belleza y concluía con sus modales. Palparon la textura de sus manos, olieron su aliento y su cabellera y no pudieron menos que admirarse por el resplandor de su piel del color de las doradas sambapalas, y comprendieron por qué Primorosa Villar se había convertido en el sueño de todos los hombres y la odiaron como solo una mujer puede odiar a otra mujer a la que reconoce como más bella.

Yo, que de niño fui testigo de la delicadeza y exquisitez de maneras de mi pobre tía y que ingenuamente consideraba como un atributo de la demencia, no me sorprendí al enterarme de que la Villar resultara airosa de las pruebas a

las que la sometieron aquellas buenas señoras para determinar la calidad de su crianza, pues las reglas de urbanidad enseñadas por la señorita Domitila Diéguez durante su prolongado magisterio habían hecho carne en ella hasta convertirse en una segunda naturaleza. Y a todo esto había que agregar el aire distinguido, exquisito y mundano que había venido adquiriendo en la convivencia con la institutriz inglesa, con la ñaña Paulina, con el poeta Atabaliba Atarama y, sobre todo, con el refinado y extraño Boulanger de Choriè. De modo que las blancas optaron por la ofensa y la abierta provocación. Sé que le preguntaron por la salud de don Cruz Villar y doña Trinidad Dioses. ¿Cuántos chivos tenía en su corral? ¿Cuántos piajenos? ¿Era verdad que don Odar Benalcázar había obsequiado a don Cruz Villar diez de sus más finos gallos de pelea? ¿Era cierto, como se aseguraba, que Benalcázar había entregado en propiedad a don Cruz Villar una regia chacra? ¿Podía decirles a cambio de qué? La joven no se inmutó y no perdió la compostura ni siquiera cuando aludieron a la demencia en que había caído su hermano Inocencio apenas ella abandonó el hogar de sus padres. Esto piensa, esto quisiera pensar, Martín Villar. Con sencillez, Primorosa habría empezado hablándoles sobre sus animales, sobre el corral encantado de sus juegos infantiles; luego les habría contado sobre su hogar, sobre sus padres, sobre sus hermanos, sobre la venerable Sacramento Chira, sobre la llegada a esta tierra de Miguel Villar, un hombre rebelde pero infortunado que había sido soldado de los ejércitos del rey de España. *Dicen que Inocencio es el vivo retrato de mi abuelito Miguel Villar*. Después habría agregado que se sentía muy halagada, muy honrada, por el aprecio que mostraba por ella don Odar. Y hasta ahora, les habría dicho, no terminaba de explicarse cómo el más poderoso señor de la región había puesto los ojos en una muchacha de tan humilde sangre, mucho más sabiendo, como se lo había revelado en la intimidad el propio Odar Benalcázar León y Seminario, que numerosas

señoras decentes de este y otros pueblos de la región lo habían recibido en sus alcobas.

Nunca, hasta el día de su muerte, dejó la Villar de contender en sus pláticas demenciales con aquellas señoras, como contendía, por lo demás, con su progenitor, con su hermano Santos, con el pueblo entero. Ya debiera ser tiempo de hablar de aquellas pláticas, como que ellas significaron (junto con el relato interminable de su madre, Altemira Flórez) el primer contacto que con el mundo y la vida tuvo el muchacho Villar. Sin embargo, no ha de creerse que todo era lamento o irritación o rencor en los soliloquios delirantes de mi pobre tía: también hallaban cabida la cuita amorosa, el desbordamiento, la ternura y aun el desenfreno de la dicha. Recuerdo, por ejemplo la remembranza que hacía de los míticos años en que ella anduvo por esos mundos integrando diversas caravanas circenses. O también su apasionada aunque confusa evocación de las semanas que precedieron a su huida, semanas y días durante los cuales ella misma terminó por convertirse en la principal atracción del circo, hasta la tarde en que alcanzó a intuir el deseo mortal que había encendido entre los hombres del pueblo y la pasión, la magnitud de la pasión, de Odar Benalcázar.

«Fue la apoteosis de su breve reinado» había escrito mi padre, aludiendo sin duda a los días en que, durante la feria de Santa Ana, Primorosa Villar se convirtió en un espectáculo aparte dentro de aquel circo de infausta memoria para los de mi sangre. Pero hasta antes de leer las enfáticas anotaciones de mi padre, yo no me había preguntado, en el ámbito de fascinación que crea la locura, por la veracidad de las confidencias que me hacía mi vieja, mi extraña tía, pues, como todos los niños, confería la misma validez a la realidad que a los sueños y a las imágenes que forjamos del mundo. ¿Acaso yo mismo no poseía mis altares, mis cementerios, mis fetiches sobre los cuales imperaba todopoderoso, como antaño mi bisabuelo Cruz Villar imperara sobre toda su

familia? Solo durante los funerales de mi abuelo Santos, cuando estallaron tantas pasiones y discordias entre los Villar sobrevivientes, fue que empecé a preguntarme si lo que yo había escuchado de labios de mi tía Primorosa era algo más que la creación de un mundo ilusorio por parte de un espíritu perturbado que pretendía, de esa manera, conjurar los estragos de una vida humillada, destruida. De modo que, mientras escuchaba los excesos de mi tío Catalino frente al cadáver del hermano odiado o, más bien, temido, yo, a la vez, trataba de evocar las aseveraciones de la vieja Primorosa Villar, cuando, al encalavernado rencuentro con ella misma en la plenitud de su belleza, revivía la tarde decisiva (gloriosa, triunfal en su recuerdo) en que desafió a la muerte, sintiendo entonces el deseo homicida de los hombres y el temblor y la angustia del dueño de la más bella potranca que jamás existió por ese costado del mundo.

Y según eso (según las evocaciones atormentadas de la vieja Primorosa, según los embustes de Catalino Villar la noche del velorio de su odiado hermano y según las revelaciones que me confiara el espíritu del cactus), aquello tuvo lugar la tarde misma en que ella, entre el asombro y el misterio, sintió por primera vez (fuera de sus prácticas solitarias y de otra naturaleza) que desde lo más profundo de sí misma subía el alarido irreprimible, prolongado, sin pudor, gozo, deleite, solaz doloroso de los sentidos y aturdimiento. Y en lo que duró el espasmo, la joven hundió las uñas sobre la espalda desnuda de Odar Benalcázar, cuya vieja carne (pronto cumpliría cincuenta años) había terminado por perturbar sus sentidos. Enseguida, olvidada de sí misma, Primorosa Villar se precipitó al desgalgadero donde se revolvían los sueños y allí, entre figuraciones gratificantes y punitivas, emergía la noche viciosa en que Odar Benalcázar, echando mano de la bigama legendaria del poder (de la potestad, del dominio), horadase su carne casi púber, hiriéndola, desgarrándola gloriosamente.

Al despertar se sintió impura, sucia, infiel. Pobre tía, así rememoraba aquella jornada en que creyó extinguirse el odio que hasta entonces constituía la sustancia misma de su vida. Todavía duraba el letargo de la siesta después de la desordenada comilona del mediodía. Benalcázar había abandonado el lecho, la alcoba, pero permanecían sus secreciones y alientos pringosos, y en las uñas de la joven se ennegrecían la sangre y el sudor de la carne blanca y vieja. Ya en el baño, mientras se lavaba larga, obsesivamente, como si se despojara de una mancha abominable, Primorosa Villar habría de pensar no en huir ni en vagabundear azarozamente por el mundo, sino en morir y en reposar en esos arenales donde yacían los antepasados gentiles de Sacramento Chira. Pero antes (pensó con estremecimiento) daría muerte a Inocencio, para redimirlo del dolor que le causaría su muerte, porque morir juntos era una promesa que se habían hecho durante las ceremonias de la infancia. Luego untó su cuerpo con los perfumes depravados que Benalcázar pedía a François Boulanger le encargase a París. Olió su piel: por debajo de ese perfume persistía el olor de las flores del amor lascivo con que la bañaron para que cambiase el miserable destino de los Villar. Y desde este olor, que no termina, Martín Villar fabula esta historia mientras escucha el tranquilo furor de las virazones que estremece las dunas que se extienden sin fronteras.

Cuando la Villar salió del baño, el pueblo empezaba a desentumecerse de la larga siesta. Según escuché a mi tío Catalino, era el día central de la feria de Santa Ana, patrona del pueblo, cuya celebración hasta el desencadenamiento de la guerra con el chileno duraba una semana, entre rezos, procesiones, negocios, peleas de gallos, carreras de caballos y de piajenos, bebederas, comilonas, pendencias y jolgorios. Sé que el gran sueño del viejo Jerónimo Benalcázar había sido convertir la feria de Santa Ana en la mayor de la región, de modo que ante ella palidecieran las festividades de Nuestra Señora de la Merced, en Paita; la del Señor de Chocán, en

Querocotillo; la de los Reyes Magos, en Sullana. Y aun aspiraba a competir con las grandes ferias del Alto y el Bajo Piura y de las serranías del departamento. Mi tío Catalino todavía guardaba imágenes muy vivas de aquellas celebraciones en las que el viejo Jerónimo Benalcázar, autoritario y patriarcal, sobresalía en prodigalidad sobre el resto del señorío. Mas, cuando la feria empezaba a atraer gentes de más allá de los límites de la región, estalló la guerra con el chileno y con la guerra vinieron la derrota y la invasión, y José Agustín, el hijo menor del viejo Jerónimo Benalcázar, como numerosos jóvenes de Piura, murió en los páramos salitrosos de Tarapacá. «Desde entonces», como afirmaba sin tregua mi difunto padre en los cuadernos que me legara, «el pueblo había entrado en decadencia y la vida se había tornado cenagosa por las discordias surgidas en el tiempo en que aparecieron las tropas chilenas»; y esto porque, en esos días de odiosa memoria, según el decir de la señorita Domitila Diéguez, *los distintos clanes y hombres y mujeres mostraron la verdadera catadura de sus almas*.

Pero diez años después, con la recuperación de la región y el grueso incremento de su fortuna bajo la conducción del alemán Albrecht (cuyo símbolo más obvio era la mansión reconstruida por François Boulanger), Odar Benalcázar León y Seminario creyó llegado el momento de usar su influencia y su poder para restablecer, pero con mayor brillo, la celebración de la feria de Santa Ana. Conjeturo que con ello quiso rendir homenaje a la memoria de don Jerónimo Benalcázar León, haciendo realidad aquella vieja chochera paterna, de paso que servía para exaltar su propia magnificencia y generosidad, y era, además, ocasión para que la belleza de Primorosa Villar fuese conocida por hombres venidos de todos los valles y serranías de Piura, así como de tierras de Lambayeque y Cajamarca, y aun de Ecuador y de rumbos más lejanos. Eran traficantes de reses, de caballos, de licores, pequeños vendedores de productos de la tierra, buhoneros de baratijas, de

yerbas curativas de las lagunas encantadas de Huancabamba y de talismanes y filtros de amor de la selva remota, pero, sobre todo, eran galleros, trapecistas, jugadores profesionales y hombres de caminos. Y, junto con los hombres, llegaron mujeres de vida alegre y muchachas privadoras procedentes de la calle La Figura, de Paita, y de los chicheríos de Piura y Tacalá, quienes, en el furor de la chicha y el cañazo, a espaldas del padrote de la comarca, despotricaban de la Villar calificándola de *chuchumeca, vendida, india apestosa, ¿qué es lo que ella tiene que no tenga yo?*, mientras mostraban el trasero levantándose polleras y faldas.

Mi tío Catalino, quien con una jaba de gallos de pelea bajo el brazo había pasado media vida recorriendo las ferias de la región y de países ubicados arriba de la línea ecuatorial, aseguraba que ni antes ni después de la feria de aquel puñetero año el pueblo vivió tantos días de descojonante alegría, de botadera de plata por sombreradas, de apuestas de locura, de comilonas que eran un pecado, de camorras y trompeaderas de nunca acabar, y de cacheríos desaforados a la vista y regocijo de todo el mundo. Fue como si antes del castigo, del arreglo de cuentas, el pueblo perdiera la cordura. Y él, mi tío Catalino, lo recordaba como si fuera ayer, como que en la tarde central de la feria Primorosa Villar, bajo la carpa del circo, quiso para sí la muerte, y porque ahí nomás los blancos se enzarzaron en la guerra de montoneras y luego apenas (*Ah, Santos, Santos, ¿por qué lanzaste tu maldición a nuestro pueblo?*) se desencadenaron las siete plagas que acabaron con tantos viejos linajes, obligando a los jóvenes sobrevivientes a emigrar hacia tierras del norte, y Congará no volvió a levantarse, y todo, hijo, fue ruina, pena y abandono, salvo algún noviembre, mes de las velaciones, en que visitamos la tierra para depositar flores y prenderle velas y hacer cantar aunque sea un responso sobre las tumbas de nuestros abuelos y padres y hermanos y parientes que murieron en los meses que siguieron a la feria de Santa Ana.

De modo que Odar Benalcázar, a su manera, vivió su propia apoteosis aquel año en que el pueblo se llenó de forasteros y acudieron sus amigotes y partidarios blancos en calidad de huéspedes suyos. Él, un hombre que había vivido cuántos años en París, capaz de disfrutar una charla culta entre Boulanger, el alemán Albrecht y el poeta Atarama, sin embargo, sintió los requerimientos de la vieja sangre cerril y primitiva del viejo Benalcázar, como yo ahora siento la respiración y la gloria y el oprobio de mi bisabuelo Cruz Villar. Por eso, como antaño lo hiciera su padre, participó directamente en los festejos, y como prueba de la magnitud de su poder (y de su orgullo, de su soberbia), presentó a Primorosa no como su concubina, sino como su mujer, y para quien, *¡nada menos!*, como me aseveró la propia Faraona Cherres, demandó el mismo trato que les mereciera Grimanesa León. Repartiendo dinero a manos llenas, reconoció como ahijados a cuantos bastardos suyos le pusieron ante su vista; bebió chicha con los indios catacaos y sechuras del Bajo Piura, cañazo y anisado con los serranos de las alturas, con sus iguales chupó whisky y champaña, y con todos, ron de Jamaica y cerveza y otra vez chicha.

Encargó a indias catacaos la preparación de la más descomunal pachamanca de que se tuviera memoria, en que, a las tres reses de fundamento, se agregaron cantidades de cabritos, lechones, carneros, pavas de monte, perdices, gallinas y pacasos, todo ello, claro, guarecido por montonales de yucas, camotes, zarandajas, humitas y tamales verdes. Y, mientras bajo tierra se doraban las carnes aliñadas y rociadas con chicha y el aire se saturaba de untuosos aromas, Benalcázar compitió con Expedicionario, su caballo color del alba, en la gran carrera de una legua en la que solo pudieron tomar parte los propietarios de hacienda, los blancos, pues la memoria familiar apunta que Isidoro Villar, convertido por entonces en experto jinete, fue jocosamente impedido de intervenir con el fino mulo

que Odar Benalcázar diera como parte de pago por su hermana, diciéndosele que más bien terciara en la gran carrera de burros organizada, justo, para indios y cholos, carrera en la que, dicho sea de paso, estuvo a punto de coronarse campeón el gran Catalino Villar. Cuando, al cabo de media hora, entre polvaredas se perfiló la silueta del jinete ganador, se quemaron camaretas, cohetones desgarraron el cielo, y la banda de músicos sechuras y la chirimía y la caja de los indios de Monsefú lo recibieron entre marchas y pasodobles. Odar Benalcázar, sudoroso, cubierto de arena, con la barba dorada que empezaba a encanecer, bajó del caballo, aceptó de una de las muchachas alegres un poto de claro que bebió campechanamente y ordenó enseguida que se abrieran los hornos bajo tierra. Después, requerido de grupo en grupo, comió y bebió en abundancia. Luego eructó, vomitó y meó sobre la arena. De pronto, sacudido por una ráfaga de nostalgia y lujuria, buscó con los ojos a Primorosa Villar que, rodeada por los artistas del circo, terminaba de beber con verdadera fruición otra copa. Minutos después desaparecieron, y ya en la alcoba escuchó gemir de otro modo (y por primera vez) a la muchacha, y la oyó balbucear palabras que hasta entonces no había pronunciado, a la vez que sentía las uñas de la hembra desgarrarle el pellejo, y entonces alcanzó a decirse que esta era la felicidad, el poder, la gloria.

Y, por lo que contaba muchos años después Atabaliba Atarama, Benalcázar jamás llegó a imaginar que esta sería la última tarde en que, más que nunca, se sintió poderoso, omnipotente, señor y, sobre todo, amado y reverenciado. En la invalidez, en la ruina, envejecido y bordeando la chochera, habría de fatigar a su yerno poeta evocando hasta la saciedad los pormenores de aquella tarde. Ya para entonces había muerto Paulina Benalcázar, de modo que ahora solo los dos hombres, suegro y yerno, más dos o tres sobrevivientes de la antigua servidumbre, habitaban el enorme caserón que parecía condensar la entera ruina del pueblo y de sus habitantes.

Algunas veces, Atarama venía cargado de una recua de desechos humanos, antiguos señores empobrecidos u hombres considerados como gente decente, pero todos hombres sin oficio ni beneficio y sin honor, aunque no desprovistos de odio ni de envidia. Al principio, Odar Benalcázar los recibía con exageradas muestras de efusión, dejaba que llenasen una y otra vez sus copas con licores de alguna nobleza y, después de observarlos cómo bebían, empezaba a injuriarlos desde su alto pedestal de señor, de blanco auténtico, agraviándolos por el lado de sus linajes, maculados de bastardía y degradados por la sangre de indios, negros y cholos, *máculas, estigmas*, decía, *de los que no se libran ni los más orgullosos clanes que habitan la calle San Francisco de Piura*. Tierra de indios, esa era la desgracia de este país, pero nadie escapaba de su hechizo, de su hedor, de su perfume. Entonces emergía, doloroso, punzante, el recuerdo de Primorosa Villar. Comenzaba por infamarla con los adjetivos más procaces, hasta concluir con la letanía que Atabaliba Atarama había terminado por aprenderse de memoria: *¿Creen que no me daba cuenta de que andaban calientes por ella? Y no solo ustedes, pobres parásitos; tú también, poetastro, rimador de infortunios ajenos y panegirista del que bien te sirve la mesa, igual que todos los hombres de este pueblo habrías vendido tu alma al diablo con tal de tirártela bajo el rescoldo de las dunas. Cómo la deseaban, perros. Cómo me la envidiaban, como envidiaban mis haciendas, esta casa, todas mis propiedades. Por eso aquella tarde hubieran querido verla atravesada por los puñales del cabrón mugriento de artista. Y ahora, beban, hártense con mi whisky, hijos de puta*.

Pero luego, olvidado de sus ocasionales contertulios (otras veces los arrojaba de la casa), Odar Benalcázar León y Seminario rememoraba con minucioso fanatismo cada uno de los pasos de aquella jornada en que creyó encontrar la plenitud de la dicha. En especial se demoraba en la evocación del momento de la entrega, de la posesión, mientras afuera los forasteros, el

pueblo entero comía y bebía sin medida. Benalcázar contaba que la hija vendida por Cruz Villar lo había despojado lentamente de sus botas y vestiduras, y que luego besó sus pies. Acto seguido, la joven habría contemplado el pellejo blanco, lechoso, aunque blasonado por un profuso vello rojizo que, naciéndole del pecho, se extendía como una intrincada maraña por debajo del vientre, recubriendo piernas y nalgas. Afirmaba que Primorosa, ganada, presumo, por la sensualidad que le despertaba esa desnudez en la que, sin embargo, se percibía los primeros estigmas de la marchitez de la carne, contrastó la blancura mortecina del cuerpo (que antes hallaba repulsiva y obscena) con el rostro y los brazos tostados por el continuo cabalgar bajo los cielos tórridos de la línea equinoccial donde se asentaban sus vastas propiedades. Y contaba también que, abarcando con sus dos manos el miembro tenso, hinchado de venas y coronado de un bálano opulento, lo cubrió de epítetos triunfales y regios y licenciosos. *Luego me chupó, mamó, succionó. Esta vez sin que yo la obligara, ni tan siquiera se lo pidiera. ¿Entienden lo que quiero decirles?* «De modo que la nieta de Sacramento Chira», escribió con perversidad Martín Villar, «lamió delicadamente los bordes relucientes del glande, mordisqueó el pilar robusto, el mástil carnoso; dentelló con voracidad la delicada membrana del escroto y, golosa, saboreó, paladeó las vellocidades exuberantes, mientras sus ardorosas manos acariciaban los riñones y temerariamente empezaron a profanar las zonas interdictas por la moral masculina, gratificándolo con caricias de espanto, nefandas. Luego Benalcázar le susurró algo al oído. Primorosa accedió. Soltó, inevitable, una risita pícara, viciosa, y se dio la vuelta quedando bocabajo. El hombre, de nuevo frente a la cabellera («de relámpagos», había escrito Boulanger, «de oscuros escorpiones, de negro basalto imantado»). Los cabellos húmedos, pringosos por el largo encierro. Ah, otra vez tenía razón Boulanger: «la piel umbrosa y rubia de las

sambapalas». También salobre y agria de humores y de aromas malignos. Separó con delicadeza las colinas perfumadas que ocultaban el albergue secreto. Paladeó, olisqueó el broche de oro, la breve corola carnal. Quiso penetrar suave, con delicadeza, lentamente, pero una primitiva urgencia lo llevó a derribar de un solo impulso sostenido las siete puertas que protegían el descenso al túnel encantado de minerales abyectos y cegadores. Primorosa Villar resistió la acometida con apenas un quejido. Y el hombre le preguntaba si era dichosa, si aquello le gustaba. Accedió a imprimir a sus caderas los movimientos que se le pedían, mas, luego, levantó un tanto la grupa e introdujo su mano y comenzó a frotarse la zona sagrada e inviolable. Poco a poco fue olvidándose del varón que por detrás de ella y dentro de su carne empezaba a jadear y a perder conciencia de sí mismo. Y ahí estaban sus viejas, secretas y queridas fantasías. El hombre deliraba, aulló y gritó, y ella sintió el flujo amargo del esperma. De aquel magma ardiente y excrementicio emergieron (tenaces, corpóreas) sus fantasías gratificantes y punibles: vio a Sacramento Chira ungida por la roja flor del misturí yendo al encuentro de Miguel Villar; vio las dunas encandiladas por el sol del ocaso y a François Denis Boulanger de Chorië diciendo *este es el tiempo: un ilimitado desierto blanco*; oyó el cactus dorado mostrándole el mar antes de que ella e Inocencio viajaran al puerto, *este es el mar, el mar, el mar, por sus aguas se cumplirá tu destino*; vio a la señorita Domitila Diéguez, viuda y virgen de perpetuo luto, implacable y severa, cortando junto a otras mujeres del pueblo la desvergonzada cabellera de Visitación Cabrera, *aprende la alta pasión del orgullo*, el pelo lacio de la Chilena iba cayendo en gruesos mechones, *preserva la zarza ardiente de la rebeldía*, el furor hierático de la maestra, el odio histérico y envidioso de las otras mujeres, la torturada aceptación del castigo por Visitación Cabrera, *preserva el fuego sagrado y no temas la soledad, no temas, la soledad*, y allí, en medio de la vía bajo un sol de

infierno, trasquilada, casi rapada, había quedado, sola, Visitación Cabrera; vio a su propio padre con el trapo rojo atado a la cabeza mirándola bañarse; sintió untar su cuerpo con las yerbas del amor lujurioso; vio desierta, infinita, la Calle Real de la infamia; vio su propia belleza y la sazón de su alma reflejadas en la pintura de Denis Boulanger; y vio a Inocencio y el bosque amado, el paraíso secreto de los dos; vio los jagüeyes donde Inocencio abrevaba el rebaño de cabras y, desnudos él y ella, jugando como los animalitos de Dios, *tú eres la pacasa y yo el pacaso, tú el colambo y yo la colamba, pero las culebritas de las viñas del Señor no tienen pechitos, tetitas, Primorosa, y a ti ya te brotan las manzanitas, los peritos, los limoncitos, pero no tienen la dulce leche de las chivas, hermanita, quiero mamar tu leche, hermanita, quiero saborear la dulce leche de las chivas en tus manzanitas, en tus peritos, en tus limoncitos, ¿oíste silbar al chilalo?, zonzo, memo, el chilalo solo silba y canta antes de morir, hermanito, por Dios, por mi madre que oí el triste canto del chilalo*; vio la infame bandada verde de cabeza roja y afilados picos, voraces, crueles, endiablados pericos que arrojaban de sus bellísimos nidos de barro a los chilalos y sus hijuelos, los picotazos despiadados hieren sus corazones destrozándolos, y su sangre enrojece el bosque amado y mancha las dulces vainas de las algarrobas; vio al viejo Cruz Villar afilando el cuchillo de matanza y luego el rugido del gran padrillo, *tu corazón, mi corazón heridos, picoteados, flageladas nuestras carnes, por mi culpa permanecerás siempre amarrado al vichayo y yo nunca terminaré de recorrer la calle de la infamia*, la cabellera mancillada de Visitación Cabrera arrastrada por los remolinos de arena, *no eres zonzo, Inocencio, yo fui la zonza, tus oídos son más puros que los míos, el chilalo va a cantar, ya canta y silba porque va a morir, ¿quieres beber de mi leche de chiva?, ven a mí, hermanito, dulce Inocencio, ven, ven, hijo mío, nada ha cambiado, nada ha cambiado, ¿nada?, ¿nada?, ¿nada?...* Prefirió pensar que nada había

cambiado, pues su cuerpo, se dijo, permanecía arcanamente invicto, virgen, inviolado, *piénsalo así, perra, piénsalo, imagínalo, puta*, y ahí, como un vendaval de arena sepultándolo todo, le llegaba el goce, el éxtasis, nuevamente pleno, de nuevo solitario y mortal, como el canto del chilalo.

Martín Villar piensa, evoca, imagina, conjetura y sonríe. Porque el relato de Odar Benalcázar León abundaba aun en detalles, y es presumible que, con los años, con la invalidez, con el deshonor, con la ruina y la soledad, él hubiese estatuido esa tarde fusionando los momentos de mayores goces y excesos conseguidos a lo largo de tres años de lasciva convivencia con la joven. Pero, acaso por pudor, o para entregarse en soledad a fantasías inconfesables, el muchacho Villar decida omitir las otras copulaciones sádicas y aberrantes que en imágenes fugaces le hubiese mostrado el espíritu del cactus. En cambio no puede dejar de aludir al intento o, aun más, al inicio de una comunicación humana entre el poderoso terrateniente y su concubina. Hasta entonces, Benalcázar había fracasado en toda tentativa de acercamiento a ella. Con diferentes tonos, Benalcázar empezaba, luego de la posesión, a hacerle confidencias, pero de inmediato la joven cerraba los ojos y, fingiéndose dormida, le daba la espalda, de modo que Benalcázar, humillado, terminaba por injuriarla, flagelarla e incluso una vez quiso estrangularla con su larga cabellera, pero desistió ante el silencio de la muchacha cuyos ojos lo miraban, ¿fríos?, ¿irónicos?, en cualquier caso eran unos ojos animados de lucidez, no astutos, sagaces, razonadores, y con sarcasmo repetía como una letanía las más inmundas procacidades que el blanco le decía que repitiese. Pero Benalcázar, en su silla de ruedas, le contaba a su yerno, a la servidumbre, a sí mismo, que, justo en esa tarde, Primorosa mostró por primera vez el deseo de abrirse a él, de dialogar, de escucharlo. De modo que Benalcázar, después de unos minutos de reposo, le preguntó:

—¿Has sido dichosa?

—Sí. Mucho. Estuve en el bosque.

—¿En el bosque?

—Su bosque, patrón. El algarrobal. Fui al encuentro de mi Inocencio y juntos escuchamos el canto del chilalo.

—¿El canto del chilalo?

—Zonceras que se me ocurren. No me haga caso —el blanco seguía acariciándole la cabellera—. ¿Le gusta mi pelo, don Odar?

—Nunca vi otro igual, hija.

—Qué engañador había sido el patrón. Pero le agradezco las finas atenciones que ha tenido conmigo, don Odar.

—Pórtate siempre como en este día, Primorosa, y lo tendrás todo de mí.

—Se lo prometo, patrón. ¿Acaso no me vendió a usted mi padre?

Le dijo que se olvidara de eso y que nunca más lo llamara «patrón», prometiéndole que la haría respetar como se lo merecía la mujer, la esposa que tenía por marido al blanco más rico de toda esa inmensa región. Hizo que Primorosa reposara la cabeza sobre su brazo y Benalcázar sintió que le había llegado el momento de contarle su vida, sus extravíos, su retorno a la patria.

Le habló primero de sus locos años parisinos y de los consejos dados por don Jerónimo, su padre, antes de la partida, y del adiós distante y frío de José Agustín, y de las falsas lágrimas de Grimanesa León en el muelle de Paita. *Ah, José Agustín, todavía un churre de nueve o diez años, nacido para la rebeldía o el heroísmo*. Le habló de la larga travesía, de los bandazos de la nave, de las asombrosas noches marítimas bajo los cielos tórridos. Le habló de su deslumbramiento de aldeano ingenuo ante las luces de París, ante el tráfago de toda suerte de carruajes y coches, ante el bullicio de las grandes estaciones ferroviarias y del desplazamiento acezante, entre pitidos y humo, de esos grandes ofidios de negro acero reluciente y de cromo que eran las locomotoras. Le habló de la majestad de las catedrales góticas que habrían

causado el recogimiento de José Agustín, le habló de los grandes bulevares y de la incomparable belleza de los bosques en la estación del otoño. *Y, con todo*, le dijo, *ciudad irreal, frente a la otra, la secreta, la verdadera, la esencial, aquella que emerge cuando la noche se abate como un buitre y el claro de luna fulgura entre el alcantarillado y la piedra antigua y el fétido Sena*.

—Yo, Primorosa, emprendí la larga travesía no para buscar el olvido. ¿No le había ofrendado todas mis lágrimas a Eleonor Acevedo y sepultado con ella mi propio corazón? Fui en busca del placer, hija, ese placer cuya existencia pude intuir en las rudas pero eficaces caricias que me brindó Visitación Cabrera. ¡Poseer a la amante de mi padre y prenderme de sus pezones y de no sé qué precipicio de la memoria, sentir la insurgencia de los celos atroces y punitivos ante la imagen de un infante que no podía ser sino José Agustín solazándose con el seno materno! Por esto viajé, mujer, por esta nostalgia, por la necesidad de regodearme en los placeres que solo una ciudad como París (esto es lo que yo creía entonces) podía brindarme.

Odar Benalcázar se incorporó, cubrió su desnudez con una bata, buscó y encendió una de sus pipas, miró a través del ventanal (el cielo era una lámina de acero incandescente) y siguió hablándole sin dejar de contemplar a la mujer que permanecía desnuda trenzándose y destrenzándose la cabellera.

—Boulanger, el impotente, supo pintarte, hija mía. En carne y espíritu —le dijo volviendo a la cama.

—Cuénteme de François Denis, don Odar —le dijo Primorosa Villar, que hasta entonces lo escuchaba más con resignación que con real interés.

—Es una historia larga y compleja, que te iré contando poco a poco. Lo rescaté del albañal. Después me hizo sentir un sudamericano en plena edad de la barbarie. Es un ser depravado de múltiple ingenio. Ha cambiado, pero nunca terminaré de entenderlo. ¿Serán los que usa sus verdaderos nombres y

apellidos? Y no me sorprendería, ¿sabes?, que terminara sus días encerrándose en un convento.

Con uno de sus dedos, Primorosa trazó con delicadeza un aspa en los labios de Benalcázar, invitándolo al silencio. Había pegado más su cuerpo al del hombre y con la otra mano le acariciaba el vello púbico, los testículos. Pero Martín Villar decide dejar trunco este episodio de nueva lujuria, pues toma conciencia de que se ha alejado demasiado de lo que en verdad importa en esta historia: cómo Primorosa Villar desafió a la muerte bajo la carpa del circo, y esto con el beneplácito, y aun el reclamo bullicioso, de hombres y mujeres que apostaron por su muerte, como me lo revelara el cactus dorado, cuyas figuraciones caóticas pero certeras e indudables acabaron con mi secreta esperanza de que todo aquel asunto no pasara de ser uno de los tantos embustes que solía contar mi tío Catalino, o bien el fogoso delirio de una mente alcanzada por la demencia y acaso la senilidad.

Y, sin embargo, por lo que yo pude averiguar, en el pueblo mismo apenas si se conservaba un recuerdo borroso, perdido entre las muchas humoradas que ocurrieron durante los días de la feria. Faraona Cherres me aseguró no guardar memoria de nada parecido, pero una vez más me dijo que de lo que podía dar testimonio era de que la Villar anduvo todo ese tiempo puteando con las gentes del circo, pelándoles las muelas para que le enseñasen sus maromas y triquiñuelas, y aun, para mejor ganarse su voluntad, como si fuera ella ya la señora de la casa, los agasajó nada menos que en la misma residencia, aprovechando la ausencia del niño Odar, que había ido a combatir a la montonera. Por su parte, el viejo Simón Guerra logró recordar el suceso, si bien para él lo más inolvidable de aquella jornada fue el escándalo que se suscitó cuando, en medio de la pachamanca, vieron desaparecer a don Odar Benalcázar llevando consigo a la Villar, pues desde ese puñetero momento ya no pudieron comer ni beber con tranquilidad por estar estirando la mirada y

las orejas por el lado donde debían estar entregándose a toda la ricura del amor. *Qué descaro, qué escándalo, por Dios, pero también cuánta dicha, qué más, hijo, podía pedírsele a la vida*.

—Viejo corrompido —dijo doña Faraona Cherres—. Estás ya con un pie en la tumba y no puedes olvidar los puteríos de esa mañosa. Escúcheme, joven, no ocurrió el sucedido que usted quiere averiguar.

—Y yo le digo que sí, muchacho. Pero lo digno de memoria fue...

—¡Cállate, te digo! ¡Viejo vicioso! ¡Cabronazo!

Yo he terminado por creer que si con los años el olvido se impuso fue porque, a fin de cuentas, no tuvo lugar la muerte ni el derramamiento de sangre que todos allí bajo la carpa secretamente anhelaban; de modo que solo para Primorosa y Benalcázar y, por otras razones, para el artista de marras y para mi tío Catalino (el único de los Villar que asistió a la función), el hecho estuvo cargado de significación y aun de dramatismo. Cuando ella bajó a la sala ataviada con todas las vanidades con que su amante la abrumaba (sedas y tules, borceguíes, sombrero, joyas, un quitasol), los huéspedes, que ahora acompañaban al amo de casa bebiendo whisky, rompieron en cumplidos, en floreos subidos de tono, diciendo, mientras señalaban el gran óleo, que envidiaban al señor Boulanger allí presente por haber disfrutado del placer de tenerla por modelo.

—¡Mi Dios! Esta tarde luce usted una belleza absolutamente diabólica —declaró, a su vez, Boulanger de Choriè.

En las confidencias que me hacía mi pobre tía menudeaban los recuerdos que tenían que ver con las muestras de entusiasmo que su belleza despertaba entre los hombres. Aunque en los últimos años de su vida el tiempo y los lugares se mezclaban y confundían, su mente parecía haber preservado un espacio de lucidez donde permanecían incorruptibles los pormenores de aquella tarde que la llevó a reclamar para sí la muerte. Según eso, la joven

respondió con aire mundano a los piropos de que era objeto, pero en cambio se mostró ruborosa, distante y ensimismada frente a Odar Benalcázar, quien, con el rostro pálido y los ojos furiosos, vestía traje de campaña, con revólver al cincho. Brindó con sus amigotes blancos y terminó su vaso. Luego la llevó a su estudio, pero no reparó en la mirada esquiva de su amante, o quizá la atribuyó al pudor que, supuso, debía sentir la joven después del desordenado amor que habían vivido. Entonces le dijo que tendría que ausentarse por algunos días, tal vez por algunas semanas, y que durante ese tiempo ella debía asumir la conducción de la casa.

—¿Qué ocurre, don Odar?

—Ha empezado la guerra, hija mía.

Pero agregó que la función del circo que él había pagado con dinero de sus arcas para solaz del pueblo no debía suspenderse. Y después, como si nada ocurriese, habría fuegos artificiales y se quemaría el castillo de cinco cuerpos como culminación de la feria, y así también se celebraría por adelantado su victoria. Afuera empezaba a amainar el calor y a soplar el viento del atardecer, y yo, mientras escribo esto, recuerdo que esta era la hora del día en que el buen Inocencio Villar solía sentarse en la cresta de algún médano para mirar el camino por donde huyera su hermana Primorosa. Pero ahora, al salir, la Villar vería a una veintena de jinetes armados al mando del caporal, un sujeto de mala entraña a quien apodaban Bocarrajada. Benalcázar se acercó a ellos, habló con el jefecillo, y enseguida este ordenó desmontar a los hombres. Luego, la servidumbre de la casa empezó a darles de comer y de beber. Benalcázar regresó donde su concubina, hizo colocar a la ñaña Paulina en su propio caballo y, seguido por los huéspedes y por Atabaliba Atarama y Boulanger, se dirigió hacia el circo. Repuestos por la larga siesta, hombres y mujeres bebían y bailaban en las ramadas levantadas con ocasión de la feria, acompañados por la música de pianolas y vihuelas y arpas y quijadas de

burro. Ocultando su furia, Odar Benalcázar respondía a los saludos, y aun de cuando en cuando frenaba su caballería para aceptar algún brindis. Y todo ello como muestra de su magnanimidad y poder y en memoria de su progenitor, el viejo Jerónimo Benalcázar, por quien hubiera sentido una mezcla de ternura y asco moral.

Como le diría años después a Atabaliba Atarama, acompañar a su concubina a aquel circo constituía una prueba horrenda de la pasión que sentía por ella. Él, que en la Ciudad Luz había asistido a los espectáculos más insólitos y refinados, ahora, como el más cándido de los aldeanos, iba a sentarse bajo esa carpa mugrienta y andrajosa. *Pero a ese extremo había llegado, Atabaliba, y yo sentía la mirada de Boulanger y el desprecio del alemán Albrecht*. Por cierto, el circo estaba atestado, como que a la función habían venido campesinos y churres de los pueblos y caseríos vecinos. Mi tío Catalino se hallaba en las galerías destinadas a la cholada, pero formando grupo con los malandrines del pueblo, los truhanes de la feria y las mujeres de vida alegre, *y todos estábamos borrachos, exagerados y con ganas de joderle la vida al prójimo*. A la mierda con el circo, ya se lo podían pasar por las verijas, a ellos les bastaba con beber y contar cachitos, esto era la vida. Pero entonces, recordaba mi tío, había hecho su ingreso Primorosa Villar, y la carpa casi se viene abajo de tantos aplausos, acompañados de griteríos, de silbidos, de la mar de lisuras. Y mi tío Catalino aseguraba que fue en ese momento cuando reparó en la cachonda belleza de su hermana y comprendió que los hombres que cada tarde concurrían al circo lo hacían, en realidad, para contemplarla y desearla con saña, amándola, odiándola.

Yo tengo para mí (¿pero, acaso no era esto lo que decía mi infortunada tía en sus pláticas demenciales?) que al ingresar al circo ella dejaba de ser la Villar, la muchacha definitivamente condenada, para convertirse en la hermana amada de Inocencio, en los viejos años cuando aún era posible soñar

o construir regiones o mundos mejores. Cada quien tiene sus templos y altares privados, como mi difunto padre cuando pulsaba laboriosamente el violín que no tuvo tiempo de aprender a ejecutar, violín adquirido por correspondencia, del mismo modo que había adquirido sus enciclopedias y sus mini laboratorios de química y física, pues, según la doctrina del doctor González, ateo y esperantista y a quien él consideraba su padre espiritual, solo el saber, el arte y las ciencias podían rescatar al hombre de un pasado cargado de idolatrías y humillaciones. De modo que mientras duraba la función, Primorosa Villar olvidaba sus modales de señorita: era como si, aflojándose el corsé, abandonase ese aire estirado que, sin ser consciente (supongo, quisiera suponer), había venido adquiriendo en lo que llevaba de concubina oficial de Benalcázar. *Yo no hacía caso,* la escuché decir a ella, *de los codazos de Paulina, ni me importaba la mirada burlona de Denis, y menos la de las blancas mañosas que reveseaban detrás de sus abanicos*. Recuerdo que una vez mi tía Dioselina le preguntó: *¿Y el blanco Benalcázar qué decía?* Mi tía Primorosa pareció no escuchar y siguió evocando aquellas tardes de circo, hasta que de pronto dijo: *Yo no conocí a ningún cerdo blanco*. Pero, según otras fuentes, Odar Benalcázar la dejaba hacer, recreándose en su contemplación, acaso con un sentimiento cercano a la ternura, pues, como le diría años después a Atabaliba Atarama, en esos momentos Primorosa Villar volvía a ser la chiquilla que, portando el estandarte de las muchachas vírgenes del pueblo durante la feria de Santa Ana, lo hirió para siempre con su perfume.

Y, en tanto, Primorosa Villar, distanciada de sus acompañantes, ajena al público, seguía el pueril espectáculo gesticulando, la mirada pasmada, ora riendo, ora levantándose de su silla, ora aplaudiendo, pero siempre comentando cada acto como si sentado al lado de ella se hallase el buen Inocencio. Por lo que supe de labios de mi propia tía, todos allí en el circo de

Los Gemelos Poggi eran grandes transformistas. Y acaso porque viera en ellos la realización de sus propios sueños, recordaba con especial admiración a los gemelos, varón y mujer, dueños del circo, quienes tenían a su cargo los números de equilibrio sobre alambre, de ilusionismo y de canto. Como cantantes, los Poggi se presentaban como Enrique Madrigal y Ximena Fernández, e interpretaban óperas bufas y zarzuelas. Y yo nunca podré olvidar a mi buena tía, ya anciana y pintarrajeada y demente, cantando la parte de Ximena Fernández de la zarzuela «Los derechos del pobre». Tres eran los payasos, según refería mi tío Catalino: Candela, otra de las metamorfosis del propio Poggi; Candelita, un enano de aspecto perverso; y Candelón, un hombretón algo bobo y taciturno, cuyo papel se reducía a recibir los bofetones y patadas en el culo que le propinaba Candelita. *¡Ah, enano, hijo de una grandísima puta!*, exclamaba mi tío al recordarlo, *¡era el mismo diablo andando!*

No hubo número de Águilas Humanas, como sí lo hubo en el circo Osambela, que vieran Inocencio y Primorosa el remoto día en que mi bisabuelo Cruz los llevó a la feria de Nuestra Señora de la Merced de Paita. Si bien Primorosa lamentó esta carencia, el público y la churrería, en compensación, gozaron con las exhibiciones que ofrecían el hombre más fuerte del mundo, el valiente domador de fieras africanas y el temible arrojador de puñales, y todo ello, claro, ejecutado por el mismo artista. Al comienzo del espectáculo aparecía el hombre luciendo imponente musculatura y, utilizando dientes y manos, las venas tensas hasta casi reventar, levantaba o jalaba toda suerte de pesas y objetos y cacharros supuestamente pesados. Luego reaparecía hacía el final de la primera parte del programa, pero ahora ataviado con un frac raído y, luciendo bigotes a lo rey de Italia, la emprendía a fuetazos contra el envejecido león de ojos amarillentos y pitañosos. Y sé que a Primorosa Villar se le saltaban las

lágrimas recordando el cabestro y la nicula con que mi bisabuelo castigaba a las personas y animales sometidos a su potestad. Pero fue la habilidad de este artista para arrojar puñales en torno al cuerpo de aquella mujercilla de aspecto lamentable lo que le dio mayor celebridad en la región, tanto que, durante muchos años, el juego de los puñales se convirtió en uno de los entretenimientos favoritos de los churres. Con esta prueba concluía el espectáculo. Obviamente, había invocación al silencio, redobles de tambor, mientras el artista con atuendo vagamente tártaro o asiático (ahora llevaba bigotes caídos y pera a lo Nicolás de Piérola) arrojaba los relucientes puñales que, con grotesca indumentaria de paje bufonesco y maligno, le ofrecía el enano en un azafate tapizado con terciopelo escarlata.

Nunca supe (o, más bien, nunca me propuse averiguarlo) el nombre y la nacionalidad del artista de marras, ni jamás escuché aludir a él en los soliloquios delirantes de mi pobre tía, aunque, ahora que lo pienso, tampoco la escuché referirse por sus nombres a mi bisabuelo o a Benalcázar, para quien empleaba circunloquios y epítetos como *el hombre ese*, *el verdugo aquel*, *el hijo no parido por madre* o *el maldito* o *el demonio* o *el anticristo*, de modo que es conjeturable que empleara términos de esta naturaleza, aunque de distinto signo, cuando indicase al hombre que fue instrumento de su vindicación. Si nunca averigüé su nombre, en cambio sé que en los días en que llegó al pueblo era un sujeto todavía joven, alto y fornido, de aspecto desaseado y soez, con inapreciable estima de sí mismo y tiránico. Según se decía, ejercía el terror sobre su comparsa, que, antes de salir a la arena y colocarse delante del bastidor (siempre maquillada en exceso para ocultar el pánico y la embriaguez), bebía varios vasos de ron o aguardiente mientras se despedía una vez más de la vida. Pero no murió atravesada por ningún puñal, y quizá la Villar la salvase de este destino al huir ella con el artista, días antes de que los gemelos Poggi desmantelaran las instalaciones del circo. En

cuanto a la infeliz figuranta («esa anomalía de la vida», según una sentencia de mi padre), quedó abandonada en el pueblo bajo el amparo y la caridad de Visitación Cabrera. Pero no por mucho tiempo, porque («desdichada entre las desdichadas», como decía también mi padre) ella sería la primera víctima que cayese abatida cuando la peste asoló a la región, hecho que dio pie a que los timoratos considerasen a aquel circo poco menos que como el agente que abrió las puertas a la desgracia que habría de determinar la ruina definitiva del pueblo.

Y fue este hombre (el transformista cruel y grosero y socroso) a quien Primorosa Villar eligió para la huida y el ejercicio de la venganza. Y sesentaitantos años después, Martín Villar pudo ser testigo del desconcierto (del estupor, de la consternación) que aún embargaba a los viejos y viejas del pueblo al recordar la elección que hiciera la nieta de Miguel Villar y Sacramento Chira. Y los viejos: *¿Por qué no con el gemelo Poggi? Él la merecía como nadie y era el dueño del circo. ¡Y cómo la miraba!* Y Martín Villar, cargado todavía de sentimiento de culpa y no libre del todo de la fascinación que ejercía sobre él la muerte, se decía: *Pobre tía, quería castigarse a sí misma encanallando su cuerpo maravilloso con el hombre más ruin y repulsivo, convertirse en la comparsa de aquel atorrante sádico significaba enfrentarse en cada función con la posibilidad de morir, asesinada o no, pero morir*; diciéndose también, *pero no con Poggi, ella que conocía demasiado bien la naturaleza del amor entre hermanos, no quiso convertirse en elemento de discordia entre aquellos seres que tuvieron la suprema dicha de ser engendrados en la misma desesperación y caída y gloria*. Y las viejas: *¿Quieren saber por qué? Pues por corrupta, por lo hembra viciosa que era*. Y al escuchar esto, a los viejos les brillaban los ojos de malicia, haciéndose señas de entendimiento, *ejem, ejem*. Porque el sujeto, con su apariencia de macho formidable y despiadado, había terminado por

perturbar a las mujeres calentándoles la cabeza e irrumpiendo en sus sueños, como que hasta las mismas señoras decentes que asistían a la función, entre disimulos, recorrían con la mirada las partes vergonzosas del artista, cuando este, vestido con poca ropa, se presentaba como el hombre más fuerte del mundo. Y Martín Villar, enfático, enfático: *Pero no por lascivia, por Dios, no solo por lascivia o corrupción; es que quería herir y humillar lo más íntimo y sagrado de Odar Benalcázar, su orgullo y complacencia y satisfacción viril, huyendo con un hombre más joven y más fuerte y más animal, quitándole así para siempre el reposo, el sosiego, y proyectando un manto de dudas sobre los éxtasis carnales que él había creído arrancarle*.

De modo que Primorosa Villar había entrado una vez más al circo, acompañada de su amante, la ñaña Paulina, el francés Boulanger, el poeta Atabaliba Atarama y dos huéspedes más de Odar Benalcázar. Y, como he dicho, su ingreso arrancó aplausos y manifestaciones de admiración y de encendido deseo, pero también pifias y comentarios procaces de un público (en el que destacaban las mujeres) desenfrenado por la bebezón y la comedera y el juego y las apuestas y las discordias y la fornicación de los siete días de festejos y celebraciones de la feria de Santa Ana. Pero esta vez ya no fue la chiquilla núbil que años atrás portara el estandarte de las mocitas vírgenes del pueblo, ni la churre que en el corral de los burros, junto con su hermano Inocencio, transformara el recinto en el lugar maravilloso, en el lugar ilimitado de la dicha. Ahora, encorsetada y rígida, fue más que nunca la Villar, indiferente al bullicio pendenciero del público e indiferente o, más bien, distraída frente a las representaciones artísticas que se estaban ejecutando. Por su parte, Benalcázar, por otras razones, se hallaba lejos del espectáculo y parecía hacer cálculos o planes, y por momentos regresaba a mirar a su concubina. Por fin, acercándose a su oído, le dijo: *Cuando esta jodienda termine (me refiero a la guerra, hija), haré una gran fiesta en mi*

mansión (¿te he contado que mi padre la llamaba «palacio»?), una como jamás soñaron los Eguiguren o los Lama Farfán de los Godos o mis primos los Seminario y Váscones o los Seminario Echeandía. Sí, por muchos años no se hablará de otra cosa que de esa recepción. Encenderé todas las luces y te juro que vendrán los auténticos blancos de la santa tierra piurana. Después te instalaré en mi casona de la calle San Francisco de Piura y arrojaré de ella a Grimanesa. Te lo prometo por la memoria de don Jerónimo Benalcázar León y Seminario, mi señor y difunto padre. Sé que la Villar no hizo ningún comentario ni mostró aquiescencia ni rechazo a las propuestas de su amante, pues sospecho (conjeturo) que ella, entre el temor pánico y el vacío, había terminado por reconocer que un nuevo sentimiento empezaba a surgir hacia el hombre que la hubiese envilecido.

—¿Decía usted, don Odar? —dijo, al fin.

—¿No me escuchaste? ¿No oíste mi juramento?

—Es que me distrajo el cuplé de Ximena Fernández.

—Bueno, olvídalo. Te lo repetiré cuando estemos solos.

Pero un rato después (ahora el tártaro feroz arrojaba puñales sobre la cautiva) le decía:

—No soportaré tu ausencia, Primorosa. ¿Acudirás apenas te llame?

Esta vez, la Villar, que no había podido sustraerse a la fascinación que le despertaba aquella prueba («aquella ordalía», como decía mi padre), le respondió:

—Seré, como doña Visitación con don Jerónimo, su rabona, su yegua, su meretriz.

Entiendo que Benalcázar no alcanzó a escuchar la réplica de la joven; en cambio reparó en que ahora la carpa resistía un doble embate: el de los furiosos ventarrones que desde afuera hacían crujir los mástiles y las lonas y, desde dentro, el del vendaval ensordecedor de voces y gritos humanos.

Todavía reparó, antes de comprender de lo que se trataba, en que habían prendido los quinqués y hachones que iluminaban el círculo de arena de las representaciones y proyectaban una luz macilenta, turbia y premonitoria hacia las galerías. Empezó a comprender que Poggi, en el papel de maestro de ceremonias, con levita y tarro en la mano, había anunciado un número especial como culminación de la feria de Santa Ana: el maravilloso y terrible y diestro hombre de las estepas, con los ojos vendados, arrojaría los relucientes y filudos aceros en torno al cuerpo de la linda dama que voluntariamente se ofreciera para esta delicada prueba de precisión y coraje. *Vamos*, dijo con tono irónico y persuasivo el gemelo, *¿quién es esa bella y valiente damita que haga honor a esta bendita tierra?* Mi tío Catalino contaba que al instante se habían levantado varias mujeres y muchachas privadoras que habían llegado a negociar al pueblo. Estaban ebrias, exaltadas y jubilosas y con ganas de jugarse la vida, y yo, Martín Villar, que después de abandonar el seminario pasé un tiempo recorriendo los legendarios y míticos chicheríos de la Gallinacera y la Mangachería y Tacalá y vi la alegría y la furia de las Chivillas o las Morrongas o las Quechas o las Coyuscas, puedo dar testimonio de esos súbitos y profundos estallidos que llevaban a las chicheras privadoras a enfrentarse al peligro y la muerte. De modo que habrían sobrado voluntarias, pero el paje enano tuvo aquella salida y con voz aun más bufonesca dijo: *Mi amo Poggi ha dicho bien claro una dama, ¿oyeron?, una linda damita, ¿no saben, buenas mujeres, lo que es una dama?* Según la evocación de mi tío, aquello era parte del juego, pues ahí nomás empezaron a lloverle las más inmundas y jocosas injurias. *Tú sabes, me decía mi tío, cómo es la boca que se manejan esas mujeres. Le dijeron de todo al jijunagramputa del enano: enano hijo de la más recontraputa y enana de las madres, feto parido por el culo, en fin, cosas de esa laya*. Esta fue, digamos, la parte divertida, porque el grotesco y maligno hombrecito

replicó a las maldiciones con gestos obscenos que aumentaron la hilaridad de la concurrencia; mas enseguida empezó, invitador, a recorrer los asientos preferenciales donde estaban las señoras decentes y las blancas y blanquitas de la región. Y esto ocurría mientras el bárbaro artista, como ajeno a aquel barullo, como una incitación y una amenaza, se entretenía arrojando sus puñales sobre el tabique desocupado por la figuranta, a la que habían tenido que sacar casi en vilo por la mona en que se hallaba. Y, de pronto, como si hubiese existido un secreto pacto entre el público y los cómicos del circo, había estallado aquel grito unánime nombrando a *la Villar, la Villar, la Villar*.

Y para Benalcázar, este grito («la injuria aborrecible», como escribiera mi padre) había sido una revelación. Como les confiaría años después a Atabaliba Atarama y a los desechos humanos que iban a chuparle su whisky: *Nunca creí que la odiaran tanto. Yo sospechaba el deseo, la envidia, el deseo de los hombres y la envidia de las mujeres por el lugar que había ocupado en mi vida, pero no el odio; el odio no*. «Revelación», escribía el muchacho Villar, «porque recién comprendió la dimensión del odio, del rencor de la plebe; rencor de indios y cholos y negros, sangre y mierda revueltas, ah, qué cagada de destino el que les ha tocado a los señores de la tierra». Y él, Benálcazar: *¿Sabes? Esos cabrones y putas la querían ver atravesada por los puñales*. Y él, Martín Villar: «Ah, pero no solo ellos. También su propia hija y las honorables blancas que habían sido mujeres suyas». Y él (Benalcázar), a Atabaliba Atarama, a los borrachines: *Y tú, también, mierda, y también ustedes, basuras y despojos de esta tierra*. Porque solo en Boulanger (*el marica Boulanger*, como decía Atarama) encontró algún apoyo. Y, así, Benalcázar impidió el homicidio o, quizá más bien, el autosacrificio. Y Benalcázar: *¿Y todo para qué? ¿Para qué, chucha madre?* Y Martín Villar, pensando en los suyos, en las anotaciones del padre que no llegó a conocer y

pensando, además, en sí mismo, en lo más desolado y crepuscular de sí mismo: «Y todo ello para que Primorosa Villar ejecutara su venganza y recuperase el honor perdido, el de ella y el de los Villar, y sobre todo el de Inocencio, sobre todo el mío, del mismo modo que antes había aniquilado aquella semilla ("la semilla innoble, abyecta", como escribía mi padre), no importaba el emputecimiento, la condenación».

Y, sin embargo, para mi tío Catalino, y para Simón Guerra y otros viejos, aquello no había pasado de ser una broma, un chiste de pueblo chico, una humorada, a tono con el ambiente del jolgorio que reinaba allí adentro de la carpa. Y mi tío Catalino: *Fíjense que hasta ya me había olvidado de esa vaina. Les juro muchachos que era nada más para divertirse y pasar un rato alegre. Y, por último, ¿acaso no estaba yo allí? ¿Habría permitido yo, Catalino Villar, que a alguien de mi sangre le pasara algo?* Recuerdo la furia, la mirada quemante y el desprecio de Santos Villar, *Bellaco puñetero, tú fuiste como Pedro con nuestro señor y santo Cristo: te ocultaste como una gallina debajo de las polleras de las mañosas esas a quienes les olías el trasero. Así te encontramos Silvestre y yo y los finados Isidoro y Román*. Pero cuando llegó mi abuelo Santos con mis tíos Isidoro, Román y Silvestre (alguien había ido corriendo a avisar a la casa de mi bisabuelo Cruz, y por ventura Inocencio estaba encerrado en su cuarto), ya todo peligro había sido conjurado y más bien se encontraron con la música de la orquesta y con los payasos tirándose cachetadas y con la gemela Poggi dando volteretas, despidiendo la función.

La función había terminado, pero no en el recuerdo de Primorosa Villar, aunque en su evocación de aquella tarde se fusionase con momentos vividos en otros ámbitos y tiempos. *Pedían mi muerte. Y cómo resonaba mi nombre, Inocencio*, la escuché a menudo decir. *«La Villar», gritaban, y yo entendí «la ramera», «la yegua», y decían la verdad, Inocencio, y yo ya no necesitaba*

imitar a las perras lobas en celo. «Está bien», dije, «está bien, está escrito». Y me llené de alegría y reí, y no hubo lágrimas, porque otra vez estábamos tú y yo en el corral preparando la velada de los viejos días, nuestra velada, Inocencio, y me levanté y me zafé de las manos del hombre no parido por madre cristiana, que pretendió detenerme. De modo que coreaban su nombre. Acaso eran estas las imágenes que me revelara el espíritu del cactus y en las anotaciones de mi padre yo he creído detectar los ecos del griterío aquel: *¡La Villar! ¡La Villar!* Y el enano, el gemelo Poggi y hasta el atorrante sádico aplaudían y pronunciaban su nombre invitándola a salir a la arena. Y ella, la Villar, habría al fin accedido. Habría empezado por levantar el velo que cubría su rostro, extendería su mirada por las galerías apenas alumbradas, vería el rostro de la ñaña Paulina, cuánto odio y envidia y burla homicida había en las blancas y señoras decentes ahí a su costado, descubría el deseo recóndito del poeta Atabaliba Atarama, solo François Denis Boulanger de Chorië parecía admirarla con limpieza.

A veces, cuando pienso en los orígenes de la locura de mi infortunada tía, me digo que acaso fuese en este momento que tuviera su primera manifestación. Porque de pronto dejó la rigidez y la invadió la alegría de las exultantes ceremonias de la infancia, antes de que su cuerpo fuera untado con las flores del amor lujurioso. Ahora, con el rostro sonriente, en medio del bullicio, se despojó del hermoso sombrerito escogido por Boulanger; luego, canturreando (*¡Ah, quién fuera Ximena Fernández!*, diría muchos años después), se soltó la cabellera que tenía enredada en un complicado peinado y esta se derramó sobre sus hombros hasta llegar a la cintura. Y todo esto sin mirar a Odar Benalcázar. Incrédulo, pasmado, este la había dejado hacer, pero cuando la joven se disponía a saltar a la arena, en un acto rápido, decidido, furioso y suplicante, la cogió de las muñecas conminándola a sentarse. Solo, entonces, Primorosa Villar volteó a mirarlo. Fue una mirada

que habría de perseguirlo durante muchos años, una mirada no belicosa, ni siquiera reivindicativa, una mirada serena y risueña y lúcida. Algo le dijo el hombre que la muchacha no entendió o no escuchó. *¿Sabe, don Odar, que los chilalos solo cantan antes de morir?*, pero es probable que Benalcázar no la llegara a escuchar ni comprender. Luego la joven logró desasirse de las manos poderosas del hombre que la había comprado y más bien aceptó las manos que el gemelo y el enano le ofrecían para acompañarla hasta el centro de la pista.

Tal vez de haberse realizado la prueba nada habría ocurrido, ya que luego de su huida y convertida en *partenaire* estrella de aquella exhibición, ella se enfrentó una y otra vez a los puñales que, con los ojos vendados o no, el artista le arrojaba limpia y victoriosamente, pero esa tarde era distinta, estaba el grito del público reclamando tortuosamente su muerte y estaba quizá el propio deseo de morir de Primorosa Villar. Por eso, intuyendo acaso este anhelo, Boulanger se acercó a Odar Benalcázar, que se había quedado como petrificado, sombrío y triste. No he llegado a saber lo que le dijo Boulanger, pero tuvo la virtud de restituirle la voluntad y el don de mando que por unos instantes lo habían abandonado. Entonces Odar Benalcázar León y Seminario, próximo a partir en persecución de la montonera y de arreglar cuentas con Grimanesa León, llamó al gemelo Poggi diciéndole que si ese mugriento ganapán de artista fallaba le metería un tiro en la cabeza y, como que era hijo de don Jerónimo Benalcázar León y señor de esta y otras tierras piuranas, prendería fuego a la carpa, cortaría los huevos al enano y, *escúchame bien, cabrón, porque tú, so maricón, eres el culpable de todo esto, haré que mis hombres se los tiren a ti y a tu hermana, te lo juro, ahí en la arena*.

Dos vidas paralelas.
Conjeturas sobre François Boulanger (1)

«¿Quién es, quién fue, quién era François Boulanger de Choriè? ¿Quién era este personaje nacido en Francia que después de un pasado controversial decidió concluir su vida como oscuro restaurador de pinturas coloniales en la modesta iglesia de un apartado rincón de la tierra? ¿Nos hallábamos frente al caso (en manera alguna excepcional) del gran pecador en la hora nona del arrepentimiento? ¿O se trataba, más bien, de un extravío y de una abominación de la naturaleza? ¿O era un impostor, un vulgar farsante? Sí, ¿quién es?, ¿qué era?...».

Así, con su habitual énfasis, empezaba Sansón Carrasco sus dilatadas consideraciones en torno a la esquiva figura de François Boulanger. El texto, concebido como una mezcla de crónica, de reportaje, de memoria, de reflexión, terminó por ser el esbozo de un mala novela que Sansón Carrasco tituló *Un pájaro del mal*, pero que, por una venturosa inspiración, dejó de publicar, tal como fuera su proyecto inicial, en las páginas del hebdomadario *El Amigo del Pueblo*.

La primera vez que Sansón Carrasco oyó el nombre de François Boulanger fue de labios de Grimanesa León en la oficina de *El Amigo del Pueblo*, mientras pugnaba por escribir la vida del bandolero Isidoro Villar.

De las revelaciones, tan enturbiadas por el odio y el despecho, que le hiciera aquella dama de cruel y ruinosa belleza, subyugó la atención de Carrasco todo lo relativo al pacto sellado entre la gran propietaria y el por entonces casi adolescente Villar, y que implicaba la reducción a la invalidez de un ser humano, aunque este fuera el aborrecible Odar Benalcázar. El propio Sansón Carrasco escribió que, de no haberse aludido en el curso de su larga entrevista a cierto óleo que representaba a Primorosa Villar en la plenitud de su belleza (una belleza a la vez cerril y perspicaz) y al que la soberbia dama prendiera fuego con sus mismas manos, él, Sansón Carrasco, no habría retenido el nombre de Boulanger, artífice de aquel lienzo desmesurado que ofendió y causó la envidia de las mujeres pertenecientes al señorío de la región.

Al parecer, Carrasco oyó hablar por segunda vez de François Boulanger en una de las intemperantes veladas con el Ciego, en las cuales el bardo de la tierra piurana y el amigo del pueblo se perfeccionaban en el difícil arte de la injuria. Pero no fue sino durante los siete días que pasó en calidad de huésped de Benalcázar en su palacio de Congará que Sansón Carrasco empezó a interesarse por la figura de Boulanger, cuyo nombre completo era (probablemente) François Denis Boulanger de Choriè. Cinco o seis meses después de la ejecución de Isidoro Villar en el Zapote de Dos Piernas, Sansón Carrasco recibió la inesperada carta del amo de Congará (porque, pese a la bancarrota y la invalidez, Benalcázar seguía dominando la vida del pueblo) invitándolo con agria cortesía a pasar tres días en su mansión. La misiva, prolija en gravosas consideraciones en torno a la campaña de exterminio del frente de bandoleros llevada a cabo con éxito por el prefecto Lama Farfán de los Godos, concluía con estas palabras: «No aspiro al desagravio público de las infamias arrojadas por *El Amigo del Pueblo* contra mi linaje y mi nombre,

pues el honor no ha sido la divisa de mi vida; pero sí exijo ser escuchado por alguien que se declara observador de la conducta humana».

Sansón Carrasco tardó una semana en responderle aceptando la invitación, pero se cuidó de fijar la fecha de su viaje, pues, dijo, «por el momento, compromisos adquiridos y diversas urgentes tareas le impedían ausentarse de Piura». Según Hipólito Estrada, el director de *El Amigo del Pueblo* no pretendió infligirle un desaire al otrora poderoso hacendado (un hombre como Odar Benalcázar, alcanzado tantas veces por los dioses de la adversidad, era difícilmente vulnerable), sino que revelaba el estado de desaliento, de fatiga, de pesimismo por el que atravesaba el combativo escritor, situación que hacía peligrar al mismo hebdomadario. Antes de que culminara la campaña del prefecto Lama contra Isidoro Villar y sus compinches, Sansón Carrasco, de haber recibido la preciosa invitación, habría tomado el primer tren para recoger el testimonio del exmarido de la pérfida Grimanesa León. Pero después del exterminio de los hombres de caminos, de aquella apoteosis de venganza y escarnio que fue la expedición del prefecto Rodolfo Lama Farfán de los Godos, el más alto paradigma de los terratenientes de la región piurana, Sansón Carrasco había visto quebrantadas sus más caras convicciones, por lo demás, no exentas de vanidad y aun de fanfarronería, acerca de su rol como vocero y defensor de los derechos del pueblo.

¡Y cuántas veces se había autoproclamado observador de la conducta humana! Su fracaso (y la vergüenza, la humillación, la impotencia) le había hecho sentir opresiva la atmósfera que reinaba en Piura, y *El Amigo del Pueblo* habría dejado de salir de no ser por la labor entusiasta del joven Hipólito Estrada. Atrapado en la telaraña del desasosiego, Sansón Carrasco llegó a cuestionar también la razón de ser de la literatura, considerándola tan vacua y banal como el ejercicio del periodismo. Su primera novela, *El*

trapiche, que había tenido alguna resonancia en Lima, aquí en Piura solo había despertado la curiosidad bastarda por tratar de identificar a los personajes que le sirvieron como modelo, en especial el de la heroína, la rubia Carolina Burneo, y el del amante, mezcla de potro y de pantera y descendiente de antiguos reyes africanos. Pero, hombre orgulloso y de naturaleza agresiva, a Sansón Carrasco le repugnaban la autocompasión y el abandono, de modo que encargó la dirección del semanario a Estrada y un día, todavía entre dos luces, se dirigió a Morropón, su tierra natal. Dos meses después retornó a Piura con el rostro serenado y el ánimo eufórico: había empezado a escribir *De mi juventud*, que, después de *La casa grande*, sería un libro más íntimo y delicado. Con este espíritu fue que envió un telegrama a Benalcázar anunciándole su llegada a Congará.

Benalcázar, pensó Sansón Carrasco, ha acentuado su desaliño, la imagen de desamparo e invalidez, para hacer más patética su historia. Benalcázar, se dijo después, vería a un mulato presuntuoso, con impecable terno de lino blanco, camisa de seda, corbata michi, sombrero jipijapa y botines de charol. «Benalcázar», escribió por la noche en su diario, «me recibió con exagerada cortesía que mal disimulaba la ferocidad de sus ojos y el rictus de desprecio y burla que revelaban sus labios». El anfitrión hizo que un sirviente moreno ya entrado en años lo condujera a una habitación ubicada en el extremo occidental de la primera planta. Era una espaciosa recámara con dos grandes ventanales de vidrios resquebrajados y cortinajes de espesa seda y gasa raídas y polvorientas. La estancia había sido limpiada con prisa y sin demasiado esmero. Pero la cuja, salvo el dosel, que debía haber sido desmontado, y el mobiliario lucían limpios y relucientes, como si hubieran estado durante años severamente enfundados. Carrasco dejó la pequeña maleta de cuero («de óptimo cuero», según el propio Carrasco) sobre la mesa de noche, y el saco y el sombrero sobre la cama y, antes de entrar al cuarto de baño para asearse y

refrescarse el rostro, echó una mirada a los muebles: un ropero, un secreter con una alta butaca tapizada, dos sillones forrados de damasco plateado con bordaduras doradas, tres sillas con asientos de paja trenzada en formas octogonales, un enorme espejo estriado por el centro y con marco labrado, un perchero, todos de caoba y palisandro y de selecta factura vienesa. Como refirió después Sansón Carrasco, luego de terminar con su aseo le acometió una sensación de pesadez y extrañeza, como si perduraran los humores de la persona o las personas que hubieran tenido allí su morada más íntima.

La primera conversación fue convencional, falaz y tediosa, y Carrasco se maldijo por haber acudido a una cita absurda, cuando debía dedicar su atención y energía al libro que había empezado. Al borde de la ancianidad, el inválido era un despojo de sus propias pasiones, una ruina física y moral, semejante a la caduca y espectral mansión que Sansón Carrasco había divisado desde la lejanía asediada por los cuatro costados por el avance de las arenas. Pero Benalcázar no le despertaba ahora ni aversión, ni simpatía, ni piedad, ni interés, acaso, se le ocurrió pensar, porque estaba ya harto de las historias de los blancos terratenientes cuyas hazañas y crueldades había oído desde que naciera. Después del aperitivo almorzaron abundantemente en el gran salón. A la hora del coñac se presentó un hombre cincuentón, mal trajeado pero con corbata, a quien el inválido impidió su entrada de manera grosera y despótica.

—¿Lo ve usted? Es mi yerno, y es el único que no me ha abandonado. Pero le diré por qué. Porque es un parásito, un miserable alcohólico. ¡Y tiene la desfachatez de llamarse poeta!

—¿Atabaliba Atarama? —dijo Sansón Carrasco.

—Veo que usted ha leído las cabronadas del Ciego Orejuela —replicó Benalcázar—. Sí, el mismo que aparece en el folletín *Amores célebres*. ¡Pobre Paulina!

Sansón Carrasco, interesado súbitamente, quiso preguntar, pero el inválido esforzándose por ser cortés lo atajó:

—Mañana, Carrasco, mañana hablaremos. Y dispénseme ahora, mi amigo. Faraona me espera para someterme a sus torturas, que González llama «mi terapia». Haga buena siesta, Carrasco. Y después, si desea, el mayordomo le enseñará esta tumba mía.

Según Sansón Carrasco la escena que espectara con Atarama, cuyos versos había leído años atrás (en efecto, también había leído en *Amores célebres*, del Ciego, el capítulo dedicado al idilio entre Paulina Benalcázar León, la hija tullida de Odar Benalcázar, y su preceptor, el poeta Atabaliba Atarama, que tantas lágrimas hizo derramar a las damitas y damiselas piuranas), los nombres del doctor González y de la terapista Faraona, y el epíteto de *tumba* que diera el inválido a ese palacio que aun en la devastación revelaba su anterior esplendor, le hicieron cambiar la decisión tomada durante la primera parte de la charla con Benalcázar de marcharse al día siguiente en el primer tren.

No disfrutó de la siesta. Permaneció amodorrado, dormitando a sobresaltos. Del gran espejo astillado emergió el contingente expedicionario del prefecto Lama y la imagen de la casa grande, donde transcurriera su infancia, era suplantada por esta mansión hundiéndose en la arena. Lo despertaron los ventarrones batiendo los grandes ventanales. Se calzó los botines y en el lavatorio se vertió abundante agua sobre la cabeza y el rostro. El mayordomo lo esperaba con una jarra de fresco de tamarindo rebosante de hielo. Bebió con avidez dos vasos. Luego empezó a recorrer minuciosamente toda la construcción. Caía la tarde cuando llegó a la terraza de occidente. Con los prismáticos divisó Congará y los cordones de dunas. Cenó solo a la luz de un candelabro de doce cirios. En el salón de estar habían prendido tres quinqués, y trató de contrastar lo que ahora veía con la descripción que le

hiciera meses atrás Grimanesa León. En dos estantes había aproximadamente unas dos centenas de libros, de los cuales por lo menos un tercio era de libros franceses, cuyos títulos procuró retener. Por fin, ante sus insistentes preguntas, el mayordomo, con actitud temerosa, le señaló el lugar donde había estado el retrato de Primorosa Villar. Momentos después, el viejo criado lo acompañó a su habitación portando una lámpara encendida que colocó encima del secreter.

—Espera —le dijo Sansón Carrasco antes de que el mayordomo le diera las buenas noches—. ¿Quién ocupaba esta habitación?

El viejo moreno titubeó unos instantes antes de responderle:

—El caballero francés.

—¿Boulanger? —preguntó Carrasco.

—Sí, señor. Esa misma era su gracia.

Todavía eran las nueve de la noche y Sansón Carrasco se propuso trabajar hasta las doce en el libro que estaba escribiendo, cuyos originales había traído en un cartapacio. Afuera silbaba el viento entre las dunas y alborotaban las chicharras y los grillos. Empezó a leer las últimas páginas escritas, en las que rememoraba el magisterio que ejerció sobre él González Prada, a quien inútilmente llamaba «Maestro» o «el Maestro» o, con veneración que ahora le pareció excesiva, «el Profeta». Este epíteto le produjo malestar, y ya le fue imposible concentrarse. Apartó los manuscritos y cogió su diario y se entregó a hacer un recuento prolijo de todo aquel día. Habían pasado las doce de la noche cuando dio por concluida su tarea. En la parte final hizo esta acotación: «Escrito en la recámara en que vivió durante muchos años François Boulanger».

Al día siguiente, después del desayuno, Benalcázar invitó a Sansón Carrasco a pasar a la sala de estar, mientras ordenaba al criado que lo ayudara con la silla de ruedas. En una mesa había una garrafa de whisky, dos vasos de

cristal, una jarra con agua y hielo. Antes de que lo despidieran, el viejo lacayo había desaparecido. Sansón Carrasco, según propio testimonio, se hallaba en estado de euforia: volvía a sentirse periodista, volvía a sentir curiosidad («una curiosidad irrefrenable, voluptuosa», admitió) por la vida de un hombre de destino fatal. Después de servir él mismo el whisky se acercó a la pared donde aún, en la gran claridad que se derramaba por la claraboya de azulejos con forma de estrella (y que ahora mostraba algunos forados), perduraba la huella dejada por un enorme lienzo.

—¿Aquí se hallaba la pintura que Isidoro Villar quemó durante el saqueo?

Benalcázar, como herido por una puñalada artera, lo miró con ferocidad.

—¿Villar? No, Carrasco, no fue ese cholo malnacido el que le prendió fuego. Fue la Mesalina. Me refiero a Grimanesa, mi exmujer. Pero todo a su tiempo, Carrasco. ¿Está dispuesto a escucharme?

Sansón Carrasco le respondió:

—He venido expresamente para eso, don Odar.

Esta primera charla (no debe considerarse la del día anterior, que fue un exordio banal y fatigante) ocupó toda la mañana y, después de la siesta, se prolongó en la terraza de occidente hasta antes de la medianoche. Benalcázar le habló de la historia de su linaje, le habló de su padre, le habló de los años de la infancia, le habló de José Agustín, su hermano menor, no le ocultó su noviazgo con su prima hermana Grimanesa León, ni la ruptura de su compromiso y su posterior matrimonio con Eleonor Acevedo León, también prima carnal suya y (previsiblemente) exaltó este amor de lo que denominó «la edad de la inocencia», y concluyó con la muerte de Eleonor Acevedo y la gran ausencia que dejó para siempre en su vida.

La segunda plática tuvo lugar, sucesivamente, en los pórticos de oriente y occidente y en la sala de estar; la tercera, en el dormitorio de Benalcázar y fue breve, muy breve; la cuarta (el viejo terrateniente le rogó a Carrasco que

alargara su estancia por tres o cuatro días más) se llevó a cabo en la terraza de oriente, comenzó después de la cena y se prolongó bastante después de la medianoche. Fue la última que sostuvieron, pero, a diferencia de las anteriores, correspondió a Sansón Carrasco dirigir el cauce de la conversación. Con sensatez (también por piedad) evitó abordar el asunto que más desgarraba a su anfitrión: el de su relación con Primorosa Villar. De modo que el director de *El Amigo del Pueblo*, por primera vez con una libreta de apuntes en mano, le dijo:

—Quisiera, don Odar, que me volviera a contar acerca de su estancia en París, desde el momento en que, según frase suya, rescató del arroyo a ese ser depravado llamado Boulanger de Chorié.

Aunque en el curso de las reuniones precedentes Benalcázar había reconocido que fue Boulanger el responsable del trazado definitivo del canal que hizo de los Benalcázar León y Seminario la familia más poderosa de la región, que fue el arquitecto que diseñó y dirigió la construcción del palacio y, asimismo, el artista que ejecutó el colosal (¿el soberbio?) óleo de Primorosa Villar, ahora el amo de Congará se mostraba elusivo y renuente a referirle el encuentro con quien tanto habría de influir en su vida. Para escapar al asedio de Sansón Carrasco, Benalcázar se perdía en la evocación de Eleonor Acevedo, abundaba en anécdotas de su relación signadas por el desprecio y la envidia de los petimetres limeños que frecuentó en los primeros meses de su llegada a París, meses de oscuros placeres con obreras del arrabal Poissonnière, muchachas de manos ásperas y aliento cargado, o con trotacalles del bulevar Sebastospol, *no me avergüenza decírselo, Carrasco, mujeres gastadas, ebrias y vulgares, y cómo olían por debajo de la perfumería con que untaban sus carnes marchitas*. Sin perder la calma, Sansón Carrasco volvió a formularle la pregunta. Una vez más, Odar Benalcázar desistió responderle; en cambio, le habló, esta vez de manera

jactanciosa, de la inversión audaz que hizo de todo el patrimonio que llevaba consigo (monedas de oro de alta ley, antiguas joyas familiares ventajosamente pignoradas) en acciones de la Casa Dreyfus (acababa de firmarse en el Perú un nuevo contrato con aquella casa) y en la compra de bonos del Estado francés, golpe de mano (al fin y al cabo sus antepasados habían sido negociantes antes de ser exclusivamente terratenientes) que le permitió hacerse de una renta expectante que suscitó las envidias de los hijos bien de las familias limeñas residentes en París. Benalcázar guardó silencio para medir el efecto que la revelación produjo en Sansón Carrasco. Imperturbable, este sonrió y luego dijo:

—¿Fue entonces que conoció a Boulanger?

Los dos últimos días que estuvo como huésped de Benalcázar, Sansón Carrasco los utilizó para visitar Congará. No le fue posible ser recibido por el único de los Villar que ahora vivía en el pueblo y a quien viera al pie del Zapote de Dos Piernas, luego de la ejecución de su hermano Isidoro. Comprobó que Congará era un pueblo habitado solo por viejos, mujeres y niños, pues los hombres jóvenes y adultos trabajaban como peones en la construcción del Canal de Panamá y en los campos petroleros recién abiertos en el tablazo de Talara. Pero de los viejos y mujeres Carrasco recogió abundantes testimonios, si bien contradictorios, sobre las relaciones entre Odar Benalcázar y Primorosa Villar, y sobre la enigmática figura de François Boulanger. No sin esfuerzo pudo adquirir algunos carboncillos de Boulanger con rostros de ancianos y ancianas y de campesinos en plena faena. Por último, en un chicherío ubicó a Atabaliba Atarama, quien, entre hipos y lágrimas y versos, le hizo un enrevesado (un alucinante) relato de la vida íntima en el palacio desde que Benalcázar instalara como amante a la funesta Primorosa Villar. Por razones humanas, aunque diferentes a las humanas

razones de Benalcázar, Atarama no se mostró misericordioso al evocar la figura de François Boulanger.

Refiere Hipólito Estrada que Sansón Carrasco, al retornar a Piura en el primer tren, se dirigió de inmediato a la redacción de *El Amigo del Pueblo*, donde permaneció alrededor de media hora, y le pidió por favor a Estrada que continuara por veinte días más al frente del hebdomadario. *Estaba sin afeitar y con el terno arrugado*, afirmó Estrada, *pero se le veía eufórico, como suele estarlo cuando inicia una campaña periodística o un nuevo libro*. Pero Sansón Carrasco no se disponía a iniciar ninguna campaña y suspendió, además, la escritura de su libro de remembranzas *De mi juventud*, que no retomaría sino veinticinco años después. Aquella misma tarde, poco antes de oscurecer, Sansón Carrasco, vestido con la pulcritud y elegancia habituales, golpeaba el portón de la casa del doctor González de la calle El Cuerno. El doctor González lo recibió en su gabinete, pero una hora después la charla debió interrumpirse, pues el médico fue requerido de urgencia para una visita domiciliaria. A las cinco de la tarde del día siguiente, los dos hombres volvieron a reunirse y la conversación que sostuvieron ante la mirada yerta de los animales disecados del gabinete del doctor González se prolongó hasta pasadas la diez de la noche.

Todavía el médico y el escritor mantendrían una última charla en compañía del padre Azcárate, pero, antes, el director de *El Amigo del Pueblo*, al parecer por sugerencia del doctor González, visitó en su lecho de enfermo a don Federico Eguiguren, en su solar de la calle San Francisco. *Sí*, le dijo el señor Eguiguren, *tuve hasta no hace mucho como administrador de Yapatera a un francés, pero no se llamaba François Boulanger sino André Lemesle. Creo recordar*, agregó el anciano hacendado, *que Boulanger fue un amigo de Lemesle, que por alguna razón que este no me confió se alistó en el ejército colonial francés del Extremo Oriente. ¿Por qué, Carrasco, no conversa con*

el padre Azcárate? Me han dicho que, en ocasión de su primera visita pastoral por la zona de Yapatera, el padre Azcárate trabó conocimiento con André Lemesle. Según me informaron, la conversación no fue muy amigable y más semejó una disputa. Por suerte, el padre Azcárate se hallaba en Piura por unos días, de modo que Sansón Carrasco, con la mediación del doctor González, pudo entrevistarse con el temperamental sacerdote vasco bajo la sombra de los centenarios ficus de la Plazuela Merino.

En los días siguientes, Sansón Carrasco poco menos que se confinó en su casona de la Plaza de Armas, o más bien en el altillo que le servía de estudio, ubicado en la parte posterior de la enorme vivienda. Cuenta Hipólito Estrada que al ir a buscarlo para saber su opinión sobre cierto artículo que debía publicarse en *El Amigo del Pueblo*, Carrasco, que estaba con el torso desnudo y la barba crecida, apenas si lo escuchó y, en cambio, como si retomara una larga reflexión, le habló en voz alta: *¿Puedes decirme, Estrada, quién es, qué era, qué buscó en la vida François Boulanger de Chorië? ¿Pretendió ser un ángel, un pájaro del mal? ¿Fue el demonio que por un momento se encarnó en el pellejo de un inmundo pervertido? ¿Qué piensas, Hipólito? ¿Jugó, o quiso jugar, el papel de Mefistófeles o, diré mejor, del diablillo, ya que no se presentó ante Fausto, sino ante un mozo de sangre tropical y de imaginación vasta y sin finura de espíritu como era Odar Benalcázar? ¿O se trata de un impostor? Caramba, Estrada, ¡no me mires con esos ojos! Pero, dime, ¿qué relación existió entre él y André Lemesle? ¿O André Lemesle y François Boulanger fueron la misma persona?...* Después, Hipólito Estrada comentó: *Don Sansón hablaba como si yo no estuviera presente y todavía continuó formulándose preguntas mientras yo bajaba de su estudio*.

Por fin al undécimo día Sansón Carrasco rompió su confinamiento y, a las once de la mañana (por cierto, antes se hizo rasurar en la peluquería Eléspuru, y vestía uno de sus impecables trajes de lino), entró en la iglesia de San

Francisco, caminó la mitad de la nave, empujó la puerta lateral izquierda que se hallaba entreabierta e ingresó a los claustros del convento. Desde hacía algún tiempo (¿dos años?, ¿tres?) los feligreses habían reparado en la presencia de un señor de aspecto extranjero y edad indefinida, blanco, muy blanco y pálido, silencioso y hermético, que en el patio del convento, con la ocasional ayuda de un hermano lego, se dedicaba a la restauración de viejas pinturas coloniales. Trascendió que Sansón Carrasco estuvo varios minutos contemplando en silencio el trabajo del maestro, que llevaba puesto un guardapolvo plomo salpicado de pintura de un amplio óleo con marco de pan de oro titulado *El beso de Judas*. *¡Bello cuadro!*, exclamó de pronto Sansón Carrasco. *¡Toda una obra de arte sobre la traición! ¿No es la traición el pecado imperdonable, señor Boulanger? ¿O debo llamarlo André Lemesle?* Muchos años después, al evocar en sus *Memorias* este suceso, Sansón Carrasco confesaba que, a pesar del tiempo transcurrido, seguía sintiéndose abochornado por la irascibilidad con que se condujo frente a un hombre que al fin y al cabo solo reclamaba el anonimato y el olvido. La conversación que sostuvieron ambos hombres fue muy breve, además de penosa y humillante, y sumió en el desconcierto al autor de *El trapiche*. De regreso a su estudio, Carrasco releyó las páginas escritas, eliminó cuartillas enteras, tarjó párrafos y frases, y agregó consideraciones finales y notas explicativas, pero al concluir su labor tuvo la convicción de que nunca como ahora se había mostrado torpe y carente de penetración y sutileza para comprender la conducta y el destino de un hombre controversial. Por eso, cuando Hipólito Estrada, tras leer el texto *Un pájaro del mal*, se disponía a llevar los manuscritos a la imprenta para su publicación en *El Amigo del Pueblo*, el director se lo impidió diciéndole que aquella noveleta (así la denominó) merecía la destrucción, pero que en cambio se la dejaba como recuerdo para

que alguna vez sirviera de testimonio del más vergonzoso fracaso que Sansón Carrasco hubiera experimentado como escritor.

Sansón Carrasco dividió su noveleta (respetemos la denominación que él mismo le diera) en cinco capítulos de diversa extensión. El primero, que empieza con la frase «¿Quién es, quién fue, quién era François Boulanger de Choriè?», propone un enigma y pretende crear un clima de misterio y suspenso mediante el recurso de reiterar con diferentes variantes la interrogación: esta, como una letanía, se escucha por los más diversos ambientes de Piura, prosigue resonando después entre los espectrales habitantes de Congará, llega al ruinoso palacio de Benalcázar y concluye por proyectar un halo de evanescente sombra hacia la figura de cierto extranjero que en la iglesia de San Francisco de Piura se dedica a la restauración de viejas pinturas coloniales. Inútilmente, el narrador, metido a detective, insiste, «Sí, ¿quién es?, ¿quién era?», revelándose como un desaprovechado lector de Poe y muy lejos de la sutileza de un Wilkie Collins, autor que Sansón Carrasco con seguridad no llegó a conocer.

El tercer capítulo relata la entrevista que tuvo el autor, en compañía del doctor González, con el padre Azcárate. Pudo ser un buen capítulo si Carrasco hubiera domado al anticlerical recalcitrante que habitaba en su alma: de ahí que, lo que debió constituir una hipótesis plausible que arrojase alguna luz sobre un determinado destino, se convirtió en un tedioso (y por momentos enfático y extravagante) certamen entre un infatuado ateo y un sacerdote que vana y angustiosamente lucha por conciliar las demandas de la razón con las imposiciones de la fe. No importaba, argumentaba el padre Azcárate, lo que hubiese sido ni las máscaras tras las cuales se escondiera (el presunto) François Boulanger; lo relevante y definitivo era el hecho de que decidiese concluir su vida de manera recoleta, entregado a una modesta

actividad artesanal para la gloria del Señor. Luego el sacerdote explicaba (o intentaba hacerlo) el giro radical que dio la vida de François Boulanger por la doctrina de la gracia. Sansón Carrasco, sin cuidar la urbanidad ni esconder la ironía, lo interrumpió: *¿La gracia, reverendo padre? ¿Me puede decir, respetado doctor, en qué consiste este misterio?* Sin percatarse de la ironía (o fingiendo ignorarla), el padre Azcárate le explica que la gracia es un altísimo don conferido por Dios de manera gratuita a determinados hombres y que los hace partícipes de la esencia divina. Con aire de superioridad Carrasco replicó; pacientemente, el padre Azcárate abundó en nuevas razones y estas incitaron la agresividad agnóstica del discípulo de González Prada, de modo que la controversia discurrió por otros derroteros, dejando en el limbo a François Boulanger. Como si el dogma de la gracia comprometiera su propia existencia, el sacerdote vasco, con lucidez, con pasión, esgrime el ergotismo que dos mil años de cristiandad ponen a su alcance e ilustra con ejemplos demasiado venerables la encarnación de la gracia. *¿Quiere decir, reverendo padre*, dice Sansón Carrasco, *que la gracia divina puede visitar al más grande pecador y criminal?* El padre Azcárate le responde que acaso los hombres extraviados pero poseedores de un corazón justo gozan de la preferencia del Señor. Y le refiere la historia del parricida San Julián, El Hospitalario, sobre quien descendió la gracia tras un largo camino de expiación. Sansón Carrasco, que no retrocede ante la blasfemia, vuelve a preguntar: *¿Debemos entender, entonces, que la gracia pudo visitar a Judas Iscariote?* El padre Azcárate meditó unos instantes, miró luego al doctor González, y sentenció: *Judas no habría sino indigno de la gracia, pero cometió el pecado imperdonable de suicidarse*.

Según Hipólito Estrada, el último capítulo (el quinto) fue eliminado por su autor al hacerle entrega del texto *Un pájaro del mal* en la redacción de *El Amigo del Pueblo*, tarjando con grandes aspas las cuartillas y escribiendo a

un lado del encabezamiento: «Téngase por no escrito». Sin embargo, la figura de François Boulanger debió seguir obsesionándolo a lo largo de los años, porque Sansón Carrasco, en sus *Memorias*, al aludir a su «fracasada noveleta», vana empresa que lo llevó, según rememora con algún rencor, a interrumpir la escritura de su libro *De mi juventud*, escribió el siguiente pasaje que evoca la visita que hiciera en la iglesia de San Francisco al inaprensible personaje que presumiblemente usurpaba el nombre de François Denis Boulanger de Choriè: «...Apenas volteó a mirarme me di cuenta de que me había conducido con torpe vehemencia y todo lo que había escrito sobre él me pareció insensato; yo no me había esforzado por comprender una conducta humana distinta, yo no había preterido la hostilidad y la aversión y, chapaleando en la superficie engañosa, había anhelado suscitar la reprobación y la condena; absurdamente (me duele recordarlo) sentí envidia por el doctor González, ante quien este exiliado se hubiese confiado, aunque fuese de manera falaz. El ahora restaurador de viejas pinturas me dijo que él había sido numerosos hombres y que todos murieron al igual que André Lemesle y François Boulanger. Tenía el aspecto de un adolescente, pero con la piel ajada y limpia y con una hermosa cabellera del color del azogue. No he olvidado el acerado azul de sus ojos, pero me es difícil recuperar el sentido de su mirada. No hizo escarnio por la forma en que yo lo había interpelado, pero intuí un asomo de burla cuando me dijo que Judas era tan necesario al cristianismo como el propio Cristo. Sé que a menudo he sucumbido a los deleites de la vanidad, pero hasta entonces la timidez me era desconocida. Yo, que tanto me había mofado del padre Azcárate, me aferré atolondradamente a la doctrina de la gracia como un último intento de comprender el destino final de quien alguna vez sostuviera con atrevida impiedad que la única patria del hombre era su propio cuerpo. Se excusó por darme la espalda para seguir pintando, pero me rogó que continuara

exponiéndole con la mayor libertad mis pensamientos. Inseguro de mis razones, yo, un anticlerical, me apoyé, sin omitir su nombre, en las argumentaciones del padre Azcárate. Sin dejar la paleta y el pincel, Boulanger (sigamos llamándolo así) me dijo que el cuadro que estaba por terminar de restaurar debió ser obra de un hábil discípulo de Zurbarán. Luego me explicó la composición, destacó algunos detalles de los rostros que figuraban en el primer plano y me hizo reparar en el sutil juego de luces y sombras. Después, volviéndose a mí, me dijo: *¿Entiende, señor Carrasco? Esto es lo único que busco: restaurar, por ejemplo, la primitiva luminosidad y la opacidad de las sombras. Nada más importa. Y cuando termine con este cuadro, dedicaré la misma atención y paciencia a algunos de esos óleos que usted ve allí amontonados. ¿No le parece que tengo suficiente trabajo hasta que la muerte me visite?* Esto fue lo último que me dijo. Enseguida me hizo una venia a guisa de saludo y, dándome la espalda, se abismó en su delicada labor».

El cuarto capítulo corresponde al testimonio del doctor González y lo publicamos en su integridad, pero depurado de adjetivos y de ciertas sonoridades enfáticas que revelan demasiado al tumultuoso primer estilo de Sansón Carrasco.[2] Es verdad que la confesión recogida por el doctor González torna inextricable la vida de François Boulanger, pero a la vez arroja una luz insospechada sobre las circunstancias que quizá determinaron la marginalidad y el elegido destierro de este hombre carismático. De los cinco capítulos, el más extenso es el segundo y creemos fundadas las razones que llevaron a Sansón Carrasco a repudiarlo. De ese capítulo transcribiremos dos breves fragmentos, pero para una mejor comprensión de los mismos es necesario ofrecer un apretado resumen crítico del contenido de todo el capítulo.

La fuente principal de que se valió Sansón Carrasco (aunque no la única; recuérdese las indagaciones que hiciera entre los congareños, recuérdese la plática con Atabaliba Atarama) fue la larga confidencia que le hizo Odar Benalcázar durante los días y noches que pasó en su palacio. El acontecimiento central es el encuentro azaroso del joven Benalcázar con un desarrapado e inmundo *clochard*. Por desgracia, Carrasco, como preparación a este encuentro, se demora decenas de interminables páginas para describir el estado de postración en que se hallaba sumido el futuro amo de Congará a raíz de la reciente muerte de su primera esposa, lo que habría determinado que el padre de Odar, el viejo don Jerónimo, enviara a su primogénito en busca de consuelo y olvido «a esa Babilonia que era París, donde podían cometerse los más salaces pecados». Aunque impetuoso y tropical y nacido señor, se siente cohibido ante las deslumbrantes mujeres de París y para satisfacer sus pasiones venéreas tiene que acudir a las obreritas de último rango y a las trotacalles. Transcurren así los meses hasta que, cierta noche, en la Rue Clauzel, por las inmediaciones del bulevar Montmartre, el mozo Benalcázar se encuentra «con un ser surgido como una excrecencia de la noche parisina» que, en completo estado de ebriedad y hambriento, masculla lo que parecen ser versos, entre los que Odar cree entender algo así como *Adamastor de los retretes*, *Júpiter de las letrinas*, *ángel de los lupanares y de la noche*. Luego, adoptando un tono solemne, el desconocido pronuncia su nombre: François Denis Boulanger de Choriè.

Odar, deprimido y sediento de compañía, regala con una copiosa cena (tal vez la primera comida caliente en muchas semanas) al astroso vagabundo, que la devora sin miramientos de etiqueta, no obstante ciertas maneras exquisitas que revelan en él una educación esmerada. Pero la abundancia de los platos le produce a Boulanger una violenta congestión y cae derribado sin conocimiento al salir del restaurante. Joven cándido aún, el mozo Benalcázar

decide trasladarlo a su apartamento, corre en busca de un médico y, en resumidas cuentas, hace de enfermero. Por fin comienza a ceder la fiebre, menguan los espantosos delirios y el médico asegura que el paciente ha superado la crisis que pudo producirle la muerte. Y cierta mañana, Odar Benalcázar se encuentra con aquella mirada azul y burlona que nunca olvidaría. *¡Pero usted, señor, no tenía derecho a salvarme!*, protesta François Boulanger, y añade con fingido servilismo: *Usted es mi redentor, señor mío. Mi vida le pertenece*.

Sansón Carrasco refiere que, a partir de entonces, Boulanger de Chorié se convierte en maestro, lacayo y proxeneta del mozo Benalcázar, tres funciones, dice Carrasco, «que podía cumplir con endiablada eficiencia. Y esto (como fanfarroneaba el propio Boulanger) como legado de la vieja, refinada y corrupta civilización francesa». ¿Acaso no había hecho creer al joven incauto que descendía de Mounbotan de Chorié, un linaje de la Provenza y la antigua Aquitania que se remontaba «a las auroras merovingias» y cuyas hazañas ilustraban los vitrales de las catedrales de Albi y de Draguignan, aunque él fuera el apóstata de la fe de sus antepasados y su fruto aberrante? De modo que François Boulanger empieza por corregirle (¡ah, pero sin lograrlo!) su horrenda dicción del francés, lo guía en el arte de vestir con elegancia y le enseña a ordenar una cena honorable con los aperitivos, los vinos, los digestivos y el coñac. Pronto, el extraño intuye la avidez del jovencito por degustar los terrenales placeres. Sin embargo, bajo el pretexto de cultivarle el espíritu, perversamente lo lleva a recorrer los grandes monumentos históricos de París, empezando por lo que denomina «el viejo cementerio del Louvre», donde se demora eternidades, por ejemplo, para hacerle comprender la belleza de los bajorrelieves egipcios, las cariátides griegas y los mármoles fenicios. Después les toca el turno a espectáculos más incitantes, como las carreras de caballos de Longchamps, el gran circo

Fernando, las operetas y las revistas de variedades. Estas excursiones, que tuvieron la virtud de despertar el interés del jovencito Odar, fueron opacadas cuando cierta madrugada Boulanger, en tono sibilino, le dijo que lo conduciría a una representación que pocas veces se repite en la vida. Contratado desde la noche anterior, el carruaje los espera y Boulanger ordena al cochero que los lleve a la cárcel de La Roquette, del distrito de Ménilmontant.

—¿Sabía usted, mi pequeño Odar —le dice Boulanger cuando el coche bordea la Plaza Voltaire—, que Leonardo da Vinci no se perdía una ejecución para captar las facciones de los condenados?

Fue así que el buen Odar descubrió a qué función iba a asistir. Pero no fueron los únicos espectadores. Poco antes de las seis, Grenier, el asesino, con la cabeza rapada y el rostro deformado por el terror, cruzó el patio empedrado, mas, al acercarse a la guillotina, le temblaron las piernas, de modo que los custodios tuvieron que llevarlo a rastras hasta la máquina. Entre tanto, con un cuaderno y un lápiz en la mano, y bajo la turbia luz de los mecheros, Boulanger toma apuntes del condenado, del verdugo, de los representantes de la justicia, del cura, de los espectadores. «Y así fue», escribe Sansón Carrasco, «como Odar Benalcázar descubrió que el degenerado que rescató del arroyo era un artista».

La sangre fría y la conveniente exultación mostradas ante la ejecución por el joven proveniente de la zona tórrida no pasaron inadvertidas para Boulanger. En un oscuro bistró del barrio latino le hizo beber alcoholes diabólicos (*El ajenjo de verdes pilares*, recitaba Boulanger de Choriè), y el mozo Benalcázar, libre de las últimas coerciones, le habló del imperioso deseo, del antiguo anhelo, porque, como le dijera don Jerónimo al investirlo con la toga viril colgándole sobre el cuello la bigama ancestral el día en que cumplió quince años, eso era, a fin de cuentas, la vida del hombre en la paz y

en la guerra: la penetración omnipotente y el desbordamiento y el reposo y el olvido en la gran vulva femenina. Boulanger terminó de escucharlo, afectó sentirse desencantado, casi aburrido, y le dijo que, antes de empezar su auténtico magisterio (su pedagogía infame, como la denominó después Boulanger de Chorië), le haría gustar de placeres ordinarios, *pues*, sentenció, *solo los placeres viles son deliciosos*. Y aquella misma noche lo guio a la Fleur Blanche, una *maison d'amour* que hasta antes de la Guerra Franco-Prusiana había sido la preferida de la crapulosa corte del pequeño Bonaparte. Después, como si pretendiera probar la capacidad de vicio de su joven señor y discípulo, en su sucio descenso le fue haciendo conocer de manera paulatina las casas del amor pervertido.

Si no erramos, a tres razones debe atribuirse el fracaso literario de la noveleta: 1) Como si temiera ser incriminado de hombre obsesionado por los aspectos escatológicos del sexo, el narrador asume una farisea actitud moralizante; 2) El repudio moral que le suscita «el infame François Boulanger» convierte el relato en una banal tesis en que se dilucida la contienda entre civilización y barbarie, pero, a diferencia de sus coetáneos regionalistas, Sansón Carrasco exalta como valor la barbarie, representada por el impetuoso Odar Benalcázar, contra la civilización, simbolizada por François Boulanger, una civilización refinada y corrupta que, al hacer escarnio de la naturaleza, ha perdido las fuerzas de lo vital; 3) Más que como un estricto discípulo de Zola,[3] Sansón Carrasco se revela como escritor provinciano, pues, como si temiera que se dude de su conocimiento de París, recarga el relato de inútiles precisiones sobre calles y lugares, y de paso atormenta al lector con rebuscadas (con aldeanas) descripciones, por ejemplo, refiriéndose a la Fleur Blanche, escribe: «Funcionaba en la mansión de comienzos del siglo XVIII, y con sus blasones escultóricos, con sus cupidos y querubines mofletudos, con su gran chimenea de mármol con labraduras de

cobre cincelado, con las tapicerías y las alfombras encarnadas, con la cristalería y la porcelana de Sajonia y con los espejos venecianos, en la Fleur Blanche se maridaban el gusto recargado de la época de Luis XV con el grosero boato tan propio de la Francia del Segundo Imperio».

Pero basta de observaciones. He aquí los fragmentos:

«Porque, como los mercaderes de drogas que saben crear adicción, después de hacerle gustar placeres cada vez menos convencionales (lo había llevado a conocer otros lenocinios, como el Loro Gris, el Château Rouge y la Boule Noire) y de crearle la expectativa ansiosa de goces más refinados, de pronto, Boulanger de Choriè (a quien usted, digamos, de paso, había recompensado generosamente por los servicios prestados) lo dejaba plantado y se esfumaba como engullido por París (*Hormigueante ciudad, ciudad de sueños*, como él solía recitar). Y mientras usted, como un náufrago, deambulaba por bulevares y paseos y cafés y restaurantes y lupanares ya conocidos, no cesaba de preguntarse quién, entre usted y Boulanger, era el señor. Sí, ¿quién era el amo?, ¿quién el esclavo?, interrogándose, además, sobre quién era usted mismo. Y le era difícil reconocerse en el joven que alguna vez amó (¿pero es que de verdad la había amado?) a una bella y dulce muchacha llamada Eleonor Acevedo, cuya imagen flotando sobre el pestilente Sena se iba perdiendo definitivamente entre las brumas. Pero luego de varias semanas, y aun meses, Boulanger volvía a tocar la puerta de su apartamento y siempre retornaba en estado lamentable: desarrapado, borracho, mugriento y cada vez más sarcástico, más fanfarrón, más histérico, pero sin dejar de canturrear algunos versos como *Llanto en mi corazón / y lluvia en la ciudad...*

»—*Il pleure dans mon coeur / Comme il pleut sur la ville* —recitó Benalcázar—. ¡Maldito bribón! Yo recuerdo ahora otro que comenzaba

J’allais par des chemins perfides...».

«Caminos pérfidos. ¿Pero marchaba ya usted por estos caminos? No, todavía no, por lo menos a juicio de Boulanger, para quien usted gustaba demasiado de voluptuosidades que a fin de cuentas repetían los ciclos de la naturaleza. Por eso, a partir de la segunda reaparición, y luego de una etapa de reposo en que Boulanger de Chorìè se sumía en un silencio hosco y sus ojos se tornaban glaciales y opacos, empezó su nauseabunda evangelización, de modo que usted pudiese entregarse de manera visceral a la orgía. Y mientras lo introducía en los que llamaba “*maison de espécialistes*” (y cómo ha recordado usted en todos estos años de postración a Hipólita, la Venus de ébano de La Casa de Nina, N.° 10 de la Rue Babylone, y a Urania, la diosa lésbica de la casa de madame Laure, Rue Mesnier) le explicaba, ora afectando aburrimiento, ora zahiriéndolo por su rusticidad y pudibundez, los principios y códigos en que consistía su religión infame.

»Y así, mostrándole láminas licenciosas y leyéndole poemas y fragmentos de autores libertinos, Boulanger de Chorìè empezó por dejar establecida (este era uno de los puntos esenciales de su doctrina) la fundamental diferencia entre la sexualidad y el erotismo. La primera (la fornicación, la cópula) pertenecía, dijo Boulanger, al orden animal y a la naturaleza, y tenía una finalidad abyecta: la reproducción; el segundo, continuó, era producto del espíritu y de la sensibilidad, es decir, recalcó Boulanger, de la civilización, y para su consecución no eran en absoluto indispensables los órganos genitales. Entonces, Boulanger, François Denis Boulanger de Chorìè, le reveló (fingió revelarle) su gran secreto: como esas sectas orientales de monjes que se castran voluntariamente para elevarse hasta la divinidad, él (Boulanger de Chorìè) había alcanzado en su perversa cruzada el altísimo don de la impotencia y la esterilidad, luego de que una prolongada, tediosa y febril

gimnasia sexual lo hubiera llevado a contraer el mal gálico. Y esto como homenaje a Baudelaire, a quien, aseguró con énfasis Boulanger, consideraba su profeta y maestro, no siendo él más que un discípulo indigno y temeroso.

»—¡Farsante degenerado! —dijo Benalcázar—. Creo haberle dicho yo cuál era el vicio particular de Boulanger, ¿verdad, Carrasco?

»Sí, bien que lo recuerdo, Benalcázar; pero no fue la pederastia (o la rosquetería, como dice usted) el laurel que portaba Boulanger. Ya desde los primeros tiempos en la Fleur Blanche se sentía inquieto por ciertos guiños de ojos, ciertas risitas y ciertos comentarios en jerga prostibularia de Rachel que usted no llegaba a comprender del todo, pero que usted solo fingía ignorar evitando así preguntar, indagar, con un oscuro sentimiento de contrición semejante al que nos impide abrir la puerta de una alcoba por temor a sorprender a personas que nosotros respetamos entregadas a prácticas indecorosas. Y cuando volvía a encontrarse a solas con Boulanger, evitaba mirarlo de frente y escudriñarle los ojos, que por lo demás conservaban ese fondo de burla y de ausencia. Con el tiempo, y como el placer es por esencia egoísta, usted se olvidó del asunto y no perseguía otra cosa que perderse en lo que Boulanger llamaba con desprecio “el légamo carnal”. Pero cierta noche (fue luego de la penúltima y más larga desaparición de Boulanger) en la casa de madame Laure, Urania, la sacerdotisa de Lesbos, como la llamaba Boulanger de Choriè, que por su misma condición era capaz de satisfacer con indiferencia todas las depravaciones de los hombres, mientras usted le sugería una posición particularmente macanuda, de pronto gritó: *Oye, sucio marica, ¿por qué mejor no vienes a compartir la cama con nosotros?* Entonces usted, sorprendido, aturdido y guiado por el instinto, desnudo y todo se precipitó hacia los cortinajes y, al descorrerlos, se encontró con Boulanger, cuyo rostro lucía pálido y desencajado, la mirada errática y desamparada. Pero el pasmo le duró solo unos instantes y luego, volviendo en sí, Boulanger de Choriè

recuperó el empaque, las comisuras de los labios se distendieron en una mueca de cinismo y sus pupilas adquirieron la misma frialdad azul con que lo miraron la primera vez que en su apartamento recobró el conocimiento. *¡Vamos, mi pequeño Odar!*, exclamó, *¿por qué me mira así? ¿No le tengo enseñado acaso que solo los placeres viles son exquisitos?*

»—¡Nada más que un maldito *voyeur*, un asqueroso mirón! —dijo Benalcázar—. Tuve ganas de vomitar, Carrasco. ¿Creerá que sentí algo de piedad por el pobre infeliz?

»Pero también excitó su curiosidad, Benalcázar, como, con una sinceridad que lo enaltece, usted ha admitido, a tal grado de participar, si bien unas pocas veces, en los deleites del voyerismo. Un placer singular deparaba el no ser marionetas de una representación para el goce de ojos ajenos, sino ser estos mismos ojos que miraban, por ejemplo, a Urania sometiendo a su imperio a la bella Hipólita. Desde entonces, bajo la guía y patrocinio de Boulanger, usted incursionó en el ilimitado reino de la lujuria y bebió, como le dijera muchos años después Atabaliba Atarama, *del cáliz de oro de los placeres malignos*. Placeres en los que se mezclaban lo exquisito, lo sórdido, la helada crueldad, la irónica (la selecta) estigmatización verbal, la liturgia escatológica, los simulacros necrófilos. Sin embargo, la lujuria (o “el erotismo”, como prefería llamarlo Boulanger) es un territorio sin fronteras, pues la sustancia del hombre, como peroraba Boulanger de Choriè, es la insatisfacción. O acaso la nostalgia, como se ha venido usted diciendo en todos estos años. Porque, como le confió a Boulanger, y por primera vez este lo escuchó sin ironía ni burla, a medida que se fueron tornando más execrables sus orgías, para estimularse se entregaba a fantasías con los frutos silvestres de la tierra. Pensaba usted, por ejemplo, en Visitación Cabrera metamorfoseada en perra loba y en el viejo don Jerónimo olfateando y lamiéndole sus partes; o en usted y don Jerónimo, hijo y padre, poseyendo a

la misma concubina. Y aun llegó, en una atroz noche de coñac y ajenjo, a imaginar a Eleonor Acevedo mirando una orgía en que la cortesana asumía el rol de Eleonor Acevedo muerta. A los cinco años de su estancia en París, usted aprendió a tener confianza en sí mismo y pudo compartir los negocios con los placeres. Ya no era más el muchacho tímido. Ahora (con fatuidad) le contaba a Boulanger de la admiración que suscitaba entre las mujeres pervertidas, su potencia, su sangre tropical, ruda pero sana, que le permitía (según el estricto código que le impusiese su ángel del mal) la entrega celebratoria a la orgía y el retardo pasmoso de la evacuación».

«Bueno, volví a mis meditaciones, François Boulanger contaba con ser acogido por el "pequeño Odar", pese a la repugnancia que a este le suscitaba su estado calamitoso, por decirlo piadosamente. Pero en la última reaparición sucedió de otra manera. Odar descubrió que ya no necesitaba a Boulanger para que lo guiara por nuevos antros del vicio (¡al fin, ha terminado por comprender que todos los burdeles se parecen!), sino que lo necesita para charlar, para aprender a decir las cosas más indecentes con impecable urbanidad; lo necesita para que termine de limarle su dicción francesa y, en suma, para que lo ilustre y le imprima algo de finura a su espíritu. Y recordé cuánto tuvo que batallar Benalcázar con su orgullo para hacerme esta confidencia. Más duro le resultó hacerme otra revelación.

»—¿Creerá, Carrasco —me dijo— que gasté inútilmente varias semanas en dar con él?

»Merodeó por cafés y cervecerías que, según averiguó, frecuentaban los artistas. Una vez desde el cerro de Montmartre creyó alcanzarlo a ver frente a un caballete de pintor, pero cuando bajó lo más rápido que pudo, caballete y pintor habían desaparecido. En otra oportunidad le pareció distinguirlo a la entrada en la Gare Saint-Lazare, mas al abrirse paso hasta el lugar,

Boulanger, si es que fue Boulanger, se había escabullido entre la muchedumbre. Igual suerte corrió en el Barrio Latino. Antes de abandonar la búsqueda, acudió durante una semana al mismo bistró en que, entre ajenjo y ajenjo, se franqueó por primera vez con François Denis.

»Benalcázar, recuerdo, cogió los prismáticos y estuvo contemplando un momento las dunas.

»—Pero, ¿sabe, Carrasco —me dijo luego—, cuál es el mejor antídoto contra estos estados de ánimo?

»Dijo una grosería que de ningún modo voy a escribir aquí. Benalcázar aprendió a ser indecente, pero fue un mal alumno de François Boulanger en cuanto a urbanidad. Le pregunté:

»—¿Y surtió efecto el antídoto?

»Me desagradó el gesto que hizo, impropio de un hombre de su edad, de su rango social, además inválido. ¿La libido iguala a los seres humanos? Con alguna vehemencia me remecí en la poltrona. ¿La libido es semejante a la muerte?

»—Mire —me dijo Benalcázar—, me olvidé de pamplinas espirituales: mi verdadero alimento son los frutos carnales.

»Y volvió al desenfreno, pero ahora disponiendo de un variado ramillete de rosas del arroyo, bellas y depravadas, entre las cuales cierta Monique le proporcionaba placeres singulares porque era capaz de comprender sus nostalgias de hombre proveniente de una tierra fogosa y elemental.

»A continuación, poniéndose serio, declaró:

»—Pero, entonces, Carrasco, empezaron a llegar las primeras noticias de la Guerra con Chile.

»—Sí —dije, con la cabeza reposando sobre mis manos cruzadas—, le llegaron las noticias de aquella misma guerra que dejó un gusto amargo en nuestra infancia y juventud. Siga, por favor, Benalcázar.

»¿Cómo no imaginarse que su primer impulso fuera correr y reunirse con algunos compatriotas cuya amistad había rehuido desde que cayera bajo la influencia de Boulanger? Fue una noche de reminiscencias, lágrimas y exaltación guerrera, en la que juraron retornar para defender la patria. ¿Podía ser de otra manera? Ahora, lo que nunca se sabrá es cuántos de ellos retornaron de verdad y, si al retornar, tomaron las armas y lucharon e incluso murieron. ¿Acaso no fueron los niños los que mejor defendieron Lima en San Juan y Miraflores? Soy hombre ponderado, todo el mundo es testigo, pero me subleva el corazón recordar esta guerra oprobiosa. En fin. Benalcázar regresó a su apartamento, creo que me dijo que silbando tonadas marciales, ¿y a quién encuentra? Nada menos que a Boulanger. Pero no fue esto lo que sorprendió al "pequeño Odar", sino que, lejos de estar hecho una piltrafa humana, François Boulanger de Chorié lo esperaba, delicado y maligno, con un nuevo traje de *dandy*, pero esta vez menos estridente y de mayor elegancia. Odar se repuso de inmediato de la sorpresa y le contó a François Denis las noticias recibidas y la decisión tomada.

»—¿Puede decirme, Carrasco, cómo reaccionó Boulanger?

»No pensé demasiado antes de responderle. Tal como supuse, Boulanger (el maestro, el lacayo, el proxeneta) lo escuchó con aburrimiento glacial; luego, como una encantadora serpiente, zahirió la rusticidad de sus sentimientos calificándolos de fruslerías patrióticas. Más adelante sentenció: *El hombre civilizado carece de patria. Y si todavía es necesario utilizar noción tan anacrónica, debo recordarle, a mi pequeño Odar, que la única patria es nuestro propio cuerpo*.

»—¡Maldito bribón! —dijo Benalcázar.

»Porque Boulanger de Chorié, con un rostro y una voz desconocidos, prosiguió hablando. Pero hablaba demasiado rápido, es decir, rápido para Odar, pues se expresaba con moderación, aunque los ojos le centelleaban.

Odar, me contó, creyó escuchar nombres que le eran vagamente conocidos, exactamente esos nombres que figuran en los libros de historia patria y religiosa. Lo que sí entendió fue la triple *¡Merde!* con que terminó Boulanger su filípica. *¿Mierda?*, dijo Odar. ¡Hasta el individuo más degenerado tiene sus secretos ídolos! Y, después de todo, Odar Benalcázar no pasaba de ser un viciosillo; de modo que se acercó a François Boulanger y tomó conciencia de que en todos estos años se había convertido en un hombre alto y robusto, y en cambio Boulanger se le antojó un adefesio de hombre, frágil y temeroso. ¡Vaya, no había olvidado el repertorio de improperios de la santa tierra! Se los fue espetando, mientras decía, *¿Dios? ¿Has dicho historia? ¿Patria dijiste?*, al tiempo que, cogiéndolo del chaleco baudeleriano, comenzó a abofetearlo.

»—No sé qué me ocurrió, Carrasco. Menos mal que logré contenerme.

»Sí, logró contenerse, pero el francés yacía en el suelo. Pasado el arrebato, Odar empezó a sentirse avergonzado y, más todavía, a sentir un poco de lástima por el miserable bribón. Cuando se disponía a ayudarlo a levantarse, Boulanger (François Denis Boulanger de Choriè) se incorporó y, limpiándose con un pañuelo la sangre que le surtía de los labios y de la nariz, le dijo: *¡Exquisito, señor Benalcázar! ¿Cuándo partimos para el Perú?*».

Capítulo VIII

Solo en el palacio

Advengo ahora al momento más aborrecible de esta historia, y yo no soy quién para condenar a los míos por haber clausurado de la memoria familiar este agravio que nos afrenta más allá de nuestro linaje. Por eso me he repetido, aquí en este pueblo, junto a la muchachita con la que convivo y a quien yo, Martín Villar, el maestro, su maestro, seduje, me he repetido, digo, que no necesariamente coinciden las razones de la vida con las razones de la literatura. Vamos, me he estado diciendo todos estos días y tardes y noches, transfigura esta herida abierta y ominosa en una feliz circunstancia de deleite verbal, tienes (para ello) este insuperable cielo, tienes los médanos candentes, tienes los árboles ásperos y nudosos y los chopos espinudos y los cactus alucinantes y los animales que corren y reptan o se arrastran o vuelan, como los sempiternos gallinazos que ahora describen círculos letales sobre la carroña de alguna bestia de monte. Y están, asimismo, los suntuosos insectos de carapachos tornasolados, está la erizada piel de la noche y la noche misma como realidad absoluta; están las alimañas y los pájaros nocturnos; están los ojos de culebra de la ciega Gertrudis y están tus ojos, Deyanira Urribarri, tus luminosos y dorados ojos, conjurando aquella mirada. Y tienes (volviendo a la historia) la ostentosa mansión erigida sobre el esplendor perpetuo del desierto, el seudo palacio renacentista levantado con adobes de la tierra y revestido con opulento mármol (y esto, según diseño de un insólito y

ambiguo arquitecto francés); tienes el pueblo, la Calle Real de la infamia y las otras calles, y parajes y recodos, y las casas arrasadas por las aguas y los vientos y la arena eterna; tienes los viejos fantasmas, fantasmas con rostros y ojos y manos y rictus; tienes las altas pasiones de la envidia y el rencor y la cólera y el honor y el deseo; tienes a los tuyos; te tienes a ti, a la familia y al linaje emblemáticos, tu torturada invención con que pretendes conjurar tu soledad; y tienes, en fin, al hombre poderoso, el magnífico animal rubio, el macho ultrajado que ahora, flanqueado por tres, cuatro, cinco, diez jinetes sombríos (no del Apocalipsis, mas sí de la vindicta y el castigo), atraviesa con ímpetu, no el Jordán, no el Jordán, apenas el impetuoso Chira, río de indios, río de tus antepasados. Vamos, me he dicho, me he repetido con urgencia, pon en libertad todas las cabronadas literarias que has venido aprendiendo mientras urdías esta historia; vamos, suéltate, desbócate, que así mitigarás el oprobio y todo habrá de diluirse en un saturnal de palabras y no añadirás horror al horror, y así no será necesario apelar al perdón de tus antepasados por esta infidencia, ni la desconocida y cálida y tantas veces convocada voz de tu progenitor te dirá *¿qué pretendes?, ¿qué buscas?, ¿por qué estos extravíos?* Ni Santos Villar (el todopoderoso, la mirada que todo lo ve, el tirano, el protohombre y padre esencial) habrá de arrepentirse de haberte ayudado a nacer, de haberte conferido su temible bendición antes de morir, arrojándote del paraíso que nunca conociste.

Y así empecé a hurgar en mi memoria y en mi memoria no hallé sino el silencio, el vacío, la nada, salvo las imprecaciones proferidas por dos ancianos que tenían la vejez y la demencia de la tierra y de todos los linajes, imprecaciones escuchadas en el remoto día en que terminó mi infancia, día funesto y ejemplar y exultante en que el horror y la vergüenza me dijeron *Bienvenido, muchacho, este es tu lugar en el mundo*. De modo que así, a tientas, ciego y vacío, fui convocando otras voces, otros manes, otros

poderes. Porque no existe este episodio en los infinitos lances de bastardía con que está tejido el desaforado cantar del Ciego Orejuela. No existe en la incompleta y cuestionable biografía de Sansón Carrasco sobre el bandolero Isidoro Villar, ni en los anales ni cronicones de la santa tierra piurana, ni en los archivos del municipio, ni en los registros parroquiales, ni en los bárbaros partes de la policía rural, ni en los expedientes judiciales. Tampoco en el relato interminable de Altemira Flórez, que me amamantó refiriéndome la atribulada historia de los Villar, ni en los monólogos demenciales de la vieja Primorosa, ni en los embustes prostibularios de Catalino Villar, ni en la saga portuaria y sindical y bolchevique de Silvestre Villar, ni en los cuadernos testamentarios que me legara mi infortunado padre. Porque aquello no fue olvidado (oh, paisanos, no fue olvidado), sino silenciado, callado, ocultado (sepultado, soterrado) bajo setenta veces siete candados, como los cementerios indios bajo el vientre del desierto, como el botín del triste bandolero Isidoro Villar escondido bajo el amparo de los médanos errantes. Y todo ello para que la vida, nuestra vida, no resultara intolerable.

Pero yo necesitaba saber desde antes aun de la tarde que me arrojaron de cara al horror, a la vergüenza innominada. De modo que indagué (en vano indagué) aquí y allí y allá. Indagué (supliqué, constreñí) a los míos, indagué a mi sombra y a mis sueños. Indagué a la divinidad, indagué (invocándolo, convocándolo, según conjuros y salmos aprendidos de labios de la ciega Gertrudis) al sublime y tenebroso enemigo y solo me encontré con yermos de desolación cargados de sospechas, y con enigmas y silencio, y con el pánico y el vacío. Hasta que por fin atravesé el paraje de las dunas y llegué al recinto de don Asunción Jaures. No he de repetir aquí el tumulto de visiones de las cuales ya he dado cuenta. Ni siquiera me atreveré a describir ese puñado de imágenes fugaces, herméticas, desgarradas y pavorosas. He de recordar solamente el llanto de don Asunción Juares limpiando mis sentidos con

chontas y sables para detener el raudo flujo de las imágenes y las voces propiciatorias. *Es suficiente, basta; es demasiado, hijo*, recuerdo haberle escuchado en el aturdimiento y el delirio. Y después, cuando las visiones y las voces cesaron, agregó: *Es que el agravio es como el hueso de nuestra vida. Somos sangre agraviada. Eso somos*. Por eso, después de que desperté bajo el oberal semisepultado por la arena y después de deambular por entre las tumbas olvidadas de los míos y las tumbas de tantos otros, retorné a Congará, preguntando *Pero, ¿de verdad ocurrió? ¿De verdad?* Y en cada esquina y en cada puerta o ventana o balcón o postigo (de casas habitadas o no, en pie o derribadas), me encontré con la respuesta inapelable y unánime: *Ocurrió, ocurrió*.

MARTÍN VILLAR (*Como si en el fondo desease que aquello no hubiese ocurrido*). Pero, ¿de verdad?

LAS VOCES (*De ancianos y ancianas, vivos y muertos: desafiantes*). ¿Quieres testigos?

MARTÍN VILLAR (*Anhelante*). ¡Nómbrenlos! Por dios, ¡nómbrenlos!

LAS VOCES (*Midiendo el alcance de lo que van a revelar*). ¿No te arrepentirás? ¿Resistirás la verdad?

Les prometí, les juré resistir, no quebrarme. Y lo que entendí (lo que creí entender) lo digo, lo traduzco, lo ordeno.

Fueron testigos los viejos de entonces, que ya murieron. Y los churres, que somos los viejos de ahora, que ya hemos muerto o vivimos, pero es como si ya estuviéramos muertos, finados. El segundo en verlo (al blanco Benalcázar)

fue don Leal Saldarriaga, desde el desembarcadero de Los Carrizos. El segundo, porque el primero fue un churre de diez años a quien don Saldarriaga le entablillaba una de las andaderas, y que soy yo. Y fui yo el que alertó a don Saldarriaga: *¿Don Saldarriaga? Che, si antes parece el blanco Benalcázar el que viene cruzando el río*. Lo vi o, mejor digo, los vi, porque alcancé a contar dos, tres, cinco, nueve, diez jinetes que lo acompañaban. Le dije: *Ahí vienen*. Pero ya ustedes saben, muchachos, cómo era Leal cuando andaba componiendo huesos maltrechos: podía oscurecerse el cielo. Pero tanto sería el altercado de las caballerías luchando contra la corriente, que se animó a levantar la vista por el lado del río: *Jijo*. Fue todo su decir antes de volver a la componedera. Lo vio (dos veces) la señorita Domitila Diéguez. La primera vez cuando, según su modo de tantos años, hacía su paseo mañanero por ese lado de la ribera donde se remojaban las garzas. Dicen que iba a llorar solita y a platicar con el novio que le mató el chileno. Memoria que no olvida, rencor que no se aplaca. ¿Quién merece tanto amor? Y tanto odio, ¿quién? ¡¿Quién?! Vida extraña. De modo que debió guardar su lágrima al divisar la silueta de los jinetes con sus estampas de mírennos y no nos toquen, de a esconderse, mierdas, que va a llover. Pero no dijo nada: le costaba tanto salir de sus adentros. Solo los vio llegar y aun los siguió con la mirada cuando alcanzaron la orilla y tomaron rumbo hacia la mansión del blanco. La segunda vez no lo vio: lo enfrentó, lo afrentó, pero ya para esto todo estaba consumado.

También lo vio la muchachada de entonces, los vagonetas contumaces y pendencieros, los cumpas de tu tío Catalino. Para nombrártelos: Felipe Morán, el potroso Jacinto Castillo, Félix Farfán (el Ovejo Farfán), los mellizos Canterales, Simón Guerra, al que motejábamos Simón, El Enamorado, y otros cuyos nombres se me escapan pero que nos parece estarlos viendo y que murieron con la bubónica o la viruela negra. Murieron,

sí, con las pestes, echando espumarajos, con la cara, con el cuerpo lleno de pústulas, pobres cumpitas. Lo vio, también, Domingo Medina, el único amigo de verdad que se le conoció a Santos Villar, tu abuelo, ¡tu abuelo!, no sé si decirte feliz o desdichado de ti. Lo vio Petronila Jaramillo, que a la puerta de la iglesia plañía con el Muerto Brígido, que era el sacristán. Lo vio, tocada con su turbante negro, Visitación Cabrera, mientras llevaba de la mano a una torcaza; para no hacerte adivinanza, me refiero a Faraona Cherres. Testigos, asimismo, fueron los indios catacaos de las calles Estereros y Plateros, y los pirotécnicos y músicos sechuras del barrio El Almendro, y los pescadores colanes de El Conchal. Desde la chichería de Las Tacaleñas lo vio, borracha perdida, la cómica del circo que quedó abandonada en el pueblo al huir la Villar. Y, en la calle del Guano, lo vio pasar el Síncero Nicasio, que era, como quien dice, el cargamelaspuertas, el tumbado por la burra, en una palabra, el huevetas del pueblo, y que justo ese día odioso se la pasó persiguiendo a una burra, blanca y tiernita. Y, antes que se me olvide puntualizar, qué hiel trascendería don Odar, que hasta el Atormentado Trelles cortó su palique con los pacasos de la plaza. El Atormentado Trelles, cuánto no lo atormentamos nosotros con nuestras burlas, Dios nos haya perdonado. Por si no lo sabes, era el loco más antiguo del pueblo, porque, con tu perdón, el Moñón, digo Inocencio Villar, era muy tierno entonces para considerarlo entre los atormentados de la vida.

Lo vio (¡y cómo él no iba a verlo!) el matarife del pueblo; santíguate, porque me estoy refiriendo al pérfido don Clemente Palacios, al que Santos Villar, según dicen (pero no sabemos, nunca se sabrá), vendió la misma noche de ese día oneroso su alma para que le enseñara sus salmos de maldición, que luego, después de lo que te estamos haciendo memoria, él (Santos) lanzó (dicen, no afirmo, repito lo que oí) no solo contra el linaje del blanco Benalcázar, sino contra el propio pueblo que lo vio nacer. Mira aquí y

allá y más allá, y dime tú si todavía no estamos padeciendo aquella condenación. Y, por último, lo vieron (¿pero qué digo?, ¿lo vieron?, sí, sí, lo vieron), lo vieron, decimos, los Ciegos Caminantes, porque justo era sábado y ellos andaban con el tantán de su tambor cargando la urna con la Santísima Crucecita del Niño. Todos ellos pueden atestiguar, los vivos y los que estamos muertos. Te decimos esto porque en este pueblo de muertos finados y vivos andamos cruzándonos, revolviéndonos, y no hay nada que hacer. Como este viento y esta arena trabados en una lucha que no cesa.

¿Incrédulo aún? ¿Tan poca cosa te merece nuestra palabra? Entonces pregúntale a este cielo bajo el cual nacimos y morimos nosotros y los de tu sangre. Pregúntale, ¿eh? ¡Pregúntale! ¡Pregúntale! Y él avalará mi palabra y mi boca que pronto se llenará de tierra. Haz la prueba, muchacho. Ahí tienes el cielo y el viento y las arenas. Tendido sobre la tierra pregúntales, que también fueron ellos testigos. Como lo fueron los animales de la noche que anuncian la desgracia. Tantas cosas, la candela, por ejemplo. ¿Te contaron cuánto habló la candela del fogón de los Villar? ¿Habló? ¡Vociferó, que antes era un vicio! Desde la noche anterior y desde que despuntó el día, y luego la mañana entera. Y por si esto no bastara, el gato empezó a lavarse la cara más allá de lo que la vanidad les ordena. ¿Acaso Santos Villar no sentenció *tendremos la visita que merecemos*? O, por último, pregúntale al vichayo que sembró, según es ley, la india Sacramento Chira, madre y abuela de todos los de tu sangre. ¿No te lo reveló la pócima sagrada que bebiste en la choza de don Asunción Juares? Porque, allí mismo, donde tu bisabuelo amarraba a los muchachitos para que le descubrieran el destino de los de su linaje, allí mismo fue arrojado y poco menos que crucificado, y esto bajo la vigilante mirada del colambo preferido de tu abuelo Santos (y que otros dicen que era él mismo), ah, Santos y sus poderes y maldades. Sí, también el vichayo fue testigo. Ora ante él, invócalo, por si de veras deseas saber la verdad. Y antes

que nada, resígnate a saberlo, métete bien esto en la cabeza, en el entresijo: todos fuimos testigos porque todos esperábamos que lo que debía suceder sucediera. Si es ley del hombre castigar, ¿iba a ser el blanco menos que cualquier hombre ordinario? Por eso estuvimos esperando dos, tres días, que nos parecieron una enormidad, un tiempo grande, como el tiempo de la expiación que rige en la otra orilla de la vida. Te repito: dos, tres días, como en ascuas, con el gusano allí royéndonos el alma, inquietos, gozosos o con cólera, según el corazón de cada quien. ¡Pero cuánto tardaba el indigno! Hasta que por fin corrió la voz: ya llega, ya llegó, mírenlo de quiénes viene acompañado. ¿Íbamos a perdernos la espectadera? ¡Qué circo ni qué circo! Cosas así suceden cada quinchonal de años. De modo que nos olvidamos de trabajar y todos nos concentramos allí donde mejor podíamos mirar. Era un sábado, repito, y ya la Villar andaría quién sabe por qué mares y mundos.

MARTÍN VILLAR (*Como si de súbito cayese en la cuenta*). Pero, antes, esperen. Un momento. Nada me han dicho de la gente de la casona.

LAS VOCES (*Con actitud misteriosa, críptica*). ¿Te refieres al palacio que estamos divisando?

MARTÍN VILLAR. ¿Palacio? En fin; sí, el palacio. ¿Qué vio la gente allí? ¿Qué oyeron?

LAS VOCES (*Sentenciosas, sibilinas*). Vieron lo que debieron ver, y oyeron lo que debieron oír.

Reprimí mi enojo, mi impaciencia; pero, al fin, remisas, empezaron a hablar, y lo que contaron, palabras más, palabras menos, yo cuento. Años

después, años antes, lo fueron sabiendo; no por el mayordomo, que era un zambón creído, hijo de la guayaba, sino por el encargado del huerto de los naranjos, por el caballerizo, por el sanitario, por el gallero, por el muchacho de los recados: esto del lado de los varones. Por el lado de las mujeres lo supieron por la cocinera, por la negrita fámula de la ñaña Paulina, por las limpiadoras, por las costureras; no por el ama de llaves, que se daba aires de gran señora, ni, al principio, por Faraona Cherres, que guardaba veneración por el niño Odar. Más bien de los principales poco o nada supieron. Qué iban a saber del alemán Hans Albrecht, que parecía sentir asco por los mestizos, cuánto más por los cholos o los indios o los morenos. Ni por ese engendro de hombre que era el francesito, con su andar de quien pisa huevos. Algo de relleno, en cambio, les dio el maestro Atarama, el que hacía versos y andaba arrimado a la mansión, y terminó seduciendo a la pobre inválida, pero que en secreto dicen que anduvo de lo más caliente, con tu perdón, por la Villar.

Vieron y oyeron. Lo vieron (al patrón, al más blanco y señor entre los blancos y señores de la región). Llegó acompañado de diez jinetes, y al único que conocían era al Bocarrajada, caporal y guardaespaldas del patrón, sujeto de risa peregrina, abusiva. A los otros nunca los habían visto. Ni en pelea de perros. Ni en sueños. En sueños, en las pesadillas, los verían después, sobre todo al que nombraran Vizcacha Blanca. Miraron: ponchos color de la mora; sombrerudos; faz amarillenta, blancona; la barba rala; verdosos, salitrosos, los dientes; ojos claros, pardos, zarcos, verdes gargajos, azulones. Mirada neutra, demasiado lejana o cercana, según el caso, pero dañosa, raspante. Bestiaje ordinario, fuerte, carona de pellejo de carnero por ensilladura. Carabinas a la bandolera, machetes; pantalones de bayeta, bastos; llanques en los pies, más bien en las patas, en los cascos. Dictaminaron: serranos, contramontoneras reclutados por don Benalcázar en sus haciendas de las alturas, pues, antes que se nos olvide, estábamos en guerra, y un papel que

nunca leímos decía que don Odar había sido nombrado jefe de la región por el gobierno constitucional del general Cáceres. De allí que, en llegando, corrió la voz que venía a reprimir y a castigar a los revoltosos y rebeldes y díscolos. Este fue el fundamento, el falso, porque el verdadero todos lo sabíamos. De modo que lo vieron llegar al frente de esa gente impía, sanguinaria. Obedientes, pero no sumisos, a la orden del patrón permanecieron en las caballerías, sin descabalgar. Allí, montados, mientras atisbaban en la lejanía el círculo nefando de las aves, bebieron la leche que en chiculas les alcanzaron los sirvientes del establo. Leche fresca, tibia, recién ordeñada. Quien sí desmontó fue el Bocarrajada. Mucho y señor, bajó a hacer aguas por entre los cocoteros.

Vieron bajar al blanco Benalcázar y subir las escalinatas del pórtico. El caballerizo sujetó por las riendas a Expedicionario. Mozo de buen corazón, sintió pena por el animal, corcel blanco como el alba y rutilante en la limpia mañana. No rutilante. ¡Cuántas leguas no habría galopado a revientacaballos! Le temblaba la pelambre, de los ollares y belfos le discurría una baba espesa, copiosa sangre de los flancos drenados por las roncadoras, los tábanos empezaban a martirizarlo. Meses después, cuando fue tomado como trofeo de guerra por Isidoro Villar, era ya una bestia herida de muchos achaques, vieja. Según decires, tu tío Isidoro, que era más bien avariento en cuanto a la habladera, supo decir sin embargo: *El natural del hombre, inocente o culpable, es sufrir, y sus cojones, soportar el castigo por los pecados propios o ajenos. Pero no un animal, ¡carajo!, ¡no un animal!* De modo que le pegó un tiro certero. Expedicionario se desplomó como si le hubieran quebrado las cuatro cañas. Pero la última mirada que le dio a su nuevo amo fue de gratitud. Y él, Isidoro Villar, volvió a montar al Colorado, el de los cabos negros. Pero estos son decires, cuentos, y nosotros te estamos refiriendo la mañana en que

a Expedicionario se le acabó hasta el aliento para relinchar, y con lo que a él le gustaba, soberbio, parándose en dos patas.

No se detuvo en el pórtico, bajo las columnas. A lo último, por las mañanas, muy tempranito, era su gusto pararse allí en compañía de la concubina, a mirar los naranjos hechos oro por el sol mañanero. A la caída de la tarde prefería los otros portales, los que miran a Colán, a Paita. Lo acompañaba también la Villar; a veces, la naña Paulina, el maestro Atarama, el francesito. Nunca Hans Albrecht. Me olvidaba de recalcar esto: nadie de la servidumbre ni del peonaje osó mirarlo a los ojos, que estaban como si les hubiera dado un chucaque, ahuevados, zonzones, como si antes el deshonor fuera de ellos. Pero el corazón humano es jodido, peregrino: no faltaron los que, en lo secreto (¿también nosotros?), se alegraron, sintieron gozo y fue fiesta. Gente rencorosa, de sangre revuelta. Lo odiaban (¿lo odiábamos?) por ser buen mozo, blanco, rico, y por lo manaturalosos y abusivos que, más que él (todo ha de decirse), habían sido su padre y el padre de su padre. ¿Raza perversa? Esto lo oímos decir a don Cruz Villar, con palabras que más parecían de su hijo Santos, el día que al fin descubrió la raíz de su desgracia. Pero la curiosidad mayor fue esta: que después de haberla odiado y envidiado tanto hasta desear verla muerta, ahora como que sentían respeto por la Villar; les oímos decir que, con su huida, ella los había vengado. ¿Son razones estas? ¡Vaya usted a pensar en la vida!

En el pórtico no se detuvo. O si se detuvo, como aseguran otros, fue para mirar, en lo que dura un temblor de sangre, el racimo de letras que coronan la gran puerta de entrada. La gente de la casona (como tú la nombras) le llamaba «el blasón», «el escudo». Por si aún no has visto esa vanidad: está formada por las iniciales de los apellidos y los nombres que sabían usar los Benalcázar León y Seminario. Letras muy bien dispuestas, una filigrana en estuco, y allí las tienes resistiendo al tiempo, *pero ahora son el epitafio de un*

mausoleo desierto, ruinoso, como decía con prosa el maestro Atarama en los últimos años de su vida. El mayordomo, empalagoso y trivial, le abrió la gran puerta y entró, entraron, él y su sombra: primero él y después su sombra, porque el sol estaba alzándose por el oriente. Hizo a un lado a la morenita que quiso aliviarlo de las espuelas. Hay que puntualizarlo: espuelas de plata espesa y chapeada, como todos los arreos y aperos que él sabía usar. Hombre soberbio, magnífico, pese al medio siglo de vida disoluta que llevaba encima. No oyó ni respondió los saludos de la servidumbre, como antes, afuera, mientras venía a trote por la avenida de los cocoteros, no oyó los mugidos ni los relinchos del bestiaje de la pesebrera y del establo. Tampoco oyó el alboroto de las aves de corral ni el canto de los gallos. Ni el graznido del cernícalo que destempló el firmamento. Ni siquiera la fantasía de trinos de las chirocas y los negros y las luisas y las soñas de las pajareras de la ñaña Paulina. De la niña Paulina, no de la Villar, aunque era la Villar quien les prodigaba sus desvelos. Nada de esto oyó. Lo que oyó fue el silencio. O, para mejor decir, el vacío que había dejado con su huida Primorosa Villar.

Atravesó el corredor de las estatuas, dejando sobre la alfombra color del tinto la huella de sus pisadas. Traía las botas y las polainas cubiertas de barro reseco, costroso; con la mano derecha empuñaba la fusta; del cincho, con buena guarnición de balas, pendía la cartuchera. La gente principal de la casa todavía no salía de sus recámaras. El alemán Albrecht, muy temprano, había salido a esperar el tren con destino a Piura. Ya por entonces la máquina debía estar por llegar a la estación de Sojo. Los sojeños estarían escuchando el resuello ferroso y el prolongado pitido, y viendo el penacho de humo manchando la claridad de la mañana. Apenas lo vieron venir por el corredor, las sirvientas que trapeaban el enlosetado del amplio salón y sacaban brillo a la porcelana y la plata se pusieron de pie. Se pusieron de pie, las manos sobre los blancos delantales, los ojos gachos, contritos. Un jarrón cayó al piso

hecho astillas. Un dineral, cosas finas, de lo mejor. Hubo llantos, pánico, azoramiento. Pero el blanco por qué mundos no andaría. *Buenos días de Dios tenga usted, don Odar*, lo saludaron según el recatado modo de esos años. De ordinario, este Benalcázar era hombre correcto, decente; los vicios que lo adornaban eran de otro surtidor. Pero ahora le sacó el parecido al viejo don Jerónimo: no respondió el saludo, más bien fulminó a las sirvientas con la mirada. Mirada agraviosa, de asco y de furia. Esto duró un parpadeo, un chis, porque sus ojos habían dado con el cuadro exagerado que el francesito le hiciera a la concubina, a la Villar.

El francesito: hombre peregrino, de mil rarezas, un extravío o un regalo de la naturaleza, según el cristal con que uno mirase. ¡Qué no sabía! ¡Tantas habilidades que era para ponerse a cavilar! Era de todo. Ponte tú, desde fotógrafo a cocinero y modistón. Modistón, ¿es este un oficio decente para el estatuto de un varón? Pero él, feliz, le diseñaba los trajes a doña Grimanesa, a la ñaña Paulina y, a lo último, a la Villar. La Villar fue su consentida y la emperifollaba hasta hacer morir de rabia a las blancas, hijas y madres. La hacía brillar, la exaltaba, la elevaba por los cielos para hacerla más codiciable aquí en la tierra. Ahora, que si al hombrecillo de miércoles no se le conoció hembra, tampoco (todo hay que decirlo) se le conoció macho, ni nunca se supo de ninguna inquietud ni pasión nefanda, aunque no faltaron hombres perversos que quisieron hacerlo caer en tentación. Hemos oído que los últimos años los pasó restaurando las viejas pinturas de las más antiguas iglesias de Piura. Él las halló arrumadas en las sacristías y sótanos, ya medio podridas y comidas por el comején. Al morir, lo enterraron los padres franciscanos con hábito de monje en el Cementerio de San Teodoro. Todavía allí debe estar su tumba. Y con esto no te he dicho nada de las virtudes que adornaban a este ser peregrino. ¿No has oído contar que él fue quien reconstruyó el palacio que los chilenos estuvieron a punto de quemar y

derribar? *Una joya de simetría*, oímos sentenciar a unos futres que hace muchos años vinieron a curiosear por entre nuestras ruinas. Y supongo que sabrás también que fue este franchute marrajo el que hizo el trazo definitivo del canal en el que todos trabajamos. Obra de tantos sudores (incluso los tuyos dejaron allí sus bofes), convirtió esos inmensos arenales en jardines y engrosó las arcas de los Benalcázar. ¿Tantas y tan diversas habilidades serían obra del Señor? La gente reveseaba, dudaba; cuántas conjeturas no se hicieron. Hans Albrecht lo odiaba. Lo odiaba por el vicio de virtudes que lo adornaban; también por su estampa indigna de hombre y, antes que nada, lo odiaba por ser francés. Antes de que se me vaya de la lengua, te contaré esta otra de sus rarezas: le gustaba dibujar al lápiz a la gente del lugar; no gente principal, sino cristianos humildes: indios, morenos, mestizos, cholos, gente así, ordinaria. Conforme el descarrío de su corazón, prefería a los viejos y viejas, y cuanto más viejos fueran, mejor. De este modo eran su fiesta los tullidos, los ciegos mendigos, los simples de espíritu, como el Síncero Nicasio. Por encargo de la hermana dibujó a tu tío Inocencio, pero antes de que se volviera un atormentado, cuando aún no lo motejábamos el Moñón Inocencio, por su pelo y barbas de Cristo. Entre las cosas con las que cargó la Villar dicen que estaba el dibujo que el francés le hizo a su hermano. Pero la obra que armó tanto barullo fue la tamaña pintura de la misma Primorosa Villar. Es ley que la pintó por mandato expreso del blanco Benalcázar. ¿No le bastaba con poseer su carne? Él quería otras honduras: aprisionar su ánima, ser señor de todas sus lejanías, como sentenciaba el prosista del maestro Atarama. ¡Cuánto gozo mirar aunque sea una vez ese retrato! Farita Cherres la alcanzó a ver antes de que doña Grimanesa le prendiera fuego en los días de la montonera. Lo único que sabe decir la Fara, con las agruras y el rencor de la vejez, es que era un cuadro del judío, indecente, de lenocinio, en que la Villar (ella dice *la mañosa de la Villar*) estaba poco menos que en cueros,

desvergonzada, mostrando una teta. Con qué ardides el francesito logró que la muchacha (porque no hay que olvidar que por entonces tu tía era una mocita que cuanto mucho andaría por los veinte años) posara con tanto descaro es algo que nunca sabremos. ¿Quiénes de aquí, hombres de verdad, no han soñado con ella? Díganlo, varones, viejos que pronto habrán de enterrarnos. Y, bueno, ante este retrato es que se encontraron esa mañana los ojos de Odar Benalcázar. Un estremecimiento hasta la raíz de la vergüenza. Belleza y burla, los años, la vida ya sin ella. Contaban las sirvientas que pensaron *lo va a tasajear, lo va a escupir, le va a decir las lisuras que se merece la perra*. Pero se sintieron desairadas, dicen que hasta ofendidas, porque el blanco, luego de mirar el cuadro unos instantes desmesurados, subió las escaleras que conducían a los dormitorios.

Escaleras altas, pero no empinadas, de subir suave, anchas, con escalones de mármol y pasarela de nogal negro. En su tiempo, eso relucía como el ajo: el mármol, la madera, la luz que se precipitaba desde una claraboya en forma de estrella cubierta de azulejos, como en las iglesias. Tú dirás: una fantasía, un sueño. Sí, sí, y también un escupitajo para nuestras propias vidas. Había diez alcobas, recámaras oí que las nombraban; cinco en cada costado: cinco para la familia y cinco para los huéspedes mayores. La servidumbre habitaba en la planta baja; en un lado, la servidumbre menor y, en el otro, los servidores copetudos y los huéspedes menores: el ama de llaves, la costurera, la institutriz inglesa y el maestro Atarama, que era como sirviente y huésped a la vez. La única que habitaba una recámara del segundo piso era la Villar, por eso el odio del ama de llaves y de la institutriz, que abandonó la casona bajo la especie de que no podía vivir respirando los perfumes corruptos que enviciaban el aire. Albrecht tenía aposento con los huéspedes de honor, pero él prefería habitar la buena casa que los Benalcázar poseían en la plaza del pueblo. El locumbeta del francés se había reservado una habitación en la

planta baja, a un costado del pórtico de oriente. A él le sosegaba esa vista, tan verde, desde que el canal entró en funcionamiento. Frente a su cuarto estaba el aposento de la ñaña Paulina, acondicionado allí en razón de su invalidez. Y quién iba a pensar que, con el tiempo, el maestro Atarama sentaría su trasero mogoso en la misma cama que la ñaña. Pero él talló bonito, lento, con lágrimas y versos y zalemas, hasta que terminó llevándola en brazos al altar. Verlo llevarla en sus brazos calló los decires, y las lágrimas brotaron sin avaricia. Fue en esta iglesia, y el arrebato mayor fue que se casaron en los días en que creímos que la peste acabaría con el pueblo entero. Echando sus versos, el muy prosista dijo que deseaban estar unidos ante Dios por si la muerte los alcanzaba. Ya para eso, el blanco Benalcázar andaba en silla de ruedas y, aunque jamás perdió la vanidad ni la arrogancia, la verdad es que ahora era el espectro de sí mismo, y el desierto y las arenas le habían entablado querella a la casona. Querella cruel, guerra sin armisticios, inclemente, que también sufrimos nosotros.

Vieron y oyeron. Lo vieron subir a los aposentos. Titubeó, afirman, hacia dónde dirigirse primero. Se decidió por su dormitorio. Apuró las trancadas, arrojando en un arrebato (¿de impaciencia?, ¿de cólera?) su catacaos purísimo, de los más futres y pijes, de anchas alas, como para señor de su valimiento. Estaba el sombrero sudado por la cabalgata, por tantos humores. Humores de blanco, de blanco ultrajado y que ya no era joven. ¿Te lo dije? Cincuenta años y una noche. La noche de su vida. Había envejecido. Vieron el sombrero en el suelo. Vieron el pelo ardorosamente encanecido del patrón. Nadie se atrevería a recoger el sombrero. El sombrero debía estar en la cabeza del amo. Era un buen sombrero, capaz de ocultar todas las canas. ¿Se puede ocultar el trabajo del tiempo? El sombrero quedó abandonado bajo la gran luz que se derramaba por las vidrieras del cielorraso. Benalcázar estaba desamparado, sin sombrero, acabado. La cólera del hombre que se sabe

fenecido para los júbilos de la vida es la más cruel, como una furia. Pronto, todos nosotros fuimos testigos.

Lo vieron empuñar la manija de su recámara. Pero antes de que él abriese vieron aparecer al ama de llaves. Mujer cuarentona, sin marido, blancona, lechosa, cualquierita habría tenido disposición para hacerle el favor, pero el orgullo y los rosarios le fruncían el rostro, lo estiraban. Rostro estítico, hepático, antipático. Nada más que abrir la boca y ya estaba diciendo que era de familia decente y que sabía el Credo y las cuatro reglas y la historia sagrada y las siete plagas de Egipto. Las siete plagas que después azotaron a este lado del mundo, a nuestra tierra, las siete plagas de las que hablaba Petronila Jaramillo, no solo ella, valgan verdades, todos nosotros, menos Santos Villar. Vieron surgir a la espantable mujer como a un espanto. La vieron y oyeron hablarle al patrón. Algo oyeron o creyeron que oyeron. Coligieron que decía:

AMA DE LLAVES. No he cambiado nada, don Odar. Para que usted comprobara con sus propios ojos. Oh, Dios mío. Qué mujer tan puerca. La muy perra...

MARTÍN VILLAR (*Pálido, sombrío*). Y Benalcázar, ¿qué dijo?

VOCES DE VIEJOS (*Vivos y muertos*). ¿Que qué le dijo? La mandó al carajo. Que se metiera la lengua donde tú sabes.

BENALCÁZAR (*Distante, con furia controlada*). Cállese, señora.

MARTÍN VILLAR (*En el mismo estado*). ¿Le hizo caso? ¿Acató la orden?

LAS VOCES. Si tú crees eso, no has entendido cómo era esa mujer.

AMA DE LLAVES. Es que la muy yegua...

BENALCÁZAR. Vamos, vieja, cállese.

MARTÍN VILLAR (*Pensando en otra cosa*). ¡Era una hermosa potranca!

VOCES DE VIEJOS. De ser, lo era.

VOCES DE VIEJAS. Corruptos. Carcamanes. Era una yegua, una perra, una indigna.

AMA DE LLAVES. Vaya y entre. Véalo usted mismo. Oh, debí irme con la señora Grimanesa.

BENALCÁZAR. ¡Mierda! ¡Váyase al carajo!

MARTÍN VILLAR (*Sin salir de su ensoñación*). ¡Pobre tía!

La mujerona quedó plantada, basureada, hecha ñoña, con tu perdón. Digo mujerona porque era alta, corpulenta, aunque de caderas estrechas, poto aplanado. ¿Tetona? Qué va. O si lo era (¿melones?, ¿mameyes?, ¿papayas?) las tendría subyugadas por cuántas fajas. Mujer chinchosa, con o sin sapo, nunca lo sabremos. Y estéril. Una mula. No, ¡una mula no! La mula no puede parir, pero en cuanto a yogar, qué caracho, y es querendona y es fiel y es honesta hasta dar no sé qué. ¡Lo sabremos nosotros que hemos sido muchachos! O si no, pregúntaselo al desarreglado de Catalino Villar, tu tío.

Lo oyeron decirle lo que acabamos de decirte. Lo vieron, luego, entrar en su alcoba. La gran alcoba que nunca compartió con la blanca, con su mujer legítima, nos referimos a doña Grimanesa León, un matrimonio que nunca debió realizarse. ¿Cuánto duró? Un día, una noche. La noche en que él descubrió no la traición, sino el ultraje, la venganza. No la traición, porque, hablando decente, quien la traicionó fue él, al romper el compromiso para casarse con la niña Eleonor, la prima hermana menor de doña Grimanesa. Y ella, asómbrate, esperó diez años, diez de nunca acabar. ¿Sabes cuánto suman en un corazón ofendido diez años? Y tuvo que fingir, pelar los dientes con recato, haciéndose cargo, cual madre abnegada, amorosa, de la ñaña Paulina, la hija de aquellos amores detestables. Y dicen que cuando él descubrió el agravio en la misma noche de bodas, ella no negó haber conocido varón y, antes, muy suelta de huesos, orgullosa y la mar de divertida como si se hallase en el más alto de los cielos, le dijo, pues, que sí, que sí. Y para que la moneda fuera de la misma ley, del mismo precio, le reveló el nombre de quien se había servido como instrumento de venganza. Porque con todos los ardiles y las mañas de hembra había seducido al hermano menor del blanco, al niño José Agustín, la víspera que se embarcara con los voluntarios de nuestra tierra para combatir y morir en la Campaña del Sur. Cuentan que, desde esa misma noche, durmieron en alcobas separadas, cada quien con un puñal y un revólver bajo la almohada, cada quien en una parte de la casona (pero no esta, sino la que ellos tenían en Piura, en la calle San Francisco), cada quien con su propia servidumbre. Y por si esto no fuera suficiente, ahora los dos combatían en bandos contrarios en la guerra civil. Porque, como bien decía el maestro Atarama, Benalcázar no combatió contra Piérola ni a favor de Cáceres. ¿Acaso no era señor en sus dominios? No; él combatió contra su aborrecida esposa, a quien floreaba con nombres infames, dicen que sacados de la historia, de la gente antigua. Sí, luchaba, luchó contra ese linaje

enemigo y contra todos los linajes adversos a los Benalcázar León y Seminario. Acaso Santos Villar tuviera razón. ¿Raza perversa? ¿De allí vienen nuestros males? Santos como que soñaba con hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. ¿Pero no corre por los Villar parte de esa misma sangre? *¡Pues por lo mismo!*, decía él, y comenzaba a proferir mil bascosidades contra la memoria de una india llamada Sacramento Chira, que, según mis cálculos, viene a resultar tu tatarabuela. ¿No te parece peregrino el corazón humano?

Entró en su aposento. Lo vieron entrar. Por unos momentos (pero no sabemos cuántos, digamos uno, dos minutos), la puerta, quedó entreabierta. Luego vieron y oyeron cerrarse la puerta; luego ya no vieron ni oyeron nada. No vieron porque la puerta estaba cerrada. Ni oyeron, porque Benalcázar no era hombre de ponerse a dar alaridos ni puntapiés a las cosas, ni, ni, ¿ni qué?, ¿ni qué? Ni qué sé yo, muchacho. Hombre curioso, distinto a los demás blancos de la región, sería por los tantos años que pasó por esos mundos que quedan al otro lado del mar. De ser turbulento, lo era, y bravo, con sus de repentes de mírame y no me toques. ¿Rijoso? ¡Che, gua! ¿Cuántos bastardos no dejó por estas y otras comarcas donde él tenía asentamientos? Pero a la vez era fino, muy decente, tan desemejante del viejo don Jerónimo, al que empezó a parecerse a partir de esa tarde para mala memoria suya. Santos, con las razones que él sabía tener, amonestaba que había que correrle más a los blancos con educación, caballeretes culiparados con miel en los labios, que a los blancos ordinarios, soeces, medios animales y marrajos, como el otro Benalcázar, el viejo. Y fíjate quién lo decía: Santos, Santos Villar, que de muchacho más parecía una bestia alzada, cerril, cuya bonanza era andarse por el monte en querencia con los animales.

La servidumbre quedó en ascuas, con la curiosidad y el susto y la turbación, cuando lo vio entrar. Sabía lo que el blanco, el don, encontraría

allí, la marranada que verían sus ojos. Pero ellos mismos no vieron nada. Tampoco oyeron, como te repito, ninguna de esas lisurononas, ninguna de esas bascosidades que hasta creo que el mismo Dios permitiría proferir al hombre en esas onerosas circunstancias. Lo poco que sabemos lo sabemos por lo que contaba el maestro Atarama, una vez que enviudó de la ñaña Paulina y se dio por entero a la botella. Contaba que Benalcázar vio (*¡¿cómo no iba a ver?!*, rechinaba el maestrito) el chuchonal (así dijo, *el chuchonal*: qué versos ni que niño muerto, porque estaba beodo, indigno), vio el chuchonal de inmundicia, de escorias, de caca, de pelos y de leche, dejada adrede por la valiente puta de la marrana, justo para que él viera lo que había hecho en la misma cama en que él la había gozado con el zarrapastroso del artista, tremendo vagabundo mugriento y cangrejo y bestia ignorante. Y no solo en la cama, también en los roperos y en las mamparas y en las ventanas y en el gran espejo donde antes ellos se ojeaban lo lindo de sus desnudeces arrechas, y allí había escrito, la muy mañosa, con el lápiz labial con que se pintaba los labios de meca y con el lápiz con que se pintaba las cejas de chuchumeca y con el colorete con que se embadurnaba los cachetes de tortoleca, le había escrito una sarta, un chuchonal de palabrototas que hasta la más puta entre las putas se avergonzaría de escribir, y no contenta con ello, como quien le da la estocada, la puñalada final, le había dejado la cabellera que él tanto glorificara y acariciara y en que yo nunca pude poner mis manos. Y además le había dejado la carta aquella, esa carta...

MARTÍN VILLAR (*¿Indignado? ¿Avergonzado?*). Oigan, basta. Esperen.

LAS VOCES (*Sorprendidas, airadas*). ¿Pero no quería saberlo todo? No joda, entonces, muchacho.

MARTÍN VILLAR (*Defendiéndose*). Es que ustedes se propasan.

LAS VOCES (*Mirándose: vivos y muertos*). Ni siquiera abrimos la boca. El que habló fue el maestro Atarama.

MARTÍN VILLAR (*Conciliador, sonríe*). Bueno... ¡Sí es así!

LAS VOCES (*Satisfechas a medias, impacientes*). ¿Continuamos con lo que nos contó el maestro?

MARTÍN VILLAR (*Sin dejar de sonreír*). Por el amor de Dios, ¡olvídense de ese sujeto! No era más que un despechado. Hablaba por la herida.

LAS VOCES (*Asintiendo*). ¡Cómo la habrá deseado! ¡Qué tortura tener que verla todos los días!

VOCES DE VIEJAS (*De aquí y de la eternidad*). ¿Solo él? ¿Y ustedes, so viejos cabrones?

MARTÍN VILLAR (*Interponiéndose para cortar la disputa*). Mencionaron ustedes una carta.

VOCES DE VIEJOS (*Ignorando a las viejas*). Y una cabellera. ¿Adivina por qué se la cortó? Fue un recuerdo de todas maneras.

MARTÍN VILLAR (*En otro momento, a la muchachita que es su concubina*). Recordó a Visitación Cabrera.

LA CONCUBINA (*Acercándole a su rostro la linterna de ferroviario*). Lo siguen atormentando esos recuerdos, maestro Martín.

MARTÍN VILLAR (*Apartando la luz*). Lo hizo para castigarse a sí misma.

LA CONCUBINA. Olvide. Dese tregua. No se atormente.

MARTÍN VILLAR (*En el momento anterior, con las voces de viejos y viejas, de vivos y muertos*). Olvídense de la cabellera. Háblenme de la carta. ¿La leyó?

VOCES DE VIEJOS (*Rememorativas, extasiadas*). ¡Si tú hubieras gozado con la vista de esa cabellera más que sea una vez!

VOCES DE VIEJAS (*Rememorativas, despechadas*). Debimos cortarle esas mechas como hicimos con la otra mujer en tiempos del chileno.

MARTÍN VILLAR (*Furioso, los ojos brillándole*). ¡La carta! Que no se hable más que de la carta.

LA CONCUBINA (*Echándose en la arena*). ¿Nunca dejará de atormentarse?

TODAS LAS VOCES (*De los vivos y de los muertos*). Qué muchacho del cuerno. Conchudo. No habrá más remedio que hablarle de la bendita carta.

¿Dije *bendita*? Lo mismo pude decir *maldita*, era un decir, de los decires que uno tiene. Pero, pensándolo bonito, ¿maldita? ¡Si nadie la vio! Mejor dicho, de verla la vieron. La vieron allí, llenando los ojos, despertando todas

las curiosidades, sobre el almohadón, encima (con tu perdón) de la cabellera. Vio la carta el ama de llaves, la vieron los sirvientes, la vieron los ojos de bolón del zambo antipático del mayordomo, la vio la ñaña Paulina. No la vieron el maestro Atarama ni el alemán Albrecht, pero sí la rareza de hombre que era el francés. Justo fue el francesito cuyo nombre siempre se me escapa, ¿Boulanger? Sí, Boulanger y no sé qué otras yerbas, el que impidió que la ñaña Paulina cometiera el abuso de abrir y leer la carta. Fue como si le dijera: *Nones, no es para usted, señorita, no meta las narices donde no le conviene. Más respeto*. Claro que él se lo dijo a su manera: suave, delicado, casi rogándole: lo hacía por su bien, tatatatá, no cometa un acto del que después se va a arrepentir toda la vida. ¿Boulanger dices que se llamaba? ¿Boulanger de qué? ¿De Chorié? Bueno, era hombre de mundo este que tú dices, y para mí y para todos estos espantajos o espectros que nos rodean, nada de lo que la vida ofrece podía encalavernar su espíritu. Así, pues, nadie leyó la carta. Es un decir: el único que la leyó era el interesado y a quien la Villar le escribió. Óyelo bien: no pagó ni rogó a nadie para que se la escribiera, como tenemos que hacer nosotros, es verdad que cada vez que San Pedro baja el dedo, ¿porque a quién le escribiríamos, si nosotros hemos muerto dos veces, aquí en este pueblo, que fue después, y desde siempre, para el mundo? Pero la Villar no. Y de eso sí debes estar orgulloso: ella escribiría de corrido y fino, con letra bien labradita y elegante, como que hasta la misma señorita Domitila Diéguez la alababa, qué distinta a los otros Villar, que eran medio animales, acémilas, peor que burros, menos, claro, Inocencio, a quien de churre Primorosa le enseñó más que sea las primeras letras y las cuatro reglas, y le metió en la cabeza que la tierra, con vérsela de lo más plana, no era plana sino redonda, con una redondez más lograda que la de una naranja de Sojo. La muchacha sabía, tenía ciencia, lástima que también le sobraran mañas y ardiles y puterío. Por eso afirmamos y apostaríamos hasta las

criadillas que fue ella, con su puño y letra, la que le escribió todo ese amasijo de cosas, que seguro de palabra le faltó el coraje para aventárselas por su cara pelada.

Pero nunca sabremos lo que las letras decían. Nunca Benalcázar, ni en los años en que todo se le había ido a la mierda y su vida no era otra cosa que chuparse los últimos restos de su fortuna, mencionó para nada esa misiva de desesperación. No agrando: de desesperación. No pidas que me retracte. Quedaría, al leerla, turulato, encalavernado: *¿Qué? ¿Qué cosa?* ¡Zas! Fulminado, al precipicio, los huevos en el pescuezo. ¿Infierno? ¡El de la tierra, mi amigo! El resto son cuentos engañachurres. Encerrado en su recámara estuvo sus buenos minutos. La leería muchas veces, como para comprobar que no estaba soñando. ¿La destruyó? ¿No la destruyó? Pongamos que la destruyera, que la hubiera roto en mil pedazos, ¿por eso la iba a borrar de su corazón? Dicen que esperaban con ansiedad a que el blanco saliera de la habitación. Zonzos, que hasta temieron que sonara allí adentro un disparo. ¿Es que se iba a matar sin antes cobrar venganza?

Al rato (pero al rato, ¿eh?) lo vieron salir. Imaginaron (pero no vieron) su semblante torturado, como arrasado por uno de esos vendavales de arena que te hacen perder el sentido de dónde estás: o como uno de esos míseros animales que el Chira arrastra en sus crecidas. Lo vieron (no lo imaginaron) caminar en dirección a la alcoba de la Villar. Cuántas veces (en las noches, en las tardes, a cualquier hora) no habría hecho el mismo recorrido. ¡Pero entonces él era el señor! Antes de que llegase a la puerta volvió a aparecer la cargosa de la ama de llaves. Mujer del diantre. Pesada. *Se llevó todo. Hasta cosas de la ñaña Paulina*, oyeron que le decía. Esta vez, el blanco no le respondió nada, se limitó apartarla del camino, no con brusquedad, simplemente como quien hace a un lado un trasto, cualquier cosa que no respire ni hable. Luego abrió la puerta. La abrió, pero no entró. No entró: se

quedó allí parado, con la mano en la manija, mirando la habitación abandonada. No solo abandonada: saqueada, mancillada. Pero dicen que el cuarto seguía trascendiendo al olor de ella, que había como una exhalación viciosa. Y él, seguro, estaba sintiendo el olor que hizo su destino.

No bajó de inmediato luego de que cerró aquella puerta. Fue a la terraza del pórtico que da al poniente. Allí él tenía instalado un juego de catalejos y prismáticos con que le gustaba divisar el pueblo o la lejanía por donde se presiente el mar, o bien el lado del canal, a la derecha, donde los peones trabajaban sus tierras; a la izquierda, pasado el linde de los médanos, veía también la gran planicie amarillenta del tablazo. Cuentan los campesinos que lo vieron apoyarse en el zócalo sin coger para nada los largavistas, antes bien, decían, como que le dio un vahído, porque se llevó una de las manos al sentido, por la frente y la vista. Algo lo reconfortaría el aire, porque al volver a entrar a la casa tenía el semblante de quien está recuperando el aliento. Pero a quien le sobraba el aliento, hasta casi ahogarse con su propia respiración, era a la ñaña Paulina, quien, enterada por alguna de las fámulas, se había hecho llevar en su silla de ruedas hasta el pie de las escaleras. Dicen que Boulanger asomó la cabeza por la puerta de su alcoba y, como si tuviera un pálpito de lo que iba a suceder, volvió a meterse cerrando con cuidado la puerta. Más bien a quien no se le vio fue al maestro Atarama, cosa que él lamentó siempre, porque, hay que decirlo, era hombre curioso, de andar oleteando todo, aunque él salía con el cuento de que lo hacía para estudiar la naturaleza humana. Zonceras, qué corazón humano ni qué ocho cuartos, lo que lo mataba era saber los secretos del prójimo, cosa que para él era fiesta y regocijo. Chismoso, revesero. ¿Poeta? ¡Ja! ¡Esta! La morenita corrió a azucarar un vaso con agua y perdió la cuenta de las gotitas de agua carmelitana que iba vertiendo por el bomboneo de su corazón. La pobre ñaña; fíjate: huérfana, madrastra-tía con corazón de serpiente y padre

desnaturalizado, vicioso. Pero estaba hecho el burro hechor: bajaba jodido, alelado. Se detuvo en el descanso de la escalinata. Respiró profundo, enderezó las palancas, apoyó con firmeza los talones sobre el mármol. Antes de continuar la bajada lo vieron echar una mirada abarcadora y dubitativa sobre el cielorraso cegador por la tanta luz, y sobre el gran salón y sobre el mueblerío y sobre los cortinajes y sobre las mil chucherías y vanidades, como si especulara: *¿Y para qué todo esto? ¿De qué me sirve ahora?* Reinició la bajada imprimiendo dinamismo, vigor, a su acción, pero antes de llegar al último escalón se detuvo en seco, cual si hubiera detenido el galope de Expedicionario. Entonces le oyeron decir:

BENALCÁZAR. José Agustín.

MARTÍN VILLAR (*Perplejo*). ¿José Agustín?

LAS VOCES (*De todos, sentenciosas*). ¡Era su hermano! Lo recordó en ese trance.

MARTÍN VILLAR (*Todavía tardo en comprender*). Pero, ¿por qué? ¿Por el asunto que tuvo con Grimanesa León?

LAS VOCES (*Solícitas, didácticas*). El blanco Odar no solo por eso sentía celos del hermano. Le envidiaba su muerte en el desierto de Tarapacá. Esto es por lo menos lo que reveseaba el maestro Atarama. Decía que el blanco le confesó eso: que sentía celos atroces por la muerte gloriosa del hermano menor.

MARTÍN VILLAR (*Ensimismado, ahora con la concubina*). Morir joven. ¿Qué más alto destino que tener una muerte gloriosa?

LA CONCUBINA (*Escuchando el batir del viento sobre la arena en la noche que empieza*). Yo no tendría corazón para soportar su muerte.

MARTÍN VILLAR (*Sonríe, intenta acariciarle el rostro*). Me enterrarías. Volverías a amar.

LA CONCUBINA (*Deshaciéndose de la caricia*). ¿Le han dicho, maestro Martín, que a veces es usted un hombre perverso?

LAS VOCES (*Resentidas, airadas*). Oiga, despierte. Si no le interesa el cuento es mejor que lo vaya diciendo de una vez.

MARTÍN VILLAR (*Perdido, encalavernado*). Sí, sí. Escucho. Quedamos en que Benalcázar, Odar Benalcázar...

LAS VOCES (*Airadas*). ¡Váyase a la mierda, muchacho! ¡Ni siquiera escuchó lo que la ñaña Paulina le dijo a su padre!

MARTÍN VILLAR (*Recuperando la atención*). ¿La ñaña Paulina? Me interesa, por Dios, me interesa. ¿Qué le dijo?

ÑAÑA PAULINA (*Los ojos hechos una brasa, devorándole el rostro blanco pálido*). Me alegro, padre, de que la puta lo haya abandonado. No sabe la alegría que siento. Dios escuchó mis ruegos. Oh, padre, cuánto lo detesto.

MARTÍN VILLAR (*Abyectamente interesado*). Y él, ¿qué le respondió?

BENALCÁZAR (*Por otras regiones*). Fuiste feliz, José Agustín.

ÑAÑA PAULINA (*Tratando en vano de incorporarse de la silla*). ¡No ensucie con su boca ese nombre! Nunca podrá igualársele.

VOCES DE ANCIANOS (*Vivos y muertos, severas*). No nos parece bien que una hija increpe a su padre. Sea lo que sea, el padre es el que da el ser.

VOCES DE ANCIANAS (*Muertas y vivas, pendencieras*). El que da el ser... El que se da el gusto, dirán, viejos manganzones. Encubridores.

BENALCÁZAR (*Como si al fin reparase en su hija*). Comprendo tu odio, hija. Lo merezco.

ÑAÑA PAULINA (*Más exasperada por el tono de su padre*). ¡Usted todavía no me ha escuchado todo lo que tengo que decirle! Usted...

BENALCÁZAR (*Haciendo un esfuerzo por controlarse*). Hija, basta ya. No me atormentes.

MARTÍN VILLAR (*¿Incrédulo? ¿Escéptico?*). ¿Dijo así? *¿No me atormentes?*

LAS VOCES (*Afirmativas, tratando de precisar*). Lo dijo. Era como si de pronto se sintiera abatido, cansado. Pero, antes, la ñaña siguió dándole batalla. Sin ninguna ñizca de tregua. Entonces fue que el blanco le dijo...

BENALCÁZAR (*Encendido en furia*). ¿Has olvidado que me debes respeto como padre y señor tuyo?... Hey, indias, ¡apártenla de mi camino!

Vieron y oyeron. Lo vieron apartar con brusquedad la silla de ruedas, y oyeron los gritos y pucheros y sollozos de la tullida y el resuello del blanco (el fuete, que no había dejado de empuñar con la mano, le castigaba las polainas). Atravesó (Benalcázar) a trancadas firmes el gran salón, y mandó a rodar con un par de carajos al zambo mayordomo que, solícito, pretendió alcanzarle el catacaos que había recogido del enlosetado. ¡Bien hecho!, zambo, jetón, por sobón y zalamero. No siguió por el corredor de las estatuas, sino que se detuvo ante la puerta de la biblioteca. Tantos libros. ¿Los habrá leído? ¿Le dieron consuelo? Se detuvo el tiempo que necesitó para abrir la puerta y entrar. Luego oyeron el portazo o primero vieron cerrarse la puerta y enseguida el portazo o, lo que es más verídico, vieron y oyeron a un tiempo las dos acciones. Y luego aun: ya no vieron ni oyeron nada. ¡¿Quién se atreviera a mirar por el ojo de la cerradura?! O pegar las orejas de burro y escuchar tras la madera sorda. De modo que nos pusimos a imaginar, a dar rienda suelta a nuestro cacumen. ¿Qué, qué haría? ¿Qué, qué pensaría? ¿Qué, qué vería? ¿Qué harías tú? Y nosotros, ¿qué haríamos? Primero me sentaría en el sillón del escritorio para darme un respiro. Enjugarme el rostro, sonarme, limpiarme alguna lágrima traicionera de cólera o de dolor o de una fusión de estos dos sentimientos. Bueno, poco duraría este abandono: ahí estaban, frente a él, los taitas tutelares (óleos, daguerrotipos, retratos, precisa Martín Villar): sus abuelos, el viejo Jerónimo, su padre y el retrato (¿hecho en el estudio Courret de Lima?, se dice el muchacho) de José Agustín poco antes de embarcarse con el escuadrón de voluntarios de la tierra piurana hacia los campos de batalla del sur. Sensación de orfandad, sudor frío, temblor de extremidades y ganas incontenibles de vomitar. ¿Eso piensas tú? Zonceras

mujeriles. Aprovecharía la encerrona para echar sapos y culebras contra la Villar, contra la cholada (que somos nosotros), contra el destino, contra la vida y, por último, contra las momias esas que desde los cuadros de marcos dorados le echaban miradas impertinentes, pendejas, de desprecio o de cólera. La puta que los parió, viejos tales por cuales. Se encararía, de preferencia, con el óleo de su padre: aire altivo y mirada despiadada y dominadora. Nada más que estampa, pinta, pura fachada. Viejo cabrón, alcahuete del chileno, si no, que lo dijeran la señorita Domitila Diéguez o Visitación Cabrera, no la chiva, sino la yegua expiatoria. Pero tal vez esto corra a cuenta de nuestro rencor. Pero, ¿quién sabe? ¡Quién sabe! ¡Quién hubiera estado en el pellejo de Odar Benalcázar! ¿Alguien puede asegurar lo contrario? Pero algún revoltijo debió operarse en el ánima del susodicho porque, al abrirse la puerta, lo vieron transfigurado. ¡Si los que lo vieron hasta tardaron en reconocerlo! ¿Será el niño Odar? ¿No será? Porque antes les pareció ver salir al viejo don Jerónimo o, por mejor decir, al padre de don Jerónimo, en los tiempos de Cheto, tiempos antiguos que reverdecen. Ah, y no llevaba el fuete: colgándole del cuello pendía la injuriosa y descalabrante bigama (*la legendaria bigama del poder, de la potestad y del escarnio*, recitó Martín Villar recordando a su padre). Y así, armado de ese pincho macanudo, lo vieron seguir por el corredor de las estatuas hacia donde lo esperaban el Bocarrajada y sus jinetes del castigo.

Dos vidas paralelas.
Conjeturas sobre François Boulanger (2)

Conocí al señor François Boulanger de Choriè al comienzo de mi carrera como médico rural y durante una circunstancia harto difícil. Me refiero a los días de la peste (digo días por razones de comodidad, usted me entiende), que azotó con particular dureza la zona de Congará. No recuerdo con exactitud la primera vez que lo vi, pero antes de verlo supe de su existencia por los poblanos de Congará, que me ponderaron las cualidades y rarezas del francesito (no me dijeron, como se acostumbra, *el franchute*, como si el diminutivo definiera su personalidad), artífice de numerosas y disímiles obras, como el óleo de Primorosa Villar al que usted tanto se ha referido.

Tengo entendido que Boulanger de Choriè y Odar Benalcázar habían reñido. Por alguna urgencia que contravenía los fueros de la sensatez, Boulanger retornó a Congará durante la peste y solo abandonó Congará (esta vez de manera definitiva) al término de la misma. En dos o tres oportunidades fui a la mansión de Benalcázar por razones médico-profilácticas. Haciendo un esfuerzo de la memoria, lo entreveo como una vaga silueta en las terrazas del palacio, cruzando el gran salón, atravesando alguno de los corredores. Fuimos presentados formalmente con ocasión del matrimonio de Paulina, la infortunada hija de Benalcázar, con Atabaliba

Atarama, boda cuya celebración en los momentos más angustiosos de la peste dio tanto que hablar. Benalcázar, colérico, se negó a asistir a la ceremonia. Con indiferencia, Boulanger aceptó ser el padrino y Atabaliba Atarama, con fervor tal vez demasiado evidente, cargó en sus brazos ante el altar a la novia tullida.

Sobre la peste misma, si usted gusta, le mostraré cualesquiera de estos días el *Diario* que llevé por entonces. Mis recuerdos más tenaces de Boulanger están ligados con las semanas atroces en que me sentí vencido por el flagelo. El cordón sanitario había sido rebasado varias veces. Sé que fueron medidas necesarias, ¡pero cuánto me destrozó el corazón ver arder las casas de los pobladores más humildes! Después les llegó el turno a las residencias de los vecinos notables. El día que yo mismo tuve que prenderle fuego a la casona que los Benalcázar León tenían en la plaza de Congará reparé en que Boulanger tomaba apuntes al carboncillo: el lápiz de Boulanger me reveló aspectos de mi rostro que me eran desconocidos, y los rostros de los congareños reflejaban asombro, espanto y reconvenible satisfacción. A partir de entonces me habitué a ver a Boulanger, lápiz y papel en mano, trazando febriles bocetos de las procesiones de ruego y expiación, y de los entierros colectivos de los apestados presididos por una mujer singular, una beata llamada Petronila Jaramillo.

He mencionado el nombre de esta mujer porque, no obstante la diferencia social y el abismo cultural que los separaba, entre Petronila Jaramillo y François Boulanger existía algo en común: ninguno de los dos temía ser contagiado. Pero mientras la beata, a su manera (orando, asistiendo a los moribundos, organizando los funerales), luchaba contra la peste, Boulanger se limitaba a observar y a dibujar, y hasta se las arreglaba para introducirse en las viviendas apestadas para captar con su lápiz los estertores de la agonía. Después supe que Petronila Jaramillo (ella, igual que Boulanger, salió

indemne de la peste) buscaba la muerte y, de esta manera, alcanzar el perdón por una culpa que ella se atribuía. Yo no pensé que este pudiese ser el caso de Boulanger. Entiendo la curiosidad del artista, que no es demasiado diferente a la curiosidad del científico. Yo no condeno los innumerables experimentos, a menudo crudelísimos, llevados a cabo por los grandes sabios médicos, pues todas aquellas prácticas sirvieron al desarrollo de la medicina y de la ciencia, y beneficiaron (o pretendieron beneficiar) a la humanidad en su conjunto. Yo nunca reprobaré por razones morales una obra de arte sea cual fuere su tema y las circunstancias de su ejecución. Lo que me pareció reprobable en Boulanger fue el que me dijera, luego de mostrarme una selección de sus carboncillos, que, alcanzado el placer de su realización y de contemplarlos con vario y distinto deleite, les prendería fuego, como había hecho en diversas oportunidades con otros trabajos suyos.

Yo estaba fatigado, me sentía impotente, mis últimas esperanzas se consumían. Por eso, cuando dijo lo anterior (Boulanger me había ido a buscar al centro de sanidad), me comporté de manera descortés y, sin ninguna réplica, abandoné la habitación arguyendo algún reconocimiento médico que tenía que hacer. El desfallecimiento en que me hallaba abolió mi capacidad de tolerancia; peor aun, mi facultad de discernimiento. En las calles martirizadas sospeché que Boulanger padecía de un mal corriente en los artistas de tercer orden: el esnobismo, acompañado por el deseo, siempre infantil, de escandalizar. En medio del hedor pestilencial (digo *hedor*, aunque para mí se había convertido en el olor natural de las cosas y los hombres) urdí esta venganza: yo borraría del *Diario* que llevaba cualquier mención a François Boulanger de Choriè (de ahí que sean tan escasas e irrelevantes en el mismo las alusiones a su persona), lo cual fue también una conducta pueril. Con mis defensas vulneradas por la peste creo que sucumbí por un tiempo ante el hechizo de Boulanger.

Sospecho que el estado más impugnable de los seres humanos es el de la indolencia. A este repudiable estado debí una feliz circunstancia: después de muchas semanas dormí sin sobresaltos diez horas seguidas. Recuerdo este suceso porque, al despertar pasadas las siete de la mañana, frente a la cabecera de mi camastro se hallaba François Denis. *¿Me permite acompañarlo en su recorrido?*, me dijo después de que me refresqué la cara y de haber bebido, ambos, sendos tazones de café de garbanzos tostados. Debo decirle antes que Boulanger debió encontrar aceptable mi francés, pues aunque discurría en español con fluidez prefería hablarme en su propia lengua, cosa que no hacía con *monsieur* Benalcázar (subrayó la palabra *monsieur*), porque, según me dijo, utilizaba un dialecto absolutamente imposible. Aquel recorrido fue el primero de varios otros que hicimos juntos, en el transcurso de los cuales me contó la historia de su amigo André Lemesle.

Dos amigos, dos vidas, dos destinos. Al cabo de la historia pensé en las *Vidas paralelas* de Plutarco, pero no en relación con Lemesle y Boulanger. Debo agregar que Boulanger y Lemesle conformaron con otros jóvenes (recuerdo a cierto Brochard o a cierto Labordette, a cierto Vignot y a cierto Fontan) una suerte de cenáculo que pretendía la celebridad en una época (década final del Segundo Imperio) pródiga en celebridades mediocres. Para ser más exacto: todos, a excepción de Boulanger de Choriè, estaban poseídos por esta voluptuosidad. A excepción de Lemesle, me dijo también Boulanger, ninguno estaba poseído por el genio. Excepto Boulanger y Lemesle, los restantes renegaron muy pronto de quien constituía su paradigma en el arte y la vida: Baudelaire. Al descubrir con pasmosa lucidez que sus *dioses réprobos* (así los denominaba él) no le confirieron el don de la creación, François Boulanger renunció al arte y orientó su talento a actividades viles, como la ingeniería y la arquitectura, lo que implicaba una herejía para

cualquier baudelairiano. Para mitigar en algo esta abjuración procuró que su vida fuera la sucesión inútil e indecorosa de los días.

Pero esto supuso para François Denis un acto propiciatorio: el repudio de la sofocante historia, repudio que Lemesle consideró razonable, casi natural. Detentar un linaje que en alguna forma cristaliza la historia entera de la nación francesa es haber alcanzado las cimas y aniquila, por ilusoria, toda ascensión. Y en la sangre de François Boulanger de Choriè, según me reveló, confluían las dos noblezas de Francia: la del Antiguo Régimen, que lo envanecía, y la nobleza bonapartista, que si en algo lo menoscababa también le adicionaba el relumbrón imperial. *Escúchame*, *González*, me dijo Boulanger, *mientras mi vida fue un descenso, una caída deliberada, en un movimiento contrario, Lemesle apostó por la historia, con sus fastos y barbaries. Yo (con ternura) podía bostezar ante los blasones de mis antepasados; Lemesle, en cambio, acusaba a sus padres de abuso de confianza por haberlo engendrado sin poseer un rango social honorable; asimismo (injustamente), los despreciaba por la mezquindad de sus virtudes y la futilidad de sus vicios. La santidad, el heroísmo, el libertinaje (apetencias que marcaron su tránsito de la pubertad a la adolescencia) demandaban disposiciones del alma de las que increíblemente carecieron los que decían ser sus progenitores. Cuando estuvo en la edad de fusionar los sueños con el raciocinio, pensó con nostalgia en los tiempos de las teogonías, cuando era factible la autogeneración. En su primera juventud, André fustigó el ateísmo porque necesitaba un dios para acceder a los goces de la blasfemia y de la rebelión. Poco después lo profanó en la tierra combatiendo las instituciones que se apoyaban en su culto. Más adelante, cuando se hizo un hombre razonable, es decir, cuando dejó de creer y le era indiferente cualquier religión, se convirtió en un irrebatible defensor del catolicismo y de la monarquía. Finalmente, cuando comprendió el horror*

que había propiciado, que había ayudado a propiciar, se alistó en el ejército colonial del Extremo Oriente, donde una bala, un puñal o el veneno de alguna alimaña debe de haberle conferido (tal es mi esperanza) la inmerecida paz.

Este fue el primer esbozo, el compendio simbólico que Boulanger me hizo de la vida de su amigo Lemesle. En las pláticas siguientes, mientras Boulanger se complacía en llenar sus pulmones con el aire irritado de Congará, me fue definiendo las líneas esenciales de la vida, del destino vesánico de André Lemesle Saniette.

He leído en los últimos anuarios de la medicina siquiátrica la tesis que postula que en la vida de todo ser humano existe una escena (dichos científicos vetan la palabra *drama* por impropia) que determina los aspectos más gravosos de la personalidad. El pequeño André Lemesle fue azaroso espectador no de una, sino de dos escenas que habrían de perdurar en las regiones más cenagosas de su conciencia. ¿Cuáles fueron los sentimientos iniciales que inspiró al pequeño André la figura paterna? *Extrañeza y desprecio*, me dijo Boulanger; extrañeza porque el capitán Maurice Lemesle triplicaba en edad a la señora Saniette y podía pasar como abuelo del niño; y el comportamiento doméstico del viejo capitán Lemesle determinó el precoz descubrimiento de André de uno de los sentimientos más aborrecibles del hombre: la cobardía. El capitán Lemesle, veterano de las últimas y desastrosas campañas napoleónicas, con fama de bravo, de temerario, casi de héroe, temblaba ante los colerines histéricos de su mujer, y, lejos de protestar, acogía con sumisión y acaso regocijo la conducta licenciosa de madame Saniette. *¿No constituía para un hombre acabado y de destino oscuro como mi padre*, se decía André Lemesle, *una inconcebible fortuna el tener por esposa a una mujer joven, bella y de espíritu cultivado?* Giselle Saniette había sido la doncella preferida de cierta duquesa inmensamente rica y

depravada. En un acto de benevolencia, la duquesa emancipó a la juvenil Giselle adjudicándole una conveniente dote y desposándola con el capitán Lemesle, descendiente de una familia antaño servidora de la casa ducal. Junto con las malas costumbres, la bella Gisele heredó de su señora el gusto por la elegancia, las pretensiones mundanas, la indiferencia moral y la convicción de que todo le estaba permitido.

Según Boulanger, Lemesle nunca pudo determinar la preeminencia en el tiempo de una y otra escena. Una se le presentaba como velada por las brumas del sueño, la otra persistía en su memoria con una claridad espantosa. Vivían, precisó Lemesle, en Lyon, donde el capitán Maurice Lemesle era el jefe de la plaza militar. Por alguna circunstancia, el pequeño André es llevado por la nodriza fuera del hogar. Interminablemente atraviesan calles silenciosas por donde ningún carruaje transita, intermitentes disparos rasgan el aire saturado de humo, de lejanas admoniciones, furiosas campanas parecen venir de los suburbios. Apretando el paso, se pierden entre recodos y callejones ciegos antes de acceder a una plaza. De pronto aparecen turbas coléricas con rostros estigmatizados por el hambre y la desesperación: son los tejedores de Lyon (esto escucha decir) que han formado barricadas luego de hacer explotar las máquinas de las fábricas. La nodriza debe casi arrastrar al niño para alcanzar el pórtico de la iglesia. Después hay descargas de fusilería, el cañón retumba, sobre el adoquinado quedan regadas decenas de cuerpos. Repuestas del miedo pánico, las masas, hombres, mujeres y niños, vuelven a reagruparse y, a la vez que auxilian a los caídos, arrojan piedras, fierros, hacen algunos disparos. Entonces, en medio del tumulto, resuenan los cascos de la caballería y, al frente de las columnas, el pequeño André distingue la figura del viejo capitán Lemesle que acaso obtiene la primera victoria de su vida y, como triunfador, ordena el remate de los heridos y el fusilamiento de los insurgentes hechos prisioneros. Todavía pasarán algunos días antes de que

la tranquilidad se restablezca en Lyon, pero cuando el capitán Maurice Lemesle, limpio y encharretado, se sienta a la mesa, el niño observa que por primera vez mamá Giselle se muestra benévola y risueña con su viejo marido. En cuanto a André, dijo Boulanger, su padre no le suscita ahora desprecio sino terror, recelo y una suerte de nauseabundo éxtasis.

Es probable que la otra escena ocurriese antes. Lemesle atribuyó la claridad con que era capaz de evocarla a que fue espectador de la misma varias veces. Le contó a Boulanger que había nacido sabiendo el significado de la palabra (que era mucho más que una palabra) *infidelidad* y del epíteto aplicado a los maridos engañados. Como su antigua señora, Giselle Saniette abrió un salón y recibía a caballeros que por lo general acudían sin sus esposas. Pese a la frialdad de sus besos, el pequeño André la amaba por ser bella y joven, por sus ojos, *que resumían los colores del cielo*, por sus cabellos, *que en el alboroto desencadenaban tormentas de fuego*. No correspondido en su pasión, André, como innumerables niños, edificó su propio reino: entre los rincones inaccesibles, detrás de los cortinajes, debajo de las camas, dentro de baúles y armarios, descubrió las delicias de la soledad y el asombroso poder conjurador de la fantasía. ¿Se hallaba detrás de una cortina o miraba por la cerradura de un armario la primera vez que sorprendió a mamá Giselle entregándole sus intimidades a aquel caballero? Lloró, claro que lloró, declaró Boulanger, pero, mezclado al terrible dolor, el niño sintió un goce no menos intenso y pernicioso del cual jamás podría sustraerse. Desde entonces, escondido en su secreto mirador, esperaba con codicia punitiva la visita del caballero. La escena se repitió, aunque fueron distintos los señores, y un día André conoció la perfección del placer y el horror cuando vio que era una dama la que obtenía los favores de Giselle Saniette.

Me contó Boulanger que fue André Lemesle el que transformó en cenáculo las desordenadas veladas del grupo de jóvenes inconformes que

solía reunirse en una de las cervecerías del bulevar Clichy, ubicado en el corazón de Montmartre. Serio, paciente, escuchó las razones que cada quien alegaba para fundamentar su rebeldía. A la circunspección siguió la mofa, la desquiciante ironía. Para Lemesle eran cosas menudas, hechos contingentes: lo que estaba mal era la totalidad del mundo, obra de un dios inepto. Con alguna vanidad dijo haber sido expulsado de varios liceos, en cuyos retretes, en las mañanas interminables, leyó a Baudelaire. Empezó a hacerles leer con otro espíritu *Las flores del mal*, que sabía de memoria; luego estableció como burlesco ritual comenzar las veladas recitando «Letanías de Satán»; después erigió un panteón maldito: Villón, los grandes libertinos del siglo XVII, Sade, Nerval. De Baudelaire, a quien había seguido ansiosa, sigilosamente por las calles y lugares que frecuentaba (incluyendo los fumaderos de opio y las casas de amor pervertido), imitaba los trajes de *dandy*, el porte aristocrático, el gesto desdeñoso, la soberbia. De estatura mediana pero esbelto, André Lemesle era un joven bello, de acerados ojos azules, nariz recta y labios delgados. Perturbaban sus cabellos color de paja calcinada y el sedoso vellón de la perilla, de un castaño muriente. Con su conversación licenciosa fascinaba a las mujeres y podía excitarlas hasta el innoble delirio, pero no compartía el lecho con ellas. Tampoco con los hombres: le asqueaba la sola idea del contacto carnal. *Por eso*, dijo Boulanger, *el horrendo fauno que era Verlaine inútilmente pretendió seducirlo*.

Cada uno de los integrantes aspiraba a sobresalir en una determinada rama de la literatura y del arte. Más ambicioso, Lemesle se consideraba apto para dejar su impronta en todos los dominios de la creación. *Es verdad*, decía Boulanger, *que nunca intentó componer una pieza* (Brochard era el músico del grupo), *pero era capaz de leer una partitura y a su influjo se debió que el cenáculo rindiese culto a la música wagneriana*. En el segundo fascículo del *Parnasse Contemporain* apareció un tríptico de Lemesle en exactos

alejandrinos, que acaso recordaban demasiado a los *Poemas bárbaros* de Leconte de Lisle. La primera vez que André Lemesle empezó a excederse en la bebida fue al anunciar su retiro de la poesía, porque consideraba que ya todo estaba dicho con *Las flores del mal*. A Boulanger le asistían razones para creer que no era este poemario (*como todo libro profético*, afirmó, *era más bien libro de apertura, de fundación*) el que llevó a Lemesle a enlutar su lira, sino la musicalidad del verso verlainiano de *Poemas saturnianos*, en los cuales se conjugaba la obscenidad con el arrullo de la paloma. Pero tal vez un demonio menor fuera el que inspirase su poesía, porque, luego de una breve temporada, Lemesle orientó su actividad creativa hacia la pintura, para la que, a juicio de Boulanger, estaba envidiablemente dotado. Febril, apasionadamente, se dedicó a pintar. Primero aprendió las lecciones básicas del arte pictórico académico, y luego entró a trabajar en el taller de Daumier, a quien, sin embargo, halló demasiado cautivo de la pintura tradicional. Lemesle era un ferviente predicador de un nuevo espíritu que debía impregnar cualesquiera de las manifestaciones artísticas. Adoptando un aire misterioso les hablaba de un grupo de jóvenes pintores que estaba terminando con la tradición renacentista. Pero un día, alguna noche, André Lemesle comenzó a beber, a emborracharse furiosamente. En una de esas borracheras le confesó a Boulanger que a él, André Lemesle, nada le quedaba por hacer luego de haber visto la *Olympia* de Manet, las niñas de cierto Renoir, los frescos y luminosos paisajes de un tal Whistler.

Mientras François Denis me contaba lo anterior tuve como una corazonada: ¿qué opinión le hubiera merecido a Lemesle la Primorosa Villar de Boulanger? Nos dirigíamos a La Polvadera, donde, según me habían informado, acababa de fallecer el viejo Cruz Villar. Sí, ¿qué habría pensado André Lemesle? Pero consideré que juzgaría impertinente mi pregunta. No pude, en cambio, evitar escrutarle el rostro. El suyo era el de un hombre

detenido en la estación de la adolescencia que pervertía un tupido bigote de fibras blondas; solo el color de los ojos tenía alguna semejanza con la descripción hecha por Boulanger de su amigo André Lemesle. Enseguida, recuerdo, tuve un altercado con el mayor de los Villar, quien me impidió la entrada para certificar la muerte del padre. De cualquier modo declaré en cuarentena la casa. *Extraña familia*, dije. *Mozo interesante*, dijo Boulanger, mostrándome el rápido boceto que le había hecho.

Las veladas comenzaron a tornarse penosas, reinaba la insidia y cada quien buscaba escalar posiciones. Ebrio, Lemesle acusó de impostores a todos los integrantes del círculo. Otro día, luego de forzarlos a una ridícula peregrinación hacia la casa de Nerval, Lemesle sostuvo que las únicas actitudes decentes eran la locura y el suicidio. *¿El suicidio?*, dijo Boulanger, *¡pero, por favor, si eso es un hábito plebeyo! Escúchame, González,* dijo Boulanger, *a pesar de los años transcurridos no he olvidado la mirada furibunda que me dirigió André. Quemaba esa mirada y me dijo que él no era un maldito descendiente de una clase parasitaria y moribunda. ¿Debí desafiarlo a duelo? Pero no, González, además de ser cobarde, por principio me opongo a cualquier género de violencia. Quiso abofetearme pero se interpusieron, me parece, Vignot y Fontan. «¡Vamos, André!», le dije. «No te sienta el ajenjo». Envolviéndonos a todos con su mirada, Lemesle arrojó las copas al suelo y abandonó el lugar*.

Dejaron de verlo más de un año y con un sentimiento en que se mezclaba la perfidia con el afecto temieron que se hubiera arrojado al Sena o disparado un tiro en la sien. Boulanger no descartaba la posibilidad del suicidio, pero le asistía la convicción que, de decidirse a hacerlo, Lemesle elegiría el medio más espectacular de ejecutarlo. Cuando algún conocido del grupo llevó la noticia de que lo había visto recorriendo los barrios obreros de París, Boulanger recordó las confidencias que le hiciera Lemesle en los primeros

tiempos de su amistad. En los años de su pubertad, André, con un sentimiento que no podía definir, se internaba en las zonas fabriles de Lyon e interminablemente buscaba la plaza en que hubiera visto al capitán Maurice Lemesle arremetiendo con el sable a las turbas insurgentes de tejedores. Poco después se supo que frecuentaba los numerosos clubes obreros y círculos revolucionarios que conspiraban contra la dictadura bonapartista. Entre tanto, cada uno de los amigos iba hallando acomodo en la grosera sociedad del Segundo Imperio: Brochard abandonó sus sueños wagnerianos y obtuvo un primer triunfo como epígono de Offenbach; Fontan empezó a escribir comedias ligeras que pronto habrían de obtener aceptación; Vignot, a falta de talento, se orientó por los caminos de la erudición y de la crítica; y Labordette concluyó sus estudios de abogado y consiguió una plaza en el Ministerio del Interior, donde esperaba encontrar el ambiente adecuado para escribir novelas. Mientras tanto, Boulanger, luego de una corta estancia en Suez, donde Lesseps construía el gran canal, pasó a formar parte del grupo de ingenieros que abrían las nuevas avenidas y bulevares que hicieron de París la ciudad más moderna de Europa; y para degradar el arte (pues nada en el mundo merecía reverencia) ilustraba la revista que imponía las modas femeninas en la alta sociedad del pequeño Bonaparte. Habían, pues, acabado las grandes ilusiones cuando reapareció André Lemesle.

Les dijo que había descubierto la verdad recorriendo Lyon, Marsella, Le Creusot, Brest, Saint-Etienne y Rouen, ciudades con densas poblaciones obreras. *André había abandonado el traje de dandy*, dijo Boulanger, *por el de conspirador jacobino*: en vez de la perilla, el rostro lucía una abundosa y desgreñada barba en forma de candado; pronunció el nombre de Blanqui, habló con exaltación de Delescluze. Boulanger, que por primera vez oía hablar de aquellos, recordó a Baudelaire. En el acto, como si tuviera preparada la réplica, Lemesle declaró: *¿Olvidan, ciudadanos, que Baudelaire*

tomó el fusil en las jornadas del 48? Solemne, impositivo y banal, empezó a adoctrinarlos. Proclamó la inutilidad del arte; temerariamente sostuvo que el único género aceptable para los hombres de espíritu era el periodismo; dictaminó la urgencia de agitar las conciencias. Monótona, plebeyamente, redundó en la ideas de libertad, de justicia, de igualitarismo. Pero Boulanger se negó a asistir a mítines donde los restantes miembros del cenáculo, junto con nuevos integrantes, escucharon disertar a hombres como Rigault, Vermorel, Vallés, los propios Delescluze y Blanqui. Del grupo, el único que logró interesarse por esos certámenes desaforados fue Labordette; y fue por este último que Boulanger se enteró de la existencia de posiciones encontradas y aun antagónicas en el seno de los clubes y asociaciones subversivos. *Después se sabría*, dijo Boulanger, *que el buen Labordette entregaba minuciosos informes a aquellas asambleas a Picard, jefe del Ministerio del Interior*.

El giro que había dado Lemesle acongojó a Boulanger. *Me sentí defraudado, horriblemente injuriado. Escúcheme, González: no existe pasión más innoble (más inútil) que la política, con su idolatría de la historia*. Pero todavía no perdió la esperanza. Pensaba Boulanger que Lemesle no soportaría mucho tiempo ser una figura de segundo orden entre el conjunto de hombres exasperados que defendían vanas y atroces utopías; poco después tuvo que admitir que había desestimado la capacidad de odio que albergaba el espíritu de Lemesle. Sin el odio que inflamaba su pluma, los artículos (tan anémicos de ideas) que publicó en *La Lanterna* no habrían sido objeto de la inusitada acogida que tuvieron. Antes de su clausura, Lemesle había empezado su carrera como periodista político en *La Jeune France*, de Vermorel, pero su consagración se debió a la serie de artículos que publicó en el semanario republicano de tendencia radical *La Lanterna*, en una columna que llevaba el jactancioso título de *Contra el Imperio*.

Con ocasión de celebrarse el primer aniversario del fusilamiento de Maximiliano I, escribió la crónica «La aventura mexicana», en que no mitigó ningún horror: el sacrificio del joven emperador, la locura de su esposa Carlota Amelia, el fusilamiento del general Miramón, los centenares de miles de francos que costó la arrebatada empresa, los miles de soldados franceses caídos, la crueldad del general Bazaine, que sentenció: *No admito que se hagan prisioneros; todo individuo, cualquiera que sea, debe morir*, y terminaba mofándose de la placa de metal que tuvieron que ponerle los cirujanos al general marqués de Galliffet, como consecuencia de una herida en el pecho, *única condecoración que obtuvo el ejército imperial*. *La celebración del concilio del Vaticano en el que habría de sancionarse el dogma de la infalibilidad papal sirvió como pretexto*, dijo Boulanger, *para que Lemesle, luego de condenar la nefasta (la torpe) política de Napoleón III en Italia (a quien llamó «cancerbero del Papa»), diera rienda suelta a su exorbitante anticlericalismo*. Con lenguaje jacobino imitado de la época del terror de la revolución de 1789, Lemesle denunció la influencia de las sotanas en la escandalosa corte de Napoleón III y la emperatriz Eugenia, bajo cuyo amparo (la Iglesia, recordó Lemesle, había llamado al tirano «nuevo Carlomagno» y «Constantino») proliferaron las vírgenes y los santos, se proclamó el culto oficial a la Inmaculada Concepción y se dotó de inconmensurables bienes y propiedades a las congregaciones religiosas. Lemesle había anunciado una serie de cinco artículos sobre este tema, pero solo llegó a publicar tres: *La Lanterna* fue clausurada y André Lemesle, recluido en prisión.

Se equivoca, González, me dijo Boulanger, *si cree que perdí el sueño por el encarcelamiento de André. Tampoco sentí regocijo, pero pensé que una temporada entre los barrotes de la inmunda prisión de Sainte-Pelagie le apaciguaría el ánimo y le restituiría la sensatez*. No más de dos meses duró

el cautiverio de Lemesle; después supo que Labordette intercedió por su liberación. Con alguna ansiedad, Boulanger buscaba el nombre de André Lemesle (nadie sabía su paradero) entre los panfletos que por entonces proliferaban como *La Rive Gauche*, *La Marseillaise* (la nueva hoja de Rochefort), *Le Réveil*, de Delescluze... Un día, recordó Boulanger, mientras recorría las páginas del semanario de Vallés, *Le Crie du Peuple*, Labordette, afectando un aire de misterio y complicidad, le dijo: *Es inútil que busques, querido François. Lemesle ha vuelto a ser un hombre razonable*. Hacia finales del 69, los amigos se reunieron en la Cervecería Le Mirliton, un sótano frecuentado por artistas y bohemios, para celebrar el estreno de una comedia de Fontan. En homenaje al flamante autor, Brochard interpretó algunas piezas ligeras de su repertorio; la estrella del momento Coral Lebrun, una bella mestiza de la Martinica, se sumó al festejo. Coral en sus presentaciones intercalaba canciones pícaras y algo licenciosas con romanzas sobre idilios del arrabal y trovas que narraban las adversidades y contiendas y esperanzas de los desposeídos. Según Boulanger, estas canciones sumieron al grupo en la melancolía: todos habían sentido la ausencia de André Lemesle. Entonces, Vignot (¿o fue Labordette?) propuso un brindis, pues aseguró que él (Lemesle) se hallaba allí entre los viejos crápulas, y para demostrarlo abrió las páginas del periódico conservador *Le Gaulois*: los dibujos que pérfidamente graficaban los hábitos alcohólicos y la promiscuidad venérea de los trabajadores no llevaban firma, pero los miembros del antiguo cenáculo reconocieron los trazos y la acritud del que fuera discípulo de Daumier.

Pero Boulanger protestó, y durante semanas se negó a admitir que Lemesle fuera el autor de las inmundas caricaturas que, cada vez con mayor éxito y regocijo de bonapartistas y monárquicos, publicaba *Le Gaulois*. *Por desgracia, yo estaba equivocado; los comentarios de una próxima guerra con Prusia inflamaban las conversaciones; los rojos (como se conocía de*

manera genérica a radicales y socialistas) enarbolaron la bandera de la paz; los monárquicos (legitimistas y orleanistas) y los grandes burgueses que apoyaban a Bonaparte los acusaron de agentes de Bismarck y de traidores a la patria francesa. Usted, González, me preguntará cuál era mi posición. Naturalmente, yo estaba por la paz, pero me temo que por razones harto diversas que los agitadores de izquierda. Fue en medio de este clima, corría el mes de mayo de 1870, cuando, al abrir las páginas de *Le Figaro*, Boulanger leyó con estupor un artículo firmado por André Lemesle. No fue el único que publicó y, a partir de entonces, el alto mundo parisino devoraba los artículos semanales de Lemesle, que competían en infamia con los libelos de Dumas hijo. Hombre de extremos, André Lemesle, con argumentos tomados de ultramontanos, con De Maistre y De Bonald, dogmatizaba que todos los males arrancaban de esa abominación de la naturaleza que había sido la Revolución Francesa, al pretender quebrantar los pilares eternos de la patria: la Iglesia y la monarquía. Luego fustigaba a «la canalla roja» y anatematizaba a «la horda de internacionalistas apátridas», sin embargo, «mantenidas por el oro germánico». Era verdad, decía en otro escrito, que Napoleón III había cometido desaciertos, pero nadie podría acusarlo de no haber luchado por la grandeza de Francia. Agregaba que había pasado la hora de las críticas; criticar era dividir a la nación francesa. Ahora el deber de todo patriota era unirse en torno al emperador, y, enrolándose en el ejército, había que atravesar el Rin para, reeditando antiguas glorias, acabar con la soberbia del káiser y de su ayuda de cámara Bismarck.

Mientras Boulanger me relataba esto, me abrumó el recuerdo de la locura guerrera que vivió el Perú incitado por los poderosos durante los días previos a la iniciación de la Guerra con Chile. Le pregunté (creo que para disimular mi turbación) si no intentó conversar con Lemesle. *Ya le he dicho, González, que desde muy joven me marginé de los asuntos sociales. Por eso, no fueron*

sentimientos patrióticos los que llevaron a buscarlo: me interesaba el individuo, me abochornaba que un hombre de talento como Lemesle se degradase hasta convertirse en una vulgar pieza de una maquinaria impulsada por fuerzas oscuras. Lo busqué en la redacción de Le Figaro. Al principio fingió no reconocerme, luego dijo que disponía exactamente de cinco minutos: un cupé lo esperaba para llevarlo al estreno de Fedra en la interpretación de Sarah Bernhardt. Estaba poniéndose los guantes, el traje era de excelente paño, la levita muy bien entallada, el bastón y la chistera no desmerecían el resto del atuendo. Me fijé en su rostro: sus ojos barrían el espacio desde las alturas y solo llevaba un mostacho con las guías hacia arriba. «¿Y bien, caballero?». La verdad, González, no sabía qué decirle; por fin se me ocurrió manifestarle que había sentido la curiosidad irresistible de observarlo. André me miró de frente, pero sin furia, casi con dulzura. Terminó de ponerse los guantes, caminó unos pasos en dirección a la puerta y, antes de salir, me dijo: «¿Sabías, François, que Baudelaire mendigó una y otra vez un miserable sillón en la academia? Pero yo sigo siendo fiel a su espíritu. Yo propicio el asesinato colectivo. Yo propicio el mal absoluto». Fanfarroneaba, por cierto, pero me pareció tan divertida la bravata, que rompí a reír junto con él. Veinte días después, Francia le declaró la guerra a Prusia.

Aquí Boulanger suspendió el relato. Desde hacía semanas dormía en una de las casas que fueran abandonadas por la gente principal al comienzo de la peste. Había escuchado que Benalcázar le prohibió el ingreso al palacio, convertido ahora en una suerte de ciudadela: temía (no sin razón) que Boulanger fuera el agente del morbo. Ignoro si Benalcázar lo dejó entrar, pero, aquella tarde, Boulanger alegó que tenía que cumplir una diligencia en el palacio y lo vi marcharse a pie entre los arenales. En los últimos días había detectado un descenso en la mortalidad, pero esto todavía no era una

esperanza para un pueblo que había agotado todas sus lágrimas. Me aboqué a mis investigaciones. Los últimos informes que recibí de Paita confirmaron mi hipótesis sobre el origen de la peste. Me alegré; absurdamente me alegré; enseguida estuve al borde del llanto. ¿Qué importancia podía tener descubrir el origen de un flagelo que ya había arrasado con media población? Pasaron tres días sin que viera a Boulanger. Su compañía (ahora me daba cuenta) me había ayudado a convivir con la peste; la vida de André Lemesle me había interesado menos que por ella misma porque me revelaba aspectos apenas entrevistos de una Francia en la cual viví casi como un monje en mi juventud. Al cuarto día reapareció Boulanger. Por desgracia (por desgracia para mi curiosidad), su relato no fue lo suficientemente prolijo como yo hubiera deseado. Hasta donde me sea posible, evocaré sus propias palabras.

Usted sabe cómo fue humillada la Francia del Segundo Imperio; las falaces crónicas que enviaba Lemesle desde el frente (claro, no era el único) fueron cruelmente desmentidas, primero por la derrota de Bonaparte y MacMahon en Sedán, y luego por la capitulación de Bazaine en Metz; no le hablaré del sitio de París ni de la oprobiosa paz; mi interés es contarle el destino de Lemesle. Hace tiempo abolí de mi pensamiento las nociones del bien y del mal, para mí solo existen situaciones más o menos infamantes. No estoy seguro si la Comuna de París, como se conoce a aquella trágica, sangrienta ilusión, hubiera podido arrojar al ejército de Bismarck, o por lo menos lograr una paz menos deshonrosa, pero el deber de todos los que agitaron el patriotismo y la bandera de la guerra era el de apoyarla y someterse a su dirección. No quiero hacer vanas acusaciones, que ya suficientes han hecho los que sobrevivieron a aquella desatinada utopía, aunque pienso que Zola (un escritor que desprecio) debió incorporar este episodio como remate del hundimiento de la mendaz sociedad del Segundo Imperio, cuyo historiador pretendió ser. No, no me interesa la historia, me

interesa el individuo, me interesa André Lemesle. En cuanto a mí, no jugué a ser miembro honorario de la guardia nacional como Brochard y Fontan (de Labordette y Vignot preferiré olvidarme), sino que me parapeté o, mejor, me refugié, me escondí, en una mansión del bulevar Malesherbes, abandonada por unos parientes que huyeron al sur, y allí supe de todas las formas del miedo y del terror; los dinamitazos que derribaron la Columna Vendôme hicieron trizas los cristales y mis huesos parecieron descoyuntarse y padecí hambre y sed y frío y durante semanas, atormentado por el rugido del cañón, dormí con el acechante sueño de los animales, y al final casi desfallecí por el hedor de los cadáveres insepultos.

Pero mi vida carece de importancia, recuerde que el héroe de mi historia es André Lemesle. Si se piensa con rectitud, el destino fue benévolo con Lemesle, quiero decir, el destino le brindó la oportunidad de retractarse, de despojarse de la dañada piel. No lo acuso por elegir el abismo: lo acuso por sucumbir a su vértigo; porque Lemesle siguió al señor Thiers y a su séquito hasta Versalles, y ahí (aunque después lo espantaron los corredores del infierno) su pluma alcanzó un espléndido fulgor diabólico. Halagado por el aplauso de los elegantes y las hembras del alto mundo (¡cómo le recordaban a la infiel amada Giselle Saniette!), zahirió, injurió y difamó a lo que dio en llamar «la chusma comunera»; pero el óptimo veneno lo reservó para los dirigentes y para los escritores y artistas que estuvieron al lado de la Comuna. Basándose (sospecho) en el cantero de su propia infancia, a los jefes les compuso pérfidas biografías: el viejo Beslay padecía de senilidad; Jules Allix era un orate furioso evadido del manicomio; a Vermorel le atribuyó vicios innobles; Rigault, bebedor de sangre, ilustraba las fantasías de Sade; la desbordada egolatría enajenaba la conciencia de Vallés; cincuenta adjetivos ominosos merecieron las barbas de Blanqui; Delescluze (el austero Delescluze) había hecho realidad el falansterio soñado por

Fourier al convertir en exclusivo burdel el Hotel de Ville. ¿Su fracaso como creador bastará para explicar la superación de sí mismo que mostró André Lemesle al apostrofar a los artistas? Fíjese, González, no le fue suficiente señalar (con justicia) la mediocridad del dramaturgo Félix Pyat, sino que aludió a su singular amistad con «la sáfica George Sand», en la cual el rol de varón no lo desempeñaba el infausto Pyat. Llamó a Victor Hugo «viejo bufón, garza melancólica, saltimbanqui descalabrado, pobre guasón preñado de frases flatulentas»; para el pintor Courbet escribió un anatema que empezaba con estas palabras: «¿De qué cópula fantástica de una babosa y un pavo real, de qué depravación genética, de qué supuración sebácea puede haberse generado esa cosa que se llama Gustave Courbet?».

Pero le he dicho que André Lemesle sucumbió al vértigo. Esto sucedió cuando, luego de la caída del fuerte Vincennes, abandonó Versalles y, en calidad de cronista del general marqués de Galliffet, tuvo ante sí el soñado infierno; no me referiré a la defensa de la Comuna, ¡tanto deben de haberlo agobiado relatándole los combates en las barricadas en los que no faltaron los niños y abundaron las mujeres! No, lo que me interesa contarle es cómo, a diferencia de Moisés, que desde la tierra de Moab divisó y no pudo entrar en la Tierra Prometida, André Lemesle, abriéndosele las tranqueras, sintió miedo pánico de cruzar las pestilentes y llameantes ciénagas que conducían al trono del dios réprobo a quien venerase con devoción sobrecogedora.

Había empezado la innúmera yugulación (en determinadas circunstancias no es improcedente la comparación de los chacales con los hombres), la soldadesca competía por alcanzar la mayor cifra de descargas sobre cuerpos extenuados por más de sesenta días de combate y por el hambre y por el sueño; pocos (es sabido) pidieron clemencia, ningún niño lo hizo y la mayoría de las mujeres cayó maldiciendo a los verdugos. Cuando los soldados desfallecían, los versalleses (hombres y mujeres de la nobleza,

diputados, gente rica y cocottes de alto rango) les levantaban el ánimo con promesas de recompensarlos si cumplían con su deber; cuando se les acababan las municiones los incitaban a usar el facón, la bayoneta; tengo que agregar que hubiera sido la primavera más bella de París en muchos años de no haber estado depravada por el fétido olor a sanguaza y a carne humana encarroñada.

No muchos de los sobrevivientes lograron huir o encontraron refugio en alguna casa; bandas de soldados ebrios allanaban las viviendas en busca de refugiados: tener piedad podía costar la vida. Las puertas de los conventos permanecieron cerradas, el deber cristiano lo cumplieron los monjes bendiciendo los cadáveres. Yo temía que algún prófugo tocara mi puerta solicitando asilo y, para darme ánimo, me decía que yo estaba al margen de los acontecimientos y que no era responsable de esta vindicta sangrienta. Una vez me negué a abrir a los golpes desesperados, otra vez me vi obligado a hacerlo porque eran culatazos los que estremecían el portón: entró una patrulla al mando de un oficial y, después de enseñarles mis manos inmaculadas de asperezas y mi hombro derecho libre de hematomas por efecto de las retrocargas del fusil, los acompañé en la inspección y me mostré encantado con sus latrocinios. Pasó una semana. Un aporreamiento de cabezas contra el muro acrecentó mi espanto; unas veces yo apedreaba, otras era yo el apedreado. Desperté tiritando en la honda madrugada y tardé en darme cuenta de que alguien castigaba con un objeto metálico la puerta. Cualquier cosa era mejor que afrontar solo la reanudación de la pesadilla. Eché mano a un candelabro, prendí un cirio y salí a abrir: era André Lemesle.

No lo afligiré con excesivos detalles, doctor. El general Galliffet envió a un ordenanza para que condujera ante su presencia a Lemesle, que había vivido en un estado de euforia desde que Thiers ordenó al ataque a París.

Paradojalmente, sin embargo, la euforia empezó a disminuir a medida que se hacía inminente la caída de la Comuna. La víspera, cuando supo la toma del Cementerio de Père-Lachaise, bebió abundante vino para enardecer el espíritu; el 29 de mayo, día en que fue aniquilada la última resistencia, se unió a la algarabía de los juerguistas y de las cortesanas festejando la victoria, y chocó una y otra vez la copa brindando con champaña por la muerte de Delescluze en la barricada de la Plaza Châteu-D'Eau del bulevar Voltaire. Al día siguiente estuvo entre los primeros de la caravana de versalleses que acudió a presenciar entre los escombros los degüellos y fusilamientos en masa. Hizo bien en tener una botella de coñac cuando vio que arrastraban a un comunero con el cráneo deshecho y los ojos salidos de sus cuencas. Al parecer, Varlin, sindicado como cabecilla de los internacionalistas, se hallaba con vida, porque lo acomodaron en cualquier forma delante de un muro y, luego de fusilarlo, le hundieron las bayonetas en el vientre. Del resto, Lemesle solo recordaba que se apartó del grupo, que retornó a Versalles, que erró de un lado a otro, que siguió bebiendo. Cuando el ordenanza del general Galliffet fue a buscarlo, lo encontró durmiendo la borrachera.

«¡Veo que ha estado celebrando la victoria de la patria francesa!», dijo el general. Parecía un hombre inconforme con su estatura y, al hablar, erguía la cabeza expandiendo los hombros con un movimiento hacia atrás. Tenía la frente amplia, bigotes en forma de manubrios de velocípedo y ojos inquietos y acechantes. Mientras duró la entrevista un furriel sacaba brillo a las magníficas botas que llevaba puestas. La siguiente observación del marqués de Galliffet terminó de desentumecer a André, colmándolo de bochorno: «Si no me equivoco, usted debe ser nieto del valeroso capitán Lemesle». Galliffet, como el propio Lemesle, era de los hombres que desprecian las opiniones de los interlocutores que reputan de inferior rango. Prosiguió:

«Joven, he leído sus interesantísimos escritos. Siempre he sostenido que cuando la espada y la pluma marchan por una misma dirección se obtienen victorias maravillosas». A Lemesle lo impresionaron la firme osamenta, la piel aballestada, el afilado mentón del general. «En homenaje al capitán Lemesle», dijo luego, «y en recompensa por los servicios que usted ha prestado a la patria, tendrá el privilegio de acompañarme en la revista que pasaré a la canalla roja, como usted la ha denominado con todo acierto. Le prometo, Lemesle, que podrá usted escribir su crónica más apasionante». Lemesle estaba como fascinado comparando la arrogante figura del marqués con la única imagen que le gustaba evocar de su padre: cuando al frente de la caballería el capitán Maurice Lemesle arremetió contra la masa de tejedores de Lyon. Recuperando el aplomo, agradeció la invitación del alto jefe del Estado Mayor. «No es una invitación», corrigió Galliffet. «Los generales solo damos órdenes. Lemesle, tiene quince minutos para asearse».

Creo que antes le hablé de los corredores del infierno. Me referiré a un pasaje mínimo; pudo ocurrir igualmente en La Roquette, en la prisión de Mazas, en las estaciones Norte y Este, en la escuela militar, en el jardín de las plantas... pero la presencia del general Galliffet trocó en apoteosis satánica los fusilamientos de la avenida Ulrich. De muchacho Lemesle soñaba que un dios omnipotente y maldito consentía en visitarlo. Al leer Las flores del mal *creyó que aquel dios guio la mano de Baudelaire y ahora pensó que perfectamente se había encarnado en el metálico cuerpo de Galliffet. Thiers, que ansiaba mártires, exasperó a los comuneros hasta la ejecución de unas decenas de rehenes, entre ellos el arzobispo de París, de modo que Galliffet se convirtió en el Ángel Exterminador de la furia versallesa. No es inexplicable que Lemesle, inicuo y abstracto profeta del mal, en medio del vértigo sintiese una abyecta admiración por el hombre que hubiera escarnecido tres años atrás. Según la malvada dialéctica de*

Galliffet, a los ancianos los condenaba para liberarlos de una existencia demasiado prolongada; a los hombres de mediana edad, por haber engendrado frutos aborrecibles; a los jóvenes, por rebeldes; por haber amamantado con odio a sus crías a las madres; a las mujeres jóvenes, para que París no fuera un burdel; y a los niños, para salvarlos de un futuro infausto.

Con ojos puntiagudos, Galliffet iba pasando revista a la larga fila de prisioneros. En ningún momento se rebajó a la piedad y los que sobrevivieron fue por circunstancias misteriosas: porque por un instante lo distrajo la conversación de los informantes, porque reparó en la insólita belleza de una flor nacida entre las ruinas, porque halló divertido un rostro demasiado feo, porque las atroces mutilaciones de un herido lo llevarían a maldecir insaciablemente su destino. De pronto, como si recordara algo, se dirigió a Lemesle: «Quiero que sepa que me pareció muy sugestiva su crónica sobre nuestra aventura mexicana. La condecoración a la que usted alude la llevo, en efecto, aquí en mi pecho. Pero se le olvidó decir que la obtuve en la Batalla de Puebla». Se había detenido ante una mujer joven y un niño de doce o trece años, mientras uno de los adjuntos le suministraba detallados informes al oído. «Usted, Lemesle», prosiguió, «fue siempre un incendiario; antes lo fue contra la patria y después, lo cual celebro, a favor de la patria. Escuche, Lemesle, quiero que me pruebe que es un patriota de verdad y también que es un hombre valiente. Por ejemplo, tomemos a esta zorra. Obsérvela, es una inmunda mulata de la Martinica con nombre de ramera: Coral, Coral Lebrun, y con sus cantos de lupanar entretenía a la canalla roja en las barricadas. ¿Ve a este granuja? Encontró en el cañón su mejor juguete. ¿Sabía que por su alegre esparcimiento cayeron muchos patriotas? Pero no importa, seré indulgente. Sin embargo, incumpliría con mi deber si lo fuera con los dos. Lemesle, ¡elija al que debe ejecutarse!».

Abreviaré, González; le suplico que imagine, como yo lo he hecho minuciosamente, las reacciones de los que participaron en esta escena. En un último esfuerzo por aparentar aplomo, Lemesle ensaya una ironía: abdicaba, dijo, a tan alto privilegio. Galliffet ríe, como un alegre compadre festeja la manera ingeniosa con que, le dice, ha condenado a muerte al par de asesinos; sin dejar de reír (la risa es filuda como la mirada) ordena separar a los prisioneros y dispone su ejecución. Es entonces que Lemesle se quiebra, ruega a Galliffet que le conceda unos segundos. La mujer y el niño reclaman para sí la muerte; de entre la columna de prisioneros se levantan voces ofreciendo sus vidas a cambio de la vida del muchacho y de la mujer. En esos segundos, André Lemesle logra alcanzar una visión concisa pero exacta de su vida; por fin, elige. Pero Galliffet le dijo que era un cobarde impostor, pues ni la sucia ramera ni el pequeño bastardo merecían vivir.

Lemesle permaneció conmigo dos semanas. Después de referirme lo anterior estuvo tendido en la cama en silencio y rehusándose a beber, y apenas probó los mendrugos que yo le ofrecía. A la segunda semana, me pidió lápiz y papel y empezó a dibujar, primero con lentitud y torpeza y luego febril, ardorosamente. Yo, entre tanto, me aventuré a salir. Recorrí las zonas donde más arduos fueron los combates; entre los escombros comprendí la ayuda que prestaron al ejército versallés las grandes avenidas y bulevares a cuya construcción de manera tan mínima yo había contribuido. La víspera de su partida, Lemesle aceptó beber un par de copas. Con el rostro rasurado, los ojos parecían habérsele hundido. Cuando me dijo que toda la vida había soñado con el Lejano Oriente entendí que había determinado enrolarse en el ejército colonial. Al día siguiente, antes de partir, me encargó entregar los dibujos a una cierta dirección; merced a esos dibujos, un año después el mundo pudo contemplar una serie escrupulosa de imágenes de los días que

siguieron a la caída de la Comuna. ¿Sabe, González? Siempre consideré que André era un estupendo dibujante.

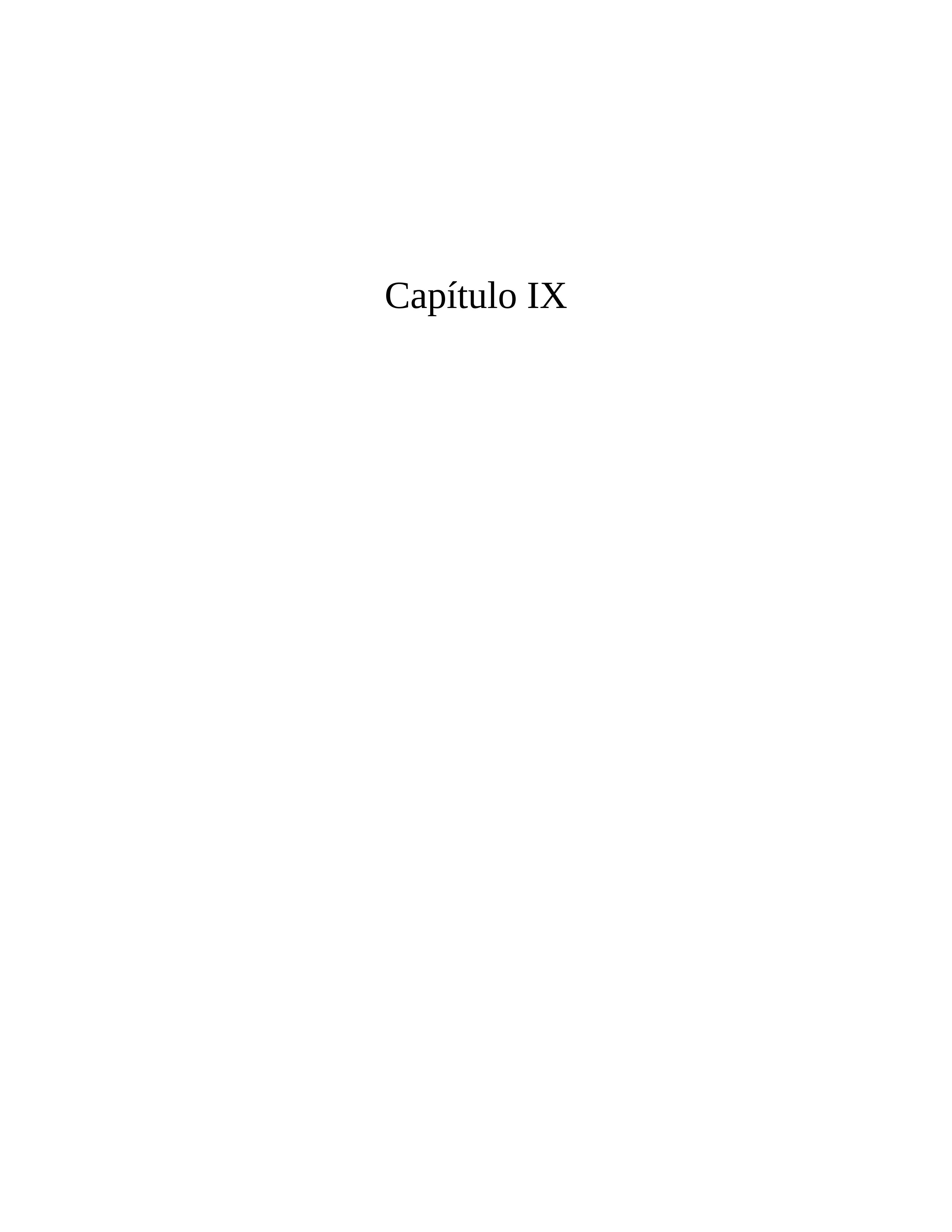
Numerosas preguntas me vinieron a la mente una vez que François Denis concluyó su relato, pero hubiera sido desconsideración formularlas. Preferí hacer vagas remembranzas de las noticias, muy pocas, que recogí de aquella guerra civil mientras fui estudiante en París. Boulanger manifestó hallarse cansado y, poco después, se despidió. En las semanas siguientes, sus visitas se fueron espaciando y hasta pensé que rehuía encontrarse conmigo. En otras circunstancias lo habría buscado, pero a fin de cuentas la peste constituía para mí el problema central. Hubo un alarmante recrudecimiento, luego el índice de mortalidad disminuyó penosamente y era como si el bacilo permaneciese aletargado, después se operó un franco descenso y me permití una secreta esperanza.

Dos vidas, dos destinos. A medida que Boulanger avanzaba en su relato, mi memoria se había ido abriendo a los años de mi adolescencia. Y esta era, para mí, mi amistad con José Agustín Benalcázar y con Rodolfo Lama Farfán de los Godos; pero era, sobre todo, el lorenés (¿o alsaciano?) Bauman de Metz, que tanto influyó en nuestras vidas y dejó un odioso recuerdo en la apasionada memoria de las familias patricias de Piura. ¡Cuánto me ayudó a sobrellevar las noches de las últimas semanas de la peste el pensar en los azarosos destinos de André Lemesle y Bauman de Metz! ¿Dos vidas paralelas? En algún punto del infinito, las paralelas se encuentran. Bauman y Lemesle nunca se encontraron (aunque no es imposible que alguna vez atravesaran la misma calle a la misma hora, en la misma dirección o en sentido contrario), pero sus actos u omisiones tuvieron lugar dentro de un mismo paralelograma de fuerzas coalescentes y contradictorias. De cualquier forma, yo sentí gratitud por Boulanger, pues el relato con que me regalara permitió a mi mente ejercitarse en un dominio distinto al de la peste. Pero no,

no era tan distinto, pues, sin la peste, François Boulanger no habría retornado a Congará ni sentido la urgencia de contarme la vida de su amigo André Lemesle.

La mañana en que François Denis volvió a visitarme (ya no tenía duda de que la peste había cerrado su ciclo mortal), yo me hallaba razonablemente alegre, de modo que transgredí las normas de la mesura y le manifesté mi reconocimiento por la confianza que tuviera conmigo, y no le oculté la gratitud a la que antes me he referido; enseguida, absteniéndome de emitir juicio moral alguno, aludí a André Lemesle, cuya historia me había llevado a recordar la vida de un paisano suyo más o menos de la misma edad, que apareció por Piura en los días de la Guerra con Chile. Ganado por el entusiasmo empecé a exponerle algunas certezas y numerosas conjeturas sobre el destino de Bauman de Metz. Pocas veces, Carrasco, he hablado como en aquella mañana. De pronto sentí un malestar, sentí el aire recargado, y la sangre abochornaba mi rostro. Pálido, la mirada glacial cargada de furia, Boulanger se había puesto de pie. Se excusó por no tener interés en escuchar la vida del señor De Metz ni la vida de nadie; luego me dijo que había acudido para saber si ya podía marcharse de Congará. Le respondí (creo que balbuceé) que sería prudente aguardar unos días más y que, si no ocurría nada imprevisto, dentro de siete días levantaría la cuarentena. Con una leve inclinación a guisa de saludo, François Boulanger abandonó la estancia. ¿Por qué lo enojó mi referencia a Bauman de Metz? ¿Qué asociaciones se suscitaron en su mente? El comportamiento del señor De Metz, tan distinto al de André Lemesle, ¿agredió su conciencia? Luego, recordando que yo solo era un médico, hice a un lado estas interrogaciones y me esforcé por no entregarme a la lujuria de las presunciones. Por ventura, nada anormal aconteció en relación con la peste y, al vencerse la semana, quise que Boulanger fuera el primero en saber que Congará volvía a ser un pueblo

salubre y abierto al mundo. Antes de las siete de la mañana fui a comunicarle la noticia, pero Petronila Jaramillo, con quien me crucé en el trayecto, me dijo que el caballero francés se había marchado una hora antes en dirección a Paita. Minutos después, Petronila tocaba a rebato la campana de la iglesia anunciando el fin de la peste.



Capítulo IX

El agravio

Y lo que va a suceder sucederá en este pequeño pueblo ubicado debajo de la línea equinoccial, en la zona ardiente del globo, a tantos y tantos grados de latitud y longitud, circundado por arenales (pardos los arenales, blancos y lunares los médanos) y flanqueado, tras las deleznables y eternas murallas de arena, por el norte por el ya invocado Chira, por el sur por el tablazo, amarillento y gredoso, y por occidente (no contamos los vastos arenales del levante) por el Pacífico, agrio y tibio, cuyo olor a placenta, traído por las sediciosas virazones del atardecer y de la noche y de la primera madrugada, lame los arenales y las calles del pueblo y penetra en nuestras casas y en nuestra boca y en nuestros huesos y en nuestros ojos. Pero no nos adelantemos, que ya llegará el momento de describir la tierra de mis dichas y amargores, la tierra de los míos. Confiramos al cielo un color azul, más celeste que ultramarino, y pongamos sobre este mismo cielo unas pocas nubes, no de aquellas coposas y blanquísimas o aborrascadas y densas, sino de aquellas hilachentas y febles, pero, no obstante, estáticas, yertas, por la quietud de la mañana canicular. Antes hemos mencionado el festín de los gallinazos: este otro drama de la naturaleza ocurre hacia el oriente, a la altura de El Conchal. Ahora, siglos después, a la caída de la noche, me hallo en una de las dunas de El Conchal, al lado de mi tierna conviviente, y discípula en las buenas y las malas artes. ¿Mencioné, me parece, a un cernícalo? O bien,

podría ser un gavilán o cualquier otra ave de presa, que para el cuento da lo mismo. Por esta mañana silenciaremos de trinos al pueblo. Ni siquiera concederemos voz a los choquecos, que con su anticanto desgarrado muy bien nos servirían para crear la atmósfera premonitoria. Árboles, los de siempre: vichayos (uno tutelar, en la casa de los Villar), zapotes, algarrobos, oberos, añalques, faiques aquí y allá, los viejos tamarindos de la plaza, y zarzas y chopos espinosos engurruñados a la arena, y sampedros de púas de oro cultivados en los corrales de los practicantes de la curandería y de la brujería. Esta es una tierra avara de flores, lo cual nos exime de prolijidades floricultóricas, aunque habría que mencionar la reseda y los morados papelillos de la plaza. Bestiaje mayor y menor: mugidos y balidos y otras emisiones y chivateos de establos y corrales. No ladraron los perros al paso de los jinetes: aullaron, escondieron el rabo. En cuando a relinchos, el de Expedicionario, más bien un bufido cavernoso, y el del Colorado, el fino mulo de Isidoro Villar.

Finalmente, los animales indignos y degradados: sierpes y saurios. Nos hemos referido a la debilidad que sentía Santos Villar por los animales condenados a arrastrarse sobre la tierra. Criaba y amaestraba colambos y los alimentaba con huevos de ave y con polluelos de huesos deliciosos, y con ellos dormía bajo el cobertizo de la chacra. Esta mañana, el que andando los años sería el abuelo del muchacho Villar había llevado al hogar al más engreído de sus colambos para que se enredara entre las ramas del vichayo. Entre las otras criaturas, vecinas a los ofidios, hay que mencionar a los verdes pacasos trepados entre las enredaderas de las glorietas de la plaza, y a tantas y tantas iguanas y lagartijas que se aventuraban a cruzar las calles del pueblo. Y, en particular, a cierto saurio, viejo de todas las vejeces, que, apostado sobre el espinazo de la más alta de las dunas y rozado por la sombra de los

muertos y escuchando las voces de los vivos y de los difuntos, atisbaba el pueblo con ojos aletargados y neutros.

Faltaría aún la otra fauna: la fauna humana. Como ya hemos adelantado algo, nos limitaremos a nombrar a los principales testigos, si así podemos llamar a quienes murieron hace muchísimos años. Y aprovecharemos para efectuar algunas precisiones sobre la ubicación en que se hallaban, porque todo ha de ocurrir entre el espacio que media entre la casa hacienda, el pueblo y la casa de los Villar. ¿Habrá que recalcar que hay una perniciosa espera, un retorcido anhelo de ver en acción a Benalcázar y sus hombres? Precisemos el escenario: la salida de la casona (de Benalcázar y sus hombres) por la avenida de los cocoteros, pequeña subida por el lugar llamado Alto Gavilán, breve bordeo del barrio de El Arrabal, paso por la Acera del Guano, ingreso a la Calle Real, que en ese trecho recibe el nombre de Los Arrieros, trote contenido por uno de los lados de la plaza, galope alharaquiento (de combate y de punición) por la Calle Real propiamente dicha, brusca enfrenadura para tomar el Pasaje del Brujo, que desemboca hacia La Polvareda, donde se encuentra la casa de los Villar.

Y este fue el escenario. Y *fue*, porque al poco tiempo medio pueblo sería arrasado o reducido a escombros carbonizados o sepultado. Arrasado por el gran desbordamiento del Chira, que al cambiar de cauce anegó el pueblo derribando calles enteras de casas, y trastornó linderos y borró del mapa propiedades y haciendas enteras, demostrando, con ello, que no hay bienes eternos sobre esta tierra que habitamos. Reducido a escombros no por ningún Ángel Exterminador, sino por el fuego profiláctico del joven doctor González (el que años después sería padre espiritual de Cruz Villar, el hijo unigénito de Santos Villar), quien convirtió en llamaradas los barrios de El Arrabal, El Almendro y El Conchal, y aun las casas de blancos que se levantaban en el corazón mismo del pueblo, y esto para evitar el avance de la bubónica y de la

viruela negra y las restantes siete plagas, propiciadas, según decires, por las maldiciones de Santos Villar. Y sepultado por el paciente e inmisericorde trabajo del viento y de la arena, trabajo que no cesa, que no cesa. Pero esto ocurrirá después y por el momento el escenario está en pie, y en pie la fauna humana, las marionetas, los actores, vivos todavía, antes de morir, porque también habrán de morir, con o sin castigo, como morirá el que fragua esta historia, y no hay redención posible.

Instalados en los sitios antes señalados, al amparo de la esmirriada sombra de los árboles del desierto, en las esquinas, en ramadas, tras las puertas y las ventanas y los miradores ocultos, y aun por el centro mismo de las rúas, veremos a unos pocos ancianos y ancianas de pellejo encarrujado y cecinoso, sobrevivientes de la época de Miguel Villar y Sacramento Chira (interrogándose *¿Y para esta vergüenza se fundó esta sangre?*), viejos y viejas de la generación de Jerónimo Benalcázar; hombres y mujeres maduros, sorprendidos en su juventud por la guerra con el chileno; jóvenes y mozos imberbes; muchachas en la flor de la edad, vírgenes o no; mocitas púberes, vírgenes o no; y churres, que somos los viejos que ahora contamos la historia, pero que entonces apenas si nos dimos cuenta de la iniquidad que iba a ocurrir, entretenidos como estábamos jugando al circo, que justo acababa de irse a otros rumbos, y rebuscando entre la arena los restos de la feria (cohetones, camaretas, carrizos del castillo de fuegos de artificio y algún centavo, cómo no, alguna moneda perdida), o marchando tras el tantán de los ciegos caminantes, porque, recuerdo, era sábado y los ciegos paseaban la urna con la Cruz del Niño, pidiendo limosna por todas las calles del pueblo. Y entre este conglomerado, algunos rostros que la memoria retiene: la señorita Domitila Diéguez, enteramente de luto y cuya carne ajamonada permanecía invicta, intocada; Visitación Cabrera, con su turbante negro del castigo; Faraona Cherres, torcaza de mis amores, manojo de margaritas,

cosita dulce de quien todos estábamos enamorados y no solo Simón, El Enamorado; la beata Petronila Jaramillo, que esa mañana, con más apremio que todas las mañanas y noches de su vida, al paso de Benalcázar en su corcel recordaría la desquiciante verga que por única vez en su vida desgarró sus carnes.

Y entre los varones, la gallada, la muchachada de entonces, los cumpas de Catalino Villar, los que ahora con las piernas tembleques y voz más del otro mundo que de este metemos nuestra cuchara en lo sucedido y que, como el resto de los hombres del pueblo, habíamos soñado con cabalgar aunque solo fuera una vez sobre la maravillosa potranca que con sus crines al viento había huido llevándose toda la ricura del mundo. Y todos estos fantasmas y espectros y sombras y sobrevivientes y náufragos (a los que hay que agregar, también, los allegados al pueblo: los indios catacaos, tejedores, alfareros y joyeros del barrio de El Arrabal, y, de El Almendro, los músicos y pirotécnicos y arrieros sechuras, y los pescadores colanes de El Conchal, y a un orate atormentado de la vida y a un pobre de espíritu que perseguía a una burra blanca y a un perverso matarife, malvado de todas las maldades) juntaron sus voces, ya unánimes, ya disímiles y contradictorias, para contarme esta historia, historia que referí tantas veces en tantas noches a mi tierna conviviente, historia que después he de escribir, que escribo pensando en ti, pensando en ti, oh, Deyanira Urribarri, y esto mientras los ciegos caminantes portaban, al son del tantán de su tambor de pellejo de chivo, la urna de la milagrosísima Crucecita del Niño.

LAS VOCES. Quienes primero los vieron venir del lado de la casona fueron los indios catacaos. No, no fueron ellos. Te digo que sí, hombre. Como todas las mañanas, estaban a la puerta de su casa escogiendo la paja que luego en la noche utilizaban para la tejedera. Te repito que no; es decir, sí. Sí, en cuanto a

la escogedera de la paja. En eso eres verídico. Porque ellos tejían de noche a la luz del candil, porque la paja se ablanda y se pone suavecita y flexible con el fresco que trae el viento. Si antes por eso andan con los ojos legañientos y de ahí ciegan y luego tienen que salir a mendigar limosnas por todos estos andurriales. En eso, nadie te discute. Pero de allí a que digas que ellos fueron los primeros en verlos venir, eso no. No. ¿Y por qué no? ¿Puedes decirlo? Ah, qué viejos estos. Qué falta de retentiva. ¿Ya no recuerdan, hombres, que desde El Arrabal, donde los catacaos tenían sus chozas, no se alcanzaba a ver el camino que viene del palacio? No digo que no los vieran, pero fue al rato, cuando voltearon por la Acera del Guano. Entonces, ¿fueron los cholos de Colán? Ellos, los colanes, de haber estado, los hubieran visto, pues desde El Conchal se divisaba qué bonito la casa hacienda. Pero como pescadores que eran habían madrugado a la caleta con sus redes y aparejos y todo para sacar pescado, y solo quedaban las mujeres y las mujeres andaban metidas en la cocina. Tampoco los sechuras. Recuerden: sus cabañas quedaban al otro extremo, en El Almendro, por el lado del río, y más bien los habían visto cuando alcanzaron la ribera, pero más temprano, en la mañanita, cuando todavía no se habían puesto a trabajar con sus cojudeces de cohetones y castillos, y tampoco la banda del maestro Chapelliquén había empezado a jodernos la pila con sus cornetas y platillos y bombos. Vaya, ahora que lo dices, quién sabe tengas razón. ¿Adivinan, entonces? ¿No adivinan? Espérate, hombre. ¿El Síncero Nicasio? Che, pero qué caracho de hombres han resultado ustedes. Lo que es llegar a viejo carcamán. ¡Que el Síncero Nicasio! Si el pobre borolas en esos días no tuvo más ojos que para la burra blanca que era de unos arrieros serranos. ¡Si andaba más templado que el mismo Simón, El Enamorado! Se lo voy a decir, viejos, que me dan lástima. ¿Tanto se les secó la mollera? ¿Que no recuerdan a los churres que en el Alto del Gavilán, justo donde había estado el circo, andaban hechos unos huevetas tirándose de

cachetadas y patadas como los payasos? ¿Los churres? Y otros, tirándose varas de zapote como el badulaque y burro hechor que se cargó a la Villar... Los churres, espérate, gua, qué apurado es este. ¿Los churres? ¡Entonces éramos nosotros! ¡Nosotros! ¿Recién caen? ¡Claro, viejos hijos de la guayaba! Y estábamos tú y tú y tú y otros que ya hemos muerto. Recuerdo que, en lo mejor del dale que dale, en lo mejor que estábamos en nuestro gusto, divisamos por allá abajo levantarse una polvareda y nosotros seguimos jugando, pero ya con la curiosidad que nos picaba, como si pensáramos en nuestros adentros que otro juego más cojonudo iba a empezar. Y cuando volvimos a mirar, la polvareda había avanzado bastante trecho y en esto nos distrajo el chillido de un cernícalo... ¿Cernícalo? ¿No era un gavilán? Cernícalo o gavilán, la misma vaina es, aunque, especulando bien, los cernícalos señorean por otros rumbos. Pero bueno, el sol estaba trepando bastante, y cuando de nuevo bajamos la visual, ya no vimos polvareda o, si la vimos, ya no nos llamó la atención, porque lo que descubrimos fue lo que la polvareda nos había estado ocultando, ahí fue que nos miramos la cara pelada unos a otros, y nos olvidamos de las zonceras del juego y del cernícalo o del gavilán allá en el cielo, y más bien arrumbamos las lucernas hacia el pueblo y, como si nos pusiéramos de acuerdo, emprendimos la carrera, gritando con las manos como bocinas...

LOS CHURRES (*Bajando en tropel la pequeña elevación de arena, irrumpen atropellándose por varias partes al pueblo*). ¡El blanco! ¡El blanco! ¡Don Odar! ¡Don Odar! ¡El blanco Benalcázar! ¡Viene seguido de diez jinetes emponchados! ¡Ya va a entrar por la Acera del Guano! ¡Está entrando por donde los indios catacaos! ¡El blanco! ¡Don Odar Benalcázar! ¡Lo siguen diez jinetes con carabinas y machetes!

INDIOS CATACAOS (*En otro tiempo, tejiendo bajo el mechero, tienen los ojos llagados, algunos han perdido completamente la visión*). Escuchamos a los churres puñeteros, pero no les asuntamos. ¿Que por qué, patrón? ¿Acaso no éramos forasteros en el pueblo? ¿Que si no habíamos escuchado nada de la jodedera? ¡Con las tremendas orejas de piajenos que nos manejamos es que no íbamos a oír! Pero no era asunto de nuestro imperio. No, paisanito, allá los otros con sus ardiles. Ahora que, de verlos, los vimos. Porque entonces teníamos la vista limpia, no como el cielo, que sería vicio pedir, pero lo correcto para ver y otear. Nos quitamos el sombrero por decencia y para saludar al señor. Pero el blanco ni fo. ¡Ni fo! Como si nomás fuéramos un montón de boñiga. Noña, perdonando la palabra. No crean que esto nos llamó la atención, porque con barbaridad sabemos lo palanganas que son los blancos. Ah, espérate, *marrano blanco*, dijimos, que es un decir que tenemos nosotros. Pero no nos gustó nada la cara que llevaba el blanco esa mañana. Nos gustó menos que otras veces. Y por la cara de puñete que le vimos a él y a sus hombres es que dijimos: *Algo bien pero bien feo va a ocurrir*.

VECINOS (*Más mujeres que hombres, asomados a puertas y ventanas, hablan de casa a casa*). ¿Qué laberinto es el que arman los churres? Dicen que por ahí viene el blanco. ¿Que qué? El blanco. ¡¿El blanco?! Dicen que viene don Odar con un montón de serranos. ¿Serranos dice usted? Sí, comadre, gente mala. Sin misericordia. Hombres impíos. Uy, mamita, qué va a ocurrir ahora. Mujeres hipócritas, curiosas. Ocurrirá lo que tiene que ocurrir. Gua, ¡¿y qué le pasa a este señor?! Oiga, ¿qué bicho lo ha picado? Dice que somos reveseras. Y usted, so manganzón, ¿no debe estar a esta hora agachando el lomo en la chacra? Si debe ser de los que echaban babas por la mafiosa de la Villar. Vamos, a callarse, mujeres. Yo que el marido, las agarraría a vetazos. Bah, este otro también se las agarra con nosotras. Nunca

ustedes se le igualarán. ¡Claro, porque somos mujeres decentes! ¿Decentes? ¿Por qué lado? Oiga, ¡cuidado con propasarse! Cómo la defiende, ¿no le digo?, otro templado. Oye, cargamelaspuertas, mejor anda detrás de la burra blanca como el Síncero Nicasio...

Síncero Nicasio (*Pasando tras una burra blanca, de pocos años, casi una pollina*). Ven, burra, burrita, ven, pollina, chivita, cordera...

Vecinos. Le decía, comadre. Ay, estos churres facinerosos que no la dejan conversar a una. Pero mire la de gallinazos. Por allá, por El Conchal. Sí, ya los vi. ¡Pobre animal muerto! Qué griterío, Dios santo. Un momento, deje oír. ¿Qué dicen? ¿Quieren saber lo que dicen, mechosas deslenguadas? No le haga caso, vecina. No gaste palabras en adefesios. ¡Es que ya me avinagró la mañana! Ah, ya entendí. Dice que están entrando por la Acera del Guano. ¿No habrá alguien que quiera hacer la caridad de irle a avisar a la casa de los Villar? Yo gustosa lo haría por la pobre doña Trinidad Dioses. ¡Qué caridad ni qué vainas! Se mueren por ir a meter sus hocicos donde no las han llamado. Haga como si estuviera sorda. ¿Ir, dice usted, donde el verdugo de Cruz Villar? Será para que nos arroje meados. Que de todo es capaz el muy indigno. Ni crea, vecina, ni crea, si antes dicen que desde que se marchó la yegua está para morir. No crea que de pena. No, qué va. De cólera. ¿De cólera? Dirá usted de miedo por la ira del patrón. ¿Miedo? ¡Si ese hombre no le teme ni al fuego del infierno! Será como ustedes digan; lo único que sé es que desde que supo de la huida de la hija se ha amarrado el trapo rojo a la cabeza y nadie osa hablarle... Pero escuche, creo que ahí vienen. No, no, lo que yo escucho es más bien un tambor. Y una flauta. Y un lamento... ¿No le decía? ¡Si son los ciegos!

Los Ciegos (*Por una bocacalle, accede a la calle de Los Arrieros una caravana de cuatro personas. Los mayores tienen el pellejo áspero, color de la chamiza del zapote. Descalzos como andan, los pies ya no son pies sino plantas, cascos, pezuñas de animales, curtidos por la quemazón de la arena y por el aguijón de las espinas. Patas de burdéganos, de zorros, de añases, de chivos de monte. Más los vestía el polvo de la caminata que el traje parchado, hilachento, que llevaban. Los cuatro lucen sombreros de paja mugrientos y rotosos; pero los ciegos ciegos, son dos, y los otros dos, que todavía conservan, alguna luz en los ojos, macho y hembra, maltoncitos, son los lazarillos. Y el varoncito, además, se encarga de castigar el tambor. Uno de los ciegos porta una urna de madera rústica, en cuyo interior hay un leño retorcido y resinoso que recuerda vagamente la forma de una cruz. De los brazos y del nudo crucero penden milagros, cintas de colores, escapularios y en la base de la urna se ven limosnas: gordos, centavos partidos por la mitad, medios, algunos reales, una peseta. El lamento de la flauta y el redoble del tambor penetran con lo suyo el ambiente de fatalidad que envuelve al pueblo. El ciego de la urna acaba de concluir las coplas que cuentan la historia de la Crucecita del Niño*).

Esta oración
quien la sabe y no la reza,
quien la oye y no la aprende,
ya verá el Día del Juicio
lo que en ella se contiene.
Que al rezar esta oración
todos los viernes del año,
sacará un alma de penas
y la suya del pecado.
San Juan, San Lucas, San Mateo,

y el Hijo de Dios en medio.

VECINOS Y VECINAS (*Mirando alternativamente hacia donde deben aparecer Benalcázar y sus hombres y hacia los ciegos que avanzan por en medio de la vía*). Triste la historia de la Crucecita del Niño. Qué iba a imaginar el blanco malvado que de la sangre que le sacó del espinazo a la inocente criatura brotaría la milagrosa cruz. Vejeces, antiguallas. Estos jodidos hombres que han amanecido con el judío en el cuerpo. Ciegos zarrapastrosos cantando zonceras del tiempo de Cheto y del rey Mambrú. ¿Que ya no recuerdan al viejo don Jerónimo o a la fiera que dicen que era su padre? Cojudeces, simplezas para churres y mujeres faltos de entendedera. Caracho, hombre, cállese. Le decía. Burradas, ignorancias. Oiga, por último, ¿quién le dio vela en este entierro? Espérense, haraganes. Vecina, alcánceme su zapato o la escoba o la tranca de la puerta. ¡Si lo hacen por joder! Mire cómo se ríen. Por eso le digo que no les dé bola. Mejor pidámosles a los ciegos que nos canten otra oración. Yo tengo aquí un gordo. Y yo un pan. Hey, buenos hombres. Acérquense.

LOS CIEGOS (*Caminando hacia la acera desde donde los llaman, guiados por los lazarillos*). Buenos días de Dios tengan ustedes, hermanas, hermanos. ¿Qué oración les entonamos? ¿Quieren oír la afligida historia de esta cruz?

VECINAS (*Consultándose unas a otras*). Acabamos de escucharla. ¿Qué otras oraciones saben?

VECINOS (*Chismean entre ellos*). ¿Saben que la niña es hija del ciego ese, del que toca la flauta, y manceba del otro, del que carga la urna? No, no lo sabíamos. Che, no se hagan. ¿Es verdad lo que dicen? Verdad, como que el

sol sale por orden divina. Como no veía, el ciego verraco se le arrimó a la criaturita inocente antes de que comenzara a pintar. Pero mírenla, pronto estará a punto de parirle cieguitos.

Los Ciegos. Les contaremos la historia del rico que le negó una limosna a un pordiosero sin saber que era Dios Jesucristo Nuestro Señor.

Vecinos. ¿Escucharon este cantar? Yo sí. Yo no. Tampoco yo. De este cantar me gusta cuando la Virgen intercede en favor del rico: *¡Hijo mío, por estos pechos que mamaste, piedad te pido por él!* Sí, es conmovedor. Por eso, quien es devoto de la Virgen tiene la salvación asegurada. Maletas, no me entienden. No es que no sea verdad lo que dicen, pero yo me refería a otra cosa. ¿A qué te refieres, entonces? Lo decía por la churre. ¿La ven? Ella es la que canta esta parte. Canta como una cucula herida llevándose las manos a los pechos que empiezan a despuntarle. Miren. Limoncitos, peritos en agraz. Como una mujer-niña. Pobre criaturita, unos años más y a sus ojos los envolverá el cuajaron de las tinieblas.

Vecinas (*Primero a los hombres, a quienes han estado oyendo; luego, a los ciegos*). ¡Hombres corrompidos! En todo han de mezclar sus cochinadas... Mejor otra, buenos hombres de Dios. Esa se la oímos el sábado que pasó.

Los Ciegos (*Con la mirada detenida y vacua, hacen memoria. Y yo, evocando a la ciega Gertrudis, digo: «Ojos de pescado, de culebra, de luna anublada; bolas de vidrio turbio molido en el batán, carnosidades, gualdrapas azulosas soportando los fogonazos del sol*). ¿Quieren escuchar la historia del noble bandolero Carmen Amador o la oración que versa sobre el mal padre que vendió a su hija?

Vecinas y Vecinos (*De manera unánime*). Sí, sí, esta, la del padre indigno que vendió a su hija. ¡Cántennos esta! Esta es la historia que queremos escuchar. ¿Verdad, vecinas? ¿Qué dicen ustedes, haraganes? ¡Sí! ¡Sí! Arranquen con la tonada.

Los Ciegos (*El ciego portador de la urna da un golpe de caja y, al instante, el muchacho empieza a redoblar el tambor. Con su ojo limpio y el otro de chaquira empañada, el muchacho golpea con jubiloso furor el tambor de pellejo de chivo. Se le iba la vida en el redoble. Luego, con sus ojos de gargajo húmedo, arrancó el ciego de la flauta. Y el lamido de la quena era como aguijonear la sangre con las espinas del sampedro. Pasados unos instantes, el ciego de la urna, que ha permanecido en actitud hierática, empieza con las coplas*).

Pocos años antes de la peste,
hermanos míos,
una grande maldad,
un padre cometió...

Las Voces. Nadie pudo imaginar en ese momento a qué peste se referían. Estos ciegos verracos, con su manera encalavernada de mirar, ahuevaban al más pintado con su canto y toqueteo descojonante. Pero no pudieron continuar con el salmodio porque, ahí nomás, don Odar y sus emponchados voltearon hacia la calle de Los Arrieros. Un mal viento, remolinos de polvo, rostros apretados, mirada quemante, inclemente. A los ciegos los vi, pero después. En el instante que tú mencionas, yo estaba en la plaza divirtiéndome con los tormentos del Atormentado Trelles. Y yo, mirando a la beata Petronila Jaramillo que salía de la iglesia junto con el Muerto Brígido. ¿Y nosotros? Pregúntale a Simón, El Enamorado. ¿Que dónde estábamos? Che,

qué pregunta. Dónde íbamos a estar sino en la Calle Real, esperando el paso de la Farita Cherres, que venía acompañada de doña Visitación Cabrera. Bueno, yo, como amigo de Santos, de tu abuelo Santos, empecé a correr a lo largo de la Calle Real para avisar a la familia que ya llegaba el blanco, pero en la esquina del Pasaje del Brujo, medio que me sobreparé, o, mejor, me paré, pues me encontré con la mirada y la risa malévolas del matarife, me refiero, hijo, a don Clemente Palacios.

El Atormentado Trelles (*Conversan con los pacasos y los tamarindos de la plaza, con porte prosopopéyico*). El mar mojaba sus pies y yo, de rodillas, se los besaba. Eran dulces y salobres. Ella estaba desnuda y sus cabellos eran alborotados por el viento. ¡Pero no era ninguna Salomé! ¡Les juro que no era ninguna Salomé!

El Muchacho (*Escondido entre los arbustos*). No te atormentes, Atormentado, que era Salomé. ¡Era Salomé! Te lo puedo hasta recontrajurar, por esta luz que me alumbra, que era Salomé.

El Atormentado Trelles (*Cogiendo una rama de árbol, se dispone a perseguir a quien le ha gritado*). ¡No era Salomé! ¡No era Salomé! (*Pero entonces ve la partida de jinetes encabezada por Odar Benalcázar*). Son los mismos de siempre, Esther. Los que impidieron nuestro amor.

Petronila Jaramillo (*Saliendo hacia el atrio de la iglesia luego de haber barrido, limpiado y sacudido manteles y ornamentos sagrados y haber cambiado el ajuar de cristos y vírgenes y santos. Está en compañía del sacristán, un hombre extremadamente cadavérico, a quien apodan el Muerto*

Brígido). Te repito que no veo la hora de volver a confesarme. Me siento en pecado.

El Muerto Brígido. ¡Pero si no hace ni quince días que te confesaste! Fue para la feria. ¿Lo has olvidado?

Petronila Jaramillo. Con tantos feligreses que tenía el señor cura, casi ni me asuntó. Me dijo que lo mío no fue pecado. Ni tampoco los sueños que tengo. Ni lo de vivir en la casa en que vivo.

El Muerto Brígido. Es lo que yo digo, Petronila. Y, de no ser así, ¿no es expiación suficiente el que ayudes a bien morir a la gente, y laves y vistas sus cuerpos para la sepultura?

Petronila Jaramillo. Se te agradece el consuelo, Brígido. Pero yo solo expiaré mi pecado cuando...

(*En ese momento, uno de los muchachos que merodea por la plaza, le grita con voz aflautada*)

El Otro Muchacho. ¡Petronila Jaramillo! ¡Mira quién viene allí, Petronila! ¿Te acuerdas, beata Petronila Jaramillo?

(*Pero la mujer escucha la voz con resignación cristiana, como si eso fuera parte del calvario que tiene que padecer por su pecado; no obstante, al divisar a Odar Benalcázar seguido de sus secuaces, se enciende de rubor mezclado de espanto*)

PETRONILA JARAMILLO. Te decía, Brígido, que yo solo expiaré mi pecado el día en que lave el cadáver del hombre que me ultrajó.

(*Entre tanto, a dos cuadras pasando la plaza, en una esquina de la Calle Real, se encuentra reunida la gallada de Catalino Villar, pero, dadas las circunstancias, el mozo Villar no se halla entre ellos. A diferencia de los restantes hombres del pueblo, mayores y adultos, han deseado a Primorosa Villar sin rencor, y si ahora sienten rabia es por el vacío que ella ha dejado en el pueblo con su huida, aunque también sienten alegría por la ofensa de que ha sido víctima el más poderoso blanco de todas esas comarcas. Pero como la vida prosigue, mitigan su pena y cólera viendo florecer a Faraona Cherres, a quien ven venir en compañía de Visitación Cabrera*)

LA GALLADA. Lo que no me gusta es que viva en la casa de esa mujer. Cuántas mañas no le estará enseñando. Mujer sin escrúpulos. Que culeara con el viejo Benalcázar y después con el hijo, pasa, correcto, pues peores cosas se han visto en este pueblo arrecho, según decires de los antiguos. Pero que conviviese con el chileno, ya es vicio de traición. Oye, Simón, grítale *¡Chilena traidora!* ¿Estás bolsudo? A ver, ¿por qué no le gritas tú, puñetas? Para mí son habladurías, lo mismo que es cuento. ¡No me la peles! Que son cuentos... Che, ¿ya no te acuerdas cuando la señorita Domitila le cortó esas mechas junto con las otras mujeres? Pero a lo que yo me refería... Me acuerdo clarito, como si fuera ayer, de su casa en llamas. Me estaba refiriendo a lo de antes, cuando don Benalcázar viejo. Fue en el atardecer y ardió hasta después de que cerró la noche. La candela, en la noche, cómo brilla. Caracho, lo que yo quería decir. De eso nunca me olvidaré. Cómo fue que la robó el viejo. Pero, ssshhh, ssshhh, que allí se acerca.

VISITACIÓN CABRERA (*Como si intuyera lo que hablan los muchachos*). No quiero verte hablar con ninguno de esos badulaques. ¿Me escuchaste, Fara?

FARAONA CHERRES (*Mirando de soslayo a los muchachos, en especial al que le dicen Simón, El Enamorado*). Sí, madrina, la escuché.

VISITACIÓN CABRERA. Ya sabes: nada de estarles pelando las muelas, ni nada de ojitos. ¿Me lo prometes?

FARAONA CHERRES. Se lo juro, madrina. Haré cuanto usted me diga.

VISITACIÓN CABRERA (*Alcanzando a ver a Benalcázar y sus lacayos. ¿Sonríe? Si lo hace, lo hace de manera imperceptible*). Lo hago por tu bien. Tengo reservado un destino mejor para ti. Muy alto. Y ahora sé que lo lograrás.

LA GALLADA (*Al escuchar el trote de caballos primero, y luego ver aparecer la partida de jinetes encabezada por Benalcázar, los cumpas de Catalino Villar se desentienden de las mujeres, ¿menos Simón, El Enamorado?, y esperan expectantes el paso de las caballerías. Tal vez ni ellos mismos podrían discernir sobre la oleada de sentimientos que los alcanzaron. ¿Cruel y rencorosa alegría? ¿Temor? ¿Rabia impotente? Quizá si no tuvieran tan cerca de ellos a Farita Cherres, otra sería su reacción. ¿Pero cómo demonios saberlo?*). ¡Miéchica! ¡Se jodió la fiesta, cumpas! Dirán, mejor, que la tonada va a empezar. Con serenata y zapateo. ¡Con botas, dirás! Con botas y látigo y balas. Oigan, ¿que están? Será mejor que la feria. ¿Que están bolsudos? ¿Ya se olvidaron de nuestro cumpita Catalino? ¡Blanco abusivo! ¡Bien hecho que la chuchumeca le haya puesto cachos! A

ver, ¿quién es el macho que le grite *¡Blanco, cachudo!*? No lo llamen así, mierdas. La verdad no ofende, colega. ¿Por qué no le gritas tú, pendejete? ¡Algún día! ¿Algún día qué?

Visitación Cabrera (*Desde que tomaron la calle de Los Arrieros, Benalcázar ha aminorado el ritmo del galope, y ahora él y sus hombres marchan casi al trote, como si quisieran retardar la llegada a su destino, como si quisieran dar tiempo para que todo el pueblo sea testigo de la venganza y el escarmiento; al verlo pasar delante de ella, Visitación Cabrera inclina la cabeza como saludo y adhesión, pero el hacendado parece ignorarla; luego, la mujer sigue con la vista el trote sostenido de las bestias*). ¿Sabes lo que es odiar, Fara?

Faraona Cherres. Es como desearle la muerte al prójimo, madrina. Eso dicen.

Visitación Cabrera. La muerte es un descanso, niña. Odiar es ver pudrirse en vida a tu enemigo, es ver que se lo comen los gusanos, es verlo aullar de dolor, es verlo gemir de desesperación y de abandono, y no sentir compasión sino contento; es esperar el día de la venganza...

La Gallada. Y, a todo esto, ¿vieron a Catalino? Como si se lo hubieran tragado las arenas. No, no es una chuchumeca. Ella hizo lo que debió hacer. Y en el mismo palacio. Lo que pasa es que Santos ha ordenado que nadie salga de la casa. En su misma cama. Y, fíjate, cuántos días que están esperando. ¿Será verdad que cargó con todas las joyas y qué de riquezas? ¿Santos es el que ha ordenado? Sí, y antes dicen que es como si fuera el

padre. Para mí que hizo bien. Le cobró el precio por la monta. Una yegua de esas cuesta caro...

(*Empieza a afluir gente hacia la Calle Real de todas las direcciones; son viejos y viejas, hombres y mujeres; mujeres con sus críos; mozos y mocitas. Y cada vez más, van apurando tras las huellas dejadas por los jinetes*)

VISITACIÓN CABRERA. Me parece haber ya vivido este día. Fueron los mismos que prendieron fuego a mi casa.

FARAONA CHERRES. ¡Pobre don Odar! ¡Cuánto la habrá amado!

VISITACIÓN CABRERA. ¡Calla! No hables de cosas que no entiendes.

LA GALLADA. ¿Y el viejo Villar? Anda como sonámbulo, con su trapo rojo atado a la cabeza. ¡Bienhechor, viejo cabrón! Más respeto, cumpita, que me desgracio contigo. ¿Estoy calumniando? ¡Pero recuerda quién fue Cruz Villar cuando vino el chileno! Con una mano deshizo. Calla, nada podrá borrar lo que él hizo por este pueblo. Pero tendrá su merecido. Como lo tuvo el blanco. Ah, blanco, pero algún día... ¿Algún día qué? ¡Pobre cagada!

(*Entre tanto, al voltear hacia el Pasaje del Brujo, el joven Domingo Medina es detenido en su carrera por el matarife del pueblo, Clemente Palacios. Este tiene las manos con restos de sangre y carga sobre el hombro una enorme pierna de res. Baja su carga y la pone en el suelo, arrimada a la pared de una casa*)

CLEMENTE PALACIOS. ¡Ji, ji, ji! ¿Adónde vas, jovencito? ¿Por qué tanto apuro? ¡Ji, ji, ji!

Joven Domingo Medina. Déjeme, don Palacios, que voy a la casa de don Cruz Villar.

Clemente Palacios. Yo sé adónde vas. ¡Ji, ji, ji! ¡Claro que sé! ¿Tú eres Medina, verdad? El amigo de Santos. Te conozco, te conozco. ¡Ji, ji, ji! ¿Pero por qué te agitas tanto? ¡Si ya es demasiado tarde! ¡Ji, ji, ji! ¡Míralos! ¡Ahí nomás vienen!

(*El joven Medina logra desasirse de las manos del matarife y reemprende la carrera. Levantando la voz, casi gritando, el matarife le habla*)

Clemente Palacios. ¡Es inútil, muchacho! ¡Todo tiene que cumplirse! ¡Ji, ji, ji! Hey, Medina, dile a Santos que lo espero. Le dices que le presentaré a *alguien* que quiere conocerlo desde hace tiempo. ¡Ji, ji, ji! ¡Ja, ja, ja! Es *alguien* que le dará poder, venganza y fortuna. Y le dices que esta noche lo estará esperando. ¡Ja, ja, ja! ¡Ji, ji, ji! ¡Ja, ja, ja!

Como tantas otras noches de hace muchas semanas y meses, Martín Villar y su pequeña conviviente se hallan sentados en la cresta de una de las dunas que circundan el nuevo caserío de El Conchal. No es la más alta de las dunas, pero él la prefiere entre todas por la delicadeza de sus ondulaciones y la inasible tersura de la arena, que le hacen presumir el cuerpo y la piel de Primorosa Villar en la plenitud de su belleza. Como es noche oscura, sin luna, y aun cuando dunas y médanos refulgen con la luz que parecen contener, están sentados alrededor de una linterna a querosene de las que usaban los guardagujas de la vía ferroviaria de Piura a Paita, ahora clausurada e inundada por la arena. De espaldas al caserío en el que se ha establecido Martín Villar en calidad de maestro rural y cuyos candiles titilan, abajo, en la

hondonada, contemplan (en dirección al mar) la gran mole de sombras que se levanta en lo que fuera mansión de Odar Benalcázar, y todavía más lejos, las inciertas luces del pueblo.

MARTÍN VILLAR. Pero nadie vio lo que ocurrió adentro de la casa de Cruz Villar. Nunca se supo, salvo lo del escarmiento con los animales. Porque los únicos testigos fueron los Villar y el propio Benalcázar y sus hombres. Y el hacendado jamás comentó el asunto, y los lacayos desaparecieron para siempre de la comarca una vez cumplido su trabajo. En cuanto a los hermanos Villar, Santos les arrancó el juramento de que nunca revelarían lo que había ocurrido aquella mañana.

LA CONCUBINA. ¿Y usted, maestro Martín, tampoco lo supo?

MARTÍN VILLAR. Sí, lo supe. Es decir, me enteré de lo suficiente como para poder imaginarlo. Eso sucedió el día en que dejé de ser niño, querida. El día en que Santos Villar rompió su juramento.

LA CONCUBINA. Siga contando, si eso le hace bien. Pero tranquilícese.

MARTÍN VILLAR. Creo que desde entonces no he hecho otra cosa que pensar en ello. De indagar, de preguntar por la verdad.

(*Martín Villar se tiende de espaldas sobre la arena, sin mirar a la muchacha. Sopla un viento suave y silbante que va borrando del espinazo de las dunas las huellas dejadas por el alacrán y por los reptiles y las sierpes. Arriba, el avispero de las estrellas, no como luciérnagas esplendentes, sino*

como cucambas de luz agria y fría. Y aquí, el bullir hermético de las arenas. Y, envolviéndolo todo, la ardiente respiración de la noche)

MARTÍN VILLAR. Insistí dos, tres veces, me puse cargoso. Les machaqué: *Pero, ¿nadie? ¿Tampoco nadie oyó nada? Vamos, ¡díganlo! No teman herirme*.

LA CONCUBINA. Cálmese. Dese tregua.

LAS VOCES (*Consultándose, calibrando el espíritu del muchacho Villar*).

UNA VOZ. Cálmese, jovencito.

OTRA VOZ. Sucedió hace tantos, pero tantos años.

Y OTRA. Mire, muchacho, ocurrió lo que tenía que ocurrir, como dijo el matarife. Que Dios me perdone.

LA CONCUBINA. Hablaron con juicio los mayores. ¿Cuántos años hace de eso?

MARTÍN VILLAR (*Alternativamente a la muchacha y a los ancianos*). ¡Cállate, bestia! Viejos mugrientos. Cómo gozarían del espectáculo.

VARIAS DE LAS VOCES. Oiga, jovencito, sin ofensas. Respetamos su afligidera, pero sin ofender, ¿eh?

LA CONCUBINA. Lo merezco. No valgo nada.

MARTÍN VILLAR. Oh, perdón, querida, Chinita mía. Discúlpenme, padres, abuelos míos. Me ofusqué.

(*Vuelve a sentarse; luego se pone de pie. Como su conviviente, ¿y discípula?, está descalzo pues, cada vez que emprenden sus largas caminatas por entre los médanos, al salir del caserío dejan sus zapatos entre unos chopos espinudos. Ahora hurga entre sus pantalones y saca un cigarrillo. Después, de varios intentos logra prenderlo. Da varias aspiradas, se sienta y le extiende el pitillo a la muchacha; esta fuma directamente de las manos de él, y lo hace con fruición*)

MARTÍN VILLAR (*Titubeante, aunque más calmado*). Me dijeron… Espera. ¿Cómo me dijeron? Ah, sí. Lo recuerdo. Me dijeron que en realidad lo peor sucedió después. En la pampa que separa el pueblo de La Polvareda. A la vista de todo el mundo. ¿Tendría coraje para escucharlo? Sí, por supuesto, tendría. Pero, antes volví a la carga: *¿No vieron ni oyeron nada? ¿Qué ocurrió cuando llegaron a la casa de los Villar?*

UNA VOZ. ¡Qué muchacho! Se ve que por tus venas corre esa sangre. Por tus carnes te pareces a Inocencio, pero tu mirada me hace recordar a Santos. No me gusta tu mirada, muchacho.

OTRA VOZ. Ni dudar que eres nieto de Santos Villar. Y no te envidio ni me alegro por el destino que te espera. Hombre duro, cruel. Peor que don Cruz, que trataba a sus hijos como a bestias de carga. Menos, claro, a su consentida, que tan mal pago le dio. Y a Santos, que era su orgullo, la niña de sus ojos.

Y Otra. Pero no falta quien saque la cara por él. Sentencian que Santos nació para el bien, pero que justo ese día torció su destino. Como el buen Isidoro Villar. Y muchos de los aquí presentes hemos oído jurar y rejurar a Medina, a Domingo Medina, que nunca conoció hombre tan honrado y justo como Santos. Hombre peregrino, este Medina.

Martín Villar (*Tratando de controlarse, irónico*). Gracias. Muy reconocido. Pero, ¡¿qué mierda ocurrió?! Esto es lo que quiero saber.

La Concubina. Por momentos, usted me da miedo, maestro Martín.

Varias de las Voces. No vuelva a ponerse liso, jovencito. Esta vez no se lo permitiremos...

(*Martín Villar hace un ademán como queriendo retractarse*)

Las Mismas Voces. Oh, no, caballerito. No se moleste en disculparse. Qué cosa... En fin, ¿quién quiere referirle lo que está preguntando?

Una entre las Voces. Vimos poca cosa. Lo que mejor vimos lo vimos al rato, pero esto no sucedió en la casa misma sino en el pampón, como ya queda dicho. En cuanto a su preocupación, ¿cómo decírselo? Porque quiero ser verídico, no un chismoso cualquiera.

(*Martín Villar intenta abrazar a la muchacha, pero esta se deshace de su abrazo pretextando cambiar de lugar la linterna de señales; Villar parece no reparar en el gesto de su ¿conviviente?, ¿discípula?, y prosigue su relato. No se dirige en especial a ella, más bien habla para sí mismo, como si estuviera*

ensayando lo que después escribirá acerca de la historia de los suyos, y esto recordando a Deyanira Urribarri).

MARTÍN VILLAR. Me dijeron que al llegar a la casa solo vieron las caballerías descabalgadas y a dos serranos montando guardia en la puerta con la carabina en la mano. Por Domingo Medina, que había llegado antes que ellos, y por los vecinos supieron que habían entrado de manera ordinaria, dando empellones a la puerta, lo mismo que años atrás cuando pasaban por aquí los ejércitos reclutando gente para sus guerras y combates y cuyas causas y motivos permanecieron siempre desconocidos para ellos. Pero me puntualizaron que, como buen amo y señor, Benalcázar se mantuvo a un lado, frío y mal agestado, mientras los esbirros encabezados por Bocarrajada trajeron abajo la puerta a punta de patadas y culatazos de carabina. *De puro manaturalosos, hijo, nada más que para meter miedo, porque, ¿no les iban a abrir de todos modos?* Cuando estuvo el trabajo terminado abrieron paso para que ingresara el amo, el patrón de la comarca, el hombre poderoso que había sido vilmente ultrajado.

LA CONCUBINA. ¿Y qué ocurrió luego?

MARTÍN VILLAR. La misma pregunta les hice yo: *Y, bien, ¿qué ocurrió luego?*

(*Comienzan a responder al mismo tiempo, pero instantes después se destacan algunas voces*)

UNA VOZ. Te repito que ya no vimos más nada. Ver de ver, quiero decir. Porque de pensar e imaginar, cuántas cosas no nos dijimos, ese y tantos otros

días y noches, y ahora mismo se me llenan los ojos de qué figuraciones. No, con nuestros propios ojos ya no vimos más, hay que ser verídicos. En cuanto a oír, esta es otra rareza. Fíjate tú: no oímos ni gritos ni forcejeos ni maldiciones, que son lo que se escucha en circunstancias como la que te estamos refiriendo. Raro, rarísimo, ¿verdad? Claro que la casa es profunda (tú la conoces, ¿no es cierto, muchacho?), pero aun así, salvo que se pusieran de acuerdo... Pero no, qué cosas digo.

OTRA VOZ. ¡Pero quién iba a escuchar nada, simplón, con todo el laberinto que se armó en los corrales! ¿Te habías olvidado de ese detalle?

LA VOZ ANTERIOR. De veras, cumpita. ¡Cómo se me pudo olvidar! ¡Cuánto más que el alboroto contagió al animalaje de los corrales y establos vecinos! Bramidos y berridos y relinchos y rebuznos. Ah, y cacareos, cacareos. Como cuando capan al toro semental o al gran chivato padre. O como cuando presienten la muerte.

OTRA VOZ. Los primeros degollados fueron los gallos. Veinte, treinta de los más finos gallos de la región. Orgullo de don Cruz Villar...

LA CONCUBINA. ¿Los degollaron? Oh, Virgen santa, qué maldad. Qué hombres para perversos, mi Dios. No quiero escuchar más. Perdóneme. No quiero.

MARTÍN VILLAR (*Sombrío, fríamente*). Tendrás que escucharlo; debes hacerlo.

OTRA VOZ. Y de todo el pueblo, valgan verdades.

Y OTRA. Les cortarían el pescuezo ante sus mismos ojos. Y con lo que él quería a sus gallos. Más que a sus propios hijos, digo yo.

Y OTRA. Después les tocó el turno a las vacas. Las dos vacas que tanto envidiábamos a los Villar, todo hay que decirlo.

MARTÍN VILLAR. ¿Las mataron a balazos?

LA CONCUBINA. Por favor, maestro Martín, ya no. Ya no.

MARTÍN VILLAR. Cállate. Escucha. Tienes que escuchar.

OTRA VOZ. Ojalá hubieran sido balas. Pero no. Fue a cuchillo limpio. Tú sabes que los serranos son expertos en eso. Más finos que el mismo don Clemente Palacios, que acá afuera, entre nosotros, antes se moría de la risa. Una risa de felicidad, de felicidad perversa, muchacho.

Y OTRA. Menos mal que el mulo se salvó. El precioso Colorado de Isidoro Villar.

MARTÍN VILLAR. Se salvó, lo sé. Pero, ¿cómo fue?

LA CONCUBINA (*Limpiándose los ojos, las narices*). ¿Se salvó? Qué alegría, Virgencita del Carmen.

MARTÍN VILLAR (*Evocativo, soñador*). Isidoro Villar, el bandolero. El triste bandolero Isidoro Villar.

UNA DE LAS VOCES ANTERIORES. Es que Isidoro era mozo especulativo. Apenas los sintió llegar, malició seguro lo que iba a ocurrir y, mientras descabalgaban y daban de patadas a la puerta, huyó por el corral del fondo. Medina contaba que vio al Colorado, jineteado por Isidoro, saltar pero qué bien las varengas, y perderse luego por el lado de los médanos.

OTRA VOZ. Qué rico mozo este Isidoro. Era así, de este tamaño, el más insignificante de los Villar. Pero cuánto coraje. Y qué huevos.

LA CONCUBINA (*Repuesta del acceso de sentimentalismo*). Perdóneme, maestro Martín. Es que soy trivial, mema. Y me da tanta pena la muerte de los animalitos. Así me hizo Dios.

MARTÍN VILLAR (*Acariciándole levemente el cabello, el rostro*). Dejaron de hablar. Callaron. *¿Y después?*, les pregunté. *¿Después? Después nada. ¿Te parece poco?* Pero uno de tantos, recordó las descargas. Que fue al comienzo; no, fue después. Que fueron dos veces: al comienzo, cuando entraron, para meterles respeto a los mocetones, y que más que a estos espantó al animalaje. Y al final, cuando sacaron a rastras a mi bisabuelo Cruz. Pero fueron disparos al aire, aunque no faltó un exagerado que afirmara que se palomearon varios chivos y carneros y al perro de la casa. Pero yo creo que esto fueron invenciones, ganas de exagerar. Al perro sí, de entrada, de un balazo. *Y esto*, me dijeron, *es todo lo que te podemos contar de lo sucedido dentro de la casa de tus bisabuelos*. El resto ocurrió afuera, en el terral y esto por la intervención de la señorita Domitila Diéguez, pues la idea del blanco Benalcázar era castigarlo en la misma plaza, igual y conforme hicieran años atrás los chilenos. Luego me preguntaron: *¿Todavía quería saberlo? Sí,* les

respondí, *sí*. *¿De verdad, muchacho?* Les volví a asegurar que sí, que quería, que contaran, ¿entiendes?

La Concubina (*Acercándole la linterna al rostro*). Cómo no le dan tregua esos recuerdos.

Y Martín Villar los escucha. Temblando, entre sacudidas de alma, si ustedes quieren, los escucha, hasta el final hincándolos a preguntas, desafiando su paciencia con acotaciones. Y ustedes, que ya habrán muerto, que ya habían muerto, le contaron esto y lo otro y aquello. Y en su voz revejida, callosa, perduraba ¿el rencor?, ¿la vergüenza?, ¿el remordimiento?, ¿la exaltación? *Muy bien: sacaron al viejo Cruz Villar. Estupendo. Continúen. No teman herirme ni ofenderme. ¿Maniatado? Sí, qué abuso. Y el rostro desfigurado, los labios partidos, ensangrentado con su propia sangre y la sangre de los gallos de pelea degollados, embadurnado de plumas, de porquería de los corrales. Arrojado desde adentro, cayó de rodillas sobre el terral y, ahí nomás, el segundo de Bocarrajada le echó lazo al cuello. Macanudo. ¿Cómo se llamaba el lacayo? Nunca lo supimos, pero era un serrano a quien nombraban Vizcacha Blanca. Vizcachablanca, recordaré siempre ese nombre*. Les parecía estarlo viendo allí, delante de ellos, caído y sangrante, bajo un sol de infierno que ultrajaba sus vistas. *¿Qué hora sería? Por la altura del Sol y el tamaño de nuestras sombras faltaría una nada para el mediodía*. El tambor de los ciegos, que aparecieron como por ensalmo, les recordó que era sábado. Sábado en este pueblo, en el terral de La Polvareda, estremecido por el tambor y la flauta, y por el lamento y el rugido del animalaje. Pero pensando *Sábado de un mes y año tantos y tantos, de un planeta terriblemente viejo, pero todavía mi padre no había sido engendrado, todavía su amarga semilla... ¿Espectadores? Llamarnos así.*

Mirones. Como quien dice, estaba el pueblo entero, de todas edades y sexos, cuerdos y orates, marrajos y un simple de espíritu, la mayoría gente de baja condición, humildes, como los Villar, como estos tus servidores, aunque no faltaron algunos principales y blancos y aun blancas, un visitante, hombre de letras y fundamento, decente, sin olvidarse los forasteros: indios sechuras, catacaos, colanes, las chicheras tacaleñas, indios de las alturas, unos cuantos negros y pardos, estos sirvientes y peones de las haciendas. Prosigan, viejos, padres míos. De modo que lo vieron caído de rodillas, ensangrentado y todo eso. *¿Qué sintieron? ¿Alegría?, ¿contento?, ¿espanto?, ¿conmiseración? Hijo, cada quien sintió según la virtud o vicio de su alma. ¿Dicha?, ¿piedad? No desvaríe, muchacho, contrólese. Tranquilidad*.

La Concubina. Es lo que yo vengo repitiéndole.

Martín Villar (*Dirigiéndose alternativamente a la concubina y a los ancianos*). ¡Pero si nunca he sentido tanta paz como ahora! ¡Viejos queridos, continúen con su apasionante relato! Entendámonos. Unos sintieron júbilo, júbilo inmenso; otros, conmiseración; otros, remordimiento. Y otros...

Las Voces. Espera, hijo, espera. Y escucha. Tu bisabuelo está ahí, de rodillas, sangrando, ensangrentado, etcétera. Y amarrado como está, no puede levantarse. Entonces de entre el gentío se levantan voces.

Varias Voces. Parece un Cristo. Ni más que ver. ¿Un Cristo? No metas en esto a Cristo. Pero sí, ¡míralo! Estás cometiendo sacrilegio, mujer. Manchas el nombre del Hijo de Dios Nuestro Señor. Pobre. Cómo sangra. Qué humillación. ¿Olvidas que este viejo es un pecador? Cristo, no. Él sufrió para salvarnos. Bah, todos cometemos faltas. Por lo mismo, no menciones el

nombre de Jesucristo redentor. ¿Cuál es el delito de este anciano? ¡Cómo se ve que usted no es de este pueblo! Delito, no. Diga, mejor, *pecado*. Y muchos son los pecados que ensucian la vida de este hombre. Pecó contra su familia, contra sus hijos, contra sus animales. Pero su mayor pecado fue… Dígame, ilústreme. ¿Cuál fue su mayor culpa? Se lo diremos para que en sabiéndolo lo divulgue por otras tierras y sirva como ejemplo y escarmiento. Su mayor pecado fue... Pero, hey, ¿qué pasa? Hey, hey, no lo jale así, que lo va a desollar.

MARTÍN VILLAR. Sí, sí, ¿qué pasaba?

LAS VOCES. Vizcachablanca acababa de lacearlo ante una seña de Bocarrajada. ¡Como a un novillo, hijo!

Como a un novillo, repite el muchacho, pero pensando *Nada menos que a Cruz Villar, el hombre más orgulloso y temido entre la gente de pueblo; el que nunca agachó la cabeza ni ante el enemigo; el que nunca se quitaba el sombrero ante el blanco o el principal. Esto me enseñaste, padre, en los cuadernos que me legaste*. Después sigue escuchando a los ancianos y, mientras escucha, rememora otras voces, imagina.

(*Desde su caballo, al que gobierna y maniobra con golpes de estribo, Vizcachablanca tensa y destensa la cuerda que enlaza el cuello de Cruz Villar. Este, como un animal atrapado, lucha por liberarse, pero sus manoteos no hacen más que dar ocasión para que el lacayo, cabriolando su cabalgadura, haga muestra de su pericia de jinete. Vizcachablanca no sonríe ni habla, pero una mueca de regocijo blasona su rostro lechoso salpicado de una barba rala y cerdosa. Tampoco sonríen los otros emponchados, que, con*

la carabina lista, miran con helada altanería a todo el gentío que comienza a enardecerse. Fue en ese momento que habló el Bocarrajada, que luce muy manchado de sangre, como si él hubiera sido el actor principal de la degollina y matanza de los animales)

Bocarrajada. Escuchen, hombres, y ustedes también, mujeres de este pueblo. Este hombre faltó al patrón. Faltar al patrón es como faltar al Padre. Como faltarle a la patria. ¡Y patrón es respeto, carajo! ¿Me oyeron? ¡Es respeto! Es ley antigua.

(*Se escuchan murmullos, como si se consultaran entre ellos; luego destacan las voces de tres mujeres, dos hombres y el visitante*)

Primera Mujer. ¡Pero si él no faltó al patrón! La que lo deshonró fue la hija. ¿Los padres deben pagar por los hijos?

Segunda Mujer. ¡Ella es la indigna! ¡A ella deben castigarla!

Tercera Mujer. No es santo de mi devoción este viejo, pero se está cometiendo una injusticia. Pongo a Dios por testigo.

Primer Hombre. Hablan ustedes por el rencor, por la herida. Para mí, este hombre es el verdadero culpable.

El Visitante. ¿Pueden decirme cuál es su delito? ¿De qué infracción se le acusa?

SEGUNDO HOMBRE. ¡Nada menos que vendió a su hija, caballero! ¿Qué mayor delito puede cometer un padre?

PRIMER HOMBRE. La cabroneó. La emputeció.

VARIAS MUJERES. ¿Emputecerla? ¡Ja! Si desde churre era una zorrita, una pizpireta peladora de muelas. Y, además, ladrona. Muy bien que lo recuerdan. Ladrona, ladrona. La cabra tira siempre para el monte. ¿Lo han olvidado, alcahuetes?

EL VISITANTE (*Dirigiéndose primero a Vizcachablanca, quien manipula la soga para hacer levantar del suelo a Cruz Villar, y luego a este, que pugna por incorporarse*). Calma, paisano. Dele un respiro... Hey, viejo, ¿me escucha? ¿Considera justo este castigo? ¿Lo merece?

LA CONCUBINA. ¿Qué le contestó el mayor? ¿Reconoció su pecado?

MARTÍN VILLAR (*Primero a la concubina, luego a los ancianos*). Sí. Pero no en ese momento. Fue poco después. Cuando, cayéndose y levantándose, jalado por la soga, llegó hasta el zapote que había en el límite del terral.

¿Por qué callan, viejos? Vamos, no se corten. Díganlo, ¿qué respondió? Los ancianos hacen crujir los dedos, chasquean la lengua, parecen agobiados, con infinitas ganas de descansar. *No hubo lugar para que respondiera porque en ese instante apareció el blanco Benalcázar*. Se callan, toman un respiro, midiendo el gesto del muchacho. *Es decir*, puntualizan, primero aparecieron Santos, Román, Silvestre, doña Trinidad Dioses. El blanco salió al último.

La Concubina. ¿Y los otros hijos? ¿Qué fue de Inocencio?

Martín Villar. No se atrevieron a salir. Se quedaron adentro, muertos de vergüenza y de miedo. Pero no, no me hagas caso. Soy injusto. Ellos obedecieron la orden de mi abuelo Santos de quedarse allí, adentro de la casa. En cuanto a Inocencio...

...Díganme, abuelos, ¿Inocencio también se quedó sin salir? *¡Pobre Inocencio! Peregrino destino el de este muchacho y duele recordarlo. No, al rato se les escapó a los otros hermanos y salió, pero solo para desvariar. Desde ese día supimos que ya contábamos con otro loco en el pueblo; mejor dicho, ese día como que recibió el golpe de gracia, porque ya desde antes sabíamos de sus tormentos.*

Los ancianos prosiguen el relato. El muchacho Villar los escucha e imagina el lugar que él ha recorrido varias veces acompañado por ellos. No es arena ni arenisca ni pedregal sobre lo que se extiende el barrio de La Polvareda. Es sobre un manto de tierra sucia e impalpable, parecida al yucún, que se levanta y flota en el aire por la pisada de hombres y bestias, y se adhiere al cuerpo y a las manos y a los rostros, y penetra a la boca un polvo hostil, que envuelve las rancherías distribuidas no en calles rectas y delineadas como en el centro de la población, sino a manera de racimos confusos, con callejas y atajos ciegos que delatan el origen indio del barrio.

Años después, en el caserío El Conchal, trataría de reconstruir uno a uno sus pasos por el desolado erial. Para ti, Deyanira Urribarri. ¿Pero de esto le hablaría a su conviviente?, ¿discípula?, ¿compañera?, como les hubiera querido hablar a Arturo Lama Olavarría y a Daniel Sarango, en los ardientes años de la adolescencia, mientras en las altas horas de la noche recorrían en

todas direcciones las calles de Piura, o cuando escuchaban al Ciego Orejuela relatar su mendaz epopeya de la tierra piurana.

Desolado erial, pleonasmo. Hubiera bastado indicar *erial* o *yermo*. Palabras innecesarias para relatar un hecho sencillo. Pero no era sencillo, oh, paisanos, el corazón de Martín Villar en esos años. ¿Reconstruir paso a paso? ¿Y los pensamientos fugaces? La infinidad de sensaciones y percepciones que después serían materia de tantos sueños. Y lo más probable es que haya hecho aquel recorrido (los varios recorridos) solo, ante la mirada apática y no obstante curiosa de la gente que, desde puertas y ventanas, veía su trajinar por el descampado donde aún se aferraba al suelo el zapote de copa espinosa y mezquina. Pero era necesario hacerse acompañar de aquellos espectros, que ya habrán vuelto a morir, como don Felipe Morán, enterrado la víspera de su segunda llegada al pueblo (la primera había sido en brazos de su madre, Altemira Flórez) y que, sin embargo, acompañó aquel día al muchacho Villar (y fue de los más locuaces) en la reconstrucción de ¿la comedia?, ¿la farsa pública?, ¿el auto sacramental?, ¿la ordalía?, en que la tribu de los Villar recibió su blasón definitivo.

(*Empujados y controlados por las carabinas de los lacayos salen Santos, Román y Silvestre, y luego lo hace la madre, Trinidad Dioses. No están maniatados los mozos, pero los rostros de Román y Silvestre lucen hinchados y sangrantes. Estos son dos mocetones fornidos y enormes, los más altos de entre todos los hermanos Villar. De piel color greda, chola, la cabellera crecida, los ojos zarcos y la mirada díscola de animales alzados, como son tan parecidos y andan siempre juntos la gente los toma por mellizos, aunque no lo son, pues Román fue hijo de Lucero Dioses y la madre de Silvestre es doña Trinidad. Los ojos de Santos son pequeños y de color castaño, y miran fulminantes, como desde una brasa de fuego perenne; algo más bajo que*

Silvestre y Román, es también un hombretón fornido, pero de aspecto flexible, como el de un ofidio que a la vez fuera un felino. Es el más parecido a Miguel Villar, según el recuerdo que de su padre tiene el viejo Cruz Villar, aunque la piel del muchacho es menos clara, menos despercudida que la del fundador del linaje. Al salir lanza una mirada al gentío y luego escupe. Se mantiene alerta pero imperturbable, muy cerca de la madre. Esta es una mujer muy madura pero no vieja todavía, y con aspecto de india, vestida con polleras y blusa de colores fúnebres que delatan su estirpe tallán. Su rostro es perfilado y la nariz, aguileña. Debió ser atractiva de joven y de ella heredó Primorosa Villar su negrísima y lujuriante cabellera. Benalcázar, que ha salido al final, tiene el rostro pálido, tenso, sudoroso, y en sus ropas se notan salpicaduras de sangre. La bigama, con huellas de haber sido usada, pende de su cuello. De inmediato monta sobre Expedicionario. Luego de unos instantes de silencio expectante empiezan a escucharse varias voces. Pero el tono es todavía respetuoso, casi suplicante)

VARIAS VOCES. ¡Don Odar! ¡Don Odar! ¡Don Benalcázar! ¡Suelte al pobre viejo! ¡Ya pagó suficiente este hombre indigno! ¡Era un verdugo con sus hijos!

BOCARRAJADA. ¡Atrás! ¡Silencio!

LAS MISMAS VOCES. ¡Hágalo por la memoria de su madre! ¡Sí, por ella! ¡Por el recuerdo de su santa madre, perdónelo, don Odar!

BENALCÁZAR (*Sombrío, distante*). Yo no conocí a mi madre. No la recuerdo.

LAS MISMAS VOCES. ¡Entonces, por la memoria de su padre! ¡Por don Jerónimo! ¡Por don Jerónimo Benalcázar!

BENALCÁZAR. Yo obro como hubiera obrado mi padre. Sigo su ejemplo, su justicia. Siempre debí ser como él.

EL VISITANTE. Me han dicho que ha sido usted afrentado, señor. Pero, ¿qué potestad tiene para castigar?

BOCARRAJADA. ¡Cuidado con esa lengua, forastero! ¿O quiere dejar sus huesos en tierra ajena?

EL VISITANTE (*A una seña del capataz, dos de los lacayos lo rodean con los machetes desenvainados, pero el hombre no pierde la serenidad*). Hablo con usted, caballero. ¿Qué laya de juez es usted?

LOS LACAYOS. ¡Denos la orden, patrón! ¡Su palabra, don Odar!

(*En ese momento, como si con ello quisiera escarnecer al visitante, Vizcachablanca aguijonea a su caballo y empieza a arrastrar al viejo Villar. Ahora, sí, el rostro del esbirro sonríe. Se escuchan nuevas exclamaciones y Trinidad Dioses, la madre de los Villar, se acerca a la cabalgadura de Benalcázar, mientras Román y Silvestre forcejean por ir a ayudar a su padre. Santos se mantiene a la expectativa*)

NUEVAS VOCES. ¡Detente, animal! ¡Vizcachablanca, asesino! ¡Te vas a morir, serrano maldecido!

TRINIDAD DIOSES. ¡Blanco, detenlo! ¡Ya te vengaste suficiente, blanco! ¡A ti, que has sido nuestra desgracia, te suplico! ¿Quieres que bese tus manos?

SANTOS VILLAR. ¡Cállese, madre! ¡Ninguna lágrima! ¡Ni una súplica!

TRINIDAD DIOSES. No me importa humillarme, hijo. Estoy acostumbrada, ¿no soy acaso la mujer de tu padre? Blanco...

(*En ese momento, por medio de una seña a Bocarrajada, el patrón ordena que dejen de martirizar al viejo Villar. Pero los murmullos y los comentarios encontrados no cesan. Comienzan a hacerse imputaciones entre todos; de alguna manera han deseado aquello que están viendo ante sus ojos*)

SANTOS VILLAR. Madre, ¡serénese!... Oiga, blanco, yo no le pido perdón en nombre de mi padre. ¡Sacie su odio, blanco! ¡Alegre su corazón arrojando toda la ponzoña! ¡Pero hágalo en mí! De nuevo le ofrezco mis lomos, blanco. Y castígueme cuanto quiera.

LA CONCUBINA. ¿Se ofreció a remplazar a su padre en el castigo? ¿Aceptó el patrón?

MARTÍN VILLAR. No, no aceptó. ¡Qué iba a aceptar!

...¿Qué opinan, abuelos? ¿Qué opinaron entonces? Nada me han dicho de esto, pero me gustaría saberlo. Los viejos se miran entre ellos, reflexionan, rememoran. *¿Nosotros?*, dicen. *Nosotros éramos muchachos, jóvenes, ninguno había sacado mujer, y los Villar no eran de nuestra sangre y más bien constituían familia extraña, peregrina. ¿Y quién podía nombrarse amigo*

de Santos? Fuera de Domingo Medina, nadie, con decirte que nadie. En cambio, Catalino era la alegría, el relajo que debe ser la juventud. Él sí era uno de nosotros, jodido y puñetero si tú quieres, pero como nosotros. ¿Es mala la diversión? ¿No le está permitido al cristiano hacer chacota de la vida? A Santos como que lo veíamos más arriba, no mayor ni más viejo, sino más antiguo, como viniendo de una lejanía, y él como que miraba con desprecio, más que a nosotros mismos, a este pueblo, al mundo entero. Esto le dicen al muchacho Villar y él sopesa cada una de sus palabras, las paladea, con toda la vida vertiéndose por sus ojos, como llamarada quemante. Pero insaciable, incisivo, los sigue atormentando con preguntas, a ellos que ya están con un pie en la tumba y cuya vida desde hace tantos años se reduce a acompañar al cementerio a los últimos sobrevivientes de la gallada de aquellos años, como hacía ni dos días con los restos de Felipe Morán, como dentro de no mucho tiempo con los de Leal Saldarriaga, Simón Guerra, Faraona Cherres. De modo que vuelve a preguntarles: *¿Pero qué opinaron ustedes? Esto es lo que quisiera saber*.

MARTÍN VILLAR (*A la concubina*). Me hablaron de la vida de esos años. En ese entonces, el mundo era de los viejos. Un mundo mejor, de más ley y más orden. Había más respeto y decencia, y el joven veneraba al viejo o al mayor fuera o no su padre, fuera rico o pobre.

LA CONCUBINA. Entiendo lo que me está diciendo, maestro Martín. Puedo entenderlo.

MARTÍN VILLAR (*Callando por un momento y mirando el rostro de la muchacha apenas alumbrado por la luz de la linterna*). ¿Nunca aprenderás a hablarme de *tú*?

LA CONCUBINA. Es que así me siento mejor. No me obligue. Además, usted ya sabe cuándo le hablo de tú.

MARTÍN VILLAR (*Sin reparar en la alusión o pasándola por alto*). Comprendo. Tampoco la ciega Gertrudis le hablaba de tú a mi abuelo Santos. Ni siquiera lo tuteó en la hora de su muerte. Lo recuerdo como si en este momento me llevaran al pie de su cama para que me echara su última bendición. Y allí, al lado del lecho de agonía, estaba ella con sus yertos ojos de culebra y yo escuché que lo seguía tratando de *usted*. Le decía *don, señor*. Era cerca de la medianoche y yo me caía de sueño. Antes de que amaneciera, Santos Villar había muerto.

LA CONCUBINA. No me gusta que me compare con esa ciega perversa.

MARTÍN VILLAR. Ella murió también. Ningún daño puede hacernos.

LA CONCUBINA. Yo veo que ella sigue atormentándole la vida. Como todos esos recuerdos que no lo dejan vivir.

MARTÍN VILLAR (*Impacientándose*). Basta, China. No hablemos más de eso... Era el reino de los viejos, te decía, y los jóvenes tenían que madurar, hacerse adultos antes de tener derecho a la palabra. Sin embargo (y aquí estaba la rareza, me dijeron) no les llamó la atención que Santos osara levantar la voz. Como si lo hubieran estado esperando. Eso sí: sintieron espanto, un miedo indefinible, pero a la vez les pareció como que Santos hablaba en nombre de todos los jóvenes. Porque no solo levantaba la voz contra los mayores; la levantaba contra el blanco.

LA CONCUBINA. ¿Y el blanco qué dijo?

MARTÍN VILLAR. No se dignó responderle. Pretendió ignorarlo. Eso me dijeron.

...Era de esperarse, comenta el muchacho Villar, cómo rebajarse ante un hijo de campesinos rudos, sin letras. Pero él, me refiero a Santos, ¿qué actitud adoptó?, ¿se sintió desarmado, vencido? Eso es lo que debió imaginarse el blanco, le responden. Diría: a este mozo me lo como con solo despreciarlo. Pero Santos no se dejó avasallar por esa baba de orgullo con que lo envolvió Benalcázar. De modo que volvió a repetir su ofrecimiento, de ponerse él en lugar de su padre. *Y lo bueno era que lo decía con un tono que ninguno de nosotros se habría atrevido a usar. «Indio insolente», le dijo clavándole una de esas miradas que el viejo don Jerónimo usaba para hacer agachar la cabeza del más macho entre los machos. ¿Y mi abuelo?*, pregunta ansioso el muchacho, *¿bajó la mirada?* Los ancianos recapacitan, se consultan entre ellos, escudriñan su memoria procurando ser veraces. *¿Bajó la mirada? ¿No la bajó?*, repite. *Fue un momento largo*, le dicen, *millares de espinas se clavaron en nuestro pellejo, la saliva seca, un estrujamiento en el padre, el gusano comiéndonos las entrañas; hasta el bestiaje pareció contagiarse del silencio que nos envolvió a todos. Los que rompieron la tensión*, agregan, *fueron los lacayos*.

BOCARRAJADA (*Maniobrando con su cabalgadura se acerca y, fusta en mano, cruza repetidas veces el rostro de Santos Villar*). ¡Baja la vista, animal! ¡Para que aprendas a respetar! ¡El patrón es respeto!

VIZCACHABLANCA (*De nuevo ensañándose con el viejo, a quien arrastra un buen trecho, grita*). ¡Así se hace, Bocarrajada! Hey, patrón, si tanto quiere sufrir en vez del padre, ¡déjemelo!, que yo sé cortar las uñas al tigre. Su merced, don Odar, ¡a mí!, ¡a mí pásemelo!

(*Entre el gentío cunden el desasosiego, la alarma, el temor, la cólera, pero también hay quienes parecen experimentar una alegría depravada, como Clemente Palacios, que observa la escena frotándose las manos, riendo con una risita atravesada, hinconosa. Nuevas voces se levantan. Los ciegos caminantes, los indios forasteros, invocando a Dios, a Cristo crucificado, piden al blanco piedad, compasión. Algunos principales, que hasta entonces se han mantenido aparte, intentan interceder. Reconocen el derecho de Benalcázar a castigar a quienes lo afrentan, pero ahora, le dicen, es momento de mostrarse magnánimo, como corresponde a un señor poderoso y magnífico. Otros apelan a la cordura, a la decencia y al honor. El visitante vuelve a intervenir. Pero, esta vez, Benalcázar lo interrumpe, lo corta. «¡Tú no eres nadie aquí, forastero! ¡Vuelve a tu tierra!», lo amenaza. Entonces, advirtiendo que la muchedumbre empieza a agitarse, a dar muestras de rebeldía, ordena a sus hombres disparar. Se escuchan varias descargas, primero al aire, luego otras, cada vez con la mira de las carabinas más bajas. En medio de la confusión pánica, el gentío se dispersa; enseguida ordena avanzar en dirección a la Calle Real, a la plaza. Hay nuevas descargas rasantes. Luego Vizcachablanca pica a su caballo y comienza a arrastrar al viejo Cruz Villar a través de la pampa polvorienta que conduce, yendo por el Pasaje del Brujo, a la Calle Real. Atrás, atendiendo a Santos, que sangra del rostro, quedan los otros mozos Villar y la madre. Pero, luego, Trinidad Dioses comienza a caminar rápido, como corriendo, detrás de su marido*)

MARTÍN VILLAR. Todavía existe una pampa, querida. Es un terral de unas dos cuadras que yo he recorrido numerosas veces. ¿Te he dicho que es una tierra sucia y estéril? Sí, es una tierra insana y vil. Y sin ningún árbol, salvo el zapote aquel que marca el término del yermo. Me contaron que mi bisabuelo, descalzo, como todos los Villar en esos años, trataba de acompasarse al ritmo que imprimía el trote de Vizcachablanca. Caía, era arrastrado un trecho, volvía a levantarse, corría asido a la soga, nuevamente caía, sudoroso, sangrante, las manos desolladas, el rostro hecho un emplaste de polvo, sangre, sudor. Pero no se quejaba, solo la violencia de la respiración, como la de animal herido de muerte. Tampoco injuriaba, ninguna maldición, ninguna de esas bascosidades que él sabía lanzar contra su mujer, contra sus hijos, contra los animales, contra el mismo pueblo. De esto se hablaría más tarde; cuántas conjeturas no se hicieron. Entre tanto, me dijeron, el gentío se había reagrupado y, por primera vez, Odar Benalcázar oyó injurias, denuestos contra su linaje, mentadas de madre. Nunca antes nadie había osado levantarle la voz, menos insultarlo, por lo menos en su presencia. También comenzaron a arrojar piedras, terrones, palos, cualquier cosa que sirviera como proyectil. Hubo nuevos disparos. Me dijeron que, a partir de este momento, las imprecaciones fueron más crudas, más procaces. Y el odiado nombre de Primorosa Villar fue pronunciado. Y quienes lo voceaban eran las mujeres, las hembras que habían sido desplazadas por ella. La malnombraban, es verdad, pero ahora justificaban la traición, los robos, la huida, y escarnecían el orgullo viril del blanco turbulento. Pero, en eso, alguien gritó *¡fuego!* y enseguida otras voces dijeron *¿fuego?, ¿dónde?* Vieron que el humo que se levantaba, alto pero evanescente por la reverberación del mediodía, provenía del barrio El Almendro, habitado sobre todo por indios sechuras, y todos pensaron que se habría incendiado alguna de las cabañas de los maestros pirotécnicos. Ya había ocurrido años atrás y,

en esa oportunidad, el fuego atizado por los fuertes ventarrones había devorado varias de las rancherías vecinas.

LA CONCUBINA. ¿Y era de allí de donde salía la candela?

MARTÍN VILLAR. No, querida. No era de allí.

...*¿No era de allí?*, pregunta el muchacho Villar, *¿temen decírmelo? ¿No está ya todo dicho?* Le responden: *No, todavía no está dicho todo*. Desde que empezaron a contarle lo sucedido aquel día aborrecible han recorrido una y otra vez la plaza y la parte oeste de la Calle Real. Esta, a partir de la plaza, se prolonga por cuatro cuadras y concluye en lo que antaño denominaban el Pasaje del Brujo. Le habían explicado que los principales (no los verdaderos blancos, que habitaban las casonas de la plaza) vivían en las dos primeras cuadras (y aun le dieron los nombres de las familias, indicándole cuáles fueron sus respectivas moradas), pero ahora la mayoría de las casas, de frontera ancha y profunda, están clausuradas, las paredes apuntaladas por horcones, los techos desfondados o convertidos en pura ruina. De vuelta de la explanada por donde Cruz Villar fuera arrastrado con una soga al cuello, se hallan ahora en la esquina del Pasaje del Brujo y luego caminan unos pasos hasta el añoso zapote. *¿De dónde era, entonces, el fuego?*, insiste, *¿por qué callan, abuelos, padres míos?* Tampoco esta vez le contestan los ancianos, que parecen cavilar, como si quisieran medir con exactitud el escenario donde el viejo Cruz Villar fue escarnecido por segunda vez. *Por si esto te puede servir de algún consuelo*, le dicen, *aquí mismo, donde estamos parados, terminó el vía crucis, el calvario del padre de tus abuelos, aunque la idea del blanco fue humillarlo a lo largo de toda la Calle Real y llevarlo hasta la*

plaza y exponerlo a la vergüenza, como en los tiempos del chileno. Escucha, olvídate del fuego por el momento.

(*El gentío ha vuelto a reagruparse en la esquina que hacen el Pasaje del Brujo y la Calle Real. Se suman nuevos espectadores, blancos y blancas que se mantienen algo alejados; se ve, asimismo, a Visitación Cabrera, quien, acompañada de su pupila, pretende pasar desapercibida entre la muchedumbre. El Síncero Nicasio, que al fin ha dado caza a la burra blanca, cubriéndola de mimos se abre paso entre el apretujamiento, ajeno a todo. Pero lo que más sorprende es ver a alguna gente de la mansión de Odar Benalcázar: Atabaliba Atarama, el poeta, y el francesito Boulanger. Y sobre todo sorprende ver a la señorita Domitila Diéguez, que con pasos seguros, desde su casa que queda en la tercera cuadra de la Calle Real, se dirige al lugar de los hechos. Por eso, cuando finalmente Benalcázar y sus hombres se acercan al Pasaje del Brujo deben enfrenar sus cabalgaduras, a las que, sin embargo, imprimen brillo haciéndolas cabriolar. Apenas se detienen los animales, las chicheras tacaleñas se precipitan a auxiliar al viejo Villar, limpiándole el rostro y dándole de beber*)

CHICHERAS TACALEÑAS. ¡Ave María purísima, cómo lo ha puesto al pobre viejo! Límpialo. Con cuidado. Tome, beba un poco de agua. ¿Qué ha hecho, santo señor, para merecer este castigo? Por poco no le revientan el ojo. Miren cómo tiene los labios partidos. ¿Oye lo que le dicen? Mal padre. ¿Verdad que cabreonó a su hija? No. Seguro que ella quiso. ¡Y los aires que se daba! Tanta sangre, plumas, tierras, y, fíjese, hasta boñiga. Presta, déjame limpiarlo a mí. Viejo tirano, verdugo de sus propios hijos. Esperen. ¿No pueden esperar, serranos patas con queso? ¡Es que hacer trato con el blanco! ¿No sabe, señor, que hay que contentarse con el destino que Dios nos manda? Paciencia. Estos

serranos piquientos no tienen corazón. ¿De dónde será el fuego? Beba, beba un poco más. No, chicha, no. Viejo mísero, nunca nos compró ni un cojudito. Y con las libras que ha de tener por la venta de la mafiosa. Tampoco dejaba que sus muchachos vinieran a privar aunque sea un rato. Véalos, huraños, montubios. Y el otro, Inocencio, que será un atormentado de la vida. Solo Catalino es una fiesta. Oigan, ¡¿pero qué hacen?! ¡Si me ha caído un riendazo! ¡Y a mí! ¡Y a mí! Malditos serranos, hijos de la lechuza. ¿Putas? Puta será la más puta de tu madre.

BOCARRAJADA. ¡Atrás! ¡Abran paso! ¡Cholas putas!

VIZCACHABLANCA. Hey, viejo, ¡levántate! Si por mí fuera ya te... ¡Hagan campo! ¡Apártense, cholas piojosas! ¿También quieren? ¡Tomen, entonces! ¡A un lado, mierdas! ¡Tomen! ¡Prueben esto!

(*Los mozos Villar se abalanzan sobre la cabalgadura de Vizcachablanca, pero son detenidos y fustigados por Bocarrajada y los otros lacayos. Trinidad Dioses se abre paso hacia donde está su marido. Entre tanto el gentío, airado, imprecatorio y soez, exige a Benalcázar detener a sus hombres. Luego se destacarán algunas voces*)

BENALCÁZAR (*A sus hombres*). ¡Basta! Un momento. ¡Basta, he dicho!

INDIOS FORASTEROS. ¡No sea manaturaloso, patrón! ¡Mire que Dios lo está mirando desde el cielo! ¡No sea ordinario como otros blancos, don Odar! ¿Oye cómo lo maldicen? ¡Que nadie diga que tiene corazón de culebra!

CIEGOS CAMINANTES (*Tocando el tambor y salmodiando, entonando su ruego*). ¡Piedad para este hombre! ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piense en el día del Juicio Final! ¿Quién intercederá por usted ese día?

(*Los lacayos, de mala gana, dejan de azotar, y por un momento se hace silencio*)

EL VISITANTE. ¿Por qué no ordena también desatarlo, caballero? ¿No lo ha castigado suficiente?

BENALCÁZAR. Tranquilízate, forastero, y ustedes también, indios, vecinos. Nada más que unos azotes en la plaza y luego podrá descansar en el cepo. ¿Quieren piedad? ¡Esa es mi piedad!

EL VISITANTE (*Primero se dirige al gentío para hacer callar las protestas que las palabras de Benalcázar han suscitado*). ¡Silencio! ¡Escúchenme! Escúchenme, pueblo. Yo también soy serrano como estos infelices...

BOCARRAJADA. ¡Cuidado con lo que dices! ¡O te haré tragar tus palabras!

EL VISITANTE. Y ni en las más remotas alturas he visto humillar a un cristiano como lo he visto hoy en este pueblo.

VIZCACHABLANCA. ¿Lo hago callar, patrón?

BENALCÁZAR. Espera, hijo. ¡Di lo que tienes que decir de una vez, forastero!

El Visitante. ¿En qué ley se funda usted? ¿Qué jerarquía tiene usted para infligir a un hombre tamaña humillación?

Benalcázar (*Sacando la bigama que pende del cuello*). ¿En qué ley? ¿Quieres saberlo?

(*En ese instante se abren paso entre el gentío el poeta Atabaliba Atarama y el francés Boulanger*)

Atabaliba Atarama (*Con voz persuasiva procurando no ser oído por el populacho*). ¿Recuerda nuestras tertulias, don Odar?

Benalcázar (*Blandiendo la bigama, mirando al visitante*). No es momento para recuerdos, poeta.

Atabaliba Atarama. Mire, yo, yo comprendo su enojo. La muy...

Benalcázar. ¡Cierra esa boca, Atarama!

Atabaliba Atarama. ¡Pero es que esto es indigno de usted!

Benalcázar. ¡Nadie que coma de mi mesa tiene derecho a la palabra!

Atabaliba Atarama. ¡Y yo que creí que era su amigo!

Boulanger (*Acercándose a Atarama en gesto de solidaridad, lo hace a un lado y enseguida habla a Benalcázar*). *Ai je déjà le droit à la parole, monsieur Odar?*

BENALCÁZAR. ¿También tú en contra de mí, Boulanger?

BOULANGER. ¿Contra mi benefactor? *¡Jamais!*

(*Empieza la frase en español, pero luego, acercándose más al hacendado. le habla en francés*)

BENALCÁZAR (*Tenso, los labios apretados, lo escucha, pero sin dejar de vigilar a la muchedumbre que lo rodea*). ¿Y no eras tú el que hacía la apología del mal, de Satán y de toda esa basura? ¡No eres más que un farsante, Boulanger!

BOULANGER. *Mais cela n'est pas du mal. C'est de la barbarie*.

BENALCÁZAR. Ah, francés. El honor es algo que tú nunca comprenderás. Como no comprendes la naturaleza de esta tierra. ¡Vuélvete a Francia, Boulanger! Ya nada tienes que hacer aquí. A partir de ahora, todo será distinto. ¡¿Por qué no estás aquí, Albrecht?!

BOULANGER (*Las palabras de Odar Benalcázar no parecen resentirlo, más bien una sonrisa fugaz cruza por sus labios, aunque la invocación al alemán Albrecht le causa algún desagrado*). *Oui. C'est déjà le temps de m'en aller de cette terre... Cependant, ¿puis-je parler à cet homme-ci?*

BENALCÁZAR. ¡Si él logra entenderte!

BOULANGER (*Caminando hacia el viejo Cruz Villar, que es asistido ahora por Trinidad Dioses*). Me entenderá... *Oui. Je suis sûr qu'il me comprendra...*

Buen hombre, ¿me escucha?

(*Los mozos Villar se muestran recelosos; Santos Villar se interpone entre su padre y el francés*)

SANTOS VILLAR. ¡No hable, padre! ¡Nada hay que decir! ¡Retírese, señor!

LA CONCUBINA. ¿Por qué no quería que respondiera? Hombre raro su abuelo, maestro Martín.

MARTÍN VILLAR. Santos Villar tenía ideas muy suyas acerca de la dignidad. Según eso, su padre había faltado y merecía el castigo, la condena, pero no en esta vida. ¡No en esta vida! ¿Entiendes, querida? Y, según su propio veredicto, el lugar de Cruz Villar era el infierno, no el purgatorio. Así dictaminó: el infierno para su padre. Sin embargó, este era un negocio que solo competía a mi bisabuelo y a Dios, o a los Espíritus Supremos que gobernaban el mundo. Ninguna explicación, por tanto, debía a los hombres. Y menos (escucha bien esto, China) al blanco que con su poder, con su oro, con el color de su pellejo, había sido el gran tentador. También el lugar de Benalcázar sería el infierno, pero antes tendría que pagar sus maldades aquí en la tierra, como las había pagado con el castigo y la humillación su padre Cruz Villar.

...Y de cobrar esa deuda se encargó él, ¿verdad, abuelos?, pregunta el muchacho Villar. No podrían asegurarlo, le responden, aunque es lo que sentenciaba Clemente Palacios, pero este era un ser perverso que gozaba haciendo el mal y viendo sufrir y enemistarse a la gente. Pronto sería mediodía: así lo confirmaban el pitazo lejano del tren a Paita, las sombras que ahora los flanqueaban, el color calcinado que iba adquiriendo el terral y el

resplandor hiriente de los arenales. *De modo que impidió que su padre respondiera*, dice. Agrega: *No tenía por qué dar cuenta de sus actos a gente extraña. Comprendo. Pero, ¿y a sus hijos? ¿A su familia?* Parece hacerse un lío no la memoria, sino el entendimiento de los ancianos. Enredándose, contradiciéndose, quitándose la palabra uno a otro, tratan de explicarlo. De todo este farfullar, el joven saca algunas ideas en claro, pues él mismo había sido víctima en su niñez de la doctrina y de las convicciones de Santos Villar. Después de muertos, los padres recibirían castigo por sus errores y pecados, pero aquí, en esta vida, debía aceptarse la tiranía, el poder absoluto que el padre tiene sobre sus hijos. Los ancianos reiteran: *Según Santos Villar, el padre no es amor; es orden, es respeto. Ninguno de los hijos de Cruz Villar lo amó: le temieron, lo odiaron. Solo Santos no odió a su padre*. ¿Sabía por qué? *Porque él lo despreció desde el día en que vendió a su hija*. Y, sin embargo, después del escarnio público a que fue sometido, veló porque ninguno de sus hermanos le faltara el respeto, y cuidó porque ellos, presentes o en ausencia, recibieran su bendición antes de que muriera. Pensando: *Pero menos Primorosa. Para ella, la maldición, la condena irredimible*. *¿Y después qué ocurrió?*, pregunta el muchacho Martín para disipar aquellos pensamientos y conjurar las visiones que acudían a su mente cuando fue testigo de la feroz contienda entre su abuelo Santos y su vieja tía Primorosa. Pero los ancianos siguen entregados a sus recuerdos. Retrocediendo y adelantándose en el tiempo, le cuentan de la niñez de Santos Villar, de sus años en Guayaquil y Panamá, de sus virtudes y poderes, de su atroz alianza con don Clemente Palacios. Por momentos, el muchacho se deja fascinar por las evocaciones y los escucha con avidez, pero luego resurge impositiva la imagen de Cruz Villar degradado por el escarnio y la humillación. Les dice: *¿Pero mi bisabuelo acató su mandato?* Perdidos en sus remembranzas pasan por alto la pregunta, y Martín Villar vuelve a insistir dos, tres veces. Al fin

responden. Sí, el viejo Villar se había sometido a la voluntad del hijo, y era como si después de conquistar la primogenitura desplazando a Catalino, ahora despojara de la paternidad a su propio padre. *Y ahora se le veía a Cruz Villar aturdido, pasmado, casi horrorizado, no solo por el castigo, sino como ante una revelación que quebrantaba sus creencias más caras y arraigadas*. Sin embargo, después habló con voz trabajosa, cuando fue interpelado por la señorita Domitila Diéguez. Pero todavía antes llegaron hasta él un anciano y dos ancianas casi centenarios, últimos sobrevivientes de la generación de Sacramento Chira y Miguel Villar.

ANCIANO. ¿Y para esta vergüenza se fundó tu sangre?

ANCIANA PRIMERA. Yo le advertí a la Sacramento: nada bueno ganarás juntando tu sangre a la de ese hombre.

ANCIANA SEGUNDA. Sacramento debió arrancarse de raíz esa semilla, como he oído que hizo tu hija con la semilla del hombre que te lastima.

(*Odar Benalcázar, enfadado y quizá perturbado por las intervenciones de Boulanger y Atarama, imprime toda suerte de pasos y movimientos al fatigado y herido Expedicionario. No lo hace para hacer gala de su reconocida pericia de chalán, sino para contrarrestar el gusto amargo que le ha dejado la conversación anterior y mantener a raya al populacho, que pretende estrechar más el cerco en que se hallan él y sus hombres. Está ordenando a los lacayos que hagan despejar el campo para proseguir la marcha, cuando ve al gentío separarse espontáneamente y dar espacio a la señorita Domitila Diéguez, que viene camino hacia él. Esta es una mujer menuda, de piel ajada y ojos enérgicos y cuestionadores. Como novia y viuda*

antes de los esponsales, viste de luto cerrado y lleva en la mano una sombrilla de aspecto también funeral. Ni la belleza ni la fealdad son atributos de su rostro. Es un rostro neutro, asexuado, del que ha desaparecido la risa. Su frente es amplia y peina con raya en medio su cabellera, que termina en un rodete. Su paso suscita el respeto reverente de hombres y mujeres, pero no es amada como sucede con todas las personas que pretenden vivir de acuerdo con principios inflexibles. La muerte de su novio en la Batalla de San Juan —había sido un noviazgo de cinco años, estricto y ejemplar— y la conducta que adoptó cuando llegó al pueblo un destacamento del ejército invasor han hecho de ella una suerte de conciencia acusadora. Ahora, mientras la maestra se acercaba, recordaron los días en que, pistola en mano, sentada en la sala de su casa, una casa habitada por mujeres solas, había esperado la irrupción de la soldadesca enemiga, mientras de la casa de Visitación Cabrera se escuchaba música de fiesta y baile, y en la plaza yacía colgado Cruz Villar luego de haber sido azotado públicamente. El mismo día en que la tropa abandonó el pueblo, ella había incitado y dirigido el castigo a la Cabrera, a quien llamó «traidora» y «chilena», y la quema de su casa. Y recordaron, asimismo, que desde entonces se había negado a poner los pies en la mansión del viejo Jerónimo Benalcázar, donde se desempeñaba como maestra y preceptora de la ñaña Paulina. De modo que sienten como si estuviera por repetirse aquella jornada. Instintivamente, hombres y mujeres regresan a mirar a Visitación Cabrera, quien en vano trata de ocultarse y desaparecer. En tanto, Benalcázar palidece y, por primera vez en esa mañana, parece titubear, perder seguridad)

DOMITILA DIÉGUEZ. Entraron por esta misma calle. Eran cincuenta jinetes y doscientos a pie, al mando del mayor Coloane. Tu padre, desde la terraza, fue

el primero en divisarlos con su catalejo, pero en realidad todos los estábamos esperando. Como los piratas de antaño habían saqueado Paita y prendido fuego a la iglesia de Nuestra Señora de la Merced. Antes de verlos aparecer, los escuchamos. Tocaban sus cornetas y tambores, cantaban sus himnos guerreros, vociferaban...

BENALCÁZAR. Domitila...

DOMITILA DIÉGUEZ. El pueblo parecía desierto porque todos estaban encerrados o se habían escondido en el monte. Los señores habían huido a sus haciendas de las alturas, a Piura, a Guayaquil. Y los hombres de más valor habían muerto en el mar, en las batallas Tarapacá, de San Juan...

BENALCÁZAR. Domitila...

DOMITILA DIÉGUEZ. Tu padre fue de los pocos señores que se quedaron y, como principal que era, formó una comitiva integrada por damas ancianas y por los señores Bauman de Metz, Figallo y Albrecht, que eran extranjeros residentes aquí en el pueblo, y por él mismo. Fueron a recibir y entregar el pueblo al mayor Coloane y a invocarle que se respetase las propiedades y la integridad física de los habitantes.

BENALCÁZAR. ¿Por qué recordar cosas del pasado, Domitila?

DOMITILA DIÉGUEZ. Tú, Odar, no tienes recuerdos de esos días. Tú vivías en París, mientras José Agustín...

BENALCÁZAR. ¡Basta, Domitila! ¿Qué buscas? ¿Qué pretendes?

DOMITILA DIÉGUEZ. Que sueltes a este hombre. ¿Sabes quién es este hombre, Odar?

BENALCÁZAR. Este viejo es un rebelde, Domitila. Y estamos nuevamente en guerra.

DOMITILA DIÉGUEZ. La única guerra que importaba terminó. ¡Y tú no combatiste en ella!

BENALCÁZAR (*¿Con cinismo? ¿Con ironía?*). Combato por Cáceres. ¿No fue él quien salvó el honor de la patria?

DOMITILA DIÉGUEZ. Dejé de creer en Cáceres desde el momento en que reconoció el Tratado de Ancón.

BENALCÁZAR. ¡Eres intolerable! Mira, Domitila, yo lamento lo que ocurrió en tu vida, pero, ¿no es tiempo ya de que te quites ese luto? Estás loca, Domitila. Tu vida está hecha de rencor, como la de todos estos infelices. Mucha sangre de indios debe correr por tus venas, señorita Diéguez.

LA CONCUBINA. Es la única razón que tienen los blancos, maestro Martín. Es lo que siempre escuchaba cuando iba a apañar algodón a la hacienda.

MARTÍN VILLAR. Pretendió humillarla, estigmatizarla. Pero, por ese lado, la señorita Diéguez era invulnerable. Procedía de una familia de maestros, quienes, a su vez, fueron discípulos de un hombre excepcional. Alguna de estas noches, querida, te explicaré quién fue ese loco magnífico llamado Simón Rodríguez. Por eso, las invectivas de Benalcázar no la alcanzaron, ni

ella se molestó en replicarlas. Obsesiones más altas formaban el sustrato de su vida.

DOMITILA DIÉGUEZ. Supe que era un hombre cruel, sanguinario, que azotaba y fusilaba a indios y a negros, que se enriquecía con la guerra. Pero aun así, él representaba la dignidad, el honor. Ahora no es más que un militarote bárbaro, un terrateniente que se hizo más rico con la guerra.

BENALCÁZAR. Vuelve a tu casa, Domitila. Te lo ruego por el antiguo aprecio que te tengo.

DOMITILA DIÉGUEZ. La comisión los esperaba no muy lejos de donde estamos ahora. Poco faltó para que las ancianas damas besaran la mano del comandante Coloane. Prometieron obedecer, no conspirar, y repudiaron a los que abogaban por la continuación de la guerra. Secretamente, la gran mayoría de propietarios de haciendas era iglesista. Por esto los pueblos de las alturas habían matado a varios señores y saqueado sus casas y haciendas, y, en Serrán y Yapatera, los negros habían quemado los ingenios azucareros.

BENALCÁZAR (*Cada vez más inseguro; ha observado el interés con que el gentío y sus propios hombres siguen las palabras de la maestra*). ¡Terminemos de una vez! Como una merced a ti eximiré a este hombre de los azotes. Solo lo meteré al cepo. No haré ninguna otra concesión. Yo represento aquí al gobierno constitucional.

(*Se escuchan voces airadas y de protesta de la muchedumbre. Exclaman: «¡La libertad! ¡Que lo suelte! ¡Nada de cepo!». Luego las voces se van acallando, pues quieren escuchar lo que la maestra está diciendo*)

...Los ancianos han dejado de hablar y guardan silencio, cavilosos. Le dicen: *¿Quería saber de dónde venía el fuego?* Pero el muchacho Villar, embebido por el relato que le han estado haciendo, parece haberlo olvidado. Dice: *¿Qué? ¿Cómo?* Los ancianos repiten: *El fuego. ¿Sabes de dónde era? El fuego*, murmura él, y mira el terral incendiado, las casas chamuscadas, todo el pueblo ardiendo. Es el momento en que el sol castiga con mayor dureza al pueblo y este se ve desierto. *Ni las ánimas en pena se atreven a salir*, piensa, *solo yo y estos espectadores*. Imágenes de desolación cruzan por sus ojos, y el sentimiento de orfandad que siempre lo acompaña se torna más intenso. Recuerda las imágenes apocalípticas de los sermones de los curas; recuerda la larga agonía de su abuelo Santos, cuando él, en tardes como esta, debía acompañarlo, cuidarlo; y recuerda cierta tarde de sofocación intolerable, cuando descubrió los cambios que se habían operado en su cuerpo, que desde entonces empezó a fascinarlo, a atormentarlo. Pensando: *Antes habíamos sido yo y mi sombra, ahora éramos yo y mi cuerpo*. Un gran vacío empieza a rodearlo, a asfixiarlo. De modo que vuelve a prestar atención a los ancianos, que le siguen hablando. Pero antes de entender lo que le están diciendo percibe el olor agrio del pellejo viejo, del cuero arrugado, y recuerda el asco, la repulsión que le despertaban la piel y el cuerpo de Santos Villar cuando estaba muriéndose. *A Dios gracias, no llegaré a viejo*, piensa con alivio, recordando el vaticinio que le hiciera el espíritu del cactus. Entonces oye que le dicen: *Eh, muchacho, ¿nos estás oyendo? Sí*, responde él. Y repite: *Sí, sí, padres míos, los escucho. Díganme quién soy, de dónde procedo. Te hablábamos del fuego. He entendido. Perfectamente. Era de la chacra que Benalcázar había dado como parte de pago a mi bisabuelo Cruz Villar. Esto*, le dicen, *distrajo a la gente y salvó a Benalcázar. Porque el blanco aprovechó el desconcierto, la curiosidad y el estupor de todos los que nos*

hallábamos allí para burlar el apuro en que lo había puesto la señorita Domitila Diéguez.

DOMITILA DIÉGUEZ. ¿Quieres que te diga por qué nunca más he vuelto a poner los pies en tu mansión? En el fondo...

BENALCÁZAR. ¡No quiero saber nada! ¡Esto es absurdo! ¡Ridículo!

DOMITILA DIÉGUEZ. En el fondo vieron con alivio la llegada del invasor para que mantuviera el orden y aplastara la protesta popular. A cambio de algunos cupos podían conquistar la tranquilidad. Y para ello sacrificaban a los más débiles o a los más infelices... Visitación, ¿me oyes? Cuéntale a don Odar Benalcázar León y Seminario lo que ocurrió contigo. ¿Me escuchaste, Visitación?

VISITACIÓN CABRERA (*Mientras se escabulle por entre el gentío, jalando de la mano a su pupila*). ¡Yo no sé nada! ¡No hablaré nada! ¡Ya bastante me han hecho expiar!

DOMITILA DIÉGUEZ. ¿Sabes quién más que ella merecía el castigo? ¿Sabes a qué casa debí prenderle fuego? Te lo diré si es que no sueltas a este hombre.

(*Temiendo la revelación de una verdad, una verdad que él siempre sospechó, pero que nunca tuvo el valor de indagar, decide ordenar que dejen libre al viejo Cruz Villar. Intuye que las palabras de la maestra han mellado la voluntad de sus hombres, incluso de Bocarrajada y Vizcachablanca, de cuyos ojos ha desaparecido la mirada glacial y altanera. Intuye, asimismo, que pronto romperán las últimas ataduras que hacen de él un ser temible,*

inalcanzable y merecedor de respeto. Piensa que ya había pasado el momento en que ordenar la libertad del viejo hubiese sido prueba de su poder y magnanimidad; ahora no será más que la aceptación de una derrota, de una imposición. Entre tanto, la señorita Domitila Diéguez vuelve a exigirle la libertad del viejo Villar y reformula la amenaza de manera más cruda y perentoria, lo cual aumenta la expectativa del pueblo congregado, que, a su vez, empieza a recordar, a hacer memoria, a conjeturar. En eso se escuchan los gritos de un tropel de churres que viene corriendo desde la dirección del barrio El Almendro. A gritos informan que lo que se está quemando es la chacra de los Villar, es decir, la chacra que el blanco Benalcázar había donado a cambio de Primorosa. Dicen que el fuego ya había consumido la choza y que ahora ardían los sembríos y el algarrobal. Por unos instantes cunde el desconcierto entre el público que se debate entre ir a ver y sofocar el incendio, ahora altas humaradas se elevan al cielo, o permanecer en el mismo lugar. En cambio, el rostro de Benalcázar se distiende e imparte nuevos bríos a Expedicionario. Desde el suelo, Cruz Villar y Trinidad Dioses observan el humo en el cielo. De los ojos del viejo brotan algunas lágrimas, no así de los de la mujer, como si ella hubiera sabido desde siempre que aquello iba a ocurrir. En esos momentos, un nuevo suceso viene en ayuda de Odar Benalcázar: de pronto ha aparecido corriendo Inocencio, el menor de los Villar, quien, con los ojos alucinados, grita a su padre señalándole el humo: «Ahí la tiene, padre. ¿No quería usted grandezas? ¡Cómasela! ¡Es toda suya! ¡Cómasela!». Ramón y Silvestre se arrojan sobre el muchacho y, tras un breve forcejeo, logran reducirlo y lo conducen a la casa, aunque el menor de los Villar sigue gritando cada vez más desaforado, sumido ya en la demencia. Ahora, el rostro de Benalcázar muestra satisfacción y ha recuperado su seguridad y su arrogancia, mientras Domitila Diéguez observa en dirección del incendio, como si aquello le

hiciera evocar o presentir otros fuegos, otros incendios definitivos y destructores)

BENALCÁZAR. Está bien, Domitila. Seré magnánimo... Hijos, desaten al viejo, déjenlo libre. Y tú, viejo, ¡mira bien ese fuego!

DOMITILA DIÉGUEZ (*Distraída, ensimismada*). ¿Nunca arderá lo que debe arder?

(*Entre el gentío se han formado grupos y reinan entre ellos el temor, la cólera, la culpa. Petronila Jaramillo se santigua, reza. El Atormentado Trelles, con porte proposopéyico y señalando en dirección hacia donde se ve el humo, desnuda su atormentado diálogo. «Son los mismos de siempre, Esther. Los mismos», se le oye decir. El visitante se acerca donde está el francés Boulanger. «¿Qué le parece nuestra tierra, señor?», le pregunta. «Es la barbarie, señor. Hoy he conocido otra forma de la barbarie», responde. Mientras tanto, los lacayos de Benalcázar han terminado de desatar al viejo Cruz Villar, quien es asistido por su mujer y su hijo Santos*)

BENALCÁZAR (*Blandiendo la bigama*). ¿Has aprendido, viejo, que con el blanco no se juega? ¡No olvides de contarle a tu descendencia del castigo que yo te he dado! ¡Adiós, Domitila!

(*Pero aún no pica espuelas, más bien hace dar a su cabalgadura unos pasos en semicírculo, tratando de escuchar lo que viene diciendo la maestra*)

DOMITILA DIÉGUEZ. No ardió la casa que debió arder aquella vez. Entraron por esta misma calle. Eran cincuenta jinetes y doscientos marchaban a pie, al

mando del comandante Coloane...

BENALCÁZAR. ¡Estás loca, Domitila! ¡Quítate ese luto ridículo! ¡Vive la vida, Domitila! ¡Gózala!

SANTOS VILLAR. Como usted gozó a esa perra descastada. Pero, ¿y su honor, blanco? ¿Lo lavó de verdad?

BENALCÁZAR (*Blandiendo la bigama, enfila el caballo hacia donde se halla el mozo, pero no le cruza el rostro, solo lo encara mostrándole aquel símbolo de poder*). ¡Pregúntale a la perra lo que le hice con esto! ¡Ella nunca lo olvidará!

(*Al oír esto, el viejo Cruz Villar parece salir de su anonadamiento, escupe varias veces, se enjuga el rostro con el brazo, y habla con voz estropajosa*)

CRUZ VILLAR. Escúchame, blanco... Escúchame. Solo un momento...

(*Pero Odar Benalcázar, viendo que el pueblo comienza a reagruparse, con un gesto de aburrimiento y de soberbia, ordena a sus hombres emprender la retirada; enseguida el gentío los ve galopar entre nubarradas de polvo*)

LA CONCUBINA. ¿Lo dejó con las palabras en la boca? ¡Gente despreciativa! Son así, maestro Martín. Pero don Cruz, ¿qué dijo? ¿Qué quería decir?

MARTÍN VILLAR. ¡Bah, hizo su mea culpa! Un acto de contrición pública.

...Reconocería la mierda que había arrojado sobre los de su sangre, ¿verdad, viejos?, dice el muchacho Villar. Sorprendidos por su tono, los ancianos regresan a mirarlo; pero no lo increpan, tampoco asienten, y antes de retomar el relato dan un rodeo, contándole detalles, minucias. Riendo forzadamente le dicen: *Volvió a pasar el Síncero Nicasio tras la burra blanca. «Chivita, cordera, pollina, no me dejes», le susurraba el pobre inocente*. El muchacho Villar insiste: *Les hablaría de toda la mierda que había sido su vida. Vamos, ¡díganlo! ¿Por qué callan?* Pero cuando los ancianos retoman lo sucedido, él ¿simula? haber perdido todo interés. Con ojos hastiados mira el pueblo, que parece desentumecerse, emerger de la modorra y del sopor en que lo habían sumido las fogaradas del sol. Algunos rostros todavía soñolientos por la larga siesta se asoman a las puertas. Son rostros demacrados, amarillentos, apáticos. El bullicio que arman los churres jugando entre la arena y los terrales, y arrojándose cagarrutas de chivos, confiere vida y animación al pueblo. Hay cantos de pájaros y chivateo de los rebaños de cabras que vuelven a los corrales tras pastar el forraje espinoso y agrio del monte. Poco después empieza a soplar el viento. Son los primeros vientos que anuncian el atardecer. Los ve llegar entre trombas arremolinadas que estremecen quinchas y techos, y arrojan miríadas de proyectiles que castigan la piel, los ojos. Ahí estaban, pues, el viento y la arena, tantas veces aludidos por su padre en los cuadernos que le legara. Pensando: *Son lo único perenne; todo lo demás ha muerto*. Pero se desdice: *Miento, falso, nada ha muerto; por lo menos persiste el abyecto dolor, el rencor inextinguible*. Porque de esto le siguen hablando los ancianos, a quienes no ha dejado de escuchar en ningún momento y cuyas voces ahora se elevan para sobreponerse al ulular del viento. De modo que, al fin, el viejo Cruz Villar habló. No, esta vez su hijo Santos no lo atajó, no le impidió que hablara. Y dijo esto y lo otro y aquello. Y estaban escuchándolo. *¿Quiénes lo*

escucharon? Entiendo, entiendo.

Y yo, evocando, completando, inventando sus voces, me repito como una letanía: lo escuchó la señorita Domitila Diéguez; lo escucharon tres ancianos centenarios (lo escucharon con sus oídos sordos, nítidos, purificados); lo escucharon los ciegos caminantes, los indios forasteros (indios catacaos, sechuras, colanes); y los indios catacaos lo escucharon mientras tejían y labraban por igual la greda y el zapote y el oro y la plata; y los indios sechuras mientras afinaban sus instrumentos musicales o mientras molían y mezclaban la pólvora con los siete colores del arco iris y levantaban sus altos castillos de artificios o mientras fabricaban hojas y palmas y coronas y flores de papel platinado o de seda y tafetán, porque en el desierto no hay flores y los muertos de la tierra necesitan y reclaman flores para soportar la soledad; y los indios colanes, antes de hacerse a la mar, preparaban las atarrayas y aparejos de pesca, calafateaban sus botes y balandros. Lo escuchó un visitante venido de las alturas, de Ayabaca, de Huancabamba, no sabemos. Lo escuchó una beata entregada a oficios funerarios para expiar la fascinación que ejercía sobre ella el recuerdo de la violación que sus carnes sufrieron y gozaron; lo escuchó un poeta envilecido por la servidumbre y la pérdida de los ideales; lo escuchó (sin escucharlo, entendiéndolo desde otra región) un atormentado de la vida; lo escuchó un simple de espíritu; lo escucharon Visitación Cabrera, Farita Cherres, las chicheras tacaleñas y una figuranta del circo que quedó varada en el pueblo y que vivía los últimos meses de su vida antes de que las siete plagas la convirtieran en la víctima propiciatoria; lo escuchó el pueblo, el populacho, los poderosos y los débiles, los tristes y los alegres, los felices y los desgraciados; lo escucharon los blancos, los amarillos, los cobrizos, los prietos, los pardos, los negros; lo escuchó un francés exiliado en esta tierra para conjurar quién sabe qué fantasmas que agitaban su espíritu; lo escucharon los pájaros, los reptiles, las

sierpes y los insectos que colmaban las pesadillas de Primorosa Villar; lo escucharon los brujos revestidos de pellejos de cerdos, de perras, de chivos, de macanches; lo escuchó un colambo (¿era Santos Villar?) enredado en el vichayo que plantara Sacramento Chira; lo escucharon las ánimas errantes del purgatorio; lo escuchó el torturado fantasma de Miguel Villar; lo escuchó la india Sacramento Chira, abuela, madre, matriz de todas las amarguras, de todas las nostalgias, de todos los sueños; lo escucharon sus hijos, *tus tíos, tu abuelo*; lo escuchó tu padre, que aún no había nacido, que aún no había sido engendrado; lo escucharás tú; lo escuchamos nosotros. Y lo escuchó el viento, que llevó su voz por médanos y pampas y ríos y mares. Este mismo viento que ahora arrebata nuestras voces, el mismo viento que te repetirá a lo largo de tu vida lo que ocurrió en esa tarde, en este pueblo.

La leyenda de Visitación Cabrera

«Había una vez en Congará», relee Martín Villar en los apuntes de su padre, «una mujer llamada Visitación Cabrera que durante el dolor que vivió la patria se hizo merecedora del apelativo de la Chilena. Era, según oí tantas veces, mala de muchas maldades, pero yo no tengo corazón para condenarla. Y el Dios que yo venero, que es el espíritu del mundo, sabe bien que no solo es porque su vergüenza salvó la vida de mi abuelo Cruz». Vagamente recuerdo la extrañeza que me produjeron estas frases la primera vez que las leí, pero con el tiempo, hasta el día en que visité el pueblo y me sumergí en su atmósfera, Visitación Cabrera pasó a ser uno de los numerosos nombres que se hallaban desperdigados en las anotaciones que escribiera mi padre poco antes de emprender su peregrinación hacia la muerte. Pero apenas en Congará escuché mencionar el apodo infamante, me asaltó el recuerdo de aquel pasaje de las anotaciones de mi padre, y poco después, con los testimonios que fui recogiendo de aquí y de allí, pude darme cuenta de que el destino de Visitación Cabrera, por lo menos desde el momento más extenso de su envilecimiento, estuvo ligado al destino de los míos, aunque ella misma, corriendo los años, llegase a abrigar contra Primorosa Villar uno de esos odios que solo una mujer puede cultivar contra otra mujer.

Es cierto que del fantasmal, ¿e imaginario?, pueblo de Congará, a Martín Villar solo le interesaba conocer la antigua casa de los Villar y la ruinosa

mansión de los Benalcázar León y Seminario, pero al enterarse de la historia, que más parecía una leyenda, de Visitación Cabrera (o, por lo menos, enterarse de mayores aspectos de su historia) sucumbió a la curiosidad y visitó aquella casa estigmatizada por un recuerdo tenebroso. En descargo del muchacho Villar diremos que por su edad no era ajeno a cierto romanticismo en que contendían la fascinación por la virtud y por el pecado, de la misma manera que había descubierto (había creído descubrir) una arcana filiación entre la Iglesia y el lenocinio. Por fortuna, o por desgracia, todavía no había hecho presa de él el espíritu moderno; aún no había saboreado el limón amargo del escepticismo, y si por momentos dudaba de la existencia de Dios, no ocurría lo mismo con el diablo, que se le aparecía como un espíritu más tangible, poderoso e indestructible. Por eso lo sedujo el destino maldito de Visitación Cabrera, una mujer que aceptó los requerimientos del enemigo, y, en cambio, habrían de pasar algunos años para que Martín Villar mandara al carajo estas páginas, cuando, ganado por el nihilismo, se encaminaba por el derrotero que habría de conducirlo al esplendor de la nada. Pero esto ocurrirá años después y por el momento el adolescente es todo oídos a cuanto se dice, exagera e inventa en relación con esta mujer que tuvo que pagar por partida doble los favores que recibió del demonio. Debo aclarar que si a Visitación Cabrera se le imputó muchos pecados y maldades, nadie me aseveró que su casa hubiera sido burdel, ni putas las muchachas alegres y privadoras que la frecuentaron. Y, en este sentido, Simón Guerra y otros viejos coincidieron en su veredicto: hasta la aparición de la Churupaca, no hubo putas en Congará, *entendiendo, hijo, por puta, a la mujer ordinaria, mañosa, la chuchumeca que te cobra en plata contante y sonante por la gracia de abrirte las piernas*. ¿Iba a necesitar tamaña vulgaridad la que fuera la favorita del viejo don Jerónimo Benalcázar?

Como la mayoría de las casas que gozaron de esplendor y nobleza en Congará, la propiedad de la concubina del viejo Benalcázar resistía sin esperanza el laborioso trabajo del tiempo y de los vendavales de arena. Las paredes estaban apuntaladas por horcones, y su única habitante era Petronila Jaramillo, una vieja semiciega y sorda que vivía de la caridad de algunas mujeres sobrevivientes de su generación entre las que se hallaba la mujer de Simón Guerra. Había sido una de las tantas muchachas recogidas por Visitación Cabrera cuando, muerto el viejo don Jerónimo y cerrado su ciclo de hembra enceladora de machos, pasara a desempeñar el papel de confidente y proxeneta al servicio de la ilimitada y peregrina lujuria del niño Odar, el mismo a quien muchos años atrás, a pedido del propio don Jerónimo, le hubiese brindado consuelo, paz y sosiego por la muerte de la niña Eleonor Acevedo, la quinceañera y primera esposa del casi adolescente Odar Benalcázar León y Seminario. Fea, santulona, propensa a las lágrimas y depositaria de las oraciones más antiguas y atormentadas de toda aquella región, la carne de Petronila Jaramillo habría permanecido intocada por varón si cierta vez, a consecuencia de una apuesta surgida en medio de una francachela entre terratenientes, Odar Benalcázar no entrara resueltamente al cuarto de Petronila, a quien sorprendió en camisón mientras se colocaba el escapulario de la Santísima Virgen del Carmen, y la forzara ante la mirada de los santos del altar privado de la muchacha (y única herencia de sus padres), pues, como le confesaría Odar Benalcázar años después al poeta Atabaliba Atarama, diversas y encalavernadas eran las fuentes del deseo.

En medio de las ruinas, la amplitud de la selva revelaba la jerarquía que debió tener la casa en sus mejores años. Martín Villar pensó: *Sala amplia capaz de dar cabida a numerosas parejas dispuestas para la celebración y la dicha desenfrenada*. Una puerta daba acceso a las habitaciones interiores, la primera de las cuales, a la derecha, había sido la gran alcoba adonde don

Jerónimo Benalcázar hiciera transportar una gran cuja vienesa con dosel de raso y un impertinente espejo ovalado con marco de plata labrada. Y Visitación Cabrera solo penetraba en esta alcoba cuando el viejo amo la requería para que lo sosegara y satisficiera ciertos instintos caninos que le obsedían desde los remotos años de su infancia. Esa alcoba heredó Odar, y, desde entonces, permaneció impecablemente dispuesta, pues al poderoso hacendado lo acometían los caprichos venéreos a cualquier hora del día o de la noche, hasta que sucumbiera ante el hechizo de Primorosa Villar. Volvió a acudir a la alcoba después de la huida de Primorosa, pero era para evadirse por unas horas de la espantosa soledad de su mansión, y no lo hizo demasiadas veces porque prefería descargar su soledad y su rencor comprometiéndose cada vez más con la persecución de las montoneras de Teodoro Seminario y Grimanesa León sin sospechar que iba en busca de la certera bala de Isidoro Villar que haría de él un inválido hasta el fin de sus días. Pero hasta los meses de las plagas y las pestes, en que el diablo le pasó por segunda vez su factura a la Cabrera enviándole el morbo de la viruela negra, Petronila Jaramillo, en cuya memoria perduró el único hecho importante de su vida, era la encargada del mantenimiento de la alcoba que ella secretamente exorcizaba con oraciones y agua bendita, mientras una dolorida nostalgia afligía su matriz de hembra negada para el amor.

Martín Villar se abre paso entre el polvo y las telarañas, y sus plantas sienten una capa crujiente de multitud de generaciones de insectos muertos y deyecciones de murciélagos. Pasa la mano sobre la superficie llena de rajaduras del enorme espejo. Ahora es el rostro de Visitación Cabrera el que se refleja sobre la superficie sin mácula y lo mira desde el azogue ovalado, y se respira una atmósfera limpia pero penetrada de sutil concupiscencia. Martín escribe esta frase que luego lo avergonzará: «Para Visitación Cabrera habría de ser un día inquieto, sofocante, dolorido y cargado de recuerdos».

Visitación termina de hacerse el rodete. No ríe de lo que el muchacho escribe, pero comenta: *No sé a qué día te refieres, porque días de esta sazón los tuve a menudo aun antes de que muriera don Jerónimo. ¿Qué es lo que pretendes de mí? ¿Mi alma? ¿No has oído a los lenguas largas del pueblo que yo no tengo alma desde que la vendí al Señor de las Tinieblas?* Cachaciento, sarcástico, irónico (de ahí el empleo de las mayúsculas, detalle que no era atribuible a la modulación de la voz de un espectro, ¿o una espectra?, muerto tantos años atrás), la interrumpe: *¿Se refiere usted al diablo de los once mil cuernos? Responderé a tu burla, mocoso, diciéndote que por aquellos años el (R)ey de las (T)inieblas tenía muchísimos más cuernos de los que dices. Muchísimos, muchísimos más. Pero, en fin, nunca sabrás quién soy, quién fui. Tendrás que inventar o repetir los embustes que has oído sobre mí.* La alcoba ha vuelto a cubrirse de polvo y telarañas, y por entre las grietas del espejo limpiado con la mano o, mejor, con los dedos, se refleja el rostro de un mocito nada burlón, más bien es el rostro de un muchacho atormentado por recuperar la sucesión de los días de una vida extinguida.

La evocación debió tener tal intensidad que un polvo siniestro se había adherido a las palmas de sus manos, y el pelo y las mejillas estaban pegoteados de repulsivas telarañas. Martín Villar hunde las manos en el lavacara y después la cabeza en el tinajón de agua fresca y destilada, contaminándola de maldición y gloria. Aseado, pero con el pertinaz olor a cagada y menstruación de murciélago, Martín Villar se sienta en su mesa de trabajo de madera ordinaria y basta y cubierta de hule plebeyo y aldeano y se propone convocar al espectro de Visitación Cabrera para interpelarla con furia y delicadeza.

—Le diré por qué fue para usted un día inquieto, sofocante (¡y no solo por cuestiones climáticas!), dolorido y cargado de recuerdos.

—Ja.

—Ah, ¡¿conque ja, ja, ríe usted?! Espere y escuche. Petronila Jaramillo, como todas las mañanas y tardes, hacía rato estaba en la iglesia de Congará barriendo la nave. Y era, además, el día en que desempolvaba a fondo altares, hornacinas, bancas y reclinatorios, correspondientes a los vendavales de arena depositados durante la semana por su pardo recorrido por toda esta región de médanos. Y tenía por delante aún que limpiar los rostros y los cuerpos lacerados de vírgenes y santos, y que rezar y llorar ante el Cristo yacente, antes de lavarlo con un estropajo humedecido y de untarlo cuidadosamente con algodones empapados con trementina, con toda la pericia de su oficio de difuntos y como un ensayo general para cuando tuviera para sí el cuerpo yacente, desnudo y sin vida de quien perturbara su carne y su espíritu. En cuanto a Farita Cherres, recuérdelo, le había dado permiso para que pasara a la otra banda del río en la balsa de Leal Saldarriaga a visitar a quien diablos fuera. De modo que estaba usted completamente sola en su amplia casa, sola con su cuerpo y su conciencia, sola por la gracia de Dios, con su vientre estéril y sola, ¡escuche bien esto, antes de que prenda el cigarro que saca de la cajetilla que tiene en su corpiño! Sí, sola con su vida irredimible, gloriosa y condenada por la gracia del demonio. Ahora encienda su cigarro, como lo encendió aquella remota mañana que le estoy ayudando a recordar. ¡Muy bien! No finja ahora ni desdén ni desprecio. Le permito una profunda bocanada de humo, pues usted acaba de escuchar el rumor que a esta hora de la mañana, quieta y sin viento, recorre por todas las casas, calles y recovecos de Congará. ¿Sabía ya, doña Visitación, que la mañosa de la Villar se había fugado con la gente del circo cargando con alhajas, águilas de oro, soles de plata maciza y trajes y calzados, y todo del blanco Benalcázar y de la ñaña Paulina? No, no lo sabía; pero usted reprime el deseo de indagar más detalles sobre el asunto y finge indiferencia, como diciendo *ya lo había*

dicho yo. Pero usted no dijo nada en absoluto, no lo llegó a sospechar tan siquiera, y entonces se asoma a la puerta para que el paisanaje le vaya dando más relleno sobre el sucedido, mientras que el odio que usted sentía por la belleza de la Villar y, todavía más, la envidia hacia ella, sí, la envidia, porque a usted don Jerónimo, con todos los años de concubinato, de querida oficial, jamás le permitió poner los pies ni en los umbrales de la mansión; mientras, decía, estas dos espinas que laceraban su corazón y avinagraban sus digestiones y estiraban la dimensión de la vigilia y el sueño parco no le deparaba descanso, da paso a otro sentimiento que, por más que apure el cigarrillo, no puede evitar que la abrase con su gélido fuego: la admiración por la grandísima zorra, por la putita que ha tenido el coraje de zurrarse en la gran mansión y en el niño Odar y de levantar vuelo dejando a todo el mundo boquiabierto.

—Puta, zorra, yegua, mala hembra, traidora, mujer de la vida, malagradecida, ladrona y, y...

—¿Se le acabaron los insultos, Visitación? ¿Por qué no vuelve con su *ja, ja, ja*?

—¡Jijunagrandísimaperra! ¡Cabrón, maldito!

Pálido, ofendido (y desconcertado), Martín Villar deja de escribir, se levanta medio mareado de la mesa y, trastabillando, va a buscar entre los libros que tratan acerca del arte de narrar si está permitido que un personaje, desde el infierno ganado por la irreprochable limpieza de sus maldades, insulte de manera tan ordinaria a quien, a fin de cuentas, lo está rescatando del olvido. Villar pasa nerviosamente las páginas, pero de pronto se interrumpe y se dice que más importante que su dignidad de narrador es su comprensión humana. Y, bueno, ¡que un alma que padece la condena al fuego eterno tenga, además, que ser martirizada abrumándola de recuerdos lacerantes y tediosos provenientes de esta efímera vida! ¿Es que, caracho, al

ser humano no le está permitido ni siquiera el descanso en el llameante y pestífero infierno? De modo que, más sosegado, Martín Villar retorna a su simulacro de escritorio, vuelve a escribir la frase que con vergüenza pueril había tachado, y decide dejarse de jactancias vanguardistas y proseguir la historia de la manera más sencilla y contradictoria, tal y conforme se la habían referido o reveseado aquí y allá y más allá, en el espectral pueblo de sus antepasados.

—¡Jijunagrandísimaperra! ¡Cabrón, maldito!

De modo que para la Chilena fue un día inquieto, sofocante, dolorido y cargado de recuerdos. Nunca, en lo que duró su largo concubinato con el viejo Benalcázar, había sido invitada a posar sus plantas ni su cuerpo en la regia mansión donde (todo Congará había fanteaseando con esas relaciones) la yegua aquella, después de gozar de las desenfrenadas acometidas del corcel color del alba, había levantado vuelo con las manos y los baúles llenos de su latrocinio en agravio del blanco Benalcázar y de la pobre ñaña Paulina. Pero, después de todo (le decían al curioso adolescente), la Borrada Cabrera (este fue el apelativo que la liberó del otro, que en lo secreto le despertaba cierto podrido orgullo) no podía quejarse: don Jerónimo le había dejado esta casa, la había establecido en el negocio de compra y sacrificio de reses para el mercado del lugar, tarea esta última que cumplía con eficiente crueldad Clemente Palacios, y, según decires, ciertas madrugadas la propia Visitación Cabrera rendía culto al cuchillo y la pica de matanza cuando la acometían sus odios inexpugnables y sus nostalgias homicidas. Extrajo (Visitación) el atado de cigarros de su corpiño, prendió uno de ellos y aspiró el humo y dijo fuera de lugar: *Pero todavía no soy vieja*. Tenía cincuenta y un años y hacía nueve que Petronila Jaramillo lavara el cuerpo y afeitara el rostro del cadáver de su antiguo amante, protector y señor. No fue el único cigarro que fumó: fumaría durante todo el día, como la vez de los funerales del viejo Benalcázar, o como

el día en que abrió las puertas de su casa al chileno, mientras, amarrado a un horcón, el viejo Cruz Villar, con el cuerpo flagelado y sediento, se achicharraba en medio de la plaza a la espera de que el jefe del destacamento diera la orden de fusilamiento.

—¡Qué desvergüenza! No solo resultó puta la muy mañosa, sino mano larga y ladrona.

A Visitación Cabrera le eran familiares estas voces: eran las mismas voces airadas de las mujeres que años atrás acompañaran a la señorita Domitila Diéguez para trasquilarle las mechas y prenderle fuego a su vivienda. A estas voces siguieron otras indecentes y jocosas de churres y jóvenes y hombres adultos y viejos. Y si Martín Villar no tuviera demasiado presente la vez que halló muerta y medio pudriéndose a su pobre tía grotescamente vestida con uno de sus más llamativos y apolillados trajes de artista, con alegría exultante se uniría a esta vocinglería, pues en el fondo se trataba de una tortuosa celebración del imperio de la libertad y la rebeldía. De modo que Visitación Cabrera oye, escucha a la turba infame, *tan infame*, piensa, *como mi propia vida*. Porque, como me enseñó desde el pecho materno Altemira Flórez, el diablo cobra tarde o temprano sus favores. Y cuando se desató la guerra con los chilenos y murió épicamente (esto es, por lo menos, lo que se contaba) José Agustín (hijo segundón del viejo Benalcázar) en la Batalla de Tarapacá, y de un día a otro Visitación Cabrera vio entrar a este pueblo perdido entre arenales al destacamento chileno y otro día aun su orgulloso amante le pidió (avergonzado, casi rogándole) el gran sacrificio de su vida, ella comprendió que había llegado el momento de saldar la deuda contraída.

«Vida irredimible, fatal, con sabor a condenada gloria», escribió bizarramente Martín Villar. *Vida confusa*, *enrevesada*, piensa Visitación Cabrera, sintiendo el agobiante silencio de la casa vacía. Volvió a asomarse a la puerta haciendo oídos sordos a las puercas indecencias de la gente. Allí,

incólume y soberbia, estaba la mansión, el palacio que ella hubiese preservado del fuego destructor. *Todo*, se dijo, *para que ahora el niño Odar padeciera la peor deshonra con la huida de la perra Primorosa Villar, hija, nada menos, del hombre a quien ella salvara de ser fusilado. Vida confusa, enrevesada*, repitió, entrando de nuevo a su casa. Luego, siempre con un cigarro fuerte entre los labios, recorría las solitarias estancias de la casa, atizaba el fogón de la cocina, daba de comer a los animales en el corral, regaba el pequeño huerto y retornaba a la sala. En algún momento dudó (imaginó que dudó) delante de la alcoba en la que, muchísimos años atrás, hubiese librado al joven Odar del fantasma de Eleonor Acevedo. Después, por única vez en su vida, venció las inasibles ataduras espirituales que le prohibían la entrada a la alcoba sin las solicitaciones o aquiescencias de su viejo señor o del heredero. Abrió, pues, el cuarto y fue estremecida por la vieja aura de la concupiscencia.

El gran espejo oval reflejó su rostro. No era bella: tenía el rostro alargado, vagamente equino, pero sus labios carnosos eran firmes y despectivos, y sus ojos pequeños, pardos y líquidos, eran intensos, aviesos y sexuales. Se despojó del negro turbante (de su corona de espinas, como decían las mujeres del pueblo); ahora llevaba la cabellera corta, pero siempre se había peinado con sencillez y detestaba los afeites, salvo la vez que tuvo que emperifollarse para hacer más alegre la fiesta que ofreció a la plana mayor de los invasores. Y, una vez más, la asaltó uno de los enigmas de su vida maldita. Pues ahora tampoco llegó a comprender por qué es que en ningún momento había sentido asco, repulsión, ni secreto rechazo por el jefe de la tropa enemiga. Más bien sintió, desde el primer instante en que lo vio, una atracción irresistible por su figura esbelta, fuerte, rubia. También habían jugado lo suyo el uniforme, los galones dorados, las botas relucientes, el sable de los vencedores. Acercó más el rostro al espejo y, como otras veces, no pudo

imaginar la cara, el perfil, la frente, los ojos, los labios, el mentón concreto de aquel alto oficial de abstracta y triunfante y viril belleza masculina. No necesitaba desnudarse: tantas veces el viejo Benalcázar la había hecho contemplarse en cueros. Era alta, algo corpulenta, algo hombruna, de caderas estrechas y tetas de muchacha virgen, aunque caídas y de pezones largos y prietos. Su cuerpo, penetrado por primera vez a los quince años, luego gozado y perturbado por todo un Jerónimo Benalcázar León, y después exaltado y sucesivamente violado como botín de guerra. La invadió un cansancio sin límites, y con temor reverencial se tendió en la gran cuja donde descubriera la declinación viril de su antiguo señor. Antes de quedarse dormida, se entregó a esta fantasía: ella había huido de Congará al lado del apuesto vencedor de los peruanos, como con coraje lo había hecho la perra de la Villar con los vagabundos del circo. Con esta miel y amargura se quedó dormida. Inquieto y breve fue su sueño: caía y se precipitaba en un desgalgadero, y desde el fondo de la hondonada despertó aterrorizada con la imagen de su casa en llamas.

Se despertó casi gritando el nombre de Farita Cherres. Dejó transcurrir unos instantes antes de levantarse de la cuja señorial, y pudo sentir la verdadera magnitud que le producía la ausencia de aquella chiquilla que se le había metido en el corazón. Faraona Cherres era una muchachita huérfana, de belleza cándida y enormes ojos azorados. De la misma manera que los curanderos buscan afanosamente el antídoto para contrarrestar la picadura de serpiente, Visitación Cabrera había iniciado un paciente peregrinaje por los pueblos vecinos con la esperanza de encontrar a la mujer capaz de hacer olvidar al hijo de don Jerónimo la nefasta pasión que había encendido en su sangre Primorosa Villar. No eran escasas, por esos pueblos rodeados de dunas y terrales, las mujeres atractivas y bellas que languidecían de tedio y de pobreza. Pero, conocedora de la vida y aun más de la naturaleza del poderoso

heredero de su antiguo amante, supo que ninguna de las jóvenes que había conocido y observado detenidamente sería capaz de competir con la belleza y el desprecio y la lejanía de la Villar. Entonces, cuando ya estaba por perder toda esperanza, el mozo Leal Saldarriaga le habló de la chiquilla que por las tardes venía a abrevar su rebaño de cabras en la otra ribera del río. Y de esa chiquilla le había hablado a su cumpa Simón Guerra, pues, ocupado como andaba con sus trampas y sus animales para aprender el secreto de los huesos, Dios podía cancelarle la virtud con que lo había agraciado si desde lo alto lo viera en jodederas del corazón. Visitación Cabrera, sin mostrar demasiado interés, le rogó, al atardecer que la pasara en la balsa al otro lado del río y, cuando al acercarse a la orilla opuesta divisó a la chiquilla que con las polleras levantadas se refrescaba piernas y muslos, se dijo que por fin había dado con el antídoto que salvaría la vida y el orgullo viril del hombre a quien ella misma, muchos años atrás, había sosegado y hecho olvidar a Eleonor Acevedo, muerta al dar a luz a la ñaña Paulina.

Sí, aquella muchachita se le había metido en el corazón: la consideraba como a la hija que nunca pudo germinar en su vientre estéril. A ella, lenta, sabia y malignamente, la venía preparando para que, no dentro de mucho tiempo, ocupara en la mansión el lugar que ahora usufructuaba la mañosa, mil veces maldita, Primorosa Villar. Le enseñaba las buenas maneras de que gustan los señores y por las tardes en la gran tina la bañaba con agua atemperada. *Lo primero es la limpieza*, le decía, mientras con jabones aromáticos y espumosos lavaba y friccionaba delicadamente su piel. *Feliz el hombre que mamará tus pechos,* le decía, *pues serán enormes y redondos, no como estas pobres tetas mías, pequeñas y marchitas*. Luego continuaba jabonándola: jabonaba sus piernas, sus muslos, la grupa, deteniéndose en las entrepiernas por donde empezaba a brotarle una pelusilla dorada. Por las noches (como le confesaría en parte, años después, Faraona Cherres a Simón

Guerra) la hacía dormir con ella en su propia cama, y llamándola *hijita, hija mía*, la cubría de besos y mimos y arrullos y caricias, y en medio del espanto sentía estremecerse su carne más recóndita, como la vez que abrió las puertas al chileno y descubrió que no era necesario fingir para que brotase igual aullido delirante, que le hizo dar gracias al demonio por haberle concedido la terrible, la condenada dicha de haber nacido.

Bueno, esto y cosas peores le chismearon a Martín Villar acerca de las relaciones entre la madura mujer liberada desde unos años atrás de los fastidiosos flujos menstruales y de la chiquilla a quien, justo en uno de los baños a que la sometía su madrina, le sobrevino el primer torrente de una sangre de olor y de textura distintos a la sangre que la chiquilla conocía por los pinchazos de las espinas o las cortaduras, sangre que ella chupaba sin que le produjera asco o repulsión y más bien paladeaba con un placer benigno y vampiresco. Y Visitación Cabrera recibió en el hueco de sus manos aquella sangre bendita e impura con la que, después de olerla largamente y colmarla de conjuros, untó los pezones de la Farita que, a decir verdad, despuntaban primaverales, agresivos y codiciables. Chismorreos estos que determinaban en el muchacho Villar perplejidad moral y erecciones. Y también aquello de los aullidos no dejó de desconcertarlo hasta que, en uno de los cuadernos que le legara su padre, halló que, con actitud de pedagogo y filósofo, le había hecho una lista relativamente completa (claro, en relación con esta parte del mundo ubicada debajo de la línea equinoccial) de las hembras de animales con las que el macho de la especie humana podría yogar, sin que llegara a escribir palabras terribles como *perversión* o *bestialismo*. «Pues», escribía, «como me enseñara el papá-doctor González al fin de sus días, el hombre no es del todo racional ni puro corazón y sentimientos». No le hablaba en términos freudianos de la libido, pero aludía a la importancia de los instintos y de las funciones de otros órganos como el hígado, los riñones, el páncreas,

las vísceras, el colon, el recto, los cojones (bueno, no es esta la palabra que utilizaba), y terminaba llamándolo a la reflexión de que el hombre no estaba hecho a imagen y semejanza de Dios, sino que era un animal más evolucionado, un antropoide con un cerebro mejor desarrollado y perfecto, aunque «incapaz de controlar el magma ardiente de los bajos fondos del cuerpo, etcétera, hijo mío, etcétera, pero nunca lo olvides». De modo que dejemos los chismorreos y retomemos el hilo del relato.

Se había despertado aterrorizada con la visión de su casa en llamas y con el nombre en los labios de su ahijada y protegida, a quien estaba preparando como instrumento de su venganza. Mas, luego del aturdimiento, se le impuso de manera implacable el hecho que le había producido desazón y amargura a su alma, que vendiera muchos años atrás a las fuerzas del mal. Con odio, con envidia, con admiración, dijo: *Así que huyó la gran perra*. Abandonó la alcoba y fue a la cocina, atizó el fogón y luego puso la olleta de café a calentar, abanicó el fuego y, después de unos minutos, un vapor aromático se desprendía de la olleta. Vertió el café en un gran tazón, encendió un cigarro y se sentó en una poltrona frente al huerto, y se entregó a hacer un nuevo recuento (pero esta vez con el tedio de la derrota y con furia impotente y banal, aunque con orgullo ruin y jactancioso) de su puerca y maldecida vida.

Recordó (sin lágrimas, sin remordimientos) a su primer marido, asesinado delante de ella a machetazos por los esbirros de don Jerónimo Benalcázar León, luego que el infeliz rehusara la propuesta del blanco todopoderoso de cambiarla a ella por una punta de reses. Recordó el frío cortante de la medianoche subida en las ancas del caballo del señor. Era una tierra agreste, de despeñaderos, de ceibos gigantes, propiedad de los Benalcázar León en la zona alta de Piura. Recordó la primera posesión en un cobertizo por donde se filtraba la luz de las estrellas. Fue (recordaba) en un recodo del camino de herradura, y aún seguramente no habría terminado de enfriarse el cuerpo del

pobre diablo de su marido, y la tierra feraz trascendía a papelillos silvestres y flores de cactus, y las chicharras y los grillos y las cucambas y otros millares de insectos alborotaban la madrugada. Recordó que la posesión no le produjo gozo ni la embargaron el asombro ni la dicha, pero se sintió fuerte, condenada, elegida y victoriosa. Recordó que entonces, a sus oídos, su nombre adquirió la poderosa resonancia de quien ha tenido la valentía de vender su alma al diablo ligando para siempre su vida a un hombre de espléndida crueldad y orgullo magnífico, cuya ambición en los años de madurez (la pasión del sexo era la gratificación, el trofeo, la corona de oro) se centró en ensanchar con violencia y con engaños y argucias legales las propiedades desmesuradas que había recibido como herencia de sus antepasados.

Después, el recuerdo de Visitación Cabrera se concentraba en una sola imagen: la de un constante cabalgar al lado de don Jerónimo, recorriendo de temporada en temporada las cinco inmensas haciendas repartidas entre los dos grandes valles de la tierra piurana. *Te quiero a mi lado para mi solaz, mi descanso y mi furia*, le dijo una vez. Y en otra oportunidad, en los estertores de la cópula, le susurró: *Quiero que seas mi rabona, mi yegua, mi perra, la hembra de todos los animales que un macho como yo puede fornicar*. Y Visitación Cabrera recordó que la declaración de su señor no la perturbó, pues no era un secreto para nadie que la mayoría de los hombres de la región gustaban de tener relaciones con mulas y burras y chivas, y las mismas mujeres (vírgenes, casadas, solteronas) gustaban de excitarse viendo aparearse a perros y burros. De modo que Visitación Cabrera se dejaba hacer y se metamorfoseaba, y aprendió a aullar o rugir o bramar como las bestias en celo, y dejaba que su amante, de eyaculaciones demasiado precoces, le lamiera las tetas, el coño, el culo, mientras le iba diciendo, como una letanía, *perra* o *zorra* o *yegua, consuelo y reposo de mi putañera vida*.

Aullaba, he dicho, haciéndome eco de lo que oyera de labios de mi tío Catalino, de don Simón Guerra y de la muchachada de entonces, quienes merodeaban la casa de Visitación Cabrera en las noches que veían en la entrada al caballo del viejo amo de Congará. Y, claro, aquello terminaba con las previsibles masturbaciones de los mozos que pronto, no satisfechos con este modesto y desolado placer, formaron una pandilla de vándalos que incursionaba en los corrales ajenos y abusaba de burras y chivas, aunque no se atrevía con las mulas, pues estas exigían ciertas familiaridades antes de admitir varón, como ser cortejadas con mimos y arrumacos y el presente de ramos de alfalfa tierna coronado con margaritas. Estas prácticas también me las confirmó, pero de manera sibilina, doña Faraona Cherres, al rememorar las oraciones fúnebres de Petronila Jaramillo por el alma de Visitación Cabrera (*intercede, oh, Virgen purísima, oh, Virgen amantísima, oh, Virgen santísima, por esta desdichada que, obligada por su señor y en su propio extravío, renunciaba a la infinita gloria de ser hija de nuestra santa madre Eva y antes se revestía del hediondo pellejo de la hembra de cualquier inmunda bestia y rugía encelada; oh, Dios misericordioso, apiádate de esta desdichada*). De modo que bramaba o aullaba, fingía gozar, pero el orgasmo (lo que ahora en el siglo XX se denomina *orgasmo*), Visitación Cabrera lo llegaría a descubrir entre el asombro y sin remordimientos solo muchísimos años después. Recordaba ahora que, como la mayoría de las mujeres de su tiempo, aceptaba el dogma de que el gozo era un privilegio del macho y el papel de la hembra consistía en procurárselo. Pero, como afirmaba durante las saturnales a las que habría de entregarse después de la muerte del viejo don Jerónimo (y a las que luego habré de referirme), ella era una mujer que había vendido su alma al diablo no para buscar amor, sino para salir de la pobreza y conquistar respeto y poder. Por eso, consciente, lúcidamente, hizo de su cuerpo un objeto que su patrón podía manipular a su antojo y poco

importaban las apetencias sexuales que el viejo de tanto en tanto tenía con otras mujeres, pues sabía que retornaría a pedirle que se pusiera de cuatro pies y aullara como las zorras en celo. Y así, mediante la entrega pasiva y complaciente y con la actitud siempre dispuesta, Visitación Cabrera había logrado esclavizar en cierta forma a su soberbio amo, cuyas insuficiencias y desbordamientos demasiado instantáneos hubiese intuido desde los inicios mismos de su concubinato.

En las anotaciones de su padre, Martín Villar había podido leer las diversas ambiciones que llevaron a hombres y mujeres de la región a vender su alma al diablo. Sospecho (y que sus huesos me perdonen) que si Santos Villar sucumbió de verdad a las tentaciones del demonio fue para vengar a los de su sangre y hacer caer la maldición sobre los blancos que desde siglos atrás se habían instalado en la región de los médanos despojando de sus tierras a los antepasados de la venerable Sacramento Chira. Por lo que sé de Visitación Cabrera (y ella misma lo aceptó en el recuento que hizo de su vida en aquel largo e interminable día), los dones que recibió del demonio no fueron ni el amor ni la dicha ni la paz de la carne, sino el poder de dominio, el orgullo y cierto halo perverso que acrecentó el resplandor vidrioso de sus pequeños ojos de roedor en acecho. Como una de sus pasiones era la avaricia, despreciaba los lujos, pero, en cambio, al instalarse en el pueblo como la concubina oficial de don Jerónimo Benalcázar, se forjó una historia según la cual ella pertenecía a la estirpe de los señores de la tierra. Del mismo modo que había aprendido el arte de aullar fingidamente, sabía llorar con convicción, y su llanto falaz estremecía cuando narraba la muerte de su primer esposo, un joven y rico hacendado que la había idolatrado y a quien había correspondido y, afirmaba entre sollozos, asistido hasta el último suspiro, guardándole luto durante cinco años, y de no haber sido despojada por la violencia de las tierras que legítimamente había heredado, obra de sus

ambiciosos y malvados cuñados y cuñadas, no habría aceptado la generosa protección de don Jerónimo Benalcázar León y habría permanecido casta y fiel a la memoria de su esposo hasta el fin de sus días.

De modo que cuando tres días después de la entrada a Congará del destacamento chileno vino a buscarla con el rostro alterado don Jerónimo Benalcázar, Visitación Cabrera supo que había llegado el momento de pagar la deuda contraída. Santos Villar conservaba en su vejez imágenes muy diáfanas e intensas de aquellos remotos días en que su progenitor fuera humillado, pero esta no es la crónica de esa guerra funesta que, para utilizar un solo símbolo, condenó a llevar luto perpetuo a la señorita Domitila Diéguez. Y justamente Visitación Cabrera habría de recordar por el resto de sus días (pero, ¡ah, misterios del corazón femenino!, sin rencor ni encono, más bien con reverente admiración) a esta mujer menor que ella, viuda antes de haberse casado y virgen hasta que muriera víctima de la peste negra que ayudó a combatir al doctor González y que (pensaba la Chilena o la Borrada Cabrera) había sido elegida, por su pureza e ira santa, por las fuerzas a las que ella entregase y vendiese su alma como el instrumento implacable de su castigo y vergüenza.

He mencionado ya las saturnales a que se entregaba Visitación Cabrera. Pero no se piense en la *Vida de los doce césares* de Suetonio ni en las calendas griegas, aunque entre los ocasionales amantes no faltaron algunos griegos que se llamaban Homero, Sócrates o Alcibíades, aunque en su vida hubiesen leído al padre Homero o *El banquete* de Platón. No, eran saturnales modestas, míseras, con un ritmo y movimiento musicales en que se combinaban lo celebratorio y la desolación y el luto de las pasiones impías. Esto empezó a ocurrir tres o cuatro años después de la muerte del viejo Benalcázar, y en cierta forma con ello no hizo más que cumplir la voluntad de su antiguo señor. Porque había sido el propio don Jerónimo Benalcázar

León quien, poco antes de morir (aunque ya antes Visitación Cabrera había asistido a la otra muerte de su antiguo amante, su muerte sexual, muerte, declinación, ocaso, que el envejecido hacendado trató de ocultar con toda suerte de tristes y grotescos ardides), luego de arrancarle la promesa de no aceptar amante o marido en Congará, le sugirió que, cuando su carne y su espíritu necesitasen consuelo y esparcimiento, se tomase unas vacaciones en alguna otra tierra, pues para ello le dejaba propiedades, negocios y plata contante y sonante. De modo que Visitación, ahora conocida por todos con el sobrenombre de la Chilena, comenzó a ir al puerto durante la feria de Nuestra Señora de la Merced, peregrinación que habría de cumplir hasta el desencadenamiento de plagas y pestes y otros furores de la naturaleza. Las festividades duraban una semana, pero, después del segundo año, Visitación llegó a prolongar su estancia por un mes y tomaba posada donde la Panameña, el más bullicioso de los albergues-fonda de la calle de La Figura (a una cuadra de la bonita y ventilada casa donde pasara los últimos años de su vida Manuelita Sáenz, la amante de Bolívar), hospedaje preferido por los tripulantes de barcos balleneros que hacían escala en Paita para abastecerse de alimentos y de la dulce agua de Colán. Y, allí, a la Chilena se la veía privar (beber, hablar, reír, danzar), y cuando estaba bastante ebria, a la caída de la tarde, aceptaba los requerimientos de algún marinero de remotas tierras, no viejo ni muchacho, treinta o treinta y cinco años a lo sumo, alto y blanco de preferencia, pero siempre macizo y de manos grandes, con olor a tabaco mascado, con o sin tatuajes, mejor si hablaba una lengua desconocida o un español elemental compuesto de vocablos comunes e indecentes y de frases mascadas, porque de esta manera ella se sentía aun más desinhibida para hacerle a su compañero de ocasión, que nunca más volvería a ver, la confesión de las maldades de su vida, que ella hacía más indigna y victoriosa. De modo que, establecido el pacto después de los tragos y los bailes en que

Visitación podía hacer una tasa aproximada de aquel cuerpo masculino, lo conducía siguiendo estrechos senderos entre los cerros amarillentos y gredosos de Tierra Colorada, la más escondida y bella de las playas de la bahía de Paita. Sabía que, por el embotamiento de los sentidos a causa del ron, el whisky o lo que fuera, ingeridos en cantidades desmedidas, el placer (si alcanzaba el placer) tendría un sabor opaco, como amortajado en penumbra, lejanía y niebla. Pero lo que Visitación invocaba era que el trabajo del hombre se prolongase sin fin y estrujase y ofendiese su cuerpo como lo hicieran cantidad de subalternos luego de que el jefe del destacamento chileno obtuviera las primicias, el reiterado derecho a la pernada. Y todo para salvar a un hombre del fusilamiento, ya que nada pudo hacer con el músico que se negó a tocar para el solaz del invasor.

Y así, entre tabernas, fondas, posadas y chicheríos de Paita, la historia de la Chilena (pero aumentada, distorsionada, reelaborada y transformada) se convirtió en una de esas leyendas o romanzas o historietas que los marineros esparcen por los puertos del mundo. Mi tío Silvestre, cuando trabajaba como peón en los muelles del Guayas, escuchó, en un descanso de la faena, esta historia que le desencadenó una extraña remembranza y nostalgia por Congará, pero sin que lograra desentrañar la razón de este cúmulo de sentimientos que lo llevó a pegarse una desmesurada y violenta borrachera por los barrios prostibularios de Guayaquil. Don Domingo Medina, que por ese tiempo andaba embarcado, en una escala de su vapor en Cayena creyó reconocer vagamente en lo que contaba un marinero de otro barco en una taberna la historia de la señora Visitación Cabrera de su martirizado pueblo. Mi abuelo Santos Villar, en el insano puerto de Buenaventura, al que había ido en busca del maestro de los maestros artesanos don Rufino Estévez, escuchó, en la forma de cantar de ciegos, una historia que al instante identificó como referida a la mujer que salvó del fusilamiento a su señor

padre, solo que el cantar no lo recitaba o entonaba un ciego caminante, sino un negro leproso que era el músico más famoso de ese puerto inmundo y condenado. Y, según me contó el viejo Simón Guerra, él había escuchado otra versión casi irreconocible de aquella historia en una hedionda cantina de Puerto Colón (*bebíamos ron*, me dijo, *con mi cumpa Leal Saldarriaga y tus tíos Catalino y Román*), mientras los negros jamaiquinos (los últimos en la escala del desprecio entre los peones del mundo que construían el Canal de Panamá) estremecían la gran noche caribeña con sus tambores y sus cantos y sus danzas. *Y el tamborileo*, hijo, *se te metía en la sangre, en la verija, en el padre, y el corazón ora se encogía, ora se agrandaba rebosante, pues tú no sabías si era canto o lamento lo que los negros cantaban, como si fuera a un tiempo jolgorio de la vida o conjuro del sufrimiento o responso por la muerte*. Conversaban, continuó, sobre la jornada extenuante, sobre los gringos, sobre el capataz hijo de puta, sobre los dinamitazos en los que siempre volaba en mil pedazos un puñado de morenos, pobres, míseros, peor que bestias, *por eso quizá el perpetuo tantán, la oración pagana de los jamaiquinos, que de esta manera nombrábamos a todos los negros que trabajaban en el infierno de Panamá*. Entonces empezó a tomarle asunto a la historieta que contaba el desconocido y entonces recordó a Visitación Cabrera, la invencionera y maestra en ardides de Farita Cherres, la cabrona maldita que se había hecho merecedora del apelativo de la Chilena.

La noche sofocante: los tambores: el olor a sexo de hembra del Mar Caribe: las fosforescencias del firmamento: no hablaré de tus ojos: los tambores que percutían entre las anotaciones de mi padre: acababa de estallar una guerra, pero la artillería era acallada por los dinamitazos de cada jornada: el canal exigía sus víctimas: el canto-lamento o lamento-canto de allá afuera, de los negros: tú y yo, Deyanira, todavía empapados por el aceptable trabajo

del rochabús, tiritábamos, tiritando, la vida ruin y las axilas y los pies fétidos de la muchedumbre: tú dijiste: *purificada por el odio*: y arrojaban su orina bajo los postes y cables de alta tensión y, sin embargo, nos sentíamos felices en el turbio invierno limeño: no me vaya a olvidar de mencionar los golpes dados ni el tamborileo de la lluvia sobre el encalaminado: ¿quién comparó al carro rompemanifestaciones con el rinoceronte de Durero?: el látigo del capataz y la ferrosa máquina con símbolos demasiado obvios: pero el restallar y la acometida de uno y otro torna risible la condición humana: ¿en el vagabundeo de cuántas cantinas me contaste tu historia?: arreció la lluvia sobre el encalaminado de la mugrienta taberna de Puerto Colón: pero más retumbante era el tantán de los tambores jamaiquinos: ya los ejércitos en contienda habían ocupado sus trincheras: tras los primeros cigarros torpemente fumados y el pisco áspero y el café aguachento, me revelaste tu nombre, Deyanira Urribarri Lazón y Osejo, de un linaje fundado por un cura místico y lujurioso: poner la atención debida en el decorado: ¡no bastan los tambores en la noche!: ¿arde tu memoria?, ¿todo recuerdo es invención?: por fin entramos en aquella cantina del Rímac de proa a la honda madrugada: no faltarían mujeres de la vida alegre ni tatuajes ni palabrotas: *ahora, háblame de ti*, me dijiste: no consideré llegado el momento: *me avergüenza ser descendiente de gamonales*, me repetiste para darme ánimo: ¿decirte (¡¿pero con qué tono?!) *mis abuelos se deslomaron como peones en los muelles de Guayaquil y en el Canal de Panamá*?: unos murieron, otros se embarcaron con rumbo desconocido, otros contrajeron la malaria, uno la sífilis, otro se llenó de ideas la cabeza: estas ideas abrasaban como el fuego: pero no, definitivamente aún no era el momento de hablarte de los míos: miré tus ojos (de los cuales no hablaré) y por contraste emergió el recuerdo: no oíste bien su nombre: *¿Visitación Cabrera?*: entonces te hablé de la noche sofocante, de los tambores: memoria, recuerdo, invención, fábula, leyenda: te enumeré los

personajes: Simón Guerra, Leal Saldarriaga, Catalino y Román Villar: y los otros trabajadores y marineros desconocidos: y uno de ellos tenía cautivado a su auditorio con la historia de cierta mujer que entregó su alma al demonio. Simón Guerra, Deyanira, hizo callar de mala manera al narrador de la historia. *¡Falso de todas falsedades! No, no fue como vos dices*. Y, levantando la voz por entre la barahúnda de la noche caribeña y el fuego mortal de las trincheras, dijo: *Esta es, amigos, compañeros, hombres y mujeres del mundo, la verdadera historia de la mujer que en mi pueblo conocían por el mal nombre de la Chilena*.

Había una vez en el pueblo... Pero será mejor que lance a los cuatro vientos el nombre de este pueblo: ¡Congará! En Congará había una vez una mujer llamada Visitación Cabrera que, durante el dolor que vivió la patria, se hizo merecedora del apelativo de la Chilena. En este mismo pueblo había un hombre de apellido Villar que, encorajinado por la vergüenza que padecía nuestra tierra y sabedor de las aficiones gallísticas del jefe del destacamento de ocupación (donde fuera que fuese llevaba siempre sus jabas con soberbios gallos marciales), desafió, decíamos, a dicho jefe en una pelea de gallos. Había una vez un gallo de plumaje negro centelleante, con manchas blancas en las alas y salpicaduras del mismo color albino en el negrísimo penacho de la cola. Este gallo se llamaba Matancero. Pero, en sentido estricto, ¿Matancero era un gallo? Yo oí a la gente de ciencia decir esto: que, en propiedad, no era un gallo, sino engendro de un ultraje cometido contra la naturaleza. Había una vez un churre llamado Santos, hijo predilecto de Cruz Villar, que dio la primera prueba de sus poderes al sustraer con peligro de sus ojos a un polluelo de gavilán que, quién sabe con qué artes, logró que pisara con violencia asesina a una brava y espléndida gallina de pelea. Matancero, oh, amigos, fue el único que en el segundo grado de sucesión sobrevivió a

aquel pecado contra natura. Había una vez en Congará un gallo llamado Matancero, híbrido y estéril, antivegetariano y carnívoro y despiadado y en verdad asesino. Sépase que el jefe del destacamento invasor, con la soberbia y el desprecio de los vencedores, y con ilimitada fe en la casta marcial de sus gallos, aceptó el desafío de aquel paisano patas al suelo, pero de pellejo blanco y verduzcos ojos de gato. Téngase en cuenta que tanta era la arrogancia del jefe chileno, que consideró que sería suficiente rival para el animal de un indígena plebeyo el que ocupaba el décimo lugar en la jerarquía de sus gallos invictos en incontables peleas. Considérese el detalle de que los congareños que se la pasaban recluidos en sus cabañas o que se habían internado en el monte tomaron valor y fueron a espectar la contienda. El jefe, rodeado de sus oficiales, sonreía con suficiencia, se alisaba el dorado mostacho, pero por previsión ordenó a la tropa que mantuviera listos sus rifles, y una ametralladora Krupp fue apostada en el campanario de la iglesia. Nunca en la historia hubo una pelea más silenciosa, pero con todo (mentalmente) se hicieron apuestas. Y el jefe chileno dijo que era capaz de apostar sus cojones por su propio gallo y luego ordenó un redoble de tambor antes de arrojar los gallos al ruedo. El cielo era una calamina ardiente y el plumaje de los gallos irradiaba fuego que dañaba la vista. ¿Creerán, amigos, que los espectadores de ambos bandos de la pelea solo vieron una polvareda? Y cuando en los quince segundos siguientes se disipó la polvareda, el jefe chileno, pálido, dejó de atusarse los mostachos, pues su gallo yacía destrozado y Matancero picoteaba el corazón y bebía la sangre de su infeliz adversario. Demudado, el jefe del destacamento chileno, mandando al carajo el consejo de sus subalternos, pidió la revancha. *¡La revancha! ¡La revancha!*, gritaba, mientras mandaba a traer por su ordenanza al preferido de sus gallos, un manzanillo temerario y sin corazón como el general Patricio Lynch. *¡Silencio, huevonazo!*, le gritó al tambor que empezaba a redoblar

otra vez, mientras con sus propias manos arrojaba al ruedo al manzanillo de soberbia estampa al que había colocado en la traba sendas navajas de acero inmaculado y de filo gélido y sutil. Grave y seguro, Cruz Villar dijo que Matancero no necesitaba de pendejadas y cojudeces. Pero el reverbero insidioso de las navajas ensombreció las fogaradas del sol de mediodía. La verdad es la verdad, amigos que me escuchan: elegantes y siniestros eran los pases del manzanillo. Y hubo un estrujamiento doloroso en los compañones, y las mujeres no podían contener la meadera y se llevaban las manos al pecho para contener el intolerable latir de sus corazones. Se disipó la polvareda y Matancero había eludido la arremetida a fondo de las navajas. Nunca me gustaron los ojos asesinos ni la figura de Matancero. Pero he aquí que, levantando un rasante vuelo, clavó su espuela en el pescuezo y, en otro vuelo casi instantáneo, le clavó la otra estaca en el corazón. *¡Basta, Matancero!*, gritábamos los churres, los adultos y los viejos y las mujeres. *¡Basta, basta, Matancero!* Pero Matancero terminó de picotearle los ojos al muerto adversario y ahora buscaba el corazón y las entrañas. El churre Santos Villar fue el que se acercó a Matancero y lo cogió entre sus brazos, sereno y harto de sangre. Fue en ese momento en que el jefe del destacamento chileno se encontró con los ojos de Visitación Cabrera, que no había podido resistir la tentación de asistir al duelo. Un ventarrón denso de arena recorrió la plaza como enviado en ayuda de los congareños, pues, al difuminarse el polvo y la arena, habían desaparecido los espectadores, incluyendo a la mujer (Visitación Cabrera) cuya mirada se encontrara con los ojos enfurecidos y humillados del primero de los oficiales chilenos. Pero ustedes acaso quieran preguntarme: ¿Todos, pero todos los congareños corrieron a refugiarse en sus casas? Si esto hubiera sido así, Cruz Villar no habría sido Cruz Villar, ni tenido el capricho y el coraje de proponerle al jefe chileno una pelea de gallos para dirimir de este modo la guerra entre chilenos y peruanos. Había una vez

un pueblo ubicado más abajo de la región de los manglares, donde un hombre llamado Cruz Villar, acusado de rebelde y malandrín y de utilizar artes de hechicería en una pelea de gallos, fue azotado públicamente y condenado a fusilamiento. Había una vez un pueblo perdido entre arenales y dunas y castigado durante el día por un sol rabioso y por las noches estremecido por vientos ululantes y dominado desde siglos atrás por los señores de la tierra, entre los que destacaban con nítida crueldad los terratenientes del linaje de los Benalcázar León y Seminario. Y a este pueblo cierto día llegó un destacamento del ejército chileno e impuso de inmediato la ley marcial, la potestad y el orgullo propios de quienes habían resultado vencedores en mares y campos de batalla. Como queda dicho, en este pueblo tuvo lugar un duelo gallístico, a consecuencia del cual el promotor e invencionario fue colgado y condenado a fusilamiento, con el agravante de despertar en el jefe de la ocupación el anhelo de venganza y de humillar al pueblo. Y sobre todo a los ricos, imponiéndoles pesados cupos de guerra. Y como ejemplo de que la orden iba en serio, prendió fuego a una de las mejores casonas ubicadas en el perímetro de la plaza. Había una vez en este pueblo el más poderoso hacendado de la región y amo indiscutible de Congará, llamado Jerónimo Benalcázar León (uno de cuyos hijos muriera heroicamente en la Batalla de Tarapacá), que le pidió u ordenó a Visitación Cabrera (la concubina que satisfacía sus nostalgias y apetencias convirtiéndose ora en perra, ora en zorra, ora en yegua, ora en cuanto animal fornicable existe en esa parte tórrida del mundo), le ordenó o pidió, o quizá le imploró, que brindase a la plana mayor del destacamento invasor una recepción con comida y bebida y música y baile y todo, pues, de lo contrario (y como prueba de que estaba dispuesto a cumplir con la amenaza había reducido a escombros a punta de granadas una estancia de la inmensa casona), pues de lo contrario, decíamos, prendería fuego y reduciría a cenizas su hermoso palacio, convertido ya en

cuartel, en caballeriza, en establo, en chiquero y en letrina de las tropas. *Y todo por culpa del hijo de perra de Cruz Villar; pero tú, zorra mía, puedes salvarme de la más espantosa de las ruinas*. Había una vez en el pueblo de Congará una maestra llamada Domitila Diéguez, viuda sin haberse casado y virgen hasta el fin de sus días (como recordación de su novio Lizandro Ordinola, muerto en la defensa del Morro Solar de Chorrillos), quien, en los días que duró la ocupación, permaneció, pistola en mano, sentada en la sala, dispuesta a disparar contra el primer chileno que transpusiera la puerta de su casa. Había una vez una mujer llamada Visitación Cabrera que aceptó (en pago de sus muchas maldades) sacrificarse por su amante y señor, y para ello, mediante engaños, promesas, chantajes y doradas y relucientes monedas, consiguió que tres muchachas agraciadas del pueblo participaran en esa privazón de aciaga memoria. Había una vez un músico, el maestro Quesquén, el joven, hijo del maestro Quesquén, el viejo, afamado compositor y vihuelista, orgullo de Congará, que, al negarse a amenizar esa francachela de traición, fue sin más matado de un tiro en la cabeza por el propio jefe chileno que no había olvidado, ni mucho menos, la vergonzosa derrota de sus gallos. De modo que el conjunto musical de Congará (sin su director, el maestro Quesquén, ni la segunda mandolina, que logró huir al monte), una bandurria, un banjo, un arpa, un cajón y una quijada de burro, bajo la inspiración de las bayonetas, no tuvo más remedio que animar con lágrimas en los ojos esa dilatada, perversa y corrupta fiesta, aunque las lágrimas fueron disminuyendo en caudal a medida que los brindis van brindis vienen, pues el corazón humano lo resiste todo. En este pueblo (¡Congará! ¡Congará!, nunca olviden este nombre), cierta vez se celebró una cascabelada de escándalo y desenfreno que los hombres, mujeres y churres de los tristes años de la Guerra con Chile habrían de recordar con amargura irredenta hasta el fin de sus vidas. Había una vez en el pueblo un hombre llamado Cruz Villar que,

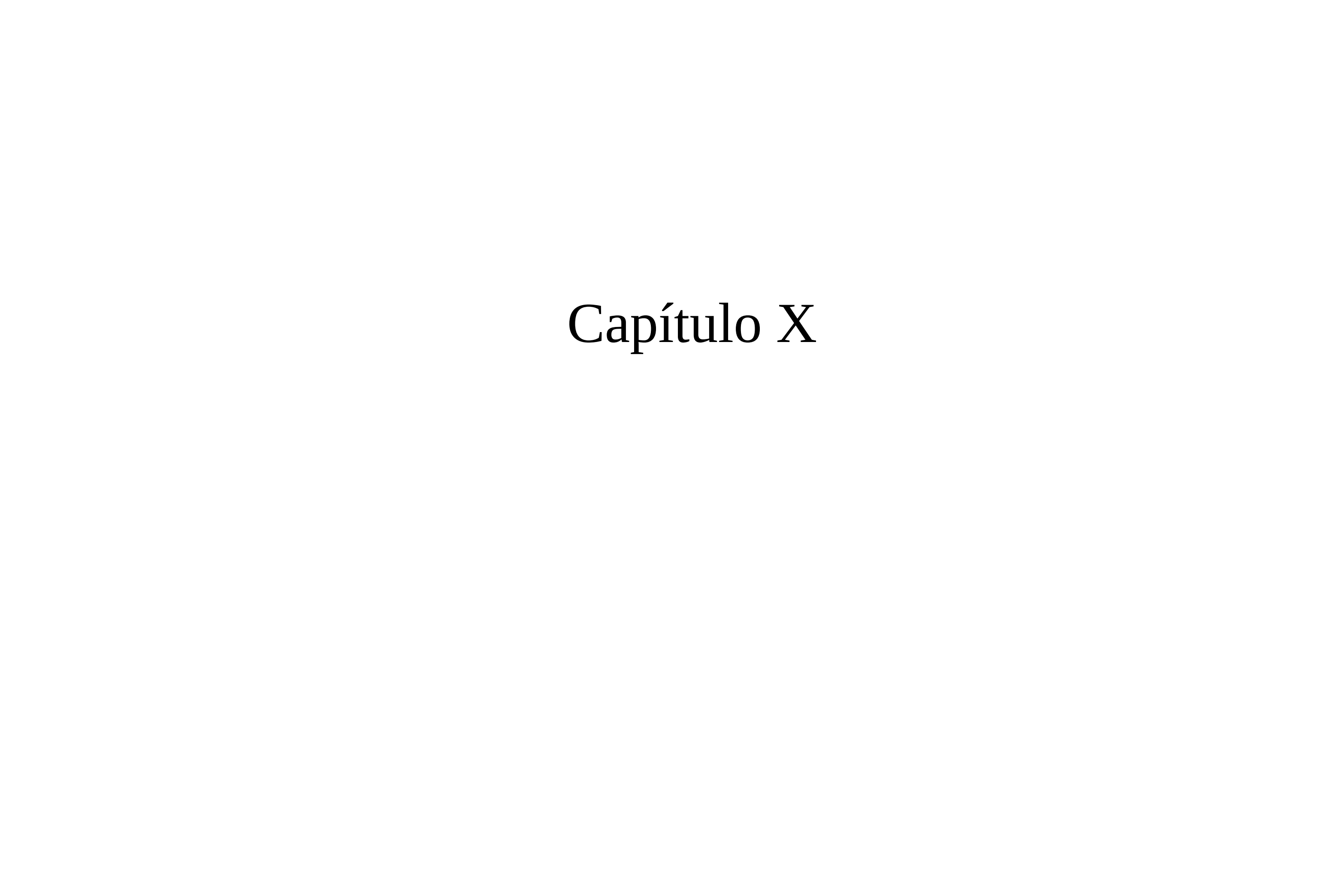
mientras duró el jolgorio, el puterío aquel (toda una tarde, toda una noche), con el cuerpo flagelado permaneció amarrado a un horcón a la espera de la orden de fusilamiento. Había una vez en Congará un churre con poderes extraños llamado Santos Villar, el cual, después de recoger a Matancero del ruedo, caminó con el animal que él con su ciencia secreta había logrado criar, llegó a su casa y siguió de frente al corral, indiferente al llanto de las hermanas Trinidad y Lucero Dioses, las dos mujeres de Cruz Villar, afiló el cuchillo en la piedra de afilar ante la atónita y temerosa mirada de sus otros hermanos y, luego de refrescar y limpiarle el pico ensangrentado, cogió por el pescuezo a Matancero y lo degolló con manos de experto, pues, como aseguró años después, Matancero ya había cumplido su misión en este mundo y él, contra la corriente de los de su sangre, despreciaba la pasión tan ordinaria de las peleas gallísticas. Érase una vez una mujer llamada Visitación Cabrera que, en el transcurso de esa velada de extravío, al ser trabajada y poseída por el jefe del destacamento chileno, sintió, entre el miedo pánico y el asombro, brotarle un incontenible y delirante gemido que por primera vez no era de fingida bestia, sino el propio y real de una hembra de la especie humana. Y esto, amigos, paisanos, hermanos míos, se llama en cualquier lengua humana «gozo», dicha riquísima y cojonuda. Y Visitación Cabrera por dos, tres, cinco, diez veces gimió, aulló, bramó, dándole las gracias al demonio por la maldecida dicha de haber nacido. Y aquí podría terminar mi historia, si es que a continuación no viniera lo mejor. Porque, amigos, compañeros, hombres y mujeres del mundo, Visitación Cabrera, recompensada en sus deseos y después de sosegar hasta por vicio al jefe del destacamento chileno (que viendo rendida y penetrada hasta el fondo a su hembra sentía que estaba vengado de la derrota a los gallos de su corazón), para mitigar quizá en algo su culpa, intercedió en favor de la vida del hombre que había sido condenado a ser fusilado al amanecer. Había una vez un jefe

de un destacamento chileno que, como vencedor, se mostró magnánimo con la mujer que le había hecho reafirmarse en su masculinidad poderosa. Se mostró magnánimo, afirmo, porque luego de consultar su reloj (faltaban tres horas para que amaneciera) le dijo a Visitación Cabrera que estaba dispuesto a perdonarle la vida al hijo de perra que humillara a sus vistosos y bizarros animales, si es que, a su vez, ella, por su propia voluntad y gusto, entregaba su cuerpo como botín de guerra para el usufructo y gozo de sus subalternos. Había una vez una mujer llamada Visitación Cabrera que de esta manera salvó la vida de un hombre llamado Cruz Villar. Había una vez en Congará una maestra de nombre Domitila Diéguez, viuda sin haberse casado y virgen hasta el fin de sus días, que, apenas los invasores abandonaron el pueblo y se perdieron en el horizonte polvoriento, reunió a las mujeres del lugar y, entre injurias y admoniciones, cortó la cabellera de Visitación Cabrera y prendió fuego hasta su total destrucción a aquella casa de la infamia. Había una vez, cuando Congará hacía tantos años se había convertido en un pueblo de fantasmas y muertos rencorosos, un viejo llamado Simón Guerra, el cual era marido de la vieja Faraona Cherres, y los dos viejos, con un pie en la tumba, vivían unidos por el rencor y los celos que databan de una nada después de los años de la historia que acabo de referir. Había una vez un muchachito del linaje de los Villar, por desventura nieto del desmedido en crueldad y justicia y poderes Santos Villar. Y una tarde este mozo, Martín Villar, tocó la puerta de mi casa para indagar entre los viejos no sé qué diantres de los de su linaje, pero eran sucedidos y curiosidades y desgarraduras de mucha sustancia y de padecimientos y de desolación. Y entre otras muchas historias creí conveniente contarle la leyenda de Visitación Cabrera. Amigos, compañeros, hombres y mujeres del mundo: había una vez en Congará un churre llamado Simón Guerra, en quien fueron acumulándose los años como el viento acumula la finísima arena en el espinazo de las dunas. Y un día antes de

morir (murió a los dos meses de haber enterrado a la vieja Faraona Cherres), el viejo Simón Guerra mandó a llamar al maestro Martín Villar, que ahora trabajaba aquí al lado, en El Conchal, y le hizo prometer que nunca olvidase esta historia o leyenda y que la contara y escribiera para que nunca se borre de la memoria de los hombres, aun después de que las arenas terminen de sepultar a Congará.

La noche sofocante y el olor a sexo femenino del Mar Caribe persisten, pero los tambores han callado y los barcos atraviesan el canal por entre sus firmes y bellas esclusas. Terminó la Primera Guerra y comenzó y terminó la Segunda Guerra, y hermosos hongos de fuego y humo iluminaron Hiroshima y Nagasaki. Triunfaron las revoluciones, los pueblos lucharon y algunas revoluciones fueron traicionadas. No hablaré todavía de tus ojos, pero frente a este mundo, ¿qué vale la leyenda de cualquier Visitación Cabrera? Proa a la honda madrugada, pero he aquí que ya estamos en el límite más hondo de la madrugada, es hora ya de cerrar, nos grita el japonés, el aserrín escarnece los escupitajos (*los viejos escupitajos de la duda*, pensó Martín Villar), es hora de salir al macizo invierno limeño. Había concluido un vals en la radiola y el postrer bolero del remordimiento cayó hecho trizas sobre el asfalto, sobre el firmamento, pero todavía no hablaré de tus ojos. Y salimos al frío de la madrugada. Tú ibas repitiendo el nombre de Visitación Cabrera y el de la señorita Domitila Diéguez, y el destino solitario y estéril del asesino Matancero. *¿Ahora me contarás la historia de los de tu sangre?* Tal vez ya había llegado el tiempo. Caminamos hasta mi cuchitril de la calle Matavilela. Abrí con la pesada llave antigua el cuarto oloroso a moho y humedad. Tú dormirás en mi cama, yo descansaré en este sillón. Tú insististe en que te hablara de los míos. Entonces te señalé el cielorraso: *¿Ves esa viga?* Tú miraste el madero carcomido y basto. *Sí*, te dije, *te contaré la historia de los Villar, pero antes quiero que sepas que de esa viga se colgó diez años atrás*

mi tía Dioselina, del linaje materno. ¿Nunca sentiste atracción por el suicidio? Aunque lo sientas, nunca te quites la vida, y las Arpías no te martirizarán eternamente como a la querida tía Dioselina. Tú dijiste: *¿Las Arpías?* Y yo te recité: *¡Yo tronché una ramita de un endrino! Y el tronco me gritó: ¿por qué me hieres?*



Capítulo X

El blasón de los Villar

¿He dicho ya que se llamaba Zoila Chira? Hablo de la chiquilla a quien amé (a quien seduje) mientras le enseñaba las cuatro reglas y le mostraba en el mapa el lugar de esta tierra y le revelaba la naturaleza de la vida que nos ha tocado vivir. La amé (la amo) por sus ojos, por la sangre que compartíamos y por su piel color de la chamiza del vichayo. Como dije, estábamos en la cima de una duna, pero yo me había olvidado de ella escuchando el percutir del viento sobre la piel áspera de la noche. Pues él (el viento) me traía las voces con que estaba tejida mi memoria. Envuelto por vaharadas ardientes, con el rostro y el cuerpo granulosos de arena, aquí donde alguna vez tuvo su lecho el mar (bastaba hundir las manos para encontrar fósiles de lo que debió ser un vasto cementerio marino), yo me había entregado a convocar la voz sacramental del sampedro, las voces de los ancianos, la voz de los míos (de los vivos y de los muertos) y, por encima de todo, la voz de mi bisabuelo Cruz Villar, a quien me figuraba caído de rodillas, emporcado de sangre y tierra y babas, indigno y mancillado para siempre. Esta imagen aborrecible usurpaba toda mi mente cuando Zoila, acercando la linterna a mi cara, me susurró: *¿Maestro Martín? ¿Me oye?* Recuerdo haberle dicho *Sí*. Y ella: *¿En qué pensaba?* Pero no esperó mi respuesta. Volvió a colocar la linterna sobre la arena y me recordó:

—Me decía que hizo su mea culpa. Que fue un acto de contrición. ¿Me lo quiere explicar?

Evocando lo que les dijera a los ancianos, le respondí: *Reconoció la mierda que había arrojado sobre los herederos de su sangre*.

Pero, ¿era esto? ¿Era esto exactamente? Repuse enseguida: *No, no me hagas caso, querida*. Aparta el rencor, recupera por un instante la inocencia, Martín Villar. Con el corazón alborotado, me esforcé por concentrarme.

—Imagínalo allí, le dije, caído. Borra la noche y pon el día: la tarde, el sol pernicioso, el cielo límpido apenas maculado por un penacho de humo y el planear en círculos concéntricos de una parvada de gallinazos (concluido el festín de las afueras del pueblo, ahora ha sido atraída por la gran matanza operada en el corral de los Villar) y aquí abajo pon, no los médanos que ciñen el pueblo, sino el terral, el terral odioso y estéril, que empieza a ser estremecido por el viento. ¿Entiendes? ¿Me escuchas?

—Lo escucho. Lo entiendo. Pero cálmese. Tranquilícese.

—Y frente a él, en torno a él, compadeciéndolo, despreciándolo, gozando con ese espectáculo de barbarie pueblerina, estaban todos. Estaban los ciegos. Estaban los ancianos centenarios de la época de Sacramento Chira y Miguel Villar. Estaba el pueblo, el populacho. No volveré a repetirlo. Solo destacaré la presencia de la señorita Domitila Diéguez, la maestra de Primorosa Villar y la única mujer, la única persona, por quien mi primer abuelo sintió algo parecido al respeto. Las últimas injurias vertidas por Benalcázar habían logrado rescatarlo del aturdimiento, de la confusión y del horror, pues en pocas horas había sentido desquiciada su vida y quebrantadas sus más arraigadas convicciones. Era una nada, una brizna, un abrojo, un puñado de estiércol sobre la tierra estéril.

—Descanse. Dese tregua.

¿Acaso no había escuchado lo que dijeron aquellos espectros de la época de sus progenitores? Había afrentado para siempre a su linaje. ¿Para esta vergüenza se había fundado? Repasó (no pudo no repasar) las recriminaciones que le hicieron desde que fue expuesto al escarnio público. Pero, por lo que luego habló, ninguna de estas imputaciones (*recuérdalas: mal padre, tirano, codicioso, avariento, proxeneta de su propia hija*) había logrado perturbarlo como lo hizo el descubrir que toda su vida había sido un error, una abjuración. Quien quiere un fin, quiere los medios.

—A mi bisabuelo nunca le importó ser odiado, pues ni el amor ni la amistad contaron en su vida. Los ancianos tenían razón: de su mujer, de sus hijos y aun de sus animales no reclamaba el amor, exigía respeto y sometimiento total a su potestad y para conseguirlos podía llegar a la crueldad más extrema. Era, ya te lo he dicho, querida, un hombre rudimentario, bárbaro y supersticioso, pero con una sola idea (fija, obsesiva, fanática), revelada en una remota ceremonia de medianoche, según la cual su destino en esta vida era sacar adelante a su familia y, para ello, era necesario huir, huir, aun a costa del honor, de ese honor que lo llevó un día a desafiar la soberbia y la cólera del enemigo chileno.

—¿Huir dice usted? ¿Huir de qué? ¿Hacia dónde?

—Huir de sí mismo, abjurando de la sangre a la que (oscura, agrestemente) atribuía toda la desventura y desdicha de la vida. Como tú, tampoco los ancianos, a pesar de los tantos años transcurridos y de haber meditado en ello innumerables veces, pudieron entender e interpretar las palabras trabajosas y confusas que dijo Cruz Villar delante de todos, pero en realidad dirigidas a la señorita Domitila Diéguez y a su hijo Santos, cuyo corazón, el del único que le interesaba de entre todos sus hijos, creía haber perdido. Sí, todos lo escucharon, lo oyeron, pero sin entenderlo o mal entendiéndolo o entendiéndolo a medias, creyendo que desvariaba perturbado

por los golpes, por el sol, por la sed, por la humillación. Quizá la señorita Diéguez lo entendió, quizá lo hubiese entendido, pero, como bien escribió mi padre, la vida de la austera maestra se había detenido, quebrado definitivamente, años atrás, con los sucesos de la guerra. De modo que, mientras el viejo Villar hablaba, ella seguía rememorando con minuciosidad intolerable los días de la ocupación, exaltando a los héroes caídos en combate y vituperando a los vivos. Para ella, la patria seguía de duelo y todos debían vestir de luto, de luto eterno. Vida lamentable, querida. Lamentable.

—Esos recuerdos, ¿nunca lo dejarán en paz?

—Espera. Escúchame, nada más un momento. No, ella ya estaba muerta para esta vida y si en esta tarde había roto su ostracismo había sido para interceder en favor del único hombre que, aunque de manera ruda y primitiva, había mostrado dignidad ante el destacamento del comandante Coloane. Y para este ser fanático, un acto de esta naturaleza reivindicaba a un hombre de todas las otras miserias que forman la trama de la vida ordinaria. En cuanto a su hijo Santos, este lo escuchó sin interrumpirlo al comienzo, con ojos inescrutables y fríos, con más desprecio que amor filial, pero más bien distraído, pues solo un pensamiento tenía cabida en su espíritu: vengarse de Benalcázar por la ofensa que había infligido a los de su linaje. Pero no fueron palabras vanas, perdidas, pues (como decía mi desventurado padre), las palabras, una vez proferidas, pasan a convertirse en la memoria, en los sueños y en las pesadillas de la tierra, de esta tierra, de este pueblo. Por eso yo, a tres generaciones de mi primer abuelo, pude comprender, inventar, o más bien interpretar, aquellas palabras, rescatándolas de la memoria crepuscular y endeble de los ancianos. Porque, debo decírtelo, es tiempo ya que te lo diga, hubo un tiempo en que yo también abjuré de mi sangre y repudié mi cuerpo y pretendí huir y saltar y dejar atrás (olvidándola, aniquilándola) aquella sangre que para mí representaba no solo la pobreza, la ignorancia y la superstición,

sino también la fealdad, la derrota, el rencor y el odio, el lado oscuro y abyecto de la vida.

—Por favor, maestro Martín. Descanse un momento. Dese tregua.

—Pero no es de mí de quien te hablaré. Todavía no ha llegado el tiempo. Solo te lo digo para ayudarte a comprender. Y, si no ahora, la comprenderás mañana, en los días que aún habremos de vivir, pues he de continuar refiriéndote las vicisitudes de tu sangre, de la parte de sangre que compartimos. Sí, fue su mea culpa, un acto de contrición, una repulsiva confesión de la pérdida de su honor. No por ser mal padre, no por haber vendido a su hija. Dijo: *No, señor, padre nuestro, la ponzoña de mi pecado viene de pero de qué lejanía. Pues con el perdón de usted, niña Domitila, ¿cuántas de las mujeres aquí presentes no putearon con el blanco? ¿Y antes y en otros tiempos, con el padre y el abuelo y con los otros blancos que tuvieron imperio sobre esta tierra?* Pero esto, creo, lo dijo después, en otro momento. Porque cuando Benalcázar se marchó con sus lacayos dejándolo con las palabras en la boca, empezó a balbucear entre escupitajos grumosos frases inconexas e incomprensibles para la mayoría. Mencionó una casaca roja con charreteras doradas, unas botas, un sable, una pistola. Y no importaba, como comentaría después mi padre, que las botas ocultasen la mordedura de unos grilletes que Sacramento Chira curaba con yerbas de la tierra. Ni que el sable y la pistola fueran testimonio no de la victoria sino de la derrota. Ni que las armas y el uniforme y las insignias fuesen el producto del despojo y la rapiña a un oficial muerto en la batalla. Ni tampoco, agrego yo, siglos después, que allá en España él (Miguel Villar) hubiese pertenecido a los desheredados de la tierra: un vagabundo, un ladrón, un rebelde o cualquiera de esos forajidos y canallas que Fernando VII envió a aplastar la revolución americana. Nada de esto importaba. Lo que importaba era el porte, la sangre, la buena casta. Así lo consideró Sacramento Chira cuando,

revestida de sus mejores galas y untada con las flores del amor loco, marchó a su encuentro para usurparle su semilla. Pues a eso se redujo ella: a ser un surco abierto, un surco indio anhelante y feraz, porque los indios (y este era un saber adquirido desde la más remota infancia, quizá en el mismo pezón materno), fuesen varones o mujeres, eran hembras por naturaleza, como hembras condenadas por Dios para ser violadas por el macho y por el macho convertidas en siervas, en esclavas, en concubinas y en zorras de los señores de cuero blanco. Y así, como un viento providencial, como un don del Altísimo, había aparecido Miguel Francisco Villar. Me contaron que enseguida lo acometió un acceso de llanto que me hizo evocar el llanto de Catalino Villar cuando, ante el cadáver de mi abuelo Santos, acusó a este de haberlo despojado de la primogenitura, arrancándolo de raíz del corazón de su padre.

—Es triste el llanto de los mayores. Yo no tengo corazón para resistirlo.

—Si quieres saberlo, no fue tristeza lo que me produjo el llanto de mi tío Catalino. Más bien fue asco, repulsión, desprecio. Y cuando los ancianos me contaron esto de Cruz Villar, sentí cólera, humillación, agravio. Cuando logró calmar los sollozos, y por primera vez Trinidad Dioses tuvo valor para consolarlo, mientras Santos cerraba los puños y escupía al suelo, se pudo entender la causa de la lloradera. Se refería al padre, a Miguel Francisco Villar, que vino a cambiar el rumbo de una vida y después desapareció. ¿Comprendes, China? Él llegó, engendró, procreó, llenó con su presencia y sus palabras el hogar, señoreó en él, y un día desapareció. Desapareció y desde entonces reinó la nostalgia, y Sacramento Chira consagró su vida a mantener su memoria (sus palabras, sus manías, mi padre decía que también su oscuro instinto de rebeldía), negándose (la Sacramento) a contraer un nuevo compromiso, pese a que aún era joven, con la ilusa esperanza de un retorno. Y mi bisabuelo cayó en la misma trampa, y desde que guardaba

memoria hasta hoy, hasta ayer, cuando se amarraba el trapo rojo a la cabeza se entregaba a convocar las pocas imágenes que de él guardaba. ¡Por eso no había amado a su madre! El recuerdo de Miguel Villar había usurpado todo el amor o el poco amor que tuviera su corazón, porque para él (y de esto se acusaba) Sacramento Chira no había sido su madre: había sido su sierva, la simple matriz india en que Miguel Villar depositó su preciosa semilla, su preciosa sangre, la puta que lo parió. Y él, único hijo varón, y agraciado con el pellejo y los ojos de su progenitor, había sentido desprecio por las hermanas que heredaron, así lo había creído él siempre, la sangre inferior de Sacramento Chira. No, no amó a su madre. Tampoco la odió. La sintió ajena, distinta a él, y si al morir ella, cuando mi bisabuelo estaba por cumplir veinte años, no pudo sustraerse a ese vértigo de llanto que son los funerales indios y derramó algunas lágrimas, se dijo que estas eran de la misma naturaleza que las lágrimas que se vierten a la muerte de cualquier animal (yegua o perra) que ha estado ligado a nuestra vida y que nos ha servido. Por eso, cuando años después, en una de sus violentas e inmisericordes avenidas, el Chira arrasó con el antiguo cementerio del pueblo, lejos de sentirse sobrecogido por el pánico y por el dolor inconsolable, como ocurrió con el común de los vecinos, él se sintió invadido por un viento benéfico, liberador, como si las aguas hubieran aniquilado la parte impura e indigna de su ser. Pero esto no había sido más que ilusión, espejismo: imperiosa y oscura, aquella sangre siguió requiriéndolo y constriñendo su vida, ya que, pese a los cuidados y sacrificios de Sacramento Chira, y pese, asimismo, a ser la imagen, algo desleída es verdad, de Miguel Villar, él tuvo que trabajar desde churre trajinando descalzo por los arenales ardientes y agachando el lomo de sol a sol, como bestia de carga, justamente como indio, para poder sobrevivir, al servicio de los grandes propietarios blancos de la región, a quienes odiaba acaso con mayor intensidad que los indios de pura casta, pero a cuyo mundo

se creía con derecho a pertenecer. Y después (absurda, escandalosamente), fundó familia, sus dos familias con las hermanas Dioses, Trinidad y Lucero, como ya te tengo referido. Escandaloso, absurdo (así enfatizaron los ancianos), porque pudiendo de sobra conseguir, por su estampa, por sus ojos, ¿entiendes, querida?, mujer entre la variada gama de mestizas claras, coloradas, blanconas, blancas pobres, prefirió enredarse con aquellas muchachas de pellejo prieto, cholas, aindiadas, en cualquier forma mujeres que todavía no habían roto del todo con el gran clan de indios sin tierra que pueblan estas comarcas. De modo que, en vez de avanzar, de huir o de caminar en dirección a la luz, había desandado camino, se había acercado a las tinieblas traicionando la sangre de su progenitor, había dado un salto hacia el gran abismo de sufrimiento y hacia la barbarie sin esperanza de redención. ¿Será necesario recordarte que fue por esa época en que Cruz Villar comenzó a creer en hechizos y sortilegios? En realidad, entiéndeme bien esto, él se había criado en un clima de superstición, pero solo ahora se sintió víctima del mismo hechizo ante el que había sucumbido Miguel Villar. No culpó ni a Trinidad ni a Lucero Dioses: culpó a Sacramento Chira y a la sangre india en su incesante fluir. Y desde entonces se dedicó a odiar con fanática y salvaje prolijidad el recuerdo de su madre. No odió su entera imagen: odió su voz, sus manos, sus pies descalzos, los senos que lo habían amamantado, la cochina lujuria india con que había atrapado al expatriado soldado godo Miguel Francisco Villar. Puedo entender este odio, oh, no sabes hasta qué punto puedo entenderlo. Nunca las hermanas Dioses temieron más la furia de su marido que cuando las requería para la posesión, pues cuando aquello terminaba debían soportar las atrocidades verbales de quien se había erigido en tirano y señor de sus vidas. Y la misma furia (sádica, destructiva, irracional) empezó a descargarse contra los hijos que le iban naciendo,

calculando la intensidad de la misma según viera en ellos el triunfo de una u otra sangre.

—Tampoco él conoció el sosiego. Como usted, maestro Martín.

—La paz, el sosiego (algo parecido al sosiego) lo alcanzaba con la crianza de gallos de pelea, y solo cuando uno de sus gallos ganaba el combate su rostro se relajaba y desaparecía de él, aunque breve, fugazmente, ese aire cruel, obstinado y sombrío. Desde siempre (lo sabes bien) estos pueblos se han destacado por su afición gallera, pero en mi bisabuelo se trataba mucho más que de una mera afición. Como contaba mi padre a Altemira Flórez, los gallos estaban ligados al fundador de nuestro linaje, quien, al llegar a esta región, se había sentido sobrecogido y fascinado por el espectáculo cargado de simbolismo que ofrecían los gallos combatientes. Y contaba también que una de las pocas imágenes que mi bisabuelo conservaba de su padre, Miguel Villar, era en un ruedo de gallos, durante una gran contienda en la que, más que apostarse dinero, se dirimían cuestiones ligadas al honor y al coraje de los hombres. Y cuando se amarraba el trapo rojo a la cabeza, esto lo confesó ahora ante el pueblo, volvía a evocar la imagen de Miguel Villar escupiéndole aguardiente de caña a la cabeza de un bellísimo ajiseco, mientras decía antes de soltarlo al ruedo: *Sí, acepto; nos derrotaron, ¿pero tendrán riñones para defender el corral sin ayuda nuestra?* Nunca olvidó esta imagen, nunca olvidó estas palabras, tanto, que cierto día cometió el desatino de pretender dirimir una guerra, una guerra en la que habíamos sido derrotados sin atenuantes y con escaso honor, por el simple expediente de una pelea de gallos, aunque Matancero, el gallo con que contendió, fuera un animal de linaje maldito logrado por la precoz y temeraria sabiduría de su churre Santos. Sí, los gallos (la crianza, el cuidado, la preparación para el combate, la pelea) eran, junto con la adicción por el sampedro y otras yerbas sagradas de la región, lo único que confería alguna tregua a su espíritu. Es

probable que con el paso de los años las peleas, las apuestas y el entero mundo gallero se convirtieran para él en una pasión exclusiva, en un fin en sí mismo, pero nunca dejó de encomendarse a la memoria de su padre cuando, con un gallo bajo el brazo, visitaba las más famosas ferias o competía en los coliseos más reputados de la región.

—Y el sampedro, ¿qué le decía? ¿Tenía virtud para escuchar su voz?

—Esta fue una de las grandes amarguras en la vida de mi viejo abuelo Cruz, y así justo lo confesó ante el conglomerado que lo rodeaba y estiraba las orejas para no perderse ninguna de sus palabras. Confesó que, apenas empezó a hacerse hombre, la nostalgia que desde que guardaba memoria sintió por su progenitor se trocó en deseo y ansia y urgencia de comunicación y de presencia. Convocar su espíritu, recuperar su voz y aprisionar su imagen se convirtieron en pasión y en principio y razón de vida. También esto lo dijo, claro, con su modo rudo y bárbaro. De modo que de aquí y de allá, entre los curiosos del pueblo, fue recogiendo instrucciones sobre el cactus de cuyas virtudes los antepasados de Sacramento Chira habían hecho ciencia hermética, como lo atestiguan ciertas imágenes que aparecen en los huacos encontrados en el vientre del desierto. Por fin, cierto día salió del pueblo y no regresó a dormir. Y la madre pensó: *Bah, qué pronto le entró inquietud por mujer*. Y para ella fue un respiro, una secreta alegría, pues el muchacho demasiado la llenaba de zozobra con su natural reconcentrado y su carácter montubio, incapaz hasta de soportar la compañía de su propia sombra, como si se hallase en perpetua discordia con el prójimo, con el mundo. Sería la primera de innumerables desapariciones que se tornaron cada vez más prolongadas y misteriosas, y con ello Cruz Villar estatuyó un hábito, una herencia, más bien una fatalidad, que ninguno de los Villar de las generaciones siguientes pudo eludir, pero que Santos, el hijo preferido, asumió con oscuro y salvaje orgullo, haciendo de la soledad un bastión

inexpugnable y un valor y un poder, en tanto que para Inocencio fue el vasto territorio de la demencia, donde cada día recuperaba a Primorosa.

—¿Desaparecía dice usted? Pero, ¿qué rumbo tomaba? Cristianos de esta laya también existen en mi pueblo. Parecen almas errantes.

—Se internaba en el monte, por la tierra agreste tupida de algarrobos, zapotes, añalques, oberales, tantos árboles de la zona tórrida, verdaderos bosques después incendiados y convertidos en carbón por orden de Benalcázar, no por dinero, que ya no le interesaba, sino para vengarse del pueblo destruyendo esa suerte de murallas naturales que le daban verdor y frescor y lo protegían de los vendavales de arena. De modo que enrumbaba por el lado en que, según Sacramento Chira y las personas mayores del pueblo, había establecido su guarida el exsoldado godo trocado en bandido y violador en razón de la derrota y el despecho. Pero el muchacho no iba con las manos vacías: en las alforjas llevaba generosos brotes de cactus y la utilería necesaria para la preparación del cocimiento. A tientas, calculó la medianoche y, por cierto, recitó los salmos y observó uno a uno todos los rituales que le hubieran indicado antes de apurar, venciendo el asco y el temor, la pócima, amarga, tú lo sabes, como la hiel de todas las hieles. Pero dijo que la ansiedad, el miedo, la noche, el frío cortante, la sensación de estar tocando puertas prohibidas, pudieron más, lo traicionaron, y con cierto sentimiento de alivio y gratitud cayó rendido por el sueño. Descubrió que todavía no era un hombre y aun descubrió esto otro: que seguía siendo un churre bolsudo y cacaseno pendiente de las polleras y de la teta materna, aunque cada día se mostrase más distante y despectivo frente a ella. Sin embargo, no se dio por vencido y una y otra vez se internó en el monte, de donde retornaba no con la sensación de haber fracasado, sino con el sabor amargo de no haberse atrevido a transponer esa inasible frontera que lo separaba del fantasma de su padre. Volvió a indagar con los entendidos, y

repasó las oraciones, los conjuros, los cantos y las danzas rituales. Fue por esa época en que empezó a hablar solo, a quedarse ensimismado, mientras bajo el lomo llevaba las cargas de agua o de leña o de frutos de la tierra. Dijo él: *Creyeron que me volví loco, con la locura y la fiebre que acogotan al varón joven. Pero, ¿sabe alguien lo que anida en el corazón del cristiano?* Por fin, sintiéndose fortalecido, preparado, tomó el rumbo del monte, esta vez dispuesto a no retornar hasta que su padre contestara a sus requerimientos. No, querida, no tenía virtud. O, más bien, el espíritu del cactus se mostraba avaro con él en todo lo relacionado con la comunicación con el padre. Porque, según afirmó, el sampedro, de hablarle le hablaba y le hacía ver la quinta maravilla, pero, entonces, al muchacho, obsedido como estaba, lo dejaba indiferente y más bien incitaba su furia, una furia que luchaba por reprimir de inmediato por temor a ser castigado con el silencio definitivo del cactus de sus antepasados gentiles. Pero no desfalleció aún. Dijo que pensó: *Es una prueba para averiguar el modo de mi corazón*. Y durante muchas noches de muchas semanas y meses siguió invocando: *Padre, háblame. ¿Camina todavía por la tierra? ¿Ya sus huesos reposan? Su mandato, señor. ¿Qué debo hacer con mi vida? ¿Me escucha, papá? Sáqueme de esta oscuridad y levante mi destino. Eléveme más arriba de la tierra que piso. Destruya lo fatal de mí, solo hágame de su sangre. Invoco su ley, dígame su imperio. ¿Soy acaso indio para merecer su desprecio? Háblame, padre, háblame*. Me contaron los ancianos que el gentío, que había empezado a aburrirse de los balbuceos y de la oscuridad y la confusión que parecían reinar en el espíritu del viejo Villar, volvió a tomar asunto a sus palabras, y a la curiosidad se agregaron el desasosiego y el temor, como si estuvieran al borde de una revelación irredimible. Y fue el carnicero Clemente Palacios quien habló por ellos y pronunció las palabras que cualquiera pudo pronunciar.

—¿Fue una maldad lo que dijo?

—Levantando la voz y con una risita destemplada (cuánto alude mi padre en sus cuadernos a esta risita repulsiva), el hombre dijo: *Entonces, desesperado, usted pactó. Y para cumplir su pacto con el cachudo vendió a su propia hija*. Dicen que los muchachos Villar, menos Santos, que ahora permanecía como ajeno, como si hubiera tomado su propia resolución, miraron con estupor a su padre y dudaron, dudaron. Su padre había dejado de ser el hombre poderoso, inapelable, magnífico aun en la crueldad; de modo que, por primera vez, olvidando el trance en que se hallaba, se atrevieron a dirigirle la palabra demandando el desagravio, el rechazo de la acusación y el castigo por la ofensa, pues la sola sospecha constituía baldón, el baldón definitivo que los separaría por siempre no solo del contacto con el pueblo, sino con todo prójimo. Y si Trinidad Dioses pudo hallar fuerza para mantenerse al lado de su marido, las mujeres que limpiaban su rostro y curaban sus heridas se hicieron a un lado, espantadas, como si hubieran estado tocando al demonio. Pero mi bisabuelo no se inmutó. Esto me dijeron. Tenía la actitud de quien no ha escuchado, acaso algo molesto por haber sido interrumpido en el orden de su pensamiento y en la torturada indagación de la raíz de su desgracia. *¿Yo, pactario?*, dijo, al fin. Lo dijo sin amargura, pero sorprendido por el silencio macizo que se había hecho en torno suyo. No era de esto de lo que tenía que acusarse y dar cuenta. Y añadió: *Soy, hermanos, un gran pecador, pero nunca traicioné a mi Dios Nuestro Señor ni a la Santísima Virgen de la Merced, patrona de los de mi sangre*. Y aun añadió que tentaciones las hubo, y Dios era testigo de cuántos halagos y promesas tuvo que resistir. Y esto fue todo lo que dijo. Y lo dijo, óyeme bien, sin énfasis, sosegadamente, sin mirar a Clemente Palacios, ni siquiera a sus hijos, porque, en realidad, su espíritu seguía encalavernado repitiéndose la única pregunta que había contado en su vida y para la que no había hallado

respuesta. De modo que no se produjo la revelación que tú y yo y el pueblo, menos sus hijos (¿también Santos Villar?), esperábamos. No, no había pactado ni vendido su alma y su linaje no era un linaje maldito separado de la especie humana. Pero, ¿quién era él? ¿Cuál era su casta, su sangre? *¿Soy su hijo, padre? ¿O solo soy un sucio bastardo de india?* Pero el espíritu del cactus guardaba el más cerrado hermetismo. La hondura de la noche, entenebrecida de ruidos. De tanto en tanto sorbía por la nariz más aguardiente mezclado con tabaco para incitar a la bebida. El viento desgajaba alguna rama, cantaba la lechuza. La desmesura del cielo, que también debió contemplar Miguel Villar. Al despertar, se había consumido el círculo de candela con que se protegía de la culebra y del tigrillo y del puma; hormigas rojas y negras martirizaban su cuerpo.

—¿Nunca, nunca le habló? ¡Se sentiría pero qué huérfano! Despreciado. Qué desolación.

—Renunció a internarse monte adentro como antes había renunciado a los júbilos y a las alegrías de la edad. Ya por entonces su rostro no era el de un muchacho, correspondía al de un hombre mayor, adulto, tempranamente trabajado por la nostalgia, por la humillación y por la furia. Y la furia la reservaba para su madre y para la larga parentela materna que, maldito sea, proliferaba por toda la región, contaminando con su aliento la tierra, hechizándola. Por eso empezó a amarrarse aquel trapo rojo que señalaba el límite entre él y los demás, entre él y el mundo, de modo que allí, en esa paz, en ese sosiego, podía figurarse la imagen del padre ausente y siempre emergían la casaca roja, las charreteras, las botas de caña larga, el sable, un ímpetu, el mar infinito, juramentos, la inmunda sentina de un barco, caballos galopando, redobles y clarines de guerra, gritos, Miguel Villar, palabrotas inmundas y gloriosas, hombre magnífico y soberbio, capaz de matar y de violar sin remordimiento. Y confesó que cierto día en que se hallaba

gratificándose con estas ensoñaciones (Sacramento Chira venía agonizando desde hacía varias semanas) fue perturbado hasta la raíz por desgarradores lamentos fúnebres de indios e indias, que eran sus abuelos y sus tíos y tías y sus primos. Y que cuando le vinieron a decir *hijo, tu madre ha muerto*, él corrió hasta el vichayo, cayó de rodillas e, inesperada y ciegamente y por primera vez en su vida, rompió a llorar a torrentadas, convulsivamente, golpeándose la cabeza contra el tronco, mientras gritaba: *Era la mejor yegua. Me amamantó. Me crio. ¡Pobre mi perra! La escupí, la pateé. Mi gusto fue herirla*. Me contaron que, luego de unos instantes de estupor, de entre el gentío se elevaron voces de incredulidad y de condena: *¿He oído bien? ¿Yegua ha dicho? ¿Perra? Eso ha dicho. Este viejo delira. Ha perdido el seso. ¡Y todavía dice que no tiene tratos con el enemigo! A callarse. Silencio. Estoy entendiendo... ¿Cómo? ¿Se atreve a defenderlo? Es que fue mi decir. Me engañaba. No comprendí hasta ahora la razón de mis lágrimas*.

—Con su perdón, maestro Martín. Sobraban motivos para que hablara así la gente.

—No comprendió la raíz de su llanto, recuerda siempre esto. Quedó alelado, pasmado de sí mismo: oscuramente lo fueron abrasando la vergüenza, la humillación y la rabia. Por eso, cuando terminó de ser sepultada Sacramento Chira, no en nicho sino bajo el arenal, en la parte india del cementerio, respiró hondo, aliviado; nunca se le escuchó a Cruz Villar silbar o tararear una canción, pero se sintió invadido por una especie de dicha desconocida y perversa. De modo que al fin tuvo la casa para él solo (*¡No por ambición! ¡No por ambición!*, sentenció él), pues las hermanas se habían establecido aparte con sus maridos y la casa desde entonces pareció entrar en una prolongada cuarentena, habitada por un mocetón que durante años vivió sin mujer, célibe, trabajando hasta embrutecerse y rodeado de gallos de pelea a los que cuidaba y mimaba y preparaba para los combates, a la vez que se

servía de ellos para sus conversaciones quiméricas con el padre, cuya sombra aprendió a percibir desplazándose majestuosa por todas las estancias que Sacramento Chira y los de su sangre levantaron para que Miguel Villar estableciera su dominio y potestad.

—¿Y no volvió a tomar el remedio? Perdería la esperanza. Los mayores enseñan que también la fe se acaba.

—No, creo que nunca perdió la esperanza. Pero ya no volvió a ir al monte como ya te he dicho, y tampoco en los primeros años se atrevió a sembrar el sampedro en el corral de la casa; sin embargo, codiciaba tanto ver la genuina imagen y escuchar la legítima voz de su progenitor y no sus propias figuraciones y la voz que él le confería en sus ilusorias pláticas, que, venciendo la repugnancia que le inspiraba la compañía de la gente, decidió participar en las mesas de los curanderos. Confesó que lo hizo en dos, en tres oportunidades, y fue otra vez el silencio, la agrura en la boca, la desolación, la secreta vergüenza. *Te falta fe, Cruz, Tienes sangre muy cargada y revuelta*, le dijeron. Y contó aun que la tercera vez el cirujano montó en cólera: *Me malogras la mesa. Vete y no vuelvas, muchacho*. El joven se incorporó ante la mirada recelosa y acusadora de los enfermos y participantes en aquella ceremonia de la medianoche. *Cuidadito con blasfemar y malograr nada; estoy leyendo en tu corazón*, le advirtió el artesano y le señaló el camino y aun lo acompañó hasta la puerta, y cuando ya Cruz Villar se alejaba por el arenal, el maestro le gritó: *Te estás volviendo loco, Villar. Busca mujer. ¿Me oíste, Cruz? Tus hijos sacarán la virtud que a vos te negó el Señor*. Confesó que estas últimas palabras lo estremecieron: *Tener hijos, prolongar la sangre de mi padre, quizá mi padre no tenga a menos hablarles a sus nietos*. Llegó sediento a su casa y, mientras bebía con avidez agua de la tinaja, de pronto sintió todo el peso del abandono y la orfandad en que vivía, y ningún consuelo halló al acercarse a las jabas de los gallos. Tardó en dormirse y,

tirado en su petate, con la respiración agitada, evocó a las mujeres e hijas de los blancos, a quienes furtivamente había espiado, pero sin pensar en ninguna en particular, sino como entidades abstractas, ausentes y apetecibles, exactamente como la imagen de su padre. Pero apenas amaneció (*Como si estuviera hechizado*, habría de pensar después) fue a hablar con don Dioses, un indio que vivía a la salida de El Almendro, con cuyas dos hijas menores solía cruzarse al caer la tarde, mientras las chinitas volvían de pastear a los animales.

—¿Y los hijos tuvieron virtud? ¿Cómo lo supo? No me dirá que...

—Recuerdo que una de las mayores imputaciones que mi tía Primorosa hacía a su padre, pero al que nunca llamó «papá», «padre» ni tan siquiera «señor», sino «el hombre ese», «el malvado hombre», «el verdugo de sus hijos», era el de haber desquiciado el corazón y la mente de su progenie dándole a beber, cabestro en mano, el remedio amargo. Sí, cabestro en mano, escúchalo bien: no mediante la persuasión, los mimos, las mentiras piadosas, sino con la amenaza y la flagelación. Y esto a la medianoche, luego de ser arrebatados del sueño, los churritos (cinco, seis años) eran sacados del petate (por el malvado hombre, por el verdugo) y llevados a rastras ante el vichayo sin que las madres Trinidad y Lucero pudieran hacer nada en defensa de sus hijos. Y aquella vez, ante la multitud y delante de Trinidad Dioses (Lucero Dioses había muerto muchos años atrás, en el último de sus partos) y de sus hijos Román, Silvestre y Santos, reconoció haber actuado como verdugo de los frutos de su sangre. De esto se acusó. No de tiranía, pues las leyes ordenaban al padre ser tirano y señor para educar a los hijos en el orden y el respeto. Y mientras lo iba diciendo buscó los ojos de Santos, como demandando aprobación y respaldo, pero, según me contaron, los ojos de mi abuelo Santos (del que llegaría a ser mi abuelo Santos) permanecieron distantes y fríos, más bien despectivos que piadosos. En realidad, sus ojos

decían *Cierre la boca, viejo, tápesela con boñiga si es preciso, pero tenga orgullo, y sea hombre y señor aquí en esta tierra, que pronto Dios lo juzgará en la otra vida*. Pero ya Cruz Villar se dirigía de nuevo al gentío, tantos años llevaba de andar encerrado en sí mismo. De modo que confesó haber torturado a sus hijos, conforme al instinto y natural de cualquier verdugo, que son la crueldad y la exaltación y el amargo goce. Contó que, desde su nacimiento mismo, en razón del color de su pellejo y la textura de su llanto y sus alaridos y de la calidad de los ojos y de la mirada, los martirizó uno por uno. Y, después, apenas cumplían los cinco años, les prodigaba la bebida para aprovechar la inocencia de su corazón y descubrir si tenían virtud y poderes. Y así, usando el azote como bendición y viejas y bárbaras palabras, y como a las bestias abriéndoles la boca, les apuraba el remedio, y cuando empezaban las visiones y los acometía el pánico y los aturdían las voces, él los amarraba del vichayo y entonces los interrogaba con ansiedad y con furia, y de este modo fue conociendo el corazón y la calidad de ánima de cada uno de sus hijos. En su descargo juró no haber perseguido con ello el mal ni ambicionado riquezas ni vanidades, solo había pretendido indagar por la raíz de su destino y recuperar la imagen y la voz de su progenitor para que le señalase el camino a seguir y le revelase el porvenir de su linaje. Nada más, nada más, pues despreció los huacos y los entierros que la virtud de su hijo Isidoro descubría entre los arenales. Y en cuanto a lo otro, lo de los gallos, eran minucias para dar un poco de respiro a un corazón que no conocía la dicha. Otra vez, entonces, se escucharon voces airadas: *¿Pretende que le creamos? ¿Por quién nos toma este viejo? ¡Pero si vendió a su propia hija! ¿Puede haber mayor ambición que esta en el mundo? Y no salga con el cuento de que solo recibió las gracias. Vamos, viejo, no joda. ¿Ha olvidado el oro contante y sonante? ¿Y la chacra que ahora el blanco le ha mandado a quemar, y esto sin contar los novillos y los gallos extranjeros, que usted*

curaba con sus artes para hacerlos invencibles? Ah, ¿y el Colorado? ¿Qué nos dice del Colorado, eh? ¿No es la fiesta de su hijo Isidoro?

—¡Pobre su bisabuelo, maestro Martín! Se quedaría turulato con tanta acusación. ¿Su hijo Santos no le brindó apoyo? ¿Ni siquiera en ese trance?

—Esta vez no apeló a la aquiescencia de su hijo, porque después de que su casa y su cuerpo fueron ultrajados y mancillados por Benalcázar y sus lacayos, sentía haber vivido y sufrido lo peor y tocado el fondo del desgalgadero que había sido su vida. Y lo que pretendía ahora era entender y asir cierta verdad, la verdad, que subyacía muy adentro de sí, encalavernada y cautiva por toda una vida de fanatismo y orgullo y rencor y furia y desprecio. Levantando la voz dijo: *No fue por ambición, hermanos míos. Lo juro por Dios Nuestro Señor y por su Santísima Madre Nuestra Señora de la Merced. ¡Óiganme, pueblo! Escúcheme, niña Domitila. Yo solo cumplí un mandato de mi sangre. Como la vez que salvé el honor de nuestro pueblo frente al enemigo que nos quitó nuestra hombría. ¿Desvaría, viejo? ¿De qué mandato habla?*

—Seguro le pegaría el remedio. ¿Le habló al fin?

—No directamente, sino a través de sus hijos Isidoro y los menores, Primorosa e Inocencio, y sobre todo de Santos, cuyos vaticinios en verdad cambiaron el destino de los Villar. Porque pronto mi bisabuelo tuvo la revelación de que su hijo Santos, el más parecido a Miguel Villar en estampa y espíritu, pues Inocencio, acaso de mayor parecido físico, estaba abrasado por otro fuego y poseído de exultaciones de alegría y terror que lo tornaban inasequible y demencial, tuvo la revelación, decía, de que su hijo Santos había sido elegido por su padre para transmitirle la sabiduría que haría del suyo un linaje prominente, aureolado, como solía fanfarronear mi padre, por la fatalidad y la condena. De modo que penosa, tartajosamente, dijo: *Y después de tantos años de negarme la palabra, de tenerme a menos con su*

silencio despreciativo, por fin recordó al hijo que dejó olvidado por estas tierras y se dignó enviarme sus órdenes y su ley. Y la primera vez, más arriba ya de la medianoche, este, mi muchacho Santos, pero todavía no era un muchacho, era apenitas un churre de este tamaño, aunque ya sus ojos y su mando eran los de ahora, viene y me dice esto y lo otro, y yo le pregunté, incrédulo, falto de fe, «¿Pero quién? ¿Quién?». Y mi Santos me lo dibuja diciendo es un señor así y asá, y yo le digo «¿Estás seguro? ¡Mira bien! ¿Lleva botas y charreteras y sable de guerrero?». Pero ya para esto los ojos me escocían y brotaba el agua amarga y salada, ¡ah, mi señor!, y el aire, hermanos, me faltaba, estaba como atorozonado. El agua, las lágrimas, me ardía la cara, qué ardencia del ánima. «Padre mío, señor mío, cuánto ha tardado». Pero ya para esto mi Santos había dicho lo que tenía que decirme. Y yo le dije todavía «Repíteme, hijo, repíteme». Y mi Santos repitió, y entonces entendí, «Dice que coja a Matancero, el mejor de sus gallos, y nos salve de la vergüenza». Y yo entendí ese mandato, diciéndome «Ha leído en mi corazón», porque, paisanos, cuánto me dolía ser pisoteado y agraviado por el invasor, y yo dije «Haré su voluntad, padre». Y fui y cogí al descastado Matancero, que yo en lo secreto abominaba, y con él bajo el brazo me presenté al chileno y vi que el jefe y los otros jefes menores eran más altos y más blancos y más rubios que los blancos de por aquí, y me dije «Son pero qué parecidos a vos, padre». Y luego especulé: «Son de casta más elevada y altanera y por eso nos han vencido». Pero mi Matancero fue más hombre, ¡más hombre! Gracias te doy hijo, pero ruego a Dios perdone tu cruel ciencia. Y Matancero clavó la espuela en el corazón del gallo enemigo y ganó, ganó y todavía picoteó y le comió los ojos al enemigo vencido, y por ello fui castigado y no me importaron los azotes y la colgazón, y no temí la muerte si se daba el caso. Y esta fue la primera vez que me habló mi padre y

yo cumplí su ley y mi corazón alcanzó regocijo y sosiego. Según eso, usted vendió a su hija por mandato de su padre. ¿Fue así, anciano?

—¡Lo siguieron atormentando con preguntas! ¿Quién fue el malvado?

—¿El malvado? ¡En fin! pudo ser el visitante, el poeta Atarama, el mismo Boulanger, cualquiera de los principales del pueblo. Pero tampoco esta vez el viejo Cruz Villar se inmutó y admitió y confesó lo que tantas veces te he contado, lo que tantas veces habré de referirte en los años que hemos de vivir. Contó del pasmo que le había causado aquel vaticinio, pues hasta entonces, por su calidad de hembra, apenas si se había dignado a mirar a la única hija de su sangre. Y confesó que tanto había sido su estupor y asombro y desconcierto, que fue hasta el petate donde dormía la churre, la cogió en sus brazos y la llevó al pie del vichayo. *¿Pero ella?*, preguntó, *¿Oíste bien, muchacho? Vuelve a consultar, hijo. Pregunta otra vez*. Y Santos, a la sazón un muchacho que entraba en el territorio extraño de la pubertad, indagó una y otra vez y de nuevo repitió el anuncio: *Dice que cuide y prepare a su hija porque ella cambiará el destino de los Villar*. Contó que, sin salir aún de su asombro, mientras la niña berreaba en sus brazos y reprimiendo la vergüenza y el asco, dijo: *¿Una hembra elevará mi linaje?* Entonces volvió a escuchar la voz, la advertencia que le hacía su hijo: *Pero no lo haga, padre. No lo haga. Nos fatalizará y traerá desgracia a nuestra casa*. Y la voz del muchacho Villar sonó feroz, perentoria y distinta, como si de pronto hubiera accedido a la hombría y tomase para sí la conducción del destino de los suyos, incluyendo al padre omnipotente y a la madre sometida y cautiva. *Y yo desoí la razón y la ley de mi Santos*, continuó mi bisabuelo, *pues era una ley más alta la que me ordenaba y probaba y yo quería ser como nuestro santo padre Abraham para merecer el amor y el respeto de mi padre y señor. Y en cuanto a la fatalidad y la desgracia, es el canon que hay que pagar por fundar un linaje más limpio y encumbrado y magnífico. Esto especulé, doy*

mis razones. Y así, aguantando mi vómito, fui aquí y allá y vendí lo que debí vender y golpeé la puerta de la señorita Diéguez para que le enseñara las letras y los números y la historia de nuestro Señor y de su santísima madre la Virgen y le labrara sus decires y modos, igual y conforme que las ñañas de los blancos. Y después pagué sin regatear, ¡sin regatear!, para que el maestro escribano le enseñara la escritura de filigrana que llaman «mosaico», igual y conforme que las personas de alta retentiva y especulación, y en lo muy adentro de mí fue orgullo que más que sea uno de mi sangre, aunque fuera hembra y estuviera condenada a parir y a sufrir la potestad del hombre y marido, dejara de ser criatura ignara y montubia y animal, como éramos los Villar desde la germinación de nuestra sangre. Y un orgullo más hondo pero remansado de gratitud abrigué por la simiente de mi padre y señor, cuando con los años vi convertirse a mi Primorosa en una mujer como jamás vi. Y Dios me habrá perdonado, pues tenía pavor hasta de mirarla por miedo de olvidarme que yo la engendré, que era parte de mi sangre. Y solo entonces entendí la razón del augurio y me acuso, paisanos, que allí fue que supe del arrebato de los celos y envidié con odio asaz al blanco maligno y poderoso que tuve que elegir para que fuera amo y señor de mi hija, fruto de mi regocijo y sufrimiento. Me contaron que ya para esto la multitud se había ido raleando. Hallarían confusas e incomprensibles las palabras y razones de Cruz Villar; pensarían que lo más excitante (la venganza, el castigo, todo eso) ya había pasado; considerarían como suficientes las muestras de conmiseración que habían ofrecido a ese ser orgulloso y violento que parecía despreciar a sus semejantes o acaso porque tenían la fanática convicción de que ninguna explicación ni mea culpa ni auto de fe borraría el oprobio y el deshonor que habían caído sobre una familia de pobretones patas al suelo y sangre entreverada que pretendió elevarse por encima de ellos. Pocas mujeres quedaban, las chicheras tacaleñas se habían

marchado a esperar a una clientela que estaría ansiosa de beber y de comer picantes y de comentar y de darle vueltas a lo que acababa de presenciar. Visitación Cabrera, cogiendo de la mano a Farita Cherres, se mantenía a la distancia, lista para escabullirse y desaparecer por temor a la memoria y las requisitorias de la señorita Diéguez que ahora, junto con los ancianos de la época de Sacramento Chira, rodeaba a ese ser sometido y temeroso que era mi bisabuela Trinidad Dioses. También la indiada en su mayoría se había dispersado, como si se reputase ajena a todo aquello o, más bien, como si se sintiera frente a la repetición de una vieja historia, una historia monótona, contranatural e ilusa, en la que un ser descastado, en este caso Sacramento Chira, pretende romper con la matriz y la gentilidad y no consigue sino fundar una nueva desesperanza y un nuevo dolor y un nuevo rencor. Y, sin embargo, según me contaron, y en ello estaba la irrisión, el sarcasmo, las últimas aseveraciones del viejo Cruz Villar apuntaban a la gentilidad, a la sangre incorruptible y tenaz de los antepasados de Sacramento Chira, pero ellos se negaron a escuchar y fueron palabras al viento, vacías e inútiles; no inútiles ni perdidas, querida, pues yo, un mediodía de muchos siglos después y acompañado de espectros burlones y harapientos, habría de rescatarlas intactas y aguijonosas de entre el polvo muerto y el aire estancado y ardoroso. Pero ya había pasado el mediodía, me dijeron, ningún respiro de viento, solo aire fogoso y sólido, la ceniza quemante del terral, el alarido mortal y languideciente del animalaje de corrales y establos, el aleteo vejatorio de los gallinazos apostados en los árboles espinosos desde donde espiaban la mortandad y la naciente podredumbre de la casa de los Villar. Y quedaba aún gente: los insaciables de desventuras, los curiosos, los ciegos caminantes que habrían de llevar lo sucedido en este día por los pueblos y aldeas de la región, el maestro Atarama, Boulanger y, cómo no, Clemente Palacios, unos pocos catacaos y sechuras y colanes, con rostros soñolientos y

desapacibles, la gallada de Catalino Villar y los churres que aprendían el ejercicio de la memoria. *¿Ambición? ¿Es esta la potestad que le corresponde?*, seguía diciendo el viejo Cruz Villar. *Mi juicio y mi corazón me dicen que no. ¡Que no! Exacto que cobré, no lo niego, yo no hice las leyes del humano y cobrar es edicto antiguo, pero lo mejor para mí, Dios me perdone, fueron los gallos de plumajes nunca vistos: una fiesta, no hay otro júbilo en mi vida. ¿Ambición, pasión de codicia? Pero lo mismo pude no recibir, porque precio, precio, no había, y qué pálido y flaco vi el oro; como tampoco mi muchacha necesitaba que las mujeres triviales la curaran con flores y yerbas de amor siendo ella, como amonestaba el maestro Atarama, la flor y el rocío y la vena del fuego, y los mayores nos enseñan que la virtud del fuego es dar lumbre poderosa y quemar y arder. Con lo que digo: no fueron la codicia ni la ordinaria ambición lo que busqué. Vean: mi sueño era un delirio amargo, un descarrío, escapar, paisanos, correr, como rompiendo la cerca y escurrirme de este pellejo y desaguar la mala casta y subir y elevarme como hice con mis gallos. Y mi padre me oyó y me mandó su orden y su ley y, por segunda vez, acaté su imperio; no digo que no sufrí ni que no me escoció el salivazo escupido a mi cara, y por eso durante semanas me amarré el trapo rojo a la cabeza y martiricé hasta por vicio y de manatural a los míos, a mi muchacho Inocencio, que andaba con los tormentos, y mis animales y mis burros probaron sin respiro la nicula, pero es que yo quería encontrar sosiego y que nadie maliciara el bochorno y la pena tan honda. Esta fue la segunda vez. La tercera, su recado fue de otro modo. De otro modo. Pero, entonces, el viejo Cruz Villar, este pecador que les habla, perdió tierra, como si las arenas me tragasen, paisanos, y allí fue que comprendí la raíz de mi vida y la alta ciencia de mi hijo Santos. ¿Raza perversa? ¿Entendí bien, Santos? ¿Raza perversa?*, dijeron algunas voces, *¿a qué se refiere? Raza perversa*, dijo la señorita Domitila Diéguez, *entraron por esta misma*

calle a órdenes del mayor Coloane. Otras voces interpelaron directamente al hijo preferido de mi bisabuelo: *¡Dilo, Santos! Queremos saber tus razones*. Me contaron que Santos no se dignó responderles y en cambio les dirigió una mirada feroz, acusadora y amenazante, y luego escupió sobre el polvo, y el polvo al instante succionó el salivazo. *Cálmese, señor*, dijo. *Volvamos a casa*. Esto fue todo lo que se le oyó decir; pero en realidad su mirada decía *Por Dios, cierre la sucia jeta, viejo. Mírese, mírelos. ¿Ha olvidado el orgullo? ¿Dónde está la alta ley que nos enseñó? ¿Quiere la piedad? ¿La justicia? ¡Pero si ellos nos ofendieron tanto como el blanco Benalcázar! Recuerde que usted nos llenó la cabeza de sueños: los Villar somos así y asá, pero qué distintos y superiores al común, con derecho a las altas potestades y a ejercer dominio y un destino desemejante al de los Benalcázar, por lo más encumbrado, nos esperaba. Y por eso cabroneó a su hija, y ella fue ultrajada por el común y por las mujeres viles, y emputecida por el blanco, y todos serán condenados, todos, menos nosotros, porque ya fuimos condenados antes, desde que la semilla errante y abominable prendió en la matriz india y así usted fue arrojado a esta tierra y nos legó a la vez el orgullo y la humillación y el rencor y el desconsuelo, y no habrá sosiego ni júbilo hasta que la errante semilla sea aniquilada, destruida*.

—Pero esto tan terrible no lo dijo, ¿verdad? ¡Serían, entonces, figuraciones de los mayores!

—Es verdad, no pronunció estas palabras, pero palabras y juramentos aun peores se le oyó decir a lo largo de los años. Y la misma noche de ese día, según reveló durante la peste don Clemente Palacios, lanzó la irremediable maldición sobre Odar Benalcázar y su entero linaje, y sobre el pueblo y la tierra que lo vieron nacer. Y yo mismo fui testigo de la ferocidad verbal de Santos Villar el día en que, siendo aún muy niño, dejé de serlo. Pero esta tarde guardó silencio, solo la mirada y el escupitajo hicieron conjeturar el

revuelto de pasiones que lo embargaban. De modo que volvió a decir: *Cálmese, señor. Es tiempo de volver a casa. ¿Por qué no viene con nosotros? Se lo rogamos, papá*, dijeron Silvestre y Román. Y también Trinidad Dioses halló valor para suplicarle a su marido: *Escuche a sus hijos, don Cruz. Ya bastante desahogó su corazón. ¿Entendí bien, Santos?* Envuelto por sus propias reminiscencias y reflexiones, mi bisabuelo desoyó a su mujer e hijos, e, indiferente a la dispersión del gentío y a las preguntas y requisitorias de los vecinos y principales que aún quedaban en el terral, continuó: *¿Entendí bien, Santos? Después de que cumplí el regio precepto me pareció encontrar paz. Con mis hijos trabajamos fuerte la chacra, y mis animales agarraron el vicio de la fecundación, y mucho antes de que pintara el día yo estaba recreando la vista con mis gallos, y mi vanidad fue saciada con temeridad cuando, con un par de ellos bajo el brazo y acompañado de mis muchachos, menos de Santos, que después de lograr cruzar al gavilán y lograr la cría que fue el padre de Matancero les cogió desamor y aborrecimiento, y tampoco el menor, Inocencio, en razón de sus tormentos, íbamos a las ferias y mis gallos, pájaros pero qué benditos, qué carachos, siempre vencían y ninguno corrió ni enterró el pico, y Catalino y mis otros muchachos se inflamaban y hasta perdían la cordura, mientras yo me regocijaba en silencio y curaba sus heridas y palpaba la brasa temblorosa de sus cuerpos y, hablándoles al oído, invocaba y rezaba por el destino del gran Miguel Villar*. Cada quien, querida, tiene sus altares y tumbas privados, pero cuando me refirieron esto pensé que todos los de mi sangre habíamos erigido un mausoleo insensato en honor de aquel remoto abuelo cuyo fantasma encharretado y despótico recorría las páginas de los cuadernos que me legara mi padre. Pobre padre mío; él había prolongado este culto desolado y vano, tanto que sus primeras fantasías estuvieron dedicadas no a su propio progenitor, a quien aún no había conocido y que por entonces se deslomaba en la construcción del Canal de

Panamá, sino al guerrero godo que hubiese encendido de pasión a la mamita Sacramento Chira. Pero, entre tanto, mi bisabuelo insistía en su confesión pública: *¿Dije que encontré la paz? El corazón nunca se sacia, pues allí escondida estaba la añoranza apretándome y, todavía más adentro, la duda, eso que yo no quería decirme pero que, en lo más alto de la victoria de mis gallos, me demandaba con su duro aguijón: «¿Hice bien? ¿Pero hiciste bien, Cruz?». Y entonces mi ciencia no era más que para pensar en mi Primorosa convertida en la concubina principal del blanco, que es como decir la grandísima zorra, revestida de galas como jamás vi a blanca ninguna y, por lo mismo, teniendo que soportar el odio y la envidia del mujerío ordinario, y despertando pasión de lujuria entre los hombres. De modo que me desdigo: no había acuerdo ni reposo. ¿Pero podía haber? Y así volvía a amarrarme el trapo rojo y me tendía en la hamaca y pensaba... Vean: pensaba en la Sacramento, que fue el nombre de mi señora madre, cuando en tiempos de nuestro destino, curada con yerbas de amor y untada con la roja flor del misturí, le fue a robar su semilla a un soldado, ciertísimo, exacto que derrotado en la guerra, pero de elevado dibujo, como un animal rubio de azules ojos, asaz dominantes. Cavilaba en esto y más torcidamente me decía «Mi hija no será menos para robar esa semilla». Mi descarrío: flaco es el espíritu y el corazón, peregrino y extraño, pues yo casi reía con mi padre: «Elevada sabiduría tiene usted, señor mío». ¿Dije que encontré la paz? No existe calma ni certidumbre para el viejo Cruz Villar, porque entonces supe que la descastada arrancó de su matriz la generación que el Benalcázar sembró en su vientre. No diré lo que sentí. El mundo quedó vacío.*

—¿Descastada? ¿La llamó «descastada», maestro Martín? ¡Pero si él mismo...!

—Es extraño, curioso. Te he escuchado y me pareció estar oyendo a la señorita Domitila Diéguez, pues, según me contaron, ella interpeló poco

menos que con tus mismas palabras a mi bisabuelo. Porque por un momento aquella mujer que no era ni joven ni vieja, como tampoco hembra, sino una alegoría revestida de trapos negros, o más bien una momia sagrada y vindicativa, pareció abandonar la región donde habitaba («inmarcesible y atroz», como escribió mi cándido padre) para retomar contacto con las banales pasiones de esta vida. De modo que preguntó: *¿Descastada dice usted? ¿Por qué descastada don Cruz? ¡Explíquese, señor Villar!* Me contaron que, al escucharla, el raleado público, caído además en la modorra y el aburrido en su mayoría, recuperó el interés y se dispuso a oír la requisitoria de la maestra, anhelando el asombro y preparándose para la condena y el perdón o la piedad y la burla. Esto me dijeron. Y me dijeron también que aun el propio Santos no pudo evitar la sorpresa ni sustraerse a la expectación, aunque era sabido por todos que el muchacho detestaba a la señorita Diéguez (y yo puedo dar testimonio de que, en los años de la vejez, este sentimiento habíase trocado en odio feroz e irracional) por haber inquietado el corazón y la mente de su hermana, pues, con las letras y con los modos de señorita y de dama jedionda, la condenada solterona había sembrado en Primorosa ilusiones y orgullos y vanidades que la llevaron (y para Santos Villar este era el pecado imperdonable) a considerarse distinta y superior, no solo del común de los cristianos, sino de los de su misma sangre. Y ahora los vengativos, los curiosos e incluso los solidarios y justicieros esperaban oír de labios de la fanática maestra quién sabe qué recriminaciones, probablemente la inapelable y definitiva sentencia de aquel padre desnaturalizado que no había temido en convertirse en proxeneta de su propia hija. *¿Descastada? ¿Ha dicho usted descastada, don Cruz?*, había repetido ella. Y mi bisabuelo, arrebatado de sus añoranzas y cavilaciones, pareció desconcertarse, aturdirse, sin entender de lo que se trataba. Al fin, entendiendo a medias, exclamó: *¡Mi buena niña Domitila! Lo que yo quería decir... Escuche, óigame mi niña...* Pero entonces

intervino Santos: *No hable, padre. Silencio. Ya dijo todo lo que tenía que decir*. Ahora el sol empezaba a proyectar hacia el este la sombra de los cuerpos. Era ya la hora de la siesta, de la bendita, prolongada e inacabable siesta de la región piurana, en que la gente mayor y adulta, jóvenes y parejas (estas después de haber retozado) más que dormir, yacían aletargados sobre petates y hamacas y cueros de chivos tendidos en las habitaciones más frescas o bajo ramadas o a la sombra de los algarrobos de los corrales. El cielo se mantenía límpido e iridiscente, pero el primer amago de los ventarrones de la tarde castigó el rostro de la gente y el viento (pardo, amarillento, encendido) avanzó atorbellinado y crujiente como por un reseco y vidrioso pellejo de macanche, y en su embestida dejó una estela de polvo que quedó flotando, ardiente y vaporoso. Habían volado numerosos sombreros de paja, sudados y mugrientos; las bocas se llenaron de esa tierra malsana y los ojos sufrieron el impacto de millares de minúsculos proyectiles. Luego los allí congregados, cuyos ojos lucieron inflamados y vacuos como los ojos de los ciegos caminantes, tosieron medio asfixiándose y escupieron no solo tierra grumosa, sino largas y alegres gramputeadas al jodido y puñetero vendaval. Me contaron que de no ser por la expectativa suscitada por la interpelación de la señorita Domitila Diéguez, el escaso público que ahora rodeaba al viejo Villar habría terminado de dispersarse para ir a echarse un bebe en los chicheríos o para disfrutar de los espesos y soporíferos fulgores de la siesta piurana. En cambio, Visitación Cabrera aprovechó la acometida del ventarrón y desapareció por entre la polvareda, aunque dejó en su lugar a Farita Cherres con el mandato estricto de ver y escuchar cada uno de los gestos y las palabras de la maestra, cuya presencia y memoria seguían inspirándole reverenciado temor y aun temor pánico, ignominioso y servil. *¿Me mandas callar? ¡Mientras no me entierren sigo siendo el padre de vosotros!*, carraspeó el viejo Villar congestionado por la

tos; la polvareda empezaba a amainarse. *¿O es que ya he muerto para ti, Santos?* Y dirigiéndose a la maestra y a los principales, dijo: *Lo que yo quería decir, mi niña... Oigan, paisanos... Les estaba refiriendo... Perfectamente. Pero no descastada*, dijo Domitila Diéguez. Se limpiaba el rostro con un pañuelito, con la otra mano venteaba el polvo. *Lo que usted quiera, pero descastada no. ¿Quiere saber por qué, señor Villar?* Me contaron que en este momento se estrechó el círculo de los espectadores como si no quisiesen perderse ninguna de las palabras de la maestra. Pensarían *le dirá esto y lo otro, exculpará a la perdida y hará recaer toda la responsabilidad sobre el viejo: usted la empujó al vicio y al puterío, usted sembró en ella la vanidad y el orgullo y la ostentación, y, con el rencor que alberga la sangre suya, agitó la deslealtad que anida en lo más secreto del corazón de las hembras, precipitándola no a la justa venganza sino a la traición y al robo, y yo, incauta y cándida, le enseñé las letras y las maneras, y quise inculcarle la decencia y la moral. Cómo no adiviné la ambición que usted escondía cuando golpeó mi puerta trayendo a la churre escuálida y patas al suelo y con apariencia de animalito inocente y silvestre. Y si yo hubiera podido leer en su corazón, si Dios me hubiera iluminado, entonces le habría tirado la puerta en las narices y se habría evitado la perdición y el daño y la vergüenza*. Pero el desencanto y la desilusión cundieron muy pronto, me confesaron, y los rostros de los concurrentes (pero no todos, no todos) se volvieron opacos y soñolientos, como si de pronto sufrieran toda la pesadez de la tarde. Es verdad, me dijeron, que pocas veces se le escuchó hablar con tanta largura a la señorita Diéguez, pero fue un discurso intrincado, confuso, demasiado abstracto, demasiado por encima de los asuntos concretos y ordinarios de la vida y sin relación aparente con la mujer a quien el padre habría denominado descastada. Y terminó recalando en el único acontecimiento que en verdad importaba en su vida: la guerra con los

chilenos. De modo que habló, casi predicó, de esto y lo otro y de lo de más allá (y en tanto, entre perturbados y aburridos, abandonó el lugar otra porción de asistentes), porque hubo los héroes muertos en combate, los que nunca se rindieron, los que resistieron con Cáceres, y hubo mujeres que prefirieron la muerte a ser ultrajadas y las que se quitaron la vida después de serlo y aun hubo las que se arrancaron de sus vientres la semilla nefanda dejada por el invasor. *¿Descastadas? ¿Las llamaría usted descastadas don Cruz? No, no las descastadas. Los verdaderos descastados fueron los otros y las otras, los que aceptaron la derrota, la ocupación, el deshonor, los traidores los colaboracionistas, los que convivieron con el enemigo, el enemigo, sí, el enemigo, ellos fueron los descastados, las descastadas, ¿entiende, señor Villar?, y no habrá paz ni perdón ni olvido, pido la condena, exijo castigo, y una tarde entraron por esta misma pampa y eran tantos y tantos, tantos a pie, tantos a caballo, y el jefe era el comandante Coloane, llegaron con sus banderas y redobles de tambor y cantaban himnos de guerra... ¡Cómo no, mi niña! Entendí, lo recuerdo*, dijo el viejo Cruz Villar. *Cómo no. Lo recordaré mientras viva. Entraron por esta misma polvareda. Exacto, pero qué exacto, y garantizo mi odio. Los odiaré por siempre jamás... Pero lo que yo quería referir... Vean, paisanos… Ahora, escúcheme mi niña. ¿Me oirás, Santos?*

—¡Qué ley le tenía el papá al hijo! Pero, ¿don Santos le ordenó otra vez callarse?

—Sí, pero usó un tono mesurado, casi afectuoso. *Soy su hijo, papá, y le debo obediencia*», le dijo. *Lo oiré, pero en casa. Regresemos. Aquí no diga más, padre*. Sin embargo, me contaron, mi bisabuelo ni siquiera asuntó las palabras del hijo preferido, pues ya retomaba el hilo de sus reflexiones. *Otra vez no hablé sensato. Burro de mí, yo, y no mis burros, merezco el azote. No era que el mundo estuviera vacío, era que Cruz Villar sobraba. Me sentí de más: yo y mi sombra, y especulé que ni ella ni yo merecíamos la tierra que*

pisábamos. Colgarse, ahorcarse. Me di en recordar un guayacán enorme y robusto que descubrí en mis años mozos cuando iluso me internaba en el monte buscando las huellas y la voz de mi padre. Colgado, ahorcado. Vean, las cosas: con el trapo rojo atado a la cabeza, me deleitaba de lo más vicioso con esta figuración. Pero, entonces, ¿quién habló?: «¿Vos? ¿Ahorcarte? ¿Un hijo de mi sangre?». Me levanté de un brinco: clara pero clarita, tal y conforme yo la imaginaba, escuché la voz tan ansiada, y me chicoteó molesta, yo mejor diría ofendida y altanera, como diciéndome: «Vos, el hijo de Miguel Villar, ¿un cobarde?». Juro que sentí el chiflonazo de sangre en la cabeza, en el sentido, y en los cachetes, un rubor de vergüenza que me alcanzó el nervio del ánima, y ahí nomás como por ensalmo recordé a mi mamita Sacramento y la distinguí tan cerquita arrodillada en el suelo y curando con hojas de llantén y pulpa de sábila tierna las llagas vivas que mi señor tenía como argollas en los tobillos. «Marcas del padecimiento, pendón del ser hombre», así las floreaba él con elevada doctrina. Me dicen que renqueaba, de ningún modo mucho, pero mi recuerdo lo ve eminente, altanero y pisando firme la tierra, por más que padeció las mil desventuras y lo golpearon asaz los mil ramalazos del infortunio y la derrota. Ah, la derrota, la derrota esa que lo aventó por estos andurriales. De modo que me entregué a rumiar mis flaquezas: ¿cuál es la medida del sufrimiento?, ¿cuánto puede resistir el cristiano?, ¿cuánto esto?, ¿y esto y esto otro, cuánto? Y mientras así especulaba como antes y siempre, y siempre yo invocaba: «Dígame su mandato, padre, señáleme la ley, hábleme». Y en esa tiniebla comprendí que, pese a mis canas y achaques, yo seguía siendo el mismo mozo, miento, el mismo churre, porque la añoranza era con temeridad y la ausencia la sentí como un viento frígido viniendo desde muy detrás, abarcando sin dejar ningún agujero ni nada a mi vida, y fue así que volví a demandar a mi Santos... pero no hablo sensato, ¿verdad, hijo?, pues no

ordené, sino que adulé con rubor, suplicándole: «Tengo necesidad de...». Y mi Santos, que ya aprendió a leer en mi corazón, me atajó rápido con dura reprensión: «Olvídese, señor. Recibirá más fatalidad, más...». Venga, papá. Regresemos a casa, dijo el mozo Villar. *Ya habló de más. ¿Ausencia? Yo sé de lo que habla, don Cruz,* dijo la señorita Diéguez, *y recuerdo el día que empezó.*

—¿A qué se refería, maestro Martín?

—No llegó a decirlo, querida, pero probablemente aludió a la Batalla de San Juan, en la que murió su prometido. Me contaron que en ese momento la maestra abandonó el lugar procurando mantenerse erguida y recatada, aunque los más sentimentales me aseguraron que lo hizo luego de llevarse discretamente el pañuelito a los ojos. No se despidió de mi bisabuelo, apenas una mirada a él, a la vieja Trinidad Dioses, me contaron que también al mocetón Santos: *Con su permiso, ya oí lo que debía oír, todo está consumado*. Cosas así. Y los asistentes le abrieron trocha, la mayoría de ellos desviando los ojos por vergüenza y respeto, y algunos estudiándole el semblante, el brillo o la opacidad de la mirada, pero todos con un sentimiento de alivio, como si un aura benéfica descargara la atmósfera tornándola más humana, terrenal, ordinaria y ruin. Me dijeron que mi bisabuelo (estaba, precisaron, como un Cristo yacente reclinado sobre el regazo de Trinidad Dioses y rodeado por unas cuantas mujeres de la parentela que de tanto en tanto limpiaban y refrescaban su rostro, y custodiado por esos ángeles ariscos o demonios chúcaros que eran los mozos Villar) hizo ademán de detener a la sombría mujer, mas, enseguida, se limitó a contemplar cómo ella iba abriéndose paso entre el gentío y la expresión de sus ojos quería decir *¡Pobre mi niña!* O quizá ya no la miraba, sino que trataba de recuperar sus propias figuraciones. Instantes después se incorporó fatigosamente y quedó sentado en cuclillas (al final terminaría de rodillas sobre el terral, ahí bajo el zapote),

tomó un sorbo de agua de la chicula que pusieron en su boca y continuó hablando: *Por fin mi Santos consintió. «Juro que será la última vez», me dijo. Y yo: «Sí, sí, la última, nunca más, prometido, pero nunca jamás». Y preparamos pócima de lo mejor. Vean: estuvo hirviendo desde el lucero del alba hasta el lucero de la noche, extracto delicado, de primerísima y sutil, espíritu puro. Y convoqué a todos mis muchachos, menos a la manceba del blanco, y también la senté a mi lado a la Trinidad, y mi Inocencio quedó amarrado con nudo firme al vichayo. Y esta vez, pero lo que es ninguno, ninguno haraganeó, ni siquiera un cabeceo ni bostezo, y vieron lo que debieron ver, ya cosas humildes, ya elevadas o indignas, y hasta el mismo Catalino dijo ver y lo que vio fueron cojudeces que antes lo hacían matarse de risa, muchacho jodedor sin remedio, tan desemejante a los de mi sangre. Y a mi Inocencio se le presentó la hermana haciendo su destino, y la vio por el mar y por tierras peregrinas y ciudades de alegría y perdición. «Calma, Inocencio, calma», le decía la madre, y yo estaba como huido en la lejanía que por poco no tomé asunto a lo que le decía Santos a mi muchacho Isidoro: «Gran destino, mi hermano, de mucha fama y gloria». Salí de mis adentros, ¿Gloria, fama? ¿Como Miguel Villar? Y tú, Santos, me miraste como un hijo no debe mirar a un padre, pero andaba tan en lo mío, especulando, que en vez de reñirte cargoseé: «¿Quién más elevado que el gran Miguel Villar?». Y empecé a apurarlo: «Invoca su nombre, su palabra y su ley, Santos, exígele, ruégale, quiero saber». De modo que mi Santos tomó otra medida del remedio y cerró los ojos, y yo estuve escuchando la agitación de su sangre, pensando «Respira como un Villar», y al rato pareció despertar, se quedó mirando a Inocencio amarrado en el vichayo y luego pasó sus ojos sobre cada uno de sus hermanos, que estaban perdidos con sus propios delirios, sobre la madre que sollozaba en silencio, y al fin, sin mirarme ni nada, se levantó, caminó hasta el fondo del corral y yo me*

dije: «Va a hacer aguas; paciencia, paciencia, espera, viejo; ten calma, Cruz», pero entonces me pareció que demoraba por demás. «¿Santos?», dije, «¿Hijo?». Empecé a gritar: «¡¿Dónde andas, Santos?! ¡Regresa!...». ¡Maldita sea! ¡Cállese, papá!, rugió Santos. *Muchachos, ayúdenme a levantarlo. No te atrevas a faltarle el respeto, Santos*, clamó Trinidad Dioses, *¿olvidas que es tu padre? ¡Silencio usted también, madre!*, el mocetón señaló a los vecinos. *¡Míreles la cara!*

—¿Usted sufrió mucho la cólera de su abuelo Santos? ¿Lo ha marcado esa rabia, maestro Martín?

—Pronto te hablaré de esa «marca», como tú la llamas, querida. Pronto. Pero ahora escúchame. Se caldearon los ánimos, esto me dijeron, y los últimos asistentes que permanecían allí expresaron su apoyo al viejo Villar y a Trinidad Dioses. *Bah, Santos, déjalo desahogarse al viejo*, dijo el carnicero Clemente Palacios con falsa solidaridad y voz insidiosa. ¿Existe situación más irritante que esta? Me contaron que, en ese momento, de no ser por Domingo Medina que le susurró al oído *tranquilidad, Santos, tranquilo*, el que llegaría a ser mi abuelo habría dado rienda suelta a la cantidad de furia que albergaba su sangre. Con todo, cerró los puños, castigó el suelo con sus plantas, volvió a escupir. *Hipócritas puñeteros*, gruñó entre dientes. *¿Por qué abandonaste el lugar bendecido, Santos?*, prosiguió el viejo Villar completamente ajeno al altercado que se había suscitado. *¿Por qué te marchaste por el corral? Rápido lo supe, pues fui detrás de ti dejando a mis muchachos encalavernados en sus figuraciones. Así es, paisanos, me fui siguiendo a este, mi muchacho. Cortaba el viento de la madrugada, la baba se me llenó de tierra y mis gritos los apagaban los ladridos de los perros. Me paré a tomar aliento. La vejez es la peor enfermedad del hombre. «¡Santos! ¡Santos!», grité de nuevo, estaba a la salida de El Almendro y no eran los perros los que se tragaban mis gritos; era la bramazón del río y el puñetero*

alboroto de los cololos. ¿El cielo? Ni lo miré. ¿Qué estrella ni qué nada podía mitigar las tinieblas en que me hallaba? «¡Santos, ven aquí! ¡Te lo ordena tu padre!». Por el amor de Dios, señor, ¡acuérdese del honor!, demandó el hijo, *¡Acuérdese!* Me contaron que, por unos instantes, el viejo pareció sopesar las palabras del hijo, como si dijera: *¿Acordarme? ¿El honor?* Luego anduvo perdido en un dédalo de divagaciones en las que aludía una y otra vez y otra más al honor perdido no solo ante los vecinos del lugar, sino ante su mujer y sus hijos y ante sí mismo, pero él (Cruz Villar) no había hecho más que obedecer una ley de más sustancia que tenía que ver con la sangre y el linaje. Y siglos después, China querida, yo me pregunto: el linaje, la sangre, esas sustancias que agitaron el espíritu de Cruz y Santos Villar y de mi desventurado padre, ¿siguen perturbando mi espíritu? ¿Por eso he venido a este pueblo? ¿Es posible romper con estos imperativos y fundar la vida en una nada sin memoria? Y lo mismo que Sacramento Chira, que curaba con yerbas de la tierra las llagas vivas de Miguel Villar, y como Trinidad Dioses con mi bisabuelo, y como Altemira Flórez con mi padre, que no llegué a conocer, tú me dices *Cálmese, olvídese de esos recuerdos, maestro Martín...* Pero tampoco yo hallaré la paz. ¿Tampoco yo? Por fin (el viejo Villar) volvió a reencontrarse en las afueras de El Almendro. Había reemprendido la caminata, iba casi a la carrera y tenía la boca reseca y el corazón alborotado y gritaba conminando a su hijo Santos que volviera y le comunicara lo que el cactus amargo en su infinita sabiduría le había revelado. Y de pronto, dijo, de detrás de un matorral de cañas de Guayaquil apareció una sombra cruel y magnífica que caminaba hacia él pisando firme la tierra. *¿Es usted, padre?*, dijo, cayendo de rodillas. Y ahí, al cabo de innumerables años, estaba Miguel Villar, el fundador. Y aun le pareció distinguir la casaca roja, las charreteras, el sable guerrero, las botas. Entonces escuchó la voz de Santos: *No merece sus lágrimas. Ni un recuerdo.* Pero no entendió lo que decía la voz. Perplejo

y humillado, toda su atención parecía concentrada en los pies descalzos y en los pantalones remendados y de dril ordinario de su hijo. Y, por primera vez, aquel, su muchacho, que había conquistado la primogenitura en su corazón, y de natural tan parco de palabras como si estas fueran un patrimonio que no debía despilfarrarse, ahora hablaba con soltura y elevadas razones, y estas trasuntaban rencor y orgullo y tranquilo desprecio. Pero no lo escuchaba, o más bien su atención se dividía entre las múltiples voces que ahora lo acosaban. Porque al lado de la voz del muchacho estaba la suya propia y esta, a su vez, se fragmentaba en infinitas voces que le llegaban desde diferentes tiempos y que él había creído no olvidadas, sino muertas, y que ahora le escocían como las heridas abiertas de Miguel Villar. Y, no obstante, él oía y entendía (no con el oído y la mente, sino con el sentido del corazón y de la sangre) las duras revelaciones y las implacables sentencias que el muchacho sustentaba. De modo que Cruz Villar repetía: *¿Raza perversa? ¿La condena, dices? ¿La destrucción? ¿El fuego?* Dijo que después ya no supo de sí mismo, aunque no fue que perdiera el sentido. Y caminó apretando el paso (él dijo: *Debí caminar apretando el paso*) sin ordenarle al instinto que lo guiase. Marchando en absoluta inconsciencia como marchó, no recordaba haber sentido el peso de la tierra que lo soportaba y su cuerpo se había quedado ingrávido, como despojado de huesos y de nervios y de corazón y de sangre. Y ahora era Santos (él dijo: *Pero lo supe quién sabe cuándo; cuando volvió el sentido*) el que marchaba tras él, pero no para conferirle consuelo, pues ya desde entonces el muchacho había renunciado a la piedad, sino escarbando entre el rencor y reclamando la condena. *¡Ni una lágrima!,* le gritaba, *¡Ni una, padre! ¡No lo merece!*

—¿Nunca dejarán de atormentarlo esos recuerdos? Cálmese, maestro Martín.

—Espera, querida, un rato más y terminaré. Escucha. Y ahora haz como si yo fuera mi bisabuelo Cruz y estoy de rodillas y no es de noche, todavía el sol está alto y el terral parece una brasa, y el mismo viento que de nuevo embiste entre torbellinos de arena, es un viento ardoroso.

—Cálmese, por favor. No hable así. Me asusta. Me da miedo.

–Lágrimas, pero lágrimas de verdad, las derramé, decía ahora el viejo Villar, *y no padezco rubor por ellas. No por saber de su muerte, pues a ningún cristiano le está permitido escapar a este destino. Tampoco por haber cogido nueva mujer, que es ley del varón buscar hembra para merecer regocijo y obediencia. Ni tan siquiera por el olvido en que nos tuvo, porque peores vicios que la ingratitud emponzoñan el corazón del humano. ¿Por celos, al enterarme de la nueva generación que fundó? ¡Pero si los celos son pasión ordinaria y mujeril! Y el hombre, paisanos, necesita de los hijos para ejercer potestad y conservar la memoria y la simiente. Y tampoco fue que nos negó, porque se niega lo que se tuvo, igual y conforme que lo olvidado es lo dejado y entonces alguna vez llega la nostalgia y uno piensa en lo que abandonamos y brota la lágrima y hasta moqueamos por la añoranza y el remordimiento enciende candela en nuestra cara. Por eso, en la memoria que de su vida le hizo a la blanca con la que fundó generación tras elevados esponsales (hembra de casta eminente, por decir, como de la esposa del finado viejo Benalcázar o como de la misma doña Grimanesa, la mañosa mujer del Benalcázar de ahora), no nos mencionó siquiera y nos pasó por alto, y nunca existimos para él y ni tan siquiera por rubor de confesarle a la blanca que en tiempos de juventud se cruzó con india ordinaria, sino igual y conforme que el hombre llegado a la vejez no recuerda a las mulas y burras y chivas con las que de muchacho busca esparcimiento y sosiego. Y todo esto me iba diciendo mi Santos con elevada ciencia, y sus razones, paisanos, me atormentaban. «Compréndalo, señor, lo que él dejó no fue su semilla ni su*

sangre». Y yo presintiendo, temiendo, lo atajé: «No blasfemes, hijo, no injuries que existe un Dios en los cielos». Pero él desoyó mis ruegos y antes redobló su furia cruel: «No su sangre, no su semilla, padre». Y yo: «Te digo que te calles, te lo ordeno». Y quise poner la mente en otros mundos y tapiarme las orejas, pero la voz altanera me seguía aguijoneando: «Ventosidades y mierda». Y yo: «Jodido muchacho, cállate». Y él: «Ventosidades». Y yo: «Silencio, animal». «Mierda, esto fue lo que dejó, mierda, esto dejó, porquería, nada más que porquería y mierda». Después ya no recuerdo y caminé con el sentido huido y lejano, hasta que volví a oírlo o, por mejor decir, a entenderlo, pues todo el tiempo lo sentí hablarme y gritarme detrás de mí. Y yo repetí: «¿Raza perversa?».

—Le juro que algún día lo entenderé. Le juro. Pero lo que ahora le ruego...

—¡Deja de hablar, muchacha! Atiende, escucha. Es preciso que termine. ¿No ves que la casona sigue allí? En ruinas, pero todavía en pie, resistiendo. De modo que continúa figurándote que soy mi bisabuelo y que estoy de rodillas, pero no sobre el terral ni sobre la arena de los médanos, sino sobre tierra de riberas, húmeda y tibia y de grato aroma, y es la madrugada. Esto fue lo que dijo el viejo Cruz Villar. Hasta allí lo había llevado el instinto. También esto afirmó. Y con las uñas escarbaba la tierra erizada de cañas bravas y de árboles jóvenes de veinte o treinta años. Y Santos, sin darle tregua, una pura llama.

—Perdóneme, maestro Martín. No seré más una zonza. ¿Puedo preguntarle dónde estaba?

—En el cementerio antiguo, es decir, en el espacio donde debió estar el viejo cementerio del pueblo hasta que fue arrasado por la gran creciente del Chira de 1861, aquella terrible avenida de infausta memoria para la región y, sin embargo, recibida por Cruz Villar como un altísimo don del destino que lo liberaba de los huesos y la sangre impura de Sacramento Chira. Y ahora

sus pasos (*Sin saberlo ni tan siquiera quererlo*, dijo él) lo habían conducido en pos de la reconciliación tardía y del desagravio imposible e inútil: este era otro lugar, ya que el anterior había sido devastado desde sus propios fundamentos y raíces. Dijo haber pensado esto (*Ninguna lágrima asomó y con el corazón muerto*) mientras escarbaba la tierra, pero de pronto recordó o creyó recordar que lo que habían arrasado las avalanchas de agua eran los mausoleos y nichos de los blancos y gente principal y de mestizos ordinarios y pobres y, en cambio (*El vicio de la esperanza es ley del humano*, sentenció él), los montonales de lodo y barro y limo no habían hecho más que recubrir las tumbas indias cavadas en la misma tierra, de modo que ahora los restos de Sacramento Chira, como los de innumerables generaciones de indios, debían reposar bajo tierra, y sus esencias y humores se habrían mezclado y revuelto con los huesos de los antepasados gentiles que yacían en el vientre del desierto, aquellas tumbas y huacas y fardos de huesos y de polvo funerario y de piedras y de joyas que su muchacho Isidoro tenía la virtud de ver y de rastrear. No, no asomó ni una lágrima (*¿Quién puede amonestar a Cruz Villar de ser hombre de llantos ni de ternezas?*), pero le sobrevino un letargo desconocido. Eran la quietud y el reposo y el deseo de dejarse caer y de abandonarse y de fundirse con esta tierra recién descubierta. Y se hallaba en este trance. (Dijo: *En esta pereza y haraganería*) cuando el imperio de la palabra de su hijo Santos estremeció, pulverizándolos, la quietud y el reposo. *De modo que no existía ni calma ni reposo ni acuerdo para Cruz Villar*, esto volvió a repetir. Pues, apenas el viejo logró salir del aturdimiento y explicó al hijo el lugar en que se hallaban (*¿Sabes que estamos pisando la tierra en que descansa tu abuela Sacramento?*), al muchacho lo sobrecogió una nueva furia («absoluta y blasfematoria, y no obstante lúcida y justiciera», como escribiera mi padre) que hizo descubrir al viejo Villar que su muchacho Santos no solo le inspiraba amor paternal y orgullo y respeto, sino temor de

una calidad desconocida, en nada semejante a pasiones tan bajas como, digamos, la cobardía o la fobia abyecta por el martirio corporal o el miedo a la muerte. Y ahora el muchacho injuriaba los huesos y la sangre y el polvo que mi bisabuelo empezaba a venerar, diciéndole *También la india. La valiente zorra. ¿No dice usted que fue al encuentro del blanco? ¡Basta, santo señor!*, protestaron algunas mujeres. *¡Hasta cuándo tendremos que oír tantas blasfemias! Ah, mujeres, mujeres. ¡Pero si no hace un ratito que la curiosidad las mataba! Prosiga, don Cruz, prosiga*.

—¿Quién fue el que habló?

—El matarife. Clemente Palacios.

—¿Y don Santos de qué lado se puso?

—Santos Villar no podía estar más que de su propio lado, porque él se consideraba la ley y la verdad. Y quizá lo fuese. Durante todos estos años no he hecho más que pensar en ello, creo que desde que al morir él pensé, cándidamente, haber escapado de su imperio. No, no protestó ni injurió, se limitó a dirigirle una mirada taladrante y glacial al matarife, como advirtiéndole: *Cuidado con tus burlas o no tendrás mi alma*. Pero como si le repugnase el espectáculo de su padre caído de rodillas, evitó mirarlo y desplazó la mirada por el terral y por la casa paterna y por el trozo de cielo manchado de gallinazos, y por esto mismo es conjeturable que pensase *Está bien, pero, entonces, arrójelo todo, vomítelo, puñetero, y no oculte nada*. En tanto, como si adivinara los pensamientos de su hijo, el viejo Villar continuó. *Y me heriste hondo, hijo, y estuviste escarba y escarba la herida: «También ella, la muy zorra», y yo le ordenaba «Cállate», y le rogaba, «¿No ves que ya nada me queda?», y antes él me salió con esta razón: «Mejor así, mejor así, ¿no lo entiende?». Padre e hijo disputando, vean por dónde marcha el mundo. Y hasta temí que se fatalizara levantándome la mano, pero luego ocurrió no que se sosegara, sino que retornó a las razones que me vino*

machacando mientras caminaba detrás de mí y yo estaba tan cansado y curioso y más que todo atormentado por las dudas. Por fin, le volví a asuntar: «¿Raza perversa?». «Correcto, pero correcto, qué verídico». «Lo acepto». «Nunca debieron llegar a esta tierra. ¿Entendido? ¡Nunca!». «¡Pero no Miguel Villar! ¡Él no! A él lo perdono, óyelo bien, lo perdono. ¡Ni una palabra más! ¡Ni una! Y ahora, déjame», dije. «¡Apártate!», mandé aún imponiendo mi imperio y mi respeto.

Como tantas otras noches de hace muchas semanas y meses, estábamos la pequeña Zoila Chira y yo sobre la cima de una de las dunas que circundan el nuevo caserío de El Conchal. Ya he dicho por qué la prefería entre todas las dunas, pero ahora pensé que acaso se hubiese formado, por el azar y la conjura de los vientos, tiempo después de la huida de Primorosa Villar. Sé que en los años de invalidez, a la caída de la tarde o en las noches de claridad lunar, Odar Benalcázar se hacía conducir a la terraza de oriente y con los prismáticos contemplaba largamente este tumulto de dunas ondulantes y tersas como cuerpos de mujer, y me pregunto si también él ante esta vista habría evocado el cuerpo y la piel de Primorosa Villar en la plenitud de su belleza. La voz de Zoila (¿dije ya que suelo llamarla China?) me rescató de estas vanas ensoñaciones y me restituyó a aquel día de infausta memoria para todos los de mi sangre. Entonces me descubrí, como lo estuviera siglos atrás mi bisabuelo, de rodillas sobre la arena, y de perfil como estaba podía divisar, a un lado, la mole espectral de la que fuera mansión de los Benalcázar León y Seminario y, abajo, en la hondonada, el titilar de los candiles del caserío. No era noche de grandes vientos y por la lejana carretera sin asfaltar aún pasaba uno que otro vehículo pero a intervalos muy dilatados, de modo que en medio de la ardiente respiración de la noche podía escuchar la llovizna de arena

golpeando el cristal de la lámpara de ferroviario y el profundo hervor de los médanos.

—¿Maestro Martín? ¿Me oye?

Le respondí: *Sí; te oigo*. Pero tardé en responderle, pues me había quedado observándola. Estaba sentada y yo podía ver sus pies descalzos (los dos estábamos descalzos) y la falda cubriéndola hasta las pantorrillas. Tenía las rodillas juntas, y las manos de tanto en tanto cogían puñados de arena y la esparcían por el aire. Quince años. Y pronto ese vientre, si yo no hacía algo, empezaría a abultarse.

—¿En qué pensaba? ¿Prefiere que bajemos a casa?

—¿Y dejar inconclusa la historia? Ofendería la memoria de los míos, China mía, y nunca me lo perdonarían. De modo que será preciso terminar.

Me acerqué un poco más a ella y acaricié sus mejillas que como mis manos estaban ásperas por la arena. Enseguida le dije: *Pero tengo que hacer algo o pronto será demasiado tarde*.

—¿A qué se refiere? No me mire así, maestro Martín. Me asusta.

—Lo siento, querida, lo lamento. Y no tienes por qué temer, créeme. ¿Desconfías, acaso, de mí? Pero es que de pronto me pareció escuchar la maldición que Santos Villar lanzó contra Benalcázar y contra el mismo pueblo donde nació la misma noche del día que te he estado refiriendo. Aunque esto, entiéndeme, nunca podrá ser probado, pese a los rumores que persisten y las aseveraciones que don Clemente Palacios hiciera al joven doctor González en los días más aciagos de la peste. No, nunca logró

probarse, y lo que me contara al respecto mi madre, Altemira Flórez, pudo ser recogido de fuentes de segunda y tercera mano. Pero nadie se atreverá a negar que entre mi abuelo Santos (el que llegaría a ser mi abuelo Santos) y don Clemente Palacios existieron vínculos de alguna especie, pues, de lo contrario, mi abuela Isabel no habría mandado a ese niño infortunado (y que llegaría a ser mi padre) con destino a la casa de aquel hombre perverso, colocado en un piajeno que lentamente atravesó el pueblo de un extremo a otro. De un extremo a otro y ante la mirada aprehensiva, suspicaz y condenatoria del vecindario. Ah, pero esta es otra historia. Otra historia.

—Sí, porque lo que usted me estaba contando...

—De acuerdo. No lo he olvidado, sino que, de súbito, al mirarte... Pero te repito, no está probado. En cambio sobran testimonios sobre la vuelta al hogar, para luego volver a partir, de Isidoro Villar, el primero de los hijos engendrados por mi bisabuelo en Lucero Dioses, la hermana menor de mi bisabuela Trinidad. Llegó con el Colorado, el de los cabos negros, el fino mulo dado por Odar Benalcázar como parte de pago por la compra de Primorosa y al que el muchacho Villar, me refiero a Isidoro, convertiría en el artífice de su venganza. Me contaron que el único que asistió a la ceremonia (ciertamente una ceremonia) fue el siempre insomne y desvelado Inocencio, y de labios de este lo supo mi tío Catalino, y, con el relato del hermano menor, mi tío Catalino compuso aquella historia de aventuras y de vindicación con la cual fanfarroneó por medio mundo y en la que él asumía el papel que en realidad le tocó cumplir a Santos Villar. Me contaron que, sin recibir ningún aviso, mi abuelo (el que llegaría a ser mi abuelo) estaba esperando al hermano preferido que aquella mañana había huido adelantándose a la venganza de Benalcázar. No se abrazaron, pues entre los Villar nunca existió este tipo de efusiones. Tampoco hablaron mucho (los dos eran parcos y avarientos con las palabras), pero cuando Isidoro se arrodilló en el suelo, bajo

el vichayo, Santos, por unos instantes, pareció desconcertarse y dudar: *¿Mi bendición? Sí, señor, reclamo su bendición*. *No es mi potestad, hermano; corresponde al padre bendecir*. *Desde hoy no reconozco otro padre que usted; ruego su bendición*. *¿Por qué, Isidoro? Porque me haré malo, señor*. *¿Juras vengar nuestra sangre? Lo juro, señor; ¡lo juro! Yo te bendigo, Isidoro Villar Dioses; y ahora, hijo, ve y cumple tu destino*.

—¿Ocurrió, dice usted, esa misma noche? ¿Bajo el vichayo?

—Sí, la misma noche, o acaso la madrugada siguiente. Pero fue allí, bajo el vichayo, donde había sido martirizado mi bisabuelo y donde él durante muchos años martirizó a los hijos de su sangre. Me contaron que Cruz Villar, la vieja Trinidad Dioses y los muchachos Villar, menos Inocencio y Santos, dormían honda y pesadamente, y toda la casa guardaba el olor a matanza y degollina y exhalaba un hálito de vergüenza y humillación irredimible. Nadie había probado alimento y, después de que el padre regresó a casa, los muchachos Villar deliberaron sobre lo que habría de hacerse con el animalaje sacrificado. En realidad no hubo propiamente deliberación, pues todos aguardaban la orden de Santos. ¿Cavar una zanja y enterrarlos? ¿Hacer una hoguera con ellos? Me contaron que Catalino se atrevió a chamullar: *¿Por qué no vender? ¿Por qué no sacar algún beneficio de tantísima carne?* Me dijeron que mi abuelo Santos (el que llegaría a ser mi abuelo) lo atajó furibundo: *Cállate, so puñetero badulaque*. Luego impartió la orden: no, ni enterrarlos ni quemarlos; había nada más que arrojarlos al terral y luego ver la disputa que se armaría entre los gallinazos y los vecinos por conseguir una piltrafa de toda esa basura. Y, en efecto, así ocurrió, ¡tanta pobreza y hambre había en el pueblo! Y el corazón de los Villar se llenó de júbilo perverso.

—Pero no ha terminado de contarme lo de don Cruz.

—Seguía allí, caído de rodillas, emporcado de sangre y tierra y babas, hasta que reconoció la mierda que había arrojado sobre sus hijos, sobre mi

padre que aún no había nacido, sobre mí, que lo esperaba al cabo de los siglos. Pero no fue así, China, no me hagas caso. Contó que por el momento había logrado imponerse sobre su hijo y que este, lanzando una última injuria, desapareció por entre los matorrales. Y ahora, por fin solo sobre la tierra en que reposaban los huesos de Sacramento Chira, pensó en el desagravio, en rezarle por primera vez, en invocar su perdón (*Nunca le prendí una vela ni una corona ni nada*, dijo él), mas al rato comprendió que la seguía agraviando, pues muy adentro lo seguían atormentando las dudas sembradas por su hijo. *¿Raza perversa? ¿También el gran Miguel Villar?* De modo que continuó: *Y no lo acepté y juré y recontrajuré nunca más dudar, paisanos, qué caracho, la sangre es la sangre, ¿existe ley más elevada? Y ya no me pareció cosa de sueño ni de figuración ver galopando a Miguel Villar sobre elevado corcel con su casaca roja y las charreteras color de oro y las botas y la espada altanera. Y más bien a este, mi muchacho, le cogí desamor, pues su sola vista me enfermaba el ánima y avivaba tormentos y abría heridas. Nunca fui padre amoroso, pero a lo último presté atención a mis muchachos, mi pobre Inocencio, y hasta el badulaque de Catalino quitó rigor de mi cara con sus pendejadas. En cuanto a la otra, quiero decir, a la concubina del blanco, no quise oír hablar de ella y cerré oídos a cualquier rumor perverso. Mis gallos me ayudaron. Altaneros, de plumajes peregrinos y espolones que partían el corazón de los enemigos. ¡Estos eran los gallos de Cruz Villar! Y volví a platicar con mi augusto padre mientras los preparaba para los combates. Y a la Trinidad le decía: «¿Por qué armar querella? Falta ya poco y ya compré los nichos y nadie tendrá potestad para agraviar nuestro reposo»*.

—Morirse y reposar, ¿era esto su única esperanza?

—Sí, sí, y a ella se aferró. Era la capitulación, la buena agonía, la apacible degeneración. Contó que, con este alivio (Dijo: *Con la calma que jamás me*

figuré), los días fueron sucediéndose con tedio sosegado y, según le dijo su mujer, su cara se limpió de rigores y agruras. Y así transcurrió hasta ahora pronto, hasta precisamente esta misma mañana, cuando el Benalcázar y sus hombres derribaron la puerta, y entonces, al verlo (a Benalcázar) altanero y magnífico, buscó los ojos de su Santos: *¿Raza perversa?* Esto era lo que decían sus ojos. El viejo terminó diciendo: *Porque no era el Benalcázar joven a quien vi entrar, ni siquiera a don Jerónimo ni al padre anterior que yo alcancé cuando todavía era así de churre. Era un ser pero qué elevado y superior, y admiré el dibujo y la casta eminente de Miguel Villar. Oigan bien lo que sentencio: no Odar Benalcázar ni ningún otro blanco mequetrefe cualquiera. ¡Era Miguel Villar! Ah, paisanos, mis hijos: a la extremosidad de mis edades, después de sin fin de trajines y de años por demás onerosos, se me reveló el fundamento, la raíz. ¿Otro descarrío del viejo Villar? ¿Otra triste figuración y pálida sombra? ¡Pero si era él con la firme osamenta y la entera carne y la mirada de imperio! Y así fue que entendí la verdad que la bebida de mis antepasados gentiles me ocultó, ¿por manaturalosa avaricia?, ¿por penitencia?, ¿por rigor de prueba?, ¿o por qué? ¡¿Por qué?! Se me pasmó la habladera y ni casi entendí sus floreos de ofensa. ¿Los bigamazos? Vean: en los aconteceres fatales, el cuerpo desentierra unas fibras, unos ejes relucen, esto ya lo descubrí en los días del chileno. No afirmo que la bigama no rompiese mi cara, ¿acaso ustedes no la ven? Y si mi carne padeció supo guardar altivo recato, y tampoco mi ánima desesperaba, porque mi sentido estaba embelesado. «¿Usted? ¿Pero usted?». Y el blanco y señor y macho ultrajado ahora aventaba las palabras soeces contra el padre, y hacía mofa y escarnio del viejo Cruz Villar revelándole las inmundicias y vicios y pecados que cometió con la hija emputecida. Caí de rodillas doblegado por los golpes, y uno de los serranos, cogiéndome de la mata del pelo, me levantó para que mejor mirase el agravio. Yo sé de degollinas y suman cantidades*

los animales que dejé capones, ofendidos por siempre para la generación. Y fíjense, qué curiosidad, en el trance antes recordé a un gran borrego que tuve, amo y padre que fue de muchos rebaños, de verijas tan soberbias y pestilentes, y abusivo y pendenciero como él solo, que era mi orgullo y yo lo encariñaba, grandísimo cabrón, qué caracho, el más indócil y altanero de los borregos del pueblo, pero que de la noche a la mañana empezó a mal mirarme, como queriendo disputarme potestades. Y fue entonces ocasión para enseñar a mis muchachos la alta doctrina del mando y el respeto y en el momento que les refiero oí, pero qué clarito, el lamento largo, qué digo, larguísimo con barbaridad, no solo del borrego que padeció el tajo capador, sino de todo el animalaje de estos rumbos. Esta curiosidad se me presentó, digo, mejor, el lamento rugiente extendiéndose jodido y amargo, con más desconsuelo que en sepelio de cristiano, quizá fuese por esto que los amonesto del embeleso. Y de este embeleso me vino a sacudir la sangre de mis gallos, que como una gracia degollaban en mis narices los que nombraban Bocarrajada y Vizcachablanca. El surtidor de sangre fría me alcanzó y las plumas tan lindas cayéndome, nadie fue mejor coronado de escarnio que el viejo Villar. ¡Nadie! ¡Nadie! De lo después no guardo memoria por la avalancha que venía de atrás, de tantísimos años, de modo que dije «¿Usted? ¿Pero usted también Miguel Villar?», hablándole enseguida del elevado estatuto, usted que fue esto y lo otro, yo que lo tuve de esta y de esta otra manera: «¿Usted también?». Dijo que en un arrebato de luz consideró la cara de Benalcázar, y él (Benalcázar) como que entendía y no entendía, pero alguna trama debió punzar, porque el blanco se esforzó por afrentarlo: *¿Qué habla, so viejo cojudo? ¿Yo, Miguel Villar? ¡Váyase a la puta que lo parió!* Sin embargo, él (mi bisabuelo) continuó con lo recién aprendido y poco importaba la derrota o la deserción o la perniciosa índole: el soldado godo Miguel Villar llegó a esta tierra y engendró vástagos de su

sangre y llenó con su estampa y su ley el hogar, y señoreó (*Ah, y cómo ejerció alta potestad*, dijo él) y un día desapareció. Desapareció. Y, desde entonces, su aliento fue la añoranza (*Nada más, nada más*), ausencia y añoranza y desconsuelo y aborrecimiento y desamor (¿es esto vida, China querida?). Y dijo que no supo hasta ahora, que hasta ahora no había sabido... Pero entonces ya no pudo proseguir (*Ya no pude hilvanar mi doctrina*), pues el blanco (el Villar, el Benalcázar, ¿entiendes?) ordenó sacarlo a rastras y fue sacado a este terral y ellos (los vecinos) habían sido testigos de su martirio por sus culpas, y su culpa (*Al fin entendí, paisanos, hijos míos*) fue vivir en embeleso huyendo del natural y las raíces, y esta ley quiso amonestarle al blanco, que antes partió en tropel y desapareció altanero entre grandes polvaredas, como Miguel Villar redivivo (Dijo el viejo: *Igual y conforme que el fantasma de Miguel Villar*), de modo que su muchacho Santos había hablado con ciencia verídica: raza perversa, ellos, con Miguel Villar galopando a la cabeza, llegaron y fatalizaron por siempre esta tierra (Sentenció: *Por siempre, por siempre, por siempre*) y así habría de ser hasta que desaparecieran de su faz y fueran despojados de su hombría (*Como hice yo con el gran padrillo*) y no hubiese más generación, ya no más seres fatales como Cruz Villar (¿y como yo?, ¿y como tú?), señor y tirano de sus hijos y de sus animales y de sus mujeres, pues este Villar del que hablaba había visto destruida su vida y agravió su otro linaje y se fatalizó y se convirtió en un ser descastado (*¿Me oye, señorita Diéguez? ¡Descastado! Sí ¡Descastado!*), e interpeló enseguida a Santos (Pidió: *Escúchame tú, Santos*), pues no solo Miguel Villar y su raza perversa sino también él (Cruz Villar) merecían la condena y la destrucción y el fuego y así la mamita Sacramento Chira y los abuelos antiguos encontrarían venganza y reposo y olvido.

—Nunca dejarán de atormentarlo esos recuerdos, maestro Martín. ¡Nunca!

No respondí las palabras de mi muchacha, que me llegaron lejanas. Antes bien, continué.

—Y luego sobrevino la venganza y se desataron las furias. Pero no existen ni reposo ni olvido. No existen. ¿Celebró pacto esa noche Santos Villar? Nunca se sabrá y tampoco importa ni le temo. Pero fue verdad que el pueblo recibió castigo. Y más verdad aun es que el doctor González en sus *Diarios de la peste* se burlase de buena gana de lo que llamó «conjuras y supersticiones de aldea». Y Odar Benalcázar fue reducido a la invalidez por la bala rencorosa de Isidoro Villar. Y por ello y por otros muchos crímenes, el montonero y luego bandolero Isidoro Villar fue fusilado ante el Zapote de Dos Piernas, y su cuantioso botín quedó sepultado para siempre bajo algún punto de un yermo intrincado cuya única referencia era el paso anual de una duna errante que mi desventurado padre ilusamente pretendió ubicar en los últimos años de su vida. Y el buen Inocencio vivió desconsolado hasta que fue encontrado muerto en el monte, medio devorado por las bestias. Y tampoco él halló reposo ni pudo olvidar a Primorosa. Y mi padre, engendrado en el dolor y la furia, postuló, de acuerdo con la doctrina del doctor González, la conciliación y la paz, pero él mismo no fue dichoso y vivió en discordia y abominó de ella. Y yo... Y yo...

—Maestro Martín, ¿me oye?

Me puse de pie y me hundí hasta los tobillos. El viento empezaba a crisparse y a hacer silbar los médanos y las dunas. Hacia occidente, más allá de la ruinosa mansión, podían distinguirse las luces del pueblo de los Villar. Un pájaro nocturno graznó en la realidad o en el recuerdo. Miré el cielo y recordé a mi tía Dioselina, del linaje materno, quien decía que era vanidad pretender contar las infinitas estrellas del Señor y que, de hacerlo, se nos

trastornaría el sentido. Creo haber dicho que, en tiempos remotos, el mar debió tener su lecho por estos parajes, pero ahora, evocando la fugaz visión que tuviera en la choza de don Asunción Juares, pensé que acaso los restos marinos que uno podía hallar casi en la superficie de la arena (conchas, caracoles, algas, corales) fuesen la escoria que dejó el cataclísmico maremoto que en el siglo XI asoló la costa norte del Perú desde Tumbes hasta Paramonga, y que sepultó a numerosos pueblos de la avanzada cultura tallán. Esto es, por lo menos, lo que contaba nuestro profesor de historia, señor Silupú, él mismo descendiente de un antiguo clan de indios de Narigualá, y recuerdo haberme sentido encandilado cuando afirmó que bajo los arenales de la región piurana yacían sepultadas vastas necrópolis indias, y me quedé saboreando la misteriosa palabra cuyo significado ignoraba. Y ahora, al divisar aquí y allá fosforescencias y súbitas llamaradas, pensé en tumbas y en huacas cargadas de huesos y de joyas custodiadas por lagartos de oro, que Isidoro Villar, antes de que torciera su destino, tenía la virtud de encontrar.

—Despierte. ¿En qué piensa? ¿Me oye?

Se había levantado. Con la linterna en una mano alumbraba mi rostro y, con la otra, me invitaba a sentarme. La abracé, me parece, pero mi mente seguía por otros siglos, pasados y futuros. *Un minuto, un segundo,* le dije. Ella volvió a dejarse caer y luego la vi tenderse suavemente sobre el dorso de la duna. Empezaba el juego, el juego querido. *¿Qué haces?*, le dije, aún distraído. No, ninguno halló paz ni olvido, y la venganza no fue más que un breve relámpago, el estallido que hizo patente la oscuridad sin aniquilarla. Y Primorosa Villar cobró venganza, pero, en cambio, su espíritu quedó perturbado para siempre. Y es verdad que Benalcázar padeció, sin embargo, ¿no tuvo para sí ese arrebato absoluto que es el amor y el goce del cuerpo? Y,

a fin de cuentas, quedó Grimanesa León y quedó el alemán Albrecht y quedaron los otros Seminario y los otros blancos de la santa tierra piurana. Y por eso habrá que tener por siempre en consideración la elevada y cruel doctrina de Santos Villar. Y yo... Y yo...

—Dese tregua. Descanse. Venga.

¿Y yo?, repetí, mientras la chiquilla se afanaba con su traje. Y yo vine a esta región, a este pueblo, pensando que era un retorno, diciéndome *Seré una comunidad*. Pero no fue más que una huida, aunque en sentido inverso, semejante a la de mi bisabuelo Cruz Villar, pues no soy una comunidad y quizá nunca lo sea. De cualquier manera, no soy más que un conglomerado de voces disímiles y antagónicas y me pregunto si pretender recuperarlas no solo es vanidad y empresa imposible y dispendiosa como el contar las infinitas estrellas del Señor, sino tarea inútil y vacua, pues para memoria sobran las vastas necrópolis, y ellas tampoco nos han de salvar.

—¿Por qué no viene? Mire que el viento empieza a golpear.

Esta vez no la miré, pues adivinaba lo que estaba haciendo. Y vine y me asenté en este pueblo y abusé de la hospitalidad que se me brindó y te seduje y te obligué a escuchar la historia de los míos y a compartir el viejo rencor y la desesperación, y aun renunciaste a ti misma para la celebración de mis ritos y según los golpes de mi sangre y mi añoranza fuiste Sacramento Chira y Primorosa Villar y aun Deyanira Urribarri, de modo que aprendiste a musitar *don Miguel* o *dulce Inocencio* o *patrón Odar*, y una vez más te has desnudado y te has tendido sobre el dorso de la más bella de las dunas y tú

misma eres esta duna bellísima que el viento y la sangre crispan y, enardecido y con mi viejo sentimiento de orfandad, voy hacia ti.

Entonces ella por primera vez me dice:

—Pero no esta noche. Hoy me llamo Zoila Chira. Recuérdalo, Martín. Y ahora, ven aquí, amor mío. Sosiega tu espíritu.

Una perenne agonía (1)

Cuando la noche del 28 de marzo de 1939 por los parlantes de la Plaza de Armas de Piura el padre Azcárate escuchó la noticia de la caída de Madrid y la proclama del generalísimo Franco anunciando la victoria de la España Eterna, Católica y Unitaria sobre las fuerzas disolventes y tenebrosas del mal, volvió a sentir, después de años de apaciguamiento y de relativa paz o, más bien, de angustioso olvido, la mordedura del sentimiento de culpa que enturbiara el ejercicio de su magisterio sacerdotal. De no ser por un puñado de gentes que conformaban la faz tragicómica y desolada de la sociedad piurana (seres demenciales y alucinados, como el doctor Jonjolí o el arquitecto Cortez, cargado siempre de planos y diseños y cuyo mayor sueño era construir en Piura una réplica perfecta de la Torre de Pisa; alcohólicos o ebrios consuetudinarios como el diputado Chabelo o el Cojo Álamo, matemático que en sus momentos de ecuanimidad se declaraba ateo; meretrices en el ocaso y la decrepitud, como Las Margaritas; ricas y ancianas damas arrepentidas de una vida licenciosa o entregadas a la pasión de la crueldad y la venganza, como Grimanesa León; engendros humanos de familias marcadas por una tara ancestral, como, por ejemplo, las enanitas Huaco o la Vieja Julio, un idiota manso y risueño, rubio de ojos azules guarnecidos por espesas ojeras), de no ser por estas gentes extraviadas o vencidas por la vida, el padre Azcárate hubiera carecido, por esta época, de

feligreses y su iglesia permanecido solitaria y abandonada, situación que acaso habría preferido, pues vivía entregado a un permanente diálogo consigo mismo, esperando a los sesentaitantos años la manifestación de Dios.

Después de no pocos escándalos, el primero de los cuales ocurrió a las dos o tres semanas de su llegada a Piura, cuando se negó a confesar y suministrar los últimos auxilios espirituales antes de su fusilamiento al bandolero Isidoro Villar, actos, explicó, que significarían complicidad con los delitos de abuso de autoridad y de homicidio que iba a ejecutar el prefecto Váscones, los piuranos, con soñoliento humor, habían terminado por aceptar al padre Azcárate con la misma resignada complacencia que en un pequeño pueblo se acepta al loco, al ladrón, al criminal y a la meretriz. Las noches de las semanas que precedieron a la sangrienta derrota del Frente Popular Español, que había convocado a hombres y mujeres revolucionarios y demócratas del mundo entero con la formación de las Brigadas Internacionales, habían sido atrozmente angustiosas para el viejo sacerdote. Acosado por el insomnio, el padre Azcárate había recorrido una y otra vez las tortuosas y polvorientas calles de Piura y Castilla, indiferente al calor y a la lujuria prostibularia a la que se entregaban los blancos piuranos en las largas noches de la sequía. Al amanecer, llegaba al puesto de vivanderas que había a la entrada de la estación, bebía lentamente varios pocillos de café mientras se consumía su habano y, luego de acudir a ver la partida del primer vagón hacia Paita, el padre Azcárate subía al derrengado tranvía jalado por cuatro corpulentos caballos, abstraído, sin contestar el saludo de los otros pasajeros, que no osaban sentarse al lado suyo.

Para quien contemplara por primera vez el rostro del padre Azcárate (un rostro duro y torturado en un cuerpo demasiado recio) era difícil no imaginarle un pasado tumultuoso y atormentado, preguntándose *¿No habrá cometido un crimen en su juventud?, ¿o una gran herejía?, ¿o celebrado*

pacto con el diablo? Había naufragado en Piura hacia fines de 1910 y de inmediato se le habían abierto las puertas de las principales casas de la calle San Francisco. Entre tantos curas y frailes ignorantes, la mayoría mestizos y cholos de pellejo trigueño oscuro o prieto cobrizo, el padre Azcárate había deslumbrado al mujerío de la sociedad piurana por su imponente estampa (talla más que mediana, piel blanca y ojos de color azul acero) que acudió a la olvidada iglesia del Carmen a escuchar el primer sermón del nuevo sacerdote. Sin embargo, el presbítero Portocarrero, que asistió a la misa y que era considerado la mayor autoridad en cuestiones teológicas, al día siguiente hizo correr el rumor, a través del propio clero, de que el padre Azcárate había expuesto desde el púlpito sagrado doctrinas reñidas con la ortodoxia católica. *Su concepción de la resurrección de la carne*, afirmaba el presbítero Portocarrero, *emana un tufillo a azufre y revela un trasfondo concupiscente en el alma del predicador*. Las viejas familias, comandadas por las dos ramas principales de los Seminario, hallaron una nueva ocasión para reverdecer una discordia más que secular y se agruparon en dos bandos, entre partidarios y enemigos del padre Azcárate. Pero él desairó por igual a ambos sectores, negándose a aceptar las invitaciones para veladas musicales, juegos de salón y partidas de briscán y rocambor. Entonces los adversarios celebraron una alianza y, entre sonatinas, oporto y bizcotelas, condenaron al exilio al padre Azcárate. A partir de este pacto, en vano doblaron las campanas de la iglesia del Carmen, las de más bello y puro sonido entre las campanas de Piura, y hubo domingos en que el padre Azcárate consagró el sacrificio de la misa en medio de naves que habrían estado completamente vacías si no hubiese sido por la extraña presencia del doctor González, un médico muy respetado por la población de Piura, pero cuyo ateísmo y anticlericalismo no constituían un secreto para nadie. La presencia del doctor González, sin él sospecharlo, contribuyó a la subterránea campaña de las damas blancas de la ciudad y

terminó por hacer espantables todos los oficios y actos litúrgicos celebrados por el padre Azcárate: los padres no llevaban a sus hijos a bautizar, los deudos se negaban a encargarle misas para sus difuntos, los moribundos rehusaban ser confesados y recibir el sacramento de la extremaunción de sus manos. El padre Azcárate, que en realidad abominaba de cualquier beatería, respiró con alivio y se dedicó a restaurar pacientemente las viejas pinturas coloniales de la escuela quiteña o peninsulares, que eran grandes lienzos de colores apagados y fríos, y los cristos, vírgenes y santos dolientes tallados en madera por artífices de corazón desconsolado y que miraban desde los altares churriguerescos patinados de oro viejo, extenuado, mientras el padre Azcárate esperaba el hallazgo de espíritus contestatarios o de espíritus ganados por las fuerzas del mal, para que se le inflamase y ardiera abrasadora la débil llama de la fe. Y durante este periodo fue que nació la amistad entre el sacerdote y el ateo doctor González que desconcertó y aun alarmó a los piuranos; y, asimismo, por estos días fue que acudió a solicitarle confesión y audiencia Grimanesa León, una de las ricas propietarias de Piura, que permanecía confinada de los salones de las familias decentes por actos ocurridos en los años de la ocupación chilena y después durante la guerra de montoneras con las que Piérola derribó el gobierno del general Cáceres.

Muchos eran los cargos que aureolaban con un halo de perversidad a Grimanesa León, otrora una de las mujeres más bellas entre las blancas de la región piurana, pero su mayor culpa, según se afirmaba entre los más antiguos linajes de la ciudad, era haber contratado manos rencorosas para que redujeran a la invalidez, y con ello a la ruina económica y moral, a su marido y primo Odar Benalcázar León y Seminario. El padre Azcárate se negó a revelar el secreto de las numerosas confesiones, al final de las cuales se abstenía de conferirle la absolución, por considerar que la mujer no le había dicho toda la verdad y por considerar que en el alma de ella aún no se había

extinguido el odio y que en sus fantasías continuaba gratificándose con imágenes de venganza, crueles y abyectas. Al fin, el sacerdote le concedió la absolución y, poco después, el padre Azcárate era propietario de la Vega del Caballo (que él rebautizó con el nombre de Euskadia), donada por Grimanesa León de entre sus propiedades ubicadas en el valle de Chulucanas, el valle más señorial de los terratenientes piuranos.

Vaya, ya consiguió lo que quería, fue el comentario unánime en las espaciosas salas de las casas solariegas, en los salones del Centro Piurano, en las tertulias del Hotel Can-Can del Ciego Orejuela, entre los bohemios del Bar Roma del italiano Mazzuco, en las bancas de la Plaza de Armas, entre las columnas de la iglesia Matriz, en las estaciones del vagón a Paita y el tren a Catacaos, jalados por seis mulas, y en las alcobas matrimoniales, y respiro y respiro de la pasión amorosa de los amantes clandestinos. Y, entonces, los piuranos comenzaron a preguntarse *¿No será un impostor?* Pero, para su mayor extrañeza, el padre Azcárate no tomó posesión de su vasta propiedad, sino que la dejó al amparo de un administrador que apenas conocía.

Habían pasado dos años desde su llegada y la sociedad piurana se resignaba ya a soportar su presencia, cuando cundió un nuevo rumor: el padre Azcárate había seducido a Josefita Arellano, una chiquilla de dieciséis años, hija única de una viuda recatada de la clase media, y la había llevado a vivir a Euskadia, su hacienda de Chulucanas. Era un común desliz, tan terrenal y humano, de frailes y curas, que hombres y mujeres comentaron que el padre Azcárate, después de todo, no pasaba de ser un hombre vulgar que no había podido resistir el encandilamiento de la tierra piurana. Pronto, sin embargo, empezaron a difundirse noticias desconcertantes sobre la conducta observada por el padre Azcárate frente a su barragana. Cuarentón, un habano en la boca, el padre Azcárate no podía disimular su ternura ante el vientre abultado de la manceba. Tendido en una hamaca guayaquileña se pasaba horas mirándola

hacer su labor, hundida entre delicados almohadones de algodón de ceibo en un sillón de mimbre pintado de verde. Cuidaba de renovar personalmente el frutero con frutas frescas y seleccionadas: mangos, chirimoyas, guabas, pomarrosas, guanábanas, mameyes, guayabas. Con una destreza que no pasó inadvertida a los campesinos, la Mannlicher a la bandolera, cabalgaba al monte tras las lomas azulinas que rodeaban la hacienda: partía en las primeras horas de la madrugada y en el dorado crepúsculo se hallaba de vuelta, las alforjas repletas de animales de caza apreciados por su carne. En días sucesivos, la cocinera ahumaba el venado, adobaba las pavas de monte rociadas con vino, horneaba las perdices o preparaba con vinagre de chicha el seco de pacaso, el estimado lagarto de pellejo verde y carne blanquísima y tierna. Nunca la llamaba por su nombre, le decía *hija mía* o *criatura del Señor*; ella, embobada, sin darse muy bien cuenta de lo que le había pasado en su vida, se limitaba a decirle *Sí, padre, Usted dirá, padre*. Por las noches, el padre Azcárate se desataba en una locuacidad que resultaba extraña: *¿Te das cuenta, hija mía?*, empezaba. Los servidores de la casa hacienda nunca supieron dar razón de lo que hablaba el señor cura, solo atinaban a decir que eran relatos que no concernían a la vida del hogar, a la vida de todos los días, como si no fueran relatos de la paz sino de la guerra.

¿No será un impostor?, volvieron a preguntarse los piuranos, y la misma pregunta fue formulada insistentemente cuando se supo el final de la aventura. Acaso por un resto de pudor, sea que los dolores se le presentaron con antelación y ya no habría tenido tiempo de acudir donde su amigo el doctor González, el mismo padre Azcárate, con la ayuda de una cocinera que era algo comadrona, asistió a la parturienta, que gritaba aterrorizada y lloraba con llanto de niña que se descubre en falta mortal con Dios y con la Virgen. Fue un parto difícil, y referían que el señor cura había sacado una daga de acero toledano y la puso a hervir largamente, en tanto él se lavaba

escrupulosamente las manos con alcohol, decidido a aplicar el corte para extraer a la criatura. No fue necesario practicarle un tajo a la madre, pero el padre Azcárate utilizó el acero inmaculado para cortar el cordón umbilical, y él mismo bañó con gesto bíblico al pequeño varón heredero de su sangre. Débil, contaban, había sido el llanto del ñañito, y el señor cura, al mirar con la luz del día el cuerpecito azulado de su hijo, adivinó que no sobreviviría. Cuando al atardecer se halló frente al cuerpecito inerte y amoratado por la asfixia, aseguraron los sirvientes, el señor cura se acercó a la perturbada madre y le dijo: *¿Por qué no moriste tú?* Al conocerse los pormenores de la historia, los piuranos afirmaron: *Es un impostor*. *Un endemoniado*.

Entre tanto, el padre Azcárate ensillaba el moro y, con varias botellas de aguardiente destilado en su propio trapiche, partía al monte, donde permanecía varios días. Cuando retornaba a la hacienda, la barba crecida, los dientes verdosos, los campesinos se santiguaban: acaso el señor cura habría tenido tratos con el cachudo para que le devolviera a su hijo. Cinco meses después, el padre Azcárate, desaliñado, la sotana raída, el cabello revuelto, sentado en una banca a la sombra de los jóvenes tamarindos de doscientos años de la Plaza de Armas, dialogaba consigo mismo. *Bah. Se alocó el cura,* sentenciaron en Piura. *¿Y la concubina?*, se preguntaron. Alguien informó: *La ha enviado a Lima a un pensionado*. Pero otro, en medio de las risas, dijo: *Che, gua, seguro que a la Josefita la tiene encerrada para pisarla de noche*. Pero, poco tiempo después, el padre Azcárate pareció recuperarse y volvió a la restauración de telas antiguas, oficio aprendido en los lejanos años del seminario. Durante algunos meses, la ciudad pareció olvidarlo y el propio sacerdote parecía olvidado de sí mismo, entregado como los antiguos monjes benedictinos a una paciente y humilde actividad artesanal. Pero sus noches continuaban siendo largas, febriles, insomnes. Entonces, Bernardo, el joven sacristán, intuyendo un gran sufrimiento en su párroco, le dijo: *Conozco*

quién puede curarlo. El padre Azcárate estuvo a punto de responderle *Lo mío no tiene remedio*, pero, en cambio, endureciendo el rostro gruñó: *No estoy enfermo*. Bernardo insistió. Nada perdería consultando con don Santos Villar Dioses. *¿Santos Villar Dioses? ¿El más joven entre los miembros de la directiva de la Cofradía del Señor de la Agonía?*, preguntó sorprendido el padre Azcárate. *Sí; debe ser como edades con usted, pero es ya reconocido como el más sabio entre los artesanos de Piura. ¿Artesano? Sí, pues, artesano, maestro curandero; puede preguntarle al doctor González*. El padre Azcárate lo recordaba. Anualmente, en la iglesia de San Francisco, la Cofradía del Señor de la Agonía preparaba su festividad con novenario y procesión que el padre Azcárate no pudo negarse a presidir por los días en que inquietaba el corazón de Josefita Arellano, más por soledad que por concupiscencia, y más aun por el deseo de perdurar, por el deseo que un ser hecho con su carne y su espíritu continuase viviendo sobre la tierra. El pincel tembló en sus manos. Trató de serenarse. Sí, había reparado en él por ser el único integrante relativamente joven y fuerte en una directiva formada por ancianos. De pronto recordó el apellido. *Y este Villar, ¿tuvo algún parentesco con Isidoro Villar, el bandolero fusilado y ahorcado por el prefecto Váscones? Fueron hermanos*, respondió el sacristán. El sacerdote volvió a su pintura y fingió ignorar la presencia de su acólito. *Oh, Dios*, dijo. Y por primera vez se preguntó si actuó bien de acuerdo con su magisterio sacerdotal al haberse negado a suministrarle ayuda espiritual y religiosa a quien, con justicia o no, iba a ser ejecutado. Y recordó la cantidad de ciegos mendigos y gente poco menos que pordiosera que había en el lugar, y escuchó vívidamente los estampidos de la fusilería mientras él cabalgaba en dirección a Malacasí.

Durante varias noches luchó consigo mismo. Volvían a su mente recuerdos de viejas conversaciones con quien fuera su guía espiritual: el

pueblo simple se hallaba más cerca de Dios y de lo sobrenatural, que los hombres poseedores de inteligencia y raciocinio. Dos semanas después, hacia el atardecer, el padre Azcárate caminaba por la calle El Pedregal en dirección del barrio de las Gallinaceras, donde, en una de las calles transversales, a mitad de la cuadra que moría en un gran basural más allá del cual empezaban los arenales, vivía Santos Villar. Meciéndose en una poltrona con asiento de paja trenzada, descalzo y sin camisa, el maestro artesano, cerrando los naipes, le dijo: *Adelante, padre. Lo esperaba. La baraja me porfiaba que alguien importante vendría a esta humilde casa*. Era una sala ancha, de techo alto, olorosa a chancaca, abarrotada de vainas de algarrobo y con una romana de pesar. En el dintel de una puerta que conducía al patio interior se hallaba una mujer en fustán blanco de ojos azulosos y de mirada inmóvil. *Es mi mujer*, dijo Santos Villar ante un gesto del sacerdote. Se escarmenaba el pelo con una peineta de cuerno de chivato. El pelo, muy negro y clinudo, le llegaba por debajo de la cintura. *Es ciega*, dijo el artesano, adelantándose a la pregunta del padre Azcárate. *Pero es una gran luchadora y no teme enfrentarse a los espíritus más fieros*. Segundos después asomó por la misma puerta un rostro muy moreno, de nariz pequeña y pelo encanecido. *Y él*, agregó Santos Villar, *es don Florentino Chávez. Tiene mayor virtud que yo con el remedio, pero él no lo sabía hasta que se lo revelé yo. Ella es mi brazo derecho y él, mi izquierdo. Pero no valdrían medio sin mi imperio*. Por primera vez, el padre Azcárate tuvo la sensación de ingresar a un mundo por entero desconocido y acaso prohibido, pero tal vez, también, capaz de encaminarlo por la ruta de la verdad.

Cuando el sacerdote le ofreció un habano, el maestro curandero lo olió complacido: *Gracias. Son de los buenos. De estos fumaba en Guayaquil y Panamá*. Con largos intervalos de silencio conversaron durante varias horas. En un momento, el artesano le dijo: *Por la vida, sé que más fácil resulta*

comunicarse con el diablo que con Dios. Las visitas del padre Azcárate al maestro Santos Villar continuaron, y la ciudad empezó a comentar esa relación extraña, desnaturalizada y condenable. Una tarde, en el último vagón a Paita vieron subir al padre Azcárate y les pareció una rara coincidencia que, en el mismo vagón, en la clase de tercera, viajaran Santos Villar, su mujer (la ciega Gertrudis) y el moreno Florentino Chávez, que conducía del brazo a la ciega. Para los pasajeros del tren ya no hubo duda sobre el motivo del viaje al ver bajar al sacerdote y a don Villar y su séquito en la estación del pueblo de Colán. Todos en Piura sabían que en las playas de Colán, curanderos y brujos a la medianoche celebraban sus mesas y se entregaban a los más peregrinos ritos, acuciados por el sampedro, el cactus amargo y la simora, la hoja de múltiples formas que crecía, poderosa, en las faldas de los cerros donde se hallan las lagunas de las Huaringas. El padre Azcárate bebió el sampedro y masticó la simora, y fue limpiado por Santos Villar con sus artes más poderosas para el rumbo de su destino.

Desde entonces, el sacerdote se entregaba a las visiones que sobre la vida y la muerte, el vicio y la virtud, el poder y la gloria, el azar y el destino, le prodigaban el cactus amargo y la hoja áspera y de sabor repulsivo. De súbito, las campanas del Carmen fueron escuchadas por los pobres de la ciudad. Nimbado con un aura de profeta y de artesano mayor, el padre Azcárate restañaba las llagas del cuerpo y las heridas del alma; como sacerdote, presidía las devociones populares, el culto de las cruces, vírgenes y santos tallados a partir de las formas, de los esbozos encontrados por las niñas y niños campesinos en los troncos y ramajes de zapotes, oberales, faiques, gualangos, sauces y gualtacos. Poco después inició un largo peregrinaje por las zonas campesinas de Piura. Pernoctaba en las chozas de los campesinos más pobres, bautizaba y confirmaba a sus hijos, consagraba las uniones, bendecía las tumbas olvidadas. Recorría las aldeas y caseríos del Bajo Piura,

donde los antiguos hacendados e inmigrantes aventureros de Europa habían culminado el despojo de las comunidades indígenas. Después se dirigió al Alto Piura. Con el corazón estrujado volvió a poner sus pies en Euskadia, congregó a sus yanaconas y celebró misa, y durante el sermón, por la memoria de su hijo y por la justicia, les prometió en un futuro próximo parcelar la hacienda y entregársela en propiedad.

La fama justiciera y caritativa del padre Azcárate se expandió por los cuatro costados de esa vasta región. En Morropón, una delegación de la Comunidad de San Fernando de Chalaco lo invitó para que celebrase una misa mayor por cumplirse el trigésimo aniversario del levantamiento comunero contra los gamonales de la región, que tenían sus fastuosas residencias en la ciudad de Piura. En el trayecto a Chalaco celebró misa y bautizó a los niños e incluso a los mayores de los pueblos de Paltashaco, Pambarumbe y Santiago. En la misa mayor que celebró en el pueblo de Chalaco, durante la homilía evocó la figura de Vicente García Córdova, quien, después de derrotar al destacamento chileno en la ahora llamada Quebrada de la Guerra, marchó al frente de doscientos comuneros chalacos y tomó Piura. *Es verdad*, dijo, *que fueron derrotados por una fuerza mucho mayor, pero cayeron sin rendirse y por ello fueron fusilados y quemados vivos*. Y concluyó diciendo que, al levantarse en armas, Vicente García Córdova y sus comuneros no cometieron pecado, porque existe una ley natural escrita en el corazón humano que repudia toda tiranía y obliga a los hombres a levantarse en armas para luchar por la justicia. Luego, por caminos más escarpados, visitó Santo Domingo y Frías, alcanzó Pacaipampa, y de allí empezó la subida a Huancabamba, donde encontraría la ruta para subir a las encantadas lagunas de Las Huaringas.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, cosa que no sucedió y, por tanto, quedó para siempre como un enigma para el padre Azcárate, Santos Villar y

el moreno Florentino Chávez esperaban al sacerdote en el miserable tambo, el último existente en la ruta, a partir del cual peregrinos y enfermos emprendían el último tramo de la subida, empinada y vertiginosa, hacia la cima donde se hallaban las lagunas. *Le ganamos, doctor*, dijo Santos Villar a manera de saludo. Caía la tarde y deberían pasar la noche en el tambo y levantarse a las cuatro de la mañana. Antes de acostarse sobre pellejos de carnero y arroparse con ponchos prestados por la familia dueña del tambo, bebieron generosos tragos de cañazo para calentar el cuerpo. El sacerdote se sentía ansioso y solo dormía por momentos. De pronto hubo ya que levantarse, el dueño había dado forraje a los mulos y les sirvió jarros de cedrón caliente y unas rebanadas de queso de cabra. Santos Villar y Florentino Chávez admiraron la destreza del cura para gobernar a su bestia por los pasajes más estrechos y abismales, mientras que ellos tuvieron que hacerlo a pie, conduciendo a las mulas por las riendas. Eran las seis y media de la mañana cuando el padre Azcárate, que llevaba ventaja a sus acompañantes, alcanzó la cima. Ante la majestuosa vista de las lagunas, quietas y de un azul purísimo, frías, casi heladas, el sacerdote rompió a llorar con un llanto sostenido y profundo, y fue una sensación nueva, pues él jamás había llorado en su vida. Las lagunas le habían hecho recordar su pueblo natal, edificado al pie de una gran laguna donde, según una vieja tradición, yacía una catedral sumergida. Conforme le indicó el maestro artesano, se despojó de sus vestiduras y luego hizo las ofrendas: viejas monedas de oro y plata que trajera de España, un crucifijo de plata bañado en oro y una sortija con un rubí engastado, y derramó tres frasquitos de finos perfumes. *Al comienzo, las aguas se agitaron, se estremecieron inquietas, como si estuvieran midiendo*, contó después Florentino Chávez, *la calidad del corazón o la virtud o la raíz del alma atormentada del señor cura. Luego,* continuó, *las aguas se replegaron y, al ratito, afloraron toda suerte de yerbas*

finísimas y de flores, con las cuales el maestro Santos, cantando sus oraciones más secretas, lo limpió y bañó y le dio a mascar los brotes más tiernos.

De regreso por una ruta distinta, hizo escala en Canchaque y les dijo adiós al maestro curandero y a su ayudante. Deseaba permanecer dos días en el pueblo y disfrutar del inusitado colorido del paisaje, pero sobre todo deseaba, necesitaba meditar, entregarse a un minucioso examen de conciencia. El sosiego se trocó en inquietud y la inquietud hizo renacer las viejas dudas y estas dieron paso a nuevas dudas e interrogaciones que lo acosaron y martirizaron su alma, cuya sustancia era el dolor y el sufrimiento sin fin. Los dos días que había destinado para permanecer en Canchaque se prolongaron a dos, tres, varias semanas. *¡¿Pero qué he hecho, Dios mío?! ¡¿A qué abismos de superstición me he precipitado?!* Al fin, retornó a Piura. Sin embargo, la iglesia del Carmen continuó cerrada y silenciadas sus campanas. Un domingo en que Bernardo repicara las campanas y abriera las puertas de la iglesia, a la que comenzaron a acudir devotos, el padre Azcárate montando en furia, los arrojó del templo y amonestó de manera intemperante y cruel al fiel y manso sacristán. Había comenzado, al parecer, el gran arrepentimiento. Por reiteradas peticiones suyas fue enviado a ejercer su ministerio por los pueblos más apartados de las alturas de Ayabaca, donde pasó diez años en completo aislamiento, sin bajar nunca a la capital de la provincia ni participar en las celebraciones anuales del mes de octubre del venerado Señor Cautivo de Ayabaca y de la Virgen del Pilar.

Por expreso mandato del primer obispo de Piura, monseñor Chirichigno, volvió a Piura para hacerse cargo de la misma parroquia del Carmen. Había encanecido, también estaba delgado, pero su osatura permanecía recia y su rostro trasuntaba a la vez furia y dolor. Caminaba aún enhiesto, el puro en la boca, mas su aspecto era desaliñado y, por donde pasase, dejaba una aura

sombría que atemorizaba a los chiquillos que lo veían por primera vez. El obispo Chirichigno acudió personalmente a dialogar con él. Enseguida el obispo se dio cuenta de que se hallaba ante una inteligencia superior a la suya y con sólida formación, no solo teológica, sino también en las disciplinas y ciencias del mundo. La confesión asumió la forma de un largo diálogo, mientras paseaban por el huerto florecido de ciruelos, rosas, claveles y lágrimas de la virgen y de árboles de papelillos y datileros. Monseñor Chirichigno no le negó la absolución, pero le impuso una gran penitencia: necesitaba de su colaboración para extirpar de su diócesis las supersticiones y las idolatrías. Al despedirse, mirándolo irónicamente, le dijo: *Debe tener más cuidado con su persona, padre. Es mal hábito para un cura el hablar a solas por la calle*. Casi distraído, recordando un verso de un poeta español que leyera antes de su partida definitiva de España, el padre Azcárate respondió: *Quien habla solo espera hablar a Dios un día*. Los dos ministros de la Iglesia rieron.

Pocas semanas después, *Ecos y Noticias*, *El Tiempo* y *La Industria* iniciaban una campaña contra la barbarie de la brujería y el paganismo. Con retórica pomposa y aldeana, los periódicos editorializaban que resultaba humillante para la gente de Piura que, en pleno siglo XX, era de la electricidad y la radio que, entre otros tantos inventos, había hecho realidad el viejo sueño de Ícaro con la construcción de aeroplanos que se remontaban por los cielos desafiando vientos y tormentas, entre ellos hubiese gentes que aún creyeran en daños y pactos con el diablo y venerasen cruces y toda laya de fetiches creados por una imaginación atávica y salvaje. Los brujos comenzaron a ser perseguidos y, para estupor de sus feligreses pobres, vieron al padre Azcárate prendiendo fuego a imágenes y cruces cuyo culto él mismo había presidido. Los piuranos ya no dijeron *Es un impostor*; afirmaron: *Es el mismo diablo*, preguntando al mismo tiempo: *¿De dónde demonios es este*

cura?, ¿De dónde viene esta plaga? Desde entonces habían pasado cinco años y, con su buen corazón, los piuranos volvieron a soportar con resignación cristiana al padre Azcárate, cuando he aquí que el contreras y maldecido cura volvía a perturbar la conciencia de la feligresía, pues, al revés que el señor obispo, que agonizaba, que los padres salesianos y redentoristas y clero en general, que oraban y daban loas al cielo por la victoria del generalísimo Franco contra los bárbaros y rojos atilas, campeones del ateísmo y ejército desquiciador de los fundamentos mismos del Estado y la sociedad civil, el padre Azcárate, por el contrario, hiciera doblar las campanas de la iglesia del Carmen y celebrase una misa de réquiem por los caídos del Frente Popular y las Brigadas Internacionales, a quienes en su homilía glorificó llamándolos «héroes y mártires en la lucha por la libertad y la justicia». *Sí*, volvieron a preguntarse por enésima vez los piuranos, *¿no será un impostor?, ¿qué secretos encierra su corazón?, ¿cuál es la sustancia y filiación de su alma?*

Pero el padre Azcárate no era ningún impostor, ningún endemoniado; era tan solo una angustia que duraba más de setenta años. Nacido en el seno de una familia partidaria del derecho al trono de España de don Carlos, hermano de Fernando VII, el abuelo y el padre murieron, respectivamente, en la primera y en la tercera guerra carlista, mientras la madre, una Balmaceda, horrorizada por la crueldad del siglo dejó a su hijo bajo el cuidado del párroco de Valverde de Lucerna, don Manuel Bueno Balmaceda, tío abuelo del niño, y se internó en un convento de monjas de clausura en Madrid, donde murió diez años después víctima de una epidemia de escarlatina, lo que la salvó de padecer la experiencia del asalto a iglesias y conventos por una multitud enardecida que incendió y saqueó, y violó a numerosas monjas el mismo año en que era abatida la última resistencia carlista. Su hijo, Jesús Azcárate, después de una dura experiencia que habría de marcarlo para toda

su vida, era admitido, en un tiempo caracterizado por la alarmante baja de la vocación sacerdotal, en un seminario de Madrid que se reponía de los daños causados por la furia del populacho.

Desde los dos años, el futuro padre Azcárate quedó bajo la tutela, protección y guía espiritual de su tío don Manuel, párroco de Valverde de Lucerna, localidad ubicada en la región vasca de España, a orillas de un gran lago. El padre de don Manuel se había suicidado muchos años atrás en medio del gran lago y este acontecimiento había marcado su corazón de una perenne melancolía. Desde que el niño alcanzó el uso de razón, don Manuel no perdía ocasión para advertir a su pupilo sobre los peligros de la inteligencia, que llenaba de inquietud y dudas el alma de los hombres. Corrían los años de la tercera guerra carlista, aun después de la toma de Estella por Martínez Campos, que, como toda guerra civil, revestía un carácter de extremada crueldad, en que abundaban las venganzas privadas por odios inextinguibles; pero en medio de las aldeas sublevadas y la lucha guerrillera en las alturas vascas, navarras, y en los montes de Cataluña y Valencia, en que destacaba el rol del clero militante, don Manuel había tenido la virtud, rara en tiempos tan convulsionados, de convertir a Valverde de Lucerna en una pequeña isla de paz donde no llegaba la sangre que una vez más enrojecía los campos de España.

España, este viejo dolor, este antiguo sueño, solía exclamar don Manuel. Abominaba las arcaicas tendencias místicas (acaso porque su alma se sintiese inclinado a ellas) y el jesuitismo (acaso porque reconocía demasiado la necesidad de ese ejército de la Iglesia), y propiciaba un cristianismo sencillo, sin complicaciones, sin dogmas, fundado en el amor y en las buenas acciones. En última instancia, el único problema importante para el ser humano era el de la muerte y la inmortalidad del alma. Pero por todas partes había el gran silencio de Dios. Por eso los hombres se ufanaban con los asuntos de esta

tierra, se perdían en ese vasto espejismo que era la historia. Aceptaba el orden feudal y monárquico no por razones políticas, sino por convicción moral: era lo que más se acercaba a la hipótesis de un orden divino. Y, sin embargo, consideraba poseídos de ciega estulticia a los curas guerrilleros, carlistas ultramontanos, entre quienes se hallaban antiguos condiscípulos del seminario. Del liberalismo aceptaba la exaltación del individuo, la apoteosis del yo, pero execraba de su programa político y se mofaba del plan vial de ferrocarriles como remedio para sacar a España del aislamiento y del atraso.

A las razones morales en defensa del orden feudal y monárquico, don Manuel añadía argumentos que, con pizca de ironía, calificaba de estético-místicos: las pinturas del Greco, Velázquez, Zurbarán, Murillo, Ribera, la catedral de Santiago de Compostela, ese grave cementerio que era El Escorial, la poesía de ascetas y místicos, los dramas calderonianos, que en su conjunto formaban el arte de la Contrarreforma y del Barroco, hablaban de una concepción de la vida y de la muerte que subyugaba y estremecía por su noble tragedia. Pero aquí don Manuel se detenía, volviéndose sombrío. *Pero esto fue posible*, decía, *porque Dios hablaba al hombre; ahora Dios ha enmudecido y no hay zarza ardiente donde se manifieste*. En otra oportunidad, mientras desde el embarcadero contemplaban el lago al atardecer, don Manuel dijo al muchacho que entraba a la pubertad: *Ríete de las llamadas pruebas de la existencia de Dios. La razón es impotente para llegar a Él. Todos los días, todas las noches, lucho para no arrojarme a este lago donde mi padre se suicidó, acaso por un dolor no diferente al mío*.

Cuando murió don Manuel, padre espiritual de Jesús Azcárate, el muchacho de catorce años tenía un futuro señalado. Y una mañana, después de haberse bañado en el lago, donde según una vieja tradición yacía sumergida una catedral, despedido por todo el pueblo, aprovisionado con los escuetos manjares de la cocina vasca (pimentones, bacalao, panes untados

con aceite de oliva y ajo, una bota de un vinillo tierno y dulce), premunido de muchas cartas de recomendación que de parroquia en parroquia lo llevarían hasta el lejano seminario de Madrid, partió el mocito Jesús, el futuro padre Azcárate, para descubrir muy pronto una realidad muy diferente a su Valverde de Lucerna, un mundo complejo y sangriento, una España nada eterna que se hundía en las tinieblas bajo la complaciente mirada de Dios.

Dos años después habían sido aniquilados o dispersados los últimos reductos carlistas y, ya en el seminario, el adolescente Jesús Azcárate se halló en medio de dudas y de contradicciones que juzgaba insolubles. Pronto reveló una capacidad poco común para el aprendizaje de lenguas como el latín, el griego y el antiguo hebreo, sirviéndose de la filología y del rastreo y el examen etimológico para arrancar el espíritu de los viejos textos sagrados. El joven seminarista sabía que aquellos estudios no le revelarían la verdad, pero se sumergía en ellos por disciplina, para aturdirse, para no pensar en sí mismo. En todo ese tiempo, una sola cosa había sacado en claro: las doctrinas de su padre espiritual le resultaban insuficientes, utópicas y (le dolía admitirlo) egoístas. Apenas salido de Valverde de Lucerna se había encontrado con que muchos de los párrocos a quienes mostraba sus cartas de recomendación eran curas ultramontanos, bárbaros y fanáticos, que usaban el confesionario para realizar tareas de espionaje y policía, que negaban la absolución a los moribundos y a los condenados a fusilamiento si no renegaban de la fidelidad a Alfonso XII, reconocían como legítimo rey a don Carlos y abjuraban de su credo liberal o republicano, fuera este unitarista o federalista, que cerraban los ojos ante los desmanes de sus mesnadas, que saqueaban, quemaban y violaban con el nombre de Dios y de don Carlos en sus labios. Un día que cerca de la frontera con Francia viera al presunto rey don Carlos, por el cual se vertía tanta sangre, rodeado de sus generales, antiguos grandes de España, pavoneándose con sus uniformes demasiado

vistosos y elegantes, dijo a uno de sus protectores, el padre Jacinto, que no comprendía que se pudiera luchar por un sujeto como ese, que nada de común tenía con el pueblo que lo vivaba y caía de rodillas ante su presencia. *No peleamos por él, sino por un principio*, fue la respuesta de su nuevo protector. Luego, el padre Jacinto le habló de la necesidad de una Iglesia militante para defender un orden basado en la pureza de una España, abanderada de la causa católica desde los siglos de lucha contra los sarracenos, de modo que había que oponer la España castiza, eterna, a lo moro, a lo sefardita, a lo protestante y a ese nuevo veneno que era el ateísmo internacional; después, no ocultó su desprecio por don Manuel Bueno: *Dios detesta a tales curas*, concluyó.

Ahora, en el seminario, el muchacho comprendió que algo había muerto y, a pesar suyo, lo fue invadiendo una creciente admiración por esos curas viriles que montaban a caballo, disparaban la pistola y blandían el sable con la misma eficacia con que celebraban la misa y predicaban. Pero una noche, en un tiroteo que había empezado en las primeras horas de la madrugada, el pueblo de Abárzuza, en cuyas afueras las tropas carlistas habían obtenido un resonante triunfo diez años atrás, cayó en poder de los adversarios y Jesús vio entrar a sangre y fuego a las tropas partidarias de Alfonso XII. Muchos carlistas fueron pasados por las bayonetas y el padre Jacinto, que no pudo huir, luego de un juicio sumario en la madrugada, fue fusilado en el atrio de la iglesia. Ahora, paseando por las arcadas de los claustros, el seminarista Jesús Azcárate evocaba con minuciosa fidelidad aquella fría madrugada. Recordó los fanales que alumbraban el atrio, recordó la cercanía de los fusiles con las bayonetas aún caladas, recordó la sensación de que todo el frío cortante de la madrugada parecía contenido en sus aceros, recordó el estampido, recordó que algo había querido gritar el padre Jacinto, recordó este gesto bruscamente cortado y se recordó a sí mismo mirando con estupor

el cuerpo caído cuya faz yerta y barbada conservaba una expresión de odio sagrado. *Se lo merecía*, escuchó decir. *Se lo merecía, chaval; debía muchas vidas. Qué coño de mirada, del cabrón sotanudo*. Los soldados hicieron cruces con los dedos para conjurar aquel odio condenatorio. Y luego cayó un espeso escupitajo sobre uno de los ojos del fusilado. Y un oficial tuvo que intervenir cuando uno de los exaltados soldados empezaba a sacarse el miembro para mear sobre el cadáver. *Ilumíname, Señor, dime cuál es la raíz de la violencia y del odio que reinan en el corazón de los seres humanos*, invocó el joven seminarista.

Porque después, durante muchos meses, semiprisionero, cabalgó con los destacamentos partidarios de Alfonso XII. Allí, en los descansos, por las noches, alrededor del fuego, el muchacho se enteró de las atrocidades cometidas por el padre Jacinto y por otros curas tan bárbaros y fanáticos como él. Pero el muchacho descubrió también que entre los partidarios de Alfonso XII se cometían crueldades innecesarias, solo para escarmentar a los poblados que hubieran tomado partido por don Carlos. O se fusilaba a hombres y mujeres por simple sospecha, y las más de las veces por delaciones de los mismos vecinos (carlistas de corazón) para zanjar viejas cuentas entre clanes y familias o por apetencias de poder y para convertirse en los remplazantes de los caciques y caciquillos del pueblo o de la villa o de la región. Asimismo, descubrió que entre los partidarios de Alfonso XII, calificado de debilucho, cacaseno y calzonudo, existían varias facciones que al comienzo sumieron al mozo en un caos de sentimientos encontrados: había legitimistas, monárquicos moderados, liberales y republicanos (unitaristas y federalistas) y hasta ateos y libertarios.

Entre los integrantes de este ejército tan heterogéneo, Jesús conoció a un hombre cuya presencia entre la tropa partidaria de Alfonso XII resultaba, a primera vista, una incongruencia. Vestía de civil y lo mismo podía tener

cuarenta o cincuenta años, que treinta o veinticinco. El secreto acaso residiese en sus ojos, que a veces reflejaban inocencia y candidez, y otras, burla e ironía, y otras, cinismo, y otras aun, reconcentrada gravedad. Se llamaba Abel Martín y era profesor de filosofía de la Universidad de Segovia y al finalizar los cursos había programado viajar a Francia con el fin de entrevistarse con el joven filósofo Bergson y de paso conocer la Vizcaya y comprobar con sus propios ojos si de verdad, como se afirmaba, persistía aún la resistencia carlista en las montañas vascas y navarras. Pasó Logroño, alcanzó Vitoria y, fuera de las huellas dejadas por la artillería y los incendios (boquerones en las murallas, torres de iglesias derribadas, casas solariegas devastadas por los cañonazos y la cólera incendiaria de las tropas), parecía cosa terminada o reducida, como todas las pasiones que en un momento conmocionan los corazones humanos, tema de conversación, habladurías y calumnias de tabernas y posadas. En Bilbao, en los barrios obreros, creyó percibir el nacimiento de una conciencia social reñida con la monarquía, cualesquiera fuesen sus formas, y con las clases burguesas, dueñas de minas, industrias y comercios, en asociación desventajosa con el capital financiero inglés. Pero en la zona montañosa, cerca ya de la costa cantábrica y no demasiado lejos de Roncesvalles de Navarra, fue interceptado por la partida del padre Jacinto. Al grito de *¡Vivan España y el rey don Carlos!*, los pasajeros de la diligencia enmudecieron, pálidos. Abel Martín, en tono que pretendió ser reverente y solemne, respondió *¡Viva! Los ojos del padre Jacinto*, contaba después Abel Martín, *ardían como brasas, crueles y devotos, y todo su porte parecía una réplica vil y patética de aquella crueldad piadosa que trasuntaba la imagen de Felipe II, con su tenebrosa corte de frailes y de altos dignatarios de la Iglesia que lo rodeaba*. El padre Jacinto pareció adivinar el fondo de burla que hubo en el juramento de Abel Martín, pues luego de revisar el vehículo y de saquear todo lo que pudiera

servirles para su ilusa, su fanática empresa, y de haber repartido algunos palos o imprecaciones contra los hombres y mujeres que compartían la diligencia, la dejó partir, pero retuvo al profesor de la Universidad de Segovia.

Abel Martín contó después que le encantó la experiencia porque por primera vez, aunque en verdad que a un nivel grotesco, se había encontrado con una de las formas de la heterogeneidad del ser y que ocupaba, lo admitía ahora, un lugar muy secundario en su sistema filosófico: la historia, concebida hasta entonces por él como investigación del pasado, como conocimiento positivo y erudito, mas no como dimensión de la temporalidad que entreteje la trama vital de los hombres y los pueblos y constituye y determina con sus furores y remansos y sedimentos la cotidianeidad de la existencia. Abel Martín, según contó al mozo Azcárate, procedía de una familia de tradición liberal y republicana, pero su curiosidad intelectual y sus inquietudes filosóficas lo habían llevado a frecuentar los textos sagrados del cristianismo y la tradición del pensamiento católico y del pensamiento español (¿o más bien castellano?) de la Contrarreforma. Con risueña jactancia, el profesor Martín aseguró que su exposición de la teología tomista fue absolutamente irrebatible y había cuidado no desviarse un ápice de la ortodoxia ni sucumbir a la tentación de las paradojas, lo cual lo exaltaba y sentía ese impulso frenético de la vida como si estuviera bañándose en el manantial de Eros, tal vez porque intuía que estaba jugando un juego mortal. El padre Jacinto, con el olfato de los primitivos inquisidores (captados, de preferencia, entre hijos y descendientes de judíos conversos y, por lo tanto, con la renegada conciencia de los apóstatas de una fe), tenía la inquebrantable convicción de hallarse frente a un heresiarca abominable y hediondo a azufre, contra el cual, sin embargo, no podía argumentar. Con ojos llameantes de

furia ordenó que se encerrase al prisionero hasta su retorno de un decisivo y audaz golpe guerrillero que se disponía a dar.

Por fortuna, en el intervalo acertó a pasar un destacamento de Alfonso XII, y Abel Martín fue liberado y seguramente salvado de morir, si no en la hoguera, delante de un pelotón de fusilamiento de devotos de don Carlos, de la Iglesia y de la Virgen de la Inmaculada Concepción. Pero la experiencia le resultó tan incitante en el orden de lo vital e invalorable materia para el ejercicio de la lógica, la sofística y la poesía, que decidió posponer su anhelada conversación con el joven filósofo semita Bergson, con quien, entre otros puntos (como, por ejemplo, la percepción del tiempo) coincidía en atribuir a la intuición el poder de trascender los límites de la razón y ser capaz de internarse por zonas oscuras e impenetrables para el pensamiento puramente empírico y analítico. De modo que el filósofo se integró al destacamento sin más armas que un lápiz y una libreta de apuntes. Era un espectador, pero los oficiales y los soldados no lo sentían como un extraño porque gustaba del vino y de las mujeres, y todavía le sobraba ingenio para componer pequeñas coplas de carácter licencioso. Por fin, el destacamento cercó a la partida del padre Jacinto y el cura guerrillero fue hecho prisionero vivo, pues había orden de someterlo a juicio por sus crímenes, de modo que su ajusticiamiento sirviera como ejemplo por todas esas comarcas y villas. El capitán accedió al pedido de Abel Martín de conversar a solas con el padre Jacinto. El profesor Martín no reveló el contenido de la conversación pero aseguró que, durante los cuarenta y cinco minutos que duró la entrevista con el condenado a ser fusilado, había aprendido más de España que todo lo que sobre ella había leído hasta entonces. Abel Martín no asistió al fusilamiento, pero escuchó la descarga que cegó la vida del cura, mientras recorría las estrechas callejuelas del pueblo empedrado de lajas hasta las murallas desde donde se presentía el mar cantábrico. Y allí fue que el mozo Jesús Azcárate

vio por primera vez a Abel Martín. El adolescente, sintiéndose desamparado y abrumado por el dolor y por las dudas, sin saludarlo y mientras un sol rubio bruñía las piedras seculares de la muralla, le preguntó: *¿Cómo juzgará Dios el alma del padre Jacinto?* Abel Martín, cuyo rostro sombrío se había serenado por el maravilloso amanecer, sonrió: *Dios es el creador de la nada. Y el destino del padre Jacinto será igual al que nos espera a mí y a ti después de la muerte*.

Una noche, después de presenciar un fusilamiento, cogiendo del brazo al muchacho y retomando una conversación anterior, le dijo: *Sí, el hombre es el animal que mide el tiempo porque sabe que va a morir. Y por eso el día en que yo muera dejaré disposiciones para que detengan el ciego mecanismo de mi reloj. Pero, la verdad, que de no ser por la experiencia de estos meses no me habría lacerado tanto este tiempo medible mecánicamente y exterior al sujeto, al yo. Me interesaba aprehender en su profunda complejidad la duración del tiempo interior o, para decirlo de alguna manera, el tiempo sicológico. Pero escucha esto: aun en la medición de este tiempo externo e ilusorio, los españoles andamos atrasados. Todavía medimos el tiempo con relojes de arena. ¿Sabías que hace cerca de quince años los obreros de París establecieron, por primera vez en la historia, su propia dictadura? En cambio, nosotros (no me queda más remedio que incluirme, ya que me he metido en esto) luchamos por un programa (por lo demás bastante mediatizado) alcanzado por los franceses hace cien años*.

Caminaban de bajada por una calleja lateral y se escuchaba el sosegado batir de las hojas y la exhalación de los huertos interiores. *La otra noche me preguntaste*, decía ahora Abel Martín, *que quiénes eran los mejores. No se trata de esto, créeme: los granujas y los bellacos existen entre los carlistas como entre nosotros. Pero, naturalmente, aunque rezagados, marchamos, al parecer, en dirección de la historia, y esta es nuestra ventaja. Por lo demás,*

todos formamos parte de la España Eterna, gloriosa y misional, o, para decirlo con palabras, ¿has leído a don Marcelino Menéndez y Pelayo?, ¿solo lo has escuchado nombrar? Ah, ¡prométeme que leerás a este genial erudito de tenebroso corazón carlista y católico a ultranza! Para decirlo, repito, con palabras de don Marcelino: «España, martillo del hereje, luz de Trento, espada de pontífice, cuna de San Ignacio. Tal es nuestra grandeza y nuestra gloria: no tenemos otra». Siglos de esta inmunda elocuencia han formado la conciencia oscurantista, por desgracia no solo de sujetos enajenados como el cura Jacinto. No soy un apasionado de la ciencia, del conocimiento empírico, pero reyes, frailes y aristócratas feudales como el que debe habitar en este vetusto solar, a ver, miremos qué dice el escudo, ¿sabes algo de heráldica?, Marqués de Lumbría, bueno, esta alianza sellada desde los tiempos de los Reyes Católicos, mientras se repartían los bienes de los hebreos expulsados, impidieron no solo que surgiera un Galileo, un Newton, sino que cortaron el desarrollo de la filosofía. Nuestros filósofos fueron los ascetas y místicos, es decir, histéricos como Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, por lo demás excelsos poetas eróticos.

Habían llegado al extremo sur de la villa, el muchacho oía el jadeo del profesor Martín por entre el rumor de la acequia lamida por la luz de una luna opulenta. Abel Martín se arrodilló, bebió agua de la acequia y se refrescó el rostro. El muchacho, que sentía seca y amarga la boca, lo imitó.

Desde luego, dijo el profesor, respirando hondo, *todavía nos quedan las Indias, aunque en dimensiones vergonzosamente reducidas como para satisfacer nuestro orgullo de nación con un destino providencialista. Solo una catástrofe como, digamos, la pérdida de los últimos restos del imperio, acaso nos despierte de este letargo de siglos, de este espejismo absurdo y grotesco que simboliza el escudo de armas del marquesado de Lumbría que el frío esplendor de la luna nos permitió leer... ¡Cuánto pienso que el buen*

Cervantes también soñó con El Dorado! Pero más le hubiera valido perder el brazo en una taberna: nos hubiera evitado tres siglos de fanfarronadas numantinistas y evangelizadoras. En fin, todos soñamos cuando somos jóvenes, y en esos dichosos tiempos todos eran jóvenes pese a las barbas y la ferretería que cargaban consigo. Yo también, sus ojos brillaron maliciosos y cínicos*, a tu edad, cuando leí las cartas de Colón, soñé con esos mundos. No, por cierto, por sueños heroicos o misioneros, ni siquiera crematísticos, sino por apetencias puramente eróticas. Me llenaba de fantasías y urgencias lascivas aquel mundo descrito por el almirante de Isabel y Fernando (oh, Dios, te imaginas mayor cretinismo, ¡el almirante de Isabel y Fernando!), mundo, te repito, descrito como una teta de mujer en cuyo dulce pezón se levanta el árbol de la vida... ¡Debiera emborracharme! No, ya me hastió este juego. Pero después de ver un fusilamiento como el que no hace mucho presenciamos, gusto de rendir culto a Onán. Recuerdo una copla que escribí: «...Aunque a veces sabe Onán mucho que ignora don Juan». Esta noche, por lo demás cínicamente hermosa, con el celestinaje de la luna, por conversar contigo me he dispensado de un placer, perdóname la vulgaridad, tan al alcance de mi mano y no excesivamente desesperado*.

Después del rosario y de las oraciones y de la meditación expiatoria sobre las faltas cometidas en acto o pensamiento durante el día, que se llevaban a cabo en la iglesia del seminario, se decretaba, al marcar el reloj las nueve de la noche, el silencio absoluto, y los novicios entraban al dormitorio donde se alineaban los estrechos y duros camastros. Poco comunicativo y precozmente marcado por el insomnio, el seminarista Jesús Azcárate gustaba de este silencio, que empleaba para reflexionar y recordar con controlada quietud, larga, lúcida y, por momentos, ansiosamente. No le significaban una tortura la castidad y la continencia porque intuía que pasiones de otra índole, latentes y oscuras, pugnaban por estallar y revelar su naturaleza. Sin embargo, las

consideraciones sobre la sexualidad y el erotismo que constituían como el eje del pensamiento de Abel Martín no dejaron de perturbarlo y de enrojecer su rostro. *El manantial de Eros*. No había entendido y quizá nunca entendería las especulaciones sobre erótica de Abel Martín, y solo recordaba con exactitud frases y versos en que el erotismo, a diferencia de la lúbrica pantera de Dante, desempeñaba un rol, una energía que permitía la apertura al ser: *...pasead vuestra mutua primavera, / y aun bebed sin temor la dulce leche / que os brinda hoy la lúbrica pantera...; La mujer / es el reverso del ser; Sin mujer / no hay engendrar ni saber; El amor es la autorrevelación de la esencial heterogeneidad de la sustancia única; El amor comienza a revelarse como súbito incremento del caudal de la vida sin que, en verdad, aparezca objeto concreto al cual tienda; El amor existe en ausencia y presencia de la mujer*. Abel Martín había insistido en esto último y de ahí derivaban su defensa y su exaltación burlona del onanismo, aunque rechazaba (*¡no por razones morales!*, insistía) formas pervertidas, como el amor uranista. Y si bien él, Jesús Azcárate, no comprendía ni aceptaba el papel privilegiado que el erotismo ocupaba en el sistema filosófico de Abel Martín, lo había tornado más comprensivo y humano con los requerimientos de la carne que torturaban a la mayoría de los aspirantes al magisterio sacerdotal. Los seminaristas practicaban el onanismo y aun se complacían en fantasías sacrílegas y fetichistas, pero no suscitaban la condena del joven Azcárate, aunque sí colmaban su corazón de melancolía y de un sentimiento crepuscular de la vida.

Pero no fue la doctrina erótica de Abel Martín lo que perturbó el corazón del muchacho. Fue su irreverente cinismo, con sus bromas frente a todo lo que constituía verdades inconmovibles para él. Dudaba entre las enseñanzas de don Manuel y el ejemplo del padre Jacinto, pero se trataba de dos maneras de entender la misión de la Iglesia entre los hombres. Dios, ¿supremo creador

de la nada? No podía ser más que una paradoja, una burla atroz que acongojaba su espíritu. En uno de estos «diálogos peripatéticos», como los llamaba Abel Martín, el muchacho Azcárate se atrevió a defender la existencia de Dios, *aunque la razón*, dijo, *fuera impotente para demostrar su existencia. Pero el corazón, la lógica del corazón...* Abel Martín, con gesto histriónico, lo interrumpió: *¿Un dios existente? Sería algo terrible... ¡Qué Dios nos libre de Él!* Estas salidas dejaban al mozo sin argumentos y fue por este tiempo (él, que carecía de humor) que aprendió a reír con la única risa que habría de acompañarlo por el resto de su vida: la risa amarga, la amargura risueña. Y auscultando el rostro despejado de alegría juvenil, Abel Martín continuó: *Y en cuanto a Cristo, tengo la firme convicción de que volverá cuando le hayamos perdido totalmente el respeto, porque su humor y su estilo vital se avienen mal con la solemnidad. Cierto que el Cristo se dejaba adorar, pero en el fondo, aparte de la comprensible vanidad, no le hacía gracia. Le estorbaba la divinidad, por eso quiso nacer y vivir entre los hombres. Y prométeme, Jesús, que si tu tocayo vuelve, no se la recordarás. Tampoco hemos de recordarle lo de la cruz... Aquello debió ser algo horrible y, más que los azotes y la corona de espinas, debió dolerle participar en una desagradable representación teatral. No habría tenido esa flaqueza en el Huerto de los Olivos si los libretistas hubieran sido un Sófocles o un Shakespeare. Bah, olvídate de estas bufonadas. Pero te ruego que retengas esto: Cristo es el Hijo del Hombre que se hizo Dios para expiar en la cruz los pecados de la divinidad*.

Cada hora, el cura inspector prendía la luz de gas y recorría el dormitorio hilera por hilera y, a veces, al azar, jalaba las cobijas de algún seminaristas por si descubría a alguno de los mismos atentando contra la castidad de su cuerpo. Y en más de una oportunidad, el insomne Jesús Azcárate fue testigo de escenas bochornosas. Durante diez o quince días, el joven sorprendido en

flagrante delito era recluido en una celda a pan y agua, y su cuerpo sometido a flagelamientos y, después de esta expiación, se lo castigaba haciéndole desempeñar las tareas más humildes, como barrer patios y limpiar retretes y lavar los servicios de cocina. Ahora, el inspector, con la luz prendida, espiaba los camastros; se detuvo ante el que ocupaba el novicio Azcárate y tironeó de las cobijas. El inspector era un cura fanático de la estirpe del padre Jacinto, pero desempeñando una función menos bárbara, menos heroica, más depravada. *¿Qué deseaba encontrar, padre?*, le dijo el seminarista, y por primera vez intuyó el poder de su mirada, porque los ojos pervertidos y furiosos del inspector parecieron congelarse por el fuego purísimo que despedían los ojos del futuro padre Azcárate. El inspector volvió a tenderle las cobijas, caminó con pasos inaudibles y tenebrosos, y apagó las bujías.

Pero la furia que mostró el novicio se debió a que fue interrumpido en la última conversación que tuvo con Abel Martín, la víspera de la partida de este. El muchacho casi obligó al profesor de la Universidad de Segovia, cuyos ojos reflejaban una extrema gravedad, a escuchar la doctrina que don Manuel le había inculcado desde su infancia y cómo esta había sido cuestionada o, más bien, despreciada por el padre Jacinto durante los meses que cabalgó integrando su mesnada. *Las dos son formas ilusorias*, dijo Abel Martín, *y existen desde la fundación del cristianismo. Don Manuel creía en una Iglesia de los pobres basada en los Evangelios, mientras que el padre Jacinto pertenecía a la Iglesia paulina y constantiniana, es decir imperial y mundana y entenebrecida aun más por la tradición guerrera y evangelizadora de España. Y tu dilema, mi querido Jesús Azcárate, es que tu razón está de acuerdo con quien, consideras, te empuja hacia la concepción de una Iglesia militante. Y si no consideras la existencia desde una perspectiva diferente, tu vida será una perpetua agonía, porque no podrás conciliar jamás los dos extremos de la contradicción. Me siento triste por ti,*

muchacho. Y me gustaría tenerte entre mis discípulos, porque la amistad con esos jóvenes (en especial, con el más capaz de ellos, Juan de Mairena) te harían liberarte del espejismo en que vives. Pero sé que no vendrás. Don Manuel y el padre Jacinto te condenaron a seguir el magisterio sacerdotal.

Pocos días antes de que Jesús Azcárate se ordenara sacerdote comenzaron las cíclicas irritaciones urbanas y el día de su ordenación no pudo concentrarse en el solemne ritual porque, rebasada la guardia civil por los tumultos callejeros, había tenido que salir la caballería después de que los cañoneos de la artillería ejecutaron su labor de reblandecimiento. El detonante había sido el desastre de 1898, que no se sació con el asesinato de Cánovas. Lo prudente hubiera sido posponer el ordenamiento de los tres aspirantes a sacerdotes, entre los que sobresalía por inteligencia y firmeza de espíritu Jesús Azcárate. Pero los jerarcas de la arquidiócesis de Madrid consideraron que llevar adelante la ceremonia simbolizaría el poder y la continuidad de la Iglesia, y para ello revistieron de la mayor solemnidad el acto: el obispo y los diáconos se pusieron sus más fastuosos atuendos litúrgicos y dos coros formados por seminaristas y novicias debieron elevar el registro de sus voces para acallar la grave disonancia de la artillería pesada. Y, por cierto, un cordón de infantería fuertemente pertrechada resguardó el atrio de la catedral para repeler cualquier intentona sacrílega contra la Iglesia y el clero, un tipo de acto por el cual sentían las masas una oscura predilección.

Ordenado ya sacerdote, el padre Azcárate, desechando una carrera brillante, pidió ser enviado a un remoto pueblo de las alturas de Castilla, cerca de las fuentes mismas del Duero. Las autoridades eclesiásticas trataron de disuadirlo. La Iglesia, le dijeron, necesitaba de su concurso en ciudades como Madrid, Barcelona o Bilbao, para contrarrestar la creciente influencia del ateísmo internacional entre los obreros, mucho más peligrosa que la

impiedad laica y anticlerical de liberales y republicanos. Como el padre Azcárate se mantuviese firme en la decisión tomada y el permiso tardaba en llegar, entre tanto se dedicó a leer las nuevas corrientes de pensamiento y la literatura profana y a conocer los círculos literarios y artísticos. En el Café Colonial se comentaban el suicidio de Ganivet y el fogoso pensamiento de Miguel de Unamuno. Con el corazón lacerado, pasó una mañana y una tarde enteras observando las pinturas de Goya. Leyó las *Novelas contemporáneas* de Galdós, pero ninguna de ellas, que le revelaron el alma de Madrid, lo conmovió tanto como *Nazarín*; en cambio, *La Regenta* lo dejó sumido en una atmósfera brumosa y pesimista, y por primera vez evocó los claustros y la vida en el seminario, con colores grises y siniestros. Por fin le comunicaron que la Iglesia accedía a su pedido.

La víspera de su partida se aventuró a escuchar una conferencia en el Instituto Libre de Enseñanza, a cargo del profesor Joaquín Costa. Era un pensamiento concreto, realista, que miraba al futuro; por eso, mientras el coche atravesaba la alta estepa castellana, al pasar Soria, antaño la puerta de Castilla, por la cual salió el Cid hacia su destierro, el joven sacerdote Azcárate recordó las enfáticas palabras de Joaquín Costa: *Cerremos con tres llaves el sepulcro del Cid y acudamos a las necesidades del día*. De ahí que, cuanto más se internaba en esa tierra yerma, bordeada de blancos peñascales, colinas pardas y cerros ceñudos, castigada por un sol estival y donde la primavera se intuía por las diminutas margaritas blancas crecidas entre yerbas montaraces, el novel sacerdote, los ojos ardientes, sentía menor sosiego y mayor inquietud en su espíritu. Esta tierra agria, con sus ciudades decrépitas, sus iglesias abandonadas, sus castillos derruidos, sus campesinos andrajosos vestidos con paños oscuros, era la implacable imagen de la España Eterna. Un pasaje de la crónica de un corresponsal de guerra extranjero en la reciente guerra entre España y Estados Unidos de Norteamérica irrumpió cruelmente

en su memoria: «Mientras los marineros españoles se encomendaban a la Virgen del Carmen y rezaban el rosario a bordo de los barcos, los artilleros norteamericanos echaban al fondo, en Gavite y en Santiago de Cuba, a la escuadra española».

Por primera vez prendió un cigarro, atragantándose con el humo. ¿No era esa la catástrofe que Abel Martín consideraba imprescindible para que España despertase de su marasmo de siglos? Terminó de toser, respiró hondo, dio una nueva aspirada al cigarrillo y ahora el humo fue expelido con tranquila seguridad. Pensó en la larga pesadilla, así se le revelaba ahora, que era la historia de España; evocó las implacables pinturas de Goya y el pensamiento torturado y crítico de la joven generación de escritores; evocó la entrada nocturna de la partida del padre Jacinto en un pequeño pueblo vasco, cerca de Irún, y su orden de prender fuego a cierto solar perteneciente a un linaje de tradición herética y liberal; y, una vez más, evocó minuciosamente la vida, la triste serenidad de su estampa y, sobre todo, evocó la doctrina de quien fuera su padre espiritual. Y comprendió ahora que este destierro elegido era una especie de penitencia que se había impuesto por el alejamiento afectivo y el cuestionamiento (por no decir más) de las doctrinas de don Manuel Bueno, pero quizá él lograse, en su magisterio sacerdotal, hacer del pueblo al que había sido destinado una isla de paz como el Valverde de Lucerna de su infancia y su pubertad.

Muerdra resultó ser un pueblo miserable y miserable la vida que allí se pasaba. Un año después de su llegada comenzó a pensar que su propia vida, perecedera, condenada a la muerte, reclamaba un destino mayor que el de celebrar misa, escuchar porquerías en el confesionario, dar esperanza de una bienaventuranza a quien pronto moriría acaso para hundirse definitivamente en la nada. Pero luchó contra su carácter, contra su orgullo; despreciándose a sí mismo comenzó a mortificar su carne, a ejercitarse en la modestia, a

practicar la caridad. No avanzó mucho. Los campesinos, secularmente preparados para la desconfianza y para el odio contra los curas por su intemperante vinculación con los grandes propietarios poseedores de títulos nobiliarios y pergaminos que garantizaban la pureza de su vieja sangre castellana, no lo aceptaron plenamente, y él mismo se sintió un farsante. Recordó el último diálogo, breve y apresurado, que sostuviera con Abel Martín mientras el trabajador de la posta acomodaba el equipaje del profesor de filosofía. *En España*, le había dicho, *no hay modo de ser bien nacido sin amar al pueblo*. El muchacho Azcárate, con cierto desprecio, le había replicado con las siguientes preguntas: *¿Qué es el pueblo? ¿Es que de verdad existe?* Abel Martín, algo sorprendido por el tono del mozo Azcárate, lo miró por primera vez con real interés y simpatía, y aun con ternura. *Por cierto*, dijo, *el pueblo no es una metáfora romántica y no lo forman los miserables, esas escorias mendicantes, vencidos y humillados por los poderosos. El pueblo real y auténtico lo constituyen los campesinos que trabajan la tierra y luchan por liberarse de la servidumbre, y los obreros asalariados de fábricas y minas, que en los próximos años serán los protagonistas de la historia*. El coche se había puesto en marcha y Abel Martín pronunció las frases sacando la cara por la ventanilla mientras el joven corría al lado suyo, hasta que fue quedándose rezagado y una mano sosteniendo un pañuelo en el aire le decía adiós.

Una noche tuvo que admitirlo: detestaba a don Manuel; el padre Jacinto se hallaba más cerca de la verdad. No pudo conciliar el sueño y abandonó el lecho antes de que amaneciera. Era domingo y debía celebrar la misa dominical a la que acudían los campesinos de los alrededores y de parajes más alejados de la villa de Muerdra. En el atrio se apostaban los tullidos y baldados y los ciegos caminantes. Durante sus años de permanencia los había escuchado sin prestar demasiada atención a viejos romances que se

remontaban al Medioevo y a los siglos de la Reconquista. Pero ahora se detuvo al escuchar un cantar que narraba hechos relativamente recientes, sobre la tierra de Álvar González, una tierra maldita donde señoreaba el espíritu de Caín, pues el cantar de los ciegos era la historia semilegendaria de dos crímenes abominables cometidos por las mismas manos: un parricidio y un fratricidio. Mientras consagraba la misa se preguntó si aquel romance podía ser elevado a la categoría de símbolo de la vieja tierra castellana. Al día siguiente ayunó y pasó la noche en vela orando y meditando de rodillas en la iglesia, cuyo alto campanario coronaba un hermoso nido de cigüeñas. Hacia el mediodía se sorprendió cuando el correo postal le entregó un grueso sobre con correspondencia.

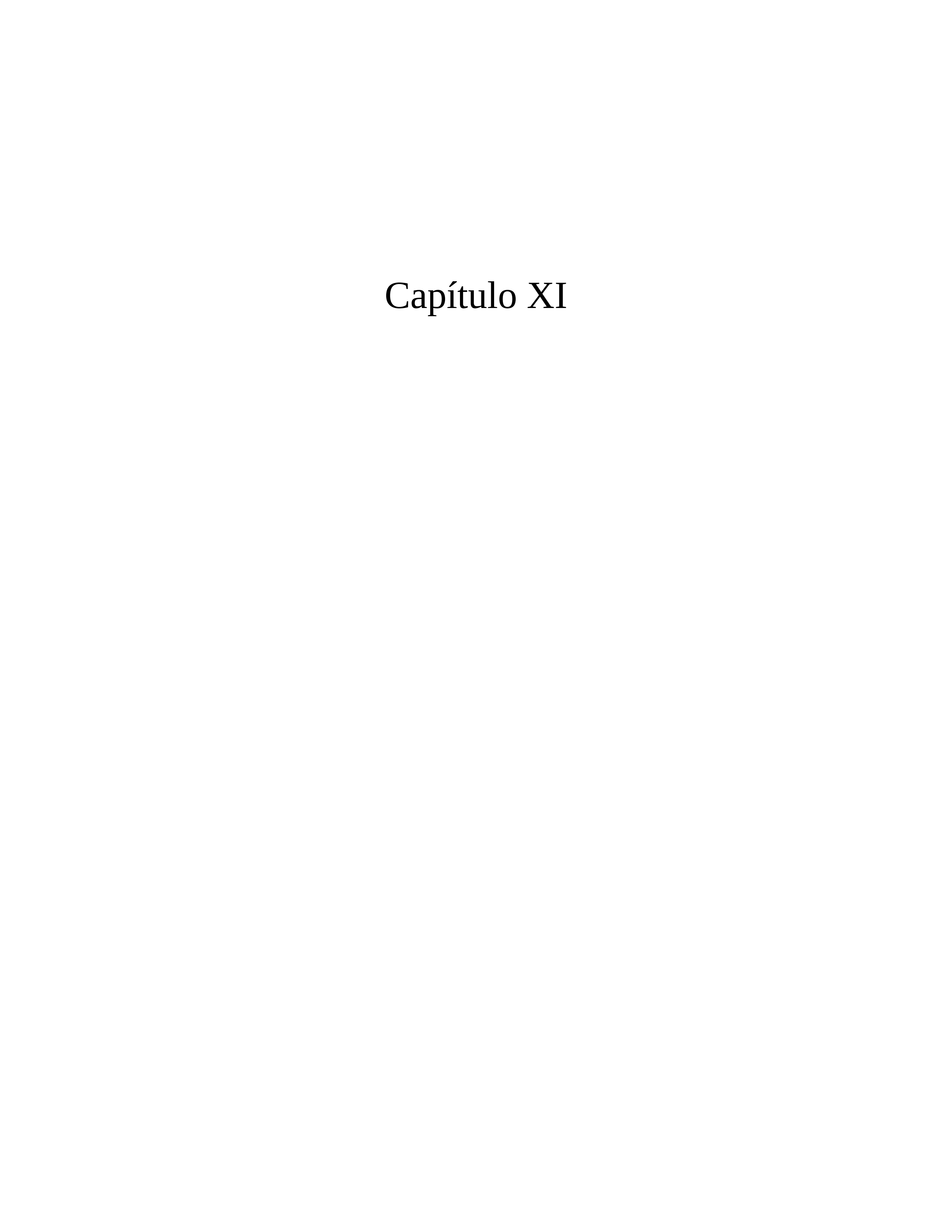
La carta estaba firmada por el padre Vicens, cuyo nombre no era del todo desconocido para él. Completaban el envío varios folletos sobre lo que se daba en llamar «la cuestión social» y la encíclica *Rerum Novarum*, del papa León XIII. Leyó una y otra vez la carta del sacerdote catalán, quien lo invitaba a integrarse a su obra siempre y cuando estuviera de acuerdo con la misma y por eso le rogaba que le escribiese exponiendo sus propias concepciones en torno al papel que debería desempeñar la Iglesia en la solución de la cuestión social. Nunca el padre Azcárate había escrito algo personal y llenaba sus horas vacías traduciendo pasajes del libro de los profetas del Antiguo Testamento, de Tertuliano y, en especial, de San Agustín. Volvió a leer la carta del padre Vicens y los folletos, y estudió con suma atención la encíclica papal. Por fin tomó la pluma y empezó a escribir febril y apasionadamente, y mientras avanzaba en su comunicación sintió, por primera vez, que un torrente vital lo invadía. Le hubiera gustado enseñar la larga carta a Abel Martín. La respuesta del padre Vicens fue breve y cortés, y reiteraba su invitación para que integrase al equipo de sacerdotes que ya estaban haciendo trabajo entre las masas obreras. «Por cierto», terminaba el

padre Vicens, «cuando usted venga a Barcelona discutiré algunos conceptos y planteamientos de su interesante misiva».

Mientras preparaba su viaje a Barcelona, el principal centro fabril de España, el padre Azcárate reflexionaba sobre la última frase de la carta del padre Vicens, que encerraba un cuestionamiento de los puntos de vista expuestos y defendidos por él. Quizá el tono empleado había sido demasiado pasional. Después de manifestarle su acuerdo con esta nueva cruzada emprendida por inspiración y bajo dirección suya, en aplicación de los vientos renovadores que soplaban en El Vaticano, había continuado con las siguientes palabras: «Sí, era necesaria una Iglesia militante, pero no en defensa de los antiguos fueros, no una Iglesia reaccionaria, ultramontana, sino una Iglesia que practicara un cristianismo social. No se podía cambiar moralmente al hombre si previamente no se lo libraba de la servidumbre y de la explotación. En España, lo mejor es el pueblo, pero el espíritu de Caín (el odio, el rencor, la envidia) puede apoderarse de su sangre y de su espíritu por la secular explotación de los poderosos, culpables de la decadencia económica y de la ruina moral de España. Es mejor, más pertinente, hablar de la existencia de clases sociales y hay una clase social que un poco más de treinta años atrás hizo temblar en Francia al nuevo Estado, producto de la revolución del llamado "tercer Estado", pero ahora sostenido por la alianza de una burguesía utilitaria y voluptuosa con la vieja aristocracia, arruinada y caduca, pero todavía capaz de deslumbrar a la opulenta pero ruda burguesía con el refinamiento de sus costumbres y el falaz prestigio de un pasado mitificado y sacralizado, aun en sus torneos más crueles y sangrientos. Y aquí, en España, aunque algo rezagada, la clase obrera, los pobres, hijos de campesinos en buen porcentaje (además del campesinado mismo de Andalucía y Extremadura), comienza a fortalecer sus organizaciones y a elevar el objetivo y las metas de sus luchas. Sus ideales ya no coinciden con

los de los liberales ni con los de los republicanos. Es verdad, algunas tendencias exaltan el ateísmo y odian a la Iglesia como institución que ha estado siempre al lado de los poderosos, pero precisamente aquí se encuentra la nueva misión de la Iglesia: ayudar a los obreros a alcanzar la justicia preservando la sublime fe en Cristo, pero renunciando no solo a mantener su poder en cosas del mundo, sino renunciando a todo poder secular, según el auténtico espíritu de los evangelios». ¿No habría hecho presa en su corazón el espíritu de Caín? Pero no, había hablado con la razón aunque con el corazón abrasado de fuego, de acuerdo con las enseñanzas del Cristo de los Evangelios. De modo que iría a Barcelona, viviría con los obreros, compartiría sus penalidades, los acompañaría en sus luchas. Poca religión, las misas indispensables, nada de oraciones repetitivas y mecánicas, y nada, nada de beaterías. Para ello habría tiempo, y sacerdotes de alma más pura y humilde que la suya se encargarían de hacerlo.

Cuando, sentado en la diligencia, el padre Azcárate contemplaba nuevamente los campos de Castilla, no pudo dejar de pensar en la antigua grandeza de España; pensó en el Cid, altivo y justiciero con el rey y los malos señores, y pensó en Don Quijote. Él compartiría el dolor de la vieja y sufrida España, apurando el cáliz hasta las heces.



Capítulo XI

Los años de aprendizaje del doctor González

El acontecimiento más memorable que iluminó la infancia del futuro doctor González fue la breve temporada que el sabio Antonio Raimondi pasó en el solar de la calle El Cuerno como huésped de sus queridos padres. Don Máximo González era un alto magistrado de la justicia que a su erudición forense añadía su culto a los clásicos latinos, que leía con fluidez, mientras que la lectura constante de *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, de Gibbon, lo proveía de reflexiones y sentencias sobre la historia de las naciones y sobre la ilusión del poder por el que la humanidad había vertido tanta sangre. La madre, doña Alcira Urrutia, era una joven mujer cuya belleza competía con su exquisita sensibilidad para la música y con su piedad por la Virgen del Perpetuo Socorro. Estas cualidades del matrimonio González Urrutia decidieron al sabio Raimondi a aceptar su hospitalidad, entre los varios ofrecimientos que le habían hecho las más linajudas familias que vivían en la calle San Francisco. Desde que el pequeño Augusto, el futuro doctor González, vio por primera vez al huésped, quedó fascinado por el aura que parecía irradiar de la persona del señor Raimondi, jovial y serio al mismo tiempo. Igualmente, sus ojos eran penetrantes y escrutadores y, a la vez, distraídos y ausentes. Don Máximo dispuso para su ilustre invitado una recámara en el segundo piso y una amplia habitación en la planta baja para que le sirviese como gabinete de estudio. Lo primero que despertó la

curiosidad del niño fue ver que, desde el segundo o tercer día de haberse instalado en la casona, el gabinete del señor Raimondi seguía con los quinqués prendidos, mientras la casona y la ciudad entera dormían su sueño más profundo. Varias veces quiso comprobar con el reloj de pared que había en su dormitorio la hora en que el huésped de papá y mamá se iba a acostar, pero antes, mucho antes de que el señor Raimondi abandonara el gabinete de trabajo, se quedaba vencido por el sueño. Entonces decidió espiarlo mientras trabajaba, pero era poco lo que podía ver por la cerradura, y la ventana era demasiado alta para él, de modo que tomó la decisión heroica de golpearle la puerta. Pues, como le confiaría muchos años después a mi padre, su corazón le decía que, de no hacerlo, algo definitivo se perdería en su vida. *Oh, mi querido amigo, hágame el favor de pasar*, le dijo el sabio al abrirle la puerta, mas enseguida consultó su reloj de bolsillo y añadió: *¿No es ya demasiado tarde para usted, jovencito?* El niño, que nunca conoció la timidez, antes de entrar de manera resuelta al gabinete, observó que el sabio estaba despojado de saco y camisa y lucía por debajo de los tirantes una camiseta de manga larga, pero enseguida olvidó este detalle y quedó maravillado ante los instrumentos y herramientas de trabajo y ante la cantidad de muestras de rocas, piedras y arena y tierra. *¿Conque quieres conocer mis tesoros?*, le dijo Raimondi, y empezó por mostrarle el instrumental: una colección de lupas, dos brújulas, una balanza hidrostática y tres balanzas Roberval, un teodolito, un taquímetro, una serie de pequeñas hachas con pico y hachuelas. Luego le mostró varios herbarios, planos topográficos, tipos de roca, tierra y arena, pero el chiquillo dirigió su atención a una piedra vagamente octogonal que parecía irradiar más luz que los quinqués. *Ah, ah*, dijo el señor Raimondi, *veo que le atrae mi mayor tesoro*. *¿Puedo cogerlo?*, preguntó el niño. *Inténtelo, amiguito, inténtelo*, dijo el sabio. El pequeño Augusto tuvo que hacer un gran esfuerzo para alzar la roca con estrías metálicas, y el señor Raimondi debió

acudir en su ayuda para devolver la extraña roca a su lugar. *Es apenas un fragmento de algún asteroide que erraba por el universo desde no sé cuántos miles de miles de años*. El niño comenzó a examinar la roca desde diferentes ángulos. *Para que te hagas una idea*, le dijo el sabio, *este y otros fragmentos de aquel asteroide debieron entrar en nuestra órbita solar miles de años antes de que el pobre Imperio Romano, por el que siente tanto interés mi distinguido amigo don Máximo, tu señor padre, hubiera terminado de extinguirse*. De pronto, el niño González creyó que el aerolito se inflamaba de luz, pero el delicioso aroma de pan recién horneado lo hizo volver a la realidad y comprendió que era la luz del sol la que invadía el gabinete. Nunca el doctor González olvidaría el encanto de esta noche y madrugada, y muchos años después reveló a mi padre que aquel gabinete, con su bólido venido de remotos e inconcebibles espacios, le hizo desdeñar los cuentos de hadas y de aparecidos que lo encandilaron en su más tierna infancia, al ir descubriendo, en los días y noches siguientes (y el señor Raimondi, de secretario y ayudante, lo elevó a la categoría de colega), los purísimos placeres que confería el ejercicio de la inteligencia y la razón.

El otro gran descubrimiento del niño que habría de repercutir en su vida futura fue la plácida indiferencia del señor Raimondi en torno a la Iglesia y a los cultos religiosos. El primer domingo rehusó con amable cortesía acompañar a la familia a la misa del Carmen, pues dijo que tenía trabajo por realizar y extensos eran los caminos que aún le quedaban por recorrer. Don Máximo, hombre de ideas liberales, y doña Alcira, mujer piadosa pero de espíritu amplio y discreto, comprendieron y ordenaron a la fámula encargada de llevar el reclinatorio adicional que lo devolviera a la capilla y morada de los santos, ubicada en el segundo patio interior de la casona. El doctor González refirió a mi padre que aquella mañana sintió la iglesia como un recinto extraño, que le hizo recordar los cuentos de aparecidos que por las

noches le narraban los sirvientes de la casa. Pero, además, le siguió refiriendo a mi padre, se sintió avasallado por la curiosidad, las dudas y cierto temor, de modo que uno de los días en que ayudaba al señor Raimondi a colocar etiquetas en las muestras recogidas, pues el sabio sabía realizar expediciones de estudio y recolección por diferentes zonas de la tierra piurana, se atrevió a preguntarle (esta vez sí con timidez) si creía en Dios. El naturalista se quitó las gafas, friccionó con el pulpejo de los dedos sus párpados, volvió a colocarse las gafas y caminó hasta el gran ventanal que daba a la calle y se quedó observando unos instantes. Volvió hacia el niño, le acarició la cabellera, y sonriendo le dijo: *¿Tan pernicioso me consideras como para no creer en una divinidad? Coleguita, por favor, quítese esas ideas de la cabeza. Sí, creo, creo firmemente en Dios. Pero como somos colegas te revelaré un secreto: mi Dios es el Dios de Spinoza*. A partir de ese día, el explorador y hombre de ciencia le dijo quién había sido Spinoza y luego le habló de Darwin, cuyo libro *Del origen de las especies por medio de la selección natural* llevaba consigo, y le leyó pasajes de *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* de Humboldt, otro hombre de ciencia, le explicó, y gran viajero que había pasado por el Perú en su largo viaje de estudio. Y, lo que fue más importante aun, intercedió para que sus padres le permitiesen acompañarlo a Antomira, mediana hacienda de doña Alcira, ubicada entre Curumuy y Monte de los Padres.

Fue durante este paseo de exploración que el sabio le reveló esta sencilla verdad: la naturaleza era un libro abierto para quien sabía leerlo. Y pronunció vocablos como *geología*, *estratos geológicos*, *geografía y cartografía*, *botánica y zoología y mineralogía*, diciéndole por fin que el Perú era una región aún por descubrir y estudiar, y que en su seno guardaba tesoros mucho más ricos y fabulosos que los que se leen en *Las mil y una noches.* Cuando el sabio dio por concluidos sus estudios de esta parte de Piura y anunció su

próxima partida siguiendo la ruta que utilizara siglos atrás Hernando de Soto para llegar a Huancabamba y luego, aprovechando los antiguos Caminos del Inca, alcanzar Cajamarca, el niño, pacientemente persuadido por Raimondi de que no era posible que él lo acompañara y que debía prometerle que cuando fuera grande dedicaría su vida a descubrir todas las riquezas que la grande tierra piurana escondía en sus entrañas, disimuló sus lágrimas y le juró solemnemente continuar su obra. La víspera de la partida fue triste, pero el huésped sorprendió por última vez a la familia interpretando en el piano de media cola arias de Monteverdi y romanzas y *lieder* de Schubert y Schumann. Al concluir dijo risueñamente que amaba tanto la música que la odiaba, porque enajenaba el espíritu y el corazón. *Por eso prefiero la poesía*, dijo. Sacó dos libros y tradujo en alta voz unos hexámetros latinos de *La naturaleza de las cosas* de Lucrecio y un poema de los *Cantos* de Leopardi, luego autografió ambos libros y obsequió a don Máximo el libro de Lucrecio y al niño el poemario de Leopardi. Enseguida se excusó por unos instantes, subió a su recámara, y al volver rogó a doña Alcira que, con el permiso de don Máximo, tuviera a bien aceptar un recuerdo y herencia materna, y le entregó una delicada cajita de sándalo. La señora Alcira abrió la aromática cajita: se trataba de un hermoso devocionario, con tapas de nácar, broche de oro y hojas con filamentos dorados, que llevaba el título (también impreso en oro) *Nueva áncora de salvación*. En momentos en que don Máximo sacó de la alacena el oporto especial para un brindis de despedida y otro para desearle los mejores augurios en sus peregrinajes de exploración y estudio de esta y otras tierras como buen descendiente del gran Plinio El Viejo, el niño se escabulló con el libro de Leopardi entre las manos, subió a su dormitorio y, sentado a la mesa de trabajo, abrió al azar los cantos y leyó con dificultad el poema que comenzaba con los versos siguientes:

Or poserai per sempre,
stanco mio cor. Perí l'inganno estremo,
ch'eterno io mi credei...

Pero no pudo continuar y cerró el poemario, pues las lágrimas podían estropear las páginas del libro. Entonces se tiró de bruces sobre su cama y lloró larga y silenciosamente.

La pubertad y la adolescencia del futuro doctor González transcurrieron serenas y austeras, con los instintos carnales sublimados por la sed de conocimientos y por su pasión por la música. Por influencia de doña Alcira, que tocaba con pulcritud el piano, el niño practicaba el violín desde los nueve años, bajo la guía del maestro Obando y, a partir de los doce, con el maestro Calixto Pozo, hombre de temperamento algo extravagante, como que era conocido en la ciudad como el Loco Pozo. La música estrechó los vínculos de amistad del muchacho González con los mozos José Agustín Benalcázar León y Seminario y Rodolfo Lama Farfán de los Godos. Benalcázar León tocaba el oboe y Lama Farfán de los Godos, el piano (el profesor del primero era el maestro Purizaga y del segundo, la señorita Ricardina Vise, ambos descendientes de verdaderos clanes de músicos sechuranos). Los tres muchachos se ejercitaban de manera alternada en la casa de cada uno de ellos, pues los tres, aunque en diferente grado, pertenecían a la clase señorial piurana. De los tres, el menos dotado de oído musical era José Agustín y el de mayor sensibilidad y virtuosismo, Rodolfo Lama. Desde que cumplieron catorce años, el trío constituía uno de los números obligados de las veladas por las fiestas patrias y por la clausura del año escolar, y sus ejecuciones arrancaban el aplauso de los padres y el aburrimiento y la burla del alumnado.

Cierto día (acababa de cumplir dieciséis años), de pronto, mientras ensayaban una pieza de Haydn, el muchacho González dejó de tocar y le fue

imposible concentrarse en la partitura. Acomodó con cuidado el violín en una de las consolas ornamentales (ahora practicaban en la mansión de los Benalcázar León y Seminario de la calle San Francisco), se sentó en uno de los sillones y se sumió en sí mismo, estado en que caía con frecuencia desde algunos meses atrás.

—¿Te aburrió la música? —le preguntó un rato después José Agustín, que tomó asiento a su lado.

—Me gusta la música. Pero en estos días, no sé, no puedo encontrarme por más que me esfuerce.

—¿No estarás enamorado?

—¿Yo, enamorado? Ni siquiera se me ha pasado por la mente.

—Si quieres que te diga la verdad —declaró José Agustín—, estoy harto de la música. Harto, harto. Pero me da pena herir al maestro Purizaga diciéndole que se meta el oboe por donde tú sabes. ¿Pero tú, Augusto, por qué? ¿Dices que no puedes concentrarte?

—Dudo, pienso, José Agustín. Tengo ansias por estudiar, pero todavía no me decido.

—Yo, en cambio, sé con certeza lo que quiero ser. ¿Me guardarás el secreto si te lo digo?

El muchacho González sonrió:

—Te juro que seré una tumba.

—No quiero ser como Odar, mi hermano mayor, que dilapida nuestra fortuna en París. ¿Sabes? Seré militar, pero no un militar del montón. Me serviré de la carrera militar para, más adelante, llegar a presidente y sacar a este país del atraso y la injusticia.

González no pudo responder a su amigo porque, primero él, y luego el propio José Agustín, se sintieron subyugados por el piano de Lama Farfán de los Godos. Ahora no interpretaba la pieza de Haydn, sino la *Appassionatta* de

Beethoven, mas, al llegar al clímax de la composición, Rodolfo Lama se interrumpió bruscamente y continuó improvisando acordes hasta que empezó a emerger una música sacra, que eran variaciones a partir de un pasaje del *Mesías* de Haendel. Nunca antes Rodolfo había tocado con tanto virtuosismo, pasión y recogimiento. Todos perdieron la noción del tiempo, y cuando Rodolfo Lama finalizó la ejecución, los dos amigos se levantaron de sus sillones para felicitarlo. Pero el rostro del adolescente estaba transfigurado, de modo que González y Benalcázar se limitaron a palmearle el hombro. El joven, sin levantarse de la banca, les dijo que había escuchado la conversación que ellos habían sostenido.

—Yo no tengo duda sobre lo que seré —dijo.

—Me lo imagino —le dijo González—. Serás un gran virtuoso del piano.

—No, eso sería vanidad. Nada más que vanidad. Y orgullo —respondió de inmediato.

—¿Vanidad? ¿Orgullo? No te entiendo.

—¿Por qué va a ser vanidad y orgullo —dijo González— un don que Dios o la naturaleza te ha brindado?

Lama se levantó de la banca y volvió el rostro hacia sus amigos. Parecía tener los ojos afiebrados, como incandescentes por un fuego interior.

—Me haré monje y solo tocaré para el Señor. Tal vez así podré vencer al demonio que me asedia.

Un mes antes de concluir el año escolar, el director del Colegio San Miguel invitó a los alumnos de los tres últimos años de media a escuchar la disertación que cierto señor Bauman de Metz, recién venido a la santa tierra piurana, haría en el paraninfo sobre la Guerra Franco-Prusiana, que ocho años atrás había tenido lugar entre esas dos grandes naciones europeas. En la presentación, el director, rodeado de toda la plana de profesores, dijo que era un verdadero privilegio contar con el testimonio de un combatiente de esa

guerra y que además era hombre culto y de fina sensibilidad artística. El señor De Metz era un hombre de poco más de treinta años, alto y robusto, de cabellos muy rubios y ojos azules. Pero la recia osatura parecía revestida por una piel curtida y oscurecida, como si hubiese soportado las inclemencias de los vientos y los soles de todo el mundo. Lucía un mostacho poco cuidado y una breve perilla. Toda la charla la hizo de pie y con ojos risueños y algo irónicos, y hablaba con relativa soltura el español. Antes de empezar la charla había dibujado con gran precisión los mapas de Francia y Alemania, señalando con tizas de colores la frontera y los movimientos de los ejércitos de Napoleón III y de Bismarck. Como introducción a los aspectos estrictamente bélicos de la guerra, el disertante hizo un breve recuento histórico sobre las dos naciones en conflicto, y citó al general prusiano Clausewitz, quien en un célebre tratado afirmó que la guerra era la continuación de la política por otros medios. *Sí*, reiteró pensativo el señor De Metz, *una gran verdad que nos servirá para examinar las causas reales del conflicto entre Alemania y Francia*. González, Benalcázar y Lama percibieron que el conferenciante no manifestó simpatía ni por Bismarck ni por Napoleón III, en quien, sin embargo, recayeron las mayores puyas del señor Bauman de Metz. Finalmente, utilizando un puntero explicó la campaña militar, indicó el número de efectivos de ambos ejércitos, los tipos de armas, la superioridad de la artillería prusiana, los aspectos logísticos, y con aspas encerradas en círculos figuró las batallas, entre las que sobresalía el nombre de Sedán. El señor De Metz se limpió con un pañuelo el copioso sudor que le empapaba la frente y las sienes, y bebió de un solo trago el vaso de agua que habían puesto delante de él y que el director, solícito, volvió a llenar. *Según mi punto de vista*, afirmó, *Napoleón III, llamado por Victor Hugo «Napoleón, El pequeño», y por eso les ruego, amigos míos, no confundirlo con el genial tirano Napoleón Bonaparte, tuvo, les decía, la*

guerra perdida antes de que comenzase la conflagración y llevó a su nación a la derrota, a la vergüenza y al oprobio. Y así lo comprendió el pueblo trabajador francés, que pudo haber defendido el honor de Francia y expulsado del territorio al fatuo Canciller de Hierro si hubiese triunfado la Comuna. Pero esta es otra historia. Otra historia, sostuvo con énfasis el señor De Metz, recorriendo con ojos vivaces, y sin embargo algo turbios, el auditorio. *Una historia más apasionante, épica y trágica, que la que con torpeza, y ruego su comprensión, acabo de exponer*. El director comenzó con los aplausos y fue seguido por los profesores y los estudiantes. El señor Bauman de Metz se aflojó un tanto el corbatín y dijo algo al oído del director. Este asintió y luego sugirió que los alumnos que tuvieran alguna pregunta que formular lo hicieran con entera confianza. Los estudiantes permanecieron callados unos instantes, mirándose entre sí, pero quien rompió el silencio fue el viejo profesor de historia que parecía sentir antipatía por el disertante.

—Y usted, señor De Metz, ¿qué se siente: francés o alemán?

El señor Bauman de Metz, que ahora transpiraba de manera incontenible, sonrió antes de responder en francés, alemán y español:

—Yo, señor profesor, no tengo patria —en francés—. Mi patria es la humanidad —en alemán—. Y ahora mi hogar es esta cálida y hospitalaria tierra piurana —en español.

El profesor que hiciera la pregunta miraba furioso al auditorio. Los profesores restantes se movieron incómodos en sus asientos. El director hizo un imperceptible gesto de extrañeza ante la respuesta trilingüe de su invitado, que bebía otro vaso de agua y con otro pañuelo se enjugaba el rostro. Los estudiantes, aun los menos inteligentes y los indisciplinados, miraban alelados al señor conferenciante. El espeso silencio fue roto por la pregunta del mozo González:

—¿Cree usted que todavía deben existir las guerras?

—Oh, no, jovencito, no debieran. En manera alguna debieran existir. Pero...

—¿Tampoco en el caso —lo interrumpió el muchacho Benalcázar— de que la patria sea invadida por una nación enemiga?

—Digamos —ahora el señor De Metz hablaba con dificultad, como si le castañetearan los dientes—, sí; digamos, quiero decir, que hay guerras justas y guerras injustas.

—Todas las guerras son injustas —dijo con gravedad el alumno Lama Farfán de los Godos—. Todas, señor, ninguna guerra es justa. Y debemos rezar para que haya paz en las sociedades y, sobre todo, paz en nuestros corazones.

En la parte de atrás del paraninfo, un estudiante imitó con la boca un sonoro pedo y otros gritaron *¡Cállate, cura huevón! Mejor anda a corrértela a tu casa!* El director hizo sonar la campanilla y los gritos y murmullos quedaron en suspenso.

—Yo también soy pacifista —dijo el joven González Urrutia poniéndose de pie—. ¿No cree usted, señor De Metz, que si la humanidad se dedicara a la ciencia y al ejercicio de la razón, los hombres dejarían de matarse entre sí?

El señor Bauman de Metz tenía el rostro lívido y se esforzaba por mantener los ojos abiertos. Apoyándose en la mesa cubierta de franela verde se volvió a poner de pie.

—Es un hermoso sueño, joven. Un sueño que, que, que lo honra —balbuceó, antes de caer desmayado.

—¿Epilepsia? —preguntó el director con temor y cierta repulsión.

—No, no —dijo el médico Marticorena, que era también profesor en el colegio de los cursos de ciencias naturales—. El señor De Metz padece de fiebre tropical. Sudará un poco, temblará de escalofríos y luego se pondrá bien. Pero antes hay que darle una toma de quinina.

Los estudiantes, entre curiosos y amedrentados, miraban el rostro mortecino y anegado de sudor y los dientes castañeteando. Augusto González se convirtió de manera espontánea en ayudante del doctor Marticorena y, según sus indicaciones, preparó la bebida de quinina y se la entregó al médico. *Ábrele un poco la boca, hijo*; el muchacho obedeció sin ningún temor ni asco, y así el galeno pudo hacerle pasar las bebidas. *¡Mantas, colchas!*, ordenó el doctor Marticorena; los internos corrieron a los dormitorios y trajeron varias frazadas. El muchacho González improvisó una cama y pusieron allí al enfermo, muy arropado. El cuerpo seguía temblándole de manera frenética. Veinte minutos después abrió los ojos vidriosos, que parecían haber perdido la facultad de ver, de mirar. Unos minutos después, sin embargo, el señor De Metz empezó a distinguir las formas y a tomar conciencia de dónde se hallaba y lo que le había ocurrido. *Oh, lo siento*, dijo en francés, *mi fiel compañera me aseguró que me dejaría en paz hasta la noche*. Luego, en tono de broma, añadió en español: *¡Ya no se puede creer en nadie!* Enseguida fue reconociendo los rostros de los tres amigos. Pidió agua y bebió con avidez, como si su vientre fuese una brasa viva. *Es una bella utopía*, dijo mirando al muchacho González; ahora podía controlar mejor los espasmos de la boca. *Pero para que se cumpla, ¡y algún día se cumplirá!, tendrá que haber muchas, sí, por desgracia, muchas, muchas guerras*.

El caballero Bauman de Metz se había hospedado en la casona de las gemelas Coloma, Jacobita y Jacobinita Coloma, apodadas las Camaretitas, dos damas en los umbrales de la vejez, ambas solteronas, porque desde la pubertad se enamoraban del mismo hombre y cuando esto sucedía vivían una temporada de infernal discordia, de celos tormentosos y aun de instintos homicidas, hasta que un día, superada una vesánica crisis, después de confesarse con el mismo párroco y de recibir la comunión, juraron ante Nuestra Señora de Guadalupe no enamorarse ni casarse jamás, aunque para

esto tuvieran que asesinar al pretendiente. Las Camaretitas, mujeres menuditas y de rostro bello y delicado, pertenecían a una vieja familia venida a menos, pero eran recibidas con condescendencia en todos los salones de las más linajudas familias de Piura. Sus padres habían muerto, uno tras otro, treinta años atrás, pero el padre, don Telésforo Coloma, murió en circunstancias nunca esclarecidas: fue hallado muerto en el campo, según se afirmó, matado por su propio caballo. Además de la amplia casona ubicada en la parte sur de la Calle Real y que muchos años después sería reconocida como la Casa Quemada, el único patrimonio que heredaron fue Capellanía, mediana hacienda, pero como incrustada de modo estratégico por la parte suroeste de la gran hacienda Pabur, propiedad de la rama más rica de los Seminario. Al mes de fallecido don Telésforo Coloma, un funcionario del Banco Perú-Londres visitó a las señoritas Jacobinita y Jacobita para mostrarles una serie de documentos y letras de cambio que demostraban que la hacienda Capellanía se hallaba hipotecada y que el señor Coloma había firmado numerosos pagarés al dueño principal de Pabur. Sin perder la compostura, la señorita Jacobinita dijo:

—¿Quiere usted decir, a fin de cuentas, que Capellanía ya no nos pertenece?

—Así es, en efecto. Y créanme, señoritas, que lo lamento.

—Oh, no lo lamente señor. No lo lamente —dijo la señorita Jacobita—. Pero le ruego que nos acompañe.

Las dos hermanas flanquearon al representante del banco, atravesaron el primer patio y el zaguán y le abrieron el gran portón.

—Ah, espere, usted está olvidando su sombrero.

Jacobita volvió y retornó con la prenda del funcionario. Luego las gemelas retornaron al salón, se sentaron en sus respectivos sillones y, con las manos entrelazadas sobre el regazo, contemplaron largamente los daguerrotipos

(eran de los primeros que se tomaron en Piura) de papá y de mamá. Casi simultáneamente con un pañuelito se secaron unas lágrimas. Después una de ellas rio con risa nerviosa, histérica:

—No hay mal que por bien no venga. Así el destino evita que tengamos que matar a ningún hombre para que no nos separe. Ahora que sepan que somos unas peladas pobretonas nos encontrarán feas y poco menos que enanas.

—Y desde entonces tuvieron que alquilar la mitad de la casona —dijo el señor De Metz, a quien las Camaretitas le habían confiado la historia.

—Sí, caballero Bauman de Metz. Pero solo a extranjeros. Ingleses, franceses o alemanes como usted.

—Oh, mis queridas y respetadas damas. Yo no soy alemán.

—Excuse nuestra ignorancia —dijo la señorita Jacobinita.

—¿Francés, entonces? —preguntó la otra gemela.

Bauman de Metz pensó unos instantes antes de responder:

—Digamos que soy alsaciano, señoritas.

Se levantó y dio unos pasos por la amplia sala que correspondía a la parte en que vivían las Camaretitas y a la que había sido invitado a tomar una taza de chocolate cusqueño. La sala, pulcra y reluciente, estaba adornada sobriamente con objetos de porcelana, marfil y cristal de roca. El invitado tomó asiento en la banca del piano, abrió la tapa e hizo una serie de acordes que revelaban su familiaridad con el instrumento, pero se interrumpió, pareció injuriar en francés y alemán, y luego se volvió a mirarlas:

—Fueron ustedes víctimas de un infame latrocinio y tengo la seguridad de que su padre fue asesinado por el mismo hombre que decía tener los pagarés firmados por el señor Coloma —calló unos segundos—. Actos de esta naturaleza me hacen sentir vergüenza de pertenecer al género humano —el

rostro ajado y marchito, ellas lo miraban entre asustadas y piadosas—. Oh, perdón, perdón. Mejor alegrémonos con la música.

Y empezó a tocar piezas ligeras de música francesa y tonadas de los países latinoamericanos del norte y de las Antillas, que hacían pensar que el caballero Bauman de Metz había llevado una vida errabunda y aventurera.

Por eso, cuando Bauman de Metz se convirtió en un individuo de odiosa memoria para las principales familias piuranas que le abrieran las puertas de sus mansiones, las Camaretitas, cada vez más solas, viejas, encogidas y pobres, asumían la defensa incondicional del distinguido y amable caballero alsaciano, no obstante que el prefecto, dueño principal de Pabur, ordenó prender fuego a la casona de las señoritas Coloma y quemar vivos a los últimos insurrectos chalacos parapetados donde hubiera vivido Bauman de Metz. Porque a ninguno de los numerosos inquilinos extranjeros que tuvieron, las ancianas gemelas recordaban con tanto afecto como al caballero de Metz, quien se daba tiempo para entretener con su conversación exquisita a dos pobres solteronas y no tenía reparos en llevarlas del brazo a la misa o a dar un paseo por la Plaza de Armas. Y lo menos que ellas podían hacer por su inquilino era asistirlo cuando el paludismo lo derribaba en crisis que duraban hasta tres días. Ah, y cuando aquello terminaba, el desafortunado caballero Bauman de Metz parecía el sobreviviente único de un terrible naufragio.

En pocas semanas, el señor Bauman de Metz, que los días domingos, en efecto, él tan alto y apuesto, llevaba del brazo a las menudas Camaretitas a la misa principal de la iglesia Matriz, se convirtió en el personaje, y el soltero, más requerido por todo el señorío piurano. A las jóvenes les enseñaba a bailar las últimas danzas de moda en Europa, con las señoras jugaba a la canasta y a las adivinanzas y otros juegos de salón que él introdujo, mientras con los terratenientes participaba en las grandes cacerías de venados, tigrillos y pumas en las alturas y quebradas de Chulucanas y Morropón. Asimismo, no

le fue difícil hacerse de amigos entre los artesanos de Piura y Tacalá, y de tarde en tarde se lo veía apearse de su cabalgadura en el rancho del zapatero Moscol, con quien charlaba largo rato entre cigarros y pocillos de toronjil o de un exquisito café de garbanzos, habas y un puñado de café auténtico. Pero el caballero De Metz sentía especial preferencia en charlar al fresco de la noche con los jóvenes González, Lama y Benalcázar.

—No, José Agustín —le dijo al muchacho Benalcázar retomando una plática anterior—, siento desilusionarte. No basta ser militar y presidente para cambiar la sociedad. Naturalmente, tienes un corazón idealista y puro. Pero la realidad te hará sufrir mucho. Me duele decírtelo, pero te sucederá una de estas dos cosas: o bien persistirás en tus ideales, y entonces serás un frustrado cargado de amargura; o bien, sin que te des cuenta, la sociedad irá pervirtiendo tu mente hasta que termines convirtiéndote en un fiero defensor de aquello que en tu lejana juventud querías combatir.

—Usted en su charla mencionó la Comuna. ¿Qué es o qué fue la Comuna? Aquí en Piura nunca nos enteramos de nada. Le apuesto que nuestro profesor de historia apenas si había oído hablar de la Guerra Franco-Prusiana —dijo González.

El rostro del señor De Metz se ensombreció. Guardó un silencio perturbador por unos instantes.

—Ah, la Comuna, la Comuna. Allí perdí mi vida —comenzó a temblar—. Parece que tendré visita —sacó y miró su reloj—. Dentro de dos o tres horas estaré en la apoteosis del delirio. Y volveré a verlo y vivirlo de nuevo. Bien, mis amigos, debo ir a preparar mi amarga bebida. Pero les prometo hablarles otro día de la Comuna.

Lama caminaba más lento que los otros y parecía sumergido en sus propios pensamientos. Bauman de Metz, que empezaba a transpirar, aminoró el paso y, tomando al muchacho por los hombros, le dijo:

—Escúchame, hijo. Sé lo que te atormenta. El pecado no existe. Y la carne y el cuerpo son sagrados porque son la vida.

—¿No hay pecado? ¿Y Dios, señor Bauman, tampoco existe? ¿Y nunca se le ha ocurrido pensar que el paludismo que usted padece es un castigo y una advertencia de Dios?

—Dios es un producto social —empezaban a castañetearle los dientes—. Y sí, existe, existe, y se parece a los delirios de mi fiebre tropical. Pero debemos resignarnos a su existencia mientras sea necesaria para los hombres.

Bauman de Metz les hizo adiós y se alejó como si estuviera aterido por un invierno hecho de fuego.

—No lo entiendo. ¡No quiero entenderlo, señor Bauman! —gritó Rodolfo Lama, y bajando la voz se dirigió a sus amigos—: El pecado existe, ¿me oyen? ¡Existe! —volvió a levantar la voz aun con más fuerza—. ¿Qué es o quién es usted, señor Bauman?

Bauman de Metz detuvo su marcha. Volvió la cara a los jóvenes. Quiso sonreír pero solo una mueca reveló su rostro. Con voz traposa pero todavía con alguna potencia declaró:

—Es la pregunta que yo me hago cada mañana, cada noche; el mismo Dios me lo pregunta en el delirio de las pesadillas.

—No hable más, señor Bauman —dijo González—. Necesitará de todas sus fuerzas.

Los muchachos se acercaron (Lama estaba compungido) y vieron la faz ya torturada por la crisis.

—Antes decía —balbuceó— que era nada más que un espectador de la experiencia humana. Pero ahora me avergüenza decirlo.

Fue lo último que dijo y no permitió que los tres jóvenes lo acompañasen hasta la casona donde vivía. Mientras lo veían alejarse, el reloj de San Sebastián marcó las once de la noche y ahora ninguno de los amigos quería

conversar. Veían el rostro martirizado por la fiebre del señor De Metz, pensaban en sí mismos y en sus palabras turbadoras y enigmáticas. ¿Qué les esperaba en la vida? Era costumbre que cada semana se turnasen de modo que uno de los tres debía acompañar a sus dos amigos a sus respectivas casonas. Esta semana le había tocado el turno a Rodolfo Lama y, primero, acompañado de Augusto, fue a dejar a José Agustín. No hablaron una sola palabra, pero la noche era bella y fresca, apenas alborotada por las chicharras y el croar de los cololos. La luna llena parecía haber sosegado a los perros y solo de tanto en tanto se escuchaban ladridos por el lado del camal, donde las reses aguardaban el sacrificio. Después de dejar a Benalcázar, Lama siguió al lado de González, pero este, auscultando bajo la claridad lunar el aspecto de su amigo, le dijo que, si lo deseaba, él lo acompañaría hasta su casa. Lama, por toda respuesta, emitió un gruñido. González para romper el silencio comentó:

—Ya estará arropado tiritando. Dentro de una hora empezará a delirar y a combatir con los fantasmas que lo acosan. Estuve leyendo sobre las fiebres tropicales en un libro de la biblioteca de mi padre.

Al fin habían llegado a la casona de los González Urrutia. Pero, en vez de despedirse, Lama se enfrentó a su amigo:

—Bauman se equivoca, Augusto. No es solo la carne lo que me atormenta, sino el pecado en sí. El pecado, González, que heredé de mis antepasados. Pertenezco a un linaje cruel, glorioso y maldito.

—No somos responsables de las culpas que cometieron nuestros abuelos, Rodolfo. Además, si Dios es amor...

—Me voy, Augusto. Pero escucha esto: Cristo es amor, pero no Dios; Dios es venganza, justicia y castigo implacables. Él no conoce la piedad. Como no la conocieron mis antepasados, los Lama Farfán de los Godos, que

criaban a sus mastines con carne de indios, que ellos llamaban «carne de bellacos».

Dicho esto, el descendiente de los Lama Farfán de los Godos, uno de los primeros linajes que poblaron Tangarará (el Piura primigenio), dio la espalda a su amigo, que lo vio alejarse como un fantasma de sí mismo.

Augusto González Urrutia obtuvo el primer premio de quinto año de media y de mejor alumno de todo el Colegio San Miguel. Don Máximo, como primer magistrado de la corte, ocupó el lugar de honor y, a pedido del director, fue él quien colocó las dos medallas de oro a su hijo. El señor Bauman de Metz no pudo asistir a la ceremonia porque la crisis recién superada lo había dejado extenuado y su rostro lucía pálido y verdoso. Pero tres días después se sintió lo bastante fuerte como para acudir a la casona de los González de Urrutia para tomar el té.

Don Máximo lo recibió alborozado, pues desde los años que tuvo como huésped al sabio Raimondi no había podido encontrar un interlocutor válido sobre Gibbon y la decadencia y la caída del poderoso Imperio Romano. Esta vez, sin perder la jovialidad pero con un delicado matiz de reproche, le dijo:

—Ah, señor De Metz, no sabe cuánto lo hemos echado de menos. Pero yo creí que sus amigos solo éramos, bueno, cómo decirlo, sí, en fin, la gente decente. Pero las Camaretitas, oh, perdón, ¿qué me pasa hoy día?, las señoritas Coloma nos han dicho que todos los artesanos, empezando por ese lengua larga de Moscol, el zapatero, han estado preocupados por su salud. ¿Verdad, Alcira?

—Es una virtud que Dios le ha dado, Máximo. Hacerse querer por las gentes de toda condición social.

—Usted siempre tan bondadosa, doña Alcira. Pero no hay ningún secreto, don Máximo. Soy un observador —la sangre del señor De Metz afluyó a su pálido rostro—, nada más que un observador de la conducta humana, y tomo

notas. Tengo ya muchas libretas. Por eso me ausentaré para conocer los pueblos de las alturas de Morropón, Chalaco, Santo Domingo, Frías, Culebreros y Confesionario. Con todas estas notas espero algún día escribir varios libros de viajes. Este pisco es delicioso, don Máximo.

—¿Chalaco, Santo Domingo, Frías? Un consejo, señor Bauman de Metz: no lo haga. Son serranos sanguinarios, de instintos homicidas. Y ni qué hablar de la indiada de Culebreros y Confesionario. El último párroco que tuvieron fue asesinado hace diez años. Ahora último he oído decir que el padre Larrea, un cura medio hereje que ha sido suspendido en su magisterio, vive por esas comarcas perdidas y abandonadas de Dios.

—Máximo —dijo la señora Alcira—, creo que exageras. Pero, con todo, don Bauman, tenga en cuenta lo que le ha dicho mi marido. ¿Otra copita de pisco?

—Se lo ruego, doña Alcira.

—Lejos de mí querer alarmarlo —dijo don Máximo—, pero considero mi deber advertirle como magistrado que el mayor índice de criminalidad de la bendita tierra piurana procede de esas alturas.

—Gracias, don Máximo. Muchas gracias. Tendré mucho cuidado.

—¿Dos o tres semanas? —dijo la señora Alcira, ofreciéndole otra copita —. Entonces, señor De Metz, no estará para despedirse de nuestro Augusto. Con todo el afecto que él le tiene se sentirá triste.

—Descuide, doña Alcira. De algún modo estaré presente.

Una niña de unos diez años se acercó con un azafate lleno de dulcecitos: mazapanes, suspiros, gofios, alfajores, acuñas.

—Oh, mi Dios, qué bella niña —dijo en francés y agregó en español—. Nadie resistirá a tu belleza cuando cumplas quince años.

—Es María Monasterio, una querida pariente nuestra. María Monasterio, te presento al caballero Bauman de Metz.

La niña, con el rostro encarnado, hizo una venia y se alejó.

—Linda y delicada. Belleza y finura espiritual —suspiró el señor De Metz, saboreando un mazapán y luego un gofio, que lo hicieron alabar la repostería piurana.

Los tres amigos, que parecían disentir con pasión, se acercaron donde el caballero Bauman de Metz, que se hallaba estremecido por la aparición de la pequeña María Monasterio. La señora Alcira se disculpó para que pudiesen polemizar a sus anchas. Discutían sobre la carrera que habían escogido. José Agustín afirmaba que no se debía abandonar la tierra donde se había nacido, salvo si se era desterrado por luchas políticas. Era un deber trabajar para sacar adelante a la patria.

Rodolfo Lama, con énfasis, aseguró que la única patria verdadera era el corazón o el espíritu de los hombres. El muchacho González dijo que él no marchaba a París para divertirse, sino para estudiar geología o mineralogía, como se lo había prometido al sabio señor Antonio Raimondi.

—¿Geología? ¿Mineralogía? —intervino el señor De Metz—. La ciencia es un camino sublime —bebió un sorbito del añejo pisco macerado con ciruelas y guindas—. Pero para que la ciencia sea eficaz y pueda aplicarse habría que cambiar la sociedad.

—Bastaría con que se cumplan las leyes para que este país progrese.

—Pero, ¿quiénes hacen las leyes? —replicó el señor De Metz—. Con la venia de usted, don Máximo, ¿no son acaso los grandes propietarios?

—Ah, este señor Bauman de Metz —se acercó doña Alcira—, siempre con sus ideas inquietantes. ¿Por qué mejor no nos alegra con el piano? No nos dirá que solo Jacobita y Jacobinita tienen derecho a disfrutar de su arte.

—Sus deseos son órdenes, *madame* —declaró, y se sentó al piano y ejecutó fragmentos alegres y vivaces de operetas francesas.

Una semana después de que el caballero Bauman de Metz emprendiera viaje a las alturas de Morropón, la señora Alcira preparaba de manera meticulosa el equipaje de su querido y único hijo, limpiándose de tanto en tanto con un primoroso pañuelito las lágrimas que rodaban por sus mejillas. La víspera de la partida a Paita, González y Benalcázar León, al atardecer, charlaron largamente, recorriendo de un extremo a otro Piura. Por momentos se sentaban en la plaza y en las plazuelas, y terminaron, ya avanzada la noche, acodados en los barandales del puente recién construido. Primero bromearon.

—Cuidado con el libertinaje, Tito; las cocotas francesas, según sé, son insuperables en las lides y artes amatorias, pero todas están irremediablemente enfermas. Sífilis, cosas de la sangre, ¿entiendes?

El joven González le replicó que para contraer el morbo gálico bastaba con frecuentar la casa de Las Margaritas. De eso que ni se preocupara, le respondió al amigo, y añadió, poniéndose algo sombrío, que si quisiera conseguir mujer no necesitaría acudir a ningún lenocinio. Luego cada uno habló de sus sueños e ideales, pero lo hicieron en armonía y sin polemizar. Augusto González rememoró a Raimondi, le habló de los viajes de Humboldt y de las teorías de Darwin, y, recogiendo un puñado de tierra, le dijo que era necesario estudiar los estratos profundos de esta tierra y descubrir las riquezas escondidas en sus profundidades. José Agustín le confió que era una vaina injusta ser el segundón de una familia rica y poderosa, y le habló con desprecio de su hermano mayor, Odar, que llevaba una vida disoluta y parasitaria en Francia, mermando el patrimonio familiar. ¿Era por eso que ansiaba ser militar? En parte, admitió José Agustín, pero solo en parte. Estaba furioso con los que gobernaban el país, los chilenos se armaban y cada día se volvían más insolentes y provocadores, y si el Perú no hacía lo propio, pronto nuestra tierra se vería invadida por las tropas del país vecino.

—El señor Bauman de Metz —dijo— no entiende nuestros problemas.

González, que nunca se había interesado por este tipo de problemas, lo escuchaba cortésmente pero sin compartir el temor ni la pasión del amigo. A las diez de la noche, José Agustín lo acompañó hasta su residencia y se disculpó de no poder ir a despedirlo a Paita, pues en la madrugada tenía que partir con su padre a hacer uno de los dos viajes anuales de inspección a sus propiedades ubicadas en el Alto Piura. Antes de abrazarse, el muchacho Benalcázar, dijo:

—¿Sabes? Me inquieta el señor De Metz. ¿No será un espía chileno?

Al día siguiente, apenas empezó a clarear, el joven González, ya las acémilas estaban listas para la partida a Paita, fue a tocar con la mano de bronce el portón de la residencia de la familia Lama Farfán de los Godos. La sirvienta que acudió a abrirle le dijo que el niño Rodolfo, como todos los días, debía estar escuchando misa en la iglesia Belén. La iglesia Belén quedaba en Tacalá, Castilla. González llegó cuando el sacerdote impartía la comunión y, entre los feligreses que recibían el sacramento, alcanzó a ver a Rodolfo Lama, que demoró su retorno a la banca en la cual permaneció de rodillas hasta el final de la misa. El joven González, cuando la iglesia quedó vacía, se acercó al reclinatorio de su amigo y se arrodilló junto a él.

—Te he dedicado esta misa y he comulgado y orado por ti. Te deseo un feliz viaje y que se cumplan todos tus ideales.

—¿Y tú mantienes tu vocación?

—Me haré monje, pero todavía no decido a qué orden ingresaré. Pero será a la que posea las reglas más estrictas. Pues, como te dije la otra noche, no solo debo expiar mis culpas, sino las de todos mis antepasados, que ejercieron tiranía con los indios y la gente pobre —y enseguida añadió—: He averiguado ese asunto de la Comuna. Se trata de la Comuna de París. Mi padre me dijo que el populacho francés tomó el poder. Pero después fue

derrotado y duramente castigado. ¿Te imaginas a nuestros indios y cholos tomando las riendas del poder en sus manos? Su justicia contra nosotros los blancos sería despiadada. Y así tendría que ser. Hablaré de esto con el señor Bauman de Metz a su retorno a Piura.

Quedó en silencio un rato muy largo y luego se levantó, abrazó y besó la frente de Augusto González, y le dijo adiós. Acto seguido volvió a arrodillarse, ahora por completo abstraído de todo lo que lo rodeaba. Unas dos horas después de que la familia partiera a Paita llegó un gran sobre de Bauman de Metz dirigido al niño Augustito, de modo que el ama de llaves lo guardó en el fondo de una de las gavetas del escritorio del joven patrón y allí permaneció treinta y nueve años, hasta que lo descubrió mi padre mientras curaba con trementina los cajones del gran escritorio del papá-doctor. El doctor González, caído ya en una hondonada de melancolía, la recibió con indiferencia y pasaron varios días antes de que la leyera, después de haberse inyectado una dosis fuerte de morfina.

El barco en que viajaría a Francia era de bandera inglesa y estaba terminando de cargar y de abastecerse de la dulce agua de Colán. Estaban alojados en la casa que los padres de la señora Alcira Urrutia poseían en Paita para veranear y, además de sus padres y de su pequeña prima María Monasterio, habían acudido a despedirlo varios tíos y tías, que lo abrumaron de consejos y de escapularios y reliquias. Pese a la advertencia que le hicieron unos vecinos de que días atrás los pescadores habían avistado a una tintorera, la víspera, poco antes de que amaneciera, él y don Máximo, con fruición y júbilo, se bañaron y nadaron en el apacible mar de Paita. Tendidos de espalda contemplaron el rubio sol naciente sobre un cielo azul con algunos bancos de nubes ligeras. El muchacho sintió en toda su magnitud cuánto había amado a su padre, pese a su petulancia de latinista y pese a la ridícula indumentaria con que lo había visto en la corte pedir la pena de muerte contra

un acusado de doble parricidio. Los dos eran buenos nadadores y se habían adentrado bastante lejos del Toril. El futuro doctor González sintió que las lágrimas anegaban sus ojos, pero disimuló braceando de regreso a la playa. Hacia el atardecer paseó del brazo de doña Alcira y recordó los dúos musicales y lo orgulloso que se sentía cuando a la salida de la misa escuchaba a hombres mayores y correctos alabar la belleza de su madre. La cena transcurrió silenciosa y a las nueve de la noche, después de rezar el rosario, se recogieron a sus aposentos. Dicha y melancolía lo embargaban, y pensó en su propio porvenir y en el porvenir de José Agustín y en el espíritu atormentado de Rodolfo Lama. También por su mente cruzó la imagen del señor Bauman de Metz. José Agustín tenía razón. Sí, había algo secreto e inquietante en este señor De Metz. Pero a las diez se había quedado dormido y a las seis de la mañana ya estaba él con sus padres y toda su parentela en el muelle, en tanto los cargadores terminaban de colocar el baúl y las valijas en la lancha especialmente contratada. Había anclado un nuevo barco que venía del sur, y el joven alcanzó a distinguir una lancha desprendida del barco que traería a tierra al capitán y a algunos viajeros. Abrazó a todos los parientes y no pudo contener las lágrimas al recibir los besos de despedida de doña Alcira. *Ve y triunfa y cubre de gloria a tus padres y a tu patria*, le dijo en latín don Máximo. Cuando se disponía a bajar las escalinatas, la pequeña María Monasterio le entregó un ramillete de nomeolvides. Augusto se inclinó y besó las mejillas de la niña, y enseguida bajó a la lancha y poco después la lancha, manipulada por dos remeros, empezó a alejarse, mientras iban empequeñeciéndose entre vaivenes las figuras del muelle. A mitad de la distancia se cruzaron con la gran lancha del barco recién anclado y, luego de escuchar las noticias, el joven González ordenó a los remeros retornar al muelle. De mayor eslora y con diez remeros, la otra lancha les sacó considerable ventaja, de modo que, al arribar la suya, se había armado gran

algarabía y, poco después, las campanas de San Francisco y La Merced repicaban a rebato y la gente entusiasta y enajenada gritaba *¡Viva el Perú!*, celebrando la noticia de la guerra declarada dos días atrás por Chile al Perú.

El joven reemprendió la travesía a Europa al mes de cumplir los veintiún años y una semana antes de celebrarse el Tratado de Ancón. Furia y desprecio, tenaz sentimiento de culpa, enojo consigo mismo por haber roto un juramento hecho durante un jubiloso momento de la infancia, y melancolía, como si su corazón estuviese oprimido por un gran peso, constituían el estado de conciencia que habría de durarle más allá de la travesía marítima y reaparecería en los últimos años de su vida. Esta vez se embarcó en el Callao en el vapor *Guayaquil*, que lo llevaría hasta Panamá previa escala de dos días en Paita. En Panamá atravesaría el istmo y proseguiría el viaje en un vapor de bandera francesa. En Paita lo esperaban sus padres. No los pudo abrazar con el mismo ardor con que lo hicieran don Máximo, que ahora usaba bastón con empuñadura de plata, y doña Alcira, que, como todas las damas decentes y de alta alcurnia, vestía de negro como símbolo del luto que vivía la patria. El joven no sintió una emoción especial por este gesto asumido de manera tácita por las mujeres del Perú; en cambio sintió un inasible sentimiento de ausencia, casi de orfandad, aunque no logró descubrir la fuente, la raíz. Luego rogó a sus padres que no le hablaran más de la guerra, pero accedió a acompañarlos al día siguiente a la misa que habían mandado celebrar en memoria de todos los piuranos caídos en los campos de batalla y en especial por el alma de José Agustín. Aunque persistía aquel indiscernible sentimiento, experimentó gran alivio cuando el *Guayaquil* levó anclas y reemprendió la navegación, pero hasta que no abordó el barco francés *Normandía* y este inició la gran travesía del Atlántico, después de breves escalas en islas caribeñas y una mayor en La Habana, el joven no empezó a

hacer un recuento de su experiencia de la guerra, una de las causales de la ruptura del juramento que le hiciera al sabio Raimondi (ahora todos aquellos días le parecían irreales y soñados) de entregar su vida al estudio de la tierra peruana y descubrir y explotar los tesoros que yacían ocultos en sus entrañas. Se imaginó para sí una semblanza suya en el más puro estilo periodístico de esos años: «Nació en la generosa tierra piurana, en el seno de una honorable familia, y legó al Perú, oh, por Dios, etcétera».

El joven, el adolescente Augusto González Urrutia había formado parte de los primeros voluntarios piuranos que por mar y tierra participaron en la defensa de la patria. Sonrió con amargura: *¿La patria? ¿Qué es la patria?* No tenía una respuesta más allá de los lugares comunes con que se encubría esta realidad, y los lugares comunes le repugnaban. Y lo mismo había pasado con el sublime concepto de humanidad, tan reiterado en sus conversaciones con el naturalista Antonio Raimondi. Hasta entonces la humanidad y el hombre eran entidades abstractas flotando en el éter, en una suerte de limbo o cielo platónico. Pero ahora estos conceptos estaban ligados a cuerpos malolientes, a heridas y a mutilaciones, a suciedad y a piojos y a los rostros cobrizos bajados de los Andes peruanos o bolivianos batiéndose, matando y muriendo y huyendo, sobre todo huyendo, con los pies desgarrados, sangrantes y agusanados, de una guerra que no entendían, pues las proclamas que se les hacían y en las que tanto se repetía la palabra *patria* no las comprendían en absoluto por estar dichas en una lengua extraña y que les desencadenaba dolorosos recuerdos. *¿A esta humanidad se refirió el señor Bauman de Metz en su remota conferencia?* De su reducido equipaje extrajo los *Cantos* de Leopardi y una gramática y un diccionario de italiano. Abrió al azar y empezó a leer, pero no poseía la quietud de espíritu como para concentrarse en los versos escritos en una lengua aún extraña, y poco después, de manera

cruda, se entregó a ejecutar un balance del acontecimiento que había cambiado, que cambiaría el rumbo de su vida.

El futuro doctor González, pacifista de corazón y enemigo de todas las formas de violencia, participó en la campaña del sur y sobrevivió a las batallas de San Francisco, Tarapacá y Alto de la Alianza. Después estuvo en la defensa de Lima y participó en la primera y la segunda campañas de resistencia de Cáceres. El tifus, que lo tuvo al borde la muerte, le impidió proseguir con el ejército y las montoneras de Cáceres en la tercera campaña de resistencia, poco después del Grito de Montán. Pero durante todas estas campañas solo disparó una vez su revólver Comblain, y esto contra un peruano, como muchos años después dispararía contra sí mismo por segunda y definitiva vez. Le repugnaba visceralmente la agresividad y por ello, por ejemplo, nunca había participado en las cacerías, que eran uno de los más privilegiados placeres de la clase terrateniente piurana. Apenas llegó a Tacna, sin haberlo pensado antes, como si su decisión obedeciera a una secreta racionalidad y a una coherencia lógica y moral, pidió enrolarse en el escuadrón sanitario al mando del doctor Pedro Rubín de Celis, un médico iqueño graduado en Alemania, donde había ejercido la medicina en diversos hospitales de las provincias renanas y desde donde habría retornado al Perú en 1870 si, mientras alistaba maletas, no hubiese estallado la Guerra Franco-Prusiana y él solicitase ser movilizado en calidad de médico, no por sentimientos patrióticos o políticos, sino por gratitud a la tierra y a los profesores que le habían enseñado la ciencia y el arte de la medicina. El doctor Rubín de Celis debía tener cuarentaitantos años y era un hombre eufórico y vital, que calificaba alegremente a los heridos de bellacos, bribones, hijos de puta o cabrones, mientras desplegaba toda su energía y conocimientos para extraer una bala, contener una hemorragia, devolver a su sitio una entraña vaciada o cercenar un brazo o una pierna. Cuando moría

entre sus cuidados un herido prorrumpía en maldiciones contra sus ayudantes, partida de granujas, canallas, mariconazos incompetentes. Y ordenaba enseguida que le quitaran de su vista al muerto, diciéndole a manera de réquiem u oración fúnebre: *Ya para ti, miserable paria, terminó toda la inmundicia que es esta perra vida*.

La primera vez que se presentó el joven González Urrutia, el doctor Rubín de Celis lo ignoró durante un largo rato (revisaba o simulaba revisar unos partes), y luego, sin levantar la cabeza ni mirarlo, le dijo: *¿Conque eres el nuevo cabrón que me mandan?* Se puso de pie, lo observó unos instantes y, sin darle la mano, le dijo que mirase a través del ventanucho. Enseguida añadió: *¿Qué en común tenemos tú y yo con esa indiada? ¿Son, no ya nuestros prójimos, sino siquiera representantes de la especie humana? Me niego a considerar a estos rebaños de guanacos como mis semejantes. Y, sin embargo, escucha bien esto, bellaco: debemos velar por su salud y sus vidas, porque por desgracia somos médicos y es nuestro deber preservar la vida*. González quiso interrumpirlo, pero Rubín de Celis se lo impidió. *Sí, ya sé que me quieres decir que no eres médico. ¡Claro que lo sé! ¿O es que me crees tan cojudo como para que no lo sepa? Sí, no eres médico, ¡pero que me corten un huevo si no llegarás a serlo! Que sea esta tu primera lección: nuestro deber es preservar la vida a estos miserables piojosos para devolverlos al campo de batalla donde terminen de matarlos. Pero eso ya no es asunto nuestro; lo propio de nuestra misión es impedir que la vida se extinga. Ahora, si esta puta vida vale la pena de vivirse es una pregunta que debe llegarnos a los cojones. Ahora, escúchame la segunda lección que te voy a dar: si ni por un segundo olvidas que participas en esta mierda de guerra en calidad de médico, las balas y la fanfarria de la artillería te respetarán*. Y, en efecto, cuando empezaron las acciones bélicas por tierra, el doctor Rubín de Celis se movilizaba de un sitio a otro sin que ninguna bala

alcanzase a causarle el menor rasguño. Y si una bala en la cabeza lo mató no fue durante la batalla sino en Arequipa, cuando a un teniente peruano que engrasaba un anticuado rifle Chassepot se le escapó un tiro, mientras el doctor Rubín de Celis, que había bebido algo más de la cuenta de un añejo vino moqueguano, contaba un chiste verde a los que lo rodeaban. Y el joven González Urrutia, que ahora, acoderado en la barandilla de la cubierta de popa del barco recordaba aquella experiencia, se dijo que la muerte debió ser tan instantánea que ni siquiera le alcanzó tiempo para disfrutar, como a él le regocijaba tanto, por última vez el límpido cielo arequipeño antes del advenimiento del ocaso.

Cierto día, durante la cuestionable actividad (*idiota y cobarde*, según la expresión de Rubín de Celis) de los ejércitos aliados entre Tacna y Arica, el joven se atrevió a preguntarle a su superior las razones que lo habían llevado a enrolarse como médico voluntario. *Por la misma razón*, le respondió Rubín de Celis, *que hizo que no te embarcaras rumbo a Europa para estudiar esa cojudez llamada Geología. Es decir, los dos, y tantos truhanes e infelices más, nos hemos enrolado por esa cagada que los humanos llamamos «honor». Pero, ¿qué chucha madre es el honor? En la guerra entre Alemania y Francia lo hice por gratitud a mis maestros, que es un sentimiento más tangible y menos hipócrita que el honor, aunque como material humano me llegaban a las pelotas ambas partes. Los alemanes se manejaban una pezuña y hedían a embutidos rancios y podridos, y los franceses a queso agusanado y a mierda. Ah, cómo me gustaría traer del cogote a uno de esos filósofos que escriben sobre el honor, la moral y otras baboserías y pendejadas, les hundiría el hocico en un vientre gangrenado, con las tripas afuera y toda la mierda saliendo por la boca, y les iría martillando al oído: «Esto es el olor de lo que vosotros llamáis “humanidad”; ved bien, este es el hombre, este es el hombre, el hombre». Y luego de darles una patada de la gramputa en sus*

asquerosos traseros, les ordenaría «¡Fuera, carajo! ¡Fuera de aquí, farsantes!». Y luego, «¡Largo a sus madrigueras a seguir rumiando cabronadas!». Pásame la cantimplora. González le extendió la suya, pero el doctor Rubín de Celis bebió solo dos breves sorbos. Tenía la faz acamaronada por la resolana. Era un desierto feo, oscurecido y sucio. *Nada más que por el honor*, continuó el médico después de darse un respiro. *Y por eso estamos aquí, rascándonos los huevos mientras los chilenos avanzan y avanzan. Te diré lo que pienso, muchacho: perderemos la guerra. ¡Qué podemos esperar del presidente y director general de la guerra que no puede montar mucho rato a caballo porque se le inflaman las almorranas! ¿Sabes que he tenido el privilegio de vérselas? Un verdadero racimo de fresas reventadas, como si le hubieran metido una verga. Y lo he tenido allí, bocabajo, con el trasero al aire, aplicándole desinflamantes, paños de aguardiente de caña y hojas de llantén, todo un curandero Pedro Rubín de Celis, graduado en la Universidad de Bonn. Y no solo las almorranas, muchacho. Tampoco puede realizar caminatas por las patas planas que rematan su anatomía. Y no quiero hablarte ya de agallas y coraje. Y, además, con el jefe del Estado Mayor, ¿has oído que lo llaman General Pata de Gallina? Un viejo carcamán y bobalicón por insuficiencia de irrigación sanguínea en el cerebro, en el supuesto generoso de que lo tenga*.

José Agustín, que montaba un estupendo moro comprado con su propio dinero del potrero de Gregorio Albarracín, el guerrillero tacneño, se mostraba furioso por la apatía y el marasmo que iban apoderándose de las tropas, e impaciente por entrar en combate, pero, además, sentía desprecio por los rituales protocolarios que los presidentes del Perú y Bolivia intercambiaban hasta la saciedad, mientras el estado de las tropas lo escandalizaba y le inspiraba compasión por la indigencia de sus pertrechos de guerra y por su apariencia sombría y miserable, que contrastaban tanto con el empaque y los

entorchados que lucían los altos oficiales. Pero discrepaba con el cirujano Rubín de Celis, pues creía, y así se lo dijo, en el valor y en la resistencia de la tropa, y que, llegado el momento de la verdad, surgirían los jefes dignos, audaces y lúcidos, así como en la campaña marítima había surgido la figura titánica y noble de Grau. *Oye, cagoncito,* dijo el médico, *¿a mí con discursos de escolar en 28 de julio? Y en cuanto a la marina, con tu Grau a la cabeza, ¿sus barcos no fueron hundidos por los cañoneros chilenos? Esta es la verdad, ruda y jodida*. Ofendido, José Agustín desenvainó el sable y desafió al cirujano a batirse de hombre a hombre. González se interpuso, diciéndole a su amigo que se calmara, que esta era la manera de expresarse del doctor. *Lo hace con todos, José Agustín*. Pero como el joven Benalcázar persistiera en el desafío, Rubín de Celis le dijo: *Guarda, criatura, el juguete y ruega a Dios que si te hieren no caigas en mis manos, porque te cortaré los huevos*. Varios oficiales rieron y trataron de apaciguar al joven húsar que, al fin sintiendo el ridículo de su posición, fustigó a su cabalgadura y se alejó dejando una estela de polvo.

A partir de la derrota peruana en Pisagua, el joven Augusto González tuvo conocimiento de lo que eran las heridas, las hemorragias incontenibles, las mutilaciones, la dolorosa y no siempre breve agonía, y la muerte pedida a gritos por los heridos y el estertor de la muerte real y definitiva. Lo sorprendió que, a diferencia de sus colegas del escuadrón sanitario, que tenían que luchar con sus tripas para no arrojar, y que algunas veces se desmayaron ante la visión de un vientre abierto por un tajo de bayoneta y con todas las vísceras desparramándose, él permaneciese imperturbable con la vista fija frente a las más horrendas heridas, casi siempre infectadas, purulentas y hediondas. No era piedad lo que sentía el joven González, sino la urgencia de salvar una vida, y cierta fría curiosidad ante el descubrimiento del cuerpo como entidad material y, por tanto, objeto de observación y

experimentación científica. Rubín de Celis era el tipo de médico pragmático y experto, pero poco dado a las especulaciones teóricas. *Déjate de filosofar, muchacho*, le decía a menudo, *y nunca olvides que la medicina más que una ciencia es el arte de curar las enfermedades y aliviar los dolores del prójimo, aunque estos sean unos hijos de puta y nos inspiren desprecio y odio moral*. Sin embargo, recordaba ahora en la larga travesía, fue de Rubín de Celis de quien aprendió de la manera más viva y atroz las primeras lecciones de anatomía y fisiología y aun rudimentos de los procesos bioquímicos que actuaban en niveles más profundos con ciega e inquietante precisión. Desde entonces, el joven se convirtió en una especie de adjunto del doctor Rubín de Celis, y pronto sus conocimientos y pericia avanzaron bastante más allá de la aplicación de los primeros auxilios, como ser, por ejemplo, lavar una herida para evitar la infección o escoger el tipo de vendaje según la naturaleza de la herida o la fractura. Luego del desastre de San Francisco ayudó a Rubín de Celis a cercenar brazos y piernas sin que le temblara el pulso ni lo arredrara el grito animal del herido mientras él trabajaba con la sierra. A veces, cuando terminaba la amputación hasta la altura de las ingles, el doctor le decía al herido: *Te salvaste, maricón, pero nunca más podrás cachar*. El joven adjunto había terminado por acostumbrarse al lenguaje soez de Rubín de Celis, pues advertía que los juramentos e improperios y aun la mofa cínica le servían para conjurar y encubrir su dolor y su impotencia. *Fíjate*, le dijo, mientras se acomodaba los tirantes de sus pantalones y hacía salir de su cubículo a una muchacha mestiza de buen ver, *mira*, le señalaba los cadáveres diseminados después de la Batalla de San Francisco, *qué desperdicio, se pudrirán o serán devorados por los buitres. ¿Observas cómo saquean a los muertos nuestros mismos soldados?... Y, con la escasez de cadáveres que tienen las escuelas de medicina, pobres bestias sacrificadas inútilmente. ¡Si siquiera sirvieran para estudiar tantos misterios que la*

ciencia médica debe desentrañar! Necesito echarme otro polvo. ¿Por qué carajo despedí a la muchacha, que no estaba nada mal?

El joven González Urrutia nunca llegó a interesarse por los aspectos militares de la guerra, ni supo del éxtasis del terror. La atmósfera bélica era solo el estampido de la fusilería y el retumbar de los cañones y las densas cortinas de humo y de arena de tonalidades amarillentas. Pero si la conflagración y el desarrollo de las hostilidades no pervirtieron su corazón con sentimientos de odio salvaje, le hicieron descubrir un sentimiento de amor y de piedad que englobaba tanto a nuestros soldados como a los soldados enemigos, a muchos de los cuales, prisioneros y heridos, les prestó auxilio sin que el rostro de Rubín de Celis mostrase aprobación o condena. Y acaso por un instinto de geólogo le parecía percibir el profundo y callado alarido de esa tierra malsana ante el fuego de las baterías que la castigaban ciega e impunemente. No, no se desveló por comprender las estrategias y las tácticas seguidas, y quizá el doctor Rubín de Celis tuviera razón cuando afirmaba, siempre con palabras gruesas, que no solo el Estado Mayor carecía de un plan de guerra y de combate, sino que ni siquiera existía el tal Estado Mayor. Y no menos irreal, y en absoluto sin importancia, le pareció la deserción del general Daza. Por eso se imponían a su mente imágenes de grupos humanos harapientos que marchaban por ese vasto desierto, tan distinto a los desiertos de Piura. Para olvidarse un poco de las marchas y contramarchas, se imaginaba a sí mismo en tiempos de paz estudiando los estratos geológicos, el espinazo, el tuétano, las venas que debían subyacer a los mantos de arena, de tierra y de calichales. Era un desierto extraño, grandes pampas de arena muerta donde no crecía la más mísera planta ni árboles espinudos ni matorrales escuálidos. Durante leguas y leguas no se veía un reptil, una culebra, un ave de rapiña. De pronto se encontraba con grandes jorobas de médanos mugrientos, laderas que parecían muros, grietas

enormes, oasis de aguas inmundas plagadas de insectos espantosos y hostiles, hondonadas y abismos, extensiones pedregosas. El calor era agobiante durante el día y, por las noches, envueltas por una espesa neblina que los lugareños llamaban «camanchaca», corría un frío inclemente que mordía la carne, y las tropas, en su mayoría indios, marchaban con los pies desollados por los guijarros, las pequeñas escarpaduras y las pendientes agrias y erizadas de calichales. Y estaban el hambre, el cansancio, el insomnio; las bocas lucían verdosas y cuarteadas; las encías y los paladares inflamados por el escorbuto; la piel escrofulosa; y los ojos anémicos y amarillentos miraban estoicos e inescrutables. Y por encima de todo estaba la sed, pues los pozos de agua habían sido tomados por los chilenos después de la caída de Pisagua. También la coca, cuya hoja Rubín de Celis había aprendido a masticar, como lo llegaría a hacer él meses después durante las campañas de Cáceres, comenzaba a escasear, y los indios la racionaban con igual o mayor rigor que el agua. Pero la sed era el mayor sufrimiento, lamían salitre, nitrato de sodio, para producir salivación, o chupaban el acero de las halas. Por las noches, cuando el viento helado calaba hasta los huesos, añoraban el día, el sol; pero cuando este se levantaba implacable y centelleaba como un sable desenvainado, y con la cabeza a punto de estallarles, rogaban por el advenimiento de la noche con su frío letal; y cuando de nuevo el viento con su soplo glacial, crudo, yerto, agrietaba la piel y entumecía las extremidades, apelaban a la última esperanza: a que se desencadenase una nueva batalla en la cual, por lo menos, se podía encontrar la muerte. Pero todavía faltaban tres, cuatro, quién sabe cuántos días para alcanzar a ese catafalco de piedra que era Tarapacá. Y, en tanto, proseguían la marcha con los pies descalzos y los morrales vacíos por ese páramo de horizontes inabarcables, colmado de cicatrices por la explotación salitrera, donde a menudo caballos e infantes y las pocas piezas de artillería caían, verdaderas trampas formadas por el azar

de las excavaciones ejecutadas para extraer el mineral. Rubín de Celis, que resbaló a una suerte de cráter poco profundo, al ser sacado por González y otros integrantes del equipo sanitario, abriendo el puño donde había pequeños terrones de salitre, dijo: *He aquí la razón por la que estamos luchando*. Y por primera vez Augusto González no escuchó injuriar a su superior, y vio que su rostro revelaba enojo y amargura.

Un poco antes del atardecer del 26 de noviembre de 1879, por entre un furioso vendaval de arenisca color espinazo de rata, divisaron Tarapacá, al fondo de la pendiente. Fuera por el cansancio y por la sed o por el aspecto miserable y terroso del pueblo, no hubo ningún grito de alegría. Era nada más que un contingente humano espectral, sediento, agobiado por el sol y el polvo inmundo, que no ansiaba otra cosa que tirarse al suelo bajo la sombra. *¿Esta mierda de pueblo era el rostro de la esperanza?*, habría dicho Rubín de Celis, que seguía sumido en un silencio hostil con el quepí hundido hasta los ojos y con el carrillo derecho hinchado por el bolo de coca. Con una sola calle, unas pocas callejas sinuosas y salpicado aquí y allá por racimos de chozas y rancherías, Tarapacá no era un lugar como para levantar el espíritu o despertar ímpetus marciales. Estaba al fondo de una cañada, recostado a las estribaciones de los Andes y por ellas protegido. Allí por lo menos las noches serían menos heladas, pero también al primer vistazo se comprendía que era la posición ideal para que las tropas enemigas que dominasen los cerros hicieran desaparecer a la aldea con un centenar de cañonazos. El encuentro con otros batallones y regimientos llegados días antes produjo un sentimiento de solidaridad humana que solo las guerras y las desgracias pueden generar, aunque dura menos que el paso del vendaval. Los oficiales que habían dirigido la marcha mandaron hacer alto y descanso mientras iban a consultar con el Estado Mayor, que ocupaba la mejor edificación de Tarapacá, cerca del emplazamiento que debía ocupar el batallón. Pero el doctor Rubín de

Celis no esperó las órdenes y, acompañado por su adjunto González Urrutia, fue explorando con ojo experto las viviendas donde establecerían la enfermería. Muchos heridos habían muerto en el camino o fueron abandonados por la carencia de angarillas; los sobrevivientes habían sido llevados sobre las espaldas o a rastras y por turnos por miembros de la tropa. Por fin, el médico encontró una especie de canchón-establo, casi apoyado en los pedrones de un cerro que parecía cortado a pico. Dio las disposiciones más generales, esperó su ración de agua, arrojó el bolo de coca, bebió tres tragos y vertió con cuidado otro poco de agua sobre la cabeza y el rostro inflamado. Luego, en un rincón de la sala de tierra apisonada, se tendió con la cabeza apoyada en el morral. *¿Qué clase de guerra es esta?*, dijo. *La otra en la que estuve metido, pese al despliegue de armamento moderno, fue un juego de niños frente a esto que no sé cómo llamar*. El joven adjunto le preguntó: *¿Y la Comuna de París?* Los ojos soñolientos de Rubín de Celis se abrieron coléricos: *Nunca más me hagas recordar esa infamia*. Cerró los ojos y minutos después dormía profundamente entre ronquidos.

Empezaba a oscurecer cuando José Agustín Benalcázar, que ahora lucía un mostacho decentemente cuidado, abrazó a Augusto González. Benalcázar le dio de beber más agua de su propia cantimplora y le dijo que se refrescara la cabeza y el rostro. *No te preocupes*, le dijo, disponemos de agua suficiente. Benalcázar estaba de pie y sugirió a su amigo que se sentaran bajo el alero de una vivienda. González rehusó el cigarro que José Agustín le ofrecía. Mientras este fumaba le contó que se había asimilado a la guardia nacional Iquique, que comandaba el coronel Alfonso Ugarte. *La mayoría son jóvenes de nuestra misma condición y tienen un gran amor a la patria*. *¿Como nosotros? Entonces lo que defienden no es la patria sino las salitreras, cuyos padres deben ser los dueños*. José Agustín lo miró con furia. *Oh, perdóname, mi hermano, pero es este cansancio*. La faz de José Agustín se relajó.

Necesitas dormir, Tito. Pero antes ven a compartir nuestro rancho. Benalcázar condujo al joven al lugar donde acampaba la guardia nacional Iquique. *Sí*, se dijo, mientras devoraba unas papas, chuño y charqui de auquénidos. Oyó que el coronel Ugarte había sido llamado al Estado Mayor y ninguno de los presentes ocultaba su descontento con la conducción general de la guerra. El crítico más severo era José Agustín, para quien el gobierno se había mostrado torpe en la política e inepto y no demasiado valiente en el campo militar. Daza había sido sin duda un maricón cobarde, pero el error venía de más atrás y residía en la alianza misma con Bolivia. González percibió que su amigo José Agustín había logrado ascendencia, respeto y admiración entre sus compañeros de la guardia nacional Iquique. González agradeció a sus jóvenes compatriotas y salió en dirección a la enfermería. Se habían encendido fogatas en los diferentes emplazamientos de la tropa. Benalcázar lo acompañó un trecho, pero Augusto le rogó que no hablara, que escuchara. *¿Escuchar qué, Tito? A los soldados*, le respondió, *¿entiendes lo que hablan?* Benalcázar se encogió de hombros: no, no los entendía, eran de una especie diferente a nuestros indios, cholos y serranos. *Olvídalos, nunca los entenderás. Te dejo hasta aquí*. Enseguida le entregó una botella de cañazo. *Alivia la fatiga y el espíritu, ahora ve y duerme; te buscaré antes de que amanezca*. González le dijo adiós a su paisano, pero en vez de seguir de frente a la enfermería, donde debía estar roncando Rubín de Celis, se desplazó hacia un corralón o establo ocupado por un batallón de infantería compuesto, en su inmensa mayoría, por indios. Estaban agrupados de diez en diez en torno a una fogata encendida con estiércol seco de llama. Les pidió que le permitieran calentarse en la hoguera y dormir. Lo miraron largo rato en silencio. Al fin, uno de los que balbuceaba el español, le dijo: *Este no es sitio para mistis. ¿Mistis? Mistis, pues, viracochas, blancos, patrón. Dormiré aquí con ustedes*, dijo con voz autoritaria, y se sentó junto a ellos. Los indios

dejaron de hablar. Entonces sacó la botella, bebió un buen trago y luego la entregó para que rotara. El que recibió la botella miró a sus compañeros, quienes asintieron con los ojos. La botella alcanzó para dos rondas; luego reanudaron la conversación, ¿en quechua?, ¿en aimara? ¿De qué hablarían? El aguardiente le deparó un agradable calor. Recordó a Rodolfo Lama con sus angustiosos sentimientos de culpa y a Rubín de Celis que los llamaba «partida de guanacos» y se negaba a considerarlos seres de la especie humana. Augusto González se tendió en el suelo y, al calor del fuego, cayó rendido por el sueño.

Se despertó poco antes de que amaneciera. La fogata se extinguía, en el cielo brillaba el lucero del alba y ya no encontró inmundo el olor que despedían estos infantes descalzos o con ojotas remendadas. En la enfermería, Rubín de Celis cantaba en alemán. Había recuperado su humor y esperaba que hirviese una gran olla para preparar un mate de cedrón. *Trata de una puta*, le explicó la letra de la canción, *que se hizo rica trabajando en la trinchera. Negocio honrado. ¿Acaso el hombre no merece este goce antes de que una bala le haga papilla el cerebro?* Empezaron a repartir un jarro lleno de cedrón bajo de azúcar. *¿Qué esperas? Saca un jarro de tu morral, muchacho. Lo que sí no hay es pan*. Mientras bebían a sorbos entró José Agustín. *Ah, nuestro héroe*, dijo Rubín de Celis. Benalcázar depositó una veintena de galletas y una docena de papas sancochadas. *¿Por qué se burla de mí, doctor?* Rubín de Celis, cantando, iba repartiendo equitativamente las provisiones entre sus sanitarios. *¿Burlarme yo, hijo? Es una apreciación objetiva*. En ese instante se escuchó un intercambio de clarines. *Lo que quiero decir, muchacho, es que estás destinado a alcanzar la inmortalidad*. Pero Benalcázar no lo escuchó, pues el joven entendía ya el lenguaje de las cornetas y clarines. Poco después, corrió el rumor de que unos vigías habían traído la noticia de que se acercaba una numerosa tropa chilena a pie, con un

pelotón de caballería de dos centenares y con decenas de mulas arrastrando un impresionante parque de baterías. *Si logran emplazarse en los cerros*, dijo Rubín de Celis asomado a la puerta, *nos quemarán el trasero. Oye, lacayo, sírveme otro jarro de esa porquería*.

En medio del ajetreo, el futuro doctor González se puso a pensar en Piura. Recordó al sabio Raimondi y evocó, agrandada por la memoria, la iridiscente piedra sideral recorriendo el espacio milenios de milenios antes de que se hundiera el Imperio Romano, *pobre papá, tan bondadoso en el hogar y tan implacable en la corte con los asesinos y bandoleros*, él creía en los criminales y delincuentes natos, pero no se le hubiera ocurrido clasificar en esta categoría a los responsables de esta guerra; *mamá Alcira, ¿volveremos a interpretar alguna otra vez un dúo de Mozart? Te he dedicado esta misa y rezaré y comulgaré por ti*, esto le había dicho Rodolfo Lama. Creyó ver al señor De Metz sudando su paludismo, mientras con un puntero señalaba en la pizarra los movimientos de las tropas prusianas y francesas. *Despierta, cojudo*, le dijo su superior. *¿No te han dicho que soñar despierto antes de una batalla trae mala suerte?* Avergonzado y furioso, el joven salió a la puerta. *Hay que sacarlos de los cerros, rápido. No los dejen emplazar allí sus baterías*. En ese preciso momento vio pasar a la guardia nacional Iquique galopando para unirse con los batallones Zepita y Dos de Mayo, que comandaba el coronel Cáceres y que ya trepaban a los cerros. Benalcázar, risueño y eufórico, le hizo adiós con el quepí. Eran las ocho de la mañana cuando empezaron a retumbar los cañones y a llover granadas sobre el pueblo. Se había improvisado angarillas y, pocos minutos después de iniciada la batalla, González, al mando de los camilleros, subía a las laderas para recoger a los primeros heridos. A partir de entonces no pudo ver el desarrollo del combate: todo era humo, estampidos, tronar de cañones, rugidos, maldiciones, rampar por los pedruscos olorosos a pólvora para rescatar a

algún herido. Esto era una batalla: confusión y caos y una leve aceleración del ritmo cardiaco y sequedad en la boca. No sentía el paso del tiempo, le parecía estar viviendo una realidad donde se hubiera suspendido la temporalidad. Algunas rancherías del pueblo llameaban, Rubín de Celis había sabido escoger el lugar adecuado para la enfermería. Logró escalar hasta la cima de uno de los cerros que era como una vasta planicie. Se peleaba cuerpo a cuerpo, casi en silencio, jadeando, hasta que la bayoneta hundida en el vientre arrancaba un rugido animal. Se sintió conmovido al reconocer entre los que se batían con la bayoneta rostros pertenecientes al batallón con el que había pasado la noche. El ejército enemigo era rechazado, un soldado peruano mostraba orgulloso la bandera chilena arrebatada a los contrarios, poco después se retiraba a la desbandada. Comenzaban los gritos de *¡hurras!* y *¡vivas!* Un clamor se levantaba: *Hay que rematarlos, impedir que se reagrupen. ¡Mierda, no! Necesitaríamos de un verdadero regimiento de caballería*. González, con los prismáticos, alcanzó a ver a José Agustín con el sable desenvainado y enrojecido. Parecía gritar a sus compañeros: *¡A ellos, hay que rematarlos!* Y para estimular a su columna, el joven Benalcázar espoleó a su moro y fue en persecución del enemigo. Luego, el joven González ya no vio otra cosa que la retirada confusa, apremiante y desordenada por las laderas de los cerros de los triunfadores en la batalla.

Ahora, en la cubierta de popa del *Normandía* y sintiendo los esporádicos barquinazos de la nave, el joven González gozaba del espectáculo de una noche maravillosa, con la Vía Láctea refulgiendo en todo su esplendor. Pero también había sido espléndida la noche cuando, en un descanso de la retirada, iluminado por cuatro hachones, el doctor Rubín de Celis, luego de extraerle a José Agustín la bala de debajo del hombro izquierdo, que no había comprometido ningún órgano vital, se preparaba entre bascosidades para amputarle la pierna derecha, desde dos centímetros más arriba de la rodilla.

No había un puto carajo de nada, ni siquiera alcohol, yodo, ácido fénico, vendas, y lo único que existía para paliar en algo el dolor y detener la infección eran pisco y cañazo. Pero Benalcázar rehusó beber nada y solo aceptó el trapo mojado con aguardiente que Augusto González le puso entre los dientes. Rubín de Celis arrojó el bolo de coca y tomó un largo trago de pisco. Dos camilleros sostuvieron al herido. González permanecía con la vista atenta y con el instrumental a la mano. Rubín de Celis respiró hondo y hundió la sierra con toda su fuerza, y José Augustín no pudo contener un grito, un solo grito largo y desgarrador, antes de perder el conocimiento.

La retirada apremiante de la tropa se fue trocando en huida, una huida que a veces giraba en círculos, pues los guías, poco conocedores de ese páramo desolado y filoso, se empantanaban y el contingente humano quedaba encalavernado, perdido y sin derrotero. La retirada a Arica demoró veintiséis días, cien leguas infinitas, pero al quinto día José Agustín, que era conducido en una angarilla por soldados pagados por el joven González, le pidió a este el mayor favor que un amigo puede pedir a otro. *No me pidas eso, José Agustín, es la fiebre que trastorna tu mente, pero pronto te pondrás bien. ¿Y ser un mutilado para el resto de mi vida?* Habían acampado y era de noche. El joven González fue a caminar por entre las fogatas del campamento y bajo las heladas estrellas del desierto. Al retornar al improvisado puesto sanitario se encontró con el médico jefe. *Estaba reflexionando, cosa que pocas veces hago*, le dijo. *La otra vez, ¿pero cuántos días han pasado?, me preguntaste por esa mierda de la Comuna de París. Escucha, González, no me gusta la canalla socialista, pero no siento odio por ellos. Tampoco los sufrimientos de los obreros me quitan el sueño. Las clases sociales existen, deben existir y siempre habrá gente superior y gente inferior, ¿me entiendes? Pero lo que hicieron con los comuneros fue una carnicería, una venganza vil*. Había aprendido a hablar con la coca en la boca y ahora pasó el bolo al otro carrillo.

Rubín de Celis continuó: *El mecanismo de la memoria es extraño. Empecé recordando el rostro de tu amigo antes de que empezara la batalla. Creyó que me burlaba. Pero es que yo sé cuando alguien va a morir en combate. Y esto me llevó a pensar en la otra guerra en la que anduve metido y recordé la pregunta que me hiciste y la forma en que te respondí. Pero pensándolo bien todo se originó por el resuelto pedido que te hizo tu amigo. ¿Lo escuchó usted, doctor?* Le respondió que sí, y adelantándose a la pregunta que le haría su adjunto, le dijo: *Su nombre completo es José Agustín Benalcázar León y Seminario, ¿verdad? Pues bien: yo no dudaría un segundo si un amigo me lo pidiera. Y además morirá de todas maneras. ¿Crees que resistirá esta loca marcha forzada? La amistad que le tienes no te deja percibir el hedor de su cuerpo*. González llevaba al cincho un revólver Comblain que solo había disparado dos o tres veces en las apresuradas lecciones de tiro recibidas durante los primeros días de su enrolamiento. González había tomado la decisión de dejarle el revólver a su amigo para que él mismo se quitara la vida. Pero en el estado en que halló a José Agustín, a este le faltarían fuerzas para sostener el arma entre sus manos. Le había subido la fiebre y deliraba. Maldecía, juraba, prometía revelar la verdad, y nuevas imprecaciones y amenazas, pero su amigo no llegaba a entender contra quién, quizá contra su padre y su hermano, aunque varias veces pronunció el nombre de Grimanesa y la llamó «perra», *fue la víspera, perra, zorra*. De pronto, el joven Benalcázar León y Seminario dejó de delirar. Se hizo el silencio y luego, como si hubiera recobrado la lucidez, abrió los ojos, y dijo: *El traidor Daza tenía razón. El desierto abruma. Había que rematarlos. Pero Tarapacá era una tumba*. González Urrutia había sacado la Comblain de su cartuchera, con la otra mano limpió el sudor de la frente de su amigo. *¿Lloras Augusto? Sí*, le respondió, antes de colocar el revólver sobre la sien izquierda y apretar el gatillo.

Desde entonces todo fue más simple, se dijo González retornando al camarote que compartía con un griego juerguista que debía estar chupando y jugando al póquer en uno de los bares del vapor. El sentimiento de ausencia, de desolación y de orfandad no era constante: a veces parecía extinguirse y otras, como en este momento, lo mordía con intensidad. Cogió el libro de Leopardi y trató de concentrarse en el poema. Ya había entendido las palabras y el sentido, pero aún no podía asir el ritmo y la delicada musicalidad. Leyó en voz alta el poema. Aquel sentimiento parecía sosegarse, extraño ser el de la poesía, sentimiento y musicalidad fundidos. Cerró el libro y lo puso en la pequeña mesita de noche. Sí, había recuperado la serenidad, desde aquel disparo todo fue más simple y curaba con ardor a los heridos y asistía con indiferencia a la muerte de sus pacientes. El bigote tupido y la barba le aumentaban la edad y los soldados empezaron a llamarlo «doctor». No sentía vanidad ni orgullo por este tratamiento, pero empezó a sentir el nacimiento de una vocación impuesta por la necesidad y por el deber. El doctor Rubín de Celis había sacado de su morral dos gruesos volúmenes, uno de carácter teórico acerca de los fundamentos de la ciencia médica y el otro de naturaleza práctica, un libro auxiliar e indispensable para casos de emergencia en las condiciones de una guerra. Y González había ido leyendo cada vez con más interés y pasión ambos libros.

Cuando Lizardo Montero acantonó las tropas en Arequipa, Augusto González Urrutia creyó necesario aún someter este impulso del corazón y quizá del humanitarismo al frío análisis de la inteligencia y el pensamiento. ¿Quién tenía la razón: el sabio Raimondi o el grosero doctor Rubín de Celis? Los dos coincidirían seguramente en que lo único que puede dar sentido a la vida es el servicio a la humanidad. ¿Pero qué era la humanidad? ¿Quiénes la conformaban? ¿Me lo podría decir usted, señor De Metz? González admitió que se hallaba más cerca de la idea que Rubín de Celis tenía de la humanidad:

la humanidad éramos tú y yo, que somos blancos o mestizos claros y aquellos otros mestizos más prietos y cholos y hasta la punta de guanacos indios traídos a la fuerza desde los Andes, a quienes a menudo había que raparles el pelo para matarles los piojos, y también sus mujeres, las rabonas, que iban cambiando de marido después de cada batalla, hasta que en su mente borraban los rostros de sus hombres para formar un rostro único y arquetípico, mujeres que no siempre podían burlar los encuentros bélicos y morían junto con sus críos; sí, esta era la dolida y despreciada y miserable humanidad a la que había que servir. Caía la tarde sobre las fachadas de las casas revestidas de blancos sillares, cuando Augusto González Urrutia se enrumbó hacia el cuartel donde funcionaba el hospicio para comunicarle a su superior la decisión de dedicar el resto de su vida a la medicina si salía con vida de esa guerra idiota conducida por ineptos y cobardes. Pero apenas transpuso la puerta se le acercaron corriendo varios soldados comunicándole que acababa de morir don Pedro Rubín de Celis, alcanzado por una bala perdida, mientras contaba chistes puercos y, gramputeando a todo el mundo, bebía alegre y furiosamente de una botija de vino moqueguano.

En los días previos a las batallas de San Juan y Miraflores, González Urrutia era ya lo suficientemente veterano como para vaticinar la caída de Lima y la entrada de los chilenos a la otrora capital del inmenso y rico Virreinato del Perú. Merced a sus servicios y experiencia fue nombrado jefe de uno de los escuadrones voluntarios o ambulancias. La víspera de la Batalla de San Juan, el cirujano práctico González vio al dictador Piérola recorrer, con un vistoso y estrafalario traje de general prusiano y seguido de una gran escolta en la que destacaban varios clérigos, las líneas de defensa y añoró a Rubín de Celis para escuchar sus mofas sobre esta sangrienta mascarada. Hubo misa y comunión general, pero él se negó a recibir la purificación y la gracia mediante la comunión, y desde el fondo de su memoria emergió un

nombre: Spinoza. ¿Qué es lo que le había querido decir Raimondi? ¿Cuál y quién era el Dios de Spinoza? Pero ahora no pudo seguir escarbando en su memoria lo que Raimondi le dijera sobre Spinoza, pues escuchó los pasos tambaleantes del griego por el pasillo y se metió rápidamente en la litera para que su compañero de camarote no lo invitara a tomar un par de buenos tragos de brandy. Pero el griego entró murmurando y quejándose de su mala suerte en el juego y, sin desvestirse, se tiró en el camastro, y poco después roncaba estrepitosamente. Pero Augusto González ya no pudo retomar el hilo de sus recuerdos y más bien, después de tantas semanas, sintió nostalgia de sus padres, en especial de doña Alcira, a quien evocó tocando con cálida limpieza un pasaje de *La flauta mágica* de Mozart.

El *Normandía* enfrentó durante tres días y tres noches los embates de lo que el joven consideró una furiosa tempestad. Creyó percibir una como intranquilidad de la nave, semejante al secreto temblor de la tierra antes de una batalla. De proa a popa aumentaban el balanceo, las sacudidas intermitentes, y por momentos tenía la sensación de que la proa de la embarcación se hundía en un abismo y emergía luego acezante. ¿Y si zozobrara el buque? Haber sobrevivido a tantas batallas y ahora perecer en un naufragio sería una ironía de la vida, como la bala perdida que mató al doctor Rubín de Celis. ¿Algún día la razón podría dominar el azar o lo indeterminado? Cuando arreció la tempestad creyó su deber ofrecer sus servicios al médico encargado del control de la salud de los viajeros de segunda clase, a la que pertenecía González Urrutia. El médico se apellidaba Bergère y tuvo que hablarle a gritos al cruzarse con él, después de una afanosa búsqueda entre las recias sacudidas del barco, en la escalerilla de popa. Continuó hablándole a gritos para que el médico entendiera su proposición. Bergère se encogió de hombros, señaló vagamente la densa oscuridad del cielo iluminada, sin embargo, por multitud de relámpagos

blancos. González logró entender que le decía que por el momento la mejor ayuda que podía ofrecerle era largarse al camarote. *Ce n'est qu'un peu de mauvais temps et de mer agitèe. C'est une chose routiniêre*, le gritó. Algo ofendido, el joven regresó a su camarote, donde el griego jugaba al solitario con los naipes, como si el barco navegara sobre un mar apacible. El griego, apenas lo vio entrar, le propuso una partida de póquer y le ofreció un generoso medio vaso de ron de Jamaica.

Al amanecer del cuarto día, González despertó con una sensación extraña. El griego roncaba a pierna suelta. Se incorporó todavía aturdido y al fin comprendió: había terminado el mal tiempo y ahora la embarcación navegaba apacible. El joven se vistió y salió del camarote hasta cubierta intermedia. El *Normandía* hendía con seguridad el mar, y sintió el agradable chapaleo de las olas sobre el casco de la nave. El reloj de bolsillo, recuerdo de don Máximo, marcaba las cuatro y cincuenta de la madrugada. Aunque había dormido mal en los tres días que duró lo que él creyera una verdadera tempestad, se sentía despejado y, después de muchos meses, de años, de los años que duró la guerra, lo invadió una quietud de espíritu, mientras los últimos luceros del cielo se desvanecían y una luz amarillenta y poderosa empezaba a levantarse por el horizonte. Una imagen acudió a sus ojos: una niña de singular belleza le entregaba un ramo de nomeolvides. Liberado de ese sentimiento de ausencia y colmado de dicha, dijo: *María Monasterio*.

—Pero de repente —le contó en los últimos años de su vida a mi padre— me pregunté si yo tenía derecho a ese momento de júbilo y sosiego. *No*, recuerdo que me dije, *aún si ella me amara, yo no tengo el derecho de perturbar y cambiar el rumbo del destino de María Monasterio*. Contemplando el maravilloso nacimiento del día alcancé a medir la magnitud de mi pena. Curiosamente, no pensé en mis dos únicos amigos, Benalcázar y Lama, muerto el primero y el otro con el espíritu extraviado o con el

reencuentro con la sangre y la herencia de su linaje, sino en cierto Lizandro Ordinola que con un grupo de voluntarios piuranos manejaba una batería en el Morro Solar. Todos habían muerto por el bombardeo de la flota chilena y el único que la ambulancia logró rescatar fue a él. Por desgracia ya no tenía salvación, pero se alegró de que yo fuera piurano y me preguntó, con la lengua trabándosele, si yo conocía Congará. Le dije que no conocía ese pueblo pero que sabía dónde se hallaba. Entonces de entre su pecho ensangrentado sacó una carta, la última que le escribió a su novia, la señorita Domitila Diéguez. Nunca llegué a perdonarme por haber extraviado aquella carta que prometí entregar antes de que Ordinola expirase. Y el remordimiento fue mayor cuando conocí a esa admirable mujer en Congará y no pude salvarla de la peste. Pero allí, mientras veía la atmósfera llameante de tonos azules, la imagen de María Monasterio se disipó y, recordando el cuerpo casi destrozado de Ordinola, sentí todo el horror de la guerra. Y por primera vez lloré, lloré como nunca más lloraría en la vida, ni siquiera cuando murió mi inolvidable María Monasterio. Continué llorando, amarga y convulsivamente, hasta que sentí que alguien me palmeaba el hombro. No sentí, recuerdo, vergüenza, sino cólera por el intruso, y volví la cara humedecida y lleno de furia. Era Bergère, el doctor que había desdeñado mis servicios. Lo saludé con una inclinación de cabeza y retorné apresurado a mi camarote. Por ventura, el griego seguía roncando.

Durante varios días evitó encontrarse con Bergère y, contra su costumbre, yacía tirado en su litera, en un estado de somnolencia y apatía que le impedía abrir el libro de Leopardi y notaba en los ojos del griego una mezcla de desdén y de temor supersticioso, como si fuera un pájaro de mal agüero. Pero una mañana en que el griego había salido a cubierta, el joven sintió que golpeaban la puerta y tardó antes de decir que pasara adelante, sea quien fuere. Entró Bergère, traía media botella de coñac. El joven se levantó de

inmediato, murmuró una disculpa por su comportamiento grosero durante aquel amanecer, y añadió que no debía preocuparse porque se encontraba perfectamente bien de salud. *Primero un trago*, dijo Bergère. Bebió un buen sorbo y le pasó la botella a González. Bergère sonrió: *En segundo lugar, otro trago*. Era un coñac excelente y esta vez el joven bebió un largo trago. El francés le preguntó por su nombre. *¿Augusto?*, le dijo Bergère, *esto se merece otro trago. Yo tengo dos nombres: Jean-Pierre. Pero si quieres, llámame simplemente Bergère*. Después le dijo de manera suave que no tenía por qué avergonzarse de sus lágrimas; él también había llorado cuando los prusianos entraron a las puertas de París. Enfatizó que era natural, humano, y él, Bergère, había averiguado que Augusto, ¿González, verdad?, era peruano. Tenían mucho de qué conversar, le dijo pasándole la botella, ¿sabía que él había visto arder Chorrillos?

A partir de entonces, Jean-Pierre Bergère y Augusto González charlaron a menudo, generalmente después de la cena. Acompañado por el francés, paseó por las cubiertas de popa y de proa, conoció la sala de las máquinas y la de los mapas, contempló desde el alcázar de popa las fosforescencias de la noche y la estela de espuma que iba dejando la nave en la travesía y, por último, Bergére lo llevó a beber vino en el bar-salón de primera clase. En su trabajoso castellano le reveló que era un apasionado de la historia militar, porque las guerras, dijo, eran acontecimientos privilegiados para estudiar la conducta de los hombres. Bergère le confió también que participaba de la teoría evolucionista de Darwin, pero él se convencía cada vez más de que al hombre le faltaba un milenio de años para alcanzar la real hominización. En cuanto a la forma como el Perú había llevado la guerra, Jean-Pierre dijo: *¡Mi Dios!* Y le pidió excusas a González antes de decirle que la defensa de Lima fue absolutamente ridícula, hacía más de cincuenta años que el arte militar había abandonado, por rudimentario, ese sistema de defensa. ¿Compartía

Augusto su opinión? *¡Y Piérola, santo Dios! ¡Y qué contraste entre su atuendo de pequeño Bismarck y los clérigos sombríos que siempre lo acompañaban!*

Augusto González escuchaba con gran interés las apreciaciones sobre la guerra del doctor Bergère, quien, hasta hacía poco, había estado asimilado a la marina de su país, pues, en cuanto a él, aun después de unirse a Cáceres, seguía sin comprender nada de asuntos militares. El día en que González le hizo esta revelación, Bergère pareció desconcertarse. Entonces, ¿por qué se había presentado como voluntario y seguido a Cáceres? González le respondió que nunca se había hecho esta pregunta. Había cosas que debían hacerse y otras no. Esto era todo. ¿Para no sentirse despreciable? ¿Por el honor? González le confesó que no había pensado demasiado en esos asuntos, solo en que podía aliviar un poco el dolor y a veces salvar una vida. ¿No era eso razón suficiente? Bergère le prometió que meditaría sobre este punto de vista.

El viaje del *Normandía* culminaba en Marsella, pero Augusto González Urrutia comunicó al doctor Bergère que desembarcaría en Cádiz. *Oh, lá, lá*, exclamó Bergère, *los antepasados, la madre patria, ¿eh?* La víspera de que el barco hiciera escala en Cádiz, el joven González Urrutia rogó a Bergère que le permitiese convidarlo. El médico francés aceptó encantado, pero puso como condición que él elegiría los vinos y los platos y que cenarían en su camarote. Bergère ocupaba un camarote para él solo y estaba repleto de mapas y libros bellamente empastados y cuadernos donde, conjeturó el joven, debía llevar sus diarios de viajes y apuntar sus pensamientos. Miró algunos títulos: eran de Montaigne, Diderot, Clausewitz Michelet, Gibbon (*Gibbon, ah, padre, pobre papá*), Saint-Simon, Tocqueville, Renan, Mérimée, Balzac, Maupassant, Baudelaire, Flaubert, y revistas de ciencia y de medicina. En la cabecera de la litera, el joven vio *La taberna* de Zola, con la cinta que

marcaba la página en que se había quedado en su lectura. Mientras cenaban y bebían la primera botella de vino, Bergère habló de su infancia y de las razones que lo llevaron a seguir la carrera médica. De pronto se calló, descorchó la segunda botella (Augusto alcanzó a leer la etiqueta: Pommard), aspiró el aroma y llenó las dos copas. *¡Excelente cosecha!*, dijo, paladeando el vino. Después miró escrutadoramente al joven. *Y bien, mi pequeño Augusto, ahora háblame un poco de ti. ¿Qué enseñanzas sacaste de la guerra? ¿Qué descubrimiento acerca de tu patria, del espécimen llamado «hombre», de ti mismo?*

—Yo, hasta entonces, solo había hablado lo indispensable —le confió a mi padre minutos después de que le aplicara la ampolleta de morfina; se había aplacado el brillo de sus ojos, sosegado su pulso y serenado su mirada—, un poco por temor a pasar por fanfarrón o por demasiado patético, y otro tanto porque, en verdad, lo que menos me sobraba era el deseo de hablar. Prefería meditar, cavilar, con los *Cantos* de Leopardi entre mis manos, que la evocación de María Monasterio me ayudaba a sumergirme en esa poesía tan llena de melancolía, pensamientos y música. Me avergüenza ahora decirlo, pero el vino venció todo mi autocontrol y empecé a hablar, oh, nunca hablé tanto en mi vida, como un vulgar charlatán, pero había surgido el deseo de comunicarme, de sentirme prójimo de los hombres.

—¿Recuerda aún lo que le dijo el doctor Bergère, papá-doctor?

—Un poco más de vino para desinhibir la lengua —sugirió Bergère.

—Sí, por favor, un poco más. Muchas gracias.

El futuro doctor González habló, al principio en términos generales, simulando un tono mundano e incluso con cierto cinismo. Había perdido, en primer lugar, algunos ideales y sueños, como el de convertirse en un gran geólogo, algo así como un sabio. Y optó por un destino más modesto, como el de médico, y trabajar en zonas rurales, porque descubrió el país en que

vivía. ¿Sabía que el mayor número de muertos en San Francisco, Tarapacá, Alto de la Alianza, el Morro de Arica y en la defensa de Lima y en la resistencia cacerista habían sido entre indios, con los cuales no pudo comunicarse por hablar lenguas distintas? Y él, Augusto González Urrutia, no había sentido piedad o dolor, sino una fría curiosidad, y había estudiado la estructura ósea y corporal y la forma de los cráneos y las protuberancias cerebrales, como si perteneciesen a una especie subhumana, como un entomólogo estudia a los insectos. Y lo que era más importante aun: después de la Batalla de Miraflores, el 16 de enero de 1880, descubrió que, por debajo de las guerras entre los Estados, había otra guerra más profunda y permanente entre los de arriba y los de abajo; por eso, pese a su credo pacifista, no podía condenar cuando parte de las tropas peruanas, después de la batalla, entraron a saquear e incendiar las mansiones de las familias más ricas y linajudas, que a fin de cuentas eran las verdaderas responsables de la guerra y la derrota, gritando consignas contra los ricos y dando vivas a los pobres. Lima estaba desguarnecida y hubo cierrapuertas y rezos y calificaron al populacho de comunistas. Entonces las legaciones extranjeras formaron una especie de guardia nacional y empezó una persecución contra estos pobres, parias y miserables excrecencias de la misma sociedad, y en una noche de San Bartolomé, esta guardia que había salido a defender la propiedad privada ejecutó a más de doscientos de aquellos desdichados. *Mi experiencia en la sierra confirmó este descubrimiento*, dijo llenando la copa.

—Nunca me contó esto, papá-doctor —dijo mi padre.

—¿Nunca? Es posible. Pero todo lo que fui o lo que soy proviene de esos días.

—La sierra. Los Andes —dijo Bergère—. No los conozco pero he leído que en Europa no tenemos montañas tan altas. Yo estuve ese día en el

consulado francés, sin embargo, me negué a integrar la guardia. Pero, por favor, continúa Augusto.

El futuro doctor González miró con gesto de sorpresa a Bergère. Pero luego prosiguió el relato. Contó que a las pocas semanas de haberse incorporado al servicio de sanidad, saliendo de La Oroya, se vio frente a un cuadro espeluznante. Una multitud de indios enardecidos y entonando viejos cantos guerreros portaba la cabeza degollada de un cura ajusticiado por su despotismo, lascivia y latrocinios.

—Escuche esto, Bergère: era un espectáculo bárbaro, pero este acto de rebeldía, paradojalmente, me hizo comprender que los indios son seres humanos, como usted y como yo, y por primera vez los consideré como prójimos y hermanos míos. Meses después acompañé como cirujano a una expedición punitiva contra una comunidad indígena que se había amotinado por los excesivos cupos que tanto chilenos como peruanos le imponían. En el trayecto nos informaron que el cabecilla de los amotinados era un cierto Louquet, francés, que le había metido ideas extravagantes a la indiada. Los amotinados resistieron con valentía, Louquet fue hecho prisionero y, al momento de ser ejecutado gritó *¡Viva la Comuna!* Cuando me ordenaron auscultarlo comprobé que todavía le latía el corazón. Entonces el coronel Aduvire le pegó el tiro de gracia.

—Espere, Augusto. ¿Dijo usted que gritó *¡Viva la Comuna!*?

—¿Se sorprendió el doctor Bergère? ¡Y qué habría dicho si usted le hubiese contado de la rebelión y toma por los chalacos de Piura en plena guerra con el chileno!

—Eso hice, Cruz. O, mejor dicho, le leí la carta que me envió mi señor padre contándome minuciosamente el suceso que culminó con el fusilamiento de los prisioneros y el incendio de la casona de las señoritas Coloma, donde se parapetaron los últimos resistentes, y su muerte abrasados por las llamas.

Le leí íntegramente la carta de papá y solo omití la parte en que hablaba del sangriento e inexplicable papel que jugó Rodolfo Lama, igual que omití contarle que yo maté a mi amigo José Agustín.

—¿Bauman de Metz? —dijo el doctor Bergère —. ¿Y aquí en un remoto pueblo entraron los campesinos gritando *¡Viva la Comuna!* y enarbolando la bandera roja? Fíjate, Augusto, yo fui testigo de la carnicería y el fusilamiento de treinta mil comuneros o trabajadores. Yo, como asimilado a la marina, era parte de los versalleses. Sentí tanta repugnancia que pedí mi pase al retiro. Bueno, luego prosiguió la persecución implacable de luchadores comunes y de líderes, con la no muy discreta colaboración del ejército prusiano de ocupación. Y, sin embargo, la Idea no murió. ¡No murió! ¿No es extraño, Augusto?

Los dos hombres guardaron silencio un largo rato. Luego, por iniciativa del joven, subieron a cubierta y terminaron de beber la tercera botella, que después arrojaron al mar. Era medianoche y se percibía ya el olor del puerto y la tierra cercana. Era una noche espléndida, pero, durante la travesía, el futuro doctor González había contemplado numerosas noches como esta sin poderlas disfrutar del todo porque los sentimientos y la melancolía parecían proyectarse sobre ese mar y ese cielo infinitos. Luego de arrojar la botella al mar tranquilo, Bergère comentó:

—Pero, ¿por qué estas experiencias te condujeron a la medicina? Hay otras opciones.

—¿Voy a desperdiciar las gratuitas y privilegiadas lecciones de anatomía que tuve oportunidad de recibir y practicar? Creo conocer a cabalidad el cuerpo humano, pero quisiera saber la raíz de sus instintos y sentimientos. ¿Otras opciones? No, Bergère, mi país es demasiado complejo y no tengo pasta de reformador y detesto el poder y la política. Esto lo aprendí asistiendo no hace mucho al círculo de González Prada. Revancha contra los chilenos y

castigo a los responsables de la derrota. Aprendí cosas nuevas y escuché otras que ya había oído durante las campañas. Prado tenía estrechos vínculos con los chilenos, una casa de verano en Viña del Mar y sólidos intereses en el negocio salitrero. Piérola estaba financiado por los Dreyfus. Y el mismo Cáceres, amante del látigo para con los indios, amasó una buena fortuna durante la resistencia. Y había exaltados que proponían quemar y dinamitar iglesias y acabar con curas y monjes. No, no va eso conmigo. Mis sueños ahora son modestos, muy modestos. Y acerca del hombre solo he aprendido esto: que es un ser potencial, un vasto campo de posibilidades y que, colocado en ciertas situaciones, puede convertirse en un ser abominable, capaz de cometer sin remordimiento las peores atrocidades. Los chilenos se ensañaron con el vencido y cometieron abusos que perdurarán por varias generaciones en nuestra memoria colectiva. Pero, óigame esto, doctor Bergère: yo no tengo dudas de que los peruanos, de haber sido los vencedores, habrían cometido actos semejantes o acaso peores con el pueblo vencido.

En el puente de proa, el joven y el hombre maduro se abrazaron despidiéndose. Pero Bergère le dijo que antes de desembarcar le entregaría algunas cartas de presentación que lo ayudarían a tramitar su ingreso a la escuela de medicina y guiarse en las diferentes especialidades, pues no debía olvidar que la medicina era también una ciencia tan apasionante como la que cultivara el admirable señor Raimondi.

El sur de España, parecido en algunos aspectos a la región piurana, lo deprimió. La pobreza, los trajes oscuros de los campesinos, las casas revestidas de cal, los caminos polvorientos y el sol furioso contrastaban con la limpidez azul del cielo, que dañaba la vista si uno quería mirarlo. Una pareja de turistas norteamericanas, a quienes había conocido casualmente en Cádiz y que habían leído *Cuentos de la Alhambra* de Irving, se sintieron

desilusionadas y furiosas con el servicio de diligencias y los hospedajes mugrientos. Antes de que sus caminos se separaran, las escuchó decir que España era una prolongación de África. Se hospedaba en posadas modestas y comía en tascas y fondas que olían a ajo, a aceite de oliva y a vinos gruesos. Córdoba le encantó, pero el hacinamiento promiscuo y la pobreza y los mendigos le hicieron sentirse vagamente culpable. En las tabernas se hablaba de política y de guerras civiles. Confundía los nombres, pero entendió que había carlistas, liberales, republicanos, socialistas y anarquistas. Oyó afirmar que bandas de carlistas ultramontanos conducidos por curas resistían en las montañas vascas y navarras, y un exaltado dijo que Andalucía sería siempre anarquista. Por lo que fue escuchando, el futuro doctor González comprendió que la historia de España, en lo que iba del siglo XIX, era una interminable guerra civil con breves periodos de paz, como la de ahora, bajo el gobierno de Sagasta. Los clericales del partido carlista calificaban a los demás partidos de ateos y los acusaban de acciones sacrílegas espeluznantes, como incendiar iglesias, decapitar cristos, vírgenes y santos, profanar tumbas y violar a monjas que vivían enclaustradas. El futuro doctor González se dijo que estas noticias habrían encantado a los exaltados del círculo de González Prada.

Madrid le pareció una ciudad fría y carente de personalidad, pero entonces recordó lo que le había dicho Jean-Pierre Bergère, después de entregarle las cartas de recomendación: *Si de verdad quieres comprender Francia y sobre todo París, tienes que leer a Balzac*. Y le extendió dos volúmenes que tenían por título genérico *Los parientes pobres*. Augusto González, que había sido iniciado por su padre en el culto a los clásicos latinos y griegos, admitió que, por prejuicio más que por pereza, de España solo sabía los lugares comunes que sus profesores de lengua y literatura lo habían obligado a memorizar. Como el nombre de Benito Pérez Galdós le era conocido, compró su novela *Zaragoza*, que pertenecía a la serie de *Episodios nacionales*. El libro, que

narraba la resistencia de la ciudad de Zaragoza al dominio napoleónico, lo estremeció y empezó a mirar a España con otros ojos. Luego, por recomendación de un librero, leyó *La Regenta* de Leopoldo Alas, que escribía artículos y ensayos con el seudónimo de Clarín. El joven veterano se dijo que Bergère tenía razón, y al terminar la novela lo acometió el deseo infantil de estrecharle la mano o de escribirle una carta de saludo y admiración al autor del libro. Luego de estas lecturas visitó El Escorial. Era un palacio insólito, de arquitectura acaso única en el mundo, pues por sus líneas escuetas, por sus largos muros sombríos, era más bien la cartuja y la tumba de un rey piadoso, fanático y cruel. En cambio, Toledo le gustó, pues aparte de los hermosos y extraños lienzos de El Greco, le causó admiración que casi frente a frente estuvieran la catedral católica, la sinagoga hebrea y la mezquita musulmana, que daban testimonio de un tiempo en que Toledo fue una ciudad abierta y libre para todas las creencias y formas de pensar. Pero entonces, ¿cuándo había empezado la decadencia de España?, ¿de dónde surgió aquella poderosa energía que la había hecho dueña de medio mundo?, ¿y por qué se extinguió esta energía, esta fuerza vital? Le satisfacía saber, leyendo algunas publicaciones periódicas, que estas mismas cuestiones torturaban la mente y la conciencia de hombres tan brillantes como Clarín, Ganivet y Unamuno, joven de mente poderosa y corazón apasionado. *Ah, España, España...* ¿Era España, como se reiteraba en el círculo de González Prada, con su orgullo y su pereza aristocráticos y con el despotismo y la superstición clericales, la causante del atraso mental y social del Perú? Él, Augusto González Urrutia, no tenía una respuesta, pero decidió no buscar en la región vasca y navarra a los parientes de doña Alcira Urrutia, cuyo abuelo había llegado a Piura una decena de años antes de las luchas de la Emancipación. Al cruzar en una diligencia los Pirineos (no habían sido asaltados o detenidos por ninguna banda carlista, como temían los compañeros de viaje, en especial las señoras),

el joven González Urrutia sentía una enorme fatiga y deseos de dormir sin límites luego de tomar un baño largo y completo. En Tolosa, donde terminaba la ruta de la diligencia, se regaló a sí mismo con un hospedaje nada barato. Durmió quince horas seguidas y al despertar tomó un baño riguroso y jabonó su cuerpo y eran agradables la frescura y la fragancia del jabón. El espejo le mostró la imagen de un joven prematuramente envejecido, de opaca mirada y sin alegría. Decidió rasurarse la barba en forma de candado que había venido usando y aligerar el espesor de sus bigotes. Al día siguiente viajaba en ferrocarril a París y procuraba disipar las imágenes y los pensamientos de los últimos cinco años. El suyo sería un destino modesto, pero no mediocre. Y austero y solidario con los que menos tenían. Una idea le cruzó por la mente: ¿sería posible alcanzar la santidad, una santidad laica, terrenal, al margen de Dios o sin creer en Dios? Cuando el ferrocarril atravesaba los suburbios de París, el futuro doctor González se impuso la tarea de dedicar la primera hora de la mañana y la última hora antes de acostarse a la lectura minuciosa y reposada de Spinoza. Y esto sería como reencontrarse con los felices y luminosos años de su infancia.

Diario de la peste

Desde que leí por primera vez los cuadernos que me legara mi padre pude intuir que en su mente (y por desgracia no solo en su mente) se libraba una contienda, nunca resuelta del todo, entre los terrores que arrastraba desde su primera infancia y el espíritu científico que había despertado y cultivado en él «el papá-doctor», como solía llamar mi padre, con afecto y gratitud, al doctor González. Cuántas veces en aquellas páginas alude con petulancia y candidez a las iluminaciones de la ciencia, pero también cuántas veces he respirado la atmósfera mórbida y perversa en la que debió vivir durante los años en que estuvo bajo el tutelaje de don Clemente Palacios, mientras mi abuelo Santos y mis tíos Román y Silvestre, que se habían marchado a los países del norte en busca de Primorosa y de los hermanos que huyeron de la peste, terminaron enganchándose como peones en la construcción del Canal de Panamá. Y mi propio padre, en diferentes pasajes de sus cuadernos, se plantea interrogaciones y formula o ensaya consideraciones acerca de sí mismo, si el azar, ¿el destino?, ¿o el amor y la caridad de un hombre solitario?, no lo hubiese sustraído del mundo al que había sido arrojado: «¿Qué habría sido de mí? ¿Cómo habría sido mi vida? ¿Cuál mi destino? ¿A quién de los Villar me parecería? ¿A don Santos, mi señor padre? Tengo esta certeza: no, no habría sido como él (y no porque lo conocí demasiado tarde), pues de sobra sé que me faltan su poder, su fibra (¿y por qué no decirlo?), su crueldad y también

su sabiduría. Y tampoco habría sido como el bandolero Isidoro Villar, cuyas hazañas y muerte alcancé a oír y ver. Yo, Cruz Villar, ¿un hombre de caminos? Sé que no soy cobarde ni carezco del todo de la virtud del coraje, pero no amo la violencia, no la amo, no, padres, abuelos míos, tanto que ni siquiera puedo odiar a los que la ejercen. ¿Como mis tíos Román y Silvestre, entonces? Ah, si yo tuviera siquiera la mitad de la fortaleza corporal de ellos y su chúcara rebeldía. ¿Cómo mi tío Catalino? ¡Es que el taciturno Cruz Villar carcajeándose de la vida! ¿Cómo el tío Luis? Sí, por mis hijos perdidos y muertos, y por el todavía no nacido, creo que hubiera sido como el chacarero tío Luis, nada más que un campesino silencioso e introvertido y fatalista. ¿Nada más? ¿Y mis sueños y mi corazón? Mejor me imagino compartiendo la carne y el espíritu de mis tíos Luis e Inocencio, pero de un Inocencio huérfano de Primorosa. Aunque no habría sido una fusión armoniosa, sino una como aleación, con una mayor medida (tengo la corazonada) de materia y alma del tío Inocencio, que por los años de mi niñez se había convertido en el loco de Congará, pues el otro loco que hubo, el Atormentado Trelles, fue, según me contaron, una de las víctimas de la peste negra. ¿Tío Luis + tío Inocencio elevado al cuadrado = Cruz Villar? Siento que sí, la voz del corazón me lo dice. Pero entonces apareció el papá-doctor y me arrebató de este mundo. ¿Para bien? Sin duda para bien, si la ciencia y la razón son buenos; y para mal si, como me lo repetía mi padre espiritual en momentos de desaliento, es mejor la tranquila fatalidad que confieren la ignorancia y la sinrazón y el desconocimiento de las leyes que rigen las cosas de la vida. Pero a veces me pregunto (perdón, papá-doctor, mañana, otro día, pensaré distinto) si usted, doctor González, no llegó con exceso de retraso a mi vida, cuando el rencor por mi madre y las perversas artes de don Clemente Palacios habían arraigado en mi alma. Sé que no me asiste ningún derecho, papá-doctor, pero, ¿por qué no me llevó consigo cuando, imponiéndose a los

designios de la mamá Isabela, luchó por traerme al mundo en los días más desesperanzados de la peste bubónica?».

Mi padre, según supe, no fue un persistente lector de la Biblia, pero, como la mayoría de la gente común, su imaginación rebosaba de imágenes bíblicas y acudía al libro cada vez que rememoraba las siete plagas que azotaron a Congará y que lo convirtieron en el lugar fantasmal que yo conocí muchísimos años después. *¿Siete?*, decía mi tío Miceno, medio hermano de mamá Altemira. *¿No fueron, Cruz, diez las plagas con que Yahvé castigó a Egipto?*. Entonces empezaba una larga y jocosa polémica en la que siempre salía vencedor mi tío Miceno, pues este, que entre los muchos oficios que tuviera en su juventud contaba el de predicador y vendedor de Biblias en tantos lugares extraños como el puerto de Baltimore, era un empedernido lector del Antiguo y del Nuevo Testamento, capaz de recitar pasajes enteros del Libro de los Profetas y del Apocalipsis de San Juan. Curiosamente, como también el tío Silvestre (ambos, como creo haber dicho ya, fundadores de la primera célula comunista de Paita y asimismo del Sindicato de Estibadores), paradojalmente, repito, mi tío Miceno se proclamaba ateo y bolchevique, pero se burlaba del ateísmo de mi tío Silvestre, ya que este, como la mayoría de trabajadores paiteños, fuesen estibadores o pescadores, era devoto y hasta me parece que pertenecía a la Cofradía de San Francisco de Sales, patrono de los trabajadores portuarios. Recuerdo que una vez le pregunté: *¿Verdad, tío Miceno, que usted no cree en Dios?* Mi tío Miceno, nunca lo olvidaré, se puso de pie, apretó el rostro moreno, se quitó la gorra que llevaba puesta y su respuesta fue rápida, orgullosa y tajante: *Yo soy ateo y bolchevique, sobrino. Y a mucha honra*. Confieso que su declaración, y por esos años me apremiaban abismales sentimientos místicos y religiosos, lejos de parecerme herética o pecaminosa me resultó refrescante y cargada de resonancias, como si se abriera una gran ventana sobre la oscura habitación donde vi agonizar y

morir a mi abuelo Santos. Sin embargo (no sin temblor, no sin una secreta esperanza), insistí: *¿Entonces no existe nadie ni nada en el más allá?* También esta vez su respuesta fue inmediata, aunque me llenó de confusión: *Sí, sobrino*, se santiguó con recogimiento, *existen las benditas y milagrosas ánimas del purgatorio*. Y acto seguido se puso a evocar largamente a su madre, doña Encarnación Otero, muerta años atrás. *¿Qué habría sido*, añadió, *de mi loca y perra vida sin la protección del alma de mi santa madre?*

Por lo que me contaba mamá Altemira, por el espíritu que trasuntaban sus anotaciones y por lo que él mismo escribiera de manera explícita, mi padre era más bien un hombre apocado y pacífico, poco dado a las discusiones, que había encontrado en la escritura el medio de expresarse y superar su timidez y dar rienda suelta a fantasías y perplejidades de toda índole que lo acosaran en los primeros años en que fue a vivir en la bella y enorme casa del doctor González, levantada en la parte norte del jirón Tacna de Piura. Sin embargo, según el testimonio de mi madre, corroborado años después por mi tío Miceno, cuando se abordaba el tema de las plagas y de la peste que azotaron la costa de Tumbes y Piura pero que parecieron ensañarse, sobre todo la bubónica, con el pueblo de Congará, mi padre se transfiguraba, levantaba la voz, se volvía intolerante, repudiaba las bromas de mi tío Miceno y, durante todo ese tiempo, parecía poseído por la ardiente sangre de los Villar. De modo que replicó que qué importaba que fueran siete o diez los azotes mortales, pues lo mismo pudieron ser quince o veinte si se contaban la guerra civil y los diluvios y el desborde del Chira que arrasó medio pueblo. Y tampoco hubo ranas, como dice la Biblia, pero medio Congará se vio invadido de cololos enormes como nunca antes se habían visto, y en vez de las langostas aparecieron millares y millares de churumbos y saltamontes y otros bichos que jamás conocimos, como uno jodidísimo que los congareños dieron en llamar «latigazo», porque en efecto venía derechito hacia tu cara y

te soltaba un tremendo vetazo dejándote una marca sangrienta, y nadie podía reírse del prójimo porque todos los rostros llevaban estampados las huellas del castigo. Y mi tío Miceno, que en realidad empezaba a interesarse en el relato, pero que sentía celos, porque a él le gustaba ser el centro de las reuniones contando sus aventuras de los tiempos en que anduvo embarcado, pretexto que le servía de preámbulo para referir la gran aventura de su vida con Katty Jacobich, una bellísima rubia, afirmaba, con quien vivió un apasionado romance en el puerto de Baltimore, mi tío Miceno, decía, fingiendo un tono inocente preguntaba si también cayó sobre Congará la décima plaga y, para causar aun mayor impacto, recitaba los versículos en que Moisés, por mandato de Yahvé, anunció las muerte de todos los primogénitos de hombres (y aun de animales), fuera cual fuere su condición social, empezando por el primogénito del faraón. Para desconcierto de mi tío Miceno, mi padre no se inmutó y respondió con naturalidad: *No, no fue la décima plaga, pero sí la tercera o la cuarta, y fue cuando las mujeres empezaron a abortar y a parir prematuramente, y los hijos nacían muertos. Y de este mal*, dijo, *no se libraron ni las blancas ni las mujeres decentes*.

Si he de creer en el testimonio de Altemira Flórez, a partir de este momento, mi tío Miceno dejó de interrumpirlo con mofas y, con los ojos brillándole de envidia, aunque por momentos fingía indiferencia y aun bostezaba, escuchó cada vez más cautivado el relato de mi padre.

—Y luego llegó el paludismo en una forma desconocida hasta entonces y después la viruela negra estampó su hediondo beso, en particular sobre ancianos y niños. Y mi abuelita Trinidad fue de las primeras en morir y fue ocasión para que mi tío Catalino, con el encargo de ir a Paita a comprar remedios, luego de gastarse el dinero en las peleas de gallos, se embarcara a Guayaquil por remordimiento y por temor de ser acusado y castigado por su padre y su hermano Santos, pero, por encima de todo, por el miedo al

contagio y la muerte. Y a los niños se les amarraba de las manos para que no se rascaran las pústulas asquerosas brotadas en toda la cara y el cuerpo. Dios mío —continuaba mi padre—, todavía esto no fue lo peor. Lo peor fue cuando, después de la invasión de los pericos asesinos de cabeza roja, que despojaron de sus nidos a los chilalos, y los chilalos, como decía mi pobre tía Primorosa, con el corazón sangrante cantaban antes de morir...

—Nunca supe que los chilalos cantasen antes de morir —interrumpió mi tío Miceno.

Mi padre sonrió:

—Tú no eres hombre de campo, Miceno, tus dominios son los puertos y los mares.

Recuerdo que esta última frase aparecía varias veces en sus cuadernos, aunque como una especie de sentencia en la que, conjeturo, establecía una valoración comparativa entre su propia vida y la de mi tío Miceno, por quien, Dios me perdone, debía sentir alguna especie de celos. De modo que la invasión de aquella banda homicida había sido como la clarinada y los heraldos de la peste, porque poco después se produjo el gran éxodo de los pájaros y el cielo y los árboles del desierto quedaron silenciados de trinos, aun del canto de pájaros inferiores, como los chigüizos y los choquecos. Y un día, en lo mejor de su vuelo majestuoso, los gallinazos empezaron a precipitarse a tierra en una gran hondonada que antes había por el lado de El Conchal. Y así, como caída del cielo, empezó la peste, la peste negra.

—¿Por qué, carajo, tienen que llamar negro a todo lo malo y feo? Es una vaina que jode, que revienta. Viruela negra, peste negra, alma negra, culo negro.

—Miceno, Miceno —dijo mamá Altemira—, cuidadito con las groserías. No olvides que eres hijo de mi papito, Artimidoro Flórez.

—Y tú recuerda que mi madre fue doña Encarnación Otero. Ah, ya quisiera cualquier blanca desteñida de por estos rumbos tener la hermosura mulata de mi mamita, que en paz descanse.

Según Altemira Flórez, mi padre se mantuvo ajeno a esta discusión, aunque se lo veía exasperado por la interrupción e impaciente por retomar la historia.

—Es un decir, Miceno, solo eso: un decir. Y si en algo te consuela te diré que también tuvimos la fiebre amarilla, que fue la de mayor mortandad después de la bubónica. Y sobre la cuestión de las razas, si quieres, discutiremos otro día. Por eso te repito: fue un decir. Como también fue un decir —continuó papá— que la peste llegó como caída del cielo.

Y quién es el sabiondo que pueda afirmar con certeza, agregaría por su cuenta Martín Villar, que la peste fue traída por el mar y los vientos o brotó de la tierra misma o simplemente despertó de su prolongado letargo entre la carne y las vísceras y la sangre del cuerpo de los distraídos seres humanos. Y plagiando sin rubor a un conocido escritor moderno, el exseminarista, como si se preparase para un sermón, sentenció: ¿acaso han olvidado que el bacilo de la peste no muere nunca?, ¿no saben que este bicho de infinita pequeñez puede permanecer dormido durante años en los muebles y en la ropa?, ¿que aguarda pacientemente en las habitaciones, las cuevas, los abismos, los baúles, los pañuelos y las bufandas y en los papeles y en las cartas de amor y en los falaces códigos y en los testamentos de ingratitud y de codicia y de remordimiento?, ¿pensaron siquiera por un instante en que quizá llegaría el día en que, para desdicha y enseñanza de los hombres, la peste despertaría sus ratas y las enviaría a morir a una ciudad feliz?

—¿Puedo continuar?

—Oh, perdón padre mío. Suya es la palabra.

—Y una de estas tardes, en medio del hedor a carne y plumas achicharradas, pues los congareños habían hecho una enorme pira con los gallinazos muertos, la figuranta del circo que quedara varada en el pueblo luego de la huida de Primorosa y había hallado acomodo en la chichería de Las Tacaleñas a cambio de servir y entretener a los clientes, en el momento de llevarse el poto de chicha a la boca para corresponder a un brindis de uno de los parroquianos, de pronto, saliéndole de muy adentro un siniestro alarido, se desplomó, pero sin acusar las convulsiones características de los enfermos de alferecía, y más bien ardía en fiebre, con los ojos amarillos y vidriosos, tenía los labios lívidos y pedía agua para calmar una sed devoradora e insaciable, pero cuando le trajeron agua de la tinaja en una chicula, al esforzarse para beber, le sobrevino un recio vómito espeso de babas y esputos sanguinolentos y fétidos. Fue entonces que el forastero que bebía solo en un rincón del chicherío, un zambo magro de edad indefinida y ojos turbulentos de predicador y profeta de pueblos y caminos, se levantó y se abrió paso ordenando *¡Atrás, atrás!* a los que rodeaban a la mujer. De pie frente a ella la observó durante unos instantes, enseguida se agachó, y de un manotazo le arrancó la blusa, y palpó las axilas de la exartista, que balbuceaba palabras ininteligibles, acaso el nombre de su tierra o de sus padres o del hombre que amó en su vida. Luego, el forastero sacó de su cintura un garrote y comenzó a golpearla con odio y frenesí sagrados, y la figuranta decía *¡Lo merezco, lo merezco, pero entiérrenme, no dejen que me devoren los perros ni los animales del monte, por caridad denme sepultura!* Y mientras el forastero arreciaba los golpes, gritaba: *¡Es la María huevona! ¡Ha llegado la María huevona! ¡Afuera, perra pestosa! ¡Afuera de este pueblo, puta maldita!*

Entre los muchos sueños (todos irrealizados) que tuvo mi padre, ninguno fue tan persistente e imperativo como el de escribir una biografía del doctor

González que, sin dejar de ser apología y semblanza, fuera, al mismo tiempo, verdadera y objetiva. Según el propio testimonio de mi padre, su empresa chocaba con dos escollos difíciles de superar. El primero se refería a la estrechez de sus conocimientos frente a la amplitud del saber del papá-doctor, pues él (mi padre) soñaba con un libro que revelara de la manera más completa posible las tres facetas esenciales de la personalidad del doctor González. A saber: la del médico eminente y humanitario con los pobres, la del sabio versado en todas las ciencias y las artes humanas y, por último, la del individuo, el hombre de carne y hueso, con sus grandes virtudes y los pequeños defectos inherentes, decía mi padre, a todo ser humano. Cruz Villar, mi padre, admitía que por la relación de padre a hijo que durante once años mantuvo con el doctor González, quizá se hallaba en condiciones de reconstruir «la imagen humana» (son sus palabras textuales) del papá-doctor. Pero también esta faceta, la del hombre, la del representante de la especie humana, le imponía problemas delicadísimos que comprometían la esfera de la verdad. Parafraseando a su protector, mi buen padre decía que aun los más grandes hombres de la historia, cuando eran presentados en la vida cotidiana, resultaban seres prosaicos, ordinarios y aun mezquinos: *Napoleón es grande dirigiendo batallas como las de Austerlitz o Borodino, pero resulta insignificante y ridículo imaginarlo desnudo en una bañera*.

Pero había aspectos más graves y mi padre dudaba si lo asistía el derecho de violar la intimidad, las nostalgias y el dolor y la soledad de un hombre, pesares a los que tuvo acceso por lo que, en momentos de fatiga y pesimismo, le confió de manera simbólica el papá-doctor y que mi padre, en un acto que nunca dejó de abochornarlo ni de perdonarse, leyera, con estilo directo pero sereno y estoico, en una suerte de diario secreto que el papá-doctor llevó durante seis años y que correspondía a los cinco años que vivió al lado de la única mujer que amó en su vida, María Monasterio Burneo Rodríguez, prima

suya en segundo grado por el lado de los Rodríguez, y al año que siguió a su temprana muerte. De ser así, reflexionaba mi padre, tendría que exponer al mundo la historia, sin duda sublime y noble, de unos esponsales cuya unión, sin embargo, sería castigada con frutos degenerados, pues la hermosa María Monasterio, por el lado de los Rodríguez (y acaso con la contribución de él mismo, ya que si el doctor no tenía aquel apellido estaba ligado de manera colateral a aquel linaje) llevaba en su sangre (y ella, María Monasterio, había sido la única hija normal, frente al conjunto de hermanos y hermanas que padecían de retardo mental y monstruosidades físicas) el morbo de una tara que el abuelo dejó como herencia, al lado de una extensa hacienda, el solar de la calle San Francisco, con sus espléndidos muebles vieneses y valiosísimas joyas que databan del siglo XVIII. Pero si, echando mano a las perífrasis y eufemismos, lograba ser veraz sin menoscabar el honor de su protector y de su joven esposa María Monasterio Burneo (no, por cierto, de la manera falaz utilizada por el Ciego Orejuela en su libro *Amores célebres*), todavía quedaba el delicado problema de la adicción a la morfina que padeció el doctor González en los dos últimos años de su vida.

¿Fue la dependencia a la droga y su impotencia para librarse de ella lo que llevó al doctor González a pegarse un tiro en la cabeza aquella madrugada de 1919 en su pequeño museo de historia natural de la región piurana? ¿Cómo empezó esta adicción? ¿Y por qué, por qué? ¿Se trató de una experimentación en carne propia como, según le contara el mismo papá-doctor, sucedió a menudo en la historia de la medicina? ¿O es que contrajo una enfermedad incurable y dolorosa y tuvo que recurrir a la morfina para hallar algún paliativo a sus tormentos? Lo único cierto es que el doctor González no dejó carta alguna explicando las razones de su suicidio. Y, por su parte, mi padre, en las abundantes notas que dejó para escribir la mencionada biografía, no se atreve ni siquiera a ensayar o formular una

hipótesis ligando la drogadicción con el acto de quitarse la vida. En cambio, reitera una y otra vez el impacto y el inmenso dolor y la piedad filial que le produjo la primera vez que, unos tres meses antes de suicidarse, el papá-doctor le pidiera que le aplicase la aguja hipodérmica en uno de sus brazos amoratados por los pinchazos de la aguja. Desde entonces, mi padre se encargó de suministrarle las dosis, siempre en silencio, pero por la mirada del papá-doctor comprendió que jamás debería revelar ese secreto, por lo menos hasta que no transcurrieran algunos años después de su muerte.

El segundo gran escollo para llevar adelante su empresa se relacionaba con lo que mi padre llamaba «el problema del verbo justo y equilibrado». Se refería, claro está, no solo a cuestiones de vocabulario, sino al tono, al estilo y, de manera general, a lo que hoy llamaríamos «actitud frente al lenguaje». Guiado por el papá-doctor, mi padre fue un autodidacta, algo desordenado y extravagante, con una voraz y compulsiva sed de conocimientos. Mi padre, que nunca llegó a traspasar los linderos de Piura, vivió, por desgracia, en materia de lenguaje, bajo la influencia de un modernismo tardío que rendía culto al estilo ampuloso, ornamental y florido. Y mi desventurado padre, como lo he mostrado en varios pasajes de esta historia, no pudo escapar a este culto. Sin embargo, me llena de orgullo y ternura el solo hecho de que mi padre tuviera conciencia de que no eran esa forma ni ese estilo los que convenían a la redacción de una biografía de su protector y padre espiritual. «No», decía poco más o menos, «debo utilizar el mismo estilo que el papá-doctor emplea en sus trabajos e informes médico-científicos, pero discretamente impregnado de afecto y simpatía humana».

Entre los cinco cuadernos que mi padre llenó para llevar adelante su libro, cuatro de ellos corresponden a notas sobre la vida misma del doctor González: la familia, la niñez iluminada por la venturosa temporada que el sabio Raimondi pasó como huésped de sus padres y que determinó la

vocación inicial, el impacto de la Guerra con Chile que lo llevó (no sin aflicción, no sin un inasible sentimiento de deslealtad) a entregar su vida a la medicina, los estudios en París, el retorno al Perú y su decisiva participación en el combate de la peste negra (que se ensañó de manera cruel con el pueblo de Congará), sus contribuciones al desarrollo de la medicina y la bacteriología y, en fin, su afición por la arqueología y el estudio de la geografía y las costumbres de los pueblos de la región, así como sus observaciones y reflexiones acerca de la vida y la conducta humanas. El quinto cuaderno reviste una importancia especial para mí y aun hoy (lo tengo frente a mí) no deja de producirme temblor, emoción, orgullo, ternura y tristeza, pues constituye el testimonio de un combate febril y desmesurado, condenado, Dios me perdone, de antemano al fracaso. Pobre padre mío, doscientas páginas destinadas a la elaboración y reelaboración y perfeccionamiento sin fin del primer párrafo, el cual, según declaración propia, debía condensar la pasión y el sentido total de la vida del doctor Augusto González Urrutia. Me excuso de transcribir una muestra de estos párrafos por respeto a la memoria y a la voluntad de mi padre, que nunca dio por acabada y definitiva esta tarea. Pero creo que sí me será permitido hacer en otro lugar, valiéndome de las notas de aquellos cuadernos, un apretado resumen de la infancia y juventud del hombre que, ¿arrebató?, ¿liberó?, a mi padre del mundo elemental, primitivo y supersticioso en el que vivió los ocho o nueve primeros años de su vida.

El doctor González, Augusto González Urrutia, escribió sobre y a propósito de las epidemias y la peste negra que se abatieron, sobre todo la bubónica, en el pueblo de Congará, hasta entonces el más floreciente entre los pueblos de ambas márgenes del Chira. Sobre y a propósito de estas plagas, decía, el doctor González redactó tres grupos de escritos. El primer grupo lo constituyen informes, estadísticas, hipótesis de trabajo y ponencias

de carácter científico referidos a la bacteriología y la profilaxis de las enfermedades endémicas. El doctor González nunca llegó a ser tan buen latinista como su padre, pero dominaba a la perfección el francés, leía con fluidez el italiano y, si bien resultó vencido en sus múltiples batallas por lograr una lectura honorable del *Fausto* de Goethe en su lengua original, podía comprender sin mayor dificultad artículos y tratados científicos escritos en alemán. Que sepamos, durante años se negó a aprender el inglés por la inquina anglófoba que databa de los años de la Guerra con Chile. Según mi padre, en los últimos cinco años de su vida, el doctor González admitió haberse comportado de manera irracional desde la vez en que, obligado por las circunstancias (era el único médico de la zona) trató a un inglés recién llegado a Piura, no mayor de treinta años, pero que había participado en la guerra contra los bóers en África. El joven inglés, durante semanas, se debatió entre la vida y la muerte, y cuando la fiebre le subía deliraba recitando versos de Shakespeare y de los románticos ingleses, y el doctor González le confesó a mi padre que, en la apoteosis de aquellas crisis, se había sentido humanamente rebajado por no llegar a comprender el sentido que se encerraba en la maravillosa musicalidad de esos versos. Cuando curó de la dolencia tropical contraída en África, míster Iman, este era el apellido del inglés, se ofreció, como muestra de gratitud, a enseñarle inglés al doctor González, quien se excusó asegurando que por su edad ya no sentía capacidad para aprender otra lengua, pero le rogó que de tanto en tanto fuera a su casa de la calle Tacna para leerle, escogidas con anticipación, algunas escenas de los dramas de Shakespeare, pues mientras deliraba con la fiebre le había escuchado recitar, con bella y dramática modulación, parlamentos enteros de aquel gran poeta. No está demás decir que fue míster Iman, de economía precaria, el único amigo inglés (en años en que los ingleses eran

los extranjeros más cotizados por los blancos piuranos) que tuvo en su vida el papá-doctor.

Por último debemos decir que el doctor González participaba, es verdad que con jovial escepticismo, de la utopía esperantista, idioma que llegó a enseñarle a mi buen padre. Ahora bien, estos escritos científicos los publicaba en los boletines médicos que editaba con puntual irregularidad la escuela médica de San Fernando, pero los vertía él mismo al francés y los enviaba a instituciones médico-biológicas de Francia, Alemania e Italia, así como a maestros y condiscípulos prestigiosos. Entre los primeros se contaban Pasteur, de cuya muerte se enteró con un año de retraso, Laveran y Koch (según contaba, para escuchar a este había tenido que viajar expresamente a Bonn). Entre los segundos se contaba Yersin (Alejandro Yersin), con quien mantuvo correspondencia durante varios años, de modo que, cuando el doctor González llegó a Congará hacia marzo de 1897, ya estaba enterado del descubrimiento que su brillante colega había hecho del bacilo que lleva su nombre, durante la pavorosa peste que azotó Hong Kong en 1894. Dentro de este primer grupo de trabajos debe incluirse también los artículos de divulgación, que incidían en los aspectos profilácticos y preventivos, destinados a autoridades y público en general, para contrarrestar de alguna manera el miedo y combatir las supersticiones de charlatanes y profetas pueblerinos de mente desquiciada por la lectura incesante y febril de la Biblia.

Un segundo grupo de escritos abarcaba un vasto campo y comprendía lo que hoy consideraríamos etnohistoria, geografía física y social e historia natural, que incluía observaciones y abordaba problemas estudiados ahora por la ecología. Según el tema abordado, el doctor González publicaba artículos (algunos constituían ensayos y monografías) en *El Amigo del Pueblo* y *El Sol*, de Piura, o en periódicos socializantes de Trujillo y Lima.

Parte de este material lo desarrollaba usando una terminología estricta y técnica y lo enviaba a la Sociedad Geográfica y a la Sociedad de Estudios Históricos de Lima. En el prólogo a su valiosísimo *Diccionario Geográfico, Histórico, Estadístico y Social de Piura*, del que por desgracia solo se publicó el primer volumen, Germán Leguía y Martínez reconoce con hidalguía el aporte del doctor Augusto González Urrutia, quien le ofreció de la manera más generosa las numerosas fichas que redactó a través de los años en su calidad de médico rural. Leguía y Martínez destaca, en especial, los artículos dedicados a los pueblos y caseríos de ambas márgenes del Chira a partir de Sullana, como, por ejemplo, Sojo, Jíbito, Nomara, Viviate, La Huaca, El Arenal o Cerro Mocho, Tamarindo, Amotape, Vichayal... El artículo dedicado a Congará constituye una verdadera monografía y Leguía y Martínez declara que su propia contribución se reduce a unos ajustes en la terminología y a la selección de las partes a publicar, dada la amplitud del texto. Y a continuación sostiene que este trabajo, por la rica información que contiene y por sus sagaces observaciones y planteamientos, bien merecería publicarse en su integridad.

La imagen intelectual del doctor González quedaría incompleta si no mencionásemos su relación con la literatura y con el pensamiento filosófico. En cuanto a esto último, no llegó a publicar (quizá no se atrevió a publicar) ningún artículo ni ensayo, pero, por las notas que dejó y por sus trabajos sobre literatura, publicados o inéditos, se puede sostener que la lectura atenta de pensadores como Pascal, Spinoza (ciertamente Spinoza) o Nietzsche lo salvó de caer en el chato positivismo decimonónico. Acerca de la literatura llegó a publicar artículos relativamente extensos: «Visión del cosmos en la poesía de Lucrecio», «Zola y las leyes de la herencia», «Patología y parricidio en Dostoievski» y «Bianchon, el médico de Balzac». Por razones que de alguna manera tienen que ver con la historia de los míos y por el

fantasma de la enfermedad que atormentó mi infancia y mi pubertad, el artículo sobre Dostoievski caló profundamente en mí, aunque el más bello es el dedicado al médico inventado por Balzac, a propósito del cual el doctor González expone su propio paradigma de la profesión médica en una sociedad atrasada e injusta como la nuestra. Su gusto poético quedó definitivamente marcado por las tempranas lecturas de los poetas latinos que hizo bajo la guía paterna. No parece haber sentido mucho aprecio por Darío y los modernistas de su tiempo. De la poesía francesa, que frecuentó cuando era estudiante de medicina, le interesó solamente Baudelaire, quien, por sus bellas traducciones, le reveló la extraña obra de Poe, el único poeta y escritor de lengua inglesa (aparte, claro está, de Shakespeare) que leyó con detenimiento. Fuera del *Quijote* y unas pocas novelas de Galdós y *La Regenta* de Leopoldo Alas, la literatura española le fue indiferente. Lo mismo puede decirse de la literatura peruana, que con extremismo consideraba inexistente si se exceptuaba a González Prada, un hombre, sostenía, que debió relegar a un segundo o tercer plano su pasión por la poesía, para cuyo ejercicio estaba dotado de una exquisita sensibilidad, ante el trauma de una experiencia histórica padecida y el descubrimiento de una realidad social intolerable, del mismo modo que cierto joven («¡Ah, pero guardando todas las distancias!», escribió) se vio obligado a abandonar su ideal primigenio de llegar a ser un gran naturalista y geólogo, por el modesto destino de médico rural. También fue un sueño que se remontaba a los años de la infancia traducir a lo largo de su vida la totalidad de los *Cantos* de Leopardi, su poeta preferido. Han quedado testimonios de su entrega plena y cándida a esta empresa; sin embargo, entre los treinta y treintaicinco años, aceptó de manera realista que jamás llegaría a traducir la musicalidad del verso leopardino, y decidió hacer una traducción perifrástica en prosa. El hecho de que nunca publicase ni una línea prueba el respeto que sentía por la poesía y la

naturaleza íntima, casi sagrada, de su devoción por Leopardi. No llevó a cabo este trabajo de manera constante: el cotejo de las fechas de sus traducciones en prosa de los *Cantos*, puede servir de derrotero de su trayectoria vital. Así, por ejemplo, la mayoría de estas versiones datan de los dos años que siguieron a la muerte de María Monasterio y de los ocho o diez meses que precedieron a su propia muerte.

El doctor González, lo he dicho ya, se suicidó en 1919 ante los ojos de yerta furia, congelado asombro o impasible altivez de los animales disecados que conformaban su gabinete de historia natural de la región piurana. Su cadáver fue encontrado con la cabeza reposando sobre su mesa de trabajo, usualmente abarrotada de libros y cuadernos de apuntes, pero donde solo se encontró el ejemplar de los *Cantos* de Leopardi que le fuera obsequiado por el sabio Raimondi en los lejanos años de su infancia (el libro estaba abierto en el Canto XXVIII, titulado «*A se stesso*», y que comienza con los versos: «*Or poserai per sempre, / stanco mio cor...*»). Mi padre recuerda que algunos meses antes de que él descubriera la adicción a la morfina que padecía el papá-doctor, este, con un extraño brillo en los ojos, le dijo: *El suicidio, hijo, es el mayor y esencial de los derechos del ser humano*. Respetaré, por tanto, la memoria del doctor González y no añadiré una hipótesis más a las numerosas que se tejieron sobre su acto definitivo. El doctor González llegó a dictar su testamento en la Notaría Condemarín, pero, por apatía o indiferencia, siempre fue posponiendo su lectura y visto bueno rubricado con su firma. El papá-doctor carecía de descendencia directa y, según trascendió, le dejaba a mi padre unos pocos bienes que le permitirían concluir sus estudios secundarios y aun tentar una profesión en la Universidad de Trujillo. No era, por cierto, una gran fortuna la que poseía el doctor González, pero podía considerárselo como un hombre medianamente rico y poseía los suficientes bienes para que se abalanzaran sobre él primos y sobrinos, en

particular sobre la hermosa casona de la calle Tacna y el fundo Antomira, que desde la muerte de sus padres había dado en arriendo a su exadministrador, Ramón Verdeguer. Mi padre siempre se mostró hermético sobre este bochornoso asunto, pero alguna vez le confió a mamá Altemira que solo lástima y desprecio inspiraban al doctor González sus parientes, a quienes ayudaba pero sin permitirles el ingreso a la intimidad de su propia vida. He oído que, después de un largo y enrevesado litigio, Verdeguer logró apoderarse de Antomira, mientras diez años después el aspecto de abandono y ruina de la casona lastimaba el corazón de mi padre y de los innumerables hombres y mujeres pobres que habían recibido los servicios gratuitos del papá-doctor.

Si he relatado lo anterior es porque los parientes, antes de echarlo de la casa, le dijeron a mi padre que podía llevarse la roñosa biblioteca, la punta de horribles animales disecados y la ruma de huacos que solo servían para asustar y quitar la tranquilidad a la gente decente. Mi padre, que ya tenía lista su maleta, no quiso discutir el asunto con gente tan ordinaria y fue a entrevistarse con el padre Azcárate. A él le comunicó cuál había sido la voluntad del doctor González acerca de ese invalorable patrimonio cultural. El padre Azcárate, gran amigo y adversario del doctor González, comprendió la seriedad del asunto y, en compañía del notario Condemarín, fue a la casona de la calle Tacna. El anciano notario dio lectura a la parte del testamento que se refería a este patrimonio tan carente de valor para la mentalidad de los herederos. Allí mismo, el viejo Condemarín levantó un acta, por la cual se donaba los cinco mil volúmenes perfectamente clasificados a la Biblioteca Municipal, el gabinete de historia natural pasaba a poder del Colegio San Miguel y la colección de huacos debía entregarse a la custodia del reverendo padre Jesús Azcárate hasta que en Piura se crease el museo arqueológico de las culturas prehispánicas de la región. En cuanto a su hijo espiritual y

secretario, Cruz Villar, este podía escoger, según sus intereses y preferencias, hasta cien volúmenes de la biblioteca que había contribuido a ordenar y clasificar.

En sus cuadernos, mi desventurado padre afirma que si alguna vez llegó a sentir en toda su dolorosa plenitud la pasión de la codicia fue el día en que se hizo respetar la voluntad del papá-doctor sobre el destino de sus libros, pues mi padre deseaba secretamente poseer en su totalidad aquella biblioteca, reputada como la más rica y valiosa entre las bibliotecas particulares de Piura. Por delicadeza y pudor, mi padre seleccionó la mitad de los libros a que tenía derecho, que después él fue incrementando con los años. Y esta fue la biblioteca mítica cuyos títulos mi inolvidable tía Dioselina se sabía de memoria, pues, durante una crisis económica de la familia, mi padre se vio obligado a venderla, a malbaratearla. Yo crecí escuchando de labios de aquella querida tía las maravillas de esa biblioteca y de las penosas circunstancias que determinaron su venta, y sospecho que una de las fuentes de mi nostalgia, del sentimiento de orfandad al que he aludido tantas veces, se funda en parte en el recuerdo de aquella biblioteca que nunca llegué a conocer. No sé si lo habré dicho ya, pero yo comencé a leer tardíamente, tenía catorce años y aun en este momento me parece estar abrasado por el sentimiento de veneración casi religiosa cuando entré por primera vez a la Biblioteca Municipal de Piura. Sí, nostalgia, convicción de haber perdido algo definitivo e irremplazable, me asaltan de tanto en tanto. Y de tanto en tanto, también, no dejo de preguntarme si mi vida habría cambiado si, por ejemplo, yo hubiese leído al padre Homero a los ocho o nueve años.

Quizá haya ocasión en que tenga que referirme en detalle a los títulos de los libros heredados por mi padre. Por ahora solo diré que mi padre, conocedor estricto de la biblioteca, apenas si pudo controlar su urgencia y dejó para el final (los parientes habían abandonado aburridos la pieza) las

carpetas que contenían los artículos publicados y las restantes, repletas de escritos inéditos, y un conjunto de cuadernos con notas y apuntes que mi padre nunca se atrevió a leer. El padre Azcárate se había marchado y el viejo Condemarín roncaba plácidamente en una poltrona cuando mi padre concluyó su selección. Los parientes, delante del anciano notario, contaron escrupulosamente el número de libros y se sorprendieron de que solo fuesen cuarenta y ocho. Se levantó el acta, firmaron un representante de los parientes, mi padre y el notario Condemarín, que dio fe y legalizó la donación de los libros. Debo añadir que entre los libros escogidos se hallaban *De la naturaleza de las cosas* de Lucrecio y los *Cantos* de Leopardi, ambos autografiados por el sabio Raimondi y de los poquísimos libros que mi padre conservó cuando se vio obligado a rematar su biblioteca.

Entre los cuadernos de notas y apuntes, mi padre encontró una serie de cinco cuadernos, tres de ellos en esperanto y dos con la escritura llamada «mosaico», que el papá-doctor utilizaba para referirse a cuestiones que él consideraba de alguna intimidad. Los tres cuadernos en esperanto, que mi padre podía leer no sin esfuerzo, constituían los *Diarios*, apuntes que el doctor llevó entre 1889 y 1904, cuyo motivo de inspiración y de meditación, a veces torturada y angustiosa, era su vida al lado de María Monasterio, la única mujer que amó en su vida y que él sabía condenada a una muerte temprana.

Los dos cuadernos restantes, escritos en mosaico (mi padre, que era un excelente calígrafo, dominaba esta bella y complicada escritura), se referían a la vida, pasiones y conducta de los habitantes de Congará en los meses más crueles e intensos de la peste. Parece que, en un principio, el doctor quiso llevar un diario de carácter clínico o médico, pero al ir siendo ganado por la vida y los conflictos de los congareños determinó llevar aparte sus observaciones médicas, que le sirvieron para redactar sus informes,

estadísticas y contribuciones para combatir el temible bacilo recién descubierto por su condiscípulo y colega Alejandro Yersin. Quizá por eso en el primer cuaderno aparecen arrancadas las dieciocho o veinte primeras páginas. También hay páginas enteras suprimidas mediante aspas y líneas garabateadas, así como tachaduras de frases y aun de párrafos enteros, amén de pasajes tan apretados que resultaron sencillamente ilegibles para mi padre. Y mi buen padre, que no era ningún filólogo, optó por seleccionar lo que pudo descifrar sin ninguna duda. De ahí que existan vacíos, si bien mi padre añadió, como notas a pie de página, uno que otro comentario, además de resúmenes tentativos de párrafos y pasajes omitidos por su falta de claridad. En suma, este *Diario de la peste,* de octubre de 1897 a febrero de 1898, por las razones expuestas, no tiene en propiedad comienzo, y da la impresión de ser continuación de un escrito empezado con anterioridad. Las anotaciones adquieren relativa continuidad a partir del 9 de octubre de 1897, después de una frase suprimida con una raya sinuosa que, sin embargo, no impide su lectura: «¿Es que, entonces, tendré que darles la razón a Wendell y Nowel?». Estos nombres son, anota mi padre, los de dos médicos norteamericanos enviados para combatir las epidemias que se abatieron sobre la zona luego de los diluvios del año 1886. En honor a la verdad, los doctores Nowel y Wendell cumplieron una meritoria labor en lo que se refiere al paludismo, la viruela y la fiebre amarilla, pero los congareños no guardan buena memoria de los mencionados facultativos, en parte por superstición y resistencia a la aplicación generalizada de la vacuna contra la viruela, pero también por la altivez y despotismo con que los médicos trataban a los pacientes. Tampoco el *Diario* del doctor González tiene terminación o final, pues la bubónica siguió causando estragos hasta el mes de abril de 1898, de modo que, por la brusca interrupción, pareciera como si el autor hubiera sucumbido también por la peste. Es más probable que haya caído en el desaliento, la fatiga y,

sobre todo, en el remordimiento, luego de verse obligado a quemar medio pueblo y saberse impotente para combatir el terrible flagelo. Años después, al hacerse cargo de mi padre poco menos que como un hijo adoptivo, solía decir que, aunque de volverse a repetir la peste no dudaría en volver a tomar las medidas extremas como las que se vio obligado a adoptar, no por eso dejaba de sentir dolor en el corazón al ver Congará como un pueblo diezmado, fantasmal y muerto, pues la mayoría de los sobrevivientes se trasladó a vivir en El Arenal y La Huaca, en esta banda del río, y a Tamarindo y a Amotape en la ribera de enfrente, sin contar los que se engancharon como peones para ir a trabajar en la construcción del Canal de Panamá. Tiempo después, los pocos jóvenes que quedaron se marcharon a trabajar en la zona petrolera de Talara. Con estas aclaraciones que he creído necesario hacer, transcribiré el *Diario* o, mejor, las partes del *Diario* del doctor González que mi padre trasladó a otro cuaderno con clara y elegante caligrafía, y que alguna vez, según asevera mamá Altemira, leyó con incalculable orgullo a mi tío Miceno, al mostrarse este escéptico frente a ciertos acontecimientos ocurridos durante los días de la peste.

9 de octubre, 1897

Una semana después de que, mediante bandos y pregones, impuse al pueblo la tarea de exterminar a todas las ratas, dijeron que debíamos rotar. Ahora me correspondía a mí hacerme cargo de Congará y a ellos ocuparse de tomar las medidas profilácticas en los pueblos y caseríos vecinos. Argumentación sofística. ¿Acaso no he estado prestando servicios desde hace ocho meses en Congará y en los pueblos, villorrios y caseríos vecinos? Mirarle a los ojos. Pero Garrido y Coronado ya me extendían las manos para despedirse. *Por favor*, les he dicho, *como médicos debemos ser los primeros en tomar todas las precauciones*. Observé las manos de Coronado, que

temblaban; las de Garrido, húmedas de sudor. Todavía con las manos extendidas me han dicho *Claro, González*. Los he acompañado hasta la puerta, pues creo que fui descortés. Tenían listas las cabalgaduras, pero entonces he visto que los tres sanitarios también estaban listos para partir. Tenían la vista baja. *Adiós*, les he dicho. *Desde luego no perderemos comunicación e intercambiaremos experiencias*, me dijo Garrido. *Desde luego*, he respondido. Les di la espalda y entré. Hace tiempo que perdí mi capacidad de enojo. Ni siquiera me sentí decepcionado. Solo pensé en un asunto: me he quedado sin ayudantes, solo. Me asomé a la ventana. Era la hora de los entierros. Entre la madrugada y la mañana han muerto cinco personas. Como mis colegas, el padre Nepomuceno Chumacero hace dos semanas desapareció del pueblo. Dijo que tenía que cumplir con sus rebaños de esta inmensa región. Desde entonces, el sacristán Brígido Taboada, a quien apodan el Muerto Brígido, y una especie de beata, Petronila Jaramillo, se encargan de los responsos. ¿Hasta cuándo? Entonces he sentido una presencia y he vuelto la mirada a la puerta de entrada y he visto a una mujer, ¿de treinta, de cuarenta, o de cincuenta años?, que me preguntaba si podía entrar. *Por favor, señora...* Me ha interrumpido: *Señorita*, me ha rectificado. Luego me ha dado su nombre: Domitila Diéguez.

10 de octubre, 1897

Tardé anoche en dormirme. Había algo soterrado en mi memoria. Las cucambas golpeaban la lámpara. Tampoco podía concentrarme en el informe médico que leía. Apagué la luz. Estuve despierto no sé cuánto tiempo, pero he debido quedarme dormido por algunos minutos. He despertado y me he incorporado: *Lizandro Ordinola*, he pronunciado. Ahora ya sabía quién era la señorita que vino esta tarde a ofrecerme sus servicios, cuando más necesitaba del concurso de otra persona. ¿Tendré valor para decirle que Ordinola murió

en mis brazos, que sus últimos sentimientos fueron para ella y que, en la confusión de la guerra, extravié la carta que él le escribió en el Morro Solar la víspera de la batalla? Buscar ocasión. Entre tanto, estrechar vínculos de amistad. Mujer singular. Me inspira respeto. Hasta cierto temor.

12 de octubre, 1897

Ayer terminé la jornada muy fatigado. Con ayuda de la señorita Diéguez he conseguido conformar otro equipo sanitario. Hemos empezado un empadronamiento por el barrio llamado El Arrabal. La presencia de la señorita Domitila ha vencido la resistencia de los pobladores, que son indios catacaos en su mayoría. Insistí en la campaña de desratización. Hombres y mujeres visten de blanco y negro. Le pregunto a un anciano la razón de esta preferencia. Después de un largo silencio, el anciano me ha dicho: *Guardamos luto eterno por la muerte del inca. Pero oí decir a mi abuelito que el inca regresaría algún día. Cuando llegue ese día, nos quitaremos el luto*. A cada familia le preguntamos por el número de muertos... Pero mejor llevaré las estadísticas en otro cuaderno. Entre respiro y respiro de la faena he comenzado a prestar oídos sobre la vida en Congará. Procurar no ponerse en el pedestal del juez. Distinguir entre sabiduría y superstición. El vociferío de los cololos. El olor fétido de los charcos y pantanos. El tren ya no hace escala en Congará: al pasar, arrojan a través de la ventana la bolsa del correo y disposiciones de las autoridades sobre la peste y noticias sobre asuntos de política. Lo mejor fue la carta de María Monasterio.

13 de octubre, 1897 (11 a. m.)

Aumenta el número de apestados. Muerte súbita del moreno Mocarra. Parece que era de Monsefú. Me cuentan que nadie reparó en él hasta que mató (¿o más bien remató?) a garrotazos a una forastera que llegó con el

circo y quedó abandonada en Congará. Me dicen que, al caer la desdichada forastera, Mocarra se abrió paso entre los parroquianos que la rodeaban y, luego de observarla unos instantes, le rompió la blusa y descubrió unos bubones en las axilas. Enseguida sacó un garrote y empezó a golpearla y maldecirla diciendo que había llegado *la María huevona*, pues así llamaba a la peste negra. Desde entonces comenzó a tener influencia entre los congareños y soliviantó a los pobladores contra Wendell y Nowel, quienes dieron por concluida su misión. Y Mocarra empezó a leer a los poblanos pasajes de la Biblia: Moisés, Jeremías, Job y el Apocalipsis. Me cuentan que llegó a tener dominio casi absoluto sobre los habitantes. Apenas caía alguien enfermo, llegaba a la casa del enfermo y entraba al cuarto, le examinaba la garganta, los sobacos, las ingles, y si descubría protuberancias, procedía de inmediato a rematar a garrotazos al apestado y a espantar a la peste, es decir, a *la María huevona*, mediante conjuros llenos de furia y de odio. Llegó a tener seguidores, y así fue que escuchó que el culpable del castigo que se abatía sobre Congará era Santos Villar, que había maldecido al pueblo entregándole su alma al diablo. Creyeron que Mocarra iría a enfrentarse al mencionado Villar, pero se quedó pensativo y dijo que había que esperar. Pero ahora supo que uno de los hermanos Villar había sido atacado por la peste. Mocarra, me aseguran, dudó por unos instantes; enseguida recitó unos versículos del profeta Jeremías: *De pronto he decidido yo arrancar, destruir y hacer perecer a un pueblo y a un reino, pero si este pueblo se convierte, arrepentido de las maldades por las que yo le amenazaba, también yo me arrepiento del mal que había determinado a hacerle*. Con esta invocación fortaleció su espíritu y tomó la dirección de La Polvareda, donde se halla la casa de los Villar. A su paso, recitando más versículos de la Biblia, se le fueron uniendo más hombres y mujeres. Pero al llegar a la mencionada casa se encontró, como si lo hubiera estado esperando, con Santos Villar. Mocarra,

dicen, sin atreverse a mirarlo a los ojos, empezó a rezar, pero se interrumpió de pronto, se llevó las manos a la garganta y cayó desplomado en medio de un alarido. Minutos después murió. Santos Villar dijo con desprecio: *Saquen de aquí a esta basura*.

(9 p. m.)

Durante el resto del día no se habló más que del suceso. El gentío se dispersó y nadie se atrevió a trasladar el cadáver para darle sepultura. Me dicen que vinieron a buscarme, pero yo con mi equipo había ido a empadronar e inspeccionar El Conchal. Luego, solo, fui a visitar la mansión de Odar, que el día anterior me había mandado llamar y le mandé decir que tenía demasiado trabajo, pero que si hoy encontraba un espacio lo visitaría. Me produce malestar el hermano de José Agustín. Me odia por la amistad que tuve con su hermano, no obstante que yo le salvé la vida al operarlo de la bala. Dicen que fue obra de Isidoro Villar, que se enroló en las montoneras de doña Grimanesa León. Se trató, pues, de una venganza, de una doble venganza. Y él me acusa de ser el autor de la tercera venganza por no haber dejado que se muriese sabiendo que quedaría inválido. Me sigue odiando, por cierto, pero la verdad es que odia a todo el pueblo y goza con cada una de las muertes. Me dicen que lleva una lista. Me esperaba en el portal de occidente. Ya estaba enterado de la extraña muerte de Mocarra y pasé por alto las vulgaridades que dijo acerca de los Villar. Luego me dijo que había accedido al casamiento de su hija Paulina con el maestro (él dijo *el poetastro*) Atabaliba Atarama. Amor y muerte. Peste y lujuria. Después, conducida por Atarama, llegó la pobre Paulina. Los novios me pidieron que fuera yo el padrino. No pude negarme. Cuando retorné al pueblo me contaron que el Muerto Brígido y Petronila Jaramillo se habían apiadado del cadáver de Mocarra y lo habían enterrado no en un nicho, sino bajo tierra. Esto me hace

recordar que pronto el cementerio estará repleto. Ya es tiempo de pensar en tumbas comunes.

14 de octubre, 1897

Empadronamiento y visita de inspección en el barrio El Almendro. Allí volví a escuchar que si el patrón Benalcázar León no hubiera quemado el bosque, la enfermedad no habría entrado al pueblo. El bosque, me dicen, formaba una muralla contra el viento y la arena. Estudiaré el asunto. Todavía quedan restos del bosque incendiado, pero no pasará mucho tiempo antes de que las arenas terminen por anegar lo que debió ser una inmensa arboleda. En la cima de una de las más altas dunas alcancé a ver la figura de un hombre contemplando el espacio que debió ocupar el bosque. *Ah*, me dijeron, *es el Moñón Villar*. Les pregunté si era pariente de los Villar que vivían en La Polvareda. Me respondieron que sí y tuve que hacer un gran esfuerzo para continuar la inspección, pues, sin darme cuenta, me fue cautivando la historia de esta familia. Por la noche seguía imaginando a Primorosa Villar. Me puse a escribirle a María Monasterio.

17 de octubre, 1897

Días de mucho trabajo y de lidia con los pobladores. Incineración de las ratas muertas. Fetidez. Los aterra la idea de la cuarentena de las familias donde haya muertes por la bubónica. Hemos habilitado tres casas como hospitales. Gran ayuda de la señorita Diéguez, a quien le mostré en el microscopio el bacilo descubierto por Yersin hace tres años. De pronto me asaltó una idea sobre el probable origen de la peste. Claro que habría que hacer averiguaciones en la aduana de Paita. He comunicado mi hipótesis a mi equipo de sanitarios, pero he visto en sus ojos escepticismo. Para ellos, la causa es la maldición de Santos Villar a Congará después de que el «blanco»

Benalcázar castigara públicamente a don Cruz Villar, el padre. Le he preguntado a Domitila Diéguez sobre este viejo Villar. La señorita me ha dicho: *Venga*. Y me ha llevado a la puerta de la calle y, señalando por entre los ventarrones en dirección al mar, ha agregado: *Vinieron por esa calle, al mando del comandante Coloane. ¿Coloane? Sí*, me ha respondido, *el jefe del destacamento chileno*. Siguió hablando como no lo había hecho hasta entonces. Sentí un gran malestar. Creí que deliraba. Pero la he escuchado hasta el final. Después dije que desde ahora todos los integrantes del equipo sanitario se someterían a mi examen. Examiné a los varones y dejé para el último a la señorita Diéguez. El pulso era normal. Su temperatura también. Le dije que por favor se examinara ella misma los ganglios y le indique los lugares. Fue al otro lado del tabique. Esperé unos diez minutos. *No tiene por qué preocuparse, doctor, aún el bacilo de Yersin, como usted lo llama, no ha penetrado en mi sangre*. Y me prometió que apenas sintiera alguno de los signos me avisaría para someterse a la cuarentena. Extraña y valerosa mujer. Pero todavía no tengo el coraje de hablarle de Lizandro Ordinola.

20 de octubre, 1897

Hombre detestable y no solo por la fama de brujo de que goza. Alto, blancón y coloradote, y con robustas manos de matarife aunque parece un espécimen carente de osatura, como una masa fofa y cartilaginosa. Hay como un aura de perversidad y cobardía inhumanas. O quizá demasiado humanas. Sé que ha hecho campaña contra los médicos, y en especial contra mí. Pero ha venido aterrorizado. Tiene fiebre y sed y me ha implorado que lo salve. Y como para ganarse mi confianza me ha revelado lo que ya he escuchado tantas veces: que Santos Villar es el causante de las calamidades. Ha pedido perdón a Dios y a mí y me ha dicho que él fue quien puso en contacto a Santos Villar con el enemigo. *Yo escuché el pacto doctor, y yo fui quien lo*

llevó al lugar donde el diablo hace sus contratos. Pero yo no deseé mal al pueblo, fue Santos, créame doctor, fue Santos Villar. Y ahora, sálveme. Le di un remedio, lo examiné y le dije que, en efecto, revelaba síntomas de bubónica. Se ha echado a llorar. Pero he tenido que ponerlo aparte de los otros enfermos porque, si han de morir, no quieren que esto ocurra al lado de Clemente Palacios, *un hombre*, repiten, *tan pérfido e infernal*.

21 de octubre, 1897

Nunca dejarán de admirarme las coincidencias, una de las formas del azar. Pascal inventó el cálculo de probabilidades para comprender el azar y lo indeterminado. Dejar estas especulaciones para otra ocasión y lugar. Ni bien acababa de despedirse Atabaliba Atarama, cuando vi entrar a un sacerdote. Me dije que ya no habría problemas para la celebración de los esponsales que, me asegura Atarama, Paulina, y naturalmente él también, me dijo, desea cuanto antes. Y el problema es que, desde la desaparición o huida del padre Nepomuceno Chumacero, ningún sacerdote quiere exponerse al contagio viniendo a Congará. El sacerdote debe tener más o menos mi edad. Sotana raída y aspecto de ermitaño. Tiene la barba de color dorado, crecida, el rostro extenuado y los ojos ardientes, torturados pero inteligentes. No sé por qué he recordado a mi antiguo, ¿y examigo?, Rodolfo Lama Farfán de los Godos. Pero el sacerdote (le hago una seña para que no me dé la mano) se presenta: Baltazar Larrea. Le digo que llega en el mejor momento, pues los pobladores necesitan de la ayuda espiritual de un sacerdote. Me pregunta si soy creyente y le respondo que no, pero que respeto la fe de todos los demás. Me miró, escrutadoramente, pero no sentí rechazo ni condena en sus ojos. Luego me reveló su secreto: había sido considerado herético y le suspendieron temporalmente, a modo de expiación, sus facultades de sacerdote. No quiso entrar en rebeldía y se internó en las más remotas sierras para meditar y

combatir el pecado del orgullo. Pero aquella pobre gente andaba tan abandonada por la Iglesia que se vio obligado a ejercer el sacerdocio. Y luego oyó que esta región alcanzada por la peste había sido abandonada por sus párrocos. Le he dicho que sin duda será bien acogido por los congareños, que no tienen más consuelo que un sacristán y una mujer beata. Justo en esos momentos escuchamos una procesión del Cristo Yaciente. El padre Larrea se excusó y fue a ponerse al frente de los fieles. Lo seguí, y cuando se acercaba el cortejo había cundido el pánico porque uno de los cargadores del anda había caído derribado por el mal. El gentío estaba a punto de dispersarse cuando el padre Baltazar Larrea se puso al frente y empezó una invocación contra la peste. Dijo con voz poderosa: *La verdadera sangre de Cristo, nuestro Redentor, que solo representada libró de Egipto a los israelitas del brazo fuerte de Dios, nos libre y defienda de la peste y de todo mal:*

¡Oh, sangre de mi Jesús!
¡Oh remedio universal,
líbranos de todo mal,
pues te vertiste en la Cruz!

¡Oh lágrimas de María,
por mis culpas derramadas,
a aquella sangre agregadas,
ampárenme noche y día!

Luego, ante el asombro de todos, se puso de rodillas y besó el cadáver del hombre. Este acto infundió coraje a la feligresía. Otro hombre ocupó el lugar vacante y se reinició la procesión.

23 de octubre, 1897

El padre Larrea le ha dicho a Atarama que con gusto celebrará las bodas. El poeta Atarama ha mostrado regocijo. Será una ceremonia íntima en la capilla de la casa hacienda. *¿En la capilla?*, ha preguntado el sacerdote. Amoscado, confuso, el novio ha agregado: *La peste, usted sabe*. Con voz serena pero firme, el padre Larrea ha sentenciado: *En la casa de Dios no hay privilegios. Será en la iglesia parroquial de Congará; de lo contrario, búsquese otro sacerdote*. Momento bochornoso. El aliento de Atarama trasciende a licor, pero no se ha atrevido a replicar. Todavía el sacerdote ha alcanzado a decirle que no se moleste el futuro suegro en ofrecerle dinero o regalos. *Mi decisión*, ha concluido, *es irrevocable*. Dejar para más adelante una charla con el padre Baltazar. Será instructiva y valiosa, pues no es ningún cura fanático ni ignorante. La fe en busca de la razón. La razón en busca de la fe. Le preguntaré su punto de vista sobre estas cuestiones.

24 de octubre, 1897

Problema con los Villar en La Polvareda por el asunto del empadronamiento. Pedí hablar con el jefe de la familia y ha salido un mocetón no mayor de veinticinco años. Adiviné su nombre: Santos Villar. No he podido evitar observarlo después de todo lo que he escuchado acerca de él. Es más alto que yo, recio y flexible al mismo tiempo, cuerpo de ofidio y felino. Mirada difícil de sostener. De manera brutal me ha dicho que no me invita a pasar porque dos días atrás ha muerto un hermano suyo, de nombre Jerónimo. Lo he querido interrumpir para explicarle. *Lo sé doctor*, me ha dicho. Lo enterramos los hermanos a la medianoche, más allá del cementerio. Con energía le he explicado la necesidad de que se sometan a cuarentena en los hospicios que hemos habilitado. *Guardaremos la cuarentena*, *pero aquí en nuestra casa*. He intentado hacerlo reflexionar: *Pero así quizá mueran*

todos. Su respuesta fue inmediata: *Morirán los que deban morir*. Luego ha entrado a la casa y ha cerrado la puerta. Me volví para dar algunas disposiciones a mis ayudantes. Se habían esfumado. Me he quedado un rato estudiando la ubicación de la casa. Menos mal que la casa de los Villar se halla relativamente aislada. Cuando he retornado a mi consultorio me he preguntado en qué reside o de dónde saca este mozo, que según dicen no sabe leer ni escribir, y que salió descalzó a hablar conmigo, una fuerza que resulta anonadante.

26 de octubre, 1897

Fui a examinar a Visitación Cabrera, cuya historia (probablemente exagerada) escuché desde las primeras semanas que vine a Congará. Le he dicho a la señorita Diéguez que no es necesario que me acompañe, pero ella ha insistido en venir conmigo. La señora Cabrera tenía fiebre muy alta y cuidaban de ella la beata Petronila Jaramillo y una joven muy bella llamada Faraona Cherres. Un velo le cubría el rostro y he empezado a examinarla. Junto a mí estaba la señorita Domitila. Pero cuando he intentado quitarle el velo se ha resistido fieramente, con palabras soeces. No puedo transcribir la retahíla de improperios. *Cálmese*, le he dicho, y he sugerido a las restantes mujeres que me dejasen solo con ella. En vez de tranquilizarse ha redoblado su furia y se ha sacado el velo. Había sido una de las víctimas de la viruela. *¡Mírame!*, ha exclamado dirigiéndose a Domitila Diéguez. *¿Estás contenta? ¿Ya saciaste tu odio, maldita solterona?* Siguió insultándola. Me ha sorprendido la serenidad de la señorita Diéguez. Con voz calmada le ha dicho que estaba bien que desahogara su odio contra ella: *Pero, de volver a repetirse lo que tanto me reprochas, lo volvería hacer, solo que esta vez castigaría con más rigor al verdadero culpable*. Enseguida agregó que, en cuanto a la enfermedad de la que fue víctima, no le causaba alegría sino

consternación, la misma consternación que sentía por todos los que fueron alcanzados por aquel mal. Ha salido luego con las otras mujeres y he terminado de examinar a la enferma. Había recobrado la calma, las palabras de Domitila habían surtido efecto. Le dije que no revelaba ninguno de los síntomas de la bubónica, pero que la mantendré en observación en su misma casa.

30 de octubre, 1897

La última carta de María Monasterio me ha llenado de congoja. Casi me implora que abandone el pueblo, pues, afirma, ya he cumplido con mi deber. Me dice que circulan noticias terribles acerca de la peste en Congará. Le he respondido con la mayor dulzura que me es absolutamente imposible hacerlo: macularía para siempre nuestra unión. La aspiración a la felicidad es una aspiración legítima del ser humano y la naturaleza del amor en su dimensión pasional es egoísta. Yo también aspiro a la felicidad y siento las urgencias del amor, pero si yo hiciese lo que ella me pide, como lo hicieron mis colegas y el cura Chumacero, la fetidez de la peste me perseguiría durante toda la vida. Luego he trabajado hasta la extenuación para no pensar. Retomé mi informe: cotejé cifras, establecí estadísticas y describí las distintas formas de la enfermedad para enviarles los datos a mis maestros y a Yersin. Oficié también a la autoridad portuaria de Paita. Le he solicitado una relación completa de los barcos que hicieron escala allí, el puerto de donde partieron y el itinerario que siguieron. Preparativos para la boda entre Atabaliba Atarama y Paulina Benalcázar León y León. Han aceptado la propuesta del padre Larrea.

3 de noviembre, 1897

Numerosos enfermos me decían al oído que lo dejara morir. Me han asegurado que así libraría a la tierra de la más ponzoñosa de las víboras. Evité hacer comentarios. Pero yo soy médico, de modo que Clemente Palacios es para mí un apestado como cualquier otro. Con el bisturí le abrí los bubones y le apliqué el suero que he obtenido. Es el primero de mis pacientes que ha reaccionado bien. En cambio, en los tres hospicios y en las casas de El Arrabal, El Almendro y El Conchal han muerto un total de veinte personas. No he podido dejar de sentir extrañeza y lo he comentado con el padre Larrea. Con tristeza, el sacerdote me ha dicho que no tiene una respuesta. Es uno de los problemas más discutidos de la Teología. *Solo sé*, me ha dicho, *que el mal se revela como más poderoso que el bien, para obligar a los hombres a luchar contra él*.[4]

12 de noviembre, 1897

…[5] La curiosidad humana pudo más que el temor al contagio. La iglesia estuvo llena. Los fieles, varones y mujeres, tenían la boca y la nariz cubiertas por bufandas. La respiración trabajosa rompía el silencio. He visto conmoverse a los parroquianos cuando el poeta Atabaliba Atarama llevó en brazos hasta el altar a la ñaña (así la conocen) Paulina Benalcázar León. Asombro, envidia, pensamientos no demasiados generosos me ha parecido ver en los rostros o, más bien, en los ojos de los asistentes. Hasta escuché vulgaridades, sobre todo de los hombres. Fui el padrino de la novia. Del novio lo fue una tía suya, que permaneció con el rostro y la boca cubiertos con pañolón. El padre Larrea aprovechó la ocasión para abordar en su sermón el tema de la relación entre el amor, la vida y la muerte. Leyó un pasaje sobre las bodas de Canaán, citas de San Pablo y fragmentos del Apocalipsis. Me parecieron interesantes sus planteamientos, pero me he preguntado si el padre Larrea ha ido más allá de la ortodoxia y ha bordeado la herejía. Odar

Benalcázar León y Seminario, padre de la novia, no ha asistido a la ceremonia. La ñaña Paulina, inválida desde los ocho años, me ha parecido una mujer marchita, pálida, de ojos grandes y agraviados. Por fortuna no hubo ningún desmayo, ningún apestado muriendo durante la ceremonia, como yo temía. Sin duda, ahora el padre Larrea tendrá mayor concurrencia en sus misas y novenarios. Me causa desazón esta perspectiva. Hablaré con claridad con el sacerdote.

14 de noviembre, 1897

He estado leyendo varios números de una revista médica alemana que han enviado antiguos condiscípulos (el tren, al pasar, arrojó el pequeño fardo) del doctor Freud, del cual ya había oído hablar poco antes de partir de Francia. Los artículos son fascinantes y perturbadores. Desde entonces no puedo evitar pensar en los sueños y en las pesadillas a los que no daba ninguna importancia. ¿Superstición o pesadilla? Abuso de términos tomados de la mitología.

15 de noviembre, 1897 (5 a. m.)

Los comienzos son confusos. Camino por mi calle de Piura. Sí, es la calle El Cuerno, pero mucho más extensa. Con curiosidad y alguna zozobra sigo caminando y penetro en la Calle Real de Congará, aunque las casas de ambas aceras son distintas. El camino polvoriento se va trocando en un erial desierto, de extensión inabarcable. De pronto he visto a mamá Alcira tocando al piano una musiquilla de Mozart. El señor Raimondi aplaude cuando la pieza concluye, se acerca a felicitarla. Mamá Alcira le extiende la mano, pero el señor Raimondi le besa el brazo, el cuello, las mejillas. Corrí al gabinete y no atinaba con el arma; me decidí por el hacha con pico, pero luego recordé la piedra iridiscente caída del espacio. La he cogido y sentido su pesadez,

pero he corrido y golpeado en la sien al señor Raimondi, una, dos, por Dios, no sé cuantas veces. Al caer al suelo he visto el rostro y la sien ensangrentadas de papá. *¿Por qué, hijo?* Y yo he roto a llorar: *Tú me lo pediste, me rogaste*. Y José Agustín me dice: *Quería probarte*. Entonces he comprendido que no era la Calle Real, sino el furioso desierto de Tarapacá. *¿Es así como pretendes alcanzar la santidad?* Con esta voz del padre Larrea he despertado. He permanecido unos instantes sin saber dónde estaba realmente. Entonces he escuchado las campanadas de la iglesia de Congará. He bebido con avidez un jarro de agua. Y antes de que se diluyeran las imágenes, me he puesto a escribir esto.

18 de noviembre, 1897

El padre Baltazar me ha reiterado que no es enemigo de la ciencia, solo que, para vencer a la peste, ella necesita el apoyo de Dios. Sin embargo, intuyo que anhela fortalecer su quebrantada fe y exigir que Dios manifieste su bondad y su misericordia. Y la gente lo escucha y acude a la iglesia, y entran de rodillas y confiesan en público los peores pecados cometidos, y aun claman a Dios que les envíe la peste para expiar sus culpas y así, redimidos, entrar al paraíso. Si no fuera por la señorita Diéguez, ya mis enfermos se hubieran puesto en las manos del padre Larrea.

27 de noviembre, 1897

Semana difícil. He perdido toda la ascendencia que había conseguido entre los congareños. Desde que el padre Larrea les dijo que San Roque, el santo apestado, es el patrono y protector de los pueblos abatidos por las pestes, un tallista catacaos, con la descripción que el padre Larrea ha hecho del santo, ha esculpido su imagen en madera de zapote. Es un bello trabajo y ha logrado tal tersura que parece una escultura en tagua, ese marfil vegetal. Hoy fue la

bendición de la imagen y luego se ha llevado a efecto la primera procesión de San Roque por las calles de Congará. Y la fe de los congareños se ha acrecentado más con la significativa baja de muertes que se ha operado en el pueblo. Según me escribió Yersin, a veces la peste parece ceder, pero es nada más que una tregua, como si el bacilo concentrara fuerzas para la embestida final. Preveo una catástrofe. Ahora pareciera que el único apestado fuera yo. De los pueblos de la otra ribera del Chira, que se negaban a todo contacto con los congareños, han enviado varias balsas con víveres. Por lo menos esto es bueno porque ya empezaban a escasear los alimentos. Y ahora solo tengo dos aliados: uno, indeseable, Odar Benalcázar, que se siente ofendido por esta disminución de la mortandad; otro, la señorita Diéguez, que ha impedido hasta ahora la desintegración del equipo sanitario. ¿Qué pensará Santos Villar? No sé por qué pienso tanto en este mozo que, después de todo, no es más que un campesino ignorante. Pero, ¿nada más?

29 de noviembre, 1897

Estaba contemplando el paso de la procesión de San Roque y a Petronila Jaramillo cargando una pesada cruz y a columnas de flagelantes, cuando me ha llamado la señorita Diéguez. *Por favor, doctor González, no se acerque demasiado, parece que el bicho se me ha metido a la sangre. Lo siento doctor, porque tendrá dificultades*. Luego me ha pedido que la deje morir en su casa. Vive sola desde la muerte de su madre. *Lucharemos, Domitila*, le he dicho. *Claro que lucharemos*, me ha respondido, al ver que mis ojos se llenaban de lágrimas.

30 de noviembre, 1897 (2 p.m.)

He ido varias veces a casa de la señorita Diéguez. Su estado es estacionario. Y su organismo lucha, batalla. La casa es espaciosa y profunda,

y me ha invadido una gran tristeza por la soledad en que ha vivido. Ha mantenido siempre la casa limpia y reluciente. Tiene una pequeña biblioteca y no he podido resistir la curiosidad de leer algunos títulos: *Vida de Santa Juana de Arco*, *Genoveva de Brabante*, *Emilio* y las *Confesiones* de Rousseau, *Cartas de Jamaica* de Bolívar, *Las cien mejores poesías líricas de la lengua española* de Menéndez y Pelayo, *El Quijote*, *Los miserables*, *El hombre que ríe*, *Napoleón, el pequeño* de Victor Hugo, *El lirio en el valle* de Balzac, *María* de Jorge Isaacs, *Aves sin nido* de Clorinda Matto de Turner, *Pájinas libres* de González Prada... Mujer excepcional. He vuelto a su habitación. Se mantiene la temperatura. Me he despedido diciéndole que regresaría por la noche. De nuevo por las polvorientas calles. He tenido la desagradable impresión... Es mejor no pensar en ello.

(5 p. m.)

Di de alta a la señora Visitación Cabrera. Me ha pedido disculpas por sus palabras de días atrás. Le he respondido que estaba bajo los efectos de la fiebre. *Y, a propósito*, le digo, *la señorita Domitila Diéguez parece haber sido alcanzada por la peste*. La miro a través del velo, y ella se lo quita (la viruela ha sido despiadada con ella) y me interpela: *Y usted cree que yo siento gozo, ¿verdad?* Le he hecho un gesto amistoso y me he despedido. Las campanas de la iglesia repicaban. Luego he visto que pobladores de la otra ribera y de La Huaca y El Arenal han venido para escuchar las palabras del padre Larrea y recibir su bendición. Por primera vez he sentido temor.

(11 p.m.)

Petronila Jaramillo ha venido a quejarse porque la señorita Diéguez se ha negado a recibir los auxilios del padre Larrea. A la beata la he tratado de persuadir con la mayor paciencia de que había que respetar la voluntad de la

enferma, que aún, he mentido, está en periodo de observación. Pero no ha quedado convencida, se ha santiguado y murmurado que siempre fue una hereje. Al llegar a casa de la enferma la he visto bajo los efectos de la primera oleada de fiebre. Respiración agitada y congestión pulmonar. Al cabo de una hora, la fiebre ha disminuido casi a la temperatura normal y ha abierto los ojos y reconocido su habitación, y después me ha mirado. *Doctor*, ha dicho. Los ganglios de la garganta y de las axilas solo están ligeramente inflamados, pero ella me señala la zona de las ingles. Le ruego que me deje examinarla y accede, con alguna vergüenza. Dejo que tome todas las providencias para no lastimar su pudor. Están duros y nudosos y procedo a practicarle las incisiones con el bisturí. Limpio la materia, de fuerte olor, y le aplico paños desinflamantes y antiinfecciosos. Luego dudo si debo o no debo aplicarle el suero. Domitila se ha dado cuenta de mis dudas. *Aplíqueme, doctor; si no surte efecto y muero, por lo menos habremos luchado*. Me he puesto manos a la obra, pero, en el momento de aplicarle la aguja, pensé que antes debía hablarle. *Escúcheme, Domitila, debo confesarle algo*. Apenas he pronunciado el nombre, ella ha dicho: *¿Lizandro Ordinola? No, doctor, Lizandro no ha muerto; él vive aquí, en esta casa, y platicamos mucho, y por la mañana me acompaña por la ribera y vemos las garzas. A veces se ausenta, pero entonces me escribe bellas y minuciosas cartas. Están allí guardadas, en el secreter*. *¡Cuánto me alegra!*, le he respondido, y luego le apliqué la aguja. Minutos después han golpeado a la puerta. He salido a abrir. Era Visitación Cabrera. Me ha rogado que la deje ayudar. Esto no lo podía decidir por mí mismo. Voy al dormitorio y consulto: *Déjela entrar, doctor, y usted vaya a descansar*. Ha venido sin el velo. Le dejo instrucciones y le advierto que no dude en irme a despertar en caso de que se presenten tales y cuales reacciones. Antes de salir le di un último vistazo a la enferma. Comenzaba a ser abrasada por una segunda oleada de fiebre.

1 de diciembre, 1897

Domitila Diéguez murió hoy a las cinco de la mañana. En la sala, hermético y con cierta majestad, había un anciano a quien nunca había visto pero cuyo rostro me parecía familiar. La señora Cabrera me ha dicho que era el padre de los Villar, don Cruz Villar. No ha respondido a mi saludo, pero no es difícil adivinar que debe hallarse sumido en quién sabe qué recuerdos, qué tristezas. Luego en la puerta me he encontrado con el padre Larrea. Le digo que sé que él es un sacerdote ilustrado y culto, y le pido que respete las ideas y creencias de esta maestra valerosa y austera. El padre Larrea sonríe con tristeza. Me dice que no viene como sacerdote, sino como una persona humana a rendir tributo a otro ser humano.

3 de diciembre, 1897

Aumenta la feligresía del padre Baltazar Larrea. Vienen de diferentes puntos de la región. El número de muertos sigue bajando. Ahora, cuando recorro con mi alazán las calles de Congará, los vecinos se meten a sus casas y cierran sus puertas. Entre tanto, el padre Larrea aumenta su actividad y visita las casas de los enfermos. *No estoy contra usted ni contra la ciencia,* me ha dicho al encontrarnos por El Arrabal, *pero Dios es más poderoso que la ciencia. He recuperado mi fe, doctor. El mayor atributo de Dios debe ser la misericordia y el amor. Rezo también por usted, doctor, para que Dios lo unja con la gracia*. Recordé un ideal de mi juventud. *¿Santidad laica? ¿Sin Dios? ¿Y a quién estarían dirigidos nuestros actos? A los hombres, a nuestros semejantes, sin ninguna otra recompensa que nuestra entrega a los demás*. El padre Larrea me mira con tristeza: *Redoblaré mis oraciones por usted*.

7 de diciembre, 1897

Días de apatía, casi de abandono. ¿He terminado ya con mi deber? Quizá debería acudir en pos de la felicidad. Le he escrito largamente a María Monasterio, pero luego he roto la carta.

10 de diciembre, 1897

Desde hace dos días el padre Larrea saca la procesión de San Roque por cada barrio, y ora y bendice casa por casa. Pero hoy se produjo un incidente en el barrio La Polvareda. Los feligreses advirtieron al sacerdote sobre la calidad de la familia Villar y le revelaron que Santos Villar pactó con el demonio para vengarse del pueblo. El padre Larrea argumentó con la mayor firmeza que, por lo mismo, esa casa necesitaba ser doblemente bendecida. Su verbo apaciguó los ánimos y convenció, por lo menos, a gran número de los acompañantes. Pero cuando la procesión hizo alto en la casa de los Villar, se abrió la puerta y apareció Santos Villar. De manera brutal, el mozo le dijo al sacerdote que él y los suyos no necesitaban de su bendición. Y enseguida volvió a entrar. El padre Baltazar Larrea, después de unos segundos de duda, me han contado, ha empezado una letanía al Corazón de Jesús:

Corazón agonizante de Jesús que habéis dicho a vuestros apóstoles: «Triste está mi alma hasta la muerte». Corazón de Jesús, abismo de sabiduría, tened piedad de nosotros y más piedad aun con esta casa sorda y reacia a tu amor y misericordia. Corazón de Jesús, santuario de la divinidad, tened piedad de nosotros y más piedad aún con esta casa sorda y reacia a tu amor y misericordia...

Pero, en este momento, el padre Larrea ha escuchado una exclamación de temor, porque uno de los asistentes ha caído derribado ardiendo en fiebre. El

sacerdote acudió donde el enfermo y, con él en sus brazos, continuó con la letanía.

15 de diciembre, 1897

Deseo de todo corazón que solo se trate de un caso aislado, pero, por el rango del muerto y la esperanza y la fe que había despertado, las reacciones son imprevisibles. El padre Larrea había terminado de oficiar la misa, aunque algunos afirman que advirtieron cierto temblor en las manos del sacerdote ya durante la elevación del cáliz y la eucaristía. Y el mismo temblor, más palidez y sudor en la frente, observaron varios de los que se acercaron a recibir la comunión. Por fin, al concluir la celebración se ha vuelto hacia la concurrencia y ha empezado a recitar la plegaria para las calamidades públicas o de la iglesia:

No más, no más, oh Dios, de tus enojos,
sentir nos hagas el rigor potente.
¡Vuelve a tu pueblo tus paternales ojos
y oye su voz doliente;
Tiempla ya la justicia,
que harto brilló tremenda...

Pero enseguida se le trabó la lengua, balbuceó unas palabras inaudibles y se desplomó. Ha cundido el miedo y han ido a buscarme. Cuando llegué, Petronila Jaramillo rezaba al pie del cadáver, mientras Clemente Palacios vociferaba con entusiasmo: *Yo les advertí; para otra vez, no duden de mi palabra. Les dije que era un falso cura, un renegado expulsado de la Iglesia. Han estado rezando al demonio*.

16 de diciembre, 1897

Nadie quería ayudar a cargar el cajón con el cadáver del padre Baltazar Larrea. Curiosamente, se han ofrecido tres de los hermanos Villar y un demente apodado el Atormentado Trelles. También acompañaron al féretro el sacristán y Petronila Jaramillo. Apenas hemos transpuesto las puertas del cementerio, el sepulturero me ha dicho que todos los nichos estaban ocupados. Por indicación mía, los tres Villar y el sepulturero han cavado una zanja y allí hemos enterrado los restos del padre Larrea.

17 de diciembre, 1897

Yersin no se equivocaba. Se trató nada más que de una tregua del bacilo. Pero ahora ha cundido el pánico en la población. No saben a qué esperanza aferrarse. Para los congareños, han fracasado Dios y la ciencia médica. Guardar la ecuanimidad. Investigar, razonar.

20 de diciembre, 1897

He recibido los informes de la capitanía de Paita. El *Nautilios*, proveniente de Macao y Hong Kong, atracó en Paita durante tres días en mayo de este año. Desembarcaron mercaderías en tres grandes fardos cuyo destino era Congará. Mañana reemprenderé el empadronamiento.

21 de diciembre, 1897

Las investigaciones realizadas me indican que a partir del 8 de diciembre empezó a subir el número de muertos. Pero las muertes frente a la casa de los Villar y la del padre Larrea en plena iglesia dan pie a una recaída en las supersticiones, como en los tiempos de los doctores Wendell y Nowel. Habrá que tomar medidas radicales. He telegrafiado a Piura pidiendo ayuda sanitaria

y de la guardia montada. Cualquier cosa puede ahora suceder. ¡Cuánta falta me hace la señorita Domitila Diéguez![6]

2 de enero, 1898

Apenas he tenido tiempo para reflexionar en que hemos empezado un nuevo año. Ni siquiera he encontrado un espacio de sosiego para responder las tres últimas cartas de María Monasterio. He optado por los telegramas. En la última semana del 97 murieron cuarenta y seis personas, entre adultos, mujeres y niños. Hasta el momento se han llenado tres fosas comunes de acuerdo con el sexo y la edad. Se empieza por desdibujar la individualidad de los rostros. La verdad, solo se me han quedado grabados los rostros del sacristán Brígido Taboada, que arrancó tantas lágrimas de Petronila Jaramillo, y de Rómulo Trelles, apodado el Atormentado Trelles. Estuve presente en su deceso. *Al fin, Esther, al fin, ya nadie podrá separarnos*. Estas han sido sus últimas palabras. Entre tanto, ninguna ayuda. Seguiré martirizando el telégrafo.

5 de enero, 1898

He acudido a la casona de Odar Benalcázar ante sus insistentes llamados. Ha despedido a la servidumbre. Solo se ha quedado con la cocinera y con el mayordomo moreno. Lo he encontrado en los portales de occidente con los prismáticos. Atarama y la ñaña Paulina habitan en el lado opuesto para evitar el contagio. *¿Sabes que ayer en la noche murió el perro del viejo Villar?* He tenido que hacer un terrible esfuerzo, pues sentía repulsión; sentía que desde el fondo de mí subía un asco, no ya por este o aquel hombre (digamos Clemente Palacios), sino por la condición humana en general. Pero conjuré este sentimiento innoble recordando los rostros queridos de la infancia, de la juventud y de estos meses de la peste. *Tengo derecho a esta venganza,*

merezco esta alegría, me dice. He querido castigarlo de alguna forma. No bien pronuncié el nombre de José Agustín ha girado con su silla de ruedas y me ha mirado con odio: *Sí, ya sé que es un héroe y también que su cuerpo se pudrió en el desierto de Tarapacá*. Imperturbable le pregunto si sabe cómo murió. *Eres un hijo de perra, González*. Paso por alto la agresión y le narro la acción llevada por José Agustín en aquella batalla. Ahora me escucha. Y soy minucioso en los detalles. *¿Le amputaron una pierna? Sí*, le confirmo. *¿Entonces, cómo murió?* He dudado un rato, pero ahora ya no hablé a Odar; recordé que era uno de los hechos que me hubiera gustado conversar con el padre Larrea: *No tenía muchas probabilidades de sobrevivir, pero había alguna esperanza. ¿Y qué pasó? ¡Vamos, González, dilo! Me pidió en honor a nuestra amistad...* pero me he interrumpido. *No, Odar, no mereces saber la verdad*. Me olvidé de Odar, y otra vez estaba en la helada noche de Tarapacá. ¡Oh, cuánto dolor! Le disparé en la sien. Durante toda la guerra fue la única vez que disparé mi revólver.

(4 p. m.)

Fui a constatar la muerte de Cruz Villar. Esta vez, Santos Villar me ha hecho pasar. *Llega tarde, doctor*, me dice, *lo hemos enterrado esta madrugada, junto a nuestra madre y al hermano Jerónimo*. Me ha presentado a todos los hermanos. Tres huyeron. *No les irá bien en la vida*, me dice. Inocencio vaga con su tristeza por el monte. Luego he sentido como una hincada al oír un nombre que ya se está tornando legendario: Isidoro Villar. Logro, sin embargo, controlar mi sorpresa. Después de unos minutos de silencio, Isidoro me sirve en un jarro unos tres dedos de aguardiente. Al beber alcanzo a ver en un vichayo a un enorme colambo. Gente extraña. Pero será preciso conocer la manera de pensar de esta familia. He manifestado este deseo dirigiéndome a Santos. *Con gusto*, me responde. *Tendremos tiempo*

apenas cese esta peste. ¿Crees que terminará pronto? Tenga paciencia, doctor, *unas semanas más y el mal estará empachado de carne humana*.

10 de enero, 1898

Se mantiene el índice de mortandad. Nuevas fosas comunes regadas con cal.

15 de enero, 1898

La peste cobra sus mayores víctimas en los barrios más pobres: El Arrabal, El Almendro, El Conchal. Tendré que tomar medidas drásticas. De Piura me anuncian el envío de la guardia montada. Seré recordado con odio en este pueblo.

19 de enero, 1898

Humillante mi labor. Me he convertido en simple contador de muertos. La gente ya ni siquiera llora a sus difuntos. Parejas de ancianos y de amantes dejan de lado toda precaución, como si quisieran morir juntos. Petronila Jaramillo abre la iglesia y toca la campana para mantener viva la fe. Comienzan a mirarla como a una santa. O, por lo menos, como a una beata, una elegida de Dios.

26 de enero, 1898

He salido a recibir a la guardia montada. El tren la dejó con los caballos en la estación de Nomara. Son quince en total. Les he dado las primeras instrucciones profilácticas y se han instalado en la municipalidad, como cuartel y centro de operaciones. El teniente me ha dicho que antes que nada desean comer. He accedido. Mañana les hablaré de mi determinación.

28 de enero, 1898

Ayer les expliqué parte de mi plan de lucha contra la bubónica. El teniente que los comanda se apellida Vildoso, tiene ojos saltones y me he enterado de que le apodan el Loco Vildoso. El sargento Guarderas nació en Cajamarca; es huesudo pero recio, y parece hombre estricto. Piel blancona y ojos verduzcos. El único piurano es Garcés, el Cholo Garcés, ostenta el rango de cabo y es hijo natural de una de las ramas de los Garcés, poseedores de haciendas en el Alto Piura. Extiendo sobre la mesa el plano topográfico de la región y el croquis cartográfico de Congará, y les señalo con aspas rojas los barrios más afectados por la peste. Noto que el teniente Vildoso bosteza y mira con aburrimiento los planos. *¿Y para qué tanta cojudez?*, me ha dicho. Paso por alto este lenguaje y le explico que es necesario que conozcan bien el pueblo por si hay que tomar medidas extremas. Por lo pronto es necesario reabrir los hospitales, previa desinfección. Vildoso me recuerda que ellos son guardias, no enfermeros ni sanitarios ni pelotudos samaritanos. He querido replicarle, pero Vildoso, con ojos pícaros, me ha palmeado el hombro y me ha dicho que estaba bien, ninguna objeción, y ha añadido: *Y en cuanto al hembraje, ¿qué tal las congareñas, doctorcito?* Con tranquilidad le he quitado la mano de mi hombro y le he recordado, mostrándole un documento del prefecto, que seré yo quien dé las indicaciones de lo que ellos deben hacer. Hubo un silencio tenso. Vildoso me ha clavado sus ojos llenos de furia. Yo le he sostenido la mirada. *Está bien, mi teniente*, ha dicho el sargento Guarderas, *es mejor ponernos a trabajar*.

30 de enero, 1898

La presencia de los huayruros, como se le dice a la guardia montada, ha causado temor, desconfianza, hostilidad. Los miembros de familias que han tenido a algún apestado se niegan a ser trasladados a los hospitales. Temen

por sus bienes y dicen que prefieren morir todos juntos. Los guardias han tenido que apelar a la fuerza, usando garrotes y látigos. Incluso se ha oído disparos al aire. Han empezado la campaña por El Conchal. He procurado estar presente para evitar los saqueos, pero es gente tan pobre...

5 de febrero, 1898

Se ha concluido el traslado de los barrios El Arrabal y El Almendro. Primeras protestas contra los abusos de la guardia montada. Tuve una violenta discusión con el teniente Vildoso. Negó que hubiese violado a alguna de las mujeres y agregó que más bien ellas le piden siquiera sentir el gusto en medio de tanto sufrimiento. *Canalla*, le he dicho. Ha pretendido amenazarme con su revólver. Por primera vez he montado en furia: *Miserable, ¿sabe con quién está hablando?* Y le he informado del rango que obtuve en la Guerra con Chile, enumerándole las campañas en que participé. *¿También con el general Cáceres?*, me dice, pero con otro tono, de sumisión y vergüenza. Entonces he escuchado a Garcés: *La puta que la parió*. Pero el hombre está pálido y lleno de miedo, casi de pánico. Luego uno de los huayruros me ha informado que mientras Garcés violaba a una chiquilla de quince años, desde el fondo de la casa salió la madre ardiendo en fiebre y le clavó los dientes en el cogote. Vildoso se ha contagiado del miedo, ha comenzado a sudar y a tocarse la garganta. *Espere*, le he dicho. Procedo a examinarlo, mas en eso uno de los guardias se desploma en la puerta de la casa municipal. De inmediato he aislado a Garcés y a Vildoso y he examinado a los restantes y les he pedido que, por su bien, me digan quiénes han tenido contacto con las mujeres. Tres guardias más, aterrorizados, han dado un paso al frente. Los he aislado también, y el cadáver del guardia de apellido La Rosa lo hemos trasladado junto con los restantes cadáveres,

muertos en la noche de ayer. Se les enterrará en fosa común, apenas los campesinos voluntarios terminen de cavarla.

10 de febrero, 1898

Con tristeza, con remordimiento, estaba viendo el humo que se alzaba de las casas de El Conchal cuando ha entrado una mujer y ha comenzado a hablar presa de histeria. He tenido que concentrarme para entender lo que la mujer, de unos veinticinco años, me estaba diciendo, y lo que pretendía de mí. *Cálmese, por favor, cálmese*, le he dicho, y enseguida le he pedido su nombre y su apellido. *Bien, señorita Isabela Victoriano Nima, explíqueme con tranquilidad lo que desea*. Isabela Victoriano Nima se pone a gimotear y me repite que no lo quiere tener. Me asegura estar preñada y no quiere tener al hijo. *¿Por la peste?* Ha dudado antes de decirme que sí, pero que no es solo por eso. *¿Entonces? Por la calidad del padre. Él llegó una noche y tocó a mi puerta y entró y empezó a tomarme. Sin ninguna palabra, solo con urgencia y furia. Me tomó tres veces esa noche, pero entonces no sabía. Al despedirse, lo único que me dijo fue que a su padre lo estaban velando. Ha muerto, me dice, a eso de las nueve de la noche. A partir de entonces ha venido todas las noches y me tomaba en igual forma, sin decirme ni una palabra. Pero apenas le he dicho que me había preñado, me ha ordenado que le ponga el nombre de su padre, Cruz Villar*. Y desde entonces no la ha vuelto a visitar. Adiviné el nombre: *¿Santos Villar?* Isabela ha roto a llorar y me ha dicho que no quiere que sus entrañas lleven la semilla de un hombre salvaje y cruel, que por pacto con el enemigo haya desencadenado tantos castigos contra el pueblo. *¡Maldita la hora en que salí de Amotape!*, ha concluido. Caía la noche y ahora se veían ya las llamas y los ventarrones empujaban el fuego hacia El Arrabal. Tendremos fuego toda la noche. He vuelto a prestarle atención a la mujer y le digo que mi misión es curar, no

segar vidas. Pero al instante me callo, lleno de bochorno. ¿Cuántas vidas he salvado? He preferido decirle que no está probado que la quinina produzca abortos y con paciencia he tratado de persuadirla de que la peste tiene causas naturales. He procurado ser lo más claro posible. Finalmente le he dicho que no tema, que Santos Villar es un hombre sano y fuerte, y le he prometido cuidarla durante el embarazo. Por el momento se ha calmado y le he dado mi palabra de visitarla cada vez que el trabajo me lo permita. La noche ha caído y las llamaradas me han traído imágenes de la guerra. Poco después ha venido el poeta Atarama a comunicarme la muerte de la ñaña Paulina. Tuvo un parto prematuro y, por su misma invalidez, no resistió el esfuerzo. Le he dado el pésame y he salido a caminar y he imaginado a Odar, solitario en la inmensa y vana mansión. ¡Qué sensación de soledad, María Monasterio! He seguido caminando al azar y he llegado a la zona de los médanos. Desde allí se contempla un espectáculo grandioso. Qué ironía. Entonces he sentido otra presencia. Es un hombre joven, casi un adolescente. *Pero más lindo se veía cuando el blanco mandó a incendiar su bosque, el bosque que era también mío y de Primorosa. Tú eres Inocencio Villar, ¿verdad?* El resplandor de los incendios ilumina por ráfagas el rostro del muchacho, melena crecida, brote de barba, ojos purificados por el dolor y la melancolía. *No, doctor*, me ha dicho, *fui Inocencio Villar. Ahora soy el alma en pena de este pueblo castigado*.

—¡Conque la María huevona! —dijo mi tío Miceno—. La muy puta. No, nunca le vi el hocico a la jijunagrandísima...

—¡Miceno, cierra esa boca sucia!

—No, nunca olí la fetidez de una peste. Pero cuando anduve embarcado por la China y por el Índico nos encontramos con puertos cerrados por causa de la María huevona y otras pestes. Sigue leyendo, por favor, Cruz.

Mi padre se había quedado ensimismado. O, como decía mamá Altemira, *había vuelto a su natural*. Pero ahora observó que papá tenía los ojos húmedos, mientras que mi tío Miceno, con la imaginación volando por los puertos clausurados con que se topó por los cinco mares del mundo, le repetía que continuase con la lectura. Mi padre pareció despertar:

—¿La lectura? Esto es todo. Hasta aquí llegó el *Diario* del papá-doctor.

—Jodido el doctorcito. Le pica a uno el diente y luego, ¡zas!, se corta —miró a mi padre—. ¡Ah, pero qué animal! Comprendo. He comprendido, Cruz.

—¿Qué has comprendido, Miceno?

—Tú sabes a qué me refiero, hombre. De una u otra forma, todos nacemos con una llaga.

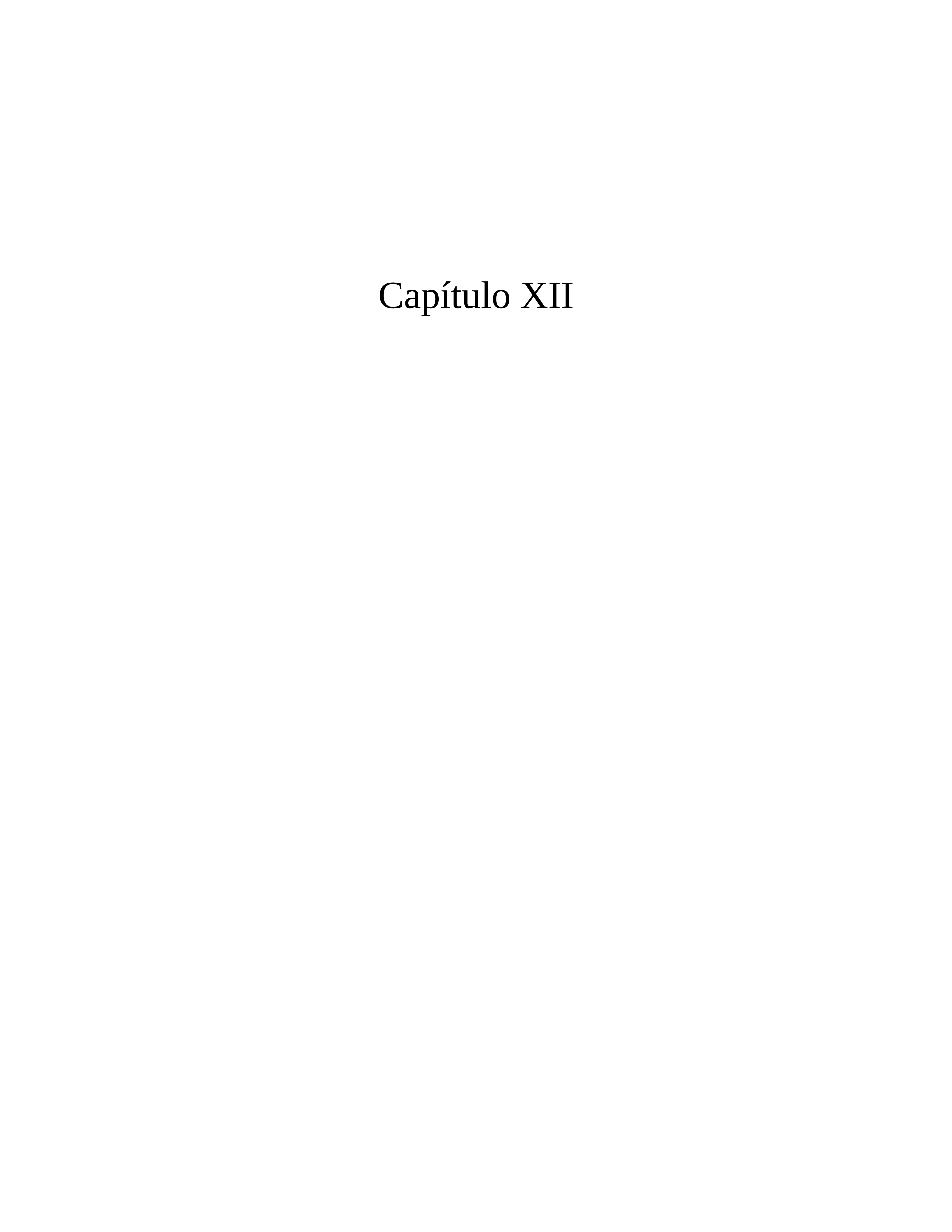
Mi padre no hizo ningún comentario y retomó la palabra. No, no había terminado la peste, pero pensaba que el doctor González interrumpió el *Diario* en parte porque la peste, en su último impulso, triplicó su furia (lo dejaría extenuado como para seguir llevando su *Diario*), y en parte, por el desaliento y el dolor desgarradores de los que fue presa, pues también hubo que quemar el barrio de El Almendro y luego casas de gente más acomodada y aun algunas de las casonas de la clase señorial que vivía en la primera cuadra de la Calle Real y de la plaza. Y por las confidencias que le hiciera años después, nunca olvidaría las maldiciones que caían sobre él, ni los actos extremos de desesperación y odio, como los escupitajos y los besos que apestados, machos y hembras, le arrojaron al rostro y estamparon en su boca. Y luego la peste empezó a expandirse a La Huaca, El Arenal, Viviate, Nomara, y aun a la ribera del frente, como en Tamarindo y Amotape. Pero fueron casos aislados y tuvo que proceder, ya no a someter a cuarentena la casa donde se había producido el brote, sino a su inmediata incineración. Y Paita, a partir de abril, fue clausurado como puerto. Le contó que toda su

formación científica y su fe en el poder de la razón y del entendimiento tuvieron que soportar una despiadada tregua. Petronila Jaramillo, semanas antes considerada como una beata y una elegida de Dios, fue sospechosa de trabajar para el reino del enemigo, y la misma iglesia fue objeto de ataques sacrílegos que culminaron con la decapitación de santos, el primero de ellos San Roque, que luego en el atrio fueron transformados en piras, en hogueras que iluminaban siniestramente la noche y el cielo de Congará. Pese al contacto directo con los apestados, Petronila Jaramillo permaneció indemne, como indemnes y perversamente regocijados quedaron Odar Benalcázar y Clemente Palacios. Y por todo esto quizá, el doctor González puso tanto empeño en cuidar y velar por el embarazo de Isabela Victoriano, porque quería mostrar y defender el principio de la vida, el poder de la vida sobre la muerte, sobre la peste.

—¿Isabela Victoriano?

—Sí —dijo mi padre—: Isabela Victoriano Nima, que quiso acabar con la semilla dejada en su vientre por Santos Villar, porque yo, has de saber, Miceno, fui engendrado sin amor, durante la peste, quizá la misma noche en que murió Cruz Villar, mi abuelo. De modo que al doctor González, no a mi madre, debo la vida. Y a medida que yo crecía y pataleaba en su vientre, la peste, como dijera mi padre, empezaba a empacharse de carne humana y disminuía su fuerza. Y ahora los atacados por el mal resistían, empezaban a resistir y a sobrevivir. Y una de estas noches, antes de los nueve meses, doña Isabela sintió los dolores y todas las parteras del pueblo habían muerto y el papá-doctor había ido a La Huaca, de modo que Isabela Victoriano, como había visto tantas veces, enlazó una soga en la viga del techo y así, parada, resistía los embates del dolor. Entonces apareció Santos Villar, y doña Isabela, sudando y pujando de dolor, le dijo: *Váyase, déjeme sola, que después le entregaré a su hijo*. Santos Villar salió seguro, frío, impasible, en

momentos en que a galope venía el doctor González. Y el papá-doctor permaneció toda la noche ayudándola, dándole ánimo hasta que por fin, poco antes del amanecer, el doctor logró extraerme del útero materno y tuvo que palmearme varias veces, *hasta que al fin*, me contó, *lloraste, diste un gran alarido de vida. Regresé a mirar a tu madre, aún sudorosa y yo te llevé a su regazo, pero ella me dijo antes: «¿Escucha, doctor?». Y en efecto escuché: cantaba una chiroca y luego otra y luego bandadas de negros y luisas y soñas volaron por el cielo de Congará. Y yo pensé*, me dijo, *no en ti, sino en María Monasterio, en la vida, en el fin de la peste*.



Capítulo XII

La Churupaca

¿Dónde comienza, dónde comenzó, dónde debiera comenzar esta historia? Tenga la gentileza de responderme estas preguntas. ¿En la vida o en el arte? En la vida y en el arte, por cierto. ¿O es que existen diferencias? ¡Que si existen diferencias! Haga el favor, entonces, de ponerme un ejemplo, varios ejemplos o todos los ejemplos que usted crea necesarios. Lo intentaré y juro no escatimar esfuerzo alguno para que usted me entienda. Desde la perspectiva de la vida, ¿cree usted legítimo empezar la historia en el momento en que Cruz Villar, hijo de Santos Villar Dioses y de Isabela Victoriano Nima, urgido (¿de lascivia?, ¿de tranquilo deseo?, ¿de nostalgia, desesperación o hastío?), penetra, después de tantas semanas, a Altemira Flórez? ¿Se refiere usted a semanas de abstinencia? ¿Por qué tantas semanas de abstinencia? ¿Quiere decírmelo? ¡¿Por qué?! Es común en la esfera de la vida, y por tanto le sugiero dejemos estas consideraciones. Y bien, prosigamos. Siempre desde el lado de la vida, ¿no sería acaso pertinente componer una minuciosa epopeya del flujo seminal y de la irritabilidad biológica del útero y la emocionante odisea del espermatozoide venciendo millares de obstáculos por alcanzar el óvulo ansioso de fecundación? ¿Y del embrión, qué me dice usted del crecimiento del embrión que, si los dioses lo permiten, modelará la estructura ósea con sus doscientos seis huesos y las uñas y las glándulas secretoras de las hormonas que le harán los bigotes a

este precioso infante que, en memoria del desventurado padre, mamá Altemira llamará Martín Villar?

—Pero, dígame, mi amigo, ¿no sería más legítimo empezar con la evocación de las condiciones tan particulares en que el potencial padre de Martín Villar fuera engendrado, con dolor y con furia, en el útero de Isabela Victoriano en los días más desesperanzados de la peste y justo en la misma noche en que Cruz Villar, el padre de Santos Villar y de la funesta Primorosa y del alucinado Inocencio y de los otros hermanos, incluso de los que huyeron de la peste, y de Isidoro Villar, ya convertido por entonces en el bandolero que habría de ser fusilado y colgado años después en el Zapote de Dos Piernas, justo, digo, la noche en que la fiebre y los bubones leñosos lo quemaban y el hediondo aire pestilencial arrebató de esta vida al viejo Cruz Villar, y una hora, a lo sumo dos horas, después de haber lavado el cadáver y dejado dispuesto el velorio, que solo habría de durar hasta las tres de la mañana, él, Santos Villar, salió de la casa mortuoria (¡y había tantas casas mortuorias por esos días y noches en Congará!), atravesó con caminar indubitable y decidido la tierra fofa y estéril de La Polvareda, cruzó con el mismo ritmo las calles del pueblo y, una cuadra antes de llegar a la plaza, enrumbó por una estrecha callejuela, siempre con el mismo paso seguro y firme, ningún apresuramiento, ninguna ansiedad, hasta las primeras casas de El Almendro y golpeó tres veces una puerta, no con los nudillos de los dedos sino usando el puño a manera de comba, solo tres puñadas seguras, perentorias y conminativas y, como si la mujer lo estuviera esperando, no obstante que nunca había cambiado saludos con ella, a no ser cierta mirada que la estremeció como el vendaval al bambú tierno, la mujer llamada Isabela Victoriano Nima, que amamantaba a su ñaña de diez meses, le abrió la puerta y él entró como señor, como amo, le arrebató a la criatura, que empezó a berrear, y la colocó en la hamaca de tocuyo y luego el mocetón despojó del

fustán a la Isabela y la llevó a la cama y la poseyó en silencio, en silencio, succionando con avidez y repulsión los pezones ahítos de abundante y generosa leche materna, y todo ello sin una caricia, sin un beso, solo la aceleración del pulso, del acelerado bombeo del corazón y luego el primer gran desbordamiento y el casi-grito, casi-lamento, y el placer violento y desgarrado, casi sustancial, se diría, a los vertebrados mamíferos y, luego de breves reposos, el segundo y tercer anegamiento? Y al fin le habló y lo que habló fue: *Vendré mañana y todas las noches que sean necesarias*, agregando enseguida esto otro: *Ahora voy a enterrar a mi señor padre, don Cruz Villar, muerto esta noche en este pueblo castigado con merecimiento*.

—¿Aquí? ¿Cree usted que aquí?

—No, mi amigo, le aseguro que no, si es que seguimos hablando desde la mira de la ilimitada vida. Porque, si usted lo prefiere, nada costaría fijarnos en Cruz Villar, por entonces un joven ya algo maduro y solitario, que decide fundar un hogar y lo sorprendemos en plena gula fornicaria y, sin embargo, con intachable sentido de la equidad, trabaja de manera alternada de petate en petate, donde se hallan tendidas las hermanitas Trinidad y Lucero Dioses, la primera de quince años y la segunda de catorce, sí, sí, convengamos, casi niñas, hombre extraño, primitivo y despótico. Pero, con mayor razón y fundamento, ¿no habría mejor que remontarse a la india Sacramento Chira, casi impúber pero ya núbil, que untada con las flores del amor loco fue a sacrificarse a la esfinge que tenía espantado al pueblo, cuyo nombre (de la esfinge, del rubio anticristo, de espectro insaciable) era Miguel Francisco Villar?

—Pero, al presentar a Sacramento Chira, ¿no se impondría referirse a la gran tribu del cacique tallán de La Chira, cacique y tiranuelo de la venerable tierra de Tangarará, agrupación humana que, luego de la precipitación demográfica por contagio de enfermedades traídas por los barbados que

manejaban el acero y los rayos de Zeus, o por aquel tedio vital del que habla un eminente historiador (flagelos contra los cuales no pudo hacer nada Walac, dios de los tallanes), fueron después reducidos al gran pueblo de indios de La Huaca, de donde, dicho sea de paso, era originaria la madrecita Sacramento Chira? ¿Y qué de las momias que reposaban en el vientre del desierto, como aquella encontrada por el arqueólogo-huaquero Isidoro Villar en tiempos de su pubertad y adolescencia, es decir, antes de que la vida torciera su destino? Sí, como lo oye usted, momias, momias, frescas y perfectamente conservadas no obstante el verano perpetuo, en el museo particular del doctor González o también en la sacristía y el baptisterio y la sala de trabajo del cura Azcárate. Esto por lo que corresponde a la ascendencia india que donó lo suyo para la frutescente y sin par belleza de la desdichada Primorosa.

—Pero, ¿qué decir de Miguel Villar, olvidándonos por el momento del linaje materno del muchacho Villar? ¿Qué del blasón de sus heridas en los tobillos? ¿No habría que investigar, a la manera del Marqués de Aulestia, don José de la Riva, el linaje de este Miguel Villar, no importa si bastardo, expósito o plebeyo, del viejo apellido castellano o leonés o asturiano, es decir castellano viejo, y en consecuencia (por el momento) sangre limpia y sin escorias hebreo-moriscas, lo cual nos llevaría por un tobogán del tiempo a la Reconquista y a las Cruzadas y Jerusalén y los pederastas Caballeros Templarios y a Mahoma y sus camellos y dromedarios, según tuvieran, respectivamente, dos o una joroba? Y, ¡atención!, porque luego aparecerían en el horizonte brumoso los bárbaros Atilas y después los inevitables romanos y griegos y Heráclito sin poder bañarse diariamente en el mismo río y Parménides con su perfecta y acabada esfera del ser, en tanto los fenicios, ¡siempre fieles a su nombre!, se cagan en Heráclito y en Parménides y en Sócrates, aunque no en la cicuta, ¡no olvide jamás esto!, ah, ah, y más

bárbaros y los lestrigones, y después póngase a traspasar las espesas tinieblas con el único ojo de Polifemo, aunque ya para entonces Ulises haya hecho trizas aquel portentoso faro, de modo que a ciegas confundiremos los linajes, los confundiremos, sí, y perderemos los rastros, ningún templo, ningún Dios sediento de hecatombes, lo cual significará un retorno a la comunidad primitiva, antes que toda familia, por tanto, ¡ningún Miguel Villar se montará a ninguna Sacramento Chira! Porque si usted ha seguido mi espléndida exposición, la vida, por decirlo así, no tiene límites, es infinita y acaso inextinguible. De allí que de aquella hipotética comunidad primitiva tendríamos que remontarnos al antropoide, al viejo jovencito de Darwin, al espécimen aquel, querido amigo, que desde las profundidades de las tinieblas bajó del árbol e irguió su cuerpo y dejó de balancear los brazos y perfeccionó la flexibilidad de sus dedos y recolectó frutos (algunos verdes; otros, podridos; y algunos, venenosos, pero ya se sabe que la experiencia enseña) y se hizo cazador y descubrió (luego de lamentables quemaduras) el poder del fuego y dejó rastros de sí en las cavernas, los primeros murales de la prehistoria humana (porque, ¡entendámonos!, todavía somos sujetos y objetos, actores y pacientes de la prehistoria de la humanidad), y a este antropoide, cuyos sabiondos descendientes, después de estudiar con lupa sus encontradas piezas y sus coprolitos o excrementos fosilizados, habrían de catalogar con el siniestro membrete genérico de *Homo sapiens*, pues no olvide que este antropoide erguido, enhiesto, no solo nos legó el soberbio cerebro generosamente irrigado de sangre fresca y joven y limpia e inocente, sino esta manera elegante de caminar (claro, es un decir) y, digamos, el modelo de ejecución de actos más modestos como el de orinar, acto sin embargo insoslayable y digno de memoria, pues alguna noche, cualquier remotísima noche, mientras fluía su orina copiosa y opulenta y desprovista de impurezas, ya que jóvenes y biselados sus riñones trabajaban a la perfección

y, de pronto, cuando se sacudía aquel órgano, que obviamente utiliza para otras funciones, lo cual sería en épocas posteriores causa de atroces tormentos y remordimientos y perturbaciones de toda índole pero por culpa de monjes, ascetas y moralistas, rencorosos y fanáticos adversarios de los júbilos de la vida (¿sabía usted que Orígenes, el gran padre de la Iglesia Cristiana Oriental, se emasculó, y esto sin ayuda de ningún Santos Villar de su época, terrible holocausto llevado a cabo con el fin de verse libre de las solicitaciones de esta parte o más bien zona o región del cuerpo humano, y que, según propio testimonio, le impedía pensar y dialogar y tener la visión de Dios, y cuánto me hubiera gustado consultar al doctor Freud sobre este acto extremo del patriarca Orígenes, aunque tengo la sospecha de que el pobre perdió soga y cabra, que es como decir, si se me permite la vulgaridad, que ni se acercó a la divinidad y se quedó sin cojones para siempre), los cuales fanáticos, decía, con sus tabúes, códigos, admoniciones y visiones infernales estimularon la lujuria, las fantasías, el libertinaje y las perversiones, entonces, volviendo al antropoide aquel, ¡siempre habremos de volver a él!, decíamos, alguna noche, cualquier remotísima noche, atinó a mirar al cielo nocturno tantas veces mirado rutinariamente pero sin verlo en realidad, y se encontró con un cielo espolvoreado de esperma, un esperma de fuego sólido, petrificado y esplendente y tembloroso, y el antropoide (en verdad mencionado en demasía), el *Homo sapiens*, es decir, usted y yo y él y ustedes y ellos y nosotros (y tú y yo, Deyanira), rompimos a llorar porque habíamos conquistado el don de descubrir la belleza, purificándonos para siempre, ahora estábamos aptos para el amor y para la ternura y para el odio y para la rebelión, redentores y...

—¡Basta! ¡Por dios, basta! ¡Qué joder! Será mejor que me hable del arte, de esa mierda de las formas con que usted y sus congéneres gustan de llenarse la boca. Y volveré a repetirle la pregunta para que se mantenga sobre

la tierra que pisamos: ¿dónde comienza, dónde comenzó o dónde debería comenzar esta historia? ¡Vamos, conteste! Pero sea preciso, claro, no dé rodeos, no se atreva a encalavernarme como gusta tanto machacar.

—¡Imposible! ¡Me niego a responder! ¿No sabe que lo propio del arte, y en particular de la literatura, es el rodeo, la oblicuidad sinuosa o, si prefiere, las figuras geométricas, el anillado, la espiral, la elipsis y aun la circularidad, más nunca la línea recta? Simulacro del caos, parodia del orden, violenta luz solar que ilumina y enceguece la noche inevitable y en verdad trasnochada por las malas metáforas y los símbolos y las alegorías. ¡Bah! Pero tiene usted razón. Dejemos de joder. Hablemos, como usted lo ha dicho de manera insuperable, de esa mierda que llamamos «formas». ¿Me permite pedirle que repita su pregunta?

—¿Dónde coño comienza, dónde comenzó, dónde debiera comenzar esta historia?

Martín Villar, que nunca antes había fumado (si se exceptúa el par de docenas de pitillos de marihuana y las otras tantas jaladas de pichicata durante los meses que intentó hacerse periodista), pidió un cigarrillo para concentrarse. Lo prendió, mas en el momento de dar la primera pitada le soplé al oído recordándole el desdén de los surrealistas acerca del empleo de recursos fáciles de que echaban mano los novelistas mediocres. Y Martín Villar (ruborizado) arrojó el cigarrillo y pensó no en la pregunta ni en la respuesta que debería dar, sino en su experiencia con el sampedro y su periplo (horrenda palabra) por las profundidades de la selva peruana en busca del ayahuasca, y enseguida lamentó haber arrojado el cigarrillo y mandó al carajo a los surrealistas, porque, la verdad, tenía los dientes negros, los dedos amarillentos y las encías escrofulosas por la tandalada de paquetes de

cigarrillos negros que había fumado hasta este momento en que pensaba en la pregunta que le acababan de formular de manera tan amable.

—Piensa, medita, Martín Villar.

Y Martín Villar pensó, meditó, larga y tristemente, mientras su cenicero se llenaba de colillas y el suave viento de la primera madrugada recorría el informe caserío, sin calles y con casuchas dispersas o arracimadas, y la arena anegaba el hule de su mesa de trabajo, golpeaba finamente los tubos de vidrio de sus dos lámparas a querosene, a cuya luz escribía, pues por entonces no había comprado su espléndida Petromax, y también la arena (blanca y dorada por la huella de los alacranes) se le colaba por entre la boca destemplándole los dientes entre cada pitada de cigarrillo.

—¿Había sido una idea, un complejo de sentimientos o una imagen lo que le hizo seguir la historia?

—¿Y cree usted, quien quiera que sea, que sin ese complejo de sentimientos que formaban la sustancia de mi vida y de mi memoria habría emergido la idea o la imagen propiciatoria? ¿Son acaso mías las palabras? ¡Si ni siquiera puedo asegurar que me pertenecen los recuerdos!

—¡No empiece de nuevo a enredar las cosas! ¡Conteste mi pregunta, Martín Villar, o como quiera que se llame!

Y Martín Villar se levanta de su butaca, quiere prestar atención en esta casi madrugada al silbido del viento entre los médanos y a la arena rasguñando los chopos espinudos y a las quinchas de pájaros bobos, apenas repara en el vuelo alocado de una cucamba golpeando las lámparas encendidas, quieto se halla el ciempiés que lleva adherido a su conciencia,

pues lo único que oye en medio del silencio es este aliento cálido, esta serena respiración. Descalzo como está, se acerca al extremo de la estancia relativamente espaciosa donde se encuentra la tarima que desde hace cuatro años comparte con Zoila Chira. Y la oye y la ve dormir: *Mi muchacha, mi discípula, mi casi amante, mi todavía no compañera, ah, la querida, pronto alcanzará la plenitud de sus formas y, un poco después, la plenitud de su espíritu, liberada al fin de esta servidumbre que ella llama «amor» y yo, «seducción», y sus ojos empezarán (¿o ya habrán empezado?) a mirarme con la despiadada lucidez humana, es decir, rasgando y tasajeando mi carne y mi espíritu con el escalpelo y el bisturí y otros instrumentos cortopunzantes que yo puse en sus manos, y empezará a cavilar en la sustancia de su amor o de su afecto y habrá de sorprenderse y preguntarse sobre el porqué de ese sedimento impuro y aparecerá la leve pátina de rencor y quizá de odio, y le diré entonces, «Zoila, China, mi pequeña, ahora eres libre, tiempo es ya de que comience a convertirme en recuerdo cuya textura irá cambiando con los años, con los propios avatares de tu vida, que habrás de vivirla como absolutamente tuya, y descubrirás, con ojos recién nacidos, la absoluta maravilla de tu cuerpo, al que obsequiarás con el puro goce de los sentidos y de la piel, pero sin que ninguna fuerza encantatoria subyugue tu razón y te desvíe del camino que has resuelto tomar y que dará sentido a tu vida, más allá del recuerdo de aquel que acabó con tu candor y perturbó tu espíritu hablándote de la piel de los médanos y del invicto rencor de los Villar».*

—¡Otra vez se distrae usted! ¿Me oye, Villar? ¿O es que se niega a responder? Por última vez, escuche, escúcheme, ¿eh, Villar? ¿Sabe lo que perderá si se obstina en callar? No, no perderá el paraíso que, como creo escribió alguna vez, jamás conoció, aunque fuera expulsado de él. Lo que perderá es la gloria. Le repito: la gloria. La inmortalidad. Mire usted el

firmamento sobre cual parloteaba a propósito de no sé qué gorila que descubrió la inmarcesible belleza mientras meaba. ¿Distingue esa estrella tan rutilante? ¡Una auténtica nova, créame! Pues bien: era la que le correspondía en la inabarcable Vía Láctea, pero su luz se extinguirá si usted persiste en callar. ¿Que no le importa? ¿Considera demasiado pequeño ese cuerpo sideral para la desmesura de su genio? ¿Cree merecer, entonces, el entero flujo de esperma galáctico que compone el llamado por nuestros antepasados Camino de Santiago? ¡Recapacite, Villar! Le doy un minuto para que suelte la lengua y responda a mi pregunta.

Fue entonces que me vi en la necesidad de responder. Y yo, uno de los múltiples *yos* de Martín Villar (no digo que el principal, pues sería pecar de vanidad, pero sí uno de los principales), rememoré la lenta y tortuosa gestación de esta historia. Es imperativo que muestre mis credenciales. Diré que Martín Villar y yo somos uña y carne y, en honor a la verdad, fue él quien me descubrió en los remotos días de la niñez cuando me confirió el papel de su propia sombra, de la cual quería despojarse. Fue, reconozco, una distinción. Un honor, una perenne expiación, una soledad reflejo de otra soledad. Y así devine consejero y guía espiritual, con la aclaración de que, según las circunstancias, me tocó ser ya el ángel bueno, ya el perverso demonio. Antes de concluir esta, por desgracia imprescindible, presentación, debo añadir que, con el tiempo, Martín Villar fue descubriendo o inventando nuevos *yos*, de ahí que en los años de la pubertad y la adolescencia, y me temo que aún bastante después, las personas caritativas, viéndolo hablar y gesticular a solas, creyesen que el muchachito Villar, debilucho, pálido y de mirada inquietante, había perdido la razón. Y no comprendieron que el buen Martín no hacía otra cosa que dialogar y disentir con esta hueste de sombras y espectros que lo acompañábamos y protegíamos a toda hora.

Dejaré para otra ocasión el relato de los años de aprendizaje de Martín Villar (sus voraces, fanáticas y obsesivas lecturas desde que, a la edad de trece años, entró por primera vez en la Biblioteca Municipal de Piura, su extraño y definitivo abandono de los estudios universitarios antes de culminar el cuarto año, sus viajes por los más apartados pueblos de la sierra peruana y sus recorridos por pueblos y aldeas de nuestra selva a través de los grandes y a veces torrentosos ríos, y luego sus viajes a Guayaquil, al puerto de Buenaventura en Colombia, donde Santos Villar contrajera la sífilis, y a Panamá, el mítico Panamá donde los Villar, con millares de peones y trabajadores enganchados de todo el mundo, construyeron el gran canal), hasta que decide establecerse en calidad de maestro rural en el nuevo pueblo de El Conchal. Pasaré por alto la experiencia pedagógica de Villar, e incluso el grave incidente que pudo haberle costado la expulsión del caserío si Zoila Chira, llena de intuición, coraje y sabiduría popular, no zanjara el asunto yéndose a vivir con el maestro y seductor y convirtiéndose en su concubina sin dejar de asistir a clases en condición de alumna. Acaso no resulte improcedente decir que quien soliviantó a los pobladores de El Conchal contra el joven maestro fue la madre de la chiquilla, una mujer de hermosos ojos y manos ásperas que daba pensión y lavaba la ropa del maestro Villar y por las noches compartía su lecho. Zoila Chira acababa de cumplir catorce años cuando, con un pequeño atado de ropas, se fue a vivir con su maestro.

—Humm. Con la madre y con la hija... ¿Y dice usted que solo tenía catorce años la muchachita?

—Sí, sí, catorce años. Pero la anécdota carece de importancia en relación a la pregunta o preguntas que con tanta insistencia usted ha formulado.

Para mi asombro, intervino Martín Villar:

—Pero, ¡¿cómo que no tiene relación?! Por el contrario, fue de las pocas veces que actué como un auténtico Villar. ¿No acabo de contarles cómo mi bisabuelo Cruz trabajaba alternativamente en sendos petates y con sendas hermanitas que eran menores de edad?

Había momentos, debo admitir, en que Villar resultaba un ser desagradable, en particular cuando asumía el rol de cínico y de niño terrible.

Resentido, le dije que si me consideraba un incapaz para responder al señor ¿crítico?, convocara a cualquiera de sus otros *yos*, pero en el momento en que me disponía a desvanecerme para errar entre los médanos me envolvió el cortejo de sombras, espectros como yo, de la atormentada conciencia de Martín Villar. Con una seña me pidieron que observara a nuestro entrañable amigo, de pie ante la tarima viendo dormir a Zoila Chira. Luego, lastimosamente, regresó a su mesa de trabajo y se puso a contemplar, como si fuera lo más importante del mundo, los tumbos y las cabezadas torpes que seguía dando la cucamba en torno a las lámparas, con seguridad las únicas encendidas en todo el caserío en el instante más denso y hondo de la madrugada. *Está bien*, dije, *continuaré*.

Véalo: este es Martín Villar, solo, derrotado y en un inquietante estado de apatía. Puede usted apagar la luminaria que le tenía reservada en el firmamento y permítame decirle, con el mayor respeto, que usted no supo interpretar al confundir la indiferencia de Martín como una manifestación de vanidad enfermiza o de egolatría intolerable. No es que se sintiera con derecho al esplendor, a lo que usted con erudición denominó el Camino de Santiago. Porque, ¿tendré que repetirlo?, a mi buen amigo Martín Villar le bastarán para siempre el recuerdo de los luminosos ojos de Deyanira Urribarri. Y ahora le revelaré la razón del desaliento en que ha caído, y con ello espero también responder sus preguntas.

Mire cuántas páginas ha escrito y ni siquiera ha podido empezar con este capítulo. ¿Sabe usted por qué? Escuche: porque desde hace varios días y noches lo tortura esta duda: *¿No habré errado en la elección? ¿No debí empezar la historia con este episodio?* Pero para que usted me comprenda tendré que volver a los meses que siguieron a su establecimiento en El Conchal, quiero decir, en este caserío: causaba envidia verlo tan lleno de fuerza, de optimismo y de la seguridad absoluta de poder escribir la historia de los suyos, deseo que había surgido no sabía cuándo, pero con toda certeza antes de que supiese la existencia de algo llamado «literatura» o «novelística». Por eso, cuando a los trece años entró por primera vez en la Biblioteca Municipal de Piura y reparó en un título de la colección *Clásicos de la Literatura Universal* de la editorial Jackson, no titubeó en pedir un volumen al bibliotecario, que era, decía él, *un señor de edad madura, bajo, grueso, blancón, de ojos zarcos y con el olor y la apariencia de un borrachín consuetudinario*. Martín Villar siempre se negó a revelar el título de la novela (porque se trataba de una novela) y el nombre del autor. Pidió, pues, el libro, y desde las primeras líneas olvidó la existencia y el hedor de este mundo, hasta que el bibliotecario, ante la total indiferencia del muchacho a sus reiterados avisos de que era ya hora de cerrar, apagó las luces. *Pero cuando me vi de nuevo en la calle*, decía Martín Villar, *supe que algo decisivo había acontecido en mi vida y que, después de todo, esta vida era digna de vivirse*.

¡Si hubiera visto usted la cantidad de cuadernos que escribió en esas primeras semanas! Escribía febril e incansable y a pesar de las lágrimas que le brotaban de los ojos se sentía alegre, jubiloso, dichoso de haber nacido. Trabajaba desde las ocho de la noche hasta las dos de la madrugada y a las siete ya estaba en pie y fresco, y una hora después se lo veía dictar clases a un grupo tan heterogéneo y mixto de alumnos, todos hijos e hijas de campesinos y de tejedores de esteras y petates, a quienes no solo lograba despertar su

atención, sino que los mantenía encandilados. No puedo decirle con exactitud cuánto duró este primer periodo. Lo más probable es que el tránsito del estado de exaltación al de pesimismo y luego al de la apatía y el abandono de sí, se haya producido de manera lenta y paulatina, por lo que no pudimos advertir el cambio sino hasta que cayó en la fase más depresiva. Los cuadernos quedaron abandonados, la veintena de libros que trajo de Lima, casi en su totalidad novelas y fruto de una rigurosa selección, se cubrieron de polvo y de arena y sus clases se tornaron aburridas y comenzó a utilizar métodos autoritarios y represivos. Empezó a beber con los borrachines de la aldea, y por las noches emprendía largas caminatas en dirección a los pueblos vecinos y retornaba al amanecer. Monologaba de manera despótica con nosotros, pero nos cubría de sarcasmos y obscenidades cada vez que intentábamos hacerlo entrar en razón. ¡Si hasta nos amenazó con la destrucción! *¿Ustedes*, nos decía, *formas de mi conciencia? ¿Mis sombras? ¿Espectros de mi alma? ¡Me bastaría un solo pedo para borrarlos de la faz de la tierra!* Fue por esos días que ocurrió el incidente con Zoila Chira.

La vida es sabia: este es uno de los más certeros y espléndidos de los lugares comunes. La convivencia con la chiquilla le proporcionó sosiego y le restituyó lucidez y capacidad crítica. Durante un par de meses se lo vio volver a sus novelas abandonadas, primero hojeó al azar párrafos y aun capítulos enteros, y por fin se quedó con tres novelas (y aunque no estoy autorizado a revelar ni los títulos ni los nombres de los autores, diré por lo menos que una de ellas era del siglo XIX y las dos restantes del siglo XX). Según me confesó (a mí y a los demás, por cierto) ya había leído en su integridad dos y tres veces cada uno de la veintena de libros, pero habían sido lecturas apasionadas, todo corazón, y lo que estaba haciendo ahora, siguiendo los consejos de cierto autor considerado genial y por mí despreciable, era una lectura con la espina dorsal. Y para estas lecturas o relecturas, Villar

empleaba papel y lápiz tratando de descubrir el revés de la trama y su secreto como obra de artificio.

¿Sabías, me dijo unos días después de que terminó la reconcentrada lectura de la tercera de las novelas, *que existen, para ponerte una cifra, mil maneras diferentes de empezar una novela? Pobre aprendiz de brujo,* me dije después de escucharlo. Con el corazón alborotado y ciego furor, como el alocado volar de las cucambas que, atraídas por la luz de las lámparas, chocaban dando tumbos hasta precipitarse en las llamas, así Martín Villar había empezado a escribir incansable y fanático hasta descubrirse encalavernado como en medio de un desierto. Entonces empezaba de nuevo otro cuaderno con la misma exaltación, pero ahora lo que detenía su avance no era la infinitud del desierto, sino un abismo infranqueable, y después el arribar a una encrucijada de vías y el adentrarse resueltamente en alguna de ellas que lo alejaba cada vez más de la meta que se había propuesto alcanzar, sin saber, en verdad, cuál era esta meta y tan distante de la historia que había pretendido contar con el final inevitable de terminar preguntándose si en realidad tenía una historia que contar. Llegó a considerar con seriedad ciertos planteamientos, por entonces en boga, que habían emprendido una erudita, irónica y violenta cruzada para condenar a la hoguera la historia en el arte de la novela, pues, pontificaban, todas las historias habían sido ya contadas. Por orgullo o por lo que fuera, Villar eludió referirse al periodo de pesimismo y abandono por el que había atravesado. Sin el menor remordimiento por los actos desagradables y aun condenables que había cometido, me dijo con llaneza: *Pueden existir mil, o si tú prefieres, diez mil posibilidades de comenzar una historia, pero solo es una la acertada, la auténtica, la indudable y necesaria como un axioma matemático*. Este descubrimiento, tan simple y claro, lo llevó a eliminar novecientas noventa y siete de las posibilidades (o las nueve mil novecientas noventa y siete) y se quedó con

solo tres. Había, pues, avanzado un buen trecho, pero aún no había ganado el combate. Para decirlo con la mayor franqueza, el combate acababa de empezar, y parte del testimonio de esta batalla lo constituyen los varios cuadernos de doscientas páginas escritos y luego abandonados.

—¿Cuáles fueron estas tres posibilidades?

No le hablaré de la alternativa, para decirlo de manera deportiva, triunfante, pues (y esto sin ánimo de ofenderlo) ha husmeado usted lo suficiente entre los manuscritos y lo he visto leer el primer capítulo. Pero lo que sí me parece necesario revelarle es que la elección de este comienzo, ¿le parece poderoso este arranque?, figuraba en último lugar de las tres posibilidades.

—¿Debo entender, por lo que usted me está diciendo, que siempre resultará interesante el relato de la agonía y de la muerte, lentas y dolorosas, de un hombre que estuvo dotado de poder y ejerció el despotismo sobre los demás? Pero, ¿no le parece que mucho más interesante y extremadamente difícil de lograr es la narración de este momento culminante en la vida humana si el protagonista es un hombre irreprochablemente mediocre como el pobre Iván Ilich?

Sí, le decía que ocupaba el último lugar, y las dudas, por momentos angustiosas, que lo asaltaban eran con cuál de los dos episodios debería empezar la historia, si con este bendito capítulo que desde hace varios días intenta escribir o con aquella soterrada imagen que de manera intermitente pero cada vez más imperiosa se imponía a sus ojos y a su corazón tanto en la vigilia como en el sueño.

—¡No se referirá usted a la castración del morueco!

¿Morueco? Ah, sí, este es el nombre que tiene la bestia en España, en Europa y en los diccionarios. Aquí, en el Perú, su apelativo varía con las regiones (¿*bestia* le suena demasiado duro e inconveniente para animal tan pacífico?): *borrego*, *carnero padre, semental, padrillo*. Ahora, en cuanto a su atingencia, permítame decirle que usted está equivocado. O por lo menos solo es aplicable al rebaño tan resignado que va, como si dijéramos, por su propia voluntad al matadero y se tira al suelo y, con una conmovedora mirada de bondad, ruega al matarife que le hunda el cuchillo en la yugular. Pero el morueco, el macho semental, el gran padrillo, es animal indómito y capaz de atacar y cornear, como sucedió con aquel padrillo de los Villar, erigido en el único orgullo concreto de la familia, pues el otro gran orgullo era el huidizo fantasma de Miguel Francisco Villar. Le leeré un breve pasaje en el cual Martín Villar intentó caracterizar al animal.

«Según contaba mi abuelo Santos, el padrillo era un viejo animal irascible, depredador y lujurioso, cuya perversa mirada venía desafiando la autoridad que su progenitor había impuesto a través de pacientes años de despotismo. Ya para entonces había terminado de amanecer y un sol insidioso caía sobre la tierra. Jadeante, el viejo se encontró frente al enorme borrego pero, de pronto, cambiando de parecer, arrojó la nicula con que había castigado a los otros animales, se encaminó hacia la cocina, cogió el cuchillo de matanza y comenzó a afilarlo en la piedra del batán. Tenía la boca reseca, pero afilaba con lentitud y reconcentrado regocijo. Recuerdo que, en sus confusos delirios, mi tía solía maldecir estos momentos que presagiaban el ultraje que iba a sufrir el animal. Al fin, mi primer abuelo probó en una cabuya la

sutileza del acero y volvió al corral donde el animal lo esperaba imperturbable y maligno».

Pero, volviendo a la imagen sepultada (pero latente) y arraigada desde su más remota infancia, acaso desde que mamá Altemira, reiterada y machacona, le refería cada día la historia del linaje paterno para que el niño jamás olvidara al padre que no alcanzó a conocer, la imagen aquella, la imagen propiciatoria, era muy anterior al episodio de la abusiva castración del animal. ¿Considera demasiado violenta esta escena? ¡No sabe cuánto me alegra oírselo decir! Y créame que muchas veces le soplé al oído mi opinión e incluso le advertí que los críticos hallarían cualquier oscuro y pervertido simbolismo. *¿Críticos?*, me dijo con mirada glacial. *¿Te refieres a gentes como el cagón de Oviedo?* ¡Mide tus palabras, Martín! Fue en vano: ni me oyó y había vuelto a sumergirse en el trabajo. En fin, amigo mío, ¿qué alma no tiene defectos? Bien, como le decía, la imagen propiciatoria era otra y primero el churre, y luego el adolescente encerrado en el seminario y después el pedante y disipado jovencito universitario, pensaba a menudo en ella y la hallaba demencial, primitiva, enigmática, sobre todo enigmática, misteriosa.

Era la imagen de un anciano de faz sombría con un trapo rojo atado en la cabeza y tirado en su hamaca guayaquileña. Imposición del silencio e interdicción de toda palabra, del berrido del animalaje y aun del canto de la chiroca. *Nunca se supo*, decía Villar, *la causa o las causas que desataban en mi bisabuelo estas torrentadas de furia incontrolable y de amargura espesa y honda, ni cuánto duraría la cuarentena de silencio que se abatiría sobre la casa sin amor de los montaraces descendientes de Miguel Villar*. Pero todos temblaban cuando el señor padre se ceñía en la cabeza aquel rojo emblema del rencor. *La jornada empezaba,* le escuché muchas veces al buen Martín, *con el minucioso flagelamiento de la madre y los hijos*, pues, salvo Primorosa

y Santos, el hijo preferido, nadie escapaba a la cólera paterna, que con furia creciente arremetía contra los perros, los gatos, los cerdos y los burros, hasta aquella mañana en que alcanzó la insólita apoteosis con la castración del hediondo y desafiante padrillo.

Y evocando esta escena, que podía ver, oler y palpar físicamente, fue que Martín decidió empezar la historia con el cúmulo de asociaciones y sentimientos que generaba la recreación de esta imagen. El capítulo (que finalmente desechó) culminaba con la castración del carnero padre, con el cual debió trabarse en salvaje lucha el hijo Santos, que conquistó para siempre la primogenitura en el inclemente y duro corazón de Cruz Villar. Me permitiré leerle uno de los pasajes culminantes de este episodio:

«La emasculación del animal deparó alguna calma al padre de los Villar. Sin apenas lavarse la sangre que le había chorreado por la cara y las manos, se amarró el trapo rojo a la cabeza y se tendió sobre la hamaca. Transcurrieron lentas y pesadas las horas durante las cuales el viejo caviló en la miseria de vida que le había tocado vivir. Después se quedó dormido. Soñó que su réprobo Matancero, nieto maldito y por ventura estéril de aquel engendro de gavilán y gallina de pelea, obtenido quién sabe con qué ardiles y artes por su churre Santos, volvía a clavarle la espuela en el corazón y luego picotearle y comerle los ojos al hasta entonces imbatible manzanillo del jefe del destacamento chileno, que pronto sería el poseedor de la mejor casta de gallos de pelea de la región. Despertó con una sensación de remordimiento y orgullo, y entonces fue que vio a Primorosa en trance de bañarse. Me gusta suponer que el viejo debió contener el aliento, y que su fatigada sangre fluyó con inusual vigor por el lugar donde él había afrentado al soberbio semental. Fascinado, vio que la muchacha, con una tutuma, sacaba agua fresca de la tinaja y enseguida se la vertía desde la raíz del cabello. Como habría de

referirle muchísimos años después a mamá Altemira, Primorosa trató de controlar la delicia que le producía el agua por temor a despertar al padre, tan terrible y ajeno, del pesado letargo en que parecía hallarse. Procuraba también no pensar en el áspero cosquilleo del fustán adherido a la suavidad de su piel. El agua había terminado de desnudarla y mi bisabuelo descubrió que su hija había dejado de ser la desabrida churre de todos los días para convertirse en una mujer de turbadora belleza. Y, luego, como en una iluminación, descifró el vaticinio que años atrás le hiciera el sampedro por labios de su hijo Santos».

Villar escribió una treintena de páginas más y las diez últimas le demandaron un esfuerzo inusual, pero de súbito tuvo la convicción de que había errado el camino. Por disciplina, terminó de relatar la anécdota que estaba refiriendo y luego dejó de escribir. No, no, mi amigo, esta vez no fue presa del desaliento, salvo que quizá sintiese algo de fatiga. Bien, si usted prefiere llamarlo así, convengamos en que dejó descansar los manuscritos para, después de un tiempo prudencial, volver a leerlos con ojos distanciados y críticos. Sin embargo, lo que hizo fue reiniciar sus caminatas nocturnas, pero ahora acompañado por la pequeña Zoila Chira. ¡Cuántas veces no recorrieron en altas horas de la noche las deprimidas calles de Congará! ¡Cuántas veces no se deslizaron por las ventanas mal tapiadas de la erosionada y anegada de arena mansión de Benalcázar, guarida ahora de zorros y murciélagos! Con la linterna de ferroviario, Martín guiaba a su conviviente y discípula por el corredor de las estatuas, ahora mutiladas, decapitadas; la cabeza sin cuerpo de una Palas Atenea tirada en posición yacente los miraba con sus ojos de mármol mellado; la condujo al gran salón invadido de arena que penetraba por las quebraduras del cielorraso de azulejos; cogiéndola de la mano subieron por una de las escaleras con el

barandal astillado y a trechos roto, el revestimiento de mármol de las escalinatas había desaparecido; le mostró las recámaras del dueño y de los huéspedes mayores y, con el corazón hincándole, le enseñó el aposento que hubiese ocupado Primorosa Villar; por último, la llevó a la terraza de occidente desde la cual, en su silla de ruedas y provisto de potentes binoculares, contemplaba el pueblo, los médanos, el tablazo. Ahí, recostado en el zócalo junto a la chiquilla, sintió la germinación de una imagen. Cuando estuvieron de nuevo fuera de la mansión en ruinas, Villar apagó la linterna y la Chinita le cogió la mano y se la puso en el pecho. *¿Siente cómo me late el corazón?*, le dijo. *Sentí miedo, maestro Martín*. Al volver al caserío empezaba a derramarse la primera luz de la segunda madrugada.

—¿Y qué pensó Martín Villar cuando, después del reposo suficiente, volvió a leer el manuscrito?

No hubo tal nueva lectura. Fue usted, si no recuerdo mal, quien sugirió que el pichón de escritor, dejase reposar los manuscritos para una posterior lectura, fría y objetiva. Tiene usted razón: yo acogí su indicación como una suerte de hipótesis y, con el perdón de usted, para no interrumpir el hilo de mi relato. En cualquier forma, mil perdones. No, no, Villar no leyó otra vez el texto, pues había comprendido (creyó haber comprendido) que lo importante era tratar de descubrir el porqué de aquel hábito. ¿Simple extravagancia?, ¿influencia del cambio de luna sobre el rudimentario cerebro de un viejo?, ¿caída temporal en la locura? Y, sobre todo, ¿qué pensaba durante aquellos periodos asfixiantes?, ¿qué imágenes, figuraciones y sentimientos lo acosaban?, ¿perseguía la revelación de un secreto? Villar optó por convertir esta imagen enigmática en una suerte de *leit motiv* o motivo musical que aparecía aquí y allá a lo largo de los diversos capítulos.

—Convengamos, entonces, en que el bisoño escritor echó mano del viejo recurso del suspenso.

¿Búsqueda de un suspenso? Quizá. Pero yo no sería tan rotundo en afirmarlo. No se trataba de una mera argucia formal. Recuerdo que, una vez, los de la numerosa guardia pretoriana que cuidábamos de su conciencia le planteamos que lo que él andaba buscando era su identidad. Perdóname: nos mandó al carajo, sosteniendo que sabía de sobra quién era él y, una vez más con su venia, de dónde chucha procedía y hacia dónde chucha enrumbaba su vida. Pálido de ira, habló largamente. No considero pertinente hacer un recuento minucioso de aquel estallido. Pero en un momento de su parloteo dijo que, desde luego, buscaba formas y perseguía evocar, *sobre todo, evocar*, *recrear*, afirmó ciertas voces, tanto las voces de los suyos como las de un pueblo, pero todo ello mientras reconstruía, cruda y sin atenuantes, la historia de un agravio, de una herida, que se remontaba más allá de la venta de Primorosa Villar al todopoderoso hacendado Odar Benalcázar. De súbito dejó de hablar, se levantó de la butaca, lo vimos salir a caminar en dirección a Congará (nosotros tuvimos que apretar el paso para darle alcance y menos mal: había luna llena), se sentó en la más alta de las dunas, como muchísimos años atrás lo hubiera hecho el Moñón Inocencio. Nuestra ingravidez de sombras nos permitió sentarnos en silencio a su alrededor, y extrañamente su rostro parecía, al mismo tiempo, iluminado por la gracia y ensombrecido por toda la amargura de la vida. *Sí*, nos dijo como si todo el tiempo hubiera estado hablando con nosotros, *porque lo que en verdad quiero contar es la historia de un estigma, de un agravio. ¿No les parece que lo más estimulante y coherente es empezar relatando la muerte de Santos Villar y reunir allí, en el velorio, a todos los hermanos sobrevivientes y presentar el vendaval de pasiones que esta muerte desencadena entre los hermanos? Empezaré de*

nuevo con este acontecimiento, volveré a indagar, trataré de descifrar las figuraciones que no llegué a comprender la noche que fui donde don Asunción Juares y rogaré a los dioses del entendimiento y la memoria que me permitan penetrar en la ruda, arisca y acongojada conciencia de Cruz Villar, el viejo. Y así fue. Mi amigo empezó a llenar cuaderno tras cuaderno, hasta el momento en que recrudeció la pústula de la duda preguntándose al fin si en verdad su elección fue la acertada, la única posible, la necesaria.

—Debe ser desalentador que después de haber escrito más de quinientas páginas (descartando los cuadernos iniciales y prematuros) dudemos si el camino elegido es el camino correcto. Pues en el arte el camino equivocado conduce al fracaso y en la vida, de manera especial, elegir un camino equivocado resulta funesto, irreversiblemente funesto y condenable por las consecuencias que determina. Pero, ¿qué acto, qué ansiedad o qué visión determinó sus dudas?

Recuerde, por favor, la noche en que, con una linterna de ferroviario, Villar y la pequeña Zoila se introdujeron en la devastada mansión de Odar Benalcázar. No insistamos en el recorrido por aquellos pasillos y estancias de desolación. Concentrémonos en el momento en que maestro y discípula se apoyan en el zócalo de la terraza desde donde el paralítico Benalcázar, con sus binoculares, contempla las ruinas de Congará, solo equiparables a las ruinas de su propia vida y de la mansión que soñó resistente al tiempo. Martín Villar no tiene prismáticos ni potente catalejo, pero posee una lente infinitamente más poderosa: la memoria. Pasada la medianoche, la una, las dos de la madrugada, unas pocas y empañadas estrellas en el cielo, y, de pronto, de algún desván, de alguna cantera inexplorada de la memoria, ve el sol de las dos de la tarde fustigando a Congará y al osario de médanos que lo

rodean. Pero esto no es lo más importante, lo más importante es la parada del tren en el cobertizo que sirve de estación. Desde hace muchos años Congará ya no es escala obligatoria del tren, pero ahora desciende una insólita pasajera vestida de tules, sombrero de seda de ala ancha, borceguíes, un quitasol floreado, el maquillaje ocultándole su belleza y cargada de baúles. Fue la primera revelación, y a Martín Villar le sudaron las manos, dos certeras puñaladas en los riñones y el fresco viento de la madrugada impotente para liberar sus pulmones y garganta de la asfixia. Desde entonces no hizo más que pensar en la visión, ¿era una de las visiones herméticas que tuviera en la cabaña de don Asunción Juares?, ¿o databa de una conversación oída en los remotos años de la primera infancia? Una madrugada se despertó sediento, abandonó con cuidado la tarima para no despertar a la China, bebió agua de la piedra de destilar, se refrescó la cabeza y el rostro, prendió una vela y buscó entre los libros la *Orestíada* de Esquilo y leyó de un tirón y con un renovado y pasional deleite *Agamenón*, la primera y más intensa de las piezas de la trilogía. Sí, era la idea del *nostos* griego, del retorno azaroso y trágico al hogar y al reino abandonado, después de haber marchado a reivindicar el honor perdido y alcanzar gloria con la destrucción de la sagrada Ilión. Cuando terminó la lectura se había consumido la vela hacía mucho rato, pero la luz entraba ya a raudales y la pequeña Zoila le alcanzaba el pocillo con el café de garbanzos y un tizón para que prendiera su primer cigarrillo matinal. Bebiendo a soplos el ardiente y exquisito café, le dijo a la chiquilla: *Te diré quién era la extraña mujer que descendió del tren aquella lejana tarde de la que te he venido hablando tanto durante estos días. Era Primorosa Villar que retornaba a Congará después de veinte años para cobrar venganza*.

—Y, claro, como les sucede a los escritores novatos e indisciplinados, se puso a escribir de manera desaforada sin importarle echar a perder la carta de

navegación que se había trazado.

Lejos de mí, ¿y de nosotros?, pretender llevarle la contra. Pero no; no fue como sugiere usted. Villar era temperamental, intuitivo y detestable cuando se lo proponía. Pero estos rasgos correspondían a su personalidad. Y entonces ya había aprendido que en el arte novelesco se conjugan la verdad con el artificio. De modo que lo primero que hizo fue ir no solo a Congará a recoger testimonios, sino que se encaminó a Tamarindo a buscar al tío Luis, a quien no había vuelto a ver precisamente desde la muerte de la pobre y rematadísima tía Primorosa. Vivía en las afueras de Tamarindo y en las lindes de Cerro Mocho. Después del reconocimiento de la vivienda, el joven hizo estas rápidas anotaciones:

«La pobre cabaña del tío Luis no la olvidará Martín Villar mientras camine por este mundo. El más indio de los hermanos Villar: silencioso, taciturno. Como la mayoría de los congareños de la siguiente generación, sus hijos e hijas (estas con sus maridos) habían ido a trabajar a la zona petrolera de Talara. Por el camino me dieron razón de que solo una de las hijas vivía con su segundo marido en La Huaca. Las hojas de la puerta estaban juntadas con una cabuya. Era una construcción de cañabravas y techo de paja trenzada revestida por una torta de barro mezclado con yerbas secas y pajas. Una sola habitación espaciosa de tierra apisonada le servía como sala, dormitorio y depósito. El hueco abierto en una de las quinchas laterales resultaba exiguo, de modo que la habitación era oscura y las vaharadas de estiércol de animales que provenían del corral impregnaban todas las cosas. Una pequeña puerta daba acceso a la cocina y unos camotes se hallan bajo el rescoldo del fogón. La mesa parecía ser de palo santo sin pulir y ennegrecida por el humo y la mugre, y dos gruesos horcones servían como asiento. En un extremo había

una tinaja de agua y, en el otro, un cántaro con la boca cubierta con viejo tocuyo. Pasando la cocina estaba el corral, limitado por estacas de zapote. Solo unas pocas cabras y un cerdo encerrado en un chiquero. Mirando toda esta pobreza me pregunté si de verdad yo pertenecía a este mundo».

Había retornado a la puerta, pero la dejó abierta y se sentó en uno de los pedrones que había bajo el alero. Al caer la tarde distinguió a lo lejos a un hombre ensombrerado montado en un burro que marchaba con infinita lentitud, no en relación con la velocidad de la luz, sino con cualquier cabalgadura que trotase a paso lento por todas las tabladas y arenales del mundo. Por fin, campesino y animal llegaron. Martín Villar se levantó para ayudar a bajar al anciano, quien, al quitarse el viejo sombrero de paja, dejó al descubierto una cabeza de indio de pelo clinudo con apenas unas pocas canas. El tío Luis escudriñó el rostro del joven y los ojos se le llenaron de lágrimas. *¿Inocencio?*, dijo por todo saludo. Y Martín creyó descubrir toda la historia de su linaje en los pies descalzos del tío Luis.

—¿Inocencio?

Sí, el Moñón Inocencio, Inocencio Villar, el hermano predilecto de Primorosa, hallado muerto, medio devorado por las bestias del monte años después de las pestes. No era la primera vez que confundían a Martín con aquel tío alucinado que, había escrito Martín Villar, nunca maduró ni envejeció, como si el tiempo y los dioses le hubieran concedido una adolescencia incorruptible y perenne. *No, tío Luis*, le dijo el joven, *soy Martín, el nieto del que fue don Santos Villar*. ¿Que si decepcionaría al comprobar que no era el hermano querido? Le responderé con las palabras que en más de una ocasión le escuché decir a Martín: *Puedo ser capaz de*

intuir e imaginar lo que piensa o siente cualquier criatura, sea animal u hombre, pero la mente y el alma del tío Luis me resultan impenetrables. Ahora, escuche esto: no invitó a su sobrino a entrar a la casa y con parsimonia condujo al piajeno por la parte lateral de la casa al corral cercado con estacas. No; no se sintió ofendido Martín ni se impacientó: conocía lo suficiente el carácter huraño de los Villar. Miró, primero, en dirección a Cerro Mocho, luego, hacia Amotape (tierra, recuerde usted, de su abuela Isabela Victoriano) y, por último, extendió su vista hacia el fondo donde se divisaba una cadena de cerros azulinos. Eran las primeras estribaciones de los Andes y por allí la tierra era pedregosa, de despeñadero y pelada. Villar había recorrido esa zona y había pasado unos días en Pilares, en la línea fronteriza con el Ecuador. El tío Luis había reaparecido por la puerta de la cabaña con una vasija repleta de chicha y un cojudito, y esperó que el sobrino terminara de recorrer con la vista aquellos lejanos parajes. Pero Martín, nos aseguró, sintió la pesadez de los ojos del tío Luis y volteó y se encontró con la grave y taciturna presencia de aquel tío, cuyo destino, ahora recordaba de manera nítida las palabras que creía olvidadas, era el de dar sepultura a sus hermanos. *Brindemos*, le dijo, se sentó en el otro pedrón, colocó la vasija entre los dos y con el cojudito bebió la chicha y luego hizo lo propio Martín. Mi amigo, disculpe, pero otra vez supone mal. Martín conocía suficiente de la índole de su tío como para importunarlo a preguntas. Se abstuvo de fumar y ofrecerle un cigarrillo, por temor a ofenderlo. Así lo tomaban las gentes de antes. De modo que bebieron en silencio y, poco antes de terminar de consumir la chicha, el anciano se excusó y entró en la casa. Demoró antes de volver y después del último brindis lo invitó a entrar y a servirse una pobreza. En la mesa humeaban los camotes y, en sendos mates, echó porciones de zarandajas y trozos de caballa salpresa pasada por agua caliente. Tampoco conversaron durante el yantar, y Martín procuraba imaginarse esta misma

cena con los once hermanos juntos, las dos madres de los Villar (Trinidad y Lucero Dioses) y el padre Cruz Villar presidiendo la mesa. Había ya oscurecido cuando el tío Luis prendió el candil. Pasaron a la habitación y el tío Luis desenrolló un petate sobre el que extendió unos cueros de carnero y lo invitó a descansar. Enseguida, él (el tío Luis) se acostó sobre un petate desnudo y, después de unos instantes, apagó el mechero. Quedaron en silencio y a oscuras y con los zancudos martirizándoles cara y extremidades. Pero ninguno de los dos dormía. Entonces, el tío Luis le dijo: *¿Por qué te acordaste de este viejo? ¿Qué es lo que la sangre te ordena saber?* Martín meditó largo rato antes de formularle las preguntas. El tío Luis, a su vez, entre grandes pausas le fue respondiendo de manera concisa y lacónica. El joven puso toda su atención con el fin de grabar en su memoria no solo las frases o las palabras, sino también el matiz y la textura de la voz. Después le volvió a formular una de las preguntas que creyó que el tío había olvidado. El anciano permaneció en silencio y el joven sentía la respiración algo agitada de su tío. Por fin, el tío Luis dijo: *Es hora de dormir sobrino*. Y tras un dilatado silencio, añadió: *En cuanto a tu curiosidad, no tengo potestad para responderte*. Minutos después lo sintió dormir, pero Martín tardó en conciliar el sueño, pues las breves y cortantes respuestas de su tío estimularon la memoria, concitaron asociaciones y su imaginación se pobló de figuraciones. Le pareció haber dormido apenas unos instantes cuando el tío Luis lo despertó. Brillaba el lucero del alba y los animales alborotaban en el corral y los establos próximos. El joven se lavó la cara y las manos antes de sentarse a la mesa donde el tío Luis le había puesto una calabaza con leche de cabra recién ordeñada, un pocillo de toronjil y una lapa de camotes. Tío y sobrino tomaron el desayuno en silencio y el anciano insistió en acompañarlo hasta el embarcadero del Chira, donde una balsa transportaba a los caminantes de orilla a orilla. *Mi corazón me dice que todavía volveré a verte. Pero ahora*

anda con Dios, sobrino. Mientras la balsa avanzaba entre las aguas, maniobrada con una pértiga por el balsero, Martín alcanzó a ver al tío Luis diciéndole adiós con su viejo sombrero.

—Bueno, con los testimonios recogidos en Congará y los datos escuetos pero invalorables que le proporcionó el tío Luis, Martín Villar poseía el material suficiente como para empezar a escribir el nuevo capítulo. ¿Fue entonces que lo asaltó la duda acerca de si había acertado con el comienzo de la historia?

Sí, en efecto; pero debe añadirse que, junto con estas dudas, se le presentaron con semejante intensidad problemas que de alguna u otra forma había soslayado a lo largo de todas las páginas que llevaba escritas. Sin embargo, por primera vez lo acosaron con la fuerza de un imperativo. Para ser más precisos, se halló frente a dos tipos diferentes de problemas. Los primeros atañían a la esfera de la teoría y el conocimiento; por ejemplo, ¿qué relación existía entre la ética y el arte en general?, ¿hasta qué grado la invención podía transgredir la verdad de los hechos? o, en suma, ¿que era una novela? De manera prudente, claro, desde mi punto de vista, Villar dejó en suspenso estas cuestiones para desarrollarlas en el capítulo siguiente (que sería el último, finalmente), o bien en un libro posterior. De modo que se concentró en los problemas que tenían que ver con eso que los críticos llaman «la forma», «la estructura» y «la técnica». ¿Comparte mi opinión de que Martín hizo bien en tomar esta decisión? ¡Cuánto me alegra, créame, que coincidimos en este punto! Pero no fue tan fácil para Villar, pues llegó un momento en que creyó percibir que toda la arquitectura de la obra, le ruego que sea comprensivo con esta pedantesca comparación, reposaba sobre bases precarias como la mansión de Benalcázar, construida, según la humorada de

Boulanger, para resistir al tiempo y los vendavales de arena, pero inerme y desguarnecida para enfrentar los embates de las pasiones humanas. Villar se sabía demasiado intuitivo y pasional como para aspirar a la perfección y, a manera de autodefensa, solía decirme que la perfección era atributo de los escritores menores. Me atreví a refutarlo: *Pero, ¿acaso no me has alabado tantas veces la perfección de La Odisea?* Martín me miró con odio, con furia asesina. *No te mato, so hijo de perra, porque todavía es demasiado pronto*. Como ya me estaba hartando de su despotismo, le dije: *¿Demasiado pronto para suicidarte, eh, Martín Villar?* Sí, amigo, mío, reconozco que fue una provocación, pero, ¿no encuentras repudiable apelar a la demagogia para ocultar o justificar la propia impotencia o la posesión de un talento de segundo orden?

—¿Sentía Martín Villar una admiración especial por *La Odisea*?

¡Pero si se sabía cantos enteros de *La Odisea*! ¡Pero si nunca dejaba de lamentarse de haber leído demasiado tarde esta auténtica novela! *Fíjate*, me decía con los ojos brillándole de emoción, *en su maravillosa composición. Nada menos que cinco cantos para hablarnos de una ausencia y crear una expectativa con la aspiración de los pretendientes (hombres vulgares y carentes de heroísmo) a la mano de Penélope. Por fin, in media res, aparece el protagonista y luego, ante la corte del rey Alcínoo, en un espléndido flash-back, el relato de sus aventuras y desventuras errando por mares intrincados por el castigo de los dioses. Por último, prosigue su viaje de retorno a Ítaca (y cuántos matices delicados, dramáticos y líricos) hasta alcanzar el espléndido clímax con la muerte de los pretendientes*.

—Entiendo. Villar llegó a pensar que un mejor comienzo habría sido con la enigmática mujer que retornaba después de veinte años a cobrarse venganza, pero cuidando de no revelar su identidad hasta el momento climático.

Sí y no al mismo tiempo, mi apreciado amigo. Con o sin razón, con o sin fundamento, Martín Villar despreciaba el recurso del suspenso basado en la omisión de ciertos hechos o en el ocultamiento de la verdadera identidad del protagonista o de alguno de los personajes importantes de la ficción novelesca. ¡Por cierto, amigo mío, estaba en contra del padre Homero que empleó este recurso con pertinencia y de manera magistral! ¡Ah, tantos pasajes que podríamos evocar ahora! No obstante esto, Villar (que dicho sea de paso había devorado un buen número de novelas policiales y de espionaje) desdeñaba el suspenso o, para ser menos enfático, esta forma de suspenso, pues a él le interesaba estudiar la conducta, la conciencia y las motivaciones más ocultas de la criatura humana; le apasionaba revelar el haz de relaciones sociales, es decir, el reino de la necesidad y de la libertad, y, por último (pero, ¿de verdad por último?), la página en blanco constituía una incitación a la exploración, en especial, la exploración verbal. Por eso usted, lector avezado, se habrá dado cuenta de que ya en el primer capítulo el narrador expone de manera concentrada la totalidad de la historia con sus diversos temas y motivos, del mismo modo que presenta los personajes que desempeñan un rol considerable en el conjunto de sucesos, y aun ejecuta una especie de muestreo general del carácter verbal que tiene toda narración. ¡De acuerdo! ¡Chóquela! Esto último de manera incipiente y con alguna torpeza. Ahora, consideremos el plano de la historia y los personajes, y pongamos como ejemplo a Primorosa Villar, ¿acaso desde el primer capítulo no se nos muestra en escorzo toda la trayectoria vital de esta mujer de funesto destino?

Recuérdela: ahí está la chiquilla, ahí está la doncella de turbadora belleza vendida a Odar Benalcázar, ahí están el goce y el desarreglo de los sentidos, ahí están su huida indecorosa y su retorno vindicativo, y ahí la vemos en hundimiento, demencia y decrepitud. No, no le interesaba a Villar (por lo menos no de manera central) el suspenso. ¿Que qué, entonces, impulsaba el desarrollo del relato? Había aquella imagen propiciatoria del anciano tendido en una hamaca con el trapo rojo amarrado en la cabeza. Después, a medida que avanzaba, un poco a ciegas, el descubrimiento («la epifanía» la llamaría Joyce, y Proust, «la memoria involuntaria») de que lo que estaba indagando era la historia o el origen de un agravio que se había consustanciado con la conciencia de todos los Villar del mundo. Pero también era el proceso de expiación de una culpa: la culpa de Martín Villar por haber pretendido negar y ser desleal con la sangre cargada de rencores y potencialidades de los Villar. No es preciso insistir que en esto último puso lo suyo el recuerdo de Deyanira Urribarri.

—Bien, pero si no pretendía crear suspenso ni crear expectativa con el retorno de Primorosa Villar, ¿por qué pensó que con este episodio debió dar comienzo a la historia?

La parada del tren al cabo de tantas lunas y puestas del sol en la abandonada estación de Congará y la bajada de una mujer de excéntrico atavío y cargada de baúles, le parecieron a Martín imágenes sugestivas, tanto como el emblema del rencor usado por el viejo Cruz Villar. No mayor de cuarenta años, la mujer era hermosa y provocativa, pero el acentuado maquillaje, señala el joven narrador, hacía de la suya una belleza tendenciosa, desafiante y depravada. Martín Villar escribió a continuación:

«El maquinista jaló una cuerda y la locomotora emitió un largo y estridente pitido que perturbó la siesta de los congareños. Los caldereros con lampadas de carbón vegetal alimentaron la caldera que, combustionada, puso en ebullición el agua produciendo el vapor. Giraron los émbolos para la energía liberada, penachos de humo arrojó la chimenea que la violencia del sol difuminó, rotaron sobre los rieles con chirridos ferrosos las ruedas, mi corazón trepidó al compás del tren puesto en movimiento, el maquinista, que contra todo reglamento recibió la orden de hacer una breve escala en el fantasmal Congará, no fue el único en asomar las narices por la ventana: lo mismo hicieron los pasajeros, hombres y mujeres, de primera y segunda clase, quienes, a medida que el tren avanzaba, veían empequeñecerse la figura de la mujer. *¿Quién era esta mujer que viajaba en primera clase? ¿De qué país de perniciosas maravillas provendrá? ¿Por qué oculta su belleza, tal vez, algo marchita, detrás de la mascarilla de los afeites? ¿Por qué, más que reservada, se mostraba displicente con los pasajeros, si bien más con las mujeres que con los hombres? ¿Y la seda y los tules y el sombrero y los borceguíes y la sombrilla floreada? ¿Y las uñas filosas y esmaltadas que quedaron al descubierto al despojarse de uno de los guantes? ¿Y el perfume que aromaba el compartimiento recalentado y el cuero de los asientos? ¿Por qué esa falta de recato al fumar cigarrillos aromáticos en su larga cachimba de marfil vegetal labrado y con incrustaciones de oro y plata? ¿Por qué la miraban con codicia nuestros hombres y maridos? ¿Por qué nuestras novias y mujeres le dirigían miradas cargadas de odio y envidia?* Ahora que el tren ha dado la curva y los pasajeros que bajarán en la próxima estación de La Huaca preparan sus valijas y cachivaches, las novias dan de pellizcos a sus novios y las mujeres castigan a codazos las costillas de sus maridos, pero más puede el deseo de chismorrear y, minutos después, mujeres y hombres se entregan a un sabroso cónclave de conjeturas y suposiciones en torno a la

extraña y, suponen, nada santa mujer. Entre tanto la mujer, bajo el hangar o cobertizo, ruinas de lo que antes fuera la estación de Congará, permanece sola un buen rato auscultando en la lejanía el pueblo que ahora le resulta desconocido. *¿Dónde está aquel gran bosque que refrescaba la vista y ceñía como una muralla verde a Congará?* A lo lejos, bajo el único árbol del extenso erial que tendrá que atravesar, ve a un hombre, más bien un guiñapo humano, ¿durmiendo?, bajo la esmirriada sombra de un algarrobo. Por el momento tendrá que dejar sus baúles, se dice y enseguida, abriendo el quitasol floreado, empieza la travesía de aquella tierra estéril. Había decidido acercarse al hombre para hacerle las indispensables preguntas, pero desvía su marcha al divisar a un niño que viene corriendo tras un perro negro. El niño acorta la carrera al divisar a la mujer y esta con un gesto le pide que se acerque. La mujer sonríe por primera vez desde su arribo a Paita y le pregunta por qué persigue a ese perro negro tan feo. El muchachito, sudoroso y acezante, le responde: *Tengo que seguirlo hasta que cague para recoger su caca. ¿Caca, mierda de perro negro?*, dice la mujer sorprendida. Pero no tiene tiempo para hacerle otras preguntas, pues el churre, pidiéndole disculpas, echa a correr antes de que el perro escape de su vista, aunque ella alcanza a gritarle que después cuide sus baúles. La mujer reemprende la caminata, mas reflexiona y dirige sus pasos hacia donde antes quedaba el cementerio. Tiene que cruzar los rieles y ahora la textura de la tierra comienza a cambiar y luego de una zona fronteriza empiezan los primeros médanos. Los borceguíes se hunden en la arena impalpable y el jodidísimo sol recalienta el frutescente sombrero de alas anchas de la mujer. Entonces, el cementerio se impone a su vista. ¿Sensación de vacío en el vientre, estremecimiento de la sangre, desaforado ritmo del corazón? Unos pasos más allá ve una silueta de mujer que, saliendo del camposanto, viene hacia ella. He aquí», continúa Martín Villar, «dos mujeres de apariencia diametralmente

distinta. La forastera mira a esta mujer que debió nacer envejecida, feúca pero no repelente, algo encorvada eso sí, vestida con el hábito de las carmelitas, medias de algodón color carne en las piernas y pañolón negro gallinazo cubriéndole la cabeza. ¿Existe algún lazo que una la vida de estas dos mujeres? Vamos, Martín Villar, ¡no bromees! Pero sí, sí lo hay: el mismo miembro viril horadó por primera vez sus carnes y profanó sus hímenes sagrados. Al acercarse a la extraña, Petronila Jaramillo se santiguó una y otra vez, pues desde siempre sabe que infinitas son las formas en que se encarna el enemigo. Las dos mujeres frente a frente, bajo el fuego del mismo cielo y soportadas por la misma tierra. La forastera tiene que gritar varias veces para que la beata oiga y comprenda las preguntas. *¿La tumba de los Villar?*, dice al fin Petronila Jaramillo, y vuelve a santiguarse. Mira la mascarilla de la pecadora (*solo una pecadora, una magdalena*, piensa, *podría pintarse así el rostro*) y duda una considerable porción de tiempo, medible por el cambio de las sombras proyectadas por sus cuerpos sobre la arena. Caritativa después de todo, la beata Petronila informa a la forastera lo que todo Congará sabe: que los Villar (y le menciona el nombre de los que murieron durante y después de las plagas y la peste) erigieron su propio cementerio bajo el arenal que queda a una hora de camino del bendecido cementerio de Congará. Petronila Jaramillo agrega aún: *Quisieron que sus restos reposaran como sus antepasados gentiles*. También le informa que, para evitar que las arenas cubrieran las tumbas, el hermano Luis plantó vichayos, oberales y zapotes a manera de cerco, pero solo sobrevivió un zapote, deshojado y de reseco ramaje que los congareños denominan Árbol del Sol porque, desde los médanos y a mediodía, las secas ramas irradian a la manera como los pintores churriguerescos representaban al astro rey. La forastera la interrumpe y le pregunta a gritos si todos los Villar muertos, padres e hijos, están enterrados en la misma fosa. La beata se hace repetir la pregunta y le dice que no, que

Luis hizo colocar pedrones graníticos con las iniciales de cada quien y el día y el año del fallecimiento. La Jaramillo, reparando en que la forastera no lleva ni el menor ramo de flores entre las manos, le pregunta por qué, si quiere visitar estas tumbas, no lleva siquiera una flor. La forastera, elevando la voz, le dice que mañana formará la más hermosa ofrenda floral para colocarla en la tumba de Inocencio Villar. Y agrega con el mismo tono de voz, pero con un énfasis de odio: *Ahora solo escupiré sobre la tumba del perverso hombre que me engendró*».

Hasta aquí llegaban los primeros apuntes de Villar, que luego juzgó deficientes y dejó de lado, sobre el retorno vindicativo de Primorosa Villar al castigado y ruinoso pueblo de Congará.

—Admito que la imagen era sugestiva y se prestaba para un típico arranque novelesco *in media res*. Pero, ¿por qué acabar tan pronto con el suspenso?, ¿por qué desgarrar esta atmósfera de expectativa que estaba creando?

Usted olvida que Villar carecía aún de oficio y no tiene en cuenta que, como todo escritor juvenil, pretende descubrir el universo, ser original, etcétera, y siente pavor pánico si se ve en la necesidad de emplear recursos que, con dogmatismo y espléndida ignorancia, juzgaba convencionales. Pero acierta usted en cuanto a comenzar la narración por la mitad de la historia. Esta idea fue una tentación constante, y revoloteó tanto en su mente, que convocó en pleno a su guardia pretoriana, por cierto, no para dialogar, sino para que escucháramos sus monólogos y divagaciones. ¡Le repito que por momentos Martín Villar era insoportable!

—O sea que nunca llegó a desechar del todo este presunto comienzo.

No; nunca, nunca. Tanto, que cuando puso punto final a su ficción novelesca le quedó una especie de sarro en el alma, una nostalgia, la sospecha de que pudo escribir un libro algo mejor. Pero antes de pasar al último capítulo continuó bregando. O, si usted prefiere, experimentando. Desechó mucho material escrito, tirándolo al fuego para evitar la tentación de volver a servirse del mismo. Pero, de todos los recursos, en lo que más trabajó fue en la presentación de la presunta forastera desde tres perspectivas diferentes: una desde la conciencia de un hombre al borde de la vejez y que es la imagen misma del fracaso humano y de la ruina de Congará; otra a través de la mirada de un niño de ocho a nueve años; y la última, desde la perspectiva de una mujer, aunque no propiamente femenina, convertida en beata, pero en realidad una paciente y tranquila hiena entregada a oficios de difuntos, ayudando a bien morir a los moribundos y luego lavando y untando los cadáveres con yerbas aromáticas, dejándolos listos para la sepultura y la putrefacción. De nuevo ha acertado usted. Justo: los monólogos corresponderían a los tres personajes que la forastera alcanza a ver desde el hangar o con los cuales se cruza en su camino. Villar pensó concederles tres monólogos a los personajes, distribuidos en tres secuencias que marcasen la llegada de nuestra antiheroína; el escándalo y las perturbaciones que suscitó el ejercicio de su profesión en el pueblo; y, finalmente, la entrevista vindicativa con Odar Benalcázar y su salida a la fuerza de Congará por la violenta intervención de Santos Villar.

—¿Condenó también al fuego estos monólogos?

No, no los destruyó, aunque quedaron inconclusos. Según mi parecer tenía el deseo de concluirlos, a juzgar por las abundantes fichas con impresiones sobre la atmósfera del pueblo, resúmenes de episodios o acontecimientos y reflexiones y esbozos de diálogos que, pienso, debían incorporarse a los diferentes monólogos. ¿Ya identificó a los personajes monologantes? ¿A dos de ellos? En efecto, sí: la mirada inocente (¿o semiinocente?) corresponde a la del niño que va corriendo detrás del perro negro. Y tiene usted razón, ¡quién otra puede ser la mujer sino la beata Petronila Jaramillo! No, no se excuse por no tener idea de quién pudo ser el hombre. Al mismo Martín le costó decidirse y antes barajó algunos nombres. ¿Clemente Palacios? No, Palacios podía ser una imagen aproximada del mal, pero no del fracaso y la ruina. ¿Entonces Benalcázar? Villar consideró con seriedad esta posibilidad; de ahí que en una de sus fichas haya expuesto los pros y los contras de esta elección. Tal vez no carezcan de interés las anotaciones de Villar en esta ficha. Se las leeré:

«¿Por qué no, Odar Benalcázar? En la terraza de occidente tiene un conjunto de potentes binoculares, prismáticos, un considerable catalejo. El monólogo podría empezar desde que, con el más potente de sus lentes, alcanza a ver en la abandonada estación de Congará a la llamativa mujer que contra toda norma ha descendido del tren. Todos los monólogos los hará cambiando de largavistas y midiendo el ángulo y la distancia precisa. Invalidez. Mansión en ruinas. Soledad, etcétera. Pero no resulta apropiado si se piensa en la inevitable confrontación que tendrá con Primorosa Villar. Pero alguien le dirá del retorno de la mujer que más amó, deseó y odió en su vida. Desde entonces, el pasado renace con furia e indirectamente sabremos que espiará los movimientos depravados de la mujer que compró y de cuyo cuerpo fue dueño. ¿Quién otro sino su yerno, el dipsómano poeta Atabaliba

Atarama, puede solazarse comunicándole la presencia y profesión en Congará de Primorosa Villar?».

—¿Atabaliba Atarama?

¿No lo juzga apropiado? Ah, entiendo. Le parece un personaje borroso, poco trabajado. Me reservo mi propia opinión. Por el momento le ruego que pase por alto su diseño como figura literaria y considere la posición que ocupa dentro de la historia. Desde luego, es un personaje secundario y de precaria moralidad en cuanto a condición humana se refiere. ¡Qué distinto, por ejemplo, de Domitila Diéguez! ¿Considera irrelevante la comparación? Sin ánimo de polemizar con usted le diré por qué estimo justificable este parangón. Los dos (la señorita Diéguez y Atarama) trabajaban como preceptores de la ñaña Paulina, es decir, recibían su pan de la misma mano, y a ambos se les concedió el derecho de disfrutar de un amplio y ventilado aposento de los destinados en la mansión a los huéspedes de segunda categoría. Domitila Diéguez rehúsa esta invitación y prefiere ir y volver a pie de la casa donde vivía con su anciana madre. Atarama, en cambio, acepta, y desde entonces hasta su muerte vivirá arrimado a los Benalcázar, soñando en secreto, hasta lograrlo como usted sabe, conquistar la mano de la infeliz tullida y, si la fortuna le sonríe, heredar algún día los bienes de la ñaña Paulina, tangible elemento que el Ciego omite en su librejo *Amores célebres*, de modo que asistimos allí a un idilio puro y desinteresado, cuyas bodas se consuman en los días más aciagos de la peste negra. Por otro lado, no lo olvide, Atarama, pese a su relativa juventud, es de los que no se enrolaron como voluntarios durante la guerra con los chilenos. ¡Y qué actitudes tan diametralmente opuestas las de Diéguez y Atarama! Cuando el viejo don Jerónimo Benalcázar, para salvar por lo menos en parte sus bienes y las

edificaciones aledañas, que ardieron por la noche para que los congareños guardaran en su memoria el resplandor de los incendios, ¿no abrió acaso las puertas de su mansión, convertida por el chileno en cuartel y caballeriza?, el buen Atabaliba Atarama permaneció al lado del viejo y aduló al invasor, aunque para lavar su conciencia escribiera la farragosa e interminable oda a Grau (que durante años fue una verdadera tortura para los escolares que tenían que aprendérsela de memoria) y, para no perder el mecenazgo del viejo don Jerónimo, rimó ese atroz ditirambo que la familia mandó esculpir con letras de oro sobre el mármol del cenotafio erigido a la muerte gloriosa de José Agustín en la Batalla de Tarapacá. Me parece pues, amigo mío, que resulta pertinente la comparación de estas vidas paralelas. Pero, además, Atarama cumple un rol de intermediario entre el mundo de los Benalcázar y el pueblo de Congará. Y recuerde que el poeta, para nadie era un secreto, había deseado con incontrolable lascivia a Primorosa mientras ella estuvo instalada en la mansión con jerarquía no de concubina sino de esposa y patrona. Y Martín Villar tuvo en cuenta esta última situación: Atarama era un hombre degradado, en plena ruina, como Congará y la mansión en la cual vivió no en calidad de yerno, porque Odar jamás se la concedió, sino como un advenedizo y hombre carente de dignidad, a quien Odar zahería e insultaba, hasta llegar a abofetearlo en más de una oportunidad durante sus descomunales y depresivas borracheras. Sí, con el perdón de usted, Villar eligió bien el personaje. Le leeré algunos de los pasajes del primer monólogo de Atarama, que en la primera versión, que luego desechó, es aquel guiñapo humano que parece dormir bajo la sombra del algarrobo y que Primorosa Villar alcanza a distinguir instantes después de que el tren reiniciara su marcha.

—Un momento. ¿Lo que me leerá corresponde a la primera versión o a la definitiva?

A la definitiva, por cierto. ¿O usted prefiere la versión que Villar interrumpió y luego desechó?

—Me gustaría que me leyera el primer párrafo o, por lo menos, las primeras frases, el arranque de aquel monólogo. Claro, si Martín Villar no lo destruyó.

No, descuide; no condenó a la hoguera aquellas inseguras páginas. Si no tiene prisa y espera unos momentos con paciencia, seguro que lo encontraré entre el papelerío de los borradores. Entre tanto vaya echándole una mirada al otro episodio con que culmina este penúltimo capítulo. Tome y lea las primeras páginas. Son cinco las que le entrego. Léalas, si gusta.

—¡Cómo no, mi amigo! Hmmm. «Muerte de Benalcázar». ¡Conque así tituló esta parte de la historia! Solo lo dije para mí. Busque usted, busque, se lo ruego.

Ah, por fin, aquí están. Espere, espere, déjeme ver bien. Sí, sí, no hay duda, estas son las páginas. Oiga, ¿me escucha bien?

—Oh, disculpe. Es que comenzaba a interesarme por la muerte de Odar Benalcázar. Benalcázar León y Seminario, si he entendido bien.

Sí; es exactamente como usted lo dice. Mire, aquí está el primer esbozo del primer monólogo de Atarama. De todas maneras parece que rompió

algunas páginas. Pero las dos primeras pueden leerse sin dificultad. Le leeré el comienzo del párrafo inicial, que, como usted puede ver, es bastante extenso. El despertar súbito de una, ¿qué duda cabe?, borrachera envilecedora. Tirado de cúbito ventral sobre esta tierra hostil. El saco cruzado y el sombrero de fieltro hundido hasta las orejas. Esto lo haría sentirse decente y señor, pero, aprovechando la mona, los amigos bromistas lo han despojado de los zapatos. Bueno, mejor es que preste atención:

«Primero escuché el largo pero intermitente pitido. No abras los ojos, me digo. Nunca dejarás esa manía de dormir recto y de espaldas con los dedos de las manos entrecruzados sobre el vientre. Ahora, al estridente pitido se suman los campanillazos y el acezo, el bufido, del enorme dragón de fierro y fuego que es el tren. ¿Sueño? ¿Sigo soñando? Ese chirriar oxidado de las ruedas frenando sobre los rieles medio cubiertos de arena. ¿Frenando? ¿Pero frenando el tren, aquí en Congará? Qué destempladura de muelas, pero no es solo por la frenadura. Siento la boca llena de una masa granulosa y una como semilla. ¿Abro los ojos? No los abras. ¡Ábrelos! Ábrelos y verás que no es un sueño. Primero abro uno, ¿el derecho?, ¿el izquierdo?, pero de inmediato lo cierro porque la tierra, por un pelo, no me cubre el globo ocular. Y empiezo a sospechar que estoy tirado sobre el vientre y muevo brazos y manos como un reptil expulsado del Edén. Intento mascar la semilla para endulzar el mal sabor de la boca. Maldito cabronazo y todavía cojudo. ¿Semilla? ¡Puaf! Y escupo la cagada de chivo. De churres, con Trelles, antes de que se le trastornara el seso, juntábamos cagarrutas de chivo y timbeábamos. Y apostábamos las pepitas de oro. La memoria. Ah, vida. Él por lo menos tuvo la suerte de enloquecer. Me incorporo un poco: menos mal, me digo, tengo mi terno y mi sombrero. ¡Todavía hay esperanza para el poeta Atabaliba Atarama! Ahora ya no hay duda. ¿A qué se debe este milagro? Dos

trabajadores y unos voluntarios ayudan a bajar los dos baúles; no, el más grande es un baúl claveteado con chapas de bronce pulido; el otro, más pequeño, parece un bargueño de cuero repujado. Cosas hechas con arte y de buen mirar. Iba a preguntarme quién podría ser el dueño, cuando justo veo bajar a la mujer. ¿Otro milagro? ¡Por Dios, qué mujer, qué real hembra! Y la maldad de la puta memoria. Clarito veo a mi finada Paulina. Igual que la llevé al altar en brazos, así la llevé a la alcoba, la puse frente al espejo y nos contemplamos. ¡Pero esta mujer con sus tules y sedas y botines y el fresco sombrero! Tuve que hablarle con mi mejor verbo a mi pobre ñaña. *Oh, tengo vergüenza*. Y yo le mentí: *El amor lo purifica todo, lo vuelve sagrado*. Pero sus piernas y muslos eran yertos, flacos y sin sustancia, y fríos. ¿Cómo serán los muslos y piernas de esta mujer que mira con sorprendidos ojos a Congará? Fue como tocar las extremidades de una muerta, Dios me perdone, y sentí asco. Pero la sangre le circulaba por encima de las ingles y su ombligo estaba tibio y quedé alelado por sus generosos senos. ¡Quién lo hubiera creído! Me subí y la penetré, pero yo pensaba en la grandísima puta que nunca me miró con una sonrisa. Ahora suena el pitazo de la partida y empieza a moverse la máquina. La tandalada de mirones asoma sus jetas por las ventanillas y observa a la mujer mientras el tren se aleja. La mujer queda sola bajo el cobertizo por donde el sol se cuela a raudales. Una mujer de forastera belleza en la estación abandonada. Escupo los últimos restos de la pasta de tierra y mierda de chivo. Un hombre se merece un trago para enjuagar su boca de impureza. Pero, ¿estaré viendo bien? La mujer encamina sus pasos en mi dirección. Un trago para entonar el cuerpo. Sacude con disimulo tu terno y acomoda bien tu sombrero. Debe ser mujer de mundo, porque ha descubierto mi jerarquía. Señora, ¡qué ocurrencia!, ninguna molestia, será un honor para mí mostrarle Congará. Hay algo que me es familiar en esta dama. Pero, cuando me preparo para levantarme, ella como que cambia de parecer y

desvía su marcha y, ahora de espaldas, le miro el quitasol y el trasero. Nunca me atreví a mirarle a mi pobre Paulina esta parte del cuerpo. El muchachito Villar viene siguiendo a la carrera a un perro negro, pero la mujer lo intercepta. ¿Qué le estará preguntando? El chico, sin perder de vista al perro, señala con el brazo en dirección al cementerio y luego reemprende la persecución del cerbero. La dama (¿o será señora o qué?) parece querer visitar nuestro cementerio. Mi deber como caballero es ofrecerle mi compañía. Me levantaría con menor dificultad si me zampara un huaracazo. ¿Pero qué dices, Atabaliba? Compostura. De modo que, cogiéndome del tronco del árbol, me voy poniendo de pie. Ya está, listo. Ahora a sacudirse un poco. Estoy sacudiéndome de la manera más cuidadosa cuando empiezan a temblarme las manos. ¡La concha que los parió! ¡Me han robado los zapatos!».

Bien, creo que es suficiente, ¿no le parece? Lo que sigue, lo que continúa, son las dudas que asaltan a Atarama. *¿Qué debo hacer?*, se pregunta, pues por una parte siente deseo de seguir a la forastera hasta el cementerio. No es corazonada ni pálpito, pero entre las nieblas del alcohol cree descubrir un aire familiar en la estampa de la mujer. Pero, ¿cómo seguirla descalzo? Nuevas interjecciones contra los juerguistas que le han escondido el calzado. Se decide por emprender la búsqueda de sus zapatos yendo a las casas de aquellos con quienes estuvo bebiendo ya no sabía desde cuándo. Pero la búsqueda le da sed y las condenadas manos le tiemblan, de modo que lo primero es lo primero: echarse un par de tragos para entonar el cuerpo y conseguir que las jodidas manos se aquieten. Atarama empieza entonces un angustioso periplo por cantinas, tiendecitas y chicheríos para agenciarse un trago. No faltan almas caritativas. Y, como siempre sucede, después de que ha compuesto el cuerpo continúa bebiendo para mantenerse en forma.

—¿Sabe? Me parece que Villar con esto persigue un doble objetivo: literario y moral. El primero es mostrar al lector, a través del recorrido de Atarama, en lo que ha quedado convertido Congará quince o veinte años después de las plagas y las pestes, con barrios enteros desaparecidos y cada vez más avasallado por las arenas que el inmenso bosque, mandado quemar por su rencoroso propietario Odar Benalcázar, lograba contener, como una gran e inexpugnable muralla. Pero, como sucede con los ebrios consuetudinarios, a medida que va chupando aquí y allá yonque, anisado y chicha, olvida lo que estaba buscando y comienza a gritar por las desiertas calles de Congará que él, el poeta Atabaliba Atarama, es yerno del blanco Benalcázar y, como legítimo heredero de su difunta esposa, es propietario de la mansión y de la hacienda y de todas las tierras abandonadas por su suegro en razón de su invalidez y su espíritu vengativo.

Sí. Lo ha comprendido usted de manera irreprochable. Villar pretendía con este largo monólogo mostrarnos la degradación moral y humana del maestro y poeta Atabaliba Atarama. ¿Que cómo termina esta secuencia? Como terminaban todas las borracheras de este lamentable personaje. Pero ahora Villar añadió un elemento más. Benalcázar, a través de sus potentes catalejos y binoculares, ha alcanzado a ver a la insólita forastera y empieza a seguirle los pasos, perdiéndola por momentos de vista, reencontrándola después, de modo que, apenas siente la llegada de Atarama, se coloca en el centro de la planta alta donde se hallan las recámaras para la familia y los huéspedes mayores, y desde allí, cuando Atarama llega a mitad de la gran sala, le pregunta por la forastera. En su borrachera, el que fuera marido de la ñaña Paulina casi había olvidado a la forastera de la que, por lo demás, todos los congareños hablan. «No, no es por corazonada o pálpito», escribió Martín Villar, «sino por los años de claudicaciones, por la pérdida de los ideales, por

las cotidianas humillaciones y por el viejo odio y rencor humano que Atabaliba Atarama le responde elevando la voz y mirando hacia arriba: *¿Te refieres a la zorra esa vestida de colorines que anda moviendo el rabo a los congareños? ¿Quieres saberlo, eh, Odar? Te lo diré, papá. Porque no olvides, Odar, que eres mi padre político. La zorra en cuestión es la Villar. ¿Te suena el nombre, eh, Benalcázar? Sí, como lo oyes: Primorosa Villar*». ¿Qué le parece si descansamos un rato antes de continuar la lectura? ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Me quedé dormido. ¡Qué curioso sueño el que he tenido! Soñé que yo no era simple sombra ni uno de los múltiples *yos* de Martín Villar. ¡Era el propio, el mismísimo Martín, hijo de Cruz Villar, nieto de Santos Villar y descendiente por línea directa de Miguel Francisco Villar, de odiosa memoria! Por eso el grito con que despertó el buen Martín. Y usted, ¿descansó bien? ¿De verdad? ¡Cuánto me alegra escuchar que se halla fresco y despejado! Sí, es dulce y refrescante el agua de esta piedra de estilar. Entonces, sin más preámbulos, le leeré algunos pasajes de la versión definitiva del primer monólogo del poeta Atabaliba Atarama. Escuche, por favor:

«Ah, sed ramera, maldita. Deja de pensar en los buenos tiempos y búscate un trago. Sensatez. Y da las gracias a tu imagen, que te aconseja desde el espejo. ¿Por qué coño tenemos memoria? Quería verme cargando en mis brazos a mi finada Paulina. Fue en este mismo espejo, pero entonces, ¿qué es lo que veo?: no me reconozco en el andrajoso hombre que me mira con asco. ¡Mándalos a la punta del cerro! Y les murmuré a los dos, al espejo y al

hombre: *Hijos de perra*. Pero me pongo el saco y el sombrero: ah, ah, nunca olvides hacerlo si no quieres dejar de ser el poeta Atabaliba Atarama. Cuesta trabajo ponerse el saco y encasquetarse el sombrero. Me tiemblan las manos. ¿Tan temprano y ya han empezado a temblarme las manos? *Quietas*, les ordeno, sensatez. ¿Qué hora es?, me digo y salgo a buscarme un trago.

»Decirlo no cuesta nada. Lo difícil es encontrarlo. Esta ha sido la última maldad de Odar. Ordenó subir cuanta botella había y prohibió que se me diera una gota con sabor a alcohol. Y el muy cabrón paralítico levantó la voz para que yo lo escuchara: *Y díganle al degenerado ese que si quiere beber que suba a pedírmelo de rodillas*. ¿Qué culpa tengo yo de su invalidez? ¿Fui yo quien le disparó el tiro? ¿Acaso es mía la culpa de que tengan que cargarlo al excusado y después limpiarle el culo? Ya casi no puedo controlar el temblor de mis manos, así que atravieso el corredor, que me parece interminable, apartando a patadas todo lo que hallo a mi paso. Estatuas, esculturas. Memoria. Apenas llego a la cocina, Periquete, el negro adulón, con su más y su menos, me pregunta: *¿Un cafecito, patrón?* ¡Ofrecerme un cafecito! Pero controlo mi rabia. *¿No podrías echarle unas gotas de néctar?* El muy hipócrita me contesta: *De todo corazón, maestro. Pero todo el néctar lo tiene allá arriba el blanco. Cojones*, digo. Y vuelvo por el mismo corredor.

»No es que me arrepienta, pero si las malditas manos no me temblaran tanto juro que me hubiera contenido. Mas lo dicho dicho está. De modo que, al llegar a la sala, digo lo que desde hace años mi corazón ordena decirle. Así que, gritando con todos mis pulmones, le espeté: *¡Nunca me arrodillaré ante ti, Odar! ¿Olvidas que soy tu yerno? ¿No me consideras tu prójimo siquiera? ¡Recuerda que esta casa que se derrumba y las tierras también me pertenecen! Ah, por si lo has olvidado, yo me tiré a tu hija. Me la tiré y recontratiré, y la hice feliz. Esto nunca me lo podrás quitar, Odar. Como tampoco nadie te quitará el recuerdo de Primorosa, que te abandonó*

después de hacerse cachar rico en tu misma casa. Curiosamente, cuando salgo ya no me tiemblan las manos. Y enrumbo a Congará a buscar un trago».

A partir de aquí sigue un considerable número de páginas que apuntan, como en el esbozo que le leyera, a la presentación de un pueblo en ruinas a través del derrumbe moral y humano de una conciencia. Villar utiliza pasajes y frases de la primera versión del monólogo, pero ahora la visión es más dura, más descarnada y cruda verbalmente, y más cruel y despiadada, como exploración de un espíritu que ha perdido todo honor. Según mi punto de vista, el narrador ha cargado en demasía los tonos, no es el arte del claroscuro, sino de la oscuridad y de la perfidia. Si quiere que sea sincero, creo que Martín Villar se aprovechó del pobre Atabaliba Atarama para escarnecer a ciertos poetas (o escritores en general) que él despreciaba por carecer de principios y vivir a la sombra del poder. Menos mal que esta vez Villar nos presenta a Atarama calzando sus viejos zapatos. Si no, ¡pobres pies achicharrándose en las ascuas del infierno! Y repare usted en el contrasentido: oscuridad del alma y cielo purísimo y encandilado. Me pregunto si Martín Villar ha utilizado el oxímoron dentro de los límites tolerables. En su recorrido por calles, atajos y vericuetos de Congará, polvoriento y llameante, Atarama se enterará de la llegada al pueblo de una forastera ataviada de modo inusual y en extremo atractiva. Solo un acontecimiento de esta naturaleza sacude la modorra en que parecen vivir los pocos habitantes de Congará, casi carente de jóvenes, pues esta generación poco menos que fue exterminada durante la inclemencia de plagas y pestes. A la vuelta de una esquina, Atarama está a punto de chocarse con el muchachito Villar que va corriendo tras un perro negro. Atarama coge al churre de la camisa y le pregunta por la forastera. ¿La había visto? ¿Es tan hermosa y

llamativa como dicen? *Déjeme, don Atarama*, le dice el chiquillo, *que se me escapa Tolentino. ¿Así se llama la basura de perro que persigues? Sí, maestro Atarama, por favor, déjeme antes de que se me pierda*. *Dime primero si has visto a una mujer forastera*. El chico, sin dejar de estirar el pescuezo para ver a Tolentino, le dice que sí, que llegó en el tren de las dos y que después tomó el camino del cementerio. *Y ahora, don Atarama, deme un campito para pasar*. Pero el poeta Atarama le pide que le diga si de verdad es tan hermosa como ha oído decir. El niño Villar, conteniendo las ganas de llorar, le dice que sí, primero, pero después se rectifica y le dice que no sabe, porque la pintura que lleva en la cara le oculta la hermosura, como si la mujer llevara puesta una mascarilla. *¿Una mascarilla?*, se dice Atabaliba Atarama olvidándose del muchachito, que aprovecha para escapar y correr llamando a Tolentino.

Ya podrá usted imaginar el vendaval de reminiscencias, asociaciones, deseos frustrados y fantasías que puede despertar la presencia de una mujer provocativa, como no las había en Congará desde la huida de Primorosa Villar, que esconde su hermosura tras los excesivos afeites. Y recuerda, como tantas otras veces, a la ñaña Paulina: sus grandes y asombrados ojos negros en el rostro blanco y pálido, sus hombros desarrollados, el arco de la espina dorsal, la pequeña giba, sus pechos crecidos que chupó y mordisqueó con avidez. *Mi pequeña ñaña. Mi inolvidable Paulina. Pero nunca te amé. Amé tu riqueza. Y nunca en verdad te poseí a ti. Y ahora las manos aumentan su temblor. La puta memoria. Prenderme de unas tetas de hembra que no tuvieron leche sino los más finos licores. Ah, sed ramera. ¿Dónde encontrar un trago?*

Discúlpame, mi amigo. Bien sé que es una mala síntesis de las abundantes páginas. Pero si me atreví a hacerla fue para que entendiese mejor el final del monólogo. Permítame leérselo:

«Pero, ¿es que existe Congará? Solo desolación y silencio y vaharadas de cagarrutas de chivo. Nada más que esto perciben mis sentidos. En la astillada glorieta de la plaza desaguo la vejiga y aprovecho para arrearle una patada a la cabra que triscaba la madera de los pilares de la glorieta. El Atormentado Trelles. Esta plaza era su reino. Ah, la memoria, la memoria, solo sirve para conservar sucesos luctuosos, no para saciar esta puta sed. Una hermosa mujer. Pero, ¿a qué diosa de la belleza se le puede ocurrir venir a este rincón de las ánimas? A ver, veamos, ¿qué día es hoy?, ¿miércoles, jueves, viernes? Lo que decía: para las cosas necesarias, la memoria es una nulidad. *Hey, paisano*, le grito a un chacarero que, como bendición, bordea la plaza en su piajeno, *¿qué día estamos hoy?* Es lo que digo: estos paisanos son más burros que los propios burros. Luego, sin embargo, oigo su respuesta: *¡Viiieeerneees!* Nunca los comprenderé. ¿Por qué no respondió de inmediato? No, señor, antes tuvo que bostezar y gramputear al burro, para después gritar a sus anchas. Gente jodida, jodedora. ¿Viernes? ¿Fue viernes lo que oí? Entonces la Sapito Lindo debe tener bandera.

»Fregado es el destino. Siempre halla la manera de fregarte y revolverte la sangre. ¡Si al menos me hubiera cruzado con la ricura de mujer que dicen que ha llegado a Congará! Pero no. Apenas entro al chicherío y, ¿a quiénes veo?, a la patota de haraganes y desarreglados. Fingen ignorar mi entrada. Se han propuesto hacerme hielo por las verdades que les canté, ¿qué día fue?, vaya con esta jodida memoria. ¿Pero qué importa el día? Lo dicho dicho está. De modo que los miro como corresponde a un hombre de mi condición, sin saludarlos. Pero de nuevo las manos comienzan a temblarme. Disimula, Atabaliba. Y, así, tomo asiento en otra mesa y golpeo la tabla con mando. Claro, la dueña no se digna venir a atenderme. Aprovecho para echar una ojeada a la mesa de la partida de vagos. La puta que los parió. Un cántaro al pie de la mesa, un gran poto en el centro, un cojudito para servirse y, por si

fuera poco, dos botellas, una de jugo de gallo, como le dicen al anisado, y otra de caña de primera. ¿Por qué, mierda, no puedes controlar tu lengua? A esta hora estaría ocupando el centro de la mesa. Pero, ¡cuidado, Atabaliba!, primero es la dignidad. Sí, sí, pero, ¿cómo parar esta tembladera? Vuelvo a castigar la mesa con mi puño. Por lo que les oigo, ya también estos cabrones saben de la forastera llegada al pueblo. Lo que suponía. La Sapito Lindo se considera de alta jerarquía como para venir en persona y manda a una de las morenas. Que, qué desea, dice la señora. *¡Pues, hija*, le digo, *la mejor bebida que haya en esta pocilga!* La morena va a transmitirle mi pedido. Culona la negra. Ya debe conocer lo que es la vida. Al ratito vuelve. *Doña Sapito dice que pague la tremenda culebra que tiene pendiente y que por último se vaya a la chucha de su madre por si la palabra que ha dicho es un insulto*.

»Era lo que esperaba la punta de cabrones de la otra mesa para estallar en carcajadas. *¡Ese poeta!*, dicen. *¿Quién lo manda a meterse con la Sapito Lindo? ¡Véngase para acá, poeta, que esta mesa es suya!* ¡Cuidado, Atabaliba! Sospecho trampa y más burla. Mi corazón nunca se equivoca. Pero mis manos tiemblan más a prisa que mi corazón. Y, en tanto, uno de los Canterales sirve un vaso entero de aguardiente cabeceado con dos dedos de anisado. ¡Debieras irte, Atabaliba! ¿Dónde perdí mi vida, ñaña Paulina? ¿Dónde, dime tú forastera que desde quién sabe qué lejanías vienes a rendir culto a una tumba olvidada? Pero el vaso está allí, tangible y colmado. Mis pobres manos enloquecen, de modo que ensayo la sonrisa más digna de que soy capaz en esta declinación de mi vida. A Dios gracias, los cabrones (buena gente después de todo) insisten en llamarme.

»Procuro controlar mis pasos y mis manos. *¡¿Qué dice esa buena gente?!*, digo y estiro mi brazo derecho para coger el vaso. Y lo que esperaba. Retiran el vaso de mi alcance y estallan en nuevas risotadas. *Un momento, poeta*, dice el Potroso Ramírez, *este vaso es suyo, pero tiene precio. ¿Precio?*, digo. *Sí,*

poeta, dice el menor de los Cobeñas. *Rímenos unos versos*, dice ya no sé quién, porque ahora solo tengo vista y oídos para el vaso de caña. *¿No querrás ponerte a implorar?*, recordé a Benalcázar. Por lo menos estos me piden que me inspire y diga unos versos. Pero alguien aclara: *Queremos unos versos pendejos, cachondos y no huevadas como la oda a Grau. Necesito inspirarme*, digo, sin quitar la vista del vaso. El otro de los Canterales coge el vaso y se levanta, pero solo me lo deja oler, mientras los demás sostienen mis manos para que no coja el licor. Es el momento justo para que te marches, Atabaliba. Pero el maldito olor ha aumentado mi sed. *Está bien*, les digo, *les recitaré mi último poema. ¿De qué trata?*, me preguntan. Y yo les digo que es el mejor poema de amor que me han inspirado las musas. *¿Las musas? Nunca me las he comido*, dice el Potroso Ramírez. Nuevas risotadas, pero el mayor de los Canterales impone silencio y me pregunta por el nombre del poema. Pienso un rato y ahora sí invoco a la memoria. *Tiene como título*, digo, *«La locura de Ofelia». ¿«La locura de Ofelia»?*, repiten y estallan hasta las lágrimas de la risa. *Este poeta está cada vez más cojudo. ¿«La locura de Ofelia»? ¿A quién, mierda, puede interesarle la locura de ninguna Ofelia? ¿Por qué no escribiste «La locura de Paulina»?* ¡Un cuchillo, un cuchillo, para mis manos temblorosas! *Porque la pobre tullida debió estar más loca que una cabra como para casarse con un arrimado como tú*. Oh, Señor, mi paciencia tiene límites. Los llamé *ignorantes*, *bestias*, *acémilas*. ¿No sabían quién era Ofelia? ¿Tampoco sabían que enloqueció de amor por Hamlet? *¿Pero acaso alguno de ustedes escuchó hablar jamás de Hamlet?* Los mierdas guardan silencio. ¡Así se habla, Atabaliba! ¡Impón tu respeto! Mas luego de un rato me doy cuenta de que no guardan silencio por mí, ni siquiera me han escuchado. Entonces volví la mirada y vi a la mujer parada en la puerta de entrada. Creí, como los demás, que era una aparición. Todos están boquiabiertos con el vistoso atavío de la mujer y por sus afeites y por el

cigarrillo que fuma en una larga y lujosa cachimba. Veo que la Sapito Lindo se asoma al salón y lo mismo hace el resto de mujeres. Con la impresión me pasó la tembladera de las manos. Entonces, la forastera rompe el silencio y dice: *Yo sé quién es Hamlet*. *¿Sí? Mis respetos, entonces, señora*, digo. *Pero los caballeros tienen razón*, dice. ¿Caballeros?, me digo para mis adentros. ¿Dónde, carajo, hay caballeros? Ni con el más potente de los catalejos de Odar se hallaría uno. Los caballeros, ellos murieron, murieron. Pero en cambio le digo: *¿En qué tienen razón? Le ruego que me ilustre*.

»La memoria. Algo se va abriendo paso por entre las nieblas de la memoria. ¿Dónde he visto a esta hermosa mujer? ¿En mis sueños? ¡Pero si tú solo sueñas con botellas y en la mierda en que te has convertido! Con la imaginación empiezo a limpiarle el rostro. Pero antes de avanzar con mi trabajo ella dice: *En que usted debió escribir sobre la locura de amor de una mujer de esta tierra*. *Como la locura de Paulina, ¿verdad, señora?*, dice Felipe Morán. *O la locura de Primorosa Villar*, propone ella.

»Caracho, qué silencio el que se ha hecho. Empezaron a estudiar el rostro de la dama, señora o mujer. Yo continúo limpiándoles el rojo sangre de sus labios y el arco de las cejas depiladas y pintadas a lápiz.

»*¿Conoció usted a Primorosa Villar?*, pregunta el menor de los Cobeñas. Esta vez soy yo el que ríe. Pero con risa recatada. Había terminado mi trabajo con el rostro de la mujer. Limpia su cara. La he despojado de su mascarilla inmunda.

»*Usted es Primorosa Villar*, digo con tranquila firmeza. Ah, cuánto orgullo sentí al escuchar las exclamaciones de asombro de la patota de malandrines. Para que sepan quién es Atabaliba Atarama. Sin embargo, la mujer replica: *Primorosa Villar murió hace muchísimos años*.

Entonces, díganos, por favor, su gracia señora, dice no sé quién. *Llámenme La Churupaca. Y desde ahora les diré que mi oficio es hacer*

felices a los hombres».

De los monólogos de los tres personajes, los que correspondían al niño ocuparían el primer lugar. La idea, el impulso motivador, lo encontró Villar en un pasaje de los cuadernos legados por su padre que refería una de las obligaciones más penosas que tenía que cumplir cuando la mamá Isabela lo envió a vivir bajo el tutelaje de Clemente Palacios. Martín me confesaba, o, mejor, nos confesaba, que el primer monólogo del hijo unigénito de Santos Villar, el pequeño Cruz Villar, lo escribió poseído por una furiosa exaltación y trataba de la llegada de la extraña mujer, atractiva y de madura belleza, a Congará. En su recorrido tras Tolentino, uno de los cinco perros de negrura total que había en el pueblo, la encontrará o la alcanzará a ver varias veces y, en una de estas veces (ella volvía de escupir y maldecir la tumba de su padre), la mujer conversará por segunda vez con el niño (la primera fue, recuérdelo, cuando la forastera desde el cobertizo, único y deprimente vestigio de lo que fuera la antigua estación de Congará, caminaba por el erial en dirección al pueblo, pero, luego de hablar con el chiquillo, se encaminó hacia el cementerio). La segunda vez, la mujer, luego de escrutarlo minuciosamente, le pregunta por su nombre y, al escuchar la respuesta del chiquillo, lo mira con una suerte de asco, de desprecio y de condena, y, haciéndolo a un lado, reemprende su marcha. Por la noche, don Clemente le dirá que la mujer es su tía y que se llama Primorosa Villar, solo que ella ha renegado de su sangre y se hace nombrar La Churupaca, un apelativo propio de meretrices y chuchumecas. El niño no entiende todavía qué es una meretriz y lo que le interesa saber es por qué ella lo miró como lo miró. Cuando el chiquillo visitó al tío Luis, este, que aún vivía en Congará, tras escudriñarle la fisonomía le dijo: *Ah, sobrino, tu desgracia es parecerte a Santos y Santos era el vivo retrato en carne y ánima de nuestro padre don Cruz Villar*. Después, al

despedirlo, el tío Luis le aconsejó: *No te acerques a ella, húyele o escóndete. Eres demasiado criatura para que te aderece la deshonra*.

—Muy bien. Comprendo. Puedo comprenderlo. Y ahora, por favor, léame el segundo monólogo.

Con el mayor gusto. Se lo leeré. Pero, por razones que después le explicaré, el monólogo quedó inconcluso, y Martín Villar, durante varios días, se encerró en el más hermético silencio, y Zoila Chira, que ahora tenía dieciocho años y estudiaba la media en el colegio recién abierto de La Huaca, fue rechazada (no sin brusquedad) cuando pretendía acercarse a él para animarlo y conferirle sosiego. Pero dejemos esto. Será mejor leerle los párrafos del monólogo que quedó inconcluso:

«Don Clemente, con el pedazo de caca que le entregué, me preguntó: *¿Es de perro negro?* Yo le respondí que sí y don Clemente me dijo: *¿Estás seguro?* Me comenzó a entrar miedo y dudé y me puse a recordar al perro que yo nunca antes había visto y que decían que era de El Arenal. Sentí frío y la cabeza era como un remolino y yo respondí que sí. *Le juro don Clemente por...* Pero don Clemente hizo contra con sus dedos grandes y colorados, y me atajó diciéndome que en su casa no se juraba por dioses que carecían de poder. *¿De modo que insistes que es de perro negro? ¡A ver!*, se ha dicho o dijo, y don Clemente olió largamente la caca y luego probó con la punta de la lengua. Su cara se puso más coloradota y yo creí que reventaría. *¡Conque de perro negro!*, dijo aun más colorado, y don Clemente, luego de decir que yo había salido a la mañosa de mi madre, agregó: *Te voy a enseñar que con Clemente Palacios no se juega ni se le puede mentir*. Y allí mismito, con una de las manazas, me cogió del pelo y con la otra me embadurnó con la mierda de perro y me abrió la boca y me introdujo la ñoña y yo luchaba por

deshacerme de sus manos y me salieron las lágrimas y yo le mentaba la madre al maldito perro que ahora veía clarito que tenía unas pintas blancas en la barriga y en los tobillos de las patas. Por fin, don Clemente me dejó libre y me dijo que la próxima vez que le mintiera me quebraría todos los huesos de tal modo que ni el mismo Leal Saldarriaga podría volver a colocarlos en su sitio. Pero lo que yo pensaba con la boca y los labios llenos de puerca ñoña era que los perros, cuando hacen sus necesidades, se limpiaban el culo arrastrándolo por la tierra, y yo en ese momento deseé ser perro, cualquier animal, y corrí al corral y hundí el hocico en el abrevadero para los animales y quise aullar o bufar o rebuznar como ellos mientras veía mi cara reflejada en el agua verdosa. Después fui a la tinaja saqué con la calabaza una y otra vez agua y hacía buches y luego la arrojaba, pero el olor y el sabor de la mierda estaban como pegados a mi lengua y a mis cachetes y a mis labios, de modo que de la quincha saqué trozos de barro, y me los metí a la boca, siempre me gustó el barro, la greda y el yeso, y luego volví a hacer más buches con agua, y cuando don Clemente me llamó para comer, los pallares y la cecina tenían gusto a cagada de perro, y tuve que correr al chiquero y vomitar, y los chanchos se abalanzaron sobre lo que yo acababa de arrojar y me dije que es mejor ser animal que hombre o que un churre cuyo padre andaba por no sé qué mundos y al que la mamá Isabela había arrojado de la casa mandándolo en burro a esta casa que todo el mundo teme, y cuyo dueño, don Clemente, sabe matar toda clase de animales. Por la noche, ya en mi tarima, me perseguían el sabor y la fetidez y pensando me dije que la cólera de don Clemente no fue por la mierda de perro que le llevé, sino porque yo era sobrino de doña Primorosa Villar y doña Primorosa se negaba a estar con él, nunca que nunca y jamás de jamases, aunque le pagara todo el oro del mundo, *qué se cree so brujo asqueroso*. También se negaba con el maestro Atarama, solo que de otro modo, y por eso le dijo que solo estaría con él si le

daba mil soles en plata de nueve décimos y el maestro Atarama le decía que le daría mucho más que eso, pues, cuando muriera el blanco, él heredaría la mansión y las tierras, pues por algo había sido marido de la ñaña Paulina. Dicen que doña Churupaca se rio en sus narices y le decía: *Ah, Atabaliba, Atabaliba, tú ya no eres hombre, estás peor que gallo capón*. Y por caridad le extendía unas pesetas para que fuera a tomarse unos tragos y se le quitara el temblor de las manos, y el maestro Atarama recibía las pesetas, pero le decía que él llevaba bien las cuentas y que, cuando él entrara en posesión de sus propiedades, le devolvería con intereses a no recuerdo qué tantos por ciento y que le donaría la propiedad, pero doña Churupaca seguía riendo y le tiraba la puerta por las narices, y yo más bien no reía allí en la oscuridad, pues continuaba sintiendo el olor y el sabor que era más asqueroso que la hiel de las hieles, y mi único consuelo era decirme que cuando fuera grande aprendería el oficio de matarife y aprendería a matar toros de cara colorada y de grandes pezuñas.

»En todo esto pensaba mientras escardaba las carnaduras que quedaban en el cuero de las reses, y yo había cogido ya la maña y sacaba carne abundante para alimentar a mis gallos de pelea, luego de que terminara de escardar y colocar en fila los cueros para que secaran hasta que don Clemente los curara con no sé qué secretos, y yo entonces lo ayudaba a ponerlos en rumas y pesarlos en la romana en el cuarto que servía como depósito hasta que vinieran los compradores de Piura o Sullana, o también de Paita. Mientras trabajaba en esto todavía sentía el sabor y el olor que se iban como convirtiendo en tristeza y en dolor, y para contener el bamboleo de mi corazón me fui a ver a mis gallos y a contemplar a Planta Hermosa, como lo había bautizado un viejo gallero de los tiempos de mi abuelito Cruz. Planta Hermosa me conocía y, apenas le estiraba los brazos, él saltaba, y ahora hizo lo mismo y le conté todo lo sucedido y él me entendía, lo juro, por Diosito y

ya no sentí más el olor y el sabor y me olvidé hasta de la cara coloradota de don Clemente. Pero allí nomás escuché su voz, y aunque no entendí ninguna de sus palabras, sabía lo que me estaban ordenando. Boca y la Chabaca no me daban mucho trabajo, pero desde ayer Chabaca comenzó a arrojar ese como perfume que siempre lleva encima doña Churupaca y que trasciende y aloca a los hombres, de modo que ahora la Chabaca estaría corriendo por todas las calles del pueblo seguida por tantos perros, y esto dificulta el trabajo porque entonces ya no se sabe de cuál de los perros es la mierda, y don Clemente tenía apuro de tener la medida justa de la caca de perros negros con la que pretendía preparar un filtro que, dice él, da calentura de coño a las mujeres y ellas solitas vienen hacia ti para rogarte que les hagas el favor. *Pero yo antes*, me aseguraba, *la haré sufrir y la tendré loca de arrechura a la puta de Primorosa Villar, porque así la llamaré yo, no con el nombre de la Churupaca*.

»De modo que salí en busca de la Chabaca y un cumpita que tengo me dijo que había visto a la perra seguida de perros por el camino para ir a La Huaca. *Gracias, cumpita*, le dije, respiré hondo y comencé a correr a trote lento, y así voy corriendo y, mientras corro, no miro los pájaros ni el cielo y antes voy pensando en cómo se ha transformado el pueblo desde la tarde en que vi llegar a esa señora tan rara y peregrina y qué iba imaginar yo que era nada menos que tía mía, hija de mi abuelo Cruz y hermana de papá y de los hermanos de papá. Nada menos que Primorosa Villar, de quien escuché tantas cosas mucho antes de que ella retornara y que fue como una maldición para este pueblo, afirman, porque despertó el odio y la venganza del blanco Benalcázar con su huida, en vez de sentirse afortunada de vivir como dama, como auténtica señora, en la más regia mansión de esta parte del mundo.

»Nadie que no esté enfermo de la tutuma se acostumbraría a recoger la caca de los perros negros del pueblo para guardarla en la bolsa de tocuyo que

llevo colgando del pescuezo, pero oculta por la camisa. Lo que es yo no lograré acostumbrarme y me avergüenza cada día más cumplir con este deber que me ha impuesto don Clemente Palacios. En cambio, cada vez me gusta más correr y los mayores, cuando me ven pasar, dicen que a lo mejor de mayor terminaré por convertirme en atleta, y aunque no me han explicado bien lo que es ser atleta, le siento más gusto a estas carreras por más que sea para recoger unos pedazos de mierda fresca, porque tiene que ser fresca, que es justo cuando es más pestífera y de la bolsita sale como un vapor que se me mete por las narices y yo, mientras sigo corriendo, ruego porque se desaten los vientos y vendavales para que yo pueda respirar sin importarme los torbellinos de arena. Yo, al comienzo, trataba de cumplir lo más rápido mi tarea, pero mis cumpitas descubrieron lo que debía recoger y entonces, cuando Boca, Satán, Congo, Anito o la Chabaca, que son los cinco perros que hay en Congará cerrados por completo de negro retinto, cuando los perros, digo, se disponían a cagar, los pendejos de mis cumpitas enlazaban un dedo de una mano con el dedo de la otra y jalaban en sentido contrario, con lo cual, como todo el mundo, sabe se les estrecha el ojete a los perros y no les puede salir la mierda por más que pujen con toda su alma. Desesperado, el perro proseguía su camino o carrera, y yo tenía que correr tras él, mientras escuchaba la risotada de los cumpitas. Me molestaba, repito, porque todavía no le había agarrado el gusto a esto de correr y mis pies descalzos no estaban cubiertos para aguantar la quemazón y mis ojos carecían de rapidez para descubrir las espinas y abrojos o adivinar la presencia de un macanche. Pero poco a poco le fui agarrando el gusto a la carrera, así como ahora, y aprendí a no abrir la boca y a controlar el ritmo y la velocidad de mis piernas. Y desde que retornó al pueblo la tía Primorosa, y mucho más luego de saber el oficio que ejercía y el escándalo y el odio de las mujeres y la rivalidad de los varones, más me gusta salir a correr y voy rogando que Congo, por ejemplo,

se vaya más allá de La Huaca, a Viviate y más allá todavía, hasta Nomara o Puerta de Orcos. Así puedo pensar y soñar a mis anchas, y sentirme libre. Solo dos días dedica doña Churupaca a su profesión y lo hace en la casa que tiene alquilada, en una transversal de la Calle Real, casi al frente de la casa que fue de doña Visitación Cabrera y que ahora ocupa la beata Petronila.

»Al fin diviso a la Chabaca con la lengua fuera y a una jauría, tras ella, como de diez perros, y entre ellos alcanzo a distinguir a Satán, a Congo y a Anito y el resto son perros de distintos colores. Al pasar delante de la mansión alcé la mirada y vi al blanco paralítico mirando con su largavista y dicen que lo que mira es la casa donde vive la que fue su concubina principal y dicen también que la espía cuando los días que no trabaja sale a pasearse por la calle principal y siempre con un nuevo vestido. Dejo atrás la mansión y prosigo mi carrera, siempre con el mismo trote, sin abrir la boca y menos sacar la lengua como lo hacen la Chabaca y los perros que la persiguen. Pronto entraré en la zona de los médanos enormes, en cuya hondonada se ven unas pocas casuchas del nuevo caserío de El Conchal. Mientras voy subiendo ayudándome con las manos los enormes médanos, recuerdo de manera nítida al tío Inocencio, que gustaba de sentarse en la cima de las dunas. Pobre tío Inocencio, a él sí que la tía Primorosa le puso flores y le sigue poniendo cada semana en el cementerio de los Villar, que está mucho más allá del cementerio general y para llegar al cual yo empleo, corriendo a velocidad media, entre quince y veinte minutos. Ahora me he parado un rato porque a mí también me gusta contemplar toda la tierra que se ofrece a mi vista desde la cima de las dunas. Y mientras miro esta linda cadena de médanos (pero sin dejar de vigilar las idas y venidas de la Chabaca y sus pretendientes) se me viene a la memoria que la tía Primorosa se queja de la falta de jóvenes en el pueblo, pues al único que existe, Pepeboralas, el pobrecito, se le caen las babas de la boca. Por eso, al difundirse el deseo que muestra doña Churupaca

por los jóvenes, comenzaron a venir de los pueblos vecinos de esta y de la otra ribera del Chira, pero los muchachos, a quienes no cobraba nada una mujer como jamás vieron y ni siquiera soñaron, salían gozosos pero al mismo tiempo con miedo, con temor, pues la Churupaca les hablaba de quimeras y les decía *Inocencio, Inocencio, he vuelto*, y la mayoría ya no se atrevía a volver, y otros volvían una vez más y unos pocos se arriesgaron a una tercera vez, pero entonces la Churupaca sacaba unos soles de plata y se los regalaba y les pedía que no volvieran nunca más. Y esto, que no lo entiendo (ahora voy bajando por la ladera de la duna), me entristece, me lastima el corazón, pero con un dolor que no es de rabia como la que sentí ayer cuando don Clemente... hizo lo que hizo, y entonces me invade el deseo de seguir corriendo sin parar día y noche y de ser hombre mayor y, si también la vida en esa edad es como la de ahora, reemprender la carrera, parar otro momento, ya no muy joven, y si la vida no ha cambiado como cambia la noche en el día, retomar la carrera, asentar bien los pies y flexionarlos paso a paso hasta agarrar la velocidad plena y alcanzar para siempre el cementerio donde reposan mis abuelos».

—¿Y? Continúe, siga leyendo. ¡Oh, no me dirá que...!

Sí,sí, aquí interrumpió la escritura. Y fíjese, justo, como la carrera del chiquillo, el monólogo empezaba a lograr su mayor fluidez e impetuosidad el ritmo, como una conciencia en libertad.

—¿No se trataría más bien de la sospecha de haber alcanzado un cierto clímax que le resultaría difícil de mantener y, mucho más, superar?

No, de ninguna manera y lo prueban las numerosas fichas y anotaciones que dejó y que con el mayor gusto le mostraré si usted lo desea. Déjeme decirle esto. Él, de pronto, descubrió que había caído en un anacronismo. Primorosa Villar (evitemos cuanto nos sea posible el autoinfamante apelativo) retorna a Congará después de veinte años o algo más, es decir, entre 1915 y 1917. Y, para entonces, Cruz Villar era ya un adolescente que desde hacía ocho o nueve años vivía en la casona de la calle Tacna de Piura en calidad, podría decirse, de hijo espiritual o adoptivo, aunque Santos Villar, pese al respeto que sentía por el papá-doctor, se negó a firmar ningún documento que legalizara esta relación.

—¡Pero el narrador pudo solucionar el anacronismo con una fácil triquiñuela, como ser, por ejemplo, cambiar el nombre del chiquillo!

Perfecto. Es cierto, si el asunto hubiera sido estrictamente literario o formal. Pero para Martín Villar era algo más que un problema formal e implicaba la relación, a la que me referí antes, si usted recuerda, entre verdad y ficción. O, con otras palabras, hasta qué límites es tolerable la transgresión de la verdad cuando el objetivo esencial apunta a comunicar de la manera más intensa una determinada experiencia humana. Porque, como revelan los cuadernos de Cruz Villar, este debió cumplir con varias obligaciones ultrajantes como se cuenta en el monólogo y recibió castigos infamantes mientras permaneció bajo la tutela de don Clemente Palacios, practicante de la brujería negra y él mismo, como individuo, uno de los seres más repulsivos de Congará. Y había, además, la cuestión de su germinación en un vientre sin amor y de su nacimiento por el vigilante cuidado del doctor González, lo cual no impidió que, seis años después, su madre Isabela Victoriano Nima lo arrojara de su casa, en una forma extrema de crueldad. Cruz Villar, influido

por el generoso humanismo y pacifismo del doctor González, perdonó a su madre. No así Martín Villar, seguidor, acaso sin ser consciente de ello, de la dura doctrina de Santos Villar. No, no era una cuestión puramente literaria, no se trataba de contar una historia más o menos insólita y despiadada; se trataba, así lo reiteran las fichas dejadas por Villar, de reivindicar una memoria, de hacer patente la continuidad del ultraje, de la herida, de la caída que constituían el emblema, el indeleble blasón de los Villar. Por eso el desaliento, el pesimismo en que cayó. Ahora poco le importaba si con el retorno de Primorosa Villar con el mal nombre de la Churupaca debió dar inicio a esta invención novelesca inspirada en la historia de su linaje. Por eso decidió no escribir los dos últimos monólogos de Petronila Jaramillo, aunque por sus fichas y anotaciones dispersas podemos saber que el hecho culminante giraría en torno a la visita que haría Primorosa Villar al hombre que la compró, ahora reducido a la invalidez por la certera bala de Isidoro Villar, aquel hermano buscador de huacas con el cual había cambiado muy pocas palabras durante los años de la infancia y de la pubertad. Le leeré una ficha de entre las numerosas que escribió acerca de la visita de Primorosa al hombre que la compró y poseyó su cuerpo y estuvo a punto de arrebatarle su espíritu:

«El rencuentro lo preparó Primorosa Villar con la minuciosidad con que se preparan las representaciones circenses y teatrales, aunque ella las hubiese aprendido en circos de segunda categoría y teatrines de mala muerte. Pero sabía de la importancia de los detalles, de los efectos de sorpresa y de los desenlaces imprevistos. Por eso el autoencanallamiento al presentarse con el alias de la Churupaca. No mintió ella cuando le dijo a su hermano Santos que ella fue convertida en prostituta desde los quince años. Luego, en los periodos en que se quedaba sin trabajo por la quiebra de los circos o los

grupos teatrales, se vio en la necesidad de ejercer ocasionalmente la prostitución o conseguir un amante de relativa buena posición al que siempre abandonaba cuando veía enamorado y, sobre todo, si ella comenzaba a sentir algún afecto por el hombre, como le hubiera pasado años atrás con Odar Benalcázar. Pero el ejercicio de la prostitución, de manera oficial y permanente, lo había hecho para vengarse de la familia, del pueblo y, en particular, de Benalcázar. Aparte de conocer demasiado el corazón de Odar, se ganó el afecto o, más bien, la confianza de la horrible Petronila Jaramillo, quien, junto con Faraona Cherres, tenía acceso a la ruinosa mansión, aunque el inválido le tenía prohibido a la beata subir al segundo piso o simplemente presentarse ante él. Pero Petronila Jaramillo tenía acceso a la cocina y, sobre todo, había conseguido el derecho de mantener en limpio la capilla familiar de la hacienda. De ahí el ejercicio abierto del meretricio y sus paseos con trajes llamativos por las desiertas calles de Congará y a una prudente distancia de la mansión, porque sabía de la manía del paralítico Odar por toda suerte de lentes de aumento. Pero cada vez que se acercaba a la mira de los prismáticos de Benalcázar, cuidaba de no mostrar abiertamente su rostro, apenas el perfil, un escorzo que la sombrilla lograba. Dejó correr los meses y permaneció indiferente a las misivas que al comienzo estaban cargadas de improperios y obscenidades, pero que poco a poco fueron cambiando de tono hasta llegar a invitarla a visitar la mansión, no para la reconciliación, le decía Odar, pero sí para el armisticio, el perdón, la paz y el olvido y le daba su palabra de honor que no tendría escondido el puñal ni el revólver. La Villar creyó llegado el momento, pero aún dejó pasar unas semanas, durante las cuales se abstuvo de ejercer su envilecido oficio y permaneció encerrada. Sí, lo visitaría, pero no como la Churupaca, sino como Primorosa Villar, que acababa de cumplir treinta y nueve años. Descansó, tomó relajantes baños de agua tibia, lavó cuidadosamente su rostro y diariamente lo untó con clara de

huevo, y así permanecía tendida en su cama procurando mantener la mente en blanco. Después, del fondo del baúl de madera de alcanfor extrajo un vestido de seda natural y la fina ropa interior y los chapines. Durante estas semanas de preparación de su cuerpo recordaba y se guiaba por las enseñanzas que muchos años atrás le hubiese impartido François Boulanger. Por eso, cuando a las diez de la mañana, tras una larga y angustiosa espera, Benalcázar vio a través de sus binoculares a la mujer que venía en dirección de la casona, exclamó: *¡Oh, Dios!* Porque a quien veía a acercarse era a Primorosa Villar, fresca, sin maquillaje y con uno de los más bellos trajes de seda diseñados por Boulanger».

Bueno, notas de esta naturaleza las escribió Villar con relativa abundancia, de modo que muy bien se podría reconstruir la historia. Pero seamos respetuosos de la voluntad del autor que no llegó a integrar todos estos sucesos o, con más propiedad, no llegó a relatarlos a través de una conciencia elemental y fanática como la de la beata Jaramillo. ¿Desea saber cómo fue el reencuentro mismo y el diálogo que sostuvieron? ¡Y no sabe usted ni puede imaginarlo cuánto he rebuscado entre sus papeles para hallar, por lo menos, un esbozo! Creo que en esta ocasión Villar rompió con sus principios estéticos y apeló de una manera singular al empleo del suspenso. Sin embargo, si usted recuerda bien, algo de este diálogo sale a relucir en el capítulo «El viento y la memoria» a través de los recuerdos rencorosos de la vieja Faraona Cherres. Según la Cherres, Primorosa, en la culminación de esa entrevista, le habría dicho: *¿Sabe, Benalcázar León y Seminario? Hiede usted a muerte por todos sus poros. Se está pudriendo como esta mansión que habita*. Un año y tres meses después de esta entrevista murió Benalcázar, aunque el capítulo no se cierra con este suceso, que sería objeto de un episodio aparte en el que jugaría rol principalísimo Petronila Jaramillo.

—¿Entonces cómo finaliza este episodio o capítulo? O, por lo menos, ¿cómo pensaba concluirlo?

La verdad, preferiría no hablar de ello. Me parece, y así se lo hice saber a Martín, un episodio excesivamente cruel. Lo considero un pasaje desagradable, sadomasoquista y, lo que es más censurable, el relato trasciende un tufillo que hace sospechar cierta perversa complacencia por parte del autor. Por cierto, él (Villar) se defiende afirmando que no hizo otra cosa que atenerse a la verdad y asegura tener pruebas y testimonios, aparte, desde luego, dijo él, de la alusión constante que hace o hizo Primorosa Villar, ya sumida en la demencia, a través de sus soliloquios delirantes. Con todo, pienso que esta vez la invención gratificante basada en la magnificación de los rasgos más abyectos, crueles y violentos pudo más y venció a ese culto por la verdad que Martín Villar confesaba tener.

Después de esta entrevista Primorosa vuelve a ser la Churupaca, pero en una forma vil y descontrolada, y sus relaciones con los jóvenes, a quienes nunca cobra, lo hace no en su casa sino en las afueras, ocurren por la zona de las dunas, donde Benalcázar puede contemplar estos actos a través de sus lentes. Es el momento en que el tío Luis, luego de mandarle recados a su hermano Santos, se va a vivir a Tamarindo porque ya no puede soportar la deshonra. Hasta que una mañana, en el tren de las diez, Santos Villar desciende en la estación de La Huaca (pues la parada del tren en Congará fue el pago del administrador a los favores de la provocativa forastera que el día anterior había desembarcado en Paita) y de allí camina a tranco largo a Congará, donde llega a mediodía, pregunta por el lugar donde vive una mujer que se hace llamar la Churupaca, se encamina hacia esa dirección, en la esquina ve merodear tímidamente a un joven, abre la puerta a punta de empellones y, poco después, arrastrándola de la cabellera, sale con la

hermana, desenrolla el fuete de cuero de macanche con ocho lenguas de cobre (el mismo con que en Panamá le vacío el ojo al capataz gringo que abofeteó a su hermano Catalino), empieza a flagelarla llevándola por en medio de la Calle Real cubriéndola de improperios, lo cual, después de muchos años, hace que los amodorrados habitantes de Congará se asomen a sus puertas para ver la terrible y despiadada flagelación de Primorosa por parte del cruel Santos Villar, flagelación que hubiera continuado hasta llegar a la estación de La Huaca, si no hubiera aparecido providencialmente el doctor González que en su moro venía a hacer su visita sanitaria semanal a Congará.

Años después, Zoila Chira, que, luego de terminar la media, ha logrado un puesto de maestra rural en Nomara (mientras en los veranos estudia en una normal de Piura), al leer todas estas páginas le pregunta a su conviviente:

—Puede explicarme, Martín, ¿por qué ha escrito de esa manera este capítulo?

—¡Pero si no lo he escrito, querida! No pude escribirlo. No pude. Pero lo he dejado entre los otros capítulos para que quede testimonio de mi fracaso.

Muerte de Benalcázar

Tres meses después de sufrir el primer derrame cerebral, Benalcázar (Odar Benalcázar León y Seminario) hizo venir a su mansión de Congará al doctor Checa Vera-Matos, el abogado más hábil de Piura, famoso por su ambición y absoluta carencia de escrúpulos. Llegó a mediodía a la estación de La Huaca, donde lo esperaba uno de los hijos del negro Periquete con un alazán de buena estampa para llevarlo al palacio, como era conocida la casa hacienda del amo de Congará. Benalcázar lo recibió en la terraza de oriente con una garrafa de cerámica escocesa aún sellada herméticamente que contenía un whisky con añejamiento de veinticinco años. Benalcázar tenía la mitad derecha del rostro insensibilizada y el brazo diestro era un estropajo no del todo inútil todavía. Hablaba con alguna dificultad y la voz le salía por el labio derecho, que lucía caído y le impedía cerrar por completo la boca, pero pensaba con lucidez y el ojo derecho, abierto y rígido, parecía un potente faro que escudriñaba la mente de su interlocutor. El negro Periquete que ahora hacía las veces de mayordomo, ayuda de cámara y cocinero, a una seña del patrón abrió la garrafa y sirvió en los vasos de cristal de roca dos generosas medidas del whisky. Había una jarra también de cristal y hielo picado traído especialmente de Sullana.

—Los negocios después —dijo Benalcázar antes del primer brindis.

Quedó entendido que el abogado pasaría la noche en calidad de huésped y fijaron el atardecer para estudiar el asunto de la herencia, los bienes y el patrimonio en general. Bebieron dos vasos más, antes de que el negro Periquete (vestía su antiguo atuendo de mayordomo) sirviera el almuerzo, que fue rociado con un Château Latour. Luego tomaron el café con brandy de Inglaterra, pues la reserva de coñac francés y español se había agotado, y pronto se le agotarían el whisky y el vino y el Jerez de la Frontera, pero esto no tenía por qué saberlo el picapleitos. La conversación corrió a cargo de Checa Vera-Matos, que lo puso al tanto de los últimos chismes de la sociedad piurana.

—Bah —dijo Benalcázar que lo había escuchado con interés—, no me interesa la vida de las viejas pedorras de la calle San Francisco.

Checa era de acentuado color trigueño y azambado, pero su meteórica carrera en el foro le había permitido obtener la mano de una de las hijas de los Ostendorf Lama y ahora el abogado tenía una descendencia de hijos e hijas blancos y rubios de pelo encrespado o de claro color trigueño y cabellera dúctil y sedosa. Terminaron de beber la ventruda copa de brandy y Benalcázar ordenó al fiel Periquete que condujese al doctor a la recámara de los huéspedes para que hiciera la siesta, y los dos hombres fijaron las cinco de la tarde para ocuparse de los negocios.

¿Qué hace Petronila Jaramillo en el palacio de don Odar Benalcázar? Ha obtenido el derecho tácito del blanco de franquear una de las puertas laterales de la mansión desde que ella y Fara Cherres lo asistieron en el primer derrame cerebral y sirvieron de apoyo para el tratamiento a que lo sometió el doctor González. ¿Puso alguna condición Benalcázar para permitir el ingreso de la beata a su casona? Sí, y fue muy drástico, apenas pudo hablar: que no subiera al segundo piso y le ahorrara el martirio de verle la cara. ¿Aceptó Petronila Jaramillo? ¡Ah, cómo no! Y en manera alguna se sintió ofendida,

pues para ella era un triunfo después de cuarenta años de espera. Petronila dio gracias al cielo. El momento se acercaba: el sexto sentido que poseía le hacía percibir, antes que la mosca verde, la secreta corrupción de una carne humana. ¿Qué tareas cumplía entre tanto la beata en la ahora ruinosa mansión de Odar Benalcázar? Aparte de la preparación de remedios y tisanas para el inválido, limpiaba la capilla de la hacienda, mantenida cerrada por tantos años, que poseía pinturas y efigies tan bellas de cristos, vírgenes y santos, calificados muchos años atrás de verdaderos tesoros artísticos por el francés Boulanger de Choriè. ¿Alguna otra tarea? ¡Por cierto!: hacía rezar el bendito y el rosario cada atardecer o, más exactamente, a las seis, la hora del Ángelus, a la familia entera del negro Periquete, rogando a Dios que le devolviera la salud al patrón. ¿Pero ella acaso no deseaba la muerte del patrón? No, no la deseaba ni necesitaba desearla, pues sabía que la calavera de la muerte tenía ya listo su arco y en cualquier momento pondría la flecha que apuntaría con pulso firme al corazón de Benalcázar.

Sentados en la terraza de occidente (el abogado había echado una ojeada al panorama a través del juego de largavistas y catalejos) y con la garrafa de whisky que el negro Periquete se encargaba de escanciar a la menor señal del patrón, Checa Vera-Matos escuchaba con fría atención profesional la lenta y por momentos dificultosa exposición, pero con todo clara y de admirable coherencia, que le hacía Benalcázar. El abogado pidió permiso para ponerse de pie y, con el vaso en la mano, comenzó a pasearse por la terraza y de tanto en tanto miraba a través de alguna de las lentes. Enseguida tomó asiento y de manera concisa le expuso la legislación y la jurisprudencia existente.

—El problema —le explicó— es que, como no existe el divorcio, si usted muriese intestado, doña Grimanesa León entraría en posesión de todo su patrimonio, entre el que se encuentra este hermoso palacio y las quinientas

hectáreas que lo rodean. De ninguna manera, don Odar, usted tiene que redactar su testamento.

—¿En beneficio de quién, Checa? De sobra estarás enterado de que no tengo descendencia legítima. Bastardas sí, muchas, incontables, y alguno que otro padrillo, según he oído, pero a quienes me negué a reconocer de acuerdo con la ley señorial que mi finado padre, don Jerónimo, me inculcó desde que era niño.

Checa apuró un largo trago para contrarrestar el estremecimiento que le produjeron estas palabras: él también había sido un bastardo no reconocido como hijo por el viejo Checa Escudero, quien lo crio en calidad de ahijado, pero al descubrir en el muchacho inteligencia despierta y astucia y ambición lo reconoció como hijo natural poco antes de morir, dejándole el patrimonio suficiente para que estudiara la carrera de las leyes y se abriera paso en la vida, aparte de permitirle transformar, por medio de un guion aristocrático, el horrendo y plebeyo apellido materno de Veramatos. Pero su conocimiento del mundo, el sólido patrimonio y el excelente whisky le permitieron al abogado controlar su emoción y apaciguar la vieja herida. Sonrió:

—Un gran principio el que le legó su señor padre, créame. Sin ese derecho de hidalgos y patricios, todo este orden se vendría abajo. Pero volvamos a nuestro asunto y le iré exponiendo las diferentes alternativas. ¿Podría legar todos sus bienes a la Beneficencia Pública?

—Mírame, Checa: ¿tengo cara de huevetas filántropo?

El abogado no hizo ningún comentario. Una variante de la alternativa anterior sería donar el patrimonio a la Iglesia.

—Entiendo que son hipótesis, Checa, pero, ¡por favor! Ya expié demasiado en esta vida como para ofrecer mis riquezas a esa partida de cabrones y zánganos que son los curas.

—Podría usted donar sus bienes al Estado, con la condición, por ejemplo, de que creen un colegio, y además, por cierto, un monumento con el nombre de José Agustín Benalcázar León y Seminario.

Esta vez, temblándole la mano izquierda, fue Odar quien apuró un trago.

—En esto —dijo— no tiene que ver nada José Agustín.

El negro Periquete volvió a servir whisky de la garrafa y con una cuchara agregó hielo.

—¿Ha leído las últimas noticias, don Odar? Parece que el mundo empieza a ponerse al revés. Bien, podría usted seguir el ejemplo de los bolcheviques y entregar la tierra a sus peones y yanaconas.

—No me hace gracia tu broma, Checa. Son una raza inferior, más brutos que los burros y más testarudos que las mulas, y además están llenos de rencor y de envidia y han gozado con mi infortunio. Quizá no me has entendido Vera-Matos: yo no aspiro a ser recordado con afecto y quiero dejarles en herencia mi odio.

—Usted lo dijo bien, don Odar: son hipótesis, alternativas. Abordemos ahora el problema desde la legítima perspectiva del odio y la venganza. Venda sus propiedades del Alto y Bajo Piura en águilas de oro y plata de alta ley y haga una de estas dos cosas: a) entiérrelas en un lugar que solo usted conozca, pero deje varios planos (falsos, por supuesto) para alcanzar el entierro; o b) deposite todo ese metal en el banco a un plazo de cincuenta o cien años, o bien con instrucciones para que le sean entregadas a su legítima esposa, doña Grimanesa León, en el momento de su muerte.

El ojo rígido de Benalcázar brilló con intenso fulgor y el labio inferior derecho se le cayó más, en una mueca de risa.

—Ahora, Checa, me gusta cómo estás hablando. Veo que no me informaron mal: eres el más hijo de puta de los abogados.

—Muchas gracias por el elogio —dijo Checa Vera-Matos con una risa jovial—. Naturalmente si usted desea hacer odiosa su memoria por dos o tres generaciones más, reconozca a sus bastardas y entrégueles pequeños lotes pero de diferente área. Así sembrará cizaña entre las hermanas (y entre los pocos hermanos), de las mujeres con sus maridos actuales y de todos contra Grimanesa León. Desde luego, puede jugar con las dos alternativas últimas. Y deje el resto por mi cuenta. Pero fíjese, don Odar, ¡qué belleza de crepúsculo!

El propio abogado empujó la silla de ruedas del inválido y bebieron lentamente gozando con la puesta de sol.

—Muy bien, Checa —dijo Benalcázar—, ¿pero no me has dicho tus honorarios?

El doctor Checa Vera-Matos continuó contemplando por un rato más la maravilla de color púrpura del ocaso del día; luego, con el rostro serio y mirando fijamente el ojo rígido del hacendado, le dijo:

—Quiero su hermosa casona de la calle San Francisco de Piura.

—¡Pero si allí ha tomado posesión Grimanesa!

—No se preocupe, don Odar, la echaré. La echaré. Le doy mi palabra, don Odar. Y aun se lo juro, como que me llamo Víctor Checa Vera-Matos. Y apelaré a la gendarmería para que le pongan en la calle sus vanidades como a la más infeliz de entre las mujeres desamparadas de la ciudad.

Y de Farita Cherres, la tortolita que con tantos afanes buscó la finada Visitación Cabrera por todas estas comarcas del Señor y preparó en las más diversas artes para curar la furia y la nostalgia del blanco después de la huida de Primorosa, sí, ¿qué decir de Faraona Cherres, hermosa hembra pese a la treintena de su edad y desde algo más de diez años mujer de Simón Guerra, apodado Simón, El Enamorado, antes de su connubio de fecho? ¿La halló virgen e inocente? Simón la encontró como en su carnalidad vino al mundo:

virgen, estrecha, cerradita; en cambio, difícil, por no decir imposible, es determinar la inocencia de la paloma, y quizá esta incertidumbre fue la causa de los tormentosos celos de Simón, que ya por entonces era conocido con el mote de Simón, El Celoso. ¿Hubo alguna base real para que hirviera el puchero de los celos? Como es sabido por todos los congareños y los habitantes de pueblos y caseríos vecinos, Odar se dedicó de manera desenfrenada a abusar de las mujeres todavía jóvenes, sobre todo las mocitas, muchas de ellas desventuradas, incluso impúberes, como si reverdecieran los tiempos anteriores al mismo don Jerónimo. Pero ninguna de las chinitas le confirió sosiego y más bien aumentó su ansiedad y su furia. ¿Fue en estas circunstancias que ordenó quemar el inmenso bosque bajo pretexto de vender el carbón vegetal a la compañía ferroviaria? En efecto, sí, y fue en esas circunstancias en que Visitación Cabrera invitó a su casa a Odar Benalcázar diciéndole que tenía una sorpresa para él, que lo liberaría de cualquier nostalgia por profunda y desgarrada que fuera, como ella misma treintaitantos años atrás, por orden de don Jerónimo, le hubiese conferido sosiego al jovencito Odar en los meses que siguieron a la muerte de la niña Leonor, la primera esposa de Benalcázar. De modo que el blanco llegó al anochecer a la casa de la que fuera la concubina principal de don Jerónimo y ya las llamaradas del bosque horadaban la oscuridad de la noche congareña. ¿Fue Farita Cherres el manjar que la Cabrera le ofrecía, por decirlo así, en bandeja? Sí. Y el manjar, la miel silvestre, el fresco capullo de la flor del olvido, tenía catorce años recién cumplidos. ¿Cómo reaccionó el blanco? Al principio (tan ensimismado se hallaba) no reparó en la torcaza, quien, provista de lavatorios, jofainas de agua fría y caliente y jabones y toallas, lo despojó de sus botas polvorientas, de sus calcetines demasiados días usados, y empezó a lavarlo según lecciones enseñadas por doña Visitación. Benalcázar, distraído aún, sintió alivio, descanso, una como corriente

eléctrica le recorrió la espina dorsal y le subió al cerebro. ¿Qué ocurrió entonces? Benalcázar cerró los ojos, recostó la cabeza sobre el afelpado sillón y, después de muchos años, recordó a su primera y difunta esposa, Leonor Acevedo León, prima hermana de Grimanesa. ¿Entre tanto, qué hacía Farita Cherres? Había terminado la primera lavada; vertió el agua jabonosa sobre un recipiente, enjuagó el lavatorio y, sin dejarse sentir, se escabulló para llenar las jofainas, una con agua fría y otra con agua caliente; mezcló las dos aguas y con otro jaboncillo aun más aromático, suave y delicadamente enjabonó de nuevo sus pies hasta la altura de las pantorrillas. ¿Y el blanco continuó sumido en la evocación de su primera mujer? Sí, y con cuánta intensidad. *Leonor Acevedo*, dijo, *con qué dolor tengo que admitir la sabiduría del destino*. ¿Qué sentimiento despertaron en el tierno animalito estas palabras? Pena, tristeza, dolor y las lágrimas cayeron sobre los pies del patrón que creyó poderoso y sintió como el hombre más solitario de la tierra. Entonces, Benalcázar reparó en la chiquilla, la cogió con ternura del mentón y le miró el rostro y los ojos humedecidos: *Oh, Dios*, dijo. Acto seguido llamó a Visitación Cabrera y le ordenó que le quitaran de su presencia a la niña. ¿Fue una reacción inesperada e insólita de Benalcázar? No, porque tal reacción pertenecía a un Odar Benalcázar de diecinueve años, por la magia del recuerdo de Leonor Acevedo, muerta a los diecisiete años mientras daba a luz a la ñaña Paulina. Pero minutos después se rompió el sortilegio, emergieron la furia y el insaciable deseo, no de hacer el amor, sino de penetrar, de horadar y de hacer daño a la carne femenina; por eso ordenó a la Cabrera que le buscara a fulana y mengana, las dos juntas, para meter y meter y evacuar y derramarse hasta quedar exhausto. Bueno, si el blanco no tocó a la Farita, ¿por qué los persistentes celos de Simón Guerra? Es que, después de ser reducido a la invalidez y luego de la muerte de la ñaña Paulina, se inició una extraña relación que duró hasta la misma muerte de Odar Benalcázar. Y,

además, Faraona Cherres convivía con Simón Guerra, a quien le dio tres hijos, dos varones y una mujer, engendrados en las veces que Guerra regresaba por unas semanas de trabajar en el Canal de Panamá; por otro lado, al concluirse esa gran obra de ingeniería y de sufrimiento y de rapiña, Simón Guerra se dedicó al comercio llevando mercancías a los campamentos petroleros de Talara. De modo que Faraona gozó de grandes espacios para visitar a Benalcázar. ¿Cómo se desarrollaron estas nuevas y extrañas relaciones? Después de extraerle la bala, el doctor González dictaminó que Odar quedaría inválido, aunque recomendó una serie de ejercicios y baños con agua fría y caliente y masajes y cepilladas con un cepillo de cerdas gruesas. ¿Se convirtió Faraona Cherres, entonces, en enfermera y buena samaritana? Es más pertinente considerar esta relación como un proceso. Comenzó, por parte de la joven, como piedad y caridad cristianas y humanitarias, se trocó luego en afecto limpio y humano y concluyó en concupiscencia y depravación. ¿Corre a cuenta de Benalcázar, un quincuagenario o sexagenario, este último giro que tomaron las relaciones? Por su vida disipada y su incontrolada tendencia al libertinaje podría decirse que sí; pero no debe descartarse en absoluto la responsabilidad de la propia Faraona Cherres. Primero, las prescripciones médicas las efectuaba ella con el negro Periquete, y cuando llegaba la parte del baño, la joven discretamente salía del aposento o bien volteaba la cara. Pero, durante una enfermedad del moreno, Faraona, ya mujer, tuvo que hacer todo el trabajo, y después que sanó, el viejo mayordomo suplicó a la señora que continuara ella sola, pues también a él le había caído la edad de un porrazo. Así, Faraona Cherres se encargó de los baños y la terapia restante. La recámara del patrón era amplia y disponía de un cuarto con una gran tina. Al comienzo, la mujer lo bañaba con el calzoncillo puesto (uno de esos viejos calzoncillos que llegaban hasta los tobillos), pero luego creyó conveniente, por rehabilitación y por higiene,

despojarlo también del calzoncillo. Faraona Cherres hacía el trabajo con prolijidad, jabonando la región púbica, el pene y la parte trasera. Ella procuraba no mirar y sentir como si higienizara objetos inertes e inhumanos. Pero la siguiente vez, al lavarle el miembro, este se erectó a medias y entonces sintió las manos del inválido que guiaban el movimiento de las suyas, hasta que le vino la evacuación y pudo comprobar que eran habladurías de aldea aquello de que el blanco eyaculaba sangre. Este fue el primer paso, y, desde entonces, las manos de la mujer acariciaron cada vez en formas más refinadas, descubriendo que el cuerpo entero era una zona erógena. Por cierto, impidió que el semen se derramase recibiéndolo en su boca, dio a mamar sus pechos al lisiado, pero nunca pudo hacerse penetrar porque las erecciones de Benalcázar no eran plenas y nunca llegó a ver aquel miembro en toda su potencia y plenitud.

La idea de reconocer a sus bastardos (en su gran mayoría hembras y pocos, contados, machos) llenó el vacío de sus horas y la puesta en práctica (por lo menos el intento) entretuvo y divirtió a Odar Benalcázar León y Seminario en las últimas semanas que precedieron a su muerte. La idea era perversa e impracticable, y haría execrable su memoria a las dos o tres generaciones siguientes. *Hijos míos, odiadme con la misma intensidad que yo os odio y desprecio*. Había sido una idea endemoniada del cabrón de Checa, quien había logrado interesar a compradores ávidos que (previa comisión al abogado) pagaron a Benalcázar a buen precio y en metal de alta ley por sus grandes propiedades del Alto y Bajo Piura. Sobre el destino de los soles de plata de nueve décimos y las libras y águilas de oro puso en práctica las dos sugerencias de Checa Vera-Matos: calculando que Grimanesa, menor que él en dos años, lo sobreviviría a lo sumo treinta años (Benalcázar acababa de cumplir setenta y un años) depositó en uno de los bancos un águila de oro y nueve soles de plata para entregarse a su querida esposa Grimanesa León

Echeandía el día que, ante la inminencia de la muerte, hubiese recibido el viático y los sagrados óleos, como buena cristiana que era. Luego de estudiar el plano de la mansión dejado por Boulanger se hizo conducir por el achacoso Periquete a un sótano que solo él (Odar Benalcázar) conocía, y después, en un forado que cavó el anciano, en un arca sellada metida dentro de un arca mayor enchapada de bisagras y candados, enterró el grueso del metálico. Cuando el negro Periquete quiso jurarle que jamás revelaría el secreto, Benalcázar se lo impidió: tenía absoluta confianza en él, pues de otra manera se hubiera hecho conducir, por ejemplo, por Faraona Cherres. Benalcázar puso un águila de oro en las manos del moreno y este no tuvo palabras para agradecerle a su querido amo, al que él había visto nacer. Por desgracia, el negro Periquete murió esa misma noche por un ardor en los intestinos, como si le hubiesen dado a beber hierro fundido. Después Odar se entretuvo jugando al escondido al confeccionar tres mapas o planos diferentes (todos falsos) para hallar un entierro que contenía trescientas águilas de oro y mil quinientos soles de nueve décimos. Todo esto le hacía sentir estimulante el paso de los días, pero cuando, a pesar de todo, lo invadía la nostalgia mandaba llamar a Farona Cherres, quien llegó a conocer el cuerpo de su amo mejor que él mismo y sabía extraerle los jugos más recónditos en medio de espasmos delirantes. Semanas después, en el clímax de un placer atroz, Benalcázar padecería su segundo y definitivo derrame, que le produjo la muerte cinco días más adelante.

En su conjunto, el reconocimiento de los bastardos del rey (un rey paralítico y apopléjico), la burla póstuma contra Grimanesa León (la Clitemnestra, la Mesalina) y las sabias caricias de Faraona Cherres tuvieron ocupados su mente y sentidos contra los besos fríos de la muerte. Y también, otra vez, Petronila Jaramillo le sacó ventaja a la mosca azul que deposita sus larvas atraídas por la naciente podredumbre. Pero, antes de producirse el

segundo derrame, Benalcázar tuvo tiempo de conocer e intercambiar un par de palabras con sus bastardos. Acudieron de Congará, de Colán, de El Arenal, de La Huaca, de Viviate, de Nomara, de Jíbito y de Sojo, de la ribera izquierda del Chira; y de la derecha, de Vichayal, de Amotape, Tambo, Tamarindo, Cerro Mocho, Marcavelica y Lancones; y de Cabuyal, Barbones y Campanas en el Alto Piura; y de Macanches y Pampas de los Burros en el Bajo Piura. Él, en vez de pensar en asuntos profundos como la salvación y la inmortalidad del alma, se dedicó a hacer cálculos y establecer clasificaciones. Había los espurios tenidos a partir de los quince años (fue durante su cumpleaños que el viejo don Jerónimo, en medio de una descomunal borrachera, le colgara sobre el cuello la bigama, símbolo de poder y de virilidad) hasta que conoció a Leonor Acevedo y se casó con ella luego de romper su compromiso con Grimanesa León. Las edades de esta primera generación de bastardos debían oscilar ahora entre los cincuenta y sesenta años: viejas y viejos, abuelos y padres y cuántos finados. Después de la muerte de Leonor vino su dilatada etapa parisina, donde tuvo queridas agotadas por la prostitución, hasta que encontró a Boulanger, quien lo puso en contacto con otro tipo de mujeres, que le hicieron tomar conciencia del carácter rudimentario y silvestre de su arte amatorio. No engendró ningún hijo, no obstante que quiso hacerlo con cierta Monique que, de la forma más cortés, lo mandó al carajo. Después debió retornar al Perú al saber la muerte de su hermano menor en la Batalla de Tarapacá. El contacto con la tierra y el recorrido por las vastas propiedades que habría de heredar como hijo único, pero, sobre todo, la afrenta padecida la misma noche de sus bodas con Grimanesa, le hicieron reverdecer sus viejos arrebatos y su impetuosidad bárbara que lo llevaron a prodigar su semilla, por lo cual don Jerónimo murió gratificado con el temperamento de este hijo que habría de perpetuar su linaje y ensanchar sus propiedades. Fue la segunda gran generación de bastardos

(pero siempre en mucho mayor porcentaje de hembras) engendrados con exultante indiferencia entre 1884 y 1894. Esta generación debía fluctuar entre los treintaitantos y los veinte años. Luego vino su relación con Primorosa, en quien engendró un hijo varón que ella abortó e hizo con aquella carne de su carne una hoguera y dispersó sus cenizas al viento. La última generación espuria no fue consecuencia de la lujuria sino de la vindicación y el enojo, y las violaciones ocurrieron entre 1895 y 1896. Luego, la certera bala de Isidoro Villar lo redujo a la invalidez y le arrebató uno de los dones más preciados del hombre: el de procrear, el de fecundar, el de dar vida.

Por mediación del doctor Checa Vera-Matos, el notario Condemarín envió a Congará al más capaz de sus dependientes, de apellido Miranda (no, Yovera, ¿o era Chiroque el apellido?, qué importa después de todo, llamémoslo Miranda por comodidad). Miranda compró el pasaje, de acuerdo con el consejo del boletero, a El Arenal, más cerca de Congará que La Huaca, con la ventaja adicional de que recorrería las dos leguas de camino de bajada. Miranda compró pasaje de ida y vuelta de segunda clase, aunque vestía terno de dril, corbata y sombrero de fieltro. Miranda era casi un cuarentón de piel áspera y algo cetrina que trabajaba desde los quince años en la notaría Condemarín y era uno de los más valiosos informantes del Ciego, desde que años atrás le oyó decir a don Condemarín que allí, entre los folios, libros y expedientes, se encontraba la historia de Piura. El Ciego, agregó: *En esto sí le doy la razón a Sansón Carrasco, cuando fanfarronea sentenciando que la historia de una región, pueblo o nación es la historia de la propiedad privada*. Por eso, apenas le encargaron la misión, Miranda se quedó estudiando hasta varias horas después de cumplida la jornada el patrimonio territorial e inmobiliario de la familia Benalcázar León, apellido, descubrió, fusionado en uno solo en el último tercio del siglo XVIII. A pesar del telegrama enviado, nadie lo fue a recibir a la estación de El Arenal, pero los

lugareños le indicaron el camino y le obsequiaron un coco todavía en su pipa y le recomendaron que bebiera a sorbos y de manera controlada el agua del fruto, pues era justo la hora en que el sol comenzaba a apretar. Era la hora de la siesta cuando atravesó el desolado Congará y de allí alcanzó a ver la mansión en ruinas. Le gustaba la pulpa de coco con chancaca. Al acercarse a la que debió ser, según había leído entre los folios, la más hermosa casa hacienda de las dos márgenes del Chira, bebió el último sorbo y arrojó la pipa. Fue recibido por una de las hijas del finado negro Periquete, que lo condujo a una de las habitaciones destinadas a los huéspedes menores. La mujer lo llevó luego a la pesebrera para que se refrescara el rostro. Miranda se quitó las prendas y quedó con el torso desnudo y se remojó con fruición y largamente toda aquella parte del cuerpo, empezando por la cabeza y el rostro; luego, más en confianza, se quitó los zapatos y los calcetines y sobre los pies desnudos vertió abundante agua. Después volvió a colocarse las prendas de vestir y entonces vio a un considerable grupo humano de todas las edades tirado sobre la paja del establo, y las mujeres, que eran mayoría, lavaban sus trapos, y las más jóvenes cuidaban a sus churres. Quiso acercarse a aquel enjambre, pero la fámula se lo impidió y lo guio a la cocina, donde le tenía servido el almuerzo:

—Ahora vaya a su cuarto a descansar. Son órdenes del patrón. Mañana lo bajaremos y él hablará con usted. Y para que no se quede con la curiosidad le diré que las mujeres y hombres que usted vio dicen ser hijos naturales de don Odar y él mañana los reconocerá delante del señor cura que vendrá de Viviate.

Algunas noches después, Yovera (llamémoslo así en esta noche), mientras al lado del Ciego y rodeado por otros conocidos gozaba de la brisa nocturna en el Puente Viejo de Piura, contó:

—Fue la cosa más loca, extraña y cruel que yo jamás vi.

—Especifica, Yovera.

—En primer lugar, don Orejuela, es el blanco más pinga loca que yo he conocido.

—Eres muchacho todavía, Yovera. Pingas locas los de mi tiempo.

—Los hacía entrar por grupos de diez en diez empezando por los de más edad. Yo, y por su parte también el padre Nepomuceno Chumacero, apuntaba sus nombres, el lugar de nacimiento, la edad, por lo menos la edad probable. ¿Qué hacía, entre tanto, Odar? Empezó alegre y divertido la jornada, pese a la invalidez y el derrame que sufrió meses atrás.

—¿Divertido, alegre?

—Sí, como lo oyen. Como que estaba jugando. El ojo izquierdo, ¿o el derecho?, que le quedó rígido con lo del derrame, brillaba con fulgor jodido, maligno, ¡miéchica!, era un ojo pero qué perverso.

—Pero, ¿qué mierda hacía él?

—Les preguntaba las circunstancias en que fueron engendrados y el nombre de la madre y requete estudiaba sus ojos, buscando, seguro, algún rasgo suyo o de su padre o de su abuelo o de su madre, de la cual, según dijo, atesoraba recuerdos muy lejanos, pero de ella, además, conservaba un daguerrotipo y una fotografía.

—¿Quieres centrarte en el asunto, Yovera?

—Los estudiaba y les preguntaba por qué creían que eran hijos suyos. *Fue lo que nos dijo nuestra mamita*, respondían por lo general. Pero el blanco reconocía dos o tres de cada diez. ¿Le parece justo, don Orejuela?

—No estamos aquí para juzgar a nadie y, además, con la promesa de que iban a heredar un terrenito, cuántos no se habrán querido aprovechar. Eres un mozo Yovera para que conozcas el corazón humano.

—Así me reprende don Condemarín y me dice que soy un sentimental, con lo que quiere darme a entender que soy un perfecto huevón.

—Sabia observación, Yovera. Pero anda, sigue contando.

—Bueno, de esta misma manera se fue desarrollando el reconocimiento de sus hijos de la calle y qué de cachitos que ocurrieron, como este que fue de mamey. Resulta que le tocó el turno a una mujer cuarentona que entró de lo más decidida llevando de la mano a un ser que ya era un hombre y era, ¡puaf!, uno de esos que llamamos albinos y, no sé si a ustedes les pasa lo mismo, pero lo que es yo, pobrecitos, les tengo asco y me dan miedo, y por más que no quiera, con solo mirarlos se me escarapela el cuerpo y las tripas comienzan a retorcerse. Fíjense qué curiosidad: llamarlos «albinos», con lo bonitas que son las albas. Y, en cambio, ¡qué pellejo, Dios mío, qué pellejo el de estas criaturas!

—Yovera, ¿quieres dejarte de filosofías cojudas?

—Gua, don Orejuela, comprenda también mis sentimientos.

—Los sentimientos para el final, Yovera. Y ahora prosigue, hombre, continúa.

—Lo que les dije: la mujer entró muy oronda arrastrando al albino. ¿Han visto, ustedes, alguna vez a una rata blanca? Bueno, así era, como una rata blanca de pellejo tiernísimo y el puta tenía unas cejitas rubionas y de pestañas, cero, con solo contarlo se me revuelve la barriga. Entonces don Odar miró furioso a la mujer y le ordenó que quitara de su vista a semejante engendro. ¿Ustedes creen que la mujer obedeció? ¡Ni se dio por enterada! Y antes, muy suelta de huesos, se acercó un poco más con el mocetón y le dijo: *Nene, enséñale el güevo a tu padre*.

—¡No me la peles, Yovera, y deja de joder!

—Caracho, don Orejuela, me va a ofender, ¿acaso soy amigo de meter embustes?

—Está bien, hijo de la guayaba, dinos qué ocurrió luego.

—El nene, muy obediente, se sacó el pincho que, sin exagerar, parecía un brazo de muchacho con toronja en mano. Ah, si ustedes hubieran visto cómo se le agrandó el ojo al blanco inválido. *Hmmm*, dijo. Luego, volviéndose a mí, me dijo: *Apúntalo en la lista, Miranda*. Después de esto don Benalcázar estuvo su buen ratote distraído, como pensativo y luego, impaciente y colérico. Pero a veces se ponía nostalgioso y comentaba al hijo o, por mejor decir, a la hija (porque la mayoría eran mujeres) que la madre había sido así y asá, buen ciezo, tetas enormes, y los hijos que ahora eran de menos edad, treinta o cuarenta años, defendían a sus madres y la mirada de sus ojos se limpiaba de la humildad.

—¿Y ninguno se le puso liso ni se le rebeló?

—Ah, sí, claro, y yo me sentía solidario. Pero antes quiero referirles algo costeante, aunque resultaba una verdadera degeneración. Sin embargo, el padre Chumacero no dijo esta boca es mía. Pero, quién sabe cuánta amargura sentiría en el fondo de su corazón el sacerdote.

—¿Sabes lo que eres, Chiroque? Un niño. ¿No sabes que Nepomuceno es un arrecho que todo lo ve coño? Para que lo sepas: él fue quien de muchacho me enseñó a cachar mulas. Pero sigue, porquería, sigue.

—Bueno, entraron tres mujeres y una churrita, una cincuentona, otra de unos treintaitantos y la más muchachona tendría unos veinte años. La primera en hablar fue la mayor: *¿No me recuerda, don Odar? Usted me visitaba en Nomara hasta que quedé preñada de esta mi Luisa. Mírela bien, blanco. ¿No es su vivo retrato solo que en hembra?* Benalcázar la observó y nos dio el visto bueno a mí y al cura. *Sí, la reconozco como hija. Ahora que pasen las siguientes. Un momento, blanco*, dijo la hija recién reconocida. *Mira, derechita y da gracias, porque puedo hacerte tachar de la lista*. Pero la llamada Luisa hizo como si no escuchara la amenaza y antes preguntó al blanco: *¿Ha olvidado que fui una de sus mujeres cuando regresó del*

extranjero? ¡La vida está llena de sorpresas, Nepomuceno!, exclamó ensayando una sonrisa con ese labio que le cuelga. *Y esta es la hija que tuve de usted y usted abusó de ella cuando la dejó la mañosa de la Villar. Y esta churrita es su hija y su bisnieta. Y usted fue mi padre y mi marido y marido de mi madre. Y yo y mi hija somos hermanas y mi nieta es también mi sobrina*.

—¿Y Odar qué actitud tomó?

—Se carcajeó, don Orejuela, pero sonaba a falso. Y, precedidas por la mayor, las cuatro mujeres salieron y le dijeron que pronto estaría riendo en el infierno. Tardó en llamar a los siguientes, mientras se hacía desplazar en su silla de ruedas de un extremo a otro del gran salón. Después hizo entrar a las diez siguientes, que eran mujeres y solo un hombre. Conmovido, seguro, por lo anterior, los reconoció después de echarles una mirada. Pero el hombre, de unos cuarenta años, dijo que no venía a ser reconocido. Yo lo observé y, aunque cholón, se parecía al retrato grande del padre de don Odar. ¿*Entonces a qué has venido? Vine a matarlo*.

—Espera, Chiroque, repite lo último.

—El blanco Benalcázar le preguntó que a qué entonces había venido y el hombre le dijo que venía a matarlo. No encontré mancha de odio en sus ojos, desprecio sí, desprecio sereno con el aguijón del rencor ardiendo pero muy, muy al fondo. Dijo de esta manera: *Vine a matarlo, pero usted no vale como para que me empuerque con sangre las manos. Trabajé con los Villar en Panamá, y del gran Román y de Silvestre Villar aprendí que estas tierras nos pertenecen, porque fueron propiedad del común de nuestros antepasados gentiles. Y un día serán nuestras*.

—¿Dijo esto el cholo jijunagramputa?

—Se lo dijo en la cara pelada del blanco y todavía añadió: *Váyase a la puta que lo parió y si existiera Dios le pediría una larga vida para que siga*

viviendo como el inválido que es y se hunda junto con esta casa maldita que se está cayendo en pedazos y que ojalá lo aplastara. El hombre dio media vuelta y yo vi el rostro del blanco pálido y ya trabajado por la muerte. Pese a lo mierda que era me dio pena por mi padre.

—¿Tu padre, Chiroque?

—Como lo oye, don Orejuela, pues mi madre trabajó de joven como lavandera en la casona que los Benalcázar León y Seminario tienen aquí en la calle San Francisco.

—¿Y te reconoció?

—Sí, sí, de inmediato, y el padre Nepomuceno Chumacero me inscribió en su libro. Pero yo estaba pensando en este medio hermano que acababa de salir y me dije: *¿Qué más da apellidarse Miranda o Yovera o Chiroque?* De modo que le dije al sacerdote: *Tácheme, padre*. Y recordando a mi medio hermano albino, me le enfrenté al inválido diciendo: *No quiero ser hijo de esta rata blanca asquerosa*.

Y de aquí que Odar Benalcázar se ha quedado solo. ¡Si por lo menos estuviera el socroso de Atarama! Pero dicen que anda recorriendo los pueblos vecinos gorreando tragos a cambio de unas rimas. Vaya, yerno. *Ah, Paulina, pobre hija mía*. Le hace señas perentorias a la zamba para que le empuje la silla de ruedas. Alza la vista al cielorraso en forma de estrella con azulejos de los colores del arco iris, pero observa las rajaduras, un boquerón, en una de las puntas de la estrella. *Hasta el valiente puta de Chumacero me abandonó con el pretexto de que mañana tenía que celebrar misa en Amotape. Debe tener allí una barragana*. Le indica a la sirvienta que lo conduzca por el corredor de las estatuas. Imitadores de última categoría de Praxíteles, Miguel Ángel y Cánovas. *Quien sea que haya sido el escultor, lo que mejor ha imitado de la Venus de Milo es el brazo manco*. ¿La propiedad es una maldición? ¿Existe una usurpación detrás de cada latifundio? Él también,

entre bostezos, había leído a Proudhon durante sus años parisinos. *Y a ese bastardo zarrapastroso le habrán llenado la cabeza de ideas los anarquistas y socialistas que se desplazan por todo el mundo como ese Bauman de Metz del que hablaba mi padre en medio de improperios. Aprovechándose de que eran muchachos inocentes perturbó las mentes de José Agustín, González (ah, y cómo me desprecia este humanista de sangre podrida) y del muchacho Lama Farfán de los Godos. Nadie antes osó putearme como lo hizo este granuja insolente. Ni idea tengo de quién puede ser la madre, nada más que un polvo olvidado, como tantos y tantos. ¿Llevaba zapatos? Sí, sí, lo recuerdo, estaba calzado, y cómo se parece a mi padre*. Y ella, cuyo nombre no quiere pronunciar, le dijo: *Hiede usted a muerte*. *Y fornicaba con los mozos entre las dunas para que yo mirara por mis catalejos. Todavía me duele la herida, todavía recuerdo la perfección de su cuerpo, dorada sambapala de cabellos impuros, no, no era así el verso que le hizo el rosquete de Boulanger, y sus ojos, que nunca me miraron con amor. Pero, ¿la última vez no estuvo rendida de amor y gozó seguidamente? Grito delirante, aullido de hembra cubierta a plenitud. ¡Bah, todo fue fingimiento para preparar su huida! ¿Acaso no me lo dijo en la carta agraviante que me dejó? Cabellos impuros, se cortó la cabellera y yo la hice arder como Grimanesa prendió fuego al gran óleo que le hizo Boulanger. Poseí todas las tierras, pero nunca su corazón y jamás me abrió su alma. Tierra, poder, mujer. Y, al final, mi muerte, mi segunda y definitiva muerte. ¿Por qué asomas el hocico? Es la hiena, el buitre que paciente espera mi muerte. ¿Cómo pude, cómo pudiste Odar...? ¡Fuera de aquí, Petronila! ¿Me escuchas? No quiero ver tu cara de hiena mientras tenga un aliento de vida*. Le dijo a la morena que buscara a los peones para que lo subieran al segundo piso. *Cargado, en brazos, qué humillación. Me emboscó con el fino mulo que pagué por la hermana y se llevó a mi Expedicionario como trofeo y reliquia.*

El odio de mi corazón no se sació con el fusilamiento y la horca en el Zapote de Dos Piernas. La muerte no fue castigo suficiente. «Hiede usted a muerte, don Odar». Y mientras la veía fornicar con el más potente de mis catalejos, me vino el derrame. ¡¿No te he ordenado, Petronila Jaramillo, que no asomes tu asqueroso rostro?! ¿Vinieron ya los peones? Bien, que pasen. Entraron dos peones y, siguiendo las instrucciones de la morena, empezaron a llevarlo cargado por las escaleras. Otro peón había subido la silla de ruedas. Una vez instalado allí ordenó que le trajeran a Faraona Cherres. Pero antes tartajeó que nunca olvidaran que odiaba a todos y que, desde los fuegos y hielos eternos del infierno, rogaría para que Congará desapareciera de la faz de la tierra.

Cuando Faraona Cherres, abotonándose la blusa y poniendo orden en su cabellera, salió de la alcoba diciendo que el patrón había padecido un nuevo derrame, ¿quién acudió primero al lecho de agonía de Odar Benalcázar?, ¿el doctor González o la beata Petronila Jaramillo? Petronila Jaramillo. Pero, ¿por qué no esperaron primero la llegada del galeno? Pues porque dijeron que se hallaba atendiendo en el caserío de Cerro Mocho, en la otra ribera del Chira. ¿Se tomó alguna medida de emergencia? Lo único que pudo hacerse fue mandar por él al mejor jinete de la hacienda, que partió a todo pedo. Pero, ¿cómo lucía la víctima de sus extravíos libidinosos? Tenía la apariencia de un muerto con los ojos rígidos y brillantes y desorbitados. ¿Y el pulso? Se dijera que se le había extinguido y paralizado el corazón. ¿No había, entonces, ningún signo de vida? Oh, sí, el espejito que Faraona puso muy cerca de su nariz y boca se empañó con su aliento, y además hubo lo otro. ¿Qué se quiere decir con eso de *lo otro*? El aposento se cargó de fetidez. ¿No significaba la inicial corrupción de la carne? No, no; era que el paciente no podía controlar su orina ni el esfínter. ¿Quiere decir, en buen romance, que el enfermo se había cagado y meado o viceversa? Así lo entendió doña Faraona, que mandó

a salir a todos del cuarto y ordenó que se hirviera grandes cantidades de agua. ¿Cuánto demoró la ebullición del agua? Veinte, treinta minutos, por la intensidad del fuego, por la cantidad de leña seca que se puso al fogón.

Entre tanto, Faraona ya le había hecho la primera limpia, lo despojó de sus pantalones enmierdados y humedecidos no precisamente con agua de rosas. Esencia de flores y sales aromáticas vertió la Fara sobre la tina llena de agua hirviente y un par de medidas de agua de temperatura normal. Esto le había dicho el doctor González, por si se volvía a repetir el derrame. ¿Reaccionó el cuerpo del paciente a la ardiente temperatura del agua de la bañera? Ni un quejido, ni un *ay*, pero hubo espasmos motrices en las extremidades y en las mejillas. *Oh, alabado sea Dios*, dijo Petronila Jaramillo, *no ha muerto en pecado, todavía podemos salvar su alma. Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, tened misericordia de nosotros*, exclamó, y luego rezó o, mejor, dirigió el rezo del Credo a todos los allí presentes. ¿Y el enfermo? Seguía en el agua, los ojos más serenados. Faraona le pasaba el cepillo cerdoso por la cabeza, el rostro, el tronco, las extremidades, mientras ordenaba más agua hirviente y el cuerpo del moribundo había adquirido la tonalidad de las gallinas cuando las están desplumando. ¿Se tenía alguna noticia del doctor González? Sí, ya venía en dirección a Congará galopando en su moro y con las alforjas de cuero llenas de instrumental médico quirúrgico y medicinas. ¿Y Petronila? Iba a comenzar a leer en su antiguo devocionario el acto de contrición, cuando dieron la voz de que ya se acercaba el doctor González. Faraona encargó a una de las morenas del servicio que continuara cepillándole y friccionándole el cuero, mientras ella bajó a esperar al doctor González. ¿Qué informes previos le dio al médico, sobre todo acerca de las causas o la causa del nuevo derrame? Nunca se sabrá y solo conjeturas existen. Pero Faraona notó por primera vez extraño al doctor. Parecía no escucharla, se dijera que andaba por otras regiones y los ojos le brillaban de

manera extraña. Subió con dificultad las escaleras, pero, en vez de apresurar el paso para dar auxilio al paciente, le pidió entrar un momento a cualquiera de las recámaras, aunque estas se hallaban cubiertas de polvo, telarañas y tantos bichos y roedores. ¿Consideraron extraño el pedido del descendiente de Esculapio e Hipócrates? Ninguno de los presentes conocía esos nombres, pero sospecharon que algo andaba mal en la cabeza y el corazón del doctor González. ¿Cuánto tardó en salir de la habitación? ¿Y la beata continuó con sus oraciones? Tardó quince minutos, pero al salir era ya el doctor González que todos respetaban, y fue de inmediato al cuarto del paciente, y Petronila interrumpió sus oraciones en voz alta, aunque continuó rezando mentalmente. Hizo sacar al enfermo de la bañera, le aplicó una inyección y comenzó a auscultar sus reflejos mediante un pequeño martillo biselado y otros instrumentos. *¿Me oyes Odar?*, le preguntó con voz algo elevada. Los ojos del enfermo dijeron que sí, mediante una seña previamente convenida. Enseguida, el doctor flexionó y estiró los dedos. *No quiero engañarte, Odar*, dijo el médico, *ya no tienes esperanza*. El enfermo se esforzó en hablar, pero solo emitió traposos e ininteligibles gruñidos. ¿Deseaba el moribundo darle un mensaje, el postrer mensaje? No, quizá no, porque siempre el doctor González sintió aversión por Odar, así como afecto y sincera amistad por su hermano José Agustín. ¿Qué hizo entonces el doctor González? Le propuso hacerle numerosas preguntas a las que el enfermo, de no ser lo que él quería, permanecería con los dedos en reposo y, en caso contrario, movería cualquiera de los dedos de la mano izquierda, que era la menos insensible. *¿Quieres que te traslade a Piura?* Nada, silencio, quietud. *¿Deseas confesarte?* Tampoco, ninguna respuesta. *¿Quieres que haga contigo lo mismo que hice hace muchísimos años en la Batalla de Tarapacá con José Agustín?* Los ojos permanecieron quietos pero brillaron interrogantes. El doctor González se inclinó al oído del moribundo y le dijo algunas palabras.

Los ojos de Odar, rígidos, se humedecieron de lágrimas e hizo un nuevo intento de hablar pero nadie, salvo el doctor González, entendió lo que quiso decir: *José Agustín, odiado y querido hermano*. ¿Prosiguió el médico formulándole más preguntas? En efecto, pero los dedos permanecieron quietos. *¿Quieres saber si creo en Dios?* Los dedos del paciente se movieron. ¿Qué respondió el doctor González? *No, Odar, no creo ni en Dios ni en el diablo. ¿Anhelas saber adónde irás después de que mueras?* Hubo un nuevo movimiento de dedos. *Tú y todos los aquí presentes iremos a la nada, al vacío. ¿Me preguntas si los buenos y los malvados? La nada no hace distingos. Toda moral se funda en lo humano*. El enfermo se agitó, lágrimas derramadas, tartajeo incomprensible. El doctor González intuyó lo que Odar Benalcázar quería preguntarle. *No, no estaremos juntos ni nos reencontraremos en el más allá. Yo nunca volveré a tener en mis brazos a María Monasterio. Y tú nunca poseerás de nuevo a Primorosa Villar. Pero no te perderás del todo. Después de tres años en que termine la putrefacción de tu cuerpo y desaparezca el hedor, última forma de existencia no consciente, primaria, elemental y biológica, retornarás al gran humus del ser, vencedor de la vanidad del yo, de las apetencias y corrupciones del ser humano como individuo*. Estas últimas palabras el doctor González las había dicho como para sí, y cuando retornó a la concreta realidad de la habitación y miró al paciente, se dio cuenta de que este, caído en la inconsciencia, había pasado al estado comatoso en el que permanecería cuatro días más. El doctor González, nuevamente como lejano, cogió el maletín y se encerró en el baño. Quince minutos después salió de aquel recinto. Estaba sereno y un poco triste. *Ya no hay nada que hacer. Ahora tuyo es su cuerpo, Petronila*.

Antes que la mosca verde, adelantándose a la mosca azul con su voraz carga de huevecillos y ganándole la partida por unos cuantos puntos a la enorme mosca gran sarcófago, Petronila Jaramillo alcanzó a taponarle los

huecos de la nariz, y los agujeros de las orejas y le obturó el ano con el estupendo corcho de la garrafa del añejo y magnífico Ye Monks minutos antes que de verdad expirara Odar Benalcázar. Oh, bendita Petronila Jaramillo, con tu jiba sagrada, el corazón henchido de amor sin sujeto ni objeto, con tu hábito de carmelita que esconde el cilicio que, en estos días de agonía de aquel que por una sola vez desgarró tu carne más íntima, intocada y ansiosa, has estrechado una muesca por cada día de agonía, el cual cilicio que lacera tu carne desde hace tantísimos años, te pusiste no para olvidar sino para recordar que también fuiste mujer, para repetir, a lo largo de tus años, que cometiste pecado, por más que los curas te decían que el tuyo no fue pecado porque fuiste violentada, violada, pero tú quedabas descontenta con las palabras de los sacerdotes y por la nula penitencia que te ponían, hasta que el padre Larrea, en los días de la peste, ah, en esos días en que sin temor asistías y despedías con un beso a los alcanzados por el mortal flagelo, te dijo: *Tu único pecado, hija mía, es recordar perpetuamente esa violación, porque en verdad tu cuerpo la sigue deseando*. Y entonces, entendiendo las razones y la verdad de las palabras del padre Larrea, te pusiste a cuidar a los enfermos para buscar la muerte y terminar con esa ansiedad cuyo centro era la avidez de tu coño por ser violentado sin tregua.

Y Martín Villar reconoce avergonzado ante Deyanira Urribarri y Zoila Chira que, mientras imaginaba esta ficción (en la cual Deyanira y la pequeña Zoila figuran en el reparto como personajes oblicuos pero propiciatorios), jamás pensó en Petronila Jaramillo entre los fantasmas, espectros, fantoches y espantajos que pueblan este libro. No la pensó ni la intuyó por estas dos razones: 1) Porque qué importancia podía tener la beata Jaramillo frente a la vida legendaria, digamos, de una Visitación Cabrera o de cualquiera de los Villar; 2) Porque ignoraba su existencia misma en el pueblo de Congará. Y nunca habría pensado en ella (recortando con esto la complejidad de la vida

que pretendía recrear o imaginar) si en una nueva lectura azarosa de los cuadernos legados por su padre no hubiera encontrado aquella anotación escrita al paso: «Petronila Jaramillo, una especie de beata que sobrevivió a la peste, ayudó a bien morir y lavó el cuerpo de Odar Benalcázar. ¿Azar o destino? Porque todo Congará sabía que el blanco la había violado muchos años atrás». Y Villar se preguntó: *¿Por qué no presté atención a este personaje?* Y él, sin mucha convicción, meditó: *Quizá fue porque todavía no había leído el Diario de la peste del doctor González*. Pero a partir de entonces, todavía borrosa su figura, su estampa, empezó a pensar en Petronila, personaje que le hizo recordar a la anciana tía Verónica del linaje de Altemira Flórez y a la tía Ramona, hija natural del tío Catalino, mujer virgen y asexuada cuya vida transcurrió en la iglesia de San Francisco de Paita, donde, con su enlutada y hermafrodita apariencia, hacía las veces de sacristán, ama de llaves y secretaria del párroco de turno, y de oficiante de ritos funerarios. De modo que Petronila Jaramillo empezó a reclamar sus derechos y Martín Villar reparó, primero, en su pequeña joroba y, luego, en un elemento que no encajaba, tanto que era casi un escándalo, una incoherencia, pues la Jaramillo vivía en la casa de Visitación Cabrera, donde fuera violada por Benalcázar no por deseo ni lujuria sino por una apuesta que Odar, en la plenitud de la alegría y libertinaje, hiciera con otros hacendados compinches suyos, en el sentido de que se manejaba una verga dócil a sus mandatos y que sería capaz de tirarse a la fea y santulona ahijada o protegida de la Cabrera. Y, a pesar del desgarramiento, Petronila siguió viviendo en aquella casa, aunque pasase el día en la iglesia de Congará, entregada con beatífica laboriosidad a barrer la nave, a desempolvar altares, hornacinas, bancas y reclinatorios, a limpiar el rostro y el cuerpo lacerado de vírgenes y santos, y a rezar y llorar ante el Cristo yacente, aunque es conjeturable que sus oraciones y rosarios y penitencias se vieran perturbados por el

desquiciante recuerdo del mancillamiento de su carne. Y como buen exseminarista, pleno de caridad y de tortuosas imágenes, Martín Villar le acariciaba la joroba a la envejecida beata mientras le soplaba al oído: *Espera, bendita Petronila, que llegará el día en que tendrás para ti solita el cuerpo yacente y desnudo de tu violador, y, entonces, entre cánticos y maldiciones, lavarás y ungirás de esencias aromáticas sus carnes seniles por donde, desde el día que huyera Primorosa Villar, empezó a germinar la acre flor de la podredumbre*.

Y al fin habían llegado los días postreros, las horas finales, el momento. Y Petronila Jaramillo, en ausencia de todo sacerdote, hizo rezar a los últimos sirvientes y a Faraona Cherres un variado repertorio de oraciones para la buena muerte, como ser, por ejemplo:

Plegaria para cuando el santísimo viático es llevado a algún enfermo
Que aquel a quien sois llevado
Recobre, ¡oh, Dios!, la salud,
por la inefable virtud
de vuestro cuerpo sagrado.

Mas si el momento ha llegado
del forzoso trance fuerte,
lave tu alma de tal suerte
vuestra sangre redentora,
que, según mi alma te implora,
la vida encuentre en la muerte. Amén.

Plegaria para la agonía

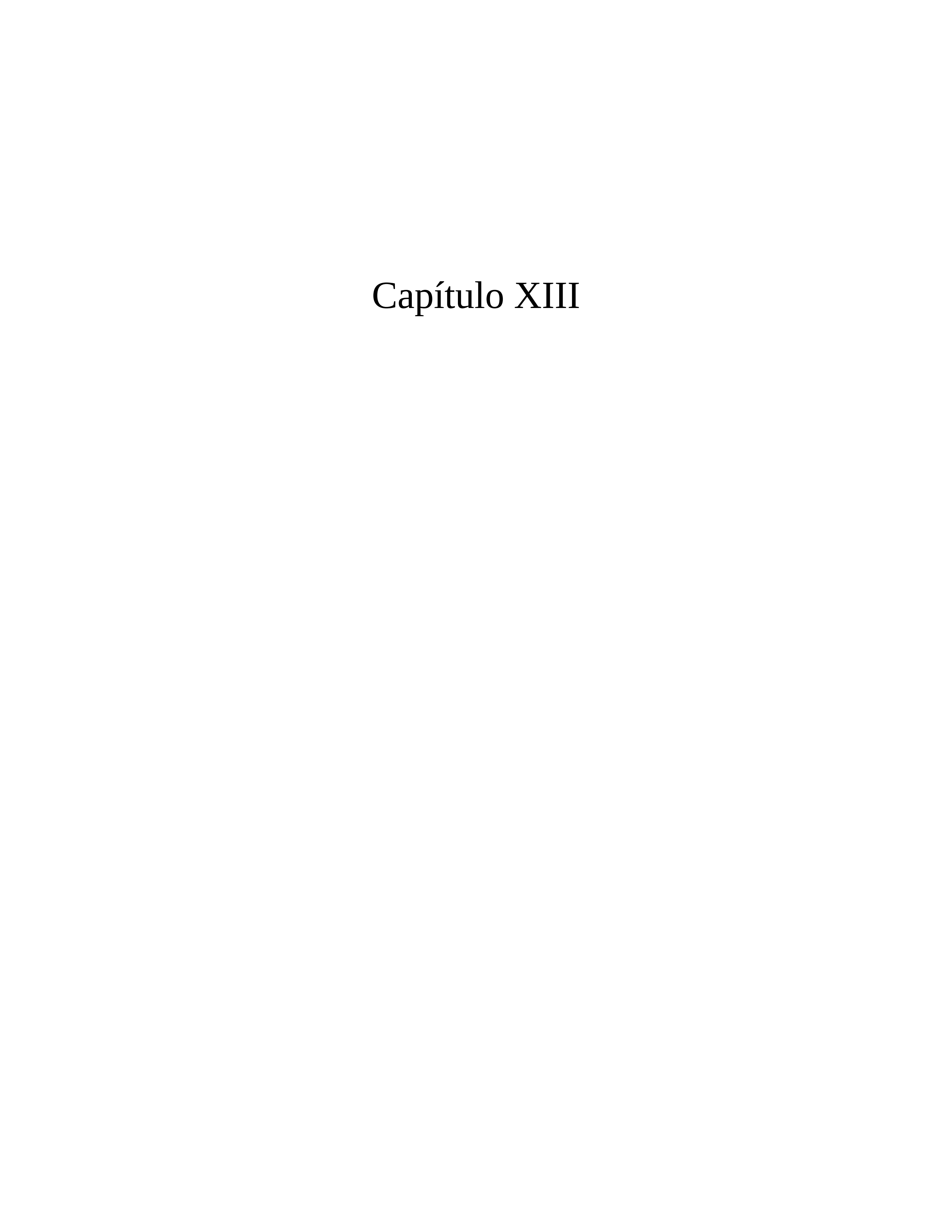
Del infeliz que agoniza
tened, Jesús, compasión
y perdonadle las culpas
con que ciego os ofendió,
oh, Dios, e hizo de mí
una pobre pecadora.
Yo también ya lo perdoné.

No permitáis que descargue
la horrible muerte su hoz,
sin que antes hiera su alma
saludable contrición.
Y por mi boca expresaré
su sincera contrición...

Acto de contrición

Perdón, ¡oh, Dios mío!, por el mal que he cometido y hecho cometer a la humilde y desdichada Petronila; perdón por el bien que he omitido o que he hecho mal; perdón por los pecados que conozco y por los que ignoro. Yo los detesto y aborrezco, como detesto y aborrezco la lujuria que procreó frutos ácidos y amargos; perdón, Jesús misericordioso, dulcifica el corazón de mis bastardos. Que no deseen para mí la condenación eterna. Perdón, Dios Todopoderoso, por haber dudado de tu existencia y por mi herejía al escuchar el alma ciega a tu resplandor del bondadoso y desdichado doctor González. Dadme el cielo. Hazme padecer mis culpas con las santísimas almas del Purgatorio, pero no me arrojes a la nada y al vacío...

Estas y otras oraciones y plegarias dedicó Petronila Jaramillo por la salvación del moribundo que parecía mirar a la nada y a los espacios infinitos con sus ojos fijos y la débil candela de la vida. Pero cuando expiró, después de hacer rezar el Credo y el Padrenuestro y el Ave María, mandó a salir a todos los que habían asistido a Benalcázar en sus últimos momentos de vida. Ya sola, Petronila se entregó a preparar el cadáver para su cristiana sepultura. Había aprendido a través de larguísimos años de práctica a rasurar a los difuntos varones. Cuando terminó de afeitarlo y peinarle la cabellera encanecida, lo despojó de la bata con la que había agonizado, luego de que Faraona le limpiase y enjuagase las impurezas úreas y fecales. Ahora estaba desnudo el que fuera Odar Benalcázar León y Seminario. Ungió el cuerpo con vinagre Bully y perfumes. Lentamente, con algodones untados, fue recorriendo la piel entera, ahora fría y liberada de toda sensualidad. Siguió con su tarea fúnebre mientras desde abajo llegaban gritos, risas e improperios contra el blanco que acababa de fallecer. Pero más pudo la santidad de su oficio de difuntos y la fascinación que despertaba en ella la yerta carnalidad. Untó sus pies, sus uñas, las piernas. Miró el profuso vello púbico ahora también encanecido y el miembro casi erecto por el *rigor mortis*, que cogió con las manos y ungió con generosas medidas de perfume. El padre Larrea había tenido razón: su pecado no había sido la violación, sino el recuerdo, la evocación del miembro tenso que horadó sus carnes. Petronila lloró, lloró por sus pecaminosos recuerdos y por la felicidad de haber contemplado para ella sola, aunque en la frialdad de la muerte, el cuerpo que había deseado toda su vida. Terminó de cubrir el cuerpo con la mortaja para el entierro. Entonces reparó en el alboroto casi orgiástico que subía del primer piso y ahora trepaba hacia la segunda planta. Entonces vio que los bastardos del rey y muchos otros congareños estaban saqueando la que fuera la más hermosa mansión de todo el valle del Chira.



Capítulo XIII

El panteón de los Villar

La primera vez que me nombraron maestra rural de Nomara no cabía en mi pellejo de alegría. Yo, Zoila Chira, hija de padre desconocido, ¿una maestra? Pero cuando usted, Martín, me acompañó hasta este caserío para instalarme y hacerme cargo del puesto de la escuelita, sentí que mi corazón era demasiado pequeño para contener toda la tristeza que me embargaba. Pero usted, con la virtud que tiene para adivinar la sencillez de mi alma, me dijo: *Será bueno para ti. Para los dos. La separación hace bien a los amantes*. Me gustó oírle decir que éramos amantes. *Tendrás tiempo para pensar un poco más en ti misma. Después que termines tus clases y de corregir los deberes de tus alumnos, te bebes un jarro de café (pero tal como te lo he enseñado a pasarlo yo, ¿eh?) te fumas un par de cigarrillos y, si sientes deseos, te tomas unas cuantas copas*. Hasta ahora no he sentido este último deseo, pero sé que me gusta beber con usted, como cuando aquella noche loca por los médanos que solo usted y yo conocemos, nos bebimos una botella entera de pisco y usted me dijo: *Quiero verte desnuda, China. Y yo también a usted, maestro Martín*, y los dos empezamos a desnudarnos y a correr entre las dunas sin temor a que saliera el lagarto de oro que cuida los tesoros de los gentiles y nos tragara. Pero mejor no digo *de esta agua no beberé*, porque quién sabe alguna noche la nostalgia sea tanta que tenga que recurrir a las copas. Pero no ahora. Hoy, como todas estas noches, bebo mi jarro de café tinto y ardiente

(así me enseñó a tomarlo), mientras me fumo un par de cigarrillos, solo que no son un par sino tres, cuatro, cinco, y esta noche ya he perdido la cuenta.

Tuvo usted razón: ahora tengo la noche entera para pensar en mí. Y tanto pienso que no sé cuándo terminaré de leer *Los hermanos Karamazov* (¿o será la lectura de este libro que me estruja el corazón y alela mi mente lo que me hace pensar?). ¿En qué puede pensar esta humilde alma del Señor? Cosas, cositas pequeñas, minucias, como la primera vez que usted besó mis manos gruesas (las suyas eran finas), mientras le contaba del oficio casero de tejer esteras y la temporada del apañe de algodón en las haciendas de don Borazino o de don Checa Vera-Matos. Pero hoy recordé cómo se me trabó la lengua y me sudaron las manos y el cuerpo se me puso frío cuando el director de la zonal me preguntó por mi estado civil. *¿Casada o soltera?*, insistió el director (que es uno de esos tipos que usted detesta), y yo quise mentir, pero la mentira no me salió y respondí: *Soltera*. Y cuando yo se lo conté a usted, usted Martín, me dijo: *Le hubieras respondido que estabas casada*. Pero recordando esto me pregunto: ¿qué es usted de mí?, ¿mi marido, mi conviviente, mi amante, mi compañero?, ¿o mi padre y maestro que convive con su hija y su alumna? ¿Fue usted mi seductor o fui yo quien lo sedujo? Porque usted me hirió el corazón desde que entró a dictar su primera clase. Y por eso me sentí tan celosa y odié a mi madre, a quien nunca quise, cuando descubrí que por la noche se levantaba del petate y salía al corral y después retornaba poco antes de que empezaran a cantar los gallos. Y una de esas noches la seguí con mucho cuidado (el vendaval de arena me ayudó) y la distinguí empujar la puerta de su casa (lo que sería nuestra casa, quién lo diría) que quedaba en la misma escuela. Yo, le repito, odiaba a mi madre, pero a Dios gracias antes, quizá desde el mismo día que usted llegó a El Conchal, lo amé. ¿Por qué recuerdo ahora esto? No lo sé muy bien, pero algo tiene que ver esta novela en que padre e hijo se disputan a la misma mujer. Y

de pronto siento una vez más el deseo irresistible de estar a su lado. Son solo dos leguas, pero la noche está muy oscura. Me pondré los pantalones (que también usted me enseñó a usar) y esperaré en la carretera el paso de algún camión o lo que sea.

De un tiempo a esta parte sé que los hombres me miran y no me fue difícil hacer parar este carro. Tendré que soportar las majaderías, pero es fácil, porque sigo pensando en usted y en las mañas que tiene una hembra para seducir a un hombre. Pobre mamá, después de todo: no logró hacerlo botar del pueblo cuando con mi atadito de ropa me fui a vivir con usted. Pero entonces no se me trabó la lengua y dije: *Es mi marido*. ¡Y yo que tenía apenas catorce años! Y mi madre tuvo que salir del pueblo con sus otros hijos, todos de diferentes padres, y se marchó a vivir a Amotape, en la otra ribera. *¿Cuánto le debo?*, le pregunto al chofer y sé lo que me va a responder: *Para ti nada, preciosa*. Y pone su mano en mi muslo y me alegro de haberme puesto pantalones. Yo abajo corro hacia nuestra casa, la mejor iluminada de El Conchal con la Petromax que usted se compró, pero la luz está apagada y no está usted en casa. Pienso: *Debe estar sentado en nuestro médano favorito*. Prendo el candil y en efecto veo que la linterna de ferroviario no está en su lugar. ¿Qué debo hacer? ¿Ir a su encuentro o dejarlo disfrutar de su soledad? Me decido ir hacia usted y lo voy buscando por nuestros lugares y no veo ninguna luz y la noche sigue oscura. De modo que regreso a esperarlo en la casa. Me lavo un poco, pero al momento de desnudarme para esperarlo me siento de pronto una extraña, y entonces prefiero acostarme con ropa y todo. No lo siento llegar, pero despierto cuando se estrecha junto a mí y empieza a bajarme el cierre relámpago. *¿Dónde ha estado?*, le pregunto, y usted me responde: *Por allí, caminando*. No es que sintiera celos, pues sabía del gusto que usted halla caminando de noche y recorriendo estos pueblos olvidados. Le repito la pregunta: *¿Por dónde?*, y usted me vuelve a decir, aun

más vaga y misteriosamente: *Por ahí*. Un tizón de candela sentí en el corazón. Repito que no eran celos. ¿Pero ya no tenía confianza en mí? Así se lo digo. *Uno de estos días o noches*, me dijo, *te llevaré para que conozcas la tumba de los Villar*.

Cierta tarde, mientras dictaba mi clase, recordé de pronto que cumplíamos siete años de vivir juntos. *Siete años*, me dije, y me lo repetí. Decidí ir a El Conchal, pero esta vez a pie, tal y conforme lo vengo haciendo desde hace seis meses, o, mejor, como los dos lo veníamos haciendo dos veces al mes a mitad de semana (pues no cuento los fines de semana que pasamos juntos), una vez yo y otra vez usted, y esto fue idea suya porque me dijo que no era justo que solo yo tuviera que caminar las dos leguas de arenales que nos separan. Estas razones son las mejores enseñanzas que recibo de usted. Apenas terminé las clases llené la limeta de agua y me puse las sandalias. Tomé el camino que los dos hemos descubierto o, como usted dice, hemos construido caminando con nuestros pasos. De este modo ahorramos tiempo y, sobre todo, no tenemos que cruzar por Viviate. *¿Siete años?*, me dije en el primer descanso, mientras tomaba unos sorbos de agua de la limeta. No, no son siete años, son muchos más. Y recordé la finura de sus manos la vez que, levantándome el mentón, me miró el rostro y me acarició las mejillas, y recuerdo clarito las palabras que me dijo: *Quisiera quererte como a una hija, pero no puedo. No puedo. Será mejor que me vaya a otro pueblo*. Y yo sentí que se abría la tierra bajo mis pies y mis ojos se llenaron de lágrimas, y fue entonces que no resistí el impulso y le besé las manos, que sentí suaves y finas. *¿Siete años? No, Martín*, me digo, y recuerdo sus palabras (que solo las entendía con el corazón) acerca de los diversos tiempos que hay en nuestra vida y sus manos, ahora gruesas y ásperas, eran el testimonio de la largura del tiempo que vive con nosotros. ¿He hablado correcto al decir *nosotros*? Me

puse de pie, tomé un sorbito más de agua y continué la marcha. Empezaba a ocultarse el sol, pero no tendré que utilizar la linterna a pilas que traigo conmigo porque estamos en noches de luna llena. *¿Dijiste bien, China?*, dije en voz alta para escucharme, pues el viento comenzaba a silbar entre los médanos. Sí, es justo lo que has dicho, porque a las pocas semanas que usted, Martín Villar, llegó a El Conchal, el pueblo ya lo había aceptado, aunque no pudiesen explicar que un joven de su apariencia viniese a enterrarse en este caserío olvidado de Dios. Y por eso le dieron su respaldo cuando mamá, furiosa de celos, lo acusó ante el común de haber violado y seducido a su hijita (era la primera vez que me llamó así: «hijita»), una niña que ni siquiera se enfermaba como se enfermaban las mujeres que ya estaban listas para conocer varón. Esto lo dijo delante del pueblo, pues en casa, cuando descubrió lo nuestro, me llamó «mosquita muerta, ladrona de su propio marido y traidora, zorra, puta». Pobre madre. Usted, Martín, tiene razón; antes de alcanzar la generosidad, el amor pasional es egoísta, y con los años fui comprendiendo que, cuando brincando por encima de la vergüenza yo me pasé a vivir con usted, no lo hice solo para salvarlo de ser expulsado del pueblo, sino para defender a mi hombre. Y después de que ya lo tuve para mí y compartíamos el lecho, me martirizaban los celos, sentía celos hasta del viento cuando no lo respirábamos juntos. Sí, fui comprendiendo a mi madre. Qué celos sentía de su pasado, Martín, de los libros que leía. Y cuánto me costó al comienzo escucharlo hablar de las mujeres que aparecían en la historia que de los suyos me contaba. Oh, cuánto odié a Primorosa Villar, a Faraona Cherres, a Visitación Cabrera, no solo porque, como en el caso de Primorosa y Faraona fueran bellas, sino porque me parecía que tenían más vida que yo. Pero, con la virtud que sus dioses lo han dotado, me fue apaciguando, despejando mi ignorancia y dándole luces a mi pobre cerebro. Y así, como por encanto, se fueron desvaneciendo los celos, claro, menos

uno. Y usted me preguntó: *¿Puedes decirme su nombre?* Y yo con voz majadera le dije: *Es esa, pues, que usted pone más arriba de los cielos y cuyos ojos son no sé de qué peregrino color, y que el lucero matutino y el lucero del alba son mierda en comparación al fulgor que irradian los ojos de ella. ¿Te refieres a Deyanira Urribarri? ¡No repita ese maldito nombre en mi presencia!* Usted se puso de pie y me dije: *Ahora sí que me avienta un sófero cachetadón*. Tenía rabia y miedo, y cogí un puñado de arena y me dije: *Si se atreve a levantarme la mano se lo arrojo a los ojos*. Pero después de estar caminando un rato por la cresta del médano, volvió y se sentó a mi lado. *Escucha, querida*, me dijo, *Deyanira Urribarri no existe. Es la imagen que yo vi o creí ver en la cabaña de don Asunción Juares y que después he soñado. Y por eso la he creado, para que otros solitarios como yo la amen, la admiren y aun la veneren, si algún día llegan a leer el libro que me esfuerzo por escribir. China*, me dije, *te taparon la boca*. Y abrí mis manos y dejé caer la arena y por primera vez en varios años me atreví a desnudarlo y a acariciarlo, pues no quería ser menos que Primorosa Villar amando a su dulce Inocencio.

Me detuve para beber un par de tragos de agua y el agua se derramó de mis labios porque vi que salía la luna y los médanos adquirieron esa belleza que usted me enseñó a mirar. Reparé entonces en que, llevada por mis pensamientos, me había apartado como de aquí a La Huaca, donde, nunca podré agradecérselo lo suficiente, usted me persuadió para que estudiase la media el mismo año que fundaron el colegio secundario. Pero, volviendo a lo que decía antes, es verdad: usted fue aceptado rapidito por el pueblo y esto lo oí antes del escándalo que armó mi madre y yo me fuera a vivir con usted. Pero no alcanzaban a comprenderlo y yo misma no estoy segura de haber llegado a comprenderlo del todo. Gustaban de su sencillez, de aceptar las pobrezas que le brindaban, de preguntar y escuchar nuestras historias, de

beber con mesura, en esto tan distinto a la gran mayoría de maestros de estos andurriales. Después empezó a interesarse en la agricultura y usted me pidió que yo fuera su maestra y así la escuela tuvo un huerto y usted, a la par que los alumnos, abonaba y sembraba y regaba la tierra, y aprendió a distinguir las malas yerbas y la vida pareció reventar por todos los poros del huerto, y cosechamos nuestras primeras verduras, los zapallos y los pallares y los frejoles de palo brotaron como una bendición, pero usted no se envaneció por esto y, antes, muy respetuoso pidió consejo a los mayores para sembrar los frutales, y la tarea de nosotras, las alumnas, era la jardinería, y la escuela se volvió un espacio florido y fragancioso que nos embriagaba cuando su carne estaba dentro de mi carne. Entonces los paisanos miraban con orgullo la escuela y cuando iban a los pueblos vecinos se llenaban la boca con su escuela que era a la vez un huerto y del maestro que aprendía de los libros y de la vida; y fue así que de todos estos alrededores la gente venía a curiosear, y como el corazón humano (por las razones de la propia vida, como usted enseña) suele tener sus fangales, lo invitaban a beber y, después de unas copas, empezaban con las indirectas y después con las directas, afirmando que en sus pueblos jamás habrían permitido la inmoralidad de que el maestro se estuviera viviendo con sus alumnas y, al mismo tiempo, con las madres de sus alumnas. Los conchaleños salían en defensa suya, pero usted se limitaba a sonreír y a despedirse, y no faltaban intrusos que desde la puerta le gritaban palabras feas y soeces. Pero como usted acostumbra a repetir, el pueblo es esencialmente bueno y así, después de una o dos semanas, venían a visitarlo aquellos que quisieron buscarle pleito y, con el sombrero en la mano, le pedían que aceptara estos zapallos o frejoles o sandías recién cosechados. Usted los hacía pasar a nuestro cuarto (yo reventaba de furia por dentro) y veían con respeto sus libros, luego les agradecía la fineza y brindaba con una copita de anisado con ellos y enseguida (este era el momento que más me

gustaba) me presentaba: *Les presento a mi alumna y compañera, y les doy mi palabra que algún día ella será maestra de cualquiera de estos pueblos*.

Después se interesó por la salud de los animales y un poco después por la salud del pueblo. Por esa época, J. L. Díaz, el amigo con el que se carteaba un par de veces al año y le enviaba los libros que usted le pedía, le mandó una remesa de libros distintos de los que solía enviarle: eran unos libros grandes muy bien empastados y con hojas llenas de figuras y fotografías y versaban sobre veterinaria y medicina humana para los primeros auxilios. Y así me enteré de que usted tenía bastantes amigos (yo solo conocía hasta entonces personalmente a Arturo Lama), y un día vino un ingeniero agrónomo, Teódulo Quezada, y después dos médicos, también amigos suyos, pero cuyos nombres, por desgracia, no recuerdo en este momento. Permanecieron dos días cada uno e hicieron un examen general a la población, y usted les informaba sobre las principales dolencias que padecíamos en esta región abandonada y aun les hizo una lista detallada y luego les pidió que le sugiriesen un número determinado de medicinas para curar las dolencias que no revestían gravedad. Y ellos se comprometieron a enviarle donativos de medicinas básicas para formar el botiquín del pueblo. De este modo usted se convirtió en agrónomo, veterinario y médico, y venían a consultarlo de los pueblos vecinos, y si la enfermedad no era grave, usted les recetaba y les daba el remedio apropiado. Yo me sentía cada vez más orgullosa de usted, pero también en mi corazón brotó la ambición y lo importuné como antes con mis celos, solo que esta vez usted me advirtió: *China, yo nunca te levantaré la mano, pero si no sacas de raíz la codicia que está naciendo en tu corazón, yo haré una de estas dos cosas: te echaré de esta casa o yo me iré del pueblo. Piénsalo*, me dijo, y luego metió alguna ropa en su pequeño maletín y fue a la carretera a esperar un carro que lo llevara a Paita. Yo sabía que en ese momento era inútil pedirle perdón y suplicarle que se quedara, pues la parte

no emponzoñada del corazón me decía que después de unos días volvería. Lo que no supe fue que, esa misma tarde, un par de horas después de que lo vi tomar el carro, llegó una madre todavía joven con su niñita enferma. Yo tuve que mentir y le dije que lo habían venido a buscar urgente de Pueblo Nuevo de Colán. Yo recé por dos cosas: porque la niñita no se agravara y porque usted regresara pronto. Al día siguiente, la niñita tenía un poco de fiebre y le continuaban las diarreas. Yo le sugerí a la madre que viajara cuanto antes a Sullana, pero ella me dijo: *Pero, ¿con qué plata?* Tanto era mi temor que yo hasta quise prestarle el dinero, pero ella me dijo que prefería esperar y que si usted no regresaba era porque Dios quería recoger en su seno a la criatura. Al tercer día llegó usted temprano con la barba crecida y su aliento olía a licor. Muriéndome de miedo le dije lo ocurrido. De inmediato me ordenó que le preparase café bien cargado y se metió al corral y, en el baño que usted mismo había construido, lo sentí echarse abundantes baldes de agua fría del tinajón. Bebió el café mientras hojeaba uno de sus libros de medicina inicial y luego fue a la casa de la madre. Yo, arrepentida, y más aun avergonzada, fui detrás de sus pasos. La ñaña ardía en fiebre. Y, sin pensarlo dos veces, cuidando de las corrientes de aire, la bañó con el agua más fría de la tinaja. Le dio unas pastillas molidas antidiarreicas y, poco después, la fiebre cedía y usted indicó a la madre que cada cierto tiempo la frotase con alcohol y vinagre Bully, pues lo más peligroso era la fiebre. La ñaña se salvó y yo me fui al campo a llorar. Y pensé que usted me despreciaría y que todo cambiaría entre los dos a partir de entonces.

El recuerdo era tan vivo, de tanta intensidad, que yo me sentí ruin, mezquina, baja, que no pude controlar mi emoción y las lágrimas me brotaron de no sé que profundidades, pero en el instante mismo en que me iba a arrojar sobre la arena y llorar hasta que se me agotaran las lágrimas, entonces un hombre se dejó deslizar por el lomo de la duna y me atrapó

subiéndose encima de mí, diciéndome *Te violaré, te violaré*, y recién entonces reconocí su voz, Martín, fingió forcejear conmigo y me hizo, como tantas veces habíamos jugado, rodar con usted. Ahora sentía cómo un nuevo manantial de lágrimas endulzaba el amargor de mis otras lágrimas y entonces fue que usted reparó: *¿Lloras, China? ¿Es con lágrimas, Zoila Chira, como celebras el aniversario de nuestros esponsales?* Me dio a beber unos sorbos del agua de su propia limeta, esperó a que me calmara y me pidió luego que le explicara el motivo de mi llanto. Como es virtud en usted, me escucha sin interrumpirme, pacientemente me ayuda a desatolondrarme, a salir del embrollo sugiriéndome la palabra precisa, hasta que por fin logro salir del pozo en que he caído y vuelvo a reparar en la inconcebible belleza de esta noche. Entonces sube usted al lomo de la duna desde donde me había visto venir y baja con la alforja y de la alforja extrae dos botellas de vino chileno (que, me explicó, había encontrado en una ruinosa bodega de Paita) y tres latitas de sardinas españolas y galletas de agua (que a mí tanto me gustan) y galletas finas y todo fue delicioso y me fue explicando en qué consistía la nobleza del vino y recién comprendí en todo su sentido aquello que numerosas veces le oí decir: que hay que aprender a gozar y a paladear los buenos sabores de la vida. Después de que terminamos la primera botella de vino, usted se tira de espaldas sobre la arena, la cabeza reclinada debajo de sus manos. Luego de un rato me pregunta: *¿Te acuerdas de aquel caballo pura sangre que el pueblo me quiso obsequiar cuando cumplía mi quinto cumpleaños desde mi llegada a El Conchal?*

¿Cómo olvidarlo? Nunca se lo dije hasta esta noche, pero durante dos años participé del secreto. Los paisanos, aprovechando uno de sus viajes por los pueblos vecinos, tuvimos una reunión, digo *tuvimos*, porque confiaron en mí y la reunión tenía como fin hacerle un obsequio en prueba de gratitud. Se hizo la mar de propuestas y no lograban ponerse de acuerdo, y yo juzgué que

no debía participar en la discusión ni hacer propuesta alguna. Usted sabe, Martín, cómo estas deliberaciones terminan a veces en rencillas y pleitos. La discusión ya comenzaba a precipitarse, cuando pidió la palabra don Hilario Nunura y propuso regalarle nada menos que un caballo pura sangre del potrero de don Ignacio Schaeffer, que en su hacienda Pazul, por el lado de Tambogrande, tenía el mejor establo de caballos y mulos finos de la región. La idea nos pareció de inspiración divina, Martín, pero ahí nomás quedamos pasmados. Los blancos son avarientos con sus caballos y al paisanaje, cuando le venden, le venden caballos patojos, garrapatudos o chúcaros y de instintos perversos. En primer lugar, ¿accedería a vendernos un caballo digno de señores? Y en segundo lugar, ¿cuánto nos cobraría el sacre del blanco? Don Nunura dijo que el blanco le daría el caballo que él, Nunura, ahijado suyo y el mejor chalán en sus años mozos, escogiera y que además no le cobraría nada. Le juro, Martín, que yo misma pensé que don Nunura había sufrido algún mal de aire en la cabeza y peores cosas imaginaron los restantes paisanos. Pero don Hilario Nunura nos tapó la boca y nos dijo que el blanco Schaeffer, padrino suyo, tenía una deuda de honor con él. Y no dijo más, pero que el obsequio lo dejáramos para el próximo año, así él tendría tiempo de escoger, de vigilar de cuándo en cuándo la crianza del potrillo y de domarlo cuando ya estuviera en tiempos de cabalgar. Don Nunura propuso otra condición: que durante estos dos años no le estuvieran jodiendo la pita con preguntas, y antes de retirarse me preguntó por el día de su cumpleaños. Una semana antes de la fecha convenida, don Nunura (como lo estuvo haciendo de vez en vez en lo que duró el plazo) se fue de El Conchal sin despedirse de nadie. De dudar de la palabra de don Hilario nadie dudaba, pero llegó la víspera de su cumpleaños y don Nunura no aparecía por ningún lado y yo, en la noche, me pegué más a su cuerpo y usted acarició mis manos y no nos dijimos una sola palabra, pues usted, sin darme relleno, me había dicho que los cumpleaños

suyos prefería pasarlos solo, pues lo entristecían, lo entristecían. Yo tardé, creo, más en dormirme que usted, y tenía dolorida y defraudada el alma. De pronto escuché un relincho frente a la puerta de nuestra casa y me levanté despacito y todavía estaba oscuro, pero alcancé a distinguir la silueta del animal. Lo estuve contemplando un largo rato y esperaba con ansias que amaneciera, y cuando usted despertó me hice la dormida, entró al corral, lo sentí orinar, lavarse (y entre tanto el caballo había dado otros relinchos saludando, me imagino, al día), se acercó al fogón, atizó la leña en el rescoldo, puso a hervir el agua y esta vez sí que reparó en el relincho de la cabalgadura. Entonces salió a la sala y abrió la puerta y se encontró frente al bellísimo animal con apero de la mejor calidad. No había ningún cristiano, pero todos lo miraban por las rendijas de sus puertas o cabañas, hasta que ya no pudieron más y empezaron a salir y vinieron a nuestra casa y todos frente a usted se quitaron el sombrero y le rogaron que aceptara el obsequio que con toda su estampa era insignificante al lado de lo que usted merecía. ¿Cómo, pues, Martín, no voy a recordarlo? Pero espero que el pueblo me perdone por haberle revelado este secreto.

Usted no hace ningún comentario a mi revelación, descorcha la segunda botella y, cuando llena las dos copas (no se puede disfrutar del vino si no se bebe en copas: esta es otra de sus enseñanzas), me parece advertir un temblor en sus manos. Brindamos, devoramos la segunda lata de sardinas españolas, otro brindis y un tercero. *No sabes el estremecimiento que sentí*, me dice, *al contemplar el caballo. Y aun antes de darme cuenta de que era un obsequio para mí, sentí una terrible, dulce y amarga codicia. Y en pocos segundos recordé la historia de los míos y me decía: «Con este caballo podría seguir el itinerario recorrido por el bandolero Isidoro Villar». En este sueño de ¿impura?, ¿legítima?, codicia me hallaba sumergido cuando reparé en la presencia de hombres y de mujeres y de mis alumnos, que, sin saber cómo,*

ahora me rodeaban. Confusamente entendí expresiones como «obsequio», «gratitud», «el bien que nos ha hecho», pero reparé en que me hablaban con el sombrero en la mano y, con horror, escuché que me llamaban «doctor», «señor», «patrón». No, con el caballo no sería un Isidoro Villar, ni el pobre tío Luis sería un Benalcázar. Y si había sentido por unos instantes la pasión de la codicia, podría sucumbir a ella y entonces perdería lo que durante todos estos años he estado buscando: ser un semejante, uno más dentro de la comunidad, retroceder y ser desleal al camino elegido y hacerme cómplice de los que habían señoreado y humillado la sangre de los Villar. Todo esto les dije, creí decirles, mientras abrazado al cuello del animal sentía los azotes padecidos por mi bisabuelo Cruz y la soga que ahorcó a Isidoro Villar me asfixiaba, me apretaba. «Nunca olvidaré mientras viva la belleza de este día. Pero no acepto el obsequio. No lo merezco y, por favor, no me excluyan de la comunidad en la que quisiera ser aceptado, sin distinción alguna, como cualquiera de ustedes».

¿Tiempo para pensar? Al comienzo solo tenía tiempo para llorar., pero lueguito el rocío del sueño me caía como bendición y dormía honda y profundamente y antes me despertaba fresca y con ganas de abrir la escuela y de ponerme a trabajar, mas al borrar la pizarra me invadía una como sensación de culpa y me decía: *Ah, Zoila, Zoila, qué rico dormiste, eres un animalito insensible sin ninguna idea en tu cabeza*. Después, con el correr de las semanas y de los meses, cuando el sueño comenzó avaricioso, recordé sus palabras y les di una de vueltas, y con un poco de temor me atreví a pensar en que mi cuerpo haraganeaba de lo lindo porque por primera vez en la vida tenía una cama y un cuarto para él solo. Y a partir de esta consideración se me vinieron a la mente una tandalada de ideas y recuerdos que alborotaron mi corazón. ¿Es que había iniciado el camino de liberación que usted juzgaba indispensable para establecer una relación verdaderamente humana?

Desde entonces leo un poquito más, pero siempre tengo que leer varias veces una página para captar el sentido, duermo menos y estiro lo más que puedo el tiempo para pensar en usted pero no como lo he hecho siempre desde que usted llegó a mi vida, sino de la manera en que usted me aconsejó (y que entonces tomé como una herejía o como la profanación de un afecto sagrado): *Piensa en mí si así lo deseas. Pero no me idealices. Procura penetrar la línea de sombra que existe entre mi yo y el mundo y entre mi yo y los seres que, como tú, amo. Y no me perdones por ninguno de los actos que tú encuentres reprobables y por tanto merecedores de la condena y la expiación*.

Primero, como jugando, hice una lista de los pecaditos veniales y créame, Martín, que me salió una hilera bien, pero bien, larga. En serio, Martín, solo que me hacían reír. ¿Le han dicho, señor maestro, que a veces usted es de lo más antipático? Y lunático hasta cuando no es tiempo de luna. ¡Por lo menos si usted se pusiera un trapo rojo como su bisabuelo para advertir que nadie se le acerque a hablarle! Es verdad que con ternura me puso en guardia para cuando lo invadieran los malos humores, pero usted ni sospecha cuántas veces al llegarle esos momentos (que duraban días y días) le sacaba la lengua y le hacía mil morisquetas aprovechando que no podía verme y estaba usted dándome la espalda. Poco a poco comprendí que el vicio de su rostro es que fue labrado con el mismo gesto para expresar irritación y tristeza, y ahora caigo en la cuenta y ya no hay remedio, pues cuántas muecas no le habré hecho cuando usted estaba poseído de la gran tristeza que proyectaba una sombra torturada frente al mundo y los seres que lo amábamos.

¿Me atrevería a pensar en aquello? Al principio no me atreví, busqué montones de pretextos, descubrí que mi cuarto quedaría más bonito si yo dispusiera mis cositas de esta manera o de esta otra o de la de más acá o de la de más allá, para al fin volver al primer orden y luego empezar un nuevo

desorden, y sobran las veces que caía rendida por el sueño en medio del laberinto que, sin darme cuenta (¿pero sería sin darme cuenta?, no sé, creo que no podría jurarlo), había creado. Ah, Martín, usted con todas sus letras ni imagina la ruma de ardiles que tenemos las mujeres cuando queremos hasta mentirnos a nosotras mismas. Pero una noche de ventisca y de turbiones de arena, me dije: *China, tómate una copita para matar el frío*. Después, al reparar en el desorden en que habían quedado mis trastos, esta mosquita muerta como me llamaba mi madre, con la lámpara en la mano, se preguntó: *Zoila Chira, ¿por qué no mandas a la mierda a toda esta basura? Sí. ¿Por qué no?* Y empecé a mandarlas a rodar una por una a las pobres cosas que nada malo me habían hecho, y si no terminé fue porque me vinieron las ganas de arrojar las cabras, como ustedes los hombres dicen, pues de una copita pasé a la segunda y de la segunda a la tercera, hasta que terminé con más de media botella de pisco que usted trajo la semana pasada. Vomité un revuelto asqueroso y me entró una meadera que hasta ahora me avergüenza, y creo que en esos momentos empecé a comprender las partes de la historia de los suyos que me contaba, como, por ejemplo, cuando usted de niño, al mirar hacia el hueco del excusado, lleno de caca y gusanos y todo eso, tuvo de verdad la evidencia de que su abuelo Santos había muerto. Terminé de orinar y reparé en que la ventisca ya no era ventisca sino una agradable brisa y la arena reposaba apacible. De la tinaja eché agua a la lavacara y me refresqué, y entonces me dije que ya había llegado el tiempo de enfrentar el problema que se interponía en nuestra dicha, o, mejor debo decir, mi dicha, de una calidad que jamás pensé que existiera si usted no hubiera naufragado (a usted no le gusta esta palabra) en nuestro mísero y olvidado caserío. Y mientras me secaba la cara me dije: *Y esto, Zoila, mi pequeña, no es pecado venial*.

Pero al día siguiente no me sentí en condiciones de pensar porque me dolía horrores la cabeza y la boca la tenía hecha un asco. Tampoco al día

siguiente, que era viernes, tuve ocasión de meditar, pues los viernes, a la caída de la tarde, cerraba la escuela y me encaminaba en pos de usted a nuestra cabaña de El Conchal. No recuerdo haber pensado durante el trayecto, mas por primera vez caminé sin apuro ni la ansiedad de tantos otros viernes. Llegué con hora y media de retraso y en medio de los candiles de las chozas dispersas irradiaba la Petromax de nuestra vivienda. Me quité los zapatos y, despacito, me asomé a la ventana y lo vi escribiendo lleno de júbilo en su mesa de trabajo. Después de mucho tiempo sentí celos y la sensación de ser una intrusa. ¿Quién eres, Zoila Chira? ¿Quién es el extraño que escribe con tanta pasión? ¿No sería mejor que regresaras a Nomara? ¿Es tu marido, tu conviviente, tu amante o tu padre y maestro? ¡Regresa a Nomara, China! ¡Hazlo esperar y ponlo celoso! ¡Haz que lo torture el deseo! Pero esta última fue una mala invocación, pues el deseo hería mi carne y pensé que por nada del mundo me perdería el bañarnos juntos en la gran tina de madera que usted mismo encargó con diseño propio a un artesano de Sullana. No, bañarnos juntos (el agua ya debía estar en la tina y mañana la temperaríamos con agua hirviente) era uno de los placeres más ricos que usted me ha enseñado. Y empujé la puerta y entré.

Usted, Martín Villar, levantó la vista y me vio, dejó de escribir, miró el reloj de campanilla, se paró y vino entusiasta (¿o fueron figuraciones mías?), y abriendo los brazos me abrazó diciéndome: *¡Llegas con hora y media de retraso!* Pero no era un reproche, sino como si me dijera: *¡Hora y media de amor perdida para siempre! Ven*, me dijo con una mano puesta en mi hombro derecho, *el café está en el fogón*. Estaba feliz, eufórico, como cada vez que escribía y estaba conforme con lo que iba diciendo. Sirvió usted mismo los dos jarros de café y usted bebía, me miraba y seguía hablando. Y yo, mientras daba los primeros sorbos a mi café, se me vino a la memoria lo que solían decir las mujeres mayores: toditos los hombres son unos mañosos

y las muy zonzonazas de nosotras terminamos por sucumbir a su hechizo. Razones de este cariz me golpeaban la mente, en tanto usted, cada vez más eufórico, seguía hablando. Terminó el primer jarro de café y sirvió el segundo, pero no se volvió a sentar sino que hablaba paseándose por la habitación. Recién tomé asunto a lo que decía y lo que usted decía era que estaba escribiendo el último capítulo de la novela. *¿De qué trata?*, le pregunté terminando mi café, no resistí la tentación y me serví medio jarro más. Y usted esperó que me volviera a sentar para explicarme.

—¿Sabes? —dijo—. Necesitaba una visión de este sujeto que hemos llamado Martín Villar desde una perspectiva femenina. La visión de ella es cálida, amorosa y relativamente íntima, pero también crítica, con un cierto sedimento de rencor y aun odio, pues la llegada al pueblo de Villar determinó un cambio radical en el curso de su destino. La ocasión se presenta cuando, tras siete años de convivencia (él ha sido su maestro y la ha formado, pero también la ha marcado con su espíritu torturado y le ha hecho descubrir ciertas apetencias y disfrutar del puro goce de los sentidos), ella va a trabajar a otro pueblo en calidad de maestra rural, y luego de la comprensible nostalgia inicial, ella descubre que por primera vez está sola y por primera vez puede disfrutar de un espacio (no importa lo pequeño que sea) que es completamente suyo. Y, bueno, ella comienza a hacer un pequeño examen o un recuento de estos años vividos, que empezaron con la disputa entre ella y su madre por este joven de veintidós años que venía a estas tierras a reconstruir la historia de un agravio y a limpiarse de todo el hedor con que las ciudades y los libros y algunos mitos y metáforas habían enfangado su alma.

—Y mientras a ella se le arma un revoltijo en la mente y el corazón, me refiero a la cándida torcaza que le robó el marido a su madre, ¿que hace entre tanto el jovencito ducho en conquistar el amor de los humildes?

—La ama, la recuerda, la desea, por cierto. Pero reparte su tiempo entre sus deberes con la comunidad, la escritura del último capítulo de su novela y su trabajo silencioso y algo clandestino (y para esto le servirán su práctica con la agricultura y sus incipientes conocimientos de agronomía) para hacer de la casi perdida tumba de los Villar un espacio enmarcado por vichayos y oberales (con sus bellísimas florecillas amarillas) y cactus (no sampedros) y flores del desierto. Pronto te llevaré, querida. Te lo he prometido.

Pasé por alto esto último y le pregunté:

—¿Y ha avanzado mucho con este capítulo?

—Sí. O, por lo menos, un poco más de lo usual. Y lo último que escribí fue la llegada de la querida amante. Esta vez no ha venido casi corriendo, como lo hacía durante las primeras semanas. Ha caminado con cierta lentitud, dejando vagar sus pensamientos. Luego, al llegar al caserío iluminado pobremente con los candiles de las chozas, no ha podido dejar de sentir la potente y radiante luz de la Petromax. Sin embargo, ha retardado sus pasos, se ha quitado los zapatos y muy despacio ha mirado a través de la ventana y ha visto al torturado e inmensamente dichoso Martín Villar absorbido en la escritura. Pero entonces entraste tú y yo dejé de escribir para recibirte con un abrazo.

—¿Y ya sabe cómo continuará y finalizará el capítulo?

—Ah, si yo lo supiera. Pero no lo sé. No lo sé.

—¿Y en cuanto al nombre? Me refiero al nombre del capítulo.

—Eso sí. Se titulará «La tumba de los Villar». ¿Te gusta?

De pronto tuve deseos de estar en Nomara. Tirada en mi cama y fumando un par de cigarrillos.

—¿No te gusta el título? —me dice y después de un momento, repite—: «La tumba de los Villar».

—Usted sabe que me falta criterio. Pero me gusta, aunque no es esta la palabra correcta que exprese lo que quiero decir. Pero dígame, Martín, ¿alguna vez ha pensado en la otra tumba de los Villar?

El maestro Martín Villar se levanta de su banca y viene a sentarse a mi lado.

—¿Cuál otra tumba? —me dice.

—¿Nunca lo ha pensado? —le digo.

—No sé a qué te refieres —me dice él.

—Entonces no importa que lo sepa —y añado—: Siga trabajando, que yo me iré a acostar.

Me pongo de pie y entonces cae en la cuenta de lo que quiero decirle y reclina la cabeza sobre mi vientre y me besa y me acaricia, pero yo permanezco plantada como una estaca. Él se pone de pie y me ciñe de la cintura y besa mi cuello y mi boca, que permanece cerrada, y al oído me dice las gracias y obscenidades que tanto me perturban y encienden mi carne, que comienza a hacerme sufrir, me atraen el juego y las perversiones del amor porque, como usted me enseñó, son parte del amor y yo ya estaba rendida, pero entonces usted dijo la única broma sucia y cínica que no podía tolerar: *¿No te gustaría que yo profanase esta ardiente tumba?* Me desprendí de usted y, desde la puerta que estoy abriendo le digo: *Le prometo que no será usted quien profane esta tumba*. Cierro de un portazo y, en medio de un vendaval y las riadas de arena, camino de retorno a Nomara.

Nomara, 21 de noviembre de 1967

Estimado Martín:

Aprovecho la ida a El Conchal de un alumno mío para enviarle estas líneas. Ruego a los dioses, como usted suele decir, que lo conserven bien de salud. Maestro, le comunico que no podré ir a visitarlo este viernes ni el

siguiente porque ya se vienen los exámenes de fin de año y estaré muy atareada. Espero que usted sepa comprenderme.

Sin más que decirle, lo saluda

Zoila Chira

El Conchal, 21/11/67

China querida:

Recuerda también que existen dioses malditos. ¿No has pensado que muy bien podría ser yo el que vaya a visitarte? Espero tu decisión.

Tuyo,

Martín

Nomara, 28 de noviembre de 1967

Recordado maestro:

¿Qué dioses lo empujaron a venir a nuestra tierra? No quiero retrasar su trabajo de la novela que, como usted dice siempre, es la verdadera pasión de su vida. Además, nos ha llegado una circular anunciándonos que los jurados vendrán de Sullana para examinar a los alumnos. Esto me ha llevado a dictar clases extras de repaso. Por todo esto me privaré de la alegría de verlo y conversar con usted.

Disculpe la tardanza en responderle. Su afectísima,

Zoila Chira

El Conchal, 29/11/67

Mi queridísima:

Corresponde a ti y al pueblo adivinar o decidir cuáles fueron los dioses que me impulsaron a venir a radicarme entre ustedes. Y no perturbaré el

trabajo adicional que te has impuesto. ¡Ánimo, China! Sé que saldrás airosa de la prueba.

Tuyo,

Martín

Nomara, 9 de diciembre de 1967

Apreciado Martín:

Por las noticias que me traen los paisanos sé que está bien de salud, cosa que me alegra; créame, Martín. Por ventura ya pasaron los años en que preocupaban al pueblo sus largas caminatas nocturnas.

Y ahora creo adivinar hacia dónde dirige exactamente usted sus pasos. El día que supere mis dudas acerca de los dioses que lo guiaron a nuestra tierra se lo haré saber.

Los exámenes se han fijado para los días 15 y 16 de los corrientes.

Lo recuerda s.s.s.,

Zoila Chira

El Conchal, 14/12/67

Zoila, China mía:

Son las seis de la mañana y un paisano ha venido a decirme que dentro de un rato irá a Nomara en su piajeno y que si no se me ofrecía nada. Le he dicho que sí y lo he invitado a tomar un café mientras te escribo estas líneas.

Mañana es tu primera prueba de fuego como maestra, pero te reitero mi seguridad de que tus alumnos dejarán bien en alto tu nombre.

Tuyo,

Martín

El Conchal, 18/12/67

China, mi amor:

Estoy preocupado por la carencia de noticias tuyas, pero tengo la seguridad de que has coronado con éxito tu labor de este año.

He efectuado algunas mejoras o, mejor, modificaciones en nuestra casa, con miras a la celebración del año nuevo. Recibí la remesa de libros que le pedí dos o tres meses atrás a J. L. Díaz. Como obsequio, me envía un libro que no figuraba en mi lista de pedidos. Se trata de una novela, según J. L., fuera de lo común, y se titula *Cien años de soledad*. De su autor leí hace algunos años un par de cuentos, en verdad excelentes. Ardo en deseos de meterle diente a la novela, pero, haciendo un esfuerzo heroico, he decidido terminar con lo mío.

A la espera de tus noticias, te abraza,

Martín

Nomara, 20 de diciembre de 1967

Mi maestro:

Un poco más y nuestras cartas se hubieran cruzado. El resultado de los exámenes fue satisfactorio, a Dios gracias. No le escribí antes porque estuve en Sullana y fui invitada a una reunión de carácter gremial. Qué lenguaje tan nuevo para mí. Usted, que me enseñó tantas cosas, ¿por qué no me habló nunca de política?

Me alegra la remesa de libros que le mandó el amigo de Lima. Ojalá en un día no muy lejano pueda yo también ser capaz de leerlos. La habitación debe haber quedado muy bonita.

En Sullana me enteré de la salud muy delicada de mi madre, que reclama a gritos (así me han dicho) mi presencia. Como usted diría, ¿le habrá llegado el momento de la expiación y el remordimiento? Así, pues, no podré pasar junto a usted las fiestas de fin de año.

Le envío por adelantado mi abrazo de año nuevo y le deseo con toda la sencillez de mi alma la terminación de su libro, y tranquilidad y paz para su espíritu. De su alumna,

Zoila Chira

Congará, 2/1/68

Mi querida Zoila:

Ante tu ausencia decidí venir a Tamarindo para hacerle un poco de compañía al tío Luis. Ninguno de sus hijos vino a saludarlo, pero para él esto no significa nada. Lo que sí le preocupaba era la parición de una burra suya. El parto se presentaba difícil para el animal y entonces llegué yo cuando casi anochecía. No manifestó emoción alguna de verme y de lo único de que me habló de manera muy parca fue del parto de la pobre hembra. *Debe estar sufriendo mucho*, me dijo. Entré a ver a la parturienta y en verdad sufría. Examiné minuciosamente a la burra y le apliqué algunos masajes y le pedí a mi tío que me consiguiera tales y cuales yerbas. Luego lo tranquilicé: parirá con el año nuevo. Ahora solo hay que esperar. Mi tío me trajo un poncho y él se puso otro y nos sentamos cerca del corral. De mi alforja saqué una botellita de aguardiente y estuvimos bebiendo de a poquitos, yendo de tanto en tanto a masajear a la parturienta. A las doce y cuarenta estaba ya lista, y yo me quité el poncho y la camisa y me puse de rodillas para ayudar a salir al crío, que resultó un hermoso pollinito. La madre rebuznó de alivio y alegría y comenzó a lamer a su ñaño, que poco después encontró las mamas repletas de leche. El tío Luis (la noche era clara y muy bella) me miró quizá por primera vez con verdadero afecto. *Sobrino*, me dijo, y, luego de echarme agua para que me lavara las manos, se quedó observándolas y las palpó con orgullo. *Son las manos de un verdadero Villar*, me dijo.

En efecto, Zoila Chira, jamás te hablé de política en la forma que se habla en esos eventos, pero desde una perspectiva más amplia en todos estos años no he hecho otra cosa que hacer política, procurando llevar a la práctica ciertas ideas.

Hoy estuve tentado de darme un salto a Amotape, pues se halla muy cerca de Tamarindo. Pero no lo creí prudente y me vine a Congará, y desde una oscura tiendita te escribo, pues un paisano de Nomara que te conoce a ti y a tu madre me dijo que iba en dirección a Amotape. Ah, no olvides que tienes que matricularte para el ciclo de verano en la Normal de Piura.

Te abraza,

Martín

Piura, 6 de enero de 1967

Martín, maestro:

Mi madre murió el 28 de diciembre a la edad de treinta y nueve años. Desde que salió de Nomara tuvo dos hijos más, pero de un mismo hombre, con el cual alcanzó tranquilidad y cordura. Creo que hizo todo lo posible por perdonarme y no lo consiguió, no del todo por lo menos. En sus ratos de lucidez no solo me perdonaba, sino que admitía tener ella la mayor culpa, pero me maldecía y me llamaba de lo peor durante el delirio de la fiebre. Sus últimas palabras fueron *Cuídalo, no lo pierdas*. Se refería a usted, claro, no sé si estaba delirando o en su sano juicio. Pobre mamá, no estoy segura de amarla ahora que murió, pero sí empiezo a comprender el drama y la miseria de su vida.

He leído varias veces su última carta, pero todavía no estoy en condiciones de comentarla, y no por cuestión de palabras. Gracias por recordarme lo del ciclo de verano. Una colega que conocí en la concentración de Sullana se ha ofrecido a darme cuarto y pensión a un precio muy cómodo.

¿Recuerda que una vez me trajo a Piura de noche? Usted había bebido todo el día y yo lo suficiente como para aceptar aquella locura. Me dijo que quería mostrarme el mundo de los Villar y los otros mundos piuranos. Llegamos cerca de las once de la noche y recorrimos calles y calles y el Puente Viejo. Y ahora aprovecharé mi estadía para hacer mis propias indagaciones sobre los Villar, en especial sobre la infancia de uno de ellos, llamado Martín. Y estoy decidida a visitar incluso a doña Altemira, su mamá, pase lo que pase.

Su afectísima,

Zoila Chira

El Conchal, 12/1/68

Óyeme, Zoila:

Dentro de una hora partiré en un largo viaje que durará, espero, hasta fines de marzo. He terminado la segunda parte del último capítulo; queda inconclusa, en cambio, la primera parte. Y así será hasta no volver a estar y a hablar contigo, pues lo más elocuente de tus cartas son tus silencios y la formalidad que has conseguido en la escritura de las mismas. He sentido mucho la muerte de Lastenia, tu madre.

Tienes todo el derecho de hacer tus propias averiguaciones sobre los Villar, incluso sobre Martín. Habla con mi madre, que es una mujer excepcional. Ella cree que nunca la perdoné por haberse vuelto a casar. Y esto no es verdad, créemelo, de modo que, si se ofrece, dile cuánto la amo. No te dejes ofender por mis hermanastros, en especial por las mujeres. En cuanto al viejo, es un hombre correcto, religioso, pragmático, justo a su manera, y con total carencia de imaginación.

La tumba de los Villar. Perdóname por la más grande vulgaridad cometida en mi vida. Es curioso: mi abuela Isabela no quiso tener a mi padre. Mamá

Altemira, como ya te he contado, luchó con todas sus fuerzas por tenerme. Y yo, como el antiguo dios, devoré a cada uno de mis hijos. Y de esto yo soy el único culpable; pero si tienes dudas acerca de tu responsabilidad, consúltalo, discútelo, y si en algo puede ayudarte, confiésate. No sé si vivirá aún el padre Azcárate; es un teólogo de primer orden, y además hombre culto versado en las cosas profanas, aunque, quién sabe, con los años (de vivir) se haya vuelto un cura anciano y senil.

Felicidades, China, y hasta pronto.

Tuyo siempre,

Martín

P.D. Te envío algo de dinero a la dirección de Arturo Lama, mi mejor amigo y el único que vino a visitarme algunas veces. Tú debes recordarlo aún. También en caso de que necesitaras dinero acude a él, que, conforme le he escrito, se lo devolveré después. Puedes preguntar por él a Héctor Samamé Piedra, en el Jockey Club de la avenida Grau, o a Manuel Izaga, en el cine Sol de la Plaza de Armas. Te sugiero, sí, que no aceptes invitaciones de estos últimos, que son un par de viejos libidinosos. En cuanto a Arturo Lama, no te dejes engañar por su cara de antiguo. Pero tú eres libre de hacer lo que te plazca o creas conveniente. A Arturo pídele mis primeros esbozos narrativos que le di a guardar (o sácales copia), aunque lo más probable es que se haya limpiado el culo con ellos. Ojalá conserve un texto que titulé, creo, «Fin de la infancia». Desgraciadamente he intentado rescribirlo varias veces, pero no he podido. Y por último: he dejado todo en regla por si me pasara algo, un accidente, por ejemplo.

—¿Es lo único que le falta para concluir el capítulo? —me preguntó Zoila —.

—No solo el capítulo sino el libro entero. Como te dije, la otra historia de este capítulo ya está terminada.

—¿Pero de verdad considera importante lo que yo haya vivido, pensado y sentido?

—Creo haberte explicado que juzgo indispensable una visión femenina sobre el fabulador de esta historia en el momento en que ella, que casi había idolatrado a su compañero, empieza a mirarlo distanciadamente, lo cual la lleva a hacer sus propias averiguaciones acerca de la infancia de Martín Villar y de las historias que él le había contado a lo largo de los años y, sobre todo, a pensar en la vida en función de sí misma.

—¿Desea de verdad que le cuente todo, lo que se dice todo?

—Todo, absolutamente todo, en la medida relativa que tiene esta palabra en el mundo de lo humano.

—Temo lastimarlo, herirlo.

—Yo te lastimé sin piedad en los años que hemos vivido juntos. Además, ¿no te habrá dicho mi madre que padecí desde que fui engendrado y fui creciendo en el refugio maternal?

—Sí, me dijo algo similar, semejante a lo que usted me había contado desde que vine a vivir con usted.

—Entonces, por favor, cuéntame.

—Pero, ¿por dónde empiezo?

—No importa el orden, basta que empieces.

Y así Zoila Chira empezó su relato, que duró desde las nueve de la mañana, descansamos durante la siesta (ella reposó en la cama y yo en la hamaca que había instalado en el cobertizo que presidía el huerto), y cuando refrescó el ambiente poco después de las cuatro de la tarde retomó la narración, mientras de rato en rato bebíamos café y fumábamos cigarrillos. Yo la escuchaba con atención y a veces la interrumpía para que me precisara

algún suceso, algunas frases o palabras o algunos gestos. Al oscurecer no prendí la Petromax sino el candil. Debía ser casi la medianoche cuando Zoila Chira concluyó su relato de su estadía en Piura y los pensamientos y dudas que la asaltaron. No me lo había dicho todo, pero no aludí a este hecho. Le agradecí y le dije que se acostara, que yo dormiría en la hamaca, pero antes iría a estirar las piernas un rato por los alrededores del pueblo. Era una noche turbulenta, pero así y todo caminé contra el viento, resistiendo las avalanchas de arena. Cuando retorné estaba amaneciendo y Zoila estaba ya levantada y había preparado el café, ordeñado a la cabra y los camotes se asaban en el rescoldo del fogón. Me di una rápida lavada de medio cuerpo y de pies y me senté a la mesa. Me dijo que debía ir a Nomara porque tenía que matricularse. Me despedí sin acompañarla a la puerta. Enseguida me tiré en la hamaca y me dormí de inmediato. Desperté al atardecer. Comí algo y preparé café fuerte y luego prendí la Petromax. Procuré despojarme de todo sentimiento y evocar lo más fielmente posible el relato, las confidencias, los silencios u omisiones de Zoila al momento de ponerme a trabajar.

Toqué con ciertos intervalos el timbre y, al abrirse la puerta, me pegué el gran susto: tuve que bajar la vista hasta la altura de mi ombligo y ni a esta altura llegaba la niña con rostro que no era el de una niña y de voz que parecía de falsete y entonces me dije: *Es una enana*. Y el susto, seguro, se debió a que yo sabía de la existencia de enanos, pero era la primera vez que me hallaba frente a una criatura de esta naturaleza. Pregunté si allí vivía la familia Merino Flórez. La enana, con su vocecita, me dijo que la familia que yo buscaba vivía dos puertas después en la misma acera, y me aclaró que este era el domicilio de la familia Huaco. Antes de que cerrara pude darme cuenta de que era una buena casa, ancha y profunda, y después de tocar el timbre de la casa que la criatura me había indicado se me vino a la memoria que alguna

vez usted me había descrito aquella casa que denominó, recuerdo, «la mansión de los enanos». Esperé serenarme antes de tocar el timbre de la casa que la enanita me había indicado. Me salió a abrir la sirvienta y por su mirada me dije: *Piensa que soy de su misma condición*.

—¿Qué desea?

—Quiero ver a la señora Altemira Flórez.

Vi asomarse el rostro de una señorita que preguntó: *¿Quién es, Balvina?*

—Dile (la tuteé de propósito) que es de parte de Zoila Chira.

La señorita, poco más o menos de mi edad, con una toalla que a manera de turbante le cubría los rizadores y con bata casera, vino hasta la puerta.

—¿Zoila qué? —me dijo.

—Zoila Chira. Y dígale a la señora Altemira que deseo hablar con ella.

—¿Conoce usted a mi mamá?

—No, señorita. Pero, si quiere, dígale que es de parte de la mujer de su hijo Martín Villar.

Su hermana me estudió con una mezcla de curiosidad y desprecio.

—¿Dice usted que es la mujer de...?

—De su hermano, señorita. Y no es con usted con quien quiero hablar, sino con la señora Altemira.

Balvina, la sirvienta, había corrido hacia adentro y luego se oyó la voz de su madre, que parecía venir apurada.

—¿Qué pasa, hija? —dijo.

—Ven mami, que te va a dar un patatús.

—¿La señora Altemira Flórez?

El gesto, la actitud, la conducta de su señora madre eran completamente distintos (discúlpeme) a los de la antipática de su hermana.

—Sí, hijita, ¿en qué puedo servirte?

—Soy mujer de Martín Villar, señora. Él es maestro desde hace años en mi pueblo, vecino de Congará.

—Pero, pasa, hijita, pasa y toma asiento. ¿Vecino a Congará, dices?

—Sí, señora. En realidad es un caserío. El Conchal. ¿Ha oído hablar de él?

—Mami, te recuerdo que van a venir mis amigas.

—Que vengan, que vengan, ¿qué problema hay? Las llevas a tu cuarto como siempre haces. Y ahora, déjame tranquila.

—Martín le envía muchos saludos.

—Zoila te llamas, ¿no? No tienes por qué mentir, Zoila. La última vez que me escribió fue hace cerca de ocho años, cuando abandonó la universidad. Desde entonces me manda una simple postal de Lima por el día de mi cumpleaños. ¿Lo sabías?

—Él tiene un gran amigo en Lima. Sí, Martín me comentó esta treta. Pero su nombre, señora, siempre está en sus labios.

—No, hija, no mientas. Martín nunca me perdonó que me volviera a casar.

—Le aseguro que no, señora. Quizá se sienta extraño con sus nuevos hermanos. Y del esposo suyo tiene una buena opinión.

Pero doña Altemira, Martín, no me creyó. ¿Qué prueba le podría ofrecer yo? Me decidí, entonces, a contarle la verdad. Cómo había llegado al pueblo como maestro y que todo el pueblo lo quería y respetaba. También le dije que estaba por concluir una novela muy amplia sobre la historia de su linaje paterno. Y para que me creyera le dije una de las frases que ella le repetía a usted contándole la historia de los antepasados de don Cruz Villar. Pronto me di cuenta de que doña Altemira me miraba con simpatía. Pero rehusé toda invitación. Le dije que sí, que me gustaría escuchar de sus labios la historia de don Cruz Villar, padre de don Santos Villar. Luego le repetí todos los nombres, menos el de la tía Primorosa, pero lo hice a propósito.

—¿Y nunca te habló de doña Primorosa Villar?

—Primorosa Villar —le respondí— es una de las figuras principales de su libro.

Esto la estimuló y empezó a contarme muchas anécdotas de la familia y me di cuenta de que usted no exageraba al decirme que su madre era una narradora apasionante. De pronto se interrumpió y me hizo la pregunta temida:

—¿Cuántos hijos tienen?

También en esto lo imité diciendo la verdad y abordando el problema frontalmente.

—Ninguno, doña Altemira. Martín no desea tener hijos. En Sullana me llevó a hacerme extraer dos veces y yo tuve dos pérdidas naturales.

—¡Y pensar cuánto batallé y sufrí para traerlo al mundo! —reflexionó un momento—. Pero yo no tengo derecho a juzgarlo. En cambio tú, sí debes sufrir.

Me levanté y quiso retenerme para almorzar. Pero no acepté. Y le dije que me gustaría que me conversara sobre cosas que a lo mejor a usted, Martín, se le habían escapado. Pero le puse como condición que no fuera allí en la casa. Podía ser en la plazuela de la iglesia de San Sebastián. Y también le dije que me gustaría que me enseñara los sitios donde había transcurrido su infancia. Como mantuve mi decisión de no volver a la casa, doña Altemira accedió y fijamos la fecha y el lugar del encuentro.

—Veo que mi Martín te ha comunicado su espíritu. Y eres una muchacha buenamoza.

Me besó la frente antes de que me despidiera y me agradeció por las noticias que le había llevado del hijo (me reveló, bajando la voz) más querido por ella. Al transponer la puerta casi me doy de bruces con un señor pulcramente vestido, más o menos de su talla, piel clara pero no blanca como la de doña Altemira, el pelo completamente encanecido, aunque su apariencia

era saludable y estaba lejos de ser un anciano. Le pedí disculpas por el casi tropezón e iba a seguir mi camino, pero doña Altemira me cogió del brazo.

—Espera un ratito, hijita. Alfredo, te presento a la esposa de mi Martín.

El señor (ahora reparé en sus anteojos) no pudo evitar su asombro y me miró de pies a cabeza.

—Alfredo Merino, tanto gusto. ¿Cómo está Martín?

—Muy bien. Chira, Zoila Chira. Me encargó saludar a toda su familia.

—Ah, Martín, Martín. No loco; extraño. Muchacho extraño. Nunca logré comunicarme con él. ¿Me sigue detestando?

—Se equivoca, señor Merino. Él no detesta a ninguno de ustedes. Bueno, ha sido un placer.

—¿Por qué no se queda a almorzar?

—¿Fue una invitación sincera o una simple formalidad?

—Me pareció sincera, Martín.

—Discúlpame. Prosigue.

—Se lo agradezco, pero me están esperando. Adiós, señor Merino; hasta muy pronto, doña Altemira.

Tenía usted razón, Martín. Altemira Flórez, su madre, es una mujer bella, de rostro como de un amanecer sin ventisca, y alegre como el canto de todos los pajaritos de la tierra, y su mirada es vivísima y qué limpia, qué lavada, maestro Villar. Creo que con los años he vencido mis recelos de campesina chuncha y montubia, porque tuve valor para mirarla igual que ella me miraba a mí: de frente y con simpatía y confianza. Me alabó mi vestido y me dijo que hacía bien en no maquillarme, pero que sí debía usar cremas para mantener la tersura de mi cutis. Usted tiene razón: la ciudad ejerce dominio en las gentes y me entró la ambición de comprarme todos los trapos que me gustaban, y

muchas veces me paraba delante de los escaparates para mirarme y observar y estudiar mi figura. Y mientras me duchaba y quedaba sola en mi cuarto, recordaba sus palabras acerca del cuerpo y observaba mi desnudez y mi memoria me recordaba que hacía cuatro meses que no estábamos juntos y sentí dolor y, clarito, escuché las únicas palabras importantes que me dijo mi madre mientras vivió: *Cuídalo, no lo vayas a perder*. Y pensé que quizá ahora ya era demasiado tarde, como si hubiéramos consumido el porvenir, devorándolo hasta alcanzar el límite. ¿Es esto la libertad?

Doña Altemira accedió a mostrarme y recorrer la calle Apurímac, pero lo hicimos en sentido contrario a la descripción que hace usted en la novela. Todavía no había llegado el río, pero los periódicos informaban de fuertes lluvias en Huancabamba y que los agricultores esperaban un buen año. El cuartel y la iglesia de La Merced han sido demolidos, Martín; en cambio aun se mantiene en pie la Casa Quemada. Me paré detrás de los barrotes de la casa con escalera de caracol, que todavía luce próspera, y su madre se puso colorada por los recuerdos que seguro se agolparon en su mente.

—¡Mi pobre Dioselina! —suspiró—. ¿Martín te ha hablado de ella?

Le respondí que sí y aun añadí que usted había narrado aquella dolorosa experiencia que vivió la tía Dioselina en aquella mansión.

—¿También te contó que se suicidó en Lima?

Le dije que sí y que usted, Martín Villar, vivió una temporada en la misma habitación en que ella se suicidó. Discúlpeme, pero no creí necesario decirle que en aquella habitación pasó dos días y dos noches felices con Deyanira Urribarri. ¿Cree que fui demasiado discreta?

Ahora toda la Apurímac está nivelada, asfaltada y con alumbrado público y a la misma doña Altemira le fue difícil ubicar la casa en que vivieron don Santos Villar y la ciega Gertrudis. Por fin dio con ella y me dijo que, mientras vivió con los suegros, perdió uno a uno todos sus hijos, solo por el delito de

nacer blancos; entonces se cambiaron de casa. Y me la mostró, es decir, la ubicación, pues ahora es una edificación nueva.

—Esta que ves aquí —me dijo—, tan bonita e iluminada, es la avenida Loreto, pero hasta que Martín vivió en este barrio eran basurales y allí en esa esquina había una casa de mujeres de la vida alegre.

—Sí —comenté—, era del burdel de la Sánchezcerro.

—¿La Sánchezcerro? No, no; era de una que llamaban Norma y tenía la mejilla derecha atravesada por una horrible cicatriz. Tienes que decírselo a Martín, no quiero que acusen a mi hijo de escritor mentiroso. ¿Te acordarás, Zoilita?

Durante este recorrido me di cuenta de que doña Altemira es muy querida y respetada y tiene muchos compadres y ahijados, aunque, me dijo, la mayoría vendieron sus casas y se fueron a vivir al barrio de San José, más allá de Buenos Aires y por un costado del Cuartel Grau. Me acuerdo de eso porque, justo en la esquina de la calle Sullana (al frente del antiguo burdel), entramos en la fondita de una comadre suya. Me presentó como la esposa de su hijo Martín Villar y le encargó que nos preparase un buen lonche. Nos sentamos en la mesa de un rincón (que la comadre cubrió con un mantel), y creí mi deber aclararle a su señora madre, pero antes le agradecí su delicadeza y buenas intenciones, que usted y yo no estábamos casados y que solo éramos convivientes (por favor, Martín, no vaya a creer que con esto le estoy reprochando o que lo digo con segundas intenciones, ¿me cree, verdad?). Doña Altemira, más rápida que un relámpago, me dijo que estaba segura de que para usted no significaba ninguna diferencia estar casados por la ley o por la Iglesia y simplemente convivir de manera permanente. Y añadió todavía esto:

—Si vive contigo desde hace siete años es porque te quiere. ¿Eras una criatura cuando te conoció?

Le dije que sí, que acababa de cumplir catorce años.

—Igual que yo —me aseguró ella— cuando me fui a vivir con Cruz. También acababa de cumplir los catorce años —y bajando la voz, me reveló que todavía no le venía la regla.

Martín, qué extraña es la vida. Luego conversamos de una y otra cosa, mientras comíamos los bistecs encebollados con yucas y tomábamos dos grandes tazones de café de garbanzos.

Doña Altemira me dio otra muestra de eso que usted llama «finura» o «calidad humana», cuando, luego de acabar con el lonche, empezó a contarme las vicisitudes que ella pasó para tenerlo. Y mientras la escuchaba recordé su novela *El nacimiento de Martín Villar*, que usted se niega a publicar porque, según dice, es demasiado íntima y carente de interés público y social. Yo no tengo criterio para juzgar estas cosas, pero ahora que escuchaba a doña Altemira comprendí lo que usted había querido decir cuando yo le pregunté, antes de leer los manuscritos, de qué trataba y usted me respondió: *Se trata del trauma del nacimiento*. Y, al verme en la luna, usted me explicó que todos los humanos padecemos este trauma al ser arrebatados del refugio seguro y tibio y amoroso y ser arrojados a la luz de este mundo que a veces no es luz, sino oscuridad y tiniebla. Me contó de las promesas y juramentos y martirios que hizo y padeció, con tal de salvar la semilla que germinaba en su vientre, pues, de perderse como perdió a sus otros hijos, nada quedaría de Cruz (el padre cuya memoria usted venera tanto), el hombre que acabó con su inocencia pero a cambio del descubrimiento del amor y del afecto.

—Sí —me repitió—, martiricé y laceré mi carne con un silicio.

Y ella cree que por unos meses estuvo bordeando la locura y recorriendo la raya fronteriza pasada la cual empiezan los dominios del enemigo. Y fíjese, Martín, en los recovecos de la vida: en su penúltima carta, usted me contó

cómo recibió el año nuevo al lado de su tío Luis parteando a la sufrida burra y el rebuzno que de alegría y de amor dio por su pollinito, y si le hablo de los azares de la vida es porque esto que le acabo de recordar se me vino a la memoria mientras la mamá Altemira (perdóneme la confianza que me tomo) me contaba que usted vino al mundo sacado del vientre por doña Betsabé Alburquerque, criadora de chivos y puercos (doña Altemira me contó que doña Betsabé parió sola, sin ninguna ayuda, a su único hijo, que fue un pobre de espíritu, como el Síncero Nicasio de su novela) y protegido por las artes poderosas de don Santos Villar, pues, de no nacer usted con vida, él hubiera quedado sin descendencia y sin memoria. Pero lo que yo quiero referirle sobre todo (y he dudado y siento miedo ahora mismo) es que, al relatarme todos estos sucedidos yo pensaba, no podía dejar de pensar, en los hijos que perdí y usted se niega a tener y yo, pobre ignorante, di cabida en mi cerebro de acémila a ideas mezquinas y, en mi corazón, a sentimientos ponzoñosos pensando que en el fondo usted juzgaba mi vientre poco limpio y, más que eso, sucio, como para que fructificara su semilla, y la primera vez (me faltaba, recuerdo, un mes para cumplir los dieciséis años) que me llevó a Sullana donde aquel médico, me pareció una cosa monstruosa y pecaminosa y obscena, aunque yo ni conocía ni sospechaba siquiera la existencia de esta palabra, acostada en esa cama rarísima de metal con las piernas abiertas y toda mi intimidad desnuda, y me puse a llorar y el médico (el Herodes, como usted lo llamaba después) le pidió que usted entrara, y no olvido, Martín, su rostro y el sudor y las palabras zalameras y persuasivas, a la vez que me ponía en la boca y la nariz esa cosa negra de jebe y usted, Martín, me decía: *Aspira, Chinita, haz como si bebieras el viento y la brisa*. Y yo fui adormeciéndome con el éter, pero en ningún momento perdí el conocimiento del todo y tenía conciencia de las pinzas que allá abajo el doctor me introducía. *Ya falta poco, China*. Y en efecto ya faltaba poco, porque ahí

nomás sentí que me arrancaban de raíz un pedazo de mi carne, y creo que dormí por unos instantes, pero en esos instantes soñé que lloraba, que gritaba: *¡Mi hijo, quiero a mi hijo!* Y doña Altemira, reparé, llena de júbilo decía:

—Al fin doña Betsabé logró desenrollar de su pescuecito el cordón umbilical, le dio al ñañito varias palmaditas.

Y entonces usted, Martín, lloró con todos sus pulmones y era un llanto, ¿cómo decirlo?, alabancioso, como celebratorio de la vida, distinto a mi llanto, por la extirpación de la semilla arraigada y segura en mi vientre, y mi vientre quedó vacío, oh, perdón, Martín, por contarle esta desgarradura de mi alma, desgarradura que debí volver a sentir en toda su intensidad, pues me di cuenta de que doña Altemira me consolaba:

—No llores, hijita, tienes una vida por delante para tener la dolorosa dicha de tener a tus hijos y sentir el gozoso padecimiento de criarlos y verlos crecer, aunque después hagan su propio destino lejos de ti y te abandonen, como mi Martín.

Yo recordaba su recomendación de confesar o simplemente pedir consejos a un sacerdote en caso de que cayera mordida por el remordimiento, pero no sentía una verdadera necesidad de hacerlo y, además, yo, a diferencia de usted, sigo creyendo en Dios, aunque no tengo mucha confianza en los curas, y menos cuando están metidos en el confesionario. ¿Recuerda lo que le conté sobre la primera vez que a todos los churres de estos caseríos nos hicieron confesar en la iglesia de La Huaca para hacer la primera comunión? Para los chicos del campo, la inocencia tiene, como diría usted, otra naturaleza que la de los churres de las ciudades. Nosotros, ¡cuántas veces lo habrá comprobado usted!, crecemos viendo aparearse a toda clase de animales y para niños y niñas es una diversión y no hay nada malo en ello. Pero el cura que me confesó por primera vez para la comunión me llenó de terrores y curiosidades con sus preguntas y suposiciones. Empezó preguntándome por los animales

que yo había visto copular y yo, hecha una zonzonaza, hice memoria y se los fui enumerando: perros, chivos, carneros, chanchos, toros, burros. Pero lo mejor o, dicho mejor, lo peor, fue cuando me preguntó a cuáles de estos animales me gustaba ver aparearse. Yo me quedé lela, turulata, con la pregunta, y fíjese mi inocencia, pues como una caída de la burra me puse a pensar y lo primero que se me vino a la mente, porque me daba tanta risa, fueron los chanchos, y muchas veces el verraco alcanzaba una gordura que no solo sudaba la gota gorda, sino que tenía que ser ayudado por los paisanos para cubrir a la hembra. La siguiente pregunta me dejó helada como la muerte: *¿Y te gusta ver a los burros? ¡No lo niegues, niña, que Dios, lo ve todo! ¿Cuántas veces has visto a los burros?* Pero la heladera se me pasó y me puse a sollozar al preguntarme: *¿Cuántas veces has deseado y soñado con ser la burra?* Pero mi sollozadera debió asustarlo, porque enseguida comenzó a aconsejarme para que no pensase en las cópulas de los animales porque llenaban mi mente de pensamientos impuros y por esa razón yo debía expiar mi culpa con una penitencia de ya no recuerdo cuántas oraciones y un rosario enterito.

Sí, creo en Dios, pero, como le digo, tengo rechazo a los curas y soy injusta porque sé que hay sacerdotes correctos y ejemplares, no diré que santos, Martín, ya que, como en una ruma de cosas más, usted me ha convencido de que la santidad no pertenece al reino de lo humano, y si usted supiera la de bolondrones que armó en mi cabeza borrica escucharlo exponer, con la luz de la razón y el corazón hecho una brasa, y la voz, mi Dios, cómo me derretía su voz, por eso, le ruego me perdone la franqueza, en estos meses vengo procurando olvidarme de la fascinación de su voz, que es como la que ejerce la mirada del macanche con el pajarito que va derecho a sus fauces para ser tragado, y me esfuerzo por considerar los distintos puntos de su doctrina a la sola luz de mi mente, aunque sea una lucecita humilde como el

candil de la más pobre choza de nuestro caserío, y si antes le dije que sigo creyendo en Dios, ya no me lo puedo imaginar como una persona poderosa o el rey de los reyes, sino como una fuerza benéfica que apacigua y ordena los furores de vendavales y diluvios y la avaricia de las aguas y de los corazones, que hace que germinen las mieses y las plantas y que los árboles se vistan de flores, como los oberales con sus lindas florecitas amarillas, que usted ha sembrado en la tumba de sus antepasados cuyos fantasmas no dejan de atormentarlo. Y esta nueva manera de pensar y de sentir a Dios, lejos de apaciguarme, me llenó de nostalgia y de sentimientos de culpabilidad, no de pecado, por haberme opuesto a la germinación de la vida. Y doña Altemira, contándome los trabajos que pasó para tenerlo a usted, pero no para alardear ni por malicia, me estrujó el corazón y tuve de nuevo, pero con cuánta mayor intensidad, la sensación de que, con furor, las fuerzas malignas me arrancaban de cuajo el embrión que crecía en mi carne joven y fértil.

¿Confesarme? No, no sentía ni obligación de hacerlo. Lo que anhelaba era la opinión de una inteligencia superior y de un corazón cargado de comprensión humana y purificado de todo sentimiento de condena y de punición. ¿Qué sacerdote, fuera del padre Azcárate, reuniría estas cualidades? Usted, al referirse a él lo hacía con condescendencia y fingida ironía. Y digo *fingida* porque usted sentía respeto y afecto por este sacerdote tenido tan en alto por personas tan distintas, como el doctor González y don Santos Villar y su propio papá Cruz, quien dejó tantos testimonios en los cuadernos que le legara, y doña Altemira, si bien ella me confió que nunca llegó a comprender los tormentos y la agonía perpetua que era la vida del padre Azcárate.

Como lo oye, Martín, el casi centenario padre Azcárate vive y sigue al frente de la parroquia de la iglesia del Carmen, que, por lo que oí aquí y allá, es la parroquia menos concurrida de Piura, porque el padre Azcárate ha ido enterrando a casi todos sus feligreses contemporáneos suyos y por la leyenda

que aún persiste, y agrandada por los años, de modo que la gente joven prefiere a curas más a tono con estos tiempos, que enseñan nuevas oraciones y la música ya no parece música de iglesia, pues hasta ganas de bailar le entran a una con tanta guitarra y pandereta. Me informaron que el padre Azcárate confiesa de dos a seis de la tarde, cosa que él aprovecha para hacer la siesta metido en el confesionario o para sumirse en sus perpetuas cavilaciones, pero eso sí, conserva su lucidez, solo que a veces confunde los tiempos y, más que la ancianidad, la sordera ha sosegado la irascibilidad de su carácter. Y, así, una de esas tardes, un poco después de las cuatro, luego de cerciorarme de su presencia, me arrodillé en el confesionario.

Me quedé un buen rato en silencio porque sentí clarito sus ronquidos. ¿Qué hacer: levantarme e irme o esperar? Me disponía a levantarme despacito y en puntitas de pies cuando escuché el vozarrón del padre Azcárate:

—¿A qué has venido: a comprobar si es verdad que duermo y ronco o a confesarte?

Le pedí disculpas, pero ahí nomás me dijo que si quería una confesión o una conversación en regla me pasara al otro lado del confesionario, pues con el único que oía era con el oído izquierdo. Me pasé al otro lado y yo esperaba los rituales que se acostumbra en la confesión, mas el padre Azcárate me dijo:

—¿Qué esperas? Habla, habla. Y si en algún momento me escuchas roncar, sigue hablando, pues cuando duermo es cuando escucho mejor y estoy en condiciones de examinar tus razones o sinrazones y tus tormentos, si es que los tienes, y lo que te angustia.

Martín, créame, nunca he visto ni oído, ya no cura sino persona tan chiflada, y la cosa era para salirse corriendo de miedo o ponerse a reír. Pero como en una iluminación me dije, *Zoila, China, habla, desahoga tu corazón, no importa que no te escuche, pero es un ser humano el que tienes delante,*

acaso con un centenar de años y unos setenta escuchando las inmundicias del corazón de hombres y mujeres, y por lo tanto nada nuevo le dirás, nada capaz de perturbar una conciencia que espera, quién sabe desde hace cuántos años, la muerte. Y así, Martín, hablé, sin temor, sin inhibiciones, sin pudor y sus ronquidos no me detenían, sino que me estimulaban a profundizar en mi conciencia; solo hacía pausa cuando lo acometían accesos de una tos grumosa y áspera. Quiero serle lo más franca, Martín, nunca me atreví a decirle a usted y a confiarle mi más secreta intimidad como lo hice con este anciano viejísimo que roncaba en medio de una iglesia abandonada. Me sentí aliviada, liberada, lavada como el cielo después de esas lluvias sostenidas que entristecen el corazón.

Y ahora tendré que contarle mi desventura, la inconsolable frustración que padecí. Oh, Martín, no ponga esa cara, no se asuste. Martín, usted ha sido mi maestro, usted me abrió el entendimiento, me hizo valorar el poder de la razón, tantas veces vi el amanecer y el crepúsculo y el cielo cargado de luceros y la luna grande y redonda donde se veía a la Virgen María y a San José en su burrito huyendo hacia Egipto, pero usted me enseñó a mirar con otros ojos esto que yo vi desde siempre, y sentí asombro y cuando, tirados sobre las dunas, usted me hablaba de la infinita geografía del firmamento y empecé a intuir los tesoros con que está formada la palabra *belleza*. Es verdad, Martín, usted fue mi maestro por sus lecciones dentro del aula, por la virtud que tuvo de despertar mi curiosidad para (sin ninguna imposición) leer algunos de sus libros, y también fue mi maestro en la vida, enseñándome con sus actos la generosidad y la solidaridad con los demás, pero sin caer en la caridad o en la filantropía, que usted condenaba, pues, decía, una sociedad que necesita de la caridad es una sociedad injusta. Esto y mucho más le debo, Martín. Y, sin embargo, aquella tarde en que hablé (que creí hablar) ante un sacerdote dormido y probablemente con la demencia de la ancianidad,

cuando, tras de desahogar lo que cargaba muy adentro de mí me dispuse a levantarme del reclinatorio y salir de la iglesia en silencio, el anciano cura me ordenó permanecer de rodillas, y entonces empezó a hablar. Y le juro, Martín, que me sentí tan poca cosa y mi cerebro tan chiquito como el de una soña, que antes añoré a la otra Zoila Chira que usted conoció, que no era más que un animalito silvestre con nada más que su corazón para entregárselo al joven y extraño maestro que llegaba a enterrarse en vida a este caserío perdido entre los arenales.

¿Sabe lo que deseé con toda mi alma en esa circunstancia? Deseé que fuera usted, que gusta de escribir historias y meditar en las pasiones y destinos de las personas, quien estuviera arrodillado escuchando al más extraño y atormentado sacerdote que jamás existió en esta parte del mundo. Apenas fue una ñizquita lo que entendí y espero que, con los días y las preguntas que usted me haga, logre desovillar tantito más la doctrina cargada de dudas del padre Azcárate. En previsión de esto fue que al salir temblorosa y conmovida de la iglesia (ya se habían prendido las luces) tuve el tino de sentarme en una de las bancas de la Plazuela Merino y apuntar en mi libreta nombres de lugares, de personas, frases sueltas, interrogaciones que se hacía. Y al llegar a mi cuarto de pensión, como quien repasa una lección, añadí nuevos aspectos e hice subrayados de aquello que no estaba segura de corresponder a lo que el padre Azcárate me había dicho y, con doble raya, las frases que más me habían conmovido. Al día siguiente, por la noche, como una buena alumna o maestra escrupulosa, pasé en limpio mis apuntes, procurando establecer un orden.

Por el momento le leeré un resumen que preparé en Piura de los apuntes escritos al vuelo, el mismo que hice con la idea de que acaso pueda servir a la historia que está contando. Pero antes debo decirle que, cuando sentí que había descargado mi corazón de todas sus penas y sentimientos de culpa,

quise levantarme lo más despacio posible para no interrumpir el sueño del pobre anciano. Entonces la voz imponente del sacerdote me dejó patitiesa.

—¿Es todo lo que tienes que decirme? —me preguntó.

Ahora, aun si me hubiera quedado algo que confiarle, me hubiera resultado imposible continuar, de modo que le dije que sí, que eso era todo lo que tenía que confesarle.

—Estás absuelta —me dijo—. Y vete tranquila a tu casa. Pero si crees que mis palabras pueden ayudarte en algo, quédate y escúchame con paciencia. Escoge: ¿te vas o te quedas?

Le respondí, creo que por halagarlo, que necesitaba de su consejo. No manifestó alegría sino, por el contrario, lo sentí gruñir, como si esto le resultara una tarea fatigosa e inútil. Debo decirle, Martín, que me pareció que por momentos la memoria del padre Azcárate parecía vaciarse de todo recuerdo, y también a menudo confundía los tiempos, aunque siempre volvía a retomar el hilo de su discurso. Ahora, permítame leerle el resumen que le preparé.

«¿Con quién deseas hablar? ¿Con el sacerdote o con el hombre? El hombre como ser humano es anterior y posterior al sacerdote. Ahora solo soy un mal sacerdote que nunca dejó de dudar de su magisterio. Ya no soy hombre. El animal ha muerto. Valverde de Lucerna, con su catedral sumergida en el gran lago, nunca lo recordé tanto como la vez que Santos Villar me llevó a Las Huaringas. Mi maestro. ¿Qué siente el hijo al saber que su padre se suicidó? El silencio de Dios. Dios es amor o no es nada. Una de dos: la total condenación de la especie humana o su total absolución. Nunca entendió el vulgo que yo absolví a Grimanesa León antes de que me donara la hacienda que yo denominé Euskadia. Lujuria y concupiscencia. Josefa Arellano, ah, mi pobre pequeña. Fue en Euskadia. Maté a mi hijo porque no

tuve valor para llamar a un médico. Zoila Chira y Josefa Arellano, víctimas de la lujuria del varón. ¿Qué me habría aconsejado Abel Martín? El padre don Manuel, el cura Jacinto y Abel Martín, tres maestros, tres doctrinas, tres hombres íntegros, pero ninguno poseía la verdad. Tener que asistir a los quince años al fusilamiento del padre Jacinto. Más razones para proseguir la búsqueda. ¿Hice bien en ordenarme de sacerdote? La historia y la eternidad del alma. Un destino modesto. Miserable destino el ser cura de aldea. Ah, campos de Castilla y cielos límpidos y reverberantes hasta dañar los ojos. ¿Cuántas iglesias hay? Hay la Iglesia mundana e imperial, la Iglesia de Constantino, y hay la Iglesia de los Evangelios, la Iglesia pobre y comunitaria como quería San Agustín. Pero no resistí los requerimientos de la historia. ¿Cuántos principios traicioné? Barcelona y el mundo de los obreros. Me privé de los placeres mundanos y no fui acogido por los pobres. ¿Dónde residía la falla? Hombre voluptuoso y el sacerdocio un refugio contra la concupiscencia. Y terminé traicionando a los obreros. Yo presentía la tragedia y hui. Pero ahora ya no había refugio para mí en España y elegí un lugar remoto de las antiguas colonias. El azar y el destino me han sido adversos. Apenas llegué para hacerme cargo del curato, la faz de la historia se me presentó en forma de farsa negra, como los esperpentos de Valle Inclán. Si yo hubiera accedido a confesar al bandolero aquel, que resultó ser hermano de Santos Villar, me habría convertido en cómplice de su fusilamiento y posterior ahorcamiento. Creo que, salvo el prefecto, nadie entendió mi negativa. No soy justo. También la entendieron anticlericales como Sansón Carrasco y el doctor González. Al sacerdote no le está permitida la amistad. Pero cuánto afecto y admiración por Augusto. Ateo sin concesiones. Y, sin embargo, no se perdía una misa por cumplir la promesa que le hizo a María Monasterio, su esposa y única mujer que amó en su vida, de asistir, en su memoria, a todas las misas dominicales. Y este hombre justo y sabio se

suicidó. Y los ciegos, que aparecieron no sé de dónde. Para ellos, Isidoro Villar era un héroe popular. Rebeldes primitivos. Pero me maldijeron de palabra y en sus corazones. No era yo, para los alzados y los represores, un sacerdote. Era un impostor. Un réprobo. Y tampoco quise bendecir la tumba cavada por él mismo y sus compinches. Los pobres no tienen tumba. La tierra misma es la tumba de los centenares de miles de pobres asesinados por los ricos o muertos en los combates de los ricos entre sí. La tierra entera es la tumba de los pobres. Y desde allí resurgirá un día imponiendo su justicia y celebrando la victoria. ¿Dónde oí o leí esto? No, tú no eres culpable, Zoila Chira, ni tampoco tu conviviente. ¿Martín Villar? Nuevamente el azar. Pero, si él te obligó a ello y si es un hombre justo como dices, lo hizo porque debe sentir un repudio moral contra la vida. Pero tú eres joven y, si otra vez eres fecundada, serás tú la que deberá decidir del futuro que germina en tu vientre. El ejercicio de la libertad puede ser terrible. Vete, Zoila Chira, y en adelante debes ser la responsable de tu propio destino».

—No, no conozco esa historia ni nunca me la contó Martín —me dijo doña Altemira, a quien acudí para recoger este testimonio, pues Izaga y Samamé me dijeron que Arturo Lama andaba recorriendo la zona de Talara y Tumbes como parte de su trabajo y que regresaría en un par de semanas; ah, y seguí su consejo y rehusé las invitaciones que me hicieron para almorzar o comer juntos—. Desde los ocho años Martín comenzó a volverse más reservado conmigo y a alejarse cada vez más de mí. Pero es verdad que doña Primorosa y don Santos se odiaban, y si mi Martín asistió a una confrontación entre los dos hermanos debió desgarrarlo el suceso, y bien sabes que esas heridas nunca se cierran del todo. Él aprendió juegos propios de los niños solitarios y allí, en sus misas, procesiones, muertes y funerales, representaba los sucesos de la vida. ¿Así que ese día terminó su niñez? Sí,

debió ser antes de la muerte de don Santos. Él quiso mucho a su tía Primorosa, y conversaban largamente y ella le contaba de sus años de artista y de tantos países que conoció. Pero cuando mi actual esposo me llevó a vivir a otro barrio lejos de ese mundo, noté que él empezó a evitar hablar sobre su tía y después me confesó, por los días en que sin vocación alguna se metió al seminario, que él, ante sus nuevos amigos, que eran de un nivel social superior, negó que doña Primorosa, que en los últimos años se hundió aun más en la locura y que parecía una pordiosera, fuese tía suya. Negar su sangre nunca se lo perdonó, no obstante que él tuvo que ocuparse de los funerales cuando, ya apestando, descubrieron el cadáver de la pobre mayor. Por desgracia, esas semanas yo tuve que viajar a Lima por el asunto de mi pobre Dioselina y no pude prestarle ayuda ninguna a mi desdichado hijo. Dos desgracias juntas, imagínate. Y lo más extraño era que mi Dioselina y doña Primorosa se llevaban tan bien, y esto por el corazón generoso y la inteligencia que eran virtudes que adornaban a mi inolvidable hermanita. Ah, la tía Primorosa, pobrecita. Te voy a contar uno entre los muchos sucedidos, pero escogeré uno que no sea demasiado triste para que te hagas una idea, de la relación que llegó a establecerse entre doña Primorosa y mi Dioselina, y ya te habrá contado Martín lo que estas dos tías significaron en su vida. Cuando vinimos a Piura siendo aún niñas, ella, me refiero a doña Primorosa Villar, estaba ya loca de remate. ¿A quién en su sano juicio se le ocurriría criar choquecos, esos pájaros de malagüero que si tú los agarras con la mano te pegan la verruga? ¿Has oído al atardecer su canto destemplado como de gallos pestosos? Y su color, mamita, si más bien parecen engendrados de algún cruce de macanche o de cualquier otro animal condenado por el Señor a arrastrarse por la tierra. Si al menos hubieran sido negros, que, con ser negros y todo, su canto tiene la frescura de las lluvias de marzo. Pero, ¿choquecos? La locura, Zoilita, es un misterio que nunca llegaré a entender.

Bueno, ya antes de conocer a Cruz, el padre de mi Martín, había visto a la santa señora un mundo de veces por las calles de Piura. Cargaba una jaula con una pareja de choquecos y, bajo el brazo, un gallo que debía ser viejísimo por la cresta como de pacaso y la espuela larguísima y escamosa. Y por si esto fuera verdura, iba seguida por Sultán, un perro al que le había enseñado a hacer piruetas y monada y media y después del espectáculo, Sultán, macho y señor, pasaba el sombrero cogido entre los dientes y la gente de buen corazón le arrojaba medios, reales y hasta pesetas, como en pago por la demostración que había hecho. Con los años murió Sultán, pero doña Primorosa se consiguió otro perro feísimo de esos que llaman «viringos» y le puso por nombre Montubio, y es a Montubio al que alcanzó conocer mi Martín; en cambio, nunca la vio con la jaula de choquecos, a los que doña Primorosa, escuchando en su locura quién sabe qué orden, dio libertad, y para mí y la Dioselina, te juro, fue un alivio. A Dios gracias, como Altemira Flórez desde niña tuvo buen corazón, nunca se burló de ella. A veces, cuando una piensa en la vida se queda de una pieza, de tanto misterio. Quién te iba a decir que esa pobre desventurada era hermana de don Santos y tía carnal del padre de mi Martín y de los otros angelitos que corazones perversos me arrebataron, y esto sin contar a los que fueron fulminados en mis propias entrañas. No era mala la mayor, todo hay que decirlo, sino ideática. De vez en cuando llegaba a la casa, pero a escondidas de don Santos, y se quedaba sentadita, como extraviada en sabe Dios qué vericuetos. Ah, pero eso sí, cuando le daba la luna no hacía más que emprenderla contra su padre, don Cruz, el viejo (no mi difunto Cruz), a quien culpaba de su estado y de la locura de su hermanito Inocencio y del carácter montubio y ordinario de sus otros hermanos. En esos momentos dejaba la fineza que tenía al hablar y antes decía unos lisuronones de este tamaño, tanto era su rencor. Y, ahora que pienso, estas bascosidades debió escucharlas decir mi Martín cuando la pelea

con don Santos, pues él solo la había visto y oído en sus momentos de sosiego, cuando era una delicia escucharla, sobre todo cuando cantaba tonadas en francés. Pero, bueno, te decía que en estas temporadas de ira la emprendía contra el bisabuelo de mi Martín, y lo llamaba «el verdugo ese», «el malvado hombre», «el padre desnaturalizado», y otras cosas más que se me pierden en la memoria. Y no sé si será verdad, pero aseguraba que este don Cruz les daba a beber la pócima del sampedro y otras yerbas poderosas, y que a ella y a don Inocencio, a quienes más pegaba el remedio, los amarraba en el vichayo que había en el centro del corral, y desde esos años arrancaba su rencilla con don Santos, porque desde churre don Santos reveló virtudes y poderes. Y en cuanto a la dureza de corazón, doña Primorosa consideraba al hermano como heredero y continuador de la violencia y la crueldad del viejo don Cruz. Sí, de vez en vez llegaba a la casa y poco a poco le fue agarrando el gusto a la pobreza de nuestro hogar, y creo que sobre todo por mi Dioselina. Con lo zalamera que era ella, tan robacorazones, apenas la veía llegar le decía: *Dichosos los ojos que la ven, doña Primorosa; adelante, doña Primorosita*. Y cuando le contó de sus años de artista, para qué le contó nada: *Señores y señoras, con ustedes la primera rosa de Piura, la rosa de los médanos, la capullana de Congará*, o cualquier otro adefesio que se le ocurría y que encantaba tanto a la mayor. Una tarde, doña Primorosa, seguida por unos hombrecitos que la ayudaron, se apareció con el baúl del que siempre nos hablaba y que nosotros creíamos fruto de sus quimeras. Pero no, Zoilita —decía doña Altemira—, había sido verdad. El baúl existía, el tiempo de los aplausos y de la dicha era real. Ahí, en ese baúl, guardaba la parte de la vida que sepultaba las dolorosas experiencias de la niñez y de la adolescencia: trajes de fantasías, sedas, gasas, organdíes, terciopelos y rasos, rebozos y mañanitas, abanicos y cosas refulgentes. Vaya, cosas que también a nosotras, con ser cuerdas, nos invitaban a soñar, a elevarnos aunque sea una

nadita por encima de este mundo donde, si la alegría llega, llega a la muerte de un obispo, pero, qué he dicho mi Dios, ni siquiera debiera mencionártelo, Zoila, porque mi Martín germinó y creció y nació en mi vientre, mientras el señor obispo agonizaba sin fin víctima de una muerte fea, repulsiva y triste. Pero mejor te sigo contando. La tía Primorosa hizo a mi Dioselina su confidente y, durante horas y horas, evocaba sus viajes, los aplausos del público, el asedio de los galanes, la envidia de las otras artistas. La Dioselina le llevaba la cuerda ayudándola a recobrar el pasado y a olvidar un tantito el miserable presente en el que vivía. Después, no sé en qué momento, mi Dioselina sembró en ella el deseo de volver por los caminos del arte. Y para esto que su ajuar de artista estaba intacto, oloroso a alcanfor, a flores y frutos disecados. Una tarde que entré al corral casi me caigo patas arriba y tuve que hacer esfuerzos para no soltar la risa. Te digo, Zoilita, que vi a doña Primorosa, que por entonces debía de tener más de sesenta años, completamente ataviada de artista, con su traje de seda china que le llegaba hasta los tobillos y un abanico también chino, y con el rostro pintarrajeado como el de las artistas. Y te juro que, a pesar de los años, conservaba el cuerpo esbelto, una cintura de muchacha que no ha parido y entonces me dije que en aquellos años doña Primorosa debió ser una mujer de extraordinaria belleza y cuánto no la perseguirían los hombres para merecer más que sea la virtud de una sonrisa. No sé con qué artes mi Dioselina la convenció de que debería volver a ensayar sus números, y entonces era de verla y admirar las danzas y los juegos de ilusión que sabía ejecutar la mayor. Pero, a mi Dioselina, la vida de estrecheces le había enseñado a ser práctica, y como, por esos días (y con esto, Zoila, no calumnio su memoria), Cruz andaba enredado con una de esas mujeres y nos tenía olvidadas y los cinco soles que nos hacía llegar para la quincena a duras penas nos alcanzaban para cubrir la semana, se le ocurrió a la Dioselina armar allí en el corral un circo y cobrar por la

entrada. Durante más de quince días doña Primorosa estuvo recordando su viejo repertorio de danzas, canciones y números de malabarismo y prestidigitación. La misma Dioselina se convirtió en su doncella y, con la ayuda de las novelas que leía, la maquillaba, le hacía peinados de lo más raros y dirigía sus ensayos y hacía también de maestra de ceremonias, qué circo ni qué circo de Los Hermanos Caballini. Con sábanas y frazadas armó el escenario y el telón, y barrió y regó el suelo para que se sentaran los espectadores. Y cuando la cosa marchaba empezó a hacer propaganda entre los vecinos, con el encargo de que no le fueran a ir con cuentos a don Santos. Finalmente, todo estuvo armado y, con la ayuda de la Perica y la Ñata, unas vecinas, y con una vitrola que le prestó doña Tarcila, la mamá de las Pijitas, otras vecinas, pero menos pobres como que vivían en la cuadra siguiente, que estaba empedrada y tenía un poste de luz eléctrica, en fin, una vez arreglado todo, un sábado por la tarde se inauguró la revista de variedades que la adefesiera de la Dioselina llamó La Reina de Bagdad. La entrada costaba un gordo y don Chuyes, que a veces más parecía un churre, le obsequió a la Dioselina, para que vendiera durante la función, limones en miel, chumbeques y toda clase de dulcecitos como los que se acostumbra hacer para el día de los angelitos durante las velaciones del mes de noviembre. Sea por curiosidad, sea por llevarle la contra a don Santos, o bien porque sabían de nuestras necesidades, todo el vecindario estuvo presente y todos se portaron pero qué bien, si se descuenta la sarta de pedos que se tiraron el Tetas y sus hermanos, los facinerosos hijos de los Coyuscos, pero te diré que hasta esos pedos contribuyeron a la diversión y a la alegría. Ah, Zoila, mi niña, si tú hubieras visto lo feliz que fue esa tarde la gran Primorosa Villar, cuando escuchaba los aplausos y le gritaban: *¡Otro, otro, otro!* Y ella retribuía con besos volados y venias, con qué elegancia y garbo de cuerpo. El espectáculo duró dos horas —continuó doña Altemira luego de limpiarse

algunas lágrimas—. Yo, al comienzo de la función, temblaba de miedo. ¿Quién podría asegurar que allí en pleno escenario no le diera una pataleta? De natural era pacífica, pero una demente es una demente, hija. Pero, después de que ejecutó el primer número, te digo que hasta olvidé su estulticia, como decía con prosa mi finado Cruz. Viéndole la gracia con que ejecutaba la danza de la libélula y de la mariposa, una no podía menos que imaginársela en los escenarios de Guayaquil, de Barranquilla, de Santa Marta, de Panamá y de los países de más arriba, que por poco no llega hasta México. El segundo número, con el nombre de La Gitana de España, bailó la jota aragonesa. Mamita linda, ¡quién le enseñaría a taconear de esa manera y a quebrar la cintura con tanta coquetería! Dios me perdone, pero si quieres que te diga la verdad, a mí me pareció un poco licencioso ese baile, uy, decía, si en este momento entrara don Santos, el escándalo que se armaba. Pero Dios, preciosa, fue misericordioso, y la mayor pudo terminar sin contratiempos, aunque la pobre ya no daba más con tanto taconeo y vueltas y revueltas. Ahí terminó la primera parte y la Dioselina aprovechó el intermedio para vender los dulces de don Chuyes, igualito como había visto que venden los turrones en el circo. La segunda parte del programa fue aun más bonita. La jodida de la Dioselina la presentó como La Sacerdotisa del Nilo, y hubieras visto a la desdichada loquita (pero en verdad era la primera rosa, la gran artista) ejecutar números de malabarismo y pruebas de prestidigitación, que hizo que los muchachos hasta se parasen de admiración. Luego nos dejó pasmados cuando hizo conversar al gallo y a los fierísimos choquecos, y bailar al sarnoso de Sultán. No mentía, la desventurada, cuando nos contaba sus grandezas de antaño. Sí, debió ser una artista de primera, y de lo más cotizada por su arte como por su hermosura. Y fíjate, la pobre, en lo que vino a parar. Dime, tú, ¿quién tenía derecho, por más hermano que fuese, de arrebatarla de esa vida? ¿Acaso no era feliz en ese mundo? Claro que también el mundo de

los artistas es un mundo de perdición, de pecado, y más que todo para las mujeres siendo como son los hombres. ¿Fue amada con amor verdadero? ¿Amó ella? Yo no podría responder a esto, pero ella en los momentos de delirio dijo que jamás amó a hombre alguno y más bien los engañó y se burló de ellos. Y entonces invocaba el nombre de Inocencio, el hermano querido cuyo sentido quedó trastornado cuando ella huyó de la tiranía en que vivía en Congará, por más que fuera ama y señora (¡y era tan jovencita la pobre!) del regio palacio levantado como un milagro desde los arenales. El último número nos hizo llorar. Cantó un triste antiquísimo, del tiempo de Cheto, que comenzaba, recuerdo, con estos versos:

No siembres flores, niña querida,
¿por qué emponzoñas tu corazón?
Mira que todo cambia en la vida.

Y yo, oyéndola cantar, aunque su voz estaba un poco rajada por los años, o sería tal vez por esto mismo (y me olvidaba decirte que para la interpretación de este yaraví la acompañó el maestro Felipillo), no sé, me puse a recordar la vida, a mi papá Artimidoro y a mi mamita Jesusita y, en fin, a toda esta vida que llevábamos y que ya no era vida.

No lo reconocí a primera vista o, mejor, no nos reconocimos; pero cuando introdujo la llave en la puerta de aquel apartamento de la calle Ica junto al cual yo estaba esperando su llegada, me acerqué a él y le pregunté si por casualidad era el señor Arturo Lama. Terminó de abrir la puerta y se volvió a mí:

—Sí, por casualidad soy Arturo Lama. No por mi voluntad, le doy mi palabra.

Me sentí una zonza, una torpe y en ese momento lo añoré, Martín, que sabía llevar la broma hasta el absurdo. Lama debió darse cuenta de mi azoramiento y, con su voz amable y actitud respetuosa que yo recordé en ese instante, me dijo:

—Sí, Arturo Lama, señorita. ¿En qué puedo servirla?

Me pareció envejecido, y algo descuidada su vestimenta.

—¿No me recuerda, señor Lama?

Me observó con sorpresa. Yo me había puesto un nuevo pantalón a la moda y llevaba una blusa veraniega de colores frescos. *¿Tanto he cambiado en cuatro años?*, me dije, y para evitarle la descortesía de decirme que no imaginaba en lo más mínimo quién pudiera ser, opté por presentarme yo misma, pero durante unos segundos dudé: ¿qué soy en realidad de usted? Pero vino en mi auxilio ese nuevo lenguaje para mí que se usaba en nuestras reuniones sindicales:

—Soy Zoila Chira. La compañera de Martín Villar.

—¿Zoilita? Te juro que estás irreconocible. Pasa, hazme el favor.

—Usted también está cambiado —dije, entrando en la sala.

—Lo mío es diferente. Envejezco, Zoila. Envejezco y descuido la higiene.

—¿Vive solo aquí?

—Hasta hace un par de meses esta era mi oficina, pero desde que me he separado de mi mujer, me sirve de oficina y de vivienda.

Era un departamento de un solo piso, de material noble. Había sido un departamento de una sola habitación amplia, pero ahora un tabique de madera lo dividía en dos ambientes; la sala era pequeña, con un escritorio, dos estantes de libros, revistas y archivadores.

—Por favor, siéntate. ¿No te molesta esperarme unos veinte minutos?

—Van a ser las cinco y tengo tiempo hasta las seis y media. O, digamos, hasta las siete.

—Entonces ve mirando los libros, mientras me doy un duchazo rápido y me cambio la porquería que llevo encima.

Entró al otro ambiente, cerró una puerta y cinco minutos después oí el ruido de la ducha y, segundos después, empezó a cantar una canción en inglés que usted le pidió que cantara la última vez que lo visitó y, según le escuché decir a usted, era una canción que cantaba Frank Sinatra, nombre que por primera vez escuchaba, como por primera vez me explicó que la voz de su amigo era la de un tenor dramático, casi un barítono, y luego ustedes se pusieron a hablar sobre los distintos tipos de voces y registros, tanto de hombres como de mujeres, y yo me metí a la cocina porque me sentí así de pequeñita y celosa.

Antes de mirar los estantes de libros me asomé a la ventana y vi que la edificación de enfrente era un hotel y me dije: *Lo que son las cosas de la vida*. Porque, ¿sabe, Martín?, se trataba del Hotel Hispano, justo el mismo donde nos hospedamos esa noche loca que usted, en medio de la nostalgia, me quiso enseñar los distintos mundos que existen en Piura, aparte del mundo de los Villar, que lo había marcado con un hierro al rojo vivo. Recorrimos muchas calles, pero lo que yo más disfruté fue el rato que pasamos sentados en las bancas del Puente Viejo, con el alboroto de los cololos y las luces lejanas de Tacalá. Luego me puse a mirar los libros y recordé que había sido la misma pasión por la literatura que ambos compartían lo que había cimentado la sólida amistad existente entre ustedes. Había cesado el ruido de la ducha y también el canto, y escuché ruidos como cuando uno se cambia de ropa. Por fin asomó su rostro y me preguntó que cómo estaba usted. ¿Seguía escribiendo? ¿Había terminado la novela? Cuando entró de nuevo a la sala estuve a punto de sonreír, porque, en efecto, su rostro se parecía a los rostros que aparecían en los libros de historia universal, en el capítulo que trata sobre

los griegos. Pero sin saber por qué dije algo poco amable o, por lo menos, poco diplomático:

—Martín me contó muchas veces que él siempre creyó que, de los dos, usted sería el escritor.

—¿Eso dijo?

—No solo una vez. Me contó que, cuando se hicieron amigos, usted lo aventajaba una enormidad en lecturas. No solo de novelas y poesía, sino de cultura general.

—Sí, pero Martín tenía una cualidad infinitamente más importante. Pasión por la vida, y rencor por lo que habían padecido los suyos, y sentimientos de reivindicación. Yo solo sentía nostalgia y, después, ni siquiera eso, solo hastío.

Se puso triste, medio sombrío y memorioso, y para sacarlo de esa atmósfera que yo sin querer había creado, le transmití el pedido que me había hecho:

—Sí, él me dio a leer varios de sus primeros cuentos. Deben estar en alguno de esos fólders. Espera, voy a echarles una mirada.

No dejaba de sentirme inquieta por estar sola por primera vez con un hombre que no fuera usted.

—En este fólder no están. Miraré en los otros.

Continuó buscando y volví a pensar en que habían pasado cuatro meses que no nos veíamos. El común de los hombres hubiera actuado de otra manera: simplemente me hubiera buscado y sin mucho miramiento me habría tomado y luego me habría obligado a volver con él. Pero usted me había dicho, mucho antes de que estuviera en condiciones de comprender el significado de esas palabras, que usted respetaba la libertad, el libre albedrío de las personas. Pero, entonces, por primera vez pensé si en el fondo usted se había aburrido de mí y no me buscaba para tener el pretexto de abandonarme.

—Tampoco aquí están —dijo Lama.

Y volví a recordar las palabras de mi madre: *Cuídalo, No lo vayas a perder*.

—Solo que me haya limpiado el culo con ellos. Oh, discúlpame, Zoila.

—Martín también contaba con esa posibilidad —dije, riendo.

—¿Así te dijo? Es un fregado Martín Villar.

Yo, en lo íntimo, agradecí el giro que había tomado la conversación, pues me apartaba de la avalancha de sentimientos egoístas y pensamientos mezquinos.

—¿Te dijo algún título en particular?

—Sí, uno que se llamaba «Fin de la infancia» o algo parecido.

—Me acuerdo, me gustó mucho. Ese año yo había ido a trabajar a Lima y, como a la una de la mañana, me llamó a la casa donde me daban pensión y como la cosa más natural del mundo me dijo que acababa de escribir no propiamente un cuento, pero que creía que estaba bien y necesitaba mi opinión esa misma madrugada. Así que me vestí (yo vivía en Miraflores y él en un enorme caserón cerca de Santo Domingo) y en la Arequipa tomé un colectivo. Cuando llegué, él ya me estaba esperando en el Doña Mara, un bar de un siciliano amigo que tenía un par de hijas que eran un primor, que cerraba a las cinco de la mañana y, lo más importante, que nos fiaba. Pedimos, para matar el frío, una botella de coñac Nobleza, y después de tres copas me lo leyó y después lo leí yo en voz alta, y brindamos porque era el primer esbozo verdaderamente de valor. Sentí una sincera alegría y también una secreta envidia.

—Él quiere volver a leerlo e incorporarlo, si lo encuentra de valor, a la novela.

—Mira, Zoila. Déjame buscar con tranquilidad. Tengo la seguridad de que ese texto debo tenerlo en alguna parte. Ahora, ¿qué te parece si vamos a

comer algo?

Pero yo miré el reloj y faltaban diez minutos para las siete y yo no quería perderme de ninguna manera la asamblea sindical. Entonces me dijo que le diera tres días de plazo y que tenía la seguridad de encontrarlo. En el plazo convenido, nos encontramos. Estaba muy contento y me mostró las amarillentas hojas de «Fin de la infancia».

—¿No te parece —me dijo— que esto merece una celebración?

Yo me sentía muy contenta leyendo las páginas, a pesar de su sordidez. Al terminar la lectura le dije que, por supuesto, «Fin de la infancia» merecía una celebración.

Fin de la infancia

Silencio profundo y transparente. Sopor. Vidrio fundido y olor a reseda y claveles y crisantemos y llantén resecos. Matas de sábila. Destellos de oro irradian las espinas del sampedro. *Un árbol de pomarrosa para la tía Primorosa*, le cantaba la tía Dioselina. Pero en vez de la pomarrosa hay un ciruelo macho, réprobo y estéril. Flores amarillas de muerto. Rrrsss, rrrsss, rrrsss: alguna abeja o avispa o moscardón negro. Tal vez (también) los ojos líquidos de alguna dorada sambapala y, bajo la calenturienta tierra, ardorosas galerías de hormigas rojas. Yo atravieso el patio en dirección al baño, clac, plaf, clac, revientan bajo mis plantas los amargos frutos del ficus. Tenía seis o siete años y puede, por tanto, aceptarse la hipótesis de unos ojos y una mirada limpia, virginal casi y sin máculas de consideración en el niño. Cuánto me hubiera gustado poseer el estupendo Longines de oro de tres tapas con leontina de don Domingo Medina (quien me permitía darle cuerda) para mostrar al mundo y gritar a los cuatro vientos: *Este es, ¡oh, paisanos!, el reloj de oro que marcó el tiempo exacto del fin de mi niñez*. El reloj de la estación

del tren a Paita debía marcar las dos y tantos, o, a lo sumo, las tres. Y me arriesgo a consignar este dato porque la canícula estaba en su punto más alto y la tarde estaba brillante como todas las tardes de esta santa tierra, y el cielo azul celeste (puedo jurarlo) estaba perturbadoramente azul celeste, irrebatible y triunfal, imposible que hubiera lechuzas, hijas del caos y de la noche, y agoreras de la muerte. No escuché el destemplado y ronco canto de los choquecos, y una putilla de bello plumaje rojo bermejo me mostró su pechito de la suerte, de modo que ningún funesto heraldo proyectó su sombra o su graznido sobre aquella encandilada tarde de 1945 o 1946 en Piura, en el polvoriento y chamuscado Piura de esos años.

Apremiaba (recuerdo) una incursión al excusado. Había otras palabras para denominar este recinto, pero, por esos años, el muchachito las desconocía: *retrete*, *letrina*, *reservado*, tantas otras, como esta: *quiosco de necesidad*. Acaso en esta experiencia que va a vivir reside el motivo oculto que lo llevaría después a reunir una considerable información en torno a lo escatológico, no en el sentido teológico del término, sino en el más modesto de «tratado del excremento». Los secretos rituales del ser humano en el reservado pabellón de la necesidad. Las numerosas palabras para referirse al acto de evacuar, desde el clásico (e insustituible) *cagar*, hasta el más exacto de *descomer*. Rabelais dedicó un capítulo de su gran libro a la descripción de las cuarentaitantas maneras diferentes de limpiarse el culo. Y sesudos psicoanalistas han dedicado serias reflexiones a lo excrementicio en la no menos famosa obra de Swift. Según investigaciones de historiadores, precisos y escrupulosos, el acceso a la sagrada cagazón del rey y de la reina quedó estatuido por Francisco I (el rival de Carlos V, el gran emperador con rostro de imbécil, de acuerdo con la aseveración de don Ramón Menéndez Pidal, el irreprochable erudito español), y en la corte de los Luises, enaltecida por la ley sálica de los Borbones, el acto se había convertido en altísimo privilegio

al que solo podían aspirar los cortesanos de sangre más azul y más cercanos al corazón de los monarcas. Saint-Simon, en sus *Memorias*, traza una naturalista y vigorosa descripción de un acto de deyección real. Es una épica batalla de Luis XIV contra su regio estreñimiento: pujos agónicos, bombardeos eólicos, la tensión de las extremidades y el angustioso girar del cuello, y la peligrosa presión de las arterias y venas del cuello, y el pavor y la angustia de los cortesanos, y la invocación a la divinidad por algún purpurado que se halla entre los privilegiados que contemplan el más íntimo de los actos del rey, deseo y temor de Luis XIV, éxtasis y espanto ante la inminente pero retardada evacuación de aquello de broncínea solidez. Al fin hay un suspiro de alivio en la amplia recámara de estilo pre rococó. ¡Aleluya! ¡El rey ha cagado! ¡Hosanna! Y para que no quepa duda, los favoritos entre los favoritos recorren el salón con recogimiento, pero no es la sagrada custodia la que transportan, sino la ornamentada bacinica de oro con la mierda real. ¡Vítor! ¡Evohé! ¡Eya velar! ¡El Rey Sol ha descomido! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¿Pero un ritual de esta naturaleza no prefiguraba el hundimiento de un orden? ¿No estaba condenando a la guillotina las reales cabezas de Luis XVI y María Antonieta? Y, en nuestros días, ¿los sofisticados *water-clops* de la gran burguesía no son signos de su decadencia? Ah, grandísimo pendejo, ¡hasta dónde has llegado, Martín Villar, para justificar tu propia morbosidad!

Apremiaba (repito) un peregrinaje, etcétera: las cucharadas del doctor Tonsmann, preparadas por el boticario Guzmán Rodríguez, hacían lo suyo sobre mi disentería o acaso solitaria, no hay otro camino que empujar la derrengada puerta, chirrían las bisagras, disputándose mi alma claman por igual los ángeles del cielo y del infierno. Ah, Martín, ahora mismo terminará tu infancia, pero, por el momento, no se produce la obscena epifanía que herirá para siempre el corazón de Martín Villar. Ocurrió nada más que lo siguiente: sorprendí a la tía Primorosa, a la queridísima tía Primorosa,

cuidando, como decía ella, su cuerpo, sacándose sus piojitos, acicalando prolijamente (así se me revelaba ahora) su rostro devastado. Años después, cuando supe lo de las momias de Paracas y escuché al maestro Silupú asegurar que bajo los vastos arenales de la región piurana subyacen verdaderas necrópolis indias donde, sobre mantos superpuestos de blanca y dorada arena, duerme un sinnúmero de fardos funerarios con riquísimos mantos que cubren los cuerpos, pensé que así debió enterrarse a la grande y funesta Primorosa Villar, porque a su manera (y por su raza) ella fue una reina, una reina, una princesa, y, en cambio, el aleteo de los gallinazos y el fiero ladrido de Montubio combinado por momentos con desgarradores aullidos, hicieron que los vecinos de la apartada choza de aquella vieja loca y estrafalaria sospecharan de lo que se trataba y la emprendieran a pedradas contra esos pájaros negros amantes de la carroña animal o humana y derribaran sin mayor esfuerzo la puerta de la miserable choza y Montubio (me contaron) oscilaba entre el alborozo y la desconfiada vigilancia. Y antes de ver el cadáver de la vieja sintieron el hedor de la carne corrompida, pero tapándose las narices llegaron hasta el cuartucho y dieron un grito de sorpresa al descubrir el cuerpo de la anciana muerta en el sillón desvencijado, y la difunta lucía un llamativo y fresco traje y esmerado y armonioso era el maquillado del rostro, como si se hubiera acicalado para su triunfal y definitiva reaparición en los infinitos escenarios de la eternidad.

Pero esta tarde aún no había muerto y frente a mí estaba la tía Primorosa en fustán blanco de añoso organdí, las crenchas deshechas y con medio rostro sin pintarrajear de colorete o sabe Dios qué otros barnices o lacas o pócimas. Intento, primero (por parte de ella) de cerrar la puerta. Enseguida (como yo ya estaba adentro), de cubrirse con ambas manos la cara. Finalmente, de llorar. Pero la tía Primorosa, pese a la demencia en que según los mayores ella vivía desde hacía muchísimos años, era la imagen misma de la

exquisitez, modelo de bondad y el símbolo de otras formas posibles de existencia, donde la vida aventurera y el don de la ilimitada fantasía constituían las torres almenadas contra la vulgaridad y la sordidez de la vida cotidiana.

—Un árbol de pomarrosa para la tía Primorosa —le dije, imitando la venia y la voz de mi tía Dioselina.

Esta salida, creo, la ayudó a contener las lágrimas, pero, manteniendo las palmas de las manos sobre el rostro, me dijo:

—No merece que lo llame Martincito sino Martinzazo. ¿No sabe usted que los caballeros nunca entran a un aposento sin antes tocar la puerta? Por lo tanto, caballerito, haga el favor de salir y nunca olvide que la *toilette* de una dama es una ceremonia sagrada como una misa obispal.

Me mataba el escuchar hablar de esta manera a la tía Primorosa, y ya iba a pedirle disculpas, hacer una venia (ya podían aguantar mis tripas) y salir mirando los pasos que ella solía enseñarme en las representaciones que, junto con mi tía Dioselina, ensayábamos, cuando irrumpió violentamente mi abuelo Santos.

Pero antes debo decir que yo por entonces desconocía aún el poder de las palabras. Sabía que existen palabras que pueden decirse y palabras prohibidas, sabía también de la fascinación que ejercían estas últimas en los niños un poco mayores que yo, pero por primera vez descubrí el carácter vindicativo e infamante, inapelablemente infamante, de las palabras dichas en el calor de una disputa por donde corre la vieja y ultrajada sangre de la memoria o de la historia.

Conocía ya los excesos verbales de Santos Villar, pero por primera vez le escuché toda esa inmundicia, proferida contra su hermana, ese ser manso, inofensivo e indefenso, que era la tía Primorosa.

—So vieja de mierda —le dijo—, ¿todavía andas emperifollándote? ¿Para qué te embadurnas la cara? ¿No te das cuenta de que causa asco el mirarte? ¿Es que nunca te cansarás de putear? ¿Crees que alguien en su sano juicio, aunque fueras capaz de pagarle, va a querer ese rabo mogoso y arrugado que tienes?

Y mientras esto le iba diciendo arrojaba a la letrina coloretes, lápices labiales, depiladoras, pestañas postizas, otros utensilios y aditamentos de tocador, y su espejo, el bello y pequeño espejo con marco de plata labrada de la tía Primorosa, la joya mágica con virtud de purificar todas las imágenes del universo. Mi abuelo Santos añadió aún:

—¡Fuera de aquí, so puta! ¡Asesina de nuestros padres! ¡Vergüenza y abominación de mi casa!

La tía Primorosa era tan frágil y delicada que pensé que se echaría a llorar, que caería de rodillas, que pediría perdón. En cambio, sorpresivamente y con una voz que yo no le conocía, replicó:

—Lo de puta te lo acepto, así llaman las gentes ignorantes como tú a las artistas. Pero, escúchame, Santos —y aquí la tía Primorosa rio con una risa extraña, horrenda—: si he puteado, he puteado con mi culo, no con el tuyo. ¿O quieres cabronearme como me cabroneó el hombre depravado que nos engendró?

Mi abuelo, por cierto, lejos de quedarse callado, replicó. Pero si antes hablé de obscena epifanía, no pensaba tanto en mi abuelo, cuya naturaleza conocía mejor. No. La revelación, el temprano descubrimiento, de la oscuridad y la sordidez refugiadas muy al fondo de la conciencia se la debo a la buena tía Primorosa, quien, a su vez, refutó las soeces y oprobiosas aseveraciones de mi abuelo.

De la larga (y escabrosa) impugnación que mi tía hiciera a las acusaciones encerradas en el contraataque de mi abuelo Santos Villar, a mí (siendo como

era un niño) me estremeció sobre todo la parte en que ella afirmó que había dejado de creer en Dios y en su justicia desde el día en que su padre la vendió al poderoso amo de Congará. ¿Cómo pudo Dios permitir que la vendiera como se vende una yegua o una chiva o un trasto cualquiera? No obstante ello, empezaría a rezarle a ese Dios inclemente (*oraría*, dijo, *mañana*, *tarde y noche*) para que le fuera permitida la vida hasta ver morir a mi abuelo.

—No, no me basta con que Dios te emponzoñara la sangre. ¿Crees que no sé que, en Buenaventura, el chancro y la sífilis extenuaron tus jugos viriles?

Por unos instantes vi palidecer a mi abuelo, pero fue solo un instante, un parpadeo, porque ahora le gritó:

—¡Maldita, puta! ¡Desde este momento te desconozco como hermana! Y cancelaré el nicho que te estaba comprando en el cementerio. ¡Que tu carne y tus huesos se pudran insepultos y sirvan como festín a gallinazos y perros y chanchos!

—¿No es acaso el destino de los Villar? —respondió mi tía, y dijo que no le importaba esta muerte para así igualar el destino final de su querido hermano Inocencio—. Pero, entre tanto —continuó—, seguiré orando a ese Dios perverso para que te alargue la vida hasta verte morir a ti primero.

Si Dios le concedía esta pequeña dádiva (*pequeña*, dijo, *porque nada podría reparar la destrucción de su destino*), juraba por la memoria de su adorado Inocencio asistir a los funerales del padre de mi padre con el más llamativo de los trajes que aún conservaba de su lejana época de artista. Y esto para que el mundo supiera de la alegría dulcísima que anegaría su corazón por la muerte de Santos Villar, quien, aseguró, era heredero de la maldad de Cruz Villar, el verdugo progenitor de todos los hermanos Villar. Y como mi abuelo, sordo a las imprecaciones de mi tía, siguiese escarneciéndola con su habitual intemperancia (la llamaba «puta loca», «escoria de la vida», tantas cosas), Primorosa Villar agregó que, pues bien,

que si a eso habían llegado, entonces le daría gusto y, vestida así, de chuchumeca, llegaría hasta su cadáver y escupiría su rostro.

Mi abuelo cumplió su promesa y rompió el contrato de la compra del nicho perpetuo para su hermana. Poco después de la muerte de mi abuelo me fui a vivir a otro barrio lejos de este mundo. Entonces comenzó a operarse en mí un proceso de depravación moral que me llevó a negar mi linaje paterno y fueron muchas las veces que oculté (que pretendí ocultar) a mis nuevas amistades que aquella vieja loca y pordiosera fuese parienta mía. Estaba por alcanzar fondo en mi caída moral cuando encontraron muerta, después de varios días, a quien había terminado por convertirse en parte del paisaje de la ciudad. Y yo era el único pariente vivo y cercano que la difunta tenía en Piura. Maldije mi sangre. Maldije mi suerte. Pero en el desorden de mis sentimientos recordé al tío Luis y fui al primer tren y supliqué a los que iban a La Huaca, Congará, o El Arenal, que le comunicaran a don Luis Villar, que vivía en Tamarindo, el fallecimiento de su hermana Primorosa. Apenas partió el tren recordé la amistad que había existido entre mi abuelo Santos y el padre Azcárate. Y fue con la compañía del padre Azcárate que me atreví a ir a la mísera choza en la que vivió sus últimos años la única hermana mujer de los hijos de mi bisabuelo Cruz Villar. El hedor era intolerable, pero observé que el padre Azcárate (como siempre, fumaba su puro) soportó las vaharadas de la putrefacción sin taparse la nariz y la boca con un pañuelo. Las mujeres del vecindario, pobres también, solo se habían atrevido a tender el cadáver sobre la cama. Y allí fue que la vi con su traje de artista y maquillada. Así había esperado quién sabe durante cuántos días la muerte, Primorosa Villar.

En el último tren llegó el tío Luis. No lo veía desde la muerte de mi abuelo y me abracé a él. Tampoco se tapó la nariz y, despojado de su sombrero de campesino pobre, contempló largamente el cadáver de la hermana. Había traído velas y las prendió, y después, sacando dinero envuelto y anudado en

su pañuelo, compró el ataúd más barato, como debía ser, reflexionaría yo años después, para un auténtico Villar. No hubo para contratar lloronas y las mujeres querían despojarla de su traje y ponerle decente el rostro. Dos pajarracos de sexo desconocido aparecieron para amortajarla con un hábito de las carmelitas. Pero mi tío Luis se opuso, pues su hermana Primorosa le había hecho prometer, en la cordura y en la demencia, que deseaba ser enterrada con un traje de artista. Las monjitas (los pajarracos) apelaron al padre Azcárate. Este, con casulla y estola llevados por su viejo sacristán (a quien dio a tener su inseparable habano), meditó unos instantes. Luego dijo:

—En la pureza de su locura, esta mujer consideraba que solo vistiendo sus mejores galas podría presentarse ante la majestad de Dios.

Acto seguido rezó una breve oración y bendijo el cadáver de la exartista.

Al día siguiente, en el primer tren y con el ataúd en el depósito del vagón, acompañé al tío Luis hasta La Huaca, pues desde muchísimos años atrás el tren no hacía escala en Congará. El padre Azcárate permaneció en los andenes de la estación hasta que el tren tomó la curva. En La Huaca esperaba el último de los hijos del tío Luis con dos burros, sobre cuyos lomos acomodaron el cajón. Enseguida emprendimos la marcha bajo el sol que comenzaba a picar, y al divisar Congará, el tío Luis me dijo que a cinco kilómetros en dirección de los arenales, antes de llegar al tablazo, estaba el panteón particular de los Villar.

—Por fin Inocencio y Primorosa —dijo— descansarán juntos.

Los tres, mi tío Luis, su hijo y yo, reiniciamos el cortejo por entre los arenales ardientes. Pero pronto este magro cortejo se incrementó con generosas bandadas de gallinazos que, con estilizado y reverente vuelo, rindieron honores a la funesta Primorosa Villar.

Pero, ¿y mis tripas?, ¿qué esguinces ofídicos ejecutó la solitaria en la región ventral de mi cuerpo, incluidos mis intestinos? Y en la región del

corazón, ¿cuál de los ángeles me marcó con el hierro candente? Doctor Tonsmann, ¿qué fue de sus cucharadas? ¿Combinó con exactitud la fórmula, señor boticario Guzmán Rodríguez? Me había quedado extático y como desde una lejanía vi que mi abuelo Santos arrojaba de su casa a la tía Primorosa. Reparé en que yo lloraba sin pudor alguno, me limpié las lágrimas y juré no llorar nunca más en la vida. ¿Qué sería de mi vida? ¿Qué destino le esperaba a mi alma inmortal? Pero ahora tuve conciencia de que tenía que resolver un problema más urgente que la inmortalidad del alma. Con una terrible y vergonzante dificultad, como una aporía metafísica, me dispuse a alcanzar la meta y comprendí con anticipación que solo puedo calificar de genial la paradoja de Zenón: tenía los pies alados como Aquiles pero mi velocidad correspondió a la de una tortuga para llegar a la letrina. Luego de alcanzar mi meta, ante el absoluto silencio de las tribunas, me bajé el pantalón y arrojé el tremendo bollo que se me había salido durante la querella de los ancianos. Abrí la letrina (un cajón astillado con un hueco para sentarse) y la evacuación continuó. Consideré como verdaderos sabios al doctor Tonsmann y al boticario Guzmán Rodríguez. Después fue desapareciendo esa sensación de extrañamiento: la modesta y concreta realidad se imponía: la putilla, con su bello plumaje bermejo, fiel a su nombre, insistía en mostrarme su pechito rojo de la buena suerte. Por fin sentí vaciadas mis tripas. Luego, Martín Villar, con la curiosidad que tienen los niños por su propia caca, se quedó contemplando hacia el fondo sin que lo arredrara el olor acre que trascendía del silo: entre los excrementos acumulados por varios años de defecaciones y donde borbotaban opulentos gusanos blancos y negros se hundía, emitiendo sus últimos y purísimos destellos, el mágico espejo que había ocultado a Primorosa Villar la declinación y espantosa ruina de su antigua belleza.

Eché una mirada al cielo y me dije que era la noche ideal para cumplir la promesa que le hiciera meses atrás a la China de mostrarle hacia dónde me llevaban mis caminatas nocturnas desde que ella empezó a trabajar en Nomara. No que fuera noche de luna llena (esta era apenas una delgada tajada de melón), pero era tal el pedrerío de estrellas que alcancé a ver a niños y mocitos (varones y mujeres) tirados de espalda sobre el dorso de algunas dunas que ciñen el caserío, entregados al incitante y desatinado juego de contar el exacto número de las infinitas estrellas. Entré a la sala iluminada por la luz poderosa de la Petromax y vi a Zoila leyendo en la mesa que hice construir para su uso personal.

—China —le digo—, creo que ha llegado el momento de enseñarte la meta de mis caminatas nocturnas.

Embebida como está en la lectura, parece no haberme oído.

—¿China? —repito—. ¿Me oíste?

Ella levanta la cabeza y me doy cuenta de que ni siquiera ha advertido mi entrada en la sala. Sonrío y vuelvo a hacerle la propuesta.

—¿Ahora? ¿Ya mismo? —dice ella.

Luego me pregunta si puedo esperar unos treinta o cuarenta minutos para terminar de leer el folleto editado a mimeógrafo por la central sindical del gremio de maestros. Le sugiero que es mejor que termine de leer con calma la publicación.

—Tenemos muchas noches por delante —le digo— para llevarte a conocer el panteón de mis antepasados. Sigue leyendo con calma, querida.

Ella me mira como si por primera vez entendiera lo que estaba diciéndole. Enseguida entro al espacio que nos sirve como dormitorio. No es necesario llevar la linterna de ferroviario, basta la linterna a pilas. Busco también una chompa para el frío de la madrugada. No me la pongo y por el momento me la amarro a la cintura. Del cobertizo de la cocina salgo hacia el huerto que

impregna la noche con los mejores aromas del mundo. Abro y cierro el postigo con mucho cuidado. Ya afuera, ladran los perros, un grupo de chiquillos juega a la ronda y, de las dispersas cabañas, cuyos dueños disfrutaban en petates tendidos a la puerta de la agradable brisa que recorre el caserío, me llegan cordiales salutaciones y, al pasar frente a una de estas chozas, el jefe de familia me dice: *Feliz paseo, profesor*.

Caminé unos quinientos metros, y al alcanzar la cima de la primera duna, me detuve para echar un respiro. No es que me sintiera agitado por la subida, sino que me gusta mirar el caserío, abajo en la hondonada, en noches como esta. Nunca fui un buen deportista y menos un atleta, pero ahora me he vuelto un caminante vigoroso, mis piernas se han fortalecido y el ritmo del corazón es parejo y sincronizado y resisto la sed y siento un placer lleno de orgullo al llegar a caminar con facilidad distancias de treinta a cincuenta kilómetros en un tiempo que puede competir con el paisano de El Conchal de mayor fortaleza y aguante. No es por sentirme agitado ni tampoco (si quiero ser veraz) por recrearme con la contemplación del pueblo por lo que he hecho mi primera posta. Quería mirar mi casa iluminada por la Petromax e imaginar a mi pequeña Zoila sumergida en el estudio de aquel boletín (probablemente mal impreso y en discordia con la gramática) que es parte del nuevo mundo de luchas recién descubiertas por ella y que abren su vida a otras perspectivas y enriquecen y fortalecen su espíritu, como yo a lo largo de estos años he endurecido mis piernas. Y el bombeo del corazón irriga con sangre renovada y limpia mi cerebro y genera lucidez y euforia para llevar adelante este trabajo insensato que acaso justifique este pequeño espacio hurtado al ilimitado universo.

¿Dije *mi pequeña Zoila*? Contemplo un rato mi casa ostentosamente iluminada, cuya luz hace palidecer la parpadeante llamita de los candiles de las casuchas restantes. No, Zoila Chira ha dejado de ser mi pequeña Zoila, mi

China sometida a mi amor, mi chiquilla pendiente de mis caprichos, tan resignada a soportar los turbulentos humores de mi sangre y de mi memoria. Y yo, que encendí en ella la primera chispa de rebeldía y, sin que lo advirtiera, fui abriendo sus ojos a los caminos de la libertad y de la dignidad humanas, no puedo dejar de sentir orgullo e incluso pueril vanidad por este proceso operado en la conciencia y en la conducta de Zoila, que además coincide con la apoteosis de su carnalidad y la limpia frescura de su belleza. Entonces siento la mordedura de un sentimiento semejante a los celos y me acomete una serie de dudas, de interrogaciones que he tratado de eludir en estos últimos meses. *Mejor será*, me digo, *que reinicie mi caminata: la suave brisa y el esplendor de este cielo disiparán esta agrura amarga que sube a mi boca*. Con herido orgullo me digo que un año atrás Zoila habría dejado de cumplir con las asignaciones del colegio para correr detrás de mí y disfrutar juntos de la hermosura de una noche como esta. Antes de reemprender la caminata, miro de nuevo a nuestra casa: sí, fue una buena compra la lámpara de gas, aunque dudé en hacerlo pues me preguntaba si esto contravenía mi promesa de vivir una vida austera limitando al mínimo la adquisición de objetos y utensilios necesarios para cubrir mis necesidades. Fue (lo sé) una pequeña abdicación, pero la juzgué indispensable, dada mi mala vista, para sentarme a escribir esta dilatada fábula. Al momento de girar el cuerpo y retomar mi marcha, alcanzo a percibir que la luz de nuestra casa se ha apagado. Zoila habrá terminado con la lectura de su folleto y, luego de buscarme en vano, habrá optado por acostarse. *Duerme, querida, descansa,* digo, mientras voy bajando casi corriendo y hundiéndome hasta los tobillos en el otro dorso de la duna.

Leve es la brisa y mis huellas permanecerán nítidas hasta la medianoche, en que ventarrones helados levanten densos espirales de arena que irán barriendo toda huella dejada por animales y hombres sobre la tersa piel de los

médanos. Dos meses me llevó encontrar el derrotero definitivo, y desde entonces podría hacer el recorrido con los ojos vendados sin temor a encalavernarme en la inmensidad de este páramo sinuoso. No guiaron mi búsqueda el principio de hallar la recta entre dos puntos ni el del ahorro de energías evitando los parajes demasiado tumultuosos; por el contrario, me incitaba atravesar la zona de las dunas por las áreas más accidentadas y el deseo de evitar la entrada a Congará. *Así, mi hermano*, le dije a Arturo Lama apenas quince días atrás, *el esfuerzo y la concentración de la caminata limpian mi memoria de pensamientos tortuosos y me confieren un goce que muchas veces se troca en euforia, puramente físico. Y en cuanto a Congará, viejo, lo conozco ya lo suficiente, y cuando de todas maneras me acogota la nostalgia, prefiero entonces ir a plena luz del día y recalar en alguna de las casas donde soy recibido, si no con afecto, por lo menos con confianza, por los últimos sobrevivientes de la generación de mi abuelo Santos y los pocos que permanecieron en Congará de la generación intermedia, de mi padre Cruz Villar*.

Yo llevaba tres o cuatro meses como maestro de la escuelita de El Conchal, cuando, desde la ventana del aula, distinguí la inconfundible caminada de mi gran amigo de la pubertad y primera juventud. Como todo hombre de ciudad, caminaba con torpeza por los arenales del caserío. Contuve mi deseo de salir a saludarlo alborozado y preferí jaranearme con su trabajosa (y algo grotesca) marcha por las riadas de arena quemante y bajo las fogaradas del sol. Entonces advertí el inconfundible maletín de los visitadores médicos. ¡De modo que el gran Lama, el aristocrático descendiente de los conquistadores que fundaron el primitivo Piura en Tangarará, se ganaba modesta y honradamente el pan trabajando para una de las grandes industrias farmacéuticas extranjeras! Pero algo de la vieja estirpe quedaba aún en él, y así se lo dije perversamente, horas después, mientras tomábamos chicha y

anisado, pues su llegada a este perdido caserío tenía como fin conquistar nuevos mercados para la venta de sus productos. Mientras lo veía acercarse a la escuela (la única edificación con paredes cubiertas de barro y cal) me invadieron dos sentimientos adversos: alegría por ver de nuevo a mi pata del alma e irritación por haber sido descubierto en mi refugio. Y recordé aquel relato de Kafka, escrito de un solo tirón cuarenta y ocho días antes de su muerte, del animalito que cree haber edificado la más perfecta e invulnerable fortaleza subterránea, para descubrir al fin sus fallas, la precariedad de sus cimientos y la total fragilidad de su estructura, y esto mientras advierte el avance hacia su madriguera de un animal más poderoso, feroz e inclemente. Desde el primer abrazo le pedí que no revelara a ningún amigo mi presencia en este pueblo, y luego bebimos como en los mejores tiempos y retomamos el viejo diálogo, y lo mismo hicimos las cuatro o cinco veces que vino en plan de visita para recordar los terrores y alegrías de la infancia y los sueños rápidamente marchitados de la adolescencia. Pero cuando lo acompañé hasta la carretera por entonces solo afirmada, le pedí, por la vieja amistad, que no volviera a mi madriguera, donde me acechaban afligidos e inquietantes fantasmas que yo había decidido conjurar. Apenas diera fin a esta secreta, dolorosa y exultante batalla, iría yo mismo a buscarlo a Piura para celebrar mi derrota o mi victoria.

A veces creo poseer un sexto sentido. No solo no me sorprendió la venida de Arturo Lama después de cinco años, sino que lo estaba esperando. Lo abracé quizá con un exceso de entusiasmo y le agradecí (me lo envió por carta la China) por la fineza de no haberse limpiado el culo con mi «Fin de la infancia». *En cuanto a los restantes*, le aseguré, *les diste el destino que merecían*. Esta vez en El Conchal había una tiendita que vendía cerveza y encargué a un churre que me comprara una docena, que de inmediato puse a refrescar en el tinajón de agua fresca. Mientras destapaba la primera botella y

llenaba los dos vasos, Arturo me dijo que, antes de brindar, quería decirme algunas palabras. *No jodas, viejo. Tenemos toda la noche por delante*. De modo que nos dijimos *¡salud!* (estábamos instalados en la ramada que precede al huerto) mientras caía la tarde entre vientos silbantes que vapuleaban las palabras y los arbustos y agitaban las copas de los árboles del huerto. Nunca me he sentido más nieto de Santos Villar, pues abrumé a Lama imponiéndole de manera autoritaria el tema de mi conversación. Había quedado atrás para siempre el tiempo en que yo escuchaba deslumbrado a Arturo acerca de las hazañas y las tragedias de su varias veces secular linaje y de otros linajes pertenecientes a la clase señorial piurana. Y no le hablé de la historia de los míos, los Villar, sino de la fabulación que yo había urdido a partir de ciertas imágenes y sucesos, y de una laceración que llegaba hasta el hueso desnudo, todo ello impregnado por la conciencia infeliz de Martín Villar. En el transcurso de mi imperioso relato, le leí de aquí y de allá algunos pasajes, y las brumas de la cerveza tuvieron la virtud de morigerar sus deficiencias y ocultar sus torpezas. Luego le mostré las decenas de cuadernos que constituían lo borradores (los intentos fallidos, los avances sin salida, las desviaciones y encalavernamientos, etcétera) y los veintitantos cuadernos manuscritos de doscientas páginas de los textos que yo consideraba acabados. *¿O sea que ya tienes terminada la novela?*, me dijo mientras hojeaba los cuadernos y leía uno que otro párrafo con su modulada voz de barítono. *Sí*, le respondí. *O, para ser más preciso, está casi o prácticamente terminada, pues solo me faltan las secuencias finales de la primera historia del último capítulo. Ah*, dije, luego de beberme un vaso entero, *quizá sea preciso añadirle una suerte de epílogo, pero será un texto breve, más lírico que narrativo*.

Eran cerca de las diez de la noche cuando le propuse a Arturo visitar la tumba de los Villar. Habíamos dado cuenta de ocho botellas y puse en mi

alforja las cuatro restantes y una chata de ron, en caso de que la virazón de la madrugada arremetiese demasiado helada. Prendí la linterna de ferroviario a querosene, entregué a Arturo la linterna a pilas, apagué la Petromax y salimos por la puerta principal. La turbulencia del viento y de la arena era moderada, pero la semiembriaguez no nos hizo advertir la oscuridad de la noche. Antes de adentramos por mi camino, descubierto por entre las anfractuosidades de las dunas, abrí la chata de ron y bebimos un generoso trago para calentar el cuerpo y espantar a los demonios de la noche. *Llegaremos a las dos de la mañana*, aseguré ya subiendo la primera de las dunas. Una hora después arreció el viento y destapamos la primera cerveza para humedecer la boca y lavarla de la arena que habíamos tragado. Caminábamos contra el viento. Por momentos quedábamos atrapados por la vertiginosidad de los torbellinos. Otras veces perdíamos el equilibrio y caíamos de rodillas o de culo, y una vez Arturo Lama rodó pendiente abajo, mientras el paso de un violento remolino me hizo perder el sentido de orientación. Cuando recuperé mi norte, grité el nombre de Arturo a la vez que hacía señas con la linterna de ferroviario. Al fin distinguí en una hondonada los débiles e intermitentes destellos de la linterna a pilas de mi amigo. Me dejé deslizar por la empinada ladera del médano. Arturo Lama estaba sentado en el suelo, puteando de lo lindo. *Un poco más y me saco la entrechucha*, dijo. Nos hallábamos en el espacio fronterizo entre duna y duna, que nos amparaba del vendaval. Había perdido dos de las botellas de cerveza y ahora solo nos quedaba una. Determinamos guardar la cerveza para el final y bebimos, con la boca llena de arena, dos medidos tragos de ron. Todavía teníamos una hora de caminata por delante y, en contra de la opinión de Lama, le dije que era mejor proseguir antes de que la borrasca alcanzara su verdadero poderío, capaz de sepultarnos vivos, de modo que subimos la falda de la siguiente duna, menos empinada que la anterior. Al llegar a la cima había amainado el vendaval, pero yo por

experiencia sabía que se trataba de un repliegue para reagrupar todas sus fuerzas e iniciar su más furioso ataque. *Vamos, corre y sígueme que tal vez alcancemos a llegar antes de que el vendaval retorne*. Subimos y bajamos tres colinas de arena, caímos y nos levantamos varias veces, pero, al escuchar las cercanas trombas del viento, distinguí la segura muralla donde estaríamos protegidos de la última y prolongada embestida de la virazón.

Era el privado cementerio de los Villar, cuya ubicación había escogido con sapiencia mi abuelo Santos meses antes de la peste que acabó con media población del otrora floreciente pueblo de Congará. El panteón tenía una valla de jóvenes pero ya bien arraigados vichayos y oberales, y un viejo zapote sembrado y cuidado por el tío Luis para que sirviera como vigía y como señal de las tumbas de los padres y de los hermanos signados por un destino fatal. Entramos al rectángulo cercado, pero, antes de siquiera pensar en hablar, nos tiramos sobre la arena rendidos y estremecidos por el paso cercano de vientos silbantes y cargados de furia. Después abrí la botella de cerveza y bebimos abundantemente. El viento había cesado y ahora el cielo lucía estrellado. Me dispuse a enseñarle las tumbas de mis antepasados y a revelarle mis conocimientos de agronomía e hidráulica, que hicieron florecer los arbustos y cardenales de hojas rojas y sampedros y cactus con flores que solo crecen en los peñascales de las primeras estribaciones de los Andes. Pero Arturo Lama me interrumpió y me dijo que primero tenía que hablar de lo que había sido el verdadero motivo de su venida al caserío. *Habla, entonces,* le dije. Arturo empezó a hablar y yo lo escuché sin interrumpirlo. Al terminar, tomé otro largo trago de cerveza y enseguida le pasé la botella. No hice ningún comentario y empecé a mostrarle tumba por tumba, contando algunas anécdotas de cada quien, ufanándome, claro está, con las aventuras del bandolero Isidoro Villar, y extendiéndome con las vidas desafortunadas y funestas de Inocencio y Primorosa Villar. Comenzaba a amanecer y ya no

soplaba el viento. Ya no teníamos nada que beber y era tiempo de retornar a la aldea. *Y en cuanto a lo que me has contado*, le dije, *somos una vez más hermanos de leche. Te entiendo: fue cuestión de borrachera. También estábamos borrachos cuando nos tiramos a tu rica Mañuca. No es lo mismo, Martín, y tú lo sabes. Y no me siento orgulloso por lo sucedido. Tienes razón*, le respondí, *no es lo mismo. Porque aquella vez, ¿cuántos años hace?, con engaños emborrachamos a tu hermosa sirvienta. Pero esto fue distinto*, insistió Arturo Lama. *Distinto, diferente. Y lo hizo, créeme, Martín, por liberarse del amor demasiado profundo que siente por ti, pero que ella por alguna razón considera nocivo, funesto. No sé cómo explicarlo. No tienes por qué hacerlo, Arturo. Y, ahora, regresemos antes de que el sol comience a quemar*. Pero ahora ni el esfuerzo ni la concentración en la caminata habían podido vaciar mi memoria. Varias veces, ante la punzada de algún recuerdo, me sobreparé, y otras tantas me acuclillé a fumar un cigarrillo al sentirme acosado por las dudas. Mal que bien consideré haber cumplido el modesto programa que me llevó a abandonar la universidad, luego a errar un poco a la deriva por las distintas regiones del Perú, y por fin (tras unas cortas andanzas por Guayaquil y Panamá) a venir a establecerme en este perdido caserío. No soy tan iluso como para considerarme integrado a esta comunidad, pero sí he sido aceptado como un elemento no ajeno a sus costumbres y a la trama de sus vidas. He logrado fabular la historia de una herida que a todos nos alcanza y la historia de la vindicación primitiva, bárbara, y del rencor inextinguible, junto al itinerario de vidas que arrastran consigo los furores de la historia. Y, en fin, tomé mujer de este pueblo, y, siendo como era una chiquilla, preparé su espíritu para una apertura hacia un mundo cada vez más complejo y violento. Había cumplido, pues, las metas que me trazara y alcanzado cierto límite. Y, sin embargo, tenía la certeza que en algo

sustancial había fallado, más allá de una relación sin hijos con Zoila Chira, situación que la comunidad consideró como antinatural y pervertida.

Sí, me digo al incorporarme, *existe una fractura esencial. O, de manera más exacta, un error de principios que degrada o torna banal todo lo realizado*. Reanudo mi marcha, indiferente ahora a la apacible y esplendorosa belleza de la noche. Voy caminando con pasos de experto por la cima de un dilatado médano. Es verdad que algo he comprendido sobre la naturaleza de estas tierras, que conozco y puedo imaginar sin excesos la historia, que algo he aprendido sobre las pequeñas y grandes pasiones de hombres y mujeres en su calidad de representantes de la especie humana y he mutilado cincuenta patitas del ciempiés que llevo adherido a la conciencia. Pero, en su mayoría, todo esto pertenece al orden del conocimiento y a la espléndida facultad de la contemplación. Me detengo de súbito y reflexiono: *Supongamos, Martín Villar, que algo has comprendido sobre la realidad y sobre la vida, mas, ¿qué has hecho por transformarlas?* Pero en este momento me parece que el eco del viento repite mi nombre. Escucho con atención y otra vez el eco de una voz femenina grita:

—¡Martíííín, maestrooo Maaartíííín, eeespereee!

Regreso a mirar y en la lejanía veo el balanceo de una linterna, mientras el eco sigue llamándome por mi nombre. Camino con prisa en dirección a las señales de la linterna de ferroviario, mientras hago lo mismo con la linterna a pilas que llevo conmigo.

—¿Es que no me oía, Martín? —me dice Zoila—. Vengo gritando desde hace más de una hora. Vine siguiendo sus huellas y cuando divisé su sombra empecé a gritar. ¿De verdad no me escuchaba, Martín?

¿Es que no podía esperarme treinta, cuarenta o cincuenta minutos?

—Mi presencia de alguna manera te hubiera perturbado y yo deseaba que pusieses toda tu atención en la lectura y estudio de esa publicación que se

refiere al mundo de las luchas sociales en el Perú y que comienza a apasionarte.

—¡Pero bien pudo siquiera despedirse, Martín!

—No, querida, hubiera constituido como una presión, como un chantaje: si de verdad me amas, vienes conmigo; de lo contrario, más importante que el amor que me tienes es la lectura del folleto o algo así.

Le repito: poco le costaba esperarme treinta, cincuenta o sesenta minutos.

—¿No he esperado todos estos meses tu retorno?

—¡Si me quisiera de verdad usted habría ido a buscarme!

—No me gusta dominar a nadie, respeto el libre albedrío de las gentes y mucho más la libertad de los seres que amo. ¿No te lo he dicho tantas veces?

—Puede ser un pretexto para abandonarme.

—¡Pero si me encontraste aquí esperándote!

—Entonces, ¿por qué no duerme conmigo? ¿Por qué prefiere dormir en la hamaca? ¿O es que se ha hartado de mí o me encuentra sucia e impura?

—Escúchame, Zoila: estás en la plenitud de tu belleza y vitalidad.

—¿Me sigue deseando, Martín?

—Mucho, mucho, China.

—¿Por qué se niega entonces a compartir mi lecho?

—Pero, antes, ¿estás segura de haberme contado todo?

Hemos venido caminando así, en una especie de duelo verbal, disintiendo, replicando, uno muy lejos del otro, yo con pasos más largos, ella muy aprisa, casi corriendo por momentos para no retrasarse. Pero, al hacerle la última pregunta, se detiene por un brevísimo instante, ¿o ha sido una ilusión mía? Y de pronto, exclama:

—¡Mire, qué hermosura! ¿Allí es dónde está la tumba de Primorosa Villar?

Yo giro el cuello para observarla, sonrío, le rozo el mentón con mis dedos y le digo:

—Sí, es el panteón de los Villar.

Mientras bajamos la suave ladera de la duna le cuento que mis alumnos y sus padres se ofrecieron a cuidar por turnos este espacio ganado a las arenas, apenas les comenté que iba a viajar un poco y a conocer los pueblos más olvidados de la otra ribera del Chira, río arriba en dirección noreste hasta la frontera.

—Luego —le digo ahora a Zoila— llegué a Suyo y, por la carretera sin afirmar, subí a Sicches y a Ayabaca, la tierra de mis antepasados maternos. De retorno bajé por Las Lomas, seguí a Tambogrande, de allí, por el viejo camino de herradura que llega a Chulucanas, hice escala en Cruz de Cañas, desde donde traté de ubicar el legendario Zapote de Dos Piernas donde fuera fusilado y luego colgado Isidoro Villar.

—¿Y lo encontró? —me pregunta Zoila.

—No, ya no existe, pero el recuerdo de las crueles hazañas y del carácter sombrío y ensimismado de este tío abuelo aún perduran en las cumananas que se recitan acompañadas de vihuela en los chicheríos y cantinas del área de Chulucanas y Morropón, y en el cantar de los más ancianos de entre los ciegos caminantes que, hasta ahora, los días sábados salen a recorrer los caminos de los parajes más deprimidos y las aldeas y caseríos más desolados.

Antes de entrar a este espacio guarnecido por vichayos y oberales, en los que comienzan a abrirse las primeras flores amarillas, le digo:

—¿Te acuerdas de los celos que sentías por mis misteriosas caminatas nocturnas? Pues bien: esta era la razón de aquellas caminatas que en realidad se remontan a dos años atrás, cuando tú cursabas el último año de secundaria en La Huaca. ¿Entramos?

Sí, esta era la noche ideal para mostrarle a Zoila Chira las tumbas de los míos. Aunque atravesada por una corriente glacial la brisa se mantiene apacible y suave, Zoila Chira, atractiva e impetuosa, recién nacida para una nueva vida, recorre las tumbas sin cruces de los Villar bajo la luz de todas las estrellas del universo. Cada tumba está señalada por una rústica losa hecha de granito crudo en la cual hice cincelar el nombre y los apellidos de cada quien, con la fecha aproximada de su nacimiento y la más exacta de su muerte. Zoila se detiene ante una losa, más grande y que preside las otras tumbas, la de Sacramento Chira, la madre original y mítica, acaso también tatarabuela de Zoila, por lo tanto, en algún grado, prima o sobrina o tía mía.

—¿Reposan aquí los huesos de Sacramento Chira?

Le digo que no, que es una tumba simbólica, un cenotafio.

—De los muertos, ¿quiénes faltan?

—Mi abuelo Santos, cuyos restos acaso traslade un día. Y mi tío Catalino, enterrado en el cementerio de Negritos. Y faltan para siempre los hermanos que huyeron de la tiranía de mi bisabuelo Cruz aprovechando el desencadenamiento de plagas y de pestes y que se embarcaron sin dejar ninguna señal o mensaje para descubrir el derrotero que siguieron. De los vivos —continúo—, el tío Luis me ha manifestado su voluntad de ser enterrado aquí, pero lo angustia el no tener quién haga cumplir su voluntad, pues dice que Dios le dará vida hasta que entierre al último de sus hermanos o de un Villar que se haya hecho merecedor de reposo en este cementerio. Mi tío Silvestre, junto con el tío Luis, el último de los hermanos de Santos Villar aún con vida y salud, me ha expresado su deseo de conocer este cementerio y, con lágrimas en los ojos, me ha hecho la promesa de venir este noviembre a velar a su padre y a sus hermanos muertos.

Al terminar esta relación, la China me mira de frente y me dice:

—Martín, tengo el deber y la necesidad de contarte algo.

—Bien —le digo—, te escucho.

—Estaba angustiada y no me atrevía. Pero mirando estas tumbas me he sentido fortalecida.

Sé lo que me dirá y algo de desprecio siento por mí, pues con crueldad sutil la he presionado despacio y sosegadamente y, como en el juego mortal del macanche con la tórtola, la he arrinconado y conducido hasta este instante. ¡Maldito hijo de puta: eres peor que el más vulgar de tus congéneres! Por unos momentos, Zoila Chira vuelve a ser la chiquilla silvestre y cándida que sucumbió al hechizo de la mirada del ofidio. Ahora no se trata ya de una conversación, de la confidencia que se hace a un corazón generoso, sino que reviste el carácter de una confesión expiatoria, ante un recinto donde reposan huesos antiguos, venerables y dignificados por el dolor, por la demencia y por la cruenta vindicación. Zoila titubea, se contradice (*no, no fue así, esto ocurrió antes, ¿o después?,* etcétera.), queda encalavernada en un páramo sin fronteras. Por fin encuentra un cauce, la China, *mi* Chinita, va quedando atrás y su discurso adquiere fluidez y se va convirtiendo en un minucioso recuento, que es también la expresión de agravios contra el hombre que hirió su corazón y perturbó sus sentidos y liberó su mente.

Y mientras Zoila abunda en su evocación, cada vez más segura, cada vez más serena, cada vez más ella misma, de mi llegada y permanencia en El Conchal (admito, al principio escogido nada más que como una atalaya desde la cual divisar y tener siempre presente a Congará), mientras empieza ella a reconstruir su propio derrotero, desde el asombro inicial, la entrega amorosa, el orgullo de ser no mi mujer sino mi hembra, el sometimiento a mí, más que por amor por la conciencia de su inferioridad y de su absoluta ignorancia, la confusión y la perturbación de su espíritu, hasta las primeras iluminaciones generadas por la intuición antes que por el ejercicio de la inteligencia, de

modo que, mientras me viene refiriendo todo esto con un lenguaje limpio, sencillo, pero no simple, y embellecido por comparaciones e imágenes a partir del redescubrimiento de la sabiduría popular, yo vuelvo a ser mordido por las dudas, que implican un cuestionamiento radical de mi vida, incluyendo mi pasión por la literatura, sin la cual no hubiera podido sobrevivir: tan visceral era el repudio general que yo sentía por la vida y los fundamentos (para mí, fruto de un azar funesto) generadores de lo vital.

Reivindicación de un linaje humillado, retorno a la comunidad y consolación por la literatura: he aquí el camino de perfección de Martín Villar. ¿Qué oscura y subterránea presión había desempeñado la sexualidad precozmente descubierta? *Ah, lujuria*, había dicho en uno de sus antiguos sermones el padre Azcárate, *¡cuántos actos sublimes y malditos inspiras por igual!* ¿Y mis fantasías orgiásticas con olor a incienso y ritos funerarios? ¿El levantamiento de este espacio para el reposo de los huesos de los míos no constituirá la prolongación de mis juegos y ceremonias de la infancia, llena de misas, funerales y sepulcros, y de gozosos y amargos aniquilamientos de los ídolos y monigotes sustitutorios del mundo y de sus habitantes? ¿Y el retorno a la comunidad, aparte de su obvio simbolismo de retorno al claustro materno, no significará una huida o un refugio a las solicitaciones de la historia? ¿La elección de un destino modesto, anónimo, no ocultaba una profunda vanidad y un desprecio por mis semejantes? ¿Y los servicios prestados a la comunidad como maestro, educador y como incipiente agrónomo, veterinario y médico rural, no eran la redición del viejo filantropismo burgués o una manifestación caricatural de aquel complejo de ser Dios del que habla Freud? En suma, Martín Villar: algo has comprendido del mundo, pero tus actos (incluido el de urdir esta fábula), tus pequeños actos, lejos de apuntar a la transformación de esta realidad humana y social, estuvieron (aunque no lo hicieras de manera consciente) destinados a

preservar, a perennizar este orden o, para decirlo a tu manera, a hacer soportable el agravio de los Villar de la joven generación o de los recién nacidos o de los que serán engendrados mañana o en un futuro más lejano. No, no es, no fue así. No puede ser así. Por el contrario, he pretendido mantener abierta la herida, echarle sal y vinagre para que nunca se apacigüe el sufrimiento y para hacer inextinguible la llama del rencor. Pero sí puedo admitir motivaciones turbias, oscuras y aun inconscientes, como no niego que exista vanidad en mí ni que mi corazón esté exento de desprecio, no a mis semejantes en general, sino hacia la capa ilustrada del Perú, llámense letrados, científicos u hombres de pensamiento, sean de mi misma condición social o superior a ella.

—¿En qué piensas, Martín? ¿Me estás escuchando?

—Sí, te escucho, Zoila. Nunca te he escuchado con mayor atención.

El cementerio de los Villar. Los cadáveres insepultos de los pobres de esta tierra, de toda la Tierra. Perdido sin salida en la estación de la infancia con mis fortificaciones funerarias. Escatología y erotismo. Romper con esta herencia de huesos y profanar su culto haciéndole el amor a esta nueva mujer que ahora, después de un largo introito, me está confesando cómo y por qué y de qué manera me fue infiel. Sus palabras tienen la virtud de volverme a la realidad. Como a cualquier hombre ordinario, me torturan los celos, pero, al mismo tiempo, siento un pueril orgullo por haber desbrozado el camino para que ella asista al nacimiento de un deseo nuevo e intenso.

—Pero infiel, lo que se dice infiel, no te fui —dice Zoila Chira—. No sabría explicarlo, Martín. Mañana, después, quizá estaré en condiciones de explicarte con razones, no solo con palabras del corazón. Desde hace meses vengo comprendiendo algunas cosas, pero todavía hay mucha confusión en mi pobre mente, y el resto es oscuridad. Te amo profundamente, Martín. Estoy casi por atreverme a decir que recién ahora comienzo a amarte de

verdad. No me interesa Arturo Lama como hombre. Es un hombre fino, amable, pero sin ideales ni sueños, sueños verdaderos, no quimeras. Por eso, después de que ocurrió aquello no fui a buscarlo y hasta dejé de salir de la casa de mi amiga por varios días. Pero él dio conmigo al clausurarse el ciclo de verano. Fue para decirme que lo disculpara y que lo sentía. Le dije que no tenía por qué disculparse, pues yo era tan responsable como él de lo sucedido. La conversación fue breve, no más de quince o veinte minutos. Y, antes de despedirse, me sugirió que te contara lo sucedido, que tú lo comprenderías. Le respondí que perdiera cuidado, pues, de no hacerlo, no tendría coraje para mirarte a los ojos. Es verdad que hoy y ayer y todos estos días he estado leyendo los libros y folletos sobre el problema magisterial, pero también era un pretexto para no mirarte a los ojos. Hasta que esta noche me armé de todo el coraje de que soy capaz.

Le digo que, aunque ya sabía lo ocurrido en Piura, deseaba escucharlo de sus propios labios.

—¿Ya lo sabías?

Le respondo que sí, que quince o veinte días antes de que ella retornara al caserío había venido hasta aquí Arturo Lama para referirme lo sucedido en honor a la vieja amistad.

—¿Así que se tomó el trabajo de venir a El Conchal? Quiero saber lo que te dijo Lama. Necesito saberlo, Martín, por favor.

Pienso un momento (estamos sentados en la arena junto a las tumbas de Inocencio y Primorosa Villar) y luego le hago un resumen de lo que Lama me revelara.

—Sí —dice ella después de escucharme—. Seguro que sin los tragos y la borrachera él no se habría atrevido. Pero ten la seguridad, Martín, de que, por más borracha que yo estuviera, de no haberlo deseado en el fondo, no hubiese dejado que se acercara a mí. Estábamos en un apartado del Chifa Oriental,

tomamos dos botellas de vino y después cerveza. Lama me hablaba con admiración de ti, de tu manera particular de ser, de la vez que hiciste llorar al cura director del colegio. Por mi parte, como en medio de las tinieblas, pensaba con rencor en tus ideas extrañas, en los abortos a que me hiciste someter; también pensé en tus relaciones con mi madre, en el odio que ella sintió por mí por robarle a su conviviente. Te odié, Martín, maldije el día en que llegaste a mi mísero pueblo; cuánto te odié, mi corazón era un fangal de rencor, pero, carajo, ¿por qué, pese a todo, sentía tanta y tan tremenda nostalgia por ti? No sé en qué momento empezamos a besarnos. No quiero herirte, pero quizá fui yo y no Arturo Lama quien tomó la iniciativa. No hablamos mucho, y consideré normal que me llevara a su departamento. Serían poco más de las diez de la noche. Esto ya lo había aprendido contigo: la embriaguez insensibiliza y el placer es de otra naturaleza. Viví en esos momentos lo que te escuché decir varias veces: es como liberarte de un juramento, como profanar las cosas más sagradas y la única ley que existe es la del instinto, que es insaciable. Desperté poco antes de que amaneciera. Arturo roncaba y dormía como una piedra. Estábamos desnudos y yo cogí mi ropa y me metí al baño y abrí la ducha. A esa hora, el agua de Piura es un poco fresca y dejé que cayera abundantemente hasta que salí del aturdimiento. Luego me vestí y me arreglé lo mejor que pude. Arturo Lama seguía durmiendo profundamente. Estaba desnudo, ahora por primera vez miré de manera consciente el cuerpo desnudo de otro hombre. Luego salí cerrando cuidadosamente la puerta. Eran más de las seis, el dolor de cabeza era atroz, y por primera vez sentí miedo pánico. Llegué a la avenida Loreto, bordeé el monumento a Grau y seguí en dirección sur. *Antes, todo esto eran basurales*, me dije. Torcí a la izquierda por la calle Apurímac. Pensé en la venganza de Primorosa Villar, en su retorno a Congará, en su demencia y en su muerte. En la Plazuela Francisco Pizarro, frente al antiguo mercado, me

senté en una banca. Empezaron a repicar las campanas de San Sebastián y enseguida la de la iglesia Matriz. Entonces me pregunté: *¿Me perdonará Martín si le cuento lo sucedido?* Me acordé de mi confesión con el padre Azcárate y me dije, pensando en ti: *Sí, me perdonará, no me repudiará, pero todo será distinto*. ¿Será distinto, Martín? ¡Estoy tan confusa!

Recordé mis propias dudas, el examen que hice de mi vida, de mis actos. Yo también estaba confuso por las oscuras motivaciones de mi conducta y de mis actos, y no sabía el sentido que pudieran tener en el plano de lo objetivo, más allá de las gratificaciones sadomasoquistas que me hubiesen deparado. Algo de este complejo de dudas le expuse a esta nueva mujer que tenía a mi lado.

—Pero no —me interrumpió—. No diga eso. Cállese. Fui injusta con usted, Martín. Estaba enojada y llena de rencor. Pero si usted no me hubiera abierto los ojos y prendido una llamita en mi entendimiento, jamás hubiera llegado a interesarme por los problemas sociales y conseguido este humilde puesto de maestra, y como tal espero llegar algún día a alcanzar la dignidad de la señorita Domitila Diéguez. Y usted, ya no sé ni cómo hablarte, si de usted o de tú, no será nunca un héroe, pero tampoco será un señorón importante y solemne. No digo que no tenga pecaditos y hasta pecadotes, ¿pero sabe lo que es usted, Martín Villar? Se lo voy a jurar delante de las tumbas de sus antepasados.

—Espera, Zoila querida —la interrumpí—, prométeme que, en caso de morir yo primero, o de sufrir un accidente mortal, me enterrarás aquí, entre los míos.

—Me destroza el corazón oírte hablar así, Martín. Pero te lo prometo. Lo juro delante de estas tumbas y de la tumba simbólica de Sacramento Chira, que, acaso, como usted dice, haya sido mi tatarabuela. Y ahora permítame

decirle quién es usted, maestro Martín. Por encima de todo, tú, Martín Villar, eres un hombre de bien, un poco solitario y un poco triste.

Sí, pensé, y esto prueba tu vanidad a la medida del hombre: *¡aspirar nada menos que a ser un hombre de bien!*

Comenzaba a clarear. Zoila apagó la luz de su linterna. Yo me incorporé y luego le di la mano para que hiciera lo mismo. Por en medio de las tumbas alcanzamos la salida marcada por el viejo zapote. Eché una última mirada a la cripta, al cementerio, al panteón de los Villar, donde acaso yo algún día habría de reposar. Y pensé en los vendavales de arena que irían sepultando poco a poco este recinto hasta que no quedaran huella ni memoria de él, pasando a ser parte de las necrópolis indias que subyacen en las entrañas del desierto.

Una perenne agonía (2)

Cuando, años después, en el otoño de 1909, el padre Azcárate partía rumbo a las lejanas Indias, se dijo: *Huyo como un ladrón*. Después se rectificó: *Más bien como un renegado.* Amanecía cuando el vapor *Santa Lucía* zarpó. Haría escala en La Habana y finalizaría su viaje en Veracruz. El padre Azcárate, ya por su cuenta, seguiría a Panamá, y de allí emprendería el viaje al que sería su destino: el remoto Perú. El sacerdote solo subió a cubierta cuando la nave se hallaba en alta mar. *Nada menos que como un renegado*, volvió a decirse, confundido en la tripulación donde predominaban andaluces, gallegos y vascos. Eran hombres y mujeres pobres con sus hijos, pero se los veía animosos, la esperanza era más fuerte en ellos que la melancolía por la patria que abandonaban, quizá para siempre. Pero él no sentía melancolía sino vergüenza, y había dejado atrás, en los tumultos callejeros de Barcelona, toda esperanza. Caía una lluvia menuda sobre el mar ligeramente encrespado. *¿Cómo pudo*, se dijo, *sucederme todo aquello?*

Las experiencias de Madrid y Barcelona habían sido radicalmente distintas. Durante los doce años que duraron sus estudios sacerdotales, apenas unas pocas veces había salido fuera de los recintos del seminario y de los claustros donde cursó los estudios superiores de teología, inspirada esta fundamentalmente en los tratados de Balmes. Rehusaba las invitaciones de maestros y de compañeros de estudio para pasar los fines de semana y los

periodos vacacionales en casas de sus familiares o de familias piadosas benefactoras de la Iglesia, y prefería ocupar su tiempo aprendiendo oficios manuales y el arte de la restauración de pinturas y esculturas antiguas. Tenía talento y capacidad creativa para la pintura, pero carecía de una verdadera pasión por el arte, y él era consciente de que se dedicaba a estas actividades para contrarrestar la pasión por el saber y por el ejercicio de la inteligencia para conciliar la fe con la razón. De modo que, hasta su ordenación como sacerdote, apenas si conocía unas cuantas calles e iglesias de Madrid, y la ciudad misma le era ajena. Paradójicamente, comenzó a interesarse por ella cuando, tras una gran lucha interior, empezó a internarse en la Babel profana del saber secular y de la literatura mundana y la lectura de las novelas de Galdós lo tentó a explorar y conocer de manera directa el espíritu secreto de la ciudad en la que vivió recluido toda su primera juventud. Pero ya era demasiado tarde y no lo sintió demasiado cuando eligió la pequeña villa de Muerdra como destino para el ejercicio de su sacerdocio.

Pero con Barcelona había sucedido lo contrario. Cuando, después de varios cambios de diligencias, llegó por fin a Barcelona, ya había anochecido, pero la ciudad rutilaba de luces y de bullicio. El padre Vicens en su última carta le había dicho que apenas llegase fuera al claustro de Santa Ana, donde sería bien recibido y donde se le tenía ya reservado el alojamiento. Pero, de pronto, recordó a don Manuel cuando evocaba la temporada que en su lejana juventud hubiese pasado en Barcelona y le dijo que si algún día era destinado a esta ciudad pidiese albergue donde los Trinitarios en la Rambla de los Capuchinos. *Basta que les digas*, le recomendó, *que vas de mi parte, para que te reciban con generosidad y beneplácito*. De modo que le dijo al cochero que lo llevase allí. *¿A los Trinitarios?*, le dijo el hombre. *Sí, queda por la Rambla de los Capuchinos*. El padre Azcárate recordaría después que el cochero lo había mirado con una mezcla de piedad y de burla. El coche

comenzó a abrirse paso por entre tranvías y automotores, y el padre Azcárate con deslumbramiento de campesino miraba las calles y los paseos atestados de gente. El coche se detuvo y el padre Azcárate miró sorprendido. *¿Este es el convento de los Trinitarios? Fue, padre*, le respondió el conductor. *Y allí, el colegio de Buenaventura, pero ahora, mire usted mismo: Hotel Oriental. Y donde es la casa cuartel estuvo la iglesia de Santo Ángel, y aquella librería de la esquina fue antes la iglesia del Carmen. Lo único que ha quedado en pie es el convento de los Capuchinos, allá, a su izquierda*. El padre Azcárate sintió vértigo y un como estrujamiento del alma. El cochero esperaba la pregunta del cura, pero el sacerdote estaba recordando su ordenación mientras en las calles de Madrid era reprimida con artillería pesada la furia popular, y los meses que pasó con la partida del padre Jacinto y luego con las tropas, y había visto iglesias encendidas y conventos de clausura bombardeados y allanados. Cuando volvió al presente, el cochero le estaba contando que todos estos conventos e iglesias habían sido destruidos en los últimos cuarenta años por las insurrecciones populares. Lo cortó y le pidió que lo llevara a un alojamiento. El cochero había prendido su pipa de barro y le señaló el Hotel Oriental, lleno de luces y de hombres y mujeres elegantes que entraban y salían. El padre Azcárate adivinó que el cochero no quería bien a los sacerdotes, pero con voz autoritaria le pidió que lo llevara a una posada modesta. El cochero, un hombre sesentón pero todavía robusto y de maneras groseras, habló para sí en catalán y el padre Azcárate entendió que lo estaba injuriando. Luego, mirándolo con sarcasmo, le dijo que lo llevaría al albergue más económico de Barcelona, y, de inmediato, fustigando a los dos caballos dirigió el coche por calles estrechas e intrincadas hasta salir a una vía más ancha donde estaba el ayuntamiento, enrumbó luego por unas calles laterales y detuvo el coche poco antes de finalizar el enorme y vetusto edificio, ubicado en el corazón del barrio Gótico. El cochero le cobró por sus

servicios y, con fingida jovialidad, le dijo que en este Asilo del Parque no le cobrarían nada por albergarlo, pues era para gente indigente y menesterosa como deben ser los buenos sacerdotes. Pero el padre Azcárate no fue alcanzado por la insolencia del cochero, que volvió a maldecir en catalán, al mismo tiempo que blandía el látigo por la grupa de los caballos.

El Asilo del Parque era un servicio que prestaba el ayuntamiento a los forasteros que carecían de recursos económicos. El encargado del establecimiento, al parecer un católico ferviente, le dijo que el albergue era indigno de su alto magisterio sacerdotal. El padre Azcárate, con rostro pétreo, le respondió que justamente quería conocer a los más desamparados por la fortuna para ejercer mejor su sacerdocio. El establecimiento era gratuito y tenía normas rígidas, como bañarse y ser desinfectado, mandatos que el sacerdote cumplió de manera concienzuda. El albergue era un híbrido de hospital, asilo y cárcel, y por debajo del olor a desinfectante se percibía la fetidez de los cuerpos lacerados y de la pobreza crónica, todo lo cual confería al lugar un aire mortecino y algo siniestro. La mayoría eran campesinos de Extremadura, Andalucía y Murcia, y venían a probar fortuna en la probablemente más próspera de las urbes de España. El padre Azcárate se dio cuenta de que su presencia causaba asombro y cohibía a todos estos seres a quienes habían hecho huir el hambre y la carencia de tierras. Por primera vez sintió la necesidad de cumplir con sus deberes sacerdotales y hacer lo que todos los asilados reclamaban de él: que les diera una palabra de esperanza y les hiciera rezar las oraciones y les impartiera su bendición.

Tardó en dormir y pensó que acaso Dios se manifestase a través de seres de apariencia indigna, como el cochero. Porque solo pudo conciliar el sueño cuando determinó permanecer unas dos o tres semanas en el albergue antes de presentarse donde el padre Vicens. En los siguientes días, y mientras duró su permanencia, se levantaba muy temprano, escuchaba misa en la iglesia

más cercana, pero confundido entre la feligresía que ocupaba las últimas bancas. Luego, durante los dos primeros días, caminaba al azar por las intrincadas calles y callejas y pasajes, llenos de arcos y balaustradas, y comía frugalmente en las más modestas hosterías. Cuando consiguió una primera visión de la ciudad se internó en el barrio de El Arrabal por las calles San Pedro y San Pablo, donde estaba instalada lo que constituía buena parte de la prosperidad de Barcelona y de toda Cataluña: la industria textil. No era muy común la presencia de un sacerdote por el barrio obrero, y el padre Azcárate pensó que hubiera sido bueno despojarse de la sotana mientras durase este primer conocimiento. Pero no, hubiera sido un engaño, un fraude. De modo que, poniendo la cara gruesa a las miradas hostiles y pasando por alto alusiones negativas al papel negro que jugaba el clero en la vida de los trabajadores y aun algún escupitajo arrojado al desgaire pero muy cerca de él, el sacerdote fue recorriendo cada día un par de cuadras, tomando sus alimentos en las mismas tabernas frecuentadas por los obreros. Leyó con avidez la publicación anarquista *Tierra y Libertad*, asistió a conferencias del pedagogo ácrata Francisco Ferrer y Guardia, y asistió a un mitin cuyo orador central era Pablo Iglesias, y entonces comenzó a comprender las diferencias que existían en el movimiento obrero. En una librería para obreros compró obras de Bakunin y el *Manifiesto*, que leyó y releyó con interés y pasión. A la tercera semana dejó el albergue y tomó pensión en una hostería cerca de la Rambla del Liceo.

Permaneció una semana en su nuevo alojamiento. En esta rambla pululaban los estudiantes y se discutía apasionadamente sobre política. Aquí, su presencia pasaba desapercibida y a lo sumo sentía una que otra mirada irónica. Descubrió, al tercer día, la existencia de dos librerías ubicadas en aceras opuestas por la Rambla de la Boquería. Una se llamaba Librería Española y la otra, Verdaguer. A la primera entró para comprar el reciente

libro de Unamuno, *La agonía del cristianismo*, y el librero le preguntó su opinión acerca del autor. El cura le dijo que solo conocía su *En torno al casticismo*, y pronto se vio envuelto en una tertulia en la que, si bien reconocían la inteligencia y la pasión con que Unamuno exponía su pensamiento, lo criticaban por su exaltación de Castilla y por la causa de una sola España bajo la hegemonía castellana, lo cual era poco menos que una traición a los sentimientos nacionales de la Vasconia. De modo que el padre Azcárate pudo darse cuenta de que se hallaba entre intelectuales y artistas de avanzada, que afirmaban, no sin orgullo y algo de fatuidad, estar llevando adelante el renacimiento de la cultura catalana. Había filósofos, poetas, novelistas y pintores que estaban renovando el pensamiento, la literatura y el arte. Vio cuadros de Rusiñol y de Picasso del periodo azul y su desconcertante *Las señoritas de Avignon*. En cambio, en la librería Verdaguer predominaban los escritores consagrados, admitidos en las academias y de pensamiento conservador y moderadamente liberales y enemigos del federalismo y aun más del cantonalismo propiciado por el anarquismo.

Al quinto día se sintió fatigado y cargado de dudas. Todo aquel día permaneció encerrado en su habitación, y por primera vez sintió el peso de la soledad. Barcelona, con sus luces, sus bullicios, el largo paseo de las ramblas, con mundos tan diferentes como el de los obreros, el de los estudiantes y el de los intelectuales, con su aristocracia en decadencia y el ostentoso mundo de la alta burguesía, lo hizo sentirse un campesino, un pobre sujeto que había pasado los mejores años de su juventud encerrado en un claustro y refundido en una desolada y decadente villa. Por primera vez sintió la necesidad de calor humano, no de amor a lo divino, sino de amistad y de sentimientos de amor terrenales. La víspera de salir de la pensión para presentarse ante el padre Vicens, desde el mediodía estuvo caminando por las ramblas, y poco antes de que los relojes de iglesias y edificios dieran las cuatro de la tarde, se

atrevió a entrar al Café de la Ópera, un establecimiento de lujo, oloroso a perfumes femeninos, a cocina catalana y a vinos generosos. Una orquesta tocaba una pieza de moda. Se sentó en la única mesa desocupada de la terraza y pidió un licor de manzanilla, que el mozo tardó en alcanzarle sin ocultar su desdén. Los hombres vestían ceñidos trajes de lino, el bigote y la perilla perfumada, algún prendedor de brillantes en la corbata; las mujeres, vestidas con vaporosos trajes que dejaban ver la pantorrilla, escondían brevemente sus rostros tras delicados abanicos, expertas en la coquetería sutil y la conversación mundana. En una de las mesas más cercanas, un hombre vestido con gran elegancia y rodeado de mujeres les hablaba de lo que había significado el reencuentro con la patria después de dos generaciones viviendo en Santiago de Cuba. Después del desastre del 98 había vendido sus inmensos cañaverales y las plantas de azúcar en condiciones ventajosas y, corroído por la nostalgia, había vuelto para invertir en la industria textil y en la banca, y contribuir de ese modo al desarrollo de la tierra de sus abuelos. Bebían champaña helado y las mujeres, que al comienzo ignoraron la presencia de aquel cura sombrío, luego se sorprendieron y cuchichearon entre ellas, mientras el indiano ordenaba más champaña. Poco después lo miraron con descaro y una de las más atractivas, al llevarse la copa de champaña a los labios, le hizo una fugaz mueca que el padre Azcárate interpretó como un *¡salud!*

El padre Azcárate sintió que su sangre fluía apremiante, pero, en el momento en que iba a llevarse a los labios su copa de manzanilla, recordó las semanas pasadas en el albergue y en la pobreza de los barrios obreros. Aquel que ahora tenía frente a sí no era el mundo sustentado por el oro de los viejos galeones hundidos para siempre, sino el mundo creado por el capital y la industria con la explotación de la clase obrera. No terminó de beber su copa y pidió la cuenta. Era necesario, como había leído en los periódicos de

socialistas y anarquistas, odiar este mundo, aprender a odiarlo para luchar contra él. Si el ángel de la guarda se le había presentado bajo las groseras vestiduras del cochero, ahora el demonio se le manifestaba bajo la risa provocativa de esta mujer que bebía un sorbito de champaña. *Sí*, se dijo el sacerdote mirando con furia a la mujer, *es necesario odiarlo*. Y este odio, esta envidia, le servirían en su nueva misión donde, como Cristo, no predicaría el amor a los ricos, sino la lucha, como Él había hecho con los mercaderes. Pero se sentía sucio, ridículo, lleno de torcidos deseos. Pronto tal vez moriría y no habría gustado los dones de la vida. Al atardecer subió hasta Montjuic, desde donde, según había leído, más de cincuenta años atrás el general Espartero había bombardeado de manera implacable a la ciudad. Caminó por la montaña y divisó el Mediterráneo: la brisa y los barcos fondeados en la lejanía le devolvieron el sosiego. Pasadas las ocho de la noche deambulaba al azar por las zonas céntricas fumando profusamente y, sin darse cuenta, se halló caminando por la llamada Isla Negra, formada por las calles San Olegario, San Ramón y Las Tapias, una de las zonas prostibularias de Barcelona. Reinaba un ambiente de sensualidad mercenaria a precios asequibles para hombres de medianos recursos. Profusión de luces de colores, cocina de carnes, pescados y mariscos cargados de especias, perfumes corrompidos por el sudor de axilas y pies, y miradas hambrientas o tímidas del clientelaje masculino, y aquí y allá los chulos con rostros clandestinos pero de aire soberbio que mal ocultaba al patán ocioso y vividor de corazón servil. Abundaban los bares y *meublé* para el ejercicio del meretricio. Las mujeres más jóvenes esperaban sentadas en la terraza de los bares y las más maduras callejeaban abordando a la riada de machos, entre los cuales no escaseaban los tímidos, los pervertidos y los deformes. *¿Vieja yo?*, oyó que una mujer decía a un hombre de rostro extremadamente pálido y algo giboso. *Pruébame, m'hijo, y verás que mi carne es más tierna que el*

coño de mi nena. El sacerdote sintió toda la amargura del mundo en las palabras de esa mujer de cara sucia de colorines que contrastaba con el rostro del hombre, yesoso y mortecino y no alcanzado, sabía Dios desde cuándo, por la luz y el calor del sol. Sí, toda la amargura del mundo, el abismo y las sentinas del alma humana. El padre Azcárate tuvo deseos de llorar. No, no sentía las solicitaciones de la carne, pensaba por primera vez en toda su magnitud en la ausencia en su vida de una presencia femenina. Pensó con rencor en su madre que, horrorizada por la violencia del mundo que le había arrebatado al marido, buscó refugio en un convento de clausura. *Tal vez allí el Señor le concedió la paz*, se dijo el padre Azcárate, *pero me privó para siempre de las dulzuras del amor*, y esta misma carencia le impedía sentir amor a Dios, Cristo y la Virgen, a quienes había intentado llegar por el camino de la razón para terminar asiéndose al cordón de la fe, fuente esta ardiente y generadora de imperativos categóricos a partir de los cuales él persistía en una vocación, frágil barquichuela que debía navegar mares procelosos y siempre en peligro de naufragar o de ser abatida por enormes y macizos arrecifes o por montañas marinas. Llegó a la pensión sediento, bebió varios vasos de agua y se refrescó el rostro: un rostro adusto y unos ojos furiosos y de profunda e inasible melancolía lo miraban desde el espejo. Había soportado diversas tentaciones, incluso este paseo por el inframundo de la prostitución, escoria que, como la mendicidad y los seres degradados por la enfermedad y la derrota, era también producto de la riqueza de esta ciudad. Pero al acostarse y rezar sus oraciones se sintió fuerte, con un destino que cumplir en este mundo.

En las semanas de su anónimo deambular por los más refundidos rincones de Barcelona antigua, el padre Azcárate, en diversas ocasiones, desde la Puerta del Ángel, había contemplado lo que perduraba del monasterio de Santa Ana, en cuya superposición de estilos, del románico al gótico

flamígero, se podía leer la antigüedad de la construcción. Pero ahora del monasterio solo sobrevivían la iglesia, la sala capitular y el claustro. Entró en la sala capitular y el sacerdote que lo recibió, el padre Saladrigas, le dijo que esperaban su llegada desde hacía un mes, y le informó que el padre Vicens había iniciado un largo recorrido que comprendería la región minera de Asturias y culminaría en Bilbao, donde florecía la industria metalúrgica. El padre Vicens estaba formando núcleos católicos entre los barrios obreros, bajo la conducción de sacerdotes que trabajaban por llevar a la práctica las nuevas orientaciones que propugnaba El Vaticano. Era una lástima, le dijo, que no hubiera llegado una semana antes, pues hubiera tenido la oportunidad de conocer al padre Arnau, uno de los más inteligentes y piadosos entre los discípulos del padre Vicens, y que había viajado a las zonas más deprimidas del campo andaluz para canalizar el descontento de los campesinos por las vías del cristianismo social y contrarrestar la influencia del anarquismo ateo que predicaba el odio y el terrorismo. *¿Canalizar?*, dijo el padre Azcárate, escrutando los ojos castaños del padre Saladrigas, que lo miraban risueños detrás de las gafas. El sacerdote se levantó de la silla de su mesa de trabajo. *Venga*, le dijo cogiéndolo del brazo, *caminemos un rato*. Salieron al patio que daba a los claustros: en el centro había un jardín con cipreses y adelfas, y florecían variedades de claveles y retamas. Saladrigas era algo más bajo que Azcárate, pero la mano que apretaba el brazo era fuerte. Le dijo que era una verdadera lástima que no se hubiera encontrado con el padre Vicens, pues este deseaba intercambiar ideas con él. *Las cartas suyas*, dijo el padre Saladrigas, *contienen ideas apasionantes, pero hay conceptos que merecerían discutirse a fondo. El padre Vicens tiene la mejor opinión de usted, sin embargo sentía inquietud y angustia y profunda tristeza, no solo por las ideas que van más allá de la doctrina social de la Iglesia, sino también por el espíritu que trasuntan estos planteamientos. Lo que nosotros*

queremos es la formación de un sindicalismo católico, corporativista, donde patronos y obreros, despojándose de egoísmos, de codicia y de envidia, puedan llegar a un entendimiento, fundándose en la idea capital de que todos los seres humanos somos personas y, por tanto, hijos de Dios. De este modo, concluyó el padre Saladrigas, se alcanzaría un mejor reparto de la riqueza y, por tanto, la justicia social, sin tener que apelar al odio y a la lucha de clases, idea por completo ajena al cristianismo y a las encíclicas del papa León XIII. ¿Un sindicalismo católico? ¿No existían ya dos sindicatos que dividían a la clase obrera? Azcárate se detuvo. Ahora los ojillos del padre Saladrigas no eran risueños y revelaban ese fondo de crueldad y fanatismo que él conocía demasiado bien. El padre Saladrigas dulcificó su rostro y comenzó a hablarle de la historia del monasterio. Arrancó un clavel y lo olió con discreto deleite. *En suma*, le dijo, *es absolutamente necesario que usted asista a nuestro Instituto Católico de Estudios Sociales. Después, estoy seguro de que usted se convertirá en uno de los pilares de nuestro movimiento*.

Varias circunstancias favorecieron la labor social del padre Azcárate. Desde la pequeña iglesia de San Pablo del Campo, que se levantaba en el centro del barrio obrero de El Raval, y haciendo uso de una nueva forma de relación entre el sacerdote y su feligresía, el padre Azcárate logró, en poco menos de tres años, un considerable influjo entre un buen sector de familias obreras. Ni el confesionario ni las obras de caridad (por las que sentía una oscura repulsión) y ni siquiera (por lo menos en el primer año en que se hizo cargo de la parroquia) el púlpito fueron los instrumentos para la captación de conciencias y arraigar en el corazón de sus parroquianos. Suavizó su rostro, desapareció la furia contenida de sus ojos y ahora sus pupilas irradiaban un aura de serena melancolía. Más que dar consejos escuchaba con atención los problemas que, primero las mujeres y luego los varones, le exponían y que ensombrecían las tramas de sus vidas. En la base de todo el sufrimiento y la

discordia que reinaba en los hogares estaban los jornales miserables y discriminatorios (según fuesen hombres, mujeres o niños) por jornadas de trabajo que alcanzaban hasta las catorce horas. *La alegría en la casa del pobre dura poco*, decía un viejo refrán. Y por eso el amor se marchitaba pronto y las relaciones entre marido, mujer e hijos se enturbiaban por el resentimiento que se sedimentaba como un sarro en el alma, fruto de la explotación y la carencia de un horizonte que hiciera deseable la vida. En forma sencilla y con numerosos ejemplos tomados de los testimonios y confidencias que los trabajadores mismos le hacían, el padre Azcárate les explicaba las raíces del dolor y de ese fondo de encono que cargaban como una maldición. Hombres y mujeres fueron tomando cada vez más confianza al nuevo párroco, y fueron desapareciendo los últimos lastres de recelo. En una ocasión, una obrera del ramo de la perfumería le preguntó qué era lo que debía hacerse. *Luchar*, respondió el padre Azcárate con seguridad, pero sin énfasis. Un obrero, clavándole la mirada, le preguntó si era lícito para un católico apelar a medios de lucha que generalmente terminaban en violencia. Con sencillez, el padre Azcárate les recordó que en diferentes oportunidades, con distintas frases o por medio de parábolas, Cristo afirmó que había traído al mundo la guerra y no la paz. *Con ello*, dijo el sacerdote, *Cristo les recordaba a los oprimidos que en el corazón humano existe inscrita una ley natural que justifica la rebelión allí donde existan opresión y pobreza*.

Eran los años en que Alfonso XIII había encargado el gobierno al conservador y autoritario Maura. El auge que cada día iba adquiriendo el movimiento obrero, el belicismo del rey y una burguesía tanto más conservadora cuanto mayor era su opulencia, hicieron que el ejército fuera dejando los arrestos liberales que tuviera en el siglo XIX, para ir cultivando una mentalidad, al igual que la abrumadora mayoría del clero, de fuerza providencialista defensora de los pilares de la España tradicional: la

monarquía, la aristocracia, ahora también metida en alianzas y negocios con la alta burguesía, y la Iglesia. Las huelgas parciales, cada vez más numerosas, anunciaban grandes jornadas de luchas. Pero el gobierno reprimía las huelgas y las movilizaciones por las calles donde se concentraban los representantes del poder. Una de estas huelgas, luego de una semana de paro y agotados todos los recursos legales y los intentos de llegar a un acuerdo pacífico con los propietarios, inició movilizaciones callejeras que eran rápidamente disueltas por la guardia civil. Se trataba de una fábrica textil relativamente pequeña y era la primera lucha del sindicato recién formado, cuyas bases y dirigencia estaban divididas entre socialistas y anarquistas. Varios sindicatos decidieron solidarizarse con la lucha de los huelguistas y declararon un paro de veinticuatro horas y un mitin en la Plaza del Padró. Oradores de las dos tendencias principales del movimiento obrero catalán arengarían a las masas y luego marcharían por las ramblas y llegarían al ayuntamiento. Pero el mitin fue interrumpido apenas empezar por la guardia civil y por tropas del ejército. Las masas, compuestas por hombres y mujeres, se dispersaban pero volvían a agruparse y arrojaban piedras a las fuerzas represivas. Hombres y mujeres eran apaleados. Sonaron descargas de fusilería al aire. Las descargas se sucedieron, con la mira de los fusiles cada vez más baja. Una mujer cayó con el cráneo perforado y varios hombres fueron heridos y enseguida auxiliados por sus compañeros. La guardia y la tropa, en un operativo conjunto, lograron acorralar a unos doscientos o trescientos manifestantes. Las casas comerciales cerraron las puertas y todos los atajos fueron copados por la gendarmería y por los soldados. Eran las cinco de la tarde cuando las masas alcanzaron a ver la iglesia de San Pablo, cuyas puertas estaban cerradas. Las masas titubearon. Carecían de armas defensivas y se hallaban cercadas, mientras las fuerzas combinadas avanzaban implacable y ordenadamente. Hubo nuevas descargas al aire y, por un megáfono, una voz autoritaria les ordenaba detenerse y

levantar la mano. Empezaba a cundir el miedo, pero los juramentos contra los uniformados les devolvieron el coraje, que halló réplica en nuevas descargas que impactaron en los cuerpos de algunos manifestantes. La marcha de las fuerzas represivas las empujaba cada vez más cerca del atrio de la iglesia. No sería la primera vez que trabajadores y luchadores sociales fueran acribillados a la entrada de una iglesia. Pero, de pronto, las puertas de la iglesia se abrieron de par en par, y los manifestantes vieron al sacerdote que los invitaba a refugiarse en la iglesia. Comenzaron a afluir en riadas y poco después cesaron los disparos. El padre Azcárate ordenó que cerraran las puertas en tanto él iba a parlamentar con los jefes y a prestar auxilio a los que habían quedado heridos o caídos en las calzadas y en las escalinatas al atrio.

La gendarmería y los piquetes de tropa, después de varias horas, accedieron a retirarse de los alrededores de la iglesia, pero las autoridades se negaron a entregar los cadáveres a los dirigentes de los dos sindicatos más poderosos y a la delegación de familiares. El padre Azcárate volvió a interceder y logró persuadir a los superiores de las órdenes de San Vicente de Paúl y de los mercedarios, que tradicionalmente se dedicaban a curar a los enfermos y a administrar los últimos auxilios a los condenados a muerte, para que lo acompañasen en las gestiones. La autoridad se disculpó por no acceder a los pedidos, pues al respecto tenía órdenes estrictas venidas desde Madrid. Por experiencia sabían, dijo el jefe político de Barcelona, que este tipo de funerales se transformaba en manifestaciones y degeneraba en disturbios que obligaban a las fuerzas del orden a un nuevo uso de medidas represivas. El edificio de la Generalitat empezaba a ser rodeado por masas de obreros con sus mujeres e hijos pequeños. El padre Azcárate buscó apoyo entre los liberales partidarios de Lerroux, entre los republicanos federalistas del partido que fundara Pi y Margall y entre las personalidades de la cultura y de la ciencia de pensamiento democrático. El jefe político volvió a asomarse por el

gran ventanal de un segundo piso. La multitud se había triplicado y esperaba en silencio. La atmósfera se tornaba cada vez más tensa y bastaría una sola voz para que se desataran la pedrea y la respuesta de la fusilería de la guardia civil, que se hallaba apostada en sitios estratégicos. Al fin, el jefe accedió, pero, rodeado por sus asesores y ante un plano de Barcelona, les indicó por dónde debía seguir el cortejo.

Al atardecer del tercer día se llevó a cabo el sepelio presidido por el padre Azcárate. Los cinco ataúdes cubiertos con banderas rojas fueron llevados en hombros respetando el itinerario. El cortejo de centenares de obreros marchó en silencio. Pero en el cementerio se entonó la Internacional y en su alocución, los dos oradores llamaron a los caídos «mártires y héroes de la clase obrera». Luego, los familiares pidieron al padre Azcárate que dijera las oraciones fúnebres antes de introducir los ataúdes en los nichos. El sacerdote recitó las oraciones, pero antes dirigió a la multitud un discurso apasionado. Por primera vez habló como jamás antes lo había hecho. De manera vibrante expuso su doctrina acerca del papel que debía desempeñar la Iglesia de Cristo frente a una sociedad injusta y frente a las luchas de los explotados y oprimidos. Era necesario, dijo, liquidar las bases y sustentos del orden establecido, fuente generatriz de la resistencia y de la violencia populares. Los obreros lo harían, pues esta era su misión en la historia. Y la clase obrera, al liberarse a sí misma, liberaría a las restantes clases oprimidas y sacaría a España del atraso y del oscurantismo. Con énfasis aseguró que aquel día llegaría. Pero, entre tanto, los obreros tenían que luchar por reivindicaciones inmediatas: contra los salarios de hambre con que debían mantener familias numerosas, por conseguir la jornada laboral de ocho horas, por el derecho a la educación gratuita y obligatoria para acabar con el analfabetismo y elevar así el nivel de las clases desposeídas, por viviendas dignas e higiénicas y por asistencia médica gratuita. Y por todo ello tenían derecho y era justo que

obreros y campesinos se organizaran en sindicatos. Y poseía la más firme convicción que, de vivir Cristo en estos días, lucharía al lado de las clases explotadas, y por eso él, el padre Azcárate, en el espíritu de los Evangelios, estaría siempre dispuesto a brindarles su ayuda. Desde entonces, el padre Azcárate, integró comisiones para entrevistarse con los patronos y con las autoridades. La iglesia de San Pablo del Campo, la sala parroquial y el patio al que se accedía por la sacristía se convirtieron en lugar de refugio y de asambleas, y durante una serie de huelgas que se llevaron a cabo aquel año, sirvió también para preparar la olla común. Ahora veía en el rostro de obreros y obreras que lo tomaban como uno de ellos. Se lo comenzó a vigilar, a indagar su pasado y la jefatura de la guardia civil envió informes confidenciales a la más alta autoridad eclesiástica sobre las actividades del sacerdote, cuyo pensamiento subversivo predicaba desde el púlpito.

También entre los obreros y desocupados el nombre del padre Azcárate se tornó familiar. Teresa Claramunt, una dirigente obrera a cuyos oídos llegó su fama, asistió a una misa dominical y escuchó la prédica del sacerdote que comentaba pasajes de los Evangelios que justificaban la lucha contra las tiranías y las desigualdades sociales. El padre Azcárate poseía una voz de barítono y, con dicción impecable y verbo sencillo, apelaba simultáneamente a la inteligencia y al corazón. Al concluir la misa, Teresa Claramunt, rodeada de numerosas trabajadoras, se acercó al sacerdote. Era una mujer todavía joven, de rostro inteligente y de hermosos ojos negros. Le dijo que había escuchado con gran atención sus palabras y lo invitó a participar en las tertulias del Café Español, mientras le obsequiaba un ejemplar del nuevo órgano clasista *Solidaridad Obrera*. El padre Azcárate le respondió que con gusto iría a intercambiar ideas en el mencionado café y le agradeció por la publicación que leería con tanta o más atención que la de ella al escuchar su sermón.

El sacerdote cumplió su promesa y llegó a las siete de la noche al inmenso bar, bullicioso y atestado de clientes con el inconfundible aire de los obreros. Algunos lo saludaron y él preguntó por la ¿señora?, ¿señorita?, Teresa Claramunt. *Ni señorita ni señora ni dama*, dijo un hombre que lo miró con desconfianza, *llámela simplemente compañera Teresa*. El mismo obrero-tipógrafo le informó después que la compañera Teresa no tardaría en llegar, pero que, si no era reñido con su investidura sacerdotal, lo acompañase a aquella mesa del fondo donde gustarían de escuchar sus opiniones sobre el movimiento obrero y campesino. Guiado por el compañero Ramón, que así se presentó, fue abriéndose paso hasta llegar al fondo donde un grupo de diez obreros, entre los que había dos mujeres, que había juntado dos mesas, comía un bocadillo y bebía cerveza. No se levantaron a saludarlo, pero le pusieron una silla y lo invitaron a sentarse y a beber y a comer algo. Aceptó la cerveza. Al parecer, los allí reunidos se hallaban a la mitad de una discusión, en la que el padre Azcárate advirtió posiciones anarquistas, anarcosindicalistas y socialistas. Nadie reparaba en su presencia ni cuidaba su lenguaje, que abundaba en injurias y palabras gruesas. La compañera Teresa llegó media hora después, saludó con una mano al aire y tomó asiento al lado de uno de los trabajadores que hacía una apasionada defensa de la acción directa. Recordaron a Santiago Salvador, un anarquista que años atrás había lanzado una bomba en un teatro y había sido condenado a morir en la pena de garrote vil. Luego, la compañera Teresa expuso la doctrina pedagógica de Francisco Ferrer y Guardia. *El compañero Ferrer Guardia*, dijo Teresa Claramunt, *condena a los escolapios por educar a las clases humildes en el espíritu de la religión y domesticarlos en beneficio de los intereses de la burguesía. ¿Qué opinión le merece, padre Azcárate, este planteamiento?*

¿Y usted qué le respondió, padre Azcárate? Era el padre Saladrigas quien ahora lo interpelaba. Se veía furioso y miraba glacialmente. Había tenido que

venir a visitarlo, le dijo después de saludarlo sin cordialidad, *porque hace tiempo que usted no aparece por el instituto*. El padre Azcárate, que acababa de celebrar misa, estaba despojándose de los atuendos litúrgicos ayudado por el sacristán y permaneció en silencio esperando que su superior se serenase. Con un sobre en la mano, el padre Saladrigas hablaba mientras se paseaba con nerviosas trancadas por la sacristía. De pronto se detuvo frente a una pintura del Cristo de Lepanto que el padre Azcárate estaba restaurando. Observó con mirada de experto el trabajo y luego desplazó la vista hacia una talla en madera, también en proceso de restauración, de una Santa Eulalia, patrona de la ciudad. Saladrigas cambió el tono de su voz. También se remansó la furia de sus ojos, su semblante enrojecido fue adquiriendo una tonalidad menos encarnada y se apaciguó el latido de las venas que surcaban sus sienes. *Es usted un cura extraño*, le dijo. Enseguida le contó que el obispado había recibido numerosas quejas, verbales y escritas, por la conducta del señor párroco que estaba convirtiendo la iglesia de San Pablo del Campo en un lugar de conspiración e intriga de la hez atea que tantas veces había quemado iglesias y conventos, además de envenenar la mente y el corazón del pueblo tradicionalmente católico. *Mis palabras*, continuó, *debe tomarlas como un llamado de atención y una advertencia de la máxima autoridad de la arquidiócesis de Barcelona*. Luego el padre Saladrigas inquirió por las ideas que existían, no entre las bases obreras, porque, aseguró, estas eran profundamente católicas, sino entre los dirigentes. *Las mismas que desde hace treinta o cuarenta años circulan en el mundo de los obreros y campesinos. ¿Las mismas? Le ordeno que me diga cuáles*. Azcárate comenzaba a exasperarse, pero se esforzó por guardar la calma y, de manera sucinta, le explicó las doctrinas y formas de lucha existentes entre los anarquistas, los anarcosindicalistas, los socialistas y una fracción de estos últimos que comenzaba a diferenciarse llamándose «marxistas» o

«comunistas». *Y usted, padre Azcárate, ¿qué labor ha realizado para ganar a las masas obreras y formar núcleos entre ellos para la creación de sindicatos católicos, de acuerdo con las orientaciones dadas por El Vaticano?* El padre Azcárate meditó un momento antes de admitir que no había hecho nada por llevar adelante esta doctrina. El rostro de Saladrigas volvió a encarnarse y la furia anegó sus ojos. *¿Nada? ¿Puede decirme por qué?* Azcárate miró frontalmente a su superior. *Usted mejor que yo sabe que esta no es misión de la Iglesia. ¿Sindicalismo católico? ¿Retorno al corporativismo medieval? No, padre Saladrigas, sindicatos de esta naturaleza no harían más que quebrar la unidad de las clases oprimidas y servirían para perpetuar una sociedad y un Estado injustos. ¿Y qué misión le confiere entonces a la Iglesia? Aplicar las doctrinas de Cristo y los Evangelios viviendo entre los pobres, y fortaleciendo sus espíritus, no solo para conquistar el cielo, sino para que logren la justicia en esta tierra*. Fue a continuación de este discurso que Azcárate le contó la anécdota de Teresa Claramunt.

¿Y usted qué le respondió, padre Azcárate? Le di la razón en gran parte. ¿Y sabe por qué, padre Saladrigas? Porque es la verdad. La humildad y la resignación y el sometimiento al poder constituido no responden a las enseñanzas de Cristo. Aunque son acciones bárbaras e irracionales el ataque al clero y la profanación de monasterios e iglesias, hechos que él lamentaba, aseguró, de cualquier forma constituían manifestación de un descontento más que secular contra una Iglesia que ha preferido las voluptuosidades del poder temporal al cumplimiento de la doctrina de Cristo. El rostro de Saladrigas estaba ahora pálido, asombrado y furioso. *Basta*, le dijo en voz baja, *basta*, repitió y siguió repitiendo, levantando cada vez más la voz, como si se hallase frente a una presencia abominable. Tartamudeando, lo llenó de calificativos entre los que el más suave era el de *luterano*. Azcárate

escuchaba serio y grave. De pronto, Saladrigas se calló y, luego de unos instantes, le entregó el sobre que contenía una carta del padre Vicens, y, antes de despedirse, le dijo que, como la parroquia contaba con un numeroso rebaño, le enviaría muy pronto a otro sacerdote para que lo aliviara de su recargada labor pastoral. Con una ligera inclinación y una mirada cargada de hostilidad se despidió el padre Saladrigas. Azcárate tomó asiento en un sillón purpurado y trató de sosegarse y de recapacitar. Después reparó en la carta que tenía en la mano. Entró al patio interior. Un vientecillo hacía crujir las ramas de los árboles y esparcía un perfume de tierra mojada y de claveles. Caminó alrededor de los pasillos abovedados y con arquerías ojivales y reparó en que era un día fresco y rutilante. En momentos en que iba a abrir la carta, recordó la interpelación que le hiciera la compañera Teresa acerca de la pedagogía del maestro ácrata Ferrer Guardia. Todas las miradas se habían vuelto hacia él y se había hecho el silencio. Lo escucharon con atención y dijo los mismos conceptos que más tarde repetiría ante el padre Saladrigas. Al terminar su exposición continuaron en silencio. El compañero Ramón, el tipógrafo, bebió medio vaso de cerveza, se limpió la espuma de los labios y le dijo: *Es usted un cura extraño, padre Azcárate*.

La carta del padre Vicens, bastante extensa, le produjo un efecto perturbador, desquiciante. *¿Un cura extraño?*, se preguntó. *¿Es que siquiera puedo llamarme «cura»?* La carta del padre Vicens era bella, equilibrada, diplomática, y sabia y discreta en lo que había de cuestionante acerca de la labor y el pensamiento del padre Azcárate. Dos mil años de una historia dolorosa, heroica y controversial, magnificente y tenebrosa, habían guiado la pluma del padre Vicens para escribir aquella carta, que era un verdadero modelo de sutileza y coerción espiritual. Empezaba diciéndole que en su largo peregrinaje por la Vizcaya, como parte de su labor encaminada a la creación de núcleos católicos entre los obreros de las zonas industriales en

pro del logro de mejores condiciones sociales y humanas de vida para los trabajadores, se había dado tiempo para conocer el pueblo de Valverde de Lucerna. Qué belleza, qué quietud, qué atmósfera de delicada espiritualidad que el hermosísimo lago, con su encantadora leyenda, contribuía a hacer más palpable. Este era un pueblo, continuaba, de donde el espíritu de Caín y las otras fuerzas en que suele encarnarse el mal habían sido expulsados o, mejor aun, arrancados de raíz. Pero el bien no había prevalecido por sí solo frente al mal, sino que Dios, en su omnipotencia, eligió un siervo en la persona de don Manuel Bueno como artífice de sus designios. El padre Azcárate tuvo que interrumpir la lectura. Transpiraba, sentía opresión en el pecho y se asfixiaba. Con piernas temblorosas entró al jardín y respiró hondo bajo una adelfa. Sus ojos no distinguían los colores de los claveles ni de las retamas y el cielo le pareció empañado, oscurecido. En el centro del jardín había una pileta de piedra labrada con un surtidor de agua. Caminó hasta allí y se empapó la cara y la cabeza y bebió unos sorbos. El corazón pareció sosegársele y el amarillo de la retama y el rojo de los claveles estallaron ante sus ojos. Distinguió también el frenesí de colores de las mariposas y oyó el silbo del cuclillo y del mirlo. El padre Azcárate retomó la lectura. Los restos mortales, frescos e intactos, reposaban al pie del altar de la iglesia en un sarcófago de mármol erigido por el amor de los pobladores que diariamente depositaban flores silvestres crecidas en los bordes del lago, por las cuales el padre Bueno sintiera predilección.

Luego, el padre Vicens pasaba a hacer una apología y una interpretación de la vida y de la obra piadosa de don Manuel Bueno. «Dios lo haya perdonado», decía en un párrafo. Pero él, el padre Vicens, no pudo evitar una oleada de envidia por no haber tenido la suerte de tener, «como usted lo tuvo, amado y reverendo padre Azcárate, desde la más tierna infancia, un guía espiritual de la virtud, humildad y sabiduría de este siervo alcanzado por el

amor de Dios Nuestro Señor». El padre Azcárate volvió a sentirse conmocionado. Se apoyó en el tronco de un ciprés y se le enturbió la mirada. Luego dobló la carta y, procurando mantener el control de sus miembros y de sus sentimientos, entró en la sacristía y alcanzó la salida al atrio de la iglesia. Bajó las escalinatas, se sumergió entre la multitud, accedió a la amplia avenida Marqués del Duero, más conocida como El Paralelo, y caminó guiado por el instinto, indiferente al bullicio y a los espectáculos callejeros. No respondió al saludo de varios hombres y mujeres, todos trabajadores, que siguieron con la mirada al señor cura que parecía perturbado y ausente. Entró en la zona marina, atravesó Pueblo Seco y, cuando comenzó a subir a Montjuic, el cielo se había encapotado. Había pasado ya el mediodía y estaba en ayunas. Pero no sentía hambre, solo sed y agitación en el corazón. Al llegar a la cima, desde el borde amurallado contempló el mar. Soplaba una brisa fría y le fue difícil encontrar la posición adecuada que le permitiese continuar con la lectura de la carta. ¿Y si la arrojara al abismo? Le horrorizó esta idea: era una tentación: la tentación de la cobardía. El tiempo comenzaba a aborrascarse. Dejó el parapeto y se dirigió a una suerte de pérgola abandonada y se sentó en un derruido banco de piedra. Continuó la lectura indiferente a los primeros truenos que anunciaban la lluvia. Leyó y releyó algunos pasajes de la carta. Cuando emprendió la bajada llovía a torrentadas. Después de Pueblo Seco, los transeúntes sorprendidos por la lluvia buscaban refugio en los aleros y, en las ramblas, hombres y mujeres caminaban con paso apresurado con los paraguas abiertos, y los que carecían de ellos buscaban refugio en los bares. Pero el sacerdote siguió caminando sin apresurar el paso y sin buscar protección de la lluvia que le calaba los huesos. En el atrio de la iglesia de San Pablo lo esperaba el sacristán bajo un paraguas y, apenas lo divisó, corrió hacia él. El padre Azcárate lo hizo a un lado sin

brusquedad pero con decisión, y al entrar a la casa parroquial cayó derribado, sin conocimiento.

Cuando una semana después recuperó el conocimiento, se encontró en un hospital adonde había sido llevado por monjes de la congregación de San Vicente de Paúl. Oyó que el médico le decía a una hermana de la caridad que el enfermo había superado la crisis. Dos horas después se acercó a su cama el médico jefe acompañado por el superior de la orden de San Vicente. Este le dijo que había estado a punto de morir de pulmonía. El padre Azcárate hizo una mueca sombría. *¿Es que a un cura*, dijo, *no le está permitido morir por algo tan terrenal como una pulmonía?* El monje y el médico intercambiaron miradas, una hermana le tomó la temperatura. Antes de volverse a dormir escuchó que todavía tenía unos grados de fiebre y que se hallaba muy débil. Pero tres días después, con todos los cuidados, lo trasladaron a la arquidiócesis, un edificio enorme cerca de la catedral y en cuya parte posterior había celdas para sacerdotes y monjes.

En aquel lugar permaneció tres meses. Los primeros quince días lo persuadieron de que guardara cama. Un sacerdote que a la vez era médico lo visitaba diariamente y le auscultaba bronquios y pulmones. Un hermano lego le alcanzaba tres comidas muy sustanciosas y jarras de tisana para que tomara cada vez que tuviera sed. Recuperadas las fuerzas, comenzó a hallar insoportable la cama, algo menos estrecha y dura que la de sus años de novicio. Una mañana, el padre Saladrigas entró con rostro jovial y le dijo que se hallaba recuperado, pero que antes de volver a hacerse cargo de su parroquia necesitaba estar completamente sano de cuerpo y de espíritu. *¿Tengo el espíritu enfermo?*, preguntó. Saladrigas fingió no escuchar la pregunta y, en cambio, le dijo que el padre Vicens, sabedor del estado de su salud, se hallaba muy consternado y cada noche rezaba por su completa mejoría y ahora le hacía llegar su saludo afectuoso. El padre Vicens,

continuó, le encarecía que, apenas se hallase en disposición, contestase su misiva. Azcárate tuvo casi la certeza de que Vicens había enviado una copia de la carta a Saladrigas o a la más alta autoridad eclesiástica. Pero no hizo ningún comentario y, en cambio, dijo al padre Saladrigas que se hallaba perfectamente bien como para retomar sus deberes parroquiales. *¿Cuáles son sus deberes parroquiales, padre Azcárate?* No esperó respuesta y se adelantó a decirle que, en opinión de la Iglesia, su salud moral se hallaba seriamente quebrantada, de otra manera los delirios de la fiebre no le habrían hecho expresar frases y pensamientos que revelaban un atroz sufrimiento que comprometía la raíz misma de su vocación sacerdotal. En las semanas siguientes, al recibir las visitas de los padres Serra, Güell, Pijoan y Riquert, recordó los años de la Inquisición y se preguntó si no se hallaba encarcelado, como según la creencia popular encarcelaban hasta años recientes, y quizá hasta ahora, en una cárcel especial para sacerdotes ubicada en la calle de La Paja, en cuyos sótanos, se decía, existían las tumbas de los religiosos muertos por tortura. No, aquello no debían ser más que habladurías. Ciertamente a él no lo torturaban. Solo lo sometían a preguntas, la mayoría de las veces en latín, lengua por la que sentía especial placer el padre Riquert, y no siempre los rostros de los sacerdotes tenían un aire severo o intolerante. Le hacían recordar a sus profesores de teología, moral y liturgia de sus años de estudio. Eran, de verdad, eruditos y feroces defensores de la ortodoxia. Podría refutarlos y hacer su propia interpretación de los textos, pero, recordando a don Manuel Bueno, se dijo que hubiera sido un despliegue de vana soberbia. De modo que se atuvo a la doctrina tradicional, aunque, por las miradas que le dirigían, en especial los padres Güell y Pijoan, sospechaba que dudaban de la sinceridad de sus respuestas.

Por fin, una mañana lo llevaron delante del arzobispo, que lo recibió en su fastuosa sala. Era un hombre que entraba en la primera vejez e irradiaba

altivez y condescendencia. Le habló de *tú* al padre Azcárate, quien, luego de arrodillarse ante él y de besar el anillo litúrgico, permaneció de pie, mientras su eminencia hablaba. Procedía de una vieja familia aristocrática de León. Después de escucharlo, el padre Azcárate, con el tono más humilde, le pidió que, ya que su conducta no respondía a los requerimientos de la Iglesia, solicitaba que se le destinase al pueblo más alejado, pobre y aislado. El arzobispo lo interrumpió con severidad. Le dijo que, por el contrario, la Iglesia necesitaba de su concurso aquí, en Barcelona y en la misma parroquia de San Pablo del Campo, más que nunca ahora que los ateos, enemigos de España y de la Iglesia, empezaban a mostrarse más irreverentes con el justo gobierno del primer ministro Maura. Él, aparte de ser los ojos y los oídos de la Iglesia, sabría contrarrestar la incitación a la violencia de los nuevos vándalos que querían destruir las bases de la sociedad cristiana. El padre Azcárate quiso responder, pero el arzobispo se lo impidió con un gesto y le extendió la mano para que el sacerdote se despidiera.

Ya habían quedado atrás (para él para siempre) las últimas brumas de Europa. Ahora el *Santa Lucía* navegaba por un Atlántico nada proceloso y de un azul intenso, y bajo un cielo limpio y un sol brillante y tibio. Todo hacía augurar un buen tiempo y un arribo feliz a La Habana. Los inmigrantes cerraban su memoria al pasado y soñaban en un porvenir venturoso. Ahora los cantos y tonadas habían dejado de ser melancólicos y se tornaban cada vez más festivos, y entre los representantes de las diversas regiones se armaban alegres torneos de cantos y bailes. Los andaluces eran los más bulliciosos y las guitarras y las panderetas incitaban a la danza. Acompañados de gaitas o de pífanos, los gallegos y los vascos cantaban coplas en su propia lengua; las de los vascos eran coplas subidas de tono, cómicas y algo licenciosas, y escarnecían a la familia real. Muchas de estas coplas databan de la época de Isabel II y se inspiraban en su vida disipada,

agrandada por el rencor de los carlistas. El padre Azcárate evitaba la compañía de sus compatriotas. Ellos eran inmigrantes y, por tanto tenían fe en la vida y miraban con esperanza el futuro. Por ventura, el padre Azcárate había logrado de manera discreta cambiar de camarote, que ahora compartía con tres centroeuropeos que viajaban a trabajar en el Canal de Panamá, que construían los norteamericanos. Acodado en la cubierta de proa, fumando interminablemente, miraba el ilimitado y luminoso horizonte. Sí, sus compatriotas eran inmigrantes, mas él marchaba al exilio. ¿Marchaba al exilio? No, esta era una palabra eufemística, hipócrita, pues lo que él había hecho, lo que estaba haciendo, era huir. Miró el horizonte, que para una conciencia inocente podía representar una alegoría de la libertad. Entonces recordó que algo parecido a la libertad había sentido cuando la máxima autoridad eclesiástica le dijo que debía regresar a su parroquia. Al abandonar la arquidiócesis por un portón lateral y verse de nuevo en la calle confundido entre los peatones y el tráfago de los coches y tranvías jalados por caballos, se sintió presa de bienestar porque, en realidad, había estado encarcelado. Y aunque en los dos últimos meses su dieta se había reducido a una comida caliente y pan moreno y agua, no se sentía débil. Apuró el paso por El Paralelo y poco después caminaba por el barrio obrero de El Raval. Al acercarse a la Plaza del Padró fue disminuyendo la rapidez de sus pasos. De pronto, reconociendo estos escenarios de las movilizaciones obreras, calibró en toda su magnitud la tarea que se le había encomendado y sintió que un chiflonazo de sangre invadía su rostro. Las puertas de la iglesia estaban cerradas, subió con lentitud las escalinatas del atrio, buscó en los bolsillos de su sotana y no encontró el manojo de llaves. Golpeó varias veces la puerta de la casa parroquial. No le abrió la puerta el sacristán sino otro sacerdote, que lo hizo pasar como si lo conociera y lo estuviera esperando. Se presentó como el padre Sepúlveda, natural de Mérida de Extremadura. El padre

Sepúlveda tomó asiento en la mesa parroquial e invitó al padre Azcárate a sentarse frente a él. Enseguida extrajo del cajón un documento y se lo mostró: llevaba rúbrica y sello del obispo de Barcelona. Se nombraba al padre Sepúlveda como párroco titular de la iglesia de San Pablo del Campo, y a continuación figuraba el nombre del padre Azcárate como adjunto del titular de la parroquia.

Le bastó una mirada para saber que se trataba del cura fanático e ignorante que él había aprendido a conocer desde los años del seminario. Al día siguiente, con tono de conjura, el sacristán le contó de las medidas adoptadas por el padre Sepúlveda con los trabajadores. *La iglesia*, les había dicho, *es un lugar sagrado para la oración y la reconciliación con Dios de todos los pecadores y no un refugio para revoltosos y haraganes*. Luego, con las viejas palabras, los amenazó con el castigo y el infierno. Pero lo más triste, le siguió contando el sacristán, fue cuando, en horas en que la iglesia tenía las puertas abiertas de par en par, el padre Sepúlveda se había apresurado a cerrarlas al divisar que una multitud corría hacía aquí para librarse de los golpes y de las detenciones de la gendarmería. El padre Azcárate esperó tres días antes de salir de nuevo y tuvo que decirle al padre Sepúlveda que iría a empezar la tarea que el propio arzobispo le hubiera encomendado. El padre Sepúlveda le dirigió una mirada desconfiada y feroz, pero le señaló la hora en que debía de volver para, de inmediato, presentarle un informe sobre la labor cumplida. El padre Azcárate le hizo una venia y, antes de salir, prendió un cigarrillo. En la Plaza del Padró se encontró con grupos que discutían acaloradamente una nueva medida del gobierno de Maura. Algunos de los trabajadores lo reconocieron. Lo saludaron. Sabían, le dijeron, que había estado muy enfermo. Pero el sacerdote creyó percibir un fondo de desconfianza frente a él. Compró el último número de *Solidaridad Obrera* y luego se dirigió al Café Español.

Al entrar al café advirtió dos cosas: primero, cuánto había extrañado la atmósfera densa de olores y el bullicio, y segundo, la hostilidad y el desprecio que expresaba la faz de los clientes. Mientras se abría paso entre las mesas reconoció algunos rostros que fingieron no conocerlo. Por unos instantes se acallaron las voces y vio cómo, abiertamente, tocaban madera. En el mostrador saludó al patrón y le pidió una cerveza, que bebió de a pocos en la barra, de espaldas a las mesas. En una de estas mesas, obreros ancianos recordaban a Fanelli, enviado por la Internacional pero secreto emisario de Bakunin y creador de los primeros núcleos anarquistas que abominaban de toda política y predicaban la acción directa. El sacerdote pidió otra cerveza y por las conversaciones dedujo que ahora primaban las posiciones anarquistas sobre las socialistas. Bebió un tercio del jarro de cerámica verde claro y regresó a mirar el bar. En varias mesas los obreros estaban acompañados por mujeres cuyos rostros y vestimenta revelaban el oficio que desempeñaban. Entre estas destacaba una mujer algo madura y de pecho opulento, a quien, mientras hablaba casi a gritos, un dibujante le iba haciendo una serie de apuntes al carboncillo. El patrón sopló al oído del padre Azcárate que la fulana era conocida como la Cuarentacéntimos y callejeaba para ganarse el pan por la calle El Robador. Uno de los hombres que bebían en la barra dijo que la compañera María Llopis Berger era también una trabajadora y era más honesta que las mujeres casadas, en verdad prostituidas por la despreciable institución del matrimonio, mediante el cual las mujeres vendían sus cuerpos con la bendición de la Iglesia. El hombre había levantado la voz como para que escuchara el padre Azcárate, pero este se limitó a sonreír y, con el jarro en la mano, se encaminó hacia una mesa donde había reconocido algunas caras. Era difícil abrirse paso entre el ir y venir de los mozos, que, con la bandeja en alto, circulaban trayendo y llevando los pedidos. Se bebía cerveza de preferencia, pero también vino de la casa y grandes jarras de sangría.

Empezaba el verano y hacía un tiempo sofocante. Muchos de los parroquianos estaban en camiseta y en el cielorraso giraban las aspas de los ventiladores. *¿Puedo sentarme?*, dijo al llegar a la mesa. Los hombres se hicieron los desentendidos y continuaron charlando. El padre Azcárate bebió un sorbo de su jarro: *Les he preguntado si puedo sentarme*. La conversación se interrumpió y uno de los hombres levantó la cara y lo miró con furia. *Escúpame si esto lo alivia, pero luego dígame cuál es mi culpa. ¡Qué ostras de sotanudo!*, dijo otro, *¿es que no tiene sangre en la cara?* Luego quitándose la palabra le dijeron si no sabía que habían detenido al compañero Ramón y al dirigente de la CNT que habló durante el sepelio de los cinco mártires. *He estado enfermo*, dijo. *Pues fue una rara coincidencia que, por los días que desapareciste de la iglesia, fueron tomados presos esos dos compañeros. Soy inocente y no tengo de qué acusarme*. Dejó el jarro en la mesa y les pidió que cada uno de ellos lo mirase a los ojos y lo acusara.

Ahora solo se escuchaban la rotación de los ventiladores y las palabrotas de la Cuarentacéntimos. Empezaron a mirarlo, pero descubrieron que los ojos del sacerdote miraban con firmeza y serenidad. *Está bien, cura. No te acusamos. Pero será mejor que te vayas y no te aparezcas por estos lugares. Ah, y dile al coño de su madre de Sepúlveda que ya estamos cansados de que nos toque las pelotas con sus sermones. Escúchenme, bellacos, piensen lo que piensen de mí, recuerden que siempre estaré a vuestro lado*. Se disponía a salir cuando se halló frente a la Cuarentacéntimos. *Majo*, le dijo, *demuéstrame que eres hombre*. Estallaron las carcajadas. Pero de pronto la mujer cambió de actitud: *Cura, os juro que nunca vi ojos más tristes que los tuyos*.

En la casa parroquial, el padre Sepúlveda lo esperaba reloj en mano. Le estaba diciendo que se había pasado de la hora. El padre Azcárate, ya en su cuarto, se había tendido en su catre; poco después sintió los golpes en su

puerta y la voz de Sepúlveda ordenándole abrirle. Azcárate se incorporó, se mojó la cara en el lavatorio e iba a encasquetarse la teja, pero cambió de parecer y la volvió a colocar en el gancho. Abrió la puerta y, haciendo un gran esfuerzo, le dijo al cura Sepúlveda que no tenía nada que decirle. Enseguida se abrió paso y volvió a salir. Había tomado la decisión de buscar a Teresa Claramunt en los locales sindicales o en la imprenta donde se imprimía *Solidaridad Obrera*. Deseaba pedirle que lo ayudase a hablar con los dirigentes. En ninguno de los locales le dieron razón sobre la compañera Teresa y vio las mismas miradas hostiles y desconfiadas. No se sentía humillado ni lesionado en su investidura sacerdotal, pues en el fondo despreciaba las jerarquías y, por otro lado, hallaba razonables la desconfianza y la irritación de los trabajadores, consecuencia de fanáticos como Sepúlveda, que en solo tres meses había echado a perder un trabajo que le había costado más de tres años de paciente labor. Caminaba por las calles Santa Ana, Canuda y Portaferrisa cuando creyó escuchar que lo llamaban. Volteó a mirar y alcanzó a ver a la compañera Teresa, que venía a su encuentro. Le dijo que se había enterado de lo del Café Español. *Hay una explicación, padre*. Desgraciadamente ahora estaba apurada y le propuso encontrarse al día siguiente a las once de la mañana en el Bar Mundial, en una esquina de la Plaza San Agustín.

Al día siguiente celebró misa de seis de la mañana y atendió en el confesionario hasta las diez. Para evitar encontrarse con el padre Sepúlveda, salió directamente por las puertas de la iglesia. A su paso, las palomas del atrio volaron hacia el pórtico y las torres. El sol empezaba a quemar y le dolía la cabeza. Quince minutos antes de las once encontró el Bar Mundial. Pidió café negro y un bocadillo. En su trayecto había leído en uno de los periódicos liberales noticias inquietantes sobre la política exterior del gobierno de Maura. Rememoró la carta del padre Vicens, los meses que permaneció

enclaustrado y la entrevista con el arzobispo, que tenía la doble arrogancia de su alta investidura y su vinculación colateral con el linaje de los Duques de Medinaceli. ¿Qué de común podría haber entre él y su aristocrático superior? Recordó sus lecturas apasionadas de San Agustín. Las dos Iglesias. Pero, ¿es que podía haber dos Iglesias igualmente verdaderas? Eran las once y veinte minutos cuando apareció la compañera Teresa, acompañada por dos colegas que tenían el aire y la seguridad de los dirigentes. La compañera Teresa se disculpó por la tardanza y se lamentó de antemano por no disponer de todo el tiempo que ella y los compañeros hubiesen deseado. ¿Había leído las noticias?

Los tres ordenaron café con leche y un bocadillo de morcilla y el padre Azcárate, otro café negro. Los dos compañeros bebieron con avidez el café con leche y chasqueaban la lengua comiendo el bocadillo mientras hablaban. Uno de los dirigentes era de Madrid y estaba haciendo un recorrido por los principales poblados de Cataluña. Las noticias que traía eran alarmantes. El otro dirigente de Barcelona lo interrumpió: *Antes de que prosigas queremos hablar dos palabras con el padre Azcárate*. Le dijo que olvidara las acusaciones que le hicieran el día anterior en el Café Español. Carecían de todo fundamento y, gracias a la solidaridad y lucha de los trabajadores, el compañero Ramón y el compañero dirigente de la CNT habían sido dejados en libertad esa misma mañana. Teresa Claramunt dijo que esa era la razón de su retraso. *El compañero Ramón*, continuó el dirigente barcelonés, *fue detenido cuando, en una ronda de rutina, la policía lo había sorprendido imprimiendo el libro* ¿Qué hacer? *de Lenin, un dirigente ruso de la socialdemocracia*. El compañero Ramón discrepaba con el anarquismo y con el anarcosindicalismo e, influido por Lenin, estaba formando una facción izquierdista del Partido Socialista de Pablo Iglesias. Aunque Lenin criticase los métodos conciliadores de la Segunda Internacional y sostuviese que solo

mediante la violencia dirigida por el partido del proletariado se podía llegar al poder, ellos discrepaban de Lenin por sus sarcasmos contra el anarquismo, que denigraban la memoria del gran Bakunin. El compañero Ramón, dijo, se quedaría aislado porque aquí el marxismo no arraigaría. Barcelona, la Cataluña entera y la Andalucía continuarían siendo anarquistas. El padre Azcárate, como hablando para sí, dijo que le gustaría leer el mencionado libro de Lenin. Los ojos bellos e inteligentes de la compañera Teresa lo miraron enigmáticos. El dirigente de Madrid le preguntó si había leído a Marx. *He leído muchas veces el Manifiesto, en la hermosa traducción de Lafargue*. Los dos dirigentes lo miraron ceñudos y le preguntaron su parecer sobre el folleto. Con aire ausente y melancólico, el padre Azcárate afirmó que ningún otro tratado, desde las *Confesiones* de San Agustín, lo había conmovido tanto como la lectura del *Manifiesto*. *La Ciudad de Dios*, sostuvo, correspondía a la sociedad comunista justa y terrenal, propuesta por los autores del *Manifiesto*. Los dirigentes lo escucharon entre asombrados y furiosos, y un toque de ternura remansó la ardiente lucidez de los ojos de Teresa Claramunt. El dirigente madrileño, en tono grosero, dijo que en su larga trayectoria de luchador había conocido a numerosos sotanudos metidos en cosas de hombres, pero, ¡por su madre si entendía lo que este cura del carajo pretendía! El padre Azcárate dijo que aspiraba, igual que ellos, a la construcción de una sociedad justa. *¿Sin clases sociales, ni Estado, ni militares ni curas?*, preguntó la compañera Teresa. El sacerdote iba a responder, pero fue interrumpido por el dirigente catalán: *¿Quién es usted realmente? ¿Qué misión le ha encargado la Iglesia? ¿Ha olvidado que somos ateos y que nos importa un coño la Santísima Trinidad y la puta que la parió? Por su bien le daré un consejo: apártese de nuestro camino, porque se avecinan grandes jornadas de lucha. ¿No sabe que el cabrón de Maura ha ordenado la conscripción forzosa de obreros y campesinos para enviarlos*

como carne de cañón a Marruecos? ¿No comprende que, para un auténtico ácrata, los pueblos explotados de todo el mundo son nuestros hermanos? Siga mi consejo, cura, lárguese cuanto antes de Barcelona. *Pero a pesar de todo,* dijo el padre Azcárate, *estaré con vosotros. Nadie me puede quitar el derecho de luchar como sacerdote y ser humano por la justicia social*.

Pero he aquí que estoy huyendo como un traidor. La nave se bamboleaba en medio de una mar gruesa. Era una noche negra y las únicas luces eran las de la propia embarcación que irradiaban intensas el comedor y el salón de música y baile para los pasajeros de primera clase. Intentando poner en orden sus ideas y para analizar su conducta, había empezado, dos días atrás, el borrador de una carta que enviaría al padre Vicens apenas arribara a La Habana. «¿Quién soy? ¿Quién fui? ¿A quién he servido?». Con estas preguntas iniciaba la larga misiva que finalmente no enviaría al padre Vicens y que, años después, junto con otra carta especialmente escrita para él, a propósito de una querella intelectual y filosófica, le hizo llegar al doctor González. Estos dos largos testimonios, encontrados entre los papeles personales del doctor González, constituyen la fuente principal de esta crónica. El doctor González había subrayado diversos pasajes, pero solo había escrito en la primera página estas únicas frases: «El padre Azcárate: una perenne agonía». Y así sabemos que el padre Azcárate, en los días siguientes a la conversación sostenida en el Bar Mundial, continuó apareciendo en distintos locales obreros y en todos ellos encontró el vacío, el hielo. En la redacción de *Tierra y Libertad*, le rozó la mejilla un salivazo, al mismo tiempo que tiraron la puerta en sus narices. A partir de entonces se lo vio deambular por los alrededores de la Rambla de Canaletas, donde abundaban los mendigos, los ladrones y las pajilleras, que eran las prostitutas envejecidas y de ínfima condición. La Cuarentacéntimos contó haberlo encontrado por la calle El Robador, casi ebrio. Lo llevó a su cuarto. Bien se

merecía como cualquier hombre desgraciado un poco de reposo y de caricias. Pero el cura, dijo, no la dejó que se desvistiera. *Gracias, hija, pero no es este el remedio que necesito*. Teresa Claramunt lo alcanzó a ver y le dio alcance en la calle de Los Condes de Barcelona. *Sí*, le dijo, *la violencia es necesaria, pero no en esta forma anárquica que les acarreará catástrofe. Tenía el aliento a puro licor*, dijo, *me miraba a los ojos pero su mirada parecía mirar abismos, no sé, caídas. Pueden quemar todas las iglesias, pero la Iglesia de Cristo persistirá, porque ella no necesita de templos que no sean los del corazón humano*. Teresa Claramunt, cogiéndolo del brazo, lo apremió a que se marchara. A lo lejos se oía el rugido de voces de combate. Un tranvía ardía en medio de los raíles, en tanto otros hombres procuraban desenganchar los caballos que relinchaban llenos de terror.

Y así había empezado la violencia. El padre Azcárate, como adormecido, había caminado al azar y en un hotel de baja categoría alquiló un cuarto y cayó rendido por el cansancio apenas se acostó en la cama. Hacía varias noches que no podía conciliar el sueño. Eran las ocho de la noche y durmió catorce horas de un solo tirón. Se despertó con un asqueroso sabor en la boca. Fue al baño pestilente y orinó una orina abundante y turbia. Luego en el lavabo se vertió varias jarras de agua en la cabeza, en la cara y en el pecho y en la espalda. Regresó a su cuarto y se puso la sotana. El patrón del albergue le sugirió que no saliera con sotana. Él era católico ferviente y se ofreció a guardarle el hábito y prestarle un traje, pues eran más o menos de la misma talla. El sacerdote, ya completamente lúcido, le dijo que le agradecía sus buenas intenciones, pero que aceptar su propuesta sería renegar de su condición de sacerdote. *Por favor, padre, soy catalán y conozco la furia de mis conciudadanos*. El padre Azcárate le hizo una venia a manera de despedida y, antes de transponer la puerta, le preguntó qué día era: *¡27 de*

julio!, le gritó el patrón. «Sí, fue el 27 de julio de 1909», decía en su carta al padre Vicens, «el día en que destruí mi vida como cura y como hombre».

En la última semana, entre las brumas del alcohol, había sentido cómo se recargaba la atmósfera con cada día que pasaba. Mal visto y poco menos que expulsado de los centros de reunión de los sectores obreros, artesanales, estudiantiles y trabajadores eventuales, entró en bares y tascas cuya clientela pertenecía a las capas medias y acomodadas, hasta recalar en los bajos fondos, donde abundaban los bares de ínfima categoría, cuya clientela estaba formada por los verdaderos parias de la sociedad barcelonesa: vagabundos, mendigos, tullidos y baldados (algunos eran víctimas rencorosas de la guerra entre España y Estados Unidos de América, que culminó con la derrota y la pérdida de las Filipinas y de Cuba), en suma, exhombres sin ninguna otra esperanza que las tumbas comunes. Pero si en estos ambientes el padre Azcárate percibía la espera ansiosa para levantar en alto sus muñones y muletas y echar más leña a las hogueras y participar luego en los saqueos, en bares como El Caracol y El Portalón reinaba el temor por la tempestad a punto de estallar. El padre Azcárate pudo darse cuenta de que conservadores, liberales y republicanos clamaban casi porque las tropas y la guardia civil se adelantaran a los hechos y sacasen a todos sus efectivos y los ubicasen en sitios estratégicos. Pero, ahora, el sacerdote bajaba por la calle Montcada, indiferente a la belleza de mansiones y palacios en que durante siglos hubiesen vivido los linajes más encumbrados de la aristocracia y, paulatinamente, en el transcurso del siglo XIX habían sido copados por una alta burguesía pujante y arrolladora, bien mediante la compra o bien mediante alianzas matrimoniales, y, por un proceso inevitable, las edificaciones más deterioradas habían sido reacondicionadas y convertidas en tiendas y almacenes, de modo que, en esta época, la zona tenía una fisonomía burguesa y mercantil, por lo que se advertía un aprehensivo trajinar de cierra puertas.

El padre Azcárate veía ahora a elegantes ricachones que, procurando mantener la dignidad, conducían de la mano a sus hijos, niños y jóvenes, sacados apresuradamente de los colegios regentados por curas y monjas. La Plaza del Borne estaba completamente vacía y parecía que los moradores de los establecimientos y de los edificios hubieran sido evacuados. Sin embargo, por doquier se percibía la causa de este aspecto de plaza o fortaleza abandonada: los zapatos del sacerdote crujían por grandes cantidades de vidrios astillados y piedras y pedrones, y las pintas en portones, muros y columnas contra el reclutamiento, contra la intervención de España en Marruecos y contra Maura y Alfonso XIII, daban testimonio del paso reciente de una multitud enardecida. Las mismas huellas se percibían por las ramblas de los Estudios y de las Flores. El padre Azcárate, por la Plaza de la Boquería, apresuró el paso. Unas gitanas lo rodearon. Reconoció algunos rostros, pues en su parroquia de San Pablo, en el mes de enero, la comunidad gitana de Barcelona celebraba su día principal y él había presidido la festividad religiosa. Le dijeron, le suplicaron, que no avanzara porque la furia del populacho podía volcarse contra él. *Por favor, padre, óiganos, escúchenos*. El sacerdote, el rostro pálido y torturado, las hizo a un lado. *Debo seguir, es mi deber*, balbuceó. Pasando la Plaza de la Boquería se sobreparó. De seguir por la Rambla de Capuchinos se encontraría en medio de la turba que apedreaba tiendas y bares. De pronto alcanzó a verla: era la Cuatrocéntimos, rodeada de mujeres y de hombres, quien dirigía y canalizaba la cólera urbana por este sector. Por unos instantes el cura quedó fascinado por la capacidad de mando de la compañera María Llopis Berger, como llamaban a la meretriz en el Café Español. Alguien le dijo al oído que estaba ardiendo la iglesia de San Antón y otra multitud de exaltados se dirigía al convento de las Jerónimas. Por un dédalo de calles y callejas alcanzó la avenida del Hospital y luego San Antonio Abad, por donde se levantaban

columnas de humo y se esparcía un olor a chamusquina, a cera, a trapos y a madera vieja. La tropa y la policía comenzaban a disparar y la gente corría en sentido contrario al que él llevaba. Por un pasaje estrecho accedió a la iglesia de San Antón, en la que antaño se llevaba a cabo la bendición de los animales. El incendio estaba consumado y de adentro se oía el chisporroteo de las vigas a punto de venirse abajo, y densas fogaradas exhalaban el olor nauseabundo de las ratas achicharradas, que suelen tener sus guaridas en las bases de los altares, en la sacristía y en los sótanos. Algunos cristos y vírgenes habían logrado ser sacados, pero muchos lucían quemaduras en los rostros luego de habérseles arrebatado sus ajuares llameantes, mientras la mayoría de los santos ahora solo eran maderos carbonizados. De súbito, el padre Azcárate recordó su propia parroquia. Dio una última mirada a ese nefasto incendio que le hizo recordar sus años de adolescente durante la debelación de las últimas guerrillas carlistas, y encaminó sus pasos hacia la iglesia de San Pablo del Campo. Al llegar vio cómo trasladaban con la cara sangrante al padre Sepúlveda. Un piquete de policías se había apostado en el atrio y había tiradores emboscados en las torres. Pero la multitud cada vez más compacta amenazaba con invadir el recinto. Entonces, el padre Azcárate corrió hasta el atrio y se interpuso entre la multitud y el cordón de policías. Por una calle lateral se oyó el fragor de herraduras sobre el empedrado de la policía montada, pero esto no amainó la resolución de la muchedumbre. *¡Atrás! ¡Atrás! ¡Insensatos, atrás!*, ordenó el sacerdote. Su voz rotunda acalló por unos instantes las maldiciones y los juramentos del torrente humano. La policía rastrilló sus rifles.

Durante muchos años, las pesadillas del padre Azcárate reproducirían con absurdas y pavorosas variantes este momento. Era el 27 de julio de 1909. Por esta época, Primorosa Villar, más al norte de la línea infernal de Panamá, acentuaba su maquillaje para ocultar su declinante belleza, mientras actuaba

bajo carpas y teatrines cada día más sórdidos. Dos años antes, en el fantasmal Congará, el doctor González había rescatado a un niño de la odiosa tarea de recoger la caca de los perros de pelambre absolutamente negra. En Piura, no mucho antes de este instante de mortal energía en suspenso, el prefecto Lama, después de que un antecesor suyo hubiera dado muerte al bandolero parricida Miguel Rodríguez, preparaba su propia expedición de exterminio contra el frente de bandoleros comandado por Pasión López, Carmen Domador y el temible Isidoro Villar. Fueron un minuto o dos de duración infinita en que el padre Azcárate, que hubiese blindado su mente y su corazón al problema de la muerte (el problema central de la existencia humana, según la doctrina de don Manuel Bueno), deseó y quizá buscó la muerte. *¡Despierten!*, exhortó. *¿Creéis acaso que incendiando templos y matando curas acabaréis con el poder de la Iglesia? Escucha, cura*, gritó una voz que identificó como la del dirigente madrileño, *¿no dijiste que estarías siempre de nuestro lado?* De entre la masa se destacaron unos ojos ardientes de los cuales había desaparecido toda mácula de ternura y compasión: *Padre Azcárate*, era la voz de Teresa Claramunt, *demuestra que estás con nosotros, de lo contrario, eres un farsante. ¡Atrás!*, balbuceó el sacerdote. La policía montada había aparecido por una esquina. Una piedra impactó en su frente, muy cerca de la sien, y el rostro del sacerdote se tiñó de sangre. La muchedumbre comenzó a avanzar, el cordón de policías y los policías apostados en las torres dispararon al aire y la guardia montada con los sables desenvainados arremetió contra el gentío que arrojaba toda suerte de proyectiles e improperios. El padre Azcárate, aturdido, pudo percibir que toda la furia de la masa insurrecta se centraba en su persona, que avanzaba para lincharlo. Entonces se vio suspendido en el aire por un guardia a caballo y así, en esta posición indigna y atroz, cara al cielo y con la sangre enrojeciéndole los ojos, pudo ver el

aleteo de las últimas palomas que huían de la iglesia de San Pablo. Un segundo después, otra pedrada en la cabeza le hizo perder el conocimiento.

Hasta este acontecimiento llegaba la carta al padre Vicens escrita a bordo del *Santa Lucía*. Azcárate pensó redactar los sucesos finales durante su estancia de dos semanas en La Habana. Nunca lo haría. Años después relataría de manera sucinta al doctor González el aplastamiento del levantamiento popular y su demencial asistencia, vistiendo el hábito de los mercedarios, a la ejecución en Montjuic de Francisco Ferrer Guardia. «¿Por qué lo hice? Para castigarme con la ejecución de un hombre probo, inocente y hasta el final consecuente con sus ideales». Había trastocado su horario: velaba de noche y dormía de día. Por la claraboya se anunciaba el amanecer y penetraron ráfagas de aire cargado de esencias marinas más densas y aromáticas, que aliviaban los espesos humores de los centroeuropeos que dormían profundamente entre ronquidos. Salió a cubierta de proa y, desde la barandilla, a estribor vio la irrupción del sol y se sintió embriagado por una lujuriosa emanación a algas y a mar pleno de vida. Por unos instantes, le decía en su carta al doctor González, el solaz de sus sentidos le hizo olvidar el pasado inmediato y, del fondo de su memoria, emergieron las palabras de Abel Martín a propósito del Descubrimiento y la Conquista de América. El *Santa Lucía* navegaba ya los mares tropicales, y la presencia de troncos, palmeras, mangles, bambúes de los más diversos tamaños, anunciaba la cercanía de islas e islotes que la nave iría bordeando en su recorrido. El anuncio por los barómetros de la cabina de control de una tempestad, quizá de un huracán, por el estrecho de La Florida, determinaron el apresurado cambio de rumbo del *Santa Lucía*, que, después de atravesar aguas agitadas, recaló en Santiago de Cuba. El mal tiempo duró tres días hasta que pasaron de manera oblicua los restos de la furia del huracán. Se hospedó cerca del puerto, evitó entrar en las iglesias y acaso el paso de los vientos huracanados

y el retorno a la quietud le hicieron pensar por primera vez en la precariedad de la existencia que se fundara en la transitoriedad irracional de la historia. Hacía pocos años la pérdida de Cuba había conmocionado la conciencia de los españoles, pero he aquí que la vida proseguía en busca de lo permanente y eterno, que no podía hallarse más que en la trascendencia de Dios.

En los muelles había una casa de contratación para ir a trabajar al Canal de Panamá. Había colas de aspirantes de todas las razas e idiomas, entre los que distinguió a los tres centroeuropeos con quienes había compartido el camarote y a algunos de los gallegos y vascos jóvenes y sin familia. El barco en que viajarían era una chatarra de bandera yanqui que zarparía esa misma noche. Logró que lo admitiesen como pasajero y, mientras deambulaba esperando la partida, fumó el primer habano de su vida, que seguiría fumando hasta su muerte. El barco carecía de camarotes y los trabajadores enganchados se hacinaban en estancias donde colgaban hamacas guayaquileñas. Un suboficial le indicó cuál era la que le correspondía. La embarcación, al surcar las aguas, hacía crujir todos sus goznes oxidados y producía la sensación de que, en cualquier momento, el casco, los castillos de proa y de popa y las restantes piezas se desensamblarían con estrépito de fierros herrumbrados. En Montego Bay y Kingston embarcaron a algo más de un centenar de negros jamaiquinos que viajaron a la intemperie en las cubiertas y que, durante las noches, para olvidar el frío o las lluvias, cantaban acompañados por un retumbar de tambores. La embarcación, algo inclinada a babor y resollando y con ruido de junturas desoldadas y de planchas libradas de pernos y remaches, atracó en la dársena de Puerto Colón. Indiferente al canal como obra de ingeniería, el padre Azcárate miraba la realidad humana. El mundo nunca dejaría de asombrarlo. Era un mundo infernal. Mientras atravesaba a pie, a lomo de bestia o en canoa el istmo de vegetación enmarañada y plagado de pantanos y marismas, iba descubriendo una

realidad infernal, donde, a la dureza del trabajo y a la crueldad de los capataces de raza blanca, se unían las discordias y las reyertas entre los propios trabajadores que disputaban por asuntos de juegos en que apostaban los salarios o de posesión de mujeres, siempre en menor número que las necesidades de los machos. Y todo ello acompañado por los dinamitazos, en los que casi siempre volaban en pedazos trabajadores negros, los últimos en la jerarquía de la explotación, y por los tambores y cantos rituales de los negros jamaiquinos. En el puerto de Panamá se embarcó en una goleta que hacía navegación de cabotaje. Los pasajeros eran trabajadores que volvían temporal o definitivamente hacia sus tierras de origen. El viaje finalizaba en el puerto de Paita.

Ahora que había dejado atrás Panamá y surcaba aguas tranquilas, el padre Azcárate volvió a recordar desde el momento en que recobró el conocimiento en el hospital, bajo el cuidado de los monjes de San Vicente de Paúl. A pedido suyo lo trasladaron donde los mercedarios, a cuyo superior, el padre Luzán, conocía desde los días en que lo había acompañado a hacer gestiones ante las autoridades para obtener la libertad de obreros detenidos por huelgas y luchas sociales. Por el padre Luzán supo de la formación de barricadas en El Raval, en especial en el alto, medio y bajo San Pedro. Atormentado y sombrío escuchaba las noticias del aplastamiento de la furia popular y la persecución de dirigentes hombres y mujeres, incluyendo mujeres que ejercían la prostitución. Fue también el padre Luzán quien le informó del apresamiento y la condena a muerte de Francisco Ferrer Guardia, acusado de autor intelectual de la revuelta por la pedagogía que propiciaba: una educación libertaria a partir de la abolición de la propiedad privada y de coerciones espirituales como la de la religión. Se había formado un movimiento auspiciado por científicos, intelectuales, artistas y grandes personalidades demócratas que intercedieron por la vida y la libertad del

famoso pedagogo anarquista. Pero, aunque no se le había podido probar ninguno de los cargos, el gobierno de Maura se mantuvo inconmovible y por fin se fijó la fecha de la ejecución. Entonces, luego de confesarse, el padre Azcárate pidió asistir al sentenciado, de acuerdo con la misión que tenían los mercedarios de asistir a los presos y prestar los últimos auxilios a los condenados a muerte. El superior de los mercedarios accedió al pedido y, por única vez desde su ordenación sacerdotal, cayó de rodillas y besó la mano de otro sacerdote, con el corazón lleno de gratitud. «Al ver a Ferrer Guardia», le decía al doctor González, «rehusar la confesión y pedir que le quitaran la venda y gritar por el triunfo final de la revolución, sentí un remordimiento intolerable y la certeza de que yo también era cómplice de la ejecución de un hombre inocente y ejemplar representante de la humanidad. Haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas, me prometí que jamás volvería a ser cómplice de una injusticia».

En Buenaventura, Guayaquil y Tumbes había desembarcado gran parte de los pasajeros. Cuando la goleta reanudó la travesía, a la vista de la costa procuró mantenerse apartado de los restantes pasajeros, pero entonces pensó que no sabía nada más que noticias elementales sobre América y el Perú, realidades que siempre había considerado, según el pensamiento tradicional, tierras sin personalidad propia, meras prolongaciones de España. Y ahora estos hombres tenían un rostro, hablaban de las penalidades y luchas de los trabajadores por las condiciones inhumanas de explotación. Recordaron a un tal Román Villar, paisano de los que hablaban, muerto durante las movilizaciones de una huelga. Aunque siempre a distancia, empezó a prestar mayor atención a la plática, pues al fin y al cabo eran de la tierra que él había elegido como exilio y expiación para olvidar y enmendar su vida mediante la meditación y la búsqueda de Dios. Oyó pronunciar el nombre de un lugar, Congará, sobre el que parecía haberse abatido la maldición o la fatalidad. Con

amargura, en tanto la pequeña embarcación entraba a la bahía de Paita, el padre Azcárate se dijo que por toda la tierra habitada por seres humanos imperaba el espíritu de Caín.

Epílogo

EL ROJO FUEGO DE LOS MÉDANOS

«Nuestro territorio es una pequeña parcela de América meridional comprendido entre los 3 y los 6 grados de latitud sur y a 16 grados al norte del Trópico de Capricornio»: así limitó el doctor González, en su inconclusa *Geografía física de Piura*, la tierra piurana. Desde una perspectiva aérea se la ve como una franja que, a partir de Lambayeque y sobre todo del fortín rocoso de Illescas, ensánchase poderosamente formando una gran cuenca de hasta doscientos kilómetros entre el litoral marino y el ramal occidental de la cordillera central andina. Este, luego de formar una amplia curva al noreste por los macizos de Amotape, avanza al Ecuador, mientras otro ramal del conglomerado de sólidos rocosos sigue una dirección suroeste y, atravesando la silla de Paita y el bastión de Illescas, penetra en el océano y emerge en la isla de Lobos. Pero esta dilatada extensión, cuyas notas más características son el despoblado de algarrobos de Olmos y Piura y el enorme desierto pedregoso de Sechura, está parcialmente interrumpida al oeste por argollas aisladas, irregulares y fracturadas de una cadena marítima que, al norte del río Chira, se interna en el continente formando un generoso y singular piedemonte oceánico.

Según aseveran geógrafos actuales, la estructura y morfología de esta área es el resultado de las revoluciones geológicas que en la Era Mesozoica produjo la irrupción de los Andes y de las grandes cadenas montañosas de la

Tierra: los Alpes, los Himalayas, y prosiguió en el Cenozoico, que en el periodo terciario completó el sistema de formaciones rocallosas, confiriendo a nuestro planeta («una partícula de limadura de la infinita sustancia spinozista», como escribió el doctor González) su grandiosa osatura pétrea, con sus elevaciones, depresiones, fracturas y abismos.

Es de dominio público que durante la gran subversión cataclísmica de las montañas rocosas, la Tierra bullía de vida y nuestro modesto espacio no era la excepción: la gran variedad de saurios, desde el lagarto que habita en el estuario del Chira (el solitario chaduque, del que le habló don Juan Evangelista a Martín Villar), el pequeño caimán de los esteros del Tumbes y el Zarumilla, hasta el diminuto, tímido y ponzoñoso jañape, pasando por toda la gama de lagartijas, junto con los ofidios, desde el macanche (totémica víbora) hasta el constrictor colambo, proceden o son sobrevivientes de esta era calculada en más de ciento cincuenta millones de años. Pero por un proceso mental y con el auxilio de la imaginación hagamos abstracción de todas las formas de vida, la vegetal y la animal, y procuremos contemplar nuestro territorio (como en las fugaces visiones que al muchacho Villar le deparara el sampedro tantos años atrás en la cabaña de don Asunción Juares) en su desnudez, antes del suculento y fecundante estallido cámbrico: las cuencas de recepción y los cauces de sus ríos (el Huancabamba, el Chira, el Piura, el Tumbes y los tributarios) secos, en oprimidos alvéolos detríticos de cantos rodados, grava, arenisca, que han recubierto las capas de limo germinal. El despoblado de Olmos convertido en una estepa arrasada de árboles y el desierto de Sechura desprovisto de oasis: por ejemplo, las lagunas de Ñapique y Ramón amuralladas por espesos bosques donde pacen asnos y caballos salvajes y cabras cimarronas, y proliferan las garzas, los flamencos, las gallinetas, los martines pescadores y las golondrinas de ribera, ahora son solo laceradas depresiones de consistencia salitrosa. Se han secado

todas las lagunas, jagüeyes, bebederos, ciénagas y las napas freáticas de las lomas y colinas han sido avasalladas por extensos glacis precipitados de la ladera andina y los boscajes de la sabana tumbesina arrancados de cuajo y solo queda la llanura ardiente. Y también arriba, por las estribaciones y crestería del ramal occidental de los Andes, cuya altura es la menor de toda la cordillera andina siendo el abra de Porcullo, con sus doscientos catorce metros, el punto más bajo, se ha extinguido todo vestigio de vida: en los valles nacientes y en las quebradas y en los barrancos triunfan las erosiones, anfractuosidades y desgalgaderos, de modo que adquiere la fisonomía de una tundra baldía.

Y habrá que añadir: y no silba el viento y reina el silencio. Y aun decir: así te lo mostró el cactus dorado: una pura extensión en reposo absoluto.

De esta manera estamos ante un espacio muerto, de hervores sofocados, como el de la luna, como los paisajes del alma, y así cordones de dunas, las barcanas móviles y los majestuosos y complejos médanos de hasta cien metros de altura, configuran un suntuoso panorama reverberante, blanco y yesoso, con pátinas violáceas y ocres impresas por los embates de climas extintos. Con tantos millones de años de anticipación (se decía Martín Villar con incontrolable solemnidad) está constituido el dorso terrestre, el escenario donde vivirán y morirán agrupaciones humanas y emergerá el ovario que por azar (*por azar nefasto*, le había dicho la voz sacramental en tiempos de su adolescencia desconsolada) será fecundado para estatuir un linaje que reeditará un antiguo y doloroso drama (*o absurdo, tedioso, banal*, aullaban voces profanantes), como los que figuran en *El libro* de don Juan Evangelista Chanduví Mechato, antes de reintegrarse a los sedimentos y detritus de la sustancia que todo crea y destruye.

Cuando murió María Monasterio, la única mujer que amó en la vida el doctor González, este era un hombre que a los cuarenta y tres años se había ganado el afecto de los pobres y los desamparados, la admiración de la gente culta y de hombres de bien y hasta el respeto de los poderosos de la región piurana. Según se comentaba en Piura (y el padre de Martín, Cruz Villar, dejó anotados estos comentarios en sus cuadernos) la muerte de la joven esposa del doctor González fue considerada como un vejamen del destino, arcano y cruel, tan semejante a las despiadadas pruebas de amor, fidelidad y sumisión a que el Dios del Antiguo Testamento sometía a sus criaturas. Porque la unión de María Monasterio Burneo Rodríguez y Augusto González Urrutia asumió la dimensión de paradigma de la pareja humana en que la fuente de la erotía no fue el deseo carnal sino la ternura y la apetencia por la consustanciación en un espíritu único. Repetimos, claro está, lo que se afirmaba por esos años y es mejor que dejemos esto antes de que el aleve cinismo nos empuje a la irreverencia contra el hombre que rescató de la orfandad al padre de nuestro héroe y que tuvo la finura de acabar por sí mismo con su vida cuando supo que toda lucha estaba condenada a una nueva derrota y a la inútil prolongación de la agonía.

Pero lo que nos interesa destacar (y a Martín, primero que todos) es la estrategia o, mejor, las diversas estrategias a que apeló el doctor González para que el luto por María Monasterio, luto en verdad sin término, no se convirtiera en un agente pernicioso de abandono y destrucción, sino en una fuerza humanamente incitante, no importa si desprovista de gratificación jubilosa y de paz y de sosiego. Bien, ya está dicho... Y precisamente (aunque es vil decirlo) uno de los primeros beneficiarios de estos fortines levantados por él contra la ausencia y la soledad fue el propio Cruz Villar, al que rescató del pestilente mundo y dominio de don Clemente Palacios, el perverso malero de Congará cuya sobrevivencia a las pestes se atribuyó a la protección

que recibió del enemigo, el demonio, el negro o el candanga, al que había entregado su alma en los años que siguieron a la adolescencia.

La medicina (como se ha relatado con algún detenimiento en otro momento) no fue la vocación inicial ni la más profunda del doctor González, sino resultado de un imperativo moral asumido a partir de cruciales experiencias vividas durante la Guerra con Chile. Por eso, al retornar al Perú luego de graduarse con honores como médico en Francia, el doctor González eligió el modesto destino de médico rural (no modesto: oscuro, absurdo, ridículo y bochornoso, así lo consideró la clase señorial de la cual procedía) y en calidad de tal recorría pueblos, caseríos y aldeas (según un estricto calendario clínico) de los valles del Chira y del Bajo Piura, donde, además de curar enfermedades y aliviar laceraciones de campesinos, gentes humildes y seres caídos en la orfandad, adoptaba medidas profilácticas y suministraba a los jóvenes más despiertos y con alguna instrucción los conocimientos básicos de la medicina, y los preparaba en el reconocimiento de la sintomatología de las enfermedades de mayor incidencia en la zona para convertirlos en sanitarios capaces de prestar los primeros auxilios. El matrimonio con María Monasterio no lo apartó de este camino: le infundió aun mayor entereza para persistir en lo que la gente calificaba de apostolado, y en los cinco años que vivieron juntos se lo vio llegar en más de una oportunidad a los villorrios más apartados en compañía de su joven esposa, que hombres y mujeres encontraban bella, accesible y generosa.

Pero un día (como él sabía que habría de ocurrir), María Monasterio falleció. Fue una conmoción. Hasta entonces (admitámoslo) la lectura atenta y sistemática que hiciera en París de la *Ética* de Spinoza le había proporcionado un horizonte filosófico para comprender la muerte con la que había convivido en los días de la Guerra con Chile. Como divisa personal anotó en sus agendas la «Proposición LXVII», parte cuarta de la *Ética:* «Un

hombre libre en nada piensa menos que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida». De esta manera pudo asimilar las experiencias vividas en Tarapacá (donde, incluso, como se recordará, se vio en la necesidad de dar muerte a su amigo José Agustín Benalcázar) y asimismo en Chorrillos y Miraflores y en la sierra central durante las campañas de Cáceres; después le permitió sobrellevar las prácticas médicas en los hospitales y morgues de París y enfrentar luego la terrible peste que se abatió sobre Congará. La semilla tiene que destruirse, es decir, morir, para que dé fruto: así, la muerte es un accidente, un instrumento de la necesidad que genera la vida. Pero, entonces, ¿para qué ejercer la medicina? También Spinoza le dio la respuesta: para hacer posible que los cuerpos perseveren en su ser desplegando todas sus potencialidades. En el orden de los afectos y pasiones, la muerte, desde luego, suscita piedad, conmiseración solitaria, pero el entendimiento, la más alta manifestación del alma humana, permanece imperturbable porque conoce el secreto orden de la naturaleza. Pero he aquí que María Monasterio había muerto y todo el orbe spinoziano cayó hecho trizas; si, como decía Spinoza, el deseo es la esencia del hombre, pues es lo que impulsa las potencias del cuerpo y el alma, entonces la muerte de María Monasterio significaba la pérdida de todo, ya que era la única fuente de deseo que existía para él. De modo que el doctor González sucumbió a la más triste de las pasiones del alma, sintiendo que el caudal de la vida se retiraba y amenazaba extinguirse.

Todavía es necesario mantener el escenario en su áspera solidificación, pero la idea del vacío y el silencio absolutos causan pavor, angustia pánica al espíritu del hombre. Un elemento de vida empieza a circular por entre este paraje embalsamado: es el viento con su carga de arenas eólicas, de arenisca, de piedras molidas, y con su varia diapasón, murmullos, confusión de

disonancias y trombas y timbales. Diversa es la textura y la dirección de estos vientos, pero su fuente principal es el anticiclón del Pacífico sur. Este nace en el extremo austral de Chile, más abajo del Cabo de Hornos, se expande en torbellinos, en espirales, en círculos concéntricos de sur a norte del Pacífico, y penetra en el continente allende la barrera andina, en grandes avalanchas sinusoidales, en los territorios de Chile, Argentina, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia, pero sin extinguirse, pues las distintas ondulaciones, después de alcanzar la Amazonía o las vertientes orientales de los Andes, giran en dirección oeste y retornan al Pacífico, donde reiniciarán el periplo sin término, por lo menos hasta que una nueva revolución geológica ponga fin al cuaternario e inicie una era distinta de características solo conjeturables.

El anticiclón del Pacífico sur, la presencia de corrientes marinas, la presión atmosférica y las altas murallas andinas generan el gran alisio del hemisferio austral, que sopla todo el año y recorre el litoral costeño del Perú hasta Lambayeque, el mismo que, en los periodos de invierno, avanza hacia la región piurana y a veces llega hasta el Golfo de Guayaquil, donde contiende con el gran alisio del hemisferio boreal. En la región piurana, el alisio del sur atenúa su velocidad, su fuerza, aunque en invierno y otoño alcanza velocidades que fluctúan entre diez y dieciocho kilómetros por hora. Por eso nuestro mar fue denominado Pacífico, porque los anticiclones y alisios de sur y del norte no desencadenan vendavales como los huracanes que, generándose en el Mar Caribe, recorren todo el Atlántico, ni como los temibles tifones del mar de la China.

Pero Eolo, dios apacible en nuestra región o con tranquilas furias (medidas estas, claro está, desde una escala planetaria), posee secretas y bullentes fuerzas capaces de impulsar agitaciones y convulsivos movimientos al aire, elemental. Por eso, además del alisio, nuestra región se ve lamida, perturbada, estremecida por los vientos del mediodía, las brisas o virazones del mar, las

brisas de los valles y los grandes terrales o tormentas de arena que en el desierto de Sechura pueden alcanzar velocidades hasta de setenta kilómetros por hora.

El litoral de nuestra región no posee un sistema de acantilados y escarpaduras graníticas que sirvan como murallas de contención a los distintos vientos, los que, a su vez, en esta contienda (junto con otros factores), generen violentas marejadas que pulan y horaden los altos sólidos pétreos, de modo que el alisio y las virazones avanzan en modestas trombas por los despoblados y los desiertos, y alcanzan la deprimida barrera andina. Pero, sin ser zona de acantilados, el litoral nuestro ofrece algunas elevaciones que se adentran más hacia el oeste y cuya alternativa conforma las hermosas bahías de Sechura y Paita, con amplias y tranquilas playas y caletas como las de Bayóvar, Bocana, Parachique, Constante, San Pedro, Chuyiache, Mata Caballo, en Sechura, y Yasila, Tierra Colorada y La Esmeralda, en Paita.

De entre las prominencias rocosas que penetran en el mar sobresalen el macizo de Illescas, con una altura por arriba de los quinientos metros, y Cabo Blanco, culminación del gran tablazo de Paita y Talara. El tablazo, originado a partir de la cadena de montes de Amotape, es una extensa planicie color pardo amarillenta de hasta trescientos metros de altura que flanquea el tramo final del Chira (a partir del límite entre Congará y El Arenal), y prosigue en dirección norte y desciende suavemente hacia el océano. Este es el Cabo Blanco considerado siglos atrás por los navegantes como el Cabo de Hornos del Perú, por las grandes turbulencias que tornan riesgoso el cabotaje de balandros, goletas y otras embarcaciones de modesto tonelaje, como el mismo Martín Villar experimentó en la insensata y melancólica travesía que hiciera a Guayaquil, Buenaventura y Panamá tras las huellas dejadas por los de su sangre.

Entre el baluarte de Illescas y el Cabo Blanco se suceden, a considerables intervalos, una serie de puntas como las de Paita y Pariñas; pero, entre todas, la más singular y bella es la erizada Punta Aguja que, custodiada por la de Nunura y la Falsa Punta Aguja, constituye el extremo final del majestuoso cerro Aguja, de unos dos mil metros y siempre coronado de nubes, y a cuya cima trepó el aturdido Martín para tener una visión del desierto de Sechura, salpicado de pedregales oscurecidos, pero centelleante, ilimitado y permanentemente rasguñado, percutido y, a ciertas horas, estremecido por vientos atorbellinados. Desde la cima divisó hacia el extremo occidental, y al cabo de una dilatada pendiente, el farallón de Punta Aguja, y hacia allí se encaminó. Desde la cumbre de la punta, envuelta por una barda de niebla, se distinguían, fantasmales, una infinidad de rocas y arrecifes y los salientes de un islote, batidos por las olas y por vientos estrepitosos, que contempló sobrecogido, temeroso y desafiante, resistiendo la tentación de su imperioso llamado.

Y cuántas veces, piensa, se habrán preguntado Isidoro e Inocencio Villar (los Villar que más amaron y reverenciaron el universo de arenas de Congará) acerca de las fuerzas generadoras de los cordones de dunas, las barcanas de arena y los gigantescos médanos con su secreto, preciso y rítmico derrotero. Una teoría del geógrafo Paul Vidal de la Blache, comentada de paso por el doctor González en su descripción integral de Piura, postula que el vertiginoso desierto del Sahara, que desde la costa de Túnez se extiende sin interrupción por todo el norte de África, anega una gran franja del Medio Oriente y prosigue su avasallante recorrido por el Asia Mayor hasta mezclarse con el desierto de Gobi, entre la Mongolia y la China, esta teoría, decíamos, sostiene que, en alguna era anterior, el Atlántico abarcó aquellas inmensidades del Sahara, pero que por alguna conmoción geológica se retiró dejando la amplia cuenca de color leonado convertida en un espacio fogoso

durante el día y helado por las noches, recorrido por todo un sistema de vientos opuestos y hostiles. Los grandes depósitos conchíferos y restos de corales y algas fosilizadas hasta más de cien kilómetros costa adentro darían a Isidoro Villar y al buen Inocencio la sensación de hallarse ante un vasto cementerio marino, ante una extensión donde, en tiempos antiguos, tuvo su morada el mar.

¿De dónde provienen las arenas eólicas? El doctor González, que recorrió numerosas playas y los estuarios de los ríos Chira, Piura y Tumbes, explica que las arenas blanquísimas ahítas de salpicaduras doradas proceden del litoral llevadas por las corrientes marinas que las recibieron de los ríos o de los efectos de las marejadas sobre los extensos glacis sedimentarios. Retomadas por el alisio y los vientos del mediodía y las virazones, son transportadas de acuerdo con admirables itinerarios rectilíneos hacia el interior, recubriendo sin tregua las pampas pedregosas por barcanas en largas filas paralelas, cuya altura fluctúa entre los tres y los quince metros. Y cuántas veces con la pequeña Zoila, en caminatas nocturnas y peregrinajes por despoblados y desiertos con sus acumulaciones de dunas en forma de medialunas o de hoces, se vieron envueltos por el paso tumultuoso y sin embargo ordenado de bancales de arena casi inasible según el estricto y hermético derrotero impuesto por los vientos.

El viento, los vientos: brisas, virazones, cierzos, borrascas, vendavales, que no huracanes ni tifones ni tornados, percuten y silban, según procedan de los valles, de las montañas o del mar, o sean vientos matinales, del mediodía, del atardecer, de la noche o de la honda madrugada, resuenan, decíamos, en ondas de armonías, en estridentes contrapuntos y fugas y disonancias al batir las planicies, las colinas y los oteros, las tierras de despeñadero, los aluviones de cantos rodados, las cresterías de cuestas y cerros, los eslabones de la cordillera andina y las jalcas esteparias que configuran el escenario detenido

y amortajado, confiriéndole los primeros hálitos de vida. Y tú, Martín Villar, desde las playas y estuarios y bajíos, emprendes una exultante romería hacia la sierra árida y magra de Ayabaca y las alturas húmedas y neblinosas de Huancabamba, y en cada descenso y recodo, la boca reseca y el corazón agitado, vuelves la vista para contemplar y obtener nuevas perspectivas de la tierra de los antepasados de Sacramento Chira, y no puedes dejar de recordar el vaticinio del espíritu del cactus y te preguntas, sereno y colmado, si de verdad el linaje en la línea de sucesión de Santos Villar habrá de concluir contigo.

No derramó lágrimas ni vistió luto, tampoco abandonó su condición de médico rural, pero a partir del segundo año de fallecimiento, sus visitas se fueron tornando cada vez más espaciadas. Con buena o mala fe, los piuranos decían que acaso la aflicción del doctor González habría sido menor y habría aceptado con resignación la pérdida de su esposa si esta le hubiera dado descendencia, lo cual era ocasión para que se hablase de la tara en la sangre que llevaba consigo María Monasterio. Según estos rumores, ella logró concebir y dar a luz tres niños que murieron a las pocas horas de nacer y hasta perversamente se afirmaba que el doctor González aplicó la eutanasia con las criaturas, nacidas con mutilaciones y de monstruosas apariencias. Nunca, ni en sus cuadernos más íntimos, el doctor González aludió a este asunto ni se lamentó de no dejar descendencia, pues él había amado a María Monasterio sin otro fin que la práctica del amor y de la vida en común con ella.

Según le contó Cruz Villar a mamá Altemira, el doctor González durante este periodo llegó a detestar la medicina y en momentos de mayor amargura juzgó como una manifestación de hipocresía, de fariseísmo y de repudiable vanidad el servicio a los pobres, que a fin de cuentas lo que perseguía era el

reconocimiento de su apostolado, de su condición de santo laico, un ideal fatuo o ilusorio con que había soñado en los años de juventud. Como el propio doctor González anotaría al vuelo (y la lectura de esas pocas, ilusorias líneas inspira estas páginas), vivía las hondas perturbaciones que genera el luto humano, cuya fase más sensible y crítica no era la del dolor y el desgarramiento por la pérdida irreparable, sino la de caer avasallado por la apatía, el tedio vital, el escepticismo y la indiferencia, que constituyen las primeras avanzadas de los dioses de la destrucción.

Fue entonces que el doctor González, en un esfuerzo supremo, construyó sus defensas para no sucumbir a las heladas solicitaciones del más nefasto de los dioses: el de la nada, tanto que Spinoza se había cuidado de eliminarlo minuciosamente de su sistema filosófico. No consideró el ejercicio de la medicina, que nunca abandonó y siguió aplicando con creciente monotonía (ni abrir un vientre con el bisturí ni cercenar algún miembro gangrenado le producían un principio de éxtasis nefando), como parte de estas defensas, de la estrategia general, tal vez porque le hacía recordar la ruptura de su vocación más profunda, vocación que fuera sellada con el despótico, abstracto y absoluto juramento que se remontaba a su primera infancia y que, tras la pérdida de María Monasterio, se erigía como el momento más luminoso de su existencia; ni tampoco recurrió a la música, que tanto amaba (y como símbolo no volvió a pulsar el violín hasta las semanas que precedieron a su muerte), y si fue verdad (como se le atribuyó, magnificándola con insidia) que mantuvo una relación carnal con la juvenil Lindolfa, doncella destinada desde su niñez a María Monasterio, esta, en todo caso, fue breve y sin consecuencias, porque lo que el doctor González ansiaba no eran consolaciones basadas en el extravío ni en el aturdimiento de los sentidos y los afectos. Y menos aun buscó en la religión la alta muralla (la fortaleza, el claustro, el refugio) contra las precipitaciones aluvionales de lo

irracional, de modo que persistió en el ateísmo (ateísmo que para nadie era un secreto, y para las almas cándidas y las personas maledicentes, la muerte de María Monasterio era el castigo con que Dios le había dado la más incontrovertible prueba de su existencia y omnímodo poder), aunque, para asombro de la vida parroquial de Piura, el doctor González, en cumplimiento de una promesa hecha a su esposa en los días que precedieron al deceso, asistiera a las misas dominicales en la iglesia del Carmen, lo cual dio origen más adelante a la intolerable amistad entre el ateo y desconsolado viudo y el turbulento y casi vesánico padre Azcárate.

No, el doctor González luchó por convertir el luto (la pérdida, la ausencia, el dolor) en fuente de energía creadora mediante los caminos de la razón, de la inteligencia, del conocimiento y de la ciencia y del saber múltiples. Y todo esto acaso pueda compendiarse en lo que él denominaba «exploración de lo real» o «adentrarse en la objetividad del ser y explorar con los métodos de la ciencia esta ínfima parcela en que me ha tocado vivir». En cuanto a la conciencia, la consideraba también como una dimensión de la objetividad, de ahí el interés que tuvo por comprender, más que la urdimbre neurosíquica del funcionamiento de la conciencia, las diversas formas en que ella se objetiva, como en la ciencia, el arte y la literatura y, en especial, en las formaciones culturales de la región piurana, incluyendo la medicina popular, la magia y la hechicería, que él denominaba de manera general como «entendimiento mítico». A partir de este periodo (es decir, entre 1908 y 1918, año este último en que resolvió quitarse la vida), los piuranos se acostumbraron a ver encendidos hasta altas horas de la madrugada poderosos fanales en el mirador que hizo construir para instalar el telescopio que adquirió de Alemania, de modesta dimensión aunque de nada desdeñable poder para la época y que él transportaba en sus numerosos recorridos por los distintos puntos de la región piurana. Entonces, a la consideración y al respeto que sentían los piuranos

por el doctor González, añadieron el de la admiración no sin una fuerte carga de superstición temerosa.

Años después, con rubor y remordimiento, Cruz Villar le confió a Altemira Flórez que, durante todo este periodo en que el papá-doctor libraba una angustiosa lucha para no precipitarse en el nihilismo y sucumbir a la tentación del suicidio, él vivió la mejor etapa de su vida, la más cercana a lo que puede ser la felicidad. Y esto porque el doctor González, además de darle tratamiento de hijo, lo hizo partícipe de los estudios y las investigaciones que llevaba a cabo. Y, dentro de esta etapa, los años áureos fueron los comprendidos entre los catorce y los diecisiete años, cuando su padre espiritual, el papá-doctor, durante las épocas de vacaciones, lo llevaba consigo en sus viajes de exploración y de estudio por las distintas zonas de la región piurana. Y como venturoso signo de la alegría de espíritu que alcanzó en estos años el adolescente Villar, dejaron de atormentarlo las pesadillas que en infinitas variantes revivían el oprobioso momento en que su madre Isabela Victoriano lo arrojaba del hogar, combinadas con las atroces imágenes de la temporada que pasó en la casa de un hombre entregado al ejercicio del mal.

«No carece de pertinencia», escribió el doctor González, «la aseveración del filósofo griego, en apariencia ingenua, según la cual el agua es el principio y sustento de todo lo existente». Los océanos cubren el setenta por ciento de la superficie terrestre. Gran parte de todas las células está constituida simplemente de agua y más o menos dos tercios de nuestro peso corporal son de agua (en una medusa es el noventa y cinco por ciento) y ahora es ya muy sabido que la vida, en su forma esencial, tuvo su origen en el mar primitivo durante la gran explosión del periodo cámbrico. Antes hemos hablado de los vientos como el primer elemento de vida lamiendo y batiendo el escenario de nuestra región, pero solo escuchamos sus sonoridades y

estridencias. Será preciso que percibamos ahora el aliento que arrastran cargados de esencias germinales, el perturbador aroma a placenta, como el que invadió al padre Azcárate poniéndolo al borde del vértigo cuando el *Santa Lucía* empezó a surcar los mares tropicales. *Pues ningún mar como el nuestro*, como afirmaba el tío Miceno, quien navegó los cinco mares del mundo, *huele a hembra, a vulva femenina, es decir a vida, a vida en su lujuriosa plenitud*.

Con los cuadernos que conforman el inconcluso tratado de *Geografía física de Piura* del doctor González, Martín Villar pasó días y semanas en caletas y playas de Sechura y en las escondidas ensenadas de la bahía de Paita y luego en Portachuelo y, más al norte, en los mares hondos de Talara a Máncora y en la región equinoccial de los mares tibios de Puerto Pizarro y de Guayaquil, comprobando el rigor de las observaciones de aquel hombre con luto en el corazón, que (presumimos) luchaba por no sucumbir a la tentación espiritualista, separando la materia, la carnalidad, de la conciencia y el alma, porque siempre (secretamente) ansiamos la supervivencia del ser que amamos. *Pero no hay nada*, le decía el doctor González a su soñador hijo adoptivo, *que el mundo material no lo contenga, integrándose a la cadena del ser*. El paradojal Dios de Spinoza, impersonal, indiferente, inabarcable, en perpetua autogeneración de sí mismo. Seguir entonces, se decía Martín Villar, considerando el mar y toda esta tierra con los mismos ojos del padre espiritual de mi padre, a quien, al contrario de Pascal (así, por lo menos, lo dicen sus notas), la finitud de los órdenes humanos y la infinitud de Dios o de la naturaleza no le causaban angustia sino quietud y firmeza estoica, aunque nunca habría de reencontrar a María Monasterio.

Más de una vez, contagiado de spinozismo, Martín no podía dejar de concebir nuestra región (esta pequeña parcela) desde la perspectiva de la totalidad. Y así, por ejemplo, cuando con la pequeña Zoila, cuyo cuerpo

empezaba a florecer espléndidamente, se zambullían y braceaban en las playas de Yacila o Colán, aprovechaba para decirle con exasperante didactismo que en realidad estaban flotando en las aguas de un único mar. *¿Un único mar, maestro Martín?,* decía ella, asombrada e incrédula. Entonces él, pedante y fatuo, se valía de la ocasión para transmitirle aquel saber privilegiado y bellamente inútil que adquirió en la adolescencia en el *Tesoro de la Juventud*, algunos de cuyos tomos le hubiese prestado su amigo Arturo Lama y que leyó, devoró, lleno de envidia y resentimiento. Le habló de Panthalassa, el mar primigenio, único e hirviente de vida, con la flora y la fauna generadas y evolucionadas en su seno disponiéndose a la vasta, dramática, cruel y azarosa empresa de colonizar las superficies oreadas del supercontinente Pangea, hace eones de años. Le refirió la gran fractura de Pangea en Laurasia, hemisferio norte, y Gondwana, hemisferio sur. Colmado de vanidad y eufórico el espíritu, le explicó la separación que se produjo en el periodo terciario, sesenta y cinco millones de años atrás, de mayores masas terrestres por fuerzas de la misma Tierra en contienda con los agentes de destrucción, entre las que la acción hidráulica del mar juega un rol de socavamiento, corrosión y abrasión, pero siendo simultáneamente un generoso donante de nutrientes para la vida. *Largo interregno, además,* la siguió abrumando sin misericordia, *en que Europa y América del Norte están unidas y esta última se halla separada de la América del Sur, y la India (antes del advenimiento de los dioses dravídicos) es una enorme masa de tierra aislada y recóndita*. Por último, le habló del reciente cuaternario, durante el cual nuestro globo alcanzó la configuración de continentes y la distribución oceánica y se formaron los mares interiores, con sus propios continentes y valles submarinos y abisales.

Y, con todo, de espaldas y cara al cielo, flotas, flotamos, repites, *en el mismo mar, porque los océanos se continúan unos con otros sin línea alguna*

de demarcación ni otra restricción para la distribución de los organismos marinos que factores como temperatura, profundidad y salinidad, pero justamente estos factores confieren particularidades que hacen del mar peruano uno de los más ricos del globo terrestre con faunas de los fondos marinos, con especies pelágicas y el opíparo y flotante plancton conducidos por nudos de corrientes marinas superficiales, medias y abisales... Pero es ya tiempo de abandonar el lecho primigenio, la gran fuente orgánica y volver a nuestro hábitat, las arenas, la tierra, caminar hacia el sur al encuentro del contrafuerte de Illescas (zona fronteriza, aunque fluida y divagante entre la costa árida y la costa ecuatorial, entre el mar frío y el tropical), para desde allí contemplar esta zona del Pacífico en que disminuye la influencia de la corriente de Humboldt y grandes lenguas ardientes de las contracorrientes del Golfo de Guayaquil y del Niño irrumpen en el mar de nuestra región causando alteraciones climáticas e imprimiendo a nuestros suelos, valles y cielos una rica variedad de aspectos que la tornan diferente a la costa central y la costa sur del litoral peruano.

El mar de aguas templadas y de aguas tibias que bate y horada el litoral de nuestra región. Y el viento unánime y diverso que lame y retumba y estremece la tierra piurana con sus distintos suelos.

Según los testimonios del padre de Martín, el doctor González, aparte de instrumentos de topografía y algunas veces del telescopio, llevaba siempre consigo alguno de los volúmenes de *El Perú* de Raimondi, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo* de Humboldt, alguna de las revistas de ciencia en francés a las que estaba suscrito, el poema cosmológico *De rerum natura* de Lucrecio, *la Ética* de Spinoza, los *Pensamientos* de Pascal y los *Cantos* de Leopardi en su versión italiana. Por cierto, como recordaba después Cruz Villar, nunca dejó de llevar su maletín de médico acompañado

de un surtido de medicinas básicas y numerosas libretas clasificadas por materias en las cuales anotaba sus observaciones que, luego de cotejadas, le servían para la formulación de hipótesis. Y el momento de mayor orgullo para el jovencito Villar fue cuando el papá-doctor, después de someterlo a escrupulosos pero discretos exámenes y de revisarle los cuadernos, le empezó a dictar en la forma de discurso propia de los tratados y estudios científicos (el dictado podía tener lugar en la más humilde choza a la luz del candil o de una vela o en el gabinete de estudio de la casa del papá-doctor en la antigua calle El Cuerno) a partir de las numerosas notas escritas al vuelo durante la fase experimental de sus observaciones.

Una de las materias a que mayor tiempo y atención dedicó el doctor González (y cuántas veces, como en este instante, Martín ha contemplado con ternura y nostalgia los cuadernos copiados por su padre con su bella y amorosa caligrafía) fue la descripción, la taxonomía, de la región piurana como base y fundamento para un posterior estudio de las agrupaciones humanas, sociedades y culturas. De esta segunda parte solo anotó breves observaciones preliminares y algunos planteamientos de carácter general. Y la misma primera parte no quedó completamente terminada (si bien aun en el estado que se conserva constituye el trabajo taxonómico más completo de la región comprendida entre los 3 y los 6 grados al sur de la línea ecuatorial y bastante más al norte del Trópico de Capricornio), porque el recrudecimiento de la depresión con carácter de alarmante (y tal vez la verdadera causa de su caída en la morfinomanía) vulneró de manera irreversible el poder de la voluntad, aunque mantuvo sus facultades intelectuales hasta el momento de quitarse la vida con un disparo de revólver.

No es necesario (por redundante) que insistamos en el valor sentimental que tiene para Martín esta obra llevada a cabo por un hombre que luchaba contra la desgracia y la desesperación y cuyo amanuense, secretario o

asistente fue el muchachito que él adoptase por humanitarismo, pero también por soledad, por el deseo humano de perdurar, por transmitir un espíritu, ya que le había sido negada la paternidad, el don de legar una sangre y de asegurar la continuación de un linaje no condenado ni maldito. Pero, aparte de las razones del corazón, al descubrir (o, mejor, al redescubrir) el tratado del doctor González entre los cuadernos que le dejara su padre, Martín quedó cautivado por la concepción nada ortodoxa ni convencional del trabajo, pues, sin desmedro de su objetividad ni del rigor que la geografía reclama, con ojos modernos el papá-doctor se había basado en la antigua concepción del ser como resultado de la unidad y contienda entre los cuatro elementos esenciales.

El primer conocimiento que tuvo Martín Villar de esta obra en los años de su adolescencia, si bien suscitó orgullo e hirió dulcemente su afectividad, en el plano del entendimiento le pareció abstrusa, fatigante y más bien demencial por la abrumadora (y vertiginosa) utilización de nociones y terminología (lo supo después) de ciencias vecinas a la geografía, como la geología, las ciencias de la naturaleza, la astronomía y la antropología física. De modo que debió esperar a instalarse aquí, en El Conchal, donde dispondría (por lo menos, así le pareció entonces) de un tiempo ilimitado por delante para emprender una lectura que le resultó incitante e iluminadora, e incluso, en otro plano, de un valor pragmático, al que aludiremos al final de estas consideraciones. Hemos escrito «lectura», pero, a riesgo de resultar presuntuosos, debiéramos decir «estudio», que empezó con una paciente labor casi paleográfica de desciframiento, porque los manuscritos abundan en anotaciones marginales y en pasajes, párrafos y frases que fueron tachados con posteridad mediante líneas garabateadas o por la utilización de corchetes clausurados con nerviosas, dubitables, resignadas y profanadoras aspas, y que en la mayoría de los casos correspondían a deslices y a veces a

desbordamientos de subjetividad que romantizaban la realidad, como si inconscientemente el doctor González hubiera pretendido estatuir una religión animista cuya diosa tutelar fuera el errante fantasma de María Monasterio.

Debemos admitir que fueron estas anotaciones marginales las que despertaron la curiosidad de Martín y le confirieron valor y disciplina para abordar el estudio de la *Geografía física de Piura* del doctor González, obra que habría de convertirse en uno de los paradigmas de esta desmesurada ficción que Martín Villar empezó (se vio empujado a empezar) hace cerca de ocho años en medio de la confusión, el rencor y el deseo de amar y de abrirse a la comunidad con los suyos. Uno de los temas recurrentes o, más bien, el tema desencadenante de las anotaciones del doctor González se refiere a María Monasterio, aunque tal vez por pudor, austeridad y devoción casi siempre alude a ella con el título del Canto XXVI de Leopardi «El pensamiento dominante» («*Il pensiero dominante*»), cuyos versos, en traducciones perifrásticas (como «...Un pensamiento solo / vive entre nosotros: este, / poderoso señor entre los otros, / dio eternas leyes al corazón humano» o «Para coger tus premios, dulce pensamiento, / probar el dolor humano / y soportar muchos años / esta visión mortal valió la pena») se hallan desperdigados en diferentes cuadernos, así como pensamientos inspirados en los Cantos XII, XXIII, XXVII, XXX, XXXI y XXXIV.

En un capítulo anterior se relató que los *Cantos* estaban ligados a una experiencia de la infancia, bella y decisiva, del doctor González. La primera lectura realizada como un deber en sus años de estudiante de medicina le resultó estéril, desazonadora y casi irritante, por el aristocratismo y la soberbia que trasuntaban los poemas. Pero después de la muerte de María Monasterio, ya estando alrededor de los cuarenta y cinco años, el doctor González encontró en el autor de los *Cantos* un espíritu afín al suyo, por

encima de las humanas diferencias en la manera de entender las relaciones sociales. Según lo explica en sus notas, la poesía de Leopardi lo seducía por su combinación de romanticismo y clasicismo, por el severo control que el orden clásico imponía al intenso sentimiento romántico, por la radical austeridad, rayana en la aridez, con que expresaba la intimidad evitando el confesionalismo impúdico al verse avasallado por las experiencias empíricas. De este modo, María Monasterio, a través de la poesía de Leopardi, se transmutaba en el rostro y en el símbolo de lo femenino, y el dolor privado por la pérdida privada se trocaba en pérdida universal y en un momento del dolor de la humana familia que implicaba al universo. Sensibilidad cósmica, por lo demás, que emparentaba los *Cantos* («de manera suprema», escribió el doctor González, «*La Ginestra*») con el arcaico *De rerum natura* en el que Lucrecio pone a la naturaleza toda, al cosmos, como escenario del drama del amor, de los amantes signados «por la secreta herida que los corroe».

El otro tema de las apostillas del doctor González (a las que no eran ajenas las meditaciones poéticas de Leopardi) versaba sobre la *Ética* de Spinoza, libro que, después de una etapa de abandono, volvió a estudiar desde la oscuridad que había caído en su vida. «¿Es la *Ética*», dice una de las notas, «un gran poema trágico como opina el padre Azcárate? ¿En vez de la caverna platónica, Spinoza ha construido un inmenso castillo de exacta arquitectura para guarecerse del terror de la existencia? ¿Compasión ante la soledad radical de la criatura humana? ¿Geometría de la consolación? Pero es verdad: nadie que no sea un sabio puede habitar en esas cimas heladas». Aparte de estar escritas desde la raíz de las tinieblas, de constituir manifestaciones del sentimiento del luto humano que entonces lo embargaba, estas consideraciones, que no son escasas, son testimonios de la amistad que había surgido entre el doctor González y el padre Azcárate, quien, para sustraerlo

del influjo del filósofo judío, lo persuadió de que leyera detenidamente a Pascal.

Y, en efecto, las notas son muy explícitas al respecto y aun revelan que en algún momento el padre adoptivo de Cruz Villar creyó encontrar en Pascal una alternativa al pensamiento de Spinoza (en particular las recusaciones pascalianas del yo, «el yo odioso», «el estúpido proyecto de pintarse a sí mismo», y de los conocimientos científicos, «la ciencia de las cosas exteriores no me consolará de la ignorancia de la moral en los momentos de aflicción», «escribir contra los que profundizan en las ciencias: Descartes», «Descartes, inútil e incierto»). Sin embargo, al alcanzar una nueva serenidad, al aceptar el luto del alma como sustancia de la vida («Todo es vano, fuera del dolor», dice uno de los versos de Leopardi subrayado por él), el doctor González terminó, a su vez, por impugnar en su conjunto a Pascal, contra quien escribió estas palabras poco humanitarias: «Es ignominioso para Pascal, y para cualquier hombre, pretender hallar refugio en la voluntad de Dios: ese asilo de la ignorancia». Y en una nota posterior concluye aseverando: «Mi único Dios es el Dios de Spinoza: un Dios impersonal e inabarcable, que es la naturaleza; por ello, el hombre no puede ser considerado como "un imperio dentro de otro imperio". Y así como el filósofo (maldito y expulsado de todas las tribus de Israel) trató de los afectos y las pasiones humanos como si se tratase de "líneas, superficies y cuerpos", yo he de persistir en estudiar este grano de arena de donde emergió el pensamiento que iluminó por un instante y para siempre mi vida».

—¿Está dicho ya todo? No, faltan todavía un par de minucias.

No un hálito de vida recorre nuestro escenario: ahora la vida compleja y variada es parte del mismo, puesto que ha interrumpido otro elemento

generador de lo vital: es el agua, el agua dulce que empieza a discurrir por entre los cauces de los tres grandes ríos: el Tumbes (y el modesto Zarumilla), el Chira y el Piura, además del Huancabamba, que vierte sus aguas al Marañón; y por los cauces de los tributarios, como el Calvas, el Chipillico, el Quiroz o el Alomar, tributarios del Chira; los riachos de Chimnia y Chalpas, que bajan de Huarmaca y cuya confluencia origina el Piura, con afluentes como el Canchaque y el Bigote; y por los lechos de ríos que se extinguen en su paso por el despoblado de Olmos y el desierto de Sechura, como el Cascajal y el río Loco y el río Chiquito; y las quebradas de régimen temporal como la de Copús, de las Angosturas, de Garay, de Petacas, de Pazul, de Picota, o de aguas perennes que proliferan en las zonas interandinas de Morropón arriba o que discurren como una anomalía por zonas desérticas como la insólita Quebrada Honda del norte de Talara, al fondo de un impresionante cañón abierto entre las tierras muertas del tablazo, o las quebradas o torrentes fósiles, como las de la Víbora y el Alacrán que en tiempos de grandes perturbaciones climáticas que ocurren cada centenar de años renacen, fugaz y pavorosamente, precipitándose, arrolladoras y destructivas, desde las laderas del piedemonte andino.

Asimismo habrá de considerarse las aguas subterráneas producto de filtraciones y de corrientes internas; aguas recónditas, herméticas, que subyacen por debajo de sucesivas capas de limos y de arena, de arcilla, de grava y de cantos rodados, en que a veces es preciso romper ampollas de aguas saladas, amargas para seguir descendiendo más niveles antes de alcanzar las napas auríferas profundas, clepsidras de líquido dulce y fresco, albercas insondables que secretamente mantienen latente la vida de las superficies más áridas, tanto que las napas freáticas suelen aflorar en forma de jagüeyes, como los nombrados Jagüey Grande, Jagüey de Pavas y Jagüey de la Leche. Y con los jagüeyes debemos agrupar a las lagunas litorales,

donde se mezclan las aguas dulces con las saladas, lagunas, ciénagas, albuferas, estanques, charcas, pozas, productos de colmatajes marítimos, de antiguos meandros o de antiguos ensayos de delta, como las lagunas de Ñapique y Ramón de Sechura, sin contar la de Letirá que, según consta en *El libro* de don Chanduví Mechato, empezó a secarse en 1881.

Y frente a estas lagunas y surtideros de los estuarios, despoblado y desierto se halla el universo de lagunas, de naturaleza morrénica, del área andina, como las de San Miguel, la laguna Prieta, las de Ambulco y Topal, en Ayabaca, o las sobrecogedoras lagunas de Las Huaringas, como se les conoce de manera genérica, al norte de Huancabamba en la sierra de Huamaní, que constituyen, como lo señalaran Humboldt y Raimondi, verdaderos reservorios de aguas de la tierra piurana, ya que allí tienen sus más remotos orígenes el Huancabamba, de la vertiente atlántica, el Piura y el Quiroz, afluente del Chira.

Las encantadas lagunas de Las Huaringas, augustas y severas, con cielos de espesas nubes y orilladas de altos pajonales de un color verde dorado. En su tratado, el doctor González las divide en dos grandes grupos. El primer conjunto lo forman las lagunas de menor dimensión: las Arrebiatadas, las Palanganas (que conforman un subconjunto de siete lagunas de exquisita belleza), las lagunas de los Relámpagos, de los Patos, del Oro, de la Plata y las lagunas del Rey Inca y de la Princesa. El otro conjunto lo constituyen Las Huaringas propiamente dichas: la de Shimbe, de aguas color turquesa, y la Laguna Negra, la gran laguna madre, hierática y tormentosa, custodiada por las lagunas de las Estrellas, del Gallo y del Toro y, al extremo, en una depresión despedazada, por la laguna de la Serpiente o Ciénaga de la Muerte... Las Huaringas, lugar de peregrinaje de hombres como don Asunción Juares y Santos Villar, o de gente maldita como Clemente Palacios y la ciega Gertrudis, y hacia las cuales subió el padre Azcárate, conducido

por Santos Villar, en busca de sosiego para su espíritu, y en cuyas aguas también fue bañado el primer obispo de Piura, monseñor Chirichigno, para curar las laceraciones de su carne y liberarlo de las perturbaciones de su mente, consecuencias (decía la memoria colectiva) de la maldición conjunta que, vestidos de negro y al borde de la Ciénaga de la Muerte, lanzaron contra él todos los brujos de Piura. Y hacia Las Huaringas, tras las huellas del doctor González y de tu padre Cruz Villar, subiste como culminación de tu conocimiento de la tierra de tus antepasados.

Porque entre todas estas anotaciones, Martín halló dos que por su sentido le resultaron reveladoras e incitantes de manera particular. En la menos breve de ellas, el doctor González sostiene: «Llegará el día en que la psiquiatría incorpore la noción de luto como una dimensión de la afectividad y la mente humana... ¿Cómo definir el estado y la función del luto? Sea como se le llegue a definir, el luto humano comporta la ruptura temporal (ah, y a veces definitiva) del precario equilibrio entre las pasiones y la razón, esos dos baluartes del alma. Y entonces la volición, poder dirimente, sucumbe o cae hechizada, avasallada por el torrente de los agentes de la destrucción. Porque, ¿qué son los ritos (que pueden incluir salvajes hecatombes), el llanto individual y colectivo y las secretas ceremonias, como la profanación, sino acciones terapéuticas, mágicas conjuraciones contra la ausencia de deseos, la más perniciosa de las pasiones tristes del alma?». Martín recuerda que aquella primera vez dejó de leer e hizo a un lado el cuaderno; la pequeña Zoila hacía pocas semanas que se había venido a vivir con él y dormía en la tarima que compartían y el viento parecía haberse replegado preparando su gran acometida de la medianoche. Las consideraciones del doctor González las sintió como propias, como si él las hubiera escrito, pues de manera lúcida y

racional expresaban un pensamiento oscuramente sentido, por lo menos desde los años en que lo hice visitar a don Asunción Juares.

—Oye a tu masa, a tu cometa, escúchalos.

—¿Pero desde cuándo el luto lo había invadido? ¿Es que se había convertido el luto en divisa y sustancia de su vida?

Con interrogaciones de esta guisa salió a recorrer el caserío y las dunas que lo rodeaban, mientras empezaban a abatirse las primeras trombas del último gran viento de la noche.

Su padre (puedo decirlo ahora) lo eximió, ¿o lo despojó?, de su derecho a guardarle luto al morir antes de que él naciera. No hubo luto en su corazón cuando vio morir a su abuelo, pues esta muerte (que acaso deseó), con su prolongada y repulsiva agonía, le produjo exultación, una embriaguez no importa si punible, más intensa (presumo) que la de los condenados que recuperan la libertad, porque significó el descubrimiento (aunque incipiente y rudimentario) de un azaroso sentimiento de manumisión, de ruptura y anunciamiento. La locura de Primorosa Villar o, dicho con mayor exactitud, la demencia de la pobre tía Primorosa, la había sustraído del ordenamiento de los días, de modo que él consideró su muerte como la ascensión definitiva al mundo superior en el que ella vivía desde mucho antes de que él naciera. He llegado a pensar que tal vez lo más cercano a la situación que entraña el luto humano, Martín Villar lo experimentó en los tres años y tantos que vivió en el caserón de la calle Matavilela, en uno de cuyos cuartuchos (tan lóbregos, tan depresivos) se ahorcó la querida tía Dioselina, lo cual no impidió que, en aquella sombría, ruinosa y melancólica cueva, pasase él los días más jubilosos que hasta ahora ha vivido.

Como dice el doctor González en otra nota, «el luto entraña una pérdida en el ámbito de la familia, de la comunidad y en los territorios de la amistad y del amor». Durante los funerales de su abuelo Santos tuvo un entendimiento privilegiado del luto filial, diverso y abismal y tortuoso, no exento de rencor ni de odio. El sobrio llanto de don Domingo Medina fue un aprendizaje ejemplar del luto que puede suscitar la amistad. ¡Cuánto le enseñó esta temprana experiencia! ¿Cómo, de otro modo, habría estado en condiciones de imaginar el sentimiento que embargó al aventurero J. J. Dollfus (el supuesto Bauman de Metz) cuando en el cerro Chaumont asistió a la incineración del noble cuerpo de su amigo Prosper Presburg Zimzel en la pira común en que se consumieron los cadáveres de tantos anónimos combatientes de la Comuna? Y cuando en la universidad leyó y releyó *Las troyanas* (incluso llegó a aprender de memoria pasajes enteros) creyó descubrir la naturaleza y el sentido del luto perenne de la señorita Domitila Diéguez, que abarcó un espacio más vasto que el del amor y que, tiránico, obsesivo y desolado, expulsó de su corazón a todo otro sentimiento que no fuera el del dolor vindicativo.

Otro verso acudió a su memoria: *Los pilares que vi me están oyendo*. De modo que, en tanto arreciaba el vendaval, Martín Villar iba diciendo: *¿Por qué, me he preguntado después tantas veces, acompañaron con sus tambores y chirimías y flautas y cantos y salmodios los ciegos caminantes (y, junto con ellos, gentes pobres de los campos) a mi tío Luis que sobre la acémila llevaba enfardelado en sacos de brin el cadáver del bandolero Isidoro Villar, luego de desenterrarlo de la oprobiosa zanja en que fue arrojado después de ser fusilado y, enseguida, para mayor escarnio, colgado del Zapote de Dos Piernas? Como me lo reveló don Juan Evangelista, todavía hasta dos o tres décadas atrás, los viejos indios de la comunidad de Catacaos vestían de negro por el luto que guardaban desde que siglos antes su pueblo fue*

despojado de su señorío y reducido a la opresión. «Por eso llevamos luto en el corazón», me dijo. «Por eso nuestras prendas de vestir están hechas de paños y telas negros. Por eso somos los devotos, dolientes y depositarios del drama del Calvario... Y al llorar por el mártir de la cruz lloramos también por nuestros antepasados y nuestros antepasados gentiles escuchan desde sus tumbas ocultas nuestros lamentos...». Creo que de alguna manera mi tío Isidoro Villar participaba de este sentimiento y fe, por eso veneraba los arenales, las dunas y los médanos y si se valió del paso de uno de los médanos errantes para enterrar su cuantioso botín (y solo a mi abuelo Santos le reveló el secreto derrotero que seguía el médano según la dirección cíclica de los vientos) lo hizo como ofrenda y prueba de que toda su rebeldía y su lucha (que no desconocieron la crueldad, ni sucumbieron a la piedad ni al perdón) estuvieron determinadas no solo por el agravio que padeciera el linaje de los Villar a raíz de la venta de Primorosa, sino por la violencia y el humillante sometimiento que sufrieron los antepasados de Sacramento Chira, los míticos abuelos que, desde la profundidad de sus tumbas recubiertas por la arena perpetua, clamaban venganza, y el imperio de estos clamores se lo había revelado el cactus en los remotos años de la niñez, durante las infaustas ceremonias a las que mi bisabuelo sometía a sus hijos bajo la sombra del vichayo tutelar de los de mi sangre.

Aún debían faltar cerca de dos horas para que empezara a amanecer cuando Martín retornó a su cabaña. La Chinita, ajena todavía a sus manías, se había despertado y, desde la semipenumbra (él había dejado prendida la lámpara con la mecha corta), lo miraba asustada; eufórico, triste y cargado de recuerdos y tras beber agua de la tinaja, se acercó a ella sin importarle su cuerpo pegoteado de arena. *Tengo muchas historias que contarte*, le dijo, iniciando la tortura que habría de durar cuántos años. Por fortuna, aquella madrugada, rendida por el sueño, la chiquilla volvió a quedarse dormida.

Recusando, como el doctor González, la consolación por el olvido, Martín Villar se dijo que debía armar su propia estrategia para transformar el luto, que ahora sabía reinaba en él, en fuerza creadora. En la filosofía de Spinoza la tristeza posee un signo negativo, pero sin la tristeza, los poderes de la imaginación y del entendimiento resultan estériles. ¿Dónde había leído esto? Por eso, se dijo, era necesario mantener la llama viva, pero evitando que el fuego abrasara y consumiera. Como ya se ha referido, desde los tiempos de su adolescencia él había empezado a contarle a Arturo Lama la historia de los suyos. Después en la universidad, por influencia de las nuevas lecturas (y de las modas literarias) y por los requerimientos de lo que podría llamarse «el deber social» se impuso escribir relatos que, para usar el lenguaje pomposo de esos años, hablasen de la condición humana y del compromiso con la historia, pero entonces Deyanira Urribarri tuvo la sabiduría de revelarle que el contar la historia del linaje de los Villar era el primero de los imperativos que la vida le imponía. Pocos días después de aquella madrugada empezó a escribir una narración que tituló «Una tumba para Primorosa Villar», que al fin se convertiría en uno de los tantos comienzos fallidos de esta ficción, uno de los tantos desbordamientos de un torrente que, encalavernado, se adentraba por tierras, ciudades y necrópolis de la realidad y los sueños.

Con el paisaje verdecido se impone echar una mirada al Chira y al Piura, los ríos que más estudió (y amó) el doctor González y cuyas descripciones dedicó a Raimondi, como un íntimo homenaje a aquel sabio que en el fundo Antomira de la señora Alcira Urrutia, en los luminosos años de la infancia, le reveló que la tierra y las aguas y los vientos y los fuegos del sol contienen secretos lenguajes que era preciso saber descifrar.

En tiempos antiguos, los tallanes lo nombraban Turicará o Turicamí (¿o Marcavel, como sostiene don Juan Evangelista Chanduví?), pero antes de que

fuera conocido con estos nombres y mucho antes de que tuviera nombre alguno corría, raudo y salvaje, abriéndose paso por entre cañones y gargantas calcáreas del Cretácico. Y en cierto periodo remoto discurrió, tormentoso, por entre los arenales de Catacaos, soberbio penetró en el desierto de Sechura y desembocó, formando un delta de tres gigantescos brazos, donde, desde tiempos recientes según el calendario geológico, vierte sus aguas al Pacífico, el Lengash, que era el nombre con que los tallanes conocían al río Piura.

Martín Villar solo había llegado a conocer el curso peruano del Chira, es decir, desde la confluencia del Macará y el Espíndola o Calvas, pero el doctor González lo remontó hasta su mismo nacimiento, en el nudo de Loja, en las alturas de Yananga, en el Ecuador: «un espacio», asegura el doctor González, «abrupto y lluvioso, saturado de gargantas y de una infinidad de laberintos de montes». Y allí, con el nombre de Catamayo, nace el Chira como un río de escaso caudal corriendo de sur a norte, hasta las cercanías de Catacocha. «De Catacocha», dice textualmente el doctor González, «toma un rumbo suroeste; sigue entre el Pindo y el Huato o Santa Gertrudis; recibe por la derecha el Casanga que baja de Huachanama; desciende entre las cadenas de Celica y Pandomine, al término de las cuales engrosa, por la izquierda, con las aguas del Macará y el Calvas, confluencia que realiza a seis leguas (treintaitrés y medio kilómetros) más abajo de la hacienda La Tina, por donde empieza a ser nombrado río Chira, para convertirse enseguida en torrentoso río al recibir las aguas de los afluentes peruanos: el Alomar, por la derecha, y, por la izquierda, el Grande o Quiroz y el Chipillico o Suipirá».

Como centenares de caballos indómitos y desbocados galopando por un valle encajonado, el cauce del Chira, en la mayor parte de su recorrido por la tierra piurana, es un cañón, «un cañón maldito», como lo denominaron los primeros cronistas, de paredes blancas, brillantes y erizadas de cincuenta a cien metros de altura, abierto por en medio de un paraje atormentado y

pedregoso y azotado por vientos del suroeste que empujan nubes de polvo gris y acre. A partir de la cuenca de Lancones, el paisaje se torna menos severo y, pronto, las colinas de arcillas grises y polvorientas quedan atrás y se asiste al estallido de un mundo de apariencia tropical, de un verde exuberante, tornasolado, húmedo y lascivo.

Desde que se precipita por el territorio de nuestra región, el Chira sigue una trayectoria suroeste; luego, como consecuencia de una notable estrangulación entre las cuencas de Querecotillo y Marcavelica, se forma el codo de Sullana, lo que determina un cambio de dirección hacia occidente. Esta, que corresponde al curso medio, se mantiene hacia La Huaca, pero al penetrar en Amotape experimenta una flexura hacia el norte, formando un lóbulo convexo; aquí pareciera que la corriente se detuviese bruscamente (enfrenados violentamente, los caballos páranse por unos instantes en dos patas) para, enseguida, venciendo el estrechamiento de Congará, divergir hacia el sur y de allí, libre y apaciguada, se lanza a construir su imponente delta cerca de Colán, entre una cadena de dunas y la tierra muerta del tablazo de Paita.

En su descripción del valle del Chira, el doctor González destaca el contraste entre el maravilloso panorama que se ofrece a la vista (desde una avioneta se ve una cinta de un verde turquesa y esmeralda con irisaciones doradas y púrpuras que atraviesa las mesetas de una blancura refulgente, tan propias de las costras de yeso y de los taludes de conchas marinas) y el carácter malsano de la naturaleza allí surgida, naturaleza escarpada, ecuatorial, pantanosa y sofocante y plagada de insectos y de alimañas, apenas menos repulsiva que la región de los manglares de las desembocaduras del Tumbes y el Zarumilla. Pero, además, por ser el Chira un río encañonado, profundo, torrentoso y desorbitado, mantiene en permanente asedio las tres terrazas de su ribera. De ellas, la más alta, entre treinta y doce metros por

sobre el río, es inutilizable para el riego, debido a su topografía accidentada, que fragmenta y comprime los terrenos confiriéndoles una fisonomía fragosa y baldía. La más baja se halla a merced de las crecidas devastadoras de cada año, de modo que solo la terraza intermedia, cuya altura oscila entre seis y doce metros por sobre el nivel superior del río, se encuentra precariamente protegida de las avalanchas y posee suelos profundos y cargados de sustancias y limos suculentos. Sin embargo, también esta terraza se ve afectada por el juego de los meandros y brazos extraviados que divagan libremente en la temporada del clímax aluvial, juegos mortales que tantas veces sepultaron sembríos, aldeas y cementerios, como el antiguo cementerio de Congará donde reposaban los restos de la madrecita Sacramento Chira.

Perdido, tortuoso, divagante marchaba Martín porque, a diferencia del doctor González, la suya (así lo creía él) era una conciencia confusa sobre la cual no había caído la oscuridad, sino que la oscuridad era su propia sustancia. La obra del padre espiritual de su padre (que, pese a todo, partía de un radical acuerdo con el ser en general) constituía un paradigma en la medida en que lo incitaba a la exploración y lo preservaba del desfallecimiento, la pereza, la abdicación, la impostura, pero no en cuanto a la naturaleza de lo que él quería llevar a cabo. Martín había apuntado para sí estas sentencias de Spinoza subrayadas por el doctor González: «Cada cosa se esfuerza, cuanto está a su alcance, por perseverar en su ser» y «El alma se esfuerza, cuanto puede, en imaginar las cosas que aumentan o favorecen la potencia de obrar del cuerpo». ¿Imaginar, escribir, protegerían a su cuerpo de la fascinación que aún sentía por la muerte?

Pero, a fin de cuentas, ¿qué es lo que pretendía escribir? Entre sus numerosos apuntes, Martín Villar había confeccionado la siguiente lista:

(Hay)
-un cuchillo para la matanza y la castración
-una nicula para el castigo de animales, hijos y madres
-un cabestro de cuero de macanche con ocho lenguas de cobre
-un sable y un par de botas de altas cañas
-¿unas charreteras doradas?
-una bigama hecha con el miembro de un legendario semental taurino
-más sables y rifles
-carros artillados de combate
-cuerdas y sogas de ahorcados
-una escopeta Winchester con labraduras de plata y marfil
-¿otra vez fusiles?, ¿bayonetas?
-un espejo hundiéndose entre los excrementos
(Hay) entre una abundante fauna, tres animales réprobos:
-un gran padrillo que dejó de serlo
-un gallo-gavilán de nombre Matancero
-un mulo, el Colorado, también híbrido y estéril
(Hay, está) la tierra:
-arenales
-páramos baldíos
-despoblados
-jalcas esteparias
territorios desconocidos:
-¿Tarapacá?
-¿Campos de Castilla?
-¿Montes pirinaicos?
-otra vez el desierto con sus formaciones de médanos errantes
(Hay, están)

-un pueblo rencoroso
-una pequeña ciudad
-ciudades extrañas y odiosas:
¿Lima?
¿Barcelona, París?
necrópolis indias sepultadas bajo las dunas
Y entre los árboles de la tierra, un árbol de amargura: los Villar
Ah, y unos cuantos destinos de seres extraviados

De modo que, además de la *Geografía física de Piura* del doctor González, necesitaba de otros paradigmas para poner en movimiento todas estas imágenes. Ya durante la adolescencia le hicimos oír la voz del cactus sacramental: *Escucha, muchacho, escucha, Martín, la voz de los tuyos y de los antepasados de los tuyos, que yacen esperando desde el fondo de los médanos*. Hemos visto que Martín no fue sordo a estos requerimientos, lo hemos sorprendido visitando el hogar primordial, le hemos visto rendir tributo al mismo árbol ante el cual su tío Isidoro juró a su hermano Santos vengar la afrenta padecida por los Villar. ¿Por qué, entonces, el torrente se negaba a forjar el cauce que le permitiese discurrir libremente recibiendo el aporte de los tributarios? Porque existían otros ríos pequeños (la lápida, por ejemplo, del infame François Boulanger) y las propias perplejidades y tormentos de Martín Villar. ¿O es que el impedimento radicaba en él, al considerarse indigno y culpable? Pero, ¿no enseña Spinoza que quien se arrepiente de lo que ha hecho es dos veces abyecto?

Llevaba centenares de carillas escritas cuando tuvo que admitir que no podría seguir adelante. ¡Si poseyese la inocencia, la fuerza y la fe de los amados patriarcas...! Pero era demasiado tarde e inútil lamentarse: había que asumir a plenitud el espíritu de la modernidad, es decir, el cinismo, la ironía,

la irreverencia, lo cual, digamos, sería como contagiarle la sífilis al venerable Rosendo Maqui. Entonces las voces se silenciaron y él cayó en el desaliento, la incuria, la sevicia. O, para utilizar una frase muy traída y llevada por Villar, fue como si estuviera precipitándose a un desgalgadero sin fin. ¿Lo hemos relatado? Sí, y fue un mal momento para Martín Villar, durante el cual se resintieron sus relaciones con la comunidad y la pequeña Zoila debió conocer el lado oscuro y ultrajante del amor. Después decidió empezar de nuevo, desde el principio. Releyó su mínima antología personal de novelas clásicas, luego, lápiz y papel en mano, estudió minuciosamente a los novelistas del siglo XX que había traído a El Conchal (y unas cuantas más que encargó a Lima a su amigo J. L.) y de este y de aquel aprendió esto y aquello e, imitando a este y a este otro, volvió a rescribir las historias sin preocuparse demasiado de borrar las huellas, porque mientras escribía descubrió que también su ficción trataba de su aprendizaje del arte de escribir.

No llegó a elegir un paradigma ni entre los clásicos ni entre los contemporáneos. O, más bien (por soberbia, por esnobismo), se impuso alegremente diversos modelos que, por respeto al lector, omitimos indicar. Y así, por fin, tras haber aprendido a respetar tanto los imperativos de la vida como los del arte (a la herida y el deleite verbal), el río había forjado su cauce o tal vez los diferentes torrentes al encontrar su cauce habían forjado el río único de la novela. Y ahora la atención de Martín se centraba en cuidar las subidas y bajadas del nivel de las aguas, en evitar los desbordamientos y la proliferación de meandros que se trocan en brazos muertos, charcas y ciénagas, en canalizar, asimismo, la súbita irrupción de ríos desconocidos (la perenne agonía, por ejemplo, del padre Azcárate) y en mantener las corrientes subterráneas del rencor y las furias. Ahora bien; si (como veremos en las páginas finales) Martín Villar dispuso de no pocos documentos para elaborar

esta ficción, creemos que la misma reposa, fundamentalmente, sobre la memoria y la imaginación, esas facultades del alma que tan escaso rol desempeñan en la filosofía de Spinoza. Por ventura, Villar no pretendió definir la memoria, sino que se sometió a sus poderes para navegar aguas arriba del tiempo; y en cuanto a la imaginación, la intuyó como una facultad ilimitada para dar corporeidad (sustancia, asidero, facticidad) a las imágenes de la realidad y a las fantasías que los seres humanos atormentados tejen y construyen para liberarse de la soledad y de la muerte.

Pero el espíritu de la modernidad es, también (y acaso sobre todo), el espíritu de la duda. Navegaba Martín, eufórico y entre zozobras, en las corrientes de su propio río (y durante la travesía dejaba de ser contingente, sintiéndose, en cambio, absurdamente, necesario), cuando lo asaltaron estas dudas: ¿por qué y para qué escribir novelas?, ¿para qué congestionar el ya abarrotado mundo con un nuevo libro?, ¿la realidad y la vida no cuentan con excesivas imágenes de sí mismas? En una de sus lecturas de Proust, Martín sacó este pensamiento: «un libro es un gran cementerio, en la mayor parte de cuyas tumbas no pueden ya leerse los nombres borrados». ¿Era todo a lo que puede aspirarse? Pero entonces bastaba con el propio cementerio de los Villar, con las tumbas ocultas en el mundo, con las necrópolis indias con las que fantaseaba desde los tiempos de su adolescencia, menos perecederos que cualquier imagen elaborada para rendirles secretos cultos. Fue entonces que Martín Villar volvió a pensar en *El Libro de la Comunidad* de don Juan Evangelista Chanduví Mechato.

Desde su peregrinaje al Bajo Piura nunca había dejado de pensar en don Juan Evangelista, pero hasta este momento (y en ello habían jugado lo suyo las monadas del vanguardismo y la modernidad) no se le ocurrió pensar en *El Libro de la Comunidad* entregado en custodia mientras viviese el señor Chanduví Mechato como el paradigma que no pudo encontrar en las obras

literarias amadas y reverenciadas por él. Navegaba Martín (hemos escrito) eufórico y entre zozobras en las corrientes de su propio río. Pero, ¿era, de verdad, su propio río? ¿Es que la memoria y la imaginación le pertenecían? ¿Le pertenecían siquiera las palabras? Suyo sin duda era el placer (un placer pervertido, hecho de dolor y auto tortura) que el acto de escribir le había deparado, pero nada más, solo eso. Recordó a su antiguo profesor Pascual Silipú Chiroque, que había abjurado de su linaje y traicionado las esperanzas puestas en él para que continuase escribiendo *El Libro de la Comunidad*. ¿Es que acaso Martín no supo comprender el mensaje (el don y el encargo) que don Juan Evangelista le transmitió? Releyó cuidadosamente la evocación que hiciera de aquella entrevista. ¿Libro perpetuo? Sí, porque era un libro incesante, en perenne desarrollo y reelaboración continua; libro sin dueño, colectivo y anónimo; libro entregado a cada generación en usufructo para que escribiera su propio capítulo de alabanzas y vituperios y registrara su resistencia y su lucha contra el ultraje y la opresión; libro que contiene los juicios contra las generaciones indignas y los seres descastados; libro de la justicia póstuma para con aquellos hijos que, por descubrir una nueva verdad, fueron incomprendidos, calumniados, expulsados y aun destruidos; libro, en suma, del renacimiento sin término, porque, como individuos, como padres, como hijos, como hermanos, como amantes, a menudo olvidamos (y es justo que así sea, pues es preciso que la vida continúe), de modo que solo los pueblos no permiten el olvido, solo los pueblos y las comunidades vigilan las tumbas e inscriben sobre las lápidas los nombres borrados. *¿Por qué*, se dijo ahora Martín, *no entendí el llamado de don Juan Evangelista Chanduví? ¿Por qué no concebí esta ficción (ficción que debo ya concluir) como un capítulo mínimo de El Libro de la Comunidad?* Hubiera sido un libro necesario y hermoso, pero para escribirlo habría tenido que purificar

radicalmente su espíritu, rompiendo todos los lazos con las ciudades que aún lo seducían.

«Río indio, río de mis antepasados», así denominó Martín Villar, en un arrebato lírico, al río Chira; pero tan de indios y tan de sus antepasados, como se lo hiciera ver don Juan Chanduví Mechato, lo son el Tumbes y el Piura, en cuyas cuencas y márgenes se establecieron, por lo menos un milenio atrás, los pobladores del Señorío Tallán. El Tumbes y el Chira tienen esto en común: las cuencas de recepción, las fuentes matrices de ambos ríos, se hallan en la región de precipitaciones ecuatoriales, regulares y abundantes, allende la frontera geográfica de la zona árida, de ahí la permanencia, la regularidad y la riqueza de caudal de estos dos ríos; en cambio, como observó el doctor González apoyándose en sugerencias de Raimondi que geógrafos posteriores han confirmado, el Piura se origina en un espacio que, de manera discontinua, voluble, inconsecuente y conjetural, estatuye el límite septentrional entre la zona ecuatorial y la zona árida, lo cual imprime un carácter apasionado y contradictorio al Piura, cuyo nombre tallán, el Lengash, significa «río loco, río huaquero».

El muchachito Cruz Villar que acompañó entre febrero y marzo de 1914 al doctor González en una exploración hacia las varias «madres» del Piura, tuvo la oportunidad de asistir en Huarmaca al maravilloso fenómeno que, de acuerdo con la explicación del papá-doctor, determinaba «las veleidades y locuras» del Lengash. Como gustaba recordar tiempo después el propio Cruz Villar, el doctor se hallaba instalado con su modesto instrumental geofísico en el atrio de la iglesia de Huarmaca cuando, tras varios días de observación, de trabajos de mensura y de indagaciones entre los lugareños, le reveló que el tejado de la iglesia constituía el eje del *divortium aquarum* entre las vertientes del Pacífico y del Atlántico de nuestra región. *Divortium aquarum*: cuánto

encandilaron la imaginación del adolescente Cruz Villar estas dos palabras. Llovía, llovía en forma sostenida desde hacía dos horas, recordaba el que habría de ser padre de Martín. Entonces, el doctor González, señalando la techumbre, le dijo que la lluvia que caía sobre el alero oriental discurría hacia el Huancabamba y, a través de él, al Chamaya, al Marañón, al Amazonas, para terminar en el remoto Atlántico, mientras que la del alero occidental se precipitaba al Huarmaca (nombre que tiene el Piura en esa zona) y concluía vertiéndose en el mar de Sechura. Pero no siempre, le explicó también, la distribución de las aguas entre las dos vertientes se producía de manera armoniosa y equitativa: todo dependía de la dirección de los vientos y del volumen de las precipitaciones pluviales, tan irregulares y caóticas por ser linde (una linde huidiza y anárquica) entre dos zonas geográficas distintas; por último, le indicó, podía ocurrir que el Huarmaca cambiara de curso y evacuara sus aguas al Huancabamba y, cuando esto ocurría, la sequía del valle era irremediable, como inexistente el Piura.

Río de nacimiento azaroso, el Piura desciende de manera vertiginosa del cerro Sorogón y de inmediato es alimentado por las quebradas Sillanquín, Huanambulo y Collana. «A dieciocho kilómetros de sus fuentes», escribe el doctor González, «ha bajado ya dos mil quinientos metros; en Salitral, a sesenta y cinco kilómetros, solo está a doscientos metros sobre el nivel del mar. Después de Salitral y del no muy distante Morropón, empieza la verdadera odisea del Piura». Porque este río, debido a ese laberinto pluvial que se desata en sus matrices, puede quedar extenuado a mitad de camino, completar de manera normal su travesía o bien avanzar en forma tormentosa, saliéndose de su cauce y arrasando y destruyendo todo lo que se opone a su furiosa y ciega acometida. Por eso, como dice algún geógrafo de nuestros días, existen tres ríos Piura: el secreto, el normal y el furioso. «Me gusta pensar», escribió Martín Villar, «en el primero y en el último de estos ríos».

El secreto es el río Huaquero, aquel que, inseguro de sus fuerzas, se esconde, se sume, desaparece bajo la superficie e inicia un ardoroso desplazamiento subterráneo de carácter ctónico, alimentando las vertientes ocultas y las napas freáticas del curso inferior, de modo que el vasto despoblado de aspecto desértico tiene una intensa circulación de aguas internas que mantienen la potencialidad germinal de las tierras. El río furioso es, propiamente, el río Loco, el que en su avenida impetuosa abre cauces, el que da nacimiento a los llamados «ríos viejos», aquellos ríos errabundos y de vida efímera, pero que al extinguirse dejan sobre la tierra rastros indudables de su arrebatado paso, como ocurrió con los macizos, los extensos brazos que se formaron en 1871 y 1925; y este es, asimismo, el río que, al acercarse al mar, se alarga y a la vez se extiende y amplifica desmesuradamente y, resultándole comprimida su bocana normal de Parachique, abre dos brazos más, uno, el de Virrilá, en Bayóvar, y otro que, rebasando su propia cuenca, invade la quebrada de Ñamuc, prolongación de la quebrada de Casajal, hasta desaguar, formando un reverberante lago, frente a la isla de Lobos de Tierra.

En dos excursiones, Martín Villar ha logrado recorrer en su integridad los más de doscientos veinte kilómetros que atraviesa el Piura. La primera excursión abarcó desde Huarmaca a Tambogrande y la efectuó mientras trataba de reconstruir el itinerario de la vida bandoleril de Isidoro Villar y del frente de bandoleros que entre 1909 y 1910 conformaron Miguel Rodríguez, Pasión López, Carmen Domador y el propio Isidoro Villar. La segunda comprendió el Bajo Piura, desde Coscomba a Sechura, y entonces iba él a la búsqueda de don Juan Evangelista Chanduví Mechato por razones que he relatado en otro lugar. *¿Y cómo es ese bendito río Loco?*, le había preguntado la pequeña Zoila, luego de que le estuviera hablando del Lengash con los cuadernos del doctor González entre las manos. Martín Villar trató de imaginarlo y luego lo dibujó sobre la arena...

Y ahora, después de tantos peregrinajes y estudios fatigantes, quisiera evocarlo una última vez. Visto desde las alturas, el curso del Lengash describe, desde los Andes hasta el área tectónicamente deprimida del Bajo Piura, una amplia curva que, abriéndose hacia el norte, gira a partir de Tambogrande en dirección sur, constriñéndose allí la abertura del arco y luego prosigue su marcha con escasas ondulaciones y al acercarse a Sechura experimenta una breve flexura en sentido occidental al encuentro del mar. Solo la cuarta parte de su recorrido la hace por terrenos de la zona andina, de modo que el plano tendido de la vertiente, el avanzar por lechos poco profundos, apenas por debajo de las tierras de cultivo y flanqueado por formaciones de arena muy blanca y por algarrobales, confieren al Piura sus rasgos más característicos. Y esta es la imagen que termina por imponerse: la de un río que discurre por entre fogosas llanuras de arena, interrumpidas aquí y allá por bosques calcinados y por agrupaciones de dunas itinerantes, muchas de ellas atrapadas por zarpas de vegetaciones rastreras. Porque, sobre un fondo de desolación ilimitada, el paisaje del valle de Piura es austero, reconcentrado, casi hierático, con un verdor hondo, cada vez más oscurecido a medida que los algarrobos se hacen determinantes entre los bosques, pues, aunque languidecentes y degradados, estos existen aún por entre los vastos arenales de inclemente belleza.

Con tristeza, con nostalgia, Martín (el bizarro Martín Villar) se disponía a escribir la secuencia final de su tortuosa, desmesurada ficción. ¿La hora? La hora de la noche que más amaba (en torno suyo el poblado silencio y los estropicios del viento), listo el tazón de café que él se había preparado, pues (como dijimos) Zoilita Chira trabajaba en el vecino pueblo de Nomara; rápido, en forma de esbozos y apuntes empezó a escribir:

«...Relatar, por ejemplo, las vísperas (escribir así, *vísperas*, por el sentido canónico que le confirió el padre Azcárate) del suicidio del doctor González. No, un relato de esta índole daría pie para una novela. Un día perfectamente normal, sin premoniciones, o casi. Me he preguntado por qué mi padre, tan prolijo en otros aspectos relativos al papá-doctor, jamás alude en sus cuadernos a este suceso. Por lo poco que le dijo a mamá Altemira pienso que debía sentir una mezcla de remordimiento, rencor, culpa y vergüenza. Me es fácil explicarme el remordimiento y la vergüenza, sobre todo la vergüenza. ¿Cómo es que el más sabio y bondadoso de los hombres iba a suicidarse? Muerte indigna, ofensiva. Mi cándido padre. *Yo no estuve presente para auxiliarlo*, le confesó a mi madre. También entre lágrimas le confesó la razón: vivía en esos días su primera relación amorosa, de modo que la noche aquella no la pasó en casa de su padre espiritual. El remordimiento, la culpa, ¿nunca nos libraremos?

»Me imagino que el rencor (apenas un temblor fosco de acuerdo con el alma de Cruz Villar) se debió a que mi padre no llegó a sospechar que el doctor González atentaría contra sí mismo. Por el contrario, en los últimos meses (del año de 1918), el papá-doctor parecía haber controlado en buena medida su adicción y reinstaurado un nuevo orden y rutina en su vida; había (es cierto) restringido sus visitas médicas a las zonas rurales, pero, en compensación, añadió un día más (con lo que sumó tres) de atención a los pobres de Piura y los alrededores...

»Habría que especificar esta rutina; a la hora del crepúsculo, los miércoles (las veces que los dos se hallaban en la ciudad), plática con el padre Azcárate bajo los ficus de la Plazuela Merino; desde mediados de junio, los viernes, de siete y media a nueve y media de la noche, velada musical con el conjunto musical Véspero, integrado por la señorita Gerardina Vise (piano), Félix Purizaga (flauta), Baltazar Ubillús (viola), Wilfredo Obando Jr. y J. Sebastián

Pozo (violines), todos ellos descendientes de antiguos clanes de músicos. Mi padre amaba de manera especial estas veladas que se llevaban a cabo en el gran salón que había permanecido cerrado desde la muerte de María Monasterio (sería necesaria una nueva descripción del salón y de los diversos ambientes utilizados por el doctor González como estudios). Según recordaba mi buen padre, semanas antes de que se inaugurasen las veladas musicales, el doctor González extrajo de su polvoriento estuche el violín que no había pulsado desde los años de juventud. Rememoró la edad de oro: los conciertos con su señora madre, doña Alcira Urrutia, y con sus condiscípulos José Agustín Benalcázar y Rodolfo Lama Farfán de los Godos: después de practicar unas noches y de burlarse de sus dedos agarrotados y de sus oídos maltrechos, el papá-doctor desistió y volvió a guardar el violín *como si lo depositara en un sarcófago*; quince días después recibió en el salón al conjunto Véspero. Les obsequiaba oporto, finas galletas importadas y la excelente caña de primera que sus pacientes de Huancabamba y Ayabaca permanentemente le llevaban como ofrenda. El programa se dividía en dos partes: en la primera, el conjunto ensayaba e interpretaba piezas sencillas de Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert; la segunda parte la dedicaban a ejecutar música melódica ligera, como fragmentos de zarzuelas y operetas, valses vieneses, piezas como “Sobre las olas”, “La pampa y la puna”, “Las Américas”, y composiciones de la inspiración de miembros del propio grupo; pero lo que más añoraba mi padre eran los solos de piano de la señorita Gerardina Vise (su preferido era *Para Elisa* de Beethoven) que solo accedía a interpretar cuando el mismo doctor González se lo rogaba.

»*Sí*, pensaba mi padre, *un buen momento para el papá-doctor*. Personas ilustres de paso por Piura golpeaban su puerta. En la última visita de don Germán Leguía y Martínez, este le preguntó por la *Geografía física de Piura*. El doctor González le respondió que todavía necesitaba unos cinco años más

de trabajo; sin embargo, le proporcionó nuevos materiales para que el señor Leguía y Martínez los utilizase en la continuación de su *Diccionario Geográfico, Histórico, Estadístico de Piura*. Intercambio de presentes. El doctor González le mostró unos huacos de distinta factura y estilo de los conocidos en la región y que parecían corresponder a una cultura anterior al periodo de la dominación inca. Le enseñó los herbarios y le mostró el ya muy mermado gabinete de historia natural de la región piurana, pues había donado la mayoría de los especímenes al Colegio San Miguel y al Centro Escolar N.º 21. Mi padre nunca olvidó el olor a embalsamado, a formol, a morgue, a inmediaciones de cementerio, que se respiraba en el gabinete. El propio doctor González enseñó a Noblecilla, un asistente suyo del Hospital Belén, el arte de la taxidermia; mi padre no pudo superar el asco y cierto temor supersticioso cuando despellejaban a los animales extrayéndoles vísceras y huesos; las vísceras se botaban, en tanto las pieles y los huesos eran puestos a macerar en una solución de formol y alumbre; después reconstruían la osamenta, sujetando los huesos con alambres y rellenando la piel con algodón de rama o escayola. Más adelante, Noblecilla pasó a trabajar en la morgue y después (siguiendo con la línea funeraria) abrió la más moderna y elegante de las agencias funerarias de Piura. Según la patética, truculenta y divulgada versión del Ciego, el doctor González se suicidó en este gabinete de historia natural, bajo la mirada yerta de halcones, sierpes y saurios de nuestra región. La versión que dio *El Tiempo* (escrita por el entonces adolescente Néstor Martos) es más ponderada y probablemente más cercana a la verdad de los hechos: el suicidio ocurrió en su biblioteca y el doctor González, con pericia de anatomista, se disparó en el corazón con una Colt de corto calibre. Bella muerte, entre el universo de libros...

»Todavía unas palabras sobre la última rutina del papá-doctor. Los lunes, a las siete de la mañana, visitaba la tumba de María Monasterio: de pie, el

sombrero en la mano, la cabeza inclinada, permanecía en silencio, nunca más de quince minutos. Tampoco este lunes que precedió a su suicidio dejó de cumplir (ni alteró) el austero ritual. Las mañanas las dedicaba a atender a los enfermos en su domicilio de ocho a una; después del almuerzo, una siesta de una hora, pero no en su alcoba sino en una hamaca tendida en el segundo patio interior; a partir de las cuatro, sus visitas médicas domiciliarias las hacía en su viejo caballo, generalmente en los barrios pobres de Piura; también, claro, tenía pacientes entre las altas clases, por ejemplo, el doctor Eguiguren que se recuperaba de un ataque de apoplejía; pero la escasa clientela elegante que tenía el doctor se la había arrebatado el joven, alegre e impetuoso doctor Navarro, recientemente graduado en Alemania (además del cartón se trajo esposa, una rubia valquiria para mejorar la raza): rindiendo culto al futurismo, el flamante galeno había adquirido el primer automóvil que recorrió, entre la algarabía de los claxonazos, las polvorientas calles de Piura...

»Aun en el periodo más difícil de su vida, el doctor González acogió a los jóvenes de los últimos años de media del Colegio San Miguel o a los universitarios de vacaciones que acudían a su casona a visitarlo. Sobre estas visitas, mi padre ha dejado entusiastas testimonios, que a mí me entristecen. ¿En calidad de qué, por Dios, se le permitía asistir a tales reuniones? Pero dejemos esto... Centrarse en el último grupo de jóvenes: jóvenes brillantes, ardientes y locuaces, que muchos años después serían nuestros profesores y jurados de exámenes y hasta se convertirían en las vacas sagradas contra los cuales apuntábamos rebeldes e irreverentes; estaban el grupo de los matemáticos (el Cojo Álamo, el Cabo Nolte, el Loco Cortez, el Chancho Rosales) y el grupo de los letrados (Néstor Martos, el Sechura Jaime Benítez, los vates Héctor Manrique, Joaquín Ramos y Alfonso Vásquez Arrieta) y, como mentor del grupo, un joven universitario, Hildebrando Castro-Pozo.

Referirse al artículo de remembranzas de don Néstor Martos publicado cuando yo estudiaba el quinto de media. Las razones de estas visitas, que luego se trocaron en tertulias culturales, fueron lograr el consentimiento del doctor González para que la promoción del Colegio San Miguel de 1918 se denominase "Augusto González Urrutia"; afable, sutil, empleando diferentes argumentos, el doctor González persuadió a los jóvenes a que pusiesen otro nombre a la promoción; en cambio, los estimuló para que sacaran una revista, con la cual colaboró financieramente y con un artículo sobre las subregiones geográficas de Piura, con sus respectivas floras y faunas; en la remembranza, Martos afirma que la verdadera razón por la que no autorizó su nombre fue porque había decidido suicidarse; "una delicadeza del doctor González", dice Martos en su artículo, tan emotivo como lleno de contrición.

»El doctor González declinó tamaño honor (como decía mi padre) entre mayo y junio de 1918; quiere decir (si se acepta la tesis de Martos) que, ya desde entonces, el papá-doctor había resuelto quitarse la vida. Para que no fuera un acto desesperado, irracional, patético, trató de curarse, de controlar su dependencia y de poner orden en sus asuntos; de esta manera alcanzó la admirable serenidad con que lo recuerdan los viejos piuranos. Años atrás había discutido en términos filosóficos con el padre Azcárate acerca del suicidio. *El suicidio no le está permitido a un sacerdote*, había dicho el padre Azcárate. *Es el más inalienable de los derechos humanos*, respondió el doctor González. Desde entonces no volvieron a hablar más del tema. Y, por su parte, el doctor González se abstuvo de hacer confidencias e incluso se cuidó de aludir al suicidio como una posibilidad en sus *Diarios*. Creo que fue este silencio, este asumir el suicidio como un acto estrictamente privado, lo que suscitó los celos de mi padre. Corazón romántico, el doctor González debió redactar una epístola dirigida a la humanidad, a Piura, a la juventud (y con unas palabras para su hijo espiritual) en la que explicase las razones que lo

llevaban a tan extremo acto. Necesaria, imprescindible (pensaba mi padre), hubiera sido una epístola grave, hermosa, profunda y de valor pedagógico para las generaciones venideras. Además, de este modo se habría evitado el escándalo, los equívocos y los malentendidos que siempre suscitan en el vulgo actos de esta naturaleza...

»(No olvidar referirse a la servidumbre. La señora Clorinda Távara, ahijada de doña Alcira Urrutia, se encargaba de llevar la casa; cinco años mayor que el doctor González, nunca se casó y rehusó siempre compartir la mesa con quien prácticamente había crecido; la Luisa Pasache se encargaba de la limpieza; la Albina ¿Oliva? fue la última cocinera, tenía un hijo de seis años que había nacido con un brazo débil y fofo; según las habladurías, era hijo del doctor González. Dada la rectitud del papá-doctor debe rechazarse este rumor pues, de ser cierto, sin duda lo habría reconocido (a la Albina, como a toda la servidumbre, el doctor González le dejó una modesta donación en su testamento); el viejo Valladares, con una recua de hijos y parientes y que habitaba en la parte trasera de la casona, se encargaba de la pequeña caballeriza y de los mandados; mi padre, con los recelos de doña Clorinda, ocupaba el estatus de hijo adoptivo y compartía la mesa con el papá-doctor; por decisión propia, Cruz Villar se hacía cargo de la limpieza y del cuidado del gabinete, el mirador y la biblioteca del doctor. Es preciso descripción).

»Día perfectamente normal, aquel. Sin vaticinios. O casi. Dos o tres hechos, algún gesto, unas palabras, a las que el recuerdo se obstina en conferir un valor premonitorio. El suicidio ocurrió en la madrugada del viernes 21 de diciembre de 1918; el martes 18, el doctor González envió una tarjetita muy cortés (escrita de su puño y letra) a cada uno de los integrantes del grupo Véspero, disculpándose por tener que suspender por razones de trabajo la deliciosa velada musical correspondiente a ese viernes. Se me viene

a la memoria François Boulanger de Chorié. ¿Cómo habría actuado este en la misma circunstancia? No habría escrito, desde luego, la esquela, y habría pospuesto por unas horas el suicidio. ¡Y hubiera procurado estar particularmente encantador y mordaz en la velada de despedida! Pero el doctor González no era hombre ironista ni gustaba de las bromas macabras y procuró despojar al acto de ese aspecto histriónico que, por lo menos para los vivos, tiene por naturaleza. En la remembranza aludida más arriba, el profesor Martos recuerda que en la última tertulia que los jóvenes sanmiguelinos tuvieron con él (en la noche del miércoles 19), el doctor González, hablando con Hildebrando Castro-Pozo, le dijo que estaba cometiendo el sacrilegio imperdonable de traducir en forma versificada el Canto XXVIII de Leopardi, «*A se steso*» («A sí mismo»), cuyos primeros versos, según recordaba Martos, eran los siguientes:

Descansarás ahora para siempre,
cansado corazón mío.
Murió el engaño extremo
que eterno imaginé...

»Cruz Villar agregó este otro recuerdo, si bien no estaba seguro del día exacto: mientras mi padre hacía una limpieza a fondo y reordenaba y clasificaba la biblioteca, halló refundida en la última de las gavetas del amplio escritorio de caoba un sobre muy decolorado por el tiempo que decía: “Para el noble joven Augusto González Urrutia, de su amigo Bauman de Metz”. En otra parte he relatado en forma detallada este hallazgo; basta decir aquí que, luego de leer dos veces la misma misiva enviada treinta y nueve años antes, el doctor González dijo: *Me pregunto, Cruz, si mi vida habría sido distinta de haber leído esta carta en el momento oportuno*...

»El último hecho que merece recordarse es la negativa (negativa en primera instancia) del doctor González a asistir a una joven y primeriza parturienta. El papá-doctor acababa de cenar (cenaba a las siete de la noche) y se disponía a ingresar en su escritorio cuando se oyeron unos aldabonazos urgentes. Golpes perentorios, demasiado familiares para un viejo médico. El doctor González hasta el final no rehuyó las visitas de urgencia a los domicilios. Por eso se recuerda su primera negativa. ¿Por qué no acudir a la excelente doña Pelagia Sosa, reputada comadrona? Pero, precisamente doña Pelagia, que temía un parto difícil, demandaba la presencia del doctor González. Este dijo: *Hoy no, por favor; ve donde Navarro. Si no lo encuentras aquí cerca, en su casa, búscalo en el hospital*. Media hora después volvió el atribulado padre: el doctor Navarro atendía un caso de emergencia en el Belén. Mientras alistaba su maletín con los implementos necesarios, Cruz Villar le mintió por primera vez a su padre adoptivo, anunciándole que aquella noche dormiría en casa de don Santos, su progenitor. *Claro, Cruz, anda y salúdalo de mi parte*. Y esta es la última imagen que mi padre guardaba del papá-doctor: alistando tristemente su maletín clínico. No es necesario entrar en pormenores. Ya en otras oportunidades el doctor González había ayudado en partos difíciles a doña Pelagia Sosa y este no fue de los más peligrosos, pues solo tuvo que practicar un leve tajo con el bisturí. Hasta en los espíritus más racionales perdura un fondo de superstición. No pasó inadvertido que el doctor González evitó en todo momento mirar de frente al bebé que él rescatara del útero materno. Aceptó, en cambio, el puro y la copa que le ofreció el nuevo y feliz padre. Poco antes de las diez de la noche retornó a su casa, donde ya le tenían lista la bañera como ocurría cada vez que prestaba servicios de esta índole. Entró a su estudio (el de la biblioteca) pasadas las diez y media; instantes después ingresó doña Clorinda Távara con el servicio del café. Cuando estaban a solas

se hablaban de tú. *¿Por qué no te casaste, Clorinda?*, le dijo el doctor sirviéndose de la cafetera. *Qué pregunta*, *Augusto*. Parece que el doctor González insistió con su pregunta. *Yo he vivido*, le respondió ella, *para cumplir la promesa que le hice a mi madrina Alcira de cuidar de ti. Y me siento feliz de servir a una persona tan eminente y honrada como tú*. Después le dio las buenas noches y, como cada noche, le recomendó no desvelarse demasiado.

»A partir de aquí abundar en detalles: los libros, las cosas, los retratos (¿retratos?, ¿de quiénes?), el reloj de péndola de que hablaba mi padre, etcétera. Una mirada, también, a las calles El Cuerno y El Playón, una pocas almas sobre el rugiente silencio y el sofocante calor de aquel adelantado verano. Hijo del hombre, eminente y desamparado... ¿En qué trabajaba? ¿Qué libros leyó? En su crónica necrológica, el jovencito Martos afirma que aquella noche o madrugada el doctor González terminó de corregir el artículo que sobre las subregiones piuranas les había prometido entregar para la revista de promoción. Cuarenta años después, en su evocación, Martos añade al trabajo anterior la traducción del Canto XXVIII de Leopardi. Ahora bien, el doctor González acostumbraba cambiar de ambiente al cambiar de tema de trabajo, de modo que, a cierta hora, debió trasladarse al gabinete de historia natural y, en la mesa que allí tenía, corrigió el artículo de geografía, que era una versión resumida y aligerada de terminología de su *Geografía física de Piura*; después retornó a su biblioteca, donde concluyó la traducción del mencionado poema de Leopardi. En su ejemplar de la *Ética*, señalada la página con un viejo bisturí que le servía como cortapapeles, el doctor González había subrayado la siguiente proposición: “Nadie puede desear ser feliz, obrar bien, si no desea al mismo tiempo ser, obrar y vivir, esto es, existir en acto”.

»Aproximadamente eran las dos de la madrugada cuando se disparó. Nadie escuchó el disparo. La bala impactó exactamente en el corazón y dejó, a escasos centímetros de la tetilla izquierda, un orificio estrellado, rodeado de motas negras. Muerte pulcra, después de todo.

»Bueno, este sería el posible final. Ver, buscar otras alternativas...».

«...Aprovechar la última visión que tuve del padre Azcárate un año antes de su fallecimiento. Centenario, encorvado, en recia pugna con la gravedad que lo arrastraba hacia la tierra; millones de arrugas en el rostro atónito y furioso, como si, al quitarle una insidiosa venda, se descubriese en medio de una ciudad desconocida; lo guiaba el nuevo sacristán, hombre de unos treintaitantos años, uno de esos huérfanos criados en las iglesias, baptisterios y corredores de los conventos, cuya principal virtud es la mansedumbre y la absoluta carencia de la pasión del orgullo. Oh, almas simples, parapetos de los seres atormentados y hambrientos de fe; era, simultáneamente, el chivo expiatorio de la iracundia del anciano sacerdote y el interlocutor (el padre Vicens, el padre Saladrigas, el excelentísimo arzobispo de Barcelona, el obispo Chirichigno, etcétera, y siempre el doctor González) con quien dialogaba y contendía. Su lógica (la del padre Azcárate) era coherente, admirable, pero confundía los tiempos, los lugares; pedía a su guía que lo llevase a tomar el tranvía (el viejo tranvía jalado por caballos que fue clausurado a finales de la década de 1930), a la Plaza del Padró, a la Rambla de las Flores, al cerro Montjuic a mirar el mar. El sacristán nunca le decía que no, pues sabía que, en el trayecto, el anciano olvidaría hacia dónde había pedido que lo condujeran. Aquella vez que lo vi estaba perplejo y colérico porque allí donde debía estar la estación del tren a Paita ahora solo existía un espacioso muro. De súbito dijo: *Teresa Claramunt*. El padre Azcárate falleció en febrero de 1966...

»El *continuum* de la vida, etcétera. Llegada a Piura pocos meses después de un indeseado e inverosímil sobrino-biznieto, don José Azcárate, en calidad de heredero universal del fallecido sacerdote. Envidia y aversión de las gentes e instituciones que abrigaron la esperanza de alzarse con los bienes del vesánico cura. Don José Azcárate (pronto en Piura se lo llamará don Pepe) tiene aproximadamente cincuenta años y es tuerto de un ojo, perdido, según los avatares y delirios de las borracheras, durante la Guerra Civil Española, a veces peleando en el campo republicano, a veces al lado de los falangistas, o en la campaña de Rusia en la última guerra mundial, donde se contó entre los voluntarios enviados por Franco para reforzar las tropas hitlerianas. Pero ahora, ya en la paz, sueña con plantar viñedos en el fundo Euskadia y elaborar el mejor vino del Perú. ¡Pero este coño de tierra no es apropiada para las viñas! Ahora asegura que reúne materiales para escribir una detallada y apologética biografía de su señor tío, don Jesús Santos Azcárate, *símbolo de la agonía de la España Eterna*...».

«...Aquella insólita visita de mi tío Luis a mi tío Silvestre. El tío Luis “baja” a las ciudades por motivos funerarios y lo usual, lo convenido desde tantísimos años, es que el tío Silvestre lo visite en Tamarindo una vez al año con ocasión de las velaciones. Por eso causa extrañeza la llegada a Paita de aquel tío famoso por chacarero y reconcentrado en sí mismo. Aunque ya jubilado, el tío Silvestre se la pasa en el sindicato, según él asesorando y echándoles una mano a las nuevas generaciones de estibadores. Qué viejo pesado debe ser. Los sobrinos (los nuevos sobrinos, pues, al enviudar, el tío Silvestre ha formado otra familia) le dicen que su padre, don Silvestre, está muy atareado por causa de la huelga de trabajadores que tiene paralizado el puerto desde hace once días. El tío Luis no sabe (o no recuerda ya) lo que es una huelga, pero no pregunta ni acepta nada de sus sobrinos y se sienta a

esperar pacientemente a su hermano. No siente la mínima curiosidad por ver el mar ni por echarle un vistazo al puerto al que vuelve después de incontables años. Locuaz, afectuoso y eufórico, el tío Silvestre viene a saludar de paso a su buen hermano Luis; este lo deja explayarse sin prestar asunto a lo que dice Silvestre; después, lento y con voz débil y opaca, confía a su hermano la razón de esta visita. Los sucesos de la huelga acaparan la atención del tío Silvestre, quien tarda en comprender las cosas que le está diciendo el tío Luis. *¿Cómo dices, Luis? ¡Yo aquí ayudando a los muchachos a luchar contra los oligarcas y tú vienes a pedirme que me entierre en las puñeteras tumbas de los Villar!* Cuando me contó esto el tío Silvestre se carcajeaba, pero se dolía por haber reñido a su querido hermano. Después dijo: *Le he estado dando vueltas a la quimera de Luis. Paita y el sindicato son mi vida, sobrino, lo mejor de mi vida. Con el perdón de las benditas almas de mis padres y hermanos, mis huesos deben reposar allí.* Pobre tío Luis, pero yo no quebrantaré las promesas que nos hicimos...».

«...A propósito de lo anterior, imagino un final para la vida de Martín. La afrenta (que no ha podido olvidar) ocurrió durante la adolescencia. Heridas múltiples: de carácter socio-racial, físicas, sexuales, psíquicas, etcétera. En una fiesta de altas pretensiones sociales (y a la que Martín ha sido invitado por razones misteriosas) ella, A., se niega a bailar con él *porque está muy cansada y le duelen los pies*. Todos (así lo cree Martín) han estado a la expectativa de la respuesta de A. Un minuto después, A. acepta bailar con X., que, aparte de rico, es uno de los muchachos "blancos" y más guapos y fuertes del salón. Han pasado quince años. Después de un día de borrachera, X. y Martín coinciden en una misma cantina. X. es ahora un próspero aviador civil y posee una flota de avionetas. Ambos fanfarronean contando sus mutuas hazañas de valor. Martín, que sabe que durante las noches el cielo de

Talara es el más turbulento y peligroso de la zona, desafía a sobrevolar juntos el cielo talareño. X. acepta la apuesta. Vuelan y, ¡pum!, el aparato se viene abajo y mueren ambos contrincantes (bueno, podría salvarse X.). Zoila Chira y Luis Villar entierran los restos de Martín en el cementerio de los suyos por él mismo restaurado. Zoila entrega a Arturo Lama todos los manuscritos de Martín Villar. ¡Bah! Déjate de idioteces macabras. Y basta de tumbas».

«...De pronto he recordado el primer final que imaginé para esta historia. Entre los borradores debe estar el nombre del capítulo: "Evocación de Deyanira Urribarri". Muy en la lejanía, por entre un inexplorado espacio de oscuridad, necesitaba un cierto purísimo resplandor que no me atreví a describir. A mi pequeña Zoila le dije que Deyanira no existía: le mentí. Lo que es ilusorio es que ella me mirase con amor por un instante. Deyanira (Deyanira Urribarri Lazón y Osejo) existe, existes. ¡Cuántas veces he vencido la tentación de indagar el destino que habrá seguido, cuántas veces, como ahora que termino de remontar este río! Pero otra vez me niego a siquiera intentarlo para que ella permanezca siempre joven, con sus ojos iluminándome».

«...He leído al azar algunas páginas de esta narración; entre las mismas encontré estas frases: "He logrado fabular la historia de una herida que a todos nos alcanza y la historia de la vindicación primitiva, bárbara, y del rencor inextinguible, junto al itinerario de vidas que arrastran consigo los furores de la historia". Y más adelante estas otras: "Reivindicación de un linaje humillado, retorno a la comunidad y consolación por la literatura: he aquí el camino de perfección de Martín Villar". Palabras presuntuosas, arrebatadas, ilusas. ¿También ilusas?».

«...Amanece, Zoila querida. No he decidido aún cuál final elegiré para la novela que te he estado contando todos estos años. Antes preciso despabilarme un poco. Haré una caminata de algunos (no muchos) días. Atravesaré los suntuosos médanos que son el hechizo de la ruta a El Arenal, luego pasaré a la otra banda del Chira. Me interesan los montes de Amotape, después me internaré por El Angolo donde, me dicen, existen bosques apenas conocidos, tal vez pueda dar con el perdido bosque de Inocencio y Primorosa Villar».

Durmió; despertó a tiempo para cumplir con las últimas labores en la escuelita; por la tarde le envió una nota a Zoilita Chira anunciándole su partida (años atrás, Martín habría ido a Nomara a despedirse; años atrás ella, la Chinita, habría venido corriendo a decirle adiós); antes de las cinco de la mañana del día siguiente había bebido ya entre resoplidos su tazón de café; se calzó sus recios botines, la limeta con agua a guisa de cantimplora la llevaría a la bandolera, con el sombrero de paja de alas anchas (trasudado, martirizado y glorioso parasol) cubriéndole la cabeza; con la nueva carretera era fácil conseguir algún transporte que lo condujera un considerable trecho, pero él (él y su sombra) quería cubrir toda la ruta a pie, sufriendo y gozando a plenitud de los parajes de médanos ardientes, rojos y púrpuras a la hora del ocaso.

De las cuatro áreas en que los geógrafos actuales dividen la costa comprendida entre los 3 y los 6 grados debajo de la línea equinoccial, esto es, el desierto, el despoblado, el bosque sabana de Tumbes y el manglar tumbesino, el doctor González solo considera las tres primeras y hace del manglar tumbesino una culminación de la última de las áreas nombradas, que, por lo demás, no llegó a estudiar de manera detallada. La cuesta de Los

Órganos marca la terminación del tablazo de Talara, ese gran osario de consistencia selénica, con sus prominencias, depresiones y cráteres atormentados a toda hora por nudos de vientos contenciosos. Pero ya desde la cumbre de Los Órganos se divisa un panorama abierto salpicado de frescos tapices herbáceos. Poco después, espesos matorrales espinosos dan comienzo a la sabana tumbesina que pronto, siguiendo la dirección nororiental, sobre todo en torno al cerro Caucho, se transforma en mosaico de bosques tropicales donde los algarrobos son una especie extraviada, sobreviviente, en medio de las palmeras, los platanales, las cañas de Guayaquil, los palos de balsa, los higuerones, los árboles de caucho y variedades de cactáceas, que son el quitasol verde, la envoltura tornasolada de un mundo oscuro y purulento de hormigas rojas, de mosquitos y de moscardones, de infinidad de jejenes y zancudos, de arañas, de sutiles aguijones ponzoñosos. Y este mundo se vuelve atroz entre los mangles (negros y salados) de los estuarios del Tumbes y el Zarumilla, que se adentran en el mar ecuatorial, suerte de caldeado útero, de untuosa Estigia, donde prolifera una fauna anfibia y marítima de cangrejos, langostas y langostinos voraces y aun de pequeños caimanes, mientras los tiburones incursionan muy cerca de las playas ardientes.

¿Dónde termina el desierto y comienza el despoblado? No existen frontera ni zona de transición entre estos dos aspectos porque, como lo pudo comprobar Martín Villar en su travesía del desierto, las avanzadas de la estepa arbustiva penetran en la llanura desértica y los arenales y médanos anegan las coberturas de bosques incipientes. Las enormes pampas con sus médanos pardo castaños que existen entre Sullana y Paita y entre Paita y Sechura prefiguran el gran desierto que se abre y extiende al sur del pueblo de Sechura. Sobre la superficie grisácea (aspecto que le confiere la abundancia de guijarros, pedruscos y gramíneas calcinadas), las dunas de

arena blanca y grano casi impalpable se suceden formando verdaderos archipiélagos que los fastos del sol canicular tornan laberínticos. Pero no es un desierto muerto ni estéril, como insiste en destacar el doctor González en su tratado; cortan los dunales hondonadas y cicatrices dejadas por ríos y torrentes extintos, a cuya vera crecen matas desmedradas, arbolillos negros y polvorientos engarfiados a las laderas; pero aun en el corazón del desierto (allí donde no se atreven ni los zorros ni añaces, ni las mismas culebras ni lagartijas), de tanto en tanto, una vegetación rampante y erizada se aferra a las dunas o en torno a zapotes achaparrados, que son los árboles más estoicos y menos exigentes de la tierra piurana. Cuando los chopos espinudos y los zapotes invaden complejos de dunas, el paraje adquiere la apariencia de un magro oasis, y aunque ninguna charca aflora a la superficie, una pequeña fauna de hormigas, de roedores y de pájaros, como el papero y la putilla, convive y contiende disputándose los brotes amargos y los ásperos frutos del zapote. La aparición de algarrobos (y de algunos vichayos, faiques u oberales) entre los chopos y zapotes hace pensar, a quien por primera vez ha emprendido la travesía, en la terminación del desierto. La choza y la ramada levantadas por leñadores y pastores con horcones, vigas y tablas de algarrobo y varas de oberal, el hato de cabras, los jumentos, el corretear de las lagartijas, los nidos de los chilalos, el canto de las soñas y luisas y el fresco olor a agua cenagosa reafirmarán a nuestro caminante en lo que es casi una esperanza. Pero si continúa su marcha, rumbo siempre al sur, se encontrará de nuevo con el desierto, porque aquella extensión verde oscura que ahora empieza a difuminarse en la lejanía era lo que los lugareños conocen con el nombre de «vegas», como la vega del Caballo, la del Venado, la Redonda o la de El Canizo... Mantener el rumbo en medio de la llanura, una llanura envolvente, sin confines, resulta empresa ardua y azarosa. Donde debiera quedar la línea azulenca del mar es una inmensa planicie fosforescente, como

si el desierto salitroso y recargado de fosfatos hubiera colmado la plancha marina, y no existe ningún punto en la vastedad que pueda servir de orientación; y causa vértigo y anonada esta visión, de modo que, de no cruzarse con algún arriero, el expedicionario novato estaría condenado a errar encalavernado; pero el azar le ha sido favorable y el arriero que con su cargamento de pescados salpresos se dirige también al despoblado le servirá como guía; caminarán por entre llameantes ondulaciones de dunas peladas, flanquearán de tiempo en tiempo lomas cenicientas, blancas o rojizas, sentirán soplar el viento del atardecer y, cuando los arenales comiencen a teñirse de púrpura, llegarán a otra vega donde, al abrigo de las avalanchas de arena, podrán hacer la noche y llenar las limetas con agua de sabor a abrevadero. Al reanudar la travesía no se piensa ya en el final del desierto. Se atraviesa parajes espinosos y vegas intercaladas por dilatadas planicies y agrupaciones de médanos candentes; después, flanqueados por colinas de arena, comienzan a sucederse espacios hinchados de una yerba amarillenta y salpicados de arbustos, por donde señorean las iguanas, silban ya las chirocas, los chigüisos y los negros, incordian los choquecos con sus cantos roncos y destemplados, y los zorros vigilan el paso de quienquiera merodee el lugar. Pero este es un andurrial limitado, precario, que pronto sucumbe a los asedios de los arenales y a extensiones de pampas calizas y pedregosas; sin embargo, cuando menos se piensa o cuando se cree haber ingresado a otra superficie esteparia cautiva, el tupido manto de pastizales agrestes (gramalote, diente de león, verdolaga, trébol, suravilla, naparo, uña de ratón, taralla) vence el bloqueo de las arenas formando una extensa alfombra en que la estepa muda, sin transición, en sabana arbustiva de matorrales abigarrados. Ha terminado, entonces, la travesía. Y el caminante (Martín Villar, digamos) en medio de la barahúnda de los insectos y el silbido de todos los pájaros de la costa piurana ha penetrado definitivamente en el despoblado, un enorme

territorio de arbustos y árboles en que la nota distintiva la dan los algarrobales que proliferan en esta zona en asociación con los zapotales.

El doctor González caracteriza al algarrobo (*Prosapis chilensis* y *Prosopis limensis*) como «una leguminosa de hojas caducas, tronco torcido, ramas abiertas en sombrilla, follaje de verde oscuro, cuyo fruto es una vaina de amarillo espeso y de intensa dulzura; hunde sus raíces a una profundidad de quince o dieciocho metros y llega a alcanzar hasta veinte metros de altura; cubre miles de kilómetros entre el despoblado y las zonas situadas en las riberas costeñas de los ríos Chira y Piura». Si el algarrobo es el árbol prominente («árbol milagroso», lo llama Sansón Carrasco, pues provee al hombre de madera, combustible y forraje), el término *algarrobal* (o *algarrobal-zapotal*) alude a arboledas o a bosques degradados propios del despoblado. Con el tratado del doctor González en mano y con la guía de los leñadores y pastores de la zona, Martín pudo reconocer una parte por lo menos de las variedades de árboles que crecen y conviven a la sombra de los algarrobos. Vio árboles leñosos vecinos a los zapotes y a los propios algarrobos: faiques, oberales, huarangos; entre los espinosos lo cautivaron el palo verde, por su tronco de un verde crudo, el uña de gato, por sus ramas como zarpas hirientes, y el palo blanco u olmos, árbol de madera blanca que crece rodeado por los llamados «veranos» o buganvillas, cuyos macizos de flores rojo violáceo rompen la severidad del paisaje; y entre los arbustos (aparte de sus conocidos vichayos) llamaron su atención el cuncún y el charán, muchas veces colonizados por abundantes epifitas. En su conjunto eran bosques ralos o pocos densos, y aquí y allá, bajo el manto herbáceo jaspeado de cardos, se hundían las yucas de caballo y las yucas de monte que, sobreviviendo a las sequías, constituyen el alimento esencial de los asnos y cabras salvajes. Pero esta vez había sido un año normal de aguas. El jabonillo, una planta rastrera, empezaba ya a calcinarse y los frijoles de palo,

unas cucurbitáceas silvestres, terminaban de dar su cosecha. Tal vez el próximo año sería un año seco y entonces paulatinamente la tierra iría adquiriendo una tonalidad gris oscuro, los árboles se despejarían de sus hojas y toda la extensión se convertiría en un paraje agrio, espinudo, polvoriento y quemado; y, sin embargo, la tierra (obstinada, milagrosamente) conservaría en su seno las esporas que a la llegada de los años diluviales darían nacimiento a compactos pastizales de hasta un metro y sesenta centímetros de altura, que llegarían a cubrir aun las áreas más inclementes del desierto de Sechura.

No llegó Martín a recorrer todos los bosques estudiados y clasificados por el doctor González. De los grandes bosques del Chipillico y el Quiroz solo conoció los que se levantan, respectivamente, en las zonas aledañas a las confluencias en el Chira y el reservorio de San Lorenzo. En cambio, obtuvo nada más que una visión parcial de los bosques de naturaleza amazónica (donde hasta comienzos del siglo extendía sus dominios el jaguar), que se prolongan inabarcables en las vertientes orientales de los nacimientos del Quiroz y el Huancabamba. Pero los bosques que Villar llegó a conocer mejor (aparte de los bosques de la banda derecha del Chira, pero que aún no ha terminado de recorrer en busca de cierta imagen perdida) son los bosques que se levantan en las laderas, a partir de la huerta de Chulucanas y las alturas de Morropón. Si los algarrobos son los árboles tutelares de las tierras medias y bajas de la región piurana, los ceibos (hermosos y gigantescos árboles de anchos troncos verdes, en cuyas copas florecen bellotas con un algodón de la suavidad de la pluma más tierna) establecen la transición entre la costa y la zona andina; y junto a los ceibos se yerguen otros árboles maderables y recios: los hualtacos, los guayacanes, los palos santos, los pasallos, los guayabillos... Los ceibos se prolongan en la zona andina, pero disminuyen en número y altura en tanto aparecen los polo-polo, los bálsamos y numerosos

árboles delgados invadidos de zarzas y de helechos, y enseguida empieza la hegemonía de los grandes cactus candelabros y columnarios de hasta tres metros y diecisiete filos; y mientras se va trepando por las laderas (hábitat ya del zorro blanco, el venado gris, el tigrillo y el puma), en vez de los pájaros de la tierra baja, comienzan a escucharse, sobre el concierto monocorde de las chicharras, el zureo de las cuculas, el silbo de los orioles y el canto lastimero del huicuco anunciando la lluvia.

Entre los bosques de la zona andina, el doctor González distinguía los bosques de neblina, siempre verdes, y los bosques galería, de los valles y quebradas interandinos; en los primeros, entre un sinnúmero de arbustos, flores silvestres (entre las que destacan variedades de orquídeas) y espesos matorrales de salvajes achupallas y zacuaras, crecen árboles como el nogal, el palo blanco, el higuerón, el suro, el pajul y el lanche, que yerguen sus siluetas entre pertinaces cortinas neblinosas; los árboles que conforman los bosques galería son, en general, más pequeños, como la tara, el lloque, la cabuya blanca, el azul, el mito, la tuna, mientras el molle y el huarango llegan a alcanzar apreciable altura; pero lo que particulariza a estos bosques de quebrada son los cabuyales y los tunales crecidos entre pajonales donde abundan los heliotropos, las zarzamoras, las pegapega y, sobre todo, las daturas o simoras (como el huar-huar blanco, la misha negra y la púrpura con sus frutos que los lugareños llaman «cojón del diablo»), poderosos y temibles alucinógenos, muy utilizados por los brujos maleros en sus conjuros y bebedizos para condenar al enemigo a una locura sin retorno.

A medida que se sube a las jalcas, esos páramos alto andinos, los árboles como el nogal, el eucalipto, el higuerón empiezan a ralear y se extingue el olor de los chirimoyos, lúcumos y granados silvestres que saturaban el aire a partir de las laderas; lo que impregna al viento gélido es el olor transparente y húmedo de gramíneas como el ichu, la llica-llica, la chilihua y, asimismo,

trascienden a rocío los totorales y arbustos como la quina, la chuquisagua y el vico, que se levantan en los parajes aledaños a las lagunas encantadas. Hacia el oriente, iluminado por toda la luz del mundo, se extiende un horizonte de infinitas cordilleras, abismos, bosques y ríos. En las lagunas alborotaban los patos, una vizcacha se escurrió entre los riscos y un buitre real (el cóndor de la región piurana) desde las cumbres se precipitó hacia alguna presa al fondo del abismo. Cincuenta años atrás (durante la estación de las grandes tempestades, cuando el rayo agita y torna turbulentas las lagunas), el doctor González, acompañado de su hijo adoptivo Cruz Villar, había permanecido veinte días con sus noches observando, estudiando y clasificando minuciosamente estas punas, lagunas y cerros con sus variadas formas de vida. Y, ahora, Martín, desde un alto promontorio del cerro Jamanga, se preguntaba sobre los sentimientos que habrían embargado al papá-doctor ante panorama tan sobrecogedor. Se dijo que más allá del dolor, que era ya parte de su vida, el doctor González debió experimentar un esencial sentimiento de gratitud frente a todo lo existente. Poco después Martín Villar emprendió el descenso. Todavía faltaban varias jornadas antes de que alcanzase los médanos incendiados de las tierras bajas.

—¿Quién es este que habla? ¿A quién pertenece esta voz intrusa?

Digamos que he sido (que soy) la sombra (una de las sombras) de Martín Villar. Impaciente, hambriento de corporeidad, no resistí la tentación de mostrarme: fui aquel viejo saurio, viejo de todas las vejeces, que desde el dorso de una duna y rozado por la sombra de los muertos ausculta con ojos aletargados y neutros el agravio (por siempre irredento) que se va a cometer en un perdido pueblo; fui la sapiente y acerba voz del cactus que reveló a

Martín lo que era menester revelarle; y fui (me temo) la divinidad perversa a quien el buen Martín estuvo a punto de entregarle su alma.

Torpe, soberbio e inseguro de mis facultades de ensueño, fragüé apuntes, diarios, cartas, documentos (hasta elaboré una improbable geografía para intentar describir la tierra de mis amores y quebrantos), que puse en manos de nuestro insolente y cándido héroe para que tejiese su torturada e irreverente ficción con la que pretendió conjurar la soledad, la humillación y el hastío. Uña y carne, huesos y sangre, gozo y pavor, por momentos nuestras figuras se confundieron: admito, por ejemplo, que fue Martín quien inició la descripción de las calles de la infancia, pero llegado a determinado límite, fascinado, celoso y autoritario, yo tomé su lugar...

—¿Quiere decir que es usted Martín Villar?

Oh, mi hermano, usted se equivoca. Repito: soy una pálida sombra, porque, como toda criatura de ilusión, Martín Villar es un tipejo maravilloso (de cierto querido amigo de la adolescencia aproveché su estancia en el seminario; de Arturo Lama, su orfandad y obsesión por la muerte; de otro amigo tomé su soberana carencia de urbanidad; de un personaje de una inmadura novela, su filiación a un linaje agraviado; de mí mismo, el aura de sombra); por tanto (puede creerme), es criatura más respetable y menos impura y contingente que yo, en relación más cálida y fraterna con la comunidad, con el universo.

¿Logró Martín rastrear ciertas huellas por los campos minados y territorios de espanto en que lo hice incursionar? ¿Exhumó las necrópolis indias que subyacen esperando en el fondo de los médanos? Mediante los espejos deformantes de la imaginación, ¿consiguió hacer patente alguna verdad sobre los hombres y mujeres de esta parte del mundo? ¿Reveló con entereza la

trayectoria de seres atormentados en contienda con la historia? ¡Vamos! ¿Cómo habría de saberlo?... Pero sí afirmo que Martín Villar fue un explorador más osado que yo y más competente y honorable.

Bueno, ahora que ya no me es necesario, ¿qué debo hacer con él? ¿Lo borraré de un plumazo? Mejor será que, como en tantas otras ocasiones, mientras los pueblos y los hombres combaten bajo todos los cielos del mundo, lo deje entre los arenales candentes a merced de las viejas, turbulentas voces. Al fin y al cabo ya le hice conocer la belleza y el breve goce del amor, dones que no todos los hombres de la tierra pueden lograr, pero que, por el solo hecho de existir, merecieran alcanzar.

Lima (La Campiña / Santa Clara / San Juan), Canta, Obrajillo, Piura, noviembre de 1981 – enero de 1990

NOTAS

1. Ese título parece evocar la monumental obra de Alexander von Humboldt: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*.

2. En su forma actual, en cambio, el texto revela la huella dejada por el presuntuoso estilo de Martín Villar. (N. del A.)

3. Para el influjo de Zola en Sansón Carrasco, y como testimonio de su estancia en París, puede resultar útil el siguiente pasaje de sus *Memorias*: «Me he preguntado a menudo si hubiera sucumbido a los hechizos de París de no haber recibido la noticia de la muerte de mi buen padre. Pero es duro llevar luto en el corazón en medio del bullicio y las luces de una ciudad extranjera. Interrumpí por unas semanas mis vagabundeos por París reconociendo los escenarios de *La taberna* y *Nana*. Mis pláticas con el Maestro habían decidido mi ateísmo y hecho más intransigente mi anticlericalismo. La catedral de Notre Dame, que yo había visitado numerosas veces con la novela de Hugo en la mano para comprobar la exactitud de la descripción (y os juro que yo prefería la catedral novelesca a la real), ahora, con el recuerdo de mi padre muerto, la veía con otros ojos. He perdido la cuenta de las iglesias, todas tan majestuosas, que visité en esos días, en las cuales aprendí a gustar de la música sacra y no dejaba de asombrarme de cómo una doctrina fundada en la superstición había podido dar lugar a un arte tan sublime. Con este mismo espíritu visité el Cementerio

de Père-Lachaise, recorriendo las tumbas de los grandes hombres de letras. Recuerdo que un día de comienzos de enero de 1896, cuando ya había terminado mi recorrido habitual y subía la cuesta de Montmartre de retorno a mi hotel, me crucé con un cortejo fúnebre. Me impresionó la extremada modestia y la parvedad de los acompañantes que, sin embargo, vestían trajes elegantes. Nevaba y era uno de los días más crudos de aquel triste invierno. Llevaba un pobre gabán, iba sin paraguas y la nieve se escurría en mi sombrero de fieltro de alas estrechas. Entonces imaginé que era mi padre a quien iban a sepultar y me sumé discretamente al cortejo. Mi francés era demasiado precario, pero en un como sollozo uno de los congregantes, que como yo marchaba al final, exclamó: *Oh, le pauvre Lélian*. ¿Quién podía ser el pobre Lélian? El sacerdote, alto y rubio, y muy joven, encabezaba el sepelio. Por fin llegamos a la tumba elegida. Éramos apenas catorce los acompañantes. Uno de estos, sosteniendo el paraguas en la mano, dijo el discurso fúnebre. Me era difícil entender lo que el caballero decía, de modo que mentalmente me dirigí a mi padre prometiéndole esto y aquello y no defraudarlo en las esperanzas que siempre puso en mí; mas, de pronto, sentí como un vértigo, un desgarramiento: ¡el pobre Lélian! Después de que todo terminó y se marcharon los acompañantes, permanecí no sé cuánto tiempo frente al nicho en el que habían grabado, sobre el húmedo yeso, el nombre de Paul Verlaine».

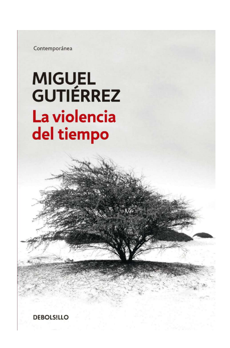
4. Entre el 3 y el 12 de noviembre solo hay unos apuntes luego suprimidos por el doctor González. (N. de C. V.)

5. Ilegibles las dos primeras frases. (C. V.)

6. Las últimas anotaciones correspondientes al año de 1897 son de los días 23 y 29 de diciembre. La primera abarca página y media de letra muy apretada; la segunda alcanza las dos hojas enteras. Pero están suprimidas y, por los trazos fuertes y desiguales, quizá revele el estado de pesimismo, enojo y

fatiga del doctor González [...]. La primera de las anotaciones trata de la regresión operada en el pueblo, de la que se quejaban Nowel y Wendell. Por doquier reinan la superstición y la charlatanería. Luego se refiere a los abortos y partos prematuros por el uso excesivo de la quinina, aunque esto el doctor González lo pone entre signos de interrogación. La última trata sobre la evasión, entre otros, de dos de los hermanos Villar, y de los intentos fallidos para organizar cuerpos de vigilancia comunales formados en La Huaca y El Arenal, en esta ribera, y en Amotape y Tamarindo, en la otra ribera del Chira. «No me queda otra alternativa», se puede leer al final del párrafo, «que el uso de la fuerza pública. Seguiré telegrafiando a Piura, Paita y Sullana».

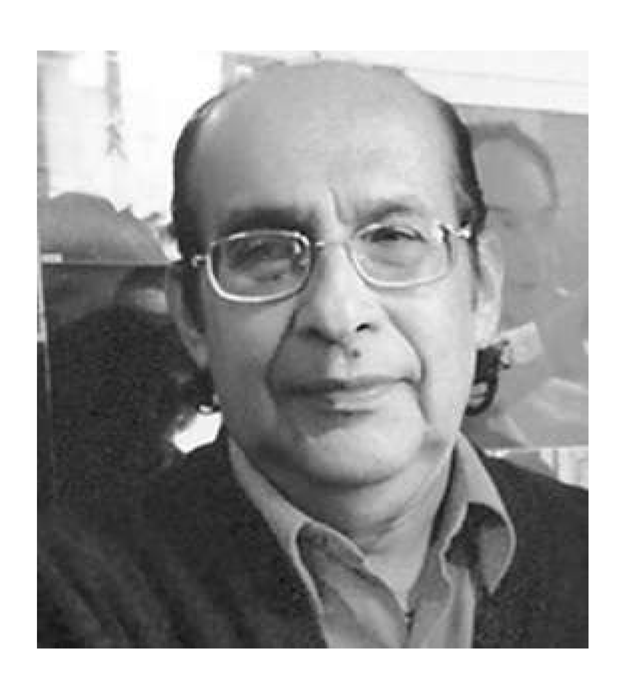
[Los puntos suspensivos puestos entre corchetes en esta nota indican supresión de algunas frases de C. V. transidas de emotividad hacia el doctor González; las omito por considerarlas poco pertinentes (M. V.)]



«La crítica extranjera, sin embargo, supo destacar en su momento lo que significó *La violencia del tiempo*, libro de extraordinario trabajo de lenguaje».

Luis Jaime Cisneros

La violencia del tiempo cuenta la saga de los Villar, revisada por el último de su estirpe, Martín Villar, quien descubre en el origen de su familia una afrenta sumada a su condición de mestizo. La violación que comete el español Miguel Villar sobre la india Sacramento Chira trae como resultado el nacimiento de Cruz Villar, quien luego procreará doce hijos con las hermanas Trinidad y Lucero Dioses en el pueblo de Congará, Piura. Será allí donde ocurrirá el segundo agravio de su familia con la venta de la bella Primorosa Villar. La ira, venganza y rebeldía del resto de sus hijos marcará esta historia que va de lo rural a lo urbano, de lo nacional a lo cosmopolita, de lo mítico a lo total, siempre bajo el trágico estigma de la violencia.



Miguel Gutiérrez

(Piura, 1940 - Lima, 2016) importante escritor peruano que publicó diez novelas, entre las que se encuentran *El viejo saurio se retira*, *Hombres de caminos*, *El mundo sin Xóchitl*, *Confesiones de Tamara Fiol*, *Una pasión latina* y *Kymper*. Paralelamente desarrolló el género ensayístico como una manera de rendir homenaje a los autores que tanto leía y admiraba.

DEBOLS!LLO

LA VIOLENCIA DEL TIEMPO

Avenida Ricardo Palma 341, Oficina 504, Miraflores, Lima, Perú

Debolsillo es un sello editorial de Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

ISBN e-book: 978-612-4346-90-3
Primera edición: mayo del 2019

Conversión e-book: Apollo Studio

Edición digital disponible en www.megustaleer.com.pe

